Nicholas Stargardt

La guerra alemana

Una nación en armas (1939-1945)



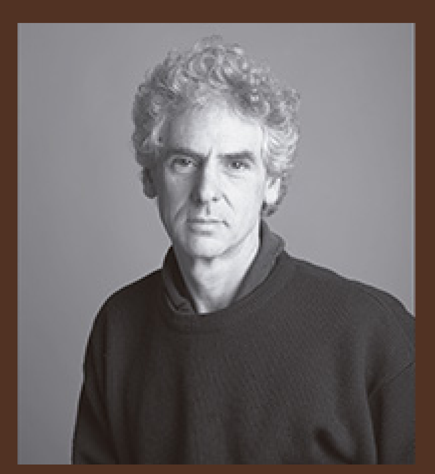
Galaxia Gutenberg

Nicholas Stargardt

La guerra alemana

Una nación en armas (1939-1945)

Galaxia Gutenberg



Nicholas Stargardt es catedrático de Historia Moderna de Europa en el Magdalen College de la Universidad de Oxford. Ha escrito extensamente sobre historia alemana de los siglos XIX y XX. Durante veinte años ha estudiado la experiencia de los niños y los adultos que vivieron bajo el dominio alemán durante la Segunda Guerra Mundial. Es autor del aplaudido ensayo *Witnesses of War: Children's Lives Under the Nazis* (2005). Stargardt vive en Oxford, Reino Unido.

La Segunda Guerra Mundial fue, más que ninguna otra, una guerra alemana. Tras haber iniciado el conflicto, el régimen nazi lo convirtió en la guerra más horrible de la historia europea, recurriendo a métodos genocidas mucho antes de la construcción de las primeras cámaras de gas. Durante su transcurso, el Tercer Reich expandió y agotó todas sus reservas morales y físicas, conduciendo al país a la derrota total en 1945. Pero más de setenta años después –y a pesar de que existen bibliotecas enteras sobre los orígenes de la guerra, su desarrollo y sus atrocidades–, todavía no sabemos cuál era el motivo por el que los alemanes corrientes creían estar luchando y cómo experimentaron y apoyaron esa guerra hasta su amargo final.

Cuando comenzó en septiembre de 1939, la guerra era profundamente impopular en Alemania. Pero sin la activa participación y el compromiso del pueblo alemán no habría podido prolongarse durante casi seis años. ¿Cuál era entonces la guerra por la que los alemanes creían estar luchando? ¿Cómo alteró el curso cambiante de la contienda –las victorias de la Blitzkrieg, las primeras derrotas en el Este, el bombardeo de las ciudades alemanas– su visión del conflicto y sus expectativas? ¿Y cuándo empezaron los alemanes a darse cuenta de que estaban haciendo una guerra genocida?

Apoyándose en innumerables testimonios de primera mano, incluyendo diarios privados, registros de tribunales y correspondencia militar, el aplaudido historiador Nicholas Stargardt explora los sentimientos del pueblo alemán respecto a la Segunda Guerra Mundial. Contada desde la perspectiva de quienes la vivieron –soldados, profesores y amas de casa; nazis, cristianos y judíos–, su magistral narrativa histórica ilumina de manera novedosa y perturbadora las convicciones, esperanzas y temores de las gentes que iniciaron, continuaron y llevaron hasta el final una brutal guerra de conquista y genocidio.

Nicholas Stardgardt

La guerra alemana

Una nación en armas, 1939-1945

Traducción de
Ángeles Caso

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *The German War. A Nation under Arms, 1939-45*
Traducción del inglés: Ángeles Caso Machicado

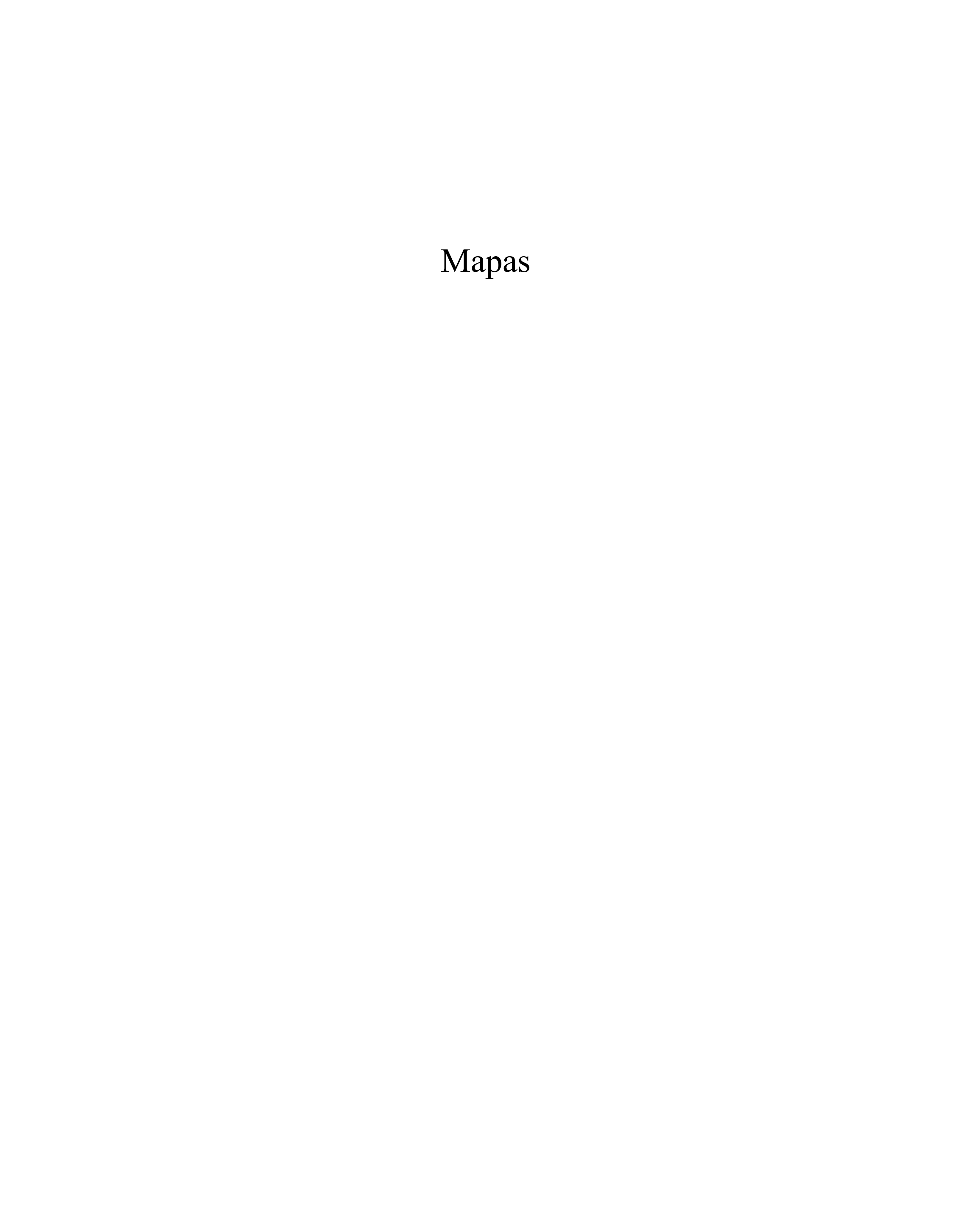
Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

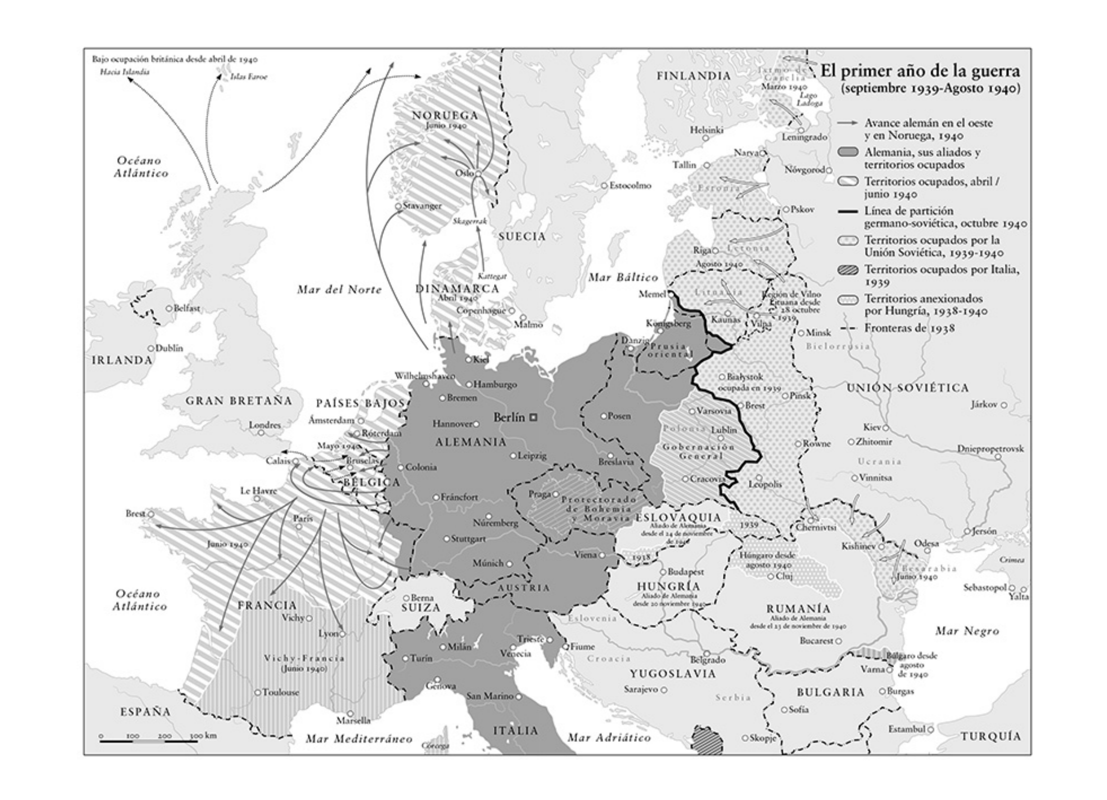
Edición en formato digital: noviembre 2016

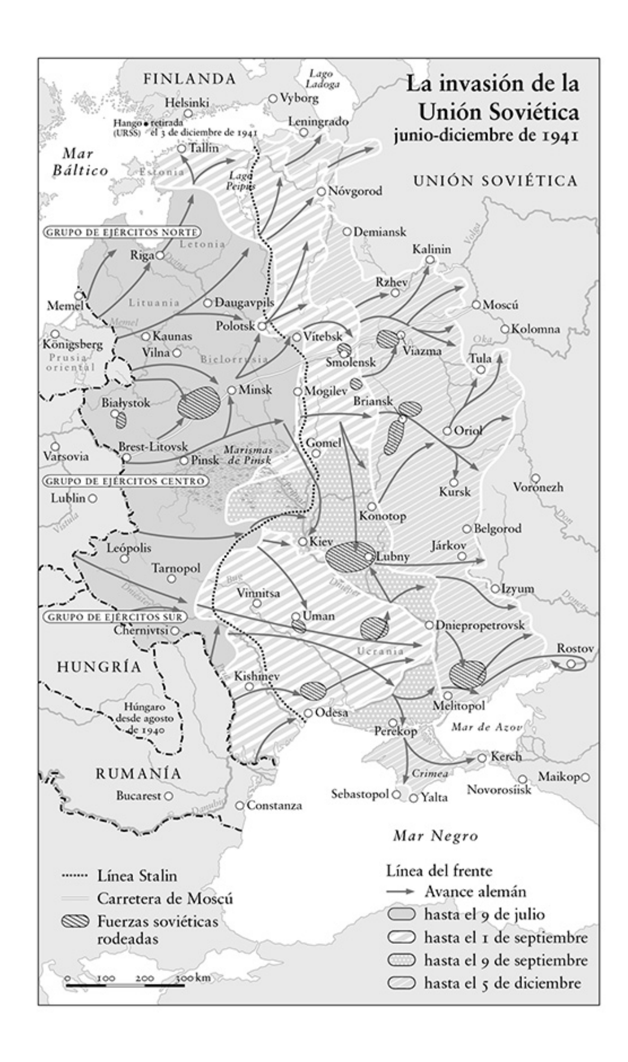
Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-50-4

Índice



Mapas

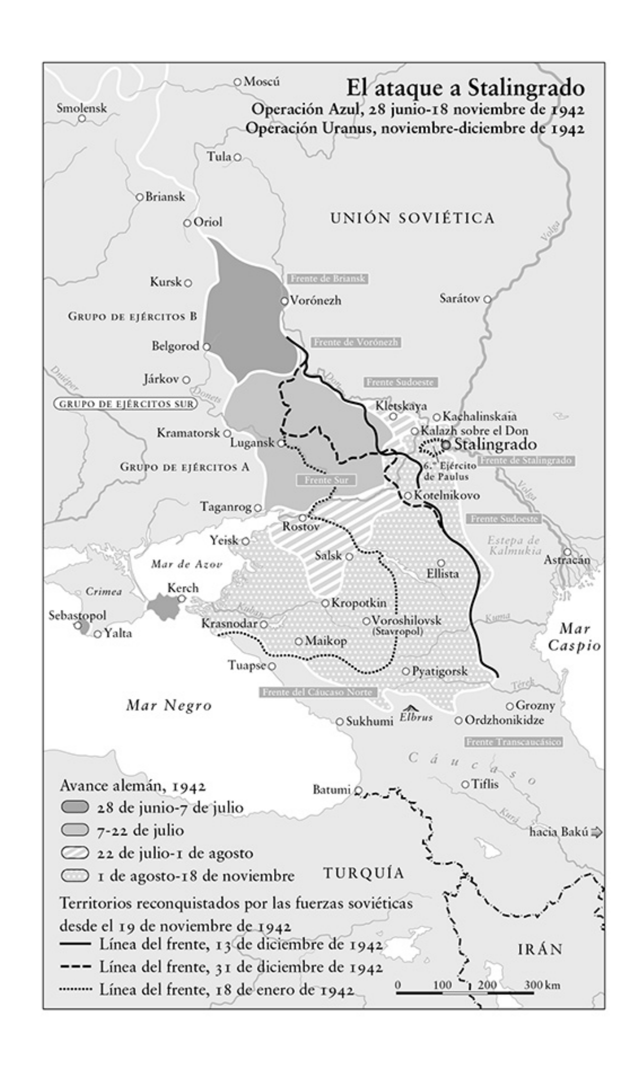

El primer año de la guerra
(septiembre 1939-Agosto 1940)
Avance alemán en el oeste y en Noruega, 1940
Alemania, sus aliados y territorios ocupados
Territorios ocupados, abril / junio 1940
Línea de partición germano-soviética, octubre 1940
Territorios ocupados por la Unión Soviética, 1939-1940
Territorios ocupados por Italia, 1939
Territorios anexionados por Hungría, 1938-1940
Fronteras de 1938
Bajo ocupación británica desde abril de 1940
Hacia Islandia
Islas Faroe
Océano Atlántico
Mar del Norte
Mar Báltico
Mar Mediterráneo
Mar Adriático
Mar Negro
FINLANDIA
NORUEGA
Junio 1940
SUECIA
DINAMARCA
Abril 1940
IRLANDA
GRAN BRETAÑA
PAÍSES BAJOS
BÉLGICA
Mayo 1940
FRANCIA
Junio 1940
Vichy-Francia
(Junio 1940)
ESPAÑA
SUIZA
ALEMANIA
AUSTRIA
ITALIA
ESLOVAQUIA
HUNGRÍA
RUMANÍA
YUGOSLAVIA
BULGARIA
TURQUÍA
UNIÓN SOVIÉTICA
Prusia oriental
Gobernación General
Protectorado de Bohemia y Moravia
Berlín
Hamburgo
Bremen
Hannover
Leipzig
Colonia
Fráncfort
Núremberg
Stuttgart
Múnich
Viena
Praga
Breslavia
Posen
Danzig
Königsberg
Memel
Varsovia
Lublin
Cracovia
Leópolis
Brest
Pinsk
Minsk
Białystok
ocupada en 1939
Vilna
Kaunas
Riga
Agosto 1940
Tallin
Helsinki
Leningrado
Nóvgorod
Pskov
Narva
Estocolmo
Oslo
Stavanger
Skagerrak
Kattegat
Copenhague
Malmö
Kiel
Belfast
Dublín
Londres
Ámsterdam
Róterdam
Bruselas
Calais
Le Havre
Brest
París
Vichy
Lyon
Toulouse
Marsella
Berna
Milán
Turín
Génova
Venecia
Trieste
Fiume
San Marino
Córcega
Budapest
Belgrado
Sarajevo
Skopje
Sofía
Burgas
Varna
Bucarest
Cluj
Chernivtsi
Kishinev
Odesa
Jersón
Sebastopol
Yalta
Crimea
Dniepropetrovsk
Kiev
Zhitomir
Rowne
Vinnitsa
Járkov
Estambul
Ucrania
Bielorrusia
Polonia
Lituania
Letonia
Estonia
Eslovenia
Croacia
Serbia
Besarabia
Istmo de Carelia
Marzo 1940
Lago Ladoga
Región de Vilno
Lituana desde 28 octubre 1939
Aliado de Alemania desde el 24 de noviembre de 1940
Aliado de Alemania desde 20 noviembre 1940
Aliado de Alemania desde el 23 de noviembre de 1940
Húngaro desde agosto 1940
Búlgaro desde agosto de 1940
Junio 1940
1938
1939
0 100 200 300 km

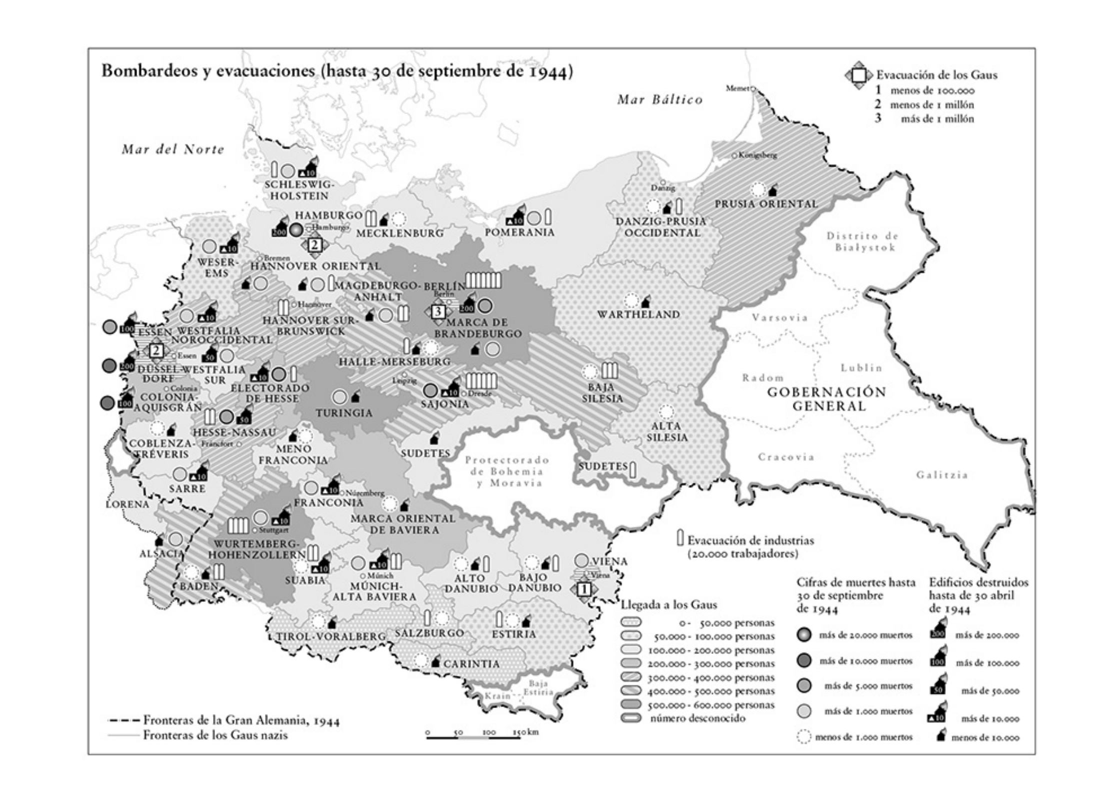

La invasión de la Unión Soviética
junio-diciembre de 1941
FINLANDA
Lago Ladoga
Helsinki
Vyborg
Leningrado
Hango (URSS)
retirada el 3 de diciembre de 1941
Tallin
Mar Báltico
Estonia
Lago Peipus
Nóvgorod
UNIÓN SOVIÉTICA
GRUPO DE EJÉRCITOS NORTE
Demiansk
Letonia
Riga
Kalinin
Volga
Rzhev
Memel
Lituania
Daugavpils
Moscú
Polotsk
Vitebsk
Kolomna
Kaunas
Königsberg
Vilna
Smolensk
Viazma
Oka
Tula
Prusia oriental
Bielorrusia
Minsk
Mogilev
Briansk
Białystok
Oriol
Brest-Litovsk
Gomel
Varsovia
Pinsk
Marismas de Pinsk
GRUPO DE EJÉRCITOS CENTRO
Kursk
Voronezh
Lublin
Vistula
Konotop
Don
Belgorod
Kiev
Leópolis
Járkov
Lubny
Tarnopol
Bug
Dniéper
Izyum
Vinnitsa
Dniéster
Donets
GRUPO DE EJÉRCITOS SUR
Uman
Chernivtsi
Dniepropetrovsk
Ucrania
Rostov
HUNGRÍA
Kishinev
Melitopol
Húngaro desde agosto de 1940
Odesa
Perekop
Mar de Azov
Kerch
RUMANÍA
Crimea
Maikop
Sebastopol
Yalta
Novorosíisk
Bucarest
Danubio
Constanza
Mar Negro
Línea Stalin
Carretera de Moscú
Fuerzas soviéticas rodeadas
Línea del frente
Avance alemán
hasta el 9 de julio
hasta el 1 de septiembre
hasta el 9 de septiembre
hasta el 5 de diciembre
0 100 200 300 km

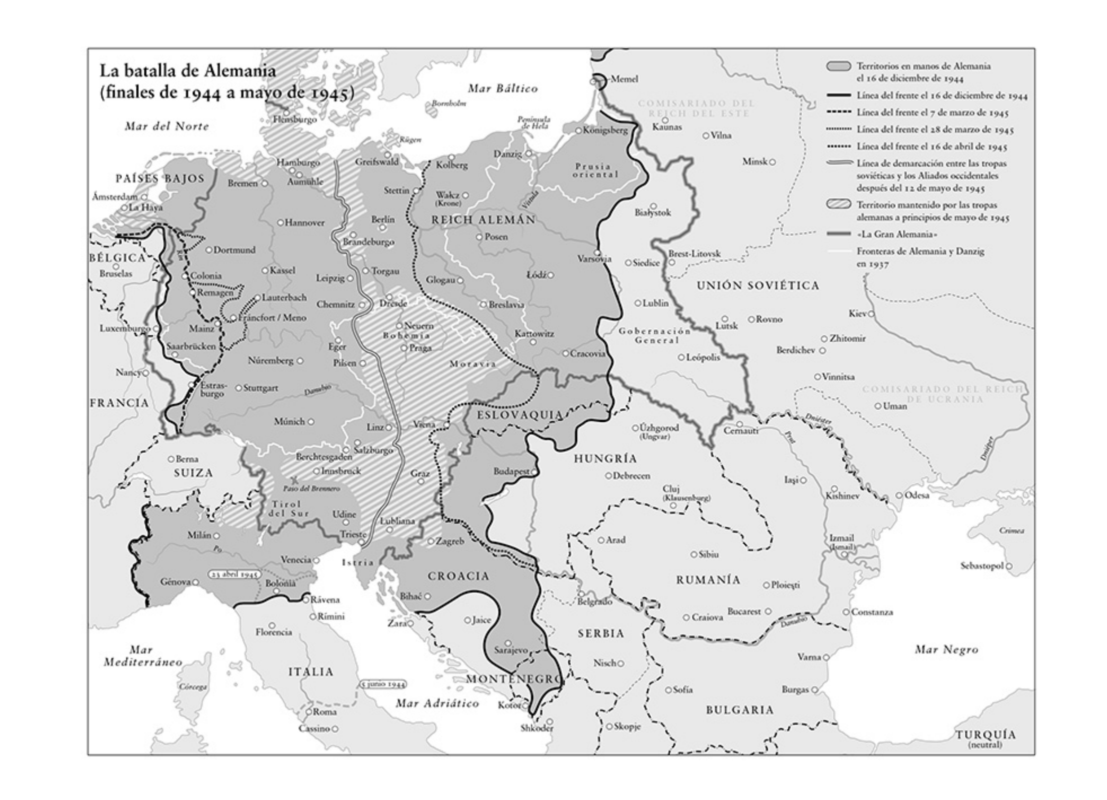

Contraofensiva soviética
6 de diciembre de 1941 a finales de marzo de 1942
FINLANDIA
Lago Ladoga
Vyborg
Helsinki
Leningrado
Mar Báltico
Tallin
Lago Peipus
Nóvgorod
UNIÓN SOVIÉTICA
Demiansk
Kalinin
Riga
Rzhev
Moscú
Memel
Daugavpils
Polotsk
Viazma
Kolomna
Kaunas
Königsberg
Vilna
Vitebsk
Smolensk
Tula
Mijáilov
Minsk
Mogilev
Bialystok
Briansk
Oriol
Yelets
Varsovia
Brest-Litovsk
Pinsk
Gomel
Marismas del Pinsk
Voronezh
Kursk
Lublin
Konotop
Belgorod
Járkov
Leópolis
Kiev
0 100 200 300 km
Izyum
Dniepropetrovsk
Rostov
Melitopol
Mar de Azov
Crimea
Kerch
Novorosiisk
Mar Negro
Ofensiva soviética
reconquistado por las fuerzas soviéticas (finales de 1941-finales de marzo de 1942)
Kalinin
FRENTE OCCIDENTAL
Zhukov
9.º Ejército Strauss
4.º Ejército Hopener
Borodino
Moscú
Podolsk
Yartseyo
Kolomna
Kashira
Kaluga
Tula
4.º Ejército Kluge
Mijáilov
Roslavl
Belyov
2.º Ejército Guderian
Briansk
Mtsensk
Oriol
Ofensiva soviética
reconquistado en febrero de 1942
0 50 100 150 km



Campos de concentración en Europa (1937-1943)
Principales campos de concentración (con año de edificación)
Campos de exterminio (construidos en 1941-1942)
Centros de eutanasia
Lugares de ejecuciones masivas
Guetos principales
Ciudadelas
Fronteras internacionales
Líneas de partición 1939-1941
SUECIA
DINAMARCA
Mar del Norte
Mar Báltico
LETONIA
LITUANIA
PAÍSES BAJOS
BÉLGICA
ALEMANIA
POLONIA
UNIÓN SOVIÉTICA
CHEQUIA
ESLOVAQUIA
AUSTRIA
HUNGRÍA
RUMANÍA
FRANCIA
SUIZA
ITALIA
YUGOSLAVIA
BULGARIA
Mar Adriático
Mar Negro
Prusia oriental
Bielorrusia
Ucrania
Besarabia
Transilvania
Valaquia
Bosnia
Serbia
Copenhague
Kaiserwald
Riga
Rumbuli
Jungernhof
Memel
Kaunas
Königsberg
Ponar
Vilna
Minsk
Maly Trostinets
Vitebsk
Smolensk
Gomel
Danzig
Stutthof
Neuengamme
Rostock
Westerbork
Esterwegen
Hamburgo
Ravensbrück
Stettin
Bremen
Bergen-Belsen
Sachsenhausen
Berlín
Ámsterdam
Hannover
Mittelbau-Dora
Magdeburgo
Brandeburgo
Posen
Chełmno
Varsovia
Treblinka
Białystok
s-Hertogenbosch
Calais
Malinas
Bruselas
Colonia
Buchenwald
Sachsenburg
Bernburg
Leipzig
Sonnenstein
Gross-Rosen
Radom
Łódź
Majdanek
Lublin
Sobibor
Babi Yar
Kiev
Drobitsky Yar
Járkov
Zhitomir
Hadamar
Weimar
Dresde
Breslavia
Częstochowa
Kielce
Bełżec
Compiègne
Eichberg
Fráncfort
Theresienstadt
Sosnowiec
Płaszów
Nisko
Janowska
Drancy
París
Luxemburgo
Auschwitz
Cracovia
Tarno
Leópolis
Pezemys
Metz
Flossenbürg
Praga
Núremberg
Stuttgart
Grafeneck
Estrasburgo
Bar
Natzweiler
Dachau
Linz
Mauthausen
Bratislava
Viena
Czernowitz/Chernivtsi
Edinet
Balanovka
Kishinev
Odesa
Múnich
Eglfing-Haar
Schloss Hartheim
Salzburgo
Basilea
Berna
Innsbruck
Budapest
Klausenburg
Lyon
Bolzano
Loborgrad
Danica
Laibach
Zagreb
Jasenovac
Stara Gradiška
Trieste
Timişoara
Kronstadt
Turín
Milán
Venecia
Fiume
Djakovo
Zemun
Tasmajdan
Belgrado
Sajmište
Šabac
Bucarest
Constanza
Génova
Fossoli
Bolonia
Jadovno
Kauscica
Marsella
Niza
Florencia
Sarajevo
Niš
0 50 100 150 km


El ataque a Stalingrado
Operación Azul, 28 junio-18 noviembre de 1942
Operación Uranus, noviembre-diciembre de 1942
Moscú
Smolensk
Tula
Briansk
Oriol
UNIÓN SOVIÉTICA
Volga
Kursk
Frente de Briansk
Vorónezh
Sarátov
GRUPO DE EJÉRCITOS B
Belgorod
Frente de Vorónezh
Járkov
Dniéper
Donets
Don
Frente Sudoeste
GRUPO DE EJÉRCITOS SUR
Kletskaya
Kachalinskaia
Kalazh sobre el Don
Kramatorsk
Lugansk
Stalingrado
6.º Ejército
de Paulus
Frente de Stalingrado
GRUPO DE EJÉRCITOS A
Frente Sur
Kotelnikovo
Taganrog
Rostov
Frente Sudoeste
Yeisk
Estepa de
Kalmukia
Astracán
Salsk
Mar de Azov
Ellista
Crimea
Kerch
Kropotkin
Sebastopol
Kuban
Krasnodar
Voroshilovsk
(Stavropol)
Kuma
Yalta
Mar
Caspio
Maikop
Tuapse
Pyatigorsk
Terek
Frente del Cáucaso Norte
Mar Negro
Grozny
Sukhumi
Elbrus
Ordzhonikidze
Frente Transcaucásico
Cáucaso
Batumi
Tiflis
Kura
hacia Bakú
Avance alemán, 1942
28 de junio-7 de julio
7-22 de julio
22 de julio-1 de agosto
1 de agosto-18 de noviembre
TURQUÍA
Territorios reconquistados por las fuerzas soviéticas
desde el 19 de noviembre de 1942
Línea del frente, 13 de diciembre de 1942
Línea del frente, 31 de diciembre de 1942
Línea del frente, 18 de enero de 1942
IRÁN
0
100
200
300 km


Bombardeos y evacuaciones (hasta 30 de septiembre de 1944)
Evacuación de los Gaus
1 menos de 100.000
2 menos de 1 millón
3 más de 1 millón
Mar del Norte
Mar Báltico
SCHLESWIG-HOLSTEIN
HAMBURGO
MECKLENBURG
POMERANIA
DANZIG-PRUSIA OCCIDENTAL
PRUSIA ORIENTAL
WESER-EMS
HANNOVER ORIENTAL
MAGDEBURGO-ANHALT
BERLÍN
MARCA DE BRANDEBURGO
WARTHELAND
HANNOVER SUR-BRUNSWICK
ESSEN
WESTFALIA NOROCCIDENTAL
DÜSSELDORF
WESTFALIA SUR
ELECTORADO DE HESSE
HALLE-MERSEBURG
TURINGIA
SAJONIA
BAJA SILESIA
ALTA SILESIA
COLONIA-AQUISGRÁN
HESSE-NASSAU
COBLENZA-TRÉVERIS
MENO FRANCONIA
SUDETES
SARRE
LORENA
FRANCONIA
MARCA ORIENTAL DE BAVIERA
WURTEMBERG-HOHENZOLLERN
ALSACIA
BADEN
SUABIA
MÚNICH-ALTA BAVIERA
ALTO DANUBIO
BAJO DANUBIO
VIENA
TIROL-VORALBERG
SALZBURGO
ESTIRIA
CARINTIA
Protectorado de Bohemia y Moravia
Distrito de Bialystok
Varsovia
Radom
Lublin
GOBERNACIÓN GENERAL
Cracovia
Galitzia
Krain
Baja Estiria
Evacuación de industrias (20.000 trabajadores)
Llegada a los Gaus
0 - 50.000 personas
50.000 - 100.000 personas
100.000 - 200.000 personas
200.000 - 300.000 personas
300.000 - 400.000 personas
400.000 - 500.000 personas
500.000 - 600.000 personas
número desconocido
Cifras de muertes hasta 30 de septiembre de 1944
más de 20.000 muertos
más de 10.000 muertos
más de 5.000 muertos
más de 1.000 muertos
menos de 1.000 muertos
Edificios destruidos hasta de 30 abril de 1944
más de 200.000
más de 100.000
más de 50.000
más de 10.000
menos de 10.000
Fronteras de la Gran Alemania, 1944
Fronteras de los Gaus nazis
0 50 100 150 km


La batalla de Alemania
(finales de 1944 a mayo de 1945)
Territorios en manos de Alemania el 16 de diciembre de 1944
Línea del frente el 16 de diciembre de 1944
Línea del frente el 7 de marzo de 1945
Línea del frente el 28 de marzo de 1945
Línea del frente el 16 de abril de 1945
Línea de demarcación entre las tropas soviéticas y los Aliados occidentales después del 12 de mayo de 1945
Territorio mantenido por las tropas alemanas a principios de mayo de 1945
«La Gran Alemania»
Fronteras de Alemania y Danzig en 1937
Mar del Norte
Mar Báltico
Mar Mediterráneo
Mar Adriático
Mar Negro
PAÍSES BAJOS
BÉLGICA
FRANCIA
SUIZA
ITALIA
REICH ALEMÁN
Prusia oriental
ESLOVAQUIA
HUNGRÍA
CROACIA
SERBIA
MONTENEGRO
RUMANÍA
BULGARIA
TURQUÍA (neutral)
UNIÓN SOVIÉTICA
COMISARIADO DEL REICH DEL ESTE
COMISARIADO DEL REICH DE UCRANIA
Gobernación General
Bohemia
Moravia
Tirol del Sur
Istria
23 abril 1945
5 junio 1944
Memel
Königsberg
Danzig
Kolberg
Greifswald
Stettin
Hamburgo
Bremen
Berlín
Varsovia
Breslavia
Dresde
Praga
Viena
Budapest
Múnich
Milán
Roma

Lista de ilustraciones

Alemanes étnicos de Rumanía subiendo a bordo de un vapor en el Danubio *(Bildagentur der Stiftung Preussischer Kulturbesitz 30017520)*.

Un café de Cracovia *(Archivo Digital Nacional de Varsovia, sign. 2-4291)*.

Un café de París *(Deutsches Historisches Museum, GG 334/20)*.

Soldados alemanes visitando una sinagoga convertida en prostíbulo en Brest, Francia *(Bundesarchiv Bild 101II-MW-1019-07)*.

Una mujer alemana y su amante polaco atados a una picota en Eisenach, 15 de noviembre de 1940 *(Staadtarchiv Eisenach)*.

Fritz Probst, Navidades de 1939 *(Museum für Kommunikation, Berlín)*.

Kurt Orgel, enero de 1945 *(legado de Liselotte Orgel-Purper)*.

Prisioneras del Ejército Rojo, agosto de 1941 *(Bundesarchiv Bild 183-L19872)*.

Prisioneros del Ejército Rojo en Mauthausen en 1941 *(Bundesarchiv Bild 192-051)*.

Prisioneros del Ejército Rojo en Mauthausen en 1944 *(Bundesarchiv Bild 192-208)*.

El puente sobre el Dniéper en Kiev destruido, 1941 *(Museum für Kommunikation, Berlín)*.

El puente sobre el Dniéper en Kiev reconstruido, 1941 *(Museum für Kommunikation, Berlín)*.

Paseo de un grupo de alemanes entre las ruinas de Kiev, 1942 *(Deutsches Historisches Museum, Orgel-Köhne 6183/2)*.

Soldados presenciando una ejecución en Oriol, invierno de 1941-1942 *(Bundesarchiv Bild 101I-287-0872-28A)*.

Retirada del invierno de 1941-1942: soldados soviéticos muertos y caballo *(legado de Irene y Ernst Guicking, reproducida por cortesía de Bernhild Breithaupt)*.

Avance durante el verano de 1942 *(legado de Wilhelm Moldenhauer, reproducido por cortesía de Heide Moldenhauer)*.

Deportación de los judíos de Kitzingen, 24 de marzo de 1942 *(Staatsarchiv de Wurzburgo)*.

Pase postal de Marianne Strauss durante la guerra *(University of Southampton, Special Collections)*.

Un grupo de alemanes pujando por objetos propiedad de judíos durante una subasta en Hanau *(Medienzentrum Hanau, sign. MZHUo110_C3)*.

Liselotte Purper preparando una fotografía en la base aérea de Leópolis *(legado de Liselotte Orgel-Purper)*.

Liselotte Purper: un enfermero disfrazado de soldado herido es descargado de un Junker 52.

(Bildagentur der Stiftung Preußischer Kulturbesitz, 30028369)

Cola para las entradas del cine, Berlín *(Bildagentur der Stiftung Preussischer Kulturbesitz 30021415)*.

Personal antiaéreo de descanso interpretando un dúo en el búnker de la estación Anhalter, Berlín *(Deutsches Historisches Museum, Orgel-Köhne 4055/1)*.

Zarah Leander en *El gran amor,* 1942 *(Deutsche Kinemathek)*.

Boda de Liselotte Purper y Kurt Orgel, septiembre de 1943 *(legado de Liselotte Orgel-Purper)*.

Recuperando objetos en una casa destruida en Colonia, 1943 *(NS-Dokumentationszentrum der Stadt Köln, Bilddatei Bp7607).*

El incendio de Hamburgo: en el búnker de Reeperbahn, julio de 1943 *(Staatsarchiv de Hamburgo).*

El incendio de Hamburgo: prisioneros del campo de concentración recogiendo restos, agosto de 1943 *(Bildagentur der Stiftung Preussischer Kulturbesitz 30011911).*

Despedidas en la estación de tren de Hagen, julio de 1943 *(cortesía de Gerhard Sollbach).*

Muchachas de Hagen en la costa del mar Báltico *(cortesía de Gerhard Sollbach).*

Personal femenino antiaéreo reparando un reflector *(Bundesarchiv Bild 101I-674-7798-04).*

Conmemoración en memoria de las víctimas del incendio de Hamburgo *(Staatsarchiv Hamburg).*

Huida de Prusia oriental a través del Frische Nehrung, enero/febrero de 1945 *(Bildagentur der Stiftung Preussischer Kulturbesitz 00012112).*

Prisioneros muertos de un campo de concentración en un tren, abril de 1945 *(United States Holocaust Memorial Museum 06531).*

Rendición de soldados adolescentes en Veckerhagen *(Bundesarchiv Bild 146-1971-053-21).*

Eva y Victor Klemperer en el exterior de su casa en Dölzschen en Sajonia, h. 1940 *(DDP Images).*

El teniente del Ejército Rojo Vladímir Gelfand y su novia berlinesa *(cortesía de Vitaly Gelfand).*

Berlineses bañándose cerca de las ruinas del búnker del Zoo, 1945 *(Bundesarchiv Bild 146-1982-028-14)*.

Un mercado negro en Berlín *(Deutsches Historisches Museum, GG 72/20)*.

Carteles de niños desaparecidos *(Bildagentur der Stiftung Preussischer Kulturbesitz 30008096)*.

Vivienda en un sótano en Hamburgo, julio de 1947 *(reproducida por cortesía de Victor Gollancz, In Darkest Germany, 1947)*.

Rehabilitación de un amputado de guerra *(Deutsches Historisches Museum, Orgel-Köhne 11269/4)*.

Prefacio

Este libro pone fin a un periodo de algo más de veinte años durante los cuales he intentado comprender la experiencia de aquellos que vivieron en Alemania y bajo la ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial. Es además un libro que en principio no pretendía escribir. En 2005, me prometí a mí mismo y a cualquiera que quisiera oírme que tras haber terminado *Witnesses of War: Children's Lives under the Nazis* [Testigos de la guerra. La vida de los niños bajo los nazis], no volvería a escribir nada más sobre niños, el Holocausto o la Alemania nazi. Este libro comenzó como un ensayo breve sobre cuáles eran las causas por las que los alemanes luchaban: sentía la necesidad de contarlo antes de poder seguir adelante. Comenzó a tomar forma como algo mucho más grande durante un año sabático que pasé en la Universidad Libre de Berlín en 2006-2007.

Hay ciertos elementos de evidente continuidad entre los dos libros. El más obvio es mi interés en explorar las dimensiones subjetivas de la historia social, usando los documentos contemporáneos para tratar de comprender cómo juzgaba y entendía la gente ciertos sucesos mientras éstos se iban desplegando a su alrededor y antes de que conociesen sus resultados finales. Pero también hay algunas diferencias evidentes. En *Witnesses of War,* quería sobre todo tratar a los niños como actores sociales por derecho propio; también tenía la intención de yuxtaponer las perspectivas irreconciliables de aquellos niños divididos por la guerra y por la persecución racista en vencedores y vencidos. *La guerra alemana* plantea un problema diferente: cómo sacar a la luz los temores y esperanzas de la sociedad de la que provenían los conquistadores y los verdugos para poder entender cómo los

alemanes justificaron la guerra ante sí mismos. Para centrarme en esa cuestión, he intentado desarrollar al mismo tiempo amplitud y profundidad: amplitud mediante el uso de imágenes «macro» de las opiniones existentes en aquel momento, aproximándome a lo que los informadores secretos del régimen captaban de las conversaciones públicas o a lo que encontraban los censores militares rastreando al azar las sacas de correos; profundidad mediante el seguimiento de una escogida selección de individuos, extraídos de una amplia gama de ambientes diversos y a lo largo de un periodo de tiempo considerable, explorando cómo sus esperanzas y planes personales se entrelazaban con su cambiante experiencia de la guerra. Al actuar así, las voces de las víctimas aparecen de una manera menos prominente que en *Witnesses of War*, pero no están ausentes: sin la perspectiva del contraste que ellas suponen, no lograríamos saber de qué maneras tan diferentes –y a menudo con cuánto ensimismamiento– entendieron los alemanes la guerra.

Uno de los ingredientes más importantes de este libro son las recopilaciones de cartas entre enamorados, amigos cercanos, padres e hijos y matrimonios. Muchos historiadores han utilizado este tipo de fuentes, pero a menudo con un efecto diferente. Por ejemplo, la Bibliothek für Zeitgeschichte (Biblioteca de Historia Contemporánea) de Stuttgart posee una famosa colección de alrededor de 25.000 cartas reunidas por Reinhold Sterz. Desafortunadamente, las cartas están catalogadas por fechas y no por autores, de tal manera que ofrecen una imagen de ciertas opiniones subjetivas en momentos concretos de la guerra, pero no resulta posible comprobar con cuánta firmeza mantuvieron los autores de las cartas esas opiniones a lo largo del tiempo. Mi selección se guió por el principio opuesto: lo que yo quería era leer recopilaciones de cartas en las que apareciesen ambos participantes de la correspondencia y que se prolongasen al menos durante varios años, de manera que se pudiera observar cómo se desarrollaban y se alteraban a lo largo de la guerra las relaciones personales entre los corresponsales –el motivo principal de ese tipo de escritura–. De esta manera es posible reconstruir con más atención los prismas privados a través de los cuales los individuos contemplan los acontecimientos más importantes. Éste es el tipo de investigación que los historiadores de la

Primera Guerra Mundial han venido desarrollando desde la década de 1990, y he aprendido mucho de Christa Hämmerle sobre la manera de llevarla a cabo.

Tuve la gran suerte de tener acceso al archivo privado reunido por Walter Kempowski mientras él aún vivía, y recuerdo bien la generosa bienvenida que Walter y Hildegard Kempowski me dieron en su casa de Natum: el archivo se conserva ahora en la Akademie der Künste (Academia de las Artes) de Berlín. En el Deutsches Tagebucharchiv (Archivo de Diarios Alemanes) de Emmendingen, Gerhard Seitz fue de gran ayuda, igual que lo fue Irina Renz en la Bibliothek für Zeitgeschichte (Biblioteca de Historia Contemporánea) de Stuttgart. En Berlín, Andreas Michaelis del Deutsches Historisches Museum (Museo de Historia Alemana), Veit Didczuneit y Thomas Jander del Feldpostarchiv (Archivo del Servicio Postal del Ejército) del Museum für Kommunikation (Museo de la Comunicación) y el Bundesarchiv (Archivo Federal) me procuraron inestimables documentos, igual que hizo Christiane Botzet en el Bundesarchiv-Militärarchiv (Archivo Federal-Archivo Militar) de Friburgo. Klaus Baum y Konrad Schulz del archivo de Jehovas Zeugen in Deutschland (Testigos de Jehová de Alemania) en Selters-Taunus me proporcionaron copias de las últimas cartas que algunos testigos de Jehová escribieron antes de su ejecución por negarse a realizar el servicio militar, y Alexander von Plato del Institut für Geschichte und Biographie (Instituto de Historia y Biografía) de Lüdenscheid me introdujo en la amplia colección de recuerdos de escolares del periodo de guerra reunida desde comienzos de la década de 1950 y conservada en el Archivo Wilhelm Roessler. Agradezco también a Li Gerhalter y Günter Müller el material procedente del Dokumentation Lebensgeschichtliche Aufzeichnungen (Registro de Documentación de Historia de la Vida Cotidiana) y de la Sammlung Frauennachlässe (Colección de testamentos procedentes de mujeres), ambos en la Universidad de Viena. Tengo una especial deuda con Jacques Schuhmacher por su infatigable disposición a ayudarme de todas las maneras posibles en muchos momentos de esta investigación. El trabajo ha

sido financiado por la Fundación Alexander von Humboldt y el Fondo Leverhulme y me siento agradecido a ambas instituciones.

Las deudas intelectuales que he acumulado durante un periodo tan largo son demasiado grandes y numerosas para poder hacerles justicia. Durante el año 2006-2007 en Berlín, Jürgen Kocka fue un encantador anfitrión, y otras muchas personas hicieron que mi tiempo en Alemania fuese memorable y fructífero. Muchos amigos y colegas me han animado a lo largo del camino, compartiendo conmigo sus ideas y hallazgos y haciéndome sentir intensamente que la historia es un esfuerzo común. Entre mis encantadores colegas de la Facultad de Historia y el Magdalen College de Oxford, estoy especialmente agradecido a Paul Betts, Laurence Brockliss, Jane Caplan, Martin Conway, Robert Gildea, Ruth Harris, Matt Houlbrook, Jane Humphries, John Nightingale, Sian Pooley y Chris Wickham.

En la editorial británica The Bodley Head he tenido el privilegio de trabajar con Jörg Hensgen, Will Sulkin y, tras la jubilación de Will, Stuart Williams. Con su extraordinaria energía y agudeza, Lara Heimert me introdujo en el mundo de la editorial estadounidense Basic Books. Su compromiso con la publicación de libros en los que cree es asombrosamente firme y, una y otra vez, me ha dado justo el tipo de seguridad que yo necesitaba. Lara y Jörg actuaron como editores gemelos, sin pisarse entre ellos ni a mí, con Jörg entregado a la minuciosa tarea de preparar cada una de las páginas para su edición. Ha sido muy agradable trabajar con esos cuatro editores y les estoy profundamente agradecido. Clare Alexander y Sally Riley de la agencia literaria Aitken-Alexander han sido todo el tiempo un par de hadas madrinas que han compartido conmigo su sabiduría y me han animado incesantemente. He tenido mucha suerte.

Sin la gran generosidad intelectual y el apoyo de muchos amigos, probablemente este libro no habría existido. Paul Betts, Tom Brodie, Stefan Ludwig Hoffmann, Ian Kershaw, Mark Roseman, Jacques Schuhmacher, Jon Waterlow y Bernd Weisbrod interrumpieron su propio trabajo para leer el original al completo. Les agradezco a cada uno de ellos sus inestimables sugerencias y la forma como compartieron conmigo sus propias investigaciones y evitaron que cometiese algún gran error histórico. Ruth

Harris y Lyndal Roper leyeron el trabajo dos veces y ambos han dejado una huella indeleble en él. En cada etapa de este proyecto, Lyndal ha debatido conmigo las ideas más importantes al mismo tiempo que yo las formulaba. Nunca podría agradecerle suficientemente lo que ha hecho por mí.

NICHOLAS STARGARDT
Oxford, 3 de junio de 2015

Dramatis Personae

(en orden de aparición)

Ernst Guicking, hijo de un granjero de Hesse, soldado profesional del cuerpo de infantería; e **Irene Reitz**, florista de Lauterbach, en Hesse; contraen matrimonio durante la guerra.

Wilm Hosenfeld, católico, veterano de la Primera Guerra Mundial y maestro de escuela en la localidad de Thalau, en Hesse; presta servicio en la guarnición alemana en Varsovia, y su esposa **Annemie,** cantante de formación y protestante convertida al catolicismo; tienen cinco hijos.

Jochen Klepper, escritor de Nikolassee, Berlín; casado con **Johanna**, una judía convertida al protestantismo, con dos hijastros.

Liselotte Purper, fotógrafa de prensa de Berlín, y **Kurt Orgel**, jurista de Hamburgo, oficial de artillería; se casan durante la guerra.

Victor Klemperer, judío convertido al protestantismo, veterano de la Primera Guerra Mundial y académico, y su esposa **Eva**, anteriormente concertista de piano.

August Töpperwien, veterano de la Primera Guerra Mundial y profesor de instituto de Solingen, oficial a cargo de prisioneros de guerra, y su esposa **Margarete**.

Fritz Probst, carpintero de Turingia, miembro del batallón de construcción, y su esposa **Hildegard**; tienen tres hijos pequeños.

Helmut Paulus, hijo de un médico de Pforzheim y el mayor de cuatro hermanos adolescentes, soldado de infantería.

Hans Albring y **Eugen Altrogge**, de Gelsenkirchen-Buer, en Münster, amigos y miembros del Movimiento de Jóvenes Católicos, sirven en señales y en infantería.

Wilhelm Moldenhauer, tendero de Nordstemmen, cerca de Hannover, operador de radio.

Marianne Strauss, maestra judía de una escuela infantil de Essen.

Ursula von Kardorff, periodista de Berlín.

Peter Stölten, de Zehlendorf, en Berlín, mensajero y comandante de blindados.

Lisa de Boor, periodista de Marburgo; casada con Wolf, con tres hijos ya mayores: Monika, Anton y Hans.

Willy Reese, empleado como aprendiz en un banco de Duisburgo, soldado de infantería.

Maria Kundera, trabajadora del ferrocarril en Michelbeuern, cerca de Viena, y **Hans H.**, hijo de un ferroviario, paracaidista.

Introducción

La Segunda Guerra Mundial fue, más que ninguna otra, una guerra alemana. El régimen nazi convirtió el conflicto que él mismo había iniciado en la guerra más horrible de la historia europea, recurriendo a métodos genocidas mucho antes incluso de la construcción de las primeras cámaras de gas en la Polonia ocupada. El Tercer Reich fue también único al decretar la «derrota total» en 1945, y consumir y agotar en ese proceso todas las reservas morales y físicas de la sociedad alemana. Ni siquiera los japoneses lucharon a las puertas mismas del Palacio Imperial de Tokio como los alemanes lucharon por la Cancillería del Reich en Berlín. Para librar una guerra a tal escala, los nazis tuvieron que recurrir a niveles de movilización social y compromiso personal mucho más profundos de lo que habían intentado lograr incluso en el periodo previo a la guerra. Sin embargo, setenta años después –y a pesar de la existencia de bibliotecas enteras de libros sobre los orígenes de la guerra, su desarrollo y sus atrocidades–, aún no sabemos cuál era la causa por la que los alemanes creían luchar, o cómo se las arreglaron para prolongar su guerra hasta el amargo final. Este libro narra cómo el pueblo alemán experimentó y apoyó esa guerra.[1]

En lugar de reducirse en su significado con el paso gradual de las generaciones que la vivieron, la Segunda Guerra Mundial ha ido creciendo en el imaginario público. Y en ningún sitio más que en la propia Alemania, donde los últimos quince años han conocido un diluvio de películas, documentales, exposiciones y libros. Sin embargo, tanto las representaciones académicas como las populares tienden hacia una visión fundamentalmente dividida del conflicto, presentando a los alemanes o bien

como víctimas o bien como verdugos. A lo largo de la última década, la narración victimista ha sido preeminente, pues ha habido muchos entrevistadores dedicados a sacar a la luz los recuerdos enterrados de civiles que vivieron los bombardeos de las ciudades alemanas por las Fuerzas Aéreas británicas (RAF) y estadounidenses (USAAF), y el épico avance del Ejército Rojo y las matanzas y violaciones que a menudo lo acompañaron. Muchos ancianos alemanes, al volver a contar sus recuerdos más dolorosos, tan sólo deseaban ser escuchados y dejar un registro tras ellos. Pero los medios de comunicación convirtieron los sufrimientos de los civiles alemanes durante la guerra en una preocupación del momento presente, centrándose en los problemas de insomnio, los ataques de ansiedad y las pesadillas recurrentes. Se formaron grupos de los autodenominados «niños de la guerra» y los comentaristas se dedicaron a recurrir a términos como «trauma» y «trauma colectivo», en una especie de fórmula multifunción para describir esas experiencias. Pero hablar de trauma tiende a enfatizar la pasividad e inocencia de las víctimas, y posee una fuerte resonancia moral: de hecho, en las décadas de 1980 y 1990, la noción de «trauma colectivo» fue utilizada para enmarcar los recuerdos de los supervivientes del Holocausto, con la idea de «otorgar poder» a las víctimas al concederles un reconocimiento político.[2]

Sólo en el margen político ocupado por la extrema derecha, que se manifiesta cada mes de febrero para conmemorar el bombardeo de Dresde en 1945 con pancartas que proclaman «El Holocausto de las bombas», se atreve alguien a igualar el sufrimiento de los civiles alemanes con el de las víctimas de la política nazi de exterminio. E incluso ese tipo de provocación está muy lejos del nacionalismo recalcitrante patrocinado en la década de 1950 en la Alemania Federal, cuando los soldados alemanes eran honrados por el heroísmo de su «sacrificio», mientras que cualquier «atrocidad» alemana era atribuida a un puñado de nazis intransigentes, en particular las SS. Esa conveniente excusa propia de la Guerra Fría sobre el «buen» ejército de la Wehrmacht y los «malvados» SS –que contribuyó a respaldar el rearme de la Alemania Federal como miembro de pleno derecho de la OTAN a mediados de la década de 1950– se había vuelto insostenible a mediados de

los noventa, gracias en buena medida a la exposición itinerante «Crímenes de la Wehrmacht», que mostró las fotografías de ahorcamientos públicos y matanzas masivas ejecutadas por soldados regulares. La exhibición pública de imágenes privadas que los soldados habían llevado en los bolsillos de sus uniformes junto a las fotos de sus hijos y esposas provocó respuestas de gran intensidad, especialmente en lugares como Austria o la antigua Alemania del Este, que habían evitado en gran medida el debate abierto sobre tales asuntos hasta la década de 1990. Pero también hubo reacciones contrarias, y algunos comentaristas llegaron a preguntarse si no se estaba volviendo al mismo tipo de competición sobre el sufrimiento nacional que había sido prevalente en los años cincuenta al ver que muchos focos se dirigían hacia las mujeres y los niños alemanes como víctimas de los bombardeos británicos y estadounidenses o de las violaciones soviéticas.[3]

En realidad, ambas narrativas sobre la guerra, tan poderosas emocionalmente, han mantenido trayectorias paralelas. A pesar de la conciencia moral colectiva que subyace a ojos vista en la decisión de levantar un enorme memorial del Holocausto en el centro del Berlín contemporáneo, una profunda división persiste al hablar sobre esos periodos: los alemanes siguen siendo o víctimas o verdugos. Mientras observaba el examen de conciencia público que acompañó en Alemania al 60.º aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial en 2005, me di cuenta de que la necesidad contemporánea de extraer las lecciones correctas de ese pasado había llevado tanto a los eruditos como a los medios de comunicación a descuidar una de las tareas esenciales de la investigación histórica, la primera, por encima de todas las demás, la de entender el pasado. Los historiadores no se habían preguntado seriamente qué decían y pensaban los alemanes de su papel en aquel tiempo. ¿Hasta qué punto, por ejemplo, habían debatido sobre el hecho de que estaban luchando por un régimen que estaba cometiendo un genocidio? ¿Y cómo alteraron las conclusiones a las que pudieron llegar su opinión de la guerra en su conjunto?

Se podría pensar que semejante debate no pudo haber tenido lugar durante la guerra en aquel Estado policial. Pero, a decir verdad, durante el

verano y el otoño de 1943, los alemanes empezaron a hablar abiertamente en público sobre las masacres de judíos, relacionándolas con los bombardeos aliados sobre civiles alemanes. En Hamburgo se informó de que «la gente común, las clases medias, y el resto de la población hacen repetidas observaciones en círculos íntimos y también en reuniones más amplias de que los ataques son una represalia por nuestro trato a los judíos». En Schweinfurt, en Baviera, la gente decía exactamente lo mismo: «los ataques para provocar el terror son consecuencia de las medidas adoptadas contra los judíos». Después del segundo ataque por sorpresa de las Fuerzas Aéreas estadounidenses sobre la localidad en octubre de 1943, la gente se quejaba públicamente de que «si no hubiéramos tratado tan mal a los judíos, no tendríamos que sufrir tanto con esos terribles ataques». En ese momento, opiniones semejantes fueron reportadas a las autoridades de Berlín no sólo desde todas las grandes ciudades alemanas, sino incluso desde tranquilas zonas rurales que tenían poca experiencia, al menos directa, de los bombardeos.[4]

Cuando descubrí esto, me sentí estupefacto. Sabía que la afirmación tan común por parte de los alemanes en la posguerra de que no habían sabido ni hecho nada era un subterfugio muy oportuno. Algunas investigaciones habían demostrado que durante la guerra circuló en Alemania mucha información sobre el genocidio. Pero, igual que hicieron otros historiadores, yo había asumido que la mayor parte de esa información se comunicaba discretamente a amigos cercanos y familiares, y sólo llegaba más allá de los círculos íntimos en forma de rumor anónimo. ¿Cómo hubiera podido el Holocausto ser un tema de conversación en público? Además, las discusiones de la gente eran escuchadas y analizadas por las mismas autoridades y policía secreta que precisamente habían organizado la deportación y las matanzas de judíos durante los dos años anteriores. Extrañamente, dos meses *después* de que esos informes le llegasen, el jefe de la policía y de las SS, Heinrich Himmler, todavía se permitía insistir ante los líderes del Tercer Reich en la idea de que el exterminio de los judíos europeos era una responsabilidad que sólo debían compartir ellos y aun afirmaba que «nos llevaremos el secreto a la tumba». Entonces, ¿cómo

había salido a la luz ese supuesto secreto? Durante los últimos veinticinco años, el Holocausto ha llegado a ocupar la posición central en nuestra idea del periodo nazi y de la Segunda Guerra Mundial. Pero el desarrollo de esta visión ha sido relativamente reciente, y no explica lo que pensaban los alemanes sobre cuál había sido su propio papel en todo eso en aquel tiempo.[5]

El 18 de noviembre de 1943, el capitán doctor August Töpperwien anotó en su diario que había «oído detalles *espantosos* y aparentemente precisos sobre cómo hemos exterminado a los judíos (desde niños hasta ancianos) en Lituania». Ya antes, en 1939 y 1940, había escrito sobre ciertos rumores de masacres, pero no a esa escala. Esta vez, Töpperwien se esforzó en enmarcar esos hechos terribles dentro de cierto tipo de orden moral, preguntándose a quién se podía matar legítimamente en una guerra. Su lista abarcaba desde soldados enemigos y partisanos que actuaban detrás de las líneas alemanas hasta represalias colectivas, aunque limitadas, contra los civiles que colaborasen con ellos; pero aun así, se sentía obligado a reconocer que lo que se les estaba haciendo a los judíos era de un orden totalmente diferente: «No estamos sólo destruyendo a los judíos que luchan contra nosotros, ¡queremos literalmente exterminar a ese pueblo en su conjunto!».[6]

Protestante devoto y maestro de escuela conservador, August Töpperwien había albergado dudas desde el principio sobre la absoluta brutalidad de la guerra de Hitler. Parece personificar ese estado de aislamiento moral y político respecto al nazismo que encontró su expresión no en ninguna muestra externa de resistencia, sino en un cierto nivel de desacuerdo y alejamiento «interior» de las exhortaciones y demandas del régimen. Pero ¿existió realmente un refugio espiritual seguro? ¿Son todas esas expresiones de dudas en las cartas familiares y los diarios personales señales de una verdadera oposición interior, o tan sólo transmiten las incertidumbres y dilemas de quien las ha escrito? A decir verdad, August Töpperwien seguiría sirviendo lealmente hasta los últimos días de la guerra. Una vez hubo reconocido momentáneamente que «queremos literalmente exterminar a ese pueblo en su conjunto», regresó al silencio. No fue capaz

de cuadrar el hecho de haberlo admitido con su creencia en la misión civilizadora de Alemania en el Este y su defensa de Europa frente al bolchevismo.

Töpperwien no volvió sobre el asunto de las matanzas de judíos hasta marzo de 1945, cuando por fin empezó a entender –por primera vez– que Alemania se estaba enfrentando a una derrota completa e inevitable. «Una humanidad que libra una guerra como ésta se ha quedado sin Dios. Las barbaridades rusas en el este de Alemania, los ataques para sembrar el terror de los británicos y americanos, nuestra lucha contra los judíos (¡esterilización de mujeres sanas, fusilamientos de toda clase de personas, desde niños hasta ancianas, gaseamiento de trenes completos de judíos!).» Si bien la inminente derrota alemana le parecía una especie de castigo divino por lo que se les había hecho a los judíos, para Töpperwien estaba también claro que ese acto no era peor que lo que los Aliados les habían hecho a los alemanes.[7]

Volviendo al verano y el otoño de 1943, lo que incitó a los civiles del frente nacional, desde Hamburgo a Schweinfurt, a hablar tan abiertamente sobre la responsabilidad alemana por las matanzas de judíos, fue otro tipo de inminente fatalidad. Entre el 25 de julio y el 2 de agosto de 1943, la ciudad de Hamburgo fue bombardeada, desencadenando una tormenta de fuego de enormes proporciones. La mitad de la ciudad fue devastada y 34.000 personas murieron. Para muchos alemanes, aquello parecía el Apocalipsis. Tras aquella prueba del peligro que corrían las grandes ciudades, el Servicio de Seguridad de las SS (SD) informó de que cualquier «sensación de seguridad» se había desvanecido a lo largo y ancho de Alemania «de manera repentina», siendo reemplazada por una «rabia ciega». En el primer día de la tormenta de fuego, el 25 de julio de 1943, se produjo otro acontecimiento aún más importante. El dictador italiano, Benito Mussolini, fue derrocado, después de veintiún años en el poder, mediante un golpe incruento. Los alemanes ligaron rápidamente los dos hechos. Durante las siguientes cinco semanas, según se informó, la gente hablaba abiertamente en público sobre la posibilidad de seguir el ejemplo italiano y reemplazar el régimen nazi por una dictadura militar que sería «la

mejor» –o tal vez incluso «la única y definitiva»– manera de alcanzar una «paz separada» con los Aliados occidentales. Para los jerarcas nazis, estos informes mostraban el colapso de la moral civil y parecían una repetición de la capitulación y la revolución de noviembre de 1918.[N1] En realidad, ese momento de crisis fue breve. A principios de septiembre de 1943, se había terminado, gracias a que el régimen incrementó los presupuestos de la defensa civil y organizó la evacuación masiva de las ciudades. La posición militar de la Wehrmacht también se estabilizó con la ocupación de la mayor parte de Italia, y la Gestapo, por último, actuó con una selectiva mano dura contra aquellos discursos «derrotistas». Como ocurrió con las meditaciones privadas de Töpperwien, aquellos debates públicos sobre la responsabilidad por los asesinatos de judíos habían sido provocados por un profundo malestar moral y físico, a medida que las incesantes acometidas de los bombarderos de la RAF propagaban un sentimiento de vulnerabilidad mucho más allá de las propias ciudades bombardeadas. La crisis política temporal desencadenada por los bombardeos sobre Hamburgo sacó aquellos miedos a la superficie: las crisis futuras repetirían los mismos modelos de debate público, en los cuales los alemanes mezclaban su ansiedad respecto a su culpabilidad con el sentimiento de su propia condición de víctimas.[8]

La visión de la guerra de los judíos alemanes estuvo inevitablemente marcada por el Holocausto. Pero otros alemanes percibían el asunto desde el lugar opuesto: la guerra era su principal preocupación, y en torno a ella desarrollaron su visión del genocidio. Eran diferentes perspectivas de los mismos sucesos, condicionadas por profundas desigualdades de poder y de capacidad de elección y reflejadas en esperanzas y temores profundamente distintos. Este problema ha marcado la manera en la que he abordado la historia de Alemania durante la guerra. Mientras otros historiadores han puesto el foco en la maquinaria del asesinato en masa y debatido sobre por qué y cómo ocurrió el Holocausto, yo me he sentido más interesado en cómo recibió y asimiló la sociedad alemana esa información en cuanto hecho consumado. ¿Cómo afectó a los alemanes comprender gradualmente que estaban llevando a cabo una guerra genocida? O, por darle la vuelta al interrogante, ¿cómo moldeó la guerra su percepción del genocidio?

Los meses de julio y agosto de 1943 fueron claramente un momento de profunda crisis en la Alemania en guerra, el momento en el que mucha gente, desde Hamburgo hasta Baviera, explicaba los inagotables ataques de los Aliados sobre los civiles como una represalia por «lo que les hicimos a los judíos». Ese discurso sobre el castigo de los Aliados, o la «represalia judía», confirmaba que, en general, la población aceptaba la permanente propaganda nazi que –sobre todo en la primera mitad de 1943– describía los ataques aéreos por sorpresa como «bombardeos terroristas judíos». Sin embargo, este tipo de observaciones acabaron por dar un giro extrañamente autoacusatorio, que dejó consternados a Goebbels y a otros líderes nazis. Ahora que las ciudades alemanas estaban siendo arrasadas, parecía como si la gente quisiera romper de una vez aquel ciclo de mutua destrucción. Pero las «medidas tomadas contra los judíos», tal y como los informadores del SD las llamaban eufemísticamente, formaban ya parte inamovible del pasado: la gran deportación de judíos de buena parte de Europa había tenido lugar el año anterior. La tormenta de fuego sobre Hamburgo llevó a los alemanes a hacer frente a un nuevo tipo de guerra absoluta a medida que la amenaza de destrucción aérea escapaba a todos los límites.

Las metáforas maniqueas del tipo «o lo uno o lo otro», «ser o no ser», «todo o nada», «victoria o destrucción» tenían una larga historia retórica en Alemania. Habían constituido las ideas centrales de Hitler desde la derrota de Alemania en 1918, y antes habían sido asunto principal de la propaganda de la Primera Guerra Mundial desde que el Káiser hizo su «Declaración al Pueblo Alemán» del 6 de agosto de 1914. Pero esa visión apocalíptica no había sido popular en la década de 1930 o incluso en los primeros años de la guerra. En la segunda mitad del conflicto, sin embargo, la sociedad alemana se volvió mucho más receptiva a esa manera de pensar. El cambio de la suerte de Alemania convirtió esa retórica extremista en un discurso lleno de sentido común. A consecuencia del «bombardeo terrorista» aliado, la amenaza existencial más importante, «ser o no ser», adquirió una perturbadora literalidad. Lo que avivó la sensación de crisis en el verano de 1943 fue el miedo generalizado de los alemanes a no poder escapar a las consecuencias de una despiadada guerra racial que ellos mismos habían

llevado a cabo. Para superar ese momento de crisis, la gente no sólo tuvo que abandonar sus anteriores expectativas y diagnósticos sobre el curso de la guerra: también tuvieron que despojarse de sus tradicionales inhibiciones morales, superar las nociones preexistentes de decencia y de vergüenza. Los alemanes no necesitaban ser nazis para luchar por Hitler, pero descubrirían que era imposible permanecer ajenos a la crueldad de la guerra y la mentalidad apocalíptica que ella creó.[9]

Esa capacidad de las crisis en tiempos de guerra para transformar o radicalizar los valores sociales afecta profundamente a nuestra manera de entender la relación entre el régimen nazi y la sociedad alemana. Durante los últimos treinta años, muchos historiadores han asumido que crisis como la que siguió a la tormenta de fuego de Hamburgo o la que ocurrió algunos meses antes, tras la derrota del 6.º Ejército en Stalingrado, inclinaron a la sociedad alemana hacia un irrevocable derrotismo: cada vez más alejada de todo lo que representaba el régimen, la mayoría de la población sólo siguió adelante por el terror instaurado por los nazis. En realidad, no hay ninguna relación directa en la parte intermedia de la guerra entre caída del apoyo popular e intensificación de la represión: las sentencias de muerte dictadas por los tribunales ya habían subido significativamente de 1.292 en 1941 a 4.457 en 1942, mucho antes de la derrota de Stalingrado. Los jueces alemanes no estaban respondiendo a una creciente oposición o al descontento desde abajo, sino a la presión desde arriba, especialmente del propio Hitler, para tratar de una manera mucho más rigurosa a los delincuentes reincidentes, normalmente de poca monta. También el sistema de justicia era racista: un porcentaje desproporcionado de los ejecutados eran polacos y checos obligados a trabajar en Alemania. Sólo fue a partir del otoño de 1944, con los ejércitos aliados en las fronteras alemanas, cuando los «alemanes normales» se vieron sometidos a una creciente oleada de represión, aunque los mayores excesos de terror se produjeron durante las semanas finales de combate, en los meses de marzo, abril, y la primera semana de mayo de 1945. Pero ni siquiera durante ese último espasmo de violencia masiva logró el terror atomizar o silenciar a la sociedad alemana: por el contrario, muchos ciudadanos alemanes siguieron pensando que,

como leales patriotas, tenían derecho a criticar públicamente los fracasos nazis. En sus mentes, su compromiso con la nación siguió siendo importante hasta el final mismo de la guerra.[10]

El duradero consenso en torno a la idea de que los alemanes se volvieron derrotistas descansa sobre una cuestión de sentido común: los historiadores equiparan la aceptación del régimen a sus éxitos y la crítica y la oposición a sus debilidades. Sin duda, semejante equivalencia es adecuada para los tiempos de paz, pero no en las condiciones de una guerra mundial. No puede explicar lo que realmente sucedió. ¿Cómo se las arreglaron los alemanes para seguir combatiendo desde 1943 hasta 1945, años durante los cuales tuvieron que sobreponerse a una creciente devastación y a innumerables pérdidas? *La guerra alemana* ofrece una visión muy diferente sobre los efectos que las derrotas y las crisis tuvieron en la sociedad alemana. El terror tuvo indudablemente su papel en determinados momentos, pero nunca fue ni la única ni siquiera la más importante de las razones para seguir adelante. Lo que ocurrió fue que los alemanes contemplaban su derrota en términos existenciales, y por eso no podían rechazar ni el nazismo ni la propia guerra. Cuanto peor iba su guerra, más «defensiva» se volvía para ellos. En lugar de llevar al colapso, las sucesivas crisis actuaron como catalizadores de una transformación radical, a medida que los alemanes intentaban dominar la situación y replantearse sus expectativas. Los grandes desastres como Stalingrado y Hamburgo provocaron, en efecto, una catastrófica caída de la popularidad del régimen, pero no causaron ningún cuestionamiento del compromiso patriótico. Los estragos de la guerra despertaron una gran gama de resentimientos y conflictos en el seno de la sociedad alemana, y en muchos de ellos se recurrió al propio régimen para que mediase y los mitigase. Por muy impopular que se volviese la guerra, siguió siendo legítima, más incluso que el propio nazismo. Las crisis de mediados de la guerra en Alemania no se convirtieron en derrotismo, sino que endurecieron ciertas actitudes sociales. Son esos elementos de la respuesta alemana a la guerra, más complejos, dinámicos y perturbadores, los que analizo en este libro.

*

Cuando se dio la orden de movilización el 26 de agosto de 1939, los alemanes no tenían ni idea de lo que iba a suceder. Pero eso no impidió que la mayor parte tuviera una visión sombría de la guerra. Sabían lo que había sucedido antes: 1.800.000 soldados muertos en la última guerra; «el invierno de los nabos» de 1917;[N2] la epidemia de gripe de 1918, y los rostros de los niños hambrientos porque la Armada británica mantuvo su bloqueo a lo largo de 1919 con el objetivo de obligar al nuevo Gobierno alemán a firmar un humillante acuerdo de paz. La política alemana de las décadas de 1920 y 1930 estuvo dominada por los intentos de escapar de las estructuras del Tratado de Versalles, pero incluso los mayores triunfos de la política internacional de Hitler, como la cumbre de Múnich de 1938, se vieron ensombrecidos por el miedo de la población a la guerra. La primera lección de 1914-1918 era que no había que repetirlo. Cuando la guerra y el racionamiento llegaron, ambos fueron acogidos con una profunda pesadumbre. Durante el primer invierno, los habitantes de las ciudades comparaban la escasez de comida, ropa y, sobre todo, carbón, con los inviernos de 1916 y 1917, refunfuñando sobre la escasez crónica. Éste no era un buen augurio respecto a la capacidad de los alemanes para «aguantar», y el SD previno repetidamente a los líderes nazis en sus informes semanales sobre «el estado de ánimo del pueblo».

Para los nazis, los primeros meses de la guerra plantearon cuestiones cruciales sobre la estabilidad del régimen que habían establecido desde su llegada al poder en 1933. Aparentemente, habían disfrutado de un éxito arrollador en los años previos a la guerra. Llevados por una gran variedad de motivos, desde el oportunismo hasta la sumisión o la convicción, el número de miembros del Partido subió desde 850.000 a finales de 1932 hasta 5,5 millones en las vísperas de la guerra. En ese momento, la Liga de Mujeres Nacionalsocialistas tenía 2,3 millones de miembros, y las Juventudes Hitlerianas y la Liga de Jóvenes Alemanas 8,7 millones. Todos ellos recibían cursos de instrucción ideológica, desde reuniones vespertinas

hasta campamentos de verano de una semana de duración. Los sucesores de las organizaciones de protección social de los trabajadores y de los sindicatos, es decir, la organización Bienestar Popular Nacionalsocialista (NSV) y el Frente Alemán del Trabajo (DAF), podían vanagloriarse de tener respectivamente 14 y 22 millones de miembros. Aún más impresionante es que la mayor parte del personal de esas organizaciones eran voluntarios. En 1939, dos tercios de la población se habían inscrito en al menos una de las organizaciones de masas del Partido.[11]

Ese éxito se había construido sobre el legado amargamente divisorio de coerciones sobre muchos ciudadanos y aceptación por parte de otros muchos que los nazis habían elaborado durante los años previos a la toma del poder. En 1933, se dispusieron a completar la tarea de sus años de lucha callejera y a destruir a la izquierda política. Con la activa ayuda de la policía, el ejército e incluso los bomberos, las SA y las SS clausuraron los edificios de viviendas llamadas «Rojas», hicieron registros casa por casa, intimidando y golpeando a los ocupantes, y arrestaron a los activistas y a muchos funcionarios. La prohibición formal de los partidos de izquierdas se realizó después de esos ataques repetidos una y otra vez: la de los comunistas en marzo de 1933, la de los sindicatos en mayo y la de los socialdemócratas en junio. En mayo, 50.000 personas de la oposición estaban ya encerradas en campos de concentración, en su mayoría comunistas y socialdemócratas. En el verano de 1934, cuando el terror contra la izquierda se había desarrollado totalmente, nada menos que unos 200.000 hombres y mujeres habían sido arrasados por ese nuevo aparato del terror nazi. Se habían diseñado toda una serie de castigos públicos en los campos, a través de un amplio repertorio de humillaciones e inútiles trabajos físicos, para imponer la sumisión y destruir la voluntad de los prisioneros. El verdadero éxito de este programa de «reeducación» se conoció cuando se produjo la masiva devolución de prisioneros humillados y escarmentados a sus familias y comunidades: en el verano de 1935, cuando menos de 4.000 prisioneros aún permanecían en los campos, la «otra Alemania» que la izquierda había representado había sido destruida políticamente.[12]

Cuando Alemania se movilizó en agosto de 1939, la Gestapo tomó la precaución de volver a detener a los antiguos socialdemócratas. Lo que resultaba más difícil de evaluar en ese momento era el éxito que podía haber tenido el régimen en la erradicación de la subcultura de la clase trabajadora que había apoyado la política de izquierdas desde la década de 1860. Con toda certeza, seguía habiendo bolsas de esa subcultura en la nueva era. Antes de 1933, el fútbol había estado dominado por los clubs deportivos de trabajadores, que contaban con 700.000 miembros, y por los clubs católicos, que reunían a 240.000 personas. Aunque el Frente Alemán del Trabajo los absorbió rápidamente y los nazis reorganizaron la estructura al completo de las ligas de fútbol, haciéndolas mucho más competitivas y excitantes, realmente no podían controlar a los aficionados: en noviembre de 1940, un partido amistoso en Viena acabó en intensos disturbios, con aficionados locales protestando después del pitido final y tirando piedras a los jugadores visitantes antes de que pudieran escapar. Rompieron las ventanas de su autobús y hasta el coche del *gauleiter* de Viena fue destrozado.[N3] Aunque la Policía de Seguridad lo interpretó en principio como una manifestación política, casi con seguridad estaban equivocados. En realidad, las bases de ambos clubs eran trabajadores fieramente leales y anteriormente «rojos»; los hinchas del club local vienés vieron el partido, considerado «amistoso», como una oportunidad para vengarse por la humillante derrota del Admira por 9 a 0 frente al Schalke en la final de la Copa de Alemania en 1939, una derrota que los aficionados no achacaron a la increíble serie de éxitos del equipo del Ruhr, sino a un arbitraje tendencioso durante el encuentro celebrado en Berlín. Los disturbios tuvieron tanto que ver con las lealtades masculinas al barrio y a la ciudad como con una protesta austriaca contra la influencia de los arrogantes «prusianos» en Viena después del *Anschluss* de marzo de 1938.[13]

Tales residuos de identidad de la clase trabajadora eran más bien débiles. El mundo que los socialdemócratas habían construido concienzudamente mediante un sistema de ayudas mutuas, sociedades corales, clubs de gimnasia, sociedades funerarias, guarderías de niños y clubs de ciclismo, o bien había sido insertado dentro de las organizaciones

nazis o había sido suprimido. En julio de 1936, los socialdemócratas exiliados se lamentaban por el final abrupto de la tradición de identidad colectiva que ellos habían representado, admitiendo que el «interés [de los trabajadores] en su destino como clase ha desaparecido completamente. Ha sido reemplazado por el más mezquino de los egoísmos, tanto individual como familiar». Cuando la izquierda volvió a formarse después de la guerra, recuperó rápidamente su voto, pero demostró ser incapaz de volver a crear la densa subcultura organizativa y el sentido de identidad que había poseído antes de 1933. Por supuesto, el SD y la Gestapo no podían estar seguros del éxito de su combinación de coerción e inclusión cuando la guerra estalló, así que mantuvieron las amenazas contra las posibles actividades de la clase trabajadora.[14]

Los nazis podían sentirse más seguros respecto al apoyo de las clases medias, granjeros, hombres de negocios autónomos, artesanos cualificados, profesionales universitarios y cuerpos directivos. En cuanto a las creencias religiosas, los protestantes habían acogido la «revolución nacional» de los nazis con entusiasmo y con la esperanza de que se produjera un renacimiento espiritual, algo tan sólo comparable al fervor con el que habían respaldado la guerra en 1914. Se habían unido para rechazar la «impía» modernidad de Weimar, que asociaban con «las ideas de 1789», el pacifismo, los demócratas, los judíos y todos aquellos que habían recibido con los brazos abiertos la derrota en 1918. Era una estrecha alianza, forjada por los pastores y los teólogos protestantes ya en la década de 1920, y cuyo discurso sobre la necesidad de crear una nueva «comunidad nacional» tenía un poderoso poder de atracción sobre el espectro político. Los antiguos liberales, los conservadores, los miembros del Partido Católico de Centro, incluso muchos votantes de los socialdemócratas, aún recordaban cómo habían apoyado la idea de una «comunidad nacional» durante la Primera Guerra Mundial y los años de Weimar, antes de que se convirtiera en un eslogan nazi. Incluso los judíos conservadores nacionalistas, como los historiadores Hans Rothfels y Ernst Kantorowicz, habían aceptado de buen grado esa «revolución nacional», hasta tal punto que incluso les costó

cambiar de opinión cuando se vieron obligados a emigrar a causa de sus orígenes «no arios».[15]

Todos esas personas que no eran nazis pensaban que, en el camino hacia la «salvación nacional», era fundamental el arrepentimiento de todos los conciudadanos por el fracaso de 1918. Muchos de los argumentos de los que se sirvieron los nazis habían sido suministrados por otros, como el joven teólogo y antes capellán militar Paul Althaus. Ya había denunciado el pacifismo en 1919, sosteniendo que los alemanes debían demostrarse a sí mismos que eran merecedores de la renovada confianza de Dios levantándose contra el Tratado de Versalles. Mezclando la sutileza del argumento teológico con el nacionalismo militante, Althaus se convirtió en un formidable y cada vez más importante propagandista del luteranismo conservador y de la idea de que los alemanes eran el pueblo elegido de Dios. Pero tendrían que redimirse para demostrar que eran merecedores de Su confianza. Los nazis más radicales podían intentar –sin éxito– alejar a los alemanes de la religión, pero abrazaron con entusiasmo esos llamamientos al renacimiento espiritual de la nación. Los conceptos de esos teólogos que no eran nazis, como el propio Althaus, habían servido además para arrinconar y denigrar las ideas universalistas y pacifistas, como las de Paul Tillich.[16]

Cuando llegaron al poder, los nazis decidieron no iniciar una ingeniería social a gran escala, planteándose llevar primero a cabo una revolución de los sentimientos. Tras tomar el mando, coreografiaron el popular teatro de formaciones paramilitares, banderas, botas y uniformes, y los desfiles masivos a la luz de las antorchas. Las ambiciones nazis penetraron también en el corazón del santuario de la cultura burguesa, el teatro municipal, donde desafiaron el repertorio clásico del siglo XIX con obras de propaganda política sobre la resistencia de los *Freikorps* a la ocupación francesa de la cuenca del Ruhr en la década de 1920. Incluso llegaron más allá de los propios límites físicos del teatro en 1933-1934 al organizar el *Thingspiele*, un nuevo tipo de pieza de contenido moral que se interpretaba al aire libre a base de enormes *tableaux vivants* y masas de intérpretes que podían llegar hasta los 17.000 participantes y que atraía audiencias de hasta 60.000

personas. El objetivo de muchos de estos enormes espectáculos era hacer que los alemanes evocaran y exorcizaran la derrota de la Primera Guerra Mundial. En *Pasión alemana* de Richard Euringer, los soldados caídos en la Gran Guerra literalmente se levantaban para desfilar en batallón por el escenario, con sus blancos rostros fantasmagóricos resplandeciendo bajo sus cascos de acero, y expresando su anhelo de unidad y regeneración.[17]

En 1935, la moda de los *Thingspiele* empezó a decaer, igual que las producciones de propaganda nazi de los teatros municipales. Goebbels tuvo que hacer frente a una rebelión de abonados que comenzaron a cancelar sus suscripciones. Enseguida cambió de estrategia, despidió a los nuevos directores nazis de los teatros y los reemplazó por directores tradicionales, pero competentes. Lo que la inmensa mayoría de aquellos espectadores de clase media querían ver era a los clásicos. Y los tuvieron: en noviembre de 1933, el décimo aniversario del *putsch* de la Cervecería de Múnich se celebró con obras nazis; diez años después, con óperas de Mozart. A pesar de esta retirada en lo referente al contenido, Goebbels siguió invirtiendo enormes sumas en los teatros, a decir verdad, más dinero de lo que gastó en la pura propaganda.[18]

Había un riesgo: que el éxito de los nazis en poner fin a la extrema pobreza e inseguridad de la Gran Depresión hubiese proporcionado razones poderosas pero superficiales para apoyar al Tercer Reich. La nomenclatura del Partido y las agencias estatales también estaban preocupadas por la posibilidad de que su éxito fuera relativamente efímero: tenían graves dificultades para llegar a saber si estaban o no logrando inculcar los valores y creencias nazis más importantes. Bajo el paraguas de la «comunidad nacional», había debates sobre la redistribución económica y las políticas sociales, sobre la «reforma del modo de vida» y la pedagogía, e incluso sobre si las mujeres podían llevar pantalones en vez de faldas. Hitler tenía mucho cuidado en no hacer pronunciamientos «papales» en público, y el principal ideólogo del Partido, Alfred Rosenberg, que sí hacía pronunciamientos sobre el dogma, estaba ampliamente desacreditado por sus virulentas posiciones anticristianas y carecía claramente de poder político en el nuevo régimen.[19]

En vísperas de la guerra, la mayor parte de los alemanes pertenecían al mismo tiempo a una iglesia cristiana y a una organización del Partido Nazi; la inmensa mayoría –el 94 %– eran miembros de la Iglesia católica o de la protestante, frente a los dos tercios que formaban parte de las organizaciones nazis. Las iglesias eran las instituciones ciudadanas independientes más importantes en Alemania, y un buen número de obstinados sacerdotes y pastores fueron enviados a los campos de concentración por criticar las actividades nazis desde el púlpito. En julio de 1937, el pastor más crítico de Berlín, Martin Niemöller, fue arrestado por la Gestapo. Se pasaría el resto del Tercer Reich en los campos. En abril de 1945, el joven teólogo protestante Dietrich Bonhoeffer fue ahorcado en el campo de concentración de Flossenbürg. Ambos se convertirían en poderosos símbolos de la valentía civil frente a la opresión nazi, pero esto sucedió mucho después. Bonhoeffer representaba la misma teología liberal y humanitaria que había sido marginada y enviada al exilio en la persona de Paul Tillich. Ni Bonhoeffer como figura simbólica ni sus ideas reaparecerían en la Alemania Occidental posterior a la guerra hasta el final de la década de 1950 y el comienzo de la de 1960. El caso de Niemöller fue diferente. No era un liberal demócrata sino un conservador nacionalista antisemita, capitán de submarino durante la Primera Guerra Mundial y miembro del *Freikorps* en 1919-1920, antes de convertirse en clérigo. Había apoyado activamente a Hitler en las elecciones entre 1924 y 1933. Cuando la guerra estalló en 1939, Niemöller escribió desde Sachsenhausen al almirante Raeder, comandante de la Flota, ofreciéndose voluntariamente para servir de nuevo a su patria. Su discrepancia en los años treinta fue más religiosa que política, pues apoyaba un tipo de cristianismo que competía con otras interpretaciones por ocupar un lugar dentro del protestantismo alemán.[20]

Tras haber apoyado con entusiasmo la «revolución nacional» nazi en 1933, los protestantes pronto se dividieron en tres facciones. Muchos pastores se adhirieron al movimiento de los Cristianos Alemanes, cercano a los nazis y que quería llevar más allá el renacimiento espiritual, convirtiéndolo en una transformación litúrgica y teológica en la que se

proscribía el Viejo Testamento, se expurgaba el Nuevo de toda influencia judía y se excluía a los judíos conversos del ministerio protestante. Los tradicionalistas que querían salvaguardar la Escritura y la liturgia y defendían a la Iglesia frente a las interferencias del Estado, se unieron primero en la Liga de Emergencia de Pastores y luego, a partir de mayo de 1934, en la Iglesia de la Confesión. Esta división entre Cristianos Alemanes y miembros de la Iglesia de la Confesión ha sido mal entendida como una disputa entre liberales y nazis por el control del corazón de la Iglesia. No fue así: aunque Karl Barth, el principal autor de la *Confesión Barmen*, se mantuvo crítico con la dictadura y se marchó finalmente a Suiza, nunca fue leído en exceso ni siquiera por los pastores que pertenecían a la Iglesia de la Confesión; de hecho, Barth no era luterano, como la mayor parte de los alemanes protestantes, sino calvinista. A ambos lados de esa división, muchos pastores –incluyendo a Niemöller– se adhirieron a los principios políticos nacionalistas, autoritarios y de unificación social, y esto dio lugar a un tercer grupo de teólogos luteranos que se alinearon alrededor de Paul Althaus con la intención de lograr una mayor influencia. Althaus no se unió al Partido Nazi, pero acogió el ascenso de Hitler a la Cancillería como un «milagro y un don de Dios». Aunque nunca participó en las quemas rituales de libros de autores prohibidos, las justificó. Durante el pogromo de noviembre de 1938 contra los judíos alemanes, señaló que, puesto que era Dios quien conducía la historia, los recientes sufrimientos de los judíos eran una prueba de su culpabilidad.[21]

El mundo del catolicismo alemán también estaba dividido, pero en este caso las líneas de separación eran generacionales. Los obispos católicos eran hombres de entre sesenta y ochenta años, miembros de una generación mayor que la de los teólogos protestantes y los dirigentes nazis de más edad. La mayor parte de los obispos habían sido ordenados en las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial, y se mantenían fieles a una teología neoaristotélica ferozmente conservadora, basada en la lógica y abstracta en cuanto a la elección del lenguaje. Condenaban la «modernidad» porque conllevaba males como el liberalismo, el socialismo, el comunismo y el ateísmo. La distancia entre los obispos de más edad y los sacerdotes y legos

más jóvenes también creó tensiones en el seno de la Iglesia católica, tanto respecto a la manera de comunicarse como a la sustancia misma de la política. Mientras que los obispos tendían a tener una visión muy aislada y conservadora de la reforma social, muchos católicos más jóvenes vieron la «revolución nacional» de 1933 como una oportunidad para comprometerse más en el intento de influir en la sociedad alemana. La guerra amplificaría esa división generacional entre conservadores y reformadores.[22]

Los nazis ejercieron desde el principio su presión sobre la Iglesia católica prohibiendo el movimiento de las Juventudes Católicas, intentando secularizar la educación y tratando de someter la red de asilos psiquiátricos de Cáritas a la nueva ley de esterilización obligatoria. En 1938, activistas nazis retiraron los crucifijos de las escuelas bávaras durante las vacaciones del verano, enfrentándose a los habitantes rurales y vecinos de los pequeños pueblos que culpaban del asunto a conocidos radicales como las SS, el *gauleiter* local y el jefe ideológico del Partido, Alfred Rosenberg. Pero no todos los católicos se comportaron de la misma manera, y muchos fueron miembros activos de las organizaciones nazis, buscando el apoyo de otros dirigentes mucho más cercanos a sus posturas como Hermann Göring. El propio Hitler se autocensuró sus ideas sobre la religión con tanto acierto que el arzobispo de Múnich, cardenal Faulhaber, y el primado de la Iglesia de Alemania, cardenal Bertram de Breslavia, estaban convencidos de que el Führer era un hombre profundamente religioso. El mutuo compromiso con el nacionalismo llevaría a la Iglesia católica y al régimen nazi a mantener lo que algunos historiadores recientes han llamado una incómoda «cooperación antagónica» durante la guerra.[23]

Privados de un claro liderazgo espiritual, los individuos católicos y protestantes fueron abandonados a su suerte para resolver sus problemas de conciencia en la privacidad de sus diarios y cartas, proporcionándole en ese proceso al historiador un inestimable registro moral sobre algunos de los miembros más liberales y humanos de la «comunidad nacional».[24]

*

Cuando la guerra estalló en septiembre de 1939, era profundamente impopular en Alemania. Sin embargo, no hubo un gran examen de conciencia sobre las razones que habían llevado hasta ahí. Mientras que en Gran Bretaña y en Francia resultaba evidente que Hitler estaba haciendo una guerra de conquista al lanzar un ataque sobre Polonia sin que mediase provocación alguna, para la mayor parte de los alemanes era igualmente evidente que estaban envueltos en una guerra de defensa nacional, a la que se veían obligados por culpa de las maquinaciones de los Aliados y de la agresión polaca. Semejantes ideas han sido desterradas hace tanto tiempo de las investigaciones históricas serias –aunque subsisten de manera periférica en algunas páginas web condescendientes con las opiniones neonazis–, que resulta extraño para la audiencia contemporánea que puedan haber sido firme y honestamente sostenidas en aquel tiempo por tantos alemanes que no eran nazis acérrimos. ¿Cómo pudieron confundir una guerra de conquista colonial, deliberada y brutal, con una guerra de defensa nacional? ¿Cómo pudieron verse a sí mismos como patriotas asediados y no como combatientes a favor de la raza superior de Hitler?

La escasez y las dificultades que se vivían en el frente nacional alemán siempre se medían por comparación con la Primera Guerra Mundial. Ese recuerdo también condicionó decisivamente la manera en que las gentes entendieron las razones de esta segunda guerra una generación más tarde. Si en 1914 era Rusia quien se había movilizado antes y había invadido el este de Prusia, ahora, el 3 de septiembre de 1939, fueron Gran Bretaña y Francia las que declararon la guerra a Alemania. En agosto de 1914, la guerra había estallado tras un largo proceso de «envolvimiento» por parte de las potencias extranjeras hostiles, supuestamente orquestadas por Gran Bretaña para salvaguardar su propio imperio mundial y bajarle los humos a Alemania. El mismo razonamiento, expresado en numerosas frases idénticas, volvió a aparecer en 1939, a medida que los alemanes iban observando el avance de la crisis polaca en sus diarios. De nuevo, las ambiciones imperialistas británicas eran la causa principal de todo, y la belicosidad británica se veía subrayada por el brusco rechazo de su Gobierno a las repetidas ofertas de paz hechas por Hitler después de la

conquista de Polonia y por segunda vez en 1940, tras la caída de Francia. La idea de que se trataba de una guerra defensiva no la generaba únicamente la propaganda nazi. Muchos alemanes críticos con los nazis contemplaban la guerra de esa misma manera. En Alemania todo el mundo vio la Segunda Guerra Mundial a través de la lente de la Primera, aunque no la hubiesen vivido. Al menos, en principio, los alemanes se habían librado de la pesadilla de la guerra en dos frentes a la que se habían tenido que enfrentar en 1914, gracias al pacto de no agresión de última hora con la Rusia soviética. Pero ya en las Navidades de 1941, Alemania estaba de nuevo en guerra con Gran Bretaña, Rusia y Estados Unidos, igual que había sucedido en 1917.

El culto a la «generación del frente» y la literatura sobre la Primera Guerra Mundial –fuese crítica, como *Sin novedad en el frente* de Erich Maria Remarque o de celebración, como *Tempestades de acero* de Ernst Jünger– habían hecho crecer en las gentes la impresión de que la generación de 1914-1918 había sido única. Especialmente porque se había producido un corte con la generación de sus padres, que habían crecido conociendo tan sólo la paz. Fuese o no realmente un conflicto entre padres e hijos, la Primera Guerra Mundial fue vista de esa manera. Pero esa visión ya no era válida respecto a la Segunda. La sensación de estar atrapados en un terrible ciclo de guerras repetidas libradas por los mismos motivos alimentó un sentimiento de fraternal «camaradería» entre generaciones. Cuando Helmut Paulus fue enviado al frente oriental en 1941, su padre, médico militar y oficial en la reserva de la guerra anterior, empezó a dirigirse a él en sus cartas como «camarada». A medida que la unidad de Helmut avanzaba a través de Rumanía y el sur de Ucrania, se encontraron en el mismo lugar que había sido ocupado por las tropas alemanas en la guerra anterior, y sus padres se apresuraron a buscar vecinos y conocidos en Pforzheim que aún fuesen capaces de describir el terreno o desplegar viejos mapas de guerra para averiguar dónde podían estar luchando sus hijos. Los que estaban orgullosos de haber soportado su «bautismo de fuego» en las trincheras comparaban las cortinas de fuego provocadas por la artillería con los diez meses de la batalla de Verdún en 1916, equiparando su legendaria fuerza

destructiva con este nuevo sufrimiento. También los mandos alemanes proyectaron sus temores en términos propios de la otra guerra, obsesionados a medida que se acercaban a Moscú, en noviembre de 1941, por el peligro de la repetición del repentino e inesperado cambio de fortuna que habían vivido en el Marne, cuando estaban llegando a París, veintisiete años antes.

Lo que unía a padres e hijos no era sólo la experiencia común. Era un sentimiento de responsabilidad intergeneracional. Los hijos debían lograr aquello que los padres no habían conseguido. Tenían que romper el ciclo repetitivo que condenaba a cada generación a luchar en Rusia. Mientras que los pensadores de izquierdas y liberales veían la historia en términos lineales y progresivos, muchos conservadores creían que era circular y repetitiva, como el ciclo de la vida. Las funestas predicciones sobre el declive de la cultura occidental, expresadas por Oswald Spengler en *La decadencia de Occidente*, habían quedado abolidas por el «renacimiento nacional» de 1933, pero las metáforas de lo cíclico y lo natural persistían. La guerra alemana en la Unión Soviética convirtió la metáfora en realidad, la amenaza abstracta de repetición destructiva en una prueba inminente y existencial. La inmensa brutalidad de la guerra alemana en el Este se acrecentó por el sentimiento de que Alemania debía romper al fin ese ciclo para que la siguiente generación no siguiese condenada a repetir el sacrificio.

Éste fue un asunto fundamental desde el principio. Cuando los soldados esperaban el inicio de los combates en el oeste en agosto de 1939, algunos expresaron que «es mejor acabar con todo ahora que seguir esperando a tener que vernos envueltos en otra guerra de nuevo». A los niños alemanes se les había enseñado durante generaciones en la escuela que Francia era el «enemigo hereditario», aunque en el sentido emocional y visceral era Rusia quien más importaba. Desde 1890, incluso los socialdemócratas en la oposición habían prometido que si alguna vez Alemania era atacada por la Rusia zarista, defenderían el país contra los bárbaros del Este. En agosto de 1914, la invasión rusa del este de Prusia había desencadenado una oleada de historias terroríficas enormemente exageradas en la prensa alemana, y el desconocido general prusiano que derrotó entonces a los rusos, Paul von

Hindenburg, se convirtió en un duradero héroe nacional. En 1941, no fue difícil convencer a la población de que la nueva guerra en Rusia debía ser llevada a cabo hasta el final, de manera que la siguiente generación no tuviese que pasar de nuevo por aquello. Desde los veteranos del frente del Este de 1914-1917 hasta los jóvenes soldados recién salidos de la escuela y los adolescentes que aún vivían en casa, las familias identificaban la guerra no con el régimen nazi, sino son sus propias responsabilidades familiares entre generaciones. Ésa era la base más firme de su patriotismo.[25]

Ese compromiso tan absoluto y completo para servir en el ejército sólo fue posible porque no era ilimitado: tenía una dimensión temporal. Como un soldado le escribía a su mujer en 1940, tratando de tranquilizarla: «El próximo año nos resarciremos de todo esto, ¿no?». Dos años después, otro deseaba «ponernos al día pronto de todo lo que nos estamos perdiendo ahora». Los sueños de una vida de posguerra eran el centro de sus esperanzas, la versión personal de lo que la victoria significaba para ellos, o incluso, cada vez más a menudo, el evitar al menos la derrota. Aunque fuesen necesarios y justificados, los años de guerra eran tiempo perdido; el tiempo real sólo empezaba después; un soldado hablaba sin duda en nombre de otros muchos cuando le prometía a su mujer: «Entonces nuestra vida empezará de verdad». Justo antes de las Navidades de 1944, un joven comandante de blindados en el frente del Este le escribía a su novia en Berlín lamentando su frustrada ambición de ser artista y expresando su miedo a que aquella guerra no lograse poner fin al inacabable ciclo de conflictos: «Después de esta guerra vendrá otra enseguida, quizá dentro de veinte años, otra que ya es vagamente perceptible hoy», prevenía, añadiendo que «me parece que la vida de esta generación está calibrada por las catástrofes».[26]

Para las familias y los individuos, la guerra fue indescriptiblemente larga. Todos se sentían afectados por los grandes acontecimientos, pero los millones de cartas familiares que cada día llevaba el correo militar narraban la crónica de las estrategias domésticas para hacer frente a las excesivas exigencias de la guerra y describían los cada vez mayores e inconscientes ajustes que cada parte tenía que hacer. En su necesidad de tranquilizar al

otro, muchas parejas ocultaron el hecho de que sus relaciones estaban volviéndose complicadas. Lo mucho que habían cambiado sólo se reveló cuando se reunieron después de la guerra: en los primeros años de posguerra, las tasas de divorcio se dispararon.

Este libro trata sobre esa larga guerra. Dibuja el mapa de las transformaciones de la sociedad alemana y las sutiles pero irreversibles maneras que tuvieron los individuos de adaptarse a una guerra que sentían, cada vez con más intensidad, que no podían controlar. Traza las expectativas cambiantes, las oscilantes esperanzas y los temores de los individuos a través de los acontecimientos que los marcaron. Sus vidas proporcionan una medida emocional de aquella experiencia y el barómetro moral de una sociedad lanzada a un camino de autodestrucción.

N1 La crítica situación de Alemania en 1918 provocó un estallido a finales de año con graves revueltas militares y obreras. La rama más radical de los socialistas, los «espartaquistas», trataron de aprovechar la situación para provocar una profunda revolución, finalmente apagada por los socialdemócratas, que terminaron con el Primer Imperio, obligando a abdicar al emperador y estableciendo la República de Weimar. *(N. de la T.)*

N2 Durante el invierno de 1916-1917, el mal tiempo y las malas cosechas agravaron las escasez alimentaria existente en Alemania, obligando a la gente a alimentarse mayoritariamente de nabos, considerados hasta entonces comida tan sólo para el ganado. *(N. de la T.)*

N3 El régimen nazi dividió el Reich en *Gaus*, zonas. El *gauleiter*, jefe de Zona, era el máximo responsable político de cada una de aquellas regiones. Sólo respondía directamente ante Hitler. *(N. de la T.)*

PRIMERA PARTE

DEFENDIENDO EL ATAQUE

1

Una guerra mal recibida

«No me esperes. No hay más permisos», le garabateó el joven soldado a su novia. «Tengo que ir directo a los barracones y cargar los vehículos. Hay alarma de movilización.» Apenas tuvo tiempo de dejar sus efectos personales en casa de la tía de Irene en la Liebigstrasse. Pero era fin de semana y la joven florista ya se había ido a casa de sus padres. Como no pudo decirle adiós, se las arregló para escribir a toda prisa su dirección en el sobre: «Para Fräulein Irene Reitz, Lauterbach, Bahnhofstrasse 105». Ernst Guicking, joven soldado profesional que se había alistado como cabo dos años antes, fue uno de los primeros hombres en ser movilizados, incorporándose al 163.º Regimiento de Infantería en Eschwege.[1]

Al día siguiente, 26 de agosto de 1939, comenzó oficialmente la movilización en Alemania. Wilm Hosenfeld, el maestro de escuela de Thalau, se presentó en el instituto femenino de Fulda, al otro lado del valle. Como otras muchas escuelas en toda Alemania, ese centro se había convertido en punto de reunión militar aquel mismo día, y Hosenfeld asumió de nuevo el rango de sargento mayor que había tenido en la Primera Guerra Mundial. Muchos de los hombres de su compañía de reservistas de infantería eran también veteranos de la última guerra y, mientras les repartía las armas y el equipamiento, llegó a la conclusión de que su estado de ánimo era «serio pero decidido». Todos ellos, pensó, estaban convencidos «de que no llegaremos a la guerra».[2]

En Flensburgo, un joven bombero tomó el tranvía hasta los barracones del Junkerhohlweg, donde se le designó «sargento de equipamiento» y se le entregó una bicicleta. El 26.º Regimiento de Infantería caminó hasta la

estación del ferrocarril a las once de aquella noche. A pesar de la hora tardía, las calles de Flensburgo estaban atestadas de gentes que habían ido a despedirles. Emplazado en la 12.ª Compañía, Gerhard M. no tenía ni idea de adónde les enviaban. Encontró un espacio bajo un banco en el vagón del ganado y, cuando el tren por fin comenzó a moverse, se durmió «con el sueño de los justos».[3]

En el suburbio arbolado de Nikolassee de Berlín, Jochen Klepper sentía que estaba a punto de caer en el agotamiento nervioso. Esperando contra toda esperanza que se evitara la guerra, veía las cosas de una manera tan sombría que no podía creerse los rumores optimistas que todo el mundo le repetía, desde el portero de su edificio hasta el director de su periódico. El miedo de Klepper a la guerra se centraba en el futuro que podía esperarles a su esposa judía, Johanna, y a su hijastra de diecisiete años, Renate. Habían recibido una carta desde Croydon de la hermana mayor de Johanna, Brigitte, que había emigrado a Inglaterra a comienzos de año: les decía que ya se estaba preparando la evacuación de Londres. Durante los siguientes meses, Klepper se culpabilizaría por haber desaconsejado a Johanna y a Renate que se fueran con Brigitte. Ahora encontró algún consuelo: el tono de la prensa y la radio alemanas era menos chillón que durante la crisis checa del año anterior. Incluso, desde que Alemania firmó el Pacto de No Agresión con la Unión Soviética el 23 de agosto, habían decaído las habituales referencias a la «judería belicista».[4]

*

A lo largo de la primavera y el verano de 1939, el Gobierno alemán se había quejado por la violencia ejercida contra la minoría alemana en Polonia. La «ciudad libre» y neutral de Danzig desempeñó un papel fundamental durante el desarrollo de la crisis. Con una población mayoritariamente alemana, pero separada del resto del Reich, en Danzig se concentraban todas las anomalías y los resentimientos de los acuerdos posteriores a la Primera Guerra Mundial, y el *gauleiter* del Partido Nazi, Albert Forster, había ido recibiendo cuidadosas instrucciones a lo largo del verano para

intensificar las tensiones sin dejar que explotara el conflicto. Centrándose en la habilidad de los polacos para obstruir el abastecimiento de alimentos a través de sus controles en el puesto de aduanas, logró mantener el asunto en el primer plano informativo.[N1] Los acontecimientos se aceleraron dramáticamente el 30 de agosto, cuando Joachim von Ribbentrop, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, convocó abruptamente al embajador británico a una repentina reunión nocturna para transmitirle la «oferta final» de su Gobierno para resolver la crisis. El embajador, sir Nevile Henderson, no recibió copia por escrito de las peticiones alemanas hasta que se subió al avión que debía llevarlo a Londres. Ni la embajada ni el Gobierno polacos estuvieron presentes en la reunión. Los términos de Hitler, que exigía nuevos plebiscitos sobre el futuro del Corredor Polaco y de los antiguos territorios de Alemania en el oeste de Polonia, habrían vuelto a prender el fuego de la guerra civil y étnica que se había propagado en la zona después de la Primera Guerra Mundial. Acceder a las demandas de Hitler habría dividido a Polonia y habría dejado el país totalmente incapaz de defenderse.[5]

La de Danzig era la segunda crisis internacional en un año. El verano anterior había estado dominado por el juego de Hitler con los alemanes de los Sudetes, que suponían un tercio de la población de Checoslovaquia. La guerra se había evitado gracias a un acuerdo negociado en septiembre de 1938 en Múnich, sin ninguna participación de la propia Checoslovaquia o de la Unión Soviética, pero esa crisis había obligado a los británicos y los franceses a rearmarse. Seis meses después, Hitler rompió su solemne promesa de que los Sudetes serían su «última demanda territorial», haciendo que la Wehrmacht atravesase las fronteras checas y convirtiendo los territorios checos en un «Protectorado del Reich». Ni siquiera los conservadores británicos más blandos pudieron ignorar esta violación, aunque el Banco de Inglaterra le rindió un último servicio al Reich devolviendo las reservas checas de oro desde Londres. En Gran Bretaña y Francia, la ocupación de Praga el 15 de marzo de 1939 puso de relieve la futilidad de los acuerdos de Múnich.[6]

Dentro de la propia Alemania, esos mismos acontecimientos fueron interpretados de forma diferente. En Austria, especialmente, la idea del nuevo «Protectorado del Reich de Bohemia y Moravia» era un buen augurio, pues transmitía la sensación de que se estaban devolviendo los antiguos territorios de la Corona de los Habsburgo al lugar correcto, es decir, bajo control alemán. En el resto de Alemania, donde esa herencia pesaba menos, las opiniones estaban más divididas. En la cuenca minera del Ruhr, con su población inmigrante polaca y checa, algunos expresaron su simpatía por los checos. Durante esa crisis de 1938, el país entero, incluyendo las élites políticas y militares, estaba convencido de que Alemania no podía ganar una guerra. Esta «psicosis de la guerra» era tan grande, que cuando se alcanzó el acuerdo de Múnich, el triunfalismo de los propagandistas fue rápidamente ahogado por la expresión general de alivio: Goebbels tuvo que recordar a los periódicos que debían celebrar el éxito de Alemania. Hitler se sentía furioso por la frustración de haber sido «engañado con su guerra», pero a ese respecto estaba solo incluso entre la élite nazi.[7]

Pero en el verano de 1939, el estado de ánimo del pueblo había cambiado. En 1938, grandes multitudes habían vitoreado a Chamberlain en Múnich, viéndole como un mensajero de la paz. Un año después, el primer ministro británico se había convertido en una figura objeto de bromas, que personificaba la decadencia y la impotencia de las democracias occidentales. Chamberlain era veinte años mayor que el Führer –tenía setenta– y los niños alemanes imitaban su manera de caminar y, sobre todo, se burlaban de su patricio paraguas. La novia de Ernst Guicking, Irene Reitz, siguiendo la costumbre popular, llamaba al Gobierno de Chamberlain el «Gobierno del paraguas». La ocupación de Praga en marzo de 1939, igual que la entrada de Hitler en Viena un año antes, parecía ser otro triunfo incruento, confirmando que los franceses y los británicos eran incapaces de actuar.[8]

Hitler había conseguido hacerse pasar por el defensor de una minoría alemana herida y acosada, movilizando los depósitos de resentimiento por la pérdida de territorios de los acuerdos posteriores a 1918. Para muchos

alemanes, desde los antiguos socialdemócratas y ex votantes del Partido Católico de Centro hasta los conservadores protestantes, el Estado polaco nacido en la posguerra era otra excrecencia más del Versailles Diktat, el tratado de paz que la delegación alemana se vio obligada a firmar sin tener ni siquiera la posibilidad de negociar sus términos. Los informes clandestinos enviados desde Alemania a los socialdemócratas exiliados no tenían ninguna duda de que, atacando a Polonia, Hitler contaría con el apoyo del pueblo: «Una acción contra Polonia sería bien recibida por una abrumadora masa del pueblo alemán. Los polacos son enormemente odiados entre las masas por lo que hicieron al final de la Guerra». Concluían que incluso entre sus antiguos partidarios de la clase trabajadora, la gente creía «que si Hitler ataca a los polacos, tendría a la mayoría de la población tras él». Por encima de todo, la propaganda denunciaba la intransigencia de los polacos mientras seguían los pasos de Gran Bretaña, y su política de impedir el renacimiento de Alemania gracias al «envolvimiento». A principios del verano, un informe socialdemócrata señalaba: «La agitación contra Inglaterra es ahora tan intensa que estoy convencido de que, en lugar del saludo oficial del "Heil Hitler", la gente se saludaría, igual que hacían en la Guerra Mundial, con un "Dios castigue a Inglaterra"». Hitler iba recreando lentamente la gran coalición patriótica que había unido a la sociedad alemana en 1914, desde el ala moderada de los socialdemócratas hasta los conservadores nacionalistas: los partidos habían sido suprimidos, pero el régimen nazi sabía que sus subculturas permanecían y que el proceso de introducirse en ellas era lento.[9]

En agosto de 1939, el Gobierno alemán puso en marcha la maquinaria para una guerra de conquista rápida y limitada. El 15 de agosto, los mandos militares recibieron la orden de prepararse para invadir Polonia. Mientras daba instrucciones a la cúpula en su retiro alpino el 22 de agosto –el día en que Ribbentrop viajaba a Moscú para acordar los términos del pacto con Stalin y Mólotov–, Hitler sostenía que los británicos y los franceses no tomarían las armas. El Pacto germano-soviético, con su protocolo secreto para dividir Polonia entre las dos potencias, fue acogido con alivio por los generales profundamente anticomunistas de Hitler, porque acababa con la

amenaza de una guerra en dos frentes. Parecía que la acción podría limitarse al teatro polaco con una campaña breve y victoriosa, que restablecería las credenciales militares de Alemania. Según sus propias valoraciones internas, el Gobierno todavía necesitaba varios años de rearme para lo que Hitler consideraba la «inevitable» confrontación con Gran Bretaña y Francia.[10]

El 31 de agosto a las nueve de la noche, la radio alemana interrumpió su programación y emitió los dieciséis puntos de la propuesta del Führer para resolver la crisis. Hitler confesó más tarde, en presencia de su traductor diplomático, el doctor Paul Schmidt, que esa emisión le había proporcionado «un pretexto, especialmente ante el pueblo alemán, para demostrarles que he hecho todo lo posible para mantener la paz». El mundo observaba el frenético trabajo diplomático del embajador Henderson entre Londres y Berlín. Entre bambalinas, Hitler se aseguraba de que ni Göring ni Mussolini, los principales mediadores con Gran Bretaña y Francia en la crisis de los Sudetes, jugasen ahora ningún papel, temiendo «que en el último momento cualquiera de esos dos cerdos me entreguen un plan de mediación».[11]

A las 10 de la mañana del viernes 1 de septiembre, Jochen y Johanna Klepper oyeron el discurso de Hitler por la radio. «La pasada noche, soldados polacos regulares abrieron fuego por primera vez contra nuestro territorio», le dijo el Führer al Reichstag convocado de urgencia, anunciando que «Desde las 5.45 de la mañana» –realmente las 4.45– «el fuego ha sido devuelto.» Ante los entusiastas diputados, Hitler añadió que se pondría «el uniforme gris de campaña y no volvería a quitárselo hasta que la guerra hubiese terminado». No era una declaración de guerra: Polonia jamás fue honrada de esa manera. Era más bien una justificación de la autodefensa de la nación alemana. La expresión «fuego devuelto» formaba parte del léxico oficial.[12]

Para construir evidencias de la «provocación» polaca, las SS y el aparato policial dirigido por Reinhard Heydrich reclutaron la ayuda de alemanes étnicos residentes en Polonia a los que entregaron bombas con temporizadores y una lista de 223 espacios públicos alemanes en territorio

polaco: periódicos, escuelas, teatros, monumentos e iglesias protestantes. Se trataba de atentar contra esos lugares para demostrar que los alemanes étnicos estaban siendo víctimas de ataques por parte de los polacos.[N2] Desafortunadamente para ellos, la policía polaca logró frustrar muchos de esos ataques, y sólo veintitrés objetivos fueron destruidos. Para convencer a los británicos de que no debían cumplir su promesa de acudir en ayuda de Polonia, Heydrich también tenía instrucciones de fabricar «incidentes en la frontera», elaborando un plan que debía confundir y atraer a las tropas polacas a cruzar la frontera en Hohenlinden. No pudo llevarse a cabo porque la propia Wehrmacht destruyó el puesto fronterizo polaco enclavado en el lugar. En vez de eso, en la noche del 31 de agosto, una unidad de comandos de las SS, vestidos con uniformes polacos, atacaron la emisora de la radio alemana en Gleiwitz y un miembro polaco de la unidad leyó entonces un comunicado en polaco y en alemán, que terminaba con las palabras «¡Larga vida a Polonia!». Después fue tiroteado por sus camaradas de las SS, que abandonaron su cuerpo para que sirviera de prueba. La emisora de Gleiwitz estaba situada a cinco kilómetros de la frontera, en el lado alemán, y resultaba difícil explicar cómo una unidad polaca había podido penetrar tanto dentro de las líneas alemanas sin ser detectada. Para empeorar las cosas, la transmisión era demasiado débil para que Heydrich la escuchase desde Berlín. Como pretexto para la guerra, todo aquello era muy endeble y no podía convencer a ningún observador internacional. Ni siquiera a los investigadores de crímenes de guerra de la Wehrmacht que fueron enviados a la escena. Sólo una audiencia nacional, previamente aleccionada, podía admitir que Alemania era la parte damnificada.[13]

*

El 1 de septiembre de 1939, el maestro Wilm Hosenfeld todavía estaba en el instituto femenino de Fulda donde su unidad se había reunido. El momento de respiro le sirvió para escribir una carta a su hijo mayor Helmut, que justo acababa de empezar sus seis meses de estancia en una granja del Servicio Alemán del Trabajo: «La suerte ya está echada. Se ha terminado la terrible

incertidumbre. Sabemos a lo que nos enfrentamos. En el este, la tormenta va creciendo». Hosenfeld pensaba que la guerra podía haberse evitado: «Las propuestas del Führer eran aceptables y modestas y hubieran servido para preservar la paz».[14]

Procedente de una familia de católicos devotos y artesanos rurales, Hosenfeld tenía diecinueve años cuando fue llamado a filas en 1914, y sirvió en el frente hasta que fue gravemente herido en 1917. En los años veinte había disfrutado de la libre camaradería del movimiento juvenil Wandervögel. Esto, y su gusto por los deportes organizados, le habían llevado a unirse a la Sección de Asalto nazi (las SA), cuyos «modernos» valores representaba en un pueblo tan tradicional como Thalau. La asistencia a las reuniones del Partido en Núremberg en 1936 y 1938 imbuyó a Hosenfeld de un poderoso sentimiento de unidad mística con la nación alemana. Progresista en cuestiones de educación, rechazaba el tipo de enseñanza memorística con castigos que apoyaban los educadores católicos tradicionales, pero seguía siendo profundamente religioso y ya desde 1938 se sentía alarmado por los ataques a la religión de los radicales del movimiento nazi. Wilm Hosenfeld era un hombre de compromisos profundos y contradictorios.

Mientras proseguía su carta a su hijo en aquel fatídico 1 de septiembre, a Hosenfeld le parecía estar repitiendo el verano de 1914. Ahora, igual que entonces, Alemania estaba siendo obligada a hacer la guerra, y la causa real era el «envolvimiento» británico; estaba convencido de que cualquier régimen hubiese terminado por llegar al «conflicto con Inglaterra. El destino reina hoy de nuevo sobre nosotros», escribió. «Los dirigentes son sólo personajes en unas manos más elevadas, y deben hacer lo que Él quiere. Todas las diferencias ideológicas y políticas privadas deben dar un paso atrás, y todos debemos ser alemanes, y tomar posición a favor de nuestro pueblo.» Su carta recordaba las palabras del Káiser veinticinco años antes, cuando decía que no veía «partidos, tan sólo alemanes».[15]

Jochen Klepper coincidía en esa visión con él. Tan antinazi, devotamente protestante y prusiano como Hosenfeld era nazi, católico y hessiano, Klepper no esperaba nada bueno de esta nueva guerra. «Todos los

sufrimientos de los alemanes étnicos de Polonia que son la razón de esta guerra», razonaba, «les serán impuestos de la misma y exacta manera a los judíos de Alemania.» Recordando dolorosa e intensamente el pogromo antijudío de tan sólo diez meses antes, temía por su esposa y su hijastra judías. Un mes después de aquellos sucesos, tratando de protegerla, Jochen había hecho bautizarse a Johana y ambos habían celebrado su matrimonio en la iglesia. Habían elegido la nueva iglesia Memorial Martín Lutero en Mariendorf, con sus retratos y bustos de Lutero, Hindenburg y Hitler en la nave principal. Los ochocientos azulejos de terracota de la nave alternaban motivos cristianos y nazis, mientras un joven hitleriano, un SA y un soldado sostenían conjuntamente el púlpito. Klepper había alcanzado la fama en 1937 como autor de una novela dedicada al fundador de la dinastía Hohenzollern, el rey Federico Guillermo I: al poner como modelo la rectitud calvinista de la dinastía prusiana, la novela había llegado a ser lectura obligatoria entre en el cuerpo de oficiales, aunque había molestado a muchos nazis. El libro le abrió a Klepper la puerta de los círculos conservadores, ahora deseosos de ignorar su «desafortunado» matrimonio judío, y le concedió un cierto grado de protección. A pesar de sus malos presagios, Klepper estaba totalmente convencido de la justicia de las reclamaciones alemanas en Danzig y de la necesidad de una conexión a través del Corredor Polaco: «El este de Alemania es demasiado importante para nosotros como para permitirnos no entender lo que se está decidiendo allí». Mientras Jochen y Johanna esperaban acontecimientos, se sentían atrapados por su propio sentido de la lealtad: «No podemos desear la caída del Tercer Reich sin ninguna amargura, como muchos hacen. Es casi imposible. En esta hora de amenaza exterior, no podemos esperar una rebelión o un golpe».[16]

El 1 de septiembre de 1939, no hubo desfiles patrióticos ni reuniones de multitudes como en agosto de 1914. En lugar de eso, las calles permanecieron siniestramente tranquilas. Los reservistas se dirigieron a sus puntos de encuentro; los civiles permanecieron tranquilos, dedicados a sus actividades. El *Deutsche Allgemeine Zeitung* se sintió obligado a comentar que todo el mundo estaba preocupado por «lo que va a pasar en las

próximas horas y días». En su suburbio de Nikolassee, Jochen Klepper leyó el artículo y se preguntó «¿Cómo puede enfrentarse un pueblo a una guerra sin ningún entusiasmo, tan abatido?». La población parecía estar conteniendo colectivamente la respiración, esperando a la respuesta de los británicos y los alemanes al «contraataque» alemán en Polonia. Muchos creían –igual que lo hacía el propio Hitler– que las potencias occidentales probablemente no iban a hacer una guerra por Danzig, puesto que ya habían cedido el paso en los Sudetes. No obstante, el miedo a que los desastres de la Primera Guerra Mundial estuviesen a punto de volver a empezar era palpable.[17]

Hacia el final del día, las sirenas de ataque aéreo sonaron en Berlín, donde la joven fotógrafa de prensa Liselotte Purper estaba clavando cartones en los marcos de las ventanas para oscurecer su piso. Cerrando a toda prisa puertas y ventanas, ella y sus vecinos se precipitaron escaleras abajo hasta el sótano del edificio, un húmedo agujero que olía a patatas. Esperaron allí, muchos con el rostro cubierto de lágrimas, una joven madre sosteniendo a su bebé de tres semanas. Liselotte se sentía asustada por las sirenas, le escribió a su novio Kurt, «despertando [sus gemidos] terrores de la infancia muy arraigados». Su vecino español, impecablemente ataviado con su elegante abrigo y sombrero, se tambaleaba ligeramente, con la nariz y la boca totalmente cubiertos por una toalla húmeda por si se producía un ataque con gas. Poco después sonó el aviso de final de alarma. Liselotte oyó más tarde que aviones polacos habían penetrado quince kilómetros en el espacio aéreo alemán. Mientras todo el edificio en el que vivía se preparaba seriamente para los ataques aéreos, reflexionó sobre cuánto había cambiado su vida en unos pocos días: todos los hombres que conocía habían sido llamados a filas. La mujer, de veintisiete años, decidió unirse como voluntaria a la Cruz Roja.[18]

En los suburbios, Jochen Klepper también había oído la alarma de ataque aéreo y se fue a la cama esperando la llegada de los bombarderos durante la noche, pero durmió profundamente, agotado por sus temores sobre la seguridad de Johanna y Renate. Le parecía que su mujer tenía «otra vez muy mal aspecto, igual que en noviembre», después del pogromo.

Mientras se aferraban el uno al otro a la espera de que les obligasen a separarse, su hijastra Renate estaba siendo «especialmente buena». En Dresde, el profesor de literatura francesa del siglo XVIII Victor Klemperer sabía que no sería llamado a filas: ya tenía cincuenta y ocho años, y las leyes raciales de 1935 habían excluido también a los veteranos de la Primera Guerra de cumplir su deber como ciudadanos. Como judío, esperaba que en esa primera semana de la guerra le pegasen un tiro o lo enviasen a un campo de concentración. En vez de eso, escribió con sorpresa que la costumbre de acosar a los judíos en la prensa había menguado rápidamente. Cuando dos policías amistosos llegaron a registrar el piso, les preguntaron solícitamente a los Klemperer: «¿Cómo es que no están ustedes ya en el extranjero?».[19]

Tras viajar durante una semana desde Flensburgo, el 26.º Regimiento de Infantería cruzó finalmente la frontera germano-polaca a las cinco de la mañana del 3 de septiembre. A primera hora de la tarde atravesaban los primeros pueblos abandonados, veían los muchos puentes destruidos y se movían con dificultad sobre la arena dorada y seca. Los camiones empezaron a quedarse atascados, los caballos cansados de arrastrar las carretas, y Gerhard M. tenía que llevar su bicicleta al hombro durante largos trechos. El puesto de mensajero en bicicleta era, accidentalmente, un empleo apropiado para aquel bombero de veinticinco años cuyos padres tenían una tienda de bicis en Flensburgo. Era el primer domingo de la guerra.[20]

Gerhard M. y sus camaradas de Flensburgo cruzaron el 5 de septiembre la antigua frontera germano-rusa anterior a 1914, ahora en manos de Polonia, y Gerhard experimentó la fuerte sensación de estar entrando en un mundo diferente, un mundo no alemán. Le impactó la pobreza y miseria de los civiles polacos que huían en su dirección, con sus colchones, bicicletas y niños apilados en pequeñas carretas de granja tiradas por un único caballo, los ubicuos carros llamado *Panjewagen*. En los alrededores de Kalisz, les sorprendió por primera vez el fuego enemigo, se pusieron a cubierto y respondieron con sus fusiles y una ametralladora. Su artillería pesada dejó fuera de combate la ametralladora polaca emplazada en una

vieja fábrica que luego se quemó. Gerhard vio cómo algunos soldados alemanes reunían a una docena de civiles polacos junto a una casa: «malditos francotiradores», escribió en su diario. No vio qué ocurría con ellos, porque dirigió toda su atención a apalancar el cierre de la puerta de una tienda de chocolate abandonada. Gerhard anotó jocosamente en su diario que habían «despejado la tienda de toda cosa buena» antes de seguir marchando en la oscuridad.[21]

En Solingen, el doctor August Töpperwien estaba dormitando en su jardín trasero en la tarde del 3 de septiembre cuando las voces apagadas de su mujer y un vecino llegaron hasta él. El Gobierno británico había declarado la guerra. A las cinco de la tarde, lo hizo también el Gobierno francés. Profesor de instituto con el rango de funcionario, Töpperwien era consciente de sus responsabilidades cívicas y echó a correr hacia las oficinas locales del ejército para ofrecerse como voluntario, pero fue enviado de nuevo a casa. Para un alemán protestante como él, una nueva guerra evocaba inmediatamente recuerdos de las calamidades de la nación en 1918. Había mucho más que asuntos políticos en juego. Los alemanes habían tenido que redimirse del pecado de la revolución y de la derrota autoinfligida. Buscando algo sobre lo cual hablar en su próxima clase de estudios religiosos, se dirigió en busca de inspiración a los escritos del teólogo Emanuel Hirsch y eligió como tema las palabras grabadas en las hebillas de latón de los cinturones de los soldados alemanes: *«Gott mit uns»,* «Dios con nosotros».[22]

La gaceta oficial de la Iglesia protestante se solidarizó inmediatamente: «Nos unimos en esta hora con nuestro pueblo en nuestra oración por el Führer y por el Reich, por la Wehrmacht al completo y por todos los que cumplen con su deber con la Madre Patria desde aquí». El obispo de Hannover ofreció su plegaria a Dios: «Bendice al Führer. Fortalece a todos los que están al servicio de nuestro pueblo, en la Wehrmacht, en tierra, mar y aire, y en todas las tareas que la Madre Patria exige». El obispo Meiser, que había soportado un arresto domiciliario en 1934 por rechazar las presiones nazis para integrar a los protestantes bávaros en una única Iglesia del Reich, recordó a los pastores de Baviera que la guerra les daba una

oportunidad de trabajar a favor de la renovación espiritual de la nación alemana, a favor de «un nuevo encuentro entre nuestro pueblo y su Dios, de tal manera que todo lo bueno que en este momento permanece oculto no se desperdicie».[23]

La respuesta de los obispos católicos fue menos entusiasta que en 1914. En aquel momento, el arzobispo de Colonia le había pedido a Dios que bendijese a «las fuerzas armadas alemanas. Condúcenos a la victoria», y había utilizado el mismo lenguaje sobre la renovación espiritual de la nación que sus colegas protestantes. Esta vez, el arzobispo se limitó a publicar instrucciones administrativas para sus parroquias y una serie de oraciones para los tiempos de guerra. Unos pocos obispos llegaron más lejos, como el obispo de Friburgo y simpatizante nazi Conrad Gröber, y el aristócrata conservador Clemens August von Galen, obispo de Münster, quienes animaron a los sacerdotes de nivel más bajo a unirse al esfuerzo bélico no sólo como curas sino también como «hombres alemanes». Pero esas voces fueron raras. En general, los prelados católicos fueron cautelosos a la hora de atribuirle a esta guerra las grandes esperanzas de renacimiento espiritual que habían depositado en la anterior. En vez de eso, interpretaron la guerra como un castigo por el materialismo secular de la sociedad moderna. Enemiga irreconciliable del bolchevismo ateo, la Iglesia católica se sentía consternada por el pacto con Stalin, temiendo que desencadenase un nuevo conflicto Iglesia-Estado.[24]

Ernst Guicking formaba parte del esbozo de ejército enviado a guardar la frontera del oeste de Alemania frente a Francia, mientras que la mayor parte de las divisiones de combate de la Wehrmacht estaban luchando en Polonia. El 5 de septiembre escribió su primera carta a Irene desde que había sido movilizado. Tras la actividad frenética, tuvo tiempo para escribir sobre lo maduras que estaban las uvas en las viñas. «Por lo demás, no hay mucho que contar.» La primera carta de Irene ya estaba de camino hacia su puesto, escrita en cuanto se levantó el embargo postal, impuesto mientras las tropas se movían hacia el frente. «Esperemos que volváis todos a casa sanos y felices como soldados victoriosos», le dijo a Ernst. Admitiendo que «a menudo pienso en los horrores de la guerra», la joven florista se

esforzaba por darse ánimos a sí misma y a su novio: «No abramos paso a las preocupaciones [...] cuando te estalle la cabeza, pensemos los dos en las horas felices y en que todo será aún más maravilloso cuando puedas quedarte conmigo para siempre». Los jóvenes novios seguían centrados en sus dos familias, en el trabajo de ella en los invernaderos y la vida de él en su unidad militar, pero eso no servía para dulcificar sus malos presentimientos. La guerra había llegado; y, como muchos otros, Irene concluía afirmando que los británicos «van a tener lo suyo». Todos los calendarios y diarios impresos durante los siguientes seis años considerarían que la fecha de inicio de la guerra era el 3 de septiembre de 1939, cuando Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Alemania. El 1 de septiembre tan sólo era considerado un «contrataque» a Polonia.[25]

Como la mayor parte de sus conciudadanos, Irene Reitz y Ernst Guicking, August Töpperwien y Jochen Klepper, Liselotte Purper y Wilm Hosenfeld hubieran deseado que la guerra no hubiese estallado. Irene y Ernst no tenían opiniones políticas conocidas. A Klepper, Hosenfeld y Töpperwien les repelían ciertos elementos del movimiento nazi, especialmente su ala antirreligiosa. La mayor parte de los alemanes pudieron haber creído, igual que ellos, que la invasión de Polonia estaba justificada, pero pocos pensaban que eso mereciese una guerra con Gran Bretaña y Francia. Un informe procedente de la Alta Franconia ofrecía un sucinto resumen de la opinión durante aquel verano: «La respuesta a la pregunta de cómo debe resolverse el problema "Danzig y el Corredor" sigue siendo la misma entre la mayoría de la gente: ¿Incorporación al Reich? Sí. ¿Mediante una guerra? No».[26]

Sin duda, semejantes ideas no sorprenderían a Hitler, que sabía que sus instintos belicosos superaban con mucho a los de la nación que dirigía. En un momento de eufórico candor, había dicho ante una audiencia formada por directores de los periódicos alemanes, que sabía que la crisis de cinco meses de los Sudetes había aterrado a aquella «nación de corazón de gallina». Incluso se atrevió a confiar que las «circunstancias le habían obligado a hablar durante décadas casi únicamente de paz», añadiendo que «sólo gracias a ese continuo énfasis en el deseo alemán de paz y en nuestras

intenciones de paz pude [...] suministrarle al pueblo alemán el armamento que era necesario como base para el siguiente escalón». Eso había ocurrido en noviembre de 1938. En julio de 1939, la reunión anual del Partido en Núremberg, a celebrar entre el 2 y el 11 de septiembre, fue anunciada como la «Reunión del Partido del Reich por la Paz». A finales de agosto, tras la movilización, fue abruptamente cancelada, que era lo que el líder nazi había planeado. Enviar al embajador Henderson a Londres en una mascarada diplomática de última hora fue la pieza final en la coreografía de la actuación de Hitler como un frustrado pacificador. Puede que ese gesto ya no convenciese a muchos en el extranjero, pero sí que llegó a la opinión nacional. A principios de septiembre, cuando Wilm Hosenfeld, August Töpperwien, Irene Reitz y Jochen Klepper concluían que «los ingleses tendrán lo suyo», estaban criticando a los británicos no sólo por fracasar en forzar a Polonia a aceptar las «razonables» condiciones de Alemania, sino también por haber mantenido el «envolvimiento» que pretendía mantener a su nación en la servidumbre posterior a 1918. Los alemanes cerraban filas y se convencían a sí mismos de que les habían obligado a la guerra.[27]

*

La 30.ª División de Infantería, incluyendo el 26.º Regimiento de Infantería de Flensburgo, alcanzó el río Warthe el 7 de septiembre, cruzándolo gracias al puente portátil que los ingenieros alemanes habían construido, y atravesando luego las fortificaciones polacas abandonadas. La primera resistencia armada que se encontraron provenía de algunos vecinos que defendían sus casas. Gerhard M. vio cómo sus camaradas se llevaban a veinte hombres jóvenes, a los que calificó como «cobardes francotiradores». «Casas que arden, mujeres que lloran, niños que chillan. Una imagen de la desesperación. Pero», se recordaba Gerhard a sí mismo en su diario, «los polacos no nos lo pusieron fácil.» Desde una primitiva choza rural, una mujer les disparó con una metralleta. La unidad de Gerhard rodeó la casa y le prendió fuego. Cuando ella intentó escapar, «se lo impedimos, aunque fue muy duro [...] Sus gritos resonaron en mis oídos

durante mucho tiempo». Los alemanes tuvieron que seguir caminando por el centro mismo de la calle, de tan intenso como era el calor que generaban las casas que ardían a ambos lados. Mientras la noche caía, vieron que, hacia el este, el horizonte se había puesto rojo del resplandor de otros pueblos. La principal preocupación de Gerhard era su bicicleta. Sus ruedas se hundían en el suelo arenoso del camino, lanzándole la tierra a la cara en medio de la oscuridad. Pero el joven bombero de Flensburgo también era consciente de que se había convertido en un incendiario.[28]

En la noche del 9 de septiembre, la 30.ª División de Infantería fue atacada por la caballería polaca. La compañía de Gerhard M. estaba aún en la retaguardia de la división cuando el pánico se extendió por las filas. Durante los siguientes dos días, el 8.º Ejército, bajo las órdenes del general Johannes Blaskowitz, fue empujado veinte kilómetros hacia el sur, lejos de su marcha en línea recta hacia Varsovia. Mientras se retiraban, prendieron fuego a varias casas desde las que les parecía que les llegaban disparos. «Enseguida nuestro camino se vio rodeado de casas en llamas, y desde ellas resonaban los gritos de aquellos que se habían escondido dentro y no podían escapar», escribió Gerhard M. «El ganado mugía de miedo, un perro aulló hasta que se quemó del todo, pero lo peor eran los chillidos de la gente. Era cruel. Pero nos habían disparado y se merecían morir.» Admitió que tanto los oficiales como los hombres estaban extremadamente «nerviosos».[29]

Al día siguiente se encontró en su primera batalla regular, como parte de una delgada línea de infantería alemana obligada a yacer boca abajo en hoyos superficiales que habían excavado a toda velocidad en el suelo. Protegiendo una posición de artillería tras ellos, esperaron a ver las manchas marrones de la infantería polaca para moverse lentamente hacia ellos. Cada vez más nerviosos, se les dio la orden de no disparar hasta que el enemigo estuviese a trescientos metros. Mientras apuntaba, disparaba y recargaba su fusil, Gerhard M. describió sus movimientos como «tan mecánicos como en el patio del cuartel». Los alemanes fueron obligados a retroceder de nuevo, sufriendo grandes bajas. De los 140 hombres de su compañía, sólo Gerhard M. y otros seis lograron reunirse con el resto de su

batallón en un bosque. Al día siguiente, se sintieron aliviados cuando la línea ya rota de la 30.ª División de Infantería fue reforzada por otras dos y por el lento movimiento de una columna de tanques.[30]

Gerhard M. había tomado parte en la mayor batalla de la campaña. Cuando los alemanes invadieron Polonia el 1 de septiembre, la Wehrmacht sorprendió al Ejército polaco antes de haber completado su movilización. Le habían encomendado la defensa de las fronteras del país, una tarea imposible, puesto que los alemanes atacaron por tres sitios: desde Prusia oriental por el norte, a través del territorio de Eslovaquia por el sur, y a lo largo de un amplio frente por el oeste que llegaba desde Silesia hasta Pomerania. Tomándose las peticiones de Hitler al pie de la letra, los polacos habían creído que la Wehrmacht tan sólo iba a intentar volver a conquistar las antiguas tierras fronterizas pruso-polacas entre el este y el oeste de Prusia. El ataque alemán pudo, pues, evitarlos fácilmente y concentrarse en realizar dos grandes penetraciones, desde el norte y desde el sur, hacia Varsovia. Avanzando desde Breslavia, unidades del 8.º Ejército ocupaban la gran ciudad textil de Łódź el 7 de septiembre. Al día siguiente, la 4.ª División Panzer alcanzaba los alrededores de Varsovia.[31]

Entretanto, los dos ejércitos polacos que habían quedado atrapados en el Corredor Polaco se las arreglaron para retirarse de la zona de frontera y formar una formidable fuerza bajo el mando del general Tadeusz Kutrzeba. Atascado entre las fuerzas alemanas que controlaban la orilla norte del Vístula y las de la orilla sur del río Bzura, Kutrzeba aprovechaba su ventaja. Los alemanes habían perdido el contacto con sus fuerzas y no sabían que estaba preparado para atacar las líneas expuestas de la 30.ª División de Infantería, extendida a lo largo de una línea defensiva de 30 kilómetros, mientras el resto del 8.º Ejército de Blaskowitz seguía su marcha hacia Varsovia. Era esta delgada línea la que Gerhard M. y sus camaradas estaban defendiendo el 10 de septiembre. El mando alemán se vio obligado a suspender el asalto a Varsovia de la 4.ª División Panzer y hacerla retroceder, dirigiendo la fuerza principal del 10.º Ejército y las reservas del Grupo de Ejércitos Sur a apoyar sus líneas más débiles. El 12 de septiembre, el ataque polaco inicial se había ido debilitando. Kutrzeba comenzó a retirar su

Ejército Poznań para defender Varsovia, mientras que el Ejército Pomorze pronto se encontró rodeado, bombardeado por la artillería alemana y por los bombarderos Heinkel III que hicieron arder los bosques que protegían a las tropas polacas.

Mientras la batalla de Bzura todavía se estaba desarrollando, el Gobierno polaco y el mando militar se retiraban hacia la frontera con Rumanía. Pero el plan de protegerse en el interior se hizo imposible cuando el Ejército Rojo invadió Polonia desde el este, el 17 de septiembre, cumpliendo finalmente su pacto secreto con Alemania. Sin ningún sitio ya al que retirarse, el presidente Mościcki decidió establecer un Gobierno en el exilio en París, y cruzó la frontera hacia la neutral Rumanía. Los supervivientes polacos de la batalla de Bzura se rindieron dos días más tarde. La batalla había impedido que los polacos tuvieran tiempo para reforzar las defensas de Varsovia. Abandonada por el Gobierno, la capital siguió resistiendo hasta el 28 de septiembre, a pesar de los masivos bombardeos alemanes.

Al oeste, entretanto, el rápido avance de los alemanes parecía haber dejado intacta la vida cotidiana. Acompañado por un suboficial y seis hombres, Wilm Hosenfeld condujo hasta Pabianice, a diez kilómetros al sudoeste de Łódź, buscando alojamiento para su compañía. Cubiertos de polvo tras haber rodado por las carreteras sin asfaltar, los hombres saltaron del coche y comenzaron a mojarse con la bomba de un patio. Lo que realmente llamó la atención de los niños que miraban fue el cepillo de dientes de Hosenfeld. Le dio diez peniques al niño que había bombeado el agua, y luego los alemanes se dieron un paseo para comprar helado de chocolate en un puesto del parque. Al día siguiente, Hosenfeld se fue de compras. Había pocas señales de la guerra; tan sólo las multitudes de refugiados de las regiones fronterizas, con sus caballos escuálidos tirando de las carretas sobrecargadas. Muchas de las mujeres y niños caminaban descalzos, llevando pesados fardos, tirando de carritos de mano o empujando cochecitos en los que iban los bebés.[32]

Hosenfeld y su compañía fueron destacados para vigilar el gran campo de prisioneros de guerra que había sido instalado en una de las fábricas

textiles del pueblo. Cada día llegaban miles de prisioneros. A los alemanes étnicos que habían prestado servicio en el Ejército polaco los liberaban inmediatamente y los enviaban a casa. En cambio, se separaba a los soldados judíos. «El trato tan duro [a los judíos] me indigna», escribió Hosenfeld, pero también dio cuenta de cómo los prisioneros polacos lo observaban «con alivio», contando a todo el que quisiera oírles que los judíos los habían explotado. Puesto que no habían encontrado ningún judío rico en el pueblo, Hosenfeld concluía que como «los j[udíos] ricos han huido, los judíos pobres tienen que pagar por ellos».

A los judíos de Pabianice se les obligó enseguida a trabajar moviendo tierra para rellenar las trincheras de defensa que habían sido excavadas las semanas anteriores. De nuevo en el campo, Hosenfeld se sintió admirado por el servicio religioso nocturno acompañado de cantos corales que improvisaron los oficiales polacos, mientras que los soldados alemanes católicos se despojaban de sus gorras. Con 10.000 prisioneros apiñados en los talleres textiles, la comida empezó a ser dramáticamente escasa y los hombres empezaban a ponerse nerviosos a causa del hambre y el hacinamiento. A Hosenfeld le ordenaron que se ocupara de hacer el campo más seguro, rodeándolo con alambre de espino, torres de vigilancia y ametralladoras.[33]

La campaña de Polonia obtuvo un éxito rápido y decisivo. En septiembre de 1939, los militares alemanes descubrieron cómo llevar a cabo un nuevo tipo de guerra «total», ametrallando y bombardeando en picado las columnas de refugiados, bombardeando las ciudades sin ninguna restricción y llevando a cabo represalias masivas contra prisioneros de guerra y civiles, sin apenas normas que las limitasen. El 22 de agosto, al dirigirse a sus principales mandos militares, Hitler no tuvo ningún escrúpulo en avisarles de que iban a realizar una guerra racial. Los puntos más importantes de ese discurso están recogidos en expresivas notas de agenda: «En primer plano, la destrucción de Polonia. El objetivo no es alcanzar una línea en particular, sino deshacerse de las *reservas vivas* [...] Cerrar el corazón a toda simpatía. Acción brutal. Ochenta millones de

personas [alemanas] deben tener sus derechos. Hay que asegurar sus vidas. El más fuerte tiene razón. La mayor crueldad».[34]

Los soldados de a pie como Gerhard M. no podían saber lo que se decía en el retiro de montaña de Hitler en Berchtesgaden. Pero para ellos estaba claro que todos los recursos estaban puestos al servicio de la destrucción rápida y completa de las fuerzas del enemigo. Desde el principio, había un verdadero flujo de informes sobre «francotiradores», «guerrillas», «bandas» y otros civiles «irregulares» que operaban en la retaguardia de los alemanes. Pero también había una ominosa carencia de detalles al respecto, y las unidades de la policía militar encargadas de investigarlas solían concluir que las denuncias no tenían fundamento. Un grupo del ejército admitía que en su primer encuentro con el enemigo, «las tropas suelen ver fantasmas y pierden los nervios»; entre los inexpertos soldados alemanes, «los ataques aéreos, una población hostil y la existencia de irregulares contribuyen a aumentar» esa tendencia.[35]

Una semana después de que la invasión hubiera empezado, el respetado diario berlinés *Deutsche Allgemeine Zeitung* publicaba un largo artículo sobre las leyes internacionales de guerra, confirmando que «Alemania tiene derecho a tomar medidas duras pero efectivas. Al hacerlo, está actuando dentro de los límites reconocidos de la ley internacional». A menudo, tan sólo algunos disparos realizados por soldados polacos que intentaban defender una aldea eran considerados suficiente por las extremadamente nerviosas tropas alemanas para ejercer drásticas represalias contra la población civil, como un cándido Gerhard M. anotó.

Las órdenes de los superiores ratificaban estas respuestas espontáneas. El 10 de septiembre, el general Fedor von Bock emitió una orden al Grupo de Ejércitos Norte: «Si se producen disparos desde algún pueblo en la retaguardia y resulta imposible identificar la casa de la que proceden los disparos, el pueblo entero debe ser quemado». Otros mandos lo imitaron. En realidad, era lo que ya estaban haciendo Gerhard M. y sus camaradas. Durante las cuatro semanas de combates y las siguientes cuatro semanas de administración militar de Polonia por parte de Alemania, entre 16.000 y 27.000 polacos fueron ejecutados y 531 ciudades y pueblos quemados.

Cuando al fin los generales entregaron el poder a los administradores civiles el 26 de octubre de 1939, habían llegado a estar preocupados por cómo mantener la disciplina militar en sus tropas y admitían que los hombres sufrían una «psicosis» respecto a los irregulares. Semejantes temores no se habían desarrollado por casualidad. Desde sus despectivas referencias a los «polacuchos» hasta la expectativa de que les disparasen por detrás, los ejércitos alemanes habían sido preparados para luchar contra un enemigo culturalmente inferior y cobarde.[36]

En Pabianice, Hosenfeld escribió que los alemanes étnicos de Polonia «sienten una enorme rabia con los polacos». Cada vez estaba más sorprendido por lo que iba leyendo y oyendo durante la segunda mitad de septiembre. Todo había ido bien, interpretaba Hosenfeld, hasta principios de aquel año, y entonces todo había cambiado, con el arranque de la agitación antialemana. «Ya he hablado con mucha gente y siempre oyes la misma historia», le escribió Hosenfeld a su hijo mayor, Helmut, el 30 de septiembre. Intentando calibrar la naturaleza humana, añadía: «Desde que veo la violencia de nuestros propios soldados con mis ojos, creo en el comportamiento bestial de los polacos, que además fueron irresponsablemente incitados a ello». Por mucho que los alemanes fuesen capaces de cosas horribles, asumía que los polacos los superaban.[37]

Las cosas eran aún mucho peores en la disputada región fronteriza del oeste polaco, como la antigua provincia prusiana de Posen. En la localidad de Kępno [Kempen], el reservista Konrad Jarausch escuchaba las historias de los alemanes étnicos refugiados allí cuando se sentaba a comer en el hotel Alemán. Contaban cómo les habían hecho caminar por parejas desde Thorn hasta Łowicz, con las muñecas atadas los unos a los otros. A los rezagados les habían disparado. En Łowicz, 5.000 alemanes habían sido reunidos en la plaza de la iglesia. Cuando ya tenían delante las ametralladoras preparadas para ejecutarlos, llegaron las tropas alemanas y los liberaron justo a tiempo. A pesar de su penoso aspecto, los refugiados impresionaron a Jarausch. El reflexivo profesor de instituto de Magdeburgo nunca había «saludado a nadie con el saludo nazi con los ojos tan brillantes». Aunque no era nazi pero sí conservador y nacionalista

protestante, Jarausch consideró ese gesto como su abrazo a «todos los que están del lado de Germania». De manera inquietante, los refugiados echaban la culpa de esas atrocidades a «los católicos y los judíos».[38]

Durante el verano, el Alto Mando del Ejército había aceptado que un cuerpo especial, el *Einsatzgruppe*, dirigido por el Servicio de Seguridad de las SS, el SD, fuese incorporado a cada uno de los cinco ejércitos invasores para «reprimir a todos los elementos hostiles» en la retaguardia. Pronto se añadieron dos *Einsatzgruppen* más. Formados por tan sólo 2.700 hombres, eran muy pocos y carecían de conocimientos suficientes del terreno para hacer frente a las tareas que les habían encomendado: rápidamente se les sumaron 100.000 alemanes étnicos de Polonia impacientes por servir como voluntarios. Incluso antes de que la batalla de Bzura terminase, esas milicias de alemanes locales estaban arrasando todo lo que podían a lo largo del Corredor Polaco y alrededor de Bromberg.[39]

No sólo buscaban «venganza» por los sucesos de las semanas y meses anteriores, sino que intentaban completar el trabajo pendiente desde los primeros años de posguerra. En 1919-1921, milicias rivales habían combatido entre sí para decidir los resultados de los plebiscitos realizados entre las distintas nacionalidades en las áreas fronterizas de los «estados sucesores» de los antiguos imperios plurinacionales: en esa zona, el principio del presidente estadounidense Woodrow Wilson de «el derecho de las naciones a la autodeterminación» se había convertido en una carta blanca para el terror y la guerra civil. Cuando, por ejemplo, la abrumadoramente alemana ciudad de Konitz, fue adjudicada a Polonia después de la Primera Guerra Mundial, todas las instituciones civiles y religiosas de la ciudad se habían dividido según criterios étnicos y nacionalistas. En toda esa región, que anteriormente había pertenecido a Prusia occidental, la religión actuaba como agente de la nacionalidad, y así, mientras los protestantes eran considerados alemanes, los católicos eran vistos como polacos. Aunque las comunidades judías de Prusia occidental habían declarado su firme lealtad a «Germania» ya en 1919, exponiendo en aquel momento la gran amenaza que suponía para ellos la «arbitrariedad e intolerancia polacas», su lealtad no los salvó dos décadas después. Cuando

los hombres de las milicias de alemanes étnicos entraron en Konitz en 1939, inmediatamente cayeron sobre los vecinos católicos polacos y sobre los judíos. El 26 de septiembre, fusilaron a cuarenta personas. Al día siguiente, un sacerdote polaco era asesinado, y un día después, la matanza se extendió a los 208 pacientes psiquiátricos del hospital de Konitz. En enero de 1940, con la ayuda de la Wehrmacht y la Gestapo, las milicias locales habían matado a novecientos polacos y judíos de Konitz y los pueblos de alrededor.[40]

Cuando no conseguían encontrar a ningún varón polaco, algunos miembros de la milicia daban caza en su lugar a mujeres y niños. Muchos buscaban una venganza privada. Otros remedaban los «métodos de pacificación» practicados por los militares alemanes. En Bromberg, un grupo de boy scouts que habían actuado como mensajeros del Ejército polaco fueron colocados ante un muro y fusilados junto con el sacerdote que intentaba ofrecerles los últimos sacramentos. Muchos mandos de las milicias locales convirtieron los sótanos y los patios de sus prisiones improvisadas en cámaras de tortura donde se golpeaba a los prisioneros, se les arrancaban las uñas y se les sacaban los ojos con bayonetas.[41]

Lo mismo había ocurrido en los campos de concentración «salvajes» que nazis locales y unidades de las SA y las SS habían establecido en Alemania en 1933, pero con una diferencia: en Alemania, se había conseguido controlar la oleada de violencia, y en el verano de 1934, la mayor parte de los prisioneros habían sido liberados. En la Polonia ocupada, a medida que se establecía «el orden alemán», el terror crecía cada vez más. Hitler estaba decidido a impedir que la clase dirigente polaca volviese a establecer una nación-Estado independiente. Heinrich Himmler, el jefe de las SS, y su adjunto, Reinhard Heydrich, aprovecharon a fondo la oportunidad de organizar la «acción contra la *intelligentsia*», la liquidación de las élites polacas. Los objetivos fundamentales eran profesores, sacerdotes, académicos, oficiales y funcionarios, terratenientes, políticos y periodistas. Todos ellos eran susceptibles de ser detenidos, ejecutados o deportados a campos de concentración, donde se llevaban a cabo ejecuciones en masa aún más numerosas. Siguiendo su propio sentido

común ideológico, milicias y *Einsatzkommandos* incluían rutinariamente a judíos, así como a pacientes psiquiátricos, en sus «acciones», sin más explicaciones.[42]

Las mayores masacres fueron llevadas a cabo por milicias de alemanes étnicos que vivían en las poblaciones de la antigua Prusia occidental, y que a menudo actuaban bajo el mando del SD y de la Gestapo. En los bosques cerca de Piasnica/Neustadt fueron fusiladas 6.000 personas, y 7.000 en Szpedawsk (Preussisch-Stargard). En Kocborowo, fueron asesinados 1.692 pacientes del psiquiátrico de beneficencia. En el terreno de desfiles de Gruppa, 6.500 polacos y judíos de Graudenz fueron fusilados, mientras que 3.000 resultaron ejecutados en Lszkówko. En Mniszek, entre 10.000 y 12.000 polacos y judíos de la región de Schwetz fueron fusilados en las canteras de grava. Unos 3.000 judíos y polacos fueron ejecutados en la pista de aterrizaje de Fordon y en las dunas de arena de Miedzyn por la Gestapo, las SS y hombres de las milicias. En el bosque de Rusinowo (Kreis Rippin), la milicia fusiló a 4.200 personas, y el 15 de noviembre, miembros de la milicia y de la Wehrmacht habían ejecutado a 8.000 personas en el bosque cerca de Karlshof. En ausencia de cifras definitivas, la magnitud de lo sucedido es sugerida por el hecho de que tan sólo esas «acciones» de especial importancia, en cada una de las cuales fueron asesinadas más de mil personas, significaron un total de 65.000 muertos. De ellos, entre 20.000 y 30.000 fueron ejecutados por las milicias locales de alemanes étnicos. El cómputo total de los primeros meses de la ocupación alemana es, sin duda, mucho mayor. Esas matanzas supusieron un nuevo precedente incluso en los anales de un régimen tan manchado ya de sangre como el nazi. Servirían como punto de partida para las futuras campañas en el este.[43]

Muchas de las matanzas se realizaron en lugares aislados, bosques y pistas de aterrizaje, pero otras muchas atrajeron a numerosos espectadores. En la noche del sábado 7 de octubre, los soldados estacionados en Schwetz charlaron sobre los fusilamientos que habían llevado a cabo ese día y se programaron para continuar a la mañana siguiente en el cementerio judío. El domingo, el cabo Paul Kluge llegó allí temprano, situándose cerca de la

fosa. Como a menudo ocurría, era la visión del primer grupo de víctimas la que dejaba una impresión más duradera. Una mujer con tres niños se bajó del autobús que había llevado a los prisioneros hasta el cementerio judío y caminó unos treinta metros hasta la fosa. Fue obligada a saltar dentro con su hijo pequeño en brazos. Luego tomó en brazos al otro niño para bajarlo, y un SS levantó al crío que quedaba y se lo pasó. La mujer tuvo entonces que acostar a sus hijos boca abajo junto a ella. Kluge se quedó allí, lo suficientemente cerca de los cuatro hombres del pelotón armado como para poder mirar lo que ocurría en la fosa y observar cómo los hombres sostenían sus rifles a unos veinte centímetros de la nuca de sus víctimas. Después le pidieron que echase tierra encima de los cadáveres. Ayudó sin vacilar.[44]

Incapaces de ver cómo eran asesinados los niños, algunos soldados se alejaron, aunque volvieron a tiempo para ver la ejecución de los hombres polacos que habían llegado en un segundo autobús. Paul Roschinski, un suboficial, observó que varios espectadores se acercaron tanto a la fosa que sus uniformes se salpicaron de «carne, sesos y tierra». Muchos de los soldados que fueron testigos de semejantes sucesos en toda Polonia tomaban fotografías cuyos rollos enviaban luego a casa para que fuesen revelados e impresos. De esta manera, un registro visual de todo aquello pasó a manos de sus padres y esposas y de los empleados de los laboratorios y tiendas de fotografía, antes de ser devuelto a los «turistas de las ejecuciones en Polonia». En la mayor parte de los lugares, la Wehrmacht cooperó con la policía y las SS, proporcionando a veces personal para los pelotones incendiarios.[45]

Para algunos testigos, esas ejecuciones violaban una frontera moral. El jefe médico del 4.º Ejército se sentía tan escandalizado, que reunió un dosier de declaraciones de testigos que dirigió directamente al «Comandante en Jefe de la Wehrmacht y Führer del pueblo alemán Adolf Hitler». Su informe fue condenado a los archivos, pero el jefe de la ocupación militar en Polonia, general Johannes Blaskowitz, también se ocupó de aquel asunto. Devoto luterano, Blaskowitz estaba tan horrorizado por los informes que le llegaban, que presionó en repetidas ocasiones a

Walther von Brauchitsch, su comandante en jefe, y escribió a Hitler para protestar por el comportamiento de las SS, la policía y la administración, enfatizando los efectos de semejantes matanzas en la moral del ejército. Hitler desestimó sus protestas, declarando que «no se puede hacer una guerra con métodos del Ejército de Salvación». Blaskowitz insistió, avisando en febrero de 1940 de que cuanto más brutal era la ocupación, más difíciles se les ponían las cosas a las tropas alemanas. A decir verdad, la Wehrmacht nunca pudo reducir sus fuerzas de ocupación a menos de 500.000 hombres. Tras importunarle durante cinco meses, Hitler finalmente reemplazó a Blaskowitz, aunque no lo retiró de manera permanente.[46]

Con mil sacerdotes católicos entre las víctimas del terror de las SS, el cardenal Hlond, primado de Polonia exiliado en Londres, publicó una acusación condenatoria contra la ocupación alemana. El Vaticano trató de intervenir a través de los canales diplomáticos, pero se le respondió que el Concordato con la Iglesia no regía en los nuevos territorios; el secretario de Estado del Ministerio de Asuntos Exteriores, Ernst von Weizsäcker, se limitó a no aceptar las protestas del Vaticano sobre el trato dado a los sacerdotes polacos. Aunque la Iglesia católica alemana hizo algún intento para atender a los prisioneros de guerra polacos, ningún obispo alemán alzó la voz para apoyar la condena del cardenal Hlond de los asesinatos de clérigos católicos polacos.[47]

Como católico, Wilm Hosenfeld se vio obligado a seguir su propia exigencia moral. Le había horrorizado el pogromo contra los judíos de noviembre de 1938, y pronto se dio cuenta de que el ejercicio de la violencia contra los polacos estaba fuera de cualquier proporción respecto a las historias que había oído sobre las calamidades de los alemanes étnicos de Polonia. «No son represalias», le escribió a su mujer el 10 de noviembre de 1939; «parece más bien una imitación de lo que hacen los rusos y un intento de exterminar a la *intelligentsia*.» No tenía ni idea de lo acertada que era su sospecha. «Quién hubiera pensado esto de un régimen con un odio mortal al bolchevismo», proseguía. «Con cuánta alegría me hice soldado, y hoy sin embargo me gustaría hacer trizas el uniforme gris.» ¿Acaso estaba allí para sostener «el escudo [...] tras del cual se pueden

cometer estos crímenes contra la humanidad?». Durante esos primeros meses en Polonia, Hosenfeld intervino personalmente en un par de ocasiones para liberar a polacos de la custodia alemana, y, como resultado de esas gestiones, se hizo amigo de las familias. Durante los siguientes años, Hosenfeld se mantuvo en contacto e incluso llevó a su mujer desde Thalau para conocer a sus amigos polacos, ignorando todas las reglas de apartheid entre comunidades típicas de la ocupación alemana.[48]

La fe católica de Hosenfeld fue un importante puente sobre el abismo que separaba a ocupados y ocupantes. Incapaz de expresar abiertamente su conmoción y su repugnancia, completamente solo para cambiar el curso de los acontecimientos, tuvo que obligarse a sí mismo a guardarse su respuesta emocional, que no hizo más que crecer, convirtiéndose en un incesante y profundo sentimiento de vergüenza. Las cartas a su esposa llegaron a ser su confesionario privado. «Todavía nos quedan estas cartas», le escribió a Annemie el 10 de noviembre, al concluir su carta más triste hasta ese momento. «Ahora me voy a dormir. Si pudiera llorar, me gustaría hacerlo en tus brazos, sería un dulce consuelo.» Cuanto más se alargaba la guerra, más aislado se fue sintiendo. Hosenfeld todavía seguía creyendo que los alemanes tenían derecho a ocupar Polonia, pues compartía las nociones convencionales del «derecho de la cultura superior»; pero su sentido de los límites morales y sus convicciones humanitarias eran realmente excepcionales.[49]

Para otro devoto soldado católico, las cosas eran muy diferentes. Incluso después de que los polacos hubieran sido derrotados e intimidados, Heinrich Böll los miró a los ojos y vio cómo se escondía «detrás de la melancolía de sus miradas, el odio y un verdadero fanatismo». Octavo hijo de un carpintero católico de Colonia, Böll acababa justo de empezar a estudiar literatura en la universidad y probaba su talento para escribir cuando fue llamado a filas aquel verano. «Si aquí ya no hubiese militares, en tres semanas ni un solo alemán étnico habría sobrevivido. Se puede ver claramente en sus ojos que este pueblo está predestinado a la revolución», escribió el soldado de veintiún años a su familia desde Bromberg.[N3] Ellos necesitaban una mano dura alemana, y él que su madre le enviase el último

milagro de la medicina, para permanecer alerta y en guardia, Pervitin, una metanfetamina cuyo uso el responsable de Sanidad del Reich intentaba limitar sin mucho éxito.[50]

Las reflexiones de Böll reflejaban mejor las opiniones de los soldados que las de Hosenfeld. Los medios de comunicación alemanes habían hecho todo lo posible para asegurarse de que los polacos fuesen vistos con suspicacia. A mediados de agosto, habían informado de deportaciones en masa de alemanes étnicos desde las zonas fronterizas a «campos de concentración» en el interior de Polonia. El inicio de la guerra, según ellos, había precipitado una serie de masacres en las que mujeres y niños alemanes habían sido las principales víctimas. El noticiero cinematográfico semanal, el *Wochenschau*, mostraba imágenes de esos sucesos y retrataba a los soldados polacos capturados y a los civiles «irregulares» como degenerados y criminales «infrahumanos», que habían recibido órdenes de exterminar a la minoría alemana. La Oficina de la Wehrmacht para la Investigación de Crímenes de Guerra fue enviada en busca de pruebas de un intento deliberado y total de genocidio por parte de los polacos.[51]

El Ministerio de Asuntos Exteriores alemán había estado muy ocupado durante los meses previos a la guerra reuniendo las evidencias que habrían de justificar la invasión. A ese respecto, el incremento de la violencia étnica en las zonas fronterizas en la primera semana de la guerra proporcionó pruebas reales, que pudieron ser magnificadas y manipuladas para servir a los intereses alemanes. En noviembre de 1939, Asuntos Exteriores publicó a toda prisa un libro con cientos de páginas de testimonios y alrededor de unas cien fotografías documentales. Cuidadosamente seleccionadas para crear una narración poderosamente emocional, la obra incluía imágenes íntimas de afligidas esposas y madres, sollozando silenciosamente en sus casas o al lado de carros cargados de cadáveres; fotografías forenses de mujeres desmembradas o asesinadas en posturas que sugerían violación; niños cuyas cabezas habían sido aplastadas; cadáveres, como el del veterano de la Primera Guerra Mundial con su pierna protésica todavía sujeta a su cuerpo y su rostro destruido más allá de cualquier posible reconocimiento, echado desnudo sobre la mesa de una cámara mortuoria.

Una fotografía especialmente macabra mostraba a una mujer asesinada junto a su bebé en el mismo momento en el que estaba dando a luz, con el cordón umbilical todavía uniéndolos visiblemente. La publicación del Ministerio de Asuntos Exteriores pretendía justificar la ocupación de Polonia por parte de Alemania e influenciar a la opinión neutral, sobre todo a la estadounidense. En febrero de 1940 se publicó una segunda edición, y en mayo se hizo una edición en inglés.[52]

La violencia era en buena medida real, especialmente en el norte de Posen, alrededor de Bromberg/Bydgoszcz, donde muchos alemanes étnicos fueron asesinados, casi siempre a manos de soldados polacos en retirada que creían haber sido atacados desde casas de alemanes o que buscaban banderas y símbolos nazis. Algunas de estas dinámicas reproducían la violencia infligida por las tropas alemanas en los pueblos polacos, pero esta vez a una escala menor: a pesar de las afirmaciones de la propaganda alemana de estar respondiendo a un intento planificado de deportación y genocidio por parte del Estado polaco, incluso los investigadores de crímenes de guerra de la Wehrmacht tan sólo encontraron pruebas de una violencia espontánea y descoordinada, y llegaron a descubrir que algunas unidades militares polacas avisaban a los habitantes alemanes sobre la actitud de otras tropas que iban detrás de ellos.

Entre las dos ediciones alemanas de los *Documentos sobre la Crueldad Polaca* del Ministerio de Asuntos Exteriores, hubo una diferencia sustancial: en noviembre de 1939, el número de víctimas alemanas fue establecido en 5.800, una cifra aún hoy ampliamente aceptada por los historiadores. En febrero de 1940, se había multiplicado por diez, probablemente por orden de Hitler. Goebbels ordenó que los diarios subrayasen estos nuevos datos, y una nueva oleada de primeras planas de la prensa explicó el asunto a los alemanes con titulares como «58.000 VÍCTIMAS DEL TERROR POLACO» y «20 AÑOS DE ASESINATOS DEL GOBIERNO POLACO». En el frente doméstico, la publicación fue criticada tan sólo por minimizar las «justificadas» medidas de represalia de Alemania contra los polacos. Puede que algunas personas no se creyesen del todo que el Estado polaco había ordenado el extermino deliberado de la minoría germana, pero aun así,

nadie olvidó aquellos sucesos. De hecho, en la primavera de 1943, cuando por primera y única vez Goebbels intentó movilizar a la opinión pública a favor de los polacos, con el objetivo de poner de relieve que la amenaza del terror soviético era mucho mayor, descubrió que los recuerdos de 1939 despertaban una fuerte oposición. La gente señalaba el «hecho» de que 60.000 alemanes habían sido asesinados por los polacos y preguntaban por qué habrían de merecer ahora la simpatía alemana, ni siquiera para defenderlos de los asesinos de la policía secreta soviética, el NKVD. El Ministerio de Propaganda no logró convencer al público.[53]

Todos aquellos argumentos utilizaron a conciencia el victimismo, justificando así las acciones alemanas posteriores. No negaron la violencia alemana, pero la hicieron parecer, por comparación, insignificante. Sólo importaban las cifras de los muertos alemanes, porque sólo importaban los derechos alemanes; fueron multiplicados por diez para justificar el derecho moral a la venganza. Los dos primeros documentales alemanes de la guerra, *La campaña de Polonia* y *Bautismo de fuego*, comenzaban con la amenaza del asesinato masivo de los alemanes étnicos de Polonia. Los sentimientos evocados por la amenaza existencial y la salvación de esa amenaza inspiraron también algunas películas. La primera de ella apareció en 1940 bajo el apropiado título de *Enemigos*. Cuando los trabajadores polacos matan al propietario alemán de un aserradero en el verano de 1939, las estrellas de la película, Brigitte Horney y Willy Birgel, rescatan a sus hijos y se unen a otros refugiados alemanes en su camino hacia la salvación a través de las fronteras del Reich. Dirigida por el renombrado director ruso, expatriado en Alemania, Viktor Tourjansky, la película presenta a Horney como una heroína que rescata a sus compatriotas alemanes de sus enemigos asesinos. La idea principal de esa trama y el papel de la heroína alemana fueron retomados al año siguiente en una película de gran presupuesto, *Volviendo a casa.* Aquí un grupo de alemanes étnicos, que escuchan en secreto el discurso de Hitler del 1 de septiembre escondidos en un granero, son descubiertos por los polacos y encerrados en un sótano parcialmente sumergido. Mientras esperan ser liquidados en cualquier momento, son finalmente salvados gracias a la pasión y la valentía de una joven profesora

nazi, Paula Wessely, que los conduce hasta la frontera, a la línea de demarcación ruso-alemana. Tras su conmovedor monólogo final, la película termina con un plano de la heroína fundiéndose con el grupo de refugiados y siendo recibida en el puesto fronterizo por una imagen gigante de Hitler. Manteniéndose fiel a la estética nazi, la película elevaba la amenaza existencial a los alemanes étnicos de Polonia al grado de experiencia *cuasi* religiosa. Al reconocer la inminencia de su martirio, su disposición al sacrificio los transformaba tanto a ellos como, según se esperaba, a los espectadores. La película fue recibida con ovaciones en pie al ser estrenada en el Reich. En contraste con las mujeres y niños presentados como víctimas pasivas en la documentación del Ministerio de Asuntos Exteriores, aquí las heroínas alemanas eran capaces de proporcionar un liderazgo moral. Ellas no eran combatientes físicas sino espirituales, al contrario que las depravadas resistentes polacas a las que Gerhard M. y sus camaradas habían quemado vivas.[54]

En plena conquista de Polonia, las iglesias luteranas expresaron su prevalente sentimiento del nacionalismo pruso-germano. En un intercambio oficial de mensajes de bienvenida con el Consistorio Evangélico de Polonia, la Iglesia protestante de la Antigua Unión Prusiana recibió a aquellos correligionarios que regresaban al redil nacional reconociendo que «Los sucesos de estas semanas legitiman la lucha de veinte años que ha llevado a cabo el Consistorio Evangélico de las ahora liberadas parroquias de Polonia y Prusia occidental». Lo que había sucedido durante la breve campaña militar y después estaba más que justificado. Como decía el texto de la *Gaceta* de las iglesias para los Festivales de las Cosechas del día de Acción de Gracias, «Le damos gracias [a Dios] por haber permitido que las antiguas tierras alemanas hayan vuelto a la Madre Patria y por que nuestros hermanos alemanes sean de nuevo libres [...] Le damos las gracias por haber puesto fin a décadas de injusticia con su clemencia y por el camino abierto a un nuevo orden de las naciones, a una paz honorable y justa».[55]

Polonia dejó pronto de ser un asunto candente en Alemania. A mediados de octubre de 1939, tan sólo dos semanas después de que Hitler hubiera pasado revista a sus tropas victoriosas en Varsovia y sólo una semana

después de que las campanas de las iglesias hubiesen cesado de repicar para celebrar la victoria, un informador clandestino de los exiliados socialdemócratas apenas conseguía encontrar a «nadie que hable todavía de la “victoria” sobre Polonia». Ahora que las disputas respecto a Polonia se habían resuelto con el desmembramiento del país, renacía la esperanza de que se pudieran restaurar las relaciones pacíficas con las potencias occidentales.[56]

El 6 de octubre, Hitler se dirigió al Reichstag. El corresponsal de la emisora de radio estadounidense CBS en Berlín, William Shirer, observó que era «un precioso día de otoño, frío y soleado, que parecía contribuir a los buenos sentimientos de todo el mundo». Subrayando sus intenciones pacíficas, Hitler insistió de nuevo en que no tenía ninguna reclamación territorial sobre Gran Bretaña y Francia, y una vez más ofreció hacer la paz con las potencias occidentales. Incluso propuso crear un nuevo Estado polaco con los restos del antiguo. Como de costumbre, Hitler culpaba a «un cierto capitalismo y periodismo judío internacional» del deseo de hacer estallar una guerra, confiando en el buen sentido de los británicos para evitar la muerte y la destrucción que se producirían si elegían seguir adelante con el conflicto. En cualquier caso, insistió, Alemania nunca se rendiría: «Jamás se repetirá en la historia de Alemania otro noviembre de 1918».[57]

Sentado con el resto de la prensa en la tribuna de la antigua ópera, Shirer tenía una sensación de *déjà vu*. Escribió que las palabras de Hitler

> son casi idénticas a las que le he oído pronunciar en la misma tribuna tras cada una de sus conquistas desde la marcha a la cuenca del Rin de 1936 [...] Y aunque es al menos la quinta vez que las repite, exactamente las mismas y exactamente igual de sinceras, la mayor parte de los alemanes con los que he hablado desde entonces se muestran horrorizados si les sugieres que tal vez el mundo exterior no llegue a creérselas más de lo que ya ha aprendido, con su amarga experiencia, a creer en las anteriores.

Sin embargo, la prensa alemana les sacó el máximo partido a esas palabras. Los llamativos titulares del diario del Partido, el *Völkischer Beobachter*, vociferaban: «ALEMANIA DESEA LA PAZ – NINGUNA PRETENSIÓN

DE GUERRA CONTRA FRANCIA E INGLATERRA — NO MÁS RECLAMACIONES TERRITORIALES SALVO PARA LAS COLONIAS — REDUCCIÓN DEL ARMAMENTO — COOPERACIÓN CON TODAS LAS NACIONES DE EUROPA — PROPUESTA DE CONFERENCIA». Tal vez, observaba Shirer desalentado, «Si los nazis fuesen sinceros, deberían haber utilizado este dulce lenguaje antes de lanzar el "contraataque"».[58]

El lunes 9 de octubre, las tropas que regresaban hacia Viena desde Polonia fueron recibidas con las noticias de que el Gobierno británico se había rendido y que la guerra se había acabado. A la mañana siguiente, civiles entusiasmados les gritaban esa maravillosa noticia a los trenes de transporte de tropas que pasaban por las afueras de Berlín: «¡Podéis iros a casa, la guerra ha terminado!». A medida que el rumor se difundía por la capital, la gente se echaba a las calles y las plazas para celebrarlo. Los estudiantes salían corriendo de las bibliotecas e improvisaban mítines. En el mercado de granjeros semanal del barrio berlinés de Prenzlauer Berg, los nuevos clientes se negaban a añadir sus nombres a las listas oficiales de racionamiento, convencidos de que pronto cesaría. En la Bolsa de valores, las noticias elevaron el precio de los bonos del Gobierno. El rumor se extendió por toda la nación, siendo reconfirmado por los funcionarios a través del teléfono y el telégrafo, a lo largo de la línea Bratislava (Presburgo), Reichenberg, Rumburg, Idar-Oberstein, Baden-Baden y Graz, hasta las 10.30 de la noche del 10 de octubre. Era tan grande el deseo de paz por parte del pueblo, que hubo que hacer un comunicado por la radio para terminar con la especulación.[59]

En realidad, Gran Bretaña y Francia habían rechazado inmediatamente la «oferta de paz» alemana, dando pie a que los niños alemanes cantaran una nueva cantinela por las calles con la melodía del villancico navideño *O Tannenbaum, O Tannenbaum:* «Oh, Chamberlain, oh, Chamberlain, ¿qué va a ser de ti?». Una parodia del Padrenuestro también se extendió por el país, dando voz al sentimiento nacional de frustración y desencanto: «Padre Chamberlain que estás en Londres / Que tu nombre sea maldito, / Que tu reino se desvanezca». El principal logro de la iniciativa de Hitler fue que consiguió mantener la ficción de hablar de paz mientras hacía avanzar cada

vez más al pueblo alemán por el camino de la guerra. Sin embargo, los rumores de armisticio revelaron, según el SD, «lo fuerte que es el *deseo de paz* del pueblo». Los adivinos y los echadores de suerte seguían haciendo un buen negocio. En Baviera, se decía que la popular mujer estigmatizada Therese Neumann, de Konnersreuth, había profetizado un rápido final de la guerra.[60]

A pesar de la victoria sobre Polonia, la guerra de verdad aún no había empezado. Al hacer recaer toda la responsabilidad sobre los británicos, el régimen nazi le estaba recordando a la población que se enfrentaban a un duro oponente. Para colmo, el Ejército francés era más extenso y estaba mejor equipado que las fuerzas alemanas, y la antigua línea de fortificaciones francesas del sur se había convertido en los últimos años en la formidable Línea Maginot. Nadie podía imaginar cómo iba a ser capaz Alemania de derrotar a Francia y Gran Bretaña, y el fracaso de las negociaciones diplomáticas a finales de agosto y de nuevo a principios de octubre hizo aún más profundo el sentimiento de pesadumbre en todo el país. Convencido de que no estarían preparados para lanzar una ofensiva en el oeste antes de que transcurriesen al menos dos años, el 17 de septiembre, el Alto Mando del Ejército alemán hizo pública una directiva ordenando prepararse para una guerra defensiva y estática. Cuando Hitler revocó abruptamente esa orden diez días después, diciéndoles a sus generales en un encuentro cara a cara que Alemania iba a lanzar una ofensiva aquel mismo otoño, incluso el más que leal general nazi Walther von Reichenau consideró los planes de su líder como «simple y llanamente criminales». Hermann Göring, que era el segundo hombre más poderoso del Reich, redobló sus esfuerzos para encontrar una solución diplomática al mismo tiempo que dirigía la campaña de bombardeos de la Luftwaffe sobre las ciudades polacas. Confrontado a aquellos propósitos tan concretos, el jefe del Estado Mayor del Alto Mando, Franz Halder, poco podía hacer, salvo desarrollarlos en lo que él mismo describió más tarde como un «refrito sin ninguna imaginación del Plan Schlieffen» de 1914.[61] [N4]

En una atmósfera de desesperación, el jefe de la contrainteligencia militar *(Abwehr),* almirante Canaris, y su asistente Hans Oper, volvieron a

poner en marcha su complot para destituir a Hitler.[N5] En su búsqueda de un hombre de paja militar, intentaron reclutar a Halder y sondearon a los mandos de los tres grupos de ejércitos del frente occidental, Gerd von Rundstedt, Fedor von Bock y Ritter von Leeb. Ninguno creía que los planes de ataque a través de Bélgica pudiesen funcionar; pero ninguno veía tampoco más alternativa que permanecer en sus puestos y cumplir con su deber. Mientras Canaris y Oster siguieron buscando a un general que estuviese deseando jugar a la política, Hitler mantenía su control sobre los militares a través del jefe del Alto Mando del Ejército –general Wilhelm Keitel–, del departamento de Operaciones de la Wehrmacht –dirigido por Alfred Jodl y su adjunto Walter Warlimont– y del general Brauchitsch, comandante en jefe del Ejército. Sin embargo, todos tenían pocas ganas de lanzar el ataque que estaba a punto de empezar. Para alivio de la mayor parte de los mandos, el 7 de noviembre la ofensiva alemana sobre Bélgica se pospuso a causa del mal tiempo. Fue el primero de veintinueve aplazamientos aquel invierno.

*

Las vísperas de Navidad eran el punto culminante de la temporada de teatro, y el 9 de diciembre de 1939, el director Gustaf Gründgens estrenó una nueva obra en el Teatro Estatal del Gendarmenmarkt. Con bellos decorados nocturnos, basados en pinturas y grabados de París durante la Revolución francesa, *La muerte de Dantón* era una magnífica producción. El nuevo equipo del teatro resolvió a toda prisa los veinticinco cambios de escenario, y mantuvo la tradición del teatro anterior a los nazis al lograr que el reparto, la iluminación, los decorados y el sonido se fundiesen en un conjunto unificado. El tema del terror revolucionario era tan subversivo, que la obra de Georg Büchner había tenido que esperar setenta y siete años hasta ser estrenada en Alemania en 1902. La mayor producción de la pieza hecha anteriormente en Berlín había sido dirigida por el ahora exiliado Max Reinhard en 1916. Gründgens figuraba junto a Heinrich George del Teatro Schiller y Heinz Hilpert del Teatro Alemán como uno de los brillantes

actores-directores que Goebbels y Göring habían contratado para dirigir los teatros de Berlín, dispuestos a que la capital del Reich eclipsara a Viena. A menudo se mostraban obstinados en su elección del repertorio o de las producciones, pero aunque Goebbels acosaba y reprendía a sus funcionarios para luego adularlos y suplicarles, al final siempre permitía que aquellos actores-directores dirigiesen de verdad sus teatros. El tema de la obra desafiaba la jactancia de Goebbels al afirmar en 1933 que, con la toma del poder por parte de los nazis, «el año 1789 ha sido suprimido de los registros de la historia». El periódico del Partido Nazi, *Der Angriff*, estaba tan atónito que se preguntaba si una obra tan imperfecta «merecía tanto esfuerzo».[62]

Gründgens evitó cualquier interpretación propagandística y dirigió a los dos protagonistas, Dantón y Robespierre, como figuras trágicas, el uno alzándose desde la pasividad melancólica hacia el clamor contra sus enemigos, el otro silenciosamente consumido por el fuego de las profundas convicciones que ardían dentro de él. Dantón, interpretado por Gustav Knuth, hizo que el teatro se viniera abajo con su discurso sobre el Tribunal Revolucionario, pasando de ser defensor a acusador a medida que profetizaba la dictadura, el terror y la guerra: «Queréis pan y os tiran cabezas». La producción impresionó al crítico del *Deutsche Allgemeine Zeitung,* Bruno Werner, sobre todo por su lírico control y por el sereno espacio que otorgaba a los papeles femeninos, como en la escena final, en la que Marianne Hoppe se lamentaba por la ejecución de su marido, Camille Desmoulins, balanceándose adelante y atrás en los escalones de madera de la guillotina, mientras cantaba:

> Querida cuna, que arrullaste a mi Camille en el sueño, mimándolo entre tus rosas,
> campana de la muerte, que le acompañaste cantando hasta la tumba con tu dulce lengua.
> Cientos de miles son
> los innumerables que bajo la hoja caen.[63]

Mientras la audiencia observaba el espectáculo de la guillotina y el inminente sacrificio de una generación entera al terror y a la guerra

revolucionaria, caía el telón final. Antes de que comenzasen las ovaciones en pie, se produjo un largo y estupefacto silencio.[64]

N1 El Tratado de Versalles concedió a Polonia un territorio a lo largo del Vístula que le permitía el acceso al mar Báltico, pero que separaba una parte de Prusia oriental del resto de Alemania, el llamado Corredor Polaco. La ciudad prusiana de Danzig, o Gdansk, se convirtió en una ciudad-Estado autónoma bajo protectorado polaco. *(N. de la T.)*

N2 La mayor parte de los llamados «alemanes étnicos» *(Volksdeustche)* de Polonia eran descendientes de antiguos colonos de la época medieval establecidos en la región. *(N. de la T.)*

N3 Autor de obras tan conocidas como *Opiniones de un payaso*, Böll (1917-1985) se convertiría en uno de los escritores más importantes de la posguerra alemana. Obtuvo el premio Nobel en 1972. *(N. de la T.)*

N4 Propuesto por el jefe del Estado Mayor del Segundo Reich, el conde Von Schlieffen, ese plan anterior a la Primera Guerra Mundial consistía básicamente en sacrificar el frente oriental para concentrar las tropas en la frontera francesa e invadir Francia. *(N. de la T.)*

N5 El almirante Wilhelm Canaris organizó diversas conspiraciones contra el Führer. Fue detenido y ahorcado tras el frustrado atentado del 20 de julio de 1944, conocido como Operación Walkiria. *(N. de la T.)*

2

Cerrando filas

En septiembre de 1939, August Töpperwien estaba impresionado por la «precisión de maquinaria» con la que el país se iba poniendo en pie de guerra. En realidad, muchas de las medidas que le maravillaban dependían en gran medida de la improvisación. Gretel, la esposa de Töpperwien, había ido a las tiendas de Solingen en busca de platos y cucharas para ayudar a alimentar a los evacuados del Sarre. Para despejar de civiles la región occidental fronteriza con Francia, se habían organizado trenes especiales para aquellos que no tenían transporte. En las estaciones eran recibidos por chicas y muchachos de la Liga de Jóvenes Alemanas (BDM) y de las Juventudes Hitlerianas, que les servían sopa en unas cantinas provisionales levantadas por la organización Bienestar Popular Nacionalsocialista y los instalaban en las mismas escuelas que habían servido como puntos de reunión militar. El éxito de la operación dependía pues del voluntariado.[1]

Los granjeros se pusieron en marcha hacia el este, alejándose del Sarre. Apilaron sus colchones en las carretas y, conduciendo sus caballos y su ganado, provocaron el caos en las carreteras y también un flujo espontáneo de solidaridad. En la localidad de Altenburschla, en Hesse, el padre de Ernst Guicking acogió en su granja a una madre con sus cuatro hijos. Como el propio Ernst estaba destinado en el frente del Sarre, su familia vio en este gesto una especie de intercambio: «Estamos contentos de hacer todo lo que podemos, con tal de que puedas volver pronto con nosotros. Que Dios lo permita». Pero su tolerancia, si no su patriotismo, tenía claros límites. Cuando la familia de evacuados volvió finalmente a su casa dos meses después, al anciano le pareció que aquel tiempo se había prolongado en

exceso: «A largo plazo, no hubiéramos podido tenerlos aquí. Piensa sólo en lo horribles que estaban las camas. No podíamos soportarlo, porque eran muy sucios».

Mientras los anfitriones acusaban a los evacuados de infestar los pueblos de piojos, la Iglesia católica se quejaba de que en la protestante Turingia no había lugares para que los habitantes católicos del Sarre celebrasen sus cultos. A principios de noviembre, la Policía de Seguridad estimaba que más del 80 % de los evacuados estaban tan descontentos con la acogida recibida que, o bien habían intentado arreglárselas por sí mismos, o bien se habían vuelto a sus casas.[2]

Comparada con los desplazamientos que todavía habrían de llegar, la evacuación del Sarre fue pequeña y, aunque no se olvidase del todo, al menos pronto fue superada por otras experiencias de guerra. Al mismo tiempo, la dinámica de aquel esfuerzo fue un anticipo de lo que sucedería después. Hubo un sincero incremento de la solidaridad patriótica, que ayudó a movilizar a muchos jóvenes voluntarios, como las muchachas de la BDM que visitaban de noche las estaciones de tren para ofrecer bebidas calientes, y que movió a muchas personas a abrir sus puertas a extranjeros embarrados e indigentes.

Ése era exactamente el tipo de patriotismo que los nazis habían intentado promover antes de la guerra a través de los «Domingos de Estofado», en los que profesionales de las clases medias y directivos comían de la misma olla que sus trabajadores. También lo habían hecho llevando a grupos de jóvenes a diferentes partes del Reich para superar los antagonismos y prejuicios regionales. Fortalecida por las referencias a la «comunidad nacional alemana» que se habían forjado en el crisol de la preguerra, esa solidaridad nacional espontánea era vista como una especie de prueba de la capacidad de la nación para enfrentarse a este nuevo reto mediante acciones resueltas y unitarias.[3]

Pero aquella prueba la sociedad alemana nunca llegó realmente a aprobarla. No es que faltasen el compromiso patriótico o la comprensión de la justicia de la causa alemana. El fallo estuvo en creer que unos pocos gestos rituales podían hacer que una sociedad moderna con desigualdades

notables y a menudo conflictiva podía convertirse en una acogedora «comunidad» premoderna, comunidad que, en realidad, sólo existía en el imaginario romántico de una desaparecida «edad de oro» previa a la industrialización. Cuanto más se prolongaba la guerra, más esfuerzo tenían que hacer el Estado central, el Partido y sus organizaciones de masas, las autoridades locales y las iglesias para contrarrestar la debilidad de la solidaridad nacional.

*

El régimen sabía que tanto la victoria militar como su propia supervivencia política dependían de que fuera capaz de alimentar adecuadamente a su población. Durante la Primera Guerra Mundial, la distribución de alimentos había sido un desastre, con una inflación descontrolada de los precios y un aún más desorbitante mercado negro que redujo a las clases trabajadoras urbanas a condiciones cercanas a la hambruna. El bloqueo por parte de la Marina Real británica, la crisis de provisiones y el «invierno de los nabos» de 1916-1917 habían pavimentado el camino hacia la revolución de noviembre de 1918. En la cuenca del Ruhr, en 1916, el crecimiento de los niños había disminuido de manera sustancial. En 1917 y 1918, el índice de mortalidad de los civiles que vivían en Berlín había superado al de los soldados reclutados en la misma ciudad; el porcentaje más alto era de muchachas adolescentes y mujeres jóvenes, afectadas por la tuberculosis que asoló los bloques de pisos sin calefacción en los que vivía la clase urbana trabajadora. Las autoridades decidieron que eso no volvería a suceder. Hitler, en particular, se sentía aprensivo respecto a las dificultades que el pueblo alemán sería capaz de soportar, y los informes del SD consideraban adecuadamente que el «ánimo de la población» se veía afectado por el suministro de alimentos más que por cualquier otra cosa.[4]

El racionamiento de alimentos comenzó el 27 de agosto de 1939, al día siguiente de la movilización de las fuerzas armadas. «El estómago ha estado molestándome un par de días, especialmente ahora que tenemos que ahorrar la comida», informó Irene Reitz renuentemente a su novio Ernst Guicking,

consciente de que los civiles no debían dar a los soldados motivos de preocupación. En las primeras semanas de la guerra, mientras observaba cómo los demás tenían dificultades para encontrar harina, azúcar y grasa, ella no se había sentido preocupada, limitando su esfuerzo a ir a una papelería a comprar «papel de seda de todos los colores. Ya sabes, para poder envolver bien los regalos en el futuro. ¿No fue una buena idea?». Pero a finales de septiembre, cuando uno de sus compañeros de trabajo en el vivero de flores en Giessen fue movilizado, todo cambió: él siempre le llevaba de su pueblo pan extra y salchichas para su almuerzo. «Lo echo mucho de menos, sobre todo sus bocadillos», admitía Irene.[5]

Temiendo que se produjera una excesiva demanda en las tiendas, la venta de ropa, calzado y ropa blanca fue prohibida, salvo para aquellos que poseían vales oficiales. Pero a medida que el público se amontonaba en las oficinas de racionamiento, cortas de personal, los burócratas no tenían manera de verificar si los peticionarios necesitaban de verdad los productos que solicitaban. Aunque tenían que firmar una declaración aceptando que sus casas fuesen inspeccionadas, es dudoso que eso desalentase a los civiles atrapados por el miedo a la escasez de bienes. «Quien tenga dos pares de zapatos no recibe vale para comprar otro par», informó Irene a Ernst. «Así que todo el mundo escribe que sólo tiene un par. A Dios gracias, yo aún no he tenido que ir. Fácilmente puedes tener que hacer una cola de dos horas.» Entretanto, informaba el SD, los comerciantes no sabían si debían pedir o no vales para los guantes, y si sólo para los guantes de piel o también para los de tela. Llevó dos meses ajustar el sistema e introducir unas tarjetas para comprar ropa que le concedían a la mayor parte de la gente cien puntos para el año siguiente, a contar desde el 1 de septiembre. Calcetines y medias suponían cinco puntos, por ejemplo, pero no se podían comprar más de cinco pares en un año. Los pijamas se llevaban veinte, y un abrigo o traje, sesenta puntos.[6]

La producción de calzado, que dependía de las importaciones para la mitad de la piel que utilizaba, entró en crisis enseguida; ni siquiera quedaba cuero para cambiar las suelas de los zapatos; a los clientes de todo el país se les avisaba de que tendrían que esperar seis u ocho semanas incluso para

poder ponerles suelas sintéticas. De todas maneras, los consumidores alemanes habían vivido en una verdadera economía de guerra desde seis años atrás. Ni siquiera la recuperación del pleno empleo había conseguido que los salarios reales alcanzasen de nuevo el nivel anterior al crash de 1929, y las familias sólo conseguían incrementar sus ingresos a costa de que un mayor número de sus miembros encontrase trabajo. El esfuerzo hecho en el rearme del país, que había supuesto un 20 % de la producción nacional, una cifra inaudita en tiempo de paz, había frenado la producción de ropa, mobiliario, coches y artículos del hogar. Las políticas económicas autárquicas, que se habían afanado en preservar las reservas de divisas extranjeras, habían restringido la importación de bienes como el café, que se había vuelto un auténtico lujo incluso antes de 1939. Para poder almacenar lana y reducir la importación de algodón, se usó como sustituto el tejido de rayón, especialmente en los abrigos de invierno, aunque tendía a menguar cuando se mojaba y tenía muy pocas propiedades aislantes.[7]

La guerra redujo el nivel de vida aún más, haciendo que el índice de consumo de los civiles descendiese un 11 % durante el primer año. La dieta nacional se volvió más monótona, girando en torno al pan, las patatas y las conservas. La cerveza se volvió aguada, las salchichas se hinchaban con otros ingredientes. Cuando los franceses se retiraron de la orilla del Rin en la zona de Kehl, que habían ocupado brevemente durante la campaña polaca, Ernst Guicking se dedicó a recoger los suministros que habían abandonado. Así pudo enviar un paquete de café a Irene y a su tía en Giessen. A ambas les encantó descansar un poco de la infusión sintética conocida coloquialmente como «café Horst Wessel» porque, al igual que en el himno sobre el mártir del Partido del mismo nombre, los granos de café «sólo lo acompañaban en espíritu».[8]

La escasez de comida era un problema mucho más serio. Alemania importaba el alimento para el ganado de Estados Unidos, pero esas importaciones habían sido interrumpidas por el bloqueo naval británico. El alto coste de los piensos obligó a sacrificar buena parte de las piaras de cerdos a comienzos del otoño. Muchos obreros de la industria alemana había complementado tradicionalmente sus ingresos manteniendo huertos y

criando conejos o incluso un cerdo, una práctica especialmente común entre los mineros del carbón. Muchos habitantes de ciudades de todas las clases sociales empezaron ahora a cultivar vegetales y a criar gallinas o conejos, pero la costumbre de criar cerdos cayó en buena medida en desuso, no sólo por el alto precio de su alimentación, sino también porque quienes se autoproveían no tenían derecho al racionamiento de carne. Había problemas para el transporte de leche, huevos y carne por falta de refrigeración, y Berlín sufrió muy pronto la escasez de leche. En el oeste de Alemania, el ganado estaba tan mermado que sólo se podía distribuir un 35 o 40 % de las cuotas de carne, mientras que hubo una abundancia temporal en el sur, donde un antiguo socialdemócrata se maravillaba de la habilidad de su carnicero para ofrecer «lonchas de tocino sin el sello del racionamiento».[9]

Al expedir las cartillas de racionamiento por periodos de cuatro semanas, el Ministerio de la Alimentación mantenía la máxima flexibilidad: si las provisiones se agotaban, las patatas podían ser fácilmente reemplazadas por pan o, con menos éxito, por arroz. Como los sellos de la comida no servían para el siguiente mes, no se podían acumular montañas de reclamaciones a posteriori. Por otra parte, esos horizontes a corto plazo y las fluctuaciones convirtieron rápidamente la comida en una obsesión, y la escasez, fuese real o imaginaria, empezó a tener una importancia muy por encima de su auténtica escala. Gente de todas las condiciones, como señalaba irónicamente un informador socialdemócrata, «habla mucho más de provisiones que de política. Todo el mundo está completamente absorto en el problema de cómo conseguir sus raciones. ¿Cómo puedo conseguir algo extra?». Los domingos, los trenes de cercanías iban llenos de personas –incluidos muchos adolescentes con el uniforme de las Juventudes Hitlerianas– que salían de las ciudades para buscar avituallamiento en el campo, igual que en la guerra anterior. De nuevo, el miedo generalizado a una inflación debida a la guerra arraigó tanto en Alemania, que la gente se apresuraba a cambiar su dinero por cualquier cosa con la que después se pudiese comerciar: objetos de lujo como pieles, porcelanas y muebles, que no estaban racionados, se vendían en grandes cantidades.[10]

En octubre de 1939, mucha gente creía que el país no sería capaz de aguantar tanto como en la última guerra «porque a estas alturas ya no hay nada para comer». Sólo los soldados, según creía todo el mundo, se alimentaban lo suficiente. El resentimiento contra el privilegiado estilo de vida de los oficiales nazis fue aireado en amargas parodias. En Colonia, el *gauleiter* Josef Grohé se convirtió en sujeto de numerosos chistes, y a principios de octubre, una imagen del *gauleiter*, con sus mejillas bien redondas, fue recortada de las páginas del periódico local y sujeta con tachuelas en la pizarra de una fábrica. Debajo, alguien garabateó:

> Un pueblo, un líder, una nación,
> todos iguales ante la ley.
> Grohé se mata espléndidamente de hambre.
> Todo un modelo para los camaradas nacionales.

Cuatro oficiales de la Gestapo investigaron el asunto, pero no pudieron encontrar al culpable. A principios de noviembre, algunos oficiales del Partido Nazi local tenían tanto miedo a ser llamados cobardes y gandules, que solicitaron servir en el frente.[11]

El descontento social alimentó la discrepancia entre las promesas y la realidad. El sistema de racionamiento intentaba equilibrar los méritos –medidos en el esfuerzo hecho en el trabajo– y la necesidad social a través del reparto de comida, lo cual condujo a una elaborada jerarquía de derechos. Aunque la división más rigurosa la marcaba la raza. Al comienzo de la guerra, en el Reich aún había registrados 185.000 judíos, quizá un 40 % de la población judía de 1933. Después del pogromo de noviembre de 1938, la mayor parte de los jóvenes había emigrado, dejando atrás una comunidad envejecida y progresivamente desposeída, concentrada fundamentalmente en las ciudades, sobre todo en Berlín y Fráncfort. A los judíos se les prohibió comprar ropa interior, zapatos y ropa, incluso para los niños en edad de crecer. Aunque al principio sus raciones de comida estaban estipuladas en el mismo nivel que las del resto de la población –un hecho que a los Klepper les resultó muy tranquilizador–, sus cartillas fueron marcadas con una «J» roja de «Judío», lo cual movilizó tanto a sus vecinos

como a los tenderos para exigir la imposición de una multitud de nuevas regulaciones que estipulaban dónde podían comprar y qué productos alimenticios tenían prohibido adquirir. Diversas autoridades locales impusieron además sus propios toques de queda para evitar que los judíos molestasen a los compradores alemanes. Por otra parte, a medida que muchos polacos, tanto prisioneros de guerra como civiles, eran llevados a trabajar en la industria alemana, sus derechos de racionamiento fueron también establecidos por debajo de los de sus compañeros alemanes.[12]

Incluso para los «camaradas arios nacionales», no existió una única asignación como la hubo en Gran Bretaña, un país obsesionado por el recuerdo de su injusto e incompetente racionamiento durante la Primera Guerra Mundial. En lugar de eso, Alemania comenzó estableciendo tres categorías básicas, que incluían a los «consumidores normales», los «trabajadores de labores duras» y los «trabajadores de labores muy duras». Había suplementos para los que hacían turnos o trabajaban de noche. También para los niños pequeños, los niños de entre seis y dieciocho años, las mujeres embarazadas y las que estaban criando a sus hijos, así como para los enfermos. En abril de 1945, las categorías habían llegado a ser dieciséis; en ciudades de más de 10.000 habitantes, incluso los perros tenían racionadas las vísceras, según una clasificación de su utilidad.

El sistema se basaba en investigaciones científicas sobre la nutrición. Un estudio de 1937 sobre 350 familias de trabajadores, había establecido como promedio un estándar de 2.750 calorías por persona y día. Investigaciones posteriores y ciertas presiones condujeron a algunas modificaciones. Desde Berlín se advirtió de que la escasez de proteínas y grasa podía provocar infertilidad en las adolescentes, minando de esa manera las políticas a favor de la natalidad del régimen. Las mujeres utilizaron esas políticas a su favor, advirtiendo de que las dificultades que tenían para alimentar a sus hijos conseguirían disuadirlas de seguir engendrando. El jefe de la organización Bienestar Popular Nacionalsocialista, Erich Hilgenfeldt, presionó con éxito a favor de la introducción de cuotas de «ayuda familiar» para que las familias más pobres pudiesen pagar las raciones de comida que les correspondían. Pero

esas «ayudas familiares» fueron muy modestas, pues en realidad pretendían contribuir a la supervivencia de los alemanes pobres sin perturbar el «orden natural» de la selección social por el mérito. Era un sistema de regulación estatal diseñado para enfrentarse a las dificultades sociales sin mostrarse demasiado socialista o igualitario.[13]

Inevitablemente, los alemanes se dieron cuenta enseguida de la injusticia del sistema. Con una asignación diaria de 4.200 calorías, los trabajadores de la industria que hacían «trabajos muy duros» eran los que más recibían. Exentos del servicio obligatorio en el Ejército por ser considerados «irreemplazables», eran trabajadores cualificados que la industria y las fábricas de armamento no querían perder. Las empresas podían contar con el apoyo del Frente Alemán del Trabajo y de los *gauleiter* locales, y no tuvieron dificultades para lograr que sus trabajadores fueran clasificados en el nivel más alto. Los empleados de oficinas, venta al por mayor y comercio, no tenían las mismas influencias que los del sector de la industria militar y en general recibían la cantidad de 2.400 calorías al día adjudicadas a los «consumidores normales», igual que a los profesionales de clase media. Los investigadores del Frente Alemán del Trabajo avisaron ya en septiembre de 1939 de que el racionamiento haría que subiese el consumo de una parte de la población y que bajase en la otra. Se produjo además un desplazamiento de recursos de los adultos de más edad a los jóvenes: comparando los datos de diciembre de 1937 con los de febrero de 1942, un estudio sobre 1.774 trabajadores adultos estableció que los trabajadores varones de entre cincuenta y cinco y sesenta años y las mujeres de entre sesenta y sesenta y cinco habían perdido peso, mientras que los hombres entre veinte y treinta y las mujeres entre veinticinco y treinta y cinco lo habían ganado. La prosperidad material de los jóvenes iba en paralelo a la pérdida de control social y familiar sobre ellos.[14]

Otro estudio llegó a la sorprendente conclusión de que la inmensa mayoría de los que estaban perdiendo peso entre los 6.500 obreros masculinos de la industria analizados formaban parte de los grupos que estaban clasificados como trabajadores de labores duras o muy duras, precisamente los grupos que recibían las mayores raciones. Por lo que

parecía, aquellos hombres compartían sus raciones suplementarias con sus familias. En un intento de revertir esa tendencia, se animó a los directores de las fábricas a instalar cantinas, para asegurarse de que sus trabajadores comían caliente al mediodía. Pero como las cantinas exigían sellos de comida que se podían guardar para las familias, la demanda fue baja. Sólo los «bocadillos especiales Hermann Göring», repartidos durante los turnos excepcionalmente largos, demostraron tener gran aceptación, porque como norma general estaban fuera de la cartilla de racionamiento. A finales de 1941, el Ministerio de Alimentación sospechaba que muchas minas entregaban falsos libros de registros de las horas de trabajo de los mineros para que consiguieran así mejores raciones.[15]

El 4 de septiembre de 1939, un draconiano Decreto de Economía de Guerra introdujo el trabajo obligatorio los domingos, congeló los salarios, rebajó las tarifas de las horas extra y aumentó los impuestos. Incluso antes de que la guerra estallara, las autoridades se habían tenido que enfrentar a una oleada de descontento de las clases trabajadoras por los prolongados horarios de trabajo: las exigencias de la industria armamentística había reducido los derechos de los trabajadores, dando lugar a una fuerza de trabajo obligada a trabajar cada vez más y sin descanso. Por otra parte, la producción de carbón había bajado, provocando en enero de 1939 cortes radicales en las provisiones para los ferrocarriles y para las calefacciones domésticas. Aunque la vigilancia nazi de las áreas de producción reprimía cualquier forma de acción colectiva, en el verano de 1939, la disciplina de los trabajadores en el corazón de la industria pesada del Ruhr era descrita como «catastrófica». Los trabajadores respondieron al nuevo decreto para los tiempos de guerra intensificando una especie de resistencia de bajo nivel que ya había demostrado ser efectiva antes de la guerra. Creció el absentismo, especialmente los lunes, así como las bajas por enfermedad y el rechazo a trabajar más horas de las establecidas. El SD presionó al régimen para que hiciera algunas concesiones, cosa que en efecto sucedió: se revocaron los recortes salariales y se restableció el pago de las horas extra y del trabajo en domingo.[16]

El invierno llegó rápidamente y con gran crudeza en noviembre de 1939, y el transporte ferroviario se colapsó enseguida. Agobiados por tener que apoyar la campaña en Polonia y la evacuación del Sarre y al mismo tiempo soportar la economía de guerra, los ferrocarriles alemanes no lograban que se extrajera el suficiente carbón de las minas del Ruhr. Ese mismo mes, el Sindicato del Carbón del Rin y de Westfalia fue obligado a inmovilizar 1,2 millones de toneladas de carbón. La escasez de carbón posterior fue tan seria, que incluso en poblaciones cercanas al Ruhr las empresas tuvieron que acortar el horario de trabajo o adelantar las vacaciones de Navidad. En toda Alemania, la gente se vio obligada a ponerse la ropa de calle dentro de casa. Las escuelas –que acababan de abrir tras haber servido como puntos de reunión militar, haber albergado a los refugiados y haber almacenado las cosechas– fueron cerradas de nuevo porque no era posible calentarlas. En algunas ciudades hubo multitudes que se agolparon ante los almacenes de carbón y la policía tuvo que impedir que los camiones de reparto fuesen asaltados. Para colmo, cuando los ríos navegables se helaron a principios de enero, las barcazas de carbón no conseguían llegar a Berlín. Con unas temperaturas que habían caído hasta los 15.º C bajo cero, el periodista estadounidense William Shirer se sentía conmovido al ver a «la gente llevando un saco de carbón a casa en un carrito de niño o sobre sus propios hombros [...]. Todo el mundo se queja. No hay nada como el frío continuo para bajar la moral».[17]

A medida que la crisis se intensificaba, algunos altos funcionarios locales comenzaron a saquear los trenes de carbón que cruzaban sus áreas para entregárselo a sus poblaciones. El alcalde de Glogau, por ejemplo, autorizó la descarga de vagones cuyos «ejes estén sobrecalentados». Furioso ante semejantes muestras de egoísmo, el jefe del Partido Nazi, Rudolf Hess, recordó a los funcionarios del Partido que el sistema de racionamiento dependía en su totalidad de que todo el país soportase las mismas cargas por igual. Y en líneas generales, así fue. En buena medida, gracias a que las medidas de control estatal de los precios y de la distribución, implantadas antes de la guerra, eran mucho más intensas que durante la guerra anterior. En los años siguientes, el racionamiento y, sobre

todo, la distribución de alimentos, fueron criticados habitualmente por estar demasiado centralizados y ser inflexibles e insensibles a las circunstancias locales, por no hablar de las tradiciones culinarias. Pero, a pesar de las crisis, los particularismos locales no afectaron al sistema de racionamiento, al menos no hasta comienzos de 1945.[18]

Los siguientes inviernos conllevaron nuevos periodos de escasez de carbón y «vacaciones del carbón» para los escolares, pero, a medida que las expectativas de la población se iban ajustando, dejaron de tener la misma importancia. La primera crisis del carbón durante la guerra había vuelto a despertar recuerdos de la guerra anterior y resentimientos comunes a toda la sociedad, enfrentando tanto a las autoridades estatales como a la población al temor a que la historia se repitiese. En los antiguos feudos del movimiento obrero alemán, en ciudades como Dortmund, Düsseldorf, Dresde, Bielefeld y Plauen, volvieron a aparecer eslóganes comunistas del tipo de «Frente Rojo» o «Abajo Hitler». En algunos centros de trabajo y en muchos buzones aparecieron panfletos marxistas, algunos de ellos de orientación trotskista, después del pacto con Stalin. Hubo informes de que en Viena y en Linz se había vuelto a ver propaganda a favor de la independencia de Austria y la restauración de los Habsburgo. Pero no fue ni en Alemania ni en Austria donde el descontento político saltó a las calles. Fue en Praga, donde se celebró una gran manifestación delante del cuartel general de la Gestapo el 28 de octubre de 1939. En otros lugares del «Protectorado del Reich» de Bohemia y Moravia hubo protestas silenciosas y vigilias de estudiantes e intelectuales. El régimen, decidido a imponer el orden entre sus súbditos no alemanes, les puso rápidamente fin.

Entre los «camaradas nacionales» alemanes y austriacos, en cambio, todo se limitó a cierto humor sarcástico y a grafitis que no llegaron a convertirse en actividad política de ningún tipo. Incluso los socialistas exiliados que habían esperado una revolución durante los seis años anteriores de la dictadura nazi tuvieron que admitir a finales de octubre de 1939 que la revuelta era improbable, concluyendo de este modo: «Sólo si arraiga la hambruna, erosionando los nervios y, sobre todo, si las potencias occidentales consiguen vencer en el frente occidental y ocupar amplias

zonas del territorio alemán, podría empezar a madurar el momento adecuado para una revolución».[19]

*

Preocupados por el precedente de la guerra anterior, la policía y las autoridades encargadas de la asistencia social estaban preparadas para una crisis de delincuencia juvenil. A principios de noviembre de 1939, el SD ya estaba convencido de que «claramente, el problema más difícil» para mantener la ley y el orden en Alemania era la aparición de «jóvenes descarriados». Jóvenes de ambos sexos reclamaban que se volviesen a abrir las salas de baile. En pueblos pequeños y en el campo, bebían y fumaban en exceso en las tabernas y jugaban a las cartas como en los tiempos de normalidad. En Colonia, «cada vez más mujeres jóvenes», según se informaba, se reunían en las estaciones de tren más importantes para abordar a los soldados «de una manera que no deja dudas sobre el objetivo final [...] De diez muchachas encontradas con hombres, ninguna de las cuales estaba registrada por las brigadas antivicio, cinco tenían enfermedades sexuales».[20]

Los primeros síntomas de «jóvenes descarriados» lo suficientemente creíbles como para atraer la atención de la policía, los consejos locales de juventud y los funcionarios de los servicios de asistencia social, fueron el absentismo escolar y la presencia de grupos merodeando por las calles. En el caso de las muchachas, su actitud automáticamente se equiparó a promiscuidad, prostitución y enfermedades sexuales; en el de los chicos, al robo y la inexorable caída en el mundo del crimen «habitual». No había nada exclusivamente nazi en aquellas ideas –profundamente duraderas y sexistas– sobre las adolescentes «prematuramente maduras» en lo sexual y los muchachos ladrones y jugadores. Las mismas categorías de comportamiento «descarriado» se utilizaron en Estados Unidos, Europa occidental y Australia desde finales del siglo XIX hasta la década de 1950, creando un amplio consenso respecto a la idea de que los niños «difíciles»

debían ser ingresados en instituciones para salvarlos y proteger a la sociedad de un círculo vicioso de depravación moral.[21]

A pesar de las restricciones del gasto social en los años de guerra, el número de niños y adolescentes enviados a reformatorios siguió creciendo. En 1941, alcanzó los 100.000, seguramente el máximo de su capacidad, obligando así a limitar el número de jóvenes que en adelante podían ser enviados a las instituciones «educativas». Quién sería dejado en paz y quién internado siguió siendo una lotería, aunque las mayores probabilidades en contra siempre las tenía la clientela tradicional de los funcionarios de la beneficencia, los hijos de los pobres urbanos. La mayor parte no había cometido ningún crimen; se les enviaba por motivos «preventivos», o simplemente porque se les veía como un peligro para la comunidad.[22]

El antiguo monasterio benedictino de Breitenau fue uno de los reformatorios más severos de Hesse. Situado en el ondulante paisaje del norte de Hesse, cerca de una revuelta del río Fulda, sus altos edificios barrocos, los tejados abruptamente inclinados y el cerrado patio interior eran por sí mismos imponentes y claustrofóbicos. Era allí donde se enviaba a los niños y adolescentes que se habían escapado de otras instituciones más abiertas. A su llegada, eran sometidos a una rutina similar a la de los prisioneros adultos y los residentes del hospicio con los que compartían el edificio, mendigos, desempleados y criminales que pasaban una temporada encerrados allí al final de su estancia en prisión para contribuir a «educarles» en la moralidad, la disciplina y el trabajo duro, antes de ser readmitidos en la «comunidad nacional». Tras quitarles sus ropas y posesiones, a los niños y adolescentes les ponían un simple uniforme de arpillera de color marrón agrisado. La jornada de trabajo era de al menos once o doce horas. Llegar tarde al trabajo, escaparse y otras infracciones eran castigadas de manera extraoficial con palizas o, aún peor, de manera oficial con un tiempo regulado de aislamiento en celdas de castigo o con la prolongación de la sentencia.[23]

Entre los confinados había varias muchachas que habían sido víctimas de abusos sexuales. Ronald, de catorce años, y su hermana de trece, Ingeborg, fueron enviados para recibir una «educación correctiva» cuando

se supo que Ronald y sus amigos habían obligado a Ingeborg a practicar sexo con ellos durante un periodo de dieciocho meses. «Ronald e Ingeborg», afirma la sentencia, «se muestran ya seriamente descarriados. El padre está en las fuerzas armadas, la madre tiene que trabajar. No es por lo tanto posible combatir la depravación de los niños en su propio hogar y debe pues procederse a su educación correccional.»[24]

Anni N., de quince años, fue enviada a Breitenau tras haber dado a luz un hijo ilegítimo en julio de 1940. Le confesó a la trabajadora social local que su padrastro se había metido en su cama en medio de la noche y la había forzado mientras la madre dormía en la misma habitación. Los oficiales de policía que llevaron su caso no la creyeron, y los Servicios Sociales Juveniles concluyeron que «no dura en ningún empleo, miente y lleva una vida disoluta».[25]

El caso de Anni era muy típico: había que sacarla de la escuela y de las calles. No se trataba de ayudar a las víctimas de abusos sexuales sino, más bien, de evitar que quienes se les parecían se dejasen llevar por la misma espiral «degenerativa». Pero esas normas nazis aplicaban un sistema de ideas preexistente: los conservadores religiosos y los reformadores liberales, los juristas y los psicólogos, todos tendían a no aceptar el testimonio de los niños en los casos de abusos sexuales, convirtiendo al niño «mentiroso» en el problema.

En febrero de 1942, el director de Breitenau informó a los Servicios Sociales Juveniles de Apolda en contra de buscarle a Anni N. un empleo demasiado pronto: «Normalmente, con este tipo de muchachas es necesario un periodo de al menos un año para que tengan miedo de volver a ser enviadas aquí, pues sólo ese [miedo] puede convertirlas en miembros útiles de la comunidad nacional». El 1 de junio de 1942, Anni murió de tuberculosis. No fue la única. Waltraud Pfeil murió un mes después de haber sido enviada de nuevo a Breitenau tras haber intentado escaparse a Kassel en el verano de 1942. Pocos meses después, Ruth Felsmann murió, no sin antes haber permanecido dos semanas confinada en aislamiento. En agosto de 1944, el hospital de Melsungen observó que el peso de Lieselotte Schmitz había pasado de 62 a 38 kilos. Igual que Anni, había contraído la

tuberculosis en Breitenau y murió poco después. El hecho de que aquellas muchachas muriesen como resultado del trato que recibían allí demuestra una erosión de la vigilancia institucional de las medidas disciplinarias típica del Estado nazi. El Gobierno alemán se preocupaba por el efecto corrosivo que la escasez de alimentos podía tener en la moral de los civiles alemanes, pero la guerra puso fin a cualquier empeño efectivo de seguir proporcionando comida suficiente a aquellos chicos que habían sido expulsados de la «comunidad nacional» y metidos en instituciones cerradas.[26]

La salida de los correccionales se producía lentamente, a través de puestos de trabajo que servían como prueba, generalmente en granjas periféricas. Era una reeducación en los valores del trabajo duro, el comportamiento estable y la obediencia. Ante cualquier disputa, los granjeros y sus mujeres debían recordar a los niños y adolescentes su pasado en el reformatorio y amenazarles con volver a encerrarlos. Los romances de las muchachas con soldados suponían de inmediato la realización de pruebas de enfermedades venéreas; a los chicos que un domingo por la tarde se olvidaban de ir a dar de comer a las vacas se les amenazaba con ser acusados de sabotaje al esfuerzo común en tiempos de guerra. El estigma del reformatorio pendía sobre ellos. Después de haber sido ingresada a los doce años, Lieselotte S. intentaba justificarse seis años después ante una madre a la que apenas conocía:

> Cuando me separaron de ti era una niña, y ahora ya he crecido y no sabes la persona que soy [...] Olvida todo lo que te hice. Quiero reconciliarme contigo. Te prometo por la presente que dejaré de ser tan poco cariñosa contigo.[27]

Aislada y temerosa, con razón, de que la sociedad estuviese de parte de los expertos y los funcionarios, Lieselotte no estaba segura de si su propia familia la despreciaría, igual que hacía el resto de la sociedad. Para las muchachas como ella, el camino de vuelta a la «comunidad nacional» dependía de la diligencia y la perseverancia y de no traspasar ninguna línea. Era también un recuerdo para otros de que la pertenencia tenía que ganarse.

*

En toda Alemania, los niños percibieron que, de pronto, gozaban de más libertad, mientras que a los adolescentes se les pedía que se responsabilizasen más de sus hermanos pequeños. A medida que los hombres iban siendo llamados a filas, las mujeres se convertían en cabezas de familias monoparentales, y tenían que pelearse con los erráticos horarios escolares, las colas para conseguir productos escasos o para ser atendidas en las oficinas municipales. En la mayor parte de las familias, las mujeres también se enfrentaban a una creciente necesidad económica de trabajar. Ellas se encargaron de los negocios familiares y regresaron a las aulas para reemplazar a los maestros en edad militar. Las mujeres de las clases trabajadoras fueron empleadas en las fábricas de armamento y, de esa manera, la mano de obra terminó por escasear en sectores tradicionales –y mal pagados– de empleo femenino, como la agricultura y el servicio doméstico.[28]

Los padres ausentes empezaban a darse cuenta de que su papel como todopoderosos cabezas de familia iba disminuyendo. Dos semanas después de la invasión de Polonia, el ebanista de Turingia Fritz Probst exhortaba a su hijo adolescente, Karl-Heinz: «Cumple tú también con tu deber como debe hacerlo todo muchacho alemán. Trabaja y ayuda en donde puedas, y no pienses sólo en jugar. Piensa en nuestros soldados frente al enemigo [...]. Así tú también podrás decir después: “Yo contribuí a salvar nuestra Alemania actual de la destrucción”».[29] Como otros muchos padres, Probst sabía que ya no tenía el control directo sobre su hijo mayor, y ese conflicto latente con Karl-Heinz salió pronto a la luz. Tres meses después del inicio de la guerra, Probst le reprendía:

> ¡Karl-Heinz! Deberías sentirte avergonzado de ser tan grosero con tu madre en un momento como éste. ¿No te expliqué una vez, creo que fue hace justo un año, antes de Navidad, mientras mamá hacía las compras, cómo debes tratar a tu madre? Espero que no lo hayas olvidado. Y me diste tu palabra de honor de que siempre te portarías bien. ¿Has faltado a tu palabra? Haz el favor de contestarme *pronto*.[30]

Probst avisaba a su mujer de que «una educación estricta es buena para formar el carácter».[31] Ebanista autónomo, se había incorporado a un cuerpo de ingenieros especializado en construir puentes en el frente occidental. El 19 de septiembre, había escrito a casa con cierto orgullo: acababan de completar su primer puente de 415 metros de largo y diez de ancho. No sabía ni cuándo ni cómo lo usarían.

Para la mayor parte de los alemanes, la guerra seguía siendo algo lejano. La campaña de Polonia había sido reemplazada por varios meses de inacción en el oeste. La campaña de los submarinos alemanes –los U-Boot– contra el bloqueo de la Marina Real británica era la única acción digna de mención. En 1914, un público hambriento de noticias asaltaba los quioscos para comprar las ediciones especiales. En septiembre de 1939 se produjo el momento álgido de demanda de aparatos de radio, con unas ventas que habían subido un 75 % respecto al año anterior, hasta completar un número total de propietarios de aparatos privados de radio de 13.435.301. Oír las noticias era más importante que nunca, aunque la falta de acción hacía que la gente se preguntase preocupada si el Gobierno no se estaría guardando las malas noticias, especialmente la pérdida de tripulaciones de aviones y submarinos. Según el SD, la escasa información llevaba a la gente a quejarse y afirmar que estaban «políticamente maduros como para enfrentarse a los acontecimientos y sucesos negativos».[32]

El programa de radio dominical *La voz del frente* exhortaba a los civiles a ser merecedores del sacrificio de los hombres que los defendían. «La nación debe unirse en la lucha y formar una comunidad de destino, ligada en la vida y en la muerte [...] Mira a ese soldado, mira cuán firmemente sujeta su rifle, cuán firmemente mira más allá de la trinchera [...] Ésa debería ser la actitud de todos los hombres y todas las mujeres que están en casa.» El contrapunto a esas imágenes tan idealizadas de los alemanes en guerra eran la mentira y la inmoralidad, la injusticia y la crueldad de los enemigos de Alemania, dirigidos por judíos ansiosos de guerra –en Inglaterra, el secretario de Estado de la Guerra, Leslie Hore-Belisha, en Francia Léon Blum y Georges Mandel– que colocaban su belicosidad judía por encima de los pacíficos intereses de sus naciones. Tal y como los

lúcidos exiliados que vigilaban para la BBC las emisiones diarias de la radio alemana dijeron: «La guerra total se está convirtiendo en una batalla entre la absoluta moralidad y la absoluta inmoralidad. El resultado es que la radio alemana es uno de los medios de comunicación más moralistas del mundo». Insistiendo en el sacrificio imprescindible en el frente doméstico y educando al pueblo alemán en el odio, en los primeros meses de la guerra, la radio alemana generó los temas que conformarían su cobertura durante los agotadores años venideros.[33]

El contrapunto emocional a aquella programación tan exigente moralmente era el entretenimiento ligero. Una de las primeras exigencias de Goebbels a los ejecutivos de la radio alemana, ya en 1933, había sido: «La primera regla es: no aburrir nunca. Priorizo esto por encima de *todo* lo demás. Hagáis lo que hagáis, no transmitáis tedio, no os centréis de manera evidente en lo que se debe hacer, no penséis que se sirve mejor al Gobierno nacional interpretando cada noche estruendosas marchas militares». Dado que el peligro real al que tenía que hacer frente una dictadura moderna era perder rápidamente el contacto con las «sensibilidades modernas», el director de programación de la radio, Eugen Hadamovsky, rompió con el elitismo cultural de Weimar para preparar el camino hacia una propuesta populista más ligera. En marzo de 1936, la música clásica dejó de sonar en el horario privilegiado de ocho a diez de la noche, a favor de una programación variada de conciertos ligeros, espectáculos de variedades y música de baile. Una encuesta realizada en 1939 sobre las preferencias de los oyentes demostraba que el nuevo formato de *variétés* funcionaba en los diferentes sectores de la sociedad alemana; incluso los profesionales y los intelectuales preferían esa programación popular a los conciertos de música clásica.[34]

El 1 de octubre de 1939 comenzaba un nuevo programa de radio en horario de máxima audiencia, *Peticiones musicales para la Wehrmacht*, que se convirtió rápidamente en *el* programa. En la primera emisión, el actor Gustaf Gründgens prometió a los soldados alemanes que podrían sentir «la lealtad de la patria» a través del espacio y el tiempo. La emisión fue igual de efectiva en el frente doméstico. Como le anunció con entusiasmo Irene

Reitz a Ernst Guicking, «Cada vez que se anuncia una petición musical, allí estoy yo, por supuesto [...] Creo que no me he perdido ninguna. Me siento muy cerca del altavoz, como si quisiera colarme dentro de él [...] Ya estoy deseando que llegue la próxima. Pero igual tarda un poco más, porque nuestra querida radio tiene montañas de cartas para contestar».[35]

Así era: para la segunda emisión llegaron 23.117 peticiones, y las sacas de correos empezaron a ser tan grandes que no se podía contar el número de cartas. Presentado por Heinz Goedecke –que como otras muchas personalidades populares de la radio se había hecho famoso como comentarista deportivo–, el programa combinaba música ligera y peticiones personales con dedicatorias, usando un formato en el que se mezclaban marchas y *Schlager* populares, baladas de amor, oberturas clásicas, arias de ópera y canciones de cuna, lecturas breves y poemas, todo interpretado ante una audiencia presente en el estudio. La emisión comenzaba con una fanfarria de clarines y trompetas y la marcha favorita de Hitler, la *Badenweiler;* se cerraba con una lista de los participantes del día, todos los cuales actuaban gratis. A lo largo de los años, Goebbels convenció y amenazó a muchas grandes estrellas del teatro y el cine para que colaborasen, incluyendo a Hans Albers, Willy Birgel, Zarah Leander, Gustav Gründgens, Werner Krauss, Katharina Söderbaum, Jenny Jugo, Hans Söhnker, Grethe Weiser, Paul Hörbiger, Willy Fritsch, Heinz Rühmann y Marika Rökk. Las *Peticiones musicales* dispusieron pronto de tres horas los miércoles por la noche, además de su espacio original de los domingos.[36] Las dedicatorias unían a parejas separadas por la guerra en un momento compartido de intimidad pública. Irene Reitz intentaba explicarle a Ernst Guicking las emociones que la atravesaban mientras oía la emisión:

> Mis ojos se llenan de lágrimas. Sobre todo cuando las *Peticiones musicales* empiezan y escuchas [en la carta que se lee] que papá va a volver, que va a volver pronto, muy pronto [...]. Y por cada tarjeta que mandas tienes que donar dos marcos al Fondo para el Alivio Invernal. ¿Quién no los daría con alegría en este momento? Nunca había hecho tantos sacrificios como ahora. Por fin sabes de verdad para qué estás dando el dinero.[37]

El 29 de octubre de 1939, Irene Reitz encontró un momento durante la emisión para escribirle rápidamente a Ernst y decirle que estaba oyéndolo y seguía esperando escuchar una dedicatoria suya. Tenía una razón particular para sentirse especialmente cercana a él. Aquel domingo les había dicho por fin a sus padres que ella y Ernst querían comprometerse. Todo había ido mucho mejor de lo que ella esperaba: «Mis padres ya habían pensado en ello mucho antes que nosotros. Ahora podría abofetearme a mí misma», le contó, por las semanas que había pasado de dolores de estómago, aplazamientos de la noticia y enérgicas cartas de Ernst urgiéndola a actuar. «¿Por qué no hablé antes? ¿Por qué sentía esa maldita inhibición? Esos días podrían haber sido mucho mejores.» Irene y Ernst querían comprometerse durante las vacaciones de Navidad. Sin duda era la época en que él tenía más posibilidades de conseguir un permiso, aunque la guerra aún no hubiese terminado. Ernst siguió presionando y la fiesta de compromiso se convirtió pronto en la propia boda. La madre de Irene les recordó a ambos que ella y el padre de Irene se habían casado durante la Primera Guerra Mundial, y les aconsejó que esperasen y que no tuvieran niños hasta que las dificultades de la guerra hubiesen pasado. Sabía de qué estaba hablando: igual que Ernst, Irene había nacido en plena guerra.[38]

La única objeción a los planes de la pareja para celebrar una moderna boda civil en la oficina del registro la hizo la hermana de Ernst, Anna, que le escribió una amable queja a Irene señalando que la boda por la iglesia era «la norma para nosotros en el pueblo». Pero incluso perteneciendo a una familia de granjeros de la protestante Altenburschla, con sus sólidas casas blancas y negras, hechas en parte de madera, finalmente aceptaba que «cada uno debe hacer lo que quiera». En lugar de conformarse con los nuevos anillos de tiempos de guerra, hechos de acero inoxidable, Ernst encontró un joyero en el Sarre, donde estaba destacado, que fue capaz de proporcionarle un anillo de oro para Irene. Se casaron el sábado 23 de diciembre de 1939, justo antes de que todo se cerrase por Navidad. Dos semanas después, Ernst regresó a su unidad.[39]

Después de toda aquella agitación, los recién casados volvieron a instalarse en su rutina de cartas, compartiendo la preocupación de sus

padres, inquietos por lo mucho que tardaba en llegar el certificado de matrimonio: sin él no podían comenzar a planificar su futuro hogar, pues las autoridades municipales no les darían vales para la ropa blanca. Ambos deseaban un pronto final de la guerra y esperaban el próximo permiso de Ernst. Irene volvió a escuchar las *Peticiones musicales*.

Aquel mismo año, el arte imitaba al arte en el primer largometraje de gran éxito hecho durante la guerra. Titulado simplemente *Peticiones musicales*, incluía al protagonista del programa, Heinz Goedecke, quien se interpretaba a sí mismo, mientras su emisión servía para reunir a una pareja de enamorados que se había conocido en Berlín durante los Juegos Olímpicos de 1936 y había tenido que separarse poco después a causa de las obligaciones militares del héroe. Como piloto de las fuerzas aéreas, él tenía que partir en una misión secreta de la Legión Condor en la guerra civil española sin una palabra de adiós. A su regreso, descubría que su amada, Inge, se había mudado, y no podía localizarla. Finalmente, sirviendo ahora en la nueva guerra, enviaba un mensaje a *Peticiones musicales* pidiendo que tocasen para ella el himno olímpico. Al oírlo, Inge le escribía, pues su amor por él no había menguado pese al largo silencio, la separación o las insinuaciones de un nuevo pretendiente.[40]

Entre veinte y veinticinco millones de personas fueron a ver la película, el mayor éxito de taquilla del cine alemán hasta entonces. El programa de radio aún tenía más éxito. Más de la mitad del país lo seguía. Cuando el programa fue suspendido en mayo de 1941, después de setenta y cinco emisiones, se habían leído los nombres de 52.797 soldados y unidades, 9.297 soldados se habían enterado del nacimiento de sus hijos, y se habían recaudado 15.477.374,62 marcos para el Fondo de Alivio Invernal. Incluso el siempre pesimista SD estaba emocionado, reconociendo en abril de 1940 que el programa había «despertado en miles de personas el sentimiento de Comunidad Nacional».[41]

Ése era el imán que buscaban los nazis: un momento de unidad nacional en el que todo el egotismo individual se disolviese en el todopoderoso sentimiento nacional. Pero al centrarse en los lazos privados de las relaciones íntimas que las ondas exponían, tanto el programa de radio como

la película *Peticiones musicales* reconocían que las relaciones personales, el amor y la familia, eran fundamentales para la lealtad patriótica. Al movilizar los sentimientos amorosos, los nazis habían elegido la más poderosa y, al mismo tiempo, la más impredecible de las emociones humanas.[42]

A principios de octubre de 1939, Fritz Probst ya se había resignado a la idea de que la guerra sería larga. Aunque era un nazi convencido, el ebanista de Turingia no era militarista. Compartía la idea tan generalizada de que Alemania había sido forzada a ir a la guerra por las maquinaciones de las potencias occidentales. «Es mejor arreglar ahora las cosas de una vez por todas», le escribió a su esposa Hildegard; «así podremos confiar en que no tendremos que vernos envueltos otra vez en una guerra.»[43]

Ya no había espacio para la belicosa tradición de 1914 que elogiaba los beneficios de la guerra, tan masculinos y tan adecuados para formar el carácter, considerándolos virtudes positivas. Semejantes ideas todavía conformaban sin duda la visión privada que Hitler tenía de la guerra, pero ni siquiera él las sostenía en público, y aparecían escasamente expresadas en las cartas de los hombres de mediana edad en 1939, al menos de los que tenían familia. Por muy convencidos que estuvieran de la necesidad de la guerra, para ellos era simplemente tiempo perdido. «Por suerte llegará el momento, más pronto o más tarde, en que estaré de nuevo contigo», le escribía Probst a su esposa. «Entonces te sentirás recompensada por todo lo que estás teniendo que soportar, entonces será de nuevo primavera en nuestro feliz matrimonio.» Como otras muchas personas en 1939, Probst era dolorosamente consciente de que el fracaso de la generación anterior estaba afectando también a la nueva. Por encima de todo, encontraba apoyo en la firme decisión de que ese fracaso no volviera a repetirse y que el ciclo de la guerra no pasase a manos de la siguiente generación. Como escribió a su familia, «porque los sacrificios que hagamos nosotros ahora, nuestros hijos no tendrán que hacerlos cuando crezcan». El sentimiento de búsqueda de la paz familiar a través de todo aquello era palpable. En la misma carta en la que aquel hombre más bien reservado le confesaba a su mujer desde su frío alojamiento en el Sarre que sería «bueno poder estar contigo en una

cama caliente», también afirmaba: «Creo en Adolf Hitler y en la victoria del pueblo alemán».[44]

3

Medidas extremas

A las 6.10 de la mañana del 24 de octubre de 1939, Karl Kühnel fue conducido desde su celda en la prisión berlinesa de Plötzensee a una habitación grande y luminosa; allí lo ataron a una tabla y lo guillotinaron. «Cuando te llegue esta carta», le había escrito el día anterior a su esposa, «ya no seré un preso. Mi vida terrenal habrá acabado. Ya me despedí de ti hace tiempo [...] No desfallezcas, y no le guardes rencor a nadie. No sirve para nada. Tienes que forjar tu propia buena suerte.» Aquel carpintero de cuarenta y dos años de Erzgebirge ya había prestado servicio en la guerra anterior, sufriendo ante la idea de que su fusil pudiese «arrancar de sus hijos a un padre que no me había hecho ningún daño. Intenté», explicaba, «acallar mi conciencia con argumentos contrarios, y hasta cierto punto, gradualmente, lo conseguí». Había ofrecido esta explicación personal en una carta a su oficina municipal de reclutamiento el 1 de enero de 1937: «No me resulta posible actuar en contra de mi conciencia y por eso no me resulta posible coger un arma contra una persona y hacerle daño». Era una decisión de la que Kühnel no se retractaría.[1]

El 14 de diciembre de 1939, Josef Rimpl les escribió a su mujer y a sus hijos en la víspera de su ejecución, recordándoles que aunque no había nadie que no cometiera errores, «Yo puedo afirmar con buena conciencia que no soy un criminal, ni un asesino, ni un ladrón. Es mejor, si ésa es la voluntad de Dios, sufrir por el bien que por el mal». Rupert Sauseng, un obrero de cuarenta y tres años de Eisenach, rogaba que su esposa fuese capaz de «confiar en Él, el único que puede darnos consuelo y fuerza y clemencia, y que tú y [nuestros] hijos podáis soportar la prueba más dura

gracias a Su fortaleza». Karl Endstrasser le escribía a su esposa en Graz, pidiéndole que vendiese sus herramientas y citando la Primera Epístola a los Corintios: «pues hemos llegado a ser un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres». Igual que Kühnel, estos tres hombres fueron decapitados justo después de las seis al día siguiente. Todos eran testigos de Jehová y se habían negado a hacer ningún juramento a Hitler o a realizar el servicio militar.[2]

En cuanto se impuso de nuevo en 1935 el reclutamiento militar obligatorio en Alemania, la persecución esporádica de los testigos de Jehová se volvió cada vez más seria y sistemática. Algunos fueron detenidos e interrogados por llenar buzones de correos con panfletos antinazis. El SD estableció una oficina especial para ellos, como ya había hecho con los masones. En los campos de concentración, los testigos de Jehová eran tratados de manera distinta que otros prisioneros religiosos; se les separaba de los «políticos» y se les ponía una marca propia, un triángulo púrpura. Igualmente, al contrario de lo que ocurría con el resto de prisioneros de los campos, a muchos de ellos se les ofrecía la posibilidad de cambiar su destino: lo único que tenían que hacer era aceptar los papeles de reclutamiento e ingresar en la Wehrmacht.

August Dickmann fue el primer testigo de Jehová preso en el campo de concentración de Sachsenhausen que recibió los papeles de reclutamiento, remitidos por su esposa desde casa. Fue conducido al departamento político del campo y allí le dieron su pase militar para que lo firmase. Se negó, y fue golpeado y confinado en aislamiento mientras el comandante del campo le pedía a Himmler permiso para castigarlo de manera ejemplar. El 15 de septiembre de 1939, los 8.500 prisioneros de Sachsenhausen fueron retenidos después de haberles pasado lista para ver cómo el pelotón de fusilamiento cumplía su cometido. El golpe de efecto final fue dirigido por Rudolf Höss, el futuro comandante de Auschwitz. Como última medida ejemplar, cuatro testigos de Jehová fueron separados del resto de los prisioneros y se les ordenó que colocasen a Dickmann en el féretro, mientras se les advertía de que les esperaba lo mismo. El hermano de August Dickmann, Heinrich, fue obligado a clavar la tapa. Al día siguiente,

apareció en la prensa alemana un breve artículo anunciando la ejecución de Dickmann «por haberse negado a cumplir su deber como soldado». Dickmann, según se comunicaba, «era un testigo de Jehová; era un fanático seguidor de la secta internacional de los Estudiantes de la Biblia». Fue el primer objetor de conciencia ejecutado, y la sentencia fue publicitada, como a menudo se hacía en la Alemania nazi, con un objetivo ejemplarizante y educativo.[3]

Los casos de objeción de conciencia correspondían normalmente a la jurisdicción militar, pues se consideraba que era la expedición de los papeles de reclutamiento, y no su ratificación por el receptor, lo que marcaba el inicio del servicio militar. Era un delito tan grave y raro, que lo juzgaba la más alta corte militar, el Tribunal Militar del Reich en Berlín-Charlottenburg, cuyo presidente era el almirante Bastian. Desde que habían estallado motines militares en noviembre de 1918 en la base naval de Kiel, el cuerpo de oficiales de la Marina se había empeñado intensamente en restablecer sus credenciales como bastión de la contrarrevolución. Tal y como alardeaba un juez de la Marina, «Al decidir el castigo, tomo en cuenta si el acusado puede ser considerado o no un revolucionario. Quiero cerciorarme de que 1918 no se repetirá. Yo extermino a los revolucionarios». Los jueces militares consideraban el aumento de casos de deserción, el pacifismo y las enfermedades nerviosas como síntomas de una inevitable derrota. «Como es bien sabido, el origen del aumento de las deserciones en 1918 puede rastrearse hasta el momento en que nuestras cortes marciales empezaron a tratar a los soldados sin fuerza de voluntad y a aquellos cuyas capacidades estaban disminuidas de una manera incorrecta, a saber, con excesiva indulgencia», tal y como rezaba una sentencia del tribunal militar de la Wehrmacht.[4]

Los jueces militares se regían por las «Regulaciones penales especiales para el periodo de guerra» que entraron en vigor el mismo día de la movilización, el 26 de agosto de 1939. Redactadas por los legisladores en los primeros años del régimen, estipulaban la pena de muerte como el castigo habitual para quienes «desmoralizasen a las fuerzas armadas». Los legisladores se habían basado en el Artículo 48 del Código Penal Militar

anterior a la guerra, señalando especialmente a los «miembros de grupos sectarios y pacifistas». Los tribunales ya habían decidido a su debido tiempo que el deber de obedecer adquiría preferencia sobre «el deber de respetar la propia conciencia». Otros artículos se referían a la negativa a jurar lealtad personal al Führer exigida a los nuevos reclutas, y consideraban cualquier subsecuente dificultad para cumplir con el deber militar como «deserción». Algunos jueces incluso ofrecieron a los testigos de Jehová la oportunidad de cumplir el servicio militar sin entrar en combate, una oportunidad que la mayoría de ellos rechazó. A los que se retractaban se les suspendía la pena de prisión y perdían sus derechos civiles (pérdida que duraba mientras se prolongase la guerra), y eran enviados a un batallón de castigo, desplegados en la limpieza de minas y otros servicios peligrosos en el frente. Para presionar a los que se mostraban obstinados, se entregaba a sus hijos a las instituciones públicas y se decretaba la venta tanto de sus negocios familiares como de sus viviendas. En ciertos casos, se autorizaba a ciertos familiares que no eran testigos de Jehová a visitar la prisión de Plötzensee en Berlín y tratar de convencer al objetor. Los aplazamientos de las ejecuciones y las largas estancias en celdas próximas a la guillotina aumentaban la presión.[5]

La noche anterior a su ejecución en la prisión de Brandeburgo-Görden, Bernhard Grimm recibió la visita del capellán de la cárcel, el doctor Werner Jentsch. Más tarde, en el silencio de la noche, el muchacho de diecinueve años escribió una carta de despedida a su madre y su hermano, contándoles que «un pastor protestante me ha visitado y se ha referido al Antiguo Testamento como un libro de historia de los judíos, y a la exégesis de la Revelación como una historia muy peligrosa, y también dijo que el Día del Juicio ocurrirá en un futuro desconocido». Grimm había expresado previamente su disposición a servir como camillero o en otro destino fuera de los combates, pero el tribunal se lo había denegado. Tras superar esa última tentación teológica a retractarse, aseguró a sus jueces: «Mis queridos señores, sólo podemos sentirnos agradecidos de que todo haya llegado ya tan lejos [...] Después del débil terror inicial, que era esperable, tras haberle suplicado y haber confiado en Él, nuestro Padre celestial ha sujetado mi

mano con mayor firmeza». Cuando Jentsch volvió por la mañana para acompañar a Bernhard Grimm a la guillotina, se sintió muy impresionado por la determinación del joven.[6]

Durante el primer año de la guerra, fueron ejecutados 112 soldados, casi todos ellos por objeción de conciencia, siendo la mayor parte de ellos testigos de Jehová. Igual que otras sectas milenaristas anteriores, creían estar viviendo los «últimos días» y que el Juicio Final estaba cercano. Junto a ellos había un pequeño número de adventistas de la Reforma y de cristadelfianos, uno de los cuales, Albert Merz, fue ejecutado. Pero la presión para participar en la guerra era tan fuerte, que otras «iglesias de paz» como los cuáqueros y los adventistas del Séptimo Día negociaron con los militares destinos fuera de los combates para sus miembros, mientras los menonitas alemanes volvieron la espalda a su tradición anabaptista y anunciaron en 1936 que sus jóvenes estaban «entusiásticamente dispuestos» a cumplir con el servicio militar. Educados en los principios del nacionalismo religioso y el antisemitismo, muchos adventistas del Séptimo Día se les unieron en el frente. Al pequeño número de aquellos que estaban dispuestos a enfrentarse a la ejecución por sus ideas pacifistas se sumó un sacerdote católico austriaco, Franz Reinisch, el cual, a su vez, inspiró al granjero Franz Jägerstätter a rechazar el servicio militar; en el conjunto del Reich, sólo hubo un objetor de conciencia protestante, Hermann Stöhr. Parias en sus propias iglesias, ninguno de ellos recibió el apoyo de sus obispos. Werner Jentsch, el capellán de la prisión, miembro de los Cristianos Alemanes de fe protestante –el mismo que había acompañado a Grimm al cadalso–, escribió un breve tratado teológico estableciendo los argumentos que había utilizado para intentar convencer al joven de que se retractara. Los tribunales militares aceptaron distribuirlo para que fuese utilizado por otros capellanes que se veían en casos semejantes.[7]

Al considerar semejantes ejemplos de fe inquebrantable, los jueces militares se preguntaban si no estaban en realidad enfrentándose a auténticos locos. El eximente de responsabilidad disminuida era teóricamente posible, pues las propias autoridades consideraban que «la gente que rechaza el servicio militar por razones religiosas» eran iguales

que «los charlatanes de la paz y los enloquecidos entusiastas de la libertad», y los clasificaban como «peculiares psicópatas fuera de la realidad». La respuesta a esta duda judicial fue ofrecida, poco después de que volviesen a empezar los reclutamientos en 1935, por un estudio psiquiátrico de once testigos de Jehová realizado en la Universidad de Breslavia bajo la dirección del profesor Johannes Lange. El informe concluía que no se trataba de perturbados, sino de simples cobardes o individuos que querían llamar la atención, y que debían ser tratados de la misma manera que cualquier otra persona que se negase a cumplir con el servicio militar. En un congreso de 1936, los psiquiatras reconocieron al menos que una pequeña minoría estaba guiada por una «fe sincera» y que ansiaba el martirio.[8]

A finales de noviembre de 1939, el comandante en jefe de la Wehrmacht, Wilhelm Keitel, abordó el asunto personalmente con Hitler, que le confirmó que «si no es posible destruir la voluntad del hombre que se niega a cumplir el servicio militar, la sentencia capital debe ser ejecutada». No se podía permitir que las convicciones religiosas individuales triunfasen sobre el bien mayor de la comunidad nacional, a pesar de que dar publicidad a aquellos casos no parecía estar obteniendo el deseado efecto ejemplar. A finales de 1939, estaban empezando a parecer «propaganda para los adversarios», como advertía Friedrich Fromm, el comandante del Ejército de Reemplazo *(Ersatzheer)*. A principios de 1940, los testigos de Jehová hacían circular en secreto copias impresas de las cartas de despedida de los condenados para inspirar una mayor resistencia entre sus correligionarios. Keitel ordenó a las cortes militares que dejasen de hacer públicas las sentencias, a pesar de lo cual, otros 118 objetores de conciencia fueron ejecutados durante los siguientes cinco años.[9]

Los profesionales sanitarios expresaron también su entusiasmo en combatir la extendida «pérdida del valor», la «victoria» de los cobardes y los neuróticos en las fuerzas armadas y de las mujeres histéricas en el frente doméstico que, según creían, habían conducido a la derrota de 1918. En 1936, se añadió una sección de Psiquiatría Militar y Psicología a la Academia Médica Militar, y Otto Wuth fue nombrado psiquiatra jefe del Cuerpo Médico del Ejército. Los psiquiatras militares estaban decididos a

prevenir otra epidemia de «agitadores contra la guerra» negándose a considerar los casos de shock temporal tras una batalla como «neurosis». Y señalaban el saludable efecto que había tenido en 1926 la supresión de las pensiones militares a los soldados en baja por razones neuropsiquiátricas: «Los casos de neurosis de guerra con temblores, parálisis, mutismo, síndrome de Ganser y otros» habían desaparecido, supuestamente, «casi por completo».[10]

En septiembre de 1939, Friedrich Panse fue llamado a filas e inmediatamente asignado a la sección de Psiquiatría Militar en Ensen, en la orilla derecha del Rin. Tras prestar sus servicios el último año de la Primera Guerra Mundial, Panse estudió después Medicina y se especializó con el famoso psiquiatra y director del hospital Charité de Berlín, Karl Bonhoeffer. Panse obtuvo su título de médico, pero albergaba ambiciones académicas y, pendiente aún de hacer su tesis doctoral, decidió desarrollar su carrera a la sombra del Tercer Reich, uniéndose a las SS, al Partido y a una serie de asociaciones profesionales nazis. Él y su jefe de la Universidad de Bonn, Kurt Pohlisch, trabajaban con entusiasmo para los nuevos tribunales de Salud Hereditaria, estableciendo una base de datos pionera de las familias de aquellos a los que se designaba como «enfermos hereditarios». Ambos escribían informes expertos, evaluando casos de esterilización obligatoria, y enseñaban a otros colegas sobre el asunto. Otras autoridades como Karl Bonhoeffer también participaban, al menos lo suficiente para darle un sello de aprobación a los enérgicos esfuerzos de la generación más joven. Ansioso de reconocimiento, Panse todavía estaba esperando conseguir una cátedra cuando estalló la guerra.[11]

Durante el primer mes de la guerra, Wuth, Panse y sus colegas ayudaron a la Wehrmacht a distinguir entre aquellos «que no *pueden*» y aquellos «que no *quieren*» servir en el Ejército. Suponiendo que la campaña de Polonia provocaría un torrente de casos de «clásicas neurosis de guerra», similares a las de la guerra anterior, descubrieron que la campaña estaba produciendo problemas digestivos en lugar de temblores. No les interesaban las excusas que muchos oficiales daban al afirmar que era el «miedo» de los soldados alemanes el que había provocado las represalias masivas contra los civiles

polacos. Dos congresos profesionales en enero y febrero de 1940 pusieron de relieve sus enérgicos intentos para establecer una clara diferencia entre aquellos que padecían genuinas «perturbaciones psicosomáticas» y los que fingían «psicopatías», cuyo ingreso en los campos de concentración recomendaban. El Ejército respondió estableciendo tres unidades especiales para aquellos inadaptados. El objetivo, como explicó Otto Wuth, era «enseñarles a ser hombres». Los propios militares tendían a ser más empáticos con los «inadaptados» que los psiquiatras. Significativamente, fue el Alto Mando de la Wehrmacht el que decidió frenar a los neurólogos, negándose a autorizar tratamientos tan extremos como la terapia por electrochoque sin consentimiento de los pacientes, que había sido probada para casos de neurosis de guerra durante el conflicto anterior.[12]

*

Si alguna «psicosis» existía en aquel momento, era entre los militares y las élites civiles de Alemania. La ferocidad y rapidez de sus arremetidas en 1939 contra aquellos insignificantes y débiles grupos de pacifistas y «neuróticos de la guerra», expresa la desesperación que sentían no sólo por evitar repetir los errores de la guerra anterior, sino también por borrar de alguna manera aquella experiencia. Aquel exceso de violencia era prematuro, y el camino había sido preparado por intelectuales tanto nazis como no nazis. Ya en 1919, el joven teólogo y antes capellán militar Paul Althaus denunciaba el pacifismo y abogaba por la necesidad de los alemanes de demostrarse a sí mismos que eran merecedores de la gracia divina superando su derrota: «Un gran pueblo que no permanece resuelto y fuerte en defensa de sus derechos históricos [...], renuncia a esos derechos y simplemente se merece la paz violenta que le ha encadenado. Ésa es la dura pero saludable y varonil justicia de la historia». La propagación del miedo a que los alemanes se arriesgasen a ser abandonados por Dios, concedió un poder religioso a las interpretaciones nacionalistas más conservadoras y radicales que veían lo ocurrido en noviembre de 1918 como una «puñalada por la espalda». Otros luteranos habían defendido antes de él la idea de que

los alemanes habían reemplazado a los judíos como el «Pueblo Elegido», pero Althaus le dio relevancia contemporánea. En su «teología de la creación», insistía en que el universalismo cristiano sólo podía ser vivido en naciones separadas, imbuida cada una de su propio carácter e identidad y dispuestas a descubrir los planes de Dios para ellas a través de sus luchas históricas. El nacionalismo no era sólo algo natural: era un deber sagrado. A diferencia de la predestinación calvinista, esta variante de la Iglesia luterana alemana enfatizaba repetidamente el riesgo moral del fracaso. Mezclando la sutileza del argumento teológico con el lenguaje militante del nacionalismo radical pulido en sus sermones de la Primera Guerra Mundial, Althaus se convirtió enseguida en una figura formidable y fundamental en el renacimiento luterano de la década de 1920, junto a Werner Elert y Emanuel Hirsch, ganando la prestigiosa cátedra de teología de Erlangen en 1925 y llegando a ser presidente de la Sociedad Luterana un año más tarde, cargo honorífico que ocupó durante los siguientes cuarenta años. En esa versión del providencialismo protestante, los alemanes se habían convertido en el pueblo elegido de Dios, pero tenían que redimirse para probar que merecían su confianza.[13]

Estas ideas eran comunes entre las clases educadas. El 5 de septiembre de 1939, August Töpperwien ya había escrito que «la lucha de Adolf Hitler contra Polonia e Inglaterra será totalmente despiadada: compromiso total de todos los medios a su alcance, degradación total del enemigo. Qué valiente y qué profunda es la enseñanza de Lutero sobre los dos reinos», se consolaba a sí mismo el maestro de Solingen.[N1] Esa distinción entre los preceptos terrenales y los celestiales permitía a los protestantes devotos aceptar que era imposible actuar en el mundo sin pecar y, sin embargo, seguir buscando una orientación moral en la guerra, fundamentalmente basándose en la teología de Althaus y de Hirsch. Töpperwien seguía siendo un lector fiel de *Eckhart* –un periódico próximo a la Iglesia Confesional y altamente crítico con el movimiento de los Cristianos Alemanes nazis–, que se basaba en una mezcla ecléctica de escritores alemanes, desde los disidentes antinazis como Hans Carossa y Edzard Schaper hasta conservadores como Paul Ernst y racistas como Heinrich Zillich. Desde el

comienzo, las dudas de Töpperwien sobre los actos del Führer le llevaron a preguntarse si Hitler había sido enviado por Dios o para poner a Dios a prueba, pero no dudaba de su derecho a dirigir el país o de la necesidad de los alemanes de mantenerse firmes. La salvación se basaba en la resistencia contra el «espíritu de noviembre de 1918». Fracasar por segunda vez demostraría que Alemania no era la nación elegida de Dios.[14]

La versión protestante nacionalista de la redención de Alemania no era más que una variante de la cultura antidemocrática y antiliberal que se esforzaba por superar el desastre alemán de 1918. Con su miedo a que la historia siguiese un camino cíclico, los conservadores creían que tenían que intervenir drásticamente para evitar que el fracaso se repitiese. A principios de 1920, la cultura alemana había sido inundada con predicciones de decadencia, declive y degeneración, encarnadas en *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler. El «renacimiento nacional» de 1933 había acabado con esas terribles predicciones, y muchos intelectuales católicos y protestantes seguían esperando que la «revolución nacional» nazi condujese a un resurgimiento espiritual incluso después de que el entusiasmo inicial hubiese sido templado por las decepciones provocadas por el Partido Nazi, cuando no por el propio Hitler. Las principales ideas de aquellos intelectuales –especialmente el rechazo a la democracia de Weimar, al liberalismo, el pacifismo, el socialismo, los judíos y todos aquellos que habían aceptado la derrota en la guerra anterior– no habían cambiado. El estallido de una nueva guerra sacó a la luz todo aquello en lo que habían creído desde 1918, sometiendo a una prueba radical su fe en la redención de Alemania. Esa necesidad generalizada de evitar los errores de la guerra anterior ayuda a explicar por qué las élites profesionales del Reich estaban tan preparadas para comprometerse con la violencia más letal desde el principio. También explica el hecho de que las medidas más extremas no siempre fueran el resultado del esfuerzo de las organizaciones nazis más radicales.[15]

El aparato policial de los nazis era más que suficiente para mantener la dictadura. En cuanto se produjo la movilización en Alemania, la lista de actividades prohibidas aumentó, incluyendo cosas como contar chistes que

afectasen a la moral de las fuerzas armadas o faltar al trabajo los domingos. Enseguida más de cuarenta delitos fueron castigados con la pena de muerte. La sociedad alemana estaba llena de personas que infringían las reglas nazis en cosas pequeñas y que las sostenían en las grandes, ayudando así a dar forma a una «comunidad nacional» construida sobre la violencia, el «mérito» y la exclusión. Resultaba imposible silenciar las voces críticas cuando se referían a desigualdades en el racionamiento, pero la mayor parte de las personas se callaban en lo referente a los principales blancos de la represión nazi. Era una sociedad compleja y conflictiva, en la que el nacionalismo ya se había infiltrado antes de la guerra en las prácticas políticas, moldeando lo que la gente observaba y consideraba que debía tener en cuenta.

El problema del régimen no era el control de los medios coercitivos, sino, más bien, la manera selectiva en que debían desplegarlos. Ya en 1933 habían utilizado el terror para destruir los antiguos movimientos de los trabajadores y, de nuevo, en junio de 1934, contra los líderes de las SA. Después de eso, el régimen había hecho disminuir deliberadamente los campos de concentración. Cuando comenzaron a crecer de nuevo en 1938, se llenaron con judíos y, más tarde, con checos y polacos. Para la mayoría social, el terror era algo dirigido a otros, a extranjeros o a «marginales antisociales», como comunistas y hombres homosexuales.[16]

A finales de enero de 1940, Franz Gürtner, el ministro de Justicia, calculó que se habían producido dieciocho ejecuciones extrajudiciales por parte de la Gestapo desde el comienzo de la guerra y se quejó de que los tribunales civiles estaban siendo dejados de lado. A decir verdad, ese relativamente pequeño número de intervenciones de la Gestapo había sido provocado por el interés del propio Hitler en leer la sensacionalista información sobre crímenes del *Völkischer Beobachter*. En octubre de 1939, el Führer se sintió ultrajado al enterarse de que un insignificante ladrón de Múnich había sido condenado a diez años de prisión por robarle la cartera a una mujer después del aviso nocturno de oscurecimiento. Aunque la cartera sólo contenía unos pocos marcos y no había habido violencia, Hitler ordenó que el hombre fuese ejecutado para sentar ejemplo.

Ésta fue una clara señal para los jueces alemanes: unas pocas semanas después, el Tribunal Especial de Berlín sentenció a muerte a otro hombre que también se había aprovechado de las horas sin luz para robarle una cartera a una mujer. Se trataba de demostrar que «el sólido muro de la retaguardia no puede ser erosionado por la infrahumanidad». Lo que hacía que aquellos crímenes insignificantes fuesen tan abominables era que, aparentemente, no era fácil erradicarlos. Los pequeños delincuentes reincidentes pronto empezaron a ser enviados a campos de concentración, como el de Maut-hausen, donde eran tratados mucho peor que los verdaderos criminales violentos. Igual que la ejecución por parte de las SS del testigo de Jehová August Dickmann amenazaba potencialmente la jurisdicción de los tribunales militares, los jueces civiles reaccionaron rápidamente para defender sus dominios de la intrusión de la policía mediante acciones arbitrarias: semejantes disputas territoriales animaron a diversos organismos a competir para ver quién promulgaba las sentencias más duras.[17]

En vísperas de la guerra, la Gestapo volvió a arrestar a antiguos parlamentarios socialdemócratas y a otros sospechosos políticos. A pesar del incremento de la violencia en el otoño de 1939, la Gestapo tuvo mucho cuidado en mantener su aparato policial en dos niveles. Una cosa era luchar contra los «enemigos» identificados, como comunistas, masones, judíos y testigos de Jehová, que eran juzgados por tribunales especiales o enviados directamente a los campos de concentración cuando eran denunciados por hacer chistes «derrotistas» o comerciar en el mercado negro. Pero pocas personas –relativamente– eran condenadas por hacer chistes políticos sobre los dirigentes del régimen. Para los «camaradas nacionales» comunes, bastaba con un simple apercibimiento. A diferencia del régimen de Stalin, que estaba dispuesto a librar una guerra contra la mayor parte de su población con tal de obligarles a aceptar su revolución social, la dictadura de Hitler seguía calibrando su violencia de tal manera que la mayor parte de los alemanes no la percibieran. Esa diferencia se debía tanto a la ideología como al pragmatismo: la Gestapo nunca tuvo un equipo demasiado extenso, y dependía en buena medida de la docilidad popular y de las denuncias para

que la ayudasen en la localización de los transgresores. La guerra redujo rápidamente su personal aún más: en Colonia, la Gestapo pasó de 99 personas a 69 en 1943; en el resto de Alemania ocurrió lo mismo.[18]

Una de las nuevas prohibiciones más polémicas fue la de no poder escuchar las radios enemigas. En los aparatos nuevos se pegaron etiquetas que avisaban de que sintonizar emisoras extranjeras era un «delito en contra de la seguridad nacional», pero la prohibición no se podía llevar a efecto. A pesar de su obsesión con la propaganda y la imagen, la dictadura nazi tenía mucho menos control sobre la información del que había tenido la Alemania Imperial. Mientras que en aquel entonces la prensa pudo ser censurada y los pasos aduaneros reforzados hasta el punto de que, todavía en el verano de 1918, los alemanes seguían ignorando la catástrofe militar que se estaba desarrollando en el frente occidental, ahora nada podía impedir que la gente cambiase su banda de ondas. Siempre y cuando tomasen las debidas precauciones, lo que la gente elegía oír en privado seguía siendo –en la práctica– un asunto suyo. La mayor parte tenía mucho cuidado de cubrir las apariencias, manteniendo el volumen bajo, cambiando de nuevo después el dial a las emisoras alemanas, oyendo tal vez programas neutrales en vez de enemigos –más la radio suiza o sueca que la BBC–, incluso poniendo a algún niño a vigilar por si un vecino merodeaba por el descansillo, junto a la puerta. En Praga, según había oído el SD, los checos habían comenzado a usar auriculares para que los vecinos no pudiesen oírlos y denunciarlos. Como era de esperar, la prohibición resultó muy impopular en Alemania, donde se la describía como «infantil» y como un «insulto y una humillación». El SD informaba de una intensa corriente de «críticas leales», con gente quejándose ruidosamente de que «un buen nacionalsocialista puede oír esas emisiones [extranjeras] con ecuanimidad, pues no le afectan en absoluto; por el contrario, refuerzan su hostilidad y compromiso en la lucha contra los poderes enemigos». Mucha gente se sentía confusa: ¿la prohibición se refería a todas las emisoras extranjeras o estaba permitido sintonizar programas neutrales, como las emisiones de jazz de Radio Luxemburgo, muy populares entre los jóvenes? Como solía ocurrir cuando se les confrontaba a una medida realmente muy impopular,

se escuchaba a mucha gente expresando su convicción de que el Führer no podía haber permitido algo así.[19]

Admitiendo tácitamente la situación, la radio alemana ofrecía regularmente sus propios comentarios de burla y refutación de las afirmaciones de las emisoras inglesas o francesas. Con su ansia de noticias, la gente también recogía los millones de panfletos que la RAF lanzó aquel invierno, aunque no creyesen necesariamente en lo que leían. En Essen, Carola Reissner se sentía indignada. «Aparentemente, están intentando enardecer a la población», les escribió a sus familiares, añadiendo con contundencia, «obviamente, esto son estratagemas judías.» La sospecha surgía de manera natural, pues durante años había oído cómo los judíos habían manipulado y engañado para alcanzar poder e influencia en Alemania. La radio alemana apodaba a Churchill «el Lord de las Mentiras», cuando no lo reducían a «WC». Hacer sonar la popular canción de la Primera Guerra Mundial «Vamos marchando hacia Inglaterra» al final de los nuevos boletines cosechó tanto éxito, que se convirtió en una de las melodías identificativas de la radio alemana.[20]

La nueva prohibición de la radio extranjera sólo podía imponerse de manera selectiva. El 18 de noviembre de 1939, un joven oficial de la Gestapo de Coblenza fue enviado a investigar una denuncia sobre algunas personas que escuchaban emisoras ilegales en una pequeña población en la orilla occidental del Rin. El acusado, Arnulf V., sintonizaba supuestamente todas las noches las emisiones en alemán de Radio Estrasburgo. Para empeorar aún más las cosas, había sido un líder socialdemócrata local en la época de Weimar y se decía que andaba haciendo comentarios despectivos sobre la exactitud de las noticias alemanas y sobre el propio Führer. Arnulf fue detenido, llevado a Coblenza e interrogado hasta que admitió que había escuchado la emisora francesa varias veces. La Gestapo lo mantuvo detenido tres semanas mientras se hacían nuevas investigaciones, incluyendo un registro en su casa en el que se incautó su aparato de radio y algunos antiguos materiales socialdemócratas. La organización local del Partido Nazi confirmó que, igual que otros muchos antiguos socialistas, asistía a pocos eventos del Partido y contribuía poco a sus campañas de

caridad. También se peleaba a menudo con su mujer. En cambio, sus empleados dieron buenas referencias de él, y había sido condecorado como veterano de la Primera Guerra Mundial por haber sido herido cuatro veces. Estos últimos hechos fueron los que decidieron el caso cuando finalmente fue juzgado diez meses después, en septiembre de 1940, y los jueces lo consideraron inocente de todos los cargos. El otro factor que pesó finalmente a favor de Arnulf V. fue que había sido denunciado por su cuñado en venganza por una grave discusión familiar: la Gestapo solía protegerse para evitar ser utilizada en este tipo de situaciones, y presionaba al tribunal especial para que desestimase las acusaciones que se producían durante disputas de cualquier tipo, incluso cuando los acusados habían sido comunistas. En 1943, tan sólo 3.450 personas habían sido castigadas por escuchar radios extranjeras.[21]

A medida que los funcionarios de la Gestapo se empantanaban en investigar a vecinos, familiares y empleados para determinar si un antiguo comunista o socialdemócrata era un «enemigo» que debía ser quirúrgicamente arrancado del «cuerpo de la nación» o, por el contrario, un «camarada nacional» que, simplemente, en los años veinte había caído en malas compañías, se iban creando unas maneras coercitivas que eran al mismo tiempo arbitrarias y extrañamente consistentes: arbitrarias, porque a diferentes personas se les imponían castigos muy distintos por los mismos delitos; consistentes, porque los jueces civiles y militares y la Gestapo intentaban establecer su criterio basándose en el «carácter» del delincuente más que en el delito en sí mismo. Los cambios introducidos en el Código Penal entre diciembre de 1939 y febrero de 1941 señalaban un claro desplazamiento del crimen al criminal: ya no se referían al asesinato, el delito sexual o la reincidencia, sino, más bien, al «asesino», «el delincuente sexual» y «el criminal habitual».[22]

Nadie podría acusar a los nazis de ser blandos con el crimen. Cuando el Tercer Reich inició la guerra, el país tenía 108.000 presos en instituciones del Estado, y otros 21.000 en campos de concentración. Al final de la guerra, la población reclusa se había duplicado y el número de internos en los campos de concentración alcanzaba los 714.211. Al comienzo de la

guerra, esas cifras en Alemania eran muy semejantes a las de Suiza, Finlandia o Estados Unidos en cuanto a la proporción de presos respecto al número de habitantes, ocupando los puestos más altos en el espectro internacional de aplicación de las leyes, con Inglaterra, Francia, Bélgica y los Países Bajos, que encarcelaban a muchos menos ciudadanos, cerrando la lista. Comparado con el terror que los nazis habían desplegado en Polonia, con su metodología de las ejecuciones en masa, las represiones colectivas y las expulsiones a gran escala, la política represiva nazi dentro de las fronteras de Alemania seguía siendo selectiva y trabajaba sobre la base de casos individuales. Hasta al menos 1943, el sistema «normal» de las prisiones estatales y los reformatorios estatales o de beneficencia albergaba más delincuentes que las instituciones específicamente nazis, como los campos de concentración llevados por las SS, en los cuales una aplastante mayoría de reclusos eran enemigos raciales de Alemania, principalmente polacos y más tarde prisioneros soviéticos.[23]

Dentro de las fronteras del Reich, la acción más radical y violenta provocada por el estallido de la guerra ocurrió en un ámbito oculto al público. Fue el asesinato de los pacientes psiquiátricos de los manicomios alemanes. Igual que la ejecución de los objetores de conciencia, comenzó en cuanto la guerra estalló y continuó hasta el final: en mayo de 1945, había generado al menos 216.400 víctimas, superando incluso el número de judíos alemanes asesinados por el régimen. Los actores principales no fueron específicamente las instituciones nazis, como la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA) de Himmler, que se habían ocupado de la política racial en Polonia. En su lugar, aquella operación fue dirigida por médicos y burócratas que trabajaban en la sanidad y en las administraciones provinciales.[24]

La llamada «acción eutanasia» comenzó con los niños. El 18 de agosto de 1939, el Comité del Reich para el Registro de Enfermos Graves Hereditarios y Congénitos obligó a los médicos a informar de todos los recién nacidos que sufriesen «imbecilidad», síndrome de Down, microcefalia, hidrocefalia y parálisis espástica, o a los que les faltase algún miembro. Las listas eran entregadas al principio a tres expertos médicos.

Como resultado de aquel programa piloto, unos 5.000 niños fueron asesinados, y en un breve plazo de tiempo treinta hospitales psiquiátricos habían establecido las llamadas «unidades infantiles», en las que se asesinaba a los niños con una mezcla de medicamentos y desnutrición.[25]

Enseguida se estableció un segundo programa secreto, igualmente centralizado, para revisar los datos de los pacientes adultos, dirigido esta vez por Philipp Bouhler, jefe de la Cancillería del Führer, y por el médico de Hitler, el doctor Karl Brandt. Codificado como «T-4» por la dirección de su cuartel general en la Tiergartenstrasse 4 de Berlín, el programa decidió establecer una cuota de 70.000 pacientes considerados «indignos de la vida». La prueba crucial consistía en averiguar si los pacientes eran aún capaces de contribuir a la sociedad mediante su trabajo. Un juicio médico positivo, registrado con un signo «+», significaba la muerte; mantenerles la vida se registraba en negativo, marcándolo con un signo «-». A medida que el programa era puesto en marcha y crecía en escala, se necesitaban más médicos para evaluar los casos. A principios de 1940, Friedrich Panse y Kurt Pohlisch, que ya habían colaborado con la Wehrmacht en el asunto de las «neurosis de guerra», fueron invitados a una conferencia confidencial en Berlín, donde se les informó de este programa secreto y se les pidió que se unieran a su creciente panel de expertos médicos. Ambos aceptaron.[26]

Algunos de los evaluadores eran más quisquillosos que otros. A finales de enero de 1941, Panse y Pohlisch habían dejado de ser referentes del T-4, probablemente porque habían hecho muy pocas recomendaciones «positivas». Pero una cierta cantidad de psiquiatras preeminentes siguieron cumpliendo el papel dual de médicos militares y árbitros del programa médico de asesinatos, además de realizar sus propios trabajos académicos y clínicos. Eran hombres como Carl Schneider, director de la Clínica Neurológica de la Universidad de Heidelberg, Friedrich Mauz, su homólogo de la Universidad de Königsberg, o el ilustre psiquiatra infantil Werner Villinger, que había introducido la psicoterapia en los servicios sociales juveniles de Hamburgo en la década de 1920, para convertirse luego en un nazi convencido y firme defensor de la esterilización forzada de los delincuentes juveniles.[27]

En enero de 1940, después de asistir a una demostración de utilización del gas letal en la antigua penitenciaría de trabajos forzados de Brandeburgo, los expertos y los burócratas del T-4 descubrieron que ese método les permitía matar al menos a veinte pacientes a la vez. Antes de que terminase el mes, pacientes de todos los psiquiátricos del Reich eran llevados, a través de un sistema de sanatorios de apoyo, a Brandeburgo, a Grafeneck en los Alpes suavos y a Hartheim cerca de Linz para ser ejecutados. Cuando las operaciones se detuvieron en Brandeburgo en septiembre, se construyó otro centro en Bernburg. En el hospital psiquiátrico Sonnenstein del profesor Paul Nitsche, en Pirna (Dresde), los pacientes ya habían sido sometidos a una «dieta de hambre» para reducir gastos desde principios de 1939. El régimen copió este sistema en otros psiquiátricos de Sajonia. En mayo de 1940, Nitsche se unió a tiempo completo al equipo que dirigía la operación T-4.

Mientras que las ejecuciones de los objetores de conciencia eran de conocimiento público y estaban amparadas por la ley militar, el asesinato de los discapacitados nunca fue comunicado ni amparado por ningún decreto legal, aunque sus principales figuras presionaron claramente para que se elaborase uno. Finalmente, Bouhler y Brandt consiguieron sacarle a Hitler un par de líneas escritas por él mismo que sancionaban la «muerte compasiva». A pesar de que el significado de ese documento confidencial era más bien ambiguo, el dictador nunca volvería a arriesgarse a poner su nombre en otros documentos que autorizasen los asesinatos secretos. El proceso de seleccionar a los pacientes e incluso organizar sus muertes, a menudo recaía en directores médicos de hospitales psiquiátricos como Friedrich Mennecke, que eran reclutados por altos funcionarios provinciales, como Fritz Bernotat de Hesse-Nassau. Muchos de ellos eran nazis, pero estaban empeñados en afirmar que sus iniciativas e ideas conductoras no eran sólo de origen nazi. De hecho, seguían el ejemplo del tratado de 1920 *Permiso para la destrucción de la vida indigna de vida* de Karl Binding y Alfred Hoche, que había cambiado radicalmente la definición de la «muerte compasiva», trasladándolo de un asunto de

elección individual para escapar a una dolorosa enfermedad terminal a un medio legítimo para disponer del «lastre de las existencias inútiles».

Las repetidas crisis financieras tanto del Gobierno nacional como de los provinciales durante la década de 1920 –especialmente, después del crash de Wall Street de 1929– sólo sirvieron para que los burócratas alemanes profundizaran en la cultura del recorte de gastos y en la toma de decisiones más rigurosas sobre el reparto de los recursos. A sus ojos, los delincuentes reincidentes se convertían en «psicópatas» y vagabundos, y los parados de larga duración eran clasificados como «antisociales» e incluso como «elementos extraños a la comunidad». El régimen nazi alentaba esas tendencias, fomentando una cultura en las administraciones en la que la policía, los tribunales de justicia, los organismos de protección social y de la juventud, las SS, los alcaides de las cárceles y los directores de los reformatorios se sentían comprometidos en un proyecto común de disciplina nacional. No era difícil, porque muchos de aquellos hombres de clase media, políticamente conservadores, habían aprendido las mismas lecciones desde la ruptura del orden al final de la guerra anterior. El país no había sido capaz de olvidar la dureza de aquel estallido.[28]

Lo que hizo el régimen nazi fue proporcionar el ímpetu, la cobertura institucional y la discreción que permitieron poner en práctica unas ideas que, por otra parte, nunca habían sido mayoritarias en los grupos médicos o de asistencia social, y mucho menos entre la opinión pública. Al principio, en efecto, los asesinatos médicos fueron organizados sobre la suposición de que el pueblo alemán no aprobaría semejantes medidas, y que al menos ciertos círculos de opinión de carácter religioso se opondrían a ellas. Se realizó un esfuerzo considerable para mantener alejadas a las familias de las víctimas, fundamentalmente mediante la manipulación de los procedimientos burocráticos normales; por ejemplo, se retrasaba la información a las familias de cada uno de los pasos que se daban en el traslado de los pacientes, a través de una red de hospitales intermedios, hasta una de las instituciones asesinas, como Hertheim o Grafeneck, de tal manera que, cuando llegaban las noticias, ya era demasiado tarde. Algunos manicomios, como el de Kalmenhof en la localidad de Idstein, en Hesse,

usaban de manera rutinaria la excusa de las prioridades militares en los ferrocarriles para prohibir las visitas.[29]

Pero las elevadas cifras de víctimas llevaron finalmente a los médicos a ser poco cuidadosos a la hora de inventar falsas causas de muerte para mantener en secreto el programa. A algunos familiares se les decía que los pacientes habían muerto de apendicitis cuando hacía ya mucho tiempo que el órgano les había sido extirpado. Incluso en el envío de las cenizas en urnas de cartón se cometieron errores: cuando los familiares encontraban horquillas para el cabello en la urna de un hombre o recibían la supuesta urna de un hijo al que habían sacado del psiquiátrico dos semanas antes, comenzaban a hacerse preguntas. Entre los vecinos más cercanos a hospitales psiquiátricos como el de Grafeneck en el Jura de Suabia, el empleo del gas letal no era en absoluto secreto. En Suabia, donde la Iglesia de la Confesión era muy fuerte, el Consejo de la Iglesia provincial y la Misión Interior, que se ocupaban de los manicomios de beneficencia protestantes, se unieron y elevaron protestas al régimen local. A principios de julio de 1940, un miembro del Consejo de la Iglesia, Reinhold Sautter, escribió al despacho del *gauleiter* Wilhelm Murr, mientras que el obispo Theophil Wurm se ocupó de escribir al ministro de Asuntos de la Iglesia, Hans Kerrl, y al del Interior, Wilhelm Frick, y finalmente, el 25 de julio, se dirigió a Hans Lammers, el jefe de la Cancillería del Reich. Todas estas intervenciones fueron hechas en términos críticos pero leales, advirtiendo de que la acción estaba minando la creencia popular en el ideal de la «comunidad nacional» y en el compromiso del Partido Nazi de cuidar y apoyar una «cristiandad positiva». Aunque algunas copias de esas cartas siguieron circulando en privado, los clérigos mantuvieron sus protestas dentro de los límites de aquellos canales confidenciales y, conscientemente, evitaron abrir una brecha con el régimen. Aun así, el número de cartas que enviaron al *gauleiter* llegó a ser tan grande que el propio Murr trasladó sus reservas a Berlín.[30]

En septiembre de 1940, el pastor Ludwig Schlaich, director del manicomio de beneficencia de Stetten, recibió la noticia de que otros 150 pacientes iban a ser trasladados de su centro. Escribió a Goebbels, a Murr,

al ministro de Justicia, a Franz Gürtner y a Lammers cuestionando la ética y la legalidad del programa. Cuando Frick le envió una breve respuesta, diciéndole que debía cooperar, Schlaich dio el paso sin precedentes de contactar con los familiares de sus pacientes, avisándoles de que debían acudir al centro antes de que fuese demasiado tarde para salvar a sus seres queridos. Muchos fueron a despedirse cariñosamente de ellos, pero, al menos en los casos de pacientes muy agitados, los dejaron allí. De los 441 pacientes de Stetten que habían sido puestos en las listas para sucesivos traslados, sólo dieciséis fueron salvados por sus familiares. Pocas familias aprovecharon la oportunidad; ni siquiera, según escribió Schlaich tristemente, aquellas que tenían suficientes recursos para cuidar en casa a un discapacitado. Algunos otros directores de los manicomios de beneficencia protestantes de Wurtemberg siguieron el ejemplo de Schlaich e informaron a sus familiares de que ya no podían garantizar la seguridad de sus pacientes.

Pero, en conjunto, el valor cívico que mostró Schlaich fue muy inusual. Más allá de Wurtemberg, los centros psiquiátricos dirigidos por la Misión Interior no se esforzaron en prevenir a las familias. En vez de eso, se alinearon con mayor o menor entusiasmo detrás del presidente de su Comité Central, el pastor Constantin Frick. Ardiente defensor de la «eutanasia», estaba en posición de forzar a los directores más recalcitrantes de sus manicomios de beneficencia que se mantuvieran obedientes. Normalmente, amenazarlos con la ruinosa pérdida de los pacientes mantenidos por el Estado era suficiente; en otros casos, fueron sustituidos. Algunos colaboraron activamente en el programa. Algunos de los asilos dirigidos por la asociación católica Cáritas hicieron lo mismo, a pesar de la oposición oficial del catolicismo tanto a la contracepción como a la eutanasia.[31]

Era más fácil silenciar a los teólogos que convencerlos. Paul Althaus se había expresado brevemente contra los «higienistas raciales» radicales en julio de 1933 y, a pesar de su idea general de que en todo lo demás el individuo estaba subordinado a las necesidades de la comunidad nacional, a este respecto insistía en que «Dios es el creador y dueño de la vida». Ese mismo mes, el ministro bávaro del Interior le hizo saber que no debía

volver a debatir sobre temas relacionados con la «higiene racial». Althaus tendió su mano, a pesar de que tenía razones personales para sentirse concernido: su hija, discapacitada, vivía en el hospital psiquiátrico de Bethel, que por cierto participó activamente en el programa de «eutanasia».[32]

Una vez que los asesinatos se habían puesto en marcha, resultó imposible evitar que empezasen a ser conocidos y que creciera la oposición entre el vecindario más cercano a los psiquiátricos. Como resultado de las protestas en Suabia, las operaciones de asesinatos fueron trasladadas entre enero y marzo de 1941 desde Grafeneck a Hadamar, en el Lahn, aunque no antes de que hubiesen sido gaseadas allí 9.839 personas. También en Hadamar las chimeneas de los crematorios expulsaban densos penachos de humo, que confirmaban los rumores propagados por los trabajadores responsables de retirar los cuerpos, y enseguida los niños del pueblo comenzaron a saludar a los autobuses grises que llevaban a los pacientes con la canción «Aquí vienen los cofres asesinos». En otros lugares las noticias se filtraban con mayor lentitud, sobre todo a través de canales de comunicación privados del sistema público de sanidad y a través de las iglesias. Pero aquellos familiares que vivían lejos de los psiquiátricos, no pertenecían a profesiones bien relacionadas o no podían visitar a menudo a sus enfermos a causa de las restricciones de los viajes por culpa de la guerra, siguieron ignorando lo que estaba ocurriendo. Las noticias llegaban de manera irregular, al carecer del oxígeno de la discusión pública, al menos durante los primeros dieciocho meses de los asesinatos médicos.[33]

*

Al principio de la guerra, la violencia masiva por parte de Alemania estaba dirigida a objetivos concretos. En la Polonia ocupada, pretendía destruir el sentimiento nacionalista polaco haciendo desaparecer a los que podían proporcionar «liderazgo nacional»; y, al mismo tiempo, preparar determinadas zonas del país para el asentamiento colonial de alemanes. Dentro de las fronteras de la Alemania anterior a la guerra, la violencia de

Estado se dirigió hacia pequeños grupos marginales que podían socavar el esfuerzo bélico –masones, comunistas y testigos de Jehová– y borró del mapa a aquellos cuya «incapacidad» obligaba a emplear en ellos recursos que se necesitaban urgentemente en otras áreas. Todas estas operaciones eran preventivas, de limpieza de espacios, dirigidas a amenazas o dificultades potenciales más que a serios retos que ya se hubiesen manifestado. Muchas de ellas no fueron obra de las nuevas instituciones nazis: fueron llevadas a cabo por élites profesionales ya existentes, que formularon la lógica de sus actos a su manera tradicional. De una u otra manera, estaban respondiendo a la ignominia de noviembre de 1918, aquella traición a las fuerzas armadas alemanas por parte de comunistas, mujeres y judíos. Con aquella mentalidad, la omisión más sorprendente de la lista de «enemigos internos» identificados para su liquidación en 1939 fue la de la comunidad judía alemana que aún subsistía.

La guerra había provocado de inmediato el temor a un nuevo pogromo. En lugar de eso, Jochen Klepper y Victor Klemperer se sintieron asombrados al comprobar que los medios de comunicación suavizaban rápidamente su retórica antisemita, tal vez como un gesto hacia el nuevo aliado soviético. Pero a las 9.20 de la noche del 8 de noviembre, una bomba explotó sin previo aviso en la Cervecería de Múnich donde los «viejos luchadores» del movimiento nazi se habían reunido para la celebración anual del *putsch* de 1923. Hitler acababa de abandonar el lugar para ir a tomar el tren de vuelta a Berlín justo diez minutos antes de que la bomba explotase en el pilar vecino a la tribuna donde había permanecido. Hubo ocho muertos y 64 heridos. Cuando las noticias del atentado comenzaron a expandirse al día siguiente, muchos trabajadores organizaron asambleas y en las escuelas se celebraron reuniones en las que los niños daban gracias cantando el himno luterano «Ahora demos todos gracias a Dios» por la manera providencial como el Führer se había librado. La gente hablaba amargamente de aquellos de los que sospechaba que eran responsables del ataque –«los ingleses y los judíos»– y esperaba represalias contra ambos.[34]

La respuesta oficial a aquel atentado contra la vida del Führer fue tenue, especialmente en comparación con lo que había ocurrido en la reunión de la

Cervecería en noviembre de 1938. Aquel día, Goebbels había utilizado la muerte en París de un diplomático alemán de poca importancia, a manos de un judío polaco, para lanzar un pogromo a nivel nacional; las tropas de asalto nazis, hombres de las SS, y en algunos lugares incluso niños y niñas, se habían dedicado a sacar a los judíos de sus casas, empujándoles y golpeándoles, saqueando sus tiendas e incendiando las sinagogas, mientras los bomberos vigilaban para que el fuego no llegase a los inmuebles vecinos. Según las cifras oficiales, 91 judíos habían sido asesinados, y 25.000 hombres enviados a los campos de concentración, donde cientos de ellos fueron a su vez ejecutados.[35]

Ahora, en noviembre de 1939, dos agentes británicos fueron detenidos en la frontera con los Países Bajos y los medios de comunicación se alegraron de poder acusar –de manera equivocada, como luego se supo– a los belicosos británicos y judíos. Pero no hubo un nuevo pogromo. En lugar del ataque violento que Victor Klemperer y Jochen Klepper esperaban con inquietud, la envejecida comunidad de judíos que no habían podido o querido exiliarse fue sometida a un diluvio de pequeñas regulaciones de nuevo cuño. Entre el pogromo del 9 de noviembre de 1938 y la ruptura de la guerra, se habían publicado 229 decretos antisemitas. Entre septiembre de 1939 y el otoño de 1941, todos los organismos elaboraron variantes específicas contra los judíos de cada nueva medida que se adoptaba para el frente doméstico, además de publicar otros 525 decretos que constreñían la vida diaria de los judíos. Se les prohibía comprar ropa interior, zapatos y ropa, incluso para los niños en edad de crecer. Debían entregar sus radios y sus tocadiscos. Según la propia medida nazi de las cosas, ésta era una respuesta extraordinariamente limitada hacia el grupo que era el culpable principal de las dos guerras. Pero, dada la asociación que Hitler siempre establecía entre las medidas antisemitas y las relaciones internacionales, lo que esto sugiere es que todavía en ese momento esperaba llegar a un acuerdo con Gran Bretaña y Francia.[36]

N1 Lutero sostenía que había dos reinos, el de Dios y el del mundo. A este último pertenecen los gobiernos seculares, necesarios para controlar el mal. A veces, ese reino del mundo obliga a tomar la espada contra los malvados. *(N. de la T.)*

SEGUNDA PARTE

DUEÑOS DE EUROPA

4

El estallido

Desde el alba del 10 de mayo de 1940, Paulheinz Wantzen ya no pudo dormir. La almohada no lograba tapar el continuo rugido de los aviones. Cuando el periodista se levantó, pudo ver a los bombarderos y a los cazas despegando por encima de los tejados, en un tenso ascenso, desde los dos campos de aterrizaje de Münster. En cuanto llegó a su oficina, encendió la radio para oír las noticias. En ese momento sonó el teléfono: era el Ministerio de Propaganda dándole instrucciones para imprimir una edición especial. Wantzen apenas consiguió escribir el editorial, pues el teléfono no paraba de sonar. Todas las autoridades civiles de Münster estaban intentando averiguar qué sucedía. ¿Adónde iban las tropas alemanas? ¿Estaban encontrando resistencia? ¿Era verdad que Italia había entrado en la guerra? El SD le llamó para decirle que las órdenes militares habían sido dadas tan tarde el día anterior, que la policía había tenido que ir a buscar a muchos soldados a los cines, teatros y bares. Entonces regresó el primer avión llevando a tres alemanes muertos y a ocho heridos en el asalto al aeropuerto holandés de Ypenburg, cerca de Róterdam. A las once de la mañana, se recibieron desde el Ministerio de Propaganda las directrices para la prensa, anunciando que «Holanda y Bélgica son los nuevos objetivos de las potencias occidentales. Tropas inglesas y francesas han entrado en Holanda y Bélgica. Estamos respondiéndoles». El objetivo de los Aliados era «avanzar hacia el Ruhr». Por la tarde, el SD volvió a llamar para preguntarle a Wantzen «sobre el ánimo de la población»: claramente esperaba que el periodista prestase oídos a lo que pasaba en la calle.[1]

La radio alemana emitió aquella noche el primer boletín militar, anunciando el comienzo de la ofensiva general alemana en el oeste y dando cuenta de las órdenes que el Führer había enviado al frente. Cuando Wantzen pudo salir de su frenética oficina, entró en otro mundo. «La escena en las calles de Münster», escribió aquella noche, «no ha cambiado nada, todo está tranquilo y pacífico», y tan sólo la demanda de periódicos en los quioscos hacía alusión a los acontecimientos que estaban teniendo lugar. Él estaba convencido de que Münster sería bombardeado aquella misma noche: «Si los ingleses no lo hacen», opinaba, «será porque ya han perdido la guerra».[2]

Los bombarderos no llegaron, pero aquel 10 de mayo, unas sesenta bombas fueron lanzadas sobre la pequeña ciudad de Friburgo en Baden. Era la primera vez que un objetivo civil alemán era alcanzado. La mayor parte de las bombas cayeron cerca de la estación de ferrocarril. El comunicado oficial del Reich acusaba de la acción a «tres aviones aliados que lanzaron bombas sobre el centro de Friburgo, matando a veinticuatro civiles», y amenazaba con que «de aquí en adelante, cada bombardeo del enemigo sobre civiles alemanes será contestado con un número cinco veces mayor de aviones alemanes bombardeando las ciudades inglesas y francesas». Al día siguiente, se anunció que trece de las víctimas eran niños, asesinados mientras jugaban en el parque municipal. El número de muertos había subido a cincuenta y siete. Los medios de comunicación mantuvieron el bombardeo de Friburgo como noticia de primera plana. Cuando la gente supo que los bombarderos eran franceses, el SD registró inmediatamente que la respuesta era «la indignación general [...] y, en última instancia, sentimientos de odio contra Francia». El incidente del 10 de mayo fue finalmente apelado «El asesinato de niños en Friburgo». En realidad, los aviones eran bombarderos alemanes, que se habían perdido en medio de las densas nubes y confundieron Friburgo con Dijon. Los medios publicaron más tarde una rectificación, aunque sin admitir la culpabilidad alemana: los aviones franceses se convirtieron en ingleses, y Gran Bretaña fue acusada de haber iniciado la guerra atacando a niños.[3]

El joven Helmut Paulus, hijo de un médico, estaba en medio de un ejercicio de entrenamiento con bayonetas fijas cuando llegó la noticia. Muchos de sus camaradas venían de la provincia de Baden, o incluso tenían familia en Friburgo, y estaban profundamente afectados. Un hombre que era conocido por su carácter equilibrado y sus ideas optimistas, «no pudo más y rompió a llorar de pronto en mitad del ejercicio», escribió Paulus a su familia. El entrenamiento aquel día fue más breve, para que los hombres pudiesen tranquilizarse. Sin duda era necesario: la bayoneta de uno de sus camaradas atravesó su funda de cuero y se deslizó sobre el casco de acero de Helmut, arañándole levemente la garganta. Lo que más les asustaba respecto a sus familias era que tuviesen que soportar la constante claustrofobia de tener que llevar siempre puestas las máscaras de gas. Helmut no era el único que estaba convencido de que los británicos lanzarían gases venenosos. En toda Alemania, ése era uno de los temores más extendidos respecto a la guerra desde el aire. En Pforzheim, sus padres cancelaron un viaje a Viena y su padre instaló en el sótano ventanas especiales contra los bombardeos y las mantuvo bien cerradas «hasta que estos días de peligro hayan pasado».[4]

Pero la preocupación más intensa de la mayor parte de la población era lo que estaba ocurriendo en el frente. «Lo que tanto temíamos por fin ha ocurrido. La batalla en el oeste ya ha comenzado», escribía Wilm Hosenfeld a su casa desde Węgrów, en la Polonia ocupada. Aquel día se había despertado a las cuatro de la mañana, con un profundo sentimiento de gratitud por estar vivo. Más tarde, salió con su nuevo capitán para recorrer a caballo el barrio judío, en el que Hosenfeld tenía la costumbre de tirar dulces a los niños andrajosos. Por muy alienado que le hiciera sentirse la brutalidad de las acciones alemanas en Polonia, Hosenfeld se sentía ya totalmente implicado: «Ahora es una batalla entre la muerte y la vida», siguió escribiéndole a Annemie. «No puedo dejar de pensar en los sucesos que están teniendo lugar en el oeste. Pesan sobre mi alma como una pesadilla.»[5]

El SD, recogiendo rápidamente informes en todo el Reich, avisaba de que la población estaba sorprendida por la repentina invasión de Holanda y

Bélgica y reconocía que el estado de ánimo se estaba volviendo «profundamente serio». La proclamación del Führer de que «ha llegado la hora de la decisión, ha hecho que la población comprenda que las batallas que comienzan en el oeste exigirán los mayores sacrificios. Si bien una profunda seriedad y preocupación por los miembros de sus familias en el campo de batalla es palpable entre las madres y las esposas, la *actitud fundamental* entre la población es *firme y confiada*». Todos los informes regionales confirmaban que la gente estaba «interiormente convencida de la necesidad de ese grave paso y de los sacrificios que va a requerir».[6]

El ataque alemán había comenzado con la infiltración de tropas en Luxemburgo en plena noche. Antes del amanecer del 10 de mayo, empezó la invasión a gran escala de Bélgica y los Países Bajos. Salvo por la invasión de los Países Bajos, que durante la Primera Guerra Mundial habían permanecido neutrales, parecía que la Wehrmacht estaba repitiendo una variante del Plan Schlieffen de 1914, al atacar a Francia a través de esa región. Pero todo el mundo sabía que no había ninguna garantía de que se repitiese el rápido avance a través de Bélgica de agosto y septiembre de 1914, pues los belgas habían fortificado su frontera oriental en los años previos. Sus tres líneas de canales y defensas fluviales estaban ahora protegidas por fuertes macizos de hormigón armado, con el canal Alberto y el fuerte Eben Emael en el centro. Fue precisamente allí donde comenzó la invasión alemana, con la llegada silenciosa al amanecer de diez planeadores hasta el tejado plano del complejo del fuerte; el número once, que llevaba al joven teniente al mando de la operación, se alejó de su destino, pero los ochenta paracaidistas que formaban parte de la misión habían sido bien entrenados, y aguantaron hasta que el teniente consiguió reunirse con ellos. Mientras escalaban las torretas de control hidráulico del fuerte, emplearon para inutilizarlas una nueva arma, las cargas huecas. Introduciendo lanzallamas en las aperturas de las ventanas de hormigón, desalojaron a los confusos defensores. Al final de aquel día, el fuerte y los dos puentes principales de Veldwezelt y Vroenhoven que se controlaban desde allí estaban en manos de los alemanes, y el camino hacia el centro de Bélgica quedaba abierto para los tanques del 6.º Ejército alemán. Cuando se

informó de aquellas noticias el sábado 11 de mayo, el efecto sobre el ánimo de la población alemana fue inmediato.[7]

Aquella tarde, el alto mando belga reunió a sus fuerzas detrás de la Línea Dyle, la tercera y última línea de defensa, que se extendía de Amberes a Namur. Su punto débil se situaba en la llanura abierta de Gembloux, entre Wavre y Namur, un terreno perfecto para blindados y desprovisto de posiciones bien preparadas o atrincheradas. Hacia esa brecha enviaron los franceses sus divisiones mecanizadas y motorizadas junto con su mejor formación, el 1.º Ejército. El 12 de mayo, el Panzer Korps del general Erich Hoepner se tropezó en Hannut con el Cuerpo de Caballería del general René Prioux. Los 176 tanques SOMUA y los 239 Hotchkiss se cebaron con los blindados alemanes, en su mayor parte las máquinas Mark I y II, débilmente armadas y defendidas, que ya se habían comportado mal en Polonia. Éstas no pudieron hacer frente a los tanques medios franceses, y Hoepner tenía además pocos tanques medios con suficiente potencia de fuego. Al día siguiente, Hoepner atacó de nuevo, ajustando su esfuerzo a abrir una brecha en la línea de tanques francesa, fina y alargada. Al carecer de radio en sus vehículos, los franceses no podían maniobrar rápidamente y no consiguieron hacer otra cosa más que replegarse cuando los alemanes abrieron la brecha, dejando al cuerpo alemán, técnicamente inferior, al mando del campo, una ventaja que les permitió recuperarse y reparar un centenar de tanques averiados. Aquélla fue la primera batalla a gran escala de blindados.[8]

Desde el punto de vista de los Aliados, la batalla de Hannut fue útil, pues ralentizó el avance alemán y permitió que las Divisiones de Infantería del 1.º Ejército francés tuviesen tiempo para alcanzar la Línea Dyle. El comandante en jefe francés, Maurice Gamelin, había planeado contener a los alemanes precisamente ahí, pues había previsto que se repetiría –como en efecto parecía estar sucediendo– la invasión de 1914. Pero la caída del fuerte Eben Emael y la evacuación holandesa hacia el norte, hacia la «Fortaleza Holanda», había permitido que el avance alemán fuese mucho más rápido; los Aliados tan sólo habían tenido cinco días para desplegarse en Bélgica, en vez de las tres semanas planificadas. Sin embargo, Gamelin

había alcanzado el primer objetivo de su campaña gracias a la movilización de sus modernas unidades mecanizadas, logrando atrincherar sus fuerzas a lo largo del río Dyle. Y era exactamente ahí donde los alemanes lo querían.[9]

Veintinueve divisiones alemanas atacaron a través del sur de los Países Bajos y el centro de Bélgica hacia el Dyle. Entretanto, otras 45 avanzaron a través de las colinas de Luxemburgo y el sur de Bélgica hacia la frontera francesa y el río Meuse. Fue un movimiento sorpresivo y altamente arriesgado: 41.000 vehículos alemanes intentaron avanzar por las cuatro estrechas y sinuosas carreteras de acceso hacia el terreno accidentado y densamente boscoso de las Ardenas. Al remontarse hacia la orilla más alejada del Rin, y ofrecer un objetivo casi inmóvil para los bombarderos franceses y británicos, las columnas alemanas podrían haber sido destruidas antes de ponerse en marcha. De hecho, el jefe del Alto Mando, Franz Halder, y otros generales alemanes, se habían opuesto a este plan porque parecía demasiado temerario. Pero los franceses fallaron al no enviar sus aviones, y eso a pesar de los avisos confidenciales llegados desde Suiza sobre grandes movimientos de tropas alemanas en el área: la mayor parte de los escuadrones del aire aliados estaban sufriendo graves pérdidas en las batallas aéreas del norte. A la cabeza de aquel embotellamiento de blindados que se iban desenroscando lentamente, se encontraban siete Divisiones Panzer: una fuerza de ataque independiente de 1.222 tanques y 378 vehículos de apoyo, que incluía infantería motorizada y baterías antitanques y antiaéreas, bajo el mando de los generales Heinz Guderian, Georg-Hans Reinhardt y Hermann Hoth.[10]

Las débiles tropas francesas que hicieron frente a los alemanes en las Ardenas el 10 y 11 de mayo se replegaron a la otra orilla del río Meuse, protegida por el 2.º Ejército francés. El segundo de Gamelin, general Georges, movilizó hacia allí a varias divisiones de la reserva el 11 de mayo, el día antes de que las primeras unidades alemanas alcanzasen el río. Los generales franceses pensaban que tendrían tiempo para desplazar allí la infantería y los blindados, porque estimaban que los alemanes tardarían hasta el 20 de mayo en disponer de suficiente artillería e infantería para forzar el cruce del río. Y ése era exactamente el plan de Halder.

El 13 de mayo, los bombarderos de la Luftwaffe llevaron a cabo 3.940 salidas, bombardeando masivamente las posiciones francesas, mientras dos escuadrones de stukas realizaban otras trescientas misiones de ametrallamiento y bombardeos en picado. La Luftwaffe ya se había ganado el sobrenombre de «artillería volante» en Polonia, donde había perfeccionado las acciones de ataque sobre campos de batalla y sobre el suelo que previamente había ensayado en la guerra civil española. Göring lanzó sobre el Meuse ocho horas de bombardeos continuos, sin precedentes en su ferocidad y nunca vueltas a igualar por la propia Luftwaffe. No lograron destruir los nidos de ametralladoras ni los búnkeres franceses, pero sí que acabaron con la moral de las tropas.[11] Durante toda aquella tarde, la infantería motorizada alemana ligada al 19.º Panzer Korps de Guderian, y el Regimiento de Infantería de élite Grossdeutschland intentaron forzar el cruce del río. Gracias a sus 103 fortines, la primera línea francesa resistió y logró arrinconar a los alemanes. A última hora de la tarde, los ingenieros de asalto del regimiento Grossdeutschland penetraron en una zona de la orilla protegida del fuego lateral de los fortines por una curva del río. A medianoche, los alemanes habían cruzado el Meuse en tres lugares, aunque en Monthermé sólo ocupaban una pequeña franja de 1,5 kilómetros, y sus cabezas de puente en Sedán y Dinant seguían siendo muy vulnerables.

Si los alemanes habían atacado precipitadamente, sufriendo graves bajas para conseguir que sus botes de goma pudiesen cruzar el río, los franceses se habían quedado atascados en su doctrina táctica de la «batalla metódica», esperando a recibir refuerzos de blindados y artillería antes de atacar la cabeza de puente de Guderian en Sedán al amanecer del 14 de mayo. La posición alemana había sido precaria la noche anterior, pero se las habían arreglado para reunir suficientes tanques durante la noche para hacer frente al asalto de los tanques franceses y destruirlos. Desobedeciendo las órdenes, la infantería francesa comenzó a retirarse. El pánico se contagió a la vecina 71.ª División de Infantería, cuyas tropas empezaron a huir antes incluso de que la batalla les alcanzase. A lo largo de todo el día, los bombarderos franceses y británicos intentaron destruir los puentes flotantes alemanes. Volando en pequeños grupos de entre diez y veinte aviones, produjeron

grandes bajas, pero no alcanzaron sus objetivos. Les faltaba la precisión en el bombardeo en picado de los stukas alemanes, o la táctica de bombardeo masivo que los bombarderos medios habían desplegado el día anterior. Según las órdenes de Halder, tras ganar sus cabezas de puente, el Panzer Korps debía mantenerse allí y salvaguardarlas, mientras el grupo de las Divisiones de Infantería alemanas cruzaban el Meuse. Esto dejaría a los ejércitos alemanes libres para plantear una clásica batalla de envolvimiento o, si los ejércitos aliados eran capaces de llegar hasta ellos desde Bélgica, preparar un encuentro abierto en el que los alemanes tendrían la ventaja de presionar desde dos lados. Cuando Guderian pidió ampliar su cabeza de puente a veinte kilómetros, tanto Kleist como Rundstedt se atuvieron al plan y le ordenaron que se quedase en los ocho kilómetros.[12]

Aquel día se produjeron nada más y nada menos que cuatro comunicados especiales en Alemania, reduciendo la ansiedad colectiva: «Amplias secciones de la población opinan en este momento que hay una "campaña relámpago" en el oeste», informó el SD, comunicando también la confianza en que «la Luftwaffe ha conseguido asegurar su predominio en el aire desde el principio». Tras haber temido una repetición de la guerra estática de 1914-1918, el pueblo alemán estaba fascinado por la captura por parte de los paracaidistas de Eben Emael, «el fuerte más poderoso», según decían, de toda Europa.[13]

Al día siguiente, 15 de mayo, Guderian y el comandante de la 7.ª División Panzer, Erwin Rommel, desobedecieron las órdenes directas y salieron de los límites de sus cabezas de puente en Sedán y Dinant. En lugar de girar hacia el sur y atacar la Línea Maginot por detrás, como esperaban los franceses, se dirigieron hacia el oeste y el noroeste. La columna de Rommel se encontró con la 1.ª División de Blindados de la Reserva, con sus temibles tanques pesados Char-B. La mayor parte de los carros franceses estaban repostando en ese momento, y en el combate, los alemanes lograron inutilizar cien tanques, destruyendo la división francesa. Los dos comandantes alemanes siguieron adelante. Guderian cubrió los ochenta kilómetros hasta Marle y Rommel hizo cien kilómetros, cruzando el río Sambre en Le Cateau. Los siguientes dos días, 17 y 18 de mayo, los

dedicaron a comer, dormir, repostar y reparar los vehículos alcanzados, mientras algunas unidades de infantería motorizada eran enviadas a reunirse con las Divisiones Panzer que habían quedado aisladas.[14]

Respaldados por el inmediato soporte aéreo de la 8.ª Flota Aérea, las divisiones acorazadas demostraron que podían operar como una fuerza de ataque independiente. Con su experiencia en logística y comunicaciones en la Primera Guerra Mundial, Guderian había dado mucha importancia al hecho de que las Divisiones Panzer tuviesen buenas conexiones de radio, y ahora se beneficiaba de unas excelentes comunicaciones tierra-aire. Más adelante, en cuanto los oficiales de enlace solicitasen por radio soporte aéreo, los stukas responderían rápidamente, a veces en tan sólo diez minutos, destruyendo posiciones fortificadas, rompiendo la retaguardia del enemigo y protegiendo a los tanques de ataques por los flancos. Las divisiones acorazadas llegaron tan lejos hacia el oeste del cuerpo principal de los ejércitos aliados, que evitaron todo contacto durante largo tiempo. Fue un movimiento que asombró tanto al Alto Mando francés como al alemán. La tremenda velocidad, prácticamente sin respuesta, de aquellas fuerzas trabajando conjuntamente, provocó en los hombres de infantería que las seguían un delirante sentimiento de potencia desenfrenada. Las tropas, privadas de sueño, se mantenían en pie gracias a 35 millones de tabletas de Pervitin e Isophan. Cuando las provisiones militares empezaron a escasear, los hombres escribían a sus casas pidiendo a las familias que les comprasen anfetaminas sin receta. Al anochecer del 20 de mayo, una exultante unidad de reconocimiento de la 2.ª División Panzer alcanzó Noyelles-sur-Mer y pudo contemplar el canal de la Mancha más allá del estuario del Somme.[15]

Desde el comienzo de los combates diez días antes, muchos alemanes no habían apagado sus aparatos de radio. A pesar de los despachos a lo largo del día, según informaba el SD, la gente esperaba a oír el último boletín de la Wehrmacht a medianoche. Las noticias de que las fuerzas alemanas habían «penetrado hasta el Canal y completado el envolvimiento de los grandes ejércitos enemigos elevó al máximo la tensión entre la población y provocó en todas partes una renovada excitación». Comenzaron

a extenderse las especulaciones en torno a la idea de que Francia caería enseguida y que inmediatamente después se produciría la invasión de Gran Bretaña, «con el deseo frecuentemente expresado de que, esta vez, Inglaterra va a experimentar la guerra en su propio territorio». Los comentarios militares que hacía por radio el oficial del Ministerio de Propaganda Hans Fritzsche demostraron ser tan populares, que el SD los consideró como el perfecto antídoto contra la escucha de emisoras de radio enemigas. Göring eligió ese momento para revelar a la prensa que el Führer había planeado la campaña en su totalidad, llegando hasta los pequeños detalles de las acciones individuales. En ese momento, tan sólo los bombardeos enemigos sobre las ciudades alemanas del oeste seguían causando alarma y provocaban cada vez más peticiones de represalias.[16]

Ernst Guicking estaba de permiso cuando comenzó la ofensiva en el frente occidental, y tardó doce días en reunirse con su regimiento en Luxemburgo. «Ayer todavía en el barro bajo el fuego en la Línea Maginot y en las aguas pantanosas de Luxemburgo, y esta mañana estamos al lado de los franceses», le escribió a Irene el 28 de mayo. Tras haberse perdido el inicio de la campaña, se sentía feliz de formar parte de ella: «Irene, esto nos llena de un orgullo especial». Igual que al hablar del fuego de mortero, Ernst adaptaba aquí una canción popular de marineros, «Esto no puede afectar a un recluta». Él y sus camaradas estaban empapados día y noche, y obligaban a las mujeres a probar el agua que iban a beber porque temían que los pozos estuviesen envenenados. Preferentemente, apagaban su sed con vino. El domingo 2 de junio, caminaron 35 kilómetros antes de acampar. Un barril de vino de doscientos litros fue vaciado. Sacrificaron una vaca y la colgaron de un árbol para cortarla. Los vecinos, informaba Ernst, no hacían más que repetir

> *«Bon Alleman[d].»* No se oye otra cosa. No saben decir nada más. Y cuando preguntan: «¿Adónde?», les decimos: «a París», a «Monsieur Daladier». Entonces echan a correr gritando: *«Oh la France, grand malheur, grand malheur»*. Nos morimos de la risa. Irene, te lo digo, no puede haber una campaña mejor que ésta.

A decir verdad, afirmaba, «la tierra donde los sueños se vuelven realidad no es nada comparada con esto». En cuanto a los combates, estaba contento de haber «pasado el bautismo de fuego maravillosamente bien». El constante zumbido de lo que él suponía que serían unos 1.500 aviones alemanes le había dado dolor de cabeza, pero buena parte de la campaña era como hacer deporte. «Parecemos cerdos. Pero Dios no podría habernos dado una campaña mejor. Miles de prisioneros.»[17]

El joven Hans Albring, que acababa de terminar la enseñanza secundaria, comenzó la campaña en el oeste anhelando ver las grandes catedrales francesas. Mientras se respaldaba moralmente sintiéndose como Cristo ante «esta terrible Pasión, que nuestros soldados, pero especialmente los franceses, están sufriendo», con la ayuda de un diccionario leía a Racine y a Paul Claudel en su trinchera. Ferviente católico de la llanura de Münster, Hans le confiaba a su mejor amigo, Eugen Altrogge, que había tan pocos capellanes militares que temía «no tener oportunidad de confesar y comulgar». También se preguntaba por qué los franceses odiaban tanto a los alemanes. «Los negros son especialmente malos», confesaba. «Se cuelgan de los árboles y son buenos tiradores.» Cada nuevo día llenaba a Albring de impresiones contradictorias. En un momento dado estaban horneando pasteles de patata y bebiendo viejos burdeos, alegrándose por la cantidad de auténtico café del que disponían; al día siguiente, habían llegado a un campo lleno de animales que se pudrían panza arriba, «con las patas al aire como caballitos de madera». A lo largo del camino vieron «un montón de negros tirados en el suelo, espantosamente deshechos –con toda probabilidad, soldados franceses de la colonia de Senegal– y «por todas partes [hay] cruces cubiertas de cascos de acero en tumbas recientes». Le pedía a su amigo que no dijese ni una palabra de todo eso a su familia, que lo creían a salvo en la retaguardia. Después de que una bomba cayese a doscientos metros de distancia, Hans le mencionó a Eugen la gran cuestión personal de todas las guerras: «Si yo... y tú no, quédate mis libros y mis fotos. Las cartas deben quemarse».[18]

Eugen tranquilizó a su amigo: «Creo en tu buena estrella, no te ocurrirá nada», le contestó. «Nos necesitamos el uno al otro para el futuro [...] *Pax*

Domini sit semper tecum [Que la paz del Señor esté siempre contigo].» Entretanto, el servicio militar había llevado a Eugen hasta Viena, desde donde se manifestaba enfadado por estar tan lejos de la batalla, condenado a pasar las veladas yendo a la ópera. Desde el gallinero, enseguida le resultaron familiares los otros rostros, y pagó tan sólo 75 peniques por ver a Lehár y a Puccini («fácil de escuchar»). Como la mayor parte de sus conciudadanos, prefería Verdi a Wagner, y pensaba que su «gran sentimiento y sus melodías rotundas que expresan poder y delicadeza son mucho más agradables». Por encima de todo, le cautivaba el *Don Giovanni* de Mozart, especialmente el descenso final a los infiernos. Le emocionaba que el joven aspirante a artista pudiese pensar en cómo podía «bailar entre los muertos y los demonios». Mientras que Hans estaba en campaña, Eugen vivía aún totalmente en paz.[19]

Fritz Probst iba siguiendo el frente a lo largo de Bélgica en un autobús, reconstruyendo los puentes destruidos por belgas y franceses en su retirada. Mientras que Hans Albring se preocupaba por esconder los peligros a los que se enfrentaba de su familia, aquel hombre de treinta y tres años se jactaba ante su esposa Hildegard de que «estamos cerca del frente y pertenecemos a las tropas de combate». Su ansiedad por evitar el estigma de estar sirviendo en la retaguardia era más poderosa que su preocupación por tranquilizarla a ella sobre su seguridad. Ocasionalmente, llegaban a algún pueblo que había cambiado de manos sin sufrir, pero allí donde los franceses habían combatido, los stukas no habían dejado nada intacto.[20]

Mientras la batalla aún se estaba propagando rápidamente en Francia y Bélgica, los periodistas de la radio alemana y los cámaras comenzaban a llevar las imágenes y sonidos del conflicto a sus audiencias. Tres noticieros cinematográficos sucesivos acompañaron la campaña de Francia, doblando su extensión hasta los cuarenta minutos. Incrustados en las unidades de combate, los cámaras alemanes tenían un acceso al frente sin parangón; además, hacían repetir ciertas escenas especialmente para las cámaras. La gente se asombraba de los riesgos que estaban corriendo los reporteros para llevarles imágenes de los combates, conteniendo la respiración y chillando cuando contemplaban las escenas de destrucción. Con la intención de dar a

los espectadores la sensación de estar siendo testigos de los acontecimientos, las cámaras a menudo ofrecían primeros planos de los rostros de los soldados tomados ligeramente desde abajo, poniendo de relieve sus rasgos angulosos y endurecidos por la batalla. Con el añadido de efectos de sonido y un acompañamiento musical dramático –a menudo adaptaciones de piezas clásicas hechas por el compositor Franz R. Friedl–, los noticieros cinematográficos pretendían acercar a los espectadores a los combates y abrumarlos. No eran los habituales informativos del cine, sino una experiencia total desde el punto de vista visual, acústico y emocional, con la creciente tensión intensificada y canalizada por las voces en off: «Nuevos tanques alemanes preparados para atacar, preparados para el poderoso avance. Son como los caballeros de la Edad Media. Tan móviles como la caballería lo fue en la última guerra». Muchos cines «no podían dar abasto a la afluencia de público», escribía el *Film-Kurier*, y algunos ofrecían más de diez pases al día. Las luces se encendían después del noticiero, estableciendo así la costumbre de un intervalo para dar a los espectadores tiempo a calmarse y a hablar entre ellos. Mucha gente se iba antes de que empezase el largometraje de turno, pues no querían estropear lo que acababan de ver con una «película superficial».[21]

El 24 de mayo, mientras Calais aún estaba sitiado, Hitler y Rundstedt decidieron detener los tanques, para permitirles que hiciesen ciertas reparaciones urgentes y pudieran dirigirse luego contra los ejércitos franceses en el sur, dejando a la Luftwaffe la responsabilidad de enfrentarse a las divisiones aliadas que avanzaban lentamente hacia el territorio de Dunquerque en torno al canal. Tras haber mantenido la supremacía en el aire durante la mayor parte de los diez días anteriores, en ese momento, la Luftwaffe fracasó inesperadamente. Consiguió bombardear las playas y hundir muchos barcos, incluidos nueve destructores, y también limitar las acciones de los Aliados durante la noche, pero demostraron ser incapaces de evitar la evacuación de 338.000 soldados británicos y franceses. Volando desde sus bases en el sur de Inglaterra, la RAF jugó un papel fundamental al desafiar el poderío aéreo alemán, haciendo 4.822 salidas entre el 26 de

mayo y el 4 de junio. Por primera vez, las pérdidas alemanas en el aire fueron considerablemente mayores que las de los Aliados.[22]

Mientras viajaba en un camión y en una furgoneta de señales, Hans Albring disponía de más tiempo para escribir que el soldado de infantería Ernst Guicking. Con ambiciones de llegar a ser un artista, intentaba bosquejar retratos con palabras de sus impresiones en rápido movimiento: el anciano en la granja que miraba en amargo silencio a través de sus párpados arrugados, el oficial capturado junto a la carretera, que observaba a los alemanes victoriosos «tranquila y fríamente, muy sereno, con una calma terrible y extrema». En Poitiers, la belleza de los frescos del antiguo Baptisterio le conmovió, y temió por la pérdida de todas aquellas vidrieras. Las rollizas mujeres bien alimentadas parecían salidas de un lienzo de Van Eyck. Desde los cerdos que no paraban de gruñir en las pocilgas en las que a veces dormía hasta las cantidades prodigiosas de mantequilla, queso, carne, mermeladas caseras, pan blanco como la nieve y vino tinto, denso como el aceite, la abundancia que encontraba en Francia le tenía asombrado. Encantado de encontrar una copia de *Canción antes de la batalla* de Hölderlin, se refugió en los versos del poeta romántico. En cuanto a los combates, tan sólo fue capaz de describir los rostros a posteriori de sus camaradas: «Les faltaba animación, ninguno hablaba o se reía». Estaban apagados y como «atontados». Igual que otros muchos soldados, Albring tenía palabras para todo excepto para la batalla.[23]

Sesenta y cinco divisiones francesas habían sido enviadas a una nueva línea detrás de los ríos Somme y Aisne, que conectaba la Línea Maginot con la costa. El 5 de junio, los alemanes atacaron, rompiéndola rápidamente a través de numerosos puntos a lo largo del Somme y empujando el frente al completo hacia el Sena. El Gobierno francés huyó el 10 de junio, declarando París ciudad abierta. Cuatro días después, las tropas alemanas entraban en la capital. El 15 de junio, Divisiones de Infantería del 7.º Ejército alemán atacaron en el Rin, capturando las ciudades de Colmar y Estrasburgo. El tercer noticiero cinematográfico de la campaña se basó en la infantería y la artillería alemanas, asegurándose de que cada una de las ramas del servicio tuviese su cuota. Los espectadores se emocionaban con

las imágenes de la rutina diaria de los soldados de a pie. Irene Guicking esperaba llegar a ver a Ernst. Ante tantos rostros «riéndose ante la cámara, en cada soldado te veía a ti y me sentía contenta». Si el Führer tuviera que organizar un regimiento de mujeres, cavilaba, no dudaría en unirse a él.[24]

El 18 de junio, el Ejército francés comenzó a hacer volar los puentes sobre el Loira, y el nuevo Gobierno del mariscal Pétain solicitó el armisticio. Mientras comenzaban las negociaciones, los alemanes siguieron adelante. Tanto la unidad de Ernst Guicking como la de Fritz Probst se dirigieron hacia el sur, hacia Dijon. Probst se quejó de cómo los prisioneros franceses holgazaneaban en los campos, mientras él y sus camaradas reconstruían lo que ellos habían destruido: «¿De verdad eso está bien?», le escribió a Hildegard. De pronto, entraron en un paisaje que la guerra no había alterado. Acuartelados en una fábrica de chocolate, a Probst y sus camaradas se les dieron órdenes de no proceder a saqueos para enviar golosinas a casa, aunque sí podían atiborrarse ellos.[25]

En Polonia, Wilm Hosenfeld sentía que se estaba perdiendo la guerra. A sus cuarenta y cinco años, Hosenfeld era una generación mayor que los jóvenes oficiales de su unidad. Era un veterano de la guerra anterior, y padre de cinco hijos. El mayor, Helmut, acababa de ser llamado para incorporarse al servicio médico, y sus padres se sentían aprensivos. Wilm intentaba asegurarle a su mujer que la guerra habría terminado antes de que Helmut llegase a servir, mientras que a su hijo le escribía: «Mejor si te quedas donde estás; me alegro de ser soldado por ti. Y además, tu madre ya está sacrificándose bastante por todos nosotros». Esto no servía para enfriar el entusiasta idealismo de Helmut, y Wilm intentaba avisarle de que la guerra era como cualquier desastre natural «u otra catástrofe», y que Dios enviaba guerras al mundo porque «la gente pertenece en gran medida al Demonio». Basándose en las enseñanzas católicas, concluía «que los inocentes tengan también que sufrir es el secreto del sufrimiento en nombre de los demás que Jesús cargó sobre sí mismo». Wilm le reconoció a su mujer que hubiera preferido un destino en el oeste, pero se apresuraba a asegurarle a Annemie que «mi vida no me pertenece y mi sentido de la aventura [...] se enfría cuando pienso en ti y en los niños». Aunque la

responsabilidad familiar fuese más poderosa que la gloria, no podía apagar su anhelo de la victoria heroica que había esquivado a su generación en 1918.[26]

La generación más joven se sentía aún más frustrada. En el tercer mes de su entrenamiento militar en Brünn, Helmut Paulus comprendió que tanto él como sus camaradas habían nacido «después de todo demasiado tarde». Aunque había intentado alistarse como voluntario ya en agosto de 1939, se estaba perdiendo la guerra. Convencido de que los británicos se rendirían, sus meses de preparación le parecían ahora un despilfarro. Ansiosos de colaborar en algún servicio relacionado con la guerra, los adolescentes asediaban las oficinas del Servicio de Trabajo del Reich para averiguar cuándo se les llamaría a trabajar. Por el momento, el cuerpo de Inspectores de Armamento informaba de que incluso los trabajadores de los tan deseados empleos libres de reclutamiento estaban impacientes por incorporarse a filas.[27]

Poco después de la caída de París, otro noticiero cinematográfico asombró a los espectadores con su presentación de la batalla de Dunquerque rodada desde la carlinga de un stuka. Los espectadores se lanzaban con el avión hacia los barcos de transporte británicos allá abajo. Era una técnica cinematográfica que ya se había utilizado en la cobertura de la campaña de Polonia, pero cuando la vertiginosa velocidad de los bombarderos en picado se unía a la banda sonora de sus propios motores junto con una música de fondo in crescendo, aquello removía las tripas. Los planos nocturnos de tanques de gasolina ardiendo y los nudos ferroviarios bombardeados durante el día proporcionaban también imágenes muy precisas de los bombardeos. Desde el inicio de la guerra, Goebbels se empeñaba en convencer a los alemanes de que los ingleses eran cobardes y traidores: ahora, Dunquerque era una buena oportunidad para que esas acusaciones se grabasen a fondo. Los «Tommies», que se habían dedicado a bailar en los clubs nocturnos en los frentes de Francia, los Países Bajos y Bélgica, simplemente habían abandonado a sus aliados a la primera señal de ataque.[N1] Mientras que los consternados prisioneros franceses eran una prueba del verdadero impacto de las armas alemanas, las expresiones

tranquilas y satisfechas de los prisioneros británicos sugerían que habían abandonado el combate con mucha facilidad. [28]

Por toda Alemania, los espectadores retrocedían horrorizados y repugnados ante la imagen en la pantalla de las tropas del África occidental francesa: «Los franceses y los ingleses sueltan a semejantes animales contra nosotros. ¡Que el diablo se los lleve!», y «¡Ésta es una infamia para las naciones civilizadas que denigra a Inglaterra y a Francia para siempre!». Eran exclamaciones típicas. En Reichenberg, las mujeres confesaban que se sentían paralizadas de miedo ante aquellos rostros «de color», y sólo recuperaban el aliento cuando los soldados alemanes volvían a aparecer en pantalla. En muchos cines, según el SD, los espectadores gritaban: «¡Matad a tiros a esas bestias negras en cuanto los hagáis prisioneros!». Fritz Probst estaba de acuerdo, y advertía a su mujer que «ninguno de ellos hubiera sobrevivido si esa chusma hubiese llegado a Alemania». De lo que nunca se informó, salvo en cartas privadas como las de Hans Albring, fue de la matanza de varios miles de soldados senegaleses que intentaban rendirse o ya estaban cautivos. En Polonia, se habían producido mutilaciones y descuartizamientos de cuerpos colgados de los árboles tanto de civiles como de militares polacos. En Francia, sólo los soldados negros eran tratados de esa manera, siendo torturados y asesinados. Con aquellos actos de represalia, los alemanes estaban vengándose también de los recuerdos una y otra vez repetidos de la ocupación francesa de Renania en 1923, entre los cuales destacaba la explotación sexual de mujeres alemanas por tropas coloniales de negros. Incluso en aquella campaña del oeste que en términos generales fue «limpia», el Ejército alemán cometió atrocidades raciales.[29]

El 22 de junio, los franceses se rindieron. Hitler insistió en que se aplicase un armisticio exactamente igual al de noviembre de 1918, y el siguiente noticiero cinematográfico culminaba con la aceptación de los términos propuestos por Alemania en el mismo vagón de ferrocarril en el claro del bosque de Compiègne en el que el Primer Reich había tenido que firmar su armisticio impuesto en 1918. Después, en un clásico gesto de resarcimiento, el vagón fue llevado a Berlín y exhibido al pie de las escaleras del Museo de Antigüedades. No podía haber un símbolo más claro

de que el desenlace de la guerra anterior había sido por fin revertido. A medida que el alcance de la victoria quedaba claro, la gente se lanzaba a las calles y las plazas para improvisar fiestas de celebración, aunque las sirenas de ataque aéreo obligaron a muchos a protegerse y oír la información de la radio en los sótanos. Cuando Hitler ordenó que las campanas tañesen durante una semana y las banderas ondeasen diez días, el SD no tuvo ningún problema en describir cómo «tras la tempestuosa emoción de las últimas semanas», el estado de ánimo de la nación «había dejado paso a un humor festivo, de una tranquila y orgullosa alegría y agradecimiento al Führer y a la Wehrmacht».[30]

Durante la década de 1920, a los niños alemanes les habían enseñado a ver a Francia como «el enemigo hereditario». Ahora, como un monstruo mitológico, yacía vencido. Toda la buena suerte y la improvisación que habían intervenido en la victoria fueron rápidamente reconvertidas en una doctrina sobre la invencible guerra móvil, mientras Wilhelm Keitel encabezaba los elogios a Hitler como «el mayor caudillo militar de todos los tiempos». El noticiario *Wochenschau* llevó a todos los cines las imágenes de las filas perfectas de soldados marchando desde el Arco de Triunfo parisino hacia la brillante luz del sol. Pero Hitler les robaba el protagonismo, al ser recibido en todo el Reich en cuanto aparecía en pantalla con estruendosos aplausos y gritos de *«Heil!»*. Entonces, en medio de un silencio reverencial, los espectadores se aprestaban a ver cómo se sentaba con sus generales. La gente se sentía preocupada por su seguridad personal al verle circular entre columnas de prisioneros cerca del frente de batalla. Pero cuando le veían bajarse del coche y sonreír, los espectadores recuperaban colectivamente el aliento. Olvidando que Gran Bretaña aún no había sido derrotada, y olvidando también –brevemente– sus quejas por la escasez de provisiones y la corrupción de los «peces gordos», la euforia de los alemanes se centraba en él. Incluso los proverbialmente hoscos suabos reconocieron «totalmente, con alegría y gratitud la grandeza sobrehumana del Führer y su trabajo». Tras la conquista de Polonia, pocos alemanes habían tenido ganas de celebraciones. Pero ahora el clamor por ver nuevas fotos del Führer se veía acompañado por cariñosos debates sobre sus

expresiones. Hasta los duros distritos obreros que habían conocido las luchas callejeras entre las tropas de asalto nazis y los comunistas a principios de los años treinta, ahora sucumbieron al fin.[31]

Mientras aún esperaba a ser llamado a filas en su instituto de Solingen, August Töpperwien había saludado la campaña del oeste asumiendo que «Todos nosotros tenemos que reconocer que aquí se están tomando verdaderas decisiones históricas, ¡ejecutadas por Adolf Hitler! Aquí no cuenta "lo bueno" o "lo malo", sino "lo históricamente poderoso" y "lo históricamente inane"». Aunque esa moda de leer a Nietzsche como un filósofo del poder situaba la guerra «más allá del bien y del mal», Töpperwien descartaba sus propios escrúpulos morales ante el terrible poder aéreo desatado sobre los civiles franceses diciéndose a sí mismo que «sólo una nación que ha dado lugar a *Nietzsche* puede acceder a nuestro destructivo potencial aéreo» (la cursiva es suya). Dirigiéndose a la conferencia de pastores protestantes de Baviera, el obispo Meiser declaró que

> el cálido aliento de la historia nos golpea el rostro. Sin duda alguna, no somos capaces de captar la grandeza del acontecimiento mundial que está ocurriendo. [...] un nuevo mundo está alzándose sobre las profundidades primigenias del ser. Nuestro pueblo alemán se sitúa en el centro de este acontecimiento. Él es la fuerza nuclear a partir de la cual una nueva voluntad transmutada se extiende por toda la tierra.[32]

La victoria fue dulce porque pareció asombrosamente fácil. Al llegar al Loira, un soldado suabo se sintió sorprendido: «¿Dónde está el enemigo?», se preguntaba. «A la derecha, dos hombres desaparecen entre los arbustos. Pero del enemigo, ni rastro. ¿Dónde están los *poilus*?».[N2] La Wehrmacht publicó esta carta privada en un volumen conmemorativo que pretendía que la experiencia de la guerra arraigase en la memoria popular. Hitler había librado al pueblo alemán de un conflicto semejante a la guerra anterior que había costado a Alemania casi dos millones de soldados muertos. En Berlín, en 1917, el daño causado por las muertes de militares había sido superado por los estragos entre los civiles, a medida que el hambre, el frío y la enfermedad sembraban la devastación en la ciudad. A diferencia de la

phoney war en Gran Bretaña y la *drôle de guerre* en Francia, los alemanes no experimentaron los ocho largos meses de malos presagios que transcurrieron entre septiembre y mediados de mayo como una *Sitzkrieg*, sino más bien como «una guerra de nervios», en palabras del SD.[N3] Cuando al fin empezaron las temidas batallas en el oeste, las primeras noticias de los boletines habían confirmado una sensación universal de que se estaban repitiendo las batallas de Flandes y que se producirían matanzas inminentes. Pero en vez de eso, a finales de junio de 1940, Ernst Guicking estaba en Tolón, comiendo

> primero, una pata de cerdo, luego ternera asada, salchicha con guarnición y, para terminar, un maravilloso postre. Albaricoques con cerezas. Para acompañarlo, dos botellas de vino tinto. Y todo el lote ha costado el precio imposible de nueve francos. Eso son 75 peniques alemanes. Sí, sí, tienes razón. Estamos viviendo como «Dios en Francia».[33]

En el verano de 1940, la Wehrmacht informó de 26.500 muertos en la campaña francesa. Las estadísticas estaban algo rebajadas y debieron revisarse al alza, pero incluso así no había comparación con los 2.055.000 muertos de la última guerra: el país había perdido en total 61.500 hombres en la conquista de Polonia, Dinamarca, Noruega, los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo y Francia. El último noticiero cinematográfico de la campaña en el oeste mostraba a Hitler ofreciendo un homenaje silencioso frente a un pequeño grupo de tumbas de muertos alemanes de la guerra antes de aceptar la rendición francesa en Compiègne. Al fin había llegado el momento de poner también punto final al conflicto con Gran Bretaña y restaurar la paz que la población en su conjunto tanto deseaba.[34]

El 18 de julio de 1940, la 218.ª División de Infantería volvió a Berlín. Multitudes de personas agrupadas en más de veinte filas se alineaban a lo largo del nuevo Eje este-oeste, con atrevidos espectadores subidos a los árboles, los postes de la luz y las esculturas para tener mejores vistas. Las multitudes tiraban confeti y flores a las tropas, mientras las bandas militares interpretaban música. Tras desfilar a través de la Puerta de Brandeburgo hasta la Pariser Platz, la división fue recibida por el *gauleiter* de la ciudad,

Joseph Goebbels, quien recordó a la multitud festiva que la última vez que unas tropas habían desfilado bajo aquella puerta había sido el 16 de diciembre de 1918, cuando los regimientos de la Guardia Prusiana que regresaban fueron asaltados por «pistoleros y huelguistas»: «¡Esta vez no!», gritó.[35]

La tarde siguiente, Hitler se dirigió al Reichstag en el teatro Krolloper. Se habían colocado coronas funerarias en los seis asientos de los diputados que habían muerto en acción. El periodista estadounidense William Shirer, de nuevo sentado en el anfiteatro, nunca había visto tantos galones dorados y uniformes militares. La prensa se preguntaba si Hitler iba a anunciar «una nueva *Blitzkrieg* –esta vez contra Gran Bretaña– o una oferta de paz». Después de que Hermann Göring se abalanzase al sillón de presidente de la Cámara y la audiencia guardase silencio, Hitler habló durante más de dos horas sobre el curso de la guerra y la campaña militar. Tras saludarles con su brazo extendido, ascendió a veinte generales al rango de mariscales de campo; ellos se cuadraron y le saludaron a su vez. Como Göring ya poseía ese título, Hitler creó el nuevo rango de «mariscal del Reich» para él. Shirer consideraba ese discurso como una de las actuaciones más espectaculares de Hitler. No hubo ninguna nota de histeria, observó el periodista estadounidense; en vez de eso, la voz del Führer sonó un poco más grave de lo habitual, y el movimiento de sus manos y su cuerpo fue tan expresivo como sus palabras. «El Hitler al que vimos esta noche en el Reichstag», escribió Shirer unas horas después, «era el conquistador, consciente además de ello y, al mismo tiempo, tan maravilloso actor, tan magnífico manipulador de la mente de los alemanes, que mezcló extraordinariamente la confianza absoluta de los conquistadores con esa humildad que siempre es tan bien recibida por las masas cuando saben que un hombre está en lo más alto.»

Al final, Hitler «extendió su mano» para ofrecer la paz: «En esta hora, siento que es mi deber ante mi propia conciencia apelar una vez más a la razón y al sentido común. No puedo encontrar ninguna razón por la que esta guerra deba proseguir». El auditorio permaneció tenso y expectante mientras Hitler adoptaba un tono más de tristeza que de enfado. «Me siento

afligido al pensar en los sacrificios que significaría. Me gustaría avisarles a ellos, además de a mi propio pueblo.» Recordó a su audiencia su oferta de paz del mes de octubre y lamentó que «a pesar de todos mis esfuerzos, no he logrado la amistad de Gran Bretaña». La BBC emitió el rechazo oficial de Halifax a la nueva iniciativa de paz de Hitler tres días después.[36]

El Führer podría haber juzgado equivocadamente al Gobierno británico, pero no el estado de ánimo de los alemanes. Con la magnanimidad del verdadero conquistador, Hitler le había dado a Gran Bretaña una posibilidad para acabar el conflicto, y toda la responsabilidad de prolongarlo. Incluso antes del rechazo formal por parte del Gobierno británico, algunos alemanes se preguntaban si la oferta de su Gobierno a la «parte auténticamente culpable y ansiosa de la guerra en este conflicto» no habría sido demasiado generosa. No eran únicamente los apolíticos Irene y Ernst Guicking los que esperaban que el Führer «no fuera demasiado clemente». Incluso Wilm Hosenfeld dejó a un lado sus sentimientos compasivos basados en la religión cuando le escribió a su mujer, «Ahora la guerra sólo se puede decidir mediante la fuerza bruta. Los ingleses lo han querido así». Este hombre que se había sentido tan avergonzado de la violencia de la que había sido testigo en Polonia, ahora estaba seguro: «No, no debemos lamentarlo por ellos. Hitler ya les ha ofrecido suficientes veces la mano de la paz».[37]

*

Cinco días antes del discurso de Hitler en el Reichstag, el 14 de julio de 1940, Churchill le había prometido al mundo que Gran Bretaña estaba preparada para seguir la guerra sola. El 3 de julio, la Marina Real británica había hundido la flota francesa anclada justo a la costa de Túnez, para evitar que cayese en manos alemanas, una acción que Churchill describió como «un triste deber». Para el nuevo Gobierno de Vichy, cuyo control sobre la Armada francesa estaba asegurado por los términos del armisticio, aquel ataque no provocado se convirtió en una traición por parte de su reciente aliado. Ésa era igualmente la imagen de Gran Bretaña que la propaganda

alemana había estado cultivando todo el verano: el 4 de julio, la Oficina de Información alemana lanzó algunos fragmentos de documentos capturados que detallaban los planes aliados para bombardear los campos de petróleo soviéticos de Oriente Medio, una operación que pretendía interrumpir los suministros soviéticos de gasolina a Alemania, pero que la Oficina de Información se permitió describir como un deshonesto intento de los Aliados para extender el conflicto.[38]

El 1 de septiembre de 1939, el presidente estadounidense Roosevelt había hecho un llamamiento a todas las potencias europeas para que se comprometiesen a no realizar ataques aéreos por sorpresa sobre civiles y ciudades «abiertas». Hitler y Chamberlain habían aceptado la propuesta aquel mismo día, mientras los gobiernos británico y francés hacían una declaración conjunta afirmando que ellos no serían los primeros en recurrir a semejantes acciones. A medida que se iban sucediendo los acontecimientos, los británicos señalaban los bombardeos de la Luftwaffe sobre Varsovia y Róterdam como la principal violación del acuerdo, mientras que la propaganda alemana clamaba que esas ciudades habían sido defendidas militarmente: hasta que se rindieron, convirtiéndose en ciudades «abiertas» como París, habían sido legítimos objetivos militares.[N4] Para el pueblo alemán, en cambio, el «asesinato de niños en Friburgo» del 10 de mayo de 1940 señalaba el punto en el que los británicos, supuestamente, habían roto de forma unilateral el compromiso de evitar los centros de población civil. Como Hitler les dijo a sus invitados una noche de dos años después, «Fueron los ingleses los que empezaron los ataques aéreos [...] Los alemanes siempre nos sentimos contenidos por ciertos escrúpulos morales, que para los ingleses no significan nada; para ellos, esa actitud es tan sólo una prueba de debilidad y estupidez». Este «hecho» fue mantenido ante la opinión pública internacional, apareciendo de manera prominente en una publicación de 1943 del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán dirigida a los países neutrales, su *8.º Libro Blanco: Documentos sobre la culpabilidad exclusiva de Inglaterra en el bombardeo durante la guerra contra poblaciones civiles.*[39]

Friburgo pudo haber sido una ficción muy conveniente, pero en la noche del 11 de mayo de 1940, la RAF lanzo su primer ataque aéreo por sorpresa sobre Alemania, contra Mönchengladbach, en el Ruhr. En las semanas que siguieron a la capitulación de Francia, la RAF reforzó sus ataques nocturnos, enviando cientos de bombarderos a la vez. Entre los ataques por sorpresa más significativos, el que se produjo sobre Dortmund en la noche del 23 al 24 de junio dejó un muerto y seis heridos, mientras que en Düsseldorf, siete personas murieron y otras siete fueron heridas. Los objetivos de la RAF eran, no obstante, tan imprecisos que en julio ya había granjas y pueblos que habían sido alcanzados. Tanto la regularidad como la falta de objetivos claros obligaron a los voluntarios de la defensa civil alemana a extremar las precauciones contra los ataques aéreos en los pueblos y ciudades de todo el noroeste de Alemania. En Hamburgo, según narraba Shirer, «la queja más importante no era por los daños causados sino por el hecho de que los ataques por sorpresa británicos les robaban el sueño», pues las falsas alarmas obligaban a toda la población de la ciudad a abandonar sus camas. El clamor a favor de las represalias crecía.[40]

En los mítines, los oradores nazis dejaban caer pistas sobre nuevas armas poderosísimas, desencadenando auténticas avalanchas de rumores sobre una invasión de Gran Bretaña. Se decía que había planeadores, como los que se habían usado en Noruega y Bélgica, que iban a lanzar paracaidistas, y que estaban ya preparados nuevos blindados y navíos en número interminable. Se hablaba de una fuerza de 2.000 stukas y potentes bombas de un nuevo tipo; de aviones a reacción capaces de volar a mil kilómetros por hora; de rayos letales y de algo que ni siquiera el SD parecía capaz de entender y que era mencionado textualmente como «"un despliegue de aire líquido con polvo de electrones", que causaba una fuerza explosiva silenciosa y una propagación de calor». A medida que iban pasando las semanas sin noticias de nuevas acciones militares, los astrólogos empezaron a gozar de un magnífico negocio. Los rumores políticos también se estaban descontrolando. Se decía que Lloyd George y el duque de Windsor (el abdicado Eduardo VIII) estaban en Berlín; que Jorge VI había abdicado y Churchill había huido. Algunos ciudadanos

interesados por la geopolítica se preguntaban en voz alta si Alemania tenía algún interés económico en preservar el Imperio británico. En realidad, Hitler se hacía la misma pregunta y se planteaba si su desmembramiento no beneficiaría a «otras potencias extranjeras» en vez de a su país.[41]

Incluso después de que su «oferta de paz» fuera rechazada, Hitler dudaba sobre su decisión final. A principios de julio, había ordenado a sus comandantes que prepararan planes de operaciones para «la guerra contra Inglaterra», pero no fue hasta principios de agosto cuando redactó una directriz a la Luftwaffe para iniciar «el ataque a Inglaterra». El día antes había ordenado al Alto Mando que comenzase a planificar una campaña militar contra la Unión Soviética, basándose en que seguía siendo el principal aliado en potencia de Gran Bretaña en el continente. El hecho de que Hitler ya estuviese pensando en conquistar la Unión Soviética antes que en invadir Gran Bretaña indica dos cosas: su reserva respecto a las posibilidades que tenía Alemania de desafiar el poder de la Marina Real británica desde el aire, y su deseo, alimentado desde hacía mucho tiempo, de obligar a Gran Bretaña a convertirse en socio de Alemania. Durante julio y principios de agosto, la Luftwaffe rodeó las costas del mar del Norte y del canal desde Noruega hasta el oeste de Francia con nuevas bases; y consiguió ganar temporalmente el control del canal, atacando con éxito los convoyes británicos, hasta que el Almirantazgo se vio obligado a detener su navegación. En Berlín, las brigadas de obreros de la construcción empezaron a levantar nuevas tribunas en la Pariser Platz en preparación de otro desfile triunfal. Esta vez estaban decoradas con grandes águilas de madera pintadas de dorado. Pero a causa del mal tiempo que hizo aquel verano en Inglaterra, el «Día del Águila», como se llamaba el ataque en código, no pudo ser lanzado hasta el 13 de agosto.[42]

Durante las primeras tres semanas, la Luftwaffe atacó los campos de aterrizaje del Mando de Caza de la RAF. El 18 de agosto fue el turno de Biggin Hill en Kent: los pilotos alemanes informaban al regresar de que habían visto el campo ardiendo en un mar de llamas, las pistas destruidas, los edificios en ruinas y ninguna señal de aviones enemigos o fuego antiaéreo. Concluyeron que la base había sido «completamente destruida,

[...] aniquilada». Estaban asombrados por la facilidad con la que estaban ganando la batalla. «Muchachos», les dijo con excitación uno de los pilotos que regresaban a las tripulaciones en tierra, «no fue nada de nada: nos habíamos imaginado una defensa un poco diferente». El 19 de agosto, la Luftwaffe afirmaba haber derribado 624 aviones británicos, y haber perdido 174 de los suyos. Esa misma noche, mientras las fuerzas aéreas alemanas ampliaban sus bombardeos a la industria aeronáutica, comenzaron a bombardear igualmente los suburbios londinenses de Wimbledon y Croydon. El 24 y 25 de agosto, atacaron Harrow y Hayes, Uxbridge, Lewisham y Croydon, y el 28 y 9 de agosto, Hendon, Southgate, Wembley y Mill Hill, pero también algunos barrios del centro de Londres: Saint Pancras, Finchley y la Old Kent Road. Hitler había prohibido el bombardeo de Londres, pero la intensidad de la misión se cobró su precio sobre una capital rodeada de bases militares y plantas industriales.[43]

Aunque era mucho más fácil para la Luftwaffe alcanzar Gran Bretaña desde sus nuevas bases en el continente que para la RAF atacar Alemania, Churchill ordenó una respuesta inmediata al primer ataque por sorpresa sobre Londres. En la noche del 25 al 26 de agosto, veintidós bombarderos Hampden y Wellington atacaron Berlín. Fue tan sólo un pequeño ataque, que causó pocos daños, pero supuso un desafío para la promesa hecha a la retaguardia por Hermann Göring. Al comienzo de la guerra, había dado su palabra en la radio de que si un simple avión alcanzaba el Ruhr, él ya no se llamaría «Göring, sino Meier». Ahora habían penetrado hasta la propia capital del Reich. Jugando con la famosa afición por la caza del Reichsmarschall, algunos ingeniosos empezaron a llamar a las sirenas de alarma del área de Berlín y del Ruhr «los cuernos de caza de Meier», mientras que otros se referían a él sucintamente como «Hermann Meier». Entre el 29 y el 30 de agosto, se produjo un segundo ataque aéreo no muy grande sobre Berlín, matando a diez personas e hiriendo a veintiuna. Las consecuencias psicológicas y estratégicas fueron enormes. Los berlineses estaban atónitos de que los aviones británicos pudiesen penetrar tan profundamente en el espacio aéreo alemán; Hitler también.[44]

El Führer aprovechó la primera oportunidad que tuvo para dirigirse a la nación mientras hablaba ante una audiencia femenina de enfermeras y trabajadoras sociales en la inauguración del Fondo de Ayuda Invernal del Partido el 4 de septiembre: «Esperé tres meses antes de responder a los bombardeos nocturnos británicos con la esperanza de que detendrían tamaña fechoría», dijo Hitler en el atestado Palacio de los Deportes de Berlín. «Pero herr Churchill lo interpretó como una señal de debilidad por mi parte. Ya estáis viendo que ahora estamos respondiendo, noche a noche, y en una escala creciente. Y cada vez que la fuerza aérea británica lance 2.000 o 3.000 o 4.000 kilogramos de bombas, nosotros lanzaremos en una sola noche 150, 180, 230, 300, 400.000, un millón de kilogramos.» Haciendo una pausa hasta que el ferviente aplauso se detuvo, Hitler continuó: «Ellos declaran que van a intensificar sus ataques sobre nuestras ciudades, y nosotros vamos a borrar sus ciudades de la tierra». William Shirer estaba allí, y observó que «las jóvenes enfermeras y trabajadoras sociales estaban fuera de sí y aplaudían frenéticamente». Muerto de frío, al estadounidense aquella audiencia chillona le resultaba insoportable, pero seguía sintiéndose impresionado por la manera como Hitler «excluía de su voz el menor atisbo de humor o sarcasmo» mientras prometía: «Vamos a terminar con el trabajo de esos piratas nocturnos, que Dios nos ayude. Llegará el día en que uno de los dos se quebrará, y no será la Alemania nacionalsocialista». Dos horas después, el discurso era retransmitido por radio. La promesa de «borrar» las ciudades británicas sería recordada durante mucho tiempo.[45]

Incluso esa abierta amenaza de Hitler estaba expresada en los habituales términos, de defensa y represalia, con los que se estaba justificando cada paso dado en la guerra. Unos días antes, Shirer había registrado una conversación con su limpiadora, miembro de una familia de clase trabajadora, y casada, creía él, con un ex comunista o ex socialista. «¿Por qué lo están haciendo?», preguntó la mujer. «Porque ustedes han bombardeado Londres», replicó Shirer. «Sí, pero nosotros golpeamos objetivos militares, mientras que los británicos bombardean nuestras casas.» «Quizá», la interpeló Shirer, «ustedes también estén bombardeando sus

casas.» «Nuestros periódicos dicen que no», insistió ella. «¿Por qué no aceptaron los británicos la oferta del Führer?»[46]

A última hora de la tarde del 7 de septiembre, una fanfarria introducía en la radio un nuevo comunicado especial: «Por primera vez, la ciudad y el puerto de Londres» habían sido atacados «en represalia» por los ataques por sorpresa de la RAF. En cumplimiento de la amenaza del Führer, 3.000 aviones habían «hecho una carrera hasta Londres». «Volando rápidamente a través del cielo nocturno como cometas», habían dejado tras de sí «una gran nube de humo [que] esta noche se extiende desde el centro de Londres hasta la desembocadura del Támesis». El boletín militar no se olvidaba de especificar que la Luftwaffe estaba llevando a cabo una «guerra limpia y caballerosa», restringida a «objetivos militares». Al día siguiente, todos los periódicos llevaban el mismo titular: «GRAN ATAQUE SOBRE LONDRES COMO REPRESALIA». Aunque la capital británica sólo había sido atacada por 348 bombarderos, protegidos por 617 cazas, los pilotos que regresaban confirmaban ampliamente esos informes, tras ver «gruesas nubes negras de humo, que crecían como setas gigantes» de unos cincuenta o sesenta kilómetros de extensión. Lanzando grandes bombas incendiarias y bombas explosivas, habían logrado provocar graves incendios en los muelles del East End. La RAF apenas los había molestado.[47]

La noche del 10 de septiembre, los británicos bombardearon de nuevo el centro de Berlín, alcanzando la embajada estadounidense y el cercano jardín de Goebbels. Shirer escribió que había sido «el bombardeo más fuerte hasta el momento», aunque seguía siendo menor comparado a lo que la Luftwaffe estaba haciendo. Cuando la BBC anunció erróneamente que la cercana estación de Potsdamer había sido alcanzada, a Shirer no le sorprendió que «al menos tres alemanes» le hubiesen dicho que «se sentían desilusionados por la falta de veracidad de la radio británica». Incluso el respetable *Börsen Zeitung* insistía en que «Mientras el ataque de las fuerzas alemanas se realiza sobre objetivos puramente militares –este hecho es reconocido incluso por la prensa y la radio inglesas–, la RAF no sabe hacer nada mejor que atacar continuamente objetivos no militares en Alemania».[48]

Desde septiembre de 1940 se invirtieron enormes recursos económicos en defensa civil, especialmente para construir grandes búnkeres de hormigón y hierro para las poblaciones urbanas del norte y noroeste de Alemania. Un gran número de ellos fueron alzándose lentamente: grandes fortalezas, rectangulares y sin ventanas. Las torres de Berlín se erigieron en tres parques. La primera se abrió en abril de 1941 en el Tiergarten, cerca del zoo, con sus muros de cuatro metros de ancho cubiertos con tejado plano y pequeñas torres cuadradas en las esquinas que servían como plataformas para el armamento antiaéreo, los equipos de radar y los reflectores. Una segunda se terminó en octubre de 1941 en Friedrichshain, y una tercera en Humboldthain en abril de 1942. Cada una de ellas podía cobijar a 10.000 personas. No eran sólo lugares de protección; las torres se convirtieron también en un símbolo de la «voluntad nacional de aguantar». Otras fortalezas macizas similares se construyeron en los barrios de Sankt Pauli y Wilhelmsburg de Hamburgo. En Hamm, en el Ruhr, se insertaron seis torres búnkeres en las murallas, proyectando la imagen de una ciudad fortificada medieval. En Dortmund, los responsables locales equiparon los túneles que se habían excavado en 1937, a quince metros de profundidad, para el metro. Ahora ofrecían refugio a 20.000 personas. Hannover optó también por túneles. Essen, la capital del imperio armamentístico Krupp, fue equipada con una importante artillería antiaérea y se inició un programa de construcción de búnkeres que haría de ella una de las ciudades mejor defendidas de Alemania. Los búnkeres públicos sólo podían acoger a una minoría de la población urbana –no más del 10 % de los berlineses, por ejemplo–, pero su importancia psicológica y su utilidad eran muy notables. La mayor parte de los ciudadanos se refugiaban en los sótanos de los edificios de pisos, donde puertas y ventanas eran sustituidas con otras de acero a prueba de explosiones. Entretanto, aquellas personas que poseían dinero, espacio y contactos levantaban rápidamente refugios privados en sus jardines.[49]

*

El régimen había confiado tanto en la habilidad de la Luftwaffe para defender el espacio aéreo alemán, que no había hecho planes para la evacuación de niños. Mientras los niños de Londres eran embarcados en trenes en Liverpool Street ya en septiembre de 1939, la mayor parte de los niños alemanes seguía estando en casa. Cuando al fin comenzó la evacuación, fue voluntaria, y las familias se mostraron reacias a mandar a sus niños lejos. El 10 de julio de 1940, salió de Münster el primer tren especial, pero un grupo de voluntarias de la Organización de Mujeres Nazis había tenido que ir de puerta en puerta intimidando a los padres para conseguir cubrir las doscientas plazas.[50]

El 27 de septiembre de 1940, Martin Bormann, el Secretario del Partido Nazi, notificó a los más altos cargos del Partido y del Estado que se estaba poniendo en marcha un programa recientemente «ampliado» para «enviar niños al campo». Se trataba del *Kinderlandverschickung* o, como era llamado por todos, el KLV. El nombre tenía connotaciones agradables, pues recordaba los campamentos de verano para hijos de trabajadores de las grandes ciudades que solían organizar la Iglesia y las instituciones socialdemócratas de asistencia social antes y durante la Primera Guerra Mundial. Los nazis se habían hecho cargo de esos campamentos, manteniéndolos durante los años treinta. Bormann había prohibido el uso del término «evacuación», que provocaba miedo, e hizo todo lo que pudo para reforzar la ficción de una «ampliación» de aquellos periodos limitados de descanso en el campo, lejos de las «áreas amenazadas por los ataques aéreos».[51]

Hitler confió en Baldur von Schirach para la tarea de establecer las líneas principales y organizar el KLV. Como jefe de las Juventudes Hitlerianas antes de llegar a ser el *gauleiter* de Viena, Schirach esperaba poder dejar de lado a las escuelas y al Ministerio de Educación para implementar su propio programa de educación. Quería que sus residencias y campamentos para muchachos de entre diez y catorce años, separados por sexos, sirviesen de escaparate. Reestructurando hostales para jóvenes y requisando hoteles, conventos, monasterios y hospicios, el equipo de Schirach reunió rápidamente un conjunto de 3.855 edificios con plazas para

entre 200.000 y 260.000 niños. La organización Bienestar Popular Nacionalsocialista organizó trenes especiales, pagó los cuidados médicos de los niños e incluso organizó con familias locales el lavado de sus ropas. Las Juventudes Hitlerianas nunca se habían liberado completamente de las exigencias impuestas por los padres y los profesores y tampoco ahora serían capaces de hacerlo, pero Schirach concibió su plan como un proyecto educativo permanente destinado a permanecer después de la guerra, e intensificó el poder de las Juventudes Hitlerianas. Temiendo precisamente que las cosas fuesen así, muchos sacerdotes de la ampliamente católica Renania sostuvieron una campaña de bajo nivel –y no muy exitosa– contra las demandas a las familias para que enviasen fuera a sus hijos.[52]

Para frustración de los cargos nazis locales, el consentimiento siguió siendo una prerrogativa de los padres. Al insistir en este punto, Hitler trataba de mantener bajo control al ala anticlerical del Partido y de obligar a los funcionarios a ganarse el respaldo popular. Irónicamente, para un régimen tan inclinado a tranquilizar a sus ciudadanos, el éxito del plan de evacuación dependía del miedo de los padres por las vidas de sus hijos. En Berlín y en Hamburgo, 189.543 niños fueron evacuados en los dos primeros meses del plan nacional, razón por lo cual algunos rumores en Dresde comenzaron a describir Berlín como una ciudad devastada. A medida que el plan se iba extendiendo a las ciudades vulnerables del noroeste de Alemania y los padres trataban desesperadamente de salvar a sus hijos del peligro de un ataque, las cifras fueron creciendo, alcanzando alrededor de 320.000 niños el 20 de febrero de 1941, 413.000 a finales de marzo y 619.000 a finales de junio.[53]

Al principio, la organización fue caótica, con niños durmiendo sobre montones de paja mientras se construían literas en sus dormitorios, pero en la improvisación no faltó el entusiasmo. El 28 de junio de 1941, Anneliese A. escribió a su casa desde Silesia para contarles a sus padres que había llegado sana y salva al convento, donde las monjas les estaban dando de comer. Habían estado preparando las camas, pero sus padres tenían que mandarle más sábanas. Dos días después, les escribió que iba a la escuela esquiando y que se estaba acostumbrando a todo sin problemas, y que

compartía el dormitorio con dos de sus mejores amigas. Gisela Henn, de diez años, dejó Colonia hacia una granja del este de Prusia en septiembre de 1940. Era la primera vez que estaba fuera de casa y tuvo que adaptarse rápidamente. Cuando en abril de 1941 fue enviada a Sajonia para otra estancia de seis meses, tuvo que alimentar a las ocas y ayudar con la cosecha. Fue todo un éxito, y su madre se mantenía en contacto con la esposa del granjero sajón. Otra tercera y feliz estancia en un hogar del KLV fue organizada por la propia escuela de Gisela.[54]

Las trabajadoras sociales del Bienestar Popular Nacionalsocialista supervisaban los emplazamientos y hacían todo lo posible para llevar a los niños que se sentían mal con otras familias, mientras las Juventudes Hitlerianas organizaban actividades de grupo, como veladas de debates o de canto, deportes de equipo y caminatas. Ese sentido de pertenencia a un colectivo sin duda ayudó a combatir la añoranza de sus familias y el aislamiento, pero también exacerbó los enfrentamientos entre diferentes clases, regiones y culturas. Los chicos del Ruhr que se mofaban de «la porquería cultural del Este» se volvieron muy impopulares en los pueblos de Pomerania y del Este de Prusia. En el campo, los recién llegados procedentes de las ciudades industriales eran marginados y culpabilizados por cualquier acto de robo o vandalismo.[55]

La Alemania del sur y las llanuras checas eran más agradables que el mundo aislado de las marcas de Prusia oriental. Allí, el programa de evacuación dio un nuevo estímulo a unas infraestructuras turísticas que estaban anquilosadas desde 1939. Pero incluso en aquel mundo más sociable de las granjas familiares del sudoeste alemán, las primeras impresiones podían resultar desagradables. Cuando un grupo de muchachos del Ruhr llegó a Megesheim en febrero de 1941, fueron puestos en fila delante de la escuela del pueblo mientras las mujeres de los granjeros los inspeccionaban. Rudolf Lenz, que tenía diez años y fue el último en ser elegido, describió el episodio como un «mercado de esclavos». Aquellos chicos de ciudad parecían enclenques, y más tarde se enteró de que a los granjeros locales se les habían prometido chicos fuertes y sanos que supliesen la falta de mano de obra para las tareas agrarias. Criado en el

protestantismo en una zona poco devota, nunca había visto nada semejante al catolicismo de un pueblo suabo, en el que su madre de acogida se arrodillaba en mitad del campo cuando la campana de la iglesia repicaba para los rezos del mediodía y del atardecer. Pero con sus diez años, matizaba, disfrutaba de ayudar en la cosecha, y sus padres iban a tener problemas para entender su fuerte acento suabo cuando le volviesen a ver al final del verano.[56]

Otro tren especial salió de Essen el 27 de abril de 1941, trasladando a grupos de niñas al pueblo moravo de Kremsier. Recibidas en la estación por miembros locales de la Liga de Jóvenes Alemanas y de las Juventudes Hitlerianas, se dirigieron luego a pie hasta el convento requisado que debía convertirse en su nuevo hogar. Habían obligado a algunas de las monjas a quedarse para que se ocuparan de la comida de las niñas: ése era el tipo de escenario que Schirach y su equipo habían querido crear. Las recién llegadas aprendieron rápidamente las rutinas comunitarias de hacer las camas, limpiar sus taquillas y dormitorios, y al mismo tiempo, llegar a tiempo y correctamente vestidas para la reunión de la mañana, cuando se izaba la bandera. Era como un internado sin castigos corporales. Fieles a su lema «La juventud dirige a la juventud», el orden era mantenido por la jefa de la organización de muchachas nazis –BDM– y, para fomentar el sentimiento de camaradería, los castigos se imponían a todo el grupo: retención de la correspondencia durante tres días o, en el peor de los casos, una marcha de ocho kilómetros, realizada en total silencio. Pero la jefa de la BDM, que no era más que una adolescente un poco mayor que las demás, permitía que las niñas le tomasen el pelo y les prestaba su radio para que pudiesen bailar cuando celebraban un cumpleaños.[57]

Una de las niñas de más edad de Essen, Ilse Pfofe, de quince años, pensaba que sus «desfiles propagandísticos» eran especialmente fortificantes: sentía que estaban contribuyendo a establecer una cultura alemana y laica en aquella población predominantemente checa y devotamente católica. Las niñas desfilaron el domingo de Ramos, interrumpiendo la procesión católica, y de nuevo durante un festival deportivo el 29 de junio, siendo encabezadas por una banda militar.

Después, Ilse escribió llena de alegría que «los checos están que arden». Sin nadie que vigilase su comportamiento, las muchachas comenzaron a tomar el sol con sus pantalones cortos de gimnasia o sus bañadores y a hacer ejercicios en el parque francés, donde podían ser admiradas por los jóvenes de la guarnición militar. Al final de uno de aquellos días de verano, Ilse calculó que le habían hecho unas cuarenta fotografías. Aunque sus citas para ir al cine eran inocentes, se sentía mucho mayor que cuando había salido de Essen.[58]

*

Después del ataque aéreo inicial del 7 de septiembre de 1940, Londres fue bombardeada el 9, el 11 y el 14 de septiembre a lo largo del día, y durante cada una de las siguientes 57 noches. El director de la radio alemana, Eugen Hadamovsky, se las arregló para participar en uno de los primeros ataques aéreos nocturnos, proporcionando a los oyentes una información de primera mano:

> Bajo nosotros veíamos la metrópoli de Inglaterra brillando en color rojo, el centro de los plutócratas y los propietarios de esclavos, la capital del Enemigo Mundial número 1. Veíamos los incendios de la destrucción. Las nubes de humo y las columnas de fuego parecían ríos de lava de un volcán titánico [...] Londres está envuelta en llamas [...] Silenciosas para nosotros, sin pausa, ahí abajo, a los pies de nuestros aparatos, deben de estar ocurriendo las escenas más horrorosas [...] Los proyectiles antiaéreos explotan a nuestro alrededor. Un reflector aparece de pronto cerca. ¡Cielos! Nos ha visto, se mantiene sobre nosotros. Nos ciega y no podemos ver nada. Un rápido movimiento del piloto, y el aparato se precipita hacia abajo, hacia las profundidades. Salvados, hemos vuelto a la oscuridad.[59]

Los boletines de la Wehrmacht seguían presentando los ataques aéreos sobre Londres y otros objetivos «no militares» como represalias contra los «piratas nocturnos» de la RAF. Los nuevos boletines a menudo comenzaban con recuentos de los bombardeos de la RAF sobre iglesias, cementerios y escuelas de Alemania, antes de centrarse en la Luftwaffe. Cada día, la radio informaba de que se había producido «el peor ataque», la alarma «más

larga», el bombardeo «más duro», «el ataque más duro de todos los tiempos». «Creciente» era la palabra que se oía con mayor frecuencia en la radio alemana. «La guerra aérea sobre Inglaterra crece día a día y hora a hora. Es como un crescendo rugiente.»[60]

El público alemán sabía que ésta era un nuevo tipo de campaña de conquista de un territorio enemigo. Los diarios nacionales como el *Völkischer Beobachter* publicaban mapas que ilustraban los objetivos de los ataques de la noche anterior, o, con menos frecuencia, fotos aéreas de los campos de aterrizaje bombardeados, para satisfacer la demanda de información más detallada. La prensa local no podía dar respuesta al ansia del público por este tipo de informaciones, de manera que los lectores se inclinaban cada vez más por las cabeceras nacionales. Los noticieros cinematográficos mostraban imágenes de armas de largo alcance disparando a través del canal de la Mancha hacia Dover, escuadrones volando sobre la costa de Inglaterra y acciones de stukas y bombarderos, pero la escasez de imágenes les obligaba a rellenar sus cuarenta minutos con metraje de actuaciones circenses, carreras de caballos, fútbol y, por supuesto, el Führer.[61]

En esta guerra de erosión, ambas partes vivían de cifras. Entre julio y septiembre, los hombres de la Luftwaffe afirmaban haber derribado 3.198 aviones británicos, mientras que la RAF aseguraba haber alcanzado a 2.698 aparatos alemanes. Desde el principio, los comunicados británicos y alemanes rebatían las hazañas del enemigo: el 15 de agosto, la radio alemana insistía en que la fiabilidad de las informaciones alemanas «nunca se ha desmentido; naturalmente, son los informes alemanes de las recientes batallas aéreas, y no los ingleses, los que son aceptados por el resto del mundo». A finales de agosto, la gente común a la que le gustaba hacer cálculos había comprendido que las pérdidas alemanas eran más elevadas que las de la batalla de Francia. Pero aún parecían sostenibles. A mediados de septiembre, no obstante, comenzaron a crecer las dudas después de un discurso hecho en la radio por el general de la Fuerza Aérea Erich Quade, cuyo tono tan serio contrastaba con los informes más optimistas de los reporteros de guerra destacados en la Luftwaffe. El SD informó de que la

gente estaba desconcertada porque las cifras que Quade había dado no encajaban con sus propios cálculos: «Si Inglaterra sólo hubiera tenido al comienzo de la guerra el número de aviones que Quade mencionó, entonces, restándole el número de alcances, a día de hoy no le puede quedar ni un solo avión, a no ser que la producción aérea británica esté logrando algo realmente extraordinario». También les había sorprendido escuchar al general elogiando el caza británico Spitfire, pues siempre habían oído que no podía compararse con el Messerschmitt 109 alemán.[62]

En ausencia de acciones importantes, abundaban los rumores. Se hablaba de declaraciones de guerra a Gran Bretaña por parte de Francia y de Japón, y de escuadrones del aire italianos que estaban siendo llevados a Berlín, todo ello alimentando la esperanza de que la largamente esperada invasión de Inglaterra fuese inminente. Mientras los alemanes seguían creyendo los informes de los testigos de los bombardeos sobre Inglaterra, cada vez cuestionaban más los reportajes de los medios de comunicación sobre lo que ocurría en el propio territorio alemán. Se preguntaban si la RAF alcanzaba deliberadamente hospitales y escuelas, o simplemente se había equivocado con objetivos militares cercanos. ¿Habían querido los británicos bombardear realmente la embajada de Estados Unidos en Berlín? A medida que iban pasando las semanas, la gente oía cada vez más las radios extranjeras. Como un testigo afirmó: «Ellos mienten y nosotros también».[63]

La guerra aérea puso a prueba la propaganda nazi. El propio Goebbels creía que la superioridad de la propaganda británica en la guerra anterior había contribuido significativamente a la «cuchillada en la espalda» de 1918. La anglofilia había estado muy extendida en los años veinte y treinta, animada, entre otros, por los propios nazis. Una multitud de películas, libros, artículos de periódico y programas de radio intentaban ahora corregir esas ideas, arremetiendo contra el sistema británico de clases y los perjuicios que eso había causado a las clases trabajadoras de bóeres, irlandeses e ingleses. Desde febrero de 1940, 6.000 estudiantes voluntarios ayudaban al Ministerio de Propaganda revisando las bibliotecas y acumulando datos sobre el desempleo británico, la seguridad social, los barrios pobres de clase trabajadora y la malnutrición entre los niños.

Cuando la BBC contrató a George Orwell para sus emisiones en la India, la propaganda alemana recordó rápidamente las acusaciones del escritor sobre la pobreza de las clases trabajadoras. Una lujosa publicación ilustrada titulada *Las islas desafortunadas* yuxtaponía las dos Inglaterras, contrastando fotos del extremo nororiental y las marchas del hambre de Jarrow con imágenes de elegantes asistentes a las carreras de Ascot y a la Henley Royal Regatta.[N5] El régimen nazi presumía de estar luchando contra la «plutocracia» que había arruinado la Alemania de Weimar e impedía el progreso social en Gran Bretaña. En oposición a las libertades formales «vacías» de la liberal Gran Bretaña, Alemania ofrecía la mayor de las libertades: el derecho social a tener las necesidades básicas cubiertas. Había logrado superar la pobreza y el hambre de los años de la Gran Depresión, había resuelto el paro y abolido el capitalismo de mercado libre. Inglaterra aún necesitaba ser liberada de un sistema de clases aristocrático y decadente con el que se entendían bien los charlatanes judíos de la City. Había frecuentes llamamientos a que los bombardeos no evitasen «el barrio plutocrático» del West End londinense. Los «hermanos de sangre» de Alemania al otro lado del mar del Norte necesitaban ser ayudados para liberarse de la pobreza, el hambre, la injusticia y la dominación por una raza extraña.[64]

A pesar de la indignación alemana contra la intransigencia británica y su manera «cobarde» y «terrorista» de estar llevando la guerra, aún existía una poderosa corriente de anglofilia. La idea de una «plutocracia» judía activa en Londres, permitía al régimen nazi mantener una clara distinción entre luchar contra el Gobierno británico y odiar al pueblo británico. «Nuestra política intenta distinguir entre pueblo y Gobierno». Esta anglofobia anglofílica enfatizaba ciertas cosas que los alemanes estaban dispuestos a creer, pero sin debilitar su admiración hacia diversos méritos, como la manera en la que los ingleses eran capaces de «fortalecer el carácter». Por encima de todo, los estudiantes investigadores proporcionaban citas de eminentes «autores británicos que criticaban Gran Bretaña», desde Thomas Carlyle, John Ruskin, Aldous Huxley y H. G. Wells hasta George Orwell y, sobre todo, George Bernard Shaw. El opúsculo *Una modesta proposición*

para impedir que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o para el país, de Jonathan Swift, fue publicado y citado para subrayar la insensibilidad de las clases dirigentes inglesas frente a las hambrunas en Irlanda. Las críticas de los propios ingleses contra las injusticias tanto nacionales como coloniales servían para desenmascarar el supuesto altruismo de la «carga» imperial de Gran Bretaña, como Bernard Shaw había hecho con ironía en el prefacio de *El hombre del destino.* Al basarse en miradas críticas de los propios británicos, los propagandistas de Goebbels subrayaban su propia objetividad y su elevada moralidad, permitiendo al mismo tiempo a los alemanes que siguiesen admirando y asimilando la cultura británica.

En 1940, el personal de una de las baterías antiaéreas de Berlín dividía su tiempo entre la búsqueda de bombarderos de la RAF cuando estaban de servicio, y el montaje de *El sueño de una noche de verano* cuando descansaban. Durante la década de 1930, Shakespeare había sido representado más a menudo en Alemania que en Gran Bretaña. Hitler, que había observado una vez «que en ningún país se representa a Shakespeare peor que en Inglaterra», intervino personalmente para que el dramaturgo enemigo no fuese prohibido tras el estallido de la guerra. El director del Teatro Alemán en Berlín, Heinz Hilpert, respondió al bombardeo de Gran Bretaña programando nada más y nada menos que tres obras de Shaw y otras tres de Shakespeare en una misma temporada.[65]

Con su imperio mundial, Gran Bretaña seguía siendo la potencia que el líder nazi quería que Alemania llegase a ser. El ataque contra la «hipocresía» y la «vacuidad» de los británicos cuando aseguraban estar defendiendo a la «humanidad», generaba un tipo peculiar de antiimperialismo nazi. Provocaba un justo sentimiento de indignación. Eso era lo que se evidenciaba en la película épica *Ohm Krüger*, la historia de la guerra de los bóeres contada desde la perspectiva afrikaner. Estrenada en abril de 1941, mientras continuaba el bombardeo de Londres y de los puertos británicos, la película fue un éxito de taquilla. Narrada en un flashback por Paul Krüger, que recordaba los acontecimientos de 1899, retrataba la búsqueda sin piedad por parte de Cecil Rhodes de oro y grandes

ganancias en África del Sur. Culminaba en una serie de escenas de campos de concentración británicos llenos de mujeres y niños bóeres. Cuando uno de los maridos perseguidos era capturado hablando con su esposa a través del alambre de espino, el brutal comandante –sorprendentemente parecido a Winston Churchill– obligaba a todas las mujeres y los niños a contemplar cómo el hombre era ahorcado, y respondía luego al creciente tumulto ordenando a sus tropas abrir fuego. Ésa fue la única masacre en un campo de concentración jamás vista en la Alemania nazi. Tal y como se pretendía, los espectadores se identificaban sin vacilar con las víctimas bóeres. En medio del silencio, en los últimos minutos de la película, los espectadores podían oír al gran actor Emil Jannings haciendo la defensa de Krüger: «Pero el día de la venganza llegará. No sé cuándo. [...] Nosotros sólo somos una nación pequeña y débil. Otras naciones mayores y más poderosas [...] aniquilarán el suelo inglés. Dios estará con ellos. Entonces quedará libre el camino para una vida mejor».[66]

Los bombardeos de la Luftwaffe habían provocado que «ocho millones de personas se volviesen locas» en Londres, como afirmó Hitler el 14 de septiembre, y debían forzar a Gran Bretaña a abandonar la guerra y hacer que la invasión no fuese necesaria. Dos días después, Göring ordenó a la Luftwaffe centrarse en los bombardeos nocturnos, y el 17, Hitler pospuso indefinidamente sus planes de invasión. Al pueblo no se le dijo nada. En vez de eso, el 18 de septiembre, el comentarista de radio Hans Fritzsche avisaba en su «reportaje desde el frente» que Londres tenía que elegir «entre el destino de Varsovia y el de París», entre ser acribillada desde el cielo o declararse ciudad «abierta» y rendirse. En ese punto, la publicación de los relatos del *Blitz* de testigos de las neutrales Suecia y Estados Unidos ayudó a levantar la moral tanto de los hombres de las fuerzas aéreas alemanas como de la población. Cuando Goebbels los leyó, se sintió eufórico por las descripciones «realmente apocalípticas», y otros muchos lectores pensaron que demostraban que los violentos ataques estaban funcionando. Al mismo tiempo, después de un mes de bombardeos, el SD registraba una nueva y creciente admiración por la «dureza de los ingleses,

y especialmente de los residentes en Londres»: nadie se había resistido tanto a la Luftwaffe.[67]

A lo largo de octubre y noviembre, los ataques aéreos iban creciendo en intensidad, y a finales de noviembre, el ministro de Propaganda se preguntaba en su diario: «¿Cuándo va a capitular Churchill?». Dos semanas después, el SD informaba de rumores muy extendidos que daban por supuesto que Gran Bretaña estaba al borde de una revolución. No obstante, cuanto más aguantaban los británicos, más impresionada se sentía la opinión pública alemana. A mediados de enero de 1941, las noticias que seguían dándose sobre las deprimentes condiciones sociales en Gran Bretaña eran «recibidas con una reacción crítica». El SD comparaba la creciente desilusión de los alemanes con su propia propaganda, tomando nota de comentarios como: «El pueblo de Gran Bretaña seguramente no piensa que está languideciendo bajo un régimen plutocátrico». Cada vez más, la gente menospreciaba los cuentos sobre la desigualdad británica con comentarios como: «Bueno, aquí no es diferente». Ni la capitulación ni la revolución resultaban verosímiles al otro lado del mar del Norte.[68]

A principios de mayo de 1941, Göring intentaba convencer a los escuadrones de bombarderos alemanes de que habían infligido «un daño enorme, cercano a la destrucción total» sobre la industria armamentística británica. Los informes británicos exageraban en la dirección opuesta, hablando de una caída de sólo un 5 % en la producción, pero obviando tomar en cuenta el enorme aumento de los recursos para la defensa civil. Cuando la ofensiva aérea terminó en junio de 1941, unos 700.000 británicos, tanto hombres como mujeres, trabajaban a tiempo total en la defensa aérea y civil, y otro millón y medio lo hacían a tiempo parcial; el número de civiles muertos alcanzaba los 43.384. En el lado alemán, las mayores pérdidas se situaban entre las tripulaciones de los aviones, a causa de las continuas salidas. En noviembre de 1940, los neurólogos alemanes ya se habían tropezado con las primeras evidencias reales de la «neurosis de guerra» que habían estado esperando desde el comienzo del conflicto, y recomendaban que se les concediesen a las tripulaciones frecuentes permisos para que pudieran irse a casa, practicar deportes de invierno o

descansar en París o en Bruselas para aliviar el estrés. Los casos psiquiátricos eran tratados en un hotel en la costa bretona.

El 10 de mayo, exactamente un año después del inicio de la campaña en el oeste, 505 aviones atacaron Londres, lanzando 718 toneladas de explosivos de alta intensidad y dañando el Parlamento. Fue el último de los grandes ataques por sorpresa nocturnos. En ese mes, la intensidad de las operaciones de los bombarderos de la Luftwaffe bajó a menos de un 70 % de su capacidad. A medida que los bombardeos sobre Gran Bretaña iban disminuyendo, los medios de comunicación se centraban en la guerra en el Atlántico de los submarinos alemanes, los U-Boots, contra los convoyes británicos. Los propagandistas moderaron sus burlas sobre la cobardía y las mentiras inglesas, la influencia «judía» y la «plutocracia». No tenía sentido recordarle al pueblo alemán sus confiadas expectativas del otoño previo.[69]

El 27 de septiembre de 1940, Paulheinz Wantzen contó la alarma número 100 en Münster. El principal efecto de los ataques aéreos era un cansancio acumulado: durante todo 1940, en la ciudad se produjeron sólo ocho víctimas mortales. Hamburgo reportó diecinueve y Wilhelmshaven cuatro. Carola Reissner escribía en noviembre de 1940 que los bombardeos no habían causado el daño suficiente para dejar una sola fábrica de Essen fuera de servicio. La cifra total en toda Alemania a finales de 1940 era de 975 víctimas mortales, aunque las estadísticas de muertos no se hicieron públicas.[70]

Los alemanes se iban adaptando tranquilamente. A finales de 1940, los daños causados por las bombas en Berlín se habían convertido en una atracción turística que había que fotografiar antes de que desapareciese. Liselotte Purper viajaba en un tren nocturno hacia los Países Bajos, soñando que estaba en la escuela, cuando comenzaron las sirenas. Ni siquiera las oyó hasta que sonó el aviso de fin de la alerta. Carola Reissner también dejó de levantarse de la cama cuando sonaban las alarmas de bombardeo en Essen. Después de que las vacaciones de Navidad pasaran sin que sucediese nada en Münster, Paulheinz Wantzen pensó que «en general, la gente cuenta con que la guerra sea larga, sin sentirse especialmente preocupados o concernidos al respecto. En su fase actual, la guerra no es noticiable».[71]

N1 Tommy, o Tommy Atkins, era el nombre que se les solía dar a los soldados británicos durante la Primera Guerra Mundial. Los alemanes lo utilizaban muy a menudo. *(N. de la T.)*

N2 *Poilus,* peludos, era el término utilizado para referirse a los soldados de a pie franceses en la Primera Guerra Mundial. *(N. de la T.)*

N3 *Phoney war* (la guerra falsa), *drôle de guerre* (la guerra de broma) y *Sitzkrieg* (la guerra sentada) fueron las expresiones utilizadas respectivamente en Gran Bretaña, Francia y Alemania para referirse a los ocho meses transcurridos sin apenas acciones militares en el frente occidental entre la declaración de guerra de los Aliados el 3 de septiembre de 1939 y la ofensiva alemana del 10 de mayo de 1940. *(N. de la T.)*

N4 Róterdam fue duramente bombardeada por la Luftwaffe el 14 de mayo de 1940, a pesar de que ya se habían abierto negociaciones de alto el fuego. El centro de la ciudad quedó destruido y hubo novecientos muertos. *(N. de la T.)*

N5 En las décadas de 1920 y 1930, los habitantes del empobrecido pueblo de Jarrow, en el nordeste de Inglaterra, organizaron diversas marchas de protesta, llegando a dirigirse a pie hasta Londres. *(N. de la T.)*

5

Ganadores y perdedores

En el verano de 1940, mientras toda Alemania se alegraba por el triunfo de la Wehrmacht en el oeste, Robert Schmuhl añoraba su casa desde Prusia oriental. Enviado al otro extremo del país, echaba de menos la agitada rutina de su panadería de Hamburgo y la camaradería de la que había disfrutado durante su entrenamiento militar. El granjero en cuya casa se alojaba era poco amistoso y dejaba claro que no necesitaba a Robert vigilando a los veinticinco prisioneros franceses que trabajaban para él. Robert estaba sin duda a salvo, pero ésta era toda la guerra que iba a vivir, y cuando hubiese acabado, la suya iba a ser una figura más bien penosa, sin historias sobre batallas para contar. Al menos podía escribir a su esposa, Mia, pero a ella ahora le había dado por corregir su gramática y su ortografía. Quizá precisamente por lo inculto que era, rápidamente descubrió una rara intimidad en las cartas. «Mi querido ratoncito», le escribió unas pocas semanas después de haber llegado a su destino,

> tengo un propósito para ti: de ahora en adelante, en cada carta vamos a escribir sobre alguna de las mejores experiencias amorosas que compartimos. Creo que estaría muy bien, ¿no? ¿Qué piensas? Estoy esperando que me mandes tú la primera. Te contestaré de inmediato y te escribiré yo también sobre una de nuestras muchas experiencias. Así que, querido ratoncito, empieza tú y hazme feliz.[1]

Al darse cuenta de que a ella podría costarle trabajo ser la primera, en su siguiente carta Robert decidió dar él mismo el ejemplo. Rememoró un viaje que habían hecho a la costa del mar del Norte siete años antes, alojándose

en un pequeño hotel. «Acurrucados el uno junto al otro, llenos de amor ardiente», proseguía,

> enseguida el pequeño proveedor de alegría estaba de pie ante su puerta favorita, pero tuvo que tener mucho cuidado, porque se oyeron pasos en el pasillo y no quisimos llamar la atención. Después de que yo hubiera golpeado el clítoris del chochito un par de veces con mi proveedor de alegría, alguien pasó de nuevo por el pasillo. Entretanto, nuestra excitación había llegado al punto de ebullición y con cuidado metí al pequeño en el chochito. Después de habernos balanceado adelante y atrás un par de veces con mucho cuidado haciendo crujir la cama, de nuevo oí pasos en el pasillo, pero mantuve al pequeño en el chochito y a la vez noté que mi espuma se estaba agitando llena de alegría. Y al mismo tiempo, el chochito se retorció a mi alrededor, y el maravilloso sentimiento del espasmo me llevó a la cima de la excitación y nos corrimos a la vez. Llenos de felicidad por ese maravilloso sentimiento, nos miramos con los ojos brillantes y apretamos nuestros cuerpos el uno contra el otro.[2]

La carta de Robert consiguió su objetivo. Mia le dio las gracias por «tanta, tanta felicidad» y le escribió a su vez sobre un viaje a la playa en el que «gozamos de la felicidad del amor una y otra vez». Aunque aún sentía demasiada vergüenza como para ofrecerle los detalles, a medida que siguieron escribiéndose dos o tres veces por semana durante aquellos meses de separación forzosa, la confianza de Mia creció. Comenzó a adoptar el lenguaje privado de Robert para el sexo y superó sus inhibiciones para escribir sobre ello. El 1 de octubre le recordó un tranquilo domingo por la tarde cuando se habían ido a la cama después de la comida, «y tú me quitaste con mucho cuidado las bragas y moviste al pequeño con tu dedo y lo volviste loco con tu p.[roveedor de] a.[legría]». A medida que iban creciendo tanto su confianza como su frustración, Robert abordó otro tabú: «A veces, mi querido ratoncito, no puedo aguantar más. Te echo de menos muchísimo. Entonces imagino uno de nuestros preciosos momentos de amor y a veces consigo aliviarme». Llevó más tiempo que Mia superase esta vez sus inhibiciones y Robert le volvió a escribir unas semanas después, induciendo cariñosamente a su mujer a practicar el arte de la masturbación femenina: «No puede ser muy diferente», le sugería, «si mueves el clítoris suavemente con tu dedo como yo hice tantas veces y conseguí hacer que te corrieras, ¿o hay mucha diferencia?»[3]

Al animarse el uno al otro a encontrar la manera de articular sus sentimientos y deseos retomando sus recuerdos sexuales y sus nombres íntimos y plasmándolos en el papel, Robert y Mia encontraron una franqueza y un candor que no eran nada habituales en la Alemania de la guerra. Existía por supuesto una tradición de pornografía y, al mismo tiempo, de campañas morales en su contra, pero la manera como se desarrollan sus cartas sugiere que tuvieron que encontrar su propio lenguaje privado, con Mia repitiendo las palabras que Robert ya había usado. Todas las parejas se enfrentaron al mismo problema: ¿cómo estar seguros, y tranquilizar al mismo tiempo al otro, de que la falta de sexo no cambiaba nada entre ellos? El deseo sexual era universal, pero lo cierto es que la mayor parte de las personas lo envolvía en un lenguaje convencional, mandando abrazos y besos e imaginándose sujetando la mano del otro.[4]

Muchas de las cartas que viajaban entre las casas y el frente eran anodinas y expresaban muy poco respecto a los sentimientos que maridos y mujeres estaban viviendo, pero a menudo ése era precisamente el objetivo: mostrar que todo seguía intacto, que nada había cambiado. El sexo era más visible como una fotografía negativa, igual que los celos llenos de ansiedad que despertaba la ausencia. Hombres y mujeres estaban demasiado constreñidos para escribir sobre sexo, pero a menudo escribían sin restricciones sobre su terror a la infidelidad sexual. Dieter D. reaccionaba de manera prototípica al sospechar de su mujer en cuanto el flujo de cartas disminuía: «¿Estás enfadada conmigo o tienes algo en mi contra, Herta? ¿O es que no estás suficientemente bien para escribirme? ¿Te has olvidado de mí o es que tienes otro amante? [...] ¿Tengo que volver a oír que andas paseándote por la tarde con otros hombres?». Cada vez que dejaban de llegar las cartas, se atribuía no a problemas del servicio postal militar, sino a la infidelidad.[5]

En marzo de 1941, para alivio suyo, Robert fue transferido desde Prusia oriental al norte de Francia. Al fin, tras meses de aislamiento, se sentía entre camaradas. En vez de sus guardias sin sentido, tenía que ocuparse de hacer el pan para las tropas. La euforia de Robert era palpable. Empezó a escribirle a Mia sobre las «reuniones de camaradas», visitas a los bares y,

tras las preguntas de su mujer, llenas de sospechas, admitió haber acompañado a otros a los burdeles de Lille, pero –insistía– tan sólo para ver cómo eran. A pesar de sus afirmaciones de que «el amor no es un negocio», a Mia le quedaron ciertas dudas sobre lo que realmente había sucedido. Robert ya le había dicho que prácticamente todos los hombres que no tenían novias francesas «se ayudan a sí mismos. Tendrías que oír las conversaciones el día antes de salir hacia París: sólo se habla de una cosa».[6]

Lo de Robert y Mia hablando sobre esa actividad habitual de los soldados alemanes era una excepción. Sin embargo, los burdeles acompañaban la marcha de los conquistadores a través de Europa. Cuando las tropas alemanas llegaron a Nantes en 1940, fueron filmadas saludando a los niños en la Place Royale y luego se dirigieron directamente a los burdeles, cerrando las puertas a cal y canto. La Wehrmacht decidió establecer burdeles separados para sus tropas y sus oficiales. Éste fue uno de los muchos puntos de acuerdo entre las autoridades alemanas y francesas, que coincidían en su deseo de establecer un sistema decimonónico de prostitución controlada, mediante licencias para las *maisons closes* y revisiones médicas obligatorias para mitigar el peligro de las enfermedades de transmisión sexual. Para las autoridades conservadoras de Vichy, el peligro real era la prostitución no regulada, y la policía llevaba a cabo limpiezas periódicas en las calles. Las sanciones contra la prostitución ilegal se volvieron más duras, y desde el otoño de 1941, las mujeres podían ser encarceladas en los campos de La Lande y Jargeau. A los funcionarios franceses les resultaba difícil diferenciar la prostitución de otras cosas, como mujeres que bebían, flirteaban en los bares o aceptaban regalos. La compleja cultura de sexo sin compromiso que se desarrolló alrededor de las bases alemanas y en las ciudades en las que los ocupantes vivían fuera de los cuarteles, hubiera resultado un problema para la policía incluso aunque hubiesen tenido autoridad para arrestar a los soldados alemanes. Aunque el Alto Mando alemán quería igualmente controlar el riesgo de enfermedades transmitidas por las «depravadas» francesas, reaccionó mal a los esfuerzos del Gobierno francés para controlar las aventuras sexuales de sus hombres con doncellas, limpiadoras, lavanderas,

camareras, peluqueras, hosteleras, trabajadoras de los baños públicos, taquígrafas, dependientas y otras profesiones.[7]

En la católica y conservadora región del Loira, los prósperos distritos de Nantes y Saint-Nazare proporcionaban una especie de Meca de la bebida y la fiesta. En Nantes, jóvenes de todas las clases acudían a los pequeños cafés del Quai de la Fosse donde había música en vivo. Los sábados y los domingos por la noche, mientras las bebidas corrían y los hombres daban vueltas alrededor de las mujeres, el ambiente despreocupado podía degenerar fácilmente en peleas de borrachos. Una noche especialmente mala de septiembre de 1941 dejó dos soldados alemanes heridos y provocó investigaciones tanto de la policía alemana como de la francesa. El incidente había sido más serio de lo habitual, pero el representante de la policía francesa concluyó filosóficamente: «Los incidentes que ocurren a menudo en esos lugares se deben a la mezcla de hombres y mujeres y sobre todo al abuso de alcohol». La convivencia entre los ocupantes y los ocupados seguía siendo ampliamente pacífica.[8]

Los ocupantes alemanes eran jóvenes, generosos y ricos. «Eran los hombres mejor parecidos que yo había visto nunca», confesaba una mujer de la Turena. Y se estaban asentando en un país del que habían sido alejados previamente un millón y medio de hombres. En agosto de 1940, una camarera del Hôtel des Bains en Morlaix, en la costa del Finisterre bretón, observó a un recién llegado. Como otros muchos alemanes que iban a comer al restaurante, Walter estaba acuartelado en el hotel. Gradualmente, sus conversaciones casuales fueron haciéndose más largas, con la ayuda de su diccionario, y se enamoraron. Era el primer amor de Aline, y, tal y como le dijo a un historiador francés sesenta y tres años después, no podía pasar por delante del edificio donde había estado el hotel sin recordar aquella época: «Fue ahí, en el Hôtel des Bains, donde perdí mi virginidad». La relación fue larga. El día de su veintitrés cumpleaños, un florista le entregó veintitrés rosas rojas de parte de Walter. Aline apenas podía dar crédito. Como ella vivía con sus padres, aquélla fue la manera de Walter de anunciar que sus intenciones eran honorables. Cuando empezaron a salir en público, él se tomaba la molestia de vestirse con ropa de paisano en lugar de con su

uniforme: una pareja respetable, que parecía más sólida y mayor de la edad que realmente tenían. Entrevistada a los ochenta y cuatro años, Aline insistió: «No lo hice porque fuera alemán, sino porque le amaba. Punto final. El amor no conoce fronteras».[9]

Pero había un estigma. Las mujeres consideradas culpables de «colaboración horizontal» se convertirían en los principales objetivos de la violencia local durante la Liberación. Aquellas que, como Aline, habían establecido relaciones duraderas y recibido a hombres alemanes en el ámbito privado de sus hogares, en lugar de verlos ocasionalmente en lugares públicos, se enfrentaron a una condena especial y al oprobio moral, un rechazo del cual se libraron en cambio muchos colaboradores masculinos, incluyendo aquellos que habían tenido posiciones de influencia económica y política. Esa convicción de que los cuerpos de las mujeres pertenecían en primer lugar a la nación y sólo después a ellas mismas, contenía un cierto tipo de patriotismo que era compartido por los movimientos de resistencia dirigidos por hombres en toda Europa. También por las élites conservadoras que, sin embargo, se habían preocupado por facilitarles la vida a los alemanes, y –cuando el asunto afectaba a las mujeres alemanas– por las autoridades del Reich. Despreciadas y condenadas por sus vecinos después del final de la guerra, aquellas mujeres se refugiaron en el silencio y el aislamiento. Para Aline, desvelar sus recuerdos de un amor largamente censurado, fue un acto de fe y de valor.[10]

También en Dinamarca se dejó sentir la presencia de los soldados alemanes.[N1] A diferencia de la derrotada Francia, la ocupación alemana había sido hecha bajo la excusa de estar protegiendo la neutralidad del país, de manera que los jóvenes daneses no habían sido encarcelados como prisioneros de guerra. Aun así, los jóvenes pescadores daneses del puerto de Esbjerg en la costa occidental se encontraron compitiendo en un juego desigual con 3.000 o 4.000 soldados alemanes que se habían incorporado a la población local de 32.000 personas. A principios de agosto de 1940, el jefe de la policía local avisó de que había un enfado general entre los jóvenes de la ciudad por la «confraternización alemana con las jóvenes del lugar y la manera como esa confraternización se produce». A diferencia de

los jóvenes daneses, los alemanes tenían un montón de tiempo libre. Aparte del entrenamiento militar, la vida de las tropas de ocupación era de una profunda ociosidad, con abundantes oportunidades para el cortejo, la amistad y las aficiones a las que difícilmente hubieran podido dedicarse en la vida civil. Cuando un grupo de muchachas danesas fueron entrevistadas poco después de la guerra, la razón más significativa de las que dieron para preferir a los alemanes por encima de los daneses fue que sus modales eran mejores y más corteses. Un pequeño número pensaba que eran mejores amantes, mostrando, como una de ellas expresó, «consideración hacia el alma de la mujer que les interesaba». De acuerdo con el deseo alemán de ejercer en Dinamarca una ocupación modélica, los mandos alemanes hicieron un claro esfuerzo para mantener controladas a sus tropas, dando estrictas instrucciones contra el acoso a las mujeres en la calle, por ejemplo, y castigando severamente la violación.[11]

Como hacían los alemanes a través de las oficinas de asistencia social a los jóvenes, los daneses proyectaban su frustración a causa de la creciente libertad sexual de las jóvenes con el único grupo al que podían controlar, las adolescentes. Decididos a prevenir una epidemia de enfermedades venéreas, corrupción moral y prostitución, la policía y los responsables de la asistencia social se concentraron en retirar a chicas de los parques, refugios antiaéreos y cercanías de las bases militares alemanas. En agosto de 1940, una muchacha de catorce años le explicó al policía que la estaba interrogando que era injusto que las obligasen a ella y a su amiga a irse, y que si iba con soldados era «porque eso es lo que todas las chicas hacen, y nos parece divertido, ¿por qué no habríamos de hacerlo?». El hecho de que las llevasen a cafés, bares y restaurantes se convirtió en el tema de los cotilleos de las compañeras envidiosas y de los comentarios jactanciosos en las escuelas sobre hazañas reales o imaginarias. Una muchacha de trece años contó a sus compañeras de clase que los alemanes la habían encerrado en una habitación y le habían dado helado. A medida que las fantasías sobre las riquezas de los extranjeros se sumaban al atractivo de los conquistadores, muchas jóvenes sentían el deseo de rebelarse contra las normas que las habían constreñido en tiempos de paz.[12]

Mientras que en la Europa occidental los ocupantes no hicieron nada para desalentar las relaciones sexuales –de hecho, en Noruega se les animó activamente a ello–, la ocupación de Polonia se inició con la prohibición del contacto con las polacas, tomando como modelo las leyes raciales de Núremberg de 1935 que prohibían cualquier tipo de relación con los judíos. Durante los primeros meses de la ocupación, especialmente, los alemanes desobedecieron abiertamente la prohibición, llevando a las mujeres polacas a bares y restaurantes en lo que se había puesto el letrero de «Sólo para alemanes», e interpretando que la prohibición se aplicaba principalmente a los hombres polacos. Aunque en muchos lugares de Polonia la imposición fue mucho más estricta a partir de 1940, apenas se pudieron evitar las relaciones breves entre mujeres polacas y los 400.000 soldados alemanes estacionados en los territorios anexos o los más de 500.000 de toda la Gobernación General.[N2] En las áreas en las que había mucha mezcla racial como Silesia y Poznań, que en el pasado habían pertenecido a Austria y a Prusia respectivamente, muchos polacos hablaban alemán y las mujeres intentaban registrarse como alemanas étnicas en las nuevas listas de nacionalidades, para facilitar las posteriores solicitudes de matrimonio.

Por otra parte, aquellos que estaban encargados de imponer las nuevas ordenanzas –los 60.000 miembros de la policía alemana y de las SS– eran, junto con los funcionarios de correos y del ferrocarril, los que más tiempo permanecían en los territorios ocupados y eran, por lo tanto, más proclives a echar raíces. A pesar del oprobio que significaban las relaciones íntimas y duraderas tanto para la oficialidad alemana como para la resistencia polaca, entre los muchos alemanes a los que descubrieron viviendo con sus novias polacas en sus alojamientos había un número considerable de miembros de la Gestapo y oficiales de las SS. En la oficina del SD en Lublin, Alouis Fischotter se enamoró de una de sus secretarias, Uszula B., y tras largas negociaciones personales con Himmler obtuvo permiso para casarse y legitimar a sus hijos. Cuando Franz Maiwald, el jefe de la Gestapo en Zakopane, murió a manos de la resistencia polaca en febrero de 1944, su amante polaca, Maria T., lloró públicamente junto a su tumba.[13]

*

A Ernst Guicking, la abundancia existente en Francia le permitía pensar en rescatar a su esposa de la estrechez del racionamiento en Alemania. A principios de agosto de 1940, le mandó con orgullo a Irene un paquete con seda roja y azul para ella y otras telas para hacer un traje para él. Luego llegaron un chaleco de punto, pantalones, y cuatro metros de la tela marrón de los uniformes franceses: avisó a su esposa de que la tiñese antes de hacerse un abrigo con ella. Un camarada que se iba de permiso a casa aceptó llevar aquel voluminoso paquete. Ernst le preguntó a Irene sus medidas en sujetadores, blusas y bragas, y le pidió que le mandase más dinero para futuras compras. Tuvo que buscar nuevos camaradas que se aviniesen a llevar sus paquetes a casa. Irene estaba agradecida por la atención y por las prendas, pero con su sentido práctico, le sugirió que cambiase la seda por tejidos de lana.[14]

Todo esto no era fácil para un simple soldado de infantería. En cambio, los chóferes podían enviar enormes cantidades de paquetes usando sus transportes para hacerlos llegar a los puestos militares desde distintas bases. Un miembro de una batería antiaérea en los Países Bajos se las arregló para mandar a su casa una valiosa radio Philips. Los que tenían conexiones en el cuartel general o en la sección del Alto Mando en París llegaron a enviar a sus casas alfombras persas y porcelana china. Un joven actor del teatro alemán de Praga escribió a su familia pidiendo instrucciones respecto a la compra de muebles y antigüedades, explicando que uno de sus colegas había organizado un negocio. Este tráfico intenso aumentó aún más cuando se abolió la aduana entre el Reich y el Protectorado de Bohemia y Moravia el 1 de octubre de 1940. Según un testigo, desde entonces, los equipajes de los oficiales alemanes rebosaban de «pieles, relojes, medicinas y zapatos checos en cantidades inimaginables».[15]

Durante el otoño, Ernst Guicking sólo podía recibir envíos de cincuenta marcos al mes, pero en Navidades, el límite se aumentó a doscientos, y pudo dedicarse a hacer compras, adquiriendo cosas para toda la familia.

Procedente de una familia de granjeros más bien pobres, Guicking gastaba ahora mucho dinero y le pedía a Irene que le enviase cantidades más a menudo, pensando en un regreso triunfal en Navidades. Al mismo tiempo, animaba a Irene a amueblar su casa. Le tomaba el pelo diciendo que donde pasaría más tiempo sería en el lugar en el que estuviese más a gusto, y le sugirió que prestase una atención especial a la cama común. A Irene le gustaban los diseños modernos, y Ernst la instaba a comprar sólo lo mejor, aunque eso significase pedirles prestados mil marcos a sus padres. Pero con las largas listas de espera que había para obtener muebles y objetos de menaje, aquel capricho tuvo que ser aplazado. La población podía empeñarse en gozar de la paz continental, pero la economía alemana seguía estando en situación de guerra.[16]

El ansia de consumo de Ernst Guicking era una respuesta natural a años de contención de la demanda durante los cuales los alemanes habían conseguido ahorrar porque había pocas cosas para comprar. Cuando comenzó la guerra, el 20 % de la producción económica estaba destinada al armamento, y rápidamente aumentó a más de un tercio del producto interior bruto. La limitación de la demanda doméstica hizo que se produjeran altos índices de ahorro. A través de controles regulatorios, las cuentas de ahorro fueron utilizadas en secreto por el Gobierno para financiar el esfuerzo bélico, evitando así una repetición de los llamamientos a comprar bonos de guerra que habían sido tan característicos de la Primera Guerra Mundial.[17]

Desde el punto de vista del consumo alemán, 1940 significó una repentina bonanza, gracias al hecho de que el Reichsmark estaba deliberadamente sobrevalorado en todos los países ocupados por la Wehrmacht. Los precios locales resultaban baratos para los alemanes y, a medida que las familias se resarcían por todo lo que no podían comprar en casa, comenzaron incluso a vaciar los almacenes de los puertos holandeses, llenos de objetos de consumo acumulados allí desde antes de la ocupación: en los Países Bajos, cada soldado podía recibir mil marcos al mes. En Bélgica, los funcionarios alemanes encargados de las finanzas calcularon que en el primer año de ocupación, los soldados destacados allí habían recibido desde Alemania 34 millones de marcos. En octubre de 1940,

Hermann Göring se convirtió en el héroe de los soldados –y de los consumidores– alemanes al ordenar que se levantasen todas las restricciones que limitaban la compra por parte de los alemanes de «pieles, joyas, alfombras, seda y objetos de lujo», sobre la base de que las victoriosas tropas de ocupación debían tener las mismas oportunidades que la población local. Mientras que se mantenían firmes controles para el envío de paquetes desde Alemania, Göring insistía en que el servicio postal militar debía transportar un número ilimitado de paquetes de hasta un kilo de peso a la madre patria. En un año, el número de paquetes enviados a casa desde Francia se multiplicó por cinco, hasta alcanzar los 3,1 millones por mes. Göring ordenó sobre todo que a los soldados se les permitiese llevarse a casa todo lo que pudiesen transportar sin interferencia de las aduanas. Hubo largas discusiones sobre si se les debía o no prohibir que llevasen su exceso de equipaje sujeto con un arnés, por si acaso esto les impedía saludar a sus superiores. En cualquier caso, las restricciones que se pudieran imponer sobre los equipajes siempre eran desobedecidas. En la Gare de l'Est de París, hordas de soldados alemanes cruzaban el vestíbulo tambaleándose bajo desordenadas montañas de equipajes que se llevaban a casa.[18]

Aparte del pago en efectivo, la moneda más empleada eran las notas de crédito del Reich. Aunque era ilegal que se utilizasen de manera individual, había tantas en circulación, que un joven soldado como Heinrich Böll tuvo pocas dificultades para conseguir que su familia le enviase grandes cantidades de esas notas de crédito. Los informes elaborados por los funcionarios de aduanas levantan una pequeña esquina de la cortina tras la cual estaban teniendo lugar operaciones comerciales aún mucho más amplias y ambiciosas. En 1940-1941, por ejemplo, se descubrió a un grupo de empleados del servicio postal del ferrocarril enviando un vagón postal vacío desde Núremberg hasta Metz, donde se lo entregaban a sus colegas franceses junto con decenas de miles de marcos en notas de crédito del Reich. Cada semana, el vagón volvía de París lleno de «productos escasos como café, té, cacao, chocolate, brandi, champán, vino, licores, ropa, medias, etc.». Los empleados de Núremberg vendían la mayor parte de esos

productos a otros trabajadores postales, estableciendo así una cadena de actividades de mercado negro.[19]

El café era uno de los productos favoritos. En 1939, la importación y venta de café en grano había sido seriamente restringida en Alemania para salvaguardar las escasas reservas de divisa extranjera en el país. Los sustitutivos del café no terminaban de gustar a los consumidores alemanes, así que no resulta sorprendente que, cuando Heinrich Böll llegó a Róterdam, lo primero que compró fue media libra de café, un producto que había sobrevivido al bombardeo incendiario de los muelles. Durante todo el verano de 1940, escribió a menudo a su casa narrando sus habituales «cacerías de café», intercaladas con sus «viajes de mantequilla». En septiembre, el joven soldado observó que las tiendas estaban vaciándose de esos géneros y, aunque los alemanes pagaban bien por todo, parecía que estaban «desvistiendo un cadáver». El delegado del Banco de Alemania en los Países Bajos estaba de acuerdo, y alertaba de que agotar los productos llevaría inevitablemente a la inflación y conllevaría «consecuencias políticas dañinas para la cotización de nuestra divisa».[20]

*

A la generación de alemanes que había crecido en las décadas de 1920 y 1930 se les había enseñado a detestar Francia, pero a admirar y emular la cultura francesa. Si la victoria de la *Blitzkrieg* eliminó su miedo a la capacidad marcial francesa, su curiosidad cultural y su respeto se mantuvieron intactos. Hans Albring dedicaba todo su tiempo libre en Poitiers a vestirse de paisano y visitar iglesias. Su favorita era la iglesia de Santa Radegunda, del siglo XIII, con sus frescos rojos y marrones representando a Lázaro resucitado y a Daniel en el foso de los leones. A pesar del calor del verano y al duro paseo que tenía que hacer subiendo y bajando los 218 escalones que separaban los barracones de la ciudad, seguía yendo una y otra vez a visitar el baptisterio con su altar, que se decía que era el más antiguo en toda Francia. Le envió postales a su amigo Eugen Altrogge, para que supiera lo que se estaba perdiendo, e incluso le encargó

a un fotógrafo local que hiciese una impresión en gran formato del fresco que representaba al emperador Constantino a caballo. Junto con algunos camaradas, Albring fue a la misa mayor en la catedral de San Pedro, y se sintió especialmente conmovido por el *Jubilate.* Mientras las voces blancas del coro de niños resonaban en el gran edificio, Hans tuvo la extraordinaria sensación de estar siendo subido a los cielos por la luz de la gracia. También se percató de las miradas terribles que les dirigían a él y a los otros alemanes tanto el coro como la congregación, y se sintió perseguido por el odio de aquellos feligreses.[21]

El siguiente puesto de Albring fue en Ruan, donde celebró su ascenso a sargento y el aumento de su salario comprando varios libros raros con valiosos grabados. Mientras echaba un vistazo al depósito del vendedor de libros antiguos y grabados, Hans pasó horas de dichosa conversación con aquel francés cuyas opiniones le parecieron «llenas de sensibilidad y moderación». Finalmente, el joven soldado planteó la cuestión de si los franceses odiaban a los alemanes. «No», replicó el librero, «y si lo hacen, es como una pataleta infantil.» Pero, sin duda alguna, insistió Albring, los edificios en ruinas de Ruan debían provocar «el ansia de venganza». No, fue la respuesta. Lo que los franceses querían era «que les dejasen seguir con su trabajo; que les dejasen con su constitución y su forma de Gobierno». Albring sólo quiso escarbar hasta ahí. La conversación viró hacia el tema tranquilizador de su pasión por coleccionar grabados de los antiguos maestros italianos y los franceses modernos. Enseguida Hans había preparado un paquete de unos setecientos grabados y serigrafías –sacados de un libro de principios del siglo XVIII– para enviarlos a Gelsenkirchen con un camarada que se iba a casa de permiso. Ya estaba planeando cómo podría recuperar parte del coste vendiendo algunos de los grabados, sin duda para financiar futuras compras.[22]

Llenos del gran interés por el arte que solían tener los muchachos recién salidos del bachiller de letras, tanto Hans Albring como Eugen Altrogge se dedicaban a una especie de peregrinaje. Eugen solía ponerse lírico con la comparación entre los estilos románico y gótico que encontraba en Austria, el primero tan sólido y terrenal, y el segundo, le parecía, nervioso y capaz

de expresar las ansiedades fáusticas del ser humano. Hans estaba de acuerdo; no se sentía demasiado impresionado por la arquitectura exterior de las catedrales románicas de Poitiers y Ruan; sólo Chartres encajaba con su gusto por las altas agujas: estaba tan excitado cuando el camión en el que viajaba llegó en plena noche a la ciudad, que revolvió en su macuto hasta que encontró una reproducción de la catedral dibujada y la comparó con el edificio auténtico, comprobando que sus torres gemelas parecían «mucho más esbeltas y altas» bajo la luz de la luna. La suya era una visión típicamente alemana, educada en las agujas tardogóticas de Colonia y Estrasburgo, razón por la cual las viejas torres románicas de Ruan y Poitiers le parecían, por comparación, decepcionantemente achaparradas. Era esa verticalidad, el ansia de alcanzar los cielos, la que había abrumado al joven Goethe cuando vio por primera vez la fachada occidental de Estrasburgo y le había llevado a considerarla el epítome de la «arquitectura alemana».[23]

Igual que Goethe, la joven fotógrafa Liselotte Purper pensaba que la catedral era más bonita cuando la luz oblicua del atardecer caía sobre su lado occidental. Mientras las casas de la plaza «se hundían lentamente en las sombras», anotó en su diario de viaje, todos los adornos góticos de los arcos, las torres y las estatuas se dejaban ver. Liselotte tenía una razón especial para visitar Estrasburgo en septiembre de 1940. En 1919, cuando aún no había cumplido los siete años, sus padres habían sido expulsados de la ciudad junto con otros «alemanes del Imperio». Era la primera vez que volvía y, mientras vagabundeaba por las calles sinuosas con el viejo mapa de sus padres, sintió «la magia especial» de las casas con sus entramados de madera y sus postigos pintados en colores brillantes. Mientras cruzaba los puentes sobre el canal y caminaba bajo los plátanos y los castaños de Indias en la orilla del río Ill, sintió que había llegado finalmente a casa. Estrasburgo, Colmar y los pueblos de Alsacia habían sido integrados de nuevo en el Reich tras la victoria de 1940, pasando a formar parte de un nuevo Gau junto con Baden. Varios festivales celebraban sus tradiciones populares y su contribución a la cultura alemana. Como los alsacianos parecían no abrazar con demasiado entusiasmo sus nuevos deberes patrióticos, las autoridades habían respondido con medidas educativas,

explicándoles de nuevo la verdadera identidad nacional. Entretanto, los judíos habían sido expulsados sumariamente.[24]

La siguiente parada de Liselotte fue en el hotel Wartheland en Wieluń, Polonia. Llegó a principios de octubre de 1940 para fotografiar el trabajo de colonización que se estaba llevando a cabo en aquellos territorios del este recientemente «recuperados». En Wieluń, su trabajo era más exigente que en Alsacia, y Liselotte enseguida observó que allí había un elevado número de judíos. Los consideraba «un peligro para el tráfico», porque se les obligaba a caminar por la calzada en lugar de por las aceras. Aquel mismo mes, a los judíos del nuevo Gau se les había ordenado descubrirse en presencia de cualquier alemán en uniforme, y algunos oficiales habían comenzado a pasearse con fustas y látigos para obligar a que la nueva ley se cumpliese. Durante el mes de diciembre anterior, la Comisión de Reasentamiento de las SS había comenzado a expulsar a los judíos, limpiando por entero la zona occidental del Gau de Wartheland –antiguamente prusiana–, pero la escasez de carbón de aquel invierno detuvo la operación. En la ciudad más importante del Wartheland oriental, Łódź, los judíos fueron momentáneamente amontonados en un gueto provisional, el primero dentro de las fronteras del Reich.[25]

Liselotte Purper hizo un viaje a Litzmannstadt –como Łódź había sido rebautizada, en honor del general alemán que la había conquistado en 1915– y tomó fotografías de judíos para su colección particular. Los guetos se habían convertido en un tema popular, y otras fotos similares de las «seis mayores ciudades de Alemania», tomadas por otra mujer fotoperiodista, Erika Schmachtenberger, fueron publicadas en el *Münchner Illustrierte.* Uno de los fotógrafos personales de Hitler, Hugo Jaeger, se apresuró a tomar diapositivas en color de los judíos del gueto de Kutno, creando una mezcla de imágenes «etnográficas» de desaliñados habitantes de chabolas y retratos de cuerpo entero de bellas mujeres. Pero, en octubre de 1940, el encargo de Liselotte Purper en el Wartheland era muy distinto.[26]

El nuevo Gau se había convertido en un modelo de reasentamiento colonial, o «regermanización». Seiscientos diecinueve mil ciudadanos polacos habían sido «reasentados» en el territorio polaco de la

«Gobernación General», presidida por Hans Frank, para poder dejar espacio a los alemanes en aquellas otras regiones anexionadas. La gran mayoría –unos 435.000– procedían precisamente del Wartheland, donde el nuevo *gauleiter*, Arthur Greiser, compartía de manera entusiasta las ideas de Himmler sobre la necesidad de llevar a cabo un asentamiento colonial radical. En el invierno de 1939-1940, los deportados eran llevados en trenes sin comida adecuada, agua o ropa. Como muchos de ellos eran judíos, las SS y el jefe de la policía del distrito de Lublin, Odilo Globoćnik, propusieron en febrero de 1940 que los viajes fueran deliberadamente lentos para que «pudieran morirse de hambre». Cuando las puertas de los trenes se abrieron en Cracovia, Dębica y Sandomierz, los empleados de las estaciones descubrieron vagones llenos de alimentos en los cuales habían muerto de frío algunas madres con sus hijos.[27]

Liselotte Purper estaba allí para documentar y celebrar la otra cara del reasentamiento, los alemanes recién llegados. Las líneas de partición acordadas finalmente con los soviéticos en octubre de 1939 incluían estipulaciones sobre el traslado ordenado de las minorías alemanas. Llegaban de Volinia, en Polonia oriental –donde muchos de ellos no sabían hablar alemán–, y de los estados bálticos, de donde fueron desarraigados 60.000 alemanes étnicos, poniendo así fin a una historia de orgullosa independencia que había comenzado setecientos años antes. Enfrentados a la perspectiva de la ocupación soviética, habían aceptado ser enviados «a su hogar dentro del Reich», como el Gobierno alemán decía: Liselotte pensaba que se quejaban demasiado y que no eran lo suficientemente agradecidos. Se sentía más emocionada por la sencilla gente campesina de las zonas fronterizas de Volinia y Galitzia, que pertenecían en parte a Polonia y en parte a Ucrania: «La alegría por nuestra visita brillaba en todos sus rostros». A pesar de haber pasado varios meses pudriéndose en campos temporales, mientras esperaban que las casas, las granjas y los negocios quedasen despejados para ellos, ahora le parecían verdaderamente agradecidos. Todo lo que querían, pensaba la fotógrafa, era empezar a cultivar sus propias tierras «para poder ofrecerle pan al pueblo alemán».[28]

En noviembre de 1940, Liselotte viajó de nuevo para documentar el reasentamiento de rumanos de etnia alemana de Besarabia, Bucovina y Dobruja. Uniéndose a la Comisión de Reasentamiento de las SS, Liselotte visitó sus pueblos cerca del puerto de Constantia, en el mar Negro, con sus pulcras casas encaladas, y habló con las familias de sus expectativas mientras empaquetaban sus pertenencias. Los acompañó en el vapor por el Danubio a través de la garganta y los rápidos de las Puertas de Hierro. Pero no estableció relación con ellos: en su diario aparece de manera destacada el temor a que aquellos colonos que «aún no habían sido desinfectados» le contagiasen las pulgas; se obsesionó con la higiene, llevando un registro de las pulgas que eran cazadas a bordo, unas veinte cada diez minutos. Aquellas dificultades menores la hicieron sentirse, al final del viaje, como un «resplandeciente vencedor» que regresase de la batalla. Tanto su diario privado como sus fotografías profesionales retratan a los colonos como personas agradecidas pero, al mismo tiempo, receptores pasivos de los bien organizados servicios de beneficencia de los alemanes del «antiguo» Reich.

En Belgrado, a Liselotte se le unió su antigua amiga, Margot Monnier. «Hada», como Liselotte la llamaba siempre, jugando con su apellido de soltera, disfrutaba tanto de aquellos viajes juntas que a menudo actuaba como ayudante de Liselotte, a pesar de que en realidad –siendo además hermana del director de la radio alemana, Eugen Hadamovsky– ocupaba un puesto como jefa de la sección fotográfica de la Organización de Mujeres Alemanas y, por lo tanto, estaba por encima de Liselotte. Las dos mujeres sabían divertirse, y encontraron tiempo para hacer un viaje a Budapest e irse de compras. En Belgrado, el jefe de la Comisión de Reasentamiento local de las SS resultó ser un viejo amigo de la familia, y se llevó a Liselotte a conocer la vida nocturna de la ciudad. Aquellas dos elegantes e ingeniosas jóvenes sabían persuadir con habilidad a los hombres para que las ayudasen, tanto si se trataba de conseguir pases para moverse por Rumanía, o ayuda por parte de un maquinista alemán que se llevó sus compras al Reich, como la caballerosa aunque aburrida compañía de varios oficiales de las SS que las acompañaron en una excursión nocturna al palacio de Budapest. Tras disfrutar de la compañía del capitán y los oficiales

austriacos en el vapor, tomaron el tren a Viena, donde Liselotte y Hada mataron ceremoniosamente «la última pulga».[29]

En el Wartheland, Liselotte, que tenía entonces veintiocho años, se había sentido muy impresionada por las estudiantes voluntarias que acudían desde Alemania y por todas las muchachas que ayudaban a los colonos como parte de su Servicio Social obligatorio. Fueron ellas las que habían conseguido expulsar a los polacos que intentaban volver a sus antiguas granjas. Las muchachas de dieciocho años del Servicio Social solían ser enviadas junto a los hombres de las SS, en número igual a ellos, a las operaciones de realojamiento. Algunas iban a las estaciones de tren a recibir a los colonos alemanes, otras ayudaban a los SS a desalojar a los polacos y supervisaban a las mujeres polacas obligadas a limpiar sus propias casas y a dejarlas impecables para los nuevos propietarios. Al describir su actividad tras su regreso a casa, una estudiante voluntaria explicaba así su propia reacción al ver a los SS hacinando a campesinos polacos en un barracón durante un desalojo:

> ¿Simpatía hacia esas criaturas? No, a lo sumo me sentí horrorizada en silencio ante la existencia de gentes así, gentes cuyo ser es tan infinitamente diferente del nuestro y tan incomprensible para nosotros, que no hay manera de contactar con ellos. Por primera vez en nuestras vidas, [nos encontrábamos ante] gentes cuya vida o cuya muerte nos eran indiferentes.[30]

Para los polacos, la única manera de garantizar sus derechos de propiedad era ser clasificados como «alemanes» en la nueva «Lista Nacional» que se estaba elaborando en los territorios anexionados. Ser registrado como alemán permitía igualmente a las familias acceder a niveles más elevados de racionamiento, a mejor educación y mejores posibilidades de empleo. Cada región podía llevar a cabo aquel programa de «regermanización» a su manera, así que no todas siguieron la línea dura que había aplicado el *gauleiter* del Wartheland al permitir que las SS realizasen una limpieza étnica. Algunas prefirieron mantener la mano de obra especializada que proporcionaban los polacos y que resultaba crucial en ciertas zonas, como la Alta Silesia. Aquí toda la población fue virtualmente

reclasificada como alemanes. La Pomerania oriental hizo lo mismo, mientras que en Danzig-Prusia occidental –escenario de la mayor violencia contra los polacos realizada en 1939 por milicias de alemanes étnicos–, la mayor parte de la población fue clasificada o bien como alemana o bien como poseedora «de las cualidades necesarias para convertirse en miembros de pleno derecho de la comunidad nacional alemana». Dependería de cómo se comportasen. Igual que en Alsacia, una de las pruebas para los hombres era el servicio en la Wehrmacht.[31]

Los polacos que no consiguieron ser reclasificados en una de esas categorías, aprendieron pronto y a conciencia que debían someterse. Fueran cuales fuesen las variaciones entre un Gau y otro o entre los territorios anexionados y la Gobernación General, el objetivo era el mismo. Toda una serie de decretos prohibieron a las escuelas polacas enseñar los temas que parecían fundamentales para conformar los sentimientos patrióticos: deportes, geografía, historia y literatura nacionales. En el Wartheland, incluso la enseñanza del polaco estaba prohibida; a las escuelas se les prohibió también enseñar bien la gramática alemana, no fuera a ser que «los polacos consigan hacerse pasar por alemanes». Después de que la mayor parte de los profesores y sacerdotes polacos hubieran sido ejecutados o expulsados, las autoridades del Wartheland organizaron clases de dos horas al día para que las mujeres de los granjeros de alemanes y de los funcionarios locales acostumbrasen a los niños polacos «a la limpieza y el orden, la conducta respetuosa y la obediencia a los alemanes».[32]

La enorme cantidad de polacos obligados a «reasentarse» en los territorios bajo control de la Gobernación General –«una reserva nativa», como Hitler los apodaba– fue sobrepasado por el número de polacos enviados a Alemania. Para empezar, se envió a 300.000 prisioneros de guerra polacos para ayudar con las cosechas en 1939. A finales de mayo de 1940, había unos 850.000 trabajadores extranjeros en Alemania, de los que casi dos tercios trabajaban en la agricultura, que tenía una larga tradición de contar con los temporeros polacos. Un régimen que se basaba en la pureza nacional y racial, sentía una gran reticencia al ver a tantos polacos trabajando y viviendo en las ciudades alemanas, pero la industria

armamentística necesitaba mano de obra con tanta desesperación, que muchas fábricas dependían de que la Wehrmacht dejase libre después de la campaña de Francia una gran cantidad de mano de obra especializada para poder seguir trabajando.[33]

A ojos de los nazis, el «frente doméstico» en su totalidad era un espacio femenino y privado en el que se les estaban introduciendo amenazadores hombres extranjeros. Este concepto sexualizado se basaba en el ideal del siglo XIX de separación de las esferas masculina y femenina, en el cual el trabajo, la política y los asuntos públicos eran cosa de hombres mientras que las mujeres se concentraban en crear en el hogar un paraíso *biedermeier* para la familia. Esta división conceptual había estado a punto de romperse durante la Primera Guerra Mundial, cuando las mujeres se habían hecho cargo de trabajos masculinos en el ámbito de la ingeniería, la producción armamentística o la conducción de tranvías, y se habían convertido en enfermeras de la Cruz Roja. A pesar de la adhesión nazi a las ideas patriarcales, el mismo patrón de implicación femenina había vuelto a aparecer, incluso de manera más intensa, durante esta nueva guerra. El número de mujeres que estudiaban en la universidad nunca había sido tan elevado, y había más mujeres incorporándose a las profesiones que nunca. Pero en vez de abandonar las ideas sobre la diferencia entre el destino masculino y el femenino, los nazis simplemente las redefinieron. La tradicional «esfera femenina» del hogar se había extendido hasta incluir la totalidad del frente doméstico, mientras las actividades masculinas «ahí fuera» ya no se referían a la vida comunitaria o al trabajo, sino a la vigilancia de la fronteras de la Madre Patria. Esta extensión dramática de la esfera femenina hasta incluir casi todas las actividades sociales y económicas de las que las mujeres estaban previamente excluidas, sólo tenía sentido porque todavía había algo de lo que no podían ser parte: el mundo militar. En realidad, las mujeres servían en la policía ya desde antes de la guerra y, junto a las 400.000 enfermeras que trabajaban para la Cruz Roja, otras 500.000 mujeres habían sido reclutadas por la propia Wehrmacht, la mayor parte de ellas para trabajar en sus servicios

telefónicos y postales tras asistir a un curso de entrenamiento de dos a tres meses en Giessen.[34]

Pero la idea de que las mujeres pudiesen portar armas seguía siendo un anatema y había dado legitimidad a las reacciones más extremas por parte de los soldados alemanes durante la campaña polaca cuando se habían encontrado a resistentes femeninas. El honor masculino estaba totalmente ligado al servicio militar, la camaradería y la calma bajo el fuego enemigo; tanto, que los «neuróticos de guerra», los cobardes y los desertores no sólo eran considerados gentes deshonradas, sino que ni siquiera se les veía como auténticos hombres. El honor femenino seguía midiéndose en términos de castidad y virtud sexual. El ministro de Justicia del Reich publicó en 1943 unas directrices que se limitaban a repetir el axioma básico de que «las mujeres alemanas que establecen relaciones sexuales con prisioneros de guerra traicionan de esa manera el frente, cometen un grave daño contra el honor de la nación y perjudican la reputación de las mujeres alemanas fuera de nuestras fronteras». De estas diversas maneras, se consideraba que los cuerpos de los individuos tanto masculinos como femeninos portaban en sí mismos el honor del pueblo alemán.[35]

El guardián moral del honor nacional era el Partido Nazi. El jefe del Departamento de Política Racial aseguraba en agosto de 1940 que

> No cabe duda de que las consideraciones de la política racial exigen que combatamos con todos los medios posibles la extraordinaria amenaza de contaminación y polución que esta concentración de trabajadores extranjeros supone [...] para nuestro linaje germánico. Esa población extranjera era hasta hace poco nuestro mayor enemigo, y sigue siéndolo ahora dentro de nuestras fronteras, y no podemos ni debemos permanecer ociosos mientras ellos invaden la esencia vital de nuestro pueblo, dejan embarazadas a las mujeres de sangre alemana y corrompen a nuestros jóvenes.

A la Gestapo y el SD, en particular, les gustaba pensar que ocupaban el lugar que habían dejado vacío los maridos, padres, hermanos y prometidos ausentes. Frente al influjo de los trabajadores extranjeros, la Gestapo mantuvo una absoluta vigilancia de los «contactos prohibidos», investigando delitos específicos como «las relaciones personales, íntimas o

amistosas», «el comportamiento amistoso o sociable hacia los polacos» o «la generosidad con los polacos». Todo esto era lógico, pues los hombres de la Gestapo solían sentirse preocupados por «la resbaladiza inclinación» al comportamiento «degenerado». De igual manera que hacer novillos en la escuela llevaba a los chicos a una vida de robos y pequeños delitos y a las muchachas a la promiscuidad, las enfermedades venéreas y la prostitución, cualquier contacto social con los polacos terminaba inevitablemente en la cama. Con estas ideas pesimistas, la intervención policial era necesaria para impedir mayores desórdenes, incluso en aquellos casos en que la transgresión de las normas era leve.[36]

Desde junio de 1940 en adelante, la Gestapo comenzó a ahorcar en público a hombres polacos por tener «contactos prohibidos». A principios de julio, en Ingeleben, en Helmstedt, un prisionero de guerra polaco que había sido encarcelado en la prisión militar por mantener relaciones sexuales con una mujer alemana, fue sacado de la cárcel por la Gestapo y «colgado de un árbol como advertencia para otros». El 26 de junio, Stanislau Smyl fue ahorcado por orden de la Jefatura de la Seguridad del Reich de Berlín, a pesar de que la oficina local de la Gestapo en Paderborn había avisado de que tenía problemas mentales. Aparentemente, se había acercado en plena calle a una mujer casada, había hecho «sonidos extraños» y había exhibido su pene. El 24 de agosto, la Gestapo sacó a un prisionero polaco de diecisiete años de la prisión judicial de Gotha y lo ahorcó junto a la carretera. Cincuenta polacos fueron obligados a contemplar la ejecución, junto con una gran multitud de alemanes que habían ido a mirar. Se le acusaba de haber tenido relaciones con una prostituta alemana, y su cuerpo fue dejado colgado durante veinticuatro horas.[37]

Estas formas públicas y degradantes de la pena de muerte estaban pensadas para disuadir. Aunque el Estado nazi alcanzaba en principio a rangos tan ínfimos como los conserjes, los porteros o los escolares, le faltaba la mano de obra activa que pudiese hacer algo más que hablar de los riesgos de las «relaciones prohibidas». La Gestapo podía gozar de su omnipresente, omnisciente y omnipotente reputación, pero sus aspiraciones totalitarias se veían reducidas por la escasez de hombres, que fue

empeorando durante la guerra. Igual que antes de ésta, cuando vigilaban los contactos entre hombres judíos y mujeres «arias», también ahora la Gestapo dependía de vecinos inquisitoriales que denunciasen a aquellos que rompían las normas de la «comunidad nacional». Al utilizar las aterradoras ejecuciones públicas de una manera ejemplar, la policía política estaba admitiendo que era demasiado débil para imponer de manera universal las normas del orden racial nazi. Durante la guerra, la Gestapo tan sólo generó 165 carpetas de casos de «relaciones prohibidas» en Düsseldorf, 150 en el Palatinado y otros 146 casos en la Baja Franconia.[38]

Esos nuevos rituales de castigo público provocaron cierto nivel de imitación popular. Ya en marzo de 1940, el tribunal superior de Jena se quejó de que en Turingia empezaba a ser normal afeitar la cabeza de las mujeres acusadas de «relaciones prohibidas», colgarles un cartel proclamando su crimen y hacerlas desfilar por el pueblo, incluso antes de haber sido inculpadas. El 15 de noviembre de 1940, la gente se reunió en en la plaza de Eisenach para burlarse de una mujer alemana y su amante polaco, atados espalda contra espalda a un poste colocado sobre una pequeña plataforma. Sobre la cabeza afeitada de ella, el letrero proclamaba: «Me he entregado a un polaco»; el texto del hombre era: «Soy un profanador de la raza». Las madres pusieron a sus hijos en primera fila o los alzaron en brazos para que pudieran ver lo que estaba ocurriendo.[39]

A menudo se amenazaba a las mujeres con obligarlas a asistir a la ejecución de sus amantes o incluso con sufrir el mismo destino. A veces se decía que eran ellas «las seductoras»; otras, la gente pensaba que ellas tendrían que haber sido más cautas. Tal y como se sostuvo durante el juicio de un caso en Ratisbona, «la mayor parte de la población de la ciudad consideraba que la principal culpable era la joven alemana». «El hombre polaco», se decía, «sólo estaba satisfaciendo sus necesidades sexuales, mientras que la muchacha alemana, de la que había que esperar más que del polaco, ha hecho daño al honor de toda la nación.» Desde este punto de vista, las mujeres tenían mayor responsabilidad puesto que representaban «una cultura más elevada». Mientras las autoridades intentaban mantener el control sobre las nociones de «honor», «raza» y «cultura» y dudaban de

hasta dónde podían defender sus derechos de «esposos», los detalles de las vidas sexuales de los ciudadanos eran presentados como sucesos de la actualidad local. En el caso de mujeres casadas, a los maridos –normalmente ausentes por causa del servicio militar– se les preguntaba si perdonaban a sus esposas: si lo hacían, la sentencia para ellas era más leve, o incluso se las dejaba libres.[40]

Volver a levantar la picota y los patíbulos en espacios públicos supuso inevitablemente ciertos problemas. En Straubing, la gente se quejó de que el patíbulo estaba demasiado cerca de un campamento de entrenamiento de chicas. En el distrito de Lichtenfels, se decía que había estropeado una colina «muy bonita». Los nazis intentaban claramente movilizar a las comunidades volviendo a conectarlas con los antiguos rituales premodernos de castigo convertido en espectáculo, pero esa tradición social se había roto y las respuestas de la sociedad variaban.[41]

La nueva moda de las ejecuciones públicas tuvo más éxito en Turingia. Hasta el SD se sintió molesto por el nivel de entusiasmo popular que pudo comprobarse cuando entre ochocientos y mil espectadores acudieron a ver el ahorcamiento en masa de veinte polacos en Hildburghausen, y esto sin contar los setecientos u ochocientos mujeres y niños a los que la policía les prohibió asistir. Pero era una región conocida por su temprana conversión al nacionalsocialismo y en la que muchos pastores protestantes habían abrazado el movimiento de los Cristianos Alemanes: allí no había ninguna institución que alentase otra manera de ver las cosas.[42]

En otros lugares, especialmente en las zonas católicas, las cosas no eran tan claras. En lugar de crear unidad social, el nuevo chivo expiatorio terminaría por crear discrepancias. Muchas mujeres alemanas se apresuraron a expresar su resentimiento por el doble rasero sexual. Algunas espectadoras que asistían al paseo de una mujer en las calles de Bramberg, en Ebern, a principios de 1941, por tener un amante francés, «se atrevieron a preguntar», registró el SD, «si se le haría lo mismo a un hombre [alemán] que hubiese tenido una aventura con una mujer francesa mientras estaba en Francia». Muchas mujeres que estaban presentes, incluidas miembros del Partido, comenzaron a unirse a las críticas y alguien llegó a gritar: «Sólo

nos hacen falta unas empulgueras y unas cámaras de tortura: así estaremos de nuevo plenamente en la Edad Media». Entretanto, algunos hombres del público comenzaron a contraatacar, pidiendo que se añadiera «una paliza» al castigo de aquella mujer.[43]

Una de las razones del repudio humanitario de los nuevos rituales en las áreas católicas era que los alemanes de esa creencia percibían a los polacos y a los franceses como correligionarios. En Kempen-Niederrhein, Düsseldorf, la Gestapo echó la culpa de la respuesta hostil al ahorcamiento de un polaco a la influencia de la iglesia y su rechazo de semejantes formas de ejecución pública. Renania y el Ruhr habían absorbido además a muchos inmigrantes polacos desde la revolución industrial. En Schweinfurt, la Gestapo decidió trasladar la ejecución de dos polacos, uno de los cuales había dejado embarazada a una muchacha de quince años, a un campo de concentración para evitar la «gran agitación» que «se habría producido entre la población católica». En octubre de 1941, Hitler prohibió los castigos y los rituales humillantes en público, aunque no la ejecución pública de extranjeros. Pero en ese momento se estaba enfrentando a un clamor humanitario de un tipo diferente, en el cual los obispos católicos del país jugaban un papel principal.[44]

*

El 9 de marzo de 1941, Konrad von Preysing, el obispo católico de Berlín, aprovechó la celebración de la entronización de Pío XII para recordar a su congregación reunida en la catedral de santa Eudivigis que el papa había «reafirmado la doctrina de la Iglesia, según la cual no hay ni justificación ni excusa para matar a los enfermos o a los subnormales por razones económicas o eugenésicas». Era el primer repudio público del programa secreto de «eutanasia» de los nazis. Tanto los obispos protestantes como los católicos estaban bien informados del desarrollo de ese programa, porque muchos directores de manicomios gestionados por las diferentes iglesias se habían encontrado en primera línea del asunto, resultando algunos ser fervorosos partidarios, y otros profundamente críticos. Durante el último

año y medio, la conferencia anual de obispos católicos de Fulda, dirigida por el cardenal Bertram, había enviado cartas privadas, tibiamente redactadas, preguntando al Gobierno si los rumores eran ciertos. En el verano de 1941, no obstante, aquellas peticiones dieron paso a una confrontación pública más radical. El 3 de agosto, el obispo de Münster, Clemens August, conde Von Galen, utilizó su púlpito en la iglesia de Lamberti para predicar públicamente contra la eutanasia. Mientras que Preysing había simplemente reafirmado la oposición de la Iglesia a matar a los discapacitados en términos abstractos y generales, Galen subió el tono y realizó un ataque vehemente:

> ¡Hermanos cristianos! [...] Durante meses hemos oído informes de que, por orden de Berlín, pacientes de los asilos mentales que están enfermos desde hace mucho tiempo y que pueden parecer incurables, han sido sacados por la fuerza de esos lugares. Después de un breve tiempo, los familiares han sido informados por lo regular de que el cadáver había sido quemado y se les podían entregar las cenizas. Existe una sospecha general, rayando en la certeza, de que numerosas muertes inesperadas de enfermos mentales no son naturales, sino que han sido provocadas deliberadamente, y de que se está aplicando la doctrina según la cual se puede destruir a los llamados «no merecedores de vida», es decir, matar a gente inocente, si se considera que sus vidas ya no son valiosas para la nación y el Estado.

Detallando el primer transporte de pacientes desde el asilo de Marienthal en Münster, Galen leyó en voz alta la carta que le había enviado al jefe de la policía local avisándole de las muertes previstas y mencionando su deber como ciudadano, según el artículo 139 del Código Penal, de informar a las autoridades de «la intención de cometer un crimen contra la vida». Galen se centraba después en una cuestión ética que parecía estar en juego, preguntándose qué les ocurriría a los viejos, débiles y maltrechos veteranos de guerra «si establecéis y aplicáis el principio de que podéis matar a seres humanos “improductivos”». El sermón de Gale produjo una notable impresión en la región. Fue leído en todas las iglesias diocesanas de Münster y circuló ampliamente en los círculos clericales de Colonia.[45]

Muchos de los rumores sobre asesinatos médicos surgían de la propia burocracia provincial, descentralizada, de la sanidad: los funcionarios

tenían que autorizar los pagos de los pacientes que eran atendidos por el Estado, y podían seguir el curso del dinero hasta los centros en los que se llevaban a cabo los asesinatos; también recogían y pasaban la información de otros colegas. Estos datos, algunos detallados y otros fragmentarios, habían circulado en privado hasta que Galen decidió utilizar la independencia de la Iglesia para darles una plataforma pública. Su sermón, con su franqueza demagógica, supuso un desafío público.[46]

La reacción inmediata del ministro de Asuntos Eclesiásticos, Hanns Kerrl, el secretario del Partido, Martin Bormann, y el *gauleiter* local, Alfred Meyer, fue la de reprimir a Galen. ¿Era mejor juzgarle y ejecutarle por traición para ejemplificar, detenerlo sin hacer ruido y enviarlo a un campo de concentración o simplemente prohibirle predicar? Los activistas locales del Partido y los funcionarios del *land* de Münster estaban indignados, y denunciaban que Galen era un agente británico. Goebbels y Hitler también estaban furiosos por aquel ataque público, pero, como católicos no practicantes, eran mucho más conscientes de los peligros de una respuesta apresurada: «Si hay que tomar alguna acción contra el obispo», afirmó Goebbels, «la población de Münster y la totalidad de Westfalia podría ser dada por perdida para lo que quede de guerra». Hitler estuvo de acuerdo en que lo más sensato era no hacer nada, aunque en privado juró que obtendría la cabeza del obispo cuando la guerra estuviese ganada.[47]

Durante el final del verano y el otoño de 1941, los obispos católicos siguieron presionando. Antonius Hilfrich, obispo de Limburgo, se mantenía informado gracias al clero de Hadamar, a sólo unos ocho kilómetros de distancia, y se unió al arzobispo de Colonia y al obispo de Paderborn para escribir conjuntamente a los ministros del Interior, Justicia y Asuntos Eclesiásticos a finales de agosto: «Nos consideramos obligados a tomar posición públicamente en contra [de los asesinatos médicos] para instrucción e iluminación del pueblo católico, de manera que nuestro pueblo no se confunda en lo que respecta a las bases de la verdadera moralidad». Tres días después, el obispo Bornewasser de Tréveris siguió el ejemplo de Galen y dio un sermón en su catedral contra el asesinato de enfermos. Volvió al asunto quince días después, el 14 de septiembre, preguntándose

retóricamente si el párrafo 211 del Código Penal estaba siendo todavía respetado en Alemania. El propio Galen escribió al clero de Oldenburgo para que su sermón fuese leído allí, y en octubre y noviembre, la RAF lanzó panfletos sobre toda Alemania con extractos del texto. El obispo Albert Stohr de Mainz usó el festival de Cristo Rey a finales de octubre para predicar en una catedral llena de gente. En la víspera de Todos los Santos, Preysing volvió al tema en la catedral de santa Eudivigis de Berlín, denunciado el largometraje de gran presupuesto *Yo acuso* como una descarada pieza de propaganda, y estableciendo un vínculo directo entre el gran éxito de taquilla del verano y el asesinato de pacientes psiquiátricos.[48]

La película, dirigida por Wolfgang Liebeneiner, trataba del suicidio asistido de una mujer que se estaba muriendo dolorosa y lentamente de esclerosis múltiple. Los espectadores se veían colocados alternativamente en la posición del médico, que intentaba encontrar una cura para ella, y de los miembros del jurado, que tenían que juzgar en un tribunal su decisión posterior de ayudarla a morir con dignidad. Goebbels había revisado y rechazado todas las sinopsis de películas de pura propaganda sobre el tema, eligiendo al fin este acercamiento mediante una «publicidad subliminal». Su elección ponía de relieve que el ministro de Propaganda no creía que el pueblo alemán fuese lo suficientemente poco sentimental como para decirle la verdad sobre «la eutanasia»; había que prepararlo poco a poco. Las élites profesionales implicadas en el programa consideraban que, simplemente, estaban aplicando un utilitarismo extremo al derecho a la vida: el hecho de no estar capacitado para trabajar había sido durante mucho tiempo el criterio fundamental en la consideración hacia los «asociales», adolescentes «descarriados», «holgazanes» y otros destinatarios de la atención de los servicios sociales y la policía. Pero, por muy grande que fuese el estigma asociado a la incapacidad mental o física, la sociedad alemana no estaba dispuesta a imponer las mismas sanciones a aquellos que no podían trabajar que a los que no querían. Había todo un mundo de diferencia entre los vagos y los incapacitados. El ejemplo más potente de Galen era la amenaza de que se pudiese matar a los soldados gravemente heridos. Cuando su sermón fue leído en la iglesia de Appelhülsen el 11 de agosto de 1941, las

mujeres comenzaron a sollozar en voz alta, pensando que sus hijos en el frente corrían el riesgo de que se les aplicase la «eutanasia».[49]

Yo acuso fue estrenada junto antes de que Galen hiciese su devastador sermón, y consiguió un gran éxito en todo el país. En enero de 1945, 15,3 millones de personas la habían visto, aunque no todas ellas establecieron necesariamente una conexión entre el drama íntimo en torno al dilema de la elección de una paciente y las muertes a gran escala que estaban teniendo lugar en las salas de los psiquiátricos alemanes. Allí donde la gente estableció la conexión, especialmente en el Münster y en Passau, la película fracasó. Pero el hecho de que en otros lugares tuviese mucho éxito indica que no toda Alemania estaba al corriente de la realidad de los asesinatos médicos. Tanto el conocimiento de esos hechos como las protestas fueron algo aislado en el conjunto del país.[50]

En algunos lugares, el Servicio de Seguridad observó una fuerte caída de la confianza en las autoridades de la sanidad pública, especialmente en Suabia, donde «muchos camaradas nacionales rechazan hacerse pruebas de rayos X porque temen ser sometidos [a la eutanasia] por "improductivos", y todo eso por culpa de los alarmistas sermones de los obispos de Münster y Tréveris». También entre los protestantes había una considerable inquietud; algunos miembros de la Iglesia Confesional admiraban el sermón de Galen. El obispo Theophil Wurm de Wurtemberg había llevado a cabo protestas privadas en julio de 1940 ante el ministro de Asuntos Eclesiásticos y el del Interior, al igual que ante Lammers, el líder de la Cancillería del Reich, pero ningún protestante se había manifestado públicamente. Es más, aparte de un par de casos en los que los directores protestantes y católicos de hospitales psiquiátricos se avisaron entre sí de las inminentes visitas de las comisiones de la «T-4», las confesiones cristianas rivales no llegaron a unirse para enfrentarse a este reto.[51]

En agosto de 1941, Hitler ordenó hacer un alto en los asesinatos de pacientes adultos de los manicomios por parte del T-4. Pero las protestas de la Iglesia continuaron, ya que la orden no fue hecha pública: al fin y al cabo, el propio programa de muertes se mantenía secreto. Los prelados tenían sus propias razones para mantener en ese momento la presión sobre

el asunto: en realidad, su principal preocupación en el verano de 1941 era la de defender los edificios y propiedades de la Iglesia. Cuando Alsacia y Luxemburgo fueron anexionados al Reich, igual que lo habían sido las provincias polacas occidentales, el Gobierno decidió que las estipulaciones del Concordato de 1933 con la Iglesia no se aplicarían en esos territorios. La Gestapo y los jefes del Partido no perdieron tiempo en lanzarse al botín, y durante 1940 y 1941, alrededor de trescientos monasterios y otras propiedades y edificios fueron expropiados. La práctica recordaba al «antiguo Reich» y provocó fuertes protestas locales. En Wurtemberg, los monasterios de Untermarchtal y Kellenried y sus territorios fueron requisados por la fuerza. En Baviera, donde otras siete fundaciones fueron cerradas, granjeros armados con horquetas decidieron defender la abadía benedictina de Münsterschwarzach, cuya iglesia se acababa de terminar. Pero ese tipo de acciones directas fueron excepcionales. Galen decidió alzar la voz cuando la expropiación de las propiedades de la Iglesia alcanzó a su propia diócesis. En Lüdinghausen, un convento se convirtió en internado público y diez de las monjas fueron obligadas a quedarse como cocineras, limpiadoras y lavanderas, mientras que las demás eran expulsadas. Los jesuitas de Münster fueron obligados a cambiar de diócesis, y finalmente, su propiedad monástica en la ciudad fue requisada en julio.[52]

El gran sermón de Galen del 3 de agosto en el que predicaba contra los asesinatos médicos fue el último de un total de tres en los que atacó la política nazi radical: los dos primeros, el 13 y el 20 de julio, los dedicó a defender a las órdenes religiosas de la expoliación de sus casas por una autoridad secular que había abandonado cualquier pretensión de obedecer el mandato de la ley. Al referirse a los 161 miembros de órdenes religiosas que estaban sirviendo como «soldados alemanes en el campo de batalla, algunos de ellos en primera línea del frente», denunció que «se les estaba arrebatando su relación afectiva con su mundo *[Heimat],* se ha destruido el convento que era su hogar, despiadadamente y sin ninguna justificación». Otros obispos relacionaron también públicamente esos ataques a la Iglesia con la masacre de inocentes en los psiquiátricos alemanes.[53]

Aquel verano, el conflicto entre Iglesia y Partido se descontroló en Baviera, a causa de ciertas decisiones de Adolf Wagner, el ministro bávaro de Educación y *gauleiter* de Múnich y de la Alta Baviera. Allí, la incautación por parte del Estado de propiedades y edificios de la Iglesia perturbaba un sentimiento local muy arraigado sobre los paisajes sagrados y el orden heredado. Los periódicos católicos, los jardines de infancia y, sobre todo, la educación, se convirtieron en el siguiente objetivo de secularización del *gauleiter*. Las cosas llegaron al límite cuando Wagner publicó un decreto ordenando quitar los crucifijos y las imágenes cristianas de las escuelas durante las vacaciones de verano. Para los líderes de la línea dura como Wagner, había llegado la hora de completar el asunto nunca terminado de expulsar a la Iglesia de la educación. Aunque Hitler le había prohibido al Partido que tomase medidas tanto contra la Iglesia protestante como contra la católica mientras durase la guerra, Wagner encontró cierto apoyo en una circular enviada por Bormann en junio de 1941 animando a los *gauleiter* a romper el poder de la Iglesia. A pesar de las advertencias sobre lo impopular de esa medida por parte de distintas ramas del Gobierno y de miembros ordinarios del Partido, durante el verano y los comienzos del otoño, 389 escuelas primarias de la Alta Baviera fueron despojadas de sus crucifijos.[54]

Como la oposición iba creciendo, Wagner se vio obligado a abolir su propia orden el 28 de agosto, pero en muchos lugares, los líderes locales y de distrito del Partido decidieron seguir adelante por una cuestión de prestigio y de convicción, lo cual provocó una serie de enfrentamientos con multitudes enfurecidas en diversos pueblos y ciudades pequeñas. En la localidad de Velburg, en el Alto Palatinado, la gente llegó hasta la casa del alcalde después de la misa del domingo 21 de septiembre, tirándolo al suelo cuando intentó coger su pistola. Su mujer tuvo que entregarles las llaves de la escuela para que quienes protestaban pudiesen volver a colocar los crucifijos. En otros lugares, miembros moderados del Partido y funcionarios locales llegaron a firmar las peticiones, se unieron a las manifestaciones y enviaron sus propios informes de la situación a autoridades más elevadas. En muchas ciudades y pueblos, las madres organizaron protestas en las

escuelas y recogieron dinero para comprar nuevos crucifijos; en algunos casos, fueron instalados simbólicamente en las aulas por soldados de permiso tras celebrarse una misa en memoria de sus camaradas muertos.[55]

Para Michael Faulhaber, el cardenal arzobispo de Múnich y Frisinga, el asunto de los crucifijos bávaros fue una oportunidad perfecta para volver a ganar el terreno perdido. En su carta pastoral del 17 de agosto de 1941, contrastaba los crucifijos quitados de las escuelas con aquellos plantados en las tumbas de los militares muertos. Cuatro semanas después, el 14 de septiembre, se leyó de nuevo la carta en las iglesias con motivo de la fiesta de la Elevación de la Sagrada Cruz. La amenaza fue suficiente. Wagner informó al ministro de Educación de que daba marcha atrás y 59 sacerdotes que habían sido detenidos por participar en las protestas fueron liberados. También intervino Hitler, advirtiendo a Wagner, que hasta entonces había sido uno de sus *gauleiter* de mayor confianza, que le mandaría a Dachau si volvía a hacer algo tan estúpido. En los meses siguientes, Wagner fue perdiendo terreno ante sus rivales políticos de Baviera, y en junio de 1942, sufrió un derrame cerebral grave; murió dos años después. Los radicales nazis del Partido y de las SS no se atrevieron a iniciar otro conflicto abierto con la Iglesia durante la guerra.

Entre los católicos de Renania y del Ruhr, el conflicto provocó respuestas divididas. El 2 de agosto, el día antes del crucial sermón de Galen sobre la eutanasia, aparecieron carteles pegados en Werl, al sur de Hamm, preguntando: «¿Por qué no se combate a los bolcheviques alemanes?». Y llamando a «la unidad de los católicos». Las esposas de muchos miembros activos del Partido se quejaron por el torrente de críticas que tenían que soportar cuando iban de compras o a hacer gestiones. Muchos interpretaron todo aquello como un ensayo para una confrontación a gran escala entre el Partido y la Iglesia que debía ocurrir después de la guerra. A mediados de septiembre, un camarada le pasó a Hans Albring una copia del sermón del obispo de Tréveris. Como muchos católicos, se sintió conmovido al comparar las amenazas que se estaban produciendo en la propia Alemania con las de los enemigos satánicos del extranjero. Tras el silencio anterior por parte de la Iglesia, la llamada del obispo tuvo el

impacto de «una carta de los apóstoles», según le aseguraba Albring a su amigo, Eugen Altrogge. «Créeme, no podemos seguir permaneciendo silenciosos ante cosas así [...] Lo que esos bárbaros quieren destruir no es sólo la Iglesia, sino el espíritu del cristianismo y la historia alemana y la cultura en general.»[56]

Pero entre los católicos, tanto dentro de Alemania como en el frente, había también una significativa corriente de opinión que se oponía a los obispos. Incluso en el distrito rural de Tecklenburg en Westfalia, los informantes de la Gestapo contaban que los católicos anticlericales consideraban que estaba bien que los monjes y las monjas «fuesen por fin obligados a trabajar». «Hoy en día», sostenían, «es obligación de todos los alemanes luchar y trabajar por la victoria.» Entre la mucho más secular población de las grandes ciudades, Galen fue criticado por socavar la unidad del frente doméstico, y mucha gente se preguntaba si aquello «era necesario durante la guerra». Las acusaciones de traición se multiplicaban mientras los obispos proseguían sus protestas a lo largo del otoño de 1941, especialmente, después de que la RAF comenzase a lanzar miles de copias del sermón de Galen sobre Alemania. Un vecino de Hadamar fue enviado al campo de concentración de Ravensbrück durante seis meses por poseer una copia. Cuando volvió a casa, descubrió que no sólo había perdido su trabajo sino que la gente de la ciudad lo rehuía. Un cierto número de soldados católicos incluso compararon la «traicionera» actuación de sus obispos con una nueva «puñalada en la espalda». En una carta al sacerdote de su parroquia el 1 de septiembre, tres soldados se mostraban furiosos porque «con su maldita campaña de calumnias, están ustedes destrozando el frente doméstico, igual que en 1918». Un católico devoto y soldado nazi se sintió horrorizado al oír el rumor de que un monasterio de Bochum había escondido una radio para comunicarse con los británicos, aunque no lo creía posible. Otros declararon que no querían saber nada de aquella jefatura de la Iglesia tan tercamente reaccionaria y tan poco dispuesta a contribuir al esfuerzo de la guerra.[57]

Las protestas públicas de los obispos contra los asesinatos de los pacientes psiquiátricos en 1941 sirvieron para hacer aún mayor un conflicto

en el que sentían que los intereses vitales de la Iglesia estaban en juego. Lograron que se devolvieran los crucifijos a las escuelas en la Alta Baviera durante septiembre y octubre. Pero no recuperaron las fincas y edificios monásticos perdidos, aunque Hitler prohibió que se embargasen más propiedades de la Iglesia. Ningún bando tenía nada que ganar con la confrontación, y los obispos decidieron también bajar el nivel de sus protestas. Incluso en el momento cumbre del enfrentamiento, las críticas de Galen a los líderes del Partido local y a la Gestapo nunca se extendieron a los líderes nacionales. Por el contrario, tres de sus sermones de protesta en julio y agosto de 1941 terminaron con oraciones por el Führer. Los obispos regresaron lentamente al método ya probado del cardenal Bertram: permanecer dentro de los límites y enviar a los miembros del régimen cartas de protesta privadas contra las violaciones específicas del Condordato. Ni Galen ni su colega de Paderborn, Lorenz Jäger, volvieron a hablar nunca más en público de los asesinatos médicos.[58]

Sin embargo, hubo muchos más pacientes psiquiátricos asesinados en Alemania después de agosto de 1941 dentro del programa del T-4. El asesinato de niños no se detuvo; simplemente se descentralizó más. El asesinato de adultos se reanudó tras una pausa de un año: 87.400 pacientes fueron ejecutados entre 1942 y 1945, más de los 70.000 que habían sido asesinados durante la primera fase, entre 1939 y 1941. Casi un número igual de pacientes moría de hambre en los manicomios que no estaban preparados para llevar a cabo las ejecuciones, haciendo subir el número total de muertes a más de 216.000. Esta vez se hicieron más esfuerzos para esconder la evidencia. Pero las noticias volvieron a llegar a los jefes de la Iglesia a través de los sacerdotes que trabajaban en los psiquiátricos llevados por sacerdotes católicos. En noviembre de 1942, la Iglesia católica poseía incontrovertibles evidencias de que los asesinatos médicos habían vuelto a ponerse en marcha. La Conferencia de Obispos de Fulda decidió no volver a tomar una postura al respecto en público: en vez de eso, se aconsejó a los manicomios católicos que no cooperasen con la acción. Incluso el obispo Galen, informado por un sacerdote de que los asesinatos de enfermos mentales habían vuelto a empezar, evitó cuidadosamente

romper la tregua pública y se contentó con enviar una carta privada preguntando sobre el asunto, carta que no dirigió a ninguno de los líderes nacionales sino al jefe de la administración local. No recibió respuesta y abandonó el asunto.[59]

En agosto de 1942, un nuevo equipo se reunió en el psiquiátrico de Hadamar bajo la dirección del desagradable alto funcionario Alfons Klein y su cortés director médico de sesenta y seis años, el doctor Adolf Wahlmann. Más de un 90 % de los pacientes enviados a Hadamar entre agosto de 1942 y marzo de 1945 murieron, sumando un total de al menos 4.400 víctimas. A su llegada a Hadamar, los pacientes adultos eran inmediatamente divididos entre aquellos que podían y aquellos que no podían trabajar. Aquellos que no podían trabajar recibían tan sólo una sopa de ortigas tres veces a la semana, hasta que morían de hambre. Entretanto, Wahlmann se reunía cada mañana con Klein para hacer la lista de pacientes que debían ser ejecutados. El equipo de enfermeras les administraba esa misma noche dosis letales de Trional o Veronal. A los que aún estaban vivos, a la mañana siguiente se les inyectaba morfina con escopolamina. Para no preocupar a los vecinos con el revelador penacho de humo que se elevaba desde la chimenea del crematorio, los cuerpos eran enterrados en un nuevo cementerio detrás del manicomio. Si algún familiar acudía a los funerales, se celebraba un breve servicio con un féretro; si no, los cuerpos eran enterrados desnudos en fosas comunes.

Muchas de las noticias sobre la primera fase del programa de «eutanasia» habían surgido de la propia burocracia de los servicios sanitarios y de asistencia social. En particular, como los pagos por los cuidados médicos seguían a los pacientes de un hospital psiquiátrico a otro, el rastro del dinero revelaba sus destinos finales. En la segunda fase, a partir de 1942, se estableció una nueva oficina de pagos intermediaria, de tal manera que las administraciones provinciales que pagaban por las atenciones a los pacientes ya no podían seguir el rastro del dinero. Pero se produjo una consecuencia inesperada de esta nueva capa de secretismo en la burocracia al debilitar uno de los principales propósitos de los asesinatos médicos: en lugar de invertir el dinero ahorrado en el cuidado de los

pacientes en el esfuerzo bélico, tenía que ser mantenido dentro de la administración provincial para salvaguardar el secreto de sus orígenes. Los excedentes no gastados se acumulaban en las arcas de las administraciones provinciales en las que se asesinaba a pacientes. En Hesse-Nassau, las matanzas de Hadamar liberaron millones de marcos que sirvieron para edificar edificios y otras formas de inversión civil, desde memoriales de guerra hasta la biblioteca provincial de Nassau o la orquesta provincial del Rin-Meno.[60]

A pesar de todas esas precauciones, se produjeron revelaciones. En octubre de 1942, dos meses después de que Hadamar hubiese vuelto a ponerse en marcha, el presidente de la provincia del Rin le escribió a Adolf Wahlmann preguntándole por qué tantos pacientes morían al poco de llegar al manicomio. Aunque evitó explicar cómo habían muerto los pacientes, la respuesta del director médico no era en absoluto una negación de lo que estaba ocurriendo:

> No puedo conciliar con mis principios nacionalsocialistas la necesidad de dedicar recursos médicos, sean medicinales o de otro tipo, a prolongar la vida de esos individuos que están totalmente al margen de la sociedad humana, sobre todo durante esta época de lucha por la existencia, en la que cada una de las camas de las que disponemos es extremadamente valiosa para nuestro pueblo.[61]

El número de alemanes asesinados en los psiquiátricos fue mayor que el de cualquier otro grupo de víctimas de la persecución nazi dentro de Alemania. Tenían familiares repartidos por toda la sociedad alemana y, durante un breve periodo, había dado la impresión de que la Iglesia católica deseaba utilizar su influencia como la institución cívica más poderosa para defender su causa. Pero sin ese respaldo institucional, las familias se vieron enfrentadas a grandes obstáculos. La complejidad burocrática hizo que fuese incluso más difícil para las familias llegar a los manicomios antes de que sus parientes muriesen, con retrasos deliberados a la hora de enviar los telegramas que les avisaban de supuestas enfermedades graves y fechas falsas de las muertes. En lugar de recibir urnas de cartón con las cenizas, en la segunda fase de asesinatos, posterior a 1942, las familias –si podían hacer

frente a los gastos– estaban autorizadas a que los cuerpos fuesen recogidos por empresas funerarias para proceder a enterrarlos de manera privada. Esas empresas enseguida comenzaron a quejarse de los féretros bastos y sin terminar y del estado de los cadáveres desnudos. Pero, cuando la Iglesia decidió guardar silencio, los cientos de miles de alemanes afectados por los asesinatos médicos se quedaron aislados. Muchos de ellos vivían lejos de los manicomios en los que sus familiares habían sido asesinados, y es probable que no llegasen a saber lo que realmente había ocurrido. Un gran número, además, se sentía aislado en sus propias comunidades, avergonzado por el estigma de tener «enfermedades degenerativas» dentro de la familia.

Otros habían tenido que cuidar a sus familiares en casa en condiciones totalmente inadecuadas, y habían llegado a considerar los manicomios como el espacio con el que podían compartir el cuidado de los enfermos, un lugar que les permitía tomarse un respiro temporal. Ria tenía cinco años cuando su madre salió de casa por primera vez. Desde 1925, Maria M. pasaba breves temporadas en la Clínica Psiquiátrica de Heidelberg y en el manicomio de Wiesloch por lo que se le había diagnosticado como «esquizofrenia». En 1929, el padre de Ria murió. Su hermana, Sophie, tuvo que hacerse cargo de su hija de nueve años y de la viuda. Sophie también había llegado a confiar plenamente en el manicomio de Wiesloch, y la siguiente vez en que Maria fue ingresada permaneció allí cinco años. En 1941, después de un largo y estable periodo en casa, empezó de nuevo a oír voces y a sufrir de insomnio. Ria le dijo al responsable de admisiones de la clínica que los síntomas de su madre eran el resultado del ruido que había en los edificios de Mannheim mientras se construían refugios antiaéreos. Ria y su tía enseguida comenzaron a escribir por separado al director del manicomio, la primera insistiendo para que soltasen a su madre, la otra tratando de convencerlo de que su cuñada debía permanecer allí. En 1942, Ria logró que su madre volviese a casa, pero seis semanas después, Maria M. sufrió un repentino episodio de violencia durante el cual rompió las ventanas y un armario de la cocina, y su hija tuvo que enviarla de nuevo a Wiesloch. El 6 de junio de 1944, Ria recibió una carta del manicomio de

Hadamar informándole de que su madre había sido trasladada allí, pero que «debido a las dificultades del viaje», las visitas sólo se permitirían en situaciones «especialmente urgentes». Poco después, el 13 de julio, Ria recibió un telegrama de Hadamar comunicándole que su madre había contraído una pleuresía. La noticia de su muerte llegó dos días después. El 18 de julio, Ria viajó a Hadamar para recoger el anillo de boda de su madre, su libreta de ahorros y algunas ropas.[62]

Éste no fue, sin embargo, el fin del asunto. Un mes después, Ria escribió al director médico de Hadamar, Adolf Wahlmann, para preguntarle su opinión sobre si la enfermedad podía ser hereditaria. Había tenido un hijo, y quería saber si él podía heredar la esquizofrenia de su madre y, «de ser así», preguntaba, «si no sería mejor para mí, y también para mi hijo más adelante, someterme a una esterilización, para extirpar esta característica genética en su propia raíz». Wahlmann se tomó un tiempo para tranquilizar a la desdichada madre con su respuesta. Finalmente le señaló que, puesto que no había antecedentes de la enfermedad por el lado de su marido, el hecho de que ella se hubiera desarrollado sin mostrar ningún síntoma sugería que la enfermedad no volvería a aparecer en la siguiente generación. La extraordinaria carta de Ria a Wahlmann ejemplifica un patrón discernible en otros muchos casos. Obligadas a enfrentarse a las dificultades de hacerse cargo de un familiar dependiente, Ria y su tía habían confiado en el manicomio como un espacio estable en el que podían confiar, y al que incluso podían presionar mientras discutían entre ellas sobre su capacidad para cuidar de Maria en casa. No estaban en disposición de cuestionar lo que estaba sucediendo en Hadamar, y menos aún de oponerse a ello. Conscientes de que sus vecinos sentían hacia ellas cierta simpatía no libre del estigma de la enfermedad mental, la suya era una tragedia privada, causa de vergüenza y, al mismo tiempo, de dolor.[63]

N1 Tanto Dinamarca como Noruega fueron invadidas por la Alemania nazi en abril de 1940, permaneciendo ocupadas hasta el final de la guerra en Europa en mayo de 1945. *(N. de la T.)*

N2 La Gobernación o Gobierno General de los territorios polacos ocupados fue el nombre dado por el régimen nazi a la Polonia invadida. La zona occidental del país fue directamente anexionada al Reich. *(N. de la T.)*

TERCERA PARTE

LA SOMBRA DE 1812

6

La cruzada alemana

El 22 de junio de 1941, mientras la oscuridad caía, los hombres que se escondían en el pequeño bosque comprobaron su equipo una vez más, al mismo tiempo que los ingenieros hinchaban las lanchas de asalto para cruzar el río. Marcando la frontera rumano-soviética, el río Prut era un afluente bastante ancho, aunque de curso lento, en la parte moldava del Danubio. Helmut Paulus embarcó en una de las primeras lanchas del 305.º Regimiento de Infantería y, mientras el comandante del regimiento agitaba ante ellos la mano, se acordó de los gladiadores romanos y su saludo, «Los que van a morir te saludan».

En ese momento estalló el caos. Un oficial nervioso disparó su arma alcanzando el lateral de uno de los botes hinchables, y los ocupantes de otro entraron en pánico y volcaron su embarcación. Las pesadas metralletas y las cajas de munición se hundieron hasta el fondo. Los hombres tuvieron que vadear con el agua hasta el pecho hasta alcanzar otros botes. Desde su izquierda les llegaba el traqueteo de las ametralladoras, pero no fueron alcanzados. Otras unidades alemanas habían cruzado río arriba y ya estaban enfrentándose a los rusos en las afueras de Skuleni, la localidad de Besarabia que se encontraba en la orilla opuesta.[1]

A medida que las unidades del Ejército Rojo retrocedían y los alemanes avanzaban, la compañía de infantería de Helmut alcanzaba la cima de una colina y se establecía allí. Desde el alba, oleadas de aviones soviéticos los bombardeaban cada tres o cuatro horas, intentando desalojar la cabeza de puente alemana. Dos días después, Helmut estaba aún allí, encogido en el interior de una trampa para tanques que ellos mismos habían excavado,

esperando a que las divisiones blindadas soviéticas reanudasen su contraataque. «Los sentimientos son indescriptibles», anotó en su cuaderno. Había envidiado a los hombres que habían conquistado Francia en 1940 mientras él estaba aún haciendo el entrenamiento básico. Ahora, mientras soportaba su «bautismo de fuego», el joven de diecinueve años estaba aterrorizado. Aparte del comandante de su compañía, un veterano de la Primera Guerra Mundial, ninguno de sus compañeros había visto nunca una batalla. Se mantuvieron cerca de su cabeza de puente hasta el 1 de julio, soportando los contrataques soviéticos. Habían sido entrenados para operar en pequeños grupos básicos y los hombres podían contar con la lealtad de sus camaradas. Finalmente, después de nueve días, su División de Infantería, la 198.ª, se rompió, y la compañía de Helmut se encontró dirigiendo un ataque contra Finduri. Les costó 37 hombres.[2]

Helmut y sus camaradas formaban parte del 11.º Ejército. Luchando junto a las tropas rumanas, se encontraban en el ala más al sur de los tres millones y medio de hombres que componían las fuerzas de invasión de la Unión Soviética. Comandado por Gerd von Rundstedt, el objetivo del Grupo de Ejércitos Sur era la conquista de Ucrania, el granero de la Unión Soviética. Hitler también codiciaba el petróleo soviético, y la ruta a los pozos del Cáucaso atravesaba precisamente la costa ucraniana del mar Negro. Entretanto, el Grupo de Ejércitos Norte y Centro debían alcanzar los puntos neurálgicos de Leningrado y Moscú. Hitler había dado las primeras órdenes para la invasión de la Unión Soviética casi once meses antes, el 31 de julio de 1940, el mismo día en que había dado luz verde al bombardeo de Gran Bretaña. Para Hitler, las dos campañas estaban estrechamente vinculadas. Al fracasar el «ataque a Inglaterra», se convenció a sí mismo de que el bloqueo de Gran Bretaña y la eliminación de su aliado soviético forzarían a los ingleses a sentarse a negociar. Pero las decisiones estratégicas del dictador alemán también pretendían satisfacer su viejo deseo de destruir el «bolchevismo judío» y conquistar el «espacio vital» colonial que ansiaba en el Este, objetivos que Hitler había proclamado abiertamente en *Mein Kampf*.

Había otra importante conexión entre las dos campañas. Al seguir haciendo grandes bombardeos sobre Gran Bretaña en junio de 1941, la Luftwaffe logró disimular el movimiento de la mayor parte de sus fuerzas en el este. Ivan Maisky, el embajador soviético en Londres, se dejó engañar, igual que le ocurrió a Stalin. Y la mayor parte de los alemanes. Al amanecer del domingo 22 de junio de 1941, justo después de que empezase la invasión de la Unión Soviética, se emitió la proclama de Hitler a las tropas. Luego, a las 5.30 de la mañana, Goebbels leyó un comunicado similar en la radio alemana, dictado por Hitler el día anterior. Su tono era paciente e indulgente: «Abrumado por graves preocupaciones, condenado durante meses al silencio, finalmente ha llegado la hora en que puedo hablar libremente», comenzaba Hitler antes de narrar la historia de los intentos británicos de cercar a Alemania, el más reciente de los cuales, según él, se había llevado a cabo con la ayuda soviética. Admitía que la alianza con Stalin había sido un recurso necesario para romper los intentos británicos de forzar a Alemania a meterse en otra guerra de dos frentes. A pesar de todas las señales de agresión soviética contra Finlandia, Yugoslavia y, más recientemente, Rumanía, el Führer se había mantenido quieto, pero ahora la acción no podía retrasarse más:

> Hoy, 160 divisiones rusas están junto a nuestras fronteras. Durante semanas, se han producido continuas violaciones de la frontera [...] Los pilotos rusos han estado jugando a sobrevolarla sin más para demostrar que aún se sienten los amos de la región. En la noche del 17 al 18 de junio, patrullas rusas entraron una vez más en territorio del Reich y sólo fueron rechazadas tras un prolongado tiroteo.
>
> Ha llegado pues el momento en que se ha hecho necesario entrar en acción contra la conspiración de los belicistas judíos anglosajones y de los judíos poseedores del poder en el centro bolchevique de Moscú [...]
>
> La tarea de este frente [desde el Ártico finlandés hasta el mar del Norte] ya no es la defensa de países individuales, sino la seguridad de Europa y la salvación de todos. He decidido hoy colocar el destino y el futuro del Reich alemán y de nuestro pueblo una vez más en manos de nuestros soldados.
>
> ¡Que Dios nuestro Señor nos ayude en esta lucha![3]

En un café del centro de Dresde, Victor y Eva Klemperer estaban intentando evaluar el estado de ánimo de la gente cuando una mujer les entregó la edición especial del periódico con las palabras: «¡Nuestro Führer! ¡Ha tenido que soportarlo todo solo, para no perturbar a su pueblo!». El camarero, que había estado prisionero en Rusia durante la guerra anterior, se sentía confiado y aseguró: «Ahora la guerra va a terminar pronto». Otra pareja y un viajante de comercio borracho se unieron a ellos en su mesa. El viajante contaba chistes antinazis que alarmaron intensamente a Klemperer, aunque, como escribió con tristeza aquella noche: «Los contó con un estado de ánimo exaltado y con plena confianza en la victoria». En la Toll Hause había baile. Al día siguiente, el antiguo profesor de lenguas románicas ingresaría en el calabozo, donde debía permanecer una semana por haber dejado una esquina de la ventana de su estudio sin tapar durante las horas de oscurecimiento nocturno cuatro meses antes.[4]

Durante sus vacaciones en Bad Reichenhall, la madre de Helmut Paulus, Erna, había bajado al hall de su hotel para oír a Goebbels en la radio: «Fue como si me golpeasen en la cabeza», le escribió a su hijo. «Habíamos oído hablar durante mucho tiempo de la concentración de tropas en el este y, sin embargo, el hecho nos sorprendió [...] Mi primer pensamiento fue para ti, por supuesto.» Como madre, no estaba entusiasmada, pero tampoco sentía pánico. Ella y la hermana de Helmut, Irmgard, se quedaron a pasar los restantes cuatro días de vacaciones en el precioso balneario al pie de los Alpes bávaros. Irmgard había alquilado una bicicleta para llegar a las cercanías de Berchtesgaden y, saltándose la valla de seguridad de alambre de espino, había conseguido ver la casa de invitados, aunque no la residencia de Hitler. Un mes más tarde, el padre de Helmut insistió en llevarse a sus otros hijos de viaje a Italia, un plan para el cual la familia había estado ahorrando durante años. Mientras ellos se desplazaban desde el paso del Brennero al monte Vesubio y vuelta, la madre de Helmut supervisaba la reforma de la clínica médica de su marido en su casa de Pforzheim. Por mucho que les preocupase su hijo mayor, la guerra no hizo que cambiasen sus planes de verano.[5]

El lunes 23 de junio, el Servicio de Seguridad informó de que la primera reacción había sido por todas partes de «completa sorpresa». Nadie se esperaba que la guerra con Stalin comenzase en ese momento. A decir verdad, había habido rumores muy extendidos de un nuevo acuerdo entre las dos potencias e incluso de una próxima visita de Stalin a Berlín. Pero, con una asombrosa rapidez, la gente aceptó la realidad. Ya la primera tarde, muchos informes comunicaban la convicción de que «el Gobierno del Reich no podía hacer otra cosa más que responder a la "conducta traicionera" de Rusia con la fuerza militar». Algunos invocaban el espectro de una guerra más larga, señalando que la campaña en el este podría ayudar a Gran Bretaña a ganar tiempo y también podría conllevar la entrada de Estados Unidos en la guerra. Las mujeres, en particular, estaban preocupadas por el coste en vidas alemanas y por el sometimiento de los prisioneros de guerra a los «métodos asiáticos» de los soviéticos. Sin embargo, el notable éxito de Finlandia contra las tropas soviéticas en la reciente guerra de Invierno avivaba las expectativas de que se obtuviese la victoria en tres meses. Cuanto más hablaba la gente, más aliviados se sentían de que «el Führer haya comprendido al fin las verdaderas intenciones de Rusia y también de Inglaterra».[N1] A decir verdad, igual que la mujer que le había pasado el periódico a Victor Klemperer en el café de Dresde, la gente expresaba su «simpatía por el Führer, por haber tenido que permanecer en silencio ante su pueblo durante tanto tiempo». El periodista de Münster Paulheinz Wantzen vio llorar a muchas mujeres, pero no porque temiesen la derrota, sino por el precio que la victoria iba a suponer a causa de las largas separaciones que las operaciones militares y la posterior ocupación impondrían a las familias. Teniendo ante sí la posibilidad de enfrentarse al fin a un enemigo real, Wantzen deseaba combatir. El temor más extendido era que el racionamiento se endureciese, para poder alimentar así al gran número de prisioneros de guerra rusos que estaba previsto que cayesen en manos alemanas cuando el coloso bolchevique se desmoronase.[6]

Los ejércitos de Hitler que iniciaron la ocupación de la Unión Soviética estaban compuestos por tres millones y medio de hombres. No había sido

posible reunirlos totalmente en secreto. La concentración de tropas había despertado mucha especulación sobre las tensiones crecientes entre los dos aliados, con historias contrapuestas circulando por Münster sobre una conferencia de paz en Berlín, una invasión soviética de Alemania, una invasión alemana de Rusia y enormes concesiones por parte de Stalin. El trabajo de Paulheinz Wantzen le había permitido observar los pequeños pero significativos traslados de personal hacia el este, en especial el del jefe local del SD, Karl Jäger, que fue enviado a entrenar en el uso de los subfusiles a un *Einsatzkommando,* antes de dirigirse a Danzig. Puesto que el pacto con la Unión Soviética fue válido hasta el 22 de junio, la concentración de tropas se había llevado a cabo sin la habitual publicidad. Treinta millones de folletos y 200.000 panfletos estaban impresos y almacenados en el Ministerio de Propaganda, preparados para ser distribuidos en el frente oriental, pero por razones de seguridad, los impresores y empaquetadores habían sido encerrados junto con todo aquel papel hasta que la invasión estuviese en marcha.[7]

A pesar de la falta de preparación psicológica, el comunicado de Hitler sobre una «guerra preventiva» provocó una enorme respuesta.[8] Su referencia a incursiones en la frontera era, sin duda, una simple repetición de los pretextos utilizados contra Polonia en 1939, pero también trataba de provocar ciertos temores y recuerdos profundos de los alemanes. En 1914, la movilización de Rusia había bastado para convencer incluso a los antimilitaristas del Partido Socialdemócrata alemán a que votasen a favor de los créditos de guerra y declarasen una «tregua social» durante la duración del conflicto. Cuando los ejércitos rusos invadieron Prusia oriental, todos los periódicos alemanes, incluyendo el diario socialdemócrata más importante, *Vorwärts,* se habían llenado de historias sensacionalistas sobre aquellos «bárbaros que queman, matan, saquean, disparan a los buenos samaritanos, atacan los puestos médicos y no perdonan ni a las mujeres ni a los heridos». Cuando el 2.º Ejército ruso fue totalmente derrotado el 29 de agosto de 1914 cerca de Tannenberg, el comandante alemán, el anciano y no muy talentoso Paul von Hindenburg, se convirtió de inmediato en un héroe imperecedero. Ahora, en 1941, el

Ejército Rojo también se había movilizado, aunque en realidad no se había preparado para lanzar un ataque. Por el contrario, sus divisiones permanecían a la defensiva, situadas a lo largo de la frontera, en una situación que las convertiría en presas fáciles de una maniobra de envolvimiento por parte de los alemanes. A pesar de que no había ninguna evidencia de que los soviéticos tuviesen planes de atacar Alemania, la afirmación de Hitler al respecto dio con una población dispuesta a creerla.[9]

Al movilizar el miedo al «bolchevismo», profundamente asentado, los nazis estaban apelando al mismo amplio consenso de la opinión pública alemana que había rechazado «la barbarie rusa» en 1914. Para buena parte de la población, desde los antiguos votantes socialdemócratas hasta los nacionalistas conservadores, ése era un asunto de importancia profunda y fundamental. En 1939, muchos obispos católicos habían dado un respaldo tan sólo discreto a la guerra contra Gran Bretaña y Francia, pues temían que el pacto Ribbentrop-Mólotov fuese el anuncio de un incremento del anticlericalismo en Alemania. Eso no cambió hasta el verano de 1941. Entonces, a pesar de su conflicto con los radicales nazis, los obispos dieron un vigoroso apoyo al ataque a la Unión Soviética, acogiéndolo como una «cruzada» contra «el bolchevismo ateo». Según el obispo Galen de Münster, ahora los católicos alemanes representaban a los verdaderos patriotas que estaban al lado del Führer. Para indignación del Servicio de Seguridad, el obispo llegó a asegurar que la lucha de los católicos contra el materialismo y el ateísmo nazis en Alemania era igual a la cruzada alemana contra el bolchevismo en la Unión Soviética, «protegidos por las espaldas de nuestros victoriosos soldados». La nueva guerra impediría que «Moscú intente imponer sus falsas enseñanzas bolcheviques y su ateísmo por la fuerza a Alemania y a Europa». Ahora, él y los demás obispos podían rezar con sus fieles, pidiéndole a Dios que condujese a sus soldados a la victoria. A finales de septiembre, cualquier conflicto entre la Iglesia católica y el Partido se había desvanecido, y el obispo de Münster hizo pública una influyente pastoral el 14 de septiembre, respaldando la guerra contra el «judeobolchevismo». Citando directamente a Hitler, Galen insistía en que la guerra era de carácter defensivo y que «durante décadas, los dirigentes

judeobolcheviques de Moscú han estado intentando que, no sólo Alemania, sino toda Europa arda en llamas». Entre los «camaradas nacionales», ningún sector político tuvo aquel verano el monopolio del discurso nazi, pues todos los pretendientes a representar el alma de la «comunidad nacional» alemana, siempre sospechando los unos de los otros, habían aprendido una vez más a cooperar: el antibolchevismo los abrazaba a todos.[10]

El 28 de junio de 1941, las primeras imágenes de la guerra fueron difundidas en un noticiero cinematográfico rápidamente elaborado y extrañamente montado. Comenzaba con la final de la copa alemana de fútbol entre el Schalke y el Rapid Viena, seguida de varios acontecimientos diplomáticos de escasa importancia, antes de introducir imágenes de stukas y artillería pesada atacando posiciones británicas en el norte de África. Los espectadores permanecían después en un silencio total mientras Goebbels leía la declaración de Hitler, rompiendo en apasionados aplausos cuando terminaba y, al mismo tiempo, las tropas alemanas tomaban en la pantalla un puesto fronterizo. La tensión subía mientras los espectadores esperaban para contemplar las primeras imágenes del enemigo. Cuando una agotada columna de prisioneros cruzaba finalmente la pantalla, la gente gritaba: «Salvajes», «Infrahumanos», «Convictos». Las mujeres, indignadas, se quejaban de que sus hombres tuvieran que «luchar contra semejantes “animales”».[11]

El 30 de junio, un grupo de investigadores de crímenes de guerra alemanes llegó a Leópolis, o Lemberg, el antiguo nombre de la época de los Habsburgo que los alemanes usaban. Acompañados por un médico militar, dos jueces militares visitaron las prisiones soviéticas, algo que hizo también por separado una unidad de la Geheime Feldpolizei, la policía secreta de la Wehrmacht. Igual que habían hecho en Polonia, buscaban documentar las atrocidades cometidas contra los prisioneros de guerra alemanes. Aunque no formaba parte de su mandato, también recogieron evidencias de las ejecuciones en masa y las torturas llevadas a cabo por la policía secreta soviética, el NKVD, contra sus propios conciudadanos. En la prisión municipal, encontraron un cadáver tirado en un patio, otros cuatro en una

celda y veinte más apilados unos sobre otros en otra habitación. En la prisión del NKVD, uno de los jueces observó tres fosas comunes cubiertas con arena en un patio y otra montaña de cadáveres dentro del edificio: a una mujer le habían cortado los pechos. En la prisión militar, tres fotógrafos del Ministerio de Propaganda del Reich tomaron fotografías de montañas de cuerpos amontonados que llegaban hasta el techo. La mayor parte de ellos habían muerto de un disparo en la nuca, un tipo de ejecución que era considerado el sello distintivo del «terror judeobolchevique». Durante ese primer día en la ciudad, los investigadores no encontraron víctimas alemanas, pero descubrieron un cierto número de judíos, cuyo asesinato consideraron que se debía sin duda al hecho de ser sionistas, y por ende enemigos políticos del régimen judeocomunista.[12] Ese mismo día, un soldado le escribió a su esposa desde Leópolis:

> Hemos llegado aquí como los libertadores de un yugo insoportable. He visto imágenes en las celdas del GPU [antiguo nombre del NKVD] que no puedo ni quiero describirte en tu estado. Entre 3.000 y 5.000 personas yacen en las prisiones, asesinados de la manera más brutal. [...] Cuántas veces pensé que las descripciones de la Rusia bolchevique o de la España roja eran exageradas, una llamada primitiva al sensacionalismo. Hoy sé mucho más. [...] Pretendían soltar a estas hordas judeoasiáticas en nuestra querida y culta tierra.[13]

Goebbels no tardó en enviar a veinte periodistas de prensa y radio para cubrir las atrocidades soviéticas. El 5 de julio, el *Völkischer Beobachter* proclamaba que Lemberg era el epítome del régimen «judeobolchevique». El 8 de julio, anunciaba que «los soldados alemanes le han devuelto [a la ciudad] los derechos humanos que Moscú intentó sofocar en sangre». No deseando quedarse atrás, el *Deutsche Allgemeine Zeitung* recordó a sus lectores los asesinatos rituales judíos. Aunque las víctimas no eran alemanas, la crueldad del NKVD demostraba –como Robert Ley, el jefe del Frente Alemán del Trabajo, mandó poner en un cartel– que «Alemania iba a ser exterminada». Ley fue también el primero que recordó a los alemanes la advertencia de Hitler del 30 de enero de 1939, cuando había profetizado que una nueva guerra mundial no llevaría a la destrucción de los alemanes, sino a la de los judíos.[14]

En el propio Leópolis, los soldados alemanes fotografiaron aquellos lugares donde se habían producido las atrocidades soviéticas, pero también los linchamientos posteriores, cuando los nacionalistas ucranianos formaron un pasillo junto a las puertas de la prisión y fueron golpeando a centenares de judíos locales con «látigos, tablas y puños», como un soldado anotó en su diario. El segundo informativo cinematográfico de la campaña de Rusia incluía una breve escena de judíos golpeados hasta la muerte por un grupo de letones armados de porras. Según el SD, los espectadores de los cines alemanes saludaban esta venganza del pueblo contra los judíos con «exclamaciones de ánimo». Igual que en 1939 los medios de comunicación alemanes habían dejado de mencionar las incursiones polacas en la frontera una vez que tuvieron pruebas de las atrocidades polacas en Bromberg, ahora la endeble afirmación de Hitler de que las tropas soviéticas habían violado el territorio alemán fue silenciosamente metida en un cajón, una vez que se conocieron las evidencias gráficas de Leópolis.[15]

*

Mientras sus dientes castañeteaban en una fría y húmeda cabaña de troncos a principios de julio, Hans Albring recordaba con cariño los tesoros culturales de Francia. No tenía ninguna duda de que le habían enviado a una tierra de bárbaros, allí donde «Europa termina». Al escribirle a su amigo Eugen Altrogge, ahora destacado en París, Albring establecía el contraste entre el «Occidente» culturizado y aquel impenetrable «mundo natural» que podía ver desde su camioneta de señales: «Bosques de pinos alargándose en la distancia y unas pocas cabañas. Naturaleza». El joven católico se sentía asombrado por la estupidez de los panfletos marxistas descubiertos en un edificio del Partido Comunista, y estaba indignado por el ateísmo bolchevique, la destrucción de las iglesias católicas y el vandalismo en las ortodoxas. Recordaba el hedor a putrefacción de la prisión soviética y las fotos que habían encontrado de los que habían sido asesinados allí. Sobre las mujeres judías que pelaban patatas, le escribió a Eugen, «una caricatura no serviría de mucho».[16]

Pero también había visto muchas cosas admirables: las campesinas con sus vestidos de colores brillantes y sus blancos pañuelos a la cabeza, que le saludaban desde la puerta de sus iglesias de madera y le entregaban ramos de flores naturales. Se sentía fascinado por los antiguos iconos que comenzaban a ser recuperados de sus escondrijos, e impresionado por los sacerdotes con sus blancas barbas flotantes y los cánticos del rito ortodoxo. Cuando los alemanes celebraron su propio servicio, los campesinos acudieron con sus iconos, llorando abiertamente por su liberación. Como Albring le escribió a su amigo, «aquí todo el mundo entendió lo que esa sencilla comunión sagrada militar significaba para los rusos después de veinticuatro años de sufrimiento».

Por contraste, mientras cruzaban los primeros pueblos en los que se hablaba «juedoalemán»,[N2] Albring sintió miedo de aquellas «guaridas», por usar el término con el que los nazis se referían a aquellos lugares que eran el granero del «bolchevismo judío». Por mucho que desconfiase de lo que la propaganda nazi decía de la Iglesia católica en Alemania, no cuestionaba en absoluto sus ideas sobre la Unión Soviética. Igual que su obispo de Münster, Albring se sentía completamente comprometido con la cruzada contra «el bolchevismo judío».[17]

Participar en aquella cruzada cambió totalmente la sensibilidad de Albring. Su visión de la guerra que él mismo estaba viviendo entró en una nueva fase a finales de agosto, cuando fue testigo de cómo una unidad alemana ejecutaba a un grupo de partisanos junto a un molino de agua. Los colocaron, uno a uno, les dispararon en la nuca y luego los tiraron de una patada a una zanja. Mientras un ruso era obligado a cubrir a paladas un cuerpo con cloruro de calcio, el siguiente era conducido a la ejecución. Albring estaba lo suficientemente cerca como para ver las heridas de salida de los proyectiles. «Es un duro pero justo final», le explicó a Eugen, con una sombra de duda autojustificatoria: «Sabes por qué están ahí, aunque se podría discutir el método que, de cualquier manera», añadía con desdén, «lleva el *signa temporis*», el «signo de los tiempos». Albring se sentía hipnotizado, como les había sucedido a los alemanes que habían asistido a ejecuciones parecidas en Polonia en 1939. «Tienes que verlo todo para

saberlo todo y evaluarlo todo», escribió. No se cuestionaba la justicia de la acción, ni la política racial que subyacía tras ella, ni se preguntaba quiénes eran aquellas personas. Lo que le hipnotizaba era el misterio –y el poder– que se ocultaban en el hecho de acabar con una vida: «¿Qué es lo que conservamos y qué se extingue y se va en una fracción de segundo?».[18]

En la vanguardia del Grupo de Ejércitos Centro, Fritz Farnbacher estaba siendo testigo de una guerra de otro tipo. El 20 de julio, sonó la alarma hacia las dos de la mañana, y le tocó hacerse cargo de una batería para cubrir a los hombres de infantería que le precedían. Cuando amaneció, quedó claro que había sido una falsa alarma. «Podría enfadarme por una cosa como ésta», escribió en su diario, «pero entiendo perfectamente a los fusileros.» Alcanzados de manera regular por un fuego de mortero «muy preciso, [...] los hombres están cada vez más nerviosos». Teniente en el 103.º Regimiento de Artillería Blindada, Farnbacher, de veintiséis años, estaba haciendo aquello para lo que había sido entrenado. Tanto los hombres de su regimiento como los de infantería que iban con ellos formaban parte de la élite de la 4.ª División Panzer, y acababan de tomar la pequeña ciudad bielorrusa de Cherikov. Mientras el sol salía en aquel glorioso día de verano, el joven, siempre religioso, recordó que era domingo y cantó en voz baja el salmo 36: «Oh Señor, hasta los cielos llega tu misericordia, / Tu fidelidad alcanza las nubes».[19]

El fuego intermitente volvió a comenzar, y la batería de Farnbacher perdió el contacto telefónico con el cuartel general. Saltando al sidecar de un mensajero, Farnbacher se dirigió a ver al mayor Hoffmann en el puesto de mando del regimiento. Su reunión fue interrumpida por la llegada de un grupo de desertores del Ejército Rojo; todos llevaban en la mano panfletos lanzados por la Luftwaffe en los que se les prometía que los tratarían bien. Uno de ellos, según dijeron, era comisario político y judío. «Al judío lo van a fusilar. Siguiendo las órdenes de arriba, todos los comisarios serán fusilados», escribió Farnbacher.[20] Con su reputación de valiente y su Cruz de Caballero, el mayor Hoffmann era un auténtico personaje. Decidió interrogar a aquel hombre para averiguar dónde se habían escondido los demás comisarios de Cherikov, y mandó a un mensajero a buscar su

«consolador de judíos», un recio bastón decorado con runas y cruces soviéticas. Obligado a permanecer allí con el resto de los suboficiales, Farnbacher mantuvo sus ojos fijos en la estrella roja clavada en el bastón, observando cómo se cubría de sangre mientras el mayor golpeaba al prisionero en la cabeza. Finalmente, Hoffmann llevó al hombre judío al lugar donde cinco soldados alemanes acababan de ser enterrados. Ante cada tumba, volvió a golpearle, y finalmente, ordenó que se lo llevasen para fusilarlo. Para Farnbacher fue una manera «muy desagradable» de acabar su domingo.[21]

El desagrado de Farnbacher por aquel ejemplo dado por un oficial superior condecorado era moral y religioso. Pero su desacuerdo seguía siendo relativo. El 2 de julio, tras haber tomado el puente sobre el Berézina, Farnbacher y su mejor amigo del regimiento habían ido a ver el lugar donde yacían los muertos de la batalla. Un sargento de infantería les contó que los heridos habían sido asesinados de una «manera bestial» por los soviéticos, que los habían atravesado con sus bayonetas y les habían aplastado el cráneo. «No era preciso simular la pena», escribió Farnbacher. Lo que no añadió en su diario fue que su regimiento había ejecutado a cientos de «irregulares» como represalia. Seis semanas después, a Farnbacher le asombró la dura defensa por parte de los soviéticos de un pueblo, negándose a salir de los búnkeres, las trincheras y los hoyos de protección incluso después de que la lucha hubiese terminado. Algunos que levantaron las manos para rendirse, lanzaron luego granadas de mano contra sus captores. «Puedo comprender que los reclutas liquiden a los próximos rusos que cojan», razonó Farnbacher. Mientras algunos hombres disparaban a los rusos que no se habían rendido, otros prendieron fuego al pueblo.[22]

A medida que las unidades se iban acostumbrando a este tipo de guerra, una tras otra, los soldados alemanes ofrecían en sus cartas y diarios las crónicas de las nuevas normas que estaban aprendiendo en el frente oriental: si aparecían muertos alemanes mutilados, no se hacían prisioneros; si había francotiradores, la represalia era de cien fusilados por cada uno; en todos los pueblos se levantaban horcas. Cuando Hans Albring le intentó

describir a su amigo Eugen Altrogge lo que había visto, buscó, impotente, referencias artísticas y religiosas:

> Estar todavía vivo parece un regalo de Dios, y no quisiera darle las gracias tan sólo con palabras si sobrevivimos con todos nuestros miembros y nuestros sentidos intactos a esta Rusia que es un ogro devorador de hombres. La visión de los cadáveres brutalmente mutilados se te graba en el mapa mental que te haces del lugar. Y las miradas fijas de los ahorcados. Las fosas llenas de fusilados. Imágenes más negras que las más negras de Goya. Oh, Eugen, nada de esto se puede olvidar, aunque lo intentes. Y todo ocurre tan cerca de ti, que ya nunca más puedes sentirte despreocupado. [...] Te hace sentir que tú eres una de esas desdichadas criaturas, uno de esos pobres hombres. Nuestro recorrido aquí está salpicado de esos raros autorretratos; tanto si están muertos como si aún viven, te ves a ti mismo en ellos. Te sientes como una de esas personas que se sientan junto al camino en los Evangelios, perseguidos una y otra vez, hasta que llega el Salvador. No consigo encontrar un poema que exprese lo que está pasando aquí. Hay mucho que no puedo contar, y me lo guardaré hasta que un día pueda transmitírselo a los demás directamente.[23]

No estaba preparado para aquello. En enero de 1942, se referiría por escrito a los judíos como «ese pueblo destinado a morir». Estaba lo suficientemente cerca de las Divisiones de Seguridad del Ejército, la policía alemana y los *Einsatzgruppen* de las SS como para haber tenido diversas oportunidades de asistir a las ejecuciones en masa que se realizaban en la retaguardia a medida que el Grupo de Ejércitos Centro avanzaba, pero tan sólo le mencionó otro incidente a Eugen. El 21 de marzo de 1942, le contó que «los cadáveres que solemos tirar a un montón sin ningún orden, esta vez los colocamos lo mejor que pudimos, y echamos cal sobre el medio millar de judíos fusilados». Anticipando la conmoción de Eugen ante esta breve referencia, se apresuró a añadir: «Éste no es el lugar para darte detalles de lo que pasó». Hans Albring nunca volvería a escribir sobre las ejecuciones en masa. Su recorrido hasta la autocensura total le había llevado nueve meses de entrenamiento.[24]

No existía un tiempo de aprendizaje común. Wilhelm Moldehauer, un operador de radio del Grupo de Ejércitos Sur, estaba igualmente predispuesto a pensar mal de los judíos. Exitoso propietario de un almacén en un pueblo de los alrededores de Hannover, Moldenhauer era otro

miembro de la confortable clase media de provincias; se había incorporado a las tropas de asalto en 1937, y, desde el frente oriental, seguía suscrito a su periódico local. Sus opiniones políticas se dejaban ver en su elección de frases antisemitas. Como en el caso de Helmut Paulus, su campaña había empezado en Rumanía, donde había contemplado con satisfacción el embarque de judíos rumanos en el puerto de Constanza. Al entrar en Ucrania, atribuyó, como muchos hacían, la pobreza y la opresión que veía al régimen judeobolchevique: «aquí», escribió en una carta a su casa, «los funcionarios y los judíos hicieron un gran trabajo con su propaganda». Pero, a medida que su camión cruzaba por lugares en los que los judíos habían sido masacrados por los alemanes durante los recientes meses de verano y otoño de aquel año de 1941, Moldenhauer dejó enseguida de contar en sus cartas lo que veía. En su caso, había un motivo claramente personal: por parte de madre, Wilhelm descendía de judíos conversos. Si en Polonia y Rumanía había fotografiado a los «cohibidos» judíos con los que se había tropezado, ahora dirigió su Leica a ilustrar su diario de viaje a través de las vacías estepas.[25]

En contraste con estos hombres, había muchos «turistas de las ejecuciones» en la Wehrmacht, hombres que acudían presurosos a contemplar los ahorcamientos públicos de judíos y partisanos. El policía de la reserva Hermann Gieschen, tendero de Bremen en su vida civil, comprendió que su batallón iba a tener que enfrentarse a una difícil tarea, sospechando que iba a ser «parecido a lo de Polonia». Consiguió comprar una cámara de cine en Riga, confiando en que la película del viaje de su batallón por Letonia y Rusia «se convertirá más tarde en un documento de gran interés para nuestros hijos». El 7 de agosto de 1941, le escribió a su mujer, Hanna, sobre las acciones de su unidad: la noche anterior, «150 judíos fueron fusilados, hombres, mujeres y niños, todos liquidados. Los judíos están siendo completamente exterminados». Inmediatamente añadió: «Por favor, no pienses en esto, así es como tiene que ser. Y no se lo cuentes a R., déjalo para más adelante». No decirle nada todavía a su hijo de aquellas «acciones» se convirtió en una frase característica de sus cartas posteriores.[26]

Su unidad seguía el avance del Grupo de Ejércitos Norte hacia Leningrado, y Gieschen cambió las animadas ciudades de Letonia por los bosques del norte de Rusia, «no un bosque bien mantenido, sino bosques primitivos, [llenos de] matorrales y hojarasca, desordenados, descuidados y terroríficos». Recordando a una familia conocida de Hamburgo de simpatías comunistas, escribió: «Dile a Z. que debería venir a ver un poco Rusia. Cualquiera que tenga todavía un grano de comunismo en su alma se cura de eso aquí, completamente». Llevaban a diez prisioneros rusos caminando ante ellos por si acaso había alguna mina en las sendas del bosque, pero aquellos policías de la reserva de mediana edad encontraban las marchas agotadoras. Era más fácil buscar partisanos en los pueblos, aunque Gieschen había aprendido rápidamente que era muy raro pillarlos. En realidad, tan sólo podían localizarlos cuando disponían de informantes.

Para obligar a hablar a los prisioneros, los ataban a pértigas y los dejaban de pie toda la noche al lado de la cocina de la compañía, sin comida ni agua. Un prisionero herido en un ojo durante el tiroteo con la patrulla alemana, cedió a aquella tortura y condujo a la compañía de la policía a un pueblo en el que se escondía un grupo de partisanos. Pero el capitán alemán era demasiado incompetente para rodearlo por completo, y Hermann vio cómo una docena de partisanos huían hacia la relativa seguridad de los bosques. Tras entrar en el pueblo, los policías alemanes comenzaron a clavar carteles anunciando que no habían llegado como conquistadores sino como libertadores. La frase «El que saquee será fusilado» pareció tranquilizar a los vecinos, y una mujer comenzó a preparar una gran sartén de huevos para la compañía, mientras otras les llevaban botellas de leche y pepinillos encurtidos. A pesar de los anuncios tranquilizadores, el capitán recorrió las casas y se premió a sí mismo con un gramófono –«Llevaba años buscando uno»– y con un rollo de tela. A Hermann Gieschen le preocupaba que aquel burdo contraste con las promesas de los carteles dejase en mal lugar el liderazgo alemán, pero seguía sintiéndose orgulloso de su misión y asumía que seguirían siendo recibidos como libertadores porque «el pueblo se siente tan intimidado y explotado por los comunistas, los judíos y los

comisarios, que están felices de que los libremos de esos canallas, y nos ven de verdad como sus libertadores».[27]

Nada más empezar a avanzar en territorio ruso, Gieschen había contado que les habían entregado a una mujer armada, «una chica de unos veinte años, morena e intimidante, con uniforme y botas altas [...] Es horrible que las mujeres caigan en cosas así». Estaba convencido de que sus camaradas la ejecutarían: uno de ellos, que era peluquero, se había convertido en «un experto en matar». Guardaron una foto de la mujer. Aquello era una perversión comunista de la domesticidad natural femenina. Las mujeres del Ejército Rojo parecían ser la encarnación de las crueles e indómitas mujeres de las estepas, y los alemanes se sentían hipnotizados por ellas. Ya en el mes de julio, una cámara de los noticieros cinematográficos había mostrado a un grupo de prisioneros rusos, deteniéndose en una mujer acurrucada en el suelo, «una tiradora bolchevique en uniforme», como enfatizaba la voz en off. Los espectadores alemanes habían dedicado mucho tiempo a hablar de ella, más que de ningún otro prisionero, incluidos aquellos que destacaban por sus rasgos «asiáticos». El veredicto general fue que «a ese tipo de mujeres no se les debería permitir vivir».[28]

Hermann Gieschen no era un hombre cruel o sádico. A decir verdad, era más bien delicado, y, durante los primeros cuatro meses de la campaña, consiguió evitar ser testigo de las ejecuciones, aunque le contaba a Hanna detalles de los que se enteraba por sus camaradas. Consciente de sus propias limitaciones, le escribió a su mujer con admiración sobre unos hombres que habían jugado a ser «héroes pistoleros» disparando a tres civiles delante de toda la compañía. Cuando al fin fue testigo de una ejecución, le impresionó comprobar cómo las víctimas permanecían en pie, altas y tiesas como árboles. «Todo fue muy rápido», escribió. «Asistimos al espectáculo y luego volvimos al trabajo, como si nada hubiese pasado», contó, añadiendo una justificación habitual: «Los partisanos son enemigos y criminales, y deben desaparecer». Cuatro semanas después, se había aclimatado lo suficiente como para fotografiar la ejecución de ocho partisanos.[29]

Los hombres como Gieschen que escribían mostrando su aprobación de los asesinatos de judíos y repitiendo los eslóganes nazis en sus cartas a las

familias, parecen haber sido una pequeña minoría. Diversos estudios sobre las cartas de los soldados han establecido que las menciones a los judíos o no existían o eran secundarias, con alusiones tan sólo de pasada a los guetos judíos, los trabajos forzados y la confiscación de sus propiedades. En las cartas que mandaba a su casa, Helmut Paulus no mencionaba ni siquiera esos hechos. La única referencia a los judíos en las más de mil cartas que se conservan enviadas por Helmut a su cultivada familia de médicos de Pforzheim, ocurrió durante la primera semana de la campaña, el 28 de junio de 1941, cuando les contó que su regimiento había establecido su cuartel general en un cementerio judío. Su silencio posterior parece demasiado absoluto para ser casual.[30]

Ese silencio tan extendido no impidió que el conocimiento de lo que estaba sucediendo en el este llegase a Alemania. Más bien tenía que ver con los límites morales de lo que los maridos les contaban a sus mujeres; o si se lo contaban, como en el caso de Hermann Gieschen, de lo que las mujeres debían ocultarles a los niños. Ese tipo de censura familiar funcionaba de manera diferente a la censura relativamente moderada del Ejército, que revisaba las sacas de correos de las divisiones, tachando a veces algunos pasajes de las cartas y enviando luego informes mensuales sobre la moral del Ejército, que ayudaban a los comandantes a redactar directrices morales sobre lo que los hombres debían contar a los que estaban en el frente doméstico. Aun así, las noticias se filtraban a través de los soldados de permiso, los habituales comentarios y las películas enviadas a casa para su revelado. Soldados, oficiales, incluso funcionarios de la policía que viajaban por Alemania, a menudo hablaban con sinceridad de todo aquello a extraños con los que coincidían en los trenes. Aquel verano, una descripción de fusilamientos en masa incluso se coló en un volumen de cartas de soldados publicado por el Ministerio de Propaganda.[31]

En el propio frente del Este, los soldados se adaptaron a los asesinatos en masa de diversas maneras. Tanto la moral individual y la autoprotección psicológica como las dinámicas en el seno de sus pequeñas unidades quedaban filtradas por los diferentes niveles de exposición, experiencia e implicación. Éstos variaban mucho, especialmente entre el frente y la

retaguardia. Las unidades mecanizadas en primera línea, como la de Fritz Farnbacher, eran testigos de los asesinatos selectivos de los comisarios políticos y los prisioneros judíos y de la quema de los pueblos. Pero éstos eran acontecimientos fugaces, que concluían antes incluso de que las unidades se hubieran puesto de nuevo en marcha. Aquellos que, como Helmut Paulus, Wilhelm Moldenhauer y Hans Albring iban por detrás de la vanguardia o estaban en la retaguardia, vieron en cambio mucho más. En la víspera de la invasión, el general Gotthard Heinrici, un luterano devoto al mando del 43.º Cuerpo del Ejército, trató de dar sentido a las órdenes que autorizaban la ejecución de los «comisarios judíos» argumentando que había que proteger el frente mediante un «terror preventivo» llevado a cabo en la retaguardia. Era ahí, detrás de las líneas, donde se estaba desarrollando la verdadera orgía de asesinatos en masa.[32]

Cuando la 221.ª División de Seguridad ocupó Białystok en la mañana del 27 de junio de 1941, las calles estaban silenciosas y desiertas. Tras beber grandes cantidades de alcohol, los quinientos hombres del 309.º Batallón de Policía dispararon indiscriminadamente a través de las ventanas, antes de llevar a cientos de hombres judíos a la sinagoga y prenderle fuego, provocando un incendio que destruyó buena parte del centro de la ciudad. Algunos oficiales de la Wehrmacht intervinieron para acabar con aquella violencia gratuita, y el comandante de la división, el general Johann Pflugbeil, se enojó seriamente cuando el oficial a cargo del batallón de policía resultó estar demasiado bebido para hacerle un informe de lo que estaba ocurriendo. Pero Pflugbeil dejó enseguida claras sus simpatías. Cuando un grupo de hombres judíos se tiró al suelo ante él y suplicó su protección, un policía desabotonó su pantalón y les orinó encima. El general Pflugbeil simplemente se alejó de allí. Después intentó quitar importancia en su informe a la matanza de 2.000 judíos que se había producido y concedió condecoraciones a algunos de los policías.[33]

La violencia racial también tenía una dimensión sexual. El 29 de junio, las fuerzas alemanas entraron en Riga, la capital de Letonia, y un testigo informó de que los oficiales de un regimiento de Baden-Wurtemberg inmediatamente acudieron a beber a un antro y «obligaron a varias docenas

de muchachas judías a ir allí, a desnudarse, bailar y cantar. Muchas de aquellas desafortunadas mujeres», proseguía, «fueron violadas, después llevadas al patio y ejecutadas a tiros». Libres de los estrictos controles mantenidos en el oeste de Europa, los soldados del frente oriental pudieron perpetrar una extrema violencia sexual con impunidad.[34]

El contacto de Paulheinz Wantzen en el SD de Münster, Karl Jäger, había sido trasladado temporalmente, como el periodista había sospechado en junio de 1941. Cuando Jäger llegó a Gumbinnen, en Prusia oriental, se unió al *Einsatzgruppe* A de las SS, operando bajo el mando del doctor Franz Walter Stahlecker, que ostentaba el título de SS-*Brigadeführer*. Jäger se hizo cargo de uno de sus cinco *Einsatzkommandos* y siguió al Grupo de Ejércitos Norte hasta la ciudad lituana de Kaunas el 25 de junio. Allí, grupos de nacionalistas locales orquestaron sus propias masacres con el apoyo alemán, castigando a los judíos por la ocupación de su país por parte del Ejército Rojo. La primera noche, más de 1.500 judíos fueron asesinados en las calles y varias sinagogas ardieron. Muchas vecinas contemplaron el pogromo levantando en brazos a sus hijos o subidas en sillas y cajas para ver mejor, mientras las tropas alemanas se amontonaban para tomar fotografías. Desde el 2 de julio, el SD se hizo cargo de las tareas de policía de seguridad tanto sobre los hombres de la Wehrmacht como sobre los nacionalistas lituanos, a muchos de los cuales enrolaron como policía auxiliar armada. A causa de la rapidez del avance alemán, los *Einsatzgruppen* tenían que patrullar enormes franjas de territorio, de manera que los grupos se tenían que separar, permitiendo a los *Kommandos* más pequeños operar de manera más o menos independiente. Karl Jäger, que en la vida civil se dedicaba a fabricar instrumentos musicales, llevó un registro preciso de su expedición, que comienza con la ejecución de 463 judíos en uno de los fuertes militares que rodeaban Kaunas. A finales de julio, el total de «los llevados por delante» en la lista de Jäger alcanzaba los 3.834.[35]

A finales de agosto, Himmler aumentó el número de hombres asignados a los *Einsatzgruppen*, en especial los que operaban en Bielorrusia y Ucrania, en la retaguardia de los Grupos de Ejércitos Centro y Sur, que se

las tenían que ver con poblaciones judías mucho más extensas, repartidas por territorios mucho más distantes que en Lituania. Copiaron los procedimientos del *Einsatzgruppe* A de Stahlecker pero, en lugar de centrarse sólo en los hombres judíos en edad militar, comenzaron a matar también a mujeres y niños. No obstante, estaba empezando a parecer evidente que podían necesitar a los hombres para trabajar: Karl Jäger ya había sido obligado, bajo fuertes presiones de la administración civil alemana, a dejar vivos a 34.500 trabajadores judíos y sus familias, que se habían quedado en Kaunas, Šiauliai y Vilna, aunque había recomendado su esterilización. El 1 de diciembre de 1941, Jäger archivó su informe definitivo sobre las actividades de su *Einsatzkommando*, comentando las dificultades para organizar tantas operaciones diarias, que a veces afectaban a un radio de entre 160 y doscientos kilómetros alrededor de Kaunas. Él y sus hombres habían vaciado las prisiones locales, liberando a los que estaban castigados por «causas espurias». Las muchachas adolescentes que habían solicitado unirse a las Juventudes Comunistas para conseguir trabajo fueron también liberadas, mientras que a los oficiales comunistas se les dieron «entre diez y cien latigazos» antes de fusilarlos. Jäger concluía de manera triunfal: «Hoy puedo confirmar que nuestro objetivo, resolver el problema judío en Lituania, ha sido cumplido por el EK 3». Sus hombres habían ejecutado a 137.346 «judíos, judías y niños judíos».[36]

A pesar de las dificultades logísticas planteadas por el terreno, en otros aspectos, las cosas fluían bastante bien. En concreto, había menos fricciones entre los oficiales del Ejército y los SS que en Polonia, y las tensiones sólo afloraban cuando el personal del Ejército trataba de interferir en algún asunto. El 20 de agosto, hombres de la 295.ª División de Infantería encontraron a unos ochenta o noventa niños judíos en el primer piso de una casa en el pueblo ucraniano de Belaia Tserkov, echados o sentados en el suelo sobre sus propias heces. Los soldados se quedaron impactados y se dirigieron en busca de ayuda a sus capellanes militares. Informado de que los padres ya habían sido ejecutados, el teniente coronel Helmut Groscurth, oficial de enlace del Estado Mayor en la división, intentó salvar a los niños, instalando un cordón de tropas para impedir que los SS y los milicianos

ucranianos se los llevasen. Groscurth no era desde luego un oficial común. En el invierno de 1939-1940, había sido uno de los enlaces más importantes del cuartel general del Estado Mayor del Ejército en Zossen, y había ayudado al almirante Canaris y al coronel Hans Oster a convencer a Franz Halder para que liderase un golpe militar contra Hitler. Como parte de su esfuerzo para reclutar disidentes entre la élite militar, Groscurth había recogido evidencias de las atrocidades de las SS en Polonia. En aquella época, ningún otro militar había dado su apoyo a Johannes Blaskowitz, el comandante militar de Polonia, que se había atrevido a protestar ante Hitler.[37]

En Belaia Tserkov, Groscurth tan sólo pudo llevar su caso ante el comandante del 6.º Ejército, y tuvo que plantear sus argumentos en contra de la ejecución de los niños judíos en términos aceptables para sus superiores. Habría sido más humano, les explicó, haber matado a los niños al mismo tiempo que a sus padres: al no haberlo hecho así, había que hacerse cargo de ellos. En el cuartel general del 6.º Ejército, el mariscal de campo Von Reichenau rechazó con enfado los argumentos de Groscurth. Dos días después, las SS y sus milicianos ucranianos mataron a los niños.[38]

El 10 de octubre, Reichenau aclaró definitivamente las cosas emitiendo una orden general a todas sus tropas para que cooperasen plenamente en la exterminación de los judíos:

> Todavía existen un montón de dudas respecto al comportamiento de las tropas hacia el sistema bolchevique. [...] El principal objetivo de la campaña contra el sistema judeobolchevique es la completa destrucción de sus fuerzas y el exterminio de la influencia asiática en la esfera de la cultura europea. Como resultado, las tropas deben hacerse cargo de tareas que van más allá de las pura y convencionalmente militares. En esta región oriental, el soldado no es simplemente un combatiente sometido a las reglas de la guerra, sino el defensor de una inflexible ideología racial [*völkish*] y el vengador de todas las bestialidades infligidas a la nación alemana y a los grupos étnicos relacionados con ella.
>
> Por esta razón, los soldados deben mostrar su plena comprensión de la necesidad de la dura expiación que deben sufrir los judíos infrahumanos. El propósito es también cortar de raíz las revueltas que puedan producirse en la retaguardia de la Wehrmacht, que, según nos demuestra la experiencia, son invariablemente instigadas por los judíos.

> Sólo de esta manera cumpliremos nuestro deber histórico de liberar al pueblo alemán de una vez por todas de la amenaza asiático-judía.[39]

Reichenau era uno de los generales alemanes más convencidamente nazis. Se había unido al Partido ya en 1932, cuando afiliarse todavía era ilegal para los miembros de las fuerzas armadas alemanas. Sentía tanta simpatía por Hitler, que ocasionalmente llegaba a alarmar a otros altos oficiales más tradicionales, incluido su inmediato superior, Gerd von Rundstedt. Pero en esta ocasión eso no llegó a ocurrir: dos días más tarde, Rundstedt envió la orden de Reichenau a la totalidad del Grupo de Ejércitos Sur. Hitler estaba encantado con la «excelente» formulación de Reichenau, y, el 28 de octubre, el Alto Mando del Ejército instruyó a todos los jefes de los otros ejércitos para que redactasen órdenes similares; a mediados de noviembre, ya habían llegado a las unidades de los Grupos de Ejércitos Centro y Norte.[40]

*

En los primeros dieciocho días de la invasión, el Grupo de Ejércitos Centro de Fedor von Bock había avanzado quinientos kilómetros, alcanzando el espacio vacío existente entre los ríos Dviná y Dniéper y entre las ciudades de Vítebsk y Orsha. La ciudad de Smolensk estaba justo detrás de esa línea de frente. El 10 de julio, las tropas de Bock lanzaron su asalto, con dos Grupos Panzer dirigiendo la operación de envolvimiento de Smolensk contra la feroz resistencia de cinco ejércitos soviéticos que la protegían. En lugar de replegarse mientras las tenazas alemanas comenzaban a cerrarse en torno a la ciudad, tropas de refuerzo del Ejército Rojo cayeron sobre los alemanes, generando continuos contraataques. Los alemanes tardaron hasta el día 27 de julio en cerrar la bolsa, y la lucha continuó cinco semanas más hasta que los 300.000 soldados soviéticos supervivientes se rindieron. Fue una gran victoria: el Ejército Rojo perdió al menos 1.300 blindados, los alemanes menos de doscientos. Con los tanques de Guderian controlando ya

el cruce del río Desná en Yelna, a finales de julio, el camino principal hacia Moscú quedaba abierto.[41]

Esa victoria cerró la primera fase de la campaña alemana, más allá de la cual no se habían hecho planes detallados. La Wehrmacht se adelantaba en dos semanas a Napoleón, cuya Grande Armée había tomado Smolensk el 18 de agosto de 1812. Desde el comandante en jefe del Ejército, Walther von Brauchitsch, y el jefe del Alto Estado Mayor, Franz Halder, hasta los comandantes de las líneas del frente como Bock, Guderian y Hoth, todos los generales querían seguir el ejemplo del emperador francés y continuar hasta Moscú lo más rápidamente posible. Educados en las lecciones sobre la estrategia napoleónica teorizadas por el gran especialista del siglo XIX Carl von Clausewitz, todos se adherían a su noción de la «batalla decisiva», según la cual, las fuerzas del enemigo debían ser concentradas y destruidas. Nada parecía más adecuado para provocar esa situación que el asalto a la capital soviética. Sin embargo, Hitler nunca había considerado Moscú como el objetivo principal de la campaña, y estuvo una semana entera discutiendo con Halder sobre qué era lo siguiente que debían hacer, confrontando las razones económicas con las de la lógica militar. El líder nazi quería dirigir las divisiones mecanizadas hacia el sur y capturar Ucrania, cuyo grano era vital para la seguridad alimentaria de Alemania. Ucrania también era la puerta hacia los campos petrolíferos del Cáucaso. Petróleo y grano convertirían al Reich en una superpotencia autárquica, permitiendo a Alemania reactivar las industrias de la Europa occidental y sostener una larga guerra erosiva con Gran Bretaña e incluso con Estados Unidos.[42]

El 18 de agosto, para consternación de Halder y Bock, Hitler se decidió por Ucrania en contra de Moscú, ordenando al Grupo Panzer de Guderian que girase hacia el sur. Más tarde, Halder echaría la culpa del resultado de la guerra a esta decisión, pero el jefe del Estado Mayor nunca se preguntó si el mantra militar sobre una única batalla «decisiva» era la estrategia correcta para lograr la victoria en una guerra a aquella escala. De hecho, la poco ortodoxa e inesperada orden de Hitler condujo a algunas de las victorias alemanas más importantes en esa guerra.[43]

Los días de agosto eran cálidos, pero las noches ya empezaban a enfriar. Durante la noche del 20 de agosto, Robert R. soñó que estaba en casa con su mujer, en Eichstätt. La piadosa pareja asistía a un funeral por los caídos en la catedral. Él dirigía su atención a las tumbas: «¡Mira cuántas hay!». Entonces se arrodillaba ante el altar, hasta que alguien le gruñía que se moviese. En ese momento perdía de vista a Maria y se daba cuenta de que en la catedral se había levantado una oficina de correos y que la gente estaba clasificando frenéticamente las cartas de los soldados. Mientras buscaba a Maria entre la multitud, la gente le preguntaba si era verdad que él también había muerto. «No», replicaba, «¡estoy vivo!» Entonces se arrodillaba en el primer banco –«que estaba reservado para mí»– y se ponía a pensar. «Oh, ya no volveré a ver a Maria nunca más.» En ese momento, los camaradas de Robert lo despertaron de un empujón. Se estaban preparando para atacar la pequeña ciudad de Pochep. Dominado por las premoniciones sobre su propia muerte, Robert se quedó pensando en qué era lo que había producido ese sueño, achacándoselo al correo que les habían entregado aquella misma noche en sus posiciones avanzadas. Incapaz de leer las cartas de Maria en la oscuridad, se había quedado mirando la foto de su hijo de dos años, Rainer, hasta que se había quedado dormido.[44]

Mientras comenzaban las descargas de la artillería alemana sobre Pochep, alcanzando a un grupo de gansos en un pueblo cercano, Robert leyó las cartas de su esposa en una trinchera, en medio del amanecer cada vez más luminoso. Obligado a esperar después todo el día en la trinchera, había comenzado a escribir a Maria cuando llegó finalmente la orden de ataque. Ya estaba empezando a anochecer cuando se acercaron al pueblo, pero la tensión no hacía más que subir: «Estamos pensando, ahora que llegamos al extremo del pueblo, que va a empezar el fuego directo, que siempre tiene efectos terribles». Afortunadamente, la oscuridad cayó enseguida, ocultándoles cuando alcanzaban las zanjas de desagüe del pueblo. Mordisqueando manzanas mientras avanzaban, los soldados alcanzaron un campo de patatas y se escondieron allí. Cuando un soldado del Ejército Rojo se acercó de pronto «doblándose», uno de los camaradas

de Robert abrió fuego. Robert y su teniente saltaron inmediatamente de la trinchera y echaron a correr hasta que alcanzaron un huerto. Un anciano que se encontraba allí comenzó a suplicarles por su vida. Mientras Robert intentaba tranquilizarlo, el anciano comenzó a besarle las manos y a abrazarse a sus rodillas. Al fin tranquilo, llevó a Robert a un escondrijo en el huerto donde estaban ocultos sus hijas e hijos. «Salieron, llorando todos de miedo y de alivio, con niños pequeños en los brazos. Qué pena», escribió Robert al día siguiente en su diario. «Les dije que se fueran tranquilamente a su casa, que no se la íbamos a quemar.» Un par de casas habían comenzado a arder durante el combate, probablemente a causa de los disparos de la artillería.

Robert entró en Pochep solo, y comenzó a sentirse asustado, pues no sabía si el pueblo todavía estaba siendo defendido. Al encontrarse en las calles a familias enteras llevando sus colchones y otras posesiones, intentó asegurarles que nadie iba a quemar sus casas. Se sintió abrumado y avergonzado por su gratitud a medida que se acercaban a besarle las manos. Una mujer lo condujo a un patio donde había una mesa y sillas, y le hizo sentarse y tomar leche, pan, tocino y mantequilla con la familia. Luego mandó comida para los camaradas que se habían quedado en el campo de patatas, y los niños les llevaron también agua. Una vez terminada la batalla, los Panzers alemanes avanzaron. Tumbado bajo las estrellas, recordando los sucesos del día, Robert se echó a llorar y luego se quedó dormido. Al escribirle al día siguiente a Maria, admitió que muchos pueblos eran menos afortunados, pues quedaban atrapados bajo el cruce de fuego entre las artillerías alemana y soviética. La escaramuza de Pochep fue el inicio del avance de los Panzers de Guderian desde el norte. Robert R. servía en uno de los regimientos de infantería motorizada que iban en cabeza.[45]

Una semana después, mientras la columna hacía un alto para pasar la noche bajo la lluvia, algunos hombres de la 3.ª Compañía confundieron con rusos a un grupo de camaradas de Robert que estaban sentados charlando y riéndose en una casa de un pueblo, y lanzaron una granada. Un hombre murió en el acto, otro resultó herido tan grave que el jefe del pelotón tuvo que rematarlo de un tiro, y una niña rusa de diez años perdió un ojo.

Mientras la infantería motorizada seguía adelante, el vaivén del vehículo ayudó a Robert a dormirse. De nuevo soñó con Maria: esta vez estaban caminando por el campo. Un enjambre de aviones de la Fuerza Aérea Roja se les acercó, pero Maria no los reconoció y él no quiso alarmarla. Él llevaba puesto su uniforme, así que trató de esconderse entre algunos matorrales, donde lo descubrieron, agarrándolo por la nuca. «Los oficiales me interrogan y ordenan que me lleven. Yo pido que me dejen decirle adiós a Maria y me lo permiten. Abrazo a Maria y la tiendo en el suelo y lloramos amargamente», escribió en su diario. Robert se despertó cuando el camión se detuvo, al encontrarse el camino bloqueado por el cráter causado por una mina, junto con algunos caballos muertos. En el bosque que había a la izquierda, al lado de unos vehículos destrozados y algunos cadáveres, vio ropas de mujer. También encontró una bolsa impermeable, que cogió para guardar sus cosas secas, sin dejar de pensar en los temores que se habían expresado a través de su sueño.[46]

Robert R. odiaba la guerra, y en su diario iba escribiendo todo lo que quería contarle a Maria cuando estuviese de nuevo en casa. Era allí, más que en sus cartas, donde describía los disparos a los prisioneros y cómo sus camaradas prendían fuego a las casas: todo eso lo iba guardando «para más tarde, cuando estemos de nuevo juntos». Pero, cuanto más detestaba la guerra, más convencido se sentía de que esta vez tenían que luchar hasta el final: quería evitar que su hijo de dos años se convirtiese en la tercera generación obligada a combatir en Rusia. «No, eso nunca ocurrirá, ¡Raini nunca tendrá que venir aquí!», le escribió Robert a su esposa. «¡No! ¡No! Prefiero venir yo otra vez, prefiero atravesar de nuevo todos estos infiernos y morir aquí. El crío más adorable, cuya foto ahora llevo conmigo, cuyos rizos dorados han sorbido tanto sol. Te doy las gracias por habérmelo dado.» Por encima de todo, le aseguraba a Maria, se sentía protegido por el «trascendente amor que existe entre nosotros, y que comparte el amor del mundo entero». A un hombre como Robert R., las horribles conductas de la guerra le perturbaban pero, al mismo tiempo, intensificaban su compromiso. Una guerra así nunca debería llegar hasta Alemania, y debía ser definitivamente vencida. Los soldados y sus familias no identificaban la

guerra con el régimen nazi, sino con sus propias responsabilidades intergeneracionales. Ésa era la base más profunda de su patriotismo.[47]

El 2.º Grupo Panzer siguió avanzando hacia el sur, hacia Ucrania. Mientras la Wehrmacht se dirigía a Moscú, la enorme extensión occidental del frente soviético del sudoeste había estado atacando la espalda alemana por tres lados, amenazando con convertirse en un trampolín para lanzar un ataque hacia el norte, en la retaguardia del Grupo de Ejércitos Centro. Pero ahora, al girar hacia el sur desde sus posiciones más avanzadas en el camino a Moscú, eran los tanques alemanes los que estaban preparados para alcanzar la retaguardia de los ejércitos soviéticos. Empujando desde el sur, el 1.º Grupo Panzer de Kleist se encontró con el ejército de Guderian que llegaba desde el norte en Lojuitia el 14 de septiembre, envolviendo por completo el frente soviético del sudoeste. A las 4.30 de la mañana, Wilhelm Moldenhauer encontró un momento para escribirle a su mujer una excitada carta sobre «Un nuevo gran éxito, del que todavía no se puede hablar por razones comprensibles». Siguiendo el protocolo militar, no divulgó en qué lugar se encontraba, aunque sí le contó que durante todo el día y toda la noche podía oír «cómo nuestros camiones y a veces algunos vehículos blindados pasan rugiendo sobre los malos cantos de estas calles». Sintiéndose de muy buen humor, él y otros dos compañeros fueron a localizar una estatua de Lenin y después entraron en una librería y se dedicaron a hacer discursos revolucionarios de burla.[48]

Tres días más tarde, mientras su unidad avanzaba hacia Ucrania, Moldenhauer se albergó en una de las casas más limpias que había visto, donde le dieron leche y compartió la comida con la familia: patatas cocidas, col y carne. Cuando volvió después del servicio a las ocho de la tarde, su anfitriona lo recibió con más leche y grasa de cerdo; como agradecimiento, él sacó una botella de vodka. En las siguientes dos horas, mientras la familia al completo permanecía sentada alrededor de la gran mesa, contempló con calma la sala para describírsela después a su esposa: la mesa iluminada con una lámpara de petróleo, los iconos dorados reluciendo en sus cajas de cristal sobre las paredes blanqueadas. Moldenhauer sentía que aquella bienvenida era completamente genuina. «Y tal vez sea», le escribió

a su mujer Erika el 17 de septiembre, «porque el comunismo dirigió su intensa propaganda bélica contra Alemania y porque sufrieron mucho bajo el régimen soviético y judío. Y ahora los alemanes estamos aquí y esta gente se da cuenta una y otra vez de que los alemanes somos gente decente. Eso destruye toda la propaganda enemiga de un soplo».[49]

Mientras el frente soviético del sudoeste intentaba romper el cerco, las divisiones blindadas alemanas que habían cerrado el lado oriental de la bolsa se veían sometidas a una gran presión. El 22 de septiembre, el teniente Fritz Farnbacher estaba en el puesto de observación más avanzado del 103.º Regimiento de Artillería Blindada, cuando oyó los primeros gritos de «¡Están llegando los tanques!». Uno de los pesados tanques soviéticos chocó con un camión alemán de transporte de tropas. Escondidos en pequeños hoyos y apretando sus caras contra el suelo, los alemanes confiaban en que los tanques no los viesen. Si la situación no hubiese sido tan peligrosa, Farnbacher se hubiera reído mucho mientras veía a sus camaradas jugando al escondite con aquellos monstruos de acero. Le asombraba la velocidad a la que los tanques soviéticos podían girar, y también que los cañones antitanques alemanes de 37 mm no lograsen impactar en sus planchas de blindaje. Cuando un tanque se dirigió repentinamente hacia la zanja en la que Farnbacher estaba echado, su amenazadora masa tapó la luz del sol. Permaneció allí confiando en que pasaría sobre el suelo sin causar ningún daño, pero una de sus orugas se deslizó en la trinchera, amenazando con aplastarlo. Reptando desesperadamente hacia su derecha, Farnbacher consiguió librarse. La oruga no alcanzó su pie izquierdo por dos centímetros, pero los eslabones de acero desgarraron el dobladillo de su abrigo. Aquel pequeño combate le costó a su unidad 89 muertos y heridos. La división perdió cinco obuses, tres cañones antitanque, dos cañones de acompañamiento, tres ametralladoras pesadas y dos camiones de transporte de tropas, junto con varias cajas de munición y otros equipamientos. El hecho de que la batería de Farnbacher saliese indemne se debió sobre todo a la capacidad táctica alemana para compensar el equipamiento inadecuado con el uso de comunicaciones de radio y armas combinadas. Fue el poder unido de la

artillería de campo y de la Luftwaffe lo que logró alejar finalmente a los tanques.[50]

Cuando Farnbacher consiguió escribir todo esto en su diario, intentó amoldar su estilo para hacer encajar las románticas ideas que siempre había tenido sobre la guerra, extendiéndose en las últimas palabras de un camarada que, mientras agonizaba, le había preguntado a su comandante: «Capitán, si vuelvo, y espero hacerlo muy pronto, ¿podré seguir siendo soldado?». El oficial le respondió ostensiblemente: «¡Claro, muchacho, seguirás siendo un soldado!». Al infundir a la muerte del joven el heroísmo y la camaradería que él mismo había esperado encontrar en la guerra, Farnbacher creó una de esas pequeñas leyendas sobre las batallas de las que solían vivir los soldados.[51]

El 18 de septiembre cayó Kiev. Al entrar en la ciudad, la 296.ª División de Infantería encontró a sus habitantes empobrecidos, desnutridos y apáticos. Wilhelm Moldenhauer contó cómo, después de haber visto a un niño de tres años echado en una cama con «apariencia antinatural» y unas piernas terriblemente delgadas, recordó «nuestros carteles de propaganda sobre las condiciones de vida en la Unión Soviética». Mientras miraba pasar una columna de 9.000 prisioneros del Ejército Rojo el 20 de septiembre, Moldenhauer intentaba describir la enorme escala de la victoria: «La columna de derrotados no tenía fin. Que un ejército hecho a toda prisa con ese batiburrillo de personas pueda defenderse tan duramente, es asombroso. Está claro que sólo funcionaban por la presión de los comisarios». En total, más de 660.000 soldados soviéticos se rindieron en Ucrania. Era la mayor victoria alemana de la guerra hasta entonces. Pero la cuestión más urgente que preocupaba a todos era ésta: «¿Vamos a quedarnos aquí a pasar el invierno o no?».[52]

El 23 de septiembre, Fritz Probst llegó a Kiev con su cuerpo de ingenieros. A lo largo del mes siguiente, reconstruyeron el puente sobre el Dniéper que el Ejército Rojo había hecho saltar. Recién entrado en la treintena y padre de tres hijos, Probst había sido llamado a filas junto con otros reservistas a finales de agosto de 1939, y ya había prestado servicio durante dos años. Durante 1940 y 1941, había estado siguiendo al frente,

más que tomando parte en las batallas, e incluso había conseguido mandar uvas a su casa recientemente desde Grecia. Sus primeras impresiones de la Unión Soviética no fueron esperanzadoras. El Ejército Rojo en retirada había dejado una tierra baldía. «Ya he visto terribles imágenes de destrucción», escribió a su familia, «y sólo puedo deciros que deberíais agradecer al Führer que nos haya librado de este peligro.» Unos días después volvía al asunto:

> Lo que estamos haciendo es un gran sacrificio, pero lo hacemos alegremente, porque si esta guerra llegase a la Madre Patria, bueno, sería mucho peor. [...] Si estas bestias hubiesen llegado a Alemania, habría sido una desgracia mucho mayor para nosotros. Lo que tenemos que hacer es aguantar, y quizá el final victorioso esté más cerca de lo que pensamos.

Aunque las palabras y los sentimientos de este nazi convencido, carpintero autónomo de Görmar –una pequeña ciudad de la incondicionalmente protestante Turingia–, eran muy diferentes de las del profesor católico Robert R., mucho más humano y sentimental, ambos seguían no obstante convencidos de que aquélla era una «guerra preventiva». Y ambos confiaban en que un empujón final podría ponerle fin a la campaña.[53]

Varios días después de la entrada alemana en Kiev, comenzaron los incendios. Preparadas con temporizadores de gran retardo, las minas sembradas por el Ejército Rojo en retirada y el NKVD provocaron el caos e hicieron que ardiesen barrios enteros. En la 296.ª División de Infantería, el teniente Reinert estaba indignado con «las bestias» bolcheviques y observaba cómo los habitantes de a pie de Kiev, «con los ojos llenos de miedo hacia sus propios compatriotas», se volvían en busca de protección hacia los soldados alemanes. Reinert tenía claro a quién había que culpar: «La policía está trayendo a los provocadores de la infrahumanidad: los judíos», escribió. «Tipos repugnantes pasan junto al coche, caras que te gustaría pisotear con tus botas, judíos que estaban escondidos hasta ahora en sus sótanos y a los que los ataques han hecho salir a la luz del día.» Estaba convencido de que los principales culpables se habían ido hacía tiempo: «Éstos no son los judíos enchufados que dan las órdenes, ésos se

han desvanecido hace tiempo, son sus herramientas voluntarias, las alimañas de esta ciudad». La Wehrmacht sabía que existían detonadores con temporizadores de hasta 35 días, y habían dado instrucciones a las tropas el día antes de su entrada en Kiev para que fuesen conscientes de que había trampas escondidas por toda la ciudad. Convencidos de que la dictadura bolchevique era un régimen judío, los militares no protestaron por las redadas masivas de hombres judíos. Los asesinatos de judíos comenzaron en Kiev el 27 de septiembre.[54]

En ese momento, el teniente Reinert, junto con la mayor parte de la 296.ª División de Infantería, había dejado ya la ciudad, pero las cartas escritas por otros hombres en esas fechas informan sobre esos acontecimientos. «Ya ha habido incendios durante ocho días, todos provocados por los judíos», escribía uno el 28 de septiembre. «Por eso hemos fusilado ya a todos los judíos de entre catorce y sesenta años, y ahora estamos fusilando a las mujeres de los judíos, sino esto nunca terminará.» Los judíos de Kiev fueron llevados a Babi Yar, un barranco a cuatro kilómetros de la ciudad, donde los SS del 4.º *Sonderkommando* y dos batallones de policía asesinaron a tiros a 33.771 judíos durante los dos días siguientes. Realizada con la aprobación del comandante del 6.º Ejército, Walther von Reichenau, la matanza de Babi Yar fue la mayor masacre de judíos en el frente oriental. Johannes Hähle, un fotógrafo de guerra que se desplazaba con el 6.º Ejército, llegó a tiempo para fotografiar a los SS rebuscando entre los montones de ropas abandonadas junto al barranco. Luego le envió aquel rollo de película Agfa en color a su esposa.[55]

Un mes más tarde, el barranco estaban siendo también utilizado para llevar a cabo represalias colectivas contra la población no judía de la ciudad. Un centenar de personas fueron asesinadas el 22 de octubre, trescientas personas el 2 de noviembre, y cuatrocientas el 29 de noviembre. Las represalias no fueron por ataques contra alemanes, sino por actos de «sabotaje»: explosiones, incendios en el mercado de la ciudad y corte de las líneas telefónicas alemanas. Los ingenieros ucranianos y los trabajadores de las fábricas estaban asombrados al observar la falta de interés de los alemanes por volver a poner en marcha la producción industrial de la

ciudad. Los trabajadores de las plantas mineras y metalúrgicas tomaron la iniciativa, recuperando máquinas y piezas que habían escondido en pozos y estanques para librarlas de las medidas de evacuación soviéticas. Salvo un puñado de empresas estratégicas, como las minas de manganeso de Nikopol, los alemanes apenas se molestaron en organizar la industria. No formaba parte de su plan.[56]

Diez días después de la captura de Kiev, el 30 de septiembre de 1941, la Inspección Económica Sur prohibió el suministro de comida a la capital ucraniana. Los expertos habían calculado que las provisiones de alimentos se agotarían en esa fecha. El número de habitantes anterior a la guerra, de 850.000 personas, ya se había reducido a la mitad, a causa de los reclutamientos del Ejército Rojo, la evacuación soviética de civiles y la masacre alemana de judíos. Policías ucranianos y alemanes establecieron ahora controles en las carreteras y puentes, deteniendo coches, carros y peatones, confiscando alimentos e impidiendo que los campesinos entrasen en la ciudad. Los ciudadanos que luchaban para hacerse un hueco en las colas de las panaderías, eran recompensados con pan de harina de mijo. Apodado por unos ladrillos, por su textura de arcilla, y por otros esmeriles, a causa de su brillo amarillento, el pan se deshacía en migajas duras, y era difícil de digerir y de sabor amargo porque a la masa le añadían centeno, castañas y altramuces. Su calidad iba de mal en peor. En noviembre, la ciudad permanecía «muerta» durante el día, con tan sólo unos pocos alemanes y policías por las calles, junto a mendigos con las piernas amputadas o tumefactas. Un profesor ucraniano escribió en su diario el día después de la Navidad de 1941:

> Los alemanes están de celebración. Andan por ahí pagados de sí mismos y contentos, y ponen luces en los árboles de Navidad. Nosotros en cambio nos movemos como sombras, pues la hambruna es total. La gente va a comprar la comida con una taza, y hacen una sopa que es pura agua y que comen sin pan, porque el pan sólo lo dan dos veces a la semana, doscientos gramos. Y eso con suerte. Los que tienen cosas, las cambian en el campo, pero los que no tienen nada, se hinchan de pura hambre, y ya están empezando a morir. Mucha gente tiene el tifus.[57]

El bloqueo alemán cumplía al pie de la letra el «Plan del Hambre», que había sido ideado por el secretario de Estado del Ministerio de Alimentación y Agricultura, Herbert Backe, en diciembre de 1940, cuando se había empezado a planificar la campaña soviética. Con la idea de alimentar a la Wehrmacht y al frente doméstico, planteaba una división del territorio soviético entre el norte boscoso y el sur cultivado, por un lado, y entre ciudades y campo por otro. El «área boscosa» del norte y todas las ciudades debían ser sometidas a la hambruna, de tal manera que los enormes excedentes producidos en el sur, en las ricas «tierras negras» de Ucrania, pudiesen ser empleados para alimentar al Reich. El 2 de mayo de 1941, siete semanas antes de que comenzase la invasión, el plan fue formalmente adoptado, y los oficiales asumieron que «innumerables millones de personas tendrán que morir de hambre para que nosotros podamos aprovecharnos del país». Cuando Ucrania ya estaba en manos alemanas en otoño, el *gauleiter* de Turingia y plenipotenciario del Reich para la Movilización Laboral, Fritz Sauckel, afirmaba que le habían asegurado repetidamente que «al menos entre diez y veinte millones de esas personas» morirían de hambre el siguiente invierno. Los propios cálculos de Backe eran que muriesen entre veinte y treinta millones de «eslavos». El «Plan del Hambre» se convirtió en el elemento central de la planificación militar alemana de la Operación Barbarroja.[58] [N3]

El bloqueo de Kiev perseguía también un segundo objetivo: el deseo de Hitler de «borrar» las ciudades soviéticas más importantes «de la faz de la tierra». El Führer había ordenado a la Wehrmacht al comienzo de las operaciones en Ucrania «destruir la ciudad [de Kiev] con bombas incendiarias y fuego de mortero tan pronto como la situación de los suministros lo permita» o, como decía la lacónica nota de Halder del 18 de agosto, «reducirla a escombros». Pero la Luftwaffe, a la que se le encargó una parte de esa tarea, no disponía de bombas suficientes, una oportunidad perdida que Hitler recordaría amargamente un año después como otro de los fracasos de Göring. Halder había afirmado que tampoco a Leningrado y a Moscú se les permitiría capitular.[59]

En el norte, el avance alemán era aún más rápido que en el sur, haciendo que Leningrado, la antigua San Petersburgo, cuna de la Revolución rusa y segunda ciudad de la Unión Soviética, estuviera altamente expuesta. El 20 de agosto, el último enlace ferroviario a Leningrado quedó interrumpido en Mga. El 8 de septiembre, cayó la fortaleza de Schlisselburg. Construida en el lugar en el que el río Nevá desemboca en el lago Ladoga, era el punto más importante de las comunicaciones de la ciudad y de los suministros de la industria. Leningrado estaba ahora completamente sitiado por tierra, y el único camino para entrar o salir de la ciudad era a través del propio lago Ladoga. Ese mismo día, la Luftwaffe comenzó a realizar ataques masivos sobre los depósitos de alimentos de Leningrado. El profesor Wilhelm Ziegelmayer, experto en nutrición del Alto Mando de la Wehrmacht, anotó en su diario el 10 de septiembre de 1941 que «No vamos a responsabilizarnos de futuras exigencias cuando Leningrado se rinda. Debe ser destruido con métodos científicos». Al mismo tiempo, la intendencia del 18.º Ejército preguntaba si debían utilizar el aprovisionamiento militar para alimentar a la ciudad si ésta se rendía. La respuesta del general al cargo de la intendencia de la Wehrmacht, Eduard Wagner, fue un no categórico: «Cada tren que salga de la madre patria con provisiones, debilita nuestro propio avituallamiento. Es mejor que los nuestros tengan algo que comer y los rusos se mueran de hambre». Wagner ya le había escrito a su mujer que «lo siguiente que tendremos que hacer será dejar que la gente de San Petersburgo se vuelva loca. ¿Qué vamos a hacer con una ciudad de 3,2 millones de habitantes que va a ser una carga pesada en nuestro presupuesto para provisiones?». Su carta terminaba con una de las expresiones favoritas de Hitler para justificar sus criminales resoluciones: «Aquí no hay sitio para el sentimentalismo».

Entretanto Goebbels, al mismo tiempo que empezaba a preparar «una excusa efectiva» que pudiese usar ante la opinión internacional una vez que «el cruel destino de la ciudad» fuera evidente, estaba encantado de que los bolcheviques insistiesen en defender Leningrado «hasta el último hombre». Pero a mediados de septiembre, el Alto Mando alemán comenzó a preocuparse por el riesgo de que las posibles epidemias se extendiesen

desde la ciudad a sus propias líneas y por el estrés psicológico de los soldados de infantería que tendrían que «disparar a las mujeres y niños que intenten escapar» de la ciudad. Para asegurarse de que esto no llegase a ocurrir, el mariscal de campo Ritter von Leeb, comandante del Grupo de Ejércitos Norte, ordenó a la artillería acribillar a los civiles que salieran de San Petersburgo mientras estuviesen aún lo suficientemente lejos como para no poner nerviosos a los soldados de infantería de la primera línea de combate.[60]

Durante la semana del 21 de septiembre, se confirmaba y reiteraba la decisión de que Leningrado debía ser «arrasado hasta los cimientos. Si esto genera que se produzcan propuestas de rendición, serán rechazadas. En esta guerra, no estamos interesados en preservar ni siquiera una parte de la población de esta gran ciudad». Intentando sacarle el máximo provecho a esa crueldad puesta en práctica, la jefatura de la Seguridad del Reich comenzó a bosquejar su propio «Plan General del este», en el cual se preveía que la futura región de «Ingermanland», en la costa soviética del Báltico, fuese un área dedicada a la agricultura y escasamente poblada, con asentamientos de alemanes y finlandeses, y con una población que bajaría de los 3,2 millones del momento a tan sólo 200.000. Los tres millones que faltaban en ese plan para la futura posguerra eran los habitantes de Leningrado. Los autores originales de este «Plan del Hambre», Herbert Backe y su colega Hans-Joachim Riecke, publicarían también unas ideas básicas para que los profesionales alemanes pudiesen aclimatarse a los nuevos tiempos.[61]

A finales de septiembre de 1941, se introdujo en la ciudad una ración de 250 gramos de pan para las personas dependientes. La Luftwaffe había bombardeado Leningrado veintitrés veces y la artillería había lanzado más de 5.000 proyectiles en sus ataques diarios. Los artilleros alemanes empezaban a hacer bromas afirmando que, al reducir el número de bocas civiles, estaban «alimentando a la ciudad». A mediados de noviembre, el diario de guerra del Grupo de Ejércitos Norte informó de la primera tentativa exitosa por parte de la artillería para evitar que un grupo de civiles se acercasen a sus líneas, aunque los generales alemanes seguían

preocupados ante el temor de que una «falsa» compasión terminase por derrotar a sus hombres. Ahora, los comandantes comenzaban a preguntarse por primera vez sobre las consecuencias de la guerra genocida en sus soldados. Si demostraban ser capaces de disparar a civiles desarmados, ¿supondría eso una «pérdida del equilibrio interno»? ¿Perderían sus tropas el «miedo a seguir cometiendo actos semejantes después de que la guerra haya terminado»? ¿Hasta dónde, se preguntaban, podría llegar la brutalización?[62]

*

Antes incluso de que el Ejército Rojo hubiese completado su maniobra envolvente en Ucrania y de que Leningrado fuese sitiado, Halder, Brauchitsch y Hitler volvieron a ocuparse de Moscú. Estupefactos por su fácil victoria en Ucrania, no podían imaginar que el Ejército Rojo todavía estuviera en posesión de fuerzas importantes. Halder y Hitler avivaban las expectativas, asegurando que el Grupo de Ejércitos Sur podría llegar a Stalingrado y a los campos petrolíferos de Maikop antes del invierno, y que el Grupo de Ejércitos Centro podría alcanzar Moscú con un apoyo aéreo reducido y menos Panzers. Igual que Leningrado, la capital debía ser rodeada y aislada. En un momento determinado, Hitler llegó a imaginar que Moscú simplemente desaparecería, probablemente hundida bajo una inundación de aguas purificadoras.[63]

El 2 de octubre de 1941, las tropas escucharon una segunda proclamación del Führer, anunciando que Moscú era el objetivo final de la campaña. A pesar de su preocupación respecto a que la guerra se prolongase durante el invierno, Wilhelm Moldenhauer se sintió emocionado cuando oyó la emisión por radio de la solemne llamada de Hitler a las armas para la batalla decisiva contra el bolchevismo. Aquel momento fue al mismo tiempo público e íntimo, pues se imaginó a su esposa oyendo la proclamación en la radio «y que, con cada palabra, quizá tus pensamientos también estaban conmigo». Fritz Farnbacher y la 4.ª División Panzer ya habían comenzado a avanzar, con la niebla helada congelándolos hasta los

huesos, pero ocultando sus movimientos. El primer día cubrieron 130 kilómetros y, cuatro días después, en la tarde del 3 de octubre, alcanzaron Oriol. Mientras avanzaban por un terreno abierto hacia la ciudad, la infantería motorizada maniobraba con sus vehículos ligeros alrededor de los tanques, usándolos como escudo contra los aviones soviéticos que ya podían ver despegando del campo de aterrizaje cercano. Durante días no habían visto a la Luftwaffe. Los soldados de infantería tuvieron que saltar de sus vehículos y ponerse a cubierto bajo los tanques unas treinta veces antes de alcanzar las afueras de Oriol. Cuando los primeros tanques entraron en las calles, los tranvías aún circulaban. Un conductor incluso hizo sonar la campana, confundiendo un tanque con uno de los suyos. Cuando el tanque movió el cañón de su torreta hacia el tranvía, la calle se vació.[64]

Igual que en Smolensk y en Ucrania, los tanques alemanes encabezaron la maniobra de envolvimiento de la ciudad. Desde Oriol, el 2.º Grupo Panzer completó rápidamente el sitio de Briansk. Hacia el oeste, el 3.º y 4.º Grupo Panzer habían encerrado la ciudad de Viazma con una doble tenaza. El 7 de octubre, la totalidad de las restantes fuerzas soviéticas en el frente del oeste estaban atrapadas en esta doble bolsa, dejando el camino a Moscú abierto para los alemanes. En el cuartel general del Führer, Jodl pensaba que aquel era el día más decisivo de la campaña y lo comparaba con la rápida victoria prusiana sobre Austria en 1866. Dos días después, el portavoz personal de Hitler, Otto Dietrich, convocó una rueda de prensa especial para decirle al mundo que, entre los ejércitos alemanes y Moscú, ya no había nada más que «espacio vacío». Goebbels se sintió consternado, tanto por el prematuro triunfalismo como por su propia incapacidad para controlar a Dietrich. Pero no pudo refrenar a la prensa. El *Völkischer Beobachter* proclamó: «¡Ha llegado la gran hora!». Y «El fin militar de los bolcheviques». Las librerías colocaron en los escaparates gramáticas rusas para los futuros oficiales de ocupación, y los cines anunciaron un próximo documental, *Los alemanes entran en Moscú.*[65]

No era sólo una hipérbole. En ese momento, tan sólo había 90.000 hombres del Ejército Rojo defendiendo la capital contra el avance del

millón de hombres de las fuerzas del Grupo de Ejércitos Centro. La magnitud de la victoria alemana era incluso mayor que en Ucrania: la Wehrmacht había capturado a 673.000 prisioneros y 1.300 tanques. Juntando las dos victorias, sucedidas en un periodo de cinco semanas, 1.447.000 soldados del Ejército Rojo se habían rendido a los alemanes. El Estado Mayor y el Alto Mando no habían dado ninguna orden sobre qué se debía hacer con tantos prisioneros, a pesar de que la totalidad de su plan de campaña dependía del rápido colapso del Ejército Rojo. Hitler y sus más cercanos consejeros no tenían ningún interés en ellos, salvo –posiblemente– como suministro de mano de obra, pero en el otoño de 1941, esa idea no era prioritaria. El problema fue dejado en manos del departamento de prisioneros de guerra y de las secciones a cargo de los servicios de la retaguardia, que debían resolverlo con los recursos que pudiesen encontrar.[66]

Tras las batallas de Viazma y Briansk, la jefatura de la 580.ª Sección del Ejército de Retaguardia del 2.º Ejército estableció centros de alimentos y puso en marcha el traslado de los presos, «desplegando todos los camiones y carros utilizables, y poniendo a trabajar a los líderes campesinos y los prisioneros de guerra». A principios de octubre, el campo de tránsito para prisioneros 203 –un «Dulag», según la terminología militar– fue trasladado a Kritchev, donde un aserradero y una fábrica de cemento fueron convertidos en barracas para 10.000 prisioneros. Pero en una sola noche llegaron 20.000, mientras otros 11.000 seguían camino hacia la retaguardia. El 19 de octubre, el campo tenía más de 30.000 soldados del Ejército Rojo. A la mayor parte de ellos les habían dejado fuera, al aire libre, hasta que las unidades alemanas cercanas prestaron palas de las utilizadas para cavar trincheras; con ellas se excavaron hoyos en el suelo que luego se cubrían con ramas y tierra. Aunque el campo estaba cerca de la línea de ferrocarril y tenía, por lo tanto, acceso al agua, facilitarla figuraba en un nivel muy bajo en la lista de prioridades militares.

El oficial a cargo de las cocinas era un bienintencionado veterano de la Primera Guerra. Demasiado mayor para servir en primera línea del frente, Konrad Jarausch describía elocuentemente el cada vez más visible desastre

en las cartas que mandaba a su casa. Había que cocinar en viejos bidones de gasolina y había pocos utensilios. Muchos prisioneros tenían que usar sus gorras militares como sustituto de las tazas de hojalata, y a veces se les derramaba la mitad de la sopa aguada que les servían. Después de la batalla de Briansk, Konrad Jarausch alcanzó el máximo de hombres para alimentar: entre 16.000 y 18.000 prisioneros en un solo día en su subsección del Dulag 203. Había cinco alemanes a cargo de la administración y las cocinas, y ochos guardias, según le explicó a su amigo Werner Hass, «Así que ya puedes imaginarte que tenemos que usar golpes y tiros [...] para conseguir que haya un poco de orden en los alrededores de la cocina». Cuando las salidas hacia los enormes campos más al oeste comenzaron a superar a las llegadas, el número de prisioneros bajó a 6.000, y Jarausch le escribió con un sentimiento de alivio a su mujer: «Hoy no he tenido que hacer todo el rato de policía, ni pegar a nadie hasta dejarlo tirado en el suelo con la porra de goma o dispararle a alguno. Pero lo más sorprendente fue que hubiera suficiente comida». A pesar de los obstáculos, él y otros oficiales mayores que «todavía tenemos una cierta humanidad a la antigua» conseguían distribuir comida dos veces al día, haciendo frente a la resistencia de los inspectores del campo.[67]

Jarausch estableció buena relación con un grupo de prisioneros que, como funcionarios, habían sido designados para llevar las cocinas y se beneficiaban del acceso privilegiado a la comida. Les repartía cigarrillos y, a cambio, ellos cuidaban de él y le proporcionaban sopa enriquecida con leche o nata dos veces al día y hasta cuatro huevos diarios, incluso cuando empezaron a escasear. También se aprovechaba de las expediciones en busca de comida de sus camaradas más «crueles», que requisaban alimentos de los pueblos cercanos. Pero no había peligro de ataques de los partisanos, según le dijo a su esposa, porque «todo está tranquilo. Las SS están haciendo una limpieza terrible». Konrad Jarausch era un amable profesor de estudios religiosos de Magdeburgo, antinazi convencido, y sentía hacia sus prisioneros rusos más curiosidad que hostilidad. Equipado con un manual básico de ruso, comenzó a estudiar el idioma, y encontró a un prisionero instruido que se lo enseñaba.[68]

A principios de noviembre, llegó un *Einsatzkommando* de las SS para limpiar el campo de judíos, tanto prisioneros de guerra como civiles. Algunos fueron asesinados a tiros en el sótano de la fábrica de cemento. En sus cartas, Jarausch tan sólo hacía algunas menciones a esos hechos. Cuando su profesor de ruso resultó ser «medio judío», no le contó a su mujer, Charlotte, lo que sucedió con él, pero le explicó que había visto a «judíos descalzos en la nieve» y que «ciertas cosas desagradables, que no pude evitar, me han dejado impresiones muy amargas. Aunque lo he sabido por boca de otros». Dos días después, le escribió con más entusiasmo, esta vez sobre su nuevo profesor, un moscovita que, como el propio Jarausch, era un enseñante en torno a los cuarenta años. Mientras le leía en voz alta un relato de Turguéniev, se sintió «como si estuviera tocando el alma de este país, la manera como ellos se perciben y se explican a sí mismos». Igual que Hans Albring, Jarausch se sentía al mismo tiempo emocionado por la cultura rusa y convencido de que estaba tratando con gentes que eran «medio niños». Viendo lo mucho que habían sufrido bajo la tiranía bolchevique, sentía que su deber era predicar entre ellos los Evangelios. Jarausch escribió a algunos miembros de la Asociación Martín Lutero y les explicó: «Me gustaría creer que los rusos, que son tan leales a su Cristo, aún tendrán mucho que decirnos a nosotros los cristianos en los años venideros, una vez que el hechizo [del bolchevismo] se haya roto».[69]

Por mucho que la brutalidad de la guerra le perturbase, Jarausch no era capaz de repudiar la causa alemana. El 14 de noviembre le escribió a Charlotte para decirle que acababan de descubrir un caso de canibalismo. De los 2.000 prisioneros que había en la fábrica de cemento, a diario morían veinticinco. A los civiles, «sobre todo los judíos», que se enfrentaban al frío en camisa, «lo mejor que les puede ocurrir es que los lleven al bosque y allí acaben con ellos, como se dice en términos técnicos». Le confesaba que «me podrían entrar dudas sobre todo esto si no oyese a los rusos hablando todo el rato de lo mucho que sufrieron bajo el bolchevismo». Quizá, admitía Jarausch ante su esposa, todo aquello fueran «más asesinatos que guerra propiamente dicha», pero él se limitaba a cumplir con su «parte del deber».[70]

Desde Oriol, Fritz Farnbacher y la 4.ª División Panzer se dirigieron hacia Tula, el punto clave de la defensa de Moscú en el sur, que la Wehrmacht tenía que tomar para poder sitiar la capital. En otoño, los soviéticos habían fortificado en profundidad la zona cercana a Moscú de la principal carretera del oeste. Más allá de las dos líneas defensivas de Mozhaisk, que ya existían, se había excavado frente a la ciudad un triple anillo de trincheras, con búnkeres y puestos fortificados, cada uno de ellos protegido por campos minados; un asalto frontal ya no era viable. En cualquier caso, los alemanes no tenían intención de llevar a cabo un ataque directo: el Alto Mando también había planeado llevar aquí a cabo la batalla final mediante el sitio. Operando desde las alas norte y sur del Grupo de Ejércitos Centro, los Grupos Panzer debían envolver Moscú, encontrándose en una intersección al este de la capital y atrapando de esa manera allí dentro lo que aún quedaba del Ejército Rojo y a los líderes soviéticos.

Con una población de 272.000 personas, Tula, a 150 kilómetros al sur de Moscú, era un antiguo centro de industria armamentística situado en medio de los campos de lignito de Moscú. A menos que los alemanes pudiesen tomar el nudo ferroviario de la ciudad y el campo de aviación, Guderian no podía arriesgarse a enviar sus fuerzas hacia el este para rodear Moscú: su 2.º Grupo Panzer acababa de ser ascendido a Ejército Panzer, pero sus líneas seguían estando demasiado extendidas y eran muy vulnerables. Encargado de encabezar el asalto a la capital soviética desde el sur, Guderian mostró tópicamente su arrojo ante sus oficiales: «¿Tula? Batallas breves y duras. Viaje largo. Muchachas rubias».[71]

Pero el 2.º Ejército Panzer y sus partes constituyentes, como el 24.º Panzer Korps y la 4.ª División Panzer, ya no eran aquellas unidades que habían tomado Oriol sin interrumpir su marcha. Fritz Farnbacher vio por primera vez la nieve en la noche del 6 al 7 de octubre. Enseguida se convirtió en lluvia, transformando las carreteras sin asfaltar, endurecidas por el verano, en un lodazal, «una ciénaga líquida y profunda, una masa negra mezclada con miles y miles de botas, ruedas y orugas de tractores», como lo describió el periodista soviético Vasili Grossman. En toda la línea del frente de quinientos kilómetros del Grupo de Ejércitos Centro, los

tanques y las piezas de artillería, los camiones, las semiorugas y los carros de transporte de caballos se hundían en el barrizal. El 15 de octubre, el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos Centro ya tenía claro que «ha llegado el momento crítico de la campaña, desde el punto de vista psicológico». En una semana, la 6.ª División Panzer pasaba de disponer de doscientos vehículos blindados a tan sólo sesenta utilizables. La 20.ª División Panzer, había pasado de 283, dos semanas antes, a 43 medio estropeados; y la 4.ª División Panzer poseía tan sólo 38 tanques. Llevó una semana entera conseguir que la 4.ª División Panzer se pusiera en marcha, y su comandante alertaba de que «los esfuerzos ininterrumpidos y las duras batallas [...] han dejado huella en los oficiales y los hombres», y de que cualquier ataque tan sólo «tendría éxito a costa de duras y sangrientas pérdidas», si es que se lograba. Pero lo que frenaba el avance alemán era algo más que el tiempo. Desde el comienzo de octubre, la Luftwaffe apenas se dejaba ver, mientras que la Fuerza Aérea Roja golpeaba ahora con mayor efectividad contra los objetivos alemanes, casi completamente quietos. Cuanto más se acercaban los alemanes a Moscú, más intensa se volvía la defensa soviética. Aun así, el 29 de octubre, la 4.ª División Panzer todavía pudo avanzar hasta situarse a cuatro kilómetros de Tula, antes de quedar de nuevo bloqueada en el barro en la carretera. El informe confidencial de la Wehrmacht del día siguiente contaba cómo algunas unidades de la 4.ª División Panzer y del regimiento Grossdeutschland habían penetrado en un bosque al sur de Tula, donde habían tenido que enfrentarse a pie a los tanques soviéticos.[72]

En 1812, la Grande Armée de Napoleón había perdido la mayor parte de sus hombres y caballos no en su desastrosa retirada invernal, sino antes, durante su victorioso avance en el verano. Igualmente, en 1941, los alemanes sufrieron el mayor número de bajas mientras avanzaban, perdiendo 41.048 hombres en la última semana de junio, 172.214 en julio, 196.592 en agosto y 141.144 en septiembre. Era aún peor en el seno de las Divisiones Panzer. A finales de julio, el 35.º Regimiento Panzer, que conformaba el núcleo blindado de la 4.ª División Panzer, conservaba tan sólo 49 de sus 177 tanques originales. Guderian tuvo que pedirle a Hitler personalmente que enviase material de repuesto para su 2.º Grupo Panzer.

Los hombres de la infantería motorizada, que luchaban a pie, desperdigados entre los tanques en campo abierto cada vez que se producía un ataque, estaban particularmente expuestos: en agosto, sus cifras de combatientes habían caído entre un 50 y un 70 %.[73]

El rápido avance de los alemanes acabó favoreciendo su derrota. A medida que las líneas de aprovisionamiento se extendían, los generales de intendencia comenzaron a tener que enfrentarse a la toma de decisiones imposibles. Los alemanes no poseían suficiente material rodante y locomotoras para aprovisionar el frente oriental. Habían capturado muy pocos vagones y locomotoras aptos para el ancho de vía especial que no estuvieran dañados, y tuvieron que trabajar mucho más de lo que habían supuesto para convertir algunas líneas al ancho de vía estándar, una tarea lenta que iba aumentando a medida que se producía el avance alemán.[N4] Transportar los productos desde los depósitos a través de las carreteras resultó igualmente ser cada vez más costoso, a causa de la pérdida de vehículos de motor y caballos. A mediados de noviembre, entre 425.000 y 500.000 vehículos de los que estaban disponibles cuando el Ejército alemán inició la campaña se habían estropeado, y repararlos era excesivamente complicado. Los caballos, que proporcionaban la mayor parte de las tareas de transporte, comenzaron a enfermar y a morir por decenas de miles. La carretera principal entre Smolensk y Moscú disponía de dos carriles durante la mayor parte de su recorrido, pero el Ejército Rojo había dejado minadas durante su retirada numerosas zonas, con temporizadores a largo plazo. Cada día se abrían en la carretera cráteres de trescientos metros de ancho y diez de profundidad. La situación comenzó a ser tan mala, que buena parte de la 5.ª División de Infantería, a punto de ser enviada a Francia a descansar, fue mandada a arreglar la carretera.[74]

Cuando las temperaturas bajaron a finales del otoño, la Wehrmacht recuperó sobre el terreno helado cierta movilidad. Pero el frío trajo nuevos problemas. Al llegar las nieves a mediados de noviembre, solo la mitad de los hombres de la 4.ª División Panzer tenía abrigos, y sólo una tercera parte disponía de mantas de lana. Ya había más hombres inmovilizados a causa de las congelaciones y otras enfermedades que por heridas, aunque ambas

cifras estaban aumentando. A finales de julio y principios de agosto, se habían dado órdenes para el equipamiento de invierno, pero tan sólo para las 58 divisiones seleccionadas para permanecer en la Unión Soviética como fuerzas de ocupación después de la victoria. En el desesperado malabarismo de las prioridades del transporte por carretera o ferrocarril, la mayor parte de las ropas de invierno permanecían amontonadas en las cabezas de línea en Polonia. Incluso las entregas postales, consideradas vitales para la moral, fueron retenidas mientras el Grupo de Ejércitos Centro se concentraba en proporcionar municiones y gasolina a la línea del frente.[75]

Según los censores militares del 2.º Ejército, en el mes de octubre, el «espíritu belicoso» permanecía «intacto» y «lleno de confianza», a pesar de la complicada meteorología. «Los contenidos de las cartas del mes pasado respiran los grandes éxitos de las batallas de envolvimiento de Briansk y Viazma y el avance hacia Moscú. Todos los hombres ven ya el fin de la campaña contra los bolcheviques al alcance de la mano, y con ello el deseado regreso al Reich», informaban. De hecho, la lectura a fondo de un pequeño número de cartas de veinticinco corresponsales ratifica que las expectativas de una victoria inminente eran más elevadas en octubre de lo que habían sido en junio, julio y agosto. En este mes, incluso las adversidades parecían confirmar que la victoria estaba a la vista: un hombre se quejaba de la mala comida, pero escribía que el aprovisionamiento siempre era malo cuando «algo de suma importancia está poniéndose en marcha».[76]

En el Grupo de Ejércitos Sur las cosas eran mucho peores. Como Helmut Paulus les escribió a sus padres al día siguiente de haber alcanzado Stalino en la región de Donetsk: «Nuestros pies han tenido que soportar los 2.000 kilómetros que hemos cubierto desde julio. No puedo quedarme quieto cinco minutos sin que me duelan los pies y las pantorrillas. No me pasa sólo a mí, sino a todos los camaradas». Sin grasa para las botas, no podía evitar que el cuero se rajase y las costuras se deshicieran. Para cubrir los quinientos kilómetros entre Dniepropetrovsk y Stalino, a veces tenían que caminar durante veinte horas, luchando entre el barro y la oscuridad. El

17 de octubre, el 17.º Ejército y el recién designado Ejército Panzer de Kleist alcanzaron el río Mius, tomando Taganrog, pero los aguaceros y el barro los detuvieron allí. A principios de noviembre, la familia Paulus en Pforzheim informó de rumores esperanzadores que afirmaban que las tropas que habían luchado desde el comienzo de la campaña serían alejadas del frente y cambiadas por las que habían permanecido en Francia. Helmut replicó que las conversaciones de los soldados giraban siempre en torno a «comida, correo, permisos. Todos soñamos día y noche con los permisos». Prometió que, cuando estuviera de permiso, comería únicamente *pretzels* y pastas danesas y ni una miga del «pan negro» ruso. Pero sabía que, como soltero, sus posibilidades de conseguir un permiso eran cero.[77]

Al otro extremo del frente oriental, Albert Joos y sus camaradas se mantenían en las trincheras cerca de la costa del golfo de Finlandia. Joos era hijo de un granjero; había dejado la escuela a los trece años, y había comenzado su diario al ser llamado a filas el 28 de agosto de 1939. Quería dejar testimonio de su guerra «como una persona valiente, [dispuesta] a dar y hacer todo por su amada patria». Tras la dureza del trabajo agrícola, se había amoldado bien al entrenamiento básico, agradeciendo que el Servicio de Trabajo del Reich y el Ejército le hubieran liberado del mundo cerrado y autoritario de sus padres en el pueblo. Recién incorporado al Grupo de Ejércitos Norte en octubre de 1941, había sido testigo de cómo «dos comisarios» eran ahorcados por haber volado un tren de transporte. Luego los tiraron a la parte trasera de un coche, con las sogas colgando de sus cuellos, y el coche arrancó. «Lo que más me sorprendió», escribió Joos, «fue el comportamiento de los niños, que no sólo jugaban alrededor de los ahorcados, sino que incluso treparon hasta ellos. Bueno, así es Rusia.»[78]

Tras su llegada al frente oriental, la compañía de Joos fue enviada a relevar en unas trincheras poco profundas a un regimiento de Prusia oriental exhausto, a veinte kilómetros al oeste de Strelna. Allí tuvieron que proteger a la artillería pesada alemana para que pudiese bombardear la base naval soviética de Kronstadt. Durante tres días y tres noches, Joos y sus camaradas tuvieron que cavar en el suelo endurecido, excavando sesenta metros cúbicos de suelo para construir una trinchera. Apretados allí dentro

«como arenques», encajaron cuatro catres, construyeron dentro su propio fogón, e incluso encontraron una pequeña puerta de cristal para aislarse del viento. El bosque cercano estaba lleno de francotiradores, y el mejor amigo de Joos recibió un tiro en la boca y murió. Entre el fuego de la artillería pesada y los ataques continuos de la infantería soviética, la compañía siguió trabajando, pero cada vez era más complicado cavar, y tenían que romper «con granadas el suelo helado, duro como la piedra».[79]

Entretanto, el camino a Moscú seguía estando cerrado. Un asalto frontal a Tula fue rechazado tras un duro combate. La 4.ª División Panzer se quedó con tan sólo veinticinco tanques e insuficientes vehículos de transporte de tropas. Sin refugios y con poca o ninguna protección, tanto los oficiales como los hombres iban debilitándose rápidamente y enfermando. «Para salvar la sangre alemana», el 2.º Ejército Panzer ordenó a sus divisiones que usasen a los prisioneros políticos para limpiar los campos de minas que rodeaban la ciudad. El reducido depósito de armamento pesado hizo que las cifras de bajas de la unidad subiesen rápidamente. Geyr von Schweppenburg, el comandante del 24.º Panzer Korps, tuvo que decirle a Guderian «que la capacidad tanto de las tropas como del material está agotada». El diario de guerra del 2.º Ejército Panzer llegaba incluso más lejos, informando de las primeras dudas entre la tropa: «Las tropas están exhaustas, consumidas por el frío y el esfuerzo. Quieren saber de una vez qué es lo que está previsto».[80]

El 1 de noviembre, Fritz Farnbacher se había sentido sorprendido por la visión de un herido ruso tirado junto a la carretera, retorciéndose en una silenciosa agonía. «Nadie tenía tiempo para él; ¡es terrible yacer herido entre enemigos!», había sido la conclusión del joven teniente. El 20 de noviembre, fue alcanzado su mejor amigo, Peter Siegert. Durante el verano, ambos se habían vuelto inseparables. Ahora, mientras sostenía entre sus brazos a su amigo agonizante, tan sólo podía pensar en sus madres. «Todo estaba vacío, todo me parecía sin sentido.» A las 2 de la tarde, Siegert murió, y Farnbacher sintió que «una parte de mí mismo» se quedaba también allí, como en la canción de Uhland «Yo tenía un camarada».[81]

Tras fracasar en la captura de Tula, la 4.ª División Panzer ocupó la localidad de Stalinogorsk, en la zona de las minas de lignito, al sudeste. El mando de la división trató a los civiles locales con odio y desprecio, y describió el lugar como «la guarida de los trabajadores más repugnantes de la Unión Soviética». Por primera vez, la división se hizo cargo de las funciones de una fuerza de ocupación. Las tropas ya no diferenciaban entre unidades del Ejército Rojo desconectadas de las fuerzas en retirada, milicianos locales sin preparación, civiles y partisanos. Enseguida empezaron a aplicar los «métodos policiales» de los servicios de inteligencia, y adoptaron las tácticas de la «guerra sucia» de denuncias, interrogatorios y palizas. Se descubrió a un capataz enseñando a la población a disparar. Otro hombre fue encontrado con explosivos: le habían encargado que volase la mina; se dijo que su mujer y sus hijos eran cómplices. Igual que en Kiev, los alemanes no hicieron distinciones entre gentes que luchaban para sobrevivir y «rojos» peligrosos.[82]

A Robert R. le ordenaron que quemase el pueblo de Mijáilovka como represalia por los disparos contra cuatro soldados alemanes. «¿El pueblo entero?» Le preguntó a su superior. «¿Por qué lo pregunta?», fue la sarcástica respuesta. «¿Es muy grande? Entonces merece la pena el esfuerzo.» Mientras parte del personal de su unidad se dirigía al aparcamiento para tractores en las afueras del pueblo, Robert se vio obligado a instalar una ametralladora para que las mujeres y los niños obedeciesen la orden de salir. Al fin aparecieron en medio de la niebla helada, sin llevar con ellos ningún objeto. «Grité sin ninguna gana, sentía ganas de llorar», escribió Robert en su diario, pero de esa manera pudo evitar que se ejecutase a nadie. Mientras desmontaba su ametralladora, les dijo a los vecinos en su torpe ruso que debían informar sobre cualquier actividad de los partisanos si no querían arriesgarse a represalias aún mayores. Dándole las gracias por haberles salvado la vida, aquellas personas contemplaban las llamas que ascendían en el cielo nocturno, mientras el destacamento alemán incendiaba el pueblo en su totalidad.[83]

En esta situación crítica, cuando las divisiones móviles de élite del Grupo de Ejércitos Centro habían comenzado a hacer las tareas que

normalmente llevaban a cabo la seguridad de la Wehrmacht y las divisiones en la retaguardia que trabajaban junto con los batallones de la policía y los *Einsatzgruppen* de las SS, les llegó la orden de Reichenau del 10 de octubre. El comandante de la 4.ª División Panzer instó a sus hombres a «hacerse más duros en la lucha contra la amenaza bolchevique». Mientras conducía hacia su acuartelamiento después de una reunión de los comandantes de las compañías el 17 de noviembre, Fritz Farnbacher oyó decir a su capitán que «lo más importante es ser implacables y tener mano dura con los rusos». Aquel joven compasivo se sintió avergonzado, y trató de encontrar algún tipo de distancia mental respecto de lo que estaba oyendo: «Lo que se dijo durante aquellas horas de reunión no es nada germano», fue la conclusión a la que llegó.

Entretanto, la división hizo públicas una nuevas y claras «consignas del día»:

> 21.II.41: El mensajero y propagador de las ideas bolcheviques es el judío.
>
> Soldado alemán, debes considerar siempre que, mientras haya judíos vivos, detrás de la primera línea del frente no hay ninguna seguridad. Los civiles y partisanos judíos no tienen sitio en los campos de prisioneros de guerra, hay que matarlos [...]
>
> 25.II.41: La población debe tener más miedo a las medidas alemanas que al terror ocasionado por los remanentes bolcheviques y los partisanos. Con los infrahumanos bolcheviques no hay piedad, tampoco con las mujeres y los niños. ¡Partisanos y cómplices al árbol más próximo![84]

Durante las siguientes semanas, consignas como ésas justificaron las quemas de pueblos, las matanzas de los habitantes que se resistían o parecían sospechosos, o su abandono en medio de los bosques y la nieve helada. Los soldados alemanes actuaban ahora por iniciativa propia, y comenzaron a matar judíos y a disparar contra prisioneros soviéticos en lugar de llevarlos a los centros de recepción de prisioneros que les parecían demasiado distantes. La decisión sobre cómo responder a las amenazas de los civiles ya no era prerrogativa de los oficiales, y el registro de ejecuciones oficiales llegó incluso a bajar. A medida que ese elemento fundamental de la disciplina militar desaparecía, la guerra genocida que se

venía produciendo en la retaguardia alcanzó el frente. Había suficientes razones triviales para matar civiles, además de a los soldados del Ejército Rojo que habían conseguido esconderse en los bosques. Y cuanto más avanzaban los alemanes y más delgadas y aisladas se hacían sus líneas, más miedo tenían de los partisanos. En realidad, sus temores estaban justificados: a finales de diciembre, unidades de partisanos habían conseguido reconquistar pueblos y ciudades pequeñas, incluso arrebatándoselos al cuerpo de élite de Schweppenburg, el 24.º Panzer Korps.[85]

Pero a menudo, esas medidas de «pacificación» se debían más al sentimiento de aislamiento y vulnerabilidad de los soldados que a alguna amenaza real procedente de partisanos o civiles. Fritz Farnbacher todavía seguía escribiendo sobre escenas de asesinatos de civiles «sospechosos», pero cada vez se sentía menos acongojado. Decidió que, en lugar de ir a buscar comida más lejos y arriesgarse a tropezar con campos de minas, sus hombres volviesen a los pueblos en los que previamente habían requisado alimentos, aunque eso significase «llevarse su última vaca». Mientras los alemanes tiritaban y se apretaban los unos contra los otros en sus delgadas líneas grises, en medio de la vastedad del paisaje blanco, la nieve borraba los puntos de referencia e incluso la distinción entre tierra y cielo, ambos esfumados en una mezcla de blanco y gris.[86]

A medida que la orden de Reichenau se difundía por todo el Ejército alemán del frente oriental, en la propia Alemania los ataques verbales contra los judíos alcanzaban también una nueva cima. El propio Hitler abrió las compuertas de la retórica el 2 de octubre, con su proclama a los soldados del frente oriental para que tomasen Moscú, declarando que sus peores enemigos eran «¡los judíos y sólo los judíos!». Al día siguiente, lo repitió en un discurso en el Palacio de los Deportes de Berlín. El 8 de noviembre, en el aniversario del *putsch* de la Cervecería de Múnich, Hitler contó a su audiencia que sabía «que esos judíos son los incendiarios del mundo». «La *intelligentsia* nacional al completo» de Rusia «fue masacrada, y lo que quedó fue una infrahumanidad estúpida, forzosamente proletarizada, y sobre ella una enorme organización dirigida por comisarios judíos, es decir,

propietarios de esclavos». Hitler insistió sobre este punto: «¡El combate, mis viejos camaradas del Partido, es ahora un combate entre ser o no ser!».[87] El giro hacia la retórica apocalíptica comenzaba a ser inconfundible a medida que Alemania alzaba el estandarte de la cruzada paneuropea contra el «judeobolchevismo». Goebbels dedicó su artículo habitual del 16 de noviembre de 1941 en el semanario *Das Reich* a explicarles a sus lectores que «Los judíos son culpables». También les recordó la «profecía» del Führer de 1939 cuando afirmó que los judíos perecerían si comenzaban otra guerra europea:

> Ahora estamos asistiendo al cumplimiento de esa profecía; el destino que está recayendo sobre los judíos es duro, pero se lo merecen más que de sobra. La piedad o el arrepentimiento están completamente de más en este caso. Al desencadenar esta guerra, el judaísmo mundial no calculó bien las fuerzas de las que podría disponer. Ahora está siendo sepultado por el mismo proceso de exterminación que ellos pretendían poner en marcha contra nosotros, y que hubieran permitido que sucediese sin ningún escrúpulo si hubiesen podido. Pero ahora soportan la destrucción según su propia ley: «¡Ojo por ojo y diente por diente!»[88]

*

Con sus hombres pobremente calzados, pobremente vestidos y pobremente alimentados, la 4.ª División Panzer aún estaba dispuesta a atacar. Tras fracasar el asalto frontal a Tula, Guderian intentó que el ímpetu se mantuviese, sobrepasando la ciudad hacia el sudeste y presionando hacia Kolomna y los alrededores al este de Moscú. El 24 de noviembre, el 2.º Ejército Panzer tomó Venev y Mijáilovka, y siguió luego hacia Kashira, una pequeña ciudad que el Ejército Rojo no podía permitirse perder porque era utilizada para el abastecimiento de Tula. El 30 de noviembre, durante un momento de pausa en el combate en las afueras de esta ciudad, Robert R. dispuso de tiempo para escribir a Maria. Dos días antes, su vehículo se había averiado y tuvo que ser empujado entre la nieve en medio de un bombardeo de la artillería. Robert describió brevemente lo que había sucedido cuando un fragmento de un proyectil golpeó a uno de sus camaradas: «El trozo alcanza a R. Anton, y su pecho se desgarra. Muere.

Antes de irnos, G. tiene que pintar rápidamente una señal para marcar la tumba. No hay corona funeraria, ni casco de acero». Los pensamientos de Robert se centraban cada vez más en la muerte. Sólo su hijo le ayudaba a mantenerse aún anclado a la esperanza de que «se nos ha prometido mucho para el futuro, y El que nos ha hecho esas promesas, no miente». Tras ayudar a quemar el pueblo de Mijáilovka, Robert cayó de nuevo presa de la nueva amargura y se sintió lleno de dudas sobre sí mismo. Dos semanas después, fue enviado de vuelta a Mtsensk para poner en marcha y organizar el servicio de guardia de un campo de prisioneros de guerra. Los prisioneros enfermos y hambrientos que se encontró allí le hicieron sentirse incapaz de comer durante la mayor parte de los tres días que duró su tarea.[89]

Robert no compartió esas experiencias con Maria, pero sí le habló de su estado mental:

> Lloro muy raras veces. No consigo llorar cuando estoy en el meollo de las cosas. Sólo cuando esté de nuevo contigo, descansando y olvidándolo todo, tendremos que llorar mucho, y eso te ayudará a entender a tu marido [...]. La «simpatía» aquí es inútil, porque impide la ayuda y la acción. Pero dentro de mí está creciendo la sensación de la miseria humana, de la culpabilidad de la humanidad, que hunde sus raíces en todos los individuos. Dentro de mí hay una profunda vergüenza. A veces siento incluso vergüenza de ser amado.[90]

Lo que más le asustaba en ese momento era su propia desintegración moral, «la decadencia interna en vez de la externa». Su único remedio seguía siendo «el amor y el secreto [de la] familia». Ésta sería su última carta. Mientras los alemanes se retiraban lentamente, Robert R. fue herido de gravedad el 4 de diciembre. Sus camaradas lo transportaron durante siete kilómetros, pero no pudieron salvarlo. Encontraron un lugar adecuado para enterrarlo cerca de la entrada de una escuela soviética. Los cuatro cuadernos de ejercicios escolares en los que Robert había escrito su diario le fueron llevados a su esposa Maria por uno de sus camaradas.[91]

Los alemanes redoblaron sus esfuerzos para tomar Tula, esta vez mediante una maniobra de envolvimiento. Pero, tal y como se lamentaba un oficial del 12.º Regimiento de Fusileros de la 4.ª División Panzer, los hombres estaban «infraalimentados, agotados, mal vestidos», y su

capacidad para el combate era «aterradoramente escasa». También Fritz Farnbacher se daba cuenta de que los camaradas de artillería de su división estaban exhaustos. Rezaban para que el Ejército Rojo estuviese más debilitado aún que ellos, una esperanza compartida por la jefatura de la división. El 2 de diciembre, el 24.º Panzer Korps consiguió al menos cortar la carretera Tula-Moscú y dañar severamente el último enlace ferroviario entre Tula y Sérpujov. A temperaturas de -32 º C, el 43.º Cuerpo del Ejército del general Gotthard Heinrici luchaba desesperadamente por abrirse camino hacia ellos desde el oeste. Pero los alemanes no lograban cubrir un espacio de nueve kilómetros necesario para completar el cerco. El 5 de diciembre, Guderian detuvo los ataques y convenció al comandante del Grupo de Ejércitos Centro, Fedor von Bock, para que le permitiese suspender la ofensiva. Luego abandonó su cuartel general en la vieja casa de Tolstói en Yásnaia Poliana, dejando a setenta alemanes enterrados en el parque, cerca de la tumba del escritor, y a cuatro rusos ahorcados en la plaza del pueblo.[92]

N1 El 30 de noviembre de 1939, la URSS invadió Finlandia. Sorprendentemente, las tropas del pequeño país resistieron a los soviéticos. El 13 de marzo de 1940, ambos países firmaron el Tratado de Moscú, que reconocía la soberanía de Finlandia, aunque ésta perdió el 33,7 % de su territorio a favor de la URSS. *(N. de la T.)*

N2 El yidis o judeoalemán hablado por las comunidades judías del centro y este de Europa, los asquenazíes, es una mezcla de hebreo y alemán con influencias de las lenguas eslavas. *(N. de la T.)*

N3 La Operación Barbarroja fue el nombre en clave de la invasión alemana de la Unión Soviética. *(N. de la T.)*

N4 El ancho de vía en la Unión Soviética era de 1.524 mm, mientras que el de Alemania y la mayor parte de los países cercanos, salvo algunas zonas de Polonia, era el llamado estándard, de 1.435 mm. *(N. de la T.)*

7

La primera derrota

A las dos de la mañana del 6 de diciembre de 1941, la artillería y los morteros soviéticos comenzaron a disparar contra las líneas del 12.º Regimiento de Fusileros de la 4.ª División Panzer. Era la noche de San Nicolás, cuando los padres dejan regalos en los zapatos de sus hijos en Alemania. En el frente ruso, la temperatura había caído a -40 ºC. Cuando las armas al fin callaron, Smilo Freiherr von Lüttwitz cayó en el sueño propio de un comandante de regimiento exhausto. A las 3.30, le despertó de nuevo el sonido de las armas pesadas que había a su lado. Envió a un ayudante para averiguar qué estaba pasando: dos batallones del Ejército Rojo se habían infiltrado silenciosamente a través de una zanja hasta el centro del pueblo. El silencio era involuntario: hacía tanto frío, que ni sus fusiles ni sus ametralladoras funcionaban. Los hombres de Lüttwitz tan sólo se salvaron gracias a que habían colocado una de sus ametralladoras bajo el saliente de un tejado, manteniéndola lo suficientemente protegida como para que funcionase. Así consiguieron hacer retroceder a los atacantes.[1]

Las jefaturas de la vanguardia alemana comprendieron pronto que la suerte había cambiado. Varados en la nieve en el mismo lugar en el que había quedado detenido su ataque a la carretera de Tula a Moscú, las acosadas Divisiones Panzer y el 43.º Cuerpo de Ejército eran los más expuestos a los contraataques soviéticos que habían comenzado aquella noche. La propagación al resto de la vanguardia alemana fue más lenta. El 6 de diciembre, la principal preocupación del teniente Hans Reinert era mantenerse despierto en medio del sofocante calor del refugio de la plana mayor, mientras se ocupaba de los planes de operaciones de la

296.ª División de Infantería. No se dio cuenta de que las cosas habían cambiado hasta la noche siguiente, cuando una y otra vez le despertaron las llamadas telefónicas urgentes. Boquiabierto ante las sucesivas oleadas de soldados de infantería que no cesaban de atacar, a Reinert le resultaba difícil entender cómo los comandantes soviéticos podían derrochar de aquella manera las vidas de sus hombres. Tampoco lograba comprender de dónde habían salido estas nuevas multitudes de tropas: «Es como un río. Puedes desviarlo, y entonces el agua fluye aún con más fuerza». También le parecía desconcertante el propósito del ataque:

> No es una batalla contra todo el frente. Es una batalla por ciertos puestos. ¡Y entre ellos no hay nada! [...] No hacemos más que preguntarnos por qué los rusos llevan a cabo estos ataques sin sentido, repetidamente contra las mismas posiciones. ¿Qué es lo que quieren conseguir? Sí, tal vez algunas posiciones, pero ¿y después?

La plana mayor del destacamento calculó que tan sólo este ataque le costó al Ejército Rojo al menos 2.000 hombres.[2]

No eran únicamente Hans Reinert y Smilo von Lüttwitz los que habían sido tomados por sorpresa por la enorme contraofensiva del Ejército Rojo. Todavía el 4 de diciembre, la plana mayor del Grupo de Ejércitos Centro en su conjunto se había mostrado segura de que, ahora que su ofensiva se iba quedando paralizada, estaban a punto de vivir un largo respiro invernal. Según sus servicios de inteligencia, el Ejército Rojo no era capaz de «lanzar una contraofensiva con las fuerzas de las que disponen en este momento». No podían estar más equivocados. A mediados de octubre, tan sólo 90.000 hombres habían defendido Moscú. Seis semanas después, los soviéticos habían levantado nuevos ejércitos desde la nada, desplazando tropas experimentadas desde el distrito del Lejano Oriente, de manera que la capital estaba ahora defendida por más de un millón de hombres, equipados con 8.000 armas de fuego y morteros, 720 tanques y 1.370 aviones. Alentados por sus éxitos –y aún más por la magnitud bíblica de las pérdidas soviéticas en las batallas del otoño–, los alemanes seguían subestimando la fuerza y el poder de combate de su enemigo. Desde el Jefe del Estado Mayor del Alto Mando del Ejército, Franz Halder, y el comandante del

Grupo de Ejércitos Centro, Fedor von Bock, hasta los comandantes de brigadas y regimientos como Eberbach y Lüttwitz, y suboficiales como Fritz Farnbacher y Hans Reinert, la entera cadena de mando alemana seguía estando convencida de su superioridad. Se mantenían fijos en la creencia de que el Ejército Rojo estaba al borde del colapso, a pesar de las crecientes evidencias en sentido contrario. Era un delirio que nacía de su costumbre de resultar vencedores, y que confería una extraordinaria unidad de perspectiva a los soldados alemanes del frente oriental. Los acontecimientos de los meses siguientes harían añicos la confianza suprema con que habían puesto en marcha la conquista de Moscú, pero las ilusiones que se hacían sobre su propia capacidad para seguir batallando y venciendo al enemigo permanecerían contra todo pronóstico.[3]

El embolsamiento de Moscú había quedado a medias, y ahora las líneas del frente formaban una gran medialuna asimétrica de seiscientos kilómetros de un extremo al otro. Los extremos del asalto, encabezado por las divisiones de blindados, fueron los primeros objetivos del ataque, y, al retroceder, dejaron expuesto el cuerpo principal de los 4.º y 9.º Ejércitos alemanes, que estaba situado en la parte media del frente, a ambos lados de la carretera a Moscú. Durante la mayor parte de diciembre, enero y febrero, la totalidad del Grupo de Ejércitos Centro estuvo amenazada de destrucción. El extremo norte del ataque alemán había avanzado hasta llegar a treinta kilómetros del Kremlin, y las tropas del 3.º Grupo Panzer de Georg-Hans Reinhardt habían ganado brevemente el puente crucial sobre el canal Moscova-Volga, la última barrera física antes de alcanzar los suburbios del norte de la ciudad. Fue aquí donde las tropas de élite del Ejército Rojo, seleccionadas de entre las divisiones estacionadas en Siberia, Lejano Oriente y Asia Central, lanzaron su contraataque el 6 de diciembre. Un día después, Reinhardt informaba de que sus mejores tropas «ya no están [...] operativas» y de que era «imposible acordonar las penetraciones enemigas o incluso iniciar ningún contragolpe». Cuando los tanques soviéticos aparecieron inesperadamente por la retaguardia, los alemanes sucumbieron a su propio *Panzer-Schreck* (miedo a los Panzer). El diario oficial del Grupo Panzer, que dos semanas antes parecía preparado para

tomar Moscú, dejaba entrever los apuros que estaban atravesando: «Se pueden ver aquí y allí a muchos soldados aislados con un trineo tirado por caballos o llevando una vaca [...] Los hombres parecen indiferentes [...] No se ve a casi nadie rechazando los numerosos ataques aéreos enemigos. Los soldados muertos por las bombas simplemente se dejan allí».[4]

Aún era peor alrededor de Tula y Kashira, en el sur. Para la experta 5.ª Brigada Panzer de la 4.ª División Panzer comandada por Eberbach, la situación se volvió rápidamente «crítica», viéndose forzados a retirarse ante el contraataque soviético. Los vehículos no arrancaban y fueron abandonados, junto con buena parte del equipamiento que transportaban. Frente a los cuarenta o cincuenta kilómetros al día que habían cubierto durante el avance, ahora se veían reducidos a 6,5 kilómetros. La terrible lentitud de los movimientos acrecentaba la sensación de terror y derrotismo de los alemanes en retirada. La carretera de Tula a Oriol se había convertido en una pista de hielo, cubierta a tramos por nieve espesa. Quemando cada vez en mayores cantidades la escasa gasolina de la que disponían para poder avanzar, constantemente había que espalar la nieve alrededor de los tanques. Con una devastada ironía y, al mismo tiempo, una sentida preocupación, Fritz Farnbacher describía a su comando:

> No te das cuenta de lo emocionante que es todo hasta que el cortejo funerario se pone en marcha [...] Éste es hoy el aspecto de mi orgullosa «familia»: al frente, el coche del jefe con su tracción delantera; el diferencial de la tracción trasera se rompió ayer; me temo que no podamos subir las cuestas; no para de chisporrotear, pero va.

Y así avanzaron, cada valioso vehículo parcheado de una manera diferente, con los resortes deformados por la carga, perdiendo aceite, el camión de primeras ayudas médicas enganchado al furgón de la cocina de campaña. «Ésta es mi orgullosa banda», concluía Farnbacher.[5]

Las cosas no iban mejor para la 296.ª División de Infantería, obligada a ceder el paso ante los ataques del Ejército Rojo. Mientras el diario de la división señalaba lacónicamente: «Pasaje difícil [...] de las zanjas al este de Odoev», el teniente Reinert dejaba una descripción más vívida: «Viento helado del norte. Esperando en la oscuridad de la noche hasta que pueden

arrancar. Los vehículos se siguen los unos a los otros a intervalos de doscientos metros, con los hombres sujetándolos por detrás con cuerdas para evitar que resbalen por la pista helada y caigan en las zanjas». Los caballos que tiraban de las carretas resbalaban sobre sus patas traseras y caían en los hoyos profundos. Los hombres tenían que trepar y arrastrarse una y otra vez. Lo peor eran las armas, demasiado pesadas. Los que caían sin fuerzas tenían que ser arrastrados fuera del camino. A aquellos hombres mal alimentados, vestidos inadecuadamente y aterrados les llevó toda la noche limpiar el paso, y la penosa lentitud de los movimientos no hizo más que empeorar el frío y el miedo. El 22 de diciembre, escribió Reinert, «Y ahora, nueva orden: ¡Vuelta atrás! Estamos anímicamente deshechos. No puedo describir lo que sentimos en este momento. Es demasiado descomunal. Podríamos ponernos a gritar...». El día de Año Nuevo informaba de que «Los hombres ya no pueden caminar, se caen y mueren en el mismo sitio, o se quedan congelados hasta que mueren en el transporte que los lleva al siguiente refugio. Es un momento muy cruel». De las mil bajas sufridas por la 296.ª División de Infantería en diciembre, 351 murieron congelados.[6]

Tras un sombrío sondeo sobre el estado de ánimo entre sus tropas, el Grupo de Ejércitos Centro concluyó el 19 de diciembre que estaban en crisis total:

> Los contratiempos pueden achacarse al estado físico y mental de nuestras tropas, que ha caído muy por debajo de los límites de la eficiencia, por el miedo a ser hechos prisioneros por los rusos, por la energía para el combate diezmada, la escasez de combustible, la mala situación del abastecimiento, y el mal estado de los animales. Y, por encima de todo, existe un sentimiento de indefensión frente a los tanques rusos. [...] Esto permite a los rusos, que utilizan multitudes cada vez más asombrosas de hombres a pesar de sus extraordinarias bajas tanto de muertos como de heridos, filtrarse a través de nuestras delgadas líneas como resultado de los excesivamente largos sectores que deben ocupar las divisiones del frente.

Al explicar que los avances soviéticos sobre la retaguardia alemana estaban causando el «caos», el grupo de ejércitos admitía que ya no podía conseguir que sus soldados contraatacasen. En semejantes circunstancias,

los nuevos ejércitos soviéticos, pobremente equipados y apenas entrenados, fueron capaces de obtener victorias importantes.[7]

Mientras los dos extremos blindados del Grupo de Ejércitos Norte se desmoronaban, el grueso de las fuerzas alemanas ante Moscú se enfrentaba a un ataque sostenido y casi definitivo. Desde la última semana de diciembre hasta mediados de enero, el Ejército Rojo consiguió abrir huecos en las líneas alemanas, amenazando con romper y destruir la totalidad del grupo del ejército. Una brecha en el sector sur junto al Oka dejó a las tropas que ocupaban Sukhinichi completamente rodeadas. Con la reconquista de Mosalsk, Zhizdra y Kírov, dos ejércitos soviéticos establecieron un enorme semicírculo, separando al 2.º Ejército Panzer del 4.º Ejército alemán y creando espacio para que cuatro ejércitos soviéticos avanzasen hacia Yújnov y la carretera Smolensk-Moscú, que era vital.

En el norte, las cosas iban igual de mal. El 29.º Ejército soviético consiguió abrirse camino a través del 4.º Cuerpo del Ejército en Staritsa entre el 29 y 30 de diciembre, y avanzó hacia Rzhev, cuyas colinas abrían el camino hacia la posición alemana. Tres días después, el 39.º Ejército soviético logró penetrar por el oeste de Rzhev y giró al sur hacia Sichevka. Más allá de Sichevka estaba Viazma y la carretera Smolensk-Moscú. Parecía que el contraataque soviético estaba a punto de utilizar esos huecos y llevar a cabo la misma maniobra de embolsamiento que los alemanes habían utilizado durante las batallas del verano y el otoño. El 12 de enero, el Ejército Rojo abrió un segundo gran hueco en el norte, en Volokolamsk.[8]

En el sur, las cosas iban aún peor. En lugar de apoyar el ataque a Tula, llevado a cabo con una desesperante escasez de medios, el 2.º Ejército había recibido la orden de seguir hacia el sudoeste para ocupar los accesos al Alto Don, el principal objetivo del Alto Mando después de Moscú. El contraataque soviético se encontró al 2.º Ejército varado en los terrenos yermos cerca de Efremov, completamente aislado de sus vecinos, el 2.º Ejército Panzer y el Grupo de Ejércitos del Sur. El 8 de diciembre, el Ejército Rojo abrió un agujero de treinta kilómetros en las líneas alemanas, rodeando a tres Divisiones de Infantería. El 14 de diciembre, el mariscal de campo Bock anticipaba que la 134.ª División de Infantería tal vez podría

salvarse, pero no así los restos deshechos de la 45.ª; en realidad, el comandante de la 134.ª se había suicidado de un disparo el día anterior. El diario oficial de la 45.ª División de Infantería hablaba de «fantasmagóricas marchas nocturnas»:

> A ratos, la densa tormenta de nieve helada se calmaba y volvía a haber un poco de visibilidad. Por el este se divisaban enormes incendios. Había partes de la carretera que estaban totalmente cubiertas, y sólo podíamos encontrarlas con la ayuda de las gentes del lugar. [...] Durante todo el día, la tormenta dejaba caer incesantemente la fina nieve en polvo, cubriendo los ojos y las caras, como si fuera una terrible pedrisca. [...] Para el enemigo fue fácil mover a sus tropas de asalto hasta nuestras líneas protegidas por los remolinos de nieve, de manera que sólo se las veía en el último momento.[9]

La retirada se convirtió aquí en una huida descontrolada por culpa del pánico, dejando abandonados vehículos, caballos, armas pesadas, cocinas de campaña, herramientas, sacos de harina y objetos dispersos. Para restaurar la disciplina, el comandante del 2.º Ejército, el general Rudolf Schmidt, ordenó que «para ejemplificar, todos los soldados que hagan comentarios derrotistas sean señalados y ejecutados». Entre los hombres de la 45.ª, reclutados en Linz, la camaradería nacida del miedo a ser abandonados ayudó a mantener unidas sus estrechas columnas de figuras vestidas de oscuro, moviéndose a través de las blancas ventiscas. Ignorando dónde se encontraban las líneas de los suyos, dependían de guías locales, que a menudo eran ejecutados después para que no revelasen su ruta a los perseguidores. Desprovistos de caballos y de vehículos, los alemanes se vieron obligados a transportar a sus heridos en trineos. Entre el 5 y el 17 de diciembre, sus muertos alcanzaron los 233, mientras otros 232 habían desaparecido; y transportaban además a otros 567 heridos. Al final, fueron localizados por aviones alemanes que, como en una variante de «Hansel y Gretel», les lanzaron panfletos para guiar su marcha. El 17 de diciembre, tras once días de retirada, mientras el sol invernal se ponía, la columna se encontró con un alemán, el oficial de enlace de la 56.ª División de Infantería. Tras alcanzar finalmente la seguridad de sus líneas, el mando de

la división hizo esta rápida evaluación: «Capacidad de las tropas para la batalla nula, están totalmente exhaustos».[10]

Una semana después, el 25 de diciembre, el médico de la división concluía que muchos soldados estaban sufriendo «agotamiento nervioso». Las ropas se habían empapado, las botas, que habían llevado durante meses, estaban en mal estado. Consideraba que alrededor del 70 % de los hombres habían sufrido congelaciones, el 40 % diarrea y vómitos, y todos tenían piojos. Sin embargo, a pesar de las pérdidas y de sentirse rodeados, no habían sido destruidos. Todavía esa pequeña diferencia los separaba del destino del Gran Ejército de Napoleón. Durante aquel invierno, mientras esperaban a ser reemplazados por tropas llegadas de Francia y Austria, los hombres de la 45.ª División de Infantería aún permanecieron en primera línea del frente.

La crisis despertaba en todas partes ideas de derrota. El general Gotthard Heinrici, que había dirigido el ataque de la infantería a la carretera de Tula, escribió a su familia diez días después del comienzo de la contraofensiva, prediciendo que «no lograremos recuperarnos del golpe, pues habría que hacer demasiadas cosas». Fritz Farnbacher no podía dejar de pensar en las «experiencias rusas de Napoleón». No era el único en divisar la sombra de 1812.[11]

*

En la retaguardia, una reciente crisis estaba sepultando el Dulag 203, uno de los numerosos campos de tránsito de prisioneros de guerra. A pesar de los incesantes esfuerzos de Konrad Jarausch para repartir comida tres veces al día, el 4 de enero tuvo que admitir que estaba fracasando. El número de prisioneros en su sección del campo había ascendido de nuevo hasta los 3.000 y, tras varios meses de saquear las granjas ya esquilmadas de los alrededores, las partidas que salían a requisar habían empezado a regresar con las manos vacías. Ahora, la fiebre tifoidea se extendía por el campo. El 8 de enero de 1942, se quejó a su mujer de que tenía que usar tan a menudo sus puños para mantener el orden cuando llegaba la comida, que su mano

derecha estaba tumefacta. La situación era peor que nunca. «Hay cientos de personas a nuestro alrededor en el campo muriéndose de hambre», le confesó. «Cada vez que repartimos comida es una tragedia. La ansiedad se va haciendo más intensa hasta que llegan al agotamiento total y la indiferencia.» Aunque llegasen más provisiones en los siguientes días, sería demasiado tarde. Dos días después, calculaba que unos veinte prisioneros morían diariamente. Un prisionero ruso le dijo «Hitler nos prometió pan y un buen trato y resulta que, después de habernos entregado voluntariamente, estamos muriendo todos».[12]

La tragedia que se desarrollaba en el Dulag 203 era el microcosmos de un desastre humano que en aquel momento ensombrecía incluso las matanzas de judíos por parte de los *Einsatzgruppen.* La retirada invernal exacerbó la crisis del abastecimiento a los 3,2 millones de prisioneros de guerra soviéticos, y las epidemias se extendieron por los campos. Cuando en noviembre el régimen nazi comprendió que necesitaba urgentemente utilizar a los prisioneros de guerra para suplir la escasez de mano de obra en Alemania, se dieron cuenta de que muy pocos estaban en condiciones de ser enviados al Reich. El 13 de enero, Jarausch dio las gracias a su esposa por sus cartas. «El amor que me transmiten me anima y me llena de agradecimiento», le aseguraba. «Ahora, cuídate mucho, tú y el niño.» No le contó que también él había contraído el tifus y le estaba escribiendo desde el hospital de campaña en Róslavl. Quince días después, Konrad Jarausch había muerto. En ese momento, al menos dos millones de prisioneros soviéticos habían perecido bajo custodia alemana.[13]

No era fácil revertir los principios de aniquilación sobre los que se había planeado la campaña alemana. Por el contrario, la retirada invernal había creado en todo el Ejército alemán en el este *(Ostheer)* una cultura común marcada por las matanzas en masa. En el verano, las órdenes del Alto Mando de ejecutar a los comisarios políticos y a los comunistas judíos habían sido interpretadas de maneras muy distintas, y mientras algunas divisiones eliminaban a todos sus prisioneros judíos, otras no lo hacían. En octubre, fue promulgada la orden de Reichenau para el Grupo de Ejércitos Sur. Se tardó más de un mes en que llegase a los otros dos grupos de

ejércitos, coincidiendo con los vacilantes momentos finales del avance alemán, cuando las divisiones blindadas de élite comenzaron a ejercer como policías en las poblaciones de la retaguardia. A medida que iban adoptando los mismos métodos de interrogatorio, «pacificación» y terror practicados por las divisiones de seguridad alemanas tras las líneas, entraron en una nueva fase de la guerra, en la que las decisiones sobre la vida y la muerte de los prisioneros del Ejército Rojo o de los civiles se tomaban en el mismo lugar, sin recurrir a las autoridades de mayor graduación. La retirada aceleró este proceso, transformando la idea general y la comprensión del propio frente del Este.

Enfrentados a una amenaza existencial, los alemanes en retirada intentaron ralentizar la contraofensiva soviética con todos los medios posibles. Al iniciar la retirada del área de Tula el 7 de diciembre de 1941, el 103.º Regimiento de Artillería Blindada destruyó todo lo que podría ser utilizado por el enemigo. «Anishino está ardiendo. Todas las casas son incendiadas cuando las tropas las abandonan», escribió Fritz Farnbacher. «Yo no prendí fuego a la mía, pero otros sí lo hicieron. El comandante está a favor. Hay que hacerlo para frenar un poco a los rusos. Tampoco se nos permite preocuparnos por si la población civil muere de hambre, de frío o por cualquier otra razón.» Las tropas en retirada quemaban pueblos y ciudades, hacían saltar los puentes y las líneas ferroviarias y destrozaban las plantas industriales y energéticas. Con unas temperaturas que normalmente alcanzaban los -30 y -40 ºC, los soldados perdieron sus últimos escrúpulos morales y obligaron a las poblaciones civiles a abandonar sus pueblos. Esto le permitió ganar a la Wehrmacht una pequeña ventaja sobre el Ejército Rojo que les perseguía, pero nada más. Semanas antes de que Hitler ordenara al Ejército alemán del este, el 21 de diciembre, continuar la política de «tierra quemada», ya se había convertido en una práctica común. Mientras Farnbacher trataba de hacer encajar aquellos sucesos con su conciencia de protestante, buscó consuelo en la idea de que:

> Todavía no he disparado ni un tiro, ni con cañón, pistola, escopeta o ametralladora, no he matado ni un pollo o un ganso, no he prendido fuego a ninguna casa, no he dado la orden de matar ni a

> un solo ruso, y todavía no he presenciado ni una ejecución; ¡qué raro suena, casi increíble! Pero me siento agradecido por ello. ¡Ya ha habido suficientes matanzas, incendios y destrucción en la más maldita de todas las guerras!

Pero seguía sin cuestionar la lógica militar de las órdenes, dadas «sólo para ralentizar un poco a los rusos». El 17 de diciembre, se preguntaba al escribir su diario por la noche, mientras observaba a sus anfitriones en la choza en la que estaba, «si también su tejado va a arder enseguida».[14]

Los alemanes trataron de dominar su crisis existencial perpetrando una violencia extrema. No importaba en qué lugar del Reich habían sido reclutadas las unidades o si su entorno social había sido hostil o cercano al nacionalsocialismo. Formada por hombres de las clases trabajadoras del Ruhr y con una mezcla de protestantes y católicos por igual, la 253.ª División de Infantería sufrió la misma transformación que las divisiones más nazificadas, procedentes del campo. La retirada fomentó una poderosa mezcla de rabia y miedo: rabia por tener que destruir sus propios vehículos, armas y equipamiento pesado y abandonar el territorio por el que habían luchado duramente; asombro por la habilidad de los soviéticos para manejar las condiciones invernales mejor que ellos; terror por la carencia de líneas seguras a las que poder retirarse. Ningún bando hacía ya prisioneros. Farnbacher consideraba que, cuando los soviéticos viesen «los pueblos quemados y los soldados muertos a tiros en las cunetas», no dejarían vivo a ningún alemán. El 30 de diciembre, se encontró con unas carcajadas «casi bestiales» como respuesta cuando preguntó a un grupo de ingenieros alemanes qué información habían obtenido de los treinta prisioneros rusos que, supuestamente, tenían que llevar al punto de recogida. Le sorprendió la manera como reconocieron que, «por supuesto», los habían ejecutado. Mientras una parte de él se sentía indignada, comprendiendo cuánto habían cambiado los hombres desde hacía cinco meses, otra parte se sentía obligada a encontrar una justificación: «¡No hay misericordia para estos buitres, estas bestias!».[15]

Farnbacher se daba cuenta de que él mismo se había vuelto «duro y despiadado». Con su doble connotación de «dureza» y «resistencia», *Härte*

había sido siempre en Alemania una virtud militar y masculina. A los muchachos de las Juventudes Hitlerianas se les enseñaba a esforzarse en aprenderla, y los soldados luchaban por poseerla durante sus meses de entrenamiento básico y los primeros «bautismos» de fuego. Durante las últimas y difíciles semanas de la retirada de Moscú, el médico en jefe de la 4.ª División Panzer escribió con aprobación cómo los hombres habían aprendido a ser «duros de manera natural». La palabra estaba adquiriendo algo del sentido que Hitler le daba en sus reuniones privadas, cuando usaba *«Härte»* como una metáfora de las medidas genocidas. Al expresar el proceso de autobrutalización, «duro» y «despiadado» iban sumándose cada vez con mayor intensidad al lenguaje sacralizado sobre el sacrificio heroico usado tanto en los informes oficiales como en los privados.[16]

Cerca de la costa del golfo de Finlandia, Albert Joos informaba sobre el mismo proceso de «endurecimiento» a medida que él y sus camaradas iban aprendiendo a soportar la guerra de posiciones invernal. Disponiendo de escasos refugios para aquella temperatura, que en la segunda mitad de diciembre había caído a -30 ºC, Joos comenzó a sufrir terribles dolores de cabeza. Durante todo el mes, siguieron construyendo sus posiciones por la noche y soportando ataques de ametralladoras y morteros durante el día. Como era su costumbre, Albert Joos pasó el día de Año Nuevo revisando no sólo el último año, sino su «vida pasada al completo» para poder comprender «el ilimitado poder del Señor y su providencia [...] en medio de esta confusión». Afirmaba su «firme fe en el Señor y su confianza en que también este año Él hará lo mejor para mí. Con esa confianza, también este año seré honesto y conduciré mi vida con el sentimiento del deber». Su fervor patriótico era más católico que nacionalsocialista, pero su sentido del deber personal era igual de fanático.[17]

En enero, las cosas empeoraron. La artillería soviética comenzó a disparar metralla contra las trincheras alemanas y, con unas temperaturas de -40 ºC, los artilleros apuntaron contra las cocinas de campaña alemanas, dejando a los soldados sin comida caliente. Los centinelas tenían que ser relevados cada hora a causa del frío extremo y cuando Joos, que ahora actuaba como sargento, hacía la ronda, se le congelaban las orejeras,

pegándosele a la piel. Tenían que usar granadas de mano para abrir el suelo helado. Tras cada ventisca, mientras la nieve se amontonaba en las trincheras, los hombres del Ejército Rojo atacaban en oleadas masivas, siendo acribillados por las ametralladoras alemanas. Sin acceso a un sacerdote o a los servicios religiosos, el hijo del granjero tenía que confesarse con su diario, para poder «mantener el equilibrio en mi vida, considerar lo que está bien y mal y mantener la perspectiva». Escribiendo con torpeza a causa del frío, Albert Joos concluía: «Las gentes muy raramente se ven sometidas en sus vidas a una brutalización *[Verrohung]* como ésta y obligadas a vivir en condiciones tan primitivas como en las trincheras». No se excluía a sí mismo del proceso. La guerra de trincheras también le había enseñado a centrarse estrictamente en la supervivencia y en matar: «permanecer continuamente a la espera del enemigo, para cargártelo a la menor oportunidad, eso le vuelve a uno muy duro *[harsh]*». El miedo existencial hacía que la propaganda nazi sobre el judeobolchevismo, los civiles traicioneros y los peligrosos partisanos se convirtieran en cuestiones de sentido común. Por muy perturbadores que fuesen los persistentes escrúpulos de algunos individuos –aquellos que reconocían con desagrado lo «duros», «crueles», «brutales» o «toscos» que se habían vuelto–, la transformación colectiva del frente del Este se había completado.[18]

Hans Albring sobrevivió a los meses de invierno en el pueblecito de Velizh, en la retaguardia del Grupo de Ejércitos Centro. Atacados a finales de enero de 1942, aquí los alemanes aguantaron durante ocho semanas en condiciones terribles. Sin poder lavarse, lleno de piojos y hambriento, Hans emergió de aquella dura experiencia convencido de que «la comparación con el Apocalipsis no está desencaminada». Aun así, el 21 de marzo fue capaz de contarle a su amigo Eugen Altrogge que «es más lo que he ganado de experiencia que lo que he perdido». A mediados de abril, dos semanas después de que el Ejército Rojo hubiera detenido sus ataques, Hans le citó con entusiasmo a Eugen lo que le había escrito uno de sus mentores católicos de Münster, como respaldo a sus ideas: «Y, quién sabe, quizá el sentido metafísico de la guerra sea que en nosotros está naciendo una nueva

imagen de la humanidad, la verdadera, después de haber perseguido durante centenares de años otra que era falsa, y cada vez más distorsionada».[19]

*

El 17 de febrero de 1942, el cabo Anton Brandhuber consiguió escabullirse de su batallón en Alexándrovka, mientras se dirigían hacia la primera línea del frente alemán. Veterano de las campañas de 1939 y 1940, Brandhuber formaba parte de los reemplazos enviados a toda prisa desde la Baja Austria, en los que nuevos reclutas se codeaban con soldados experimentados como él. El tren los llevó hasta Oriol. Desde allí, caminaron durante tres días en medio de las ventiscas, a -40 ºC. Bombardeados regularmente por la Fuerza Aérea Roja, los hombres se habían mantenido en movimiento obligados por los oficiales, que no dudaban en amenazarlos con sus armas. Iban a reforzar las menguadas líneas de la 45.ª División de Infantería, la división procedente de Linz que había escapado por poco al embolsamiento del 2.º Ejército en diciembre. Mientras miraba atentamente las caras de los soldados ya de vuelta del frente para tratar de adivinar lo que le esperaba, Brandhuber sólo vio hombres «consumidos, exhaustos y recelosos y destrozados». En los descansos, hablaban de la retirada invernal y de las enormes cantidades de equipamiento que habían tenido que abandonar.[20]

Quizá su experiencia en las campañas de Polonia y Francia le hubiese servido a Anton Brandhuber para calibrar en su justa medida el peligro de la situación. El caso fue que se alejó de Alexándrovka solo, y cuando ya había hecho unos quince kilómetros de regreso por el mismo camino, enterró bajo la nieve su fusil junto con su máscara antigás y su caja de cartuchos y se comió un trozo de pan. Todavía con el uniforme, pero aligerado de la mayor parte de su equipo, Brandhuber consiguió subirse a un vehículo que lo llevó hasta el siguiente nudo ferroviario, donde se escondió en un convoy en vía muerta. Luego, mezclándose con los heridos leves, subió a un tren que lo llevó a Gomel vía Oriol, y luego hasta Minsk por Briansk. En Oriol, una mujer rusa lo llevó a su casa, pero durante la mayor parte del tiempo,

Brandhuber durmió en los vestíbulos de las estaciones, robando pan de las panaderías del ejército.

La policía militar alemana patrullaba regularmente las estaciones de tren buscando desertores, y el cabo Brandhuber fue parado por dos patrullas diferentes mientras intentaba viajar hacia el oeste, una vez en Brest-Litovsk y otra en Varsovia. Las dos veces logró convencer a los oficiales de que aquel suboficial endurecido por las campañas y con aspecto de hombre fiable simplemente se había perdido de su unidad, a pesar de su notable carencia de equipamiento. En vez de arrestarlo, le gritaron que se dirigiese a Oriol y se reuniese con la 45.ª División de Infantería lo antes posible. Una vez que los perdió de vista, Brandhuber siguió su camino hacia el oeste. En Brest-Litovsk, le pagó a un maquinista con dos paquetes de tabaco para que lo llevase en la cabina hasta Varsovia. Allí, tras evitar una vez más por los pelos ser detenido por una patrulla, se subió en una vía muerta a un tren de pasajeros con destino a Viena, que lo llevó hasta Bludenz y Buchs. Cruzó la frontera suiza el 27 de febrero, exactamente diez días, 3.000 kilómetros y tres kilos de pan después de haberse fugado de Alexándrovka.

Anton Brandhuber era al mismo tiempo un soldado experimentado y el menos militar de los hombres. Les explicó sus motivos a los oficiales suizos que le interrogaron con una lacónica brevedad digna del buen soldado Svejk:[N1] «Me parecía demasiado estúpido». No quería hacer una carrera en la Wehrmacht; y, a principios de 1942, estaba preocupado sobre el precio que debía pagar por la victoria de Alemania. No le interesaba llegar a ser el administrador de una gran granja colectiva en Rusia, y no quería servir en un ejército de ocupación. Tampoco había desarrollado ningún lazo profundo con sus camaradas. Tan sólo quería regresar a su antigua vida, a la granja familiar en Laa an der Thaya en la Baja Austria, con sus tres caballos, sus siete vacas, la docena de cerdos y ocho hectáreas de tierra. Allí era donde había crecido y donde un joven historiador alemán volvería a encontrarlo a los ochenta y siete años, en el verano de 2001, tan autosuficiente y tan poco comunicativo como siempre. No tenía nada que añadir a la explicación que les había dado a los militares suizos sobre su deserción 59 años antes, y le

hizo saber a su entrevistador, casi en términos idénticos que, «aquello ya no le gustaba».[21]

Los pronunciamientos militares y la propaganda nazi enfatizaban una y otra vez que los desertores eran traidores y cobardes, hombres que abandonaban y ponían en peligro a sus camaradas y que socavaban egoísta y astutamente los esfuerzos de los demás para mantener el frente. Lo más notable respecto a Anton Brandhuber es que no intentó repudiar esas acusaciones. Por el contrario, reconoció que había huido precisamente porque no quería ser un soldado y porque no le gustaba lo que había visto en el frente del Este en febrero de 1942. Igual que otros muchos, estaba consternado por la brutalidad de la guerra alemana, por la devastación de las ciudades y el campo de Bielorrusia y Rusia y por las matanzas de judíos, que había visto de primera mano durante su viaje a Oriol. Otros desertores alemanes contaban a sus interrogadores suizos historias que justificaban sus fugas como una respuesta a sus desacuerdos con la autoridad militar o por haber sido erróneamente enviados a los tribunales militares por cosas que no habían hecho, y todos ellos trataban de evitar la sospecha de ser unos egoístas cobardes, insistiendo en su heroica devoción a los camaradas. Brandhuber destaca porque no se comportó de esa manera, sino que contó una historia que no tenía ninguna traza de lenguaje nazi o de espíritu militar germánico. Mientras que Albert Joos, que era igualmente hijo de un granjero, llenaba las páginas de su diario hablando de su deber patriótico, de camaradería y sacrificio, esos recursos, poderosamente emocionales, no ejercían ningún atractivo sobre Anton Brandhuber. Incluso entre los idiosincráticos desertores alemanes, sigue destacando por sentirse tan poco afectado por los valores de su tiempo.

Era extremadamente difícil que los soldados pudiesen escapar del frente. La proximidad de las líneas alemanas y soviéticas facilitaba que cada uno de los bandos utilizase megáfonos para animar a la deserción. Con toda clase de razones, desde las idealistas llamadas a la solidaridad de la clase obrera internacional hasta promesas de comida decente, se exhortaba a los alemanes a cruzar las líneas. Era peligroso, pero no imposible: puesto que había pequeños grupos de exploración durante las patrullas nocturnas,

los hombres podían escurrirse e intentar ser encontrados por una partida de exploración del bando contrario. Pero en las unidades alemanas se contaban una y otra vez testimonios de hombres que habían visto cadáveres mutilados de soldados alemanes que habían intentado rendirse, y eso disuadía a muchos y, a la vez, legitimaba nuevas ejecuciones de prisioneros soviéticos. La única posibilidad real de que una fuga saliese bien se daba en la retaguardia, pero era extremadamente difícil viajar a través de las carreteras y las líneas ferroviarias hacia el oeste, buscando protección y comida, sin ser detectados. Tal vez la razón por la que las patrullas policiales que pararon a Brandhuber en Brest y Varsovia se sentían predispuestas a creer que se había perdido accidentalmente de su unidad, fuera que muy pocos hombres se atrevían realmente a intentarlo.[22]

Durante la guerra, varios cientos de desertores alemanes lograron cruzar la frontera suiza donde, como Brandhuber, fueron interrogados e internados por el ejército suizo. Comparado con el alto riesgo de comparecer ante la corte militar alemana, testificar en Suiza les permitía a aquellos hombres construir el tipo de informe heroico sobre sí mismos que Brandhuber había rehuido. Uno de ellos fue Gerhard Schulz, que abandonó su unidad en Le Creusot y cruzó la frontera suiza el 15 de marzo de 1942 en Saint Gingolph, junto al lago Ginebra. Dejó a los oficiales suizos fascinados con un gráfico relato de su huida, su heroísmo militar en el frente oriental y su decepción con el nazismo. Describió cómo los SS asesinaban a los prisioneros, y cómo manipulaban su combate contra los partisanos para proporcionar material a los equipos de rodaje de las instituciones de la propaganda. Pero su ira más profunda iba dirigida a sus propios oficiales. En lugar de comer la misma comida que sus hombres, «siempre cogían los mejores trozos». Como suboficial responsable de suministros, Schulz había hecho todo lo posible para conseguir alimentos para su unidad, establecida en primera línea de combate. Contó una buena historia, y su relato sobre cómo habían conseguido asaltar búnkeres de hormigón impresionó tanto a sus interrogadores, que lo distribuyeron entre los instructores del ejército suizo.[23]

Era toda una invención. A sus diecinueve años, Schulz ni era suboficial ni había estado en el frente del Este durante el invierno. En realidad, había sido enviado al oeste para recuperarse de una infección intestinal a finales de agosto de 1941, y había sido la perspectiva de tener que regresar al frente oriental lo que le había llevado a desertar. Sin embargo, Gerhard Schulz impresionó tanto a los oficiales suizos, que decidieron prepararlo para que ejerciese de agente. Lo equiparon con una nueva identidad alemana y un uniforme de la Wehrmacht y lo enviaron a Alemania en la primavera de 1942, con instrucciones para reunir información sobre las defensas antiaéreas alemanas en la frontera. Pero Schulz hizo algo aún más sorprendente: desertó por segunda vez, volviendo al Ejército alemán.

Al actuar de aquella manera inusual, tanto Anton Brandhuber como Gerhard Schulz se sintieron influidos por sus propias familias. En cuanto Schulz volvió a cruzar la frontera, destruyó su propia tapadera como agente yendo a su casa y visitando a sus padres y su prometida en Friburgo. Entrevistado en 2002, a los ochenta y un años, Schulz afirmó que su reaparición hizo que su madre se convirtiera al catolicismo. Pero, fuesen cuales fuesen sus miedos, tanto su madre como su prometida se unieron para convencerle de que volviera al Ejército alemán.

La falta de apoyo familiar a la deserción tal vez explique por qué en Alemania, durante la Segunda Guerra Mundial, el abandono del ejército nunca llegó a ser algo habitual. En los lugares donde se produjeron deserciones masivas –por ejemplo, en Italia en 1943, o entre los reclutas de la Wehrmacht de las regiones anexionadas de Polonia, Luxemburgo y Alsacia y entre los miembros de la División SS bosnia en 1943-1944–, fue la tendencia de la sociedad civil a absorber y esconder a aquellos hombres la que hizo que las autoridades se sintieran relativamente impotentes antes el fenómeno. En cambio, en Alemania y Austria, no hubo casos de deserciones masivas hasta las semanas finales de la guerra. Hasta que se convirtió en un fenómeno masivo, el aparato del terror siguió siendo efectivo precisamente porque sólo tenía que dirigirse contra individuos más o menos aislados. Las exhortaciones a la lealtad y el patriotismo no eran sino demandas externas impuestas por el régimen; eran máximas repetidas en la sociedad civil a

todos los niveles, y que se sobreponían a los más poderosos y primarios sentimientos de madres, padres, esposas y enamoradas.[24]

*

El Grupo de Ejércitos Centro, al que había sido enviado Anton Brandhuber, había perdido 229.000 hombres en el ataque a Moscú, de los cuales sólo fueron reemplazados 150.000. A principios de febrero de 1942, había perdido otros 378.000 más y recibido únicamente 60.000 reemplazos. La moral había caído en picado: un médico del 2.º Ejército Panzer alertaba a principios de febrero de 1942 de que «la confianza hasta ahora ilimitada de las tropas en los jefes» se había desplomado, y que su «fortaleza espiritual para resistir» se estaba quebrando. Ese mismo mes, el Alto Mando encargó un informe especial sobre la moral del 4.º Ejército. Su conclusión fue realmente perturbadora: «Los hombres [están] totalmente apáticos, y son incapaces de transportar o hacer el mantenimiento de las armas; los restos de las compañías están dispersos a lo largo y ancho de muchos kilómetros; vagabundean en parejas, usando sus fusiles para apoyarse, con los pies envueltos en trapos. Cuando se les dirigía la palabra, o no oían o comenzaban a llorar». En marzo, el Alto Mando del Ejército admitió que 104 de sus 162 divisiones del frente oriental apenas eran capaces de defenderse; y tan sólo ocho divisiones estaban preparadas para llevar a cabo operaciones de ataque. La moral estaba desastrosamente baja, y la propaganda optimista agravaba aún más la situación. El 27 de diciembre, la unidad de artillería de Fritz Farnbacher conectó su aparato de radio, «pero enseguida te sientes incapaz de oír lo que cuentan; ¡menudas sandeces!». Como el informe especial del Alto Mando había observado, entre los altos oficiales, desde los comandantes de las divisiones hasta el rango más elevado, el estado de ánimo era «de una unánime e intensa amargura», y el «tono general de todas las críticas es: “La catástrofe de este invierno hubiera podido evitarse si nos hubiesen escuchado. Avisamos de una manera muy clara. Nadie nos escucha, y tampoco leen nuestros informes ni se los toman en serio. Nadie quiere saber la verdad”». Los mandos

deseaban, en concreto, recuperar el poder para tomar decisiones en el campo de batalla, y no tener que seguir negociando durante semanas con el Alto Mando:

> Sabemos cómo defendernos, pero nuestras manos están atadas. No podemos actuar por iniciativa propia. La orden de resistir a cualquier precio, dada solemnemente a las tropas y anulada horas más tarde bajo la presión de las circunstancias, sólo significó que, en lugar de habernos retirado de una manera ordenada, estemos siendo empujados por el enemigo. Esto está provocando pérdidas de hombres y equipamiento muy duras e irremplazables.[25]

A pesar de todo, lo más extraordinario de la crisis de aquel invierno fue lo que *no* llegó a pasar. Aquellos hombres vestidos de manera poco adecuada, congelados y desmoralizados, lograron mantener las líneas de combate. La moral podía haber tocado fondo, pero muy pocos hombres siguieron el ejemplo de Anton Brandhuber. El estado de ánimo se expresaba y se disipaba más bien en riñas y conflictos por cosas nimias, mal humor y violencia. Helmut Paulus estaba irritado con su nuevo oficial, recién llegado del cuerpo del Estado Mayor del regimiento, «donde, definitivamente, nunca tuvo que sentarse en una trinchera». Les obligaba a hacer inspecciones y simulacros sin sentido mientras estaban descansando de la primera línea de combate a finales de octubre de 1941. Le echó la bronca a Helmut por llevar un uniforme gastado, mientras que el sargento mayor –otro «héroe de la retaguardia»–, le hacía enfadar llamándole, después de cuatro meses de servicio ininterrumpido en el frente, «niño de mamá». Incluso la concesión de la Cruz de Hierro de 2.ª clase quedó empañada por el hecho de que el maestro de armas, que «nunca estuvo en un ataque, situándose siempre detrás con la cocina de campo», fue condecorado al mismo tiempo. En su regimiento de artillería, Fritz Farnbacher sentía a menudo que era el clásico suboficial del Estado Mayor no deseado, atrapado, como «una criada para todo», entre sus hombres y las exigencias de sus superiores. También le corroía la idea de que algunos hombres bajo su mando ya habían sido condecorados con la Cruz de Hierro de 1.ª clase mientras que él aún llevaba tan sólo la medalla de 2.ª clase.[26]

El padre de Helmut Paulus, un veterano de la Primera Guerra Mundial, corrió a añadir el nombre de Helmut a la lista de los condecorados con la Cruz de Hierro de 2.ª clase que era publicada por el periódico local. Consciente del estatus social al que su hijo debía aspirar, Paulus padre siempre instaba a Helmut a que se ofreciese voluntario para el entrenamiento de los oficiales. Hasta su madre intervino en ese asunto. Como padre de un soldado de infantería, el doctor Paulus lamentaba el trato preferente que se daba a las otras armas. Sus cartas narran cómo veía que los hijos de otras personas, que servían en la Luftwaffe y la artillería, eran cubiertos de permisos y condecoraciones, y cómo se les daba tiempo para llevar a cabo aprendizajes especiales o estudiar química –el área de estudios de Helmut–, mientras su hijo lo pasaba mal con la infantería en las trincheras. Finalmente, Helmut se sintió obligado a responder a los ruegos de sus padres expresando su rechazo a tomar el camino que su servicio en el frente y su educación le podían abrir: «Por encima de todo, no tengo ningún deseo de ser militar», escribió; estaba seguro de que «en tiempos de paz, no sería en absoluto un buen soldado». No tenía ninguna ambición de ascender, prefiriendo el igualitarismo de las trincheras, donde podía seguir siendo «poco marcial y demostrar mi deseo pequeñoburgués de que me dejen en paz». Pero, proseguía, la «única excepción a todo esto es cuando estoy en medio de la batalla; ahí no quiero a nadie lanzándome improperios».[27]

El orden jerárquico podía ser el mismo de la Primera Guerra Mundial, pero el espíritu populista en vigor hacía que el ejército fuera diferente de aquel en el que Ernst Arnold Paulus había luchado. Helmut se había convertido en lo que los soldados llamaban cariñosamente un *Frontschwein* (un cerdo del frente), y se enorgullecía de ser un *Landser* (recluta) endurecido por la batalla. Por muchos problemas que tuviese con sus superiores, el cabo Paulus todavía era capaz de escribir que «Mis camaradas, junto a los que he vivido tanto, vuelven a hacerme feliz».[28] En marzo de 1942 –cuando la moral de las tropas alemanas en el frente del Este estaba en su momento más bajo–, envió con orgullo un largo poema sobre la captura de Dniepropetrovsk escrito por uno de sus camaradas:

La ciudad sobre el Dniéper

Allí, donde hace pocos días
se alzaba orgullosa la ciudad sobre el Dniéper,
yace, pues debía caer,
toda cenizas y polvo.
Sólo hay ya ardientes edificios
y ruinas humeantes.
[...]
Si caen los camaradas,
nosotros tomamos su lugar.
La horda enemiga caerá,
seremos vencedores.[29]

El optimismo de los soldados alemanes había alcanzado su cumbre en octubre de 1941, animado por la perspectiva de una rápida victoria. En noviembre, mientras el avance se iba ralentizando, pocas cartas de las enviadas a Alemania expresaban ya esa confianza. A medida que la perspectiva de un pronto final de la guerra se desvanecía, los soldados todavía necesitaban creer que la duración sería soportable, normalmente de no más de un año. En lugar de una inminente captura de Moscú, el sueño de obtener un permiso adquiría ahora una nueva intensidad. Durante noviembre y comienzos de diciembre, el Alto Mando seguía estando tan convencido de la victoria que comenzó a enviar algunas divisiones del frente oriental al oeste para «refrescarlas», viéndose obligado a reenviarlas a toda velocidad para hacer frente a la contraofensiva soviética. Como resultado, tanto los ejércitos como el frente interno se vieron inundados de rumores sobre permisos y reemplazos. Erna Paulus llegó a estar tan convencida de que Helmut regresaría inesperadamente con un permiso y que no podría entrar en casa en plena noche, que dejó una llave para él fuera de la ventana del baño en la planta baja. Helmut era más pesimista: les explicó a sus padres que, siendo soltero, tendría que esperar mucho tiempo hasta que le tocase el turno. Les confirmó que «las conversaciones siempre giran sobre comida, correo y permisos» y que, en ausencia de permiso, tendrían que conformarse con las cartas.[30]

La crisis de provisiones en el frente oriental afectó también al correo militar. Los paquetes, que eran gratis para el frente, estaban limitados al principio a dos kilos y más tarde a un kilo. A finales de octubre, Erna Paulus le envió a su hijo tres paquetes en un día, conteniendo un jersey grueso, ropa interior de invierno y manzanas. A medida que el correo se iba volviendo errático, comenzó a anotar los paquetes que le enviaba y le pidió a Helmut que le dijese cuáles habían llegado. A pesar de las interrupciones y retrasos, el flujo de alimentos enviados desde su casa prosiguió: tarros de miel y de mermelada de ciruelas y de fresas; un par de botas a las que les había vuelto a poner suelas su zapatero de confianza; el reloj que se le había estropeado arreglado; la medalla de la campaña de infantería y la Cruz de Hierro de 2.ª clase que le habían enviado a Pforzheim, junto con galletas de adviento caseras. A principios de noviembre, Erna Paulus le enviaba calzoncillos largos y guantes de lana, una bufanda y un calentador para el pecho, todo tejido por ella misma.[31]

Este tráfico de pequeños paquetes complicaba el transporte militar. La Wehrmacht intentaba reestructurar el transporte de objetos y concentrarse en enviar municiones al frente, pero aquellos paquetes eran absolutamente imprescindibles para la moral. Helmut los agradecía mucho. Le gustaba la comida, especialmente la mermelada de ciruelas. Las provisiones de su madre rompían el tedio de poder untar su pan únicamente «con tocino o salchichas en lata», y recreaban la crianza materna. A principios de noviembre, les confesó a sus padres que se había «convertido en un puro materialista sin más interés que la comida y, de vez en cuando, el correo».[32]

En diciembre de 1941, Helmut Paulus se encontraba en un refugio en la primera línea de combate del Grupo de Ejércitos Sur, vigilando la orilla del río Mius. Cuando llegó la oscuridad el día de Nochebuena, él y sus camaradas encendieron velas en un arbolito que le había enviado su tía y le colocaron los adornos de su madre. Uno de los hombres tocó villancicos con su armónica. A pesar de la enorme decepción de no haber sido relevados de la línea de combate el 23 de diciembre, como les habían prometido, los hombres se esforzaron por celebrar la Nochebuena. Había llegado el correo, con un diluvio de cartas y paquetes. Helmut había

recibido «muchos paquetes de casa con galletas, mermelada, coñac, limones, el cuaderno de [su hermana] Irmgard, una nueva pluma estilográfica, grasa de ganso». La nueva pluma fue especialmente bien recibida, porque tan sólo dos días antes la antigua se había roto al helarse la tinta. Además, sus amigos, parientes y el pastor de Pforzheim le inundaros de regalos, junto con las raciones militares especiales, «una masa de cosas cocidas, con chocolate y alcohol». A Helmut le gustó más esta segunda Navidad de guerra que la anterior, pasada en Saint-Aubain en Francia, cuando el excesivo tiempo libre había hecho sentir más la separación de su familia. Aunque los soldados tenían que hacer turnos de guardia cada tres horas y esperaban que «esos malvados bolcheviques» interrumpiesen las celebraciones, la noche fue tranquila. El día después de Navidad, se retiraron al fin cruzando el río Mius hacia las líneas aún formadas a medias junto a Krasnyi Luch, donde permanecerían algunos meses.[33]

Mientras Helmut guardaba la retirada de la línea del Mius, en casa, su familia hacía su tradicional visita de Navidad a sus amigos los Preller para jugar con su maqueta de tren. Durante el otoño y el invierno, cuando él estaba abriendo trincheras con granadas de mano, su padre había construido un garaje junto a su casa de Pforzheim. A principios de primavera, el doctor Paulus comenzó a pensar en comprarse un coche y recibir clases de conducción, pero se enteró de que las restricciones del tamaño de los motores, pensadas para limitar el uso del petróleo, le obligaban a comprar un pequeño, caro y viejo Hansa. En lugar de reprocharle esta aparente extravagancia, Helmut le animó a que no dudase: como médico de cabecera, su padre necesita el coche para visitar a sus pacientes y estaba poniendo en riesgo su salud conduciendo la motocicleta de la que había dependido todo el invierno.[34]

La enorme diferencia entre la vida en el frente y en casa no debilitaba los lazos que había entre ellos. Por el contrario, las noticias del hogar, con todos sus privilegios y sus problemas probablemente triviales, hacían que las condiciones en el frente fuesen más soportables. La madre de Helmut tuvo que arreglarse con una sola criada durante buena parte del invierno. Cuando las cosas le resultaban difíciles, le escribió a su hermano, «entonces

pienso en ti en Rusia, y en cuánto puede soportar una persona cuando no le queda otro remedio, y me doy cuenta de que soy una privilegiada en mi agradable y cálida casa». Cuando su sobrino Reinhard se cayó al agua helada mientras patinaba sobre un hielo demasiado fino, pensó en lo frecuentemente que Helmut y sus camaradas «estáis empapados y no tenéis nada con qué calentaros». Mientras ella le escribía sobre ese incidente, o sobre el jaleo que Reinhard y su hijo más pequeño, Rudolf, habían organizado en el laboratorio de química, Helmut se sentía como si estuviera en la cocina, y mantenía los lazos con el hogar y con la patria de una manera más firme que con cualquier llamamiento patriótico. A Helmut Paulus no hacía falta explicarle las razones por las que estaba combatiendo.[35]

*

Una semana antes de que el Ejército Rojo iniciase su contraataque, el 29 de noviembre de 1941, Fritz Todt fue a ver a Hitler para decirle que «esta guerra ya no se puede ganar con medios militares». No hizo esa advertencia a la ligera. Como ministro de Armamento, Todt conocía mejor que nadie el estado del material alemán. Había hecho todo lo posible para inyectarle toda la prisa posible al esfuerzo armamentístico, pero al analizar la balanza de recursos y producción, había llegado a la conclusión de que Alemania no podría soportar una guerra de erosión prolongada contra la Unión Soviética. Otros, como Friedrich Fromm, jefe de la sección de armamentos del ejército y comandante del ejército de entrenamiento, le decían lo mismo a Franz Halder.

La opinión de Todt de que había que terminar la guerra no sorprendió del todo a Hitler. Él mismo le había dado vueltas a esa idea en agosto, cuando reflexionó en voz alta ante Goebbels sobre si la Unión Soviética y Alemania podrían derrotarse alguna vez la una a la otra. Fritz Todt era uno de los viejos camaradas de Hitler más eficientes: arquitecto de las autopistas y de las defensas contra Francia, era también, de manera más crucial, quien se había encargado de alentar la producción de munición para hacer frente

al ataque sobre Francia. Tenía el encargo de transmitirle ese mensaje, el más sombrío de todos los posibles, y, en contra de su costumbre, Hitler le escuchó con calma. Al final, se limitó a preguntarle: «Entonces, ¿cómo tengo que terminar la guerra?». Todt replicó: «Sólo se puede terminar con medios políticos», alertando sobre las terribles consecuencias que tendría el hecho de que Estados Unidos pasase de aprovisionar a Gran Bretaña y vigilar los convoyes del Atlántico a convertirse en un participante directo en el conflicto.[36]

En lugar de prestar atención a este sensato consejo, antes de que hubiesen trascurrido dos semanas, Hitler declaraba la guerra a Estados Unidos. El 11 de diciembre, el líder nazi anunciaba su decisión ante un Reichstag reunido en sesión especial, echándole la culpa al presidente Roosevelt y su lobby judío por «esta confrontación histórica, una confrontación que va a cambiar de manera decisiva no sólo la historia de Alemania sino también la de Europa y, a decir verdad, la del mundo entero, durante los próximos quinientos o mil años». Eran los judíos quienes, «con el fanatismo del Antiguo Testamento, creen que Estados Unidos pueden ser el instrumento para preparar otro Purim de las naciones europeas, que se están volviendo cada vez más antisemitas.[N2] Son los judíos, con su maldad plenamente satánica, los que se han unido alrededor de ese hombre [el presidente Roosevelt] y hacia quienes él tiende su mano». Al día siguiente, Hitler volvió a hablar, esta vez a puerta cerrada, en una reunión de Gaus y líderes nazis, a los que ofreció un análisis general de la situación de la guerra. Según las notas de Goebbels sobre el discurso, el Führer les recordó la «profecía» sobre los judíos que él mismo había hecho, en su discurso ante el Reich del 30 de enero de 1939, cuando afirmó que «si provocan una vez más una guerra mundial, experimentarán su propia exterminación. Esto no era pura retórica. La guerra mundial está aquí, y la exterminación de los judíos debe ser su necesaria consecuencia». Con su característico giro verbal para referirse a las matanzas en masa, Hitler añadió: «Este asunto debe manejarse sin ningún sentimentalismo». Tras oír a su líder, Hans Frank consultó con la Oficina Central de Seguridad del Reich de Heydrich para obtener la confirmación de lo que se había planificado. Volvió a

Cracovia para decirles a sus altos funcionarios de la Gobernación General el 16 de diciembre:

> Quiero deciros abiertamente que, de una u otra manera, debemos acabar con los judíos. [...] No podemos pegarles un tiro a tres millones y medio de judíos, no podemos envenenarlos, pero encontraremos la manera de destruirlos, en combinación con las grandes medidas que se están debatiendo en el Reich.[37]

Como de costumbre, la decisión de Hitler sobre los judíos ponía de relieve su idea de la totalidad de la guerra. En 1939, cuando mucha gente esperaba que aprobase un nuevo pogromo, se había echado atrás, esperando todavía alcanzar un acuerdo con Gran Bretaña y Francia. Ahora que el Reich estaba en guerra con Estados Unidos, la suerte estaba echada, y «la solución final de la cuestión judía» tomó rápidamente una nueva forma. Al llegar el nuevo año, 1942, Hitler ya no estaba dispuesto a escuchar a Todt o a cualquier otro que le hablase de paz, rechazando inequívocamente la sugerencia de Ribbentrop de que debería iniciar negociaciones con Moscú. En lugar de eso, insistió, «En el este [...] sólo se puede considerar una decisión clara». Fritz Todt visitó el cuartel general de campaña de Hitler una vez más el 7 de febrero de 1942, pero en su vuelo de regreso a Berlín a la mañana siguiente, el avión se estrelló al despegar, y Todt murió en el acto. Fue reemplazado por el arquitecto de Hitler, Albert Speer, una especie de «favorito» del Führer, que pronto demostraría ser un tecnócrata eficiente, preparado para acrecentar la producción armamentística con los medios más implacables.[38]

Entre las élites dirigentes alemanas –un sector en el que la información se transmitía a toda velocidad–, el estado de ánimo seguía siendo sombrío. La retirada invernal se estaba cobrando su peaje con ellos, con una serie de ataques cardiacos, derrames cerebrales, suicidios y ceses. Ernst Udet, jefe de adquisiciones de la Luftwaffe, se pegó un tiro el 17 de noviembre de 1941; en enero, le siguió un importante industrial, Walter Borbet. Entre los altos mandos, Bock y Brauchitsch tuvieron problemas cardiacos y fueron relevados de sus jefaturas. Rundstedt, mucho mayor que todos ellos, fue

«retirado» en noviembre, para ser llamado de nuevo a toda prisa en enero, cuando su sucesor Reichenau sufrió un derrame cerebral y murió de camino al hospital, en otro accidente aéreo. Dos de los jefes más celebrados de los Ejércitos Panzer, Hoepner y Guderian, fueron imperiosamente cesados por insubordinación. Cuando Goebbels y Hitler hablaron sobre esta crisis el 20 de enero de 1942, el ministro de Propaganda, inveterado autor de diarios, escribió: «Ánimo derrotista en el OKW y OKH [Altos Mandos de la Wehrmacht y del Ejército]. Derrotismo general en los círculos de Gobierno de Berlín».[39]

A medida que iban llegando lentamente noticias de la debacle militar, el sentimiento de crisis invadió con retraso el frente interno. A mediados de enero de 1942, los informes sobre el estado de ánimo alertaban de que los medios de comunicación alemanes ya no resultaban creíbles. En agosto, la mayor parte de los ciudadanos consideraban ya que Rusia era «un oponente excepcionalmente duro», en contraste con las imágenes de la propaganda sobre multitudes desanimadas siendo obligadas a participar en la guerra por los comisarios bolcheviques. Aun así, el contraataque soviético, que llegó justo cuando el frente interno esperaba oír un comunicado especial sobre la caída de Moscú, pilló a todo el mundo por sorpresa. A la sociedad alemana le llevó algún tiempo comprender la enormidad de la crisis. Sólo después de que Hitler emitiese su «Orden de alto» del 16 de diciembre, prohibiendo que prosiguiese la retirada, la gente comenzó a preguntarse qué era lo que había salido mal. En enero, estaba claro que el Alto Mando había fracasado. En los antiguos núcleos de sindicalismo y antimilitarismo, el retiro de varios generales prusianos con la excusa de «problemas de salud» fue recibido como una derrota de las fuerzas «reaccionarias» dentro del régimen. En el resto del país, fue recibido simplemente como un síntoma de los errores y la incompetencia militar. La reaparición pública del recientemente desacreditado mariscal de campo Von Rundstedt como representante de Hitler en el funeral de Estado de Reichenau, hizo que el sentimiento de confusión fuese general. Por primera vez, informó el SD, los civiles prescindían totalmente de las fuentes oficiales de información. Ahora preferían atender a los «rumores, historias y soldados y personas con

“contactos políticos”, puestos militares y semejantes, para construir “su propia imagen”, a la cual se incorporan a menudo rumores sin ninguna base, con una falta absoluta de control crítico».[40]

Con sus antenas dirigidas a atrapar las primeras señales de derrotismo y revolución, el régimen nazi reaccionó con tensión al flujo de quejas que llegaban desde el frente durante el invierno de 1941. Si los oficiales del ejército habían elogiado en el pasado las cartas de los soldados como «una especie de vitamina espiritual» para el frente interno, pues contribuían a fortificar su «actitud y su valor», Goebbels se lamentaba ahora de que «el impacto de las cartas del frente, que habían sido consideradas como extraordinariamente importantes, debe ser considerado ahora más que dañino. [...] Los soldados son francos cuando describen los graves problemas a los que se enfrentan mientras combaten, la falta de ruedas de invierno [...] comida y munición». Goebbels urgió al Alto Mando a emitir instrucciones para las tropas, pero reconocía que, frente a semejante marea de quejas, el régimen estaba «impotente». Los acontecimientos le darían la razón. Las *Instrucciones a las tropas* oficiales publicadas en marzo de 1942, instaban a los hombres a actuar como propagandistas ante el frente interno, y a guardarse sus peores experiencias, advirtiéndoles de que «quien se queja y hace acusaciones no es un verdadero soldado». Sin embargo, la inspección selectiva del correo militar tan sólo sirvió para dejar claro que nada podría impedir a los hombres que escribiesen a sus casas hablando de aquellos asuntos.[41]

Para Hitler y los líderes nazis, todo aquello era algo inesperado que les llevaba a recordar la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial. Noviembre de 1918 era visto fundamentalmente como una derrota de la moral y del valor, ocurrida cuando la propaganda aliada –especialmente la británica– demostró ser superior a la alemana. Pero, al enfrentarse a su primera gran crisis durante la guerra, el régimen nazi confundió la angustia, el enfado y la depresión con el derrotismo: no calcularon bien la capacidad y el deseo de resistir de los soldados y sus familias. Los censores militares del régimen nazi y los informadores de la policía secreta estaban predestinados a cometer este error porque también ellos infravaloraban

burdamente lo que la sociedad alemana había sido capaz de soportar en la guerra anterior. Todo el monopolio nazi de la propaganda sabía que Hitler había admitido ante las figuras más importantes de los medios de comunicación reunidas en noviembre de 1938, que no se fiaba de que los alemanes, «cobardes como gallinas», le respaldasen en las derrotas. Fuera o no cierto que su autoridad y su poder político dependiesen de una cadena ininterrumpida de éxitos, Hitler se lanzó a la guerra claramente convencido de que aquello era verdad. Ahora, enfrentado a una crisis militar no resuelta, que hacía que su prematura declaración de victoria sobre Rusia en octubre de 1941 supusiese una seria causa de bochorno, hizo todo lo que pudo para restablecer la unidad de la nación.[42]

Entre enero y abril de 1942, Hitler se dirigió cuatro veces a los alemanes a través de la radio, siendo aquel el mayor número de discursos que llegó a hacer en un breve plazo de tiempo durante la guerra. El primero, el 30 de enero de 1942, conmemoró el noveno aniversario de su nombramiento como canciller del Reich. Dirigiéndose a la audiencia reunida en el Palacio de los Deportes de Berlín, Hitler reconoció que ni siquiera él sabía si podrían ganar la guerra aquel mismo año, y pidió a su pueblo que renovasen su confianza en él. Repitió su ya famosa «profecía» sobre los judíos; y, por primera vez, su lenguaje fue menos abstracto. Los judíos estaban amenazados, no ya de «destrucción», sino de «exterminación». A pesar de su nuevo énfasis, no fue éste el pasaje más comentado después por la audiencia alemana: «Que Dios nos dé fuerzas para conservar nuestra libertad, la de nuestro pueblo, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, y no sólo la de nuestro pueblo, sino la de los demás pueblos de Europa».[43]

Esto era una repetición de la propaganda de la guerra anterior, cuando, en sustitución de las románticas nociones decimonónicas de combate heroico y valentía caballeresca, el valor comenzó a ser visto como algo más imperturbable, igualitario y duradero. Durante la Primera Guerra Mundial, el énfasis en los «nervios fuertes», la «calma inquebrantable» y la «determinación» creó un nuevo planteamiento de virtudes positivas, resumidas en el eslogan «resistir». *«Durchhalten»* reflejaba en efecto la

naturaleza esencialmente defensiva de gran parte de la guerra, durante la cual, los soldados de infantería se mantuvieron en las trincheras, soportando las lluvias de fuego de la artillería y los ataques enemigos. Ahora, cuando la *Blitzkrieg* fracasaba en el invierno de 1941-1942 y el Ejército alemán del este se veía obligado a mantener una guerra de posición estática, los tercos valores del *Durchhalten* volvieron a aparecer. Sin el nutritivo entusiasmo producido por el rápido avance, «resistir» requería una completa movilización de todos los compromisos psicológicos y emocionales. En Pforzheim, Erna Paulus le señalaba con orgullo a su hijo que el Führer había elogiado a la infantería en su discurso del 30 de enero: «Como resultado, a todo el mundo le resulta ahora evidente que sois vosotros los que estáis soportando el peso fundamental de la guerra, y eso nos gusta».[44]

La madre de Helmut ya había dado pruebas de su entrega patriótica cuando comenzó a coser y tricotar para su hijo. El 20 de diciembre de 1941, armado con una proclamación de Hitler, Goebbels habló en la radio para solicitar una gran recogida nacional de ropa y complementos de invierno para las tropas a manera de «regalo del pueblo alemán al frente del Este». La campaña de Socorro Invernal de Goebbels para aprovisionar a las tropas demostró ser notablemente exitosa, aunque provocó algo más que la entrega del pueblo alemán. En toda la Europa ocupada, las autoridades no perdieron tiempo en empezar a requisar. En la Polonia ocupada, a los judíos se les prohibió inmediatamente la posesión de pieles y se les ordenó entregarlas: tan sólo en Varsovia, se obtuvieron 16.654 abrigos de piel o forrados de piel, 18.000 chaquetones, 8.300 manguitos y 74.446 cuellos. La oculta resistencia polaca se tomó en serio esta primera muestra de vulnerabilidad, y colocó carteles con la imagen de un soldado alemán asfixiándose bajo un cuello de zorro femenino, mientras se calentaba las manos con un manguito.[45]

En el frente interno hubo una enorme respuesta. A mediados de enero de 1942, dos millones de voluntarios habían recogido 67 millones de prendas en todo el Reich. La familia de Helmut Paulus hizo una generosa entrega y su madre comenzó a forrar guantes con viejas pieles y a transformar vestidos de seda en calentadores de pecho, igual que había hecho ya para su

hijo. Todas las mujeres que conocía estaban también cosiendo y tejiendo. En Berlín, la joven fotógrafa Liselotte Purper se puso líricamente elocuente: «Si pudieses ver los cuartos de costura. Desde la mañana hasta la noche, las mujeres permanecen allí sentadas [...] cosiendo chalecos de camuflaje, gorros, protectores para los dedos, guantes, etc.». El número de voluntarias era tan elevado, que «apenas hay sitio en esos cuartos». Al escribirle a su prometido Kurt Orgel, que se encontraba en el sitio de Leningrado, le aseguró que su amor por él formaba parte de un acto colectivo mucho más grande:

> Las mujeres alemanas se han puesto en pie de una en una y envían tal oleada de amor y amabilidad a sus soldados del este que debe de ser fácil para vosotros luchar por semejantes mujeres y madres. Si se puede alcanzar la victoria mediante el amor y el sacrificio, la nuestra es entonces segura. Es un amor sagrado, sí el más sagrado, éste que os enviamos todas las mujeres alemanas.[46]

Al mismo tiempo que hablaba con entusiasmo y con romántico idealismo de aquellas «donaciones de amor», Liselotte también percibía de alguna manera lo que debía de ser estar en el frente durante la ola de frío que hubo en Berlín en la segunda mitad de enero. Como las provisiones domésticas de carbón estaban limitadas y el termómetro había caído hasta -22 ºC, se ponía todos sus jerséis y trabajaba en el estudio con la cara y las manos heladas: «Sin duda no hay comparación con el frío que estás pasando tú, pero no está mal».[47]

Los hombres que estaban en el frente se sentían asombrados de la generosidad del frente interno. Wilhelm Moldenhauer viajó veinte kilómetros con tres trineos para recoger lo que le había tocado a su unidad de la colección de pieles, y cambió inmediatamente sus guantes gastados por un excelente par de guantes de piel forrados de pelo. Los hombres se quedaron maravillados ante la cantidad de objetos, que incluían un «abrigo negro con cuello de terciopelo, una relumbrante chaqueta azul con botones y cierres dorados». Si hasta ese momento las tropas alemanas habían comenzado a parecerse a los campesinos y prisioneros rusos, cuyas ropas habían expropiado, ahora «los *Landser* podrían organizar el baile de

disfraces más elegante». También Helmut Paulus estaba atónito ante los fardos de artículos tejidos por las mujeres alemanas que llegaron a principios de febrero, «una multitud de chaquetas, calcetines y guantes», y se sintió agradecido por poder sustituir sus calcetines por un par en buen estado que sólo habían sido zurcidos una vez. Incluso estaba más contento de que le hubiesen dado «un par de guantes nuevos, tejidos a mano, con el dedo índice libre para poder disparar y trabajar con la ametralladora. Es de verdad muy práctico, porque nunca tuve guantes de dedos hasta ahora, y siempre se me quedan las manos heladas cuando tengo que disparar».[48]

*

La contraofensiva soviética se fue apagando finalmente en marzo de 1942. Había fracasado en el aprovechamiento de sus impresionantes avances y del embolsamiento de diferentes elementos del Grupo de Ejércitos Centro, principalmente por la insistencia de Stalin en atacar a lo largo de toda la línea del frente. Al relajarse la fuerza del Ejército Rojo, los alemanes fueron capaces de recuperar las posiciones que durante más de dos meses habían parecido definitivamente perdidas. Pero todos los mandos alemanes sabían ahora lo cerca que habían estado de seguir el destino de la Grande Armée de Napoleón en 1812, un paralelismo que el propio Hitler mencionó en varias ocasiones.[49]

Fiel a sus ideas sobre la guerra, impregnadas de darwinismo social, Hitler le dijo al ministro danés de Asuntos Exteriores el 27 de noviembre que «Si el pueblo alemán ya no es lo bastante fuerte ni está dispuesto a sacrificar su propia sangre por su existencia, entonces deberá perecer y ser barrido por otra potencia más fuerte. Ya no se merecerían el lugar que ocupan». El 27 de enero de 1942, durante un almuerzo con Heinrich Himmler, Hitler se lanzó a un largo monólogo sobre el carácter nacional alemán, al término del cual repitió esta afirmación: «La fe mueve montañas. A ese respecto, veo las cosas con la más fría objetividad. Si el pueblo alemán ha perdido su fe, si el pueblo alemán ya no está dispuesto a entregarse en cuerpo y alma para sobrevivir, entonces, ¡al pueblo alemán no

le quedará más que desaparecer!». Articulada en principio como respuesta a la gran crisis de 1941, ésta llegaría a ser una de las ideas fijas de Hitler, y aparecería nuevamente en sus pesimistas reacciones en la fase final de la guerra en 1945. Pero Hitler siempre tuvo cuidado de no expresar esa idea en público.[50]

A medida que se acercaba el Día en Memoria de los Héroes, el 15 de marzo, la Iglesia católica se lanzó a reafirmar el sentido del sacrificio patriótico. Conrad Gröber, el arzobispo nazi de Friburgo, escribió un sermón explicando que los alemanes debían reconocer a sus soldados muertos en la guerra

> como héroes, convencidos de que arriesgaban sus vidas y morían por un futuro mejor para Alemania, por un nuevo orden de las naciones más justo y por una paz en el mundo potencialmente duradera. [...] Realizaron un verdadero sacrificio, un sacrificio por todos los demás. [...] Estaban dispuestos a sembrar su sangre para que la nación debilitada por la edad y otras enfermedades sea rejuvenecida, y florezca sana. Ansiaban vencer a los bolcheviques al grito de «Dios lo desea», tal y como afirmó el libertador de España, Franco. [...] Murieron por Europa, para detener el curso de la marea roja y construir un muro protector para el mundo occidental al completo.

El obispo Galen de Münster repitió el sermón palabra por palabra.[51]

El Día en Memoria de los Héroes fue conmemorado en el patio de honor del Arsenal de Berlín. Al rendir homenaje a los muertos alemanes en la guerra, Hitler habló del «invierno más duro en los últimos 140 años», que «ha sido la única esperanza de quienes detentan el poder en el Kremlin para castigar a la Wehrmacht alemana con el destino sufrido por Napoleón en 1812». Para quienes sintieron que aquellas referencias a los «caídos» eran demasiado fugaces –y el SD informó de muchas quejas en ese sentido de desconsolados parientes–, hubo una coda importante. Después del discurso, la radio emitió una conversación del Führer con algunos veteranos heridos. La gente se sintió impresionada por su «cálido tono», su conocimiento de cada lugar y cada batalla del frente del Este y su «conexión personal con cada uno de los soldados». Aquél era en verdad un gesto sorprendente por parte de un dictador que generalmente evitaba el contacto directo con los

soldados y, más tarde, también con los civiles que soportaban las cicatrices de su guerra. Hitler se había encerrado durante todo el invierno lejos tanto del frente como de Berlín, en la habitación sin ventanas de su cuartel general de campo en un bosque de las afueras de Rastenburg, en Prusia oriental, bebiendo infusiones para aliviar su estrés y su insomnio. Ahora, en la radio, en sus conversaciones con los heridos, Hitler daba la impresión de ser «un hombre y un camarada».[52]

En su discurso, volvió a mostrarse como un «hombre de Estado y un soldado», y la frase que provocó la respuesta más entusiasta fue la que logró despertar las esperanzas alemanas en la próxima victoria: «Pero hay algo que sabemos hoy: las hordas bolcheviques, que no han sido capaces de derrotar a los soldados alemanes y a sus aliados este invierno, ¡serán batidas por nosotros hasta la aniquilación el próximo verano!». En toda Alemania, el estado de ánimo de crisis, que amenazaba con la derrota y la desconfianza hacia los medios de comunicación y que había sido tan fuerte en el mes de enero, estaba remitiendo, aunque todavía algunos recordaban las promesas incumplidas de victoria del otoño anterior, o se preguntaban en voz alta por «la incalculable magnitud de la fortaleza soviética». Los oyentes del discurso de Hitler también dieron especial importancia a otra frase significativa, en la que el Führer declaraba que «el coloso bolchevique encontrará su frontera final lejos de los amables pastos de Europa». ¿Quería decir que los soviéticos no podían ser completamente derrotados, sino tan sólo empujados y confinados tras alguna especie de «muro del este»?, se preguntaba la gente.

La declamación final de Hitler fue al mismo tiempo perturbadora y tranquilizadora: «A pesar de todo, los años de batalla serán más breves que el tiempo de la larga y bendita paz que vendrá como resultado del actual combate». El reconocimiento, como registró el SD, de que «ni siquiera el Führer puede predecir el final de la guerra y que éste se encuentra a una distancia incalculable» causó una enorme impresión, porque enterraba cualquier esperanza de un rápido final del conflicto. Al mismo tiempo, millones de soldados y civiles alemanes estaban ya tratando de adaptarse a esta nueva y difícil expectativa. Se prometían a sí mismos y a sus esposas y

novias que habría una compensación por todo el tiempo perdido: «Nos prepararemos para todo eso el próximo año, ¿verdad?», escribió un soldado. Erna Paulus le recordó a su hijo su preocupación de 1940, cuando al observar la triunfante campaña realizada en Francia, él creía que se iba a perder la guerra: «Sin duda alguna, “no naciste demasiado tarde”; llegaste en el momento adecuado y ahora estás en el lugar más duro. Con todo mi cariño y mi deseo de lo mejor, tu madre».[53]

N1 *Las aventuras del buen soldado Svejk* es una novela satírica incompleta del escritor checo Jaroslav Hašek sobre la Primera Guerra Mundial. *(N. de la T.)*

N2 El Purim fue la matanza de persas llevada a cabo gracias a la intervención de Esther, según se narra en el Antiguo Testamento. *(N. de la T.)*

CUARTA PARTE

PUNTO MUERTO

8

El secreto compartido

Si los ejércitos alemanes se hubieran desintegrado como la Grande Armée de Napoleón en el invierno de 1941, y el Tercer Reich hubiera solicitado la paz, la mayor parte de los soldados y civiles que murieron en la Segunda Guerra Mundial se hubieran salvado. Las ciudades alemanas y las infraestructuras del país hubieran emergido virtualmente intactas de los bombardeos; igual que en 1918, las batallas se hubieran desarrollado dentro de sus propios límites. Se habría hablado de las atrocidades nazis: de cómo los pacientes psiquiátricos alemanes y polacos habían sido gaseados, de las matanzas en masa de polacos y judíos, de la quema de los pueblos y ciudades rusos y ucranianos y la muerte a causa del hambre de 2,5 millones de prisioneros del Ejército Rojo. Todo eso habría hecho que la guerra de Hitler fuese mucho peor que cualquier otra anterior, pero aún estaba por llegar una destrucción muchísimo mayor. A comienzos de 1942, la mayor parte de los judíos de Europa todavía estaban vivos; al final de la guerra, la mayoría había muerto.[1]

La matanza de judíos comenzó en el este y se concentró principalmente allí, algo que influyó de manera fundamental tanto en las acciones en sí de la «solución final» como en la manera en que éstas fueron percibidas por sus contemporáneos. Durante el verano y el otoño de 1941, hubo muchos testigos alemanes, y las pruebas fotográficas habían llegado hasta Alemania. A pesar de la directiva formal que prohibía las fotografías, los espectadores de las ejecuciones masivas tomaban rutinariamente fotos, incluyendo imágenes de otros fotografiando la escena. Normalmente tenían que mandar sus películas de 35 mm en pequeños botes a casa para que fueran reveladas

e impresas, de manera que los primeros que las veían eran los que trabajaban en los laboratorios fotográficos, y luego los familiares o amigos que las recogían, antes de ser enviadas de nuevo al frente oriental. El Ejército Rojo encontró miles de imágenes de ejecuciones en los bolsillos de los uniformes de los prisioneros y muertos alemanes, guardadas junto a las fotos de sus novias, esposas e hijos.[2]

¿Cómo interpretaron las personas del frente interno aquel incremento de las ejecuciones en masa? Cuando Charlotte Jarausch recibió en noviembre de 1941 las cartas de su marido Konrad, debió de construirse gradualmente una imagen de las condiciones homicidas en los campos de tránsito de prisioneros soviéticos de los que él se ocupaba. Él mencionaba de pasada las ejecuciones en masa de civiles, «sobre todo judíos», en el bosque cercano, como «lo más compasivo» que les podía ocurrir, en comparación con dejarlos morir de hambre con «nada más que sus camisas para soportar las heladas». Pero lo que se les estaba haciendo a los judíos no ocurría solamente a consecuencia de las nefastas condiciones del campo de prisioneros de su marido. Hasta la siguiente primavera, Hans Albring no comenzó a escribirle a su amigo Eugen Altrogge sobre los cuerpos apilados de «medio millar de judíos que fueron ejecutados». Semejantes noticias contenían algo paradójico: cuanto más cerca estaban los testigos de los hechos, más fragmentaria era su perspectiva. Aun cuando se expresasen de manera gráfica e impactante, las ejecuciones en masa de las que hablaban podían parecer discontinuas o episódicas, y no parte de un programa organizado. Muchos otros, sin embargo, sentían que aquellos detalles formaban parte desde el principio de algo más global. En agosto de 1941, el policía de la reserva Hermann Gieschen ya había situado las acciones de su unidad en un contexto más amplio en las cartas a su esposa en Bremen, diciéndole que «150 judíos de este lugar han sido ejecutados, hombres, mujeres y niños, todos liquidados. Los judíos están siendo completamente exterminados. Querida H., por favor, no pienses en ello, así es como tiene que ser». El siguiente febrero, Ernst Guicking fue transferido desde Francia al frente oriental, y escribió para contarle a Irene que «los judíos están

experimentando una catástrofe, según oímos. Están siendo todos reunidos y reasentados».[3]

En el otoño de 1941, bajo el doble impacto de los hechos en sí y de los discursos públicos, el exterminio de los judíos comenzó a ser rápidamente conocido de manera extensa. En octubre, los escuadrones asesinos se desplazaron hacia el oeste, moviéndose desde el territorio soviético y los estados bálticos hacia los pueblos y ciudades de Galitzia, en la frontera entre Polonia y Ucrania: ahora operaban en territorios que estaban incorporados a la Gobernación General de Polonia, dirigida desde Cracovia por Hans Frank. El 12 de octubre de 1941, el 133.º Batallón de Policía ejecutó a un total de entre 10.000 y 12.000 judíos en Stanislau, llevándolos en grupos de cinco a las fosas excavadas en el cementerio judío, donde las ejecuciones fueron vistas y fotografiadas por trabajadores del ferrocarril, soldados y otros policías. Al mismo tiempo, comenzaba la deportación de judíos del propio Reich. Entre el 15 de octubre y el 9 de noviembre, los primeros veinticinco trenes especiales, cada uno de ellos con miles de judíos deportados, llegaron al gueto de Łódź: 5.000 personas procedían de Viena, 5.000 del protectorado de Bohemia y Moravia, 10.000 del «antiguo» Reich; también había 5.000 gitanos del Burgenland. Aunque la crisis de los transportes de aquel invierno en el frente oriental rebajó severamente la magnitud de las deportaciones, una segunda oleada de 34 trenes se produjo entre el 8 de noviembre y el 6 de febrero. Esta vez, los destinos eran Riga en Letonia, Kaunas en Lituania y, aunque brevemente, Minsk en Bielorrusia. A finales de noviembre, estaban circulando algunas informaciones notablemente detalladas, que ya habían alcanzado un lugar tan distante de los hechos como Minden, en el Ruhr, en la Alemania occidental, donde se decía, según informó el SD local

> que todos los judíos han sido mandados a Rusia, que los han llevado en trenes de pasajeros hasta Varsovia y desde allí en vagones de ganado de los ferrocarriles alemanes. Se dice que el Führer quiere que el 15 de enero de 1942 le hagan saber que no queda ni un judío dentro de las fronteras del Reich. En Rusia, se dice, a los judíos se les ha puesto a trabajar en las antiguas fábricas soviéticas, mientras que los judíos viejos y enfermos van a ser ejecutados.[4]

Los detalles eran minuciosos –aunque no demasiado rigurosos– y se comentaban públicamente. La gente se preguntaba en voz alta qué les esperaba a sus vecinos judíos una vez que los trenes partían, y utilizaban para responderse lo que sabían o sospechaban, reciclando lo que habían oído sobre las masacres que se habían llevado a cabo en el «Este». Rápidamente le dieron a toda la acción una lógica y un sentido. La gente hablaba, como si fuera un hecho probado, del deseo del Führer de que Alemania estuviese libre de judíos el 1 de abril de 1942. Esas fechas imaginarias, en realidad, no estaban tan lejos de la verdad: en una conversación con sus oficiales en Praga a principios de octubre, Reinhard Heydrich, el hombre al que se le había encargado organizar las deportaciones como jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich, dijo que el Führer quería que «los judíos hayan desaparecido del espacio alemán, si es posible, a finales de año». Más importante que aquellas acertadas suposiciones es el hecho de que la gente comprendió inmediatamente que era en el núcleo mismo del Gobierno donde se había tomado la decisión de deportar a los judíos: aquélla no era una iniciativa local, como las prohibiciones de usar las piscinas o los bancos de los parques.[5]

La primera –y enormemente dramática– de las medidas tomadas desde el Gobierno central fue el decreto del 1 de septiembre de 1941, que obligaba a los judíos mayores de cinco años a llevar una estrella amarilla en el lado izquierdo del pecho sobre cualquier prenda exterior. Aunque el estallido de la guerra había producido un nuevo diluvio de ordenanzas contra los judíos, desde la restricción de las horas de compra hasta la prohibición de tener aparatos de radio, la estrella amarilla fue la medida a escala nacional más visible de cuantas se habían adoptado desde el pogromo de noviembre de 1938, y entró en vigor en todo el Reich el mismo día, el 19 de septiembre de 1941. Su carácter obligatorio no podía ser puesto en duda, e inmediatamente fue reconocido como un importante escalón en las medidas contra los judíos. La forma en que los ciudadanos de Minden digirieron unas pocas semanas después las noticias de la

deportación y las matanzas en masa de los judíos de su ciudad estuvo condicionada por esa medida:

> Se habla mucho entre la población de que en Estados Unidos todos los alemanes tienen que llevar una esvástica en el pecho que los haga reconocibles, copiando la manera en que se identifica a los judíos aquí en Alemania. Se dice que los alemanes de Estados Unidos tienen que pagar un alto precio porque en Alemania se ha tratado muy mal a los judíos.[6]

El rumor de que en Estados Unidos los alemanes tenían que llevar distintivos con la esvástica como represalia por la estrella en Alemania, surgió incluso antes de que los dos países entrasen en guerra, y después siguió apareciendo esporádicamente. Un estadounidense que todavía estaba en Fráncfort aquel otoño descubrió que, cada vez que expresaba su rechazo a la estrella amarilla que debían llevar los judíos, sus conocidos alemanes «replicaban invariablemente como justificación que la medida no era nada inusual. Era muy semejante al modo como las autoridades norteamericanas trataban a los alemanes en Estados Unidos, obligándolos a llevar una gran esvástica cosida en sus abrigos». Mientras los alemanes hablaban de un mundo que estaba más allá de su propia experiencia, era mucho más fácil para la propaganda nazi dar forma a su imagen del carácter «judío» de los políticos estadounidenses y, con ello, a la noción de una «conspiración judía mundial».[7]

El tono del antiamericanismo alemán se había vuelto más estridente que nunca durante el verano de 1941, mientras los líderes nazis veían cómo Estados Unidos y Gran Bretaña se acercaban cada vez más. Después de que el Congreso estadounidense aprobara la Ley de Préstamo y Arriendo [Lend-Lease Act] el 11 de marzo para suministrar material de guerra a Gran Bretaña, y las tropas estadounidenses hubiesen ocupado Islandia el 7 de julio, Roosevelt y Churchill se reunieron en la bahía de Placentia, en Newfoundland, a bordo del USS *Augusta* y del HMS *Prince of Wales,* entre el 9 y el 12 de agosto. Al final del encuentro, hicieron pública la Carta del Atlántico [Atlantic Charter], que afirmaba que la paz debía basarse sobre los principios liberales de autodeterminación nacional y acceso equitativo al

comercio internacional. Sin referirse directamente a la guerra, la mera existencia de la Carta confirmaba que Estados Unidos se había aliado públicamente con Gran Bretaña contra las potencias del Eje, y no fue pues sorprendente que Berlín y Tokio lo interpretasen de esa manera, especialmente cuando Roosevelt dio el 11 de septiembre órdenes a la US Navy de atacar cualquier submarino que fuese divisado en el Atlántico occidental. Con su repudio explícito de los duros términos económicos impuestos a Alemania en 1919, el lenguaje de la Carta del Atlántico no era en sí mismo amenazador. La RAF lanzó de hecho miles de panfletos sobre Alemania confirmando que Gran Bretaña y Estados Unidos «no admitirían ninguna discriminación económica contra los derrotados» y prometiendo que «Alemania y los otros estados podrán de nuevo obtener una paz y prosperidad duraderas».[8]

Goebbels confió en el responsable de la radio, Wolfgang Diewerge, para desenmascarar el «verdadero plan» que yacía detrás de esas anodinas promesas. Diewerge localizó un panfleto estadounidense, poco conocido y autoeditado, titulado ¡Los alemanes deben perecer!, y tradujo algunos de sus pasajes centrales, como el incendiario llamamiento a que 20.000 médicos llevasen a cabo una esterilización en masa de la población alemana, que condujera a «la eliminación del germanismo y sus canteras» en dos generaciones. A su autor se le cambió el nombre de Theodore Newman Kaufman a Theodore Nathan Kaufman, que sonaba indiscutiblemente judío. Con una portada en la que figuraban Churchill y Roosevelt fotografiados en Newfoundland, Kaufman fue convertido de vendedor de entradas en un teatro y autoproclamado presidente de la Federación Americana de la Paz –una organización fundada por él mismo–, en dirigente de los asesores más importantes del presidente de Estados Unidos. Diewerge también fechó el panfleto en agosto de 1941, para que pareciese que formaba parte de la Carta Atlántica.[9]

El 7 de septiembre, el Partido Nazi proclamó como su «eslogan semanal» la «profecía» de Hitler del 30 de enero de 1939: «Si los financieros judíos internacionales vuelven a conseguir hundir a las naciones en una guerra mundial, el resultado no será la victoria del judaísmo, sino la

destrucción de la raza judía en Europa».[10] Impresa en carteles, la «profecía» del Führer fue colocada en los cristales exteriores de todas las oficinas del Partido en el Reich. Igual que en 1939, aunque ahora parecía querer alertar a los estadounidenses de que Alemania estaba dispuesta a secuestrar a todos los judíos de Europa. Casi sin ninguna duda, este conflicto creciente jugó un papel tanto en la decisión que Hitler tomó a finales de agosto de autorizar a señalar con la estrella a los judíos alemanes, como en su posterior decisión de mediados de septiembre de deportarlos antes de que la guerra soviética terminase.[11]

La afirmación de que los alemanes tenían que llevar la esvástica sobre sus ropas en Estados Unidos contribuyó a que lo que se les estaba haciendo a los judíos en Alemania pareciese menos excepcional, pues la gente se había acostumbrado al ojo por ojo. Cuando los nazis boicotearon las tiendas judías el 1 de abril de 1933, en Estados Unidos se produjo una campaña de boicot contra las importaciones alemanas. El pogromo de noviembre de 1938 había provocado también una cobertura muy hostil por parte de los medios de comunicación extranjeros. Al analizar la reciente escalada de las medidas, la gente de Minden estaba preocupada pensando que sus consecuencias serían iguales a las de 1938, «que nos hicieron más daño fuera de Alemania de lo que nos beneficiaron aquí».[12]

Ya durante esta primera fase, cuando la mayor parte de las ejecuciones en masa todavía estaban confinadas al frente oriental, el destino de los judíos había adquirido un significado global en los debates en Alemania diferente de las ejecuciones en masa de otros civiles soviéticos. Igual que hacían muchas personalidades influyentes de Washington y Londres, que estaban ayudando a orquestar la coalición aliada, los judíos eran vistos en Alemania como un enemigo unificado e internacional. Esa manera de pensar se resumía en el uso del nombre colectivo en singular, «el judaísmo» o, aún más sencillamente, «el judío». En el otoño de 1941, la gente ya estaba convencida de que los judíos organizarían una venganza contra Alemania, a pesar de que no había ninguna señal al respecto. Y tres meses después de haber introducido la estrella amarilla, Alemania estaba en guerra con Estados Unidos.

*

La deportación de decenas de miles de judíos del Reich implicaba a muchos funcionarios de distintos departamentos de la administración. Desde el principio, la Gestapo obligó a las organizaciones de las comunidades judías locales a que ellas mismas elaborasen las listas de los que debían ser deportados, dándoles el poder de decidir a quién excluían de los transportes y también la responsabilidad de informar sobre aquellos a los que habían incluido. Una vez que habían recibido esas listas, la gente seleccionada para el «reasentamiento» era sometida a toque de queda y sólo podían salir de sus casas con permiso policial. Se les mantuvo ocupados haciendo facturas, preparando comida para un viaje de entre tres y cinco días y empaquetando sus cincuenta kilos de equipaje. También tenían que hacer una lista completa de sus bienes y acciones, que era confirmada con las autoridades financieras. Se les informaba de que debían dejar todos los muebles y objetos domésticos, y entregar las llaves al administrador de su bloque de viviendas antes de partir. Había dos fechas de partida. Los deportados tenían que dirigirse al lugar de recogida local, donde se les mantenía durante días y donde sus equipajes –y a veces también ellos mismos– eran registrados para detectar objetos no permitidos. Incluso los permitidos eran a menudo confiscados. A los judíos se les cobraba una tasa por la deportación, y la Oficina Central de Seguridad del Reich recibía también una «donación» adicional establecida en un 25 % del valor de las propiedades abandonadas. El pretexto era cubrir los costes de transporte de los que eran demasiado pobres para pagar; en realidad, sólo era una manera de que las SS cobrasen una cuota antes de que los bienes fuesen incautados por el Ministerio de Finanzas.[13]

El día de la deportación, los judíos eran trasladados u obligados a caminar en fila hasta que se les subía a los vagones de mercancías. El 27 de noviembre de 1941, los veinte judíos de Forchheim, en la Alta Franconia, fueron conducidos hasta la estación de tren, «seguidos por un gran número de habitantes» que expresaban su «interés y gran satisfacción», según el

informe de la policía. En muchas ciudades, las deportaciones fueron el primer espectáculo colectivo de acoso a los judíos desde el pogromo de noviembre de 1938. En los lugares donde aquel pogromo se había convertido en un festival popular, con muchachos de las Juventudes Hitlerianas y chicas de la BDM incorporándose a las muchedumbres violentas, la deportación de los judíos que aún permanecían en el lugar se vio ahora acompañada de carreras y cantos, mezclados con insultos viejos y nuevos: «¡Mirad a los judíos insolentes!». «¡Por fin van camino del gueto!». «¡No son más que un montón de inútiles bocas a alimentar!». En Bad Neustadt, activistas locales tomaron fotografías de aquellos judíos ancianos y desnutridos cuando fueron reunidos en la plaza del mercado. Ampliadas a tamaño de cartel, las fotos fueron colocadas más tarde en el centro de la ciudad para documentar la acción. Cuando la columna de judíos estuvo formada, fueron acompañados durante todo el camino hasta la estación por una «gran muchedumbre de niños chillones, que siguieron gritando hasta que el tren se alejó».[14]

Las primeras deportaciones enfrentaron también a unos judíos con otros. En noviembre de 1941, Marianne Strauss y sus padres estaban esperando en Essen para subir al tranvía que debía llevar a los judíos desde el punto de reunión hasta la estación del tren, cuando dos oficiales de la Gestapo los liberaron, para sorpresa de sus compañeros de deportación. Marianne, que tenía dieciocho años, nunca pudo olvidar el «aullido animal» del resto de los judíos mientras se iban. Los Strauss eran una familia «privilegiada», lo bastante rica como para haber comprado la protección de un banquero local y de la contrainteligencia militar. También se salvaron de aquellas primeras oleadas de deportaciones algunos judíos que trabajaban en el sector armamentístico, judíos con pasaportes extranjeros –normalmente occidentales–, los que vivían en matrimonios «mixtos», los que tenían espectaculares hojas de servicio de la Primera Guerra Mundial y –para mantener la ficción de que los deportados estaban siendo «reasentados» en campos de trabajo–, algunos ancianos y débiles.[15]

El ritmo de las deportaciones fue impuesto por las prioridades de los transportes militares y la escasez de carbón en invierno. Comenzaron de

nuevo en marzo de 1942, cuando entre 45.000 y 60.000 judíos fueron deportados de Praga, Viena y áreas del «antiguo Reich» consideradas en riesgo de ataques aéreos. Muchos de los judíos de mayor edad y veteranos de guerra fueron enviados a Theresienstadt, una pequeña plaza fuerte del siglo XVIII al norte de Praga, cuyo emplazamiento dentro de las nuevas fronteras del Reich y lejos del «Este» fue deliberadamente utilizado para tranquilizar la preocupación de algunos alemanes y para debilitar las numerosas intervenciones de cargos nazis, que trataban de favorecer a ciertos judíos. Lejos de ser un «gueto para la vejez», menos aún la «estación final» que se afirmaba que era, Theresienstadt sirvió principalmente como campo de tránsito, del que partían casi tantos trenes como llegaban. Muchos eran enviados a otros guetos en Polonia, en el distrito de Lublin.[16]

El 21 de abril de 1942, un nuevo transporte salió de Essen. Entre los que iban en él estaba el prometido de Marianne Strauss, Ernst Krombach. Marianne fue a decirle adiós desde el andén de la estación y Ernst logró mandarle una tarjeta postal desde Duisburgo, donde el tren se detuvo, para decirle que la había visto. La siguiente parada fue en Düsseldorf-Derendorf: aquí la policía llevó a los deportados a un matadero, donde sus equipajes fueron reducidos a una sola maleta o mochila con algunos objetos imprescindibles. La Gestapo entregó todos los artículos de aseo, medicinas y alimentos a la Cruz Roja alemana; la ropa de cama, la ropa de vestir –incluyendo 345 vestidos y 192 abrigos– y los paraguas fueron para el Bienestar Popular Nacionalsocialista. Ernst consiguió proteger la mayor parte de los paquetes de su familia durante esta confiscación, al final de la cual se les entregó una notificación oficial de la 11.ª ordenanza de la Ley de Ciudadanía del Reich –las conocidas como Leyes de Núremberg–, informándoles de que una vez que atravesasen la frontera alemana, todas sus propiedades serían automáticamente asignadas al Reich. El 23 de abril, el tren cruzó la frontera y al día siguiente llegaron a Izbica, uno de los guetos en el distrito de Lublin, desde donde Ernst consiguió seguir escribiendo a Marianne, asegurándole su amor y explicándole que «las condiciones aquí son más extremas de lo que habíamos imaginado; es

imposible describirlas con palabras. [...] El Salvaje Oeste no es nada comparado con esto».

A finales de agosto, Marianne recibió un largo y detallado informe sobre las condiciones en Izbica, pasado de contrabando hasta Essen por un amigo «ario» que conducía un camión contratado por las SS. Ernst detallaba cómo el pueblo había sido vaciado de los 3.000 judíos polacos que vivían allí para acomodar los transportes que llegaban, a través de Polonia y de Eslovaquia, desde Aquisgrán, Núremberg, Breslavia, Stuttgart, Fráncfort y Theresienstadt. Se refería a las divisiones étniconacionales entre judíos polacos, checos y alemanes, y escribía sobre ahorcamientos públicos como castigo por las transgresiones. Al principio, Ernst rechazó las ofertas de trabajar en la policía judía «principalmente por lo desagradable del trabajo: judíos contra judíos», pero al final aceptó, tal vez por su deseo de proteger a su familia de otra deportación. «Pero», le contó a su prometida en Essen,

> No pude evitar verme envuelto en la evacuación de judíos polacos. Tienes que suprimir todos los sentimientos humanos y, bajo supervisión de las SS, dirigir a la gente con un látigo, tal y como están, descalzos, con niños en sus brazos. Hay escenas que no quiero describir, y no lo haré, pero me va a costar mucho tiempo olvidarlas. [...] Todo el tiempo sueño con esas experiencias inhumanas.

Entretanto, las tres familias de judíos alemanes que vivían con él en una minúscula choza de madera y adobe al final del pueblo, comenzaron a comer mejor y a cuidar de otras familias de Essen.[17]

Los enseres domésticos que los judíos deportados habían dejado en Alemania se convirtieron pronto en objeto de expolios. Desde los pueblos suabos hasta la antes radical ciudad de Hamburgo, muchos vecinos presionaban para obtener esas propiedades y participaban en las subastas públicas. Al menos 30.000 menajes de judíos fueron adjudicados por el martillo del subastador en Hamburgo entre 1941 y 1945, encontrando cada lote unos diez compradores. Amas de casa de las clases trabajadoras en el distrito de Veddel que habían comenzado a comerciar con café y joyas, compraban muebles antiguos y alfombras en las subastas. A principios de 1943, los ingresos en la cuenta de la Gestapo en el Deutsche Bank gracias a

este comercio ascendían a 7,2 millones de marcos imperiales. Las mujeres que compraban abrigos de pieles que aún llevaban etiquetas con los nombres de sus propietarias originales sin duda tenían que intentar no pensar en quiénes habían sido esas personas. Los anuncios en prensa de las subastas no escondían los orígenes judíos de los objetos en venta. Entretanto, los pisos sellados se convirtieron en recompensas para los funcionarios nazis locales o fueron alquilados a las todavía poco numerosas familias que habían perdido sus casas en los bombardeos.[18]

*

Goebbels había convencido a Hitler para que introdujese la estrella amarilla con la esperanza de que señalaría a los judíos en público y alimentaría las llamas del tan popular antisemitismo, igual que había ocurrido en Polonia. También muchos judíos creían que las cosas serían así. En septiembre de 1941, Victor Klemperer no se atrevía a aventurarse en las calles de Dresde, y dejaba todos los recados en manos de su esposa «aria», Eva. Otros tenían tanto miedo que se suicidaban: durante el último cuatrimestre de 1941, se produjeron 87 suicidios de personas judías en tres semanas en Viena y 243 en Berlín. Pero en las primeras semanas, Goebbels estaba seriamente decepcionado con el impacto de las medidas, especialmente en su propio Gau de Berlín, que no había perdido del todo sus tradiciones seculares e izquierdistas anteriores a 1933, y donde vivían en ese momento 70.000 de los 150.000 judíos del Reich. La estrella amarilla, se quejó el ministro de Propaganda a Albert Speer, «tuvo el efecto opuesto a lo que pretendíamos. [...] La gente muestra en todos los sitios simpatía hacia ellos [los judíos]. Esta nación aún no está madura; está llena de todo tipo de sentimentalismos idiotas». El problema, según Goebbels estaba empezando a comprender, era que la sociedad no era lo suficientemente nacionalsocialista en su actitud.[19]

Para solucionar este déficit, la primera reacción del régimen fue educar mediante la intimidación: el 24 de octubre de 1941, se publicó un decreto prohibiendo las manifestaciones públicas de simpatía hacia los judíos, amenazando a los alemanes que las realizasen con tres meses en un campo

de concentración. «Cualquiera que mantenga contactos personales con él [el judío]», alertaba Goebbels en su artículo del *Das Reich* del 16 de noviembre, «se está poniendo de su lado y debe ser considerado y tratado como un judío». Una vez establecido ya ese duro límite, retaba a sus lectores a huir de cualquier «falso sentimentalismo»: «Si herr Bramsig y frau Knöterich sienten compasión a la vista de una anciana que lleva la estrella amarilla, por favor, que no olviden que los judíos planificaron la guerra y que fueron ellos quienes la iniciaron». Y así proseguía el celebrado artículo de Goebbels «Los judíos son culpables», hasta llegar a la confirmación directa de que la «profecía» de Hitler sobre la exterminación de los judíos debía al fin cumplirse.[20]

Goebbels no era el único líder nazi que rozaba el reconocimiento sin tapujos de que el régimen estaba aplicando la política de asesinar a los judíos. Dos días más tarde, Alfred Rosenberg soltó en una reunión de altos cargos de su nuevo «Ministerio del Este» que la «cuestión [judía] sólo puede resolverse con una erradicación biológica del judaísmo al completo en Europa. [...] Ésa es la tarea que el Destino nos ha marcado». El propio Hitler repitió su «profecía» en sus discursos públicos no menos de cuatro veces a lo largo de 1942, usando ahora una palabra inequívoca, *«Ausrottung»,* «exterminación». El *Völkische Beobachter* se hacía eco de la voz de su amo el 27 de febrero de 1942, clamando: «¡Los judíos serán exterminados!». Otros líderes nazis, como el *gauleiter* de Múnich, Adolf Wagner, y el jefe del Frente del Trabajo, Robert Lay, siguieron el mismo camino. Mientras los alemanes soportaban la crisis existencial del frente del Este a principios de 1942, esas amenazas reverberaban en el paisaje retórico.[21]

Para los ideólogos de la línea dura, como el jefe del aparato del Partido, Martin Bormann, estaba claro que había que hacer comprender al pueblo alemán que ahora estaban inmersos en un conflicto genocida global, que sólo podría terminar con su victoria o su destrucción. A pesar del torrente de argumentos antisemitas, la deportación de los judíos no había sido noticia, y los medios de comunicación alemanes no habían dado informaciones sobre el destino de los deportados, su futuro o el propósito de aquella medida.

Como resultado, los altos funcionarios locales y regionales del Partido pidieron consejo sobre cómo debían abordar las «medidas extremadamente duras» que se estaban tomando contra los judíos. Bormann respondió con una directiva en la que les decía que se alegraba por ellos de que tuviesen que seguir adelante con la ofensiva y justificar aquellas acciones. «Estos problemas parcialmente difíciles», les explicaba, «sólo pueden resolverse a favor de la seguridad final de nuestro pueblo con una dureza implacable.» En lugar de negar los rumores, a los altos cargos del Partido se les pedía que se entregasen a «la presente oportunidad de purificación. [...] El problema debe ser resuelto en su totalidad por la actual generación».[22]

Había mucho para comentar, porque fue en este periodo cuando las deportaciones alcanzaron una magnitud paneuropea, y toda pretensión de que los judíos estaban siendo «reasentados» se desvaneció. A partir del 11 de mayo de 1942, diecisiete transportes con destino a Minsk no fueron llevados ya al gueto. Se detuvieron cerca de la hacienda Maly Trostinets, y allí los deportados fueron ejecutados a tiros o asesinados con gas en camionetas. Desde junio, los transportes desde Theresienstadt, Berlín y Viena fueron enviados directamente a un campo de exterminio en Sobibor. Al mismo tiempo, el objetivo de la deportación aumentaba: en marzo salieron de Eslovaquia los primeros trenes con deportados, trasladando a personas seleccionadas para realizar trabajos forzados. En junio, trenes llenos de judíos eslovacos estaban ya siendo enviados directamente a Sobibor, donde ya se habían instalado medios para llevar a cabo las matanzas, y, un mes después, a Auschwitz. Los seis primeros transportes de judíos franceses habían llegado ya a Auschwitz entre marzo y julio; entre el 19 de julio y el 7 de agosto, otras 125.000 personas eran enviadas desde Bélgica, los Países Bajos y Francia. Pero las mayores operaciones se seguían produciendo a nivel local: desde el 22 de julio, durante una «acción» de dos meses, 300.000 judíos fueron enviados desde Varsovia a Treblinka, destruyendo así la mayor comunidad judía de Europa. En algunas partes de Cracovia, las «barridas» de los escuadrones móviles, los *Einsatzgruppen*, continuaron sin interrupción hasta que todos los pueblos y ciudades fueron vaciados de sus habitantes judíos. En el verano de 1942, los

guetos que aún quedaban en los territorios soviéticos ocupados fueron eliminados.[23]

Los 2,7 millones de víctimas judías de Polonia y los 1,9 de la Unión Soviética eran mucho más numerosos que los judíos deportados de la Gran Alemania: 78.000 del protectorado de Bohemia y Moravia, 65.000 de Austria y 165.000 del «antiguo Reich». También dejaban pequeñas las cifras de judíos que habían sido transportados desde la Europa occidental ocupada: 76.000 de Francia, 102.000 de los Países Bajos, 28.000 de Bélgica, 1.200 de Luxemburgo, 758 de Noruega y 116 de Dinamarca. Pero fueron las deportaciones masivas de Europa occidental las que demostraron que aquello era un programa paneuropeo dirigido desde el Gobierno central del Reich, y no sólo una forma extrema de lucha contra los partisanos en el frente del Este. Las deportaciones a los campos de exterminio implicaban a demasiadas autoridades de diferentes administraciones y departamentos como para que hubieran podido ser mantenidas en secreto. Tanto si se trataba de soldados que observaban las ejecuciones como de los trabajadores del ferrocarril que se ocupaban de los trenes de los deportados o de los funcionarios de los gobiernos locales que debían asegurarse de que las llaves de los pisos fuesen entregadas antes de que sus ocupantes partiesen, todas aquellas personas podían esconderse detrás de los límites impuestos por sus funciones, pero, al mismo tiempo, iban añadiendo pequeños fragmentos de conocimiento al flujo general de información.[24]

Durante 1942, Goebbels adoptó una nueva manera, mucho más sutil, de manipular la opinión pública. En lugar de intensificar la campaña antisemita que había lanzado en el otoño de 1941, el Ministerio de Propaganda la redujo. Para empezar, Goebbels se esforzó mucho en evitar que saliesen informes de todo aquello fuera del Reich, desaconsejándole al *gauleiter* de Viena, Baldur von Schirach, que celebrase la deportación de los judíos vieneses en un discurso que debía dar en un congreso de jóvenes europeos, para evitar que proporcionase munición a la prensa internacional «y que se nos tiren al cuello». En esos meses en los que la deportación y la matanza de judíos alcanzó su cénit, los periódicos nazis, como el *Völkischer Beobachter* y *Der Angriff,* tan sólo publicaban uno o dos artículos

antisemitas por semana. Se hablaba poco de los judíos en los noticiarios cinematográficos, y nada en absoluto en los breves documentales que se proyectaban antes de los largometrajes. ¿Por qué estaban ahora los nazis tan preocupados por ocultar los detalles, cuando los titulares del principal diario del Partido proclamaban no mucho tiempo atrás que «Los judíos serán exterminados»?[25]

El motivo más obvio, como Goebbels admitió abiertamente ante Schirach, era que todos aquellos actos serían aprovechados por la propaganda aliada en contra de Alemania, como así ocurrió. Pero también había otra razón. Durante 1942, se intentaron dos vías diferentes para influir en el pueblo alemán. Una fue el método pedagógico y directo de exhortación y argumentación, que intentaba que todo el pueblo alemán formase parte del redil nacionalsocialista. Ése fue el método que el propio Goebbels había intentado en su artículo de noviembre de 1941 «Los judíos son culpables» y que continuó siendo utilizado en los discursos de 1942 de Hitler y Göring, en las instrucciones de Martin Bormann a los funcionarios del Partido y, fuera del Reich, en el periódico oficial de Hans Frank en la Gobernación General, donde se publicaron informes detallados de la puesta en práctica de las deportaciones en la Europa ocupada por los alemanes.

Pero junto a esas exhortaciones directas, Goebbels desarrolló otra forma más discreta y sutil de manipular las informaciones. En lugar de persuadir a sus lectores de respaldar la «exterminación» como una necesidad política y racial, la prensa alemana comenzó a dar pistas de aquello que la gente ya sabía, fomentando una sensación de semisecreto conspiratorio. Durante 1942, la prensa planteó el tema de «la solución de la cuestión judía» por parte de los aliados rumanos, búlgaros, croatas y eslovacos, informando sobre el empleo de judíos en los trabajos forzados, su confinamiento en guetos y, en el caso de Eslovaquia, incluso su deportación. Los periodistas debatieron si la «cuestión judía» se «había resuelto completamente» en Eslovaquia, o comentaron sobre las demandas existentes para resolver la «cuestión gitana» en la Europa del sudeste de maneras parecidas. Aquellas referencias incompletas y a menudo vagas conectaban con lo que la gente ya sabía por rumores y habladurías. Pero la prensa evitaba ahora las

declaraciones explícitas. La nueva táctica de Goebbels experimentaba con una forma tácita y conspirativa de manipular –y silenciar parcialmente– las inquietudes morales. En lugar de lanzar una campaña de propaganda explícita para ganar el apoyo del público a la acción del régimen, como inicialmente había pretendido, hizo que el conocimiento de las acciones se filtrase lentamente y fomentase una sensación de complicidad.[26]

La mejor manera de describir el resultado es hablar de una «espiral de silencio». El término fue acuñado mucho más tarde, en 1974, por la investigadora de opinión pública más conocida en la Alemania Occidental de la posguerra, Elisabeth Noelle-Neumann. Aunque escribía sobre la democracia de posguerra, estaba profundamente influida por su formación en 1941 y 1942, cuando contribuía con sus artículos sobre la influencia de la prensa judía en Estados Unidos, como joven periodista, al *Das Reich* de Goebbels. El elemento de su pensamiento que puede conectarse con la dictadura nazi es su énfasis en cómo la opinión pública es objeto de presiones privadas, prepolíticas. Según Noelle-Neumann, el temor al aislamiento y a la sanción social tiende a silenciar a los individuos que sienten que están en minoría, reduciendo su número potencial; entretanto, la transmisión por parte de la prensa del punto de vista de la «mayoría» aumenta y estabiliza su posición moral. Su argumento ilumina también una importante intersección entre las esferas pública y privada de la sociedad, con gran parte de la presión a favor de la conformidad ejercida de manera privada, en el seno de grupos formados por personas de ideas parecidas. A través de la vergüenza, incluso de la humillación, las relaciones familiares y laborales contribuyen a conformar la opinión y a desplazarla silenciosamente a posiciones morales. Al contrastar estas ideas con el concepto de «tendencia popular» que se centra en el conformismo general, Noelle-Neumann dirigió la atención hacia la importancia psicológica de las presiones privadas para fomentar el temor de los individuos al aislamiento.[27]

La historia de Karl Dürkefälden ejemplifica cómo un problema moral general se convierte en un asunto familiar privado y termina siendo silenciado. Ingeniero de cuarenta años, propietario de una empresa de

fabricación de máquinas en Celle, Dürkenfälden fue clasificado como «indispensable» y liberado del llamamiento a filas. Procedente de una familia obrera tradicionalmente afiliada a la socialdemocracia, se había matriculado en la escuela nocturna en los años veinte y había padecido largos periodos de desempleo durante la Gran Depresión, logrando finalmente una familia y una vida profesional estable cuando comenzó el rearme de Alemania en la década de 1930. En el verano de 1942, su empresa estaba fabricando equipamiento para perforaciones petrolíferas en previsión de la conquista de los campos petrolíferos soviéticos. Dürkenfälden oía regularmente la BBC, y cuando escuchó una charla de Thomas Mann en la Voz de América sobre el gaseamiento de cuatrocientos jóvenes judíos holandeses, llegó a la conclusión de que las amenazas públicas de Hitler no eran meras palabras. Su cuñado, Walter Kassler, servía en el frente del Este y había escrito diciendo que ya no quedaban judíos en Kiev. Cuando volvió a casa de permiso en junio de 1942, Walter habló con Karl sobre las ejecuciones en masa que había visto y sobre el gaseamiento de judíos franceses del que había oído hablar a otro soldado. «Walter repetía una y otra vez», confesó Dürkenfälden en su diario, «que "debemos alegrarnos de no ser judíos".» Comprendiendo que Karl estaba horrorizado, Walter trató de explicárselo: «Al principio no lo entendía, pero ahora ya lo comprendo: es una cuestión de existencia o no existencia». Kassler había aceptado el incesante y repetido mantra de Hitler de que la nación se enfrentaba a una elección apocalíptica: «Ser o no ser». Cuando Karl insistía, «Pero, son asesinatos», la respuesta de Walter de nuevo procedía directamente de los medios de comunicación: «Ellos nos harán los mismo a nosotros si perdemos la guerra». Karl Dürkerfälden supo que tenía que pararse allí. Contradecir a su cuñado hubiera significado una brecha abierta en la familia. En el peor de los casos, podría terminar en una denuncia a la Gestapo; y con toda probabilidad, habría supuesto que la relación entre los miembros de la familia se volviese tirante y que él terminase condenado al ostracismo.

Prevaleció, pues, el mensaje básico de los medios de comunicación, pero no porque Karl lo creyese, sino porque tuvo que permitir que Walter

tuviese la última palabra. La manera progresiva en que los nazis habían destruido primero el antiguo movimiento obrero gracias al terror y luego habían intentado volver a dar forma a la identidad de la clase trabajadora alrededor de promesas de consumo, empleo estable, orgullo nacional y diferencias étnicas, había dejado su marca, y antes incluso de la guerra había cambiado la percepción del «nosotros» y el «ellos» de la que se hablaba alrededor de la mesa de la cocina. Los valores socialdemócratas de Karl Dürkefälden estaban pasados de moda, y sus ideas humanitarias resultaban embarazosas: se había convertido en parte de la minoría acosada, silenciada no por la Gestapo o por los gacetilleros del Partido, sino por la presión para que se conformase, ejercida dentro de su propia familia.[28]

Esta versión de la «espiral de silencio» se producía en el terreno privado, porque los medios de comunicación evitaron provocar ningún debate sobre lo que estaba ocurriendo; al mismo tiempo proporcionaron una serie de justificaciones retóricas para la exterminación, y fueron sembrando insinuaciones que permitieron a la gente conectar las amenazas abstractas de Goebbels y Hitler con los detalles específicos de las ejecuciones masivas que circulaban en privado. Lo que se estaba creando así era una sensación de «saber sin saber», que no invitaba a ningún tipo de compromiso público, afirmación o sentimiento de responsabilidad moral; y que demostró ser útil mientras nadie rompiese el límite artificial de lo que podía decirse. La institución mejor posicionada para romper ese silencio era la Iglesia católica. En septiembre de 1941, un mes después de que el obispo Galen hubiese denunciado estruendosamente la matanza de pacientes psiquiátricos desde el púlpito de la iglesia Lamberti en Münster, recibió una carta anónima felicitándole por su coraje. El autor de la carta le recordaba a Galen lo que les estaba ocurriendo a los judíos alemanes, ahora que incluso aquellos que eran tan patriotas como él mismo tenían que llevar puesta la estrella amarilla, y concluía: «Sólo el absurdo deseo, la loca esperanza de que, en algún lugar, alguien generoso alce su voz por nosotros me ha incitado a escribirle esta carta. ¡Que Dios le bendiga!». No hay registro de ninguna respuesta. Galen no dijo ni una sola palabra, ni en público ni en privado, sobre la persecución de los judíos. Por el contrario, siguió dando

sermones en los que describía a los católicos alemanes como los verdaderos patriotas que defendían a la madre patria contra la amenaza bolchevique.[29]

Sin embargo, Galen y los demás obispos sabían lo que estaba ocurriendo. Margarete Sommer, que dirigía en Berlín una oficina de ayuda al trabajo bajo los auspicios del obispo Preysing, reunió y pasó información sobre lo que les había sucedido a los católicos descendientes de judíos después de haber sido deportados a los territorios bálticos. También recibió información confidencial de Hans Globke, un alto cargo del Ministerio del Interior. Tras una reunión con Sommer, el obispo Berning de Osnabrück llegó a la conclusión, el 5 de febrero de 1942, de que: «Existe claramente un plan para exterminar por completo a los judíos». Esto sucedía tan sólo dos semanas después de que Heydrich hubiera organizado la altamente secreta Conferencia de Wannsee para informar a los miembros de más alto nivel de la administración del inminente asesinato de once millones de judíos europeos.[N1] Pero los obispos Berning y Preysing tardaron aún dieciocho meses en redactar una petición contra «la deportación de gentes no arias con unos métodos que desprecian los derechos humanos». En agosto de 1943, la Conferencia de obispos de Fulda rechazó la propuesta. En cualquier caso, era ya demasiado tarde: en ese momento, la mayoría de los judíos habían muerto. La figura más influyente del catolicismo alemán, el cardenal Bertram, se negó a volver a reunirse con Margarete Sommer, insistiendo en que sólo estaba dispuesto a recibir informes escritos por ella si estaban firmados por Preysing para garantizar su autenticidad. Este procedimiento, como el cardenal sabía muy bien, hubiera expuesto a los dos firmantes a caer en manos de la Gestapo. Si Bertram no supo lo que ocurría con los judíos, fue porque se esforzó en no saberlo.[30]

Uno de los grandes «qué hubiera sucedido si» que los historiadores siguen debatiendo es si una acción conjunta por parte de las iglesias hubiera podido detener la matanza de judíos, de la misma manera que las protestas públicas de los obispos católicos detuvieron los asesinatos de pacientes psiquiátricos en agosto de 1941. La razón por la que decidieron no actuar ha sido objeto de una intensa especulación histórica y de condena moral. Pero la comparación entre ambos sucesos tiene varios puntos débiles. Los

obispos tampoco protestaron contra la matanza de pacientes psiquiátricos adultos cuando volvió a comenzar en agosto de 1942, a pesar de que lo sabían muy bien. En esa ocasión, los obispos católicos evitaron hacer pública la información. Realmente, durante la confrontación de 1941, lo que más les preocupaba era el ataque que se estaba produciendo por parte de los nazis contra sus propiedades; pero en otoño, ambos bandos habían llegado a un acuerdo. Cuando en agosto de 1942 se celebró la Conferencia de obispos de Fulda, un informador interno le explicó a la Gestapo que «existe satisfacción general por los éxitos de la Iglesia en el pasado año», en particular en lo referente a la relajación de la tensión con el Estado y al final de las incautaciones de las propiedades de la Iglesia. La de los judíos no fue la única cuestión sobre la que los obispos católicos guardaron silencio. Ya habían establecido un ominoso precedente al decidir guardar silencio sobre las ejecuciones masivas en Polonia en 1939. Entre aquellas víctimas no sólo había profesores, funcionarios, muchachas de las Jóvenes Guías y judíos, sino también sacerdotes católicos. Los ideólogos nazis contemplaban a la Iglesia como una institución que conspiraba a nivel internacional, pero el clero alemán conocía muy bien su identidad nacional. Después de la retirada de la Wehrmacht de Moscú, la Iglesia católica alemana no tenía ya ninguna duda sobre la gravedad de aquella guerra. En lugar de seguir disputando con los nazis la primacía en la dirección espiritual de la nación, decidieron establecer una incómoda y díscola alianza con el Partido para unir a todos los alemanes en la tarea urgente de la defensa nacional.[31]

Abandonados a sus propios recursos, los católicos adoptaron diferentes direcciones. Cuando en julio de 1942, los últimos judíos, los más ancianos, fueron llevados a la plaza del mercado de Lemgo, en el distrito de Lippe en Renania del Norte-Westfalia, sus vecinos «arios» contemplaron el traslado con preocupación. Según el SD local, comenzó un debate sobre si era o no necesario deportar a aquellos ancianos a un campo, cuando estaban ya destinados a morir pronto. Los espectadores estaban divididos entre personas religiosas –algunas de las cuales incluso advirtieron de que el pueblo alemán estaba invitando a que se produjera un «castigo divino»– y nazis convencidos, que en este caso parecen haber sido una minoría. El SD

reconoció que incluso muchos «camaradas nacionales que previamente han aprovechado todas las oportunidades, fuesen apropiadas o no, para expresar sus convicciones nacionalsocialistas» habían adoptado una actitud humanitaria, tal vez porque esta deportación final afectaba a personas que despertaban compasión y no temor. Sin embargo, lo de Lembo fue un caso excepcional. En la cercana Münster, donde el obispo Galen tenía su sede, la deportación final se produjo sin ninguna complicación, y los ancianos judíos incluso tuvieron que pagar a miembros del SD para que les llevasen los equipajes. En Colonia, muchos laicos como algunos miembros del clero presionaron para actualizar la liturgia de las bodas católicas: consideraban que la imprecación a que la novia tuviese «una vida tan larga y tan llena de fe como Sara» era «absurda».[32]

Mientras ninguna institución de la Europa ocupada condenó la deportación y la matanza de judíos, el debate en la propia Alemania se mantuvo dentro de los límites establecidos por los medios de comunicación. Durante un tiempo, la «espiral de silencio» funcionó. No está claro, sin embargo, que se hubiera obtenido el mismo resultado si Goebbels hubiera seguido sermoneando al pueblo. Los directores de los medios de comunicación del régimen consideraron que era más factible convencer a la opinión pública mediante el recurso de ofrecer ciertos indicios de lo que la mayor parte de los lectores de periódicos ya sabía, que utilizando una propaganda constante. Por otra parte, la nueva fórmula de Goebbels evitó el riesgo de plantear abiertamente la sima moral que se abría entre el utilitarismo racial y asesino del nacionalsocialismo y la ética cristiana de la sociedad alemana, mucho más generalizada, que prohibía el asesinato. Conseguir ese equilibrio dependía en gran medida del silencio de las iglesias, las instituciones que, tras el propio régimen nazi, tenían una mayor influencia en Alemania y en la Europa ocupada.

Había, sin embargo, un flujo constante de información que el régimen nazi no podía suprimir. Entre junio y diciembre de 1942, durante los meses en que el genocidio estaba en su culmen, la BBC informó una y otra vez sobre la deportación y matanza de judíos. El 17 de diciembre de 1942, Anthony Eden, el secretario de Estado británico de Asuntos Exteriores, se

dirigió a la Cámara de los Comunes, describiendo las «limpiezas» de los guetos polacos y la deportación de judíos de todo el continente «en condiciones espantosamente horrorosas y brutales». Aunque no era un filosemita, Eden escogió cuidadosamente sus palabras, dejando claro que el Gobierno alemán estaba «llevando al fin a la práctica su intención, a menudo repetida por Hitler, de exterminar al pueblo judío de Europa». Leyó la condena de «esta política bestial de exterminación a sangre fría» firmada por los doce gobiernos aliados –Bélgica, Checoslovaquia, Grecia, Luxemburgo, los Países Bajos, Noruega, Polonia, Estados Unidos, Gran Bretaña, la Unión Soviética, Yugoslavia y el Comité Nacional Francés– y su «solemne resolución de asegurarse de que los responsables de esos crímenes no escaparán al castigo». Al final, la Cámara permaneció en silencio durante un minuto. Esa misma semana, el servicio en alemán de la BBC emitió varios reportajes al día sobre las matanzas de judíos.[33]

Tres días antes de la declaración de Eden, Goebbels se había anticipado a la respuesta aliada con una notable indiferencia, afirmando en una reunión de su ministerio: «No podemos responder a esas cosas. [...] No estamos en posición de meternos en una controversia al respecto, al menos no ante los medios de comunicación mundiales». Teniendo en cuenta tanto las informaciones periodísticas de los países neutrales como las del frente interno, Goebbels optó por una distracción, una campaña de la prensa alemana insistiendo en las atrocidades de los Aliados en la India, Irán y otros lugares del mundo. Se encontró con una respuesta moderadamente floja. A los medios de comunicación alemanes les faltaba material novedoso, y a la audiencia no le interesaban demasiado las historias del mundo colonial no europeo. Sin embargo, la propaganda alemana no fue un completo fracaso. Su afirmación de que los Aliados estaban luchando en aquella guerra a favor de los judíos produjo en Gran Bretaña una cierta reacción. Cuando el doctor Cyril Garbett, arzobispo de York, llegó tan lejos como para lanzar un mensaje de Año Nuevo llamando a una «cruzada» para salvar a los judíos, aquello sirvió para subrayar esa afirmación. Incluso en la propia Gran Bretaña, el Gobierno deseaba evitar la acusación de que estaba entregándose en manos de los judíos, de tal manera que el flujo de

noticias sobre las matanzas descendió. De ahí en adelante, las informaciones de los Aliados sobre el genocidio serían cuidadosamente acompañadas de noticias sobre las atrocidades alemanas contra otros grupos sociales, de tal manera que la causa de los Aliados permaneciese inequívocamente unida a la humanidad en su conjunto. Karl Dürkefälden oía con cierta frecuencia las noticias de la BBC, pero no muchos de sus compatriotas estaban preparados para conformar su orientación moral a partir de la radio enemiga.[34]

*

A finales de 1942, había numerosas fuentes que corroboraban las matanzas a nivel europeo de judíos. Ya había decenas de miles, posiblemente incluso millones de testigos, de las ejecuciones de judíos en los territorios soviéticos ocupados, los estados bálticos y la Polonia oriental. Incluso los nombres de los campos de exterminio en la Polonia ocupada –Chełmno, Bełżec, Sobibor y Treblinka–, igual que el nuevo campo de Auschwitz en la Alta Silesia, comenzaban a ser conocidos. Pero la información sobre lo que ocurría exactamente en esos lugares seguía siendo incompleta.

En Pomerania y en otras partes de la Polonia ocupada y de la Unión Soviética, los camiones móviles de gas se veían muy frecuentemente mientras se desplazaban por las carreteras del país, transmitiendo los gases de escape, repletos de monóxido de carbono, al compartimento trasero. En Pomerania, ya habían sido utilizados en 1939-1940 para matar a pacientes psiquiátricos. Desde enero de 1942, se empleaban en Chełmno para matar a los judíos de Łódź. En este caso, se había hecho un gran esfuerzo para preservar el secreto. El edificio del antiguo castillo que servía de campo estaba rodeado por una alta valla de madera vigilada por centinelas, y la policía militar acordonaba todos los caminos dentro del área del bosque donde se enterraban los cuerpos de las personas asesinadas en los camiones de gas. Los escuadrones de judíos encargados de esa tarea eran, a su vez, rutinariamente ejecutados.[N2] Pocos visitantes podían entrar en las cámaras de gas estáticas que ya se habían instalado en Bełżec, Sobibor y Treblinka.

Uno de los que dejaron registro de esa visita fue Kurt Gerstein, oficial de las SS y experto en desinfección, que visitó Bełżec el 20 de agosto de 1942. Allí fue testigo de la llegada y gaseamiento de un transporte de judíos llegado de Leópolis. El motor diesel no arrancaba y se mantuvo a los judíos encerrados en las cámaras de gas durante dos horas y media mientras lo reparaban. El gaseamiento en sí duró otros 32 minutos.[N3] La tarea de Gerstein consistió en aconsejar cómo desinfectar las ropas. En Bełżec estuvo acompañado por un asesor de las SS, el profesor de Higiene de la Universidad de Marburgo doctor Wilhelm Pfannenstiel. El profesor estaba fascinado por lo que estaba teniendo lugar y permaneció junto a la puerta con su ojo pegado a la mirilla hasta que se empañó por completo. Comentó que los gemidos de los judíos apiñados allí dentro sonaban «como si estuvieran en una sinagoga». Los dos hombres fueron a visitar al día siguiente la instalación mucho mayor de Treblinka, y Pfannenstiel felicitó a sus anfitriones en un discurso que hizo después de la cena por «la grandeza del trabajo» que estaban haciendo.[35]

Gerstein volvió a Berlín en un tren nocturno, donde coincidió en el compartimento con un agregado de la embajada de Suecia en Berlín, Göran von Otter. Profundamente perturbado por su experiencia, Gerstein se arriesgó a confesarle lo que había visto a Otter, y le instó a que lo contase al mundo exterior. Incluso reveló su identidad y, siendo un protestante devoto, nombró al obispo protestante de Berlín, Otto Dibelius, como persona de referencia. De vuelta en la capital del Reich, Gerstein informó inmediatamente tanto a Dibelius como a su homólogo católico, el obispo Konrad, conde de Preysing. Incluso intentó contactar con el nuncio del Papa y con la delegación suiza; todo fue en vano. El informe del agregado sueco a su Gobierno fue rápidamente enterrado, y los obispos no reaccionaron a aquellas informaciones.[36]

Tampoco el padre de Gerstein, juez retirado, quiso saber nada. La conversación entre los dos hombres no terminó bien, y Gerstein intentó resumirla en una carta. El 5 de marzo de 1944, el hijo le escribió al padre:

> No sé qué ocurre en tu interior, y no pretendo tener el menor derecho a saberlo. Pero cuando un hombre se ha pasado toda su vida profesional al servicio de la ley, algo debe de haber ocurrido en su interior estos últimos años. Me sentí profundamente conmocionado por algo que me dijiste, o que más bien me escribiste. [...] Dijiste: «¡Los tiempos difíciles exigen métodos duros!». ¡No! Ninguna máxima de ese tipo puede justificar lo que ha ocurrido.

En una reversión de los roles generacionales, era el hijo quien le pedía al padre que adoptase una postura moral, avisándole de que

> tú también tendrás que ponerte en pie y responder por la época en la que vives y por lo que está ocurriendo en ella. No quiero que dejemos esto sin resolver. [...] Si no fuera posible, o permisible, que te pida que no subestimes tu responsabilidad, tienes al menos la obligación de responderte a ti mismo.

El padre mantuvo su actitud y, en un intento desesperado de acercamiento, el hijo volvió a escribirle: «Si miras a tu alrededor, te darás cuenta de que ésta es una grieta que está dividiendo a muchas familias y amigos que antes estaban unidos». Igual que le había sucedido a Karl Dürkefälden, el intento de Kurt Gerstein de articular una posición moral fue bloqueado por su propia familia. Sin duda alguna, hubo otros como él.[37]

Sólo algunos privilegiados fueron realmente testigos de cómo se producían las matanzas. A medida que las noticias se iban extendiendo rápidamente en la vecindad de los campos de exterminio y más allá, se propagaban también los errores sobre los detalles cruciales de las operaciones. Diez días después de que Pfannenstiel y Gerstein visitasen Bełżec, el suboficial Wilhelm Cornides, se encontraba esperando en el andén de la estación de Rawa Ruska en Galitzia, cuando llegó un tren formado por unos 35 vagones de transporte de ganado, llenos de judíos. Un policía le explicó que probablemente eran los últimos judíos de Leópolis: «Han estado llegando ininterrumpidamente durante cinco semanas». Cuando se subió a su tren, Cornides descubrió que ocupaba el mismo compartimento que un policía del ferrocarril y su esposa, que prometieron señalarle el campo donde los judíos estaban siendo asesinados. Después de atravesar durante algún tiempo un bosque de altos pinos, notó un olor

dulzón. «¡Aquí está!», exclamó la esposa del policía. «Ya apestan.» Su marido la corrigió risueño, afirmando que aquel olor era «sólo gas». «Habíamos avanzado unos 180 metros», escribió Cornides en su diario, y «el olor dulzón se transformó en un fuerte olor a quemado. "Eso viene del crematorio", le dijo el policía.»[38]

Rawa Ruska estaba a sólo dieciocho kilómetros de Bełżec, y muchos de los trenes que cruzaban Polonia se detenían en aquella estación. Cuando algunos prisioneros de guerra franceses y belgas fueron enviados allí aquel verano a trabajar, les preguntaron a los reservistas alemanes de mediana edad que los vigilaban adónde iban aquellos trenes llenos de judíos. La cortante respuesta fue muy sencilla: «Al cielo». Dos de los prisioneros belgas lograron escapar a Suecia en la primavera de 1943, donde se lo contaron a un agente británico, que redactó el siguiente informe:

> Lo que más les había impresionado fue la exterminación de los judíos. Ambos han sido testigos de atrocidades. Uno de los belgas vio camiones llenos de judíos que fueron llevados a un bosque, y los mismos camiones regresando varias horas después, vacíos. Había cuerpos de niños y mujeres judíos tirados en fosas y en las vías. Los propios alemanes, añadieron, presumían de que habían construido cámaras de gas donde los judíos eran sistemáticamente asesinados y enterrados.[39]

Los prisioneros franceses que habían desmantelado tumbas judías en la Galitzia oriental, cerca de Tarnopol, para usar las losas en la construcción de carreteras, volvieron a Alemania llevándose aquellas historias. Uno le contó a un antiguo sindicalista alemán que había visto los trenes llenos que luego regresaban vacíos; otros dos, que escaparon a Suecia, informaron a un agente británico. No conocían los detalles de cómo ocurrían las matanzas e informaron de que «hay quien dice que [los judíos] han sido electrocutados en masa». Este tipo de errores no eran inusuales. Mientras que la llegada, el momento de desvestir los cadáveres y enterrarlos o quemarlos se hacían al aire libre, ante testigos de fuera de los campos, las matanzas en sí se hacían de manera secreta. Zygmunt Klukowski, el director del hospital de la cercana ciudad de Szczebrzeszyn, había oído ya el 8 de abril de 1942 que

tanto la «electricidad» como «los gases venenosos» estaban siendo utilizados en Bełżec.[40]

Los rumores sobre la electrocución en masa se extendieron de una manera muy amplia, alcanzando el gueto de Varsovia. Desde el lado «ario» de la ciudad, el capitán alemán Wilm Hosenfeld escribió a su casa el 23 de julio, dos días después de que comenzasen en la ciudad las deportaciones, contándole a su mujer que el «gueto, con su medio millón de habitantes, va a ser vaciado» siguiendo las órdenes de Himmler: «Esta historia no tiene paralelismos. Quizá los hombres de las cavernas se comieran los unos a los otros, pero masacrar a una nación entera, hombres, mujeres, niños, en pleno siglo XX, y hacerlo nosotros, que estamos llevando a cabo una cruzada contra el bolchevismo, es una horrible responsabilidad, llena de sangre, que me hace desear desaparecer bajo la tierra muerto de vergüenza». Cada nuevo detalle que le llegaba le hacía sentirse aún peor. El 25 de julio, oyó decir que los judíos estaban siendo enviados a un campo cerca de Lublin donde las víctimas eran quemadas vivas en cámaras electrificadas, para ahorrarse el trabajo de las ejecuciones en masa y los entierros.[41]

Que algunos supieran algunas cosas no quiere decir que todo el mundo supiera. Pero las noticias se iban extendiendo ya desde la vecindad de los campos, llegando mucho más allá de los encargados de las centrales telefónicas locales y los trabajadores del ferrocarril, los bebedores de las tabernas que se ponían a hablar con hombres de las SS borrachos que deseaban desahogarse o los ingenieros alemanes que trabajaban en la planta de IG Farben con prisioneros de Auschwitz. También había otros rumores sobre túneles de gas y trenes en los que los judíos eran gaseados a través del sistema de calefacción. Muchos de ellos aparecen recogidos en el diario de un vecino de Hesse ya en noviembre en 1941, en el de uno de Fráncfort en julio de 1942, y en los cuadernos de un vienés a finales de 1942. En Berlín, Ruth Andreas-Friedrich escribió tres veces sobre el asunto en su diario.[42]

Igual que había ocurrido con las matanzas de pacientes psiquiátricos en 1940 y 1941, la información circulaba a toda velocidad entre aquellos que tenían acceso burocrático privilegiado. El ex embajador en Roma Ulrich von Hassell, un conservador antinazi, oyó hablar primero de los

Einsatzgruppen en la Unión Soviética y luego de las cámaras de gas a través de sus altos contactos en el ejército y en la contrainteligencia militar, Hans von Dohnanyi, Georg Thomas y Johannes Popitz. Incluso el jefe del SD en la Francia ocupada, Werner Best, había tenido noticias no oficiales sobre las «barridas» de los *Einsatzgruppen* por algunos colegas que regresaban del este. Entre los alemanes menos influyentes, la información circulaba más rápidamente en aquellos grupos de personas que mantenían redes de amigos y conocidos antinazis. El 31 de agosto de 1943, la hija de quince años de unos socialdemócratas berlineses confesó en las páginas de su diario: «Mamá me dijo hace poco que la mayor parte de los judíos han sido asesinados en campos, pero yo no puedo creerlo».[43]

En enero de 1942, uno de los hombres que cavaban tumbas en Chełmno, Yakov Grojanowski, escapó y consiguió llegar hasta el gueto de Varsovia, donde su historia llegó a manos de Emanuel Ringelblum, jefe de los archivos secretos judíos, y de Yitzhak Zuckerman, joven líder sionista. Al menos dos cartas con informaciones similares llegaron a Łódź. Pero aquellos avisos no circularon de manera masiva. Entre los habitantes del gueto de Łódź, el hambre era el problema más importante a principios de 1942, enmascarando la verdadera naturaleza de la deportación de 55.000 personas del gueto.[44]

Sin embargo, no fue necesario que los alemanes oyesen hablar de los campos de exterminio para que estuviesen informados sobre las matanzas de judíos. El 19 de diciembre de 1942, cuando le contaron al abogado vienés Ludwig Haydn que se estaba introduciendo gas a través de los conductos de la calefacción en los trenes en los que se deportaba a los judíos, ya había oído hablar, tanto a testigos directos como indirectos, de las ejecuciones en masa. A finales de junio, había sintonizado la BBC para escuchar una de sus primeras informaciones sobre la exterminación de los judíos. Pero Haydn escribió que «En lo referente a la matanza masiva de judíos, el programa tan sólo confirma lo que aquí ya sabemos».[45]

Para entonces, ni siquiera los responsables del exterminio sabían muy bien cuánto se había avanzado. Insatisfecho con el recuento interno llevado a cabo por la Oficina Principal de Seguridad del Reich, Heinrich Himmler

encargó a su jefe de estadística, Richard Korherr, que le proporcionase cifras creíbles; una versión abreviada de ese informe –y escrita en un tono algo más eufemístico– le fue enviada a Hitler a principios de abril de 1943. Korherr estimaba que, a finales de 1942, 1,2 millones de judíos habían sido asesinados en los campos de exterminio y otros 633.300 en la Unión Soviética ocupada, todo lo cual parece haber sido un cálculo muy por debajo de la realidad, incluso aún en ese momento. Aquél fue un informe secreto, dirigido tan sólo a los más altos jerarcas nazis, pero sus estimaciones estaban en la línea de lo que los Aliados afirmaban. «Si los judíos dicen que hemos ejecutado a 2,5 millones de judíos en Polonia o que los hemos enviado al este, obviamente, no podemos replicar que sólo han sido 2,3 millones», había dicho Goebbels en un encuentro confidencial con la prensa el 14 de diciembre de 1942. Otras personas únicamente podían elucubrar sobre la magnitud: Ulrich von Hassell pensaba que 100.000 judíos habían sido gaseados en mayo de 1943. Tras oír a un SS presumir de que cada semana asesinaban a 2.000 en Auschwitz, Ruth Andreas-Friedrich estimó que 100.000 judíos estaban siendo asesinados cada año tan sólo en ese campo. En julio de 1944, cuando las 96 personas judías que vivían en la pequeña isla griega de Cos fueron embarcadas hacia el continente y enviadas a Auschwitz, ya estaba claro desde hacía mucho tiempo que aquélla era una operación para sacar a la luz y destruir a todos los judíos de Europa.[46]

*

El hecho de que todo aquello comenzase a ser conocido no siempre despertó en los alemanes la cuestión de su responsabilidad moral. Para ello hubiese sido imprescindible que se pudiera hablar públicamente del asunto. Tras haber comenzado en el otoño de 1941 por pedir el apoyo activo de los «camaradas nacionales» para marcar a los judíos con la estrella amarilla y luego deportarlos, Goebbels había comprendido que, al convertir el asunto en algo público, los medios de comunicación estaban creando un espacio para el debate y la disensión. Como respuesta, bajó el tono de la campaña

antisemita al completo. Era el mismo método que había empleado para evitar confrontar directamente a los alemanes con la «acción de la eutanasia», impidiendo todos los intentos de hacerlo de una manera rotunda, y optando, en cambio, por un acercamiento sutil a través de la idea del suicidio asistido para los pacientes terminales en la película *Yo acuso.* La diferencia principal era que la película de Liebeneiner estaba pensada para conducir el debate nacional, aclimatando a la opinión pública a la «limpieza» de las clínicas psiquiátricas de Alemania. La nueva estrategia de la propaganda sobre la «cuestión judía» tuvo un perfil más bajo, permitiendo que indicios y rumores hiciesen su efecto en la mente de la población, y promoviendo la falta de reacción en lugar del debate. Gracias al silencio de las iglesias, aquella estrategia se pudo mantener, impidiendo cualquier pronunciamiento moral, explícito y público, tanto a favor como en contra de la «solución final».

En determinados aspectos, la estrategia de Goebbels parece haber funcionado. Tanto la estrella amarilla como las deportaciones de los judíos eran actos simbólicos irreversibles que cambiaron lentamente, pero de manera fundamental, la actitud general. En el otoño de 1941, se habían producido numerosos casos de alemanes que se levantaban para dejar su asiento a los judíos ancianos en tranvías y trenes llenos. Un año más tarde, semejantes gestos se habían vuelto tan raros como escandalosos. Cuando en octubre de 1942 una joven alemana se puso en pie en un tranvía de Stuttgart para dejarle su asiento a una anciana judía cuyos pies estaban ostensiblemente hinchados, fue objeto de un clamor público: «¡Fuera!», le gritó un enfadado coro de pasajeros. «¡Sirvienta de los judíos!» «¿No tienes dignidad?» El conductor detuvo el tranvía y ordenó a las dos mujeres que se bajasen. En Münster, el periodista Paulheinz Wantzen fechó el endurecimiento de la actitud hacia los judíos durante la crisis que sepultó el frente oriental en el invierno de 1941-1942.[47]

Hay otro aspecto importante del silencio público: hizo que a la gente le resultase más difícil manifestar su desagrado moral incluso ante sí mismos. El profesor de Solingen August Töpperwien oyó, ya en diciembre de 1939, las primeras noticias sobre las ejecuciones en masa de judíos en Polonia, y

volvió a escribir sobre ello en su diario en mayo de 1940. En mayo de 1942, fue enviado para ayudar a dirigir un campo de prisioneros de guerra en Bielorrusia, y en las siguientes seis semanas escribió varias veces sobre las ejecuciones en masa de judíos: «En nuestro pueblo se ejecutó a trescientos judíos. Ambos sexos, grupos de todas las edades. La gente tiene que quitarse la ropa (claramente para poder distribuirla entre el resto de los habitantes del pueblo) y luego se les dispara con pistola. Fosas comunes en el cementerio judío local». Más tarde, Töpperwien fue enviado a Ucrania, donde su camino estuvo de nuevo marcado por las ejecuciones, y, sin embargo, este profesor de instituto tan reflexivo tardó aún diecisiete meses en reconocerse a sí mismo lo que toda aquella información significaba. En noviembre de 1943 escribió al fin en su diario: «No sólo estamos destruyendo a los judíos que luchan contra nosotros, ¡lo que queremos es exterminar literalmente a ese pueblo!». Lo que desencadenó esa reflexión fue una conversación con un soldado del que Töpperwien oyó «detalles *horribles*, aparentemente precisos, sobre cómo hemos exterminado a los judíos (desde niños hasta ancianos) en Lituania». Parece que August Töpperwien necesitó el estímulo de la conversación –aunque fuese una conversación privada– para colocar en su contexto aquello de lo que había sido testigo. Pero no logró llevar más allá esos pensamientos; es como si aquel protestante, autor de un diario muchas de cuyas entradas reflexionan de manera extensa sobre el sentido metafísico de la guerra, no hubiera sido capaz de soportar lo que aquel *reconocimiento* implicaba.[48]

Para los alemanes no judíos y para la mayor parte de los europeos que vivían bajo la ocupación alemana, la deportación y matanza de judíos no fue ni muy secreta ni muy significativa. Para los judíos de la Europa ocupada –registrados y marcados con la estrella amarilla en el oeste, recluidos en guetos en el este–, su propia condición de víctimas se convirtió en el aspecto crucial de sus vidas. En el Yom Kippur de 1942, Victor Klemperer y su esposa se despidieron de los últimos veintiséis «ancianos» en la casa de la comunidad judía en Dresde, en vísperas de su deportación; él no tenía ninguna duda de lo que todos ellos sentían: «El estado de ánimo de todos los judíos de aquí es sin excepción el mismo: el terrible final es

inminente. *Ellos* [los nazis] perecerán, pero tal vez, probablemente, tendrán tiempo para aniquilarnos primero a nosotros». Este sentimiento de condena inminente, tanto colectiva como personal, siguió siendo fundamental en la reacción de Klemperer a todas las noticias hasta el final de la guerra.[49]

La diferencia fundamental entre la reacción de los alemanes judíos y no judíos se encuentra aquí: para los judíos, era su inminente destrucción lo que daba forma a su comprensión de los demás aspectos de la guerra; para los alemanes no judíos, era la guerra la que enmarcaba su comprensión y su reacción a la matanza de judíos. El hecho de conocer los acontecimientos no era lo que les separaba, sino su punto de vista, marcado por enormes desigualdades de poder, y también de empatía.[50]

Cuando los medios de comunicación alemanes comenzaron a dar pistas sobre aquellas cosas que la gente ya sabía, los rumores se fueron volviendo más llamativos. En noviembre de 1942, Himmler se quedó sorprendido al leer una seria declaración hecha por el rabino Stephen Wise en Estados Unidos, que afirmaba que los cadáveres de los judíos se estaban usando para fabricar fertilizantes y jabón. El líder de las SS informó de inmediato al jefe de la Gestapo para que investigase, pidiéndole que le diese garantías de que no se volverían a usar los cadáveres, salvo para enterrarlos o quemarlos. En ese momento, aquel rumor –que a Wise le había llegado a través de los rabinos suizos– ya estaba muy extendido. En Berlín circulaba como un chiste: «¿Quiénes son los tres grandes químicos de la historia mundial? Respuesta: Jesús, porque convirtió el agua en vino; Göring, porque convirtió la mantequilla en cañones, y Himmler, porque convirtió a los judíos en jabón». Los muchachos de quince años se reían bajo la ducha después de jugar al fútbol, haciendo chistes sobre cuántos judíos se habían restregado mientras le sacaban espuma al jabón. Otros cambiaban el sentido de las iniciales RIF inscritas en las barras de jabón de la época de la guerra, como siglas de *Reichsstelle für industrielle Fette* (Departamento del Reich de grasas industriales), leyéndolas como RJF, *Rein jüdisches Fett* (Pura grasa de judío).[51]

Sin duda, hubo quien pensó que el rumor sobre la fabricación de jabón se remontaba a la Primera Guerra Mundial, cuando la propaganda británica

había afirmado que en las «fábricas de cadáveres» alemanas, los militares muertos eran procesados y convertidos en glicerina y otros productos. Como en los rumores sobre la electrocución en masa en los campos especiales desde los que los trenes volvían vacíos, los detalles falsos y los verdaderos se combinaban para expresar la sensación tan extendida de que estaba teniendo lugar una operación sin paralelo, a escala industrial. En particular, el humor negro proporcionaba medios para comenzar a asimilar la enormidad de lo que estaba ocurriendo sin aceptarlo completamente como un hecho probado. Con aquellas observaciones frívolas, la gente podía intentar desplazar los hechos al terreno del absurdo, sin sacar a la luz su profunda incomodidad.

*

Durante 1942 y 1943, los pocos judíos que aún quedaban en el Reich estaban más aislados que nunca. Segregados en el trabajo por sus colegas «arios», obligados a hacer las compras en horas en las que estaban solos y forzados a mudarse a casas «judías», había pocos espacios en los que judíos y no judíos pudieran encontrarse. Erna Becker Kohen, convertida al catolicismo, tuvo que abandonar el coro de la iglesia porque otros miembros no querían cantar con ella. Incluso comulgar le resultaba difícil, porque algunos parroquianos se negaban a arrodillarse junto a una judía, y algunos sacerdotes también evitaban el contacto. Tras la introducción de la estrella amarilla, el cardenal Bertram había escrito al cardenal Faulhaber para decirle que la Iglesia tenía cosas más urgentes de las que ocuparse que los judíos conversos; se dejó en manos de cada una de las diócesis su actuación en ese asunto.[52]

Entre las iglesias protestantes, sólo algunas pequeñas secciones de la Iglesia de la Confesión afirmaban el derecho de los judíos conversos a rezar en compañía de otros cristianos, y Theophil Wurm, el obispo de Wurtemberg, envió varias cartas privadas a los líderes nazis en defensa de los 1.100 judíos cristianos que había en su sede. En noviembre de 1941, Goebbels leyó una carta suya en la que se quejaba de que las medidas

adoptadas contra los «no arios» podrían ser utilizadas por «Roosevelt y sus cómplices». Pero las timoratas protestas que Wurm ya había hecho contra los asesinatos médicos, hacían que Goebbels lo viese como si fuera un Galen protestante: «Su carta va a la papelera». Hubo nuevas cartas privadas de Wurm, pero ninguna llegó más lejos. Finalmente Lammers, dirigente de la Cancillería del Reich, le envió al obispo una nota manuscrita avisándole de que debía «atenerse a los límites establecidos por su profesión y abstenerse de hacer declaraciones sobre asuntos de política general». Wurm se lo tomó al pie de la letra. Hubo otros dos obispos protestantes, Meiser, de Baviera, y Marahrens, de Hannover, que mantuvieron su independencia respecto a los abiertamente nazis Cristianos Alemanes. Pero nadie siguió el ejemplo de Wurm. Aunque rechazasen el antisemitismo racial de los nazis, los tres obispos seguían siendo, como la mayor parte de los pastores protestantes, profundamente conservadores y nacionalistas, compartiendo un antisemitismo que todavía identificaba a los judíos con la República «atea» de Weimar y considerando que las medidas nazis restringían su influencia y «arianizaban» sus propiedades: no hubo, en efecto, ninguna oposición a las deportaciones desde la Iglesia de la Confesión.[53]

Al otro extremo del espectro protestante, los Cristianos Alemanes se apresuraron a afirmar que habían «roto todo lazo con los cristianos judíos», y apoyaron intensamente la persecución antisemita. El 17 de septiembre de 1941, los líderes de la Iglesia Cristiana Alemana de Mecklenburg, Schleswig-Holstein, Lübeck, Sajonia, Hesse-Nassau y Turingia pidieron que los judíos fueran «expulsados de los territorios alemanes» y afirmaron una vez más que «los cristianos de raza judía no tienen ni lugar ni derecho a formar parte de la Iglesia». Franz Tügel, el obispo de Hamburgo, se había unido al Partido en 1931, convirtiéndose en uno de los principales oradores en los mítines de la provincia. Aunque comenzó a distanciarse de los Cristianos Alemanes en 1935, respondió a la deportación de los judíos en noviembre de 1941 recordando a sus lectores que

> Durante la época de la inflación dije en público que, para que la explotación de millones de alemanes ahorradores y trabajadores terminase rápidamente, se debería cerrar los bancos y

> ahorcar a los especuladores judíos de la bolsa. [...] No me siento responsable en absoluto de los miembros de la Iglesia protestante de raza judía, pues rara vez los que se han bautizado son realmente miembros de nuestra comunidad. Si tienen que irse hoy a los guetos, allí podrán convertirse en misioneros.

Dos días antes de la Navidad de 1941, la Cancillería de la Iglesia protestante publicó una carta abierta a todas las iglesias provinciales pidiendo a las «más altas autoridades que tomen medidas adecuadas para que los bautizados no arios permanezcan separados de la vida eclesiástica de las congregaciones alemanas».[54]

En su propia iglesia parroquial en el barrio de Nikolassee de Berlín, el día de Navidad de 1941, según anotó Jochen Klepper en su diario, «no había ningún judío con la estrella presente en el servicio». Gracias a su matrimonio «ario», su esposa Johanna no tenía que llevar la estrella, pero su hija Renate, que no era hija de Klepper, no gozaba de esa exención, y no se atrevió a acompañarles. Durante el servicio, Jochen y Johanna estaban consumidos por «la ansiedad de que no nos permitiesen tomar la comunión». Klepper había vuelto a Berlín dos meses antes, cuando su servicio en la Wehrmacht terminó abruptamente porque no había roto con su esposa judía. En septiembre de 1939, estaba seguro de que Alemania estaba llevando a cabo una guerra de autodefensa nacional, pero había tenido miedo por Johanna y Renate. Seguro de que la guerra intensificaría la persecución contra los judíos, le atormentaba la culpa por haberse mostrado en contra de que se fuesen a Inglaterra mientras aún estaban a tiempo. Ahora, mientras comenzaban las deportaciones, sus peores premoniciones se estaban cumpliendo.[55]

Desesperado por utilizar los lazos que aún le ligaban a la élite política, Klepper envió la última copia editada de su colección de cartas del «Soldado Rey» prusiano Federico Guillermo al ministro del Interior, Wilhelm Frick, en marzo de 1942. Era un regalo de cumpleaños adecuado, que sirvió como recordatorio de la promesa que Frick le había hecho de ayudar a Renate a sortear la prohibición general de emigración para los judíos, que había sido introducida en octubre de 1941. A Klepper le llevó

varios meses conseguir un visado de entrada a la Suecia neutral para Renate. Por fin, con el visado en sus manos, el 5 de diciembre de 1942, Klepper contactó con la embajada británica en Estocolmo para averiguar si los cuáqueros podían hacerse cargo del viaje de Renate a Inglaterra para reunirse allí con su hermana Brigitte.[N4] Incluso llegó a hablar con Frick sobre el visado de salida, que era fundamental. El ministro del Interior aceptó recibirle, reconoció su promesa y señaló que estaba dispuesto a ayudarle. En presencia de Klepper, puso en marcha la maquinaria para obtener el permiso de la Oficina Principal de la Seguridad del Reich. Pero sólo para él. Tan eufórico como angustiado, Klepper le preguntó si le ayudaría también para que su esposa y la hija de ésta pudiesen salir de Alemania. Visiblemente agitado, Frick comenzó a caminar de un lado a otro, explicándole al escritor que ya no tenía poder para proteger a una persona judía. «Estas cosas nunca se mantienen en secreto. Llegan a oídos del Führer, y entonces se organiza un escándalo.» Le dijo a Klepper que, por el momento, su esposa estaba protegida por su matrimonio con un «ario», pero le confesó que «se está presionando para obligar a la gente a divorciarse. Y eso significaría después del divorcio la inmediata deportación del miembro judío de la pareja».[56]

Todo lo que Frick pudo prometerle fue que usaría su influencia en el SD. Le consiguió una audiencia con el jefe de la sección judía, Adolf Eichmann, al día siguiente. Mientras le avisaba de que no debía hablar con nadie del asunto, Eichmann le dijo: «Todavía no he dicho que sí. Pero creo que saldrá bien». Cuando Klepper le volvió a insistir, Eichmann le hizo saber categóricamente que «La emigración de los dos no será aprobada». Le invitó a regresar al día siguiente para ver cómo terminaba el asunto de Renate. En su segundo encuentro con Eichmann el 10 de diciembre, éste le comunicó que el visado de Renate había sido rechazado. Jochen, Johanna y Renate decidieron escapar a su manera: «Esta noche nos iremos juntos hacia la muerte». Colocaron en la cocina un cuadro de Cristo bendiciendo, cerraron la puerta, abrieron el horno y se echaron en el suelo, mirando el cuadro y observándose los unos a los otros mientras las píldoras para dormir que habían tomado y el gas hacían su efecto.[57]

El régimen se volvió finalmente atrás en cuanto a la disolución obligatoria de los matrimonios entre judíos y cristianos, algo que hubiera podido salvar la vida de Victor Klemperer y su familia. Pero siguió habiendo muchas señales de que se tomarían de inmediato nuevas medidas. En marzo de 1943, se detuvo en Berlín a 1.800 hombres judíos casados con «arias». Durante toda la semana siguiente, las mujeres se congregaron en la calle ante el edificio en el que estaban encerrados, en Rosenstrasse, cantando «¡Devolvednos a nuestros maridos!», hasta que la Gestapo decidió soltarlos.[58]

En Berlín, menos del 10 % de los 70.000 judíos que estaban en la capital al comienzo de las deportaciones consiguieron ocultarse. Los que se libraron de la gran oleada de deportaciones se agarraron a la esperanza de que los certificados de exención y ciertos privilegios podrían protegerles. La esperanza quedó destruida el 27 de febrero de 1943, cuando los 8.000 judíos que aún estaban trabajando en las industrias de armamento de la ciudad fueron detenidos. La única posibilidad de supervivencia consistía en desaparecer. Irma Simon recibió un soplo el día antes de que la «Acción Fábrica» comenzase y se quedó en casa con su marido y su hijo de diecinueve años, Fritz, en vez de presentarse en la factoría de Siemens en la que trabajaba. Su marido, que era veterinario, había conseguido ampollas de ácido prúsico con la intención de suicidarse. Irma salió calle abajo con una maleta en busca de ayuda. Contra todo pronóstico, la encontró gracias a un zapatero y su hermano herrero, los Kossmann, dos trabajadores de mediana edad con simpatías comunistas. Se hicieron cargo de los tres judíos y los escondieron. Al principio tuvieron que separarse, quedándose el marido con el zapatero y Fritz e Irma con el herrero. Como Fritz estaba en edad militar, comenzaron a decir que estaba enfermo. Cuando empezó a ser difícil mantener esa fachada, tuvo que «volver» a su unidad, escondiéndose en el oscuro y frío cobertizo de la parcela de Kossmann, donde su protector le llevaba comida y se ocupaba de sus heces y su orina, sin llamar por supuesto la atención. Permaneció allí dos años. Irma se puso el velo negro de las viudas y comenzó a contar que tenía una relación sentimental con August Kossmann, algo que, por cierto, acabó siendo verdad a lo largo de

1943. Contra todo pronóstico, los hermanos Kossmann consiguieron esconder a los tres Simon hasta el final de la guerra, compartiendo sus escasas raciones, mientras August trabajaba en su tiempo libre para los granjeros del lugar, pagando así al suspicaz guardián de su bloque con comida.[59]

Los 1.400 judíos de Berlín que lograron sobrevivir escondiéndose tuvieron que ser salvados no una, sino varias veces. A menudo fueron apoyados por aquellos que ya disponían de redes clandestinas, utilizadas para evadir la vigilancia de la Gestapo. Gerhard Beck era hijo de un judío austriaco y una mujer que se había convertido al judaísmo. Había crecido en Berlín, y fue salvado en principio de la deportación gracias a las protestas de la calle Rosenstrasse. Una vez liberado, Gerhard ayudó a esconderse a otros judíos, utilizando tanto una red clandestina sionista como otra creada por sus amigos homosexuales «arios». Prohibidos en el párrafo 175 del Código Penal, los varones homosexuales se habían acostumbrado desde tiempo atrás a mantener sus círculos sociales y su vida sexual escondidos, para evitar la discriminación social, la homofobia y la persecución policial. La red judía de Gerhard fue la primera en quedar destruida, a principios de 1945, cuando un delator judío traicionó a sus compañeros ante la Gestapo.[60]

En Essen, Marianne Strauss consiguió esconderse cuando el resto de su familia fue deportada en octubre de 1943. Rescatada por un pequeño círculo de gentes de ideología socialista llamado *der Bund* (la Unión), tuvo que mudarse de piso en piso, cruzando una y otra vez Alemania en tren y tranvía, moviéndose primero entre Brunswick y Gotinga, y luego entre Wuppertal, Mülheim, Essen, Burscheid y Remscheid. Durante los siguientes dos años, hizo entre treinta y cincuenta viajes, cada uno de ellos una prueba de su habilidad para sobrevivir. Desprovista de cualquier tarjeta de identificación, salvo un pase de la oficina de correos, tenía que vigilar continuamente los controles. Cuando los policías inspeccionaban las tarjetas de identidad, aprendió a moverse despacio por los vagones, siempre por delante de ellos, con la esperanza de poder bajarse en la siguiente estación, antes de que llegaran a su altura. Cada uno de sus anfitriones tenía que inventarse una historia que cubriese a su supuesta pariente procedente de

otra ciudad, o explicar que no estaba trabajando porque era una joven madre que estaba de visita, lo cual significaba poder disponer de algún niño de otro miembro del Bund. Con tantos eslabones, incluso una cadena construida como aquélla por activistas plenamente entregados podía romperse en algún punto, y los pronósticos iban en su contra. Lo que les protegió muchas veces de ser descubiertos por la Gestapo fueron aquellos aspectos de su socialismo utópico que no resultaban abiertamente políticos. Muchos miembros del Bund vivían en comunas, y muchos de ellos se dedicaban a la danza moderna. Ambas actitudes derivaban de un movimiento social y cultural de los años veinte conocido como «Reforma de la vida», y fue esto lo que hizo creer a la policía secreta que no se trataba de una agrupación política. Como socialistas entregados y antinazis, los miembros del Bund trataron a Marianne como a una ciudadana alemana, y no como a una judía. Como revolucionarios socialistas, esperaban además la derrota de Alemania, una postura política que los diferenciaba de otras personas que también decidieron ayudar a los judíos.[61]

Entre las muchas personas que a título personal ayudaron a esconder a judíos, estuvo también Wilm Hosenfeld. A su llegada a Polonia en septiembre de 1939, se había sentido conmocionado por el cruel trato ejercido por los nuevos dueños alemanes, y había decidido seguir su propia conciencia. Primero había ayudado a algunos católicos polacos. Cuando en el verano de 1942 se comenzó a exterminar a los habitantes del gueto de Varsovia, Hosenfeld oyó que los judíos estaban siendo asesinados mediante electrocuciones masivas. A principios de septiembre, tenía ya información más exacta: sabía que el campo se llamaba «Triplinka» y que los judíos estaban siendo gaseados y luego enterrados en fosas comunes. Al principio le había resultado difícil creer que los alemanes fuesen capaces de cosas semejantes, pero, a medida que las informaciones iban siendo más claras, comenzó a sentirse profundamente avergonzado. Comenzó a releer al místico del siglo XV Tomás de Kempis, preguntándose si Dios permitía acaso que la humanidad se descarriase para conducirla después de nuevo a su enseñanza de «Amaos los unos a los otros».[62]

El 25 de septiembre de 1942, cuatro días después de que el último transporte abandonase el gueto de Varsovia hacia Treblinka, Hosenfeld acudió a un banquete en el que estaban un comandante de las SS, el doctor Gerhard Strabenow, y su amante, vestida de punta en blanco y llevando un traje que, según sospechó Hosenfeld, probablemente procedía del botín del gueto. Mientras se relajaba comiendo, Strabenow se retrató a sí mismo como «el señor del gueto». «Habla de los judíos», escribió Hosenfeld en su diario, «como si fueran hormigas o cualquier otro tipo de plaga. Y de su "reasentamiento", es decir, las matanzas en masa, igual que si se refiriese a erradicar los chinches cuando se desinfecta una casa.» Hosenfeld se preguntaba qué estaba haciendo comiendo sentado «a la mesa ricamente servida de los ricos, mientras alrededor todos viven en la mayor de las pobrezas y los soldados pasan hambre. ¿Por qué nos quedamos callados y no protestamos?». Las actividades de Hosenfeld durante la gran deportación de Varsovia se centraron en la escuela de deportes que dirigía para la Wehrmacht. Organizó una competición deportiva un fin de semana, que atrajo a 1.200 atletas y a miles de espectadores, un sonoro éxito para la moral militar, tras el cual él y su esposa se tomaron una bien merecida semana de permiso en Berlín.[63]

A diferencia del pequeño número de socialistas clandestinos, Hosenfeld no tomó precauciones para esconder sus opiniones de sus compañeros oficiales. A pesar de su oposición a las matanzas masivas y su creciente disposición a equiparar a los nacionalsocialistas, a los que se había unido en 1935, con sus enemigos bolcheviques, claramente no se veía a sí mismo ni como un conspirador enfrentándose a un régimen dictatorial, ni como un traidor a la causa alemana. Lo que pensaba más bien es que «las ideas nacionalsocialistas [...] sólo son toleradas porque en este momento son el menor de dos males. El mayor es perder la guerra». Sin embargo, habiéndose confesado ya en varias cartas a su hijo Helmut, que servía ahora en el frente oriental, Hosenfeld le escribió que la capacidad de resistencia de las tropas alemanas, desde África del Norte hasta el Ártico «te hace sentirte orgulloso de pertenecer a esta nación. Uno puede no estar de acuerdo», añadía, refiriéndose sin duda a las acciones antijudías, «con esto

o aquello, pero el vínculo interior con la esencia de tu propia gente te permite pasar por alto las imperfecciones».[64]

Wilm Hosenfeld aún tardó ocho meses en ir más allá, dando protección a dos judíos en la propia escuela de deportes de la Wehrmacht que dirigía. El levantamiento del gueto de Varsovia había sido aplastado, y los únicos judíos que permanecían en la ciudad estaban escondidos.[N5] Uno de ellos, Leon Warm-Warczyński, se había escapado del vagón de ganado en el que era llevado a Treblinka, y Hosenfeld rápidamente lo contrató bajo la falsa identidad de un trabajador polaco. Para Wilm Hosenfeld –veterano de la Primera Guerra Mundial, maestro católico, miembro en el pasado de las tropas de asalto y miembro del Partido Nazi– ayudar a esconder a dos judíos en Varsovia era una respuesta natural, el tipo de acción que su conciencia le exigía. Pero aquello no tenía nada que ver con su patriotismo, ni menos aún con que desease la derrota alemana, el único final que, sin embargo, podría asegurar la supervivencia de Warm-Warczyński.[65]

Poca gente estaba preparada para ir tan lejos. En el caso de Ursula von Kardorff, una joven periodista del *Deutsche Allgemeine Zeitung,* su ayuda a los judíos comenzó con un encuentro personal. En medio de la oscuridad de una noche de noviembre de 1942, sonó el timbre de su puerta y, bajo la leve luz de la entrada, pudo ver que sus dos visitantes llevaban la estrella amarilla. Venían de Breslavia, le dijeron, y traían un cuadro del padre de Ursula –un conocido artista académico– que ahora necesitaban vender. «Les dimos algo de comida y comenzaron a relajarse», contó Kardorff en su diario. «Lo que estas gentes están pasando es indescriptible. Quieren esconderse antes de que los detengan, hacerse pasar por refugiados de Renania.» Su padre les compró el cuadro, pero, como reflexionó la joven periodista, sus visitantes no necesitaban sólo «ayuda material, sino también apoyo». Sin embargo, los Kardorff no estaban preparados para ir más allá.[66]

Ursula tenía un trabajo en la sección cultural del periódico. Mientras envolvía los paquetes que iban a mandar para Navidad a su hermano y su prometido, ambos sirviendo en el Cáucaso, decidió sorprenderles poniendo una foto suya junto con las tarjetas que había metido en los cartones de cigarrillos. Por mucho que quisiera ayudar a los judíos a sobrevivir, no

deseaba que Alemania perdiese la guerra. Para el suplemento cultural de Año Nuevo del periódico, diseñó una página con fotos que incluían desde la nieve rusa hasta el sol del norte de África para ilustrar la idea «Los soldados alemanes en guardia», y al reflexionar sobre el año que terminaba, escribió en su diario que, comparado con lo que sentían ante los bombardeos o el racionamiento, en lo referente a la «erradicación de los judíos, la gran mayoría [de la población] es indiferente o incluso la aprueba».[67]

Gradualmente, la deportación y las matanzas se iban convirtiendo en un acontecimiento del pasado. En el verano de 1943, equipos especiales comenzaron a desenterrar y quemar los cadáveres de las personas que habían sido gaseadas en Treblinka, Sobibor y Bełżec, y los tres campos fueron desmantelados en los meses siguientes. La exhumación y quema de los cadáveres de los que habían sido ejecutados en Galitzia y Ucrania no fue ningún secreto para el frente interno. Y en todo el Reich, los ayuntamientos comenzaron a quitar las evocadoras señales, ahora pasadas de moda, que prohibían la entrada de los judíos a las bibliotecas públicas, las piscinas y los parques.[68]

N1 La tristemente famosa Conferencia de Wannsee tuvo lugar en la villa Marlier, cerca de Berlín, el 20 de enero de 1942. A pesar de la leyenda posterior, allí no se decidió nada. Sólo fue una reunión informativa que duró apenas noventa minutos, y en la que Reinhard Heydrich informó a quince altos responsables de varios ministerios y de la policía sobre «la solución final», ya adoptada previamente, y sobre la necesidad de llevarla a cabo de forma coordinada. *(N. de la T.)*

N2 Los asesinatos por gaseamiento comenzaron a usarse con los enfermos psiquiátricos, introduciendo gas en una habitación cerrada. Arthur Nebe inventó los camiones de gas, que servían para asesinar a grupos de cincuenta personas utilizando el propio gas del tubo de escape. La lentitud del sistema para exterminar a millones de personas hizo que fuese finalmente olvidado a favor de las grandes cámaras de gas de los campos de exterminio. *(N. de la T.)*

N3 El monóxido de carbono fue pronto sustituido por el Zyklon B, un pesticida a base de cianuro que había sido descubierto por un químico judío alemán, cuya propia familia murió en los campos de exterminio. La muerte por gas era lenta y horrible. El primer experimento se hizo en 1940 en Buchenwald, con 250 niños de etnia gitana procedentes de Brno. *(N. de la T.)*

N4 Los cuáqueros –o miembros de la Sociedad Religiosa de los Amigos– de Gran Bretaña y Estados Unidos ayudaron a muchos refugiados durante la Segunda Guerra Mundial, especialmente a judíos que huían de los nazis. *(N. de la T.)*

N5 Entre octubre y noviembre de 1940, los nazis obligaron a más de 400.000 judíos polacos a vivir concentrados en el pequeño gueto de Varsovia, de 3,4 km^2. El 19 de abril de 1943, comenzó un levantamiento heroico, cuando los judíos se negaron a ser conducidos al campo de Treblinka. El general de las SS Jürgen Stroop ordenó quemar casa por casa, destruyendo totalmente el gueto el 16 de mayo. Fue el acto de resistencia más importante de los judíos contra los nazis en toda Europa. *(N. de la T.)*

9

Registrando Europa

El Eje resurgió de la crisis del verano de 1941-1942 con el añadido de Japón entre sus aliados y Estado Unidos entre sus enemigos. La desproporción de recursos económicos se situaba en un ratio de cuatro a uno contra el Reich de Hitler. Los alemanes no podían esperar llevar a cabo una guerra de erosión victoriosa: ésa era la lección inalterable de la Primera Guerra Mundial. Mientras los tres grupos de ejércitos del frente oriental luchaban para resistir la ofensiva general del Ejército Rojo, los líderes políticos del Tercer Reich ya sabían que el esfuerzo defensivo que estaban haciendo no era solución para su *impasse* estratégico: en el mejor de los casos, empujarían al frente del Este precisamente al tipo de guerra de erosión que, con el tiempo, se volvería en su contra.[1]

La única justificación para el optimismo estratégico en la Alemania de principios de 1942 se basaba en sus aliados japoneses. El día después del bombardeo de la Flota estadounidense del Pacífico en Pearl Harbor, los japoneses lanzaron un ataque contra Hong Kong. La isla colonial se rindió el día de Navidad de 1941, y en ese momento, los ejércitos japoneses comenzaban ya a barrer el Sudeste asiático, culminando su serie de victorias con la caída de Singapur el 14 de febrero de 1942. Cuando los líderes alemanes se enteraron de esas victorias, comprendieron que Estados Unidos y Gran Bretaña no estarían en posición de lanzar una invasión sobre Europa occidental hasta el otoño como muy pronto, y probablemente no antes de 1943. A pesar de los riesgos a largo plazo de extender la guerra hasta incluir a Japón y Estados Unidos, a corto plazo, aquello sirvió para concederle un tiempo vital a Alemania en un momento de crisis. Desde la

perspectiva de Hitler, Estados Unidos ya había entrado de manera encubierta en la guerra en septiembre, cuando Roosevelt encargó a la Armada estadounidense que protegiese contra los U-Boots a los convoyes que transportaban material de guerra a Gran Bretaña a través del Atlántico, en función de la Ley de Préstamo y Arriendo. En noviembre, el presidente de Estados Unidos amplió el préstamo y arriendo a la Unión Soviética. El ataque japonés en Pearl Harbor resultó muy beneficioso para Alemania al garantizar que los recursos estadounidenses se hundirían en el teatro del Pacífico antes de llegar a Europa.[2]

No está del todo claro cuál fue la razón por la que Hitler consideró necesario que Alemania declarase la guerra a Estados Unidos el 11 de diciembre. Dado que el 75 % de los estadounidenses todavía se oponían a la entrada en la guerra europea, lo que Hitler logró sin duda alguna fue que el esfuerzo que Roosevelt se veía obligado a hacer en cuanto a su política interior resultara más fácil. Japón, en cambio, no hizo declaración de guerra a la Unión Soviética. De haberla hecho, Stalin habría dudado en mover las divisiones siberianas hacia el oeste para defender Moscú. Hitler admitió ante Goebbels que sentía una enorme satisfacción por el acto de soberanía que supuso ser él quien tomase la decisión y llevar la iniciativa que le había sido negada el 3 de septiembre de 1939, cuando fueron los dirigentes británicos y franceses los que le declararon la guerra a Alemania. Éste era un reconocimiento de una rara índole emocional, pues, en realidad, la declaración de guerra franco-británica le había venido muy bien para respaldar su afirmación de estar actuando puramente en defensa propia. Pero declararle la guerra a Estados Unidos fue un acto innecesario, una provocación que hizo saltar por los aires cualquier precaución previa: no fue casualidad que, en lugar de amenazar con llevar a cabo acciones contra los judíos en Europa para conseguir así rebajar la presión que ellos estaban haciendo en Estados Unidos a favor de la guerra, Hitler autorizase en ese momento las primeras deportaciones de judíos alemanes. No hubo ninguna rebaja en la escalada de la persecución contra los judíos ni posibilidad alguna de negociar un acuerdo. Y una vez más, Estados Unidos, Gran Bretaña y Rusia estaban alineados contra Alemania, exactamente igual que

en 1917. La carrera política de Hitler había estado dedicada a volver a llevar a cabo la Primera Guerra Mundial y esta vez ganarla, y ahora tenía al fin su propia «guerra mundial».

Los dirigentes alemanes necesitaban desesperadamente replantearse su estrategia militar. La invencibilidad que aparentemente había acompañado a sus fuerzas –a menudo inferiores tanto cualitativa como cuantitativamente– durante las campañas de verano de 1940 y 1941, se había debido a la sorpresa provocada por su estrategia. Resultaba virtualmente imposible volver a hacer las cosas de la misma manera. A principios de 1942, la inteligencia militar alemana y el Alto Estado Mayor ya sabían que habían sobrestimado en gran manera la capacidad de la industria militar alemana, y que sólo podrían llevar a cabo una segunda campaña en el este si eran capaces de movilizar todos sus recursos económicos y militares, en una magnitud habitualmente asociada a la guerra de erosión. Durante su pausa para hacer un balance de la estrategia, la flota también presionó a favor de una estrategia diferente, de manera que la guerra en el frente oriental se mantuviese en estado de espera para centrar la parte fundamental de los recursos en una nueva campaña por aire y mar junto con Japón. Se trataba de desafiar el control británico y estadounidense del Mediterráneo, el mar Rojo, el océano Índico y el Atlántico. Mientras Hitler se concentraba en tomar sus decisiones estratégicas, otros dirigentes alemanes intentaban encontrar la mano de obra, los productos alimenticios, el carbón y el acero suficientes para hacer posible cualquier nueva ofensiva.[3]

Gracias a la conquista de los territorios altamente industrializados de la Europa occidental, Alemania tenía una posibilidad real de salir de la posición de inferioridad que ocupaba antes de la guerra y convertirse en una superpotencia en industria militar. Aparte de Estados Unidos, todas las potencias beligerantes estaban constreñidas por sus recursos limitados. En el caso alemán, las existencias previas estaban agotándose y había que reorganizar una y otra vez los recursos a causa de los constantes aunque breves atascos. Muchos trabajadores especializados se desplazaban incesantemente entre el ejército y la fábrica: la mayor parte de las armas desplegadas en la Operación Barbarroja habían sido producidas por

hombres liberados por la Wehrmacht tras la victoria de 1940, que volvieron al frente un año después. A finales de 1941, tendrían que haber vuelto de nuevo a las fábricas para producir armas para la campaña contra Gran Bretaña de 1942. Pero estaban combatiendo, congelados, en el frente oriental. La producción armamentística sólo podía incrementarse radicalmente gracias a una incorporación masiva de mano de obra.[4]

Con los recursos materiales ocurría lo mismo. Durante las campañas de verano de 1940 y 1941, se consumieron al completo los suministros de gasolina para mantener el avance de las columnas de blindados, invirtiendo todas las reservas en la posibilidad de la victoria decisiva. El bloqueo de la Marina Real británica seguía garantizando que la Europa continental padeciese una escasez crónica de suministros militares vitales, como petróleo y caucho, además de comida. Los alemanes podían producir caucho sintético y biocombustible, pero éstos eran sustitutos caros, de manera que, con su fuerte dependencia de los suministros procedentes de Rumanía, los tanques de la Wehrmacht, los vehículos de transporte de tropas, camiones y aviones siempre estaban escasos de gasolina. Sólo la conquista de los campos petrolíferos del Cáucaso podía cambiar esta situación: en 1942, esa conquista se convirtió en el objetivo militar más importante.[5]

El carbón seguía siendo la principal fuente de energía en la Europa de la guerra. Teóricamente autosuficiente, la escasez de stock para el transporte había creado, sin embargo, problemas de distribución desde el principio en Alemania. Igual que había ocurrido en el primer invierno de la guerra, en el invierno y la primavera de 1942 no hubo suficiente carbón para transportar los suministros del Ejército; incluso la deportación de judíos tuvo que esperar. La escasez general de carbón y acero –base de la producción industrial, incluida la armamentística– se vio agravada por el hecho de que las empresas se dedicaban a acaparar y almacenar, para minimizar las interrupciones de su producción. Esta reacción exacerbó el problema general. Al mismo tiempo, la producción de los pozos franceses y belgas caía de manera ininterrumpida, ahogando aún más el ritmo de la expansión industrial. La razón fundamental de esas caídas era el hambre. Los días 9 y

10 de mayo de 1941, se produjeron huelgas en las minas de carbón belgas y en las plantas siderúrgicas, conmemorando simbólicamente el primer aniversario de la ocupación. Empeñados en mantener a raya cualquier intensificación de la influencia comunista, los patronos belgas prefirieron negociar con los sindicatos, aceptando un 8 % de subida de los salarios; también se negaron a entregar las listas de militantes a las autoridades militares alemanas.[6] Pero en las zonas mineras de Francia y Bélgica, lo fundamental seguía siendo el miedo al hambre, hasta el punto de que los comités sociales de las empresas francesas y los consejos de las belgas dedicaron tantos esfuerzos a que se estableciesen cantinas para los trabajadores y se construyesen viviendas de alquiler, que fueron apodados los «comités de las patatas».[7]

En todos los países ocupados de la Europa occidental, las autoridades militares alemanas y las administraciones civiles competían entre ellas a codazos, además de con la Gestapo y el SD, y los departamentos locales de las todopoderosas agencias centrales del Reich, como la Oficina de Planificación Cuatrianual de Göring, el Ministerio del Armamento de Albert Speer, el reclutamiento de mano de obra extranjera de Fritz Sauckel, y el Ministerio de Agricultura, dirigido nominalmente por el antiguo ideólogo nazi Walter Darré, pero cada vez más dependiente de su secretario de Estado, Herbert Backe. Además, el intento de crear una economía paneuropea en 1942 se vio acompañado por el conflicto entre invertir todo el capital en Alemania, llevando allí la mano de obra necesaria, o construir nuevas plantas en la Europa ocupada, por ejemplo, en los puertos del Atlántico francés, o en las zonas antes polacas de la Alta Silesia. Sobrevolando todas esas decisiones se cernía el asunto clave de los productos alimenticios.[8]

La política de distribución de productos alimenticios nunca llegó a estar subordinada de una manera racional a los objetivos económicos o militares. De haberlo estado, los mineros del carbón de Francia y de Bélgica habrían estado lo suficientemente bien alimentados como para incrementar su producción. Pero los alemanes siempre figuraban los primeros, y su propia alimentación fue el más importante y duradero de sus derechos raciales

durante la guerra. Los productos alimenticios eran prerrogativa del Ministerio de Agricultura, y Herbert Backe hizo su carrera a base de insistir en una rígida interpretación de las prioridades raciales y nacionalistas del régimen. Durante la planificación de la Operación Barbarroja, había considerado que entre veinte y treinta millones de «eslavos» debían morir de hambre para alimentar a los ejércitos alemanes. A comienzos de 1942, los administradores alemanes estaban sorprendidos de que el número de muertes de civiles soviéticos no hubiera sido más elevado durante el otoño anterior y aquel invierno. También fue una sorpresa que los stocks de productos alimenticios en Alemania hubieran descendido peligrosamente, debido a la confianza en que la guerra sería breve. Backe se puso de inmediato a trabajar, preparando un segundo «plan del hambre» para el este, e impuso en toda la Europa ocupada cuotas de entrega obligatoria de productos alimenticios, que debían ser requisados tanto en los países occidentales como en los orientales.[9]

El 6 de agosto de 1942, Hermann Göring presidió una reunión de altos funcionarios de los territorios ocupados que debían llevar a efecto el plan de requisas de productos alimenticios de Backe. Asumiendo la responsabilidad, Göring estableció el argumento con una claridad brutal:

> Tengo ante mí informes de lo que se espera que consigan ustedes entregar [...]. No me importa que me digan que sus pueblos se van a morir de hambre. Que lo hagan, mientras eso no le ocurra ni a un solo alemán. Si hubieran estado presentes aquí [ayer] mientras hablaba el *gauleiter*, comprenderían mi enorme enfado por el hecho de haber conquistado inmensos territorios gracias al valor de nuestras tropas, y ver cómo sin embargo nuestro pueblo está obligado a sobrevivir con raciones como las de la Primera Guerra Mundial. [...] Sólo me interesan las personas de las regiones ocupadas que trabajan en la industria armamentística y en la producción de alimentos. Ésas deben recibir lo suficiente para que puedan seguir trabajando.[10]

Añadiendo un efecto retórico, también recordó a los funcionarios, que estaban preocupados por las consecuencias sociales de imponer la hambruna a una mayoría de las poblaciones bajo su control, que la exterminación de los judíos liberaría en sus territorios algunas provisiones de alimentos. En 1942-1943, Alemania ya estaba recibiendo de la Europa

ocupada más del 20 % de su grano, el 25 % de su manteca y grasas y casi el 30 % de su carne. Las entregas de grano, carne, manteca y grasas de Francia y de los territorios soviéticos ocupados se habían incrementado a más del doble, pasando de los 3,5 millones de toneladas a los 8,78 en el mismo periodo. En el distrito de Kiev, en Ucrania, la mayor ronda de requisas de todas las que se produjeron durante la ocupación se llevó a cabo justo antes de la cosecha de 1942: 38.470 toneladas de grano fueron recogidas en junio y 26.570 toneladas el mes siguiente, reduciéndose a sólo 7.960 toneladas a principio de agosto. El representante de Alimentación y Agricultura en el *Reichskommisariat* de Ucrania volvió de una gira de inspección muy contento de que los campesinos de los distritos ya no tuvieran grano, ni siquiera para sembrar. Había sido una operación de confiscación al estilo militar, con destacamentos de la policía ucraniana entrando en casas, molinos, jardines y graneros para buscar reservas escondidas. Muchas de las provisiones francesas y ucranianas fueron directamente a la Wehrmacht; la Gobernación General, cuyo poder se había extendido desde la Polonia central hacia la oriental y Ucrania occidental, suministró al Reich más de la mitad del centeno y las patatas y dos terceras partes de la avena.[11]

Exactamente al mismo tiempo, el reclutamiento de mano de obra se intensificó de manera importante. El 21 de marzo de 1942, Hitler designó a su viejo camarada Fritz Sauckel, *gauleiter* de Turingia, como plenipotenciario para la movilización de mano de obra. En los dieciocho meses que transcurrieron entre comienzos de 1942 y junio de 1943, los agentes de Sauckel trasladaron cada semana al Reich a 34.000 trabajadores extranjeros, sumando 2,8 millones a los 3,5 que ya estaban en Alemania. El número siguió subiendo hasta llegar a los ocho millones de trabajadores extranjeros en el verano de 1944. El reclutamiento forzoso en la Europa occidental ocupada provocó escenas violentas y huelgas callejeras. Mientras partían de Francia los trenes que llevaban levas de trabajadores forzosos a Alemania, las multitudes se saltaban la prohibición de exhibir símbolos nacionales y cantaban *La Marsellesa*. En Bélgica, los sindicatos y los movimientos juveniles de trabajadores católicos ayudaron a esconder a los *réfractaires* que se negaban a volver a Alemania cuando regresaban a casa

de permiso. El número de los que se negaban a regresar en Francia, Bélgica y los Países Bajos llegó a alcanzar un tercio de los trabajadores forzosos. La mayor parte de ellos se vieron obligados a trabajar de manera ilegal, a menudo en granjas periféricas, donde su dependencia los convertía en trabajadores dóciles e ideales. Pero el poder alemán estaba en su cénit, y eran pocos los que se arriesgaban a unirse a los pequeños grupos de la resistencia.[12]

Sin embargo, la mayor parte de los trabajadores forzosos procedía de la Europa oriental. La Gobernación General de Polonia y Ucrania fueron especialmente esquilmadas. Ajustándose a las cifras de Sauckel, entre abril y noviembre de 1942, 1.375.567 trabajadores civiles fueron enviados al Reich desde los territorios soviéticos ocupados, 291.756 desde la Gobernación General polaca y 38.369 desde el Wartheland, mientras que 357.940 procedían de los Países Bajos, Bélgica y Francia, salvo el norte. Amenazados de ejecución si no llegaban a cubrir las cuotas exigidas por los alemanes, las autoridades de los pueblos del este preferían elegir a forasteros. En los pueblos del oeste de Volinia, habitados predominantemente por ucranianos, eran las personas de la minoría polaca las que solían ser entregadas. A los ancianos se les presionaba para entregar a los alemanes al mismo tiempo grano y mano de obra, de manera que optaban por enviar a los que no trabajaban en la agricultura, suministrando un número desproporcionado de adolescentes, que aún no disponían de empleos oficiales. Más de la mitad de las personas enviadas a Alemania en 1942 fueron niñas y mujeres jóvenes, de entre doce y veintidós años.[13]

Para los amos alemanes, aquélla era una estrategia insostenible. El Reich no podía seguir obteniendo durante mucho tiempo de sus colonias del este productos alimenticios y, a la vez, mano de obra. Aquellos territorios estaban siendo entregados rápidamente a la hambruna y a una mortalidad creciente. Había ciertos paralelismos entre esta situación y la colectivización forzosa de Stalin y su primer Plan Quinquenal, que provocaron una enorme hambruna en Ucrania a principios de la década de 1930. A los planificadores soviéticos, no les había preocupado que los campesinos ucranianos se muriesen de hambre o que la producción agrícola

se desplomase, mientras entregasen sus cuotas obligatorias. Pero incluso Stalin había descubierto que semejante política era inviable y había tenido que hacer grandes inversiones para mecanizar la agricultura con el fin de mitigar algo las pérdidas. A pesar del considerable debate interno en el que se vieron envueltos los diferentes departamentos, los alemanes nunca llegaron a hacer esos ajustes.[14]

El este «alemán» fue condenado a una espiral de declive económico, cuyo ritmo se vio acelerado por la brutalidad fuera de control del gobierno colonial. En el otoño de 1942, las exigencias alemanas sobre la nueva cosecha estaban empezando a ser imposibles de cumplir. Los censores postales y el SD registraron el impacto en el campo. «Es el momento de la cosecha, pero no tenemos pan», escribió una ucraniana a sus familiares, trabajadores en Alemania. «Los chicos recogen los tallos, y los molemos con el molino de mano, para hacer algo de pan. Así hemos estado viviendo hasta ahora, pero no sabemos qué va a pasar de aquí en adelante.» En casi todas las casas empezaron a instalarse alambiques, y el consumo de alcohol se disparó. Al menos, el grano que convertían en alcohol no se lo podían arrebatar. Como escribió un diario de Volinia, «Beben "para celebrar algo" y "sin ningún motivo". Antes solía haber una taberna en cada pueblo; ahora hay una taberna cada tres cabañas».[15]

Como algunos pueblos de las áreas agrícolas más pobres no lograban alcanzar sus cuotas, comenzó una nueva y terrible guerra contra la población civil. El 2 de septiembre de 1942, la policía alemana y la ucraniana entraron en la localidad de Kaminka, al este de Brest-Litovsk, masacraron a toda la población y quemaron todas las casas, como advertencia a todo el distrito de lo que les esperaba a quienes no cumpliesen sus cuotas o resultasen sospechosos de apoyar a los partisanos. Tres semanas después, fue el turno de Kortelisy, cerca de Ratne. El presidente del distrito de Kovel les dijo a los campesinos que sabía que escondían partisanos en el pueblo y que tenía órdenes de quemarlos vivos en sus casas; no obstante, iba a cambiar la sentencia por una ejecución con armas de fuego. Ninguna de las 2.900 personas ejecutadas era sospechosa de ser realmente partisana: sus muertes sirvieron como medida disuasoria. A

medida que esta estrategia de pacificación mediante el terror se extendía durante los siguientes dos años por la Europa del Este y del Sur, el número de pueblos quemados fue creciendo de manera exponencial. Zonas enteras de Bielorrusia, Grecia, Polonia oriental, Serbia y, más tarde, Italia, fueron sepultadas por aquellas acciones «antipartisanas» de los alemanes, con sus masivas represalias colectivas. En Europa occidental, las acciones de este tipo fueron una excepción; los pueblos destruidos por los nazis, como Oradour-sur-Glane en Francia y Lídice, en Bohemia y Moravia, se han convertido en memoriales porque fueron ejemplos únicos de la brutalidad alemana. Cuando fue liberada, Bielorrusia pudo hacer el recuento de estas acciones nazis: más de seiscientos pueblos habían sido destruidos y su población había resultado masacrada. Un total de 2,2 millones de personas de una población de 10,6 millones murieron durante la ocupación.[16]

Llevó tiempo que los campesinos llegasen a ver a los partisanos como libertadores, y no como otra amenaza a sus precarias vidas. En 1942, los grupos de partisanos eran aún demasiado débiles y dispersos como para suponer una seria amenaza para los alemanes. Además, los grupos partisanos rivales de polacos, judíos, ucranianos y soviéticos luchaban los unos contra los otros en los bosques por el control de las zonas y el suministro de alimentos de los pueblos vecinos. El colapso económico, político y social de Ucrania, convertida en un vórtice de violencia interétnica, fue la consecuencia de las ilimitadas exigencias alemanas. En otros lugares de la Europa del Este y del Sur, variaba el balance de causas –militares, políticas y económicas–, pero todas esas regiones compartían un rasgo común: el derrumbe de la autoridad estatal. En Bielorrusia, Polonia, Serbia y Ucrania, ningún Gobierno autónomo, fuese nacional o local, fue tolerado. Reducidos a meros auxiliares, los cuerpos locales de policía finalmente se fracturarían, y muchos miembros desertarían para incorporarse a las unidades de partisanos en los meses finales del dominio alemán.[17]

En contraste con las formas de gobierno directamente coloniales del este, en Francia sobrevivió el Estado. Aquí la totalidad del proceso de obtener alimentos de los granjeros era llevado a cabo por intermediarios

franceses, incluso en regiones como Bretaña y el Loira, que estaban directamente bajo administración militar alemana desde el comienzo de la ocupación. Esto significó una negociación constante entre los funcionarios alemanes y los franceses en todos los niveles de la escala jerárquica, desde los directores generales en la administración encargada de los suministros de la estructura centralizada de Vichy hasta los alcaldes de los municipios rurales. Uno de los grandes problemas del sistema de suministros eran las matanzas ilegales de ganado. Casi desde el principio de la ocupación alemana, se habían establecido nuevas normas que prohibían en las granjas francesas tanto la producción de mantequilla como la matanza de animales, para promover los grandes mataderos y las lecherías como instrumentos de control. Los granjeros hacían todo lo que podían para evitar someterse a esas normas, y en el otoño de 1941, se apresuraron a elegir a un vulgar granjero en lugar de a un funcionario de Vichy para dirigir la nueva Corporación de Campesinos de Maine-et-Loire que el Gobierno de Vichy había instituido para aumentar su control sobre el campo. Algunos aristócratas católicos conservadores, confiados en sus propios recursos y muy asentados en la élite de Vichy, como el conde Henri de Champagny, no tuvieron reparos en rebajar la cuota de mantequilla de su comuna de Somloire, en Anjou, de 375 a cincuenta kilos. Otros alcaldes con menos contactos se resignaron a utilizar el antiguo y terco silencio campesino. Incluso las multas colectivas impuestas por los alemanes a quienes no cumplían las cuotas se quedaban a menudo sin pagar. Aunque el jefe del Estado, el mariscal Pétain, seguía siendo muy popular, su conservadora idea de la «solidaridad y la ayuda mutua a escala nacional» se vio desafiada por el rechazo del campo a cooperar.[18]

En Ucrania, las exigencias alemanas al campo destruyeron gradualmente los gobiernos locales, llevando a una guerra civil anárquica; en Francia, el poder del Estado central fue menguando de una manera menos dramática, aunque muy significativa. En 1940, los grandes propietarios locales y el clero se habían ofrecido a los invasores como rehenes, garantizando así la seguridad de los ciudadanos; ahora intentaban protegerlos de las extremas exigencias económicas. Un proceso similar de

exigencia oficial y resistencia comunal se produjo en toda la Europa occidental ocupada, de manera que los notables a la antigua usanza resurgieron como actores fundamentales en un proceso que supuso el triunfo de las pequeñas regiones frente a la gran patria.[19]

En toda Europa, el campo prosperaba a expensas de las ciudades. Los trabajadores urbanos de la región del Loira se beneficiaron de las demandas armamentísticas de los alemanes, produciendo radios para los barcos, tiendas, material de oscurecimiento y mallas de camuflaje, torpederos y destructores, vagones de ferrocarril y bombarderos Heinkel III, por no mencionar los grandes proyectos de construcción de refugios para los submarinos y fortificaciones en la costa atlántica. Pero el alto índice de empleo, los buenos salarios y las raciones nominalmente mejores no los protegieron de la escasez crónica de productos alimenticios y del hambre. Aún peor lo estaban pasando en las grandes ciudades. En París, una revuelta a causa de la carencia de alimentos estalló en el mercado de la calle de Buci el 31 de mayo de 1942, dejando dos policías muertos. En las represalias posteriores, varios hombres comunistas que habían ayudado a coordinar la protesta fueron ahorcados, y las mujeres sospechosas fueron enviadas al campo de concentración de Ravensbrück. Pero las protestas de ese tipo no dejaban de ser incidentes aislados. La realidad, que contribuía a adormecer a las gentes, seguían siendo las colas para conseguir los alimentos que se distribuían oficialmente, cada vez más escasos a medida que los suministros iban siendo desviados al mercado negro.[20]

Los parisinos de clase media comenzaron a regresar a las áreas a las que habían sido evacuados en 1940, como Chinon, mientras que la imagen de los ciclistas procedentes de la ciudad llevando grandes cestas empezaba a ser familiar en el campo. En ausencia de transporte motorizado, las bicicletas vivían una edad de oro. En casi todas las ciudades había al menos un club ciclista. La mayor parte de los usuarios de bicicletas estaban cada vez más preocupados por pequeños problemas, como la manera de reemplazar las llantas gastadas, ahora que el bloqueo naval británico impedía la importación de caucho. Una solución muy común, aunque hacía que la marcha fuese lenta y traqueteante, era utilizar trozos de manguera.[21]

El proceso de fragmentación económica y regionalización encubría una división más profunda y elemental: la que existía entre las áreas que producían excedentes alimentarios y las que tenían déficit, y que a veces compartían la misma zona geográfica. En Europa, los Países Bajos y Dinamarca gozaban de excedentes, mientras que Bélgica, Noruega y Grecia tenían déficit. El Gobierno danés, al que los nazis permitían ocuparse de sus propios asuntos, había adoptado una política de precios y racionamiento que animaba a los granjeros a aumentar la crianza de cerdos, bueyes y leche e incrementar las exportaciones a Alemania, sin imponer no obstante restricciones al consumo doméstico o estimular el mercado negro. El resultado de este sistema de incentivos económicos directos fue espectacular: con una población de cuatro millones de personas, Dinamarca se convirtió en un exportador hacia el Reich alemán cada vez más importante, contribuyendo con entre el 10 y el 12 % de su carne de buey, su cerdo y su mantequilla. En 1944, las ciudades alemanas recibían la quinta parte de sus suministros de carne de Dinamarca, mientras otras fuentes iban decayendo. También los Países Bajos, con un sector agrícola tecnológicamente muy moderno, fueron importantes, aunque tuvieron que adaptarse a las restricciones que el bloqueo británico imponía sobre sus suministros de productos alimenticios para el ganado. Los granjeros holandeses tuvieron que dedicarse cada vez más a los cultivos en campo abierto o en invernaderos. En 1941, habían renunciado al ganado y estaban en condiciones de exportar a Alemania sus propios piensos, así como grandes cantidades de frutas, vegetales, azúcar y patatas.[22]

En el lado opuesto, Noruega, Bélgica y Grecia dependían en gran medida de las importaciones de productos alimenticios. Los políticos nazis, cuyo razonamiento se basaba en una mezcla de política racial y utilidad económica, consideraban a Noruega como un país más «ario» que el propio Reich y lo convirtieron en el ejemplo de la ocupación «modélica» según sus propios criterios. Aun así, incluso allí comenzaron a incrementarse los índices de mortalidad infantil, y en el verano de 1942, los informes alemanes observaban que los noruegos estaban «mal alimentados en un gran porcentaje». En Bélgica, las importaciones desde Alemania nunca

fueron suficientes, y sólo alcanzaron el 17 % del nivel previo a la guerra. Como los precios de los alimentos en el mercado negro se disparaban mientras que los salarios permanecían estables, se produjo una oleada de agitación entre los trabajadores.[23]

Antes de la guerra, Grecia importaba un tercio de su grano desde Canadá, Estados Unidos y Australia. En 1940-1941, las provisiones de grano descendieron al 40 % de su nivel anterior a la guerra, y cinco meses después de la ocupación alemana, se produjo allí la primera hambruna en la Europa ocupada. En Atenas, las calorías diarias ingeridas descendieron a 930, provocando a lo largo del año siguiente 40.000 muertos en el área de Atenas-El Pireo. A diferencia de los sucesivos «Planes del Hambre» de Backe contra la Unión Soviética, la hambruna griega no fue deliberada, sino desencadenada por una combinación fatal de adquisiciones y requisiciones militares así como por el acaparamiento de alimentos en manos de distribuidores mayoristas. La hambruna se incrementó enormemente con la división del país en tres zonas ocupadas separadas –italiana, alemana y búlgara–, lo cual inhibió el comercio interno, principalmente en las regiones de Tracia y Macedonia del este, que eran ricas en grano. Sólo había un tren diario desde Atenas hacia el norte, y los comerciantes únicamente podían transportar en su regreso un máximo de 300-350 toneladas de alimentos diarios. Como el correo y las telecomunicaciones tampoco funcionaban, la economía nacional rápidamente se desplomó. Ninguna de las tres administraciones militares se movilizó para proveer asistencia; ni tampoco los funcionarios que Backe dirigía en el Ministerio de Alimentación del Reich en Berlín. La hambruna sólo fue aplacada cuando Gran Bretaña aceptó levantar el bloqueo y permitir así a los navíos suecos transportar granos desde Canadá hasta Grecia bajo la supervisión de la Cruz Roja Internacional. Mientras que Bélgica y Noruega tenían gran relevancia económica y estratégica para los nazis y eran consideradas naciones «germánicas» y «arias», el amor a lo helénico de los oficiales alemanes que establecieron sus cuarteles en Atenas en la primavera de 1941, no se extendía más allá del periodo clásico de la cultura griega. En la primavera de 1942, los periódicos que se publicaban en alemán en Grecia empezaron a

hablar de «parásitos urbanos» y de «comensales inútiles», términos que hasta entonces se habían reservado en la jerga alemana para los judíos.[24]

*

El 16 y 17 de julio de 1942, la policía francesa llevó a cabo su primera gran redada contra los judíos, arrestando a 13.152 personas en París y en los suburbios. Familias enteras fueron llevadas al Velódromo de Invierno, el popular estadio de carreras ciclistas. Allí, sin una adecuada sanidad, sin comida ni agua, 8.160 personas fueron retenidas hasta seis días bajo el calor sofocante de mediados de verano, antes de ser deportadas.[25]

Mientras los judíos seguían retenidos en el «Vél d'Hiv», muchos ciudadanos franceses seguían fascinados el espectáculo del ciclismo profesional. Diez días antes, durante el fin de semana del 5 y 6 de julio de 1942, una multitud de parisinos se había congregado en el estadio municipal de Vincennes, donde, observados por un retrato gigante de Pétain que instaba al público a «Mantener la disciplina. El mariscal os lo demanda», vieron cómo el campeón holandés Van Vliet se alzaba con el triunfo. El 16 de julio, el primer día de las redadas, un francés ganaba la etapa número 14 de la Vuelta a España. En el otoño de 1942, en vez del tradicional Tour de Francia, se celebró una versión más corta de seis etapas, denominada Circuito de Francia, en la que participaron 69 ciclistas, que tuvieron que cubrir 1.650 kilómetros. Emile Idée y Marcel Kint compitieron en las clásicas París-Roubais y París-Tours, y los ciclistas franceses siguieron participando en las vueltas ciclistas de Italia, Suiza y España. En septiembre, el gran «Vél d'Hiv» volvió a abrir sus puertas al público para celebrar un campeonato de boxeo, como si allí no hubiese pasado nada.[26]

Las redadas de judíos en Francia continuaron hasta marzo de 1943. Los detenidos eran trasladados en trenes a los campos de Drancy, Compiègne y Pithiviers, y desde allí a los campos de exterminio de Polonia. Partían en medio de un silencio espeluznante, completamente distinto a las manifestaciones espontáneas que se organizaban para acompañar a los trabajadores franceses obligados a irse a Alemania. Únicamente hubo

algunos valientes gestos públicos de solidaridad en Holanda y en Dinamarca. En febrero de 1941, cientos de hombres judíos fueron arrestados en las calles de Ámsterdam en represalia por un ataque de menor importancia a una unidad policial alemana, que se había producido en una heladería cuyos propietarios eran judíos. Los comunistas holandeses convocaron una huelga general para el 25 de febrero de 1941, que fue evitada por la policía alemana utilizando munición de guerra y granadas de mano. No se repitieron más huelgas, pero cuando las deportaciones de judíos empezaron a llevarse a cabo en los Países Bajos, la Iglesia católica realizó una protesta pública: el 26 de julio de 1942, se leyó en voz alta en todas las iglesias una carta del arzobispo De Jong, de Utrecht, enviada al comisario del Reich Arthur Seyss-Inquart, sobre la deportación de los judíos conversos. La respuesta alemana fue rápida, y consistió en arrestar a la mayor parte de los judíos convertidos al catolicismo. Nadie volvió a decir nada, y la deportación de judíos prosiguió con fluidez, mientras que las canciones de protesta y los gritos de *«Oranje boven!»* se reservaban para los trenes que transportaban a trabajadores holandeses a Alemania.[N1] En Dinamarca, el antisemitismo era tan impopular, que los alemanes no trataron de deportar a judíos hasta el verano de 1943, porque sabían que supondría el fin de la colaboración con la monarquía constitucional danesa. Cuando Goebbels, ahora plenipotenciario del Reich, dio finalmente el paso en septiembre de 1943, la fecha de la acción fue filtrada, y eso permitió que la inmensa mayoría de los 7.000 judíos que habitaban en el país, con la única excepción de 485 personas, huyeran a través del mar Báltico a Suecia, cuya neutralidad garantizaba su seguridad.[27]

Pero éstas fueron tan sólo algunas excepciones en medio del silencio y la pasividad que se extendió mayoritariamente por el continente. En todas partes, salvo en Dinamarca, la ocupación exacerbó el antisemitismo previamente existente. La mayor parte de los europeos, mientras intentaban eludir las exigencias de mano de obra y alimentos por parte de Alemania, por no hablar de la toma de rehenes y las represalias por actos «terroristas», situaron la solidaridad con los judíos al final de su lista de prioridades. Todas las instituciones involucradas en los abusos contra sus conciudadanos

tenían líneas rojas, situaciones que ya no estaban dispuestas a aceptar. Para la Iglesia católica en Francia –cuyo Colegio Cardenalicio ya había propuesto la anulación de los derechos a los judíos antes que el Gobierno de Vichy tomase la iniciativa–, la línea se cruzó el 1 de febrero de 1944, al establecer la obligación de que las mujeres solteras fuesen trasladadas como mano de obra a Alemania. La asamblea de cardenales y arzobispos de la Iglesia gala condenó públicamente este «serio ataque a la vida familiar y al futuro de nuestro país, a la dignidad y a la susceptibilidad moral de las mujeres y su vocación providencial», la maternidad. El contraste con la inacción por parte de la misma Iglesia hacia la deportación de judíos no puede ser más relevante. Bajo la ocupación alemana, el silencio era tan significativo como la protesta: marcaba las concesiones que podían hacerse para defender lo que realmente importaba.[28]

Allí donde los judíos ya no estaban, su suerte, sin embargo, no era olvidada. En algunas partes de Polonia y de Ucrania –donde la gente, en 1941 y 1942, se había reunido para observar las redadas contra los judíos y quedarse con las propiedades que ellos dejaban atrás–, las masacres de los judíos se convirtieron enseguida en el referente a tener en cuenta respecto al propio destino. En el otoño de 1942, las SS volvieron a la zona de Zamość para expulsar a los polacos de sus tierras y «germanizar» los pueblos, y rápidamente se extendió el rumor de que los polacos serían enviados a las cámaras de gas de Bełżec o Treblinka, donde los judíos de la región habían perecido meses atrás. En las ciudades ucranianas ocurrió lo mismo. Cuando Kiev fue ocupada en septiembre de 1941, las matanzas de judíos del barranco de Babi Yar no provocaron hacia ellos demasiada simpatía o deseo de ayudarles. Pero en abril de 1942, atrapada en el bloqueo de los alimentos que los alemanes habían impuesto a la ciudad, una profesora local se preguntaba en su diario: «¿Qué puede hacer una, cómo vivir? Probablemente lo que quieren es darnos una muerte lenta. Obviamente, no es apropiado ejecutar a tiros a todo el mundo». A principios de otoño, un año después de la invasión nazi, Nartova relató lo que decían sus convecinos de Kiev: «Primero liquidaron a los judíos, pero ahora llevan un

año entero mofándose de nosotros, cada día nos exterminan por docenas, nos están destruyendo con una muerte lenta».[29]

*

A pesar que los mapas de Europa en las escuelas alemanas estaban cubiertos de pequeñas esvásticas que iban desde el Atlántico hasta el mar Caspio, las carencias alimentarias en el Reich impedían que se produjesen exhibiciones públicas de victoria. A finales del invierno de 1941-1942, ni siquiera el suministro de alimentos que se requisaban con las «cuotas» que Backe imponía a las zonas ocupadas eran suficientes para hacer frente a las privaciones que sufría la población civil alemana. El 6 de abril de 1942, se llevó a cabo un nuevo gran recorte en la cantidad y en el tipo de alimentos racionados. Los jerarcas de la administración gubernamental nazi, que habían establecido la conexión entre «el invierno de los nabos» de 1916-1917 y «la leyenda de la puñalada por la espalda» en noviembre de 1918, habían intentado por todos los medios evitar esas medidas. En el plazo de una semana, el SD confirmó que, ciertamente, aquél era el peor golpe para la moral de la población del Reich hasta entonces.

En las principales ciudades, el SD advertía de que la «situación de los suministros» estaba dando lugar a «visiones de futuro sumamente críticas y escépticas». A pesar de que en las semanas anteriores se había filtrado ya información y se escuchaban ciertos rumores, la conmoción psicológica que se produjo fue sin precedentes. En el invierno de 1941-1942, la escasez de combustible, el cierre de los colegios y la necesidad de vestirse con gruesas capas de ropa dentro de las casas para poder permanecer caliente –medidas que habían alarmado a la población durante el primer invierno de la guerra– se habían convertido en algo habitual, incluso para la familia de un médico, como el doctor Paulus de Pforzheim. Pero el racionamiento supuso ahora un trauma de diferente nivel.[30]

De repente, la ración semanal de pan se redujo en 250 gramos. Se intentaba compensar esta pérdida con patatas y otros carbohidratos, pero la restricción de proteínas y de grasas fue aún más drástica. La ración semanal

de carne disminuyó en un 25 %, salvo para aquellos que hacían lo que se consideraba «un trabajo duro». Para el resto de «consumidores normales», que incluía a las amas de casa, los jubilados y los funcionarios, la ración de carne descendió de cuatrocientos a trescientos gramos semanales. A pesar de los esfuerzos de los medios de comunicación por acentuar en positivo las diferencias con la Primera Guerra Mundial, como el hecho de que las raciones asignadas a las mujeres embarazadas, a las madres que estaban criando y a los niños no se hubieran reducido, las amas de casa de toda Alemania protestaban por no poder alimentar a sus hijos.[31]

Aunque, en efecto, el racionamiento no llegó a descender a los niveles catastróficos de la Primera Guerra Mundial y el sistema funcionó en casi todas las regiones hasta el final, los alemanes no dejaban de comparar la situación con la guerra anterior. No pasó mucho tiempo antes de que la oficina del SD del Ruhr advirtiese de que «en las fábricas está creciendo un sentimiento cada vez más fuerte, reminiscente del de 1918». En todas partes, los trabajadores alegaban que los recortes en el racionamiento afectarían a su productividad, una clara amenaza de que el trabajo iría cada vez más despacio. Las persecuciones por absentismo y otras infracciones laborales se incrementaron considerablemente en la segunda mitad de 1942. La escasez también obligaba a las mujeres a perder cada vez más tiempo en las interminables colas, y los patronos se quejaban amargamente de la poca fiabilidad de sus trabajadoras alemanas. También el contenido de algunos anuncios publicitarios, como uno lanzado por la Asociación de Comerciantes de Leche y Contenidos Grasos de Wurtemberg, que instaba a recoger hayucos y extraerles el aceite vegetal, recordaba la guerra anterior.[32]

Los consumidores ya no podían comprar libremente donde querían y tenían que registrarse en alguna tienda de alimentación y en alguna carnicería para recibir sus raciones. En las ciudades de Renania y del Ruhr, por ejemplo, las colas se formaban desde muy temprano por la mañana, desde las cinco, las seis e incluso las dos de la madrugada, como indican algunos informes. De vez en cuando, los propios miembros de la policía también se unían a las colas que debían controlar, para poder así obtener

productos frescos, como pescado. En agosto de 1942, el líder del Partido Nazi de Castrop-Rauxel advirtió de que «si la venta de verdura, etcétera, continua como hasta ahora, corremos el peligro de que un día las mujeres sucumban a la impetuosidad, lo cual puede traer consecuencias desagradables». Pero en vez de emular las revueltas contra el hambre que se llevaban a cabo en París, los alemanes expresaban su descontento a través de una cultura de envidia a los otros y de quejas, y los clientes insatisfechos se encargaban de verificar que sus propios vecinos no se saltaban ninguna de las reglas establecidas.[33]

Mucho antes de que estos recortes en el racionamiento entraran en vigor, la gente ya había dejado de comer bien. En Alemania, igual que en Gran Bretaña, la desaparición gradual de la dieta de carne, leche, huevos, fruta fresca y verduras, se había visto sustituida en términos calóricos por pan y patatas, que llegaron a representar más del 90 % del consumo diario. La calidad del pan también se deterioró. En Gran Bretaña, la sustitución del pan blanco por pan integral o de germen de trigo produjo mejoras considerables en la nutrición. En Alemania, en cambio, donde el pan era tradicionalmente mejor, su calidad disminuyó. En abril de 1942, el salvado desapareció prácticamente del proceso de molienda, y aumentaron las proporciones de harina de cebada, de centeno y de patata. Esas masas más gruesas absorbían mayor cantidad de agua, lo que permitía ahorrar sin reducir el peso de la hogaza. La gente empezó enseguida a quejarse de problemas digestivos, principalmente en el sur, donde se consumían tradicionalmente mayores cantidades de pan de trigo que de centeno. La sustitución de las materias grasas, proteínas y vitaminas por cantidades cada vez mayores de almidón tuvo consecuencias físicas y psicológicas. Los investigadores de la salud calcularon que los obreros de las zonas urbanas habían consumido las reservas de materia grasa acumuladas en sus cuerpos durante los primeros años de guerra. Al no reemplazar la materia grasa y los minerales esenciales perdidos, la dieta basada en el almidón impedía que la gente pudiera sentirse llena durante mucho tiempo. La mermelada oficial «de cuatro frutas» contenía cada vez mayores cantidades de ruibarbo, calabaza y tomates verdes, que sustituían a las frutas, cada vez más escasas.

También se redujeron los contenidos grasos de la leche, la mantequilla y la margarina.[34]

Almacenadas por quintales en los sótanos, las patatas, como alimento principal, se incluían en muchas recetas, desde sopas y bollos hasta salsas. En muchos casos, había que preparar harina de patata, proceso que requería rallar las patatas a mano y dejarlas a remojo para después colar el agua sucia de la superficie antes de poder obtener la harina blanca de la patata, que se depositaba en el fondo del recipiente, y que había que secar con papel absorbente. Era un proceso que podía requerir un día entero. Como el azúcar era difícil de obtener, las mujeres que vivían en las ciudades ofrecían su ayuda a los campesinos cercanos para cultivar y cosechar la remolacha y poder quedarse así con una parte. Una mujer joven recordaba que las hojas centrales se guardaban para ser utilizadas como si fuesen «espinacas», mientras que la maraña exterior se lavaba cuidadosamente antes de picar las hojas y hervirlas durante horas en un gran cubo. Después de enfriarse, se prensaban para extraer de la remolacha ya cocida un fino líquido marrón que luego se recalentaba durante horas para ser más tarde reducido y espesado hasta convertirse en almíbar. Al mismo tiempo, aumentó la demanda de aromatizantes químicos y sintéticos, como el azúcar de vainilla o la esencia de limón o de ron, para disfrazar la eterna repetición de ingredientes y crear nuevas recetas un poco más apetecibles. Se hacían «albóndigas» y «chuletas» a base de patata, lentejas, nabos y coles blancas. Aburridos por la monotonía de la cocina en tiempos de guerra, la gente empezó a obsesionarse por recetas y platos imaginativos que rememoraban la perdida edad dorada de la abundancia.[35]

Ya desde antes de la guerra, las madres transmitían a sus hijas recetas para hacer conservas dulces, de frutos del bosque u otras frutas, y salazones de repollo, zanahorias, setas y otros vegetales. Los pequeños huertos urbanos adquirieron gran importancia durante la guerra, y muchas familias de mineros se dedicaron a criar cabras y cerdos. A pesar de la escasez de alimentos, muchas familias en las ciudades y en los pueblos mantenían la cría de conejos y gallinas. Incluso un médico de cabecera como Ernst Paulus criaba en aquellos años gallinas y tenía una pequeña cosecha. Las

ortigas, que las Juventudes Hitlerianas recogían para hacer remedios naturales, empezaron a venderse en los mercados de Berlín como verdura. Las familias iban a los bosques a recoger dientes de león para las ensaladas, bellotas para hacer café, y manzanilla, menta y hojas de lima para el té.[36]

El mercado negro adquirió nuevas formas. Los carniceros y tenderos ofrecían a los clientes más afortunados productos que no habían sido declarados. Una mujer joven, empleada de una farmacia, canjeaba parte de su suministro de té negro y jarabes por carne. Otra, empleada en la sección de cartillas de racionamiento de su ayuntamiento, sacaba a escondidas cupones para su madre sin ser, por fortuna, descubierta. Elisabeth Hanke, la recepcionista de la oficina de cartillas de racionamiento de Charlottensburg, se dio cuenta enseguida de que, como cada periodo de racionamiento duraba cuatro semanas, había gente que no llegaba a recibir la cartilla a tiempo. Mientras que para recoger las cartillas necesitaba el permiso de su superior, para expedirlas no requería permiso alguno. De esa manera, empezó a quedarse con las que no eran reclamadas. Una tarde en que salió a tomar algo con sus compañeros después del trabajo, se encontró con un viejo conocido que iba acompañado de un oficial del Ministerio del Aire. Rápidamente se asociaron: ella proporcionaba las cartillas de racionamiento y él los artículos de contrabando. Pronto se convirtieron también en amantes.[37]

Como la policía criminal estaba investigando a fondo el mercado negro, la pareja elaboró un mapa de cada distrito de Berlín, centrándose en los cafés, las tabernas, las tiendas y restaurantes conocidos por favorecer el trueque. Cada barrio atendía a una clientela de distinta clase social: los elegantes burgueses frecuentaban el «buen extremo oeste», mientras que las clases obreras se abastecían en las tabernas de Wedding, Neukölln y Spandau. Los estraperlistas llevaban a cabo las transacciones a escondidas en los lavabos mientras que los camareros vendían abiertamente cigarros durante las cenas, sin necesidad de explicaciones, secretismos ni negociaciones.[38]

En abril de 1942, Martha Rebbien tuvo que cambiar de alojamiento tras un altercado con la casera por su implicación en el estraperlo. Cuando la

camarera de cincuenta y cinco años fue finalmente arrestada dos años más tarde, no dudó en incriminar a su antigua casera, sosteniendo que le había suministrado comida y que su marido, guardia carcelero, utilizaba sus contactos para facilitar «café, carne en latas de conserva y chocolate». Las declaraciones de los testigos y las investigaciones posteriores desenmascararon finalmente una red local que involucraba a unos cuarenta comerciantes y socios. La mayoría de ellos trabajaban en las tabernas locales situadas a un kilómetro a la redonda de la estación de Gesundbrunnen, una de las estaciones de tren más ajetreadas de Berlín, en pleno centro del distrito obrero. Los trueques de Rebbien normalmente empezaban a través de contacto directo y conversaciones con alguna persona y proseguían con un paseo hasta su casa, donde se podía hacer el intercambio sin testigos, y de ahí el rol principal de la casera. Pero a pesar de la amplitud de la red, éstas eran sólo operaciones de pequeña envergadura en el mercado negro, donde cada persona era únicamente responsable de algunos pocos trueques. Sólo uno de los contactos de Rebbien, un comerciante que viajaba mucho, resultó ser un gran traficante: actuando a la puerta de un café en la calle de Danzinger, había añadido cuarenta personas al grupo ya establecido de contactos de confianza.[39]

Este tráfico ilegal de pequeña escala imitaba las costumbres semiabiertas y semiclandestinas de las prostitutas, quienes hacían sus contactos iniciales siempre en los mismos lugares, y dependían de las conexiones locales y familiares para obtener información y protegerse de los extraños, antes de llevar a los clientes a sus pisos. A su vez, las dos redes confluían en su actividad, pues el tráfico sexual necesitaba siempre acceder al mercado negro para conseguir cosméticos, ropa, peluquería y asistencia médica (especialmente para los abortos).[40]

Al igual que ocurría en toda la Europa ocupada, los que podían iban a comprar alimentos al campo. Los domingos, los trenes de cercanías se llenaban de gentes deseosas de intercambiar juguetes, utensilios de cocina, abrigos, zapatos y trajes de hombre por huevos, leche, queso y, sobre todo, por carne, ya que ésos eran los alimentos que más escaseaban en las ciudades. En ciudades como Ulm y Stuttgart, las mujeres acumulaban

artículos prácticos que no estaban racionados, como detergente y botes de conservas de cristal, para poder canjearlos en el campo. Ya durante el verano de 1941, los ciudadanos de Suabia se preparaban para las Navidades pagando a los granjeros del distrito de Saulgau hasta veinte marcos por cría de ganso y otros cuarenta marcos si el ganso era adulto. El propio SD supervisaba algunos trueques, e informaba de que en la ciudad de Biberach, cinco kilos de fresas se intercambiaban por un cuarto de kilo de granos de café, los tejidos y los zapatos franceses se cambiaban por fruta y verdura, y el aceite para ensaladas, por cerezas. Debido a la gran la cantidad de ciudadanos que acudían a sus casas, los ganaderos de las afueras de Stuttgart no necesitaban ya ir a vender sus productos en los mercados de la ciudad.[41]

En las zonas rurales, la vigilancia de la policía siempre fue discontinua, en comparación con la de las ciudades y el ferrocarril. Las autoridades permanecían indiferentes al trueque en el ámbito rural y eran cautelosas a la hora de incrementar la vigilancia sobre el entramado de regulaciones económicas que afectaban a las regiones campesinas. Uno de los factores que restringía la vigilancia en las comunidades rurales era la falta de personal. En toda la región de Wurtemberg, cuando la guerra comenzó, había únicamente quince gendarmes disponibles, que se encargaban de controlar los precios, y este número aún disminuyó, especialmente después de 1941, a medida que se necesitaban desesperadamente reemplazos en el frente oriental. Los auxiliares de policía que reemplazaban a los hombres enviados al frente eran incapaces de investigar en detalle los casos que se acumulaban sin cesar, y se los pasaban a las oficinas de los fiscales, que sufrían las mismas limitaciones. A mediados de 1942, las violaciones del Decreto de Economía de Guerra se habían convertido ya en el principal delito de cuantos eran juzgados en los Tribunales Especiales, incluyendo los asesinatos. La policía y los fiscales a menudo paralizaban las investigaciones o les aplicaban toda clase de atenuantes para reducir las sentencias, prefiriendo limitarse a hacer advertencias y amonestaciones.[42]

En noviembre de 1942, el Tribunal Especial de Stuttgart se dirigió a Rottweil para juzgar un caso de matanzas ilegales de ganado. Estaban

involucrados el alcalde del municipio, su hijo de diecisiete años, un oficial de policía y el representante de los campesinos locales, quien, por cierto, era el encargado de inspeccionar la carne. Se acusaba a los cuatro demandados de confabulación sistemática, al reducir en los papeles oficiales el peso de la carne de las matanzas, principalmente de cerdos. El inspector de la carne registraba el peso del animal sin cabeza, y luego, una vez añadida la cabeza, se quedaba con la parte equivalente a su peso. Era prácticamente imposible ocultar la matanza de un cerdo o de un ternero en un criadero: el carnicero y el ganadero necesitaban un día completo para desangrar el cadáver, que normalmente se colgaba además al aire libre en el patio. Era por lo tanto mucho más fácil registrar un peso reducido que dejar de registrar una matanza. El Tribunal Especial de Stuttgart dejó probado que se habían producido 227 casos entre noviembre de 1939 y octubre de 1941, en los cuales habían desaparecido 3.000 kilos de cerdo en total. El agente de policía había pasado a ser el encargado de determinar el peso de los animales, pero también él había hecho acopio, de manera fraudulenta, de 1.170 kilos de cerdo en sólo seis meses, hasta ser arrestado en marzo de 1942. Como funcionario responsable de todas las matanzas, el alcalde había contratado astutamente a su hijo adolescente para hacer el trabajo administrativo. El chico fue absuelto, alegando que simplemente había seguido las instrucciones de su padre. Los otros tres acusados fueron declarados culpables.

Hermann Cuhorst, el presidente del Tribunal Especial de Stuttgart, era un hombre de reputación aterradora. Unos días antes del juicio, varias personas habían sido decapitadas en Stuttgart por violar el Decreto de Economía de Guerra, y un mes más tarde, un hombre de sesenta años había sido ejecutado por cometer una matanza ilegal y «otro tipo de engaños». En el caso de Rottweil, sin embargo, Cuhorst dictó una sentencia carcelaria bastante suave: el oficial de policía fue sentenciado a diez meses, el jefe de la granja a dieciocho y el alcalde, como alto funcionario, a veinticuatro meses de prisión. En abril de 1942, Hitler había reprendido públicamente en un discurso en el Reichstag a la magistratura por estar siendo demasiado indulgente. Esto explica en parte el uso despiadado de la pena de muerte en

una capital de provincia como Stuttgart. Pero en un lugar tan aislado como la región de Rottweil, una sentencia indulgente provocaría menos publicidad. El tribunal también tenía razones de peso para no llevar a cabo la ejecución de líderes de la comunidad rural, evitando así las protestas en toda la región. Como explicaba el juez, «ninguno de ellos [los acusados] fue capaz de terminar con ciertas prácticas erróneas pero arraigadas, a fin de evitar conflictos con el resto de ganaderos de su comunidad». «En una pequeña comunidad en la cual todo el mundo sabe todo y en la que casi todo el mundo está emparentado por lazos de sangre o de matrimonio», aquellos hombres estaban «obviamente en una posición difícil para cumplir con sus deberes oficiales, dado el conflicto de intereses existente».[43]

Tal delicadeza al imponer las regulaciones y minimizar sus draconianas exigencias no era nada inusual en el Wurtemberg rural. Resultaba particularmente difícil penetrar en aquellas comunidades de los pueblos del suroeste de Alemania, con su intrincado patrón de matrimonios endogámicos. Sabiendo que los representantes del Partido Nazi y del Gobierno eran miembros de las propias comunidades, los jueces aceptaban que debían encontrar circunstancias atenuantes para mostrarse indulgentes, si no querían que el régimen perdiese influencia en esas zonas rurales. Era más fácil alcanzar un acuerdo con estas comunidades, consideradas como las auténticas fundadoras de los principios del nacionalsocialismo de «sangre y tierra», que combatirlas.[44]

El hecho de que los ganaderos fuesen capaces de cumplir con las cuotas de entrega que se les exigían y tener aún excedentes suficientes para trocar en el mercado negro –o gris–, indica que el SD tenía razón al querer incrementar los incentivos a los ganaderos para aumentar la producción. A fin de cuentas, éste era el modelo que había demostrado ser exitoso en Dinamarca. Sin embargo, el Ministerio de Alimentación rechazó esta estrategia, considerando el sistema de fijación de precios y la entrega de cuotas una garantía para evitar la inflación exorbitante y la hambruna en las ciudades, como durante la Primera Guerra Mundial. Pero al tolerar la expansión del mercado negro en el campo, aunque fuese relativamente modesta, la policía y los tribunales aceptaban tácitamente la aparición de

una pequeña economía ilícita que ofrecía incentivos de precios para aumentar la producción una vez cubiertas las cuotas oficiales. En la práctica, el propio régimen se beneficiaba de este funcionamiento, sin verse obligado a admitir la creciente distancia entre retórica y realidad.[45]

Quienes dirigían los sistemas de entrega de alimentos y racionamiento eran los mejor situados para poder subvertirlos, y eso ocurría no sólo en una localidad de Suabia, sino a lo largo de toda la Europa ocupada. Resulta mucho más complejo describir las operaciones a gran escala del mercado negro que los pequeños trueques entre vecindades, pero los esquemas son a veces identificables. En Varsovia, un edicto alemán prohibió la cocción y la venta de pan blanco desde el 23 de enero de 1940, aunque éste seguía siendo expuesto en las tiendas y en los puestos de los mercados donde también los alemanes hacían la compra. La flota de camiones que transportaban a diario aquella harina blanca funcionaba con gasolina que salía de los depósitos controlados por los alemanes, y con permisos que eran comprados a los oficiales corruptos de las administraciones militares y civiles. Al ser un importante nudo ferroviario, Varsovia también servía como centro de diversión de las tropas alemanas del frente oriental cuando estaban de permiso, y la ciudad gozaba así de un próspero mercado negro. No pocas veces, los productos disponibles revelaban el alcance de los acuerdos paneuropeos negociados por los funcionarios nazis. Justo antes de las Navidades de 1942, apareció de repente en los mercados de la ciudad una gran cantidad de carne de pollo, mercancía que sin duda tenía que ser enviada a Alemania y había sido desviada. En 1943, se filtró la noticia de que se estaba vendiendo arenque al por mayor, supuestamente enviado por la Wehrmacht desde Noruega: a veces los mismos productos revelaban su recorrido. En mayo de ese mismo año, todo un envío de tortugas que iban desde Grecia o Bulgaria a Alemania fue descargado en Varsovia. Aunque no formaran parte de la cocina tradicional polaca, las tortugas se vendieron en los puestos de los mercados de toda la ciudad. Durante semanas, se pudieron ver tortugas que se habían escapado trepando por columnas o buscando laboriosamente la manera de subir escaleras.[46]

Los funcionarios civiles alemanes, los oficiales de las SS y los soldados de a pie habían celebrado las conquistas de 1940 y 1941 comprando artículos que eran difíciles de encontrar en el Reich; y ésa siguió siendo la costumbre. Una adolescente alemana se quedaba impresionada al ver la mesa de su casa invadida de exquisiteces –desde almendras y peras hasta canela, paté y zanahorias envueltas en jamón– cuando su padre volvió de París; y había además cuadernos, material de costura, medias, guantes, cinturones, detergentes, zapatos, jabones y ropa de cama que también había llevado en su viaje de permiso a casa. Maravillada ante todo ese lujo, la adolescente reflexionaba que «ésta es la nueva norma en Alemania. Los hombres compran todo lo que pueden allí donde están. Ya sea en Holanda, en Bélgica, en Francia, en Grecia, en los Balcanes, en Noruega, etcétera». Los famélicos parisinos que veían a las hordas de tropas alemanas tambalearse bajo el peso de sus equipajes en la Gare de l'Est los apodaron «escarabajos de la patata».[47]

En Ucrania se ganaron el nombre de «hienas». Allí el saqueo comenzó con la distribución de las propiedades judías. Mientras que los utensilios y el mobiliario sencillo eran a menudo entregados al populacho, todo lo que tenía valor era requisado. El dirigente de las SS y jefe de la policía de la Rusia Central, Erich von dem Bach-Zelewski, envió 10.000 pares de calcetines de niño y 2.000 pares de guantes de niño a través del personal del Reichsführer-SS a las familias de los SS como regalos de Navidad. Una delegación fascista italiana se sintió impresionada durante una visita a la ópera de Minsk, al ver un botín de ropa y objetos personales amontonado en pilas. En 1943, los censores postales alemanes informaban sobre cómo las familias se estaban aprovechando de los recursos disponibles en el este: un abuelo quería enviar sus botas nuevas a Ucrania a cambio de ocho litros de aceite, que después podría trocar por un abrigo nuevo en el Reich. Los ucranianos vendían huevos, aceite, manteca, jamón, pollo, guisantes, mantequilla, azúcar, harina, fideos, galletas, salchichas, cebada perlada y lana de cordero persa, a cambio de sal, cerillas, pedernal, levadura, ropa vieja, utensilios domésticos, ropa interior femenina, bolsos de mano, ralladores, cortadores de pepino, tirantes, sacarina, crema corporal, esmalte

de uñas, levadura, pintalabios, cepillos de dientes y bicarbonato. Las cerillas se vendían a seis marcos y los trajes viejos a seiscientos marcos. Con medio kilo de sal se podía comprar un pollo, con cinco kilos una oveja, y parece que no era raro que una familia del Reich reconociera la llegada de un envío de 2.000 o 3.000 huevos. Entretanto, los alemanes enviaban a Ucrania las joyas baratas, adornos y artículos domésticos innecesarios, y los hombres rogaban a sus «familiares y conocidos que se unieran» para recoger ese tipo de objetos que servían para el trueque.[48]

En una parodia del lenguaje heroico nazi, el autor de una carta observaba cómo al menos «en ese terreno se han logrado cosas extraordinarias», y escribía sobre cómo el vacío dejado por los asesinatos en masa se estaba llenando: «Lo que los judíos hacían antes, ahora lo hacen los arios de una manera mucho más completa». Pero esta percepción y condena moral seguía siendo rara. En general, «estafador» y «traficante» eran palabras que se reservaban para el mercado negro dentro de Alemania; no había palabras, fuesen o no peyorativas, para nombrar esas actividades en la Europa ocupada. En el oeste, al menos durante los primeros años de ocupación, aún había cierto sentimiento de vergüenza. El periodista de Münster Paulheinz Wantzen anotó en 1941 un chiste nuevo: «Dos ingleses vestidos de oficiales alemanes son arrestados como espías en Bélgica. Los alemanes no los detuvieron porque no llevaban maletas». Pero el este, en cambio, estaba ahí para ser saqueado; y los alemanes sólo observaban y establecían una regulación moral sobre esos artículos una vez que circulaban por Alemania.[49]

*

Cada vez más conscientes de su dependencia respecto a los territorios ocupados, los alemanes abordaron la nueva misión imperialista con menos entusiasmo que los beneficios materiales que obtenían de ella. En 1942, los medios de comunicación trataban de popularizar la idea de «Gran Área». En mayo, Hitler se dirigió a los *Reichsleiters* y *gauleiters*, una vez más a puertas cerradas, para decirles que «nuestro territorio colonial se encuentra

al este» y que ese espacio les proveería de carbón, cereales y petróleo. El Reich construiría una nueva frontera fortificada masiva dentro de la cual las próximas dos o tres generaciones de alemanes podrían expandirse hasta lograr ser 250 millones de personas. Cuando hablaba en público, Hitler generalmente ponía el énfasis en las medidas militares de autodefensa, pero ese mismo mes, en un discurso en el Palacio de Deportes de Berlín, frente a una audiencia de 10.000 jóvenes oficiales del Ejército, habló de la conquista del «espacio vital» *[Lebensraum]* en la Europa oriental y de los suministros de materias primas que esto proporcionaría.[50]

Además de la deportación de judíos, Heinrich Himmler estaba ocupado en elaborar sucesivos esbozos de su «Plan General del este», que consistiría en colonias agrícolas habitadas por soldados-campesinos, una idea en la que estaban centrados muchos ambiciosos y talentosos demógrafos, economistas e historiadores. Los alemanes ya habían manifestado su entusiasmo por dominar el este durante la conquista de Polonia. Entonces, muchas mujeres jóvenes, desde profesoras de guarderías hasta estudiantes, se ofrecieron voluntarias para participar en la regermanización de la Wartheland y, en 1942-1944, de la región de Zamość. Aprendieron a arreglárselas con lo que encontraban. Para crear una guardería destinada a los hijos de los colonos alemanes, una activista del BDM expulsó a una judía de su casa en el distrito de Lublin. Como la casa era finalmente demasiado pequeña, se encargó de que desmontaran una casa judía de Plaszow, más grande, y la reconstruyeran en el pueblo.[51]

En junio de 1942, Erna Petri llegó a Leópolis con su hijo de tres años. Habían abandonado su granja para reunirse con su marido, miembro de las SS, y se instalaron en la antigua casa señorial de un noble polaco a las afueras de la ciudad. Con un pórtico de columnas blancas y un gran jardín, aquello se parecía más a la residencia del propietario de una plantación que a la modesta granja familiar que habían dejado en Turingia. Siendo fieles al precepto de que los alemanes debían imponerse sobre la población de origen, la mujer fue testigo, a los dos días de su llegada, de cómo su marido usaba el látigo con los campesinos que explotaba. Al poco tiempo, Erna también golpeaba a los trabajadores. Un día, mientras servía café y pasteles

a su marido SS y a sus colegas policías en el balcón de la villa con vistas a los jardines, la conversación inevitablemente derivó hacia las ejecuciones en masa de judíos. Contó cómo, en el verano de 1943, volvía un día de hacer recados en Leópolis cuando vio a un grupo de niños prácticamente desnudos que se agazapaban al borde de la carretera. Paró el coche, tranquilizó a los seis niños asustados y los llevó hasta su casa donde les dio algo de comida y esperó a que su marido regresara. Como él no llegaba, decidió resolver el asunto por sí sola. Cogiendo un antiguo revolver militar que le había regalado su padre antes de marcharse, Erna Petri condujo a los niños a través del bosque hasta una cantera donde sabía que habían fusilado y enterrado a judíos. Allí los colocó en fila mirando hacia la fosa y les fue disparando uno a uno en la nuca. Recordaba que, después de los dos primeros, los demás «se pusieron a llorar», pero «no fuerte, sólo lloriqueaban».[52]

En los territorios soviéticos, los colonos entusiastas como los Petri eran una minoría: los alemanes no acudieron en manada a Crimea o a Ucrania, a pesar de poseer una agricultura tan rica. El mismo profundo miedo cultural que había servido como excusa para justificar la guerra «preventiva» contra la Unión Soviética, hizo que resultara difícil convencerlos para que se desplazaran allí a colonizar las tierras. En los dos primeros años de guerra, los nazis consiguieron propagar con éxito la idea de que la sociedad alemana debía convertirse en una *Volksgemeinschaft*, una comunidad nacional. Este concepto significaba cosas distintas según las personas, pero en este momento, la idea chocaba con ese destino más amplio de dominación sobre una «Gran Área» no germánica. Esta nueva misión era denominada de manera rutinaria como «imperialismo», un término que, por sus asociaciones peyorativas, evocaba las imágenes de la película *Ohm Krüger* de 1941, con las mujeres y los niños bóeres encerrados en los campos de concentración ingleses, y también las muertes masivas de niños alemanes por inanición que se habían extendido a causa del bloqueo de la Marina Real británica después del armisticio y hasta 1919. Es cierto que sentían nostalgia por las viejas colonias alemanas en África, pero el arduo territorio del este que había que conquistar y colonizar, era otro asunto. Las

comisiones de reasentamiento de las SS de Himmler terminaron rastreando los orfanatos de Polonia, Ucrania y Bielorrusia en busca de niños que parecieran «arios» y que pudiesen ser «germanizados». Con tanto «espacio vital» disponible ahora para los alemanes, Himmler ordenó a los guardianes de la pureza de la raza que rebajaran los criterios y que «destilaran» cada «gota de sangre pura» de la «mezcolanza» de las naciones del este.[53]

Había más motivos por los cuales la idea del imperio nazi no era muy popular. En ese momento, Alemania estaba llena de extranjeros. Ya que la mayor parte del propagandismo nazi sobre la raza «pura» se centraba en la idea de identidad nacional, o incluso local, el flujo de trabajadores extranjeros podía ser tolerado a lo sumo como un recurso propio de los tiempos de guerra, una necesidad racional, aunque desagradable. Al mismo tiempo, se echaba la culpa de muchas enfermedades a la llegada de aquellos extranjeros, olvidando por supuesto que habían sido reclutados obligatoriamente. En un informe especial sobre la investigación de sus actividades en el mercado negro, el SD aseguraba que los franceses y los italianos llevaban al país relojes y joyas, además de comida y vino, y que vendían macarrones y frutas del Mediterráneo que recibían de sus casas. Como resultado, se decía, algunos de los trabajadores italianos tenían grandes fortunas en las cuentas bancarias del Deutsche Bank. Por decirlo de otra manera, su crimen principal era comportarse como alemanes. Invirtiendo las relaciones de poder que se creaban entre los alemanes y los trabajadores extranjeros, los franceses y los italianos se convirtieron en seductores que atraían a los inocentes «camaradas nacionales» al entramado de su perverso comercio. Aquella distorsión de la realidad concordaba muy bien con la tendencia ampliamente extendida de culpabilizar a los extranjeros de mantener relaciones sexuales que a menudo habían comenzado los propios alemanes.[54]

Muchos prisioneros de guerra franceses lograban hacerse con ropa de paisano o monos de trabajo y andaban por los cafés, los cines y las tabernas. A las afueras de Innsbruck, se les veía tomar el sol sentados en la terraza del hotel Berg. Los propagandistas instaban a sus camaradas nacionales a que se mantuvieran a distancia de los extranjeros, pero poco a poco las

relaciones empezaron a ser cada vez más complejas, unas veces por oportunismo y otras por afán de explotación, pero también porque se iban estableciendo algunas relaciones íntimas.[55]

A finales del año 1944, la Gestapo arrestó a un trabajador francés llamado André, tras interceptar una carta que había escrito a su amante alemana. Estaba impaciente por reunirse con ella por Navidad y le prometía: «Te voy a besar los pechos mil veces, haremos el 69». André era un trabajador civil en Alemania, y no existía ninguna prohibición para ese tipo de relaciones, aunque el hecho de que su amante fuera una mujer casada sirvió como excusa para que la policía interviniera. La investigación puso al descubierto una historia de amor clandestina que había comenzado dos años antes, a principios de 1943, con encuentros secretos los domingos. Reveló que André había sido un prisionero de guerra francés, uno de los millones que habían sido enviados a trabajar a Alemania después del armisticio de 1940. Sometido a una vigilancia relajada, no le había resultado difícil escaparse, sobre todo, gracias a que su amante le había proporcionado ropa de civil. Esta no era una situación extraña: unos 200.000 prisioneros franceses actuaron de maneras semejantes. Pero André estaba tan enamorado, que tan pronto como llegó de vuelta a Francia, decidió regresar a Alemania. André formaba parte de la pequeña minoría de trabajadores extranjeros que estaban de manera voluntaria en el Reich, y debe de ser uno de los pocos que no lo hizo por motivos económicos, sino por amor.[56]

Aunque las relaciones entre hombres o mujeres alemanas y trabajadores o trabajadoras francesas estuviesen permitidas en el complejo entramado de regulaciones policiales y militares, las relaciones entre alemanas y prisioneros de guerra franceses estaban, sin embargo, prohibidas. Poco tiempo después de la capitulación de Francia, la Oficina Central de Seguridad del Reich, bajo la dirección de Heydrich, había dictaminado «que de acuerdo con las órdenes del Führer, los prisioneros franceses, ingleses y belgas, igual que los prisioneros de guerra polacos, serán condenados a la pena de muerte en caso de haber mantenido relaciones sexuales con una mujer o una joven alemana». Pero la Wehrmacht ignoró a Heydrich y, por el

contrario, respetó la Convención de Ginebra, y aplicó además el criterio de que representantes del ejército francés participasen en los procesos judiciales de los tribunales militares alemanes, y fueran además informados del veredicto. Aplicando en los casos de relaciones el artículo 92 del Código Penal Militar, que se refería a los casos de insubordinación, los jueces generalmente pronunciaban sentencias de hasta tres años de prisión. El castigo podía ser aún menor si se consideraba que era la mujer la que había «seducido» al hombre; en cambio, si la mujer estaba casada con un soldado, como ocurría en el caso de André, la sentencia que imponían las cortes militares solía ser más dura, y los prisioneros eran enviados al terrible Stalag de Graudenz. Entre 7.000 y 9.000 internos fueron enviados a esa fortaleza caracterizada por los trabajos forzados, el hambre, la exposición al frío del invierno y la falta de higiene. A pesar de su carta de amor incriminatoria, André trató de negar haber mantenido ninguna relación sexual. Fue sentenciado a tres años en la fortaleza. No se sabe cómo trató la policía alemana a la amante, pero en casos como éste, eso dependía normalmente de la decisión del marido.[57]

En su intento de perseguir y castigar la mala conducta sexual, los oficiales de la Gestapo iniciaban investigaciones minuciosas e interrogaban a los vecinos en interminables averiguaciones de supuestas historias que muchas veces no eran más que rumores malintencionados. En una de esas investigaciones aparece una cuadrilla de albañiles franceses que arreglaban uno a uno los apartamentos de un edificio de Essen. Tras una larga investigación, un oficial de la Gestapo concluía: «Parece que el caso presente es un ejemplo de cotilleo de vecinos debido a que no todos los apartamentos han sido arreglados a la vez». Como los bombardeos de la RAF eran cada vez más frecuentes en 1942, se enviaba a este tipo de cuadrillas de albañiles de ciudad en ciudad para reemplazar las ventanas y arreglar los tejados. Muchas de las denuncias de vecinos que llegaban a la Gestapo hablaban de que a esas gentes se les hacían pequeños regalos, bollos, té y chucrut, a veces artículos de ropa e incluso agua caliente para hacer café. En este tipo de casos, los albañiles franceses simplemente estaban

sacándole partido a la costumbre alemana durante la guerra de pagar una parte de su salario a los obreros en especie.[58]

En los pueblos y las ciudades, las trabajadoras francesas y belgas también empezaron a llamar la atención de las autoridades. En Stuttgart, la fiscalía del Estado se quejaba de su grosería y de que insultaban a los miembros de la Liga de Muchachas Alemanas, además de pasar mucho tiempo en los cafés, los bares y las salas de cine. En Ulm, había un «ambiente animado», y en Rettingen, un oficial local se quedó en estado de shock por la manera en que los soldados alemanes del cuartel «besuquean a las francesas a plena luz del día». El líder local del Partido hizo un llamamiento a los hombres alemanes para que defendiesen su «conciencia racial» y su honor. La policía de Stuttgart, que había descubierto que cuatro adolescentes habían tenido encuentros con unas chicas francesas en una cabaña de esquí a las afueras de la ciudad, sólo pudo poner cargos a los tres menores de edad por romper el toque de queda que regía para los jóvenes. El mayor del grupo no pudo ser acusado de nada porque tenía más de dieciocho años y porque, como el fiscal lamentó amargamente, «las relaciones sexuales con una mujer extranjera, aunque sea ciudadana de un Estado enemigo y supongan una gran ofensa pública, no pueden ser perseguidas».[59]

*

Para las mujeres del este, las cosas eran diferentes. Poco después de que los alemanes invadiesen Novocherkask (Rusia) en junio de 1942, un oficial visitó la casa de Antonina Mijáilovna para registrar a la familia. Tardó poco en regresar, llevándose a la chica de diecisiete años –que sólo tuvo unos minutos para recoger sus cosas y despedirse de sus padres–, y añadiéndola a la columna de detenidos que tendrían que ir a pie hasta Rostov del Don, bajo el calor del pleno verano, acompañados por los ancianos locales, alemanes con metralletas y perros guardianes. En Rostov, se les hizo subir a sucios vagones de mercancías, utilizados para transportar cerdos, que los llevaron hasta Polonia. En la parada de «desinfección», Antonina y las otras

chicas tuvieron que desvestirse y ducharse «mientras los hombres iban y venían riéndose». Otra muchacha, Maria Kuznetsova, contó una historia similar sobre la llegada de su transporte a Múnich. Después de obligarlas a ducharse, las sentaban a una mesa y las rapaban. «Ya sabes, éramos jóvenes e inocentes y los hombres caminaban entre nosotras a pesar de que llorábamos y nos lamentásemos. Pero no servía de nada.»[60]

Las dos chicas fueron enviadas a la ciudad de Kalsdorf, en Estiria, para trabajar en una empresa metalúrgica que suministraba a la industria armamentística. Lapp-Finze AG era una empresa mediana que empleaba a 820 personas como mano de obra, incluyendo a 89 «trabajadores del este» y prisioneros de guerra ingleses, a ochenta croatas y a quince civiles franceses. Cada grupo nacional se alojaba por separado, algunos en la ciudad, otros en barracones en la propia fábrica. Únicamente los tres barracones destinados a los trabajadores del este estaban cercados con un alambrado de púas de los que fabricaba la propia empresa. Aquel verano, cuando las muchachas llegaron, cada bloque parecía espartano, pero limpio, con colchones y almohadas rellenos de paja sobre los catres de madera. Pero al empezar el invierno todo era diferente. Las pequeñas estufas de leña no permitían calentar los barracones, especialmente por las noches, cuando se acostaban. El recinto se encontraba justo enfrente de la casa del comandante del campo, permitiéndole así controlar las entradas y salidas.

En el trabajo diario, eran el capataz y los obreros jefes quienes ejercían sobre ellas un control arbitrario, imponiendo el ritmo de trabajo en la fundición, a pesar de que las mujeres no eran suficientemente fuertes y de que no se les habían suministrado las imprescindibles gafas ni ropa de seguridad. Algunos eran tipos decentes, como el jefe de Ekaterina Berezhnova, quien había aprendido suficiente ruso siendo prisionero en la Primera Guerra Mundial como para hablar con ellas. También les daba pan. La empresa seguía la práctica habitual de supervisar la productividad de los trabajadores extranjeros gratificando a los más productivos con la autorización para llevar la insignia *«Ost»* (Este) en el antebrazo en lugar de en el pecho, pero la mayor parte de las mujeres no llegaron a disfrutar de esa sutil diferencia. En cualquier caso, la insignia les impedía el acceso a la

mayor parte de la pequeña ciudad y a la principal instalación recreativa, la sala de cine. Las relaciones informales que se creaban eran muy importantes. Muchos de los trabajadores forzosos recibían comida y ropa a cambio de ayudar en los campos de cultivo que había alrededor de la ciudad. Algunas de las chicas se hicieron trajes de baño y nadaban durante el verano en el canal, e incluso hicieron fotos de sus ratos de descanso en los campos que rodeaban la fábrica. Prepararon trajes populares y cantaban y bailaban canciones rusas, acompañadas por un hombre croata que tocaba la mandolina. Al menos ocho bodas tuvieron lugar en el campo, presididas benévolamente por el comandante.[61]

Empleadas a menudo para llevar a cabo tareas semicualificadas de la industria armamentística, las jóvenes trabajadoras no resultaban amenazantes para los obreros alemanes, veteranos y cualificados, encargados de supervisarlas y de instruirlas. Un trabajador jubilado de Krupp en Essen describía el tipo de ayuda mutua, no exenta de cierta conspiración, que surgía entre unos y otras:

> Así que ahí está ese tipo con su fresadora y le dan una mujer para que le enseñe. Vale, se supone que ella le reemplazará cuando él se convierta en soldado. Pero ¿crees que lo va a hacer rápidamente? Como él dice, «Mira, no te des prisa en cavar mi tumba», y tampoco la mujer tiene ningún interés en hacerlo.

También el SD informaba de casos de «trabajadores alemanes que les piden a las trabajadoras rusas que ralenticen su producción».[62]

En las minas de carbón del Ruhr, gran parte del trabajo era realizado por prisioneros de guerra soviéticos, hombres exhaustos, consumidos por las epidemias de tifus que se habían dado en los Stalag. Mientras que los mineros ucranianos llevados de Krivói Rog trabajaban duro, eran disciplinados y fuertes, los prisioneros del Ejército Rojo no estaban en condiciones de aguantar el trabajo de extraer el carbón con pico y pala. Las minas eran conocidas por su dureza sin límites, y en marzo de 1942, dos tercios de los trabajadores enviados desde Bélgica y el norte de Francia a los pozos del Ruhr, ya se habían marchado. El minero alemán que controlaba la ración de pan y la producción de los cuatro o cinco

trabajadores soviéticos que trabajaban bajo sus órdenes disfrutaba de un poder absoluto. Los intereses de los mineros del carbón alemanes –la profesión que estaba exenta en mayor amplitud del reclutamiento militar–, coincidían aquí con los de los responsables de las minas y con la jerarquía nazi. Como dijo el líder del Frente Alemán del Trabajo, Robert Ley, en una reunión de responsables de minas en octubre de 1942, era el trabajador alemán quien podía decidir «cuándo un cerdo ruso debe ser golpeado». Paul Pleiger, jefe del organismo del Reich encargado del carbón, afirmó de una manera más diplomática: «Bajo tierra está oscuro y Berlín queda muy lejos».[63]

El frente interno alemán se convirtió también en un lugar de muertes masivas. Al menos 170.000 trabajadores civiles soviéticos y 130.000 polacos murieron explotados en Alemania, aunque, en esas cifras, las autoridades ni siquiera contabilizaron a los que perecieron en el camino de ida o de vuelta, o a los que fueron enviados a morirse a casa; cientos de miles quedaron así fuera de la contabilidad oficial. En junio de 1942, el tifus se extendía entre los trabajadores soviéticos. Al mes siguiente, la compañía de electricidad AEG en Berlín declaraba que «las empleadas rusas están a veces tan débiles que se desmayan de hambre». Ese mismo verano, algunas fábricas de Fráncfort devolvieron a la mitad de las trabajadoras que les habían sido asignadas «debido a las enfermedades y el agotamiento físico». En septiembre, un informe oficial detallaba cómo un tren que transportaba trabajadores del este a Berlín se cruzó con el que llevaba de vuelta a aquellos que no estaban «en forma». Esto «pudo haber tenido consecuencias catastróficas», prosigue el informe,

> porque en el tren de vuelta había pasajeros muertos. Algunas mujeres del tren dieron a luz a niños que eran tirados por las ventanas abiertas durante el viaje, viajando en el mismo vagón que los enfermos de tuberculosis y de enfermedades venéreas. Se colocaba a los moribundos en los vagones de carga sin paja y uno de los muertos fue incluso arrojado al terraplén. Otros transportes de regreso se han hecho probablemente en un estado lamentable similar.[64]

Las estadísticas eran mucho más terribles de lo que las jerarquías contaban. Casi dos millones de prisioneros del Ejército Rojo fueron

obligados a trabajar en Alemania. Un millón de ellos murieron.

A medida que se iba implantando de manera masiva la mano de obra extranjera, se producía un crecimiento exponencial en el número de trabajadores enviados a los campos de concentración, que se convirtieron en uno de los medios más importantes para disciplinar a los trabajadores extranjeros. El núcleo original de prisioneros políticos alemanes –generalmente antiguos comunistas– junto con criminales alemanes, se alzaba ahora sobre aquel mar de presos no alemanes, rivalizando entre ellos para constituir la élite de prisioneros funcionarios, los *Kapos* y *Prominenten*. Ellos ejercían la autoridad sobre los trabajadores «del este» y los polacos que habían intentado escapar o habían sido denunciados a la Gestapo por delitos como insolencia o insubordinación. Había dos grupos de alemanes para los cuales la vida en los campos era particularmente miserable, los varones homosexuales y los autores de delitos menores. A partir de 1942, toda esta extensa fuerza de trabajo fue reclutada también para la producción bélica. Los campos de Auschwitz y Monowitz suministraban mano de obra a la Alta Silesia así como al gran conglomerado de industrias químicas IG Farben, mientras que el campo de Oranienburg, situado en los suburbios al norte de Berlín, daba servicio a la fábrica aeronáutica Heinkel, a BMW de Dachau, a Siemens de Ravensbrück, a Steyr-Daimler-Puch de Mauthausen y a Daimler-Benz de Sachsenhausen. Fueron las industrias de la Luftwaffe, seguidas por BMW, Heinkel y Messerschmitt, las que habían iniciado en 1942 y 1943 este sistema de contratación de trabajadores forzados que venían de los campos.

En los campos de concentración dentro de la propia Alemania llegó a haber 1,65 millones de prisioneros; al menos 800.000 murieron en ellos; otros 300.000 fueron explotados hasta la muerte por su condición de judíos clasificados para «ser destruidos mediante el trabajo». Incluyendo a los prisioneros de guerra soviéticos y a los trabajadores soviéticos y polacos, incluso los datos oficiales –intrínsecamente conservadores– demuestran que al menos 2,4 millones de personas fueron explotadas hasta la muerte en el interior de Alemania tras la crisis militar de 1941-1942.[65]

Un historiador económico ha descrito el uso de trabajadores de los campos de concentración en Alemania, sometidos a continuas «selecciones» y a un enorme esfuerzo físico al mismo tiempo que sus raciones de comida eran ínfimas, «no como un stock sino como un flujo continuo». Durante la crisis de racionamiento que se produjo a lo largo del año 1942, este sistema fue aplicado a todas las categorías de trabajadores forzados que procedían del este, ya fueran prisioneros militares o «voluntarios» civiles. En un intento por racionalizar los índices de abandono y seleccionar a los trabajadores que pudiesen sobrevivir de la manera más económica posible, el presidente de la organización del carbón de la Alta Silesia, Günther Falkenhahn, fue pionero en la creación de un sistema de «alimentación de rendimiento» para los «orientales» que trabajaban en su pozo de Plesschen Werke, quitándoles los alimentos a aquellos que mostraban un bajo rendimiento y redistribuyéndolos entre aquellos que superaban las cuotas exigidas. Sin embargo, no consiguió disminuir la demanda de nuevos transportes para reemplazar a los trabajadores que morían. Mientras esta versión caníbal del darwinismo social se extendía por la industria del carbón de Silesia, logró el apoyo entusiasta de Albert Speer y se convirtió gradualmente en una práctica común en la industria armamentística alemana.[66]

Teniendo en cuenta las consecuencias de las mínimas raciones de comida, incluso los directores de fábricas con consolidadas credenciales nazis pedían mejorar la alimentación de aquellos trabajadores por una razón «práctica», que era la productividad laboral. En febrero de 1942, la Oficina Central de Seguridad del Reich dirigida por Heydrich, que normalmente se posicionaba a favor de aplicar los principios raciales de la forma más dura e ideológica, tuvo que reconocer lo siguiente: «Todos los funcionarios alemanes comparten la opinión de que, debido a la situación actual de racionamiento alimenticio, incluso los trabajadores rusos que llegaron en buenas condiciones estarán pronto agotados y dejarán de ser útiles». Ya durante el mes de marzo se produjeron varios avisos, respaldados por otras instituciones –incluyendo al mismo Hitler–, de que los «rusos» necesitaban alimentarse suficientemente para poder trabajar. Pero cuando las raciones se

recortaron el 6 de abril, inmediatamente empezaron a circular rumores envidiosos entre los «camaradas nacionales» sobre los «excepcionalmente buenos» alimentos que se adjudicaban a los trabajadores extranjeros, a pesar de que sus racionamientos también habían sido reducidos: Alemania no podía permitirse ningún gesto que disminuyera las diferencias raciales. A pesar de las demandas a favor de la eficacia de la economía, los valores de la «comunidad nacional» exigían que no se produjesen aumentos sustantivos para los trabajadores extranjeros hasta que los recortes en el racionamiento de los propios alemanes fuesen revertidos.[67]

*

El otro precepto de la solidaridad nacional en tiempos de guerra era aún más difícil de implantar: igualdad de sacrificios para todos los alemanes. En vísperas de los recortes del racionamiento de abril, Goebbels proclamó en *Das Reich* que los sacrificios que imponía la guerra tenían que ser compartidos por igual. De lo contrario, continuó, no sólo estarían amenazados «nuestros suministros», sino que «el sentimiento de justicia y la creencia en la integridad y la pureza de la vida pública» por parte de los camaradas nacionales decentes se verían destrozados. Al afirmar que un régimen que no procediese duramente contra aquellos que infringiesen esos principios «ya no merecería ser llamado un Gobierno para el Pueblo», puso sobre la mesa un criterio que serviría precisamente para juzgar al Gobierno. Hitler y Goebbels parecían estar por encima de toda sospecha, con sus comidas modestas –el mayordomo de Goebbels recogía los sellos de racionamiento de los invitados en una bandeja de plata antes de la cena–, pero el sentido del humor popular enseguida encontró una respuesta para la famosa pregunta: «¿Cuándo terminará la guerra?». «Cuando Göring quepa en los pantalones de Goebbels.» Las historias sobre los privilegios especiales de los cuales disfrutaba la élite nazi eran también difundidas por la propaganda de la radio británica y su falsa emisora Gustav Siegfried Eins. Enfrentado a una serie creciente de rumores, Bormann recordó a los *gauleiiters* que debían dar un ejemplo personal de vida modesta dentro de

las normas de la «comunidad del pueblo», especialmente en relación al «racionamiento de alimentos».[68]

Pronto el fantasma de un gran escándalo comenzaría a amenazar a la élite. Empezó cuando August Nöthling, un tendero del confortable barrio residencial de Steglitz, en Berlín, no pudo entregar los cupones de racionamiento de sus clientes para cubrir la considerable cantidad de alimentos que poseía. El 23 de julio de 1942 fue sancionado con una multa de 5.000 marcos, la máxima cantidad que la Oficina Central de Suministros de la ciudad podía imponer. Nöthling decidió recurrir la resolución administrativa en los tribunales, consciente de que dar a conocer el veredicto podía perjudicarle no sólo a él, sino también a su clientela, que incluía a «hombres importantes del Partido, del Estado, la Wehrmacht y el cuerpo diplomático». De hecho, la clientela de Nöthling incluía prácticamente a toda la élite política y militar, a la cual proveía de carne de venado, jamón, salchichas, vino de calidad, dulces, miel, coñac y azúcar, sin pedirles cupones. La lista incluía al ministro de Interior, Wilhelm Frick; al ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop; al ministro de Educación, Bernhard Rust; al ministro de Agricultura, Walther Darré; al director del Servicio Alemán del Trabajo, Konstantin Hierl; a Hans Lammers, jefe del personal al servicio de Hitler en la Cancillería del Tercer Reich; al ministro de Economía, Walther Funk; al director de la radio alemana, Eugen Hadamovsky, a los jefes de policía de Leipzig y Berlín y a un gran número de secretarios de Estado y directores generales de ministerios. Fue precisamente otro cliente, el presidente del Tribunal Administrativo de Berlín, Gardiewski, quien amablemente elaboró en su propio tribunal la petición de Nöthling. La Wehrmacht estaba bien representada en las figuras del mariscal de campo Brauchitsch y de Keitel respecto al Ejército de tierra, el almirante general Raeder y el almirante Kurt Fricke en la Marina, y Hans Jeschonnek y Wilhelm Haehnelt en la Luftwaffe.[69]

Goebbels, cuyas aventuras sexuales eran tradicionalmente una fuente de entretenimiento popular, estaba sinceramente impactado por aquella venalidad, y le llevó directamente el asunto a Hitler, quien se sintió tan

consternado como para obligar a las personas involucradas a explicarse y hacerles prometer que cambiarían sus hábitos. Nombró a una figura más bien modesta, Otto Thierack, ministro de Justicia, para llevar a cabo la investigación. Como de costumbre, las excusas revelaron más sobre la brújula moral del régimen que el escándalo en sí, pues la élite nazi parecía asfixiarse bajo aquella acusación de traición al ideal de «comunidad nacional». El ministro de Agricultura, Walther Darré, quien había intervenido una vez personalmente para asegurarse de que su mujer recibiese el servicio «normal» de Nöthling, negó todo, clamando que había seguido al pie de la letra todas las regulaciones, elaboradas, por cierto, por los funcionarios de su propio ministerio. Otros, como Ribbentrop, chillaron y aseguraron su inocencia. Hans Lammers se escudó en la ignorancia de su mujer: no se había dado cuenta que el ave de caza que había aceptado del tendero estaba racionada. La mayor parte de ellos se vieron obligados a admitir los hechos, pero se esforzaron en minimizar su responsabilidad. No conocían las regulaciones, o, si las conocían, eran sus mujeres o las empleadas domésticas las que no las sabían. Viktor Lutze, el comandante de las SA, afirmó que los alimentos así adquiridos habían servido para hacer paquetes para los hombres de las SA que se recuperaban de sus heridas en los hospitales militares. Sólo el almirante general Raeder aceptó su «completa responsabilidad», pero inmediatamente después negó tener conocimiento directo alguno sobre lo que su mujer compraba; aunque tampoco ella era culpable, porque lo que hacía era distribuir alimentos a los heridos durante sus visitas al Hospital de la Marina y en paquetes que enviaba a los hombres en el frente. Goebbels estaba asombrado por aquella manera de «dar excusas poco sólidas», mientras trataban de esquivar la responsabilidad de haber roto el código moral del propio régimen. Para evitar un escándalo, Hitler decidió que no se siguiera adelante con el asunto. Abandonado por sus protectores, Nöthling se suicidó en prisión.[70]

Entretanto, en el otoño de 1942, la entrega obligatoria de cereales procedentes de las cosechas europeas lograba solventar el problema de las reservas alimentarias alemanas. El domingo 4 de octubre de 1942, Hermann Göring anunció la restauración total del racionamiento para los alemanes,

dando marcha atrás a los recortes de abril. El porcentaje del cupo de racionamiento para la extensa jerarquía de trabajadores extranjeros que estaban por debajo de los «camaradas nacionales» aumentó también en lo que le correspondía, asegurando así un mayor rendimiento de la mano de obra. Sólo el cupo de los judíos que aún quedaban en Alemania fue –y ése era un gesto muy simbólico– reducido aún más. En un gran discurso convenientemente dedicado a celebrar el Día de Acción de Gracias por la cosecha, emitido en directo, Göring se atrevió a asegurarle a la población alemana que «podemos alimentar a todas nuestras tropas en los territorios ocupados», un pequeño paso en falso que Goebbels ordenó a los medios de comunicación no mencionar en sus informaciones para fuera del país. La audiencia alemana sabía sin duda a qué se estaba refiriendo Göring. Luego prosiguió extendiéndose una vez más en la idea de que, ante todo, aquélla era una guerra contra los judíos. Insistiendo en lo que podría suceder en caso de derrota, Göring habló como un padre preocupado:

> Pueblo alemán, tenéis que saberlo: si la guerra se pierde, seréis aniquilados [...] Esta guerra no es la Segunda Guerra Mundial, ésta es la Gran Guerra Racial. Lo que está en juego es que los alemanes y los arios permanezcan aquí o que los judíos gobiernen el mundo, y es por eso por lo que estamos luchando ahí fuera.[71]

La respuesta al discurso de Göring en la fiesta de la cosecha fue inmediata y aplastante en toda Alemania, resumida por el SD en el comentario de que «habló con el corazón y con las tripas». Su discurso volvió a conectar a la población con los dirigentes, en un momento en el que la propaganda que exhortaba a los trabajadores alemanes a aumentar su productividad y su rendimiento o a ofrecerse voluntarios para realizar actividades defensivas después del trabajo estaba fracasando. Aunque la moral civil se había mantenido muy baja a lo largo del verano, a principios del otoño de 1942 volvió a subir y continuó siendo alegre y optimista durante los siguientes meses. Para la mayor parte de los alemanes, la guerra seguía siendo una cuestión de defensa nacional, pero a lo largo del año 1942 se adaptaron a los cambios, aprendiendo a utilizar los recursos de la Europa

ocupada con el fin de poder llevar a cabo una lucha más larga y más profunda. Esto conllevó la aparición de una conciencia, articulada a medias y con frecuencia incómoda, sobre el hecho de que su guerra se había convertido en una lucha imperialista y de carácter genocida.[72]

N1 *Oranje Boven!:* ¡Arriba Orange!, grito patriótico de los Países Bajos, en referencia a la casa real del país, la dinastía Orange-Nassau, utilizado ya en los levantamientos en el siglo XVI contra el dominio español. *(N. de la T.)*

10

Escribir a los muertos

A principios de abril de 1942, Halder dio los últimos retoques a un nuevo plan de campaña en la Unión Soviética. Los argumentos de la Marina, cuya propuesta era unirse a los japoneses en una «guerra de continentes» contra los británicos y los estadounidenses, fueron rechazados a favor del Ejército de tierra y de la guerra terrestre contra los soviéticos. Como Hitler les explicaba a los líderes nazis unas semanas más tarde, una vez que el «asunto del Este» estuviera resuelto, «la guerra estará prácticamente ganada. Entonces podremos llevar a cabo una guerra de ocupación a gran escala contra las potencias anglosajonas, que a largo plazo no serán capaces de aguantar». Hitler seguía creyendo que Gran Bretaña se vería obligada a negociar la paz una vez que la Unión Soviética fuese vencida, y que sin su aliado británico, Estados Unidos sería incapaz de alcanzar el continente europeo. Los líderes alemanes habían hecho una apuesta demasiado alta para retirarse en este momento del juego.[1]

Tras el catastrófico fracaso reciente en su estimación de las fuerzas soviéticas, la inteligencia militar alemana llevó a cabo un nuevo cálculo, pero, de nuevo, subestimaron en gran medida el armamento soviético y el número de tropas y de reservas, asumiendo que su principal adversario no había podido recuperarse de las pérdidas del invierno. Afortunadamente para ellos, la inteligencia soviética era igual de mediocre, y el Ejército Rojo se estaba preparando para cuando el Grupo de Ejércitos Centro reanudase el ataque a Moscú. Entretanto, la totalidad del esfuerzo alemán se estaba concentrando en el Grupo de Ejércitos Sur y en la conquista de los yacimientos petrolíferos del Cáucaso. «Si no consigo el petróleo de Maikop

y Grozni», declaró Hitler al general Paulus, comandante del 6.º Ejército, «tendré que acabar esta guerra». Mientras que en 1941 la estrategia tradicional heredada del Ejército prusiano había llevado a los generales de la Wehrmacht a intentar derrotar al Ejército Rojo mediante una decisiva batalla de aniquilación por la conquista de Moscú, Hitler siempre había estado más interesado en apoderarse de los suministros agrícolas de Ucrania y de los pozos petrolíferos. Ahora, las dos visiones se fusionaban: se reconocía que privar a la economía soviética de su energía vital obligaría al Ejército Rojo a posicionarse y luchar. La Wehrmacht podía conquistar los recursos que el Reich necesitaba, y podía ganar la guerra en el este.[2]

La «Operación Azul» de Halder tenía como propósito avanzar hacia el Cáucaso a lo largo de la costa del mar Negro. Los primeros objetivos eran la toma de Sebastopol y la península de Kerch para eliminar cualquier posible ataque a las líneas alemanas desde el sur. Concentrarse en el Grupo de Ejércitos Sur era tanto una cuestión de necesidad como de planificación. A finales de marzo, el 95 % de las divisiones alemanas seguían sin estar en situación de poder emprender una acción ofensiva. A principios de mayo, el frente oriental todavía necesitaba 625.000 hombres, y el 90 % de los vehículos que se habían perdido durante los nueve meses anteriores aún no había sido reemplazado. Era el Grupo de Ejércitos Sur el que había conseguido la mayor parte de los recursos: de sus 68 divisiones, diecisiete habían sido reconstruidas parcialmente, mientras que la gran mayoría –48 divisiones en total– habían sido completamente reconstituidas. Si en junio de 1941 la invasión se había producido a lo largo de un amplio frente, que involucraba a los tres grupos de ejércitos, en esta campaña la tarea de los Grupos de Ejército Norte y Centro era la de absorber las pérdidas materiales y mantener sus líneas.[3]

En el frente norte, el joven soldado de infantería Wilhelm Abel sabía que cuando sus preciados tanques fuesen enviados al sur, eso descartaría un asalto terrestre a Leningrado. Pero fue capaz de contarle a su hermana en Westfalia que seguían teniendo artillería suficiente y poder aéreo para bombardear implacablemente la ciudad. Especulaba sobre si la campaña de Rusia terminaría a tiempo para poder invadir Inglaterra ese mismo año y

vengarse de todos los ataques aéreos. Mientras tanto, bajo el sol de principios de mayo, él y sus camaradas fueron a pescar al lago Ladoga con granadas de mano.[4]

Miles de kilómetros al sur, Helmut Paulus estaba estacionado al borde del río Mius, en uno de los puntos más al sureste del frente oriental. Fue uno de los últimos en enterarse de la ofensiva alemana. El 1 de julio de 1942, su hermana y su madre escucharon en los reportajes especiales de la radio que Sebastopol había caído y que la tan esperada campaña de verano había empezado. Helmut, mientras tanto, se preocupaba por la vida en Pforzheim: había leído que las patatas estaban siendo racionadas por primera vez, había escuchado comentarios alarmantes de un camarada sobre «el estado de ánimo y la vida en casa» y se preguntaba si su madre hacía bien renunciando a su ración de chocolate por él. Como el resto de veteranos de su unidad, estaba furioso por tener que realizar otro ejercicio de entrenamiento. No se podía creer la cantidad de preciados proyectiles de artillería que se malgastaban en los entrenamientos, por no hablar de los accidentes casuales. Él mismo había vivido uno provocado por un nuevo recluta que había tirado su granada de mano demasiado cerca. Un camarada había elaborado una «filosofía» apropiada: «Si no te alcanzan en el frente, te dispararán en el trasero por detrás, pero, sea como sea, tienes que irte».[5]

A medida que pasaba la primera semana de julio y la radio emitía en casa noticias sobre una gran ofensiva al nordeste de sus líneas, las cosas en el sector de Mius seguían igual. El entrenamiento se incrementaba, con largas marchas forzadas y el ametrallamiento ocasional de biplanos soviéticos. Cuando los hombres vieron la comedia *Los Alegres Vagabundos*, Helmut se sintió afectado por los cambios que percibió: «La risa se ha convertido en algo raro entre nosotros… Si te paras a pensar que prácticamente cada uno de ellos tienen al menos diez rusos sobre su conciencia, eso te lleva a cuestionar un poco cualquier regocijo».[6]

Finalmente, el 11 de julio llegó la orden de moverse. Bajo el calor sofocante, los hombres vadearon el Mius, con el agua llegándoles por encima de las botas, y se dirigieron hacia un pueblo que los soviéticos habían ya evacuado. Unos desertores soviéticos les habían contado a los

ingenieros alemanes dónde estaban los campos de minas. Unos cientos de metros después del pueblo, la compañía de Helmut se encontró de repente bajo fuego de fusiles y metralletas, y tuvo que atrincherarse, pasando la noche temblando con la ropa mojada, las camisas bañadas en sudor y los pantalones empapados de haber cruzado el río, mientras la artillería y los morteros se unían al fuego soviético. Habían estado avanzando en la dirección equivocada, y durante la noche la mayor parte de la compañía dio marcha atrás. Helmut fue uno de los veinticuatro hombres que se quedaron a mantener la posición, encogidos de miedo en sus madrigueras, sin comunicación con la retaguardia y rodeados por tres lados. Cuando terminó el segundo día de la ofensiva, llevaban 48 horas sin comer y tenían que enviar hombres a buscar agua con cazuelas: caminaban durante media hora y regresaban con aguas salobres.

Justo cuando la situación de la unidad empezaba a mejorar, Helmut oyó cómo llegaba un proyectil de mortero. Instintivamente saltó fuera de la trinchera. El proyectil aterrizó a diez metros por detrás de ellos y «le arrancó las dos piernas al camarada que saltó detrás de mí», escribió a casa, «pero a mí no me pasó nada». Tras una noche dedicada a buscar comida en los búnkeres soviéticos abandonados, al día siguiente, mientras caminaban, lograron mendigar algo de pan y galletas secas de las tropas de montaña y recoger agua de los riachuelos. Esa noche finalmente alcanzaron al convoy con sus equipamientos y la cocina de campaña. No había comida caliente, pero al menos había pan, mantequilla, café y una porción de chocolate para cada uno. Mientras Helmut estaba echado bajo la sombra de un árbol escribiendo una nueva carta a su casa, escuchó por primera vez el sonido de un gran bombardeo alemán. Mientras retumbaba la artillería pesada, ola tras ola de stukas, cientos de ellos, rugían en dirección a la línea de búnkeres de hormigón que los soviéticos habían construido durante el invierno. «Hasta ahora las fuerzas aéreas y la artillería del enemigo han sido siempre muy superiores, dondequiera que estuviésemos. Qué sentimiento indescriptible supone este bombardeo para cada uno de nosotros», escribió la tarde de su ataque.[7]

En vez de ser enviada más lejos, la compañía de Helmut fue repentinamente retirada de sus trincheras; los subieron a camiones y los llevaron de vuelta, cruzando de nuevo el Mius. Caminando principalmente por la noche para evitar el calor del sol de julio, Helmut Paulus había sido enviado más al sur, hacia Rostov. Había perdido su cuchara de metal y le tuvo que pedir a su familia una de repuesto, reticente a utilizar las de madera que usaban los rusos, «diseñadas para la boca de un cocodrilo y con las cuales ningún centroeuropeo puede comer». Las noticias de que Krasnyi Luch –la ciudad frente a la cual habían estado todo el invierno y la primavera– había caído, confirmaba que los «rusos han renunciado completamente a su línea fortificada». Su impresión, por los asentamientos que habían atravesado, era que iban un día por detrás de la retirada del Ejército Rojo, cerrándola. Encabezados por un pelotón de ingenieros que buscaban los campos de minas, habían caminado con mucha precaución. Mantuvieron montadas las ametralladoras, lo que al final de los cuarenta kilómetros de marcha resultó enormemente pesado e incómodo. Cuando llegaron a un puente dañado, lo repararon con madera de puertas y marcos de ventanas que arrancaron de las casas de los pueblos de alrededor, y continuaron.[8]

El calor del verano, las pocas pérdidas y el rápido avance a través de la estepa garantizaban que la moral se mantuviese alta. El 26 de julio, la compañía alcanzó Rostov del Don. Mientras recorrían la ciudad al amanecer, Helmut se sintió impresionado al ver la estación llena de locomotoras abandonadas y material ferroviario. Cruzaron el Don en un gran ferry y pasaron el resto de la noche caminando, vadeando a menudo las zonas pantanosas del lado este del gran río. Cuando finalmente alcanzaron un pequeño asentamiento y encontraron resistencia, los stukas hicieron la mayor parte del trabajo, ahorrándoles un combate cuerpo a cuerpo.[9]

Tras haber dormido en las trincheras soviéticas, continuaron su marcha a las 7.30 de la mañana, cruzando la estepa durante veinte kilómetros, preparados para la batalla. Las tropas de retaguardia del Ejército Rojo que se iban encontrando simplemente levantaban las manos en señal de

rendición. Una vez que los alemanes salieron de las marismas del Don, las cosas empezaron a ir cada vez más rápido. Helmut observó con satisfacción cómo sus tanques los sobrepasaban y avanzaban ahora al frente sobre el terreno firme. Liberado al fin de las «órdenes de alto» que habían maniatado sus posibilidades de maniobra en 1941, el Ejército Rojo no esperó a ser rodeado y se precipitó a la retirada, haciendo uso de los camiones que habían sido enviados por su nuevo aliado estadounidense. En su persecución del enemigo motorizado, la infantería alemana tenía que hacer cada vez marchas forzadas más largas, casi siempre a pie. Los pocos camiones alemanes se utilizaban con moderación. «Completamente agotados y haciendo un gran sobreesfuerzo, con los ojos ardiendo de falta de sueño, los nervios totalmente tensos», escribió Helmut después de haber caminado toda la noche. La artillería no había aguantado y, «como tantas veces, nosotros, los soldados de infantería», tuvimos que enfrentarnos al enemigo solos. Junto a otra compañía que estaba al lado, se abrieron lentamente camino hacia el pueblo, perdiendo algunos heridos pero tomando muchos prisioneros. Encontraron «huevos, leche, mantequilla y pan blanco de primera calidad, que sabía de maravilla tras los esfuerzos de los últimos dos días». Los prisioneros significaron un gran alivio: algunos de ellos fueron inmediatamente obligados a transportar las cajas de munición pesada a través de los campos interminables.[10]

*

El despliegue de prisioneros del Ejército Rojo en primera línea del frente se estaba convirtiendo en algo cada vez más habitual, y marcó un gran cambio durante los primeros meses de 1942. La retaguardia alemana ya no se sentía abrumada por la inmensa cantidad de prisioneros, como en 1941, porque el Ejército Rojo evitaba los combates de embolsamiento con su continua retirada hacia el este. Los campos de tránsito para prisioneros de guerra, o Dulags, cambiaron de carácter. Dejaron de ser aquellos lugares de inanición masiva, como el que Konrad Jarausch supervisaba hasta que murió a causa de la epidemia de tifus, y adquirieron un nuevo papel para examinar a los

prisioneros y organizar el envío de los «auxiliares voluntarios», como se les llamaba. A su llegada a Bielorrusia en mayo de 1942, August Töpperwien, el profesor de instituto de Solingen, se vio inmerso en ese trabajo. Ya en diciembre de 1941, los alemanes habían empezado a desplegar a los prisioneros en tareas de apoyo e incluso en algunas unidades de combate. A pesar de la orden explícita de Hitler prohibiendo estas medidas, el número de «rusos» con uniforme de la Wehrmacht siguió creciendo durante la primavera y el verano de 1942. La mayor parte de los «voluntarios» simplemente querían escapar de la crueldad y el hambre de los campos y eran asignados a tareas menores, fuera del combate, como criados de los oficiales, médicos, cocineros, traductores y conductores de camiones o de carretas de caballos. Era la manera más sencilla y práctica de suplir la falta crónica de hombres en las unidades alemanas. Cuando la 134.ª División de Infantería intentó recomponerse tras la desastrosa retirada de las líneas alemanas durante las ventiscas de diciembre, incluso puso a antiguos soldados del Ejército Rojo en puestos de combate. En febrero y en junio de 1942, Hitler volvió a repetir en vano la prohibición de seguir reclutando a «tropas del este». Pero, faltos de alemanes para reemplazar las pérdidas, el propio Alto Mando del Ejército dio las pautas para evitar cumplir las órdenes del Comandante Supremo y propuso que cada división del este incorporase a «voluntarios» del Ejército Rojo hasta un límite de entre un 10 y un 15 % de sus tropas. Después de que los «voluntarios» soviéticos demostraran su utilidad en la lucha contra los partisanos en la retaguardia, el Grupo de Ejércitos Centro empezó a crear unidades de combate enteras de rusos bajo las órdenes de oficiales alemanes. El 18 de agosto, Hitler cedió al fin, aprobando una directiva que reconocía formalmente la existencia de las «tropas del este» y regulaba sus pagas, rangos, uniformes y relaciones con el personal alemán. A finales de año, casi la mitad de los hombres de la 134.ª División de Infantería eran «voluntarios rusos». Para evitar la asociación de las nuevas unidades con las tradiciones nacionalistas rusas, eran designadas con nombres geográficos en lugar de históricos, como «Dniéper», «Pripet» o «Berézina».[11]

Principalmente en los estados bálticos y en Ucrania occidental, muchas personas recibían a los alemanes como libertadores y estaban deseando luchar contra el bolchevismo. Pero seguía existiendo el problema de cuál era el motivo por el que luchaban. Los alemanes habían animado a la Organización de Nacionalistas Ucranianos y a los líderes de las dos facciones rivales, Andriy Melnyk y Stepan Bandera, a mantener relaciones estrechas con ellos a través de la Inteligencia Militar y la Gestapo. Cada uno había hecho su propia declaración a favor de la independencia nacional tras la ocupación de Ucrania, y los alemanes apoyaban y alentaban las actividades de cada facción, al mismo tiempo que rechazaban sus llamamientos a la independencia nacional y, algunas veces, encarcelaban a sus líderes. En la práctica, las políticas implementadas en ambas partes de Ucrania eran similares a las que existían antes de 1939. En la antigua República Soviética, convertida ahora en el Comisariado del Reich de Ucrania, el *gauleiter* de Prusia oriental, Erich Koch, impuso su propio régimen brutalmente supremacista, aprovechando cada oportunidad para latigar y ejecutar en público a los «nativos». Por el contrario, en la antigua región de Galitzia, en Ucrania occidental, que había visto la ocupación alemana como una oportunidad para liberarse tanto del control polaco como del soviético, se mantuvo una política y unas normas culturales más liberales. Con Leópolis como capital, Galitzia recibió un estatus propio como distrito dentro de la Gobernación General de Hans Frank; las publicaciones y las actividades culturales del nacionalismo ucraniano fueron alentadas. En julio de 1941, las SS ya se habían dedicado a reclutar batallones de la Policía Auxiliar Ucraniana, que habían desempeñado un papel fundamental en el asesinato de judíos, en las acciones contra los partisanos y en el bloqueo de las ciudades principales para hacer cumplir el «Plan del Hambre» de Backe. El número de estos batallones policiales de Galitzia aumentó considerablemente en el verano de 1942.

En aquel momento de la guerra, eso fue lo más lejos que se permitió llegar a cualquier posible corriente nacionalista eslava bajo tutela alemana. A pesar de la presión a favor de un régimen de ocupación más liberal tanto por parte de los comandantes de la Wehrmacht como del ministro de los

Territorios Ocupados del Este, Rosenberg, Erich Koch logró mantener en la zona occidental una política directa y brutal de trabajos forzados, requisición de alimentos, degradantes castigos públicos y terror arbitrario: sabía que podía contar con el firme apoyo de Göring, Bormann y Hitler. En el feudo vecino de Bielorrusia, Wilhelm Kube se mantenía en un término medio. En julio de 1942, rechazó las propuestas de ejecutar a la mayor parte de los jóvenes de entre diecisiete y veintiún años a los que se consideraba «cien por cien infectados por el comunismo», optando en cambio por reclutarlos como aprendices en la industria o como «voluntarios» auxiliares en las SS y las defensas antiaéreas. Pero estos espacios de participación positiva eran insignificantes en comparación con la dimensión de las represalias alemanas contra la población civil: los alemanes temían que cualquier reaparición del nacionalismo eslavo o ruso perjudicase automáticamente sus planes de crear áreas alemanas de asentamientos coloniales duraderos tras su victoria frente al bolchevismo.[12]

La formación de las «Legiones del Este», como eran conocidas, progresó mucho más rápidamente y sin inconvenientes en los territorios no eslavos, especialmente en las zonas musulmanas. En noviembre de 1941, Hitler autorizó la creación de la «Legión Turca», y a finales de febrero de 1942, el Alto Mando colaboró con el Ministerio para los Territorios Ocupados del Este de Rosenberg en la formación de cuatro legiones distintas de túrquicos del Turquestán, musulmanes del Cáucaso, georgianos y armenios. Dos legiones más, la del norte del Cáucaso y la de los tártaros del Volga, surgieron ese mismo verano. El deseo de reunir a todos los grupos étnicos no eslavos de los territorios soviéticos ocupados y, más tarde, de los Balcanes, encajaba perfectamente con el entusiasmo panislámico de las SS y del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, cuya experiencia databa de los levantamientos en Oriente Medio durante la Primera Guerra Mundial. Más de 500.000 hombres fueron reclutados de esta manera.[13]

Cuando el Grupo de Ejércitos Sur entró en Crimea en el otoño de 1941, los alemanes se sintieron calurosamente acogidos por la población de 225.000 tártaros. Como musulmanes sunitas, habían visto a los soviéticos

profanar, desacralizar y destruir sus mezquitas y madrasas. Sólo en 1943, bajo la ocupación alemana, 150 mezquitas y más de cien casas provisionales de oración fueron restauradas y abiertas. El límite que establecieron los alemanes fue el de no restablecer en Crimea el poder de los muftíes, temiendo que se convirtiesen en un foco de exigencias políticas, pero sí se solicitó de los ulemas locales que ayudasen a reclutar hombres para las milicias adscritas al 11.º Ejército de Manstein. Durante una reunión del Comité Tártaro en Simferópol a principios de 1942, uno de los mullahs confirmó que «su religión y su fe nos exige tomar parte en esta batalla sagrada al lado de los alemanes» contra el bolchevismo. Toda la congregación de tártaros se puso en pie y rezó por «alcanzar una victoria rápida [...] así como por una larga vida al Führer, Adolf Hitler». En marzo, 20.000 musulmanes se habían unido a las milicias.[14]

Los alemanes estaban impresionados por la disciplina y el poder en el combate de las legiones tártara y turca, y pronto les adjudicaron un papel importante en la lucha contra los partisanos. Una investigación de la censura militar esa primavera reveló que los hombres se sentían guiados por su fe en «Alá y en el Effendi Adolf». «Lucho por la liberación de los tártaros y del Islam del yugo bolchevique», escribía un recluta. Entusiasmado por la captura de la base naval soviética de Kerch en la primavera de 1942, otro hombre escribió: «Nosotros hemos [...] destrozado al Ejército Rojo ruso para que no se pueda recomponer nunca. La palabra del vencedor nos acompaña. Alá nos ha dado además al Effendi Adolf, así que siempre seremos ganadores».[15]

La Wehrmacht se ocupó de garantizar rápidamente el derecho a la observancia religiosa dentro de las unidades musulmanas, prohibiendo a los soldados alemanes que mirasen con curiosidad y, sobre todo, que fotografiasen las oraciones diarias. Los descansos de Ramadán y de la Fiesta del Cordero eran respetados, y servirles cerdo estaba prohibido. Resultó más difícil introducir el ritual de la matanza de animales, porque desde abril de 1933 los alemanes tenían leyes de «protección animal» proclamadas por el régimen nazi para cerrar las carnicerías kosher de Alemania, pero la Wehrmacht consiguió proporcionar las directrices

necesarias para sus unidades musulmanas. Las SS, que habían organizado su propia división de bosnios musulmanes, siguieron el ejemplo. Los resultados de un cuestionario distribuido entre los reclutas musulmanes en octubre de 1942 pusieron de relieve los prosaicos motivos de muchos voluntarios, como el deseo de escapar de los campos de prisioneros de guerra y del trabajo obligatorio. Entre las razones positivas que daban los soldados para luchar, especialmente en los Balcanes, predominaba la protección de sus familias contra los ataques de los partisanos. Entretanto, la Wehrmacht y las SS daban gran importancia a los valores fundamentales que creían que el nazismo y el Islam tenían en común: obediencia al líder, importancia de la familia y compromiso con la guerra santa contra «el enemigo judeo-inglés-bolchevique». Heinrich Himmler incluso llegó a encargar un estudio académico para averiguar si Hitler podía ser considerado igual al profeta; la idea era representarlo como «el Isa [Jesús] que ha regresado, tal y como se predice en el Corán, y que como el arcángel san Jorge [...] vence al gigante Dajjal, rey de los judíos, en el último día».[16]

La mayor transformación gracias a aquellas aportaciones de voluntarios no alemanes se produjo en una pequeña sección militar de las SS, las Waffen-SS, que no habían participado en el frente de combate en 1941. Con sólo 170.000 miembros a principios de 1942, las Waffen-SS comenzaron a mirar más allá de las fronteras del Reich y a reclutar hombres que no estaban obligados a servir en la Wehrmacht. Su esfuerzo se vio respaldado por una popular revista ilustrada, *Signal*, publicada por la Wehrmacht pero dirigida a 2,5 millones de lectores de Europa occidental. Entretanto en París, siguiendo las expertas indicaciones de Otto Abetz, personas como Jean Cocteau, Henri Matisse, Pablo Picasso, Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre pudieron seguir trabajando, y algunos oficiales alemanes asistían a los estrenos de las obras de Sartre. Al permitir que prosperase una limitada pluralidad cultural, en la que participaban desde este tipo de radicales no colaboracionistas hasta fascistas absolutos y antisemitas radicales como Drieu la Rochelle y Céline, la propaganda cultural alemana hizo todo lo que pudo para dejar clara su defensa de la cultura de Europa occidental frente a la barbarie del este. Intentaron en particular utilizar a los

héroes de otras naciones, exagerando el legado anglofóbico de Juana de Arco en Francia, mientras en Holanda distribuían sellos con la cara de Rembrandt en lugar del monarca exiliado, y en 1942 realizaban una película de época maravillosamente filmada sobre el artista. Este tipo de propaganda cultural, con su limitada defensa del pluralismo, sirvió sin duda para disminuir el apoyo a los movimientos de resistencia clandestinos, que en este momento de la guerra seguían siendo muy pequeños. Pero también demostró la dificultad de convencer a los holandeses, belgas, franceses y noruegos para que se enrolasen como voluntarios en las divisiones de las Waffen-SS. Era mucho más fácil reclutar alemanes étnicos en Rumanía y Hungría, ucranianos en Galitzia y musulmanes en Bosnia.[17]

Al tirar por la borda sus propias exigencias de exclusividad «racial», las SS se vieron obligadas a reeducar a sus miembros. Fue un ejercicio costoso. En septiembre de 1941, después de que cientos de prisioneros de guerra musulmanes fuesen ejecutados, Reinhard Heydrich envió una directiva a todos los SS *Einsatzgruppen*, avisándoles de que «la circuncisión» y «la apariencia judía» de los musulmanes turcos no debía ser tenida en cuenta como «prueba de descendencia judía». Cuando el *Einsatzgruppe* D de Otto Ohlendorf extendió sus matanzas hasta Crimea, exterminó a los judíos askenazís y krymchaks de habla turca, pero, bajo instrucciones especiales de Berlín, perdonó a los turcos caraítas que se habían convertido al judaísmo siglos atrás; algunos centenares fueron incluso reclutados en las unidades de voluntarios de los tártaros de Crimea.[18]

Confusos por la mezcla de lenguas, razas y religiones de la que ahora formaban parte, los soldados alemanes a menudo no eran capaces de comportarse de otra manera con sus propios «asiáticos». En Varsovia se vio un tren alemán con un último vagón en el que se había pintado: «Para polacos, judíos y legionarios». A pesar de todo el esfuerzo propagandista para forjar una actitud más inclusiva y tolerante con los nuevos aliados, los soldados alemanes siguieron en su mayor parte aferrados a sus prejuicios racistas. En junio de 1942, Fritz Probst se sintió muy animado al escuchar los rugidos de los stukas alemanes alcanzando los objetivos del Ejército Rojo cuando comenzó la ofensiva del verano. Aquel hombre procedente de

Turingia se sintió estremecido al ver las filas de prisioneros soviéticos que pasaron a su lado. «Deberías ver la pinta que tienen los prisioneros asiáticos; si hubiesen venido a nuestra madre patria, habría habido muchísimos asesinatos, porque no son humanos ni tampoco animales inofensivos, son bestias salvajes.» Fritz Probst, que no hacía más que repetir los giros y las metáforas que había aprendido al comienzo de la guerra, no podía acostumbrarse a las nuevas órdenes. Para colmo, la crisis de 1941-1942 había educado a las tropas alemanas en una mentalidad compartida que consideraba que ahorcar civiles, quemar pueblos, expulsar a los habitantes a las estepas o requisar hasta la última de sus provisiones junto con su ropa de invierno, eran respuestas naturales a una amenaza abrumadora. Esta transformación psicológica de los soldados alemanes en el frente oriental fue irreversible: en momentos cruciales, aquellos elementos fundamentales de su visión colectiva aparecían de nuevo, determinando todas las complejas relaciones individuales que surgían entre los ocupantes y los ocupados.[19]

Tras seis meses en el frente oriental, Eugen Altrogge se puso a sí mismo el reto de captar «la esencia de los rusos» en sus dibujos. «Por muy grande que sea nuestro depósito de cortinas y cultura, suelos de madera y cultura, uñas de las manos limpias y cultura», le escribió a su amigo Hans Albring, «prácticamente no entendemos nada del poder primitivo, del alma simple, la fuerza ingenua y la violencia terrible de esta gente.» Para poder captar ese exotismo simplista con su arte, Altrogge intentó encontrar una nueva técnica de dibujo «menos abstracta, más simple». Aquellos dos jóvenes católicos buscaban un tipo de profunda pureza religiosa que consideraban que había sido destruida en Occidente por la moderna civilización mercantil. Mientras su unidad se acercaba a Stalingrado, Hans Albring descubrió los iconos y comenzó a coleccionarlos. Los dos hombres se sentían atraídos por la belleza física de las mujeres rusas, e intentaron capturar su dimensión espiritual en sus dibujos. Pero, a pesar de su sensibilidad religiosa y artística, Hans Albring no era diferente de Fritz Probst cuando escribía sobre «las hordas deshumanizadas [que] luego perpetraron un crimen espantoso y mataron a aquel hombre herido y

desamparado que no pudo ser rescatado antes de que llegase la oscuridad [...] La mirada lasciva del diablo en esta tierra es insoportable».[20]

Incluso aquellos autores de cartas tan conscientes de sí mismos como Albring y Altrogge habían dejado de pensar en lo «duros» que se habían vuelto en el frente oriental. No tenía ningún sentido volver a vivir su propia transformación. Por el contrario, ahora no dejaban de buscar las constantes emocionales de la casa, la familia y la cultura alemana en la que habían crecido. A medida que avanzaban por la estepa, Altrogge, Albring y Helmut Paulus se referían en sus cartas a Goethe y Hölderlin, así como al diario recientemente publicado sobre los primeros años de guerra de Ernst Jünger, *Jardines y calles*. Aquellos jóvenes procedían de distintas partes de Alemania y distintas confesiones cristianas y ocupaban rangos diferentes en el Ejército, pero compartían el profundo apego a la cultura literaria que habían acumulado gracias a sus familias y su educación. Perdidos en el vasto, extraño «desierto» de las estepas, encontraban refugio en los clásicos.[21]

Para muchos hombres, el frente oriental aparecía como una prueba necesaria, un calvario espantoso, donde la esperanza consistía únicamente en calcular cuándo terminaría. Fritz Probst, que era un miembro ambiguo del Partido y un padre estricto, no le concedía demasiada importancia a la introspección. Pero era desesperadamente consciente de lo que se estaba perdiendo. En 1942, su hijo menor, Manfred, que todavía dormía por las noches acurrucado junto a su madre durante el primer año de guerra, ya había empezado la escuela. Cada nuevo año de servicio traía consigo un calendario lleno de cumpleaños perdidos. El 6 de enero, era el de la hija mediana, Gundula, y Probst confesó: «Siempre pienso en estos días con horror, porque los niños me hacen darme cuenta de que me estoy haciendo viejo y, lo que es peor, de que ellos están creciendo y no puedo compartir con ellos el breve tiempo de su infancia». Hacía un año que había estado en casa por última vez.[22]

Su ausencia parecía afectar sobre todo al mayor, Karl-Heinz. Probst ya le había advertido a su mujer, Hildegard, con anterioridad que tenía que controlarle, y periódicamente escribía cartas amonestadoras a su hijo. En

1940 había apelado de una manera más bien paternalista a «la palabra de honor» de su hijo de doce años, prometiéndole que «Mamá nunca se negará a nada que le pidas» si era «obediente». Dos años más tarde, Probst envió una invectiva diciéndole a su hijo de catorce años que «debería estar avergonzado» por comportarse «groseramente» en presencia de su abuela. Cuando Karl-Heinz entró en la Juventudes Hitlerianas, su padre le recordó el sacrificio económico que estaban haciendo para permitir que siguiese estudiando después de la edad normal de salir de la *Volksschule* [escuela elemental]. Y además estaba su deber moral con ellos: «Debería darte vergüenza. Tu padre está lejos y está ayudando a preparar un futuro mejor para ti, para que no lo tengáis que hacer vosotros más tarde y os podáis dedicar a otras tareas, y tú ni te das cuenta. Sólo puedo decirlo una vez más: debería darte vergüenza».[23]

La desesperación de Probst ante la distancia creciente y su autoridad paternal cada vez más menguada era palpable. Una semana más tarde, se lamentaba por tener que faltar a la confirmación de Karl-Heinz, consolándose con la foto que Hildegard le había enviado de los tres niños. Terminaba con un recordatorio a su mujer: «no te permitas ser débil». Sólo era posible enfrentarse a los retos de la vida «si eres fuerte, incluso contra ti misma [...] Y tenemos que ser fuertes y decididos y seguir confiando en que nos veremos pronto». Esta «fuerza» de carácter abarcaba los peligros en el frente y las cargas domésticas en casa, en la idea del esfuerzo familiar compartido. Tres meses después, Probst animaba tanto a Hildegard como a sí mismo: «Tenemos que seguir siendo fuertes, no podemos perder el valor, sólo podemos seguir esperando el día en que nuestro anhelo se vea cumplido». Mientras intentaba resolver los conflictos privados de la vida familiar, Fritz Probst se iba volcando cada vez más en las virtudes públicas, el «compromiso», la «dureza», la «determinación» y el «sacrificio». Incapaz de decirle a su mujer gran cosa sobre la campaña, sus cartas le ofrecían con aquellas frases comunes su autoridad y expresaban la autenticidad del frente.[24]

Helmut Paulus, con sus veinte años, no tenía estas preocupaciones. Milagrosamente, las cartas y los paquetes de casa seguían llegando a

medida que él avanzaba, y gracias a los esfuerzos de su padre, pudo incluso regalarle a su sargento una nueva medalla militar para reemplazar la que había perdido. El hombre estaba encantado. Cuando la compañía se aproximaba al Cáucaso, le llegó papel suficiente para algunos meses. Utilizó el azúcar que su madre le había enviado para endulzar las cerezas y moras que él y sus camaradas habían recolectado en los pueblos. El extracto de limón ayudaba a disipar la sed durante las marchas. Escondió el volumen de selecciones de Nietzsche en una caja de munición y devoró la crítica en *Das Reich* sobre la actuación de Gustaf Gründgens en el *Fausto* de Goethe. Cuando empezó a preguntar acerca de los rumores que afirmaban que en el frente interno todo eran quejas, su madre defendió el honor de los alemanes que no estaban en el frente, diciéndole que la gente se las estaba arreglando y se iba adaptando a la escasez y las largas colas, y que era frecuente ver a las amas de casa en fila guardando un silencio absoluto.[25]

En comparación con 1941, sus padres ahora estaban mucho mejor informados y eran capaces de seguir algunas de las campañas de Helmut casi en tiempo real; su madre podía predecir prácticamente con un día de diferencia cuándo llegarían a los pantanos del Don. Su padre seguía instándole a que se presentase voluntario para entrenarse como oficial, pero a diferencia de un año atrás, ya había aprendido a aceptar un no por respuesta. Helmut se veía a sí mismo, con una percepción más popular, como un valiente soldado de infantería y no como un militar de patio de armas en tiempos de paz. Estaba empezando a darle vueltas a la idea de ejercer la profesión familiar, la Medicina, aunque eso significara renunciar a su deseo de estudiar química. El tiempo perdido en la guerra le hacía estar cada vez más impaciente por empezar su carrera y crear una familia: «Puede que la guerra con su dureza e injusticia me haya hecho añorar un vida tranquila y asentada. La química sólo puede ofrecerme eso después de muchos años». Su hermana Elfriede había decidido también estudiar Medicina. Su madre le contó que muchos hombres jóvenes estaban de repente optando por la universidad para librarse del servicio militar. El único problema era, reconoció Helmut, que como soldado de infantería tenía pocas posibilidades de disfrutar de permisos: todavía había muy pocos

sustitutos. La única opción era solicitar un traslado a una unidad médica y después postularse en la cadena de mando; pero pensaba que para poder hacer eso todavía le faltaban dos años, y no creía que la guerra durase tanto.[26]

Hans Albring estaba haciendo planes para solicitar un permiso para ir a la universidad. Quería estudiar Historia, Filosofía y Literatura alemana. En vez de limitarse a considerar el servicio militar como una gran «pérdida de tiempo», en las horas tranquilas de la noche, cuando la radio en la furgoneta de señales estaba apagada, se había embarcado en una nueva traducción del Evangelio de san Juan. También convirtió sus bocetos en ilustraciones con la idea de que fuesen publicadas. Empezó a dibujar las caras de sus camaradas, y, sobre todo, sus manos. Para no ser menos, su amigo Eugen Altrogge comenzó a trabajar en el texto y las ilustraciones de un «Libro de Horas» en cuanto se recuperó de una herida de bala en el muslo y volvió al frente. Para entonces, sin embargo, Eugen había oído que los permisos de estudios para los soldados en el frente oriental estaban paralizados, y se sentía preocupado por el estado de ánimo de Hans, ahora que los «castillos de sus esperanzas y sueños» se habían derrumbado repentinamente.[27]

*

En el Cáucaso, el Grupo de Ejércitos A del mariscal de campo Wilhelm List había capturado el primer campo petrolífero en Maikop el 9 de agosto de 1942, aunque un poco antes las instalaciones habían sido destrozadas. Tras avanzar 480 kilómetros en dos semanas, las líneas de abastecimiento alemanas eran tan extensas que el petróleo tenía que transportarse en una caravana de camellos. La unidad de Helmut Paulus ayudó a capturar Krasnodar el 12 de agosto, abriendo los puertos orientales del mar Negro en la península de Tamán y con ellos la posibilidad de llevar los suministros a las fuerzas alemanas y rumanas en el Cáucaso mediante transporte naval.[28]

En la segunda quincena de agosto, la unidad de infantería de Helmut Paulus había dejado atrás la aparente eterna monotonía de las estepas. A medida que escalaban las faldas de las montañas del Cáucaso, empezó a

sentirse más a gusto. El 20 de agosto, un duelo entre las artillerías de los dos bandos le permitió detenerse y admirar la belleza de los alrededores, los bosques de robles y las montañas alzándose detrás. Sintió que «puedo casi imaginar que estoy de vuelta en casa. El lugar se parece muchísimo a los bordes de la Selva Negra». Esa tarde, un guardabosque circasiano se ofreció para guiarles a adentrarse por una pista forestal hasta la retaguardia soviética. Esa noche, mientras la compañía hacía su tercer alto, al pelotón de Helmut se le ordenó que bajase hasta el valle para hacer un reconocimiento de la carretera que debía conducirles hasta los puertos de alta montaña. Estuvieron toda la noche escondidos entre los matorrales junto a la carretera, observando a los camiones del Ejército Rojo, la artillería, las marchas de las columnas y los convoyes de equipaje que pasaban por esta ruta principal a través de las montañas hacia los territorios ricos en petróleo del sur. Al amanecer, en vez de volver con el resto de su unidad, abrieron fuego contra la retaguardia. Los soviéticos se restablecieron rápidamente de la sorpresa de ser atacados desde lejos y utilizaron los bosques para acercarse al pequeño grupo de exploradores alemanes, inmovilizándoles en el lecho de un arroyo. Helmut fue herido por uno de los primeros disparos.[29]

«Al principio», escribió a casa, «no me di cuenta de que estaba herido. Vi el agujero en el pantalón. Pero no había sangre. Pero al poco tiempo vi que los calzoncillos se ponían rojos, y supe lo que estaba pasando.» Un asistente médico le ayudó rápidamente, cortándole la pernera del pantalón y vendando la herida para que Helmut pudiera llegar hasta la hondonada donde el doctor había instalado el servicio de primeros auxilios. La bala había pasado limpiamente a través de su muslo izquierdo, sin tocar la arteria principal y causando una herida en la piel de cinco centímetros. El batallón se estaba quedando sin munición y estaba siendo empujado poco a poco, acorralados por tres lados y con la montaña a sus espaldas. Fue la montaña lo que les salvó. A la mañana siguiente, una columna de conductores y personal alemán, que llevaba toda la noche transportando esforzadamente a través de las colinas municiones y comida, alcanzó a la torturada avanzadilla. Ellos ayudaron a transportar a los heridos. Helmut iba

caminando por su propio pie, pero el vendaje se soltó y la herida le rozaba con los calzoncillos, que estaban empapados de sudor, rebozados en sangre seca y sucios de semanas. Después de un par de kilómetros, llegaron finalmente a los carros y Helmut se instaló en uno con alivio.[30]

El viaje de vuelta, debido a que el carro no paraba de deslizarse hacia el borde de la carretera de montaña, le recordó a Helmut, mientras yacía lleno de impotencia, a un paseo por el bosque, al sur de Pforzheim, cuando su hermana Irmgard casi se había caído por un precipicio en su cochecito de bebé. Al final llegaron al fondo del valle, donde pudieron ser llevados a las ambulancias, aunque no antes de que los «órganos de Stalin» les enviasen una última despedida con una salva de 36 misiles. Una hora más tarde, Helmut estaba en el hospital de campaña, donde le pusieron una gran inyección contra el tétanos antes de trasladarlo al hospital militar en la ciudad caucásica de Krasnodar.

Las condiciones hospitalarias en aquellos antiguos barracones de entrenamiento del Ejército Rojo eran espartanas pero confortables, la comida simple pero abundante y casi todos los heridos eran compañeros de infantería, muchos de su propia compañía. Alguien había colocado una radio en la cantina y bajo el sonido de una emisora de música suave, Helmut y sus compañeros heridos se sentaban a hablar, comiendo manzanas y escribiendo cartas a sus casas. Las noticias tardaron una quincena de días en llegar a su familia –aun así la mitad del tiempo que tardaban las cartas en 1941, gracias a la introducción de un servicio de correo aéreo especial para el frente oriental–, y el doctor Paulus inmediatamente preguntó por los nombres y los rangos de todos los médicos, esperando conocer a alguno de ellos. También confiaba en que el amistoso jefe médico podría ayudar a Helmut a pasar de la infantería al cuerpo médico y así volver a casa para estudiar. Tan pronto como recibió el certificado para recoger la insignia de Helmut por haber sido herido en combate, encargó la medalla en Pforzheim y se la envió a su hijo.[31]

Helmut se sentía orgulloso de haber participado en el asalto de infantería que había tomado Krasnodar, pero odiaba la condescendencia de la jerarquía militar con los harapientos *Landsers* como él mismo. Recordaba

haber visitado un pueblo el invierno anterior en el que había visto «cómo los oficiales y los soldados iban cogidos del brazo con las mujeres rusas. Aquí en Krasnodar se supone que hay incluso una taberna de baile, pero creemos que se va a cerrar pronto». Finalmente, el aburrimiento se apoderó de él y se aventuró a salir del hospital, con uno o dos compañeros y sin muletas, para visitar el mercado, donde se atiborraron de manzanas y uvas y merodearon fascinados por la atmósfera «colorida y semioriental» de las calles. Encontró algunos folletos rusos en el hospital y se los envió a su hermana Irmgard para que los pegara en su álbum de guerra, y recorrió el mercado hasta encontrar una gorra bordada para su cumpleaños con la que poder impresionar a las chicas de Pforzheim. En el teatro de la ciudad, la escasa luz escondía los trajes raídos en una «penumbra mística» y la mayor parte de los espectadores rusos, como «auténticos proletarios, no tenían ni idea de cómo comportarse en un teatro y hablaban alto, comían y fumaban». El cine ofrecía una diversión placentera y, aunque las imágenes de combate real en el *Wochenschau* demostraban que era «imposible tomar imágenes precisas» de ese tipo de acciones, Helmut estaba impresionado por la visión del avance de la infantería. Esos planos, escribió a su casa, «eran muy precisos [...] no había filas organizadas. Todos caminaban como lo hacemos de verdad […] sin cantar alegres canciones de soldados (cosa que no hemos hecho nunca en todo lo que llevamos de guerra). Eran las imágenes reales de una compañía de infantería que ya ha caminado cuarenta o cincuenta kilómetros».[32]

En esas fechas, Eugen Altrogge se acababa de recuperar de una herida superficial en el muslo izquierdo. Aliviado por tener solamente una herida menor, le había hecho mucha ilusión el vuelo de vuelta sobre el mar de Azov en un avión de transporte médico, el «Tía Ju», como los soldados alemanes llamaban afectuosamente al Junker 52. Eugen era más crítico con la cobertura de los noticieros cinematográficos, afirmando que

> el artista de guerra serio ha sido sustituido por el reportero, el fotoperiodista, el PK [operador de cámara adscrito a la Compañía de Propaganda], el que hace bocetos para la prensa. Dios mío, ¡cómo miente toda esa gente! Sí, incluso el *Wochenschau*, que yo no había visto desde hace

> mucho, es ahora falso. ¿Cuál es la causa de esta falsedad, por qué no podemos ver imágenes objetivas?

Eugen sentía que las imágenes simplemente no podían capturar ni la emoción y el agotamiento físico de la guerra ni la tensión del combate. Aunque admitía que «no me siento un artista de guerra», había hecho un dibujo que le parecía que era «correcto». Mostraba un suboficial, sentado en un búnker tras volver de una patrulla, sin camiseta, con los dedos vendados, la boca abierta, la mirada perdida. Había otras imágenes que no había dibujado pero que tenía en la mente:

> Dos soldados dormidos uno al lado del otro, tumbados boca abajo, como muertos o como hombres a cubierto […] o el «paisaje ribereño» del Don cerca de Rostov: los rastros dispersos y los restos horribles de un ejército que ha huido, incontables caballos hinchados, con sus pezuñas extendidas llorándole al cielo […] los inflados cadáveres desmembrados de los rusos. ¡Cada imagen tiene sus propias leyes!,

concluía, antes de añadir vacilante: «No puedes decir cuáles son, pero están ahí».[33]

Los camaradas de Helmut Paulus le habían apodado «antibalas» por haber conseguido hacer todo el camino desde Rumanía hasta el Cáucaso sin un rasguño, y se sintieron sorprendidos cuando su suerte cambió y le vieron cojeando de camino al hospital de campaña. Hans Albring seguía estando ileso. «Yo ya no lo llamo “suerte”», le escribió a Eugen, «pero sé que la Providencia está en juego, y que hasta ahora ha mirado por mí.» El día anterior un teniente que le caía bien había muerto. «¿Creía él en la Providencia?», se preguntaba Albring, prometiendo rezar por su alma.[34]

A comienzos de la campaña del verano anterior, a Albring le resultaba difícil encontrar palabras cuando intentaba reflexionar sobre el significado de la muerte después de haber sido testigo de la ejecución de judíos y de prisioneros de guerra. Ahora, mientras contemplaba la muerte de sus camaradas, estaba también obligado a pensar en el riesgo que él mismo corría. Muchos soldados habían desarrollado defensas psicológicas suficientemente fuertes para lidiar con las pérdidas cercanas, como Helmut

Paulus había experimentado cuando un proyectil le arrancó las piernas a un camarada a su lado en julio. El igualitarismo de las trincheras y los vínculos de reciprocidad fraternal requerían que los camaradas muertos fuesen tratados con el mayor respeto: incluso en el peor momento de la retirada de Moscú en el invierno, los camaradas de Robert R. habían transportado su cadáver todo el tiempo que habían podido, conteniendo sus deseos de huir hacia el oeste para poder darle un funeral decente y añadiendo además el peso de sus cuadernos al de sus propios equipajes. Y muchos habrían estado de acuerdo con los sentimientos de Wilhelm Abel, cuando dedicó sus acciones durante un asalto en el cual habían lanzado granadas de mano a dieciocho búnkeres soviéticos, quemando y haciendo saltar por los aires a los ocupantes, a «vengar un poco a nuestros muertos». El vínculo con los camaradas muertos se convirtió en otra razón para seguir luchando. Cuando el amigo de Fritz Farnbacher, Peter Siegert, fue alcanzado el 20 de noviembre de 1941, Farnbacher pensó en las madres de ambos mientras emulaba los gestos finales del cuidado maternal y acunaba a su amigo moribundo.[35]

Por muy poderosa que fuera la mitología del honor y el compañerismo, como ocurre en todos los ejércitos no profesionales, la Wehrmacht era un ensamblaje de civiles con uniformes: incluso aquellos que como Helmut Paulus, Eugen Altrogge y Hans Albring se habían unido directamente después de terminar el instituto, empezaban a tomar decisiones sobre su futuro. Por encima de todo, era la enorme cantidad de vínculos con su hogar lo que le daba un propósito y un sentido a una guerra que todos anhelaban terminar. Cuando Albring y Altrogge se imaginaban encontrándose de nuevo tras dos años de guerra, se veían a sí mismos caminando por las calles del pequeño pueblo de la llanura de Münster donde habían crecido y yendo a un concierto a escuchar a Mozart y Haydn.[36]

*

Los alemanes no lograron tomar la base naval soviética de Novorosíisk en la costa este del mar Negro hasta el 10 de septiembre. Fue una victoria

incompleta: el 47.º Ejército soviético seguía manteniendo los altos al sur del puerto así como importantes carreteras costeras, y el suministro desde Rumanía por mar seguía siendo peligroso. La capital de Azerbaiyán, Bakú, seguía siendo el gran premio. Estaba detrás de las montañas transcaucásicas, en la orilla sureste del mar Caspio. Para tener alguna perspectiva de alcanzarla, o incluso de llegar a los pozos petrolíferos de Grozni, los ejércitos de List necesitaban una aportación masiva de suministros y de refuerzos. Pero el Grupo de Ejércitos A había tenido que enviar gran parte de sus blindados y su defensa antiaérea al completo para asistir al 6.º Ejército alemán, y a finales de septiembre tenía que aceptar que su avance se había estancado. Si bien no podían disponer para sí mismos del petróleo, al menos podían intentar impedirle al otro bando que lo utilizara. El 10 y 12 de octubre, el 4.º Cuerpo Aéreo hizo arder las refinerías de Grozni, causando una gran destrucción. Mientras que Maikop y Grozni suponían el 10 % de los suministros soviéticos, Bakú proveía el 80 %. Pero Bakú estaba en el límite del alcance de los bombarderos alemanes y mucho más lejos aún de sus soldados. Para atacarlo, el 4.º Cuerpo Aéreo, reducido a menos de doscientos bombarderos operativos, tenía que volar por una ruta directa sin protección justo en el momento en que la Fuerza Aérea soviética había aumentado significativamente su presencia. Después del avance extraordinariamente rápido desde Rostov hasta Krasnodar, la campaña del Cáucaso estaba paralizada. Cuando las tropas de montaña bávaras plantaron su bandera de batalla en el pico occidental del monte Elbrus el 23 de agosto, el Führer estaba furioso por el esfuerzo desperdiciado.[37]

Al fracasar el objetivo principal de la campaña, Franz Halder decidió presentar su dimisión como jefe del Alto Mando del Ejército alemán. Para Hitler, sin embargo, la batalla real y simbólica se estaba librando al norte de los pozos petrolíferos. El 6.º Ejército alemán se había dedicado a proteger el avance hacia el Cáucaso empujando hacia Stalingrado. Esa ciudad industrial, que había tenido un papel muy importante en la guerra civil rusa, controlaba la última gran curva hacia el oeste del río Volga antes de su desembocadura en el mar Caspio. Sólo tras un mes de batallas, el 23 de agosto, consiguió el 6.º Ejército cruzar el río Don. Sin ningún otro

obstáculo natural, los tanques alemanes pudieron cubrir la distancia desde la gran curva oriental del Don hasta la occidental del Volga en un solo día, alcanzando los suburbios al norte de Stalingrado. Durante tres días consecutivos, la 4.ª Flota Aérea de Richthofen bombardeó la ciudad, matando a un gran número de civiles soviéticos.[38]

El 30 de agosto, Fritz Probst se aproximaba a Stalingrado desde el noroeste. Escribió con entusiasmo a Hildegard: «Creo que no estoy revelando un secreto» –sí que lo hacía– «si te escribo que el combate por esta ciudad va a ser feroz. Están al borde de la ciudad por el norte y el sur, pero siguen estando lejos por el oeste. Va a ser un pequeño embolsamiento, y cuando lo rompamos, esto estará en paz.» No podía esperar a que todo terminara, consumido por el pensamiento de que él y Hildegard estaban «haciéndose viejos y se nos están pasando los mejores años, desaprovechados». El 12 de septiembre, los alemanes entraron en la ciudad y empezaron a luchar por su control, edificio tras edificio.[39]

Para Probst, esas semanas significaron una revelación de un orden diferente. Ese hombre tosco, con su forzado e incómodo estilo al escribir, había descubierto una nueva intimidad en el papel. «Si te tuviera aquí, ¡no pararía de besarte!», le escribió a Hildegard. La rosa que ella le había enviado «me dice absolutamente todo, todo lo que hay entre nosotros. Tristemente, no puedo expresar mi amor por ti con rosas rojas, porque aquí no hay ninguna, pero puedo escribir estas líneas». Cuando la guerra finalmente terminase, «entonces, cuando te tenga de nuevo entre mis brazos y encuentre tus labios para besarte, todo estará olvidado y sé con certeza que seremos los seres más felices». Por ahora, todo lo que podía hacer era esperar que Hildegard soñara con él, «porque los sueños son la única cosa que nos une». Él también había tenido «algunos dulces sueños», pero, confesaba, «al despertarme la decepción es demasiado grande».[40]

A medida que la pareja iba encontrando al fin palabras para llenar la distancia creciente que el avance alemán les imponía, Fritz Probst sintió que la mejor manera de expresar sus sentimientos era a través del nuevo éxito musical de Lale Andersen, *Es geht alles vorüber*, «Todo pasa»:[41]

> Todo pasa, todo terminará,
> Tras cada diciembre viene un nuevo mayo.
> Todo pasa, todo terminará,
> Pero entre dos que se aman, la fidelidad permanece.[42]

Cantada con su dulce y acariciante voz, la promesa en el estribillo de Andersen encontraría eco en otras muchas cartas escritas durante ese otoño e invierno en el frente de Stalingrado. Mientras se quejaba a Hildegard por los largos veinte meses de separación, Fritz Probst también le decía: «Mantén la cabeza alta, mi pequeña y valiente esposa de soldado: después de este otoño llegará una nueva primavera». Fritz Probst no tenía ni idea de que unas semanas más tarde se le concedería inesperadamente un permiso.[43]

A medida que el Ejército Rojo transportaba más y más refuerzos desde la orilla oriental del Volga por las noches, empezó a resultar evidente que el régimen bolchevique había decidido –adecuadamente, desde el punto de vista de los alemanes– llevar a cabo la resistencia final en la ciudad llamada en honor de su líder. En la apertura de la campaña de recogida de fondos para el Auxilio de Invierno del Pueblo Alemán, llevada a cabo con un discurso en el Palacio de los Deportes de Berlín el 30 de septiembre, Hitler prometió que «La ocupación de Stalingrado, que permanecerá, va a intensificar esta victoria colosal [en el Volga] y la reforzará, y podéis estar seguros de que ningún ser humano nos expulsará de este lugar de ahora en adelante». Añadió que:

> En mi opinión, la prueba más fatídica para nuestro pueblo ya pasó en 1942. Fue el invierno de 1941 a 1942. Permítaseme decir que durante ese invierno, el pueblo alemán, y en particular su Wehrmacht, fue pesado en la balanza de la Providencia. Nada peor puede pasar ni pasará.[44]

Por el momento, los alemanes parecían insuperables, y daba la sensación de que las embarcaciones nocturnas estaban transportando tropas del Ejército Rojo a través del Volga simplemente para ralentizar la inevitable pérdida de la ciudad. Cuando su permiso terminó, Fritz Probst volvió a su batallón de construcción a principios de noviembre. Nada más

llegar de Görmar, Turingia, se sintió enfermo y tuvo que recibir cuidados en un hospital de campaña. Le parecía que no había nada que esperar del frente de Stalingrado más allá de las «largas y aburridas tardes de invierno durante las cuales pensaré en las preciosas horas, ya sabes a qué me refiero…», y vacilaba en decir más, temiendo que su madre abriese la carta antes que Hildegard. En cambio, la animaba a ella a que le hablara de esas cosas: «Me puedes escribir tanto [como desees] porque soy la única persona que lee tus cartas y sería maravilloso si pudieras escribirme sobre ello».[45]

La vulnerabilidad alemana radicaba en la gran distancia que habían cubierto sus tropas y en sus extensas líneas, y en esto se basó la contraofensiva soviética. El 19 de noviembre, el Ejército Rojo lanzó un asalto en el flanco norte del frente de Stalingrado; al día siguiente atacó también desde el sur. El objetivo era romper las líneas de las tropas rumanas e italianas al oeste, en el Don, y así aislar a la mayor parte del 6.º Ejército. Como operador de radio, Wilhelm Moldenhauer fue uno de los primeros en escuchar las noticias, pero tuvo cuidado en no romper las normas, y el 20 de noviembre se contuvo al comentarle de forma enigmática a su mujer: «Ahora empieza a ser distinto de cómo lo habíamos calculado». El 22 de noviembre, la ofensiva soviética, con un millón de hombres, había atravesado las enormemente estresadas líneas del Eje. Al este, el 4.º Ejército rumano y el 6.º Ejército alemán estaban ahora aislados en una vasta tierra de nadie, junto a las curvas del Volga alrededor de Stalingrado, separados del resto del Grupo de Ejércitos B al oeste. Al mismo tiempo, comenzaba una segunda ofensiva del Ejército Rojo para capturar el puente terrestre hacia el Grupo de Ejércitos A de List en el Cáucaso: esta vez, los alemanes consiguieron defenderse.[46]

La Wehrmacht estaba convencida de que ya había vivido situaciones semejantes. En Demiansk, un cuerpo armado de unas 100.000 tropas había sido atrapado por la contraofensiva del Ejército Rojo en Rzhev y Viazma en enero de 1942. Durante cuatro meses, las divisiones alemanas habían recibido los suministros por aire, burlando a cinco ejércitos soviéticos, hasta que los socorros alemanes rompieron el asedio. En contra de los consejos de su equipo, Göring se apresuró ahora a garantizar que la Luftwaffe

proporcionaría un puente aéreo al frente de Stalingrado. Seguro de que la apuesta saldría bien, Hitler dio la orden de convertir la bolsa de Stalingrado en una «fortaleza». Igual que en el invierno anterior, rechazó todas las propuestas de retirada.[47]

La promesa de un puente aéreo era lo suficientemente poderosa como para tranquilizar a las familias de los soldados, que ya estaban impresionadas por el servicio especial de correo aéreo establecido por el correo militar durante las avanzadas del verano. El puente aéreo no sólo significaría suministros, sino que también garantizaría que se pudiese trasladar a los heridos. A principios de enero, Liselotte Purper llegó a la base aérea de Leópolis para hacer fotos propagandísticas de un soldado herido mientras le bajaban de de un Ju 52. Hacía tanto frío, que le costaba trabajo ver a través de su visor. Para evitarle al hombre herido el calvario de subir y bajar varias veces del avión, Liselotte disponía de un asistente médico vendado para tomar su sitio en la camilla. Después de que una docena de hombres hubiesen tenido que empujar el avión para que mirase hacia el otro lado, consiguió la luz adecuada y las fotos salieron bien.[48]

Se había necesitado toda la 1.ª Flota Aérea para abastecer la bolsa de Demiansk. Ocho meses más tarde, asistir a las 290.000 tropas atrapadas en el «caldero» de Stalingrado iba más allá de las capacidades de la Luftwaffe. Mientras Demiansk había necesitado unas 265 toneladas de suministros diarios, el 6.º Ejército requería un mínimo diario estimado de 680 toneladas. Operando sobre una mayor distancia y teniendo que hacer frente a una Fuerza Aérea Roja mejor organizada, la Luftwaffe empezó a sufrir importantes pérdidas, y sus esfuerzos para llevar la ayuda no hacían más que acelerar el agotamiento. Erhard Milch, el dinámico jefe de compras de la Luftwaffe, tomó el mando directo, pero ni siquiera él pudo encontrar la forma de proporcionar más de cien toneladas diarias.

A medida que los fracasos de la Luftwaffe se iban haciendo evidentes, quedaba clara la necesidad de restablecer un vínculo terrestre. Si el 6.º Ejército continuaba aislado, no podría impedir a las fuerzas soviéticas que ocupasen el hueco entre los dos grupos de ejércitos alemanes y aislar así también al Grupo de Ejércitos A en el Cáucaso. El 12 de diciembre,

Manstein lanzó un contraataque que tomó por sorpresa a las fuerzas soviéticas, e hizo rápidos progresos en los dos primeros días, llegando a situarse a cincuenta kilómetros del 6.º Ejército rodeado. El intento de Manstein obligó además a los soviéticos a interrumpir sus esfuerzos para aislar el Grupo de Ejércitos A en el Cáucaso. Pero, a pesar de las presiones de Manstein, el comandante del 6.º Ejército, el general Friedrich von Paulus, se negó a ordenar a sus tropas que rompiesen la bolsa atacando simultáneamente desde el este. Enfrentado a la carencia de gasolina, proyectiles y vehículos útiles y al comienzo de las intensas neblinas invernales, así como a la orden directa de Hitler de no retroceder, Paulus ignoró cualquier consejo en contra y decidió esperar.

Las distintas secciones del 6.º Ejército padecieron la situación de formas diversas. El camión de radio de Wilhelm Moldenhauer no tenía calefacción para ahorrar combustible, pero él seguía retirándose allí para escuchar las noticias y escapar de los límites de su refugio, que no era más que un estrecho hueco de cuatro metros por dos metros y medio para siete hombres, que hacían turnos para dormir. La única ventaja era que nadie tenía que hacer guardia más de una hora durante la noche; pero ponerse y quitarse las botas en la oscuridad del búnker era, según escribió Moldenhauer alegremente, un auténtico arte. El tono de sus cartas se mantuvo animado durante el mes de diciembre. La falta de permisos y de correo eran sus preocupaciones principales. Sólo su descripción de lo que comían podía suponer una señal para su familia de su difícil situación: intercambiaban tabaco por huesos de caballo para cocinar sopas y mezclaban col blanca seca con corazones o pulmones de caballo como un verdadero manjar.[49]

El 17 de diciembre, tras haber permanecido aislados durante cuatro semanas en ese «estiércol», Fritz Probst y sus camaradas del batallón de construcción tenían, según escribió a casa, frío y hambre, pero estaban sanos. Las raciones eran únicamente de doscientos gramos de pan diarios, con sopa al mediodía. No les llegaba ya ninguna carta, aunque habían oído que una fuerza de auxilio se había adentrado ya en la bolsa. Cinco días más tarde, las cosas seguían siendo parecidas. Uno de sus camaradas cayó

mortalmente herido por un fragmento de bomba. Los hombres no se habían afeitado o lavado en cuatro semanas: sus barbas eran, le escribió a su mujer, «de muchos centímetros, pero mantenemos la esperanza y el valor, sabemos que la victoria es nuestra».[50]

En el mismo momento en que Fritz Probst oía que el auxilio estaba de camino, todo estaba ya perdido. Con el avance bloqueado por el 2.º Ejército de Guardias, el propio cuerpo de Manstein estaba ahora bajo amenaza de asedio. Un segundo ataque soviético en pinza, lanzado el 16 de diciembre, penetró a través de los 130.000 hombres del 8.º Ejército italiano y amenazó con rodear a las fuerzas del propio Manstein. No le quedó más opción que enviar a la 6.ª División Panzer a rescatar los restos del Ejército italiano, y en Nochebuena, ordenar a sus propias fuerzas la retirada. A partir de ese momento, el único contacto con el 6.º Ejército fue por aire, pero ese mismo día un asalto de blindados soviéticos consiguió penetrar hasta la base adelantada de la Luftwaffe en Tatsinskaya. Destrozó 56 aviones de transporte y el propio campo de aviación.[51]

Esa tarde, el frente interno alemán pudo escuchar una emisión especial de la radio que conectaba treinta transmisores diferentes, entre ellos un avión y un U-Boot. Desde el norte de África hasta el mar Ártico, las emisoras de los frentes empezaron de manera formal: «¡Llamando de nuevo a Stalingrado!». «¡Aquí Stalingrado! ¡Aquí el frente del Volga!», fue la respuesta. Se intercambiaron saludos privados, como en el antiguo programa de *Peticiones musicales,* y al final de la emisión las diferentes estaciones se juntaron para cantar «Noche de paz» y el tercer verso del gran himno de Lutero «Una imponente fortaleza es nuestro Dios». Nadie utilizó la palabra «caldero» para describir la amarga lucha de la «región del Volga-Don».[52]

El día de Navidad, Fritz Probst escribió de nuevo a su mujer, recordándole que, a pesar de las privaciones, al menos ellos podían disfrutar de «un salón caliente, y también de un árbol de Navidad, y estáis en familia». Por todo eso, continuaba, «sólo puedes estarle agradecida a nuestro querido Führer. Para que eso siga siendo así es por lo que nosotros nos mantenemos aquí». A Wilhelm Moldenhauer, la tarde de Navidad le

regaló una extraordinaria sorpresa: dos bolsas de correo, incluyendo cinco cartas de su mujer y un pequeño paquete con salchichas de hígado, cerezas en conserva y una linterna a pilas. El refugio ahora tenía que servir para nueve hombres, pero habían excavado un poco más y traído asientos de coche para sentarse. Habían colgado una alfombra y fotos de periódico de mujeres guapas en la pared, y convirtieron una botella con papel de plata y viejo material de camuflaje en su «árbol». Habían hecho la decoración con papeles de cigarrillos. Una ración especial de pan y café de verdad les había dado a aquellos hombres llenos de piojos ánimo para cantar villancicos. El 30 de diciembre, también Moldenhauer mencionó la exitosa canción de Lale Andersen: «Tras cada diciembre viene de nuevo mayo. Con humor y buena voluntad conseguiremos dejar este tiempo atrás», escribió. Cinco días más tarde, el 4 de enero de 1943, bajo un duro bombardeo tanto aéreo como de artillería desde el oeste, Moldenhauer aún fue capaz de sentirse optimista: «Gracias a nuestros buenos líderes, podemos sentirnos seguros. Queremos confiar en que la gran ofensiva rusa va a convertirse en un gran éxito para nosotros. No sólo lo espero, sino que estoy firmemente convencido de que será así». Aquélla fue su última carta.[53]

El hermano de Ursula von Kardorff le escribió el 23 de enero recordándole un pasaje de Heinrich von Kleist «en el que un húsar pruso de 1806 es retratado como el representante de un ejército que mantiene todo su esplendor, independientemente del fracaso de la empresa». «Yo quiero», proseguía aquel joven de veintitrés años, «entregar mis fuerzas y mis mejores habilidades de esa manera, sin preguntarme sobre las posibles consecuencias.» Cuando la carta le llegó a Ursula en Berlín, su unidad era elogiada en el boletín militar, y «ya sabemos lo que eso significa», apuntaba Kardorff. La joven se preguntaba dónde podría encontrar refugio espiritual –«¿en Bach? ¿Hölderlin? ¿Kleist?»–, antes de concluir que tendría que hacerlo por su cuenta, «sin ilusiones y [sin embargo] leal a mi deber. Muy duro».[54]

A medida que el Ejército Rojo aumentaba su ventaja, iba empujando a los alemanes y los húngaros de vuelta hacia el río Don. El 25 de enero, la ciudad de Vorónezh –conquistada por los alemanes a principios de julio al

comienzo de la «Operación Azul»– estaba de nuevo en manos soviéticas. Mientras se retiraba hacia el oeste desde la ciudad, el lugarteniente Eugen Altrogge fue herido en el brazo derecho. Un mes antes, le había escrito a Hans Albring acerca de sus últimos dibujos: en uno de ellos, la muerte agarraba por los hombros a un soldado enfermo. Un suboficial escribió más tarde a la familia de Altrogge para decirles que, tras haber resultado herido, Eugen había sido evacuado al hospital y luego enviado hacia el oeste en avión, pero puede que no fuera así. En el caos de la retirada de aquel invierno, desconociendo su paradero, Eugen Altrogge fue uno más en el creciente número de hombres declarados como desaparecidos en acción.[55]

La información que llegaba al frente interior sobre Stalingrado disminuyó hasta convertirse en un goteo a medida que el asedio soviético se endurecía. El 10 de enero de 1943, un informe de la Wehrmacht anotaba simplemente «asaltos de partidas locales». Cuatro días después, los escasos boletines militares dieron lugar a nuevos y alarmantes informes sobre «heroicas, duras batallas en el área de Stalingrado». El SD informó rápidamente sobre una escalada de la ansiedad general y el propio Goebbels escribió un artículo titulado «Guerra Total» en *Das Reich*, elogiando el heroísmo y el sacrificio del 6.º Ejército al vencer a las fuerzas soviéticas y proteger así a los ejércitos alemanes en el Cáucaso. El cambio de tono no era accidental. Tras haber aceptado que la derrota era ya inevitable, el ministro de Propaganda convenció a Hitler para que le permitiera ir sentando las bases de lo que él llamaba «heroísmo épico».[56]

El sábado 30 de enero de 1943 marcaba el 10.º aniversario del régimen. El mayor evento fue una declaración de Hermann Göring, que había causado una fuerte impresión con su discurso en el Festival de la Cosecha en octubre. Retransmitida en directo por todas las cadenas de radio de Alemania y por las de las fuerzas armadas, estaba programada para tener lugar a las once de la mañana frente a una audiencia militar, pero se retrasó porque aparecieron seis bombarderos Mosquito de la RAF, llevando a cabo su primera incursión a plena luz del día sobre Berlín. Cuando Göring pudo finalmente hablar, pronunció una oración de duelo por el 6.º Ejército en Stalingrado. Aquellos hombres no sólo se unirían a los héroes alemanes del

pasado, desde las leyendas de los nibelungos y los ostrogodos hasta los estudiantes voluntarios que habían luchado en Langemarck en 1914, sino también a Leónidas y sus trescientos espartanos, los que defendieron el desfiladero de las Termópilas contra las muchedumbres persas: «Incluso dentro de mil años, los alemanes seguirán hablando de esta batalla con religiosa admiración y reverencia y sabrán que, a pesar de todo, la victoria alemana se decidió allí», declaró Göring. La magnitud del heroísmo del 6.º Ejército era la misma que la de los espartanos «hace 2.500 años»: «Entonces también se produjo una embestida de las hordas orientales contra los hombres del norte».[57]

El discurso de Göring marcó el clímax del culto nacionalista a las muertes heroicas, una tradición que los nazis habían heredado pero que ciertamente no inventaron. Las Termópilas tenían una profunda resonancia entre los alemanes cultos, realzada por la poesía de Friedrich Schiller y la del poeta-soldado de la «guerra de liberación» contra Napoleón, Theodor Körner. Cuando el mariscal del Reich afirmaba: «En los días venideros se dirá esto: cuando vayas a casa, a Alemania, diles que nos has visto yaciendo en Stalingrado, como la ley para proteger la seguridad de nuestro pueblo ordenaba», estaba haciéndose eco deliberadamente de la versión de Schiller en el clásico epitafio de Simónides, la esencia literaria del mito de las Termópilas: «Caminante, si vas a Esparta, diles que nos has visto yaciendo aquí, como la ley ordenaba». Hölderlin y Nietzsche habían creído que los alemanes descendían de los griegos. Ahora Göring declaraba que los espartanos eran hombres del norte.[58]

Educados para venerar a los muertos de la Primera Guerra Mundial, los jóvenes reclutas sabían lo que se esperaba de ellos. Un cabo del Grupo de Ejércitos Centro escribió a su familia el 24 de enero de 1943:

> Aquí todo es cuestión de vida o muerte. ¡Rusia es nuestro destino, sea cual sea el desenlace! La lucha ha alcanzado una crueldad y una dureza que son imposibles de describir. «¡Ninguno de vosotros tiene derecho a volver a casa vivo!» A los soldados nos han repetido este lema muchas veces y sabemos que hay que tomarlo en serio. Estamos completamente preparados.[59]

En Croacia, un teniente de la jefatura del 721.º Regimiento Grenadier aplaudía las palabras de Göring: «Nunca antes en esta guerra se había librado una batalla heroica como ésta. ¡¡Ninguno de los que están en ese caldero ardiente volverán a ver su casa!! Es muy cierto que no nos podemos comparar con los inmortales combatientes de Stalingrado». En aquel momento, su División de Infantería estaba envuelta en la operación estratégica más grande de la guerra hasta entonces, la «Operación Blanca», que involucraba a unas 90.000 tropas alemanas, croatas e italianas dedicadas a incendiar los pueblos de la región de Bihać. Aquél era un asunto, pensaba, que no concernía a «los individuos sino a la totalidad», y con esa conciencia «¡podemos alcanzar la victoria!». Al joven Heinrich Böll, el sacrificio supremo de los combatientes de Stalingrado le hizo ser incómodamente consciente de sus propias flaquezas físicas, impulsándole a escribir: «Me siento avergonzado de tener que recibir tratamiento médico para el dolor de cabeza y los ojos irritados».[60]

Para Peter Stölen, que recibía un curso especial de blindados en Eisenach, sólo la derrota de Atila en los Campos cataláunicos parecía compararse al heroico acontecimiento; en aquella batalla, las tribus «germánicas» habían luchado junto a las legiones romanas para frenar a los hunos «asiáticos». Pero tenía miedo de que el significado de Stalingrado corriese el peligro de «hundirse en una sangrienta oscuridad», perdiéndose su sentido espiritual. «Creo que en un tiempo tranquilo y ordenado lo sentiremos como una gran pérdida», escribió Stölten a sus padres, «que no les llegue a las familias ninguna carta de estos últimos días. Es ahí, en el continuo enfrentamiento de esos hombres con la muerte, donde debe hallarse una respuesta verdadera a nuestra época, ofreciendo un modelo ideal.» Antes de asumir la derrota, mientras la batalla seguía con furia, Goebbels le encomendó al reportero jefe asignado al 6.º Ejército, Heinz Schröter, que recogiese y editase extractos de las cartas de los soldados para satisfacer exactamente este tipo de demanda espiritual.[61]

En aquel momento, a los dirigentes nazis les parecía que los acontecimientos en el frente del Volga casaban bien con la coreografía que ellos habían ideado. El 29 de enero, el general Paulus había telegrafiado a

Hitler para felicitarle por el aniversario del Tercer Reich en nombre del 6.º Ejército y asegurarle que la bandera seguía ondeando sobre la ciudad: «Que nuestra batalla sea un ejemplo para que las generaciones presentes y futuras nunca se rindan, ni tampoco sus esperanzas: entonces Alemania será victoriosa». Según las creencias nazis, un comandante responsable debía suicidarse si la derrota era inevitable y, para asegurarse de que lo haría, Hitler promovió el 30 de enero a Paulus a mariscal de campo, ya que ningún mariscal de campo alemán se había rendido nunca. Paulus se ganó el eterno desprecio de Hitler por ser el primero en hacerlo.[N1] La radio alemana hizo todo lo posible por darle al terrible final un brillo diferente, anunciando simplemente que el grupo sur «ha sido aplastado en la batalla por la superioridad del enemigo, tras más de dos meses de defensa heroica». El 30 de enero, las noticias de que la última posición alemana había caído ante el avance de los vehículos oruga fueron envueltas en una intransigente imaginería: «Durante la heroica batalla, todos los hombres, hasta el general, lucharon en la línea de combate más avanzada con bayonetas fijas».[62]

Luego, el 3 de febrero, precedido por marchas lentas, la radio alemana hizo el anuncio de que la batalla había finalmente terminado:

> El sacrificio del 6.º Ejército no ha sido en vano. La defensa de la histórica misión europea ha roto el ataque de seis ejércitos soviéticos durante varias semanas [...] Generales, oficiales, suboficiales y hombres han luchado codo con codo hasta la última bala. Han muerto para que Alemania pueda vivir.

Estas palabras fueron seguidas por redobles de tambores amortiguados y tres estrofas de la canción de los soldados *Ich hatt' einen Kameraden* [«Yo tenía un camarada»]. Después sonaron los himnos nacionales alemán, rumano y croata, y siguiendo el modelo de las grandes victorias, tres minutos de silencio. Se declararon tres días de luto nacional, durante los cuales todos los teatros, cines y salas de variedades del Reich permanecieron cerrados. Hubo más marchas fúnebres y una emisión de la Quinta Sinfonía de Beethoven. Goebbels había pedido que redactasen un boletín militar que fuese comparable a las proclamas de César, Federico el

Grande y Napoleón y permaneciese en los corazones alemanes en los siglos venideros.[63]

Durante los tres días de luto oficial, los obispos católicos reaccionaron a Stalingrado oficiando misas por los muertos en todas las iglesias. El arzobispo Frings de Colonia intensificó su llamamiento a la Virgen María. Galen, el de Münster, que recientemente había criticado al régimen, escribió una carta pastoral: «Llenos de amor recordamos a nuestros soldados lejanos, que bloquearon la embestida del enemigo sobre nuestra patria, la violenta penetración del bolchevismo». Buscando inspiración en Tomás de Aquino, bendijo a aquellos que habían padecido «la muerte de los soldados en el cumplimiento leal de sus deberes» como «semejantes a los mártires por su valentía y dignos del martirio por su lealtad».[64]

El «heroísmo épico» que Goebbels y Göring habían diseñado cuidadosamente desencadenó una desastrosa reacción popular de proporciones sin precedentes. No había habido preparación emocional para la magnitud de la derrota. En la ciudad de Núremberg, muchos de cuyos vecinos servían en el 6.º Ejército, se produjo un verdadero paroxismo de dolor. Arrancando los periódicos a los vendedores, por vez primera aquellas multitudes llorosas y enfadadas se enfrentaron al líder: «Hitler nos ha mentido durante tres meses», clamaba la gente, recordando su orgulloso discurso del 8 de noviembre alardeando de que Stalingrado estaba prácticamente conquistado.

En toda Alemania, la población reaccionó con una consternación total y una ira enorme contra las optimistas informaciones que se les habían dado. La noción de que Stalingrado había sido una mera batalla por el prestigio, y no algo estratégicamente fundamental, hizo que a muchos les pareciese menor la magnitud de la derrota, pero a corto plazo también hizo que la muerte de un ejército al completo pareciese frívola. Muchos, igual que había ocurrido en el mes de enero anterior, pensaban ahora que la guerra se había vuelto definitivamente en contra de Alemania. Goebbels comprendió que aquella mitología que atraía a los jóvenes idealistas, educados en los exigentes *Gymnasiums*, no era válida para la nación entera: lo ocurrido era «insoportable para el pueblo alemán», admitió en su diario, y congeló todo

el proyecto de publicar una epopeya heroica con las «últimas cartas» minuciosamente seleccionadas. Stalingrado fue la primera y la última derrota que el régimen nazi mitificó de aquella manera. Cuando un cuarto de millón de soldados alemanes se rindieron en Túnez unos meses más tarde, la información fue templada y se basó en hechos; lo mismo ocurrió con las grandes derrotas que estaban por llegar. Cuando Hitler finalmente se dirigió al pueblo alemán para conmemorar el Día de los Héroes Caídos el 21 de marzo, ni siquiera mencionó Stalingrado.[65]

Goebbels se dio cuenta de que tenía que reanimar a los vivos. A principios del nuevo año había empezado a replantearse su propaganda, diciéndoles a los principales directores de los medios de comunicación reunidos en su conferencia ministerial de enero que

> Desde comienzos de la guerra nuestra propaganda ha seguido el siguiente camino erróneo:
>
> Primer año de guerra: hemos ganado.
> Segundo año de guerra: ganaremos.
> Tercer año de guerra: tenemos que ganar.
> Cuarto año de guerra: no podemos ser vencidos.[66]

El blanco principal de esta crítica sólo podía ser él mismo. Mientras pensaba en qué podría ser lo que más motivara a la población alemana, comenzó por primera vez a considerar el espectro de la derrota, lo que un observador británico acertadamente apodó «La fuerza a través del miedo», en vez de «La fuerza a través de la alegría», el eslogan que usaban antes de la guerra las organizaciones nazis del tiempo libre. Pero Goebbels sabía que únicamente con el miedo no lograría movilizar a la nación.

El 18 de febrero, se dirigió a un grupo selecto de miembros del Partido en el Palacio de los Deportes de Berlín. Una vez más, el discurso fue amplificado a través de aquel megáfono nacional en el que se habían convertido todas las emisoras de radio. Esta vez las referencias a la Grecia antigua no tuvieron nada que ver con las Termópilas. «Ahora sabemos lo que tenemos que hacer», le aseguró Goebbels a su audiencia. «El pueblo alemán quiere un estilo de vida espartano para todos. Para los de arriba y

los de abajo, para los ricos y los pobres.» Goebbels había depositado grandes esperanzas en su discurso, considerándolo uno de sus mejores esfuerzos retóricos. Culminó con diez preguntas que convirtieron a la audiencia de fieles nazis en un coro clásico, bramando su consentimiento en representación de la nación alemana al completo. Cuando llegó a la décima y última pregunta, estaban todos enloquecidos:

> ¿Es vuestro deseo que incluso en tiempos de guerra, como el programa del Partido requiere, prevalezcan la igualdad de derechos y la igualdad de deberes [gritos de «¡Sí!»], que el frente interno dé muestras de su solidaridad y soporte sobre sus hombros las pesadas cargas de la guerra, y que esas cargas sean distribuidas equitativamente, sean las gentes grandes o pequeñas, pobres o ricas?

Era una declaración de «guerra total». Al final, Goebbels pronunció las palabras del soldado-poeta Theodor Körner: «Que renazca ahora la nación, que la tormenta se desate». Entre vítores salvajes, la audiencia empezó a cantar el himno nacional alemán y la «Canción de Horst Wessel» del Partido.[67]

Goebbels estaba encantado con aquella reacción y pensaba que nunca había hecho un discurso como aquél. Las respuestas recogidas por el servicio de inteligencia del SD, sin embargo, eran menos esperanzadoras. Muchos creían que el entusiasmo salvaje de la audiencia parecía demasiado preparado como para ser auténtico; algunos se preguntaban por qué el régimen no había tomado este tipo de medidas tiempo atrás; otros cuestionaban si el discurso cambiaría algo. En las siguientes semanas, Goebbels tuvo que aceptar que pocas cosas habían cambiado. Había pensado servirse de aquella oportunidad para persuadir a Hitler de que le otorgase más poderes para controlar otras agencias y movilizar al frente interno, pero la gestión de todo el esfuerzo de la guerra no estaba siendo reestructurada de una manera radical. Hitler no estaba dispuesto a inmiscuirse en la vida familiar. La evacuación de los niños de las áreas bombardeadas seguía siendo voluntaria, a pesar de la creciente frustración de los oficiales que intentaban coordinar la defensa civil. En la cima del régimen, sin embargo, seguían produciéndose silenciosos cambios de poder.

Enfurecido por el fracaso de la Luftwaffe tanto en el este como en el oeste, durante días Hitler no quiso ni oír mencionar el nombre de Göring en su presencia. Pero siempre preocupado por el aspecto exterior de unidad, insistió en que Göring seguía siendo «indispensable para el mando supremo del Reich». En vez de una gran reorganización del régimen, la influencia de algunas figuras principales aumentó esporádicamente más allá de su esfera funcional: la de Albert Speer sobre la economía de guerra, la de Heinrich Himmler sobre las agencias coercitivas, y la de Martin Bormann sobre el Partido. Sus competidores –Hans Lammers, Fritz Sauckel, Robert Ley, Joachim von Ribbentrop y Alfred Rosenberg– irían perdiendo gradualmente terreno en aquella guerra de erosión por el control de los principales comités, la burocracia y el acceso a Hitler.[68]

Goebbels no logró ser nombrado «plenipotenciario para la Guerra Total», pero en enero Hitler le nombró presidente del Comité Interministerial de Daños por Ataques Aéreos, lo que le permitía intervenir e instruir a otros *gauleiters* en asuntos de defensa civil. Con este nuevo enfoque práctico de los esfuerzos bélicos, Goebbels abandonó su «campaña de buena educación» para fomentar un comportamiento modélico en el frente interno, declarando el 9 de abril de 1943 que

> lo importante no es que la población esté de buen humor, sino que mantenga los modales [...] Tras cuatro años de guerra, todo el mundo piensa sobre la guerra de una manera distinta a como pensaban al principio […] Expresiones como patriotismo y entusiasmo están bastante fuera de lugar. Los alemanes simplemente cumplen con su deber, eso es todo.[69]

Cada vez más, la propaganda política y el entretenimiento popular se desplazaban en direcciones opuestas, la primera volviéndose más compleja y desalentadora a medida que Goebbels insistía en el riesgo de una derrota, mientras que la segunda se iba haciendo más ligera y suave. En el momento del discurso de Goebbels sobre la «guerra total», las tres películas principales proyectadas en Berlín eran dos comedias románticas, *Dos personas felices* y *Quiéreme*, y la grabación de un espectáculo de circo sobre hielo, *El gran golpe*. La mayor esperanza de los dirigentes nazis era

que la gente común siguiera aplazando así sus utopías domésticas hasta después de una victoria alemana, igual que cuando *Peticiones musicales* les había animado en los primeros años de la guerra. La película de 1942 *El gran amor* contaba una romántica historia de amor aplazado en el frente oriental y se convirtió en el gran taquillazo del cine nazi, sobre todo gracias a las canciones de Zarah Leander, la actriz sueca que hacía el papel de *femme fatale,* con su voz casi de barítono y su sexualidad andrógina. Después de Stalingrado, uno de sus grandes éxitos, en el que Leander animaba al público a acompañarla, se titulaba «El mundo no se va a acabar por esto», y fue muy popular durante mucho tiempo. Su actitud desenfadada y atrevida, al estilo del cabaret, seguían siendo atractivos. El SD informaba en aquel momento de que en Berlín las mujeres habían empezado a llevar pantalones siguiendo una moda provocativa.[70]

Stalingrado fue una grave derrota. Por vez segunda, Hitler estuvo tentado a declarar que una batalla crucial era tan buena como una victoria. En términos militares, en 1941 Moscú había sido el punto de inflexión más crítico: si la Wehrmacht hubiese conquistado Moscú, habría sido muy difícil para el Ejército Rojo reconquistarlo; sin embargo, hubiesen podido entregar Stalingrado y proseguir la guerra. Pero en términos simbólicos, Stalingrado era peor para la reputación de Hitler: en diciembre de 1941, había tomado personalmente el mando de los ejércitos alemanes desde Brauchitsch y cosechado el éxito de haber conseguido frenar el pánico con sus «órdenes de alto»; pero un año después, su principal función como comandante en jefe llevó a muchos alemanes a cuestionarse por primera vez la genialidad militar de su Führer. Para empeorar las cosas, Hitler había rechazado seguir los consejos de Goebbels y permitir a los medios de comunicación darle un aire más deprimente y negativo a la batalla en los momentos críticos que se sucedieron entre octubre y diciembre de 1942. Tampoco había funcionado el intento grandioso de representar el «sacrificio» del 6.º Ejército como una «batalla épica», y en febrero Hitler ordenó que todas las conferencias militares y los comentarios sobre la batalla debían cesar hasta que él aprobara una versión oficial. Cuando el Afrika Korps capituló en Túnez en mayo de 1943, una directiva de prensa ordenó que «bajo ninguna

circunstancia se pueden hacer en los comentarios referencias a Stalingrado». En junio de 1943, Goebbels se sintió suficientemente seguro de sí mismo para declarar despreocupadamente, en uno de sus artículos principales en *Das Reich* que también fue leído en la radio, que era inaceptable pretender que el Gobierno «prediga el futuro con exactitud y correctamente». Como señaló, nadie había imaginado en 1939 ni que la guerra fuese a durar tanto tiempo ni que las tropas alemanas tuviesen que luchar en frentes tan distanciados. Argumentando que «tanto los errores intencionales como los accidentales e involuntarios únicamente se ven justificados por la victoria», afirmó «el derecho soberano de los líderes a cometer errores puntuales». Pero una dictadura dirigida por un «profeta» autoproclamado no podía recurrir a este argumento muy a menudo. El 3 de febrero de 1944, el primer aniversario de la épica batalla sobre la cual Göring había predicho que se seguiría hablando «dentro de mil años con una fascinación religiosa» transcurrió en silencio.[71]

Ya no estaba claro cuándo ni cómo se lograría la conquista alemana de la Unión Soviética. La gente empezaba a considerar que aquélla era una guerra de erosión sin fin. Si los llamamientos de Goebbels a librar una «guerra total» parecían no causar una gran sensación, era porque en 1943, igual que en 1942, los alemanes todavía poseían un elaborado concepto sobre la idea de «resistir» que había crecido sobre los horrores y la dureza de la guerra anterior. El humor popular no tardó en entenderlo, y Paulheinz Wantzen, periodista de Münster, recogió los últimos chistes:

> En 1999, dos granaderos Panzer están charlando en la cabeza de puente del Kuban. Uno de ellos ha leído la palabra «Paz» en un libro y le gustaría saber lo que significa. Nadie del búnker lo sabe, así que le preguntan al sargento. Tampoco él lo sabe, así que le preguntan al teniente al mando de la compañía. «¿Paz?», pregunta sacudiendo la cabeza. «¿Paz? Estudié en un *Gymnasium*, pero no conozco esa palabra.» Al día siguiente, va al cuartel general y le pregunta al comandante. Éste tampoco lo sabe, pero tiene un diccionario publicado recientemente y finalmente lo descubre: «Paz, modo de vida no apto para seres humanos, abolido en 1939».[72]

En un sentido crucial, el intento chapucero de crear un mito inmediato sobre Stalingrado dejó un legado duradero y doloroso. El boletín de la

Wehrmacht del 3 de febrero contenía una mentira crucial, al afirmar que los «generales, oficiales, suboficiales y soldados lucharon codo con codo hasta la última bala». En menos de una semana, ya estaban circulando rumores que afirmaban que en realidad los comandantes alemanes, incluido el mariscal de campo Paulus, junto con muchos de sus hombres, se habían rendido y estaban presos en manos de los soviéticos. Aprovechándose del hecho de que antes del estallido de las hostilidades la Unión Soviética no había firmado la Convención de Ginebra sobre el trato a los prisioneros, la Wehrmacht insistió en que carecía de información que pudiese ser verificada por una tercera parte neutral, y estipuló que todos los soldados perdidos en Stalingrado debían ser clasificados simplemente como «desaparecidos en acción».[73]

*

No fueron los muertos de Stalingrado los que «perduraron», sino los desparecidos. Hildegard Probst no tenía noticias de su marido. Fritz le había escrito el día de Navidad y también en Año Nuevo, asegurándole que aunque no tenían leña para calentar el refugio, seguían arreglándoselas: «Llegará el día en que seamos libres y las cosas vayan mejor». Las cartas y paquetes que ella le envió le habían sido devueltas, sin entregar. El 1 de abril, recibió de vuelta cuatro cartas y seis pequeños paquetes de carga aérea de cien gramos. Ocurrió lo mismo en todas las familias de los hombres que servían en su compañía: sus últimas cartas habían sido escritas a principios de enero. Mientras esperaba que los familiares de los camaradas de Fritz llegaran con noticias, Hildegard escribió al servicio de Camaradas de la radio alemana y un mes más tarde pudo oír cómo el nombre de su marido era leído en voz alta a través de las ondas de radio. El 29 de mayo lo registró en la oficina local de la Cruz Roja, sólo para recibir la noticia de que había que considerarlo como «desaparecido».[74]

Cuando se propagó la noticia de que la embajada alemana en Ankara, dirigida por el antiguo canciller Franz von Papen, había localizado a un oficial subalterno gracias a los muchos contactos que había hecho su madre,

la gente empezó a dirigirse a la Media Luna Turca en busca de ayuda para localizar a sus familiares. La Oficina de Información de la Wehrmacht, entretanto, hizo lo posible por bloquear la comunicación y ocultar el hecho de que 113.000 soldados alemanes y rumanos habían sido hechos prisioneros. El Alto Mando de la Wehrmacht incluso ordenó que no se entregasen las escasas sacas de cartas que tenían, para no estropear la coreografía del heroísmo de la última batalla.[75]

Pero aquel vacío informativo no podía sostenerse. Radio Moscú ya estaba emitiendo «la cifra de 91.000 prisioneros», según escribió el 2 de febrero de 1943 un funcionario de la Oficina de Prensa e Información del Ministerio de Asuntos Exteriores, previendo que «No todo el mundo será capaz de resistir la tentación de intentar recibir noticias escuchando las emisiones del enemigo […] A ojos de las masas simplistas, "hechos prisioneros" es muy diferente de "muertos", por mucho que se les repita que los rusos asesinan a todos los prisioneros que cogen». El SD estaba de acuerdo, y vigilaba la recogida de folletos de propaganda soviética lanzados sobre Alemania y la circulación de información que sólo podía averiguarse escuchando Radio Moscú. Tanto los informes locales como nacionales confirmaban que «las escuchas negras» estaban aumentando, tanto de Radio Moscú como de la BBC, donde se leían en voz alta los nombres de los prisioneros alemanes. En Stuttgart, el *gauleiter* Murr amenazó con que aquellos que «escuchen la voz del enemigo [y por tanto] debiliten la capacidad de defensa y resistencia de nuestra gente» serían «procesados y sancionados despiadadamente». Pero el SD local no veía las cosas en términos tan rigurosos, considerando aquellos gestos como una respuesta natural a la falta de información.[76]

Como de costumbre, la Gestapo intentó establecer distinciones al ocuparse de aquellos casos, estableciendo su propio juicio tanto sobre los infractores como sobre las infracciones. En marzo de 1943, una mujer empezó a escribir a las familias de los soldados alemanes cuyos nombres y direcciones aparecían en unos panfletos soviéticos que su hijo había llevado a casa durante un permiso. Simplemente quería pasar la noticia de que seguían vivos y estaban «bien». Finalmente fue localizada por la Gestapo,

que determinó que estaba motivada por el hecho de haber perdido a dos hermanos durante la Primera Guerra Mundial y a su hijo menor el año anterior. «Yo quería ayudar a las personas afectadas, me compadezco de ellas por no tener ninguna noticia de sus familiares», explicó. En vez de castigarla por «derrotismo» o «propagación de propaganda enemiga», la Gestapo la dejó partir con una simple amonestación, impresionados por su inmaculado expediente de servicio en las organizaciones de masas nazis.

Fritz M., por el contrario, pagó un precio más alto. En mayo de 1943, la Gestapo le arrestó por haber enviado 46 cartas a las familias de unos hombres mencionados en Radio Moscú para decirles que «los presuntos soldados alemanes desaparecidos están en cautividad y bien». Esto fue considerado como «propaganda comunista» porque desafiaba la «sospecha general [...] de que a los soldados alemanes cautivos en Rusia los trataban mal». Fritz M. era además un antiguo miembro del Partido Socialdemócrata. Dado que la suya era una infracción que podía ser considerada grave, tuvo bastante suerte de ser sentenciado tan sólo a dos años de prisión, un claro signo de que la policía no quería todavía llevar este tipo de casos al extremo. Obviamente, él no consideraba que sus actos supusieran un tipo de resistencia clandestina: mientras que algunas personas que enviaban ese tipo de cartas firmaban como «+++», «un camarada nacional» o «+++ (desafortunadamente no puedo hacerlo de otra manera)», él había dado su nombre y su dirección. También era revelador que ninguno de los destinatarios le hubiese denunciado, un hecho que todos tuvieron que explicar a la Gestapo.[77]

A pesar de todos los esfuerzos por interceptar cartas y postales de los prisioneros de guerra alemanes en cautividad en la Unión Soviética, unas pocas llegaron a pasar, algunas a través de direcciones de países neutrales, y otras gracias a la incompetencia administrativa. En abril de 1943, la oficina de censura de Viena dejó pasar una carta a Gisela Heitz, la mujer de un oficial del 6.º Ejército, el general Walter Heitz. El contenido de la carta enseguida fue conocido por las familias de otros oficiales, algunas de las cuales, incluida la propia Gisela Heitz, escribieron al Alto Mando de la Wehrmacht para tratar de averiguar cómo establecer contacto con sus seres

queridos. La Oficina de Información de la Wehrmacht hizo lo que pudo para enfriar las esperanzas, explicando que «debido a la actitud completamente negativa de la Unión Soviética, no ha habido ningún tipo de acuerdo respecto al contacto con los prisioneros de guerra alemanes en la Unión Soviética». La historia de los Heitz pronto se convirtió en un mito que aseguraba que aquel duro general servía de intermediario con los desaparecidos y los prisioneros en el este. Los rumores continuaron hasta el verano de 1944, reviviendo constantemente en vez de verse enterrados bajo el impacto de las nuevas batallas y las derrotas del frente oriental. El Alto Mando del Ejército dio finalmente el paso inusual de negarlos oficialmente.[78]

Tras meses esperando noticias, el único consuelo de Luise Stieber eran las conversaciones que mantenía en su diario con su marido desaparecido, y los poemas que le escribía por la noche:

> Me siento en la habitación muy sola
> En la noche, junto a la luz de la lámpara.
> En la cama nuestro hijo
> Te nombra mientras duerme.
> […]
> Cuando siento que ya no puedo resistir más
> Entonces cojo tu foto,
> Llamo a los dos niños a mi lado
> Y les veo llorar por ti.
> Y comprendo con todo el dolor
> Que ellos son mi consuelo.
> Quiero permanecer en mi puesto,
> Valiente y sin abandonar,
> Porque sé con seguridad
> Que se acerca el día
> En que nos volveremos a ver.[79]

Algunos historiadores han sugerido que aquellas pérdidas irrecuperables fueron la experiencia colectiva más importante en la Alemania de la Segunda Guerra Mundial, y que alejaron a mucha gente del régimen. Pero es complicado interpretar en esas reacciones derrotismo o resistencia

política. Aquél era un dolor privado, y, a pesar de todo, a principios de febrero de 1944 Luise Stieber seguía insistiendo: «Quiero permanecer en mi puesto, / Valiente y sin abandonar». Se consolaba también con las palabras que Zarah Leander había cantado en *El gran amor:* «Sé que algún día habrá un milagro». Doce días más tarde le confesaba a su marido en el diario: «Sin un saludo, sin una palabra tuya, todo es indescriptiblemente duro. Me siento huérfana». Olvidando momentáneamente a sus dos hijos, añadió: «Ahora ya no tengo a nadie que me pertenezca».[80]

Buscando una salida tras tres meses infructuosos de tensa espera, a comienzos de abril de 1943 Hildegard Probst cogió el regalo que sus hijos le habían hecho por Navidad, una libreta encuadernada, y empezó a escribirle a su marido. «Lo quiero convertir en una especie de diario», explicaba, «para reemplazar las cartas que ya no te escribiré. Te quiero decir lo que te hubiera escrito en mis cartas para que sirva como una especie de puente con el momento en que estés con nosotros de nuevo. Porque sigo creyendo firmemente que volverás un día.» Intentaba contarle las noticias más importantes de la ciudad medieval de Mühlhausen en Turingia. Las tiendas y los comercios estaban cerrados como parte de la iniciativa de «guerra total» de Goebbels, y mencionaba los muertos de la guerra, algunos sacados de las noticias de los periódicos, otros conocidos a través de funerales «muy conmovedores» que reunían a toda la comunidad y terminaban con una descarga de los soldados sobre los ataúdes vacíos. Para las familias de los desaparecidos, en cambio, no existía despedida alguna.[81]

Pero el tiempo no se detenía. Sus tres hijos, le escribió Hildegard a Whitsun, «son capaces de vivir sin pesadumbre y no saben nada de mi dolor. Y si me ven llorar de vez en cuando, me quieren consolar: papá va a volver a casa». Su hijo mayor, Karl-Heinz, estaba adquiriendo el tipo de responsabilidad que su padre siempre había temido que eludiría, y solicitó hacer un aprendizaje en los talleres de Junker en Dessau. Un mes más tarde, a mediados de julio, Hildegard estaba impresionada porque aún seguía recibiendo devueltas algunas cartas de las que le había escrito a su marido antes de las Navidades de 1942. El día del cumpleaños de Fritz, el 17 de agosto, decoró su foto, como de costumbre, con rosas y sintió envidia de las

familias de los hombres del Afrika Korps: todas ellas habían recibido cartas de los 250.000 hombres que se habían rendido a los americanos en Túnez en mayo.[82]

Muchas otras esposas y madres siguieron con sus vidas como Hildegard, enviando a sus hijos al colegio, escribiendo a las familias de otros hombres que aparecían en las listas como desaparecidos, algunas veces pasándose cartas en cadena entre ellas. Seguían pasando los cumpleaños y los aniversarios de boda, la fecha de la llamada a filas y del último permiso, y los pequeños regalos y las fotos enviadas desde el frente seguían estando visibles. Mientras las herramientas de carpintero se iban cubriendo de polvo, Hildegard Probst no era la única que sentía que sólo podía comunicarse con su marido desaparecido manteniendo un diario para él. El de aquellas mujeres era un dolor sin luto. Sin reconocimiento público, consuelo de la comunidad ni pensiones de viudedad, se habían quedado en el limbo.

N1 El 2 de febrero de 1943, Friedrich Paulus, arrestado por los soviéticos en un subterráneo en el que permanecía encerrado con los restos de su ejército, se rindió. Estuvo preso en la Unión Soviética hasta 1953, viviendo desde entonces en la República Democrática Alemana hasta su muerte en 1957. *(N. de la T.)*

QUINTA PARTE

LA GUERRA LLEGA A CASA

11

Bombardeos y represalia

El 15 de febrero de 1943 tuvo lugar por primera vez una ceremonia que dio una nueva dimensión a la movilización de Alemania a causa de la guerra. Los chicos de quince y dieciséis años matriculados en los cursos 6.º y 7.º de los institutos prestaron juramento como auxiliares de las fuerzas aérea y naval. Mientras cambiaban sus uniformes de las Juventudes Hitlerianas por los de verdad y prestaban sus juramentos militares de lealtad al Führer, muchos se sentían exultantes. Según un colegial de Colonia, aquél fue «un día memorable», que le llenó «de un sentimiento de orgullo, porque sé que yo también puedo participar en la defensa de la patria». Entre esas dos primeras cohortes estaban Hans-Dietrich Genscher, de Reideburg, en Sajonia, que más tarde se convertiría en ministro de Asuntos Exteriores alemán, el futuro novelista Günter Grass de Danzig y el seminarista Joseph Ratzinger de Traunstein, en Baviera, el futuro papa Benedicto XVI. Hubo tantos muchachos sirviendo en las baterías antiaéreas, o *flak,* como se las llamaba normalmente, que a toda esa quinta se la denomina a menudo la generación *Flakhelfer* [ayudantes de la artillería antiaérea], aunque en realidad la leva afectó principalmente a las clases medias educadas en los *Gymnasium*, centros de educación superior. Al final de la guerra, también fueron llamados a filas los nacidos entre 1929 y 1930, incluyendo al futuro filósofo y sociólogo Jürgen Habermas y al futuro canciller Helmut Kohl. El alistamiento fue el primero de una serie de ajustes en la defensa civil, que harían de la experiencia de guerra de los alemanes algo verdaderamente «total».[1]

En Hamburgo, Klaus Seidel, el hijo de dieciséis años de un maestro de escuela, se incorporó a la batería antiaérea en el parque de la ciudad. En Berlín, Hans Joachim M. y el resto de su clase fueron enviados a un aeródromo. Mientras los chicos se alegraban por la libertad y la responsabilidad a las que se incorporaban, sus padres se quejaban por las dificultades para verles y las pocas visitas a casa. La prensa les aseguraba que no tenían que preocuparse de que a sus hijos les obligaran a hacer tareas por encima de sus fuerzas, y también les recordaban a los chicos que eran unos privilegiados en comparación con aquellos que trabajaban como aprendices en la industria. Junto con el entrenamiento militar bajo el mando de la Luftwaffe y el personal naval y la instrucción ideológica a cargo de las Juventudes Hitlerianas, se suponía que los jóvenes iban a continuar su educación, con un horario simplificado. Después de asistir a una reunión nocturna de padres en el *Gymnasium* de Mülheim, en Colonia, un padre se sentía furioso: «Personalmente encuentro todo esto indignante», le escribió a su hijo mayor, que estaba en el frente. «Cientos de miles de hombres jóvenes y fuertes como mi colega P. andan correteando por ahí y esquivando el servicio. Y en su lugar, están llevándose a chicos que acaban de dejar los pañales.» El hijo mayor no estaba de acuerdo: incluso evitando «todo sentimentalismo», reprendió a su padre, las cosas eran lo que eran y «no sólo los chicos tienen que cumplir con su deber y hacerse soldados, sino que también tienen que hacerlo los padres, concretamente dejándoles marchar cuando se les necesita, con su apoyo incondicional y con el espíritu de cumplimiento incondicional del deber».[2]

Hans Joachim M. y sus compañeros de clase de Berlín fueron destinados a asistir a los reservistas de edad avanzada y a los auxiliares rusos que se ocupaban de los enormes proyectores de búsqueda de aviones y de los controles de radar que apoyaban a la artillería antiaérea. En el cumpleaños del Führer, el 20 de abril, la batería de Hans Joachim fue alcanzada: murió un soldado, pero ninguno de su grupo. En la siguiente batería, los chicos no fueron tan afortunados: siete de ellos murieron ese día. En Essen, Rolf Dieter Koch había entrado en acción incluso antes. A las 8.45 de la noche del 5 de marzo, las sirenas de ataque aéreo comenzaron a

sonar. A las nueve en punto, el primer bombardero Mosquito dejó sus marcas rojas sobre las fábricas de Krupp en el lado sur de la ciudad. En pequeños intervalos que se sucedieron hasta las 9:36, siete Mosquitos, diecisiete Lancasters y cinco bombarderos pesados Halifax estuvieron acosando el lugar, añadiendo un anillo interior de destellos verdes al anillo exterior rojo. Volando en formación cerrada, 89 bombarderos Halifax, 52 Stirlings, 131 Wellingtons y, por último, 140 Lancasters llegaron en tres oleadas sobre la ciudad. A las 9:40 habían lanzado 524,4 toneladas de bombas incendiarias y 490,4 toneladas de fuertes explosivos, y volvían a casa. Al final de esa noche, Rolf Dieter Koch estaba demasiado exhausto para hacer nada más que anotar sus experiencias con un estilo telegráfico: «Una gran fuerza aérea se aproxima. Primer despliegue en la mesa del mapa. Fuertes explosivos y bombas incendiarias en el puesto. Evaluación destruida. Nuestros barracones quemados. Apagar incendios. Dormir». Las bombas mataron a 457 personas e hirieron a otras 1.400; 50.000 personas perdieron sus casas esa noche, con 3.016 viviendas completamente destruidas y 2.050 seriamente dañadas. Una semana más tarde los bombarderos volvieron, matando a otras 648 personas y dejando sin casa a otras 40.000. Durante muchos días, Carola Reissner, que había ridiculizado los esfuerzos de la RAF en 1940, seguía oyendo el sonido de la detonación de las bombas del ataque.[3]

Para el Mando de Bombardeo de la RAF, los ataques de Essen marcaban el principio de una fase totalmente nueva en la guerra del aire, la batalla del Ruhr. Como sede central del imperio armamentístico Krupp, se le había dado a Essen un lugar de privilegio en la serie de grandes ofensivas contra objetivos industriales. Durante 1942, el equipamiento de navegación había demostrado ser demasiado impreciso para encontrar los objetivos, e incluso cuando los pilotos lograban ver a través de las nubes, la enorme aglomeración urbana del Ruhr hacía difícil la identificación. Las pérdidas británicas a causa de las fuertes baterías antiaéreas también habían sido grandes. Los ataques de marzo de 1943 cambiaron el equilibrio de fuerzas y lo inclinaron de nuevo del lado de los atacantes, que habían conseguido culminar una serie de avances técnicos que hicieron que la navegación y la

selección de objetivos fueran mucho más precisas. Los bombarderos trazaban su ruta a Essen con la ayuda de «Oboe» un nuevo sistema de guía por radio. El Mando de Bombardeo evitaba seguir un camino recto hacia los objetivos. Debido al gran número de objetivos potenciales al alcance en la costa del mar del Norte y en el oeste de Alemania, utilizaban amagos creíbles para atraer a los cazas nocturnos de la Luftwaffe hacia objetivos trampa. En febrero de 1943, los Pathfinders estaban empezando a llevar también el «H2S», un sistema de imagen de radar que revelaba si la tierra que había debajo era un área urbanizada o no. Aunque todavía tenía tendencia a dar problemas y en una ocasión llevó a los Pathfinders a confundir las imágenes de radar de los lodazales del Elba en marea baja con partes de los muelles de Hamburgo: los bombarderos lanzaron sus cargas veintiún kilómetros río abajo del centro de la ciudad. Lo que hizo que el bombardeo de Essen en la noche del 5 al 6 de marzo fuera más destructivo de lo normal fue que los rápidos Mosquitos y Pathfinders consiguieron marcar la ciudad con precisión. Por primera vez en toda la campaña de bombardeos de la RAF, 153 aviones, casi la mitad de toda la fuerza de ataque, tuvo éxito en el lanzamiento de sus bombas a una distancia de cinco kilómetros del objetivo. Durante los siguientes cuatro meses, muchas de las ciudades de Renania y el Ruhr serían bombardeadas repetidamente con similares niveles de precisión. Los talleres de Krupp en Essen serían escogidos de nuevo una semana más tarde, estableciendo un patrón para los meses venideros.[4]

Incluso en ciudades como Essen, donde se habían construido desde 1940 enormes búnkeres de hormigón armado ante la expectativa de un ataque aéreo, la gran mayoría de la población civil prefería refugiarse en los sótanos que había bajo los bloques de pisos. Esa primera noche del 5 de marzo, un médico y su mujer estaban compartiendo una tumbona en su sótano al oeste de Essen cuando la explosión de una bomba voló las puertas y las ventanas. La mujer dejó de reaccionar a las palabras de consuelo de su marido y simplemente se quedó mirando fijamente hacia el frente, emitiendo una pequeña plegaria cuando escuchaba el silbido de cada nueva bomba que pasaba cerca. Al abrazarla con fuerza, el médico sintió que todo

su cuerpo temblaba y al poco tiempo ella se lo contagió y sus piernas comenzaron a sacudirse también descontroladamente. Acabaron siendo uno de los casos neurológicos tratados por el doctor Friedrich Panse, un experto en neurosis de guerra de Bonn. Los niños pequeños sufrían de una manera especial los temblores de cada explosión mientras buscaban refugio en los sótanos. Allí aprendieron a escuchar los diferentes sonidos, reconociendo las potentes bombas explosivas por su «¡¡¡Crash bang!!!» y el «chasquido amortiguado» de las incendiarias, cuyo «clack, clack, clack» recordaba a uno de esos niños «que alguien se está ganando un bofetón». También aprendieron de los adultos a tener miedo. Tal y como lo describía un chico, «Entonces en el búnker la gente se apiñaba en todas las esquinas y grietas. Con cada bomba que caía el "Padre nuestro" sonaba más alto».[5]

El ataque del 5 de marzo derribó los ocho comedores benéficos de emergencia de Essen. Como sólo quedaban tres pequeños en funcionamiento, el Bienestar del Pueblo se apresuró a organizar grandes cantinas en las ciudades vecinas, suministrando una media de 73.000 comidas al día. Las unidades militares locales aportaron sesenta cocinas de campaña, añadiendo unos 25.000 litros más a la capacidad diaria. Para Carola Reissner, era también «realmente increíble con qué resistencia heroica y sin ninguna queja sobrevivimos aquí a todo».[6]

La preparación de los ataques de Essen había empezado el año anterior, cuando la RAF dirigió el primer ataque de los «mil bombarderos» sobre Colonia en la noche del 30 al 31 de mayo de 1942, una acción de demostración de su capacidad en la que se habían movilizado incluso aviones de entrenamiento para mostrarle al Ministerio del Aire Británico lo que el Mando de Bombardeo podía conseguir si se le daban los recursos para ello. El editor del periódico local escribió que todo el que pasase por esas calles tenía la sensación de que «había abandonado su Colonia el día anterior». A diferencia de Essen, indistinguible en medio de la aglomeración urbana del Ruhr, Colonia era fácil de localizar. Con las altas agujas de los chapiteles de su catedral gótica elevándose al lado de la estación de tren en la orilla izquierda de la gran franja plateada del río Rin, la ciudad servía como punto de referencia en la ruta aérea de las oleadas de

bombarderos. Incluso cuando no era ella su objetivo, los aviones giraban al este sobre la ciudad para bombardear los centros industriales del Ruhr, o al sur hacia objetivos más distantes como Núremberg. A finales de febrero de 1943 una mujer joven se quejaba: «¡Los ingleses nos están volviendo locos!». Cada día y cada noche «hay alarmas tres, cuatro, cinco, y a veces hasta más veces». El 28 de febrero, Heinz Pettenberg contó la alarma número 500 desde el comienzo de la guerra y confesó: «estamos cansadísimos». Mucha gente se quedaba dormida en cuanto se sentaba, fuese en el tranvía, en la sala de espera del médico o en una oficina del Gobierno. Había barracones de un aspecto horrible en las plazas para ofrecer refugios de emergencia a los bombardeados. Rosalie Schüttler se fijó en las muchas tiendas cerradas, las mujeres conduciendo camiones y tranvías y las pilas interminables de escombros en el Neumarkt, donde dos excavadoras mecánicas cargaban unos vagones que circulaban por las líneas del tranvía. La ciudad se estaba vaciando, y la población descendía de 770.000 habitantes hasta 520.000, mientras las personas buscaban seguridad y casas que no estuvieran dañadas en los pueblos y aldeas de los alrededores. Los trenes de cercanías difícilmente podían lidiar con aquel cuarto de millón de personas que intentaban ir a trabajar y al colegio cada día. Incluso antes de que la «batalla del Ruhr» de la RAF comenzase, el cónsul suizo en Colonia, Franz-Rudolf von Weiss, describió la moral civil como a «muchos grados bajo cero».[7]

Mientras los bombardeos de la RAF aumentaban su magnitud durante la primavera de 1943, Rosalie Schüttler era capaz de «observar el cruel juego sobre el Ruhr» cada noche desde su casa en el suburbio de Rath-Heumar, al sureste. También se enteró de que los ataques a las presas de Möhne y Eder del 16 y el 17 de mayo habían provocado una «inundación increíble», «destruyendo aldeas enteras y causando muchas pérdidas de vidas humanas». Sólo podía hacer una estimación del número de muertos: mientras los periódicos publicaban unas cifras de entre 370 y cuatrocientos, había rumores que hablaban de 12.000. Cuando Dortmund fue atacada en la noche del 24 de mayo, el ruido de los bombardeos y las baterías antiaéreas se escuchó en Colonia, mientras se podía ver el horizonte encendido

primero con las balas trazadoras y las balizas y después con el profundo brillo de los incendios fuera de control a ochenta kilómetros de distancia. El ataque causó una «profunda impresión» en la población, concluyó el cónsul suizo, en buena medida porque sentían que los británicos habían roto otra regla del «juego limpio»: al destruir la presa de Möhne, habían inundado los refugios antiaéreos de Dortmund.[8]

Cuando se acercaba el primer aniversario del ataque de los mil bombarderos, los aterrorizados habitantes de Colonia se pasaban las noches despiertos, esperando «el gran ataque». Al final, la que fue atacada fue Wuppertal. En las primeras horas del domingo 30 de mayo, Lothar Carsten, un chico de trece años, anotó en su diario: «En mitad de la noche, a las doce, sonaron las sirenas. Esto no es nada nuevo, te das la vuelta y sigues durmiendo». Repetía lo que decía todo el mundo: «Los Tommies no van a encontrar Wuppertal. Estamos en un valle y allí una densa niebla cubre la ciudad por la noche». Afortunadamente, su padre se levantó y despertó a la familia. Corrieron hacia el sótano cuando caían las primeras bombas. Su madre llevó sus jerséis pero, con las prisas, olvidó la maleta con todos sus papeles importantes. Tan pronto como fue seguro salir, Lothar se unió inmediatamente a sus vecinos, que formaron una cadena humana y se pasaban cubos de mano a mano para extinguir fuegos; las conducciones de agua habían sido alcanzadas y las tomas de agua no funcionaban. «Todo el horizonte es de color rojo sangre», escribió Lothar esa misma mañana. Un total de 719 aviones, muchos de ellos bombarderos de cuatro motores, habían logrado concentrar sus cargas en el extremo este de la larga y estrecha ciudad de Wuppertal, incendiando la zona vieja del centro del distrito de Barmen y destruyendo el 80 % de sus edificios. Durante algunos días, Lothar Carsten no tuvo tiempo de escribir en su diario. Junto con los otros chicos de su filial de las Juventudes Hitlerianas, se dedicó a ayudar a los bombardeados a rescatar sus pertenencias y a transmitir mensajes.[9]

Cuando dos hombres de las SA de Barmen se acercaron a consolar a una mujer que estaba llorando ante las ruinas de su casa, donde su hijo, su nuera, y su nieto de dos años yacían sepultados, se volvió hacia ellos, gritando: «A los camisas pardas es a los que hay que culpar de esta guerra.

Deberían haber ido al frente y asegurarse de que los ingleses no pudieran llegar hasta aquí». Barmen había sido pillada completamente desprevenida. Un día después, a Rosalie Schüttler le llegaban las noticias de que algunas personas en llamas «habían saltado al río Wupper para escapar del fuego». Sólo esa noche habían muerto 3.400 personas, siendo con mucha diferencia el mayor número de víctimas en un único ataque hasta la fecha. Pero para el Mando de Bombardeo, Wuppertal era un objetivo menor. Su objetivo principal era forzar a los alemanes a dispersar las baterías antiaéreas de los bien defendidos centros industriales del Ruhr.[10]

Escuchando la petición de las autoridades de que todo aquel que no trabajase en Colonia se fuese de la ciudad, Rosalie llegó a la conclusión de que el Gobierno había decidido «sacrificar Renania». En la ciudad se instauró una extraña calma. Durante los siguientes doce días, las alarmas no sonaron y corrían extraños rumores. Se hablaba de un «acuerdo secreto» entre los gobiernos, y se decía que estaba circulando un panfleto aliado en el que prometían no volver a atacar Colonia porque los judíos que habían emigrado «querían volver a vivir allí». Tales fantasías compartidas ayudaron a crear un poderoso conjunto de elementos que relacionaban la persecución de los judíos con los bombardeos aliados. Entonces, en la noche del 11 al 12 de junio, las alarmas sonaron otra vez, pero en esta ocasión los bombarderos pasaron por encima hasta que pronto, hacia el norte, sobre Düsseldorf, el cielo comenzó a «brillar con la conflagración». El 15 de junio, el cónsul suizo informó a sus superiores: «todos vivimos en un polvorín, y todo el mundo en Colonia cree que el siguiente gran ataque se dirigirá contra nosotros». La gente estaba desesperada por ser admitida en los búnkeres de hormigón armado. Mientras tanto, los rumores sobre bombardeos con gas venenoso se multiplicaban una vez más, un claro indicador de que la moral estaba cayendo en picado.[11]

Mientras se extendían las noticias de los bombardeos en Alemania occidental, los informes del SD sobre el estado de ánimo de la población se estaban volviendo tan sombríos que Goebbels trató el asunto con Himmler. Intentó persuadirle de que los informes fueran examinados conjuntamente con el Ministerio de Propaganda antes de que llegaran al escalón más alto

del liderazgo nazi, pero fracasó. Aunque sí tuvo éxito en la reducción del número de funcionarios del Gobierno que podían acceder a esa fuente de noticias, que era la más preciada de todas. En el Ruhr, circulaba una canción que ridiculizaba al público que había asistido al discurso sobre la «guerra total» de Goebbels en febrero:

> Querido Tommy, vuela más lejos,
> somos todos mineros.
> Vuela más lejos, hasta Berlín,
> todos ellos gritan «Sí».[12]

De todos modos, no existía un ambiente de profunda hostilidad. Cuando esa primavera Goebbels visitó Dortmund y Essen y prometió «represalias» por los ataques aéreos en salones llenos de trabajadores de la industria armamentística, fue aclamado hasta reventar. Pero aquello era sólo un descanso en medio de la tormenta de ataques aéreos: en momentos optimistas, mucha gente soñaba con devolverle la jugada con creces a los británicos; en los más pesimistas, simplemente deseaban que las mortíferas cargas cayeran en otro lugar. A principios de marzo, las noticias de que Berlín había sobrevivido al mayor ataque que se había producido durante la guerra se recibieron «con alivio e incluso alegría» en Colonia, según el cónsul suizo.[13]

Como presidente del Comité Interministerial para la Reparación de Daños Causados por Ataques Aéreos, Goebbels jugaba ahora un papel clave en la organización de la defensa civil, aunque Hitler se había negado a convertirle en «plenipotenciario para la Guerra Total». Responsable de aportar talleres y cocinas portátiles, enseres de cocina y muebles, ropas y suministros de comida a las ciudades bombardeadas, el comité flexibilizó las normativas y requisó suministros de los almacenes de la Wehrmacht para la «ayuda de emergencia». El 5 de junio de 1943, en pleno apogeo de su nueva campaña, Goebbels hizo un nuevo discurso en el Palacio de los Deportes, prometiendo represalias masivas contra el pueblo británico. Ellos «pagarán la factura de esos líderes [de Gran Bretaña] que han traicionado a

su propia sangre por mandato de los judíos demagogos y agitadores». La prensa comenzaba a hablar de las nuevas y extraordinariamente poderosas armas, y la promesa de Goebbels seguiría jugando un papel fundamental a la hora de orquestar las esperanzas de los alemanes durante el resto de la guerra: «¡La hora de la venganza llegará!».[14]

Cuatro semanas después del ataque devastador sobre Barmen, otra parte de Wuppertal, el extremo de Elberfeld, también fue alcanzada. Los trabajadores de la industria armamentística en Zella-Mehlis, cerca de Weimar, empezaron a cantar una nueva canción, añadiendo sus voces al clamor de venganza:

> Represalia:
> Se acerca el día en el que el crimen de Wuppertal será vengado
> Y caerá sobre vuestra tierra como granizo de hierro.
> Vuestros asesinos no sienten lástima de este pueblo
> Y matan a los niños en los pechos de sus madres.
> Eso nos incita ahora a odiaros con el más salvaje furor,
> Pues junto con la raza judía, vosotros portáis la marca de la vergüenza de Wupper.
> ¡Los muertos claman venganza! Seremos fieles a nuestra palabra,
> Haremos armas que responderán a este crimen.[15]

Los obispos católicos instaban inútilmente a la contención. El 10 de junio, el arzobispo Frings de Colonia emitió una carta pastoral, expresando «que las extraordinarias dificultades de la guerra son una consecuencia de los pecados humanos, un castigo por su trascendental alejamiento de Dios y sus mandamientos». Como siempre, el obispo Galen fue más explícito, y dio un sermón en el centro de peregrinación de Telgte el 4 de julio en el que desafiaba directamente la ética de la «venganza»: «Debo decirlo en voz alta: podría, pero no haré mías las llamadas al odio y a la represalia que han aparecido repetidamente en la prensa alemana, ¡no las hagáis vuestras!». Los clamores de venganza eran «anticristianos y, sobre todo, antialemanes, porque son indignos, innobles, poco caballerosos». La venganza era un principio judío, «la vieja ley judía del “ojo por ojo, diente por diente”, rechazada expresamente por Cristo». Al emponzoñar la idea nazi del

Vergeltun –la represalia– considerándola una respuesta «judía», Galen luchaba igual que los otros obispos por hacer llegar esta versión antigua y «caballeresca» del mensaje cristiano a sus feligreses. Echaba la culpa de los bombardeos y de la guerra a la arrogancia de una modernidad secular que le había vuelto la espalda a las verdades divinas. Su respuesta a la pregunta «¿Cómo puede Dios permitir esto?», era hacer otra pregunta: «¿En qué país se sigue reconociendo públicamente la supremacía de Dios y se le honra como merece?». Los obispos católicos habían usado el mismo tipo de argumentos en la guerra anterior para rogar contrición y arrepentimiento, esperando que la muerte de tantos jóvenes en el campo de batalla condujese a la resurrección de la sociedad cristiana en Alemania.[16]

Los obispos eran de una generación mayor que la élite política de la Alemania nazi. Eran hombres en su tardía mediana edad, que habían sido marcados por la lucha contra la secularización liberal, y su versión del nacionalismo católico ultraconservador estaba lejos de la de la generación actual y, cada vez más, de la guerra actual. Las grietas que habían comenzado a aparecer en las filas del bajo clero en 1942 ahora se ampliaban, amenazando con dividir a los jóvenes, la rama más activa de la Iglesia, de los prelados envejecidos que estaban por encima de ellos. La parroquia de Fronleichnam en Aquisgrán estaba dirigida por dos curas enfrentados entre sí. El padre Sparbrodt seguía la línea episcopal, y después del ataque de los mil bombarderos de Colonia preguntaba en sus clases de confirmación: «¿Cuál es la utilidad de los sermones llenos de odio?». Los informadores de la Gestapo relataron que Sparbrodt estaba abusando del confesionario para sembrar la duda en las mentes de los soldados haciéndoles preguntas difíciles como: «¿Está permitido desempeñar el servicio militar a favor de un estado ateo?». Por el contrario, el capellán Hilmer predicaba la venganza contra los «criminales de más allá del canal» por el ataque sobre Colonia. Saludando a sus feligreses con el saludo hitleriano en la propia iglesia, Hilmer les contaba que «hay que sacar a relucir de nuevo los salmos que echan maldiciones, y el fuego tiene que caer sobre la isla cuyos habitantes son capaces de tales crueldades». Hilmer aconsejaba a sus parroquianos que fuesen «duros como un diamante, fieles

como una madre, que no creyesen en los rumores extranjeros, que estuviesen callados en las tiendas, que no propagasen la inquietud, y que creyesen en el día en el que todo será vengado». En junio de 1943, el capellán criticaba abiertamente «el silencio en los círculos católicos acerca de la destrucción de las iglesias», llegando tan lejos como para insistir en que «tenemos que evitar dar la impresión de que esta barbarie [los bombardeos] no preocupa a los católicos alemanes, especialmente a los dirigentes del clero». Por una vez, los observadores de la Gestapo no podían sino aplaudir, como relataron en sus informes al hablar de la «respuesta extraordinaria» de la congregación de Hilmer a su sermón.[17]

En otras parroquias, las divisiones no eran tan abiertas como en Fronleichnam, pero la Gestapo les daba la misma consideración. Algunos miembros del clero querían ver los derechos de la Iglesia defendidos de forma más contundente y otros pedían un respaldo más fuerte al esfuerzo de guerra alemán. En algunas iglesias, los sacerdotes de las parroquias ni siquiera leían las cartas pastorales de sus obispos. En un esfuerzo para evitar las divisiones internas, en abril de 1943 el arzobispo Frings animó a los católicos a seguir siendo miembros activos del Partido Nazi y de sus organizaciones como una manera de asegurar el lugar de la Iglesia en la sociedad. Después de las confrontaciones que se habían producido entre el Partido y la Iglesia a mediados de 1941, este movimiento orientado a aceptar el compromiso fue ampliamente bien recibido tanto por laicos como por religiosos.[18]

Algunos sacerdotes como el doctor Nattermann, el influyente secretario general de la Sociedad Internacional Kolping, representaban una orgullosa tradición decimonónica de acción social y trabajo caritativo, y ahora presionaban a favor de un compromiso más positivo con la «comunidad nacional» como parte de una especie de catolicismo «reformado». Estos clérigos defendían un rejuvenecimiento *völkisch* [popular] de la Iglesia. Sus propuestas fueron respaldadas por una conferencia del bajo clero en Berensberg en junio de 1942. Pero mientras que entre los protestantes las identidades se establecían a menudo a nivel parroquial y las congregaciones seguían la iniciativa de sus pastores, con un control de los obispos

relativamente débil, era bastante fácil para la jerarquía católica impedir a la generación más joven llevar su agenda de reforma más lejos.[19]

El precio de mantener el control episcopal fue una erosión gradual de su influencia, a medida que el ámbito católico formidablemente cohesionado con anterioridad se rompía bajo la presión de la guerra. Hubo discrepancias tanto de religiosos como de laicos, que no podían entender cómo los arzobispados de Colonia y Paderborn se dedicaban a enviar cartas pastorales en febrero de 1943 sobre la inmoralidad del sexo extramarital, un tema que ahora resultaba trivial en comparación con los bombardeos. Los prelados más entrados en años, educados en la semántica aristotélica, parecían estar hablado un idioma que era demasiado abstracto, cuya llamada a ejercitar la paciencia resultaba demasiado pasiva y que estaba apuntalado por una visión de la Alemania cristiana que era demasiado aristocrática y conservadora. En Aquisgrán, los católicos llegaron a quejarse del buen alojamiento, los ingresos y las exenciones del trabajo de guerra de los sacerdotes. La siguiente carta pastoral mensual no les sentó mejor: «Si estuvieran tan cansados como nosotros, no tendrían tiempo de predicar acerca de la moralidad», fue una de las respuestas. Y también: «Ya veis hasta qué punto están los obispos fuera de la realidad que todavía tienen tiempo para toda esa basura». El rechazo de los obispos a las represalias contra Gran Bretaña minó aún más su influencia. Agentes de la Gestapo local informaron de que «la gente odia al enemigo y sus métodos de terror, mientras que el clero los defiende». Quienes habían sido bombardeados en Essen estaban particularmente resentidos. El repudio a la posición de la Iglesia se hizo aún más profundo durante los meses siguientes, creciendo hasta convertirse en un fenómeno nacional.[20]

Nadie sabía cómo o cuándo se produciría la venganza. La ausencia de información real acerca del «arma secreta» se vio pronto compensada con rumores y especulaciones, conversaciones sobre cohetes enormes y sobre un gran cañón de unos dieciséis metros que estaba siendo instalado en la costa del Canal y que destruiría la mitad de Londres. Incluso después de que hubiera pasado el aniversario del ataque de los mil bombarderos, el nivel de tensión en Colonia seguía aumentando. El 22 de junio, el cónsul

suizo informó de que la promesa de «un arma de alto secreto» estaba siendo utilizada como un «as en la manga», ya que la esperanza puesta en la «represalia» ayudaba a suavizar el terror de estar sentados sobre un «polvorín». Durante la noche siguiente, Mülheim fue golpeada tan duramente que ni siquiera los ciclistas podían entrar o salir del pueblo. Y entonces, en la noche del 28 al 29 de junio, un mes después de lo que la gente esperaba, se produjo el nuevo ataque sobre Colonia.[21]

Miles de personas llegaban a los puestos de primeros auxilios situados en las escuelas de la ciudad, escapando de edificios que se derrumbaban y vagando a través de nubes de humo, chispas que caían y cenizas de los incendios fuera de control. En Immendorf, el cronista de la escuela no lograba encontrar las palabras: era necesario haber visto a «los refugiados, sus ojos empapados, incluso ciegos por las nubes de fósforo para hacerse una idea de los horrores de la noche». A diferencia del ataque aislado de los mil bombarderos del año anterior, este nuevo ataque fue seguido por dos más. Durante las tres noches del 28 al 29 de junio, el 3 al 4 de julio, y el 8 al 9 de julio, cayó un tonelaje de bombas sobre Colonia mayor que el que había caído en toda la guerra hasta entonces. El primer ataque golpeó el centro de la ciudad, el segundo la orilla este del Rin y el tercero los suburbios noroeste y suroeste. En 1942, había sido el increíble número de aviones lo que había impresionado a la gente de Colonia. Ahora era el número de muertos.[22]

El día después del primer ataque, el bien relacionado cónsul suizo estimó que al menos unas 25.000 personas habían muerto. Unos pocos días después, gracias a una fuente «muy autorizada», elevó la cifra hasta los 28.000. Finalmente el recuento oficial sería rebajado a 4.500 muertos y 10.000 heridos en el primer ataque, y otros 1.100 muertos en los dos que le siguieron. No era sorprendente que incluso los cálculos de quienes estaban bien informados situasen las pérdidas en un nivel cinco veces mayor: concordaban con la magnitud de la destrucción física. Cerca de dos tercios de la población de la ciudad, entre 350.000 y 400.000 personas, perdieron sus hogares. Anneliese Hastenplug, que acababa de celebrar su vigésimo cumpleaños antes del primer ataque, escribió a su prometido Adi en

Francia: «¿Cómo están las cosas por aquí? Sólo puedo decir que el 31 de mayo fue un juego de niños comparado con esto». No había una sola casa intacta en el interior de la ciudad. Los teatros y las calles habían desaparecido. Su hermana Adele volvió a casa «completamente deshecha» después de ver tantos cuerpos sin vida en las calles. «Ahora el miedo le impide dar un paso sola por la noche», escribió Anneliese.[23]

Los refugiados salían en oleadas de la ciudad, llevándose lo que podían en carros, bicicletas y carretillas, cargando ellos mismos con muebles, maletas, ropa de cama y ollas. A Anna Schmitz, que vivía en Dünwald, entre Colonia y Leverkusen, le parecía una «migración en masa». La huida aumentó después del segundo ataque, y había refugiados acampados en el bosque. Como descubrió Anneliese Hastenplug, las autoridades dudaban entre hacer todo lo posible por la evacuación y ordenar a la policía que impidiese a quienes trabajaban en Colonia que abandonasen la ciudad.[24]

A los líderes locales del Partido se les dio poder para tomar todas las medidas que consideraran necesarias, y las Juventudes Hitlerianas, la Liga de Muchachas Alemanas y la Organización para el Bienestar del Pueblo dispusieron cocinas y proporcionaron alojamiento temporal. Intentaron manejar el caos, ayudando a los bombardeados a rescatar sus pertenencias y asistiendo a los servicios de emergencia. Los prisioneros de los campos de concentración que las SS habían establecido en 1942 cerca de los terrenos de la feria comercial fueron enviados a asegurar los lugares más peligrosos, salvar suministros de comida de almacenes abandonados y sacar de la tierra bombas sin explotar. Derribaron edificios inestables sin ningún equipamiento de seguridad, recuperando baldosas, accesorios metálicos y madera para ser reutilizados. Cuatro días después del tercer ataque, cerca de mil presos de los campos estaban trabajando, mientras más prisioneros llegaban de Buchenwald. Vestidos con sus ropas a rayas y trabajando bajo la supervisión de policías y agentes de las SS armados, se convirtieron en una imagen familiar durante los siguientes tres meses, mientras desenterraban de los escombros los cadáveres de los 4.500 muertos y los depositaban en ataúdes hechos a toda prisa en el taller de carpintería del campo de concentración.[25]

El 8 de julio, se celebraron simultáneamente los entierros en seis cementerios, con representantes de las autoridades civiles, los servicios de emergencia, la Wehrmacht y el Partido presentes junto a las fosas comunes que habían cavado los prisioneros de los campos de concentración. El *Westdeutscher Beobachter* marcó el tono: «¡Corazones fuertes! La batalla nos lo exige» y «Gracias a su sacrificio tendremos un futuro brillante». Ese uso de un lenguaje de sacrificio militar para referirse a los civiles rompía un tabú. Hacía poco, en 1942, la oficina de Bormann había recordado a las secciones del Partido que no debían «utilizar erróneamente el término "*Opfer*" [sacrificio]. Es inapropiado que se reconozcan como *Opfer* los esfuerzos que requiere la guerra en la patria [...] Solamente los soldados de la línea del frente soportan el peso del sacrificio en el verdadero sentido de la palabra». Con su doble sentido de víctima involuntaria y de activa abnegación, *Opfer* se situaba en el centro mismo del culto nacionalista, y nacionalsocialista, a los militares alemanes muertos. Pero en la primavera de 1943, ya no fue posible limitar ese culto solamente a los caídos del Ejército. Ahora las medallas militares se concedían también a civiles por sus esfuerzos en los ataques aéreos y en la producción de armamentos, y sus muertos eran enterrados con honores cuasi militares.[26]

Pero cualquiera que fuese el impacto temporal de aquel compromiso conjunto con sus muertos, a la noche siguiente se acabó. El tercer ataque, aunque fue con mucho el más pequeño, fue también el más desmoralizador. Tal y como informó el SD, la población sólo estaba empezando a «dejar atrás los horrores de los dos primeros ataques, a completar los trabajos iniciales de limpieza y comenzar a distribuir los suministros otra vez», cuando este ataque «interrumpió por completo la normalización de la vida». Alfons Schaller, uno de los líderes de distrito del Partido, pidió a sus conciudadanos que se le unieran en el Heumarkt el 10 de julio para demostrar «en medio de las ruinas de nuestra ciudad profanada el vínculo entre los vivos y los muertos». El tañido de las campanas de las iglesias que aún quedaban en pie y las salvas disparadas por cañones de artillería anunciaron el principio de un minuto de silencio, respetado en toda la ciudad. Las gentes reunidas en el Heumarkt asistieron entonces a un

discurso del *gauleiter* Grohé. «Poder de resistencia», «deseo fanático de luchar», «el cúmulo de criaturas más despreciables de todas [...] los judíos», «el fin de los judíos», las frases manidas y cansinas flotaban en la plaza, y su bravura entrecortada se perdía en las montañas de escombros.[27]

Inevitablemente, los líderes nazis fueron criticados por todos los fallos de la defensa civil, y los propagandistas lo fueron también por no estar informando al resto de Alemania de lo que estaba sufriendo la población de Colonia. Dado su conocido anticlericalismo, Goebbels en particular fue acusado de hipocresía por centrarse tanto en el daño a la catedral. Pero también la idea de desafío aparecía repetida en cartas y diarios. Bernd Dünnwald escribió al frente para intentar describir la destrucción a su hijo Günter. Desde su casa podía ver a través de las llamas hasta la altura del ayuntamiento. Estaba impresionado por la escultura del robusto campesino del burgo medieval, armado con una espada, escudo, las llaves de la ciudad y un mayal para trillar, todavía intacto y claramente visible a través de los ruinosos muros del ayuntamiento. El potente simbolismo de aquel «Kölsche Boor» le conmovía profundamente, y dos semanas después le escribió otra vez a su hijo, citando las palabras de una canción nacionalista: «Estamos vigilando el Rin». Dünnwald, que no era nazi, pero sí un conservador católico y veterano de la Primera Guerra Mundial, sentía un hondo patriotismo cívico, y escribía sobre «las obras de arte y los incontables tesoros» que el «sucio Tommy» ha «profanado y destruido» en su «cobarde locura destructiva». A pesar del enorme daño, las dos torres gemelas de la catedral todavía estaban en pie, arrastrando de nuevo a los refugiados a su «sombra nostálgica», mientras «simbolizaban como advertencia para toda la eternidad» el crimen que había sido perpetrado. Sacudido por las detonaciones que golpeaban la ciudad mientras los equipos de limpieza demolían los edificios inestables, Dünnwald se negaba a sentirse abatido, jurando quedarse y luchar: «¡El día se acerca!».[28]

Mientras el shock psicológico sucedía al físico, poca gente se sentía dispuesta a poner en práctica aquella retórica intransigente. El cónsul suizo, Franz Rudolf von Weiss, vio a las personas sin hogar sentadas lánguidamente sobre sus maletas cerca de los comedores de beneficencia.

Describió el ánimo general como de «profunda apatía, indiferencia general y deseo de paz». Él mismo había sido víctima de los bombardeos y se había mudado a la pequeña localidad de Bad Godesberg. La joven y recientemente divorciada Christa Lehmacher le contó a su hermano, que estaba en el frente, cómo ella y su madre lo habían perdido todo y cómo le habían dado un vestido en la Oficina de Indemnizaciones de Guerra, que también pagaba las facturas de su alojamiento de emergencia en el hotel Excelsior, al lado de la catedral. No podía evitar saltar al menor ruido o cuando caían sobre su cabeza pequeños restos. Después del primer ataque, había intentado poner toda su energía en reparar el piso. Ahora ya sólo quería ir a buscar las pocas pertenencias que habían dejado en el sótano, pero tenía miedo de que los muros restantes pudieran caerse. Al final, se centró en conseguir evacuar a su madre y su hija de tres años a Füssen, en Baviera.[29]

Christa, en cambio, se quedó; impasible ante el hecho de que el censor del correo pudiera leerlo, le contó a su hermano: «Aquí es mejor no decir ya “Heil Hitler!” a no ser que quieras llevarte una bofetada». La prosaica pero tenaz «resistencia» de Christa guardaba escasa semejanza con la transfiguración patriótica que Goebbels todavía quería inspirar. Ella puso al día su testamento y envió copias a su familia, preocupada por cómo sobreviviría su hija si ella llegaba a morir, y siguió acudiendo al trabajo, ascendiendo hasta convertirse en gerente comercial de su empresa. En la guerra de Christa Lehmacher, el optimismo se limitaba al lujo ocasional de relajarse en un largo baño caliente junto a su hermana, con sus libros, unas tazas de café y unas copas de licor en precario equilibrio sobre una tabla de madera encima de la bañera.[30]

En las ciudades del Rin y el Ruhr, la gente todavía hablaba sobre la promesa de represalias masivas de Goebbels, pero sin la misma esperanza y expectación que en mayo y junio. Al menos en Colonia, ya habían dejado de creer que la represalia les salvaría. El *gauleiter* de Renania del Norte-Westfalia, Alfred Meyer, podía seguir clamando venganza en los funerales públicos junto a las fosas comunes, pero a finales de junio y principios de julio, en ciudades como Dortmund, Bochum y Hagen, el nivel de ansiedad

sobre si la promesa de represalia se consumaría a tiempo alcanzó tal intensidad, que el SD se refería a ello ominosamente «como una guerra de nervios de la propaganda alemana contra su propia población». Goebbels, siempre sensible, pidió a los propagandistas que hicieran uso de un mayor control retórico.[31]

Mientras las autoridades nazis y las iglesias luchaban para darle sentido a los bombardeos, algunos términos se volvieron axiomáticos y otros comenzaron a ser rechazados. Todo el mundo se podía identificar con la descripción de Goebbels de la campaña de la RAF como «bombardeos del terror»: reflejaba los objetivos declarados de los Aliados –romper la voluntad alemana de resistir– y encajaba bien con la extrema impotencia experimentada por tantas personas, que rezaban y temblaban en los sótanos fríos y húmedos mientras sus edificios de apartamentos se derrumbaban sobre ellos o se quemaban. Pero igual que a los obispos católicos les resultó difícil disuadir a sus fieles de la obsesión por la venganza, del mismo modo el Partido luchó en vano por transformar el miedo y la impotencia en resistencia colectiva. Los ritos funerarios y las medallas militares no eran suficientes. Además, los nazis no podían –ni tampoco querían– convertir a los civiles en combatientes o socavar la profunda convicción de que hacer pagar la guerra a los civiles de esa forma cruzaba una frontera moral fundamental. Todos los debates de 1940 sobre quién había bombardeado primero a los civiles estaban ahora olvidados. Lo que importaba urgentemente era si Alemania tenía poder para responder o no. A principios de julio, quienes solían hacer chistes bromeaban contando que Zarah Leander había sido convocada por escrito a los cuarteles generales para cantar su éxito cinematográfico «Sé que algún día habrá un milagro».[32]

Para un régimen que adoraba el derecho que confería la fuerza, el término «bombardeo del terror» hacía aparecer el fantasma de la debilidad y la desmoralización alemanas. Goebbels se empeñó en no informar del número real de víctimas civiles, y los medios de comunicación se limitaron por lo tanto a dar noticias sobre la destrucción de monumentos culturales, enumerando meticulosamente el número de iglesias profanadas y destruidas, y, en el caso de Colonia, describiendo con detalle el daño sufrido

por la catedral. Aquello encajaba bien con el mensaje nazi de que Alemania estaba defendiendo la cultura y la herencia europea contra la barbarie aliada. En las ciudades bombardeadas, en cambio, consideraban que tanta atención a los monumentos culturales era una «trivialización del grave daño causado a las viviendas y sobre todo del coste humano». En lugar de hablar de la catedral, mencionaba el SD, la gente quería que el resto del país conociera las condiciones del día a día, «la necesidad de caminar hasta el trabajo sobre pilas de escombros y a través de nubes de polvo, sin transporte público operativo; la imposibilidad de limpiar o cocinar, porque el agua, el gas y la electricidad han dejado de funcionar, el valor que representan un plato o una cuchara rescatados». Ahora que la gente tenía que huir de la devastación, dirigían frecuentemente su miedo y su rabia contra los nazis. Comprimido en un abarrotado tren al que le llevó cerca de dos días viajar de Colonia a Fráncfort, un maestro artesano de Hamm reparó en un dibujo tosco hecho con tiza dentro del compartimento: «Una horca, de la que cuelga una esvástica. Todo el mundo lo ve, pero nadie lo borra».[33]

En los relatos que hacían los medios de comunicación, el salto fundamental que se había producido en la magnitud de los bombardeos aliados no resultaba evidente fuera de las regiones bombardeadas: si en 1940 y 1941 los medios habían exagerado groseramente los leves ataques con vistas a reforzar el apoyo popular al bombardeo de Gran Bretaña, ahora los medios de comunicación estaban minimizando la magnitud. Los evacuados de Renania y del Ruhr se encontraban con una mezcla de compasión e incredulidad cuando intentaban contarles a otros alemanes su dura experiencia. Algunos incluso empezaban a preguntarse si el bombardeo no estaría poniendo de relieve algún defecto del carácter de esa región. Como escribió un oficial de la milicia a su familia en Bremen: «Estuve en la zona industrial de Renania del Norte-Westfalia, y allí el ánimo de la población se ha hundido de verdad y están muy nerviosos. En el norte, en Bremen, nunca vi nada como esto. Creo que los alemanes del norte podemos aguantar más que cualquier otro alemán». El lado negativo de apelar a los «corazones fuertes» era que fomentaba la duda y la división entre los alemanes que podían y los que no podían «soportarlo».[34]

La gente que había soportado la magnitud sin precedentes de los violentos ataques aéreos desarrolló una especie de orgullo por lo que habían sufrido, y objetaban que el término «bombardeos del terror» quedaba diluido si se aplicaba a ataques de menor importancia. En mayo de 1943, cuando los medios de comunicación catalogaban la ruptura de las presas del Eder y el Möhne de «ataques terroristas», Goebbels se vio sorprendido por la tormenta de críticas y de incomprensión con la que fue recibido el reportaje. «La población es de la opinión», informaban los *gauleiters* en Berlín a finales de mayo, «de que es normal que las presas, esclusas e instalaciones figuren entre los objetivos militares importantes». A pesar de los rumores de que hasta 30.000 personas habían muerto a causa de las inundaciones provocadas por aquellos bombardeos, incluso en la región del Ruhr la gente rechazaba rotundamente el término «terror judío» para referirse a aquel ataque con bombas Dambuster. Para sofocar los rumores, se publicó un «recuento final» de 1.579 muertos, 1.026 de los cuales eran trabajadores extranjeros. Pero, como señalaron los *gauleiters*, la clave estaba en que la gente veía que «la destrucción de las presas es un éxito extraordinario de los ingleses y no se entiende que se haya intentado hacer pasar un ataque legítimo sobre un objetivo militar importante como un ataque de auténtico terrorismo».[35]

Con sus críticas a la cobertura mediática, la gente estaba demostrando que la propaganda de Goebbels significaba para ellos algo real. Según se informó, a la mayoría de las personas les resultaba «incomprensible que se acusase a los judíos» del ataque a las presas, como habían hecho los medios de comunicación alemanes. Para ellos, la expresión «terror judío» significaba ataques masivos sobre las ciudades, el abrasamiento, la intoxicación por gas y el desmembramiento de mujeres y niños alemanes. «Terror judío» era una violencia sin límite moral. Podía ser asociada con Wuppertal, Dortmund y Colonia, no con un ataque de precisión espectacular contra las presas: por muy destructivo que hubiera sido, tenía un propósito estratégico militar claro y limitado, y aquello no encajaba con las connotaciones populares del «terror judío».[36]

Hablar del carácter «judío» de los «ataques terroristas» rompió la tácita espiral de silencio que había envuelto la masacre y la deportación en masa de toda Europa de los judíos durante 1942. En medio de su discurso sobre la «guerra total» en febrero de 1943, Goebbels había cometido un desliz verbal al decirle a su audiencia que «El objetivo del bolchevismo es la revolución mundial de los judíos [...] Alemania no tiene intención de inclinarse ante esta amenaza, sino que pretende contrarrestarla a tiempo, si es necesario con la más completa y radical extermi –[corrigiéndose a sí mismo]– eliminación de los judíos». El desliz fue rápidamente eliminado en las versiones impresas del discurso, pero millones de alemanes que lo oyeron en la radio en directo afirmaban que habían escuchado una confesión a medias del asesinato de los judíos. Escucharon también cómo el público del Palacio de los Deportes aplaudió y gritó, «¡Fuera los judíos!», y se rió cuando Goebbels se corrigió a sí mismo. El despiste quizá sólo había sido accidental a medias. Señalaba el comienzo de un nuevo énfasis en la importancia crucial de la naturaleza antibolchevique y antisemita de la guerra, lo que la convertía en una lucha de vida o muerte para Alemania y para la cultura europea.[37]

*

A finales de febrero de 1943, una unidad de la Policía Militar Secreta encontró una fosa común en los bosques de Katyn, un pequeño pueblo al oeste de Smolensk. El terreno estaba congelado y no se pudo proseguir la investigación hasta que el hielo se derritió. El Grupo de Ejércitos Centro recurrió inmediatamente a su principal experto en medicina forense, el profesor Gerhard Buhtz de la Universidad de Breslavia. Buhtz, que había desarrollado su experiencia principalmente llevando a cabo autopsias de prisioneros del campo de concentración de Buchenwald, comenzó a examinar los restos exhumados el 29 de marzo. Los cadáveres eran de oficiales polacos, que habían sido deportados y ejecutados por los soviéticos después de la invasión de Polonia oriental en 1939.

Pocos días después, Goebbels supo del descubrimiento por la visita de un propagandista del Grupo de Ejércitos Centro y telefoneó inmediatamente a Hitler para obtener permiso para explotar esa historia al máximo. Aspirando a dividir a los Aliados, Goebbels autorizó a visitar Katyn inmediatamente a una delegación de corresponsales extranjeros en Berlín y a otra de periodistas polacos de Varsovia y Cracovia, para que pudieran comprobar por sí mismos que aquello no era una invención alemana. Entonces, el 13 de abril, la radio alemana dio la noticia: se habían encontrado los cadáveres de 10.000 oficiales polacos en una fosa común de veintiocho metros de largo por dieciséis de ancho. Todavía con sus uniformes, habían sido «asesinados» por la policía secreta soviética, y todos ellos presentaban «heridas en la parte posterior de la cabeza resultado de disparos de pistola. La identificación de los cadáveres no presenta dificultad pues las condiciones del suelo los han momificado y los rusos dejaron además sus documentos de identificación». Otras delegaciones polacas e internacionales seguirían a las primeras, la más importante de todas una comisión médica internacional que, bajo la dirección de Buhtz, elaboró un informe forense creíble.[38]

Goebbels consideraba que el material era lo suficientemente sensacional como para «ser capaces de vivir de él durante un par de semanas». Ya había habido informes de este tipo en 1941, como los que se habían hecho sobre las masacres del NKVD en las tres prisiones de Leópolis, que habían despertado el interés de los alemanes durante algún tiempo. Pero habían sido rápidamente sustituidos por las noticias del victorioso avance de la Wehrmacht. En la primavera de 1943 no existía tal distracción, aunque hubiera otras cuestiones en juego. Al principio, Goebbels planeaba restarle importancia a la historia en el interior del país, para no aumentar la angustia entre las familias de prisioneros de guerra alemanes en la Unión Soviética. Cambió de opinión cuando vio las fotografías de los cadáveres exhumados, decidiendo que la opinión pública alemana tenía que saberlo todo y ver las imágenes. La historia estuvo circulando durante siete semanas, hasta principios de junio, culminando en una película de ocho minutos, *El bosque de Katyn*. Con una emotiva banda sonora funeraria, enseñaba la excavación

de las fosas y la identificación de los cadáveres. Expertos forenses mostraban los agujeros de entrada y de salida de la marca registrada del NKVD, «el disparo en la nuca». Lo más importante en aquel documental era que se reivindicaba la dignidad humana de las víctimas. Se sacaban las fotos que llevaban en los bolsillos de los uniformes y se sostenían delante de la cámara para mostrar a las mujeres de los oficiales diciendo adiós con la mano y a los hijos sonrientes. Se veía no sólo a la prensa extranjera, sino también a antiguos soldados polacos en uniforme y con sus cascos de acero puestos, visitando el sitio donde sus camaradas habían sido «liquidados por los verdugos de Stalin». Mientras los violoncelos que interpretaban la elegía funeraria iban en crescendo, la película terminaba con un obispo católico polaco bendiciendo las trincheras abiertas.[39]

Para los alemanes, el mensaje central resultó desde el principio simple y escueto. «Masacre de Katyn: Trabajo de los carniceros judíos», decía la portada del *Völkischer Beobachter.* Por supuesto, se suprimió el dato de que entre setecientos y novecientos de los oficiales polacos eran judíos. A medida que la campaña de propaganda avanzaba, el mantra de la «defensa» alemana contra los planes judíos de destruirles comenzó a ser más explícito. Al final de un largo artículo en *Das Reich* sobre «La guerra y los judíos» a principios de mayo, Goebbels recordó a sus lectores las «proféticas palabras» del Führer cuando había afirmado que

> si el judaísmo mundial consigue provocar la Segunda Guerra Mundial, eso no conllevará la destrucción de la humanidad aria sino, por el contrario, la extinción de la propia raza judía. Este proceso tendrá un significado histórico mundial y, dado que probablemente conlleve consecuencias inevitables, también llevará tiempo. Pero ya no podrá ser detenido.

No estaban hablando, les dijo Goebbels a sus lectores, de un asunto de «resentimiento» o «planes ingenuos de venganza», sino de un «problema mundial de primer orden» en el que las «consideraciones sentimentales son irrelevantes». Cuando los judíos, concluyó Goebbels, «pusieron en marcha su plan contra el pueblo alemán para su completa destrucción firmaron su propia sentencia de muerte. Y a este respecto, la historia mundial será también un tribunal mundial».[40]

Katyn proporcionó la pieza central para una nueva campaña de propaganda antisemita que explotaba viejos temas, como la culpabilidad judía en el inicio de la guerra, y nuevos, como el destino que le esperaba a Alemania si los judíos alguna vez llegaban a vengarse. Los periodistas daban por supuesto un conocimiento cada vez más explícito entre sus lectores de lo que les había sucedido a los judíos en 1942. El periódico del Gau de Baden, *Der Führer*, incluía una observación del conocido periodista y ocasional académico Johann von Leers en la que mencionaba una crítica que se repetía a menudo: «“Sí, pero ¿y los métodos?” Quienes se refieren a los métodos están equivocados. Lo que importa es el resultado. Si para un médico el resultado tiene que ser la eliminación completa del cólera, el resultado para nosotros debe ser la completa eliminación de los judíos [...] Entre nosotros y los judíos la pregunta es quién sobrevivirá a quién». A Victor Klemperer le llamó tanto la atención la insistencia de Leers en que «Si los judíos salen victoriosos, nuestra nación entera será masacrada como los oficiales polacos en el bosque de Katyn», que escribió una nota sobre ese uso retórico para el estudio que pretendía llevar a cabo sobre el «Lenguaje del Tercer Reich»: «Cada frase y cada expresión de su texto es importante. La objetividad fingida, la obsesión, el populismo, la reducción de todo a un único denominador». Pero Leers no era una excepción. El respetable diario de Berlín, el *Deutsche Allgemeine Zeitung,* dedicó un editorial el 29 de mayo a recordar a sus lectores que «hemos llevado a cabo sistemáticamente nuestra campaña antisemita». Cuatro días después, publicó un artículo de un reportero adscrito a una unidad de las SS en el frente oriental, que afirmaba que «aún no es el momento de abrir los informes sobre las operaciones de la Policía de Seguridad y el SD. Mucho se quedará sin saber, pues no siempre es aconsejable revelar la propia estrategia». En mayo y junio de 1943, cuando debatían sobre la necesidad de atajar la «cuestión gitana» en el sureste de Europa del mismo modo en que «se ha solucionado el problema judío» o hablaban de la imperfección de las medidas eslovacas contra la población judía, los medios de comunicación alemanes estaban repletos de alusiones a la «solución final».

Los incómodos silencios de 1942 habían sido reemplazados por la asunción más o menos abierta de la complicidad colectiva.[41]

El entusiasmo de Hitler por esta campaña era enorme. Mientras compartía con su ministro de Propaganda una larga disquisición sobre los *Protocolos de los sabios de Sión* –sobre cuya autenticidad Goebbels albergaba algunas reservas–, el Führer se atrevió a establecer una extensa analogía entre los judíos y el escarabajo de la patata. Aquella nueva metáfora sobre parásitos, la última de una larga lista, se propagó enseguida desde la privacidad de la mesa de Hitler a través de las ondas europeas cuando Goebbels habló en el Palacio de los Deportes el 5 de junio prometiendo represalias contra Gran Bretaña por los bombardeos. «Así como el escarabajo de la patata destruye los campos de patatas, que es ciertamente lo que tiene que hacer, del mismo modo los judíos destruyen estados y naciones. Contra esto sólo hay un remedio: extirpar la amenaza de raíz.» Una vez más, no dejó lugar a dudas sobre lo que quería decir: «La completa eliminación de los judíos de Europa no es una cuestión moral, sino de seguridad de los estados».[42]

Para satisfacción de los líderes nazis, Katyn creó tensiones en la coalición aliada. El Gobierno polaco en el exilio del general Sikorski respaldó los llamamientos alemanes a la Cruz Roja Internacional para investigar la masacre y desafió el desmentido que había publicado la Oficina de Información soviética. Stalin respondió rompiendo relaciones diplomáticas con los polacos de Londres. Pero la coalición aliada no se rompió. Cualesquiera que fueran sus recelos privados, Churchill y Roosevelt bloquearon la participación de la Cruz Roja Internacional en la investigación de la masacre, al mismo tiempo que resistieron la presión soviética para que retirasen el reconocimiento al Gobierno polaco en el exilio. Pero para los aliados occidentales, Katyn seguiría siendo una vergüenza imperecedera, porque desafiaba su propia afirmación de estar luchando por toda la humanidad. Al componer una retórica a favor de los derechos humanos de los polacos, Goebbels se anotó un éxito propagandístico en la escena internacional.[43]

En cambio, la audiencia alemana encontraba todo aquello más bien desconcertante. De repente la «basura polaca» que había masacrado a los alemanes étnicos al comienzo de la guerra merecía su compasión. Esta novedosa solidaridad sólo tenía sentido, según el SD, para quienes formaban parte de «círculos intelectuales y religiosos» y se sentían culpables de las «cifras mucho mayores de polacos y judíos eliminados por el bando alemán». Era más fácil seguir manteniendo el punto de vista establecido en el otoño de 1939 de que los polacos se merecían lo que les estaba ocurriendo porque habían «asesinado a 60.000 camaradas nacionales». Tal y como mencionaba también el SD:

> Un amplio sector de la población ve en la eliminación [por parte de los soviéticos] de los oficiales polacos [...] la extinción drástica de un oponente peligroso, inevitable en una guerra. Se puede situar en el mismo plano que los bombardeos de los ingleses y los estadounidenses sobre las ciudades alemanas y, finalmente, también que nuestra propia batalla de aniquilación contra los judíos.[44]

*

Justo antes de la una de la madrugada del 25 de julio, la batería de artillería antiaérea de Klaus Seidel en el parque de la ciudad de Hamburgo entró en acción. Volando de norte a sur sobre la ciudad, 740 bombarderos de la RAF lanzaron 1.346 toneladas de fuertes explosivos y 938 toneladas de bombas incendiarias, mientras que las 54 baterías de artillería antiaérea pesada y las 26 de artillería antiaérea ligera –apoyadas por veinticuatro baterías de grandes proyectores lumínicos– realizaban unos 50.000 disparos al cielo nocturno. Durante el ataque de 58 minutos, sólo consiguieron derribar dos aviones. Aquella noche la RAF utilizó por primera vez el sistema de reflectores antirradar Window, lanzando una cascada de pequeñas tiras de aluminio cortadas a una determinada longitud que bloqueaban los sistemas de guía por radar para los proyectores y cañones. A las tres de la mañana, Klaus Seidel, de dieciséis años, fue llamado para combatir los incendios en el Stadthalle. Vestidos a toda velocidad con sus «pijamas, jerséis, cascos y botas de hierro», los jóvenes auxiliares de las fuerzas aéreas intentaban

salvar bienes y luchar contra el fuego con mangueras. Afortunadamente, otro chico había mojado a Klaus para gastarle una broma y esto le protegió de las chispas que caían de las vigas. Después de una hora y media, volvieron a la batería, donde Klaus pasó mensajes hasta las seis de la mañana. Luego durmió tres horas y volvió a su tarea, preparando otra vez las armas en el Stadtpark.[45]

El siguiente ataque se produjo mucho más temprano, a las 4.30 de la madrugada, cuando noventa «fortalezas voladoras» aparecieron sobre Hamburgo. Otras 54 las siguieron al mediodía del 26 de julio. Aquel día los padres de Ingeborg Hey escribieron a Wehlen, en el Elba, adonde la joven profesora había sido evacuada con sus alumnos, contándole que estaban sanos y salvos. Le escribieron de nuevo al día siguiente describiéndole cómo las sirenas seguían sonando en una confusa sucesión de señales, antes de la alarma, fin de la alarma, alarma, fin de la alarma. A pesar de la marea de gente que estaba abandonando la ciudad, ellos habían decidido seguir el consejo de las autoridades y quedarse. Exhaustos por los tres últimos y largos días y noches, les pedían a Inge y sus amigos que cruzasen los dedos por ellos. Tras dos noches en las que la RAF sólo envió seis Mosquitos que pasaron rápido, justo después de la medianoche del 27 al 28 de julio, llegaron 722 bombarderos. Volando de este a oeste, apuntaron a barrios que habían permanecido indemnes hasta ese momento. En Rothenburgsort, Hammerbrook, Borgfelde, Hoehenfelde y Hamm, las condiciones meteorológicas y el calor intenso de los incendios transformó la conflagración en una tormenta de fuego de proporciones sin precedentes. Objetos y personas simplemente desaparecían. Árboles de más de un metro de grosor fueron arrasados. Quienes estaban en los sótanos y refugios antiaéreos se arriesgaban a asfixiarse por los gases de monóxido de carbono o a morir achicharrados. Algunos iniciaron una huida bajo tierra, pasando de unos sótanos a otros mientras los edificios por encima de ellos ardían en llamas. Los que huían por las calles se arriesgaban a ser golpeados por los escombros de las fachadas de las casas que se derrumbaban o a quedarse atrapados en el asfalto derretido de las calles. Muchos saltaron a los canales

para extinguir las chispas que habían caído en su pelo y su ropa. Entre los 18.474 muertos de aquella noche estaban los padres de Ingeborg Hey.[46]

Al día siguiente, Klaus Seidel le escribió a su madre advirtiéndole de que no volviese de sus vacaciones de verano en Darmstadt. Aunque podía asegurar que las baterías antiaéreas se habían mostrado esta vez más efectivas, tenía que decirle que Hamburgo había sufrido una destrucción de gran magnitud. Aquel día, el *gauleiter* de Hamburgo, Karl Kaufmann, revirtió sus órdenes para que la población se quedase y dio instrucciones de emplear todos los medios disponibles para evacuar la ciudad. Mientras el Stadtpark se iba llenando con aquellos que habían sido víctimas de los bombardeos y esperaban para ser evacuados, Klaus Seidel vio cómo llegaban unos camiones y descargaban en el suelo grandes montañas de pan. La norma era proveer de comida y materiales extra a las áreas afectadas por los ataques aéreos para reforzar la moral, sin que ello obligase a los atendidos a renunciar a sus raciones de comida. Pero Seidel estaba impresionado por la manera en que los refugiados, tan acostumbrados a las escaseces de la guerra, malgastaban aquella comida adicional: encontró latas de carne a medio comer colgadas de los arbustos y montones de ciruelas pudriéndose en el suelo.[47]

En la noche del 29 al 30 de julio, la RAF volvió de nuevo con fuerza. Aquella noche Klaus le escribió a su madre bajo el brillo de la «nube de fuego». El 31 de julio finalmente tuvo tiempo suficiente para comprobar que el piso de su madre seguía intacto y transportar sus objetos de valor al sótano. Klaus afirmaba no entender por qué sus vecinos todavía querían irse, alegando con fría lógica que estaban protegidos por un cortafuegos ahora que los edificios circundantes habían sido destruidos.[48]

Cuando la última oleada de bombarderos británicos lanzó sus cargas a las 2.55 de la mañana del 3 de agosto de 1943, la segunda ciudad más grande del Reich estaba cubierta de ruinas. La mitad de sus edificios habían sido destruidos durante la semana anterior y 900.000 personas habían huido. El 1 de agosto, el *gauleiter* Kaufmann había hablado de «personas corriendo presas del pánico en una especie de psicosis como la de los animales ante las llamas». Tachó a Goebbels de «figura inservible». Las

autoridades estaban tan aterrorizadas que el fiscal jefe liberó incluso a 2.000 convictos y prisioneros, incluyendo a cincuenta miembros de un grupo comunista clandestino. Abundaban las historias sobre «peces gordos» del Partido que estaban utilizando los transportes previstos para los refugiados para cargar en los barcos sus muebles y pertenencias. Cuando algunos civiles enfurecidos acosaron a los funcionarios del Partido, arrancándoles sus insignias, la policía no hizo nada y prefirió, como el jefe de policía y de las SS le contó a Himmler, tomar una postura «deliberadamente cautelosa».[49]

El trío formado por el *gauleiter* Kaufmann, su ayudante, el Secretario de Estado George Ahrens, y el alcalde Krogmann recuperaron rápidamente la sangre fría e improvisaron la evacuación y la operación de limpieza con su propio estilo pragmático. Utilizando todo el personal que pudieron encontrar, incluyendo a soldados, trabajadores forzosos y reclusos de campos de concentración, las autoridades de Hamburgo se movilizaron para extinguir los incendios, limpiar las calles de escombros y restablecer los principales suministros. Se enviaron brigadas de bomberos desde Kiel, Lübeck y Bremen, y llegaron bomberos voluntarios del interior rural. Hacía seis meses que estaba claro que el sistema de «autoprotección» desarrollado por la Asociación de Defensa del Aire del Reich, con cubos de arena en cada descansillo de las viviendas y cadenas humanas de cubos de agua extraída de las tuberías de la calle, no podía hacer frente a los ataques aéreos severos. Pero esta organización de masas, que sumaba veintidós millones de voluntarios en toda la nación, ofreció ahora una reserva crucial de mano de obra, junto con las Juventudes Hitlerianas, las SA, la Organización Nacionalsocialista para el Bienestar del Pueblo, y las organizaciones de mujeres del Partido. Organizaron puestos de primeros auxilios, encontraron refugios para los bombardeados, alimentaron a niños huérfanos y evacuaron a refugiados. El 10 de agosto, algunas secciones de la línea de tranvías de Hamburgo comenzaban a funcionar de nuevo. El 15 de agosto, el abastecimiento de agua había vuelto; para principios de septiembre, se estaba suministrando el gas a la industria y a muchas partes

de la ciudad; y a mediados de septiembre todas las casas habitables recibían electricidad.[50]

Los trabajos más sucios fueron realizados por brigadas especiales de prisioneros de campos de concentración, en su mayor parte trabajadores forzados extranjeros que habían tenido problemas con sus patronos alemanes. Pavel Vasilievich Pavlenko, de diecisiete años, fue enviado desde el campo cercano de Neuengamme para desactivar bombas en Wilhemshaven. Su equipo debía cavar un círculo alrededor del dispositivo sin explotar antes de que se escogiera a uno de ellos por sorteo para desenroscar el detonador. Pavlenko fue también uno de los prisioneros enviados a la zona de la tormenta de fuego, una «zona muerta» de cuatro kilómetros cuadrados que abarcaba Rothenburgsort, Hammerbrook y Hamm-Süd. Aquí las calles estaban infestadas de cadáveres, a menudo agrupados en grupos de veinticinco a treinta en el mismo lugar en que les había atrapado una bola de fuego. Algunos apenas tenían señales del fuego; otros estaban carbonizados más allá de cualquier posible identificación. El 10 de septiembre se habían recuperado 26.409 cadáveres, principalmente de las calles y las plazas. Pero el trabajo más difícil y peligroso fue abrir los sótanos en los que la gente había buscado refugio y donde muchos habían muerto de asfixia por inhalación de monóxido de carbono cuando el oxígeno se consumió a causa de los incendios. Pavlenko recordaba cómo «recogíamos los huesos en cubos y los sacábamos fuera». En un lugar los trabajadores encontraron cadáveres «como de muñeca», reducidos a menos de la mitad de su tamaño normal y todavía bastante reconocibles, un fenómeno atribuido a la deshidratación proporcional de todos los órganos internos cuando los sótanos se convirtieron en hornos.[51]

Para Georg Henning, conde de Bassewitz-Behr, jefe de la policía de la ciudad, aquello era como una Pompeya moderna. El obispo protestante de Hamburgo, Franz Tügel, recurrió a la imaginería bíblica, escribiendo en su carta pastoral: «Algunos pueden haber recordado las imágenes del Antiguo Testamento cuando las nubes de fuego y azufre ensombrecen literalmente el sol del verano». Dirigiéndose a su destruida parroquia de Hamm, el pastor Paul Kreye reflexionaba sobre la historia de Sodoma y Gomorra:

> «Me he acordado de la historia de la esposa de Lot», me ha escrito uno de vosotros. «El Señor hizo que el fuego y el azufre cayeran desde los cielos y cubriesen las ciudades. Y le dijo a Lot: Salva tu alma y no mires atrás, y así tú no perecerás.» Y su mujer miró atrás y se convirtió en una estatua de sal. No hay que mirar atrás, sólo hacia delante.

Kreye y Tügel no podían saber que Arthur Harris, con su afición por los nombres en clave bíblicos, había llamado a los ataques del Mando de Bombardeo en Hamburgo «Operación Gomorra».[52] [N1]

Las autoridades levantaron un muro alrededor de la «zona muerta» y prohibieron la entrada a todo el mundo salvo el personal autorizado, pero había partes de la zona devastada que eran visibles desde la línea de trenes de vía única que empezaron a circular de nuevo el 15 de agosto a través de las ruinas de Hammerbrook y Rothenburgsort hasta la Estación Central. Los rumores hablaban de entre 100.000 y 350.000 muertos: la cifra real, entre 34.000 y 38.000 personas, todavía empequeñecía la destrucción causada por cualquier otro ataque aéreo hasta la fecha. Muchos soldados que volvieron de permiso para buscar a los miembros de sus familias, según informaba el jefe de la policía de Hamburgo, «sólo encontraban unos pocos huesos». Mientras los supervivientes buscaban a sus familiares en morgues provisionales llenas de cuerpos desmembrados, a menudo sólo el reconocimiento casual de un anillo de boda o un reloj de bolsillo hacía posible identificar un brazo o un torso dañados. Klaus Seidel tardó dos semanas en descubrir que sus abuelos habían sobrevivido.[53]

La evacuación estaba aún en curso cuando la población empezó a volver. A mediados de agosto, el número de habitantes ya había subido de 600.000 a 800.000. A finales de noviembre, más de un millón de residentes estaban de vuelta en la ciudad, creando una aguda crisis de vivienda. Los barrios de clase obrera densamente poblados que habían ardido no podían ser reconstruidos, e incluso la producción acelerada de cabañas de madera prefabricadas de dos dormitorios se quedó lastimosamente corta ante el millón de casas nuevas prometidas para toda Alemania en septiembre; en junio de 1944, sólo se habían terminado 35.000 casas, y había más de 23.000 en construcción. Obligados a montar alojamientos improvisados en

edificios medio derruidos, la gente los bautizó como «los barrios de los sótanos». Otros establecieron su residencia permanente en los búnkeres de hormigón de Hamburgo o en sus lugares de trabajo. Más de la mitad de la ciudad estaba todavía en pie, incluyendo gran parte del cinturón de villas de clase media más allá del centro de la ciudad, provocando indignación entre los trabajadores por la reticencia de las familias acomodadas a compartir sus privilegios. A los oficiales de la Wehrmacht y de las SS se les tuvo que exhortar a que obligasen a sus familias a acoger a las mujeres de sus camaradas víctimas de los bombardeos.[54]

Haciendo un gran esfuerzo para restablecer la producción, los muelles de Hamburgo pudieron enorgullecerse de generar las cifras más altas de fabricación de U-Boots de aquel año. No parecía importar que la batalla del Atlántico estuviese perdida y que los submarinos hubiesen sido llamados de regreso a sus bases. El *gauleiter* Kaufmann encargó la reconstrucción de la industria a miembros destacados de la élite económica de Hamburgo como Rudolf Blohm, cuyo astillero naval empleaba a miles de prisioneros del campo de concentración de Neuengamme. Blohm requisó los edificios escolares para destinarlos a viviendas, convirtió el Museo de Historia de Hamburgo en unos grandes almacenes, y organizó una sala comunitaria donde se celebraban bailes y conciertos y se proyectaban películas. Significativamente, los empleadores eran ahora responsables de distribuir entre sus trabajadores alojamiento y comida así como ropas de emergencia, enseres domésticos y muebles. Pero la disciplina en el trabajo seguía siendo pobre, e incluso los nuevos administradores económicos percibían que «La gente ya no tiene posesiones y lo primero que quieren es comprar algo».[55]

La reutilización de los bienes de los judíos también jugó su papel en aquella operación de asistencia. Cuando se deportó a los judíos de Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo en 1942 y 1943, sus muebles fueron incautados y distribuidos en lo que se llamó la «Aktion-M» [de *Möbel*, muebles], bajo los auspicios de las SS y de la «Oficina Occidental» del Ministerio del Este. Ahora, desde Bamberg hasta Fráncfort, las autoridades informaron de que la gente estaba reclamando que se abrieran los almacenes que contenían los bienes de los judíos para ayudar a las víctimas

de los bombardeos. La legendaria prosperidad de los judíos hacía que muchas personas estuviesen convencidas de que «sus muebles son suficientes para volver a abastecer a aquellos que han sufrido pérdidas por causa de los bombardeos», y argumentaban que, al mantenerlos almacenados, se corría además el riesgo de que todo se echase a perder. En 1944, 18.665 vagones llenos de propiedades judías fueron enviados a las ciudades particularmente afectadas por los bombardeos, 2.699 de ellos a Hamburgo. En lugar de ser agradecidos, los beneficiarios se sentían a menudo agraviados por lo que recibían. A finales de septiembre de 1943, ya habían llegado informes a Berlín desde Münster y Fráncfort del Óder comentando lo «decepcionada que está la población con los muebles usados que les han llegado desde los territorios ocupados, especialmente el mobiliario judío». Las piezas venían de grandes mansiones y no entraban en los pisos pequeños, o estaban infestadas de parásitos, o se habían dañado durante el camino o simplemente eran demasiado viejas y gastadas para los estándares alemanes: parecía que los judíos eran o demasiado ricos o demasiado pobres.[56]

En todo el Reich, aquel sentimiento de codicia frustrado se convirtió rápidamente en envidia e ira. Desde una fundición de hierro en Kitzingen, el SD informó de que se estaba acusando a los funcionarios nazis de «posar sus culos en camas judías después de haber exterminado a los judíos»; había rumores de que «se llevaban las valiosas alfombras, muebles y plata de los pisos judíos por la noche y aprovechando la niebla». En el pueblo adoptivo de Hitler, Linz, el líder local del Partido se vio obligado a retirarse rápidamente durante una visita para transmitir sus condolencias por un soldado muerto, a causa de una lluvia de ofensas por parte de la familia: lo que había causado aquella furia no era la muerte del hijo, sino el hecho de que el Partido Nazi le había impedido recientemente a su hermana comprar una «casa judía». Si la codicia frustrada provocaba rabia, también crecía el sentimiento de culpabilidad de aquellos que habían conseguido lo que ansiaban. La gente se decía a sí misma frecuentemente que si los judíos ganaban la guerra, querrían sin duda que se les devolviesen sus cosas.[57]

*

El 6 de agosto de 1943, Goebbels sembró el pánico en Berlín al ordenar una inmediata evacuación parcial de la capital. En lugar de predicar sobre el desafío heroico y los «corazones fuertes» con su habitual sangre fría, los periódicos asombraron a sus lectores advirtiendo de que Berlín estaba a punto de sufrir el mismo destino que Hamburgo. «Actos de histeria, huida, pánico. En términos concretos: todos los hospitales y clínicas al completo han sido evacuados de Berlín junto con todos los pacientes, personal y doctores», escribió el editor Hermann Kasack. Se cerraron todos los colegios. Se reubicaron filiales de empresas y departamentos ministeriales. Mientras salían de Berlín uno tras otro los trenes especiales, aquellos que como Kasack habían decidido quedarse distribuían muebles, armarios, ollas y ropa de cama entre sus amigos y familiares para repartir el riesgo. Se organizaron para pasar las noches en los suburbios, aunque tuvieran que dormir en las estaciones finales de las líneas de metro. Midiéndolo bien, pensaba Kasack, aquél era «un pánico todavía organizado». Las zonas que ya habían recibido mareas de inmigrantes del Ruhr, Renania y Hamburgo, ahora tenían que acoger todavía más evacuados que llegaban de ciudades como Berlín y Múnich, que se habían librado de grandes ataques hasta entonces.

Las mujeres de Berlín llevaron a Fráncfort la noticia de que se habían cavado fosas llenas de cal para servir como fosas comunes. Pronto hubo rumores de que se habían enviado soldados desde Fráncfort para lidiar con la agitación que se esperaba que se produjese en la capital. Eso era lo que mucha gente de todo el Reich pensaba que había ocurrido en Hamburgo. Desde lugares tan lejanos entre sí como Innsbruck, Königsberg, Weimar y Wurzburgo, así como Brunswick y Berlín, se informaba de que la gente decía que los Aliados habían lanzado el ultimátum de que, a menos que el Gobierno renunciase antes del 15 de agosto, Berlín, Leipzig, Múnich y otras grandes ciudades serían «eliminadas» igual que Hamburgo. Los alemanes recordaban ahora la amenaza que Hitler había hecho contra Gran Bretaña en

septiembre de 1940. Había algo de verdad en estas fantasías: a finales de mes, los Aliados comenzaban a lanzar panfletos amenazando a otras ciudades con correr la misma suerte que Hamburgo y burlándose de los eslóganes heroicos del propio régimen: «La elección es: capitulación o destrucción. Túnez o Stalingrado. Palermo o Hamburgo. Vida o muerte».[58]

El 22 de julio, Palermo había caído ante las tropas aliadas sin resistencia y tres días después, a la misma hora en que se producía el primer ataque sobre Hamburgo, Mussolini había sido depuesto del poder por votación del Gran Consejo Fascista y arrestado. Como era de esperar, los trabajadores civiles italianos en las ciudades alemanas rompieron a «llorar de alegría» y estuvieron celebrándolo toda la noche. De acuerdo con la policía secreta, «incluso los fascistas afirmaban que, pese a todos sus logros políticos, el Duce había fracasado militarmente». En Breslavia y otras ciudades, los prisioneros de guerra franceses bebieron y cantaron hasta tarde aquella noche y se negaron a presentarse a trabajar al día siguiente. En Varsovia, la resistencia polaca comenzó a escribir con tiza el eslogan «Octubre» para advertir de que la revolución de noviembre de 1918 esta vez llegaría a Alemania un mes antes. Los alemanes también seguían con interés los sucesos de Italia, repasando las noticias en busca de información sobre el trascendental cambio de régimen en el que estaba envuelto su aliado más próximo. La prohibición del Partido Fascista fue comunicada mediante un pequeño aviso, pero fueron muchos los que lo leyeron: si podía ocurrir todo eso de la noche a la mañana después de veinte años de gobierno fascista, entonces, especulaba abiertamente la gente, «el nacionalsocialismo podría desaparecer incluso más rápido después de sólo diez años de gobierno».[59]

Para preocupación del Servicio Secreto, que estaba preparado para impedir una repetición de la revolución de 1918, en agosto de 1943 se informó de que existía una creciente disensión pública. Cuando el alcalde de Gotinga subió a un tren que llegaba de Hamburgo, los refugiados mancharon su insignia dorada del Partido y le dijeron en voz baja que habría un ajuste de cuentas. Una mujer incluso sostuvo su manga cerca de la nariz del hombre para que pudiese oler la peste a humo de su ropa. Los funcionarios del Partido eran insultados y amenazados en público tan a

menudo, especialmente en ciudades que habían sido bombardeadas recientemente, que a finales del verano de 1943 muchos dejaron de vestir sus uniformes e insignias del Partido en público. Una ola de nuevos chistes ridiculizaba su miedo, como el del anuncio por palabras: «Cambio insignia dorada del Partido por botas de siete leguas». En Marburgo, Lisa de Boor se sentía emocionada: «En las calles, por todas partes, en las tiendas, en la estación, las personas se dicen unas a otras que esto no puede seguir así». Incluso entre los alemanes de Varsovia, Wilm Hosenfeld captó que existía la esperanza de que se produjese un cambio de régimen al estilo italiano: una dictadura militar como la que estaba tomando forma bajo el mariscal Badoglio en Italia, y entonces podrían negociar una paz por separado con los británicos y los estadounidenses. De acuerdo con los informes semanales confidenciales sobre el «sentimiento popular» recopilados por el SD, la esperanza de que una dictadura militar le ofrecería a Alemania «la mejor», o posiblemente incluso «la última», manera de alcanzar una «paz por separado» con los aliados occidentales iba ganando apoyo. El hecho de que Badoglio anunciase que la guerra continuaría y confirmase su alianza con Alemania, calmó la preocupación popular acerca del riesgo de una «traición» italiana. En Brunswick, se oyó a dos mujeres en el mercado semanal de verdura quejándose ruidosamente por el completo fracaso de las promesas de represalias contra los británicos tras el bombardeo de las ciudades alemanas; un grupo de trabajadores ferroviarios que estaban cerca se les unió, gritando a todo volumen: «Por supuesto que hay una manera, nuestro régimen se tiene que ir. Necesitamos un nuevo Gobierno».[60]

Mientras los alemanes se iban librando de las lecciones aprendidas en los diez años de represión de la Gestapo y empezaban a decir cosas que nunca se habían oído antes en público, los líderes políticos comenzaron a titubear. Albert Speer, que se había hecho cargo de los armamentos durante el sombrío panorama anterior a la crisis de Moscú y que había permanecido impasible ante la derrota en Stalingrado, le advirtió ahora a Hitler que la producción de armamento llegaría a un «parón total» si seis ciudades más eran atacadas al mismo nivel. Hans Jeschonnek, el jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe, consideraba que «Stalingrado era insignificante» en

comparación con Hamburgo. A mediados de agosto, después del preciso ataque de la RAF contra el centro para desarrollo de cohetes en Peenemünde, se suicidó. El 6 de agosto, Goebbels confesó que «la guerra aérea es una espada de Damocles colgando sobre nuestras cabezas» y que desde los ataques sobre Hamburgo, «una gran parte del continente se encuentra sumido en el pánico y el terror a la fuerza aérea inglesa». Pero por una vez, los líderes nazis se contuvieron: a pesar de todos los rumores que corrían afirmando que se tomarían medidas contra cualquier atisbo de insurgencia, Himmler esperó receloso los acontecimientos.[61]

Pero Alemania no era Italia. Pese a todo su cansancio de la guerra y sus esperanzas de un compromiso de paz en el oeste, los alemanes seguían sin hablar sobre el final de la guerra en el este. En vez de eso, la crisis los empujaba a sacar a la luz sus miedos más profundos. La conexión entre los bombardeos aliados y el asesinato de los judíos, que había salido a la luz pública por primera vez en primavera, alcanzó ahora una importancia clave. El 15 de agosto de 1943, después de volver de Hamburgo a su trabajo como traductor para el mando naval en Berlín, Lothar de la Camp, que se dedicaba a comerciar con el Extremo Oriente, escribió una carta para sus hermanos, amigos y conocidos. Contó lo que sabía del bombardeo con bombas incendiarias sobre Hamburgo, incluyendo una estimación de entre 200.000 y 240.000 muertos, antes de hablar de lo que la gente decía sobre los bombardeos:

> Por mucha rabia que sientan contra los ingleses y estadounidenses por su forma inhumana de hacer la guerra, tengo que decir objetivamente que la gente corriente, las clases medias y el resto de la población hace repetidos comentarios en círculos íntimos y también en grandes reuniones de que los ataques son una represalia por nuestro trato a los judíos.[62]

A medida que los evacuados de la Alemania septentrional y occidental contaban las historias de terror que habían soportado a las gentes del sur y el este del país, aún ilesos, en todas partes los «bombardeos del terror» fueron atribuidos a las «represalias judías». La propaganda nazi había desempeñado su papel en la preparación de esta reacción, insistiendo en que

el lobby judío de Londres y Washington estaba detrás de los bombardeos en un intento de exterminar a la nación alemana. Pero el razonamiento popular contenía ahora un matiz diferente: era lo que los alemanes les habían hecho a los judíos lo que les había llevado a utilizar su poder para bombardear las ciudades alemanas. Este sentido de aguda vulnerabilidad adquiría a veces un tono localista. Por ejemplo, la gente del pequeño pueblo bávaro de Bad Brückenau estaba profundamente afectada por las historias que contaban los refugiados de Fráncfort y a través de «su estado de ánimo de profundo pesimismo y creciente apatía fatalista» veían el bombardeo de Fráncfort como una «venganza a la enésima potencia por las acciones contra los judíos en 1938». Impactados por los ataques de Hamburgo, los habitantes de Ochsenfurt se preguntaban si la vecina Wurzburgo sería la siguiente. Mientras algunos afirmaban que se librarían porque en Wurzburgo «no se habían quemado sinagogas», otros advertían de «que ahora los pilotos pueden ir también a Wurzburgo, ya que el último judío ha abandonado la ciudad recientemente». Para completar la historia, se informaba de que, antes de su deportación, ese judío incluso había afirmado que Wurzburgo también sufriría ataques aéreos a partir de ese momento.[63]

Ese tipo de rumores reflejaban una particular sensación de impotencia, una queja muy alejada del tipo de odio y resistencia que Goebbels había intentado infundir con su campaña antisemita. Este estado de ánimo de la población se manifestaba en mitos urbanos que exageraban enormemente la precisión de la selección de objetivos por parte de los Aliados. En un momento en el que los bombarderos británicos estaban teniendo grandes dificultades para lanzar sus cargas dentro del radio prescrito de cinco kilómetros alrededor de sus objetivos, los berlineses imaginaban que habían apuntado deliberadamente a calles y barrios particulares que deseaban castigar. La misma sensación de desnuda vulnerabilidad motivaba los rumores sobre lo que determinados judíos habían dicho antes de su deportación o en función de que las ciudades hubiesen quemado o respetado sus sinagogas.

Una y otra vez, las personas vinculaban los bombardeos con el pogromo de noviembre de 1938, una conexión que puede parecer extraña en una

sociedad inundada de rumores sobre el exterminio masivo de judíos en el este. Pero la última acción antisemita que mucha gente había presenciado y en la que muchos habían participado activamente había sido ese pogromo de años atrás, a consecuencia del cual, muchos de los judíos que aún permanecían en el Reich se habían mudado a ciudades más grandes. En algunos lugares, existía además un vínculo directo entre el pogromo y las bombas: en Wetzlar, Brunswick, Solingen, Fráncfort, Berlín, Siegen, Colonia, Emden y Hamburgo, se habían erigido enormes torres de búnkeres de hormigón precisamente en los solares donde habían estado situadas las sinagogas hasta noviembre de 1938. En Colonia y Aquisgrán, la gente asociaba las sinagogas quemadas con las iglesias destruidas en los ataques aéreos, evocando un sentimiento de castigo divino. Un informador resumía estas ideas para la Gestapo local: «Sí, es merecido... en la tierra todo acaba siendo vengado». Mucha gente consideraba que el año 1938 había marcado el principio de la guerra alemana contra los judíos, poniendo en marcha la cadena de crecientes represalias mutuas. A finales del verano y el otoño, aquellas confesiones sobre la responsabilidad y la culpabilidad alemanas, raras hasta entonces, se habían extendido incluso a zonas de Alemania que no habían sufrido ningún bombardeo.[64]

A principios de julio, Goebbels había hecho una campaña por las ciudades asediadas con promesas de «venganza» contra Gran Bretaña. La quema de Hamburgo hizo que se derrumbasen esas esperanzas: estaba claro que el poder de «vengarse» estaba ahora en manos de los judíos y los Aliados. Ese catastrófico fracaso militar acabó con la esperanza popular de represalias por parte de Alemania que aún existía un mes antes, transformándola en un miedo a la «venganza judía». Mientras hablaban sobre este asunto por todo el Reich, las personas estaban revelando de paso algo que antes habían intentado disimular, su propio conocimiento de que la abstracta retórica nazi sobre la exterminación de los judíos se había llevado a cabo. En 1941 y 1942, cuando las deportaciones estaban en su momento álgido; cuando mucha gente había pujado por muebles y artículos judíos en subastas en Hamburgo y otras ciudades; cuando muchos testigos habían vuelto contando detalles de las fosas comunes y los fusilamientos masivos

en el este; y cuando, sobre todo, una oposición generalizada por parte de los alemanes a las matanzas hubiera podido salvado vidas judías, la gente hablaba sobre el genocidio que estaba saliendo poco a poco a la luz de forma diferente: de una manera fragmentaria, a puerta cerrada, a través de rumores y en relación con matanzas concretas. Ahora, en el tercer cuarto de 1943, todo eso formaba parte del pasado: «lo que les hicimos a los judíos» suponía al fin el reconocimiento público que en aquel momento había sido aplazado.

Pero las conversaciones públicas recogidas en los informes que llegaron a los dirigentes nazis en el verano de 1943 no eran comentarios directos sobre la «solución final». Ése ya no era un suceso contemporáneo; las «medidas llevadas a cabo contra los judíos», como las llamaban los que escribían los informes, eran ya parte del pasado y no podían ser revertidas. El verdadero motivo de tales conversaciones era expresar el miedo de que los bombardeos aliados fuesen una venganza e incluso tuvieran intención de exterminar. Eran sus propios problemas, no los de los judíos, los que les preocupaban por encima de todo. La gente se sentía impelida a expresar un sentimiento de culpa y de arrepentimiento, pero su reconocimiento de la culpa estaba irremediablemente entrelazado con un sentimiento incontenible de su propia vulnerabilidad y su condición de víctimas.

La búsqueda por parte de la población de ejemplos literarios y morales que sirvieran como referentes para aquel momento se vio favorecida por la ausencia de datos concretos sobre las cifras de muertos, tanto de los bombardeos como de las masacres de judíos. El recuento estadístico de judíos deportados y asesinados hecho por las SS de abril de 1943 era alto secreto; pero la gente sabía perfectamente que sólo un minúsculo número de judíos permanecía todavía en Alemania. Las autoridades, por otra parte, tampoco divulgaron el recuento policial de los muertos en ataques aéreos ni publicaron fotografías de los cadáveres por miedo a destruir la moral civil. Los rumores intentaban llenar aquel vacío, exagerando inevitablemente las cifras. Las estimaciones no oficiales de testigos bien relacionados y bien informados situaban el número de muertos de los ataques sobre Dortmund en 15.000; sobre Düsseldorf en 17.000; en las presas entre 12.000 y 30.000;

sobre Wuppertal en 27.000; sobre Colonia en 28.000; y sobre Hamburgo entre 100.000 y 350.000. En todos los casos, los recuentos oficiales de la policía eran mucho más bajos, pero no se hicieron públicos. Dado el vacío de noticias, estas cifras exageradas alcanzaron una amplia aceptación, que se sumó a la convicción de que se habían cruzado todas las fronteras morales anteriores.[65]

Goebbels no tenía una respuesta para esta serie de críticas públicas. Representar los bombardeos, con diferentes matices, como terror judío, venganza o represalia no era difícil. Eso era axiomático en todos sus mensajes en los medios de comunicación. Se trataba más bien de los matices. El sentimiento de «si no hubiésemos tratado a los judíos tan mal» expresaba un deseo imposible. Al buscar un camino de vuelta de aquella escalada de violencia en la que no se podía dar marcha atrás, los alemanes estaban aceptando precisamente el vínculo con el que Goebbels había querido que se identificasen. «Sobre todo en la cuestión judía, hemos ido tan lejos que no hay escapatoria para nosotros. Y eso no es mala cosa», se decía Goebbels a sí mismo en sus diarios para consolarse en marzo. «La experiencia dice que un movimiento y un pueblo que han roto los puentes tras de sí, pelean con muchas menos reservas que aquellos que todavía tienen la posibilidad de retirarse.» Pero no parecía que las cosas estuviesen saliendo así. Tanto los informes del SD sobre el deseo generalizado de una paz por separado y un cambio de régimen como los que mencionaban el arrepentimiento por el asesinato de judíos, hablaban ya de retirada.[66]

Desde la primavera, Goebbels y Hitler habían estado elaborando la propaganda con todo aquello en lo que ellos creían fervientemente, permitiendo a los medios de comunicación que hablasen cada vez más abiertamente sobre la guerra contra los judíos, aunque Goebbels todavía trataba de impedir que se mencionasen detalles específicos. Pero para la sociedad alemana en su conjunto, el asesinato de los judíos no cumplía la función que Goebbels imaginaba cuando hablaba de «romper los puentes». No proclamaba un nuevo propósito, ni animaba a los alemanes a enfrascarse en la «guerra total»: por el contrario, las conversaciones en las plazas de los mercados expresaban una sensación de derrota y crisis

inminentes. Incluso los miembros del Partido que solían enviarle sus propias sugerencias a Goebbels sobre cómo podía mejorarse la propaganda empezaron a criticar la campaña antisemita. Incluso algunos de ellos señalaban que estaban siendo castigados por lo que les habían hecho a los judíos.[67]

Desde el punto de vista nazi, hablar sobre «represalia judía» durante la crisis que se produjo después de los bombardeos de Hamburgo significaba un fracaso alemán. Era desde luego un fracaso militar, pero denotaba también una crisis de legitimidad, ya que ponía de relieve que el régimen era deficiente de acuerdo con sus propios valores fundamentales. Goebbels había jugado deliberadamente con el conocimiento del genocidio por parte de la gente, animando a una especie de complicidad de «lo sabemos pero no lo sabemos». Pero el precio de incluir con éxito al «enemigo judío» en las sensaciones del día a día fue que perdió control sobre el uso que la gente hacía de esta noción. Goebbels no podía confirmar ni desmentir lo que les había sucedido a los judíos, ni tampoco podía responder al deseo de deshacer la masacre. Todo lo que podía hacer era esperar que cesara esta tendencia de comentarios deprimentes.[68]

A lo largo de agosto, el régimen nazi retrocedió. La Gestapo no se dedicó a arrestar gente por decir las cosas de las que el SD estaba informando, ni siquiera a los que pedían un cambio de régimen. Pero a principios de septiembre, la maquinaria propagandística empezó a replicar. El 3 de septiembre de 1943, el periódico del Gau de Baden, *Der Führer*, reprendió a sus lectores: «Se está diciendo: si la Alemania nacionalsocialista no hubiera solucionado la cuestión judía tan rápidamente, el judaísmo mundial internacional no estaría hoy combatiendo contra nosotros». Sólo un «idiota senil» podría creer tal cosa, se burlaba el diario, señalando que los judíos habían causado las dos guerras mundiales, siendo la actual «nada más que una continuación de la primera». Ésta era una táctica arriesgada que parecía sancionar un debate semiabierto sobre la «solución final». Para evitarlo, Goebbels dio un paso al frente con un artículo en *Das Reich* el 26 de septiembre, en el que explicaba las virtudes

de «silencio» en ciertas cuestiones clave. «Sólo unas pocas personas conocen los secretos de la guerra», les dijo a sus miles de lectores:

> Es por lo tanto extremadamente injusto y dañino para el bien común intentar, extendiendo rumores, forzar al Gobierno a hacer declaraciones públicas sobre una cuestión de importancia, o de significación ciertamente decisiva, para el resultado de la guerra. Serían útiles para el enemigo y causarían el más serio de los daños a nuestro propio pueblo.[69]

El nuevo ministro del Interior, Heinrich Himmler, acudió a la radio a principios de octubre para amenazar con que los «derrotistas deben morir como expiación por sus acciones» y «como una advertencia para otros». Pronto le siguió, ahora sí, un frenesí de sentencias ejemplarizantes para subrayar exactamente lo que quería decir. Una mujer de mediana edad de Múnich fue sentenciada a tres años de prisión por hacer comentarios despectivos sobre Hitler y por haber dicho: «¿Creéis de verdad que nadie escucha las emisiones extranjeras? Metieron a mujeres y niños judíos en vagones, los llevaron fuera de la ciudad, y los aniquilaron con gas». Un contable de Brackwede fue condenado por el Tribunal Especial de Bielefeld por decir presuntamente que «lo que sucedió con los judíos ahora está siendo vengado». Había oído contar a soldados que volvían del frente «que miles de judíos fueron asesinados». El 6 de octubre de 1943, Himmler dio el paso sin precedentes de dirigirse a los dirigentes nazis reunidos en Posen para contarles cómo había lidiado con «el problema del derrotismo» a través de un pequeño número de ejecuciones ejemplarizantes de gentes que hablaban más de la cuenta:

> Nunca capturaremos a todos los extremistas y tampoco queremos hacerlo [...] Pero aquellos que han sido atrapados tienen que pagar el precio –ése es, después de todo, el objetivo de cualquier ley–, y con su muerte sirven de lección y advertencia a otros miles, para que ellos no actúen con la misma imprudencia.

La pequeña oleada de terror selectivo contra individuos acusados de difundir los mismos «rumores derrotistas» de los que el SD seguía informando desde todos los rincones de Alemania quería demostrar dónde

estaban los límites del discurso público. En el mismo discurso en Posen, Himmler hizo su primer anuncio explícito sobre el exterminio de los judíos. No era en absoluto algo novedoso para su audiencia, pero para los líderes del Reich y los *gauleiters* era distinto que se lo dijeran públicamente y con obligación de confidencialidad. Himmler les contó: «Creo que es mejor que nosotros –nosotros colectivamente– hayamos hecho esto por nuestro pueblo, hayamos cargado con la responsabilidad nosotros mismos –la responsabilidad por una acción y no sólo por una idea–, y nos llevemos el secreto con nosotros a la tumba».[70]

El régimen podía exigir silencio al pueblo alemán, pero no podía alterar el hecho de que el «secreto compartido» de la masacre de los judíos había sido ampliamente abordado en toda Alemania y que dicho discurso no había fortalecido el apoyo al régimen. Aunque tampoco había provocado acciones reales de rechazo: el desacuerdo nunca iba más allá de charlas vagas sobre cambiar de régimen y firmar una paz por separado. Entretanto, el cónsul suizo en Colonia observaba aquel otoño que la información «de que los evacuados judíos han sido asesinados en su totalidad» estaba «filtrándose cada vez más». Cuanto más se informaba a la opinión pública, más se alimentaban las desalentadoras ideas de que la guerra se estaba volviendo genocida.

Lo que querían los alemanes por encima de todo era una solución a la guerra en el oeste, que fortalecería su posición para luchar hasta el final en el este. La crisis de agosto de 1943 fue algo sin precedentes. Y demostró ser un breve interludio. Los sucesos en Italia llevaron la crisis alemana a su fin. La popularidad en Alemania del mariscal Badoglio en agosto de 1943 había crecido ante una reavivada esperanza de paz. Pero el 8 de septiembre de 1943, todo lo que su nombre significaba se desvaneció por completo cuando llegaron las noticias de que había firmado un armisticio con los Aliados. Era lo que muchos alemanes deseaban que ocurriese, pero al llevarlo a cabo por su cuenta su aliado más cercano del Eje, lo consideraron una pura «traición». La respuesta de la Wehrmacht fue rápida y decisiva y dio un impulso real al estado de ánimo del frente interior cuando veinte

divisiones completaron la ocupación alemana de la península italiana, entablando combate con los Aliados en Salerno.[71]

La rápida respuesta militar no resolvió los dilemas morales sobre el significado de la «represalia judía», pero puso fin a la crisis nacional mostrando que Alemania no estaba tan indefensa como parecía tan sólo un mes antes. Un millón de soldados italianos fueron «internados» rápidamente por sus antiguos aliados alemanes, y 710.000 de ellos enviados al Reich. Allí se encontraron en el escalón más bajo de la jerarquía de trabajadores extranjeros: como a los prisioneros del Ejército Rojo, se les denegó el estatus de prisioneros de guerra bajo la Convención de Ginebra. El trato horrible que se les dio fue acompañado de un nuevo apodo alemán para los traidores: «Badoglios». Universalmente injuriados en cuanto sus antiguos aliados dieron rienda suelta a viejos prejuicios, los italianos fueron castigados, por encima de todo, por el fracaso de las esperanzas alemanas.[72]

N1 Conocido como «Bombardero Harris» (Bomber Harris), Arthur Harris era el comandante en jefe del Mando de Bombardeos de la RAF, responsable de los grandes bombardeos sobre las ciudades alemanas en la segunda parte de la guerra. *(N. de la T.)*

12

«Resistiendo»

En 1943, el Domingo del Recuerdo, un memorial luterano introducido en Prusia al final de las guerras napoleónicas, se celebró el 21 de noviembre. En Hamburgo, casi cuatro meses después de los ataques aéreos, sirvió como el primer acto colectivo de conmemoración, y el pastor de San Pedro invitó a todas las iglesias de la ciudad a unirse a él en un servicio común para unir a las víctimas con aquellos que no se habían visto afectados. Excepcionalmente, dada su localización central entre el Alster y el Zollkanaal, San Pedro, con sus icónicas manijas de bronce con forma de cabeza de león del siglo XIV, había sobrevivido relativamente intacta. El servicio atrajo sólo a 91 personas.[1]

A pesar del significado religioso del día, las iglesias no podían competir con el ritual dirigido por el Partido que tuvo lugar al mismo tiempo delante del armazón calcinado del ayuntamiento en la plaza Adolf Hitler. El *gauleiter* Karl Kaufmann dirigió el duelo y la conmemoración en una coreografía que fusionaba lo secular y lo sagrado, el Partido y la ciudad. Delante de una enorme multitud, se encontraban los funcionarios estatales y de la ciudad, el Partido y sus organizaciones y los tres brazos del Ejército alineados y con las filas muy juntas, con los mástiles apuntando hacia el suelo, mientras que en toda la ciudad las banderas ondeaban a media asta. Un actor con voz de bajo entonó las palabras de la obra «Inmortalidad» del poeta nazi Gerhard Schumann:

> El nacimiento exige la muerte, morir es dar a luz.
> Puede que ahora estés de luto, mas no desesperes.

Cuando Kaufmann subió al estrado, los portadores de pancartas en la plaza las ondearon, las banderas de los edificios fueron izadas, y el tono cambió de conmemoración a resistencia. El *gauleiter* prometió que los ciudadanos de Hamburgo seguirían siendo valiosos en medio de todas las exigencias de la guerra. Haciéndose eco de la liturgia religiosa, aseguró que habían aguantado «la gran hora del juicio» durante las noches de julio. Prometió que Hamburgo sería reconstruida, recordándole a su audiencia que gran parte de la ciudad –incluyendo el ayuntamiento y San Pedro– ya había sido destruida en el gran incendio de 1842:

> La ciudad tiene una difícil historia detrás, pero esa historia también nos une. Ha soportado muchos sacrificios en guerras, destrucciones, batallas y dificultades, y siempre ha resurgido de nuevo con una belleza más radiante y una grandeza aún mayor. Las ruinas que nos rodean y los muertos son un eterno pacto sobre nuestra misión.

Después, miles de personas se reunieron en el cementerio de Ohlsdorf para hacer la ofrenda floral. El arquitecto Konstanty Gutschow había creado una enorme tumba cruciforme –280 metros de norte a sur y 240 de este a oeste– para dar cabida a las 34.000 víctimas. Había sido cavada a gran velocidad para evitar el riesgo de epidemias por el calor veraniego, y los muertos habían sido transportados en camiones. A los trabajadores se les entregaban cigarrillos y alcohol para compensar el «mal sabor de boca» producido por los cuerpos en descomposición. «Hemos tenido mucha suerte con el ron», informó un administrador local. En Hamburgo, como en otras ciudades, muchos de los equipos de enterradores estaban formados por prisioneros de guerra y reclusos de los campos de concentración. Cuando terminaron su trabajo, situaron a intervalos a lo largo de la tumba grandes tablones de madera en los que estaban grabados los nombres de los barrios destruidos: HAMMERBROOK, ROTHENBURGSORT, HAMM, BARMBECK. Crear este diseño estético significó tener que despejar los muchos monumentos conmemorativos privados que los familiares habían levantado mientras tanto y que habían decorado con los nombres y fotografías de los muertos.

En este acto colectivo de conmemoración, el elemento más importante quizá fue el tiempo. Göring había dado su discurso sobre las «Termópilas»

mientras que los restos del 6.º Ejército se estaban rindiendo todavía en Stalingrado, conmocionando profundamente a un público que no estaba preparado emocionalmente para el desastre militar y la pérdida de un ejército entero. Mientras que Göring y Goebbels habían querido representar el ceremonial por Stalingrado inmediatamente, para aprovechar aquel momento con el objetivo de crear una experiencia colectiva de heroísmo, la magnitud de la crisis después de los bombardeos de Hamburgo impuso un retraso de meses y dio tiempo a que pasase la conmoción inicial. Eso permitió a los familiares afligidos unirse al luto conjunto que los líderes nazis de Hamburgo ofrecían ahora a toda la comunidad: al prometer reconstrucción, resistencia y renacimiento se estaban alejando de la exagerada martiriología que se había utilizado respecto a Stalingrado. La peregrinación en masa al cementerio de Ohlsdorf se repitió el 25 de julio de 1944, el primer aniversario del ataque, y se ha repetido siempre desde entonces: el ritual ha sido tan exitoso que sus orígenes nazis fueron gradualmente olvidados.[2]

En otros aspectos, la ceremonia de Hamburgo fue poco usual. Las fosas comunes eran profundamente impopulares: al recordar a las tumbas de los pobres, se las consideraba motivo de vergüenza, y su anonimato además impedía que hubiese una lápida ante la cual los familiares pudiesen llorar a sus muertos. En Berlín y otras ciudades, los muertos por los bombardeos seguían siendo enterrados individualmente, gracias a una combinación de presión familiar y sensibilidad oficial. Los cuerpos eran depositados de manera «respetuosa» en las enormes salas de identificación y a las familias se les permitía después enterrar a sus familiares de manera privada: el derecho a disponer de un ataúd privado había sido ratificado en un decreto de emergencia en julio de 1943. Sólo aquellos que estaban en la parte más baja de la jerarquía racial eran enterrados en fosas comunes anónimas: 122 «trabajadores orientales» fueron enterrados en el mismo lugar en el cementerio Wilmersdorf de Berlín. Evitar tal ignominia había sido uno de los retos estéticos en el diseño del memorial de Ohlsdorf en Hamburgo.[3]

Aquel Domingo del Recuerdo de 1943 en Hamburgo, el Partido fue capaz de marginar a la Iglesia, algo de gran importancia. Pero aunque los

líderes del Partido insistían en su prerrogativa de dar la noticia de las muertes militares en persona a las familias, los familiares de luto seguían recurriendo a sus iglesias locales. Un mes después de que Gertrud L. recibiese la noticia de la muerte de su marido, tuvo lugar su funeral en la iglesia donde la pareja se había casado ocho años antes, oficiado por el mismo pastor. El pastor planteó la cuestión crucial de la fe directamente: «Tienes que preguntarte a ti misma si existe un Dios que permite que se vaya el marido afectuoso de una mujer tan joven y que cuatro niños pierdan a su padre». Donde otra viuda podría haber dudado, Gertrud se sintió «consolada» por la respuesta del propio pastor: «Dios», aseguró, «no pone cargas más pesadas sobre nosotros de las que podemos soportar». Era mayo y la iglesia había sido decorada con ramas de laurel. Mientras la congregación se ponía en fila, pasearon un único casco de acero y una pirámide de rifles, representando al soldado caído y a sus camaradas ausentes.[4]

Pastores y sacerdotes recurrían a un repertorio de textos y oraciones que habían resistido la prueba de las guerras de unificación nacional y la Primera Guerra Mundial, extrayendo sus temas a menudo de Mateo 5, 4: «Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados». Un sermón terminaba con la oración contemporánea de un soldado:

> Todos los que han caído en el mar y en la tierra
> han caído en tus manos.
> Todos los que luchan en un lugar remoto
> se encomiendan a tu misericordia.
> Todos los que lloran en la noche oscura
> están protegidos por tu misericordia.
> Amén.[5]

En su competición para atender a las comunidades en su duelo, el Partido y las iglesias tomaron cosas prestadas los unos de los otros, y el SD informaba de que las ceremonias de las iglesias generalmente usaban una bandera con una esvástica colocada sobre el ataúd vacío delante del altar, coronado por un casco de acero y «dos armas de mano cruzadas, o, en el

caso de los oficiales, espadas». Las iglesias también predicaban la resistencia nacional: no había escapatoria de la muerte y el luto porque «nuestra nación está en una guerra a vida o muerte». En Renania, los sacerdotes católicos se dieron cuenta gradualmente de que la asistencia a los servicios de conmemoración era incluso más grande que la de las fiestas religiosas más señaladas, incluyendo los servicios del Viernes Santo. Los obispos empezaron a preocuparse de que tales concurrencias enormes dijesen más sobre la necesidad de los católicos de actos colectivos de recuerdo que sobre su religiosidad.[6]

Durante las primeras semanas después de los ataques de Hamburgo hubo un incremento importante de la asistencia a las iglesias protestantes. Acudían miembros de la élite civil y militar, vistiendo uniforme por primera vez en años, y trabajadores «cerrados a la religión desde hace tiempo» sentían ahora la necesidad de hablar y relacionarse con los pastores. Las iglesias explicaban los bombardeos como una prueba enviada por Dios. Como el pastor Heinrich Zacharias-Langhans le dijo a su congregación en Fuhlsbüttel:

> Nuestra ciudad natal se muere. ¿Debemos acusar a la Real Fuerza Aérea británica? [...] Pero ¿acaso tiene eso sentido? Aquí hay algo más que los ingleses [...] ¡La Mano! Pero no la del enemigo. No, ¡Su Mano! Y toda queja está fuera de lugar. Pues al final, en nuestro desconocimiento de su misterioso camino, Dios nos llama para que terminemos con nuestra falta de religiosidad. Para que volvamos a Él en nuestras más íntimas convicciones.

La exigencia luterana del arrepentimiento se diferenciaba poco de las cartas pastorales promulgadas por los obispos católicos a sus feligreses en Renania. Católicos y luteranos culpaban de los sufrimientos de la guerra aérea no tanto al enemigo como al materialismo ateo y el secularismo arrogante. Ambas ramas apelaban al pueblo alemán para que retornase a Dios.[7] Era un mensaje poco adecuado para las comunidades víctimas de los bombardeos. Mientras que las muertes en los campos de batalla eran remotas y las cartas las embellecían –convirtiendo los instantes finales de los soldados en piadosos relatos de hombres sosteniendo en su regazo a sus camaradas moribundos–, la realidad de los muertos por los bombardeos no

se podía purificar o sacralizar tan fácilmente. Demasiadas personas habían visto miembros desperdigados en las calles o habían tenido que identificar cadáveres carbonizados y semidesnudos en las morgues. No existía un lenguaje familiar ni rituales adecuados para expresar lo que habían experimentado las poblaciones de las ciudades noroccidentales de Alemania. Para muchos, el mensaje desalentador del arrepentimiento no ofrecía consuelo. No canalizaba su frustración. Y no prometía protección. La asistencia protestante en Hamburgo cayó de nuevo rápidamente. Después de los tres ataques masivos sobre Colonia a finales de junio y principios de julio de 1943, el arzobispo Frings convocó una reunión especial del clero católico. En palabras de un informante de la Gestapo: «La opinión general entre el clero es que los bombardeos no están siendo acompañados de una renovación del pensamiento religioso. Amenazados en el núcleo de su ser, las gentes se están volviendo como animales, regresando a sus instintos primarios». Líderes teológicos y religiosos de todas las denominaciones cristianas anhelaban el «renacimiento espiritual» de la nación, como el que se había producido en la Primera Guerra Mundial, pero temían estar presenciando, en cambio, el triunfo del «materialismo».[8]

Aunque el Partido y las iglesias seguían ofreciendo los rituales públicos de conmemoración, ninguno de los dos bandos consiguió intensificar su autoridad moral. En el otoño de 1943, los parroquianos católicos salían a menudo de la iglesia a mitad del sermón, y los ciudadanos se dirigían furiosamente por las calles contra los funcionarios uniformados del Partido. A pesar de que no había cuestionamiento alguno de la legitimidad fundamental de la guerra alemana, se estaba produciendo un cambio trascendental. Ni las iglesias ni el Partido Nazi podían aportar una interpretación significativa a la muerte colectiva. Las crisis de 1943 precipitaron la búsqueda de un significado personal.[9]

*

Durante la noche del 22 al 23 de noviembre de 1943, ardió el distrito gubernamental de la capital alemana. A diferencia de los grandes ataques

anteriores de finales de agosto y principios de septiembre, éste fue más concentrado y gran parte de las 1.132 toneladas de cargas altamente explosivas y 1.131 toneladas de bombas incendiarias cayeron sobre los distritos centrales de Berlín. Un viento fuerte y helado amenazaba con convertir los incendios en un infierno. Cuando sonó la sirena que avisaba de que el ataque había terminado, una mujer joven que vivía al sur del Tiergarten, cerca del epicentro del ataque, reparó en que «el cielo era de color rojo sangre por tres lados». Avisados de que el riesgo de una tormenta de fuego sería mayor en unas pocas horas, ella y su padre volvieron adentro y llenaron con agua cada recipiente disponible en su apartamento. Mientras el humo se volvía más denso y el aire más caliente afuera en las calles, el padre, un viejo e imperturbable emigrante ruso, escaló al tejado para vigilar los posibles incendios. Su hija se quedó dormida por fin a primera hora, perseguida por un viento cuyo «rugido en el exterior era como el de un tren pasando por un túnel». Poco después, los aviones de la RAF volvieron para lanzar panfletos, repitiendo la amenaza de que «convertirían a Berlín en Hamburgo».[10]

Al norte del parque central de Berlín, el barrio obrero de Wedding quedó gravemente afectado. La escuela para aprendices ofreció refugio y comida a las silenciosas y casi apáticas víctimas, un «aluvión de miseria», tal y como lo describieron los profesores. Una enfermera de la Cruz Roja trajo a una mujer joven que abrazaba a un niño pequeño, y miraba fija e inexpresivamente con un rostro que parecía una máscara. «Mi hermana, ¿dónde está mi hermana?», preguntaba una y otra vez. Los aterrorizados caballos del patio próximo de un carretero fueron llevados a la escuela y tranquilizados por unas muchachas que cumplían su servicio durante los ataques aéreos. Cuatro vacas permanecían en un lateral, rumiando silenciosamente. A medida que continuaba el aluvión de personas sin hogar, el edificio de la escuela se llenó, desde el sótano hasta la tercera planta. Una mujer que había sido traída inconsciente recobró el sentido y no conseguía encontrar a su hijo. Llegó un equipo de limpieza, todos pálidos y completamente exhaustos. Los camiones llevaron pan, mantequilla y salchichas al auditorio de la escuela, donde algunas mujeres voluntarias se

ocuparon de la distribución. Algunos hombres guardaban las posesiones de la gente en el gimnasio.[11]

La reportera gráfica Liselotte Purper fue una de las afectadas por los bombardeos: «¡La noche más terrible! ¡Hemos perdido todo y conservado nuestras vidas!», le escribió a su marido en el frente de Leningrado al día siguiente, suplicándole: «Si pudieses venir, te necesito urgentemente». Liselotte había tenido suerte de no ser alcanzada en la estación de Anhalter mientras intentaba recoger una maleta en la consigna en la que guardaba sus objetos valiosos. Una vez más, su buena estrella la había protegido, escribía. La habían guiado hasta el búnker de hormigón de cuatro pisos de la estación, donde pasó el ataque. Más tarde, mientras los edificios de los alrededores ardían y las líneas de tren quedaban cortadas, todo lo que pudo hacer fue revisar otra vez su maleta en la consigna y abrirse camino por las calles parcialmente cortadas hasta Schönenberg. Con las caras cubiertas con pañuelos, ella y una compañera se movieron por las calles oscuras entre cristales rotos, refugiándose detrás de tranvías inmóviles, ambulancias y tablones de anuncios del humo, la arena, el cemento y el yeso que traían las ráfagas de viento. Cerca de Nollendorfplatz la tormenta pasó a ser demasiado fuerte para las dos mujeres y se protegieron en la entrada de una casa, donde descansaron sobre unos calderos puestos boca abajo en el vestíbulo, que se llenó inesperadamente de tazas de té gracias a unos conocidos que vivían allí. Al amanecer, el viento disminuyó y continuaron hacia el apartamento de los padres de Liselotte en Martin Luther Strasse.[12]

Al acercarse a la esquina, su corazón dio un vuelco: «¡Dios mío! ¡Ahora lo veo! ¡Quemada, totalmente quemada!». Había casas todavía en llamas. Había vigas esparcidas por la calle, ventanas vacías y abiertas sobre las fachadas de ladrillo que amenazaban con derrumbarse. La escuela de enfrente había sido alcanzada por una bomba de fuerte potencia. Liselotte encontró a la cuidadora de sus padres en medio de la calle y se sintió aliviada al saber que habían escapado del edificio vivos. Más tarde los encontró mirando fijamente las ruinas de su hogar, comenzando a hacer recuento de las pérdidas. Todas las cartas de Kurt y sus diarios de guerra desaparecieron. Su archivo profesional de 6.000 fotos, los negativos de su

boda, dos meses antes, todo había sido destruido. También sus libros y dibujos, los recuerdos de sus viajes, su edición de coleccionista de *Fausto*, su colección de discos, «la hermosa lámpara, oh, todo, todo lo que yo amaba». Pero lo peor era la pérdida de su violín, su «querido amigo». Durante los siguientes meses, además de la pesadilla recurrente de quedarse atrapada en la calle durante un ataque aéreo y ver los edificios incendiarse, Liselotte soñaba con su violín.[13]

Su marido, Kurt Orgel, asistente en un regimiento de artillería en el asedio de Leningrado, había seguido el bombardeo de Berlín cada vez más alarmado. Las dos cartas de Liselotte sobre el bombardeo llegaron después de tres semanas de ansiosa espera. Ella estaba exultante por su buena fortuna. Todo lo que había perdido podía ser reemplazado, incluso sus cartas: «Te escribiré otras nuevas, tantas como quieras». «Nuestras fotos de boda, ¡tenemos copias suficientes! Las fotos de nuestra luna de miel, tendremos una nueva, todavía más bonita... libros, fotos, radio, lámparas, tú y yo podemos reemplazarlo todo. ¡Sólo estamos empezando! Y nadie puede arrebatarnos nuestros recuerdos.» Era diferente para sus padres, que habían perdido mucho más, añadió obedientemente.[14]

Unidades del Ejército y brigadas de bomberos llegaron a Berlín desde lugares tan lejanos como Stettin, Magdeburgo y Leipzig, pero la destrucción en el centro de la ciudad era tan grande que difícilmente podían abrirse paso. Los incendios se apagaban durante unas horas, hasta que los bombarderos volvían la noche siguiente. Entre el 22 y el 26 de noviembre, 3.758 personas murieron en la capital; unas 574 más fueron incluidas en las listas de desaparecidos y cerca de medio millón se quedaron sin hogar. Para enfrentarse al enorme número de afectados por los bombardeos sin ningún sitio adonde ir, las autoridades municipales levantaron refugios en los suburbios de las afueras de la ciudad y en su cinturón verde.[15]

Cuando Ursula von Kardorff se presentó en su puesto de trabajo en el *Deutsche Allgemeine Zeitung* el 23 de noviembre, se dio cuenta de que «Berlín es tan grande que muchos colegas no han visto nada de los ataques». Su casa había sobrevivido, aunque no tenían gas, electricidad, agua ni ninguna manera de silenciar el golpeteo de los marcos de las

ventanas vacías. El anochecer caía como «la hora de las brujas», y ella volaba a la seguridad de las sábanas blancas y la cama limpia de unos amigos en Potsdam. El 29 de enero, el piso de sus padres fue alcanzado. Justo cuando el mueble de la librería de su salón se empezaba a quemar, algunos amigos llegaron a tiempo para lanzar camas, libros, y almohadas por las ventanas. Después cargaron lo que pudieron por la escalera, mientras caían del tejado vigas carbonizadas. Tiraron la vajilla, cubertería y porcelanas en cestos para la ropa, mientras las llamas verdeazuladas y teñidas de fósforo empezaban a golpear los marcos de las ventanas. Incapaces ya de volver a su piso, ayudaron luego a salvar el mobiliario más pesado de sus vecinos, y comenzaron a pasarse botellas de aguardiente. Mientras las mangueras de los bomberos se centraban en los pisos superiores, una fiesta espontánea se fue formando poco a poco bajo la protección de los paraguas en la primera planta. Más tarde, mientras se lavaban en una boca de riego en la calle, con el humo y la niebla mezclados con el rocío de la mañana, una mujer demacrada les preguntó a Kardorff y sus amigos: «¿Cuándo llegará la venganza? ¿Cuando estemos todos muertos?».[16]

Después de cuatro días de descanso en el campo, Ursula Von Kardorff estaba restablecida: «Siento una salvaje vitalidade brotando en mí, mezclada con resistencia, lo contrario a la resignación». Sentía que los ataques indiscriminados, «que caían sobre los nazis y aquellos opuestos a los nazis por igual», estaban uniendo a la población, y los repartos especiales de cigarrillos, café auténtico y carne después de cada ataque también ayudaban a la gente a soportarlo; la joven concluyó: «Si los ingleses creen que pueden socavar la moral, entonces es un error de cálculo». Una semana después estaba de vuelta en Berlín, en un piso pequeño pero bonito, cerca del Ministerio de Asuntos Exteriores, gracias a sus buenos contactos. Su periódico, cuyas oficinas habían sido destruidas en el mismo ataque, también había sido reubicado y seguía apareciendo a diario.[17]

Liselotte Purper pudo pedir favores, consiguiendo dos habitaciones luminosas en una tranquila casa solariega del siglo XVIII en el Altmark.

Pertenecía a un familiar suyo y era allí donde Liselotte y Kurt habían celebrado su boda en septiembre. Con su fachada elegante y sus ochocientos metros de zonas arboladas con caminos serpenteantes junto al lago, era el lugar adecuado para recuperarse. Mientras se acomodaba, rezó pidiendo ser «fuerte» y que las «nuevas armas» llegasen pronto. Como marido de una víctima de los bombardeos, se le concedió a Kurt un permiso por motivos familiares y la pareja pudo pasar la Navidad y el Año Nuevo juntos.[18]

Tres semanas después de que Kurt volviese al Grupo de Ejércitos Centro, Liselotte comenzó a sospechar que esperaba un bebé y empezó a pensar en nombres para niños. En una visita con su amiga Hada a Praga, le impresionó negativamente «la extraordinaria fertilidad de las mujeres checas»: incluso las chicas de diecinueve o veinte años parecían estar todas embarazadas «como conejos». Era una pesadilla de propaganda eugenésica y Liselotte volvió a utilizar puntualmente trilladas expresiones nacionalistas, escribiéndole a su marido que «lo mejor de nuestra nación se está perdiendo por no tener descendencia o tener sólo un hijo, mientras que en el este los inferiores se reproducen por docenas». Le confesó a Kurt que no sabía si realmente quería hijos, o si únicamente perturbarían su perfecta relación. Liselotte era una atractiva mujer de treinta años, con una exitosa carrera como reportera gráfica y con buenos contactos y amigos divertidos, pero se sentía profundamente sola.[19]

Se repuso tomando el tren nocturno a Viena con Hada, donde, encantada de estar en una ciudad «sin escombros, sin ruinas y sin la amenaza permanente de ataques aéreos», se hospedaron en el hotel más elegante que pudieron encontrar. A finales de febrero de 1944, hizo una sesión fotográfica de soldados convalecientes en el Tirol austriaco. Con su cabello aclarado por los reflejos del sol en la nieve, la cara bronceada y los ojos azules de nuevo relajados, la única preocupación de Liselotte era saber cómo reaccionaría la gente ante su apariencia cuando volviese a Berlín. En su búsqueda de mobiliario para reemplazar el que había perdido, desafió una alarma de ataque aéreo para hacer un viaje especial a Brunswick y

comprar una lámpara de mesa de un taller de artesanía que suministraba a Göring y a Hitler. Liselotte estaba encantada con su golpe maestro.[20]

*

El Mando de Bombardeo de la RAF continuó su «batalla por Berlín» hasta el 24 de marzo de 1944, lanzando un total de dieciséis ataques importantes sobre la ciudad, con otros diecisiete ataques pequeños intercalados. Fueron las misiones de bombardeo más intensas y prolongadas sobre un único objetivo en el escenario europeo. Pero Berlín sobrevivió. A pesar de los enormes incendios que sepultaron partes de la ciudad a finales de noviembre, Berlín no era Hamburgo o Kassel, que había sido destruida en una tormenta de fuego el 22 de octubre. Gran parte de la ciudad había sido construida con acero y ladrillo, en lugar de casas de entramado de madera medieval, y sus amplias avenidas sirvieron como cortafuegos. Además, Berlín estaba fuera del alcance de «Oboe», el sistema de orientación con base terrestre en el que confiaba el Mando de Bombardeo. Sólo con sus paneles de radar a bordo, los Pathfinders a menudo no tenían la precisión suficiente para encontrar la ciudad, y además fuertes vientos inesperados empujaban fuera de su ruta a los bombarderos. Aunque los mismos distritos del centro y suroeste de Charlottenburg, Kreuzberg y Wilmersdorf fueron alcanzados de nuevo la noche del 16 de diciembre, en los ataques del 2 al 3 y del 23 al 24 de diciembre muchos de los aviones no alcanzaron ninguna zona de la ciudad o bombardearon los suburbios del sur. Los ataques de las primeras dos noches de enero acabaron en importantes pérdidas para la RAF, cuando los cazas alemanes pudieron perseguir a la nube de bombarderos hasta Berlín. En la noche del 20 al 21 de enero, la RAF no fue ni siquiera capaz de encontrar la ciudad. La cubierta de nubes invernal era tan densa, que durante los cinco meses de la «batalla por Berlín», sólo dos vuelos de reconocimiento lograron hacer fotografías del daño causado por los bombardeos. En lugar de producir una única gran catástrofe, el bombardeo de Berlín se convirtió en una guerra de erosión, en el que los dos bandos

intentaban calcular su volumen de pérdida de aviones, y ambos especulaban sobre cuánto tiempo resistiría la moral civil.[21]

Paradójicamente, mientras los ataques continuaban y el tonelaje de bombas y material dañado aumentaba, el número de bajas comenzó a decrecer. En la noche del 15 de febrero de 1944, unos ochocientos bombarderos alcanzaron Berlín, dibujando un amplio círculo que comprendía desde los barrios obreros de Wedding y Pankow en el norte hasta el frondoso Zehlendorf en el suroeste. Esta vez, sólo 169 personas murieron, una cifra que estaba muy lejos de los 1.500 muertos de los ataques mucho más pequeños de agosto y septiembre de 1943. Los berlineses se habían vuelto expertos en desplazarse por la ciudad con un ojo puesto en dónde y cuándo buscar refugio. Los visitantes estaban sorprendidos por la nueva atmósfera de buen humor, vitalidad y resistencia. En febrero, Liselotte Purper volvió a la capital por primera vez desde que había sido bombardeada en noviembre. El edificio en el que había residido en Schönenberg estaba tan gravemente dañado que apenas logró reconocerlo: toda la fachada frontal y la entrada habían desaparecido. Escalando montones de piedras y tablas, encontró a un vecino de mediana edad en el sótano, vistiendo un gorro negro y un mono de trabajo mientras intentaba rescatar las pertenencias de la familia. «Cubierto de polvo y deteriorado, pero con una actitud como la de un soldado en el frente», le escribió a Kurt. «Y así ocurre también en Berlín. Es una vida en el frente, si es que todavía se puede hablar de vida.»[22]

Mientras la batalla por el control del espacio aéreo alemán continuaba, Milch y Speer ignoraron los requerimientos de Hitler de concentrarse en producir bombarderos y desviaron fondos silenciosamente a la defensa terrestre y a los escuadrones de cazas de la Luftwaffe. La producción de cazas monomotor alcanzó su cumbre de 851 aviones al mes en la segunda mitad de 1943. Más de un tercio de la industria óptica de Alemania y la mitad de su industria electrónica fueron desviados a la defensa del frente interno, mientras cada bando seguía superando las innovaciones del otro en la guerra de los radares. A finales de 1943, la artillería antiaérea había reunido 7.000 proyectores de luz y 55.000 cañones, recibiendo la tercera

parte de los cañones de 88 mm existentes que se habían ganado una reputación aterradora como destructores de tanques en el frente oriental. Encargarse de los cañones mantuvo ocupada a la mayor parte de los 1,8 millones de personas que trabajaban en la fuerza aérea, incluyendo a 80.000 colegiales y a 60.000 prisioneros de guerra. En cada uno de los grandes cañones servían equipos mixtos formados por prisioneros de guerra soviéticos que cargaban y transportaban los proyectiles, muchachos que actuaban como artilleros novatos y soldados que hacían lo propio como artilleros expertos. La artillería antiaérea consumía el 12 % de la producción total de munición alemana, el doble que los cañones del Ejército de tierra, aunque su porcentaje de éxito era relativamente bajo, siendo necesarias de media 16.000 rondas de artillería para derribar un único avión. Pero a los civiles les daba una mayor sensación de seguridad.[23]

A finales de marzo de 1944, el Mando de Bombardeo de la RAF se vio obligado a cancelar la «batalla por Berlín», debido a las crecientes pérdidas ante las defensas alemanas. Harris había calculado lo que necesitaría para la operación de forma relativamente correcta. La RAF hizo 14.562 incursiones cuando Harris había pronosticado 15.000. Predijo que la batalla les costaría entre cuatrocientos y quinientos aviones, y de hecho, 496 bombarderos fueron derribados, con unos 95 más que se estrellaron durante su vuelta a Inglaterra. En febrero y marzo de 1944, las pérdidas del Mando de Bombardeo en los ataques individuales sobre Leipzig y Berlín fueron superiores al 9 %; pocos días después del ataque del 24 de marzo sobre Berlín, ascendieron hasta el 11,8 % durante un ataque a Núremberg. Para las tripulaciones, estas estadísticas significaban que tenían una pequeña posibilidad de sobrevivir a las misiones durante sus periodos de servicio. Pero Berlín hizo fracasar el concepto de que los bombardeos estratégicos podían por sí solos derrotar a Alemania.[24]

Este punto de inflexión no fue evidente de inmediato para los alemanes porque coincidió con la reanudación por parte de la Fuerza Aérea estadounidense de la campaña de bombardeos que había detenido en el otoño. Los Liberators y los Flying Fortresses estaban acompañados ahora de nuevos cazas Mustang de gran autonomía que podían enfrentarse a

escuadrones de cazas alemanes en el propio espacio aéreo alemán. Aunque los estadounidenses bombardearon Berlín en marzo, su objetivo principal seguía siendo derrotar a la Luftwaffe, centrando sus objetivos en fábricas de aviones, aeródromos y, con grandes resultados, instalaciones de aceite sintético. A medida que la naturaleza de la guerra aérea cambiaba en la primavera de 1944, muchos alemanes encontraron consuelo en el final de los violentos ataques nocturnos contra las ciudades.[25]

La escritora y periodista Margret Boveri escogió aquel momento para volver a la capital desde Madrid, donde había renunciado a un buen trabajo en la embajada alemana. Contra el consejo de amigos y familia, incluyendo a su madre estadounidense, Boveri se comprometió a «permanecer en Berlín y llegar a conocer la vida alemana bajo las bombas» y empezar a escribir para *Das Reich*. En abril, Goebbels dedicó uno de sus artículos en el semanario al «ritmo de vida indestructible» y el «deseo de vivir inquebrantable de nuestra población urbana», iniciando una temática que el editor del periódico, Boveri y otras personas ampliaron, celebrando la habilidad de la capital para resistir.[26]

*

El gran valor de los bombardeos estratégicos era siempre psicológico y político: difundir el derrotismo y diseñar el derrumbe de los regímenes. En retrospectiva, las afirmaciones excesivamente confiadas de Harris de que Alemania capitularía antes del 1 de abril de 1944 parecían arrogantes. Pero tenían un precedente. El Mando de Bombardeo había empezado a atacar las ciudades industriales del norte de Italia, Génova, Turín y Milán en el otoño de 1942 y, en la primavera siguiente, la campaña había provocado huidas en masa, disturbios violentos y manifestaciones espontáneas contra los prefectos y el Partido Fascista, con exigencias de derechos políticos. Durante el mes de agosto de 1943, parecía que los bombardeos de Hamburgo podrían tener un efecto similar en Alemania, ya que la gente debatía abiertamente sobre imitar a los italianos e instaurar un régimen militar. Pero hasta ahí llegó el paralelismo: algunos debates y unas pocas

agresiones simbólicas contra los altos cargos del Partido no se convirtieron en una acción colectiva.

¿Qué hacía a Alemania diferente de Italia? Entre 50.000 y 60.000 personas aproximadamente murieron como resultado de ataques aéreos en Italia durante la guerra: esto era comparable a las pérdidas sufridas en Gran Bretaña y Francia. En septiembre de 1944, el número de víctimas de los bombardeos en Alemania estaba ya cerca de los 200.000. Lo que hacía a Alemania tan diferente de Italia no eran las cifras absolutas de muertos, sino el impacto social de los bombardeos. Las ciudades italianas carecían de defensas civiles: había pocos refugios, poca artillería antiaérea y apenas tenían escuadrones de aviones de combate. Su ausencia hizo que la gente se sintiese completamente indefensa. Al fracasar el Estado fascista en la organización de medidas de defensa y evacuación adecuadas, la población se volvió hacia los círculos familiares amplios, el mercado negro y la Iglesia en busca de refugio, comida y seguridad.[27]

La Alemania nazi no se derrumbó de esta forma en 1943 y 1944. Las ciudades alemanas no sólo estaban mejor defendidas y abastecidas, sino que –a pesar de todas las ineficiencias y rivalidades generadas por las jurisdicciones superpuestas– las instituciones del Estado, el Partido, los gobiernos locales y el Ejército cooperaron de forma efectiva para movilizar a millones de alemanes a participar en la defensa civil y las evacuaciones masivas. Fue un triunfo de la organización y la movilización de masas. Las jóvenes alemanas fueron las que más se movilizaron. Además de las 400.000 mujeres auxiliares de la Cruz Roja, en 1944 había otras 500.000 mujeres sirviendo en la Wehrmacht. Muchas de ellas –300.000– se convirtieron en auxiliares de la fuerza aérea, principalmente en el frente interior. Una generación ligeramente mayor servía en la Asociación para la Defensa Aérea del Reich, el Reichsluftschutzbund. En Aschaffenburgo, eran mayoritariamente mujeres casadas, con edades comprendidas entre los veinticinco y los treinta años, que no trabajaban. A pesar de los valores patriarcales del nazismo, había pocos hombres para cubrir las posiciones superiores en la defensa aérea y cada vez más funciones activas recaían en mujeres. En la ciudad de Tréveris, todo el personal a tiempo completo eran

mujeres; en Füssen lo eran dos tercios. Algunas mujeres intentaban librarse del servicio alegando su edad, mala salud o el hecho de tener que cuidar de niños pequeños o familiares ancianos. Pero otras disfrutaban de sus nuevas responsabilidades. Una joven enfermera de la Cruz Roja que había rescatado a veintiuna personas de un sótano derrumbado, recordaba lo orgullosa que estaba toda su unidad cuando la galardonaron con la Cruz al Mérito de Guerra en el verano de 1942: era la primera vez que una mujer era condecorada con esta medalla. Con sus monos de estilo militar, sus cascos de acero, cinturones de hebilla y normas de deber, obediencia y sacrificio, estas mujeres se habían incorporado literalmente a la nación en armas. En 1944 eran 620.000, casi todas voluntarias no remuneradas.[28]

Desde 1942, los soldados destinados en el frente se tuvieron que acostumbrar a locutoras de radio femeninas dirigiéndose a ellos como «camaradas». «Estamos contentos de escuchar a chicas con susurrantes y delicadas voces de soprano u otras jóvenes señoras», se quejaba un soldado, «pero ¿no te parece que es un poco ridículo que una (¡con suerte!) bien educada y delicada cosita nos llame “camaradas” a nosotros, que somos unos pendencieros?» A finales de 1943, el límite claro entre los hombres que estaban «ahí afuera» y las mujeres y los niños que permanecían «en casa» se había roto en la mayor parte de la Alemania urbana. El «hogar» había dejado de ser un lugar automáticamente seguro. Mujeres y jóvenes se habían vuelto «defensores heroicos» disponibles para ser movilizados y militarizados.[29]

Durante el año 1944, un joven psiquiatra estudió a pacientes en Leipzig para determinar si los bombardeos habían provocado un incremento de las «reacciones psicológicas nerviosas» entre civiles alemanes o no. Un hombre de negocios de cincuenta años describía cómo había empezado a tener problemas del habla una semana después de rescatar a su madre de las llamas y haber quedado inconsciente por el estallido de una bomba. «Me resulta especialmente difícil decir palabras que empiezan con una vocal y tengo que forzarlas para que salgan o de lo contrario soy completamente incapaz de hablar», le explicó al doctor Feudell. Desde entonces, las sirenas de ataque aéreo le producían una reacción inmediata, con «la sangre

subiendo a la cabeza, dolores de corazón y temblores». Feudell era empático con sus pacientes, pero llegó a la conclusión de que tendían a ser personas que habían sido nerviosas y frágiles antes de la guerra. Era consciente de que «las necesidades de la comunidad deben tener preferencia sobre el sufrimiento subjetivo», postulando que el «ímpetu dado por una actitud *völkisch* (cercana al pueblo)» ayudaba a movilizar los recursos psicológicos de la nación y que, de hecho, había un menor número de personas «histéricas» que durante la Primera Guerra Mundial, el punto de referencia común para medir cuándo la «histeria» desencadenaba derrotismo y revolución. Feudell también concluyó que los rumores, especialmente «la irresponsable transmisión de historias horribles y estadísticas exageradas», eran más peligrosos que las experiencias reales que la gente había padecido. Por lo tanto recomendaba a los pacientes que reprimiesen sus experiencias y lidiasen con ellas en silencio en lugar de hablar sobre ellas y suscitar la ansiedad en los otros. Un estudio paralelo llevado a cabo en Erlangen fue incluso más optimista, maravillándose de las facultades alemanas de resistencia psicológica y menospreciando la idea de que los bombardeos hubieran dado lugar a un incremento de ningún tipo de enfermedad específico o nuevo: las experiencias terroríficas por las que habían pasado personas saludables se desvanecerían pronto.[30]

En septiembre de 1943, 800.000 personas habían abandonado Berlín. En los meses siguientes, hasta marzo de 1944, más de 400.000 personas fueron evacuadas, cayendo la población desde los cuatro hasta los 2,8 millones. A finales de año, ya existían más de seis millones de evacuados alemanes de los bombardeos en toda la nación. Muchos habían decidido partir como consecuencia de los ataques aéreos aunque sus casas no hubiesen sido alcanzadas. Mientras que se esperaba de los hombres que ayudasen en la extinción de incendios y las operaciones de rescate y salvamento después de que sonase la alarma de final del bombardeo, muchas mujeres se dirigían en esos momentos directamente a sus centros de bienvenida. Con un personal formado por trabajadores sociales municipales y voluntarios de la Organización Nacionalsocialista para el Bienestar del Pueblo (NSV), estos centros proveían primeros auxilios, bebidas calientes,

sándwiches, camas plegables de emergencia y una oportunidad de registrar las pérdidas inmediatamente y reclamar las indemnizaciones a los funcionarios municipales que estaban allí. También registraban a los que se querían ir. Dada la aguda necesidad de alojamiento en las ciudades, el Partido Nazi de cada localidad bombardeada y las asociaciones de defensa aérea alentaron el éxodo. Los que aspiraban a ser evacuados debían tener el permiso de salida requerido, que sólo se expedía a quienes no estaban comprometidos por un contrato de trabajo. Sin este permiso, no serían registrados ni recibirían las tarjetas para el racionamiento en sus nuevas residencias. El requisito fue condonado sólo en unas pocas ocasiones, cuando el sistema se colapsaba completamente: la excepcionalidad de tales casos –después de los ataques sobre Hamburgo de julio de 1943 y el ataque a Núremberg de agosto– ofrece por sí sola una buena información sobre la efectividad de esta forma descentralizada de organizar la defensa y la evacuación civil. Como era de esperar, los hombres suponían sólo un pequeño porcentaje de los evacuados: el 10 % de las 200.000 personas que abandonaron Múnich, y sólo un 5 % de aquellos que se fueron de Schweinfurt. Casi con toda seguridad, los hombres que fueron evacuados o bien superaban la edad de jubilación o bien eran discapacitados. Si la evacuación tenía a mujeres y niños como objetivo principal, también dividía a las mujeres en dos categorías: las que trabajaban y las que no, o, excepcionalmente, las que eran capaces de persuadir a sus jefes para que les dejasen ir.[31]

La gran mayoría de los evacuados, un 78 %, fueron puestos a salvo por las organizaciones de masas del Partido Nazi. Esto fue así incluso en el caso de aquellos que pudieron confiar en las redes familiares y encontrar su propio alojamiento. La experiencia de las mujeres que recibían asistencia del NSV era a menudo positiva. Como relataba una mujer de Karlsruhe justo después de la guerra: «Todo estaba organizado y pagado. Nos dieron un pedazo de papel y nos dijeron adónde ir y cuándo marcharnos. Nos instalaron en la casa de una mujer que tenía una granja grande». La hijastra de una costurera de Münster tenía similares recuerdos positivos de su evacuación. «Y todo lo hizo el NSV», recordaba en 1945. Desde las primeras

evacuaciones de guerra del Sarre en el otoño de 1939, el Bienestar del Pueblo Alemán se enorgullecía de mantener puestos en las estaciones de tren, con personal formado por mujeres voluntarias que dispensaban bebidas calientes y sándwiches. Cuando llegaban los trenes de los evacuados, estos voluntarios se reforzaban con miembros de la Organización de Mujeres Nazis y la Liga de Mujeres Alemanas, que ayudaban a cargar los equipajes, vigilar a los niños y encontrar alojamiento para pasar la noche.[32]

En momentos de sobrecarga aguda, como el verano de 1943, tanto las líneas ferroviarias como los voluntarios se veían abrumados. El SD resaltó la historia de una madre de Hamburgo que huía con sus tres hijos. Al llegar al sur, no pudo obtener pañales limpios para su hijo de un año. Cuando llegó a Linz, en Austria, ella y los niños no encontraron dónde dormir y tuvieron que hacerlo en el suelo de la estación. Como era de esperar, los niños cayeron enfermos. La mujer le suplicó a su marido que le enviase dinero para sus gastos, asegurándole que el sótano de su casa en ruinas de Hamburgo era «mil veces mejor que lo de aquí». Por encima de todo, le pedía que «detengas cuando puedas a esa pobre gente que quiere viajar a regiones que son un remanso de paz [...] Aquí en Ostmark [Austria] nadie lo entiende. Me gustaría que los bombardeasen también a ellos». Así no era como se suponía que tenían que ser las cosas. En realidad, el hecho de que la historia fuese transmitida por el SD a los niveles más altos del Gobierno indica la determinación del régimen de que tales casos siguieran siendo una excepción.[33]

En el verano de 1943, el esfuerzo nazi de evacuación recibió el apoyo de una de las fuentes más inesperadas, la Iglesia católica. La Iglesia había opuesto inicialmente una feroz resistencia al programa del KLV para evacuar niños, pues consideraba que los hogares que funcionaban bajo los auspicios de las Juventudes Hitlerianas eran un ejercicio gigantesco de adoctrinamiento antirreligioso. Las sospechas del clero no habían disminuido pero, al enfrentarse a los bombardeos masivos, abandonaron su oposición. A finales de julio de 1943, el presidente de la Asociación de Cáritas Diocesana de Colonia y Aquisgrán alabó el trabajo de la

Organización Nacionalsocialista para el Bienestar del Pueblo y este recién ganado apoyo ayudó a convertir esta nueva fase de la evacuación en una migración en masa. A diferencia de las evacuaciones anteriores del KLV, los periodos ya no se limitaban a seis meses: ahora empezaron a ser indefinidos. Sin renunciar al principio de voluntariedad ni desafiar el consentimiento de los padres, funcionarios locales del Partido y del Ministerio de Educación se embarcaron ahora en la clausura y evacuación total de escuelas enteras, incluidos los profesores, desde el final de las vacaciones de verano.[34]

En septiembre de 1943, el *Gymnasium* Pestalozzi femenino de Rummelsburg, un barrio de Berlín, fue reubicado en el Wartheland, donde se adueñaron de la residencia de un conde polaco en Schloss Streben. Todo era improvisado, y a las chicas les picaron pulgas en los colchones de paja en los que tuvieron que dormir en un primer momento, antes de que se fabricaran para ellas unas literas de madera. Pronto se sintieron como en casa dentro de la estructura de su «campamento», gestionado conjuntamente por el director de la escuela y el líder de las Juventudes, que les leía historias de fantasmas a la hora de dormir iluminado por la luz parpadeante de las lámparas de queroseno. El director, ahora siempre vestido con el uniforme de las SS, estaba relajado, y no se molestaba nunca en censurar las cartas de las chicas o impedirles deslizarse por el pasamanos de la gran escalinata.[35]

Con su atmósfera de internado y las dinámicas propias de los grupos de un único sexo, los campamentos del KLV ofrecían a los jóvenes un ambiente que les protegía de la realidad social del frente interior. Estaban fuera de las ciudades, a menudo fuera incluso del «viejo» Reich, y aquellos muchachos de entre diez y catorce años desarrollaban una actitud impregnada –tal y como temía la Iglesia– de los eslóganes y la propaganda de las Juventudes Hitlerianas. Friedrich Heiden, que mantenía un diario de su campamento KLV en la zona de Bistrița en el Danubio, entre Hungría y Rumanía, estaba fascinado por la etnografía del pueblo: con su tienda húngara, los pequeños, redondos y escuálidos refugios de ladrillo y barro de los rumanos y los gitanos en el extremo y, en el centro del pueblo, las espaciosas granjas

construidas en piedra que se agrupaban alrededor de la casa del pastor luterano y la iglesia protestante. La mayor parte del tiempo libre se dedicaba a actividades organizadas, especialmente deporte, juegos de guerra y senderismo. Diseñado para cultivar la «camaradería», los largos días en las laderas de los Cárpatos orientales parecían como una prolongación de los campamentos de verano que las Juventudes Hitlerianas organizaban en los años previos a la guerra. Con su sistema de orden y jerarquía, marcado por los diferentes colores de los galones del uniforme, todo estaba pensado para preparar a los chicos y chicas para el trabajo o las baterías de artillería. En los campamentos de Werner Kroll en Dürrbach/Dispe, en Hungría, a los chicos se les animaba a luchar en duelo con varas de sauce durante las ausencias temporales del director: el líder de las Juventudes Hitlerianas decía que eso «forjaba el carácter». Unos pocos días después, el chico al que Werner había golpeado en un duelo destrozó la ventana de una casa judía. Aquella noche el grupo completo de treinta chicos volvió y tiró entre ochenta y noventa piedras a la casa, según las estimaciones de Werner. No fueron castigados.[36]

*

A las provincias anteriormente impopulares de Alemania oriental y meridional se las llamaba ahora afectuosamente «los refugios para los ataques aéreos al Reich», confirmando el enorme vuelco que se estaba produciendo en los movimientos poblacionales. La evacuación masiva ayudó a aliviar la crisis aguda de alojamiento en las ciudades bombardeadas, pero creó una nueva en las ciudades pequeñas y la Alemania rural. Una encuesta llevada a cabo a principios de 1943 por el Bienestar del Pueblo reveló que la mayoría de las pensiones, hoteles y edificios monásticos en zonas seguras del Reich ya estaban completos. En septiembre de 1943, por ejemplo, 1.241 evacuados de Bochum, Hagen, Berlín, Stettin y otras ciudades llegaron a Rügenwalde, en la costa de Prusia oriental, un pueblo con 8.000 residentes. Según crecía el número de evacuados, los lugareños empezaron a ser cada más reacios a acogerlos, y el

alcalde del pueblo y el líder local del Partido –que a menudo eran la misma persona– tenían que ejercer todavía más presión para encontrarles alojamiento.[37]

Cuando Erwin Ebeling, un niño de doce años, llegó a Lübow, cerca de Stargard, en Pomerania, su grupo de mujeres, niños y jóvenes fue llevado a una posada donde fueron «subastados» entre los granjeros locales. Muchos querían tener una mujer con un solo hijo, para obtener mayor beneficio en sus granjas. Erwin y otros diez chicos no consiguieron encontrar «compradores» y tuvieron que dormir en fardos de paja en la casa del porquero hasta que se encontraron familias para ellos. En agosto de 1943, en Naugard, nadie quería acoger a una chica de trece años llamada Gisela Vedder y a su hermana. Al final, el alcalde les dio una cama en su cocina, donde también se ocupaba de su negocio. Mientras se sentaba a beber con sus visitas por la noche, las chicas se escondían bajo las mantas. Incapaces de encontrar a nadie dispuesto a ayudarlas, decidieron volver a casa, y se pusieron a caminar acaloradas y cubiertas de polvo hasta la estación, arrastrando un carrito de madera. En el distrito de Bayreuth, dos mujeres con un niño se sintieron indignadas por tener que compartir una habitación diminuta sin que nadie les ofreciese una comida caliente. Volvieron disgustadas a Hamburgo.[38]

La evacuación masiva fue un éxito organizativo, pero no una victoria de la «comunidad nacional». Al contrario, la experiencia de la evacuación engendró nuevos conflictos en la sociedad alemana. Una y otra vez, las negativas a compartir cocinas y baños con los evacuados se convertían en detonantes de conflictos, y los funcionarios locales del Partido tenían que mediar muchas veces. La Organización de Mujeres Nazis y el Bienestar del Pueblo comenzaron a establecer centros de costura, cocinas comunales y lavanderías para apaciguar estos conflictos.[39]

Pero hacía falta mucho más para generar cualquier sentido de afinidad entre los evacuados y sus anfitriones. En Pomerania había personas que se referían a las madres como «madres bombardeadas» y llamaban a las chicas y chicos «hijos de la metralla», culpándoles además de forma rutinaria por todos los actos de vandalismo. En Baviera, proferían a gritos insultos

tradicionales como «cerdas prusianas» contra las chicas que caminaban por el campo con sus uniformes de la liga juvenil. Hubo mujeres evacuadas que fueron acusadas de desatender a sus hijos y enredarse con hombres locales, un tema que pronto se abrió camino en los informes del SD y de la Iglesia católica, dos organizaciones unidas por el odio mutuo y la convicción compartida de que las «mujeres libertinas» socavaban el orden social y la moral nacional. Era una acusación que ya se había hecho contra otro grupo singular de mujeres –las mujeres de los soldados–, y resultaba una crítica útil para lanzarla contra las inoportunas intrusas. En Suabia, las mujeres de los agricultores se quejaban de que las mujeres refugiadas no las ayudaban con las tareas domésticas rutinarias como limpiar y remendar, y mucho menos con el trabajo del campo, ni siquiera cuando se necesitaban todas las manos para recolectar la cosecha. Para ellas, las holgazanas mujeres de ciudad «parecen creer que debieran ser atendidas con todos los cuidados, como en un hotel». Por el contrario, a las mujeres de clase obrera de Essen, Düsseldorf y Hamburgo, las mujeres campesinas les parecían «simples y estúpidas por lo duro que trabajan», y se quejaban de que no hubiese cafeterías, peluquerías o cines. En Renania-Palatinado, una mujer joven evacuada de Bremen con su hija pequeña encontró la hostilidad de los campesinos en la aldea tan difícil de soportar como el frío y húmedo lugar donde tenía que dormir. Echando de menos su hogar y aislada, le escribió a su suegra: «Los campesinos no quieren recibir visitas. En algunas granjas, simplemente te cierran la puerta de golpe en las narices».[40]

Los representantes de la Iglesia y el Partido pronto se sintieron agobiados mientras intentaban disolver las tensiones sociales generadas por la evacuación masiva. Algunos sacerdotes católicos que visitaron en el otoño de 1943 a mujeres y niños de Renania refugiados en la Alta Suabia, informaron de que se pasaron la mayor parte del tiempo «resolviendo dificultades, resentimientos, hostilidades e incomprensión en los dos bandos». La mayoría de los sacerdotes católicos de Renania eran hombres de edad avanzada, que encontraban físicamente extenuante andar en bicicleta por las aldeas predicando a sus feligreses. Los sacerdotes se

mostraron preocupados porque las mujeres que estaban en Sajonia solían coger el tren a Dresde y Pirna para ir al cine y la peluquería.[41]

En Turingia, baluarte de los Cristianos Alemanes, los evacuados católicos de Barmen recibieron la visita de su sacerdote, Johannes Mehrhoff, que visitó a cuatrocientos de sus parroquianos en diecisiete lugares diferentes. Haciendo las veces de fuente de información, transmitió noticias y direcciones de otros evacuados, facilitando el contacto entre personas evacuadas de diferentes regiones. Muchas mujeres le contestaron por carta expresando su agradecimiento. Para algunas, imbuidas de las tradiciones pietistas de Wuppertal, aquélla fue una oportunidad para expresar su propia búsqueda de un significado religioso en medio de una región cuyo protestantismo les resultaba extraño. Otras le dieron las gracias por el placer que sentían «cada vez que nos llega un saludo suyo y de nuestros seres queridos allá en nuestro hogar». Una madre joven que había sido evacuada con sus dos hijos pequeños escribió: «Y entonces nuestros corazones se sienten bien de nuevo, sabiendo que en nuestro hogar piensan en nosotros. De otro modo, sería fácil rendirse, pero esta certeza siempre nos da nuevo coraje». Turingia demostró ser un lugar difícil para los sacerdotes católicos que trataban de ejercer el ministerio entre sus fieles de Renania. A veces, eran detenidos y amonestados por la policía y los funcionarios locales del Partido que compartían la hostilidad contra los «papistas».[42]

Más allá de los choques entre ciudad y campo, y entre norte y sur –con todas sus consiguientes divisiones culturales evidenciadas por diferentes dialectos, tipos de cocina, religiosidad y forma de vestir–, los conflictos entre los evacuados y sus anfitriones también desarrollaron rápidamente una dimensión socioeconómica. Los refugiados se quejaban de que los tenderos locales se negaban a menudo a venderles artículos, no siendo capaces de entender que estaban alterando el equilibrio en un mundo rural rico en comida pero pobre en dinero. Mientras que la mujer de un campesino con cinco hijos tenía que conformarse con una cantidad de entre 45 y sesenta marcos al mes, la mujer sin hijos de un trabajador cualificado tenía entre 150 y 180 marcos para gastar.[43]

Gran parte de este desequilibrio en el poder adquisitivo provenía del elaborado sistema de subsidios y pagos ideado por el Gobierno central y aplicado por primera vez a los evacuados del Sarre en 1939. El régimen nazi creó un sistema de pagos bajo el encabezado de «apoyo a las familias evacuadas» para aliviar los costes adicionales contraídos por las familias: para viajes y transporte, nuevos muebles y otros artículos domésticos, la pérdida de ingresos por la evacuación, o el coste extra de mantener una segunda casa en los casos en los que el marido seguía viviendo en la ciudad. Todos estos costes se calculaban según unas fórmulas de subsidio. Como el Estado quería esforzarse en que la evacuación funcionase, comer fuera o comprar comida se convirtieron en gastos reembolsables, junto a los trayectos que hubiera que hacer a casa para poner las pertenencias en lugar seguro. Como mucha gente aprovechó esa oportunidad –que permitía también ver a amigos y familiares y evaluar las condiciones en los pueblos y ciudades natales–, los trenes se colapsaron por aquella carga adicional.[44]

La magnitud de los recursos destinados por el Estado a los gastos de los evacuados reactivó –quizá incluso hinchó– algunas economías rurales y locales. Se organizaron comisiones de control regional de los precios que fijaban las tarifas de alquiler, acceso a las cocinas, calefacción y cama para aportar incentivos a los lugareños que aceptasen alojar a evacuados. Decididos a equipar a la «comunidad nacional» con los medios necesarios para enfrentarse a la prueba de los bombardeos de guerra, el régimen promulgó no menos de 39 directivas y enmiendas para regular el «apoyo a las familias evacuadas». Los cálculos se volvieron tan complejos que las autoridades municipales publicaban múltiples modelos para una mujer con cuatro hijos, pues los pagos dependían de si el padre estaba en el Ejército, trabajaba en un puesto eximido de servicio militar o si había muerto. Discrepancias menores respecto a los diferentes niveles de los derechos económicos alimentaban envidias y burlas, y, de hecho, las sumas pagadas eran casi tan grandes como las ganancias del cabeza de familia en tiempos de paz, y a veces incluso más.[45]

La utilización como baremo del salario del cabeza de familia varón fue pensada para preservar el orden social de antes de la guerra. Igual que

ocurría con el pago de los «suplementos familiares» para las mujeres de los soldados, un gasto tan enorme por parte del Estado estaba concebido para que las diferencias previas de salario, clase y rango, permaneciesen intactas, sin causar dificultades. No era una asistencia social igualitaria; tampoco estaba dirigida a los individuos ni a las comunidades. Lo que estaba haciendo la política nazi al reemplazar de manera callada las expectativas de espontánea solidaridad comunal por aquellas provisiones estatales era colocar a la familia en el centro del sistema asistencial.[46]

Sin embargo, en otros aspectos, la familia seguía siendo un obstáculo para aquellos que como Goebbels, Albert Speer y el SD hubieran querido instaurar un sistema obligatorio de evacuación. Pero Hitler nunca se decidió a hacerlo así, de manera que las autoridades locales se veían obligadas a persuadir a los padres para que autorizasen la evacuación de sus hijos. Los funcionarios del Partido se dieron cuenta pronto de que las reuniones con los padres tenían más éxito si estaban a cargo de un profesor o director de escuela experimentado y que gozase del respeto local. Pero a pesar de dedicar grandes dosis de esfuerzo, los padres no siempre daban su consentimiento, y los funcionarios locales del Partido y del Ministerio de Educación a menudo tenían que presionarles para que obedeciesen. Cuando a principios del otoño de 1943 se cerraron las escuelas para evacuarlas al campo, muchos padres reacios fueron advertidos de que seguían siendo legalmente responsables de enviar a sus hijos a la escuela. Muchas familias se quejaron, pero otras enviaron finalmente a sus hijos a escuelas fuera de la ciudad. En Berlín, el Gau del propio Goebbels, algunos niños tuvieron que desplazarse hasta Oranienburg para asistir allí a la escuela y ser hospedados en pueblos cercanos como Nauen.[47]

Los padres no tardaron en imponer sus derechos. El 11 de octubre de 1943, trescientas mujeres protestaron enérgicamente en las oficinas municipales de Witten, exigiendo que se expidiesen cartillas de racionamiento para ellas y sus hijos: en un intento de frenar el regreso de los niños, el *gauleiter* y comisionado para la Defensa del Reich en Westfalia del Sur, Albert Hoffmann, había ordenado que no se entregaran las cartillas de racionamiento de los niños que carecían de razones de peso para volver a

casa. Cuando la policía llegó al lugar, se negó a intervenir, señalando que las madres estaban «en su derecho» y que no había ninguna «razón legal» para retener sus cartillas de racionamiento. Escenas similares tuvieron lugar en las oficinas de suministro municipal en Hamm, Bochum y Lünen. Las madres llevaban con ellas a sus bebés y niños de entre uno y dos años. Algunos de sus maridos, mineros del carbón, acudieron también y amenazaron con iniciar una sentada hasta que se expidieran las cartillas de racionamiento. Como la evacuación seguía siendo voluntaria, las autoridades tuvieron que ceder.[48]

La presencia o ausencia de los maridos marcaba en ese momento una gran diferencia en las decisiones de las mujeres. Después de la tormenta de fuego, los hombres de Hamburgo que servían en la Wehrmacht estaban ansiosos de que sus mujeres e hijos abandonasen la ciudad, mientras que muchas de las mujeres que volvían lo hacían porque sus maridos trabajaban en la ciudad y querían que sus mujeres regresaran. Luego estaban las mujeres a las que se les impedía a toda costa abandonar la ciudad por desempeñar un empleo de especial importancia. En Múnich, las madres trabajadoras protestaron, pidiendo la misma libertad para irse que las mujeres que no trabajaban. Otras se fueron sin más, exacerbando la escasez crónica de mano de obra en las industrias bélicas. En agosto de 1944, el plenipotenciario para el Trabajo, Fritz Sauckel, estipuló que a los bebés y niños se les permitiese partir, para proteger a los «portadores del futuro alemán», pero que las madres de niños de más de un año de edad tendrían que quedarse, a menos que sus patronos les diesen permiso para irse. A pesar de que Goebbels ratificó oficialmente las regulaciones que permitían a las autoridades negarse a registrar para facilitarles raciones y alojamiento a las mujeres que no tuviesen un permiso de salida válido, era evidente que no tenía ganas de iniciar una batalla con aquellas madres que simplemente acompañaban a sus hijos pequeños. Finalmente propuso un gesto de cara a la galería, permitiéndoles trabajar en su nuevo lugar de evacuación.[49]

Para compensar a las amas de casa ausentes en las ciudades cada vez más vacías, la Organización de Mujeres Nazis ordenó a sus secciones locales que proporcionasen comida y ayuda doméstica a los viudos,

mientras que la prensa publicaba recetas simples para hombres así como consejos prácticos sobre cómo coser y remendar. En todas las ciudades destruidas del Reich, las cantinas de los centros de trabajo, que habían sido muy impopulares entre los trabajadores industriales de mentalidad familiar en los primeros años de la guerra, fueron ganando terreno rápidamente. Al suministrar bebidas calientes y refugio, los centros de trabajo se estaban convirtiendo en una especie de sustitutos de los hogares.[50]

A principios de 1944, el modelo de evacuación fue sometido a un replanteamiento fundamental. El gran esquema establecido un año antes por el Comité Interministerial de Daños por Ataque Aéreo de Goebbels había dividido el Reich entre regiones que «enviaban» y regiones que «recibían». Pero las zonas que «recibían» estaban abrumadas por las sucesivas oleadas de evacuados. Ahora Goebbels comenzó a intentar limitar la evacuación, restringiéndola a las grandes ciudades que se vieran particularmente en riesgo. De hecho, las pruebas demostraban que mucha gente hacía todo lo que podía por permanecer en su ciudad natal o cerca. En Ludwigshafen, los trenes especiales y los autobuses que se habían fletado después de unos fuertes bombardeos habían permanecido vacíos durante días, mientras la gente intentaba rescatar sus bienes y encontrar un alojamiento alternativo dentro de la ciudad, en escuelas, sótanos, plantas bajas de oficinas o en los propios búnkeres. Después de los ataques de junio y julio de 1943 sobre Colonia, el *gauleiter* Josef Grohé informó de que más de 300.000 personas que habían abandonado la ciudad estaban instalándose en la cercana zona rural, y muchos se aferraban a la idea de instalarse en cualquier tipo de residencia en Colonia, «ya sea un sótano o un cobertizo de jardín». Con el mismo espíritu, Grohé permitió que los evacuados del vecino Gau de Düsseldorf permanecieran en su región en lugar de continuar, como estaba planeado, hasta Turingia, Kärnten y Wurtemberg.[51]

En el invierno de 1943 y 1944, este tipo de medidas adaptadas a las necesidades locales se convirtieron en la base de un nuevo modelo de evacuación, y se animó al *Reichsbahn* [los ferrocarriles nacionales] a fletar transportes de cercanías que recorriesen cortas distancias y conectasen con autobuses locales y líneas de tranvías. Los ferrocarriles –que ya estaban

colapsados bajo las exigencias transeuropeas de llevar transportes militares, material de guerra, evacuados, convoyes de trabajadores forzados, remesas de alimentos y judíos a los campos de exterminio– se vieron envueltos en una nueva ronda de planificación por un lado e improvisación por otro. Los vagones para ganado fueron reacondicionados como vagones para el transporte diario al trabajo: equipados con bancos de madera, bombillas y estufas, se convirtieron en el nuevo modelo MCi 43. Los desplazamientos diarios al trabajo de muchos evacuados pronto produjeron una nueva fuente de envidias y disputas: aquellos evacuados que seguían viniendo a trabajar en la ciudad desde el campo circundante, ¿tenían derecho a los suplementos especiales de las raciones expedidas que se daban a los que vivían en las ciudades bombardeadas? En Mannheim, estas prestaciones especiales incluían una botella de vino, cincuenta gramos de granos de café auténticos, cigarrillos, además de unos 450 gramos de ternera y unos 225 gramos de puré de manzana. El asunto fue enviado a la Cancillería del Reich, que adoptó una decisión negativa. Naturalmente, algunos fervientes ciudadanos se encargaron de informar a sus vecinos de que habían estado cometiendo un timo.[52]

Tal falta de «solidaridad orgánica» no sólo desafiaba el ideal nazi de la «comunidad nacional». También desafía los esquemas de los historiadores divididos entre aquellos que ven el régimen como una «dictadura consensuada» y aquellos que representan un régimen enfrentado a un creciente derrotismo y oposición social. A pesar de todas sus diferencias, los dos conceptos tienen el mismo defecto: conciben a la sociedad alemana como un todo que o bien apoyaba o bien rechazaba al régimen. La protesta colectiva de las mujeres de los mineros del carbón en Witten –para exigir las cartillas de racionamiento de sus hijos– fue extremadamente inusual. Pero incluso en este caso, lo que pretendían era que el Estado acatase la ley y reconociese la justicia de sus reclamaciones, como de hecho hizo. Muchos de los conflictos sociales que surgieron en tiempo de guerra no se dirigían en absoluto contra las autoridades. Por el contrario, lo que las personas querían generalmente era que las autoridades interviniesen, poniendo firmemente en su lugar a ciertos «camaradas nacionales», a los que

acusaban de comportarse injustamente. A medida que la demanda de plazas en los búnkeres alemanes crecía, la gente que hacía trabajos de guerra comenzó a desafiar el principio de que las madres con hijos eran las primeras: los peticionarios remarcaban que, mientras que ellos no tenían otra opción, las mujeres con niños podían irse evacuadas. A pesar de todo, la «caballerosa» resolución de Göring en favor de las mujeres y los niños siguió vigente. El patrón era similar en otros ámbitos. La demanda creciente de entradas para el cine generaba quejas sobre reventa de entradas, personas que se colaban en las colas, o sobre si se habían reservado sitios suficientes para los soldados de permiso. Como cada área de actividad reclamaba a las autoridades por las injusticias a las que se sentían expuestos, la revista profesional *Film-Kurier* comentaba: «Son muchos los esfuerzos para ayudar a que cada camarada nacional logre sus derechos».[53]

Con sus peticiones, quejas y denuncias ocasionales, los alemanes involucraban a las autoridades en sus conflictos, esperando que impusiesen una «solución justa». Este patrón de comportamiento confirió a la noción de «comunidad nacional» una cierta legitimidad, pues era ella la que proporcionaba la base para reclamar, al mismo tiempo que excluía a judíos, polacos y otros extranjeros. Pero, a la vez, la creciente espiral de quejas y la aparente insignificancia de los conflictos entre alemanes hablan de una nación atormentada que rara vez se sentía como la «comunidad del pueblo nacional» y hacía que las afirmaciones más grandiosas de los propagandistas sonasen huecas. Esto no significaba, sin embargo, que la sociedad se hubiese «atomizado»: lazos familiares, congregaciones religiosas, redes profesionales y círculos de amistad seguían funcionando, como también las comunidades de vecindad basadas en bloques de pisos, vecindarios urbanos o aldeas. A medida que las expectativas de «solidaridad nacional» espontánea se veían progresivamente defraudadas, la gente empezó a ser más consciente de las comunidades inmediatas a las que podían recurrir en el día a día.

Por otra parte, la sociedad alemana todavía se mantenía unida a nivel nacional por las organizaciones de voluntarios de masas como la Liga de Defensa ante Ataques Aéreos y el Bienestar del Pueblo, por las iglesias y el

Partido. Todas estas instituciones tenían que trabajar para superar los nuevos conflictos sociales causados por los bombardeos, la carencia de vivienda y la evacuación. Todo esto producía respuestas ambivalentes al nazismo. Hitler había dejado de hablar con frecuencia en público y parecía demasiado distante para causar un impacto en la vida diaria. Goebbels, cuyas aventuras sexuales y cuya propaganda mentirosa suministraban material para numerosos chistes, era en cambio ampliamente admirado por visitar cada noche los barrios bombardeados de Berlín y apoyar a la población. Los líderes locales eran juzgados por sus apariencias y se contaban historietas sobre su corrupción, su lujuria o su comportamiento tosco que aportaban color a los chistes sobre los *Bonzen* –los «peces gordos»–, mientras que muchos alemanes se veían a sí mismos, por contraste, como gente «pequeña». Pero la mayor parte de las estructuras del régimen nazi parecían simplemente normales, incluidos los subcampos urbanos para prisioneros de campos de concentración que trabajaban limpiando las zonas bombardeadas. El Partido-Estado, en todas sus manifestaciones locales, seguía siendo una fuente primaria de derechos, prestaciones y privilegios raciales, fueran éstos dispensados por los voluntarios del NSV o por las oficinas municipales de las cartillas de racionamiento. Los cambios que se produjeron se centraron en cosas tan pequeñas como mejorar las asignaciones dentro de la escala de raciones suplementarias o simplemente encontrar a la mujer que tenía el control sobre los escasos suministros de abrigos invernales en unos almacenes.

*

El ansia de entretenimiento privado que no fuese político era incontenible. La gente se volvía hacia el Partido, el Führer o las iglesias para las ceremonias de los momentos clave, como los funerales por las víctimas de los bombardeos o las celebraciones anuales como el Día de Recuerdo de los Héroes o el discurso de Año Nuevo de Hitler. Pero durante años intentaron sobreponerse a los sacrificios de la guerra mediante distracciones privadas y que no tuvieran contenido político. El primer programa de radio de este tipo

con un seguimiento masivo fue el *Concierto para la Wehrmacht*. El 31 de diciembre de 1939, la Filarmónica de Viena dio su primer concierto de Fin de Año tocando los valses de Strauss con el objetivo de recaudar dinero para el Auxilio de Invierno del Partido. Actuando bajo la batuta de su director desde tiempos inmemoriales, Clemens Krauss, el concierto fue un éxito tan grande que, al año siguiente, fue trasladado al día de Año Nuevo y emitido en todo el Reich.[54]

A medida que la batalla para mantener alta la moral alemana entraba en su fase clave, la búsqueda de placeres personales y privados se iba haciendo más intensa. Cuando la escritora de Marburgo Lisa de Boor visitó la capital en abril de 1944, se sintió encantada al descubrir que los cines del Kurfürstendamm, indemnes, abrían a las once y media de la mañana y con las salas llenas. La película que había que ver en el invierno de 1943 y 1944 era *El sueño blanco*, un musical escapista sobre hielo, cuya canción más exitosa decía: «Ve y compra un globo de colores / y sostenlo en la mano. / Imagina que te lleva / a una extraña tierra de cuento de hadas». En el otoño de 1943, incluso los noticieros cinematográficos evitaban la cobertura del frente, prefiriendo poner énfasis en lo que el SD llamaba «asuntos de tiempos de paz» como los deportes, trivialidades y acontecimientos de actualidad.[55]

Goebbels siempre había estado dispuesto a gastar cantidades enormes para mantener los teatros en funcionamiento. Entre 1942 y 1943, había destinado 45 millones de marcos a los teatros, casi cien veces más que en la década anterior. Esta suma, que se pretendía que ampliasen además los Gaus y las municipalidades, era una cuarta parte del presupuesto total de Goebbels. Era más de lo que se había gastado en todas las campañas de propaganda, y más del doble de la cantidad gastada en el cine, aunque, mientras que la industria del cine era rentable, el teatro habría tenido que echar el cierre de no ser por los subsidios. Pero, al mismo tiempo que les exigía que se abriesen a las masas, el régimen toleraba la duradera tradición cultural de clase media de los abonos anuales. La magnitud de los recursos destinados a los teatros demuestra que el régimen nazi se tomaba muy en serio el concepto de «cultura alemana» y se esforzaba por satisfacer a las

clases cultas que la encarnaban. Muchas de las trescientas compañías de teatro del Reich operaban durante todo el año, actuando dos o tres veces al día. Para mantener un espectáculo funcionando, se necesitaba como media una producción nueva cada dos semanas: esta media se mantuvo en todo el Reich, con más de 13.000 nuevas producciones durante los años de guerra. Un buque insignia como el Burgtheater de Viena estrenó una docena de nuevas producciones durante la temporada 1943-1944. En febrero de 1944, el último de los nuevos teatros del Tercer Reich abría sus puertas en el pueblo industrial de Gleiwitz, en la Alta Silesia.[56]

Dos tercios de los teatros de Berlín estaban seriamente dañados a finales de 1943, pero los trabajos de restauración comenzaron inmediatamente. A mediados de 1944, diecisiete teatros operaban de nuevo con normalidad, mientras otros cinco todavía estaban siendo reconstruidos. La reparación de la Casa de la Comedia no se abandonó hasta que fue alcanzada por las bombas por cuarta vez en enero. La improvisación estaba a la orden del día. Cuando resultó ya imposible reparar el Teatro Schiller, se siguieron programando funciones en su enorme cafetería, con un reparto estelar reunido para el *Fausto* de Goethe. Aquel verano, Goebbels, que exigía informes mensuales detallados sobre el estado de los teatros en su Gau, sugería actuaciones nocturnas adicionales en las noches de luna llena, cuando a la gente le resultaría más fácil encontrar su camino a casa a través de calles llenas de escombros en la oscuridad. Mientras tanto, varios actores del Teatro Alemán dormían en la estación de la Friedrichstrasse, felices de estar en un «dormitorio» caliente y cercano.

Las actuaciones teatrales nunca habían sido tan memorables. En pleno invierno de 1943, los berlineses empezaron a hacer cola un sábado por la tarde ante la taquilla del Teatro Estatal Prusiano dirigido por Gustaf Gründgens, relevándose unos a otros periódicamente durante la noche, para estar allí a las diez de la mañana del domingo, cuando las entradas salían a la venta. En abril de 1944, Goebbels convenció a varias estrellas del teatro vienés para que fuesen a Berlín a interpretar *El cuento de invierno* de Shakespeare. Ursula von Kardorff consiguió asistir tan sólo unas horas después de haber sobrevivido a un fuerte ataque aéreo estadounidense. Para

llegar al centro tuvo que trepar sobre los escombros y «pasar junto a personas salpicadas de sangre con caras verdosas», tal y como anotó en su diario aquella noche. Pero merecía la pena. «Sentí que me elevaba casi literalmente por encima de mi existencia presente, y que era transportada a un mundo de sueños.» Esta euforia unía a actores y público, proporcionando involuntariamente un sentimiento de intensidad emocional que los directores de teatro, críticos y propagandistas nazis habían ansiado por mucho tiempo. Shakespeare era devorado con tanto entusiasmo en Berlín como en Londres, en aquellos momentos en que la búsqueda de significado espiritual y de indulto personal era tan crucial durante los intervalos que se producían entre los ataques aéreos.[57]

Las representaciones teatrales también proporcionaban un medio para expresar la disconformidad. Durante las funciones del *Fausto* de Goethe en el Teatro Estatal de Berlín, las audiencias se levantaban y aplaudían ostensiblemente cuando Mefistófeles, interpretado por Gustaf Gründgens, declaraba, «Sobre los derechos con los que nacimos / tristemente nunca se hace ninguna pregunta». En *Don Carlos*, Schiller hace que el marqués de Posa se enfrente a Felipe II por la tiranía de la Inquisición, planteándole una exigencia de libertad política y religiosa que hacía ponerse al público de pie tan a menudo, que los directores teatrales empezaron a abstenerse de programar la obra. En el Burgtheater de Viena, que –a pesar de todos los esfuerzos de Goebbels en Berlín– todavía seguía siendo el escenario principal del Reich, la discrepancia adquiría un tono separatista. *Fortuna y fin del rey Ottokar*, de Franz Grillparzer, una obra sobre la trágica caída del último rey de Bohemia, les daba a los conservadores vieneses la oportunidad de levantarse y aplaudir el soliloquio patriótico de Von Hornek alabando a Austria. Y vitoreaban con una intensidad aún mayor cuando el primer emperador austriaco, Rodolfo de Habsburgo, comenzaba a suplicar que la «justicia y el Estado de Derecho prevaleciesen en tierras alemanas». El SD tomó nota de esta «manifestación por parte de elementos reaccionarios variados».[58]

El régimen se tomaba estas pequeñas muestras con toda naturalidad. Cuando un enfadado líder de las Juventudes Hitlerianas en Bremen le

escribió a Rainer Schlösser, el hombre que dirigía los teatros en el equipo de Goebbels, denunciando al Schauspielhaus de la ciudad como un «hervidero de sentimiento reaccionario», fue el propio Schlösser el que le explicó que «los teatros de pronunciado ambiente liberal son esenciales, porque dan satisfacción a un cierto sector del público y garantizan que [esa gente] siga bajo nuestro control». Es posible que Goebbels y Schlösser criticasen las elecciones de repertorio hechas por sus directores de teatro preferidos, especialmente por la galaxia de actores-directores de Berlín, pero en conjunto les dejaban llevar sus locales como considerasen pertinente.[59]

Querer un teatro sin censura, incluso apoyar una versión tradicional de Schiller, no era necesariamente una protesta política sino más bien un redescubrimiento de un tipo de identidad nacional: «el alemán apolítico», profundamente nacionalista pero en un sentido más axiomático que partidista. Era una identidad propia que había cumplido su cometido entre las clases cultas durante la guerra anterior. Dos escritores que eran ampliamente leídos tanto en casa como en el frente y a los que los alemanes cultos volvían una y otra vez en busca de inspiración eran el contemporáneo Ernst Jünger, que seguía publicando durante la guerra, y el poeta romántico Friedrich Hölderlin, que había estudiado con Hegel y Schelling en la década de 1780 y había sido influenciado por Goethe y Schiller a principios de 1790.[60]

Durante el siglo XIX, gran parte de la obra de Hölderlin no se había publicado y había sido menos conocido que sus contemporáneos Joseph von Eichendorff o Theodor Körner. Ellos eran más estridentes, y conmemoraban el heroísmo militar de la guerra de «liberación nacional» contra Napoleón, mientras que Hölderlin era más elegiaco y lírico. Pero fueron precisamente las cualidades místicas y elusivas de su escritura las que atrajeron al poeta Stefan George, que inició el culto a Hölderlin que se convertiría en una actitud patriótica, misteriosa y exclusiva antes de la Primera Guerra Mundial. Uno de los discípulos de George, Norbert von Hellingrath, ayudó a editar y publicar durante la guerra el trabajo inédito de Hölderlin. Cuando se lo enseñó a Rainer Maria Rilke, el poeta se sintió tan

conmovido por los himnos y elegías, que compuso sus dos primeras «Elegías de Duino» como una especie de tributo neorromántico. Hellingrath afirmaba que muchas de las obras de Hölderlin «compartían su secreto sólo con un reducido grupo de personas, siendo de hecho desconocido para la mayoría. Y son inaccesibles por completo para personas que no sean alemanas». Hellingrath murió en Verdún, pero su versión de Hölderlin entró en la conciencia pública en Alemania a través del elitista «círculo George», que veneraba una «Alemania secreta», helenística y aristocrática. Cuando los tres apuestos hermanos Stauffenberg –Berthold, Alexander y Claus– se unieron al círculo en los años veinte, recibieron de inmediato la bienvenida como los descendientes del emperador Federico II de Hohenstaufen, cuya biografía estaba escribiendo otro miembro del círculo, el historiador Ernst Kantorowicz.[N1] El culto a una «secreta Alemania diferente» empezó a circular públicamente. Presente en la obra de otro joven oficial que había prestado servicio en la Primera Guerra Mundial y en los *Freikorps*, Ernst Jünger, se convirtió en el referente literario de la derecha nacionalista contraria a Weimar, creando una herencia que tuvo un atractivo duradero y profundamente personal.[61]

El centenario de la muerte de Hölderlin en junio de 1843 estuvo marcado por la conmemoración de su obra por toda Alemania, siendo el punto principal Tubinga, donde había vivido los últimos 36 años de su vida.[N2] Hellmuth Günther Dahms, mordaz estudiante de posgrado, le escribió a un amigo menospreciando los esfuerzos de los epígonos nazis de secuestrar al poeta y «declarar a Hölderlin el primer hombre de las SS» durante las toscas conferencias oficiales que acompañaron el festival Hölderlin de Tubinga. Pero Dahms encontró el concierto final del festival «profundamente emotivo», especialmente su culminación, el arreglo de Brahms de la «Canción del destino» del *Hiperión*. La primera estrofa proclamaba la armonía del mundo divino, donde «Sin destino, como niños / dormidos, respiran los divinos seres», apartados de los mortales. Su destino se describe en la segunda estrofa:

Mas no tenemos

dónde descansar;
nos desvanecemos y caemos –
humanos que sufren –
ciegos hora tras hora,
como agua lanzada de acantilado
en acantilado,
durante años, al abismo desconocido.

Brahms repetía las palabras finales cuatro veces, ese sumergirse «en el abismo desconocido» – «ins Ungewisse hinab». La actuación dejó a Dahms «silenciosamente convencido de que el efecto de ese momento es tan poderoso que nada contemporáneo se puede comparar con ello, que esta figura única y verdadera puede decir más que todos los estúpidos disparates de nuestros días, que moralmente hablando, el centenario de Hölderlin está al mismo nivel que Katyn». Ésta era una extraña y estridente comparación, al situar al poeta al lado de la fosa común de los oficiales polacos ejecutados por el NKVD. Presumiblemente, la breve referencia a Katyn –que había estado en las noticias durante las siete semanas anteriores– tenía todo el sentido para su amigo, independientemente de lo raro que suene en retrospectiva. Si Hölderlin era la cultura por la que estaban luchando, entonces Katyn representaba la incontenible amenaza de «aniquilación judeobolchevique» a la que se enfrentaba Alemania. No hacía falta que Dahms fuese nazi para pensar así: de hecho, con lo que estaba molesto no era con la utilización de sus valores culturales, sino con el vulgar intento de convertir a Hölderlin en nazi.[62]

En Marburgo, la escritora Lisa de Boor recurrió a la «Canción del destino» de Hölderlin para escribir una crónica sobre su propia reacción a las noticias de los bombardeos con bombas incendiarias de Wuppertal: «Qué horrible es todavía el camino hacia el abismo que debemos recorrer en Alemania. "Hacia las profundidades desconocidas"». Aun deseando la derrota del régimen nazi, detestaba y temía lo que eso podría significar para Alemania. Lisa de Boor acudió a Hölderlin porque expresaba el dilema fundamental de vivir al borde del abismo, ser arrastrado hacia él pero resistir aún moralmente el tirón del destino. Cuando Ursula von Kardorff

escuchó que un viejo amigo –crítico con el régimen en privado– había muerto en combate, recordó el volumen de poesía de Hölderlin que él le había regalado, y su dedicatoria: «Todos conocéis la desoladora pena que nos invade cuando recordamos tiempos de felicidad. Qué lejos están en la memoria, y nos sentimos separados de ellos por algo más implacable que las leguas y las millas». Las palabras no eran suyas. Provenían de *Sobre los acantilados de mármol*, de Ernst Jünger, una obra que Lisa de Boor estaba leyendo con una mezcla de repulsión y admiración.[63]

En diciembre de 1943, la hija de Lisa de Boor, Monika, fue arrestada junto con otros médicos en Hamburgo por pertenecer a un grupo llamado «Candidatos de la Humanidad». Wolf y Lisa de Boor recurrieron a todos sus contactos para conseguir tener acceso a Monika, para escribirle y encontrar un buen abogado nazi que la defendiese cuando se juzgase su caso. Mientras tanto, Lisa posó para un retrato y fue a conciertos de Schubert, Beethoven y Chopin en Marburgo. Se alegró cuando un joven oficial le escribió para decirle que sus artículos cómicos en el *Neue Schau* habían significado más para él en el frente oriental que todos los eslóganes de propaganda que le habían inculcado. Por su parte, «conmovida por los millones de muertos alemanes con cuyos cuerpos se alimenta ahora el suelo ruso», se sentía atraída por la «vieja idea de componer baladas». Sentía igualmente que las ruinas de Kassel y otras ciudades alemanas estaban anunciando «un nuevo nacimiento de Cristo», y que «debemos soportar las pruebas». En enero de 1944, la novela de Ernst Jünger *El trabajador* le habló de «las entidades demoniacas y trascendentales que dominan a la humanidad».

En 1942, el joven oficial del Estado Mayor Claus von Stauffenberg empezaba a rebelarse contra el Führer al que había venerado con anterioridad, sacando fuerza espiritual para resistir a Hitler en las fuentes poéticas que habían alimentado su oposición a la democracia de Weimar: Píndaro, Dante, Hölderlin y Stefan George. Mientras tanto, en Múnich, la estudiante Sophie Scholl acudía a Hölderlin en busca de inspiración al escribirle una larga carta a su novio Fritz Hartnagel para explicarle por qué tenía que oponerse a los nazis. Comparando al poeta con el boxeador Max

Schmeling, señaló que Schmeling podía ser más fuerte, pero Hölderlin seguía siendo superior: «Nosotros no creemos en la victoria del más fuerte, sino en la del fuerte de espíritu. Y el hecho de que esta victoria quizá sólo pueda suceder en otro mundo distinto del nuestro, tan limitado (es un bonito pensamiento, aunque pequeño), no hace que no intentemos lograrla». Sophie Scholl siguió distribuyendo los panfletos de la Rosa Blanca instando a los alemanes a involucrarse en la resistencia pacífica al poder nazi hasta que fue arrestada junto con otros miembros en febrero de 1943. Fueron ejecutados cuatro días después.[64]

Pero ni Hölderlin ni Jünger resultaban inspiradores para todo el mundo en el camino hacia la resistencia antinazi: Helmut Paulus se había llevado las obras del poeta mientras avanzaba a través de Ucrania. En el verano de 1943 y 1944, otro joven soldado de infantería comenzó a dialogar con esos escritores cuando decidió convertir su diario de guerra en unas memorias. Willy Reese, de veintitrés años, era un empleado en prácticas de la banca en Duisburgo, que ya había cubierto cuatro misiones en el frente oriental y volvería a realizar una quinta. Católico no practicante, odiaba las celebraciones nazis y había evitado formar parte de las Juventudes Hitlerianas. Reese había ido a la guerra en 1941 esperando calibrar su propio «bautismo de fuego» con la vara de medir establecida por Jünger en sus relatos de la Primera Guerra Mundial, la más vendida de sus obras. En 1922, en *La guerra como experiencia interior*, Jünger había escrito un guión panegírico sobre la carga erótica de la sangre palpitante y «la orgía frenética» de matar, descrita como: «La vista del oponente nos trae no sólo el terror último, sino también la liberación de una presión pesada e insoportable. Ésta es la voluptuosidad de la sangre que pende sobre la guerra como una tormenta roja sobre negras galeras, en su ilimitado brío parecida sólo al amor». Para Reese, que se había sentido entusiasmado mientras esperaba que su primera y frenética carga de infantería sobre las líneas soviéticas fuese así, la realidad «no fue suficientemente excitante ni desgarradora, y sin embargo, el horror nos contemplaba maliciosamente desde todas partes».[65]

A medida que cada uno de sus periodos de servicio terminaba con una enfermedad o con alguna herida y las consiguientes semanas de rehabilitación en Alemania, el punto de vista de Reese sobre la guerra cambió. Después de sobrevivir a su propia «Pasión rusa» durante el invierno de 1941, Reese eligió dar forma él mismo a una versión más dura y cínica de Jünger cuando volvió al frente en el verano de 1942. Mientras el tren de transporte de tropas les llevaba hacia el este, tomó conciencia de las enormes montañas de armamento y municiones que estaban siendo transportadas y captó la magnitud gigantesca de la guerra por primera vez. Aquello le recordó la dura novela de Jünger de 1932, *El trabajador*. Desafiando la moda de Weimar de contemplar la sociedad industrial desde el punto de vista marxista de la alienación, Jünger había alabado la subyugación voluntaria de los guerreros-trabajadores a una era de máquinas. Reese no tuvo problemas para transferir esa descripción a la progresión militar que podía observar en el este. Reese y sus camaradas jugaban de forma consciente a ser como Jünger. Se llamaban a sí mismos «nihilistas heroicos», hacían discursos sobre cruzadas y llevaban rosas rojas en sus ojales.[66]

Al invierno siguiente, ya no quedaba nada de esa bravuconería. «Sin afeitar, llenos de piojos, enfermos, faltos de espíritu, no más que una suma de sangre, barriga y huesos», estaban unidos por la «dependencia forzada del uno con el otro [...] nuestro ánimo [...] fruto del humor negro, la sátira, las obscenidades, la mordacidad [...], el juego con la muerte, los sesos salpicados, los piojos, el pus y el excremento, nacidos del vacío espiritual [...] Nuestros ideales eran el yo, el tabaco, la comida, dormir y las putas francesas». Como «caricaturas deshumanizadas», Reese y sus camaradas llevaban «existencias aturdidas». Habían alcanzado el estado que muchos soldados del frente oriental describían como «rudo» y «duro». Pero incluso en esta desgarradora descripción de sí mismo había una especie de lirismo, mezclado con autocompasión.[67]

Reese también se había sentido transfigurado, más vivo y cómodo de lo que nunca habría imaginado en el mundo que Jünger había descrito: «En la batalla entre los ejércitos, la vida, con su salvaje deseo de ser, demostraba

ser más fuerte. La guerra nos guía a un reino casi onírico, y algunos que eran de corazón pacífico» –se refería a sí mismo, presumiblemente– «experimentaban una añoranza secreta de sufrimiento y de hacer cosas terribles. Lo primitivo despertó en nosotros. El instinto sustituyó a la mente y al sentimiento y nos sentimos cargados de una vitalidad trascendental».[68]

A salvo del frente tras ser alcanzado por la bala de un francotirador, Reese volvió a Alemania por segunda vez. A pesar de sufrir pesadillas en las que, escribía, «una y otra vez revivo los horrores de la guerra de invierno, escucho el aullido de los proyectiles, los gritos de los heridos, veo a soldados avanzando y muriendo, y me veo a mí mismo como un ser ajeno a mi propio destino, al extremo de la tierra de nadie», Reese volvió como voluntario al frente oriental por tercera vez en el verano de 1943. Ahora ya sólo creía en el viaje espiritual que la guerra le ofrecía: «Quería conquistar el fuego con fuego, la guerra con guerra», escribió. Volver al frente era «una manera enloquecida de regresar al hogar interior».[69]

En ese momento, Reese había sobrepasado hacía tiempo los valores antiliberales de Jünger y su estrecho rango de empatía. Se sentía horrorizado y lleno de culpa por cómo estaban llevando a cabo la guerra. En 1942, escribió «Carnaval», uno de los poemas alemanes más extraordinarios escritos durante el conflicto. Reese escogió un ritmo ligero y cantarín para agitar a los lectores, por contraposición con la franqueza brutal de las palabras:

> Asesinados los judíos
> marchan hacia Rusia
> como una horda que ruge
> amordazan a la gente
> acuchillan sangrientamente
> guiados por un payaso.
> Somos los mensajeros
> de quien todos sabemos
> y caminamos sobre sangre.[70]

Después de haber sobrevivido durante tanto tiempo, Reese por fin había encontrado la causa por la que luchaba, aunque con vacilación. Mientras escribía a su familia una confesión de fe, completa y sin censura, expuso su patriotismo antinazi:

> Por eso quiero vivir y pelear por Alemania, por la Alemania espiritual, secreta, que sólo tras la derrota, tras el final del periodo de Hitler, podrá existir de nuevo y recuperará el lugar en el mundo que pertenece a Alemania. Si lucho, entonces que sea por mi vida; si debo caer, será porque era mi destino. Y quiero sacrificarme también por la futura Alemania espiritual y libre, pero nunca por el Tercer Reich.

No sabía, sin embargo, cómo armonizar su guerra por una «Alemania libre y espiritual» con la «máscara del soldado sonriente» vestido con el uniforme de la Wehrmacht que se unía a sus camaradas quemando aldeas y abusando de mujeres rusas. Cuando Reese terminó su manuscrito en Duisburgo en febrero de 1944 para volver a realizar una quinta misión, cerró sus memorias con otra afirmación de su vitalidad: «La guerra continúa. Una vez más deambulo fuera. Amo la vida».[71]

Parte del atractivo de la épica existencialista de Jünger y el «destino» clásico de Hölderlin era que evitaban asuntos de responsabilidad y causalidad: convertían la guerra en una fuerza elemental, un desastre natural, más allá de la moralidad o el poder humanos. Lisa de Boor, Ursula von Kardorff y Willy Reese se consideraban todos ellos antinazis. Pero, a diferencia de Scholl o los Stauffenberg, no habían llegado a considerar aquella guerra como una «guerra nazi» o a sentir que tenían que hacer una elección política. No podían desear la derrota de Alemania, ni siquiera a pesar de su creciente sensación de profunda vulnerabilidad.

*

La sensación de crisis después de la tormenta de fuego de Hamburgo obligó a muchos alemanes a hablar sobre su propia culpabilidad en el asesinato de los judíos. Pero aquélla era una valoración política provocada por una conmoción externa y una sensación de fatalidad. Lo que los alemanes cultos

estaban buscando en sus cánones musicales y literarios eran respuestas que no dependiesen del tiempo y que estuviesen conectadas a sus propias certezas morales «internas». La noción alemana de la «guerra judía» externa no se redujo, pero cambió de carácter. El asesinato de los judíos se había convertido en el acto culminado e irreversible que debía ser asimilado y comprendido, o, si eso no era posible, al menos dejado a un lado.

Cuando fue enviado a trabajar en la cadena de producción de una fábrica de cajas de cartón en Dresde, Victor Klemperer aprendió a superar sus temores conservadores y su desdén de clase media hacia la clase trabajadora, encontrando a muchos de sus nuevos compañeros de trabajo «arios» más críticos, menos nazis y más generosos hacia él que sus anteriores compañeros académicos. El capataz, un sindicalista de los viejos tiempos, le había expresado su simpatía a Klemperer en marzo de 1944 por haber perdido su trabajo académico a causa de ser judío. Sin embargo, una semana después, este mismo hombre recurriría a la idea de los judíos «archimillonarios» al tratar de encontrar desesperadamente una razón para el último bombardeo aliado sobre Hamburgo. Para gente como él, la idea abstracta de una «plutocracia judía» extranjera ofrecía una explicación que trascendía su aprecio por algunos judíos alemanes individuales. Para que la ferocidad de los violentos ataques aéreos sobre la población civil tuviese sentido, «los bombardeos del terror» requerían una conspiración de un enemigo que estuviese lleno de un odio implacable contra los alemanes y contra Alemania.[72]

En la primavera de 1944, las equivalencias entre los bombardeos y la matanza de los judíos sonaban distintas que en el otoño anterior. Después de Hamburgo, el pánico y la conmoción habían desaparecido, así como los deseos de revertir la escalada mutua, como si el asesinato de los judíos pudiera deshacerse de algún modo para detener los bombardeos. Después de doce meses de ataques masivos prolongados sobre las ciudades alemanas, se habían vuelto una realidad de la vida, y la naturaleza «judía» de los bombardeos se había vuelto axiomática. En lugar de culparse a sí mismos, algunas personas daban consejos sobre cómo dar una vuelta de tuerca más. En mayo de 1944, cuando la Wehrmacht ocupó la capital

húngara, Budapest, la marginación de los judíos en los guetos provocó muchos comentarios, no por lo que significaba para los judíos, sino únicamente por lo que podía significar para los alemanes. En Wurzburgo, al recibir las noticias de que los judíos estaban siendo ahorcados junto a las fábricas, hubo trabajadores que hicieron comentarios como «los húngaros van más adelantados que nosotros; ellos están manejando el asunto de forma correcta». También hubo propuestas de utilizar a los judíos como escudos humanos en las ciudades alemanas. Se conservan una serie de cartas de Goebbels escritas entre mayo y junio de 1944, aconsejando al régimen que informe «a los gobiernos británico y americano de que después de cada ataque en el que mueran civiles, un número diez veces mayor de judíos y judías con sus hijos serán ejecutados». Y varios autores de cartas exponían explícitamente que tales medidas tendrían sobre los británicos y estadounidenses el efecto que las «nuevas armas» y las «represalias» no habían logrado hasta entonces. Irma J., que apeló a Goebbels «en nombre de todas las mujeres y madres alemanas y de las familias de los que viven aquí en el Reich» para que «por cada alemán asesinado cuelgue a veinte judíos en el mismo lugar donde nuestro indefenso y preciado pueblo alemán haya sido cobarde y bestialmente asesinado por el terror aéreo», confesaba al mismo tiempo sus propios sentimientos de impotencia: «porque no tenemos otra arma disponible». El pesimismo subyacente respecto a las defensas aéreas alemanas era palpable, pero también lo era un compromiso de resistir que cada vez se hacía más fuerte.[73]

Escuchar la «Canción del destino» de *Hiperión* o leer a Jünger proporcionaba una imagen a pequeña escala del abismo y un refugio en el ensimismamiento, un lugar seguro en el que los lectores se podían rendir momentáneamente, y poner en orden sus propias reservas morales. Escondiendo la guerra detrás de un velo de abstracciones líricas, este canon literario ayudó a los «alemanes apolíticos» a reinventarse a sí mismos. Eran reticentes a ser sermoneados por los responsables nazis, pero al mismo tiempo se cerraban a la posibilidad de que la guerra pudiera enfrentarles con decisiones políticas y morales inmediatas. En lugar de eso, rebuscaron en su patrimonio cultural para que alguien les ayudase a soportar sus cargas.

N1 Los aristócratas Berthold y Claus von Stauffenberg participaron en el complot contra Hitler del 20 de julio de 1944 y fueron ahorcados. *(N. de la T.)*

N2 Friedrich Hölderlin (1770-1843), que sufría una enfermedad mental –probablemente esquizofrenia catatónica–, vivió esos 36 años en Tubinga cuidado por un zapatero que era un apasionado lector de su obra. *(N. de la T.)*

13

Tiempo prestado

A finales de mayo de 1944, el Tercer Reich todavía controlaba buena parte de Europa, desde la zona ártica del norte de Noruega hasta el sur de Roma, desde el mar Negro hasta los puertos del canal de la Mancha. El 3 de noviembre de 1943, Hitler había promulgado su Directiva General número 51, ordenándole al frente oriental que se las arreglase solo mientras tropas de refresco y nuevos suministros de armamento eran enviados al oeste. El Ejército Rojo había tomado la iniciativa con el contraataque desde la península de Kursk del verano anterior, pero en este momento las tropas alemanas se estaban retirando a una velocidad mucho mayor de la que les imponía el empuje que estaban sufriendo, renunciando a enormes zonas de Ucrania para retroceder hasta detrás de la frontera natural del río Dniéper. Hitler y sus generales esperaban que esta nueva y fortificada «Línea Pantera» contendría al Ejército Rojo mientras algunas preciadas divisiones armadas de combate eran enviadas a repeler el desembarco aliado en Italia y a defender las líneas costeras de Grecia y Francia. La línea defensiva del Dniéper, según Hitler les dijo a sus generales en septiembre de 1943, iba a ser el último muro contra el bolchevismo. La retirada comenzó el 15 de septiembre.

A lo largo de toda la línea de retirada, los alemanes incendiaron todo lo que encontraron a su paso, gastando tiempo y municiones valiosas en la destrucción. Protegiendo la retirada alemana, Willy Reese se sentía «desgarrado por la culpa», horrorizado por esa política de «tierra quemada» que le parecía mucho peor que las primeras acciones alemanas de 1941-1942. Mientras contemplaba aldeas y pueblos enteros convertidos en «un

desierto despoblado, humeante y en llamas, cubierto de ruinas», se dedicaba a beber. Al mismo tiempo, según escribió, la línea de aldeas en llamas, por la noche, «creaba imágenes mágicas y entonces, con mi viejo gusto por las contradicciones, me parecía que la guerra era un asunto estético». Saqueando las aldeas en busca de comida, y los propios almacenes alemanes en busca de alcohol, tabaco y uniformes nuevos, los hombres convirtieron la enorme retirada en una orgía de banquetes, haciendo «grotescos discursos sobre la guerra y la paz», poniéndose melancólicos y confesando su nostalgia del hogar y sus preocupaciones amorosas. Mientras bebían y bailaban en los camiones de ganado que les transportaban al oeste hacia Gomel, encontraron una mujer prisionera y la desnudaron para que bailase ante ellos, embadurnando sus pechos con betún para botas, y haciendo «que llegara a estar tan borracha como nosotros», escribió Reese.[1]

Durante el otoño y el invierno, la posición defensiva del Dniéper se mantuvo, al desplegar Gotthard Heinrici sus escasas fuerzas con una habilidad destacable frente a los ataques frontales masivos contra el centro de la línea alemana. Esa experiencia llevó a los comandantes de la Wehrmacht a creer que las aparentemente inagotables reservas soviéticas se estaban acabando y que sus generales habían aprendido poco. Atrincherados más allá de Vítebsk, Mogilev y Pinsk, la Wehrmacht todavía ocupaba la mayor parte de Bielorrusia y Ucrania, mientras se preparaba para el inevitable ataque una vez que el verano hubiese secado la tierra pantanosa. En el este, según reconocía la directiva de Hitler, los alemanes podían asumir el sacrificio, y «en el peor de los casos, incluso pérdidas grandes de espacio sin peligro de muerte para la supervivencia alemana». En el oeste, en cambio, no podían.[2]

Algunas de las unidades blindadas alemanas dañadas se enviaron a Francia. Para fortificar las costas francesa y belga, se emplearon enormes cantidades de acero y hormigón y mucha mano de obra. Los comandantes alemanes del frente occidental, Rommel y Rundstedt, recorrieron esas fortificaciones ante las cámaras del *Wochenschau*. Los noticieros cinematográficos, la radio y la prensa repetían el mantra de que el Muro atlántico era inexpugnable –algunos ingeniosos vieneses empezaron a

bromear afirmando que también lo era su café sintético– y la imagen de la «Fortaleza de Europa», refugiada tras sus bastiones costeros de los «piratas» británicos y estadounidenses del mar y del aire, convencía incluso a los observadores alemanes más escépticos. Las extraordinarias reputaciones de Rommel y Rundstedt –ninguno de los dos, por cierto, nazi– inspiraban confianza.[3]

En medio de la relativa tranquilidad de la primavera de 1944, por primera vez en más de un año, los bombardeos dejaron gradualmente de ser el centro de las conversaciones; en su lugar, las quejas se dirigían ahora a la escasez estacional de patatas y verduras frescas. La esperada invasión de los Aliados en el oeste se convirtió en el centro de las conversaciones. Los Aliados elegirían el momento y el lugar, pero había grandes esperanzas de que, si lograban hacerles retroceder hacia el mar, sería muy poco probable que pudiesen intentar una segunda invasión antes de que acabase el año. Una invasión aliada parecía ofrecer a los alemanes la posibilidad más tangible de retomar la iniciativa y quitársela a su adversario: si lograban atraerlos al continente europeo, los británicos y los estadounidenses serían derrotados de manera decisiva en el mismo terreno que lo habían sido los franceses y los británicos en 1940. Sería una respuesta adecuada a la destrucción de las ciudades alemanas. La mayor preocupación en la primavera de 1944 era que los Aliados no mordiesen aquel anzuelo, y prefiriesen continuar su larga guerra de desgaste, más segura. Detrás del expectante optimismo acerca de una inminente confrontación en la costa del canal, subyacía un inquieto pesimismo sobre la capacidad del Reich para resistir una guerra aérea de duración ilimitada.[4]

*

En el frente interior, las preocupaciones del SD sobre una revolución social habían sido sustituidas por nuevas preocupaciones sobre el agitado comportamiento sexual que estaban observando; tanto es así, que en abril de 1944 hubo un informe especial sobre el «Comportamiento inmoral de las mujeres alemanas». El problema provenía, en opinión de sus autores –

miembros de la Oficina Central de Seguridad del Reich–, «de la duración de la guerra» y del hecho «de que un amplio número de mujeres y chicas tienen la creciente intención de disfrutar sexualmente de la vida». Al parecer, eran las mujeres de los soldados en servicio las que llevaban la delantera, y todos los pueblos presumían de famosos bares donde aquellas esposas iban a conocer hombres. Muchas jóvenes solteras y adolescentes seguían su ejemplo: el SD señalaba las crecientes tasas de embarazos adolescentes y de enfermedades sexuales entre chicas de catorce a dieciocho años. Éstos eran los argumentos habituales para mandar a las muchachas a los reformatorios, y el SD confirmaba que eso era justo lo que hacían los Servicios Sociales para la Juventud en algunas ciudades. El SD proseguía su informe lamentándose de que las mujeres alemanas estuvieran manteniendo relaciones sexuales con hombres extranjeros, un insulto a la nación alemana, incluso en aquellos casos en los que no se infringían las leyes raciales. También mostraban su preocupación por los niños, descuidados y «descontrolados», a los que les afectaba que sus madres hicieran el amor con hombres de paso en sótanos estrechos, separadas de ellos sólo por finas cortinas, a veces incluso por un simple paraguas. El SD estaba preocupado por cómo afectarían las noticias de las infidelidades de sus mujeres a los hombres que estaban sirviendo en las fuerzas armadas.[5]

Estas descripciones se ven confirmadas por otros testimonios. Uno de los hombres de la unidad de artillería de Kurt Orgel le pidió consejo después de recibir una devastadora carta de su mujer: «La salida está bloqueada», había escrito ella:

> ¿Quién sabe cuándo podrás venir? Quizá no hasta que acabe la guerra. No quiero esperarte. Podría tener cuatro hombres, si los quisiera, en cuanto me diese la gana. Ya basta, ¡yo también lo quiero ahora! También yo quiero por fin tener un par de chicos fornidos. En este momento ¡no sé qué más escribir!

Kurt le dijo al soldado que dejara que su mujer se fuera. Se lo contó a su esposa, Liselotte Purper, puntualizando que «lo que nosotros le exigimos a él –lealtad y constancia–, él debe poder esperarlo de su mujer». Kurt reconocía que tantos «matrimonios de guerra» habían fracasado, que el

propio término se empleaba acompañándolo de sonrisas cínicas y alusiones implícitas. ¿Qué era lo que les hacía a ellos tan diferentes?, le preguntaba Kurt a Liselotte. ¿Acaso era que los otros habían confundido la atracción sexual con el «amor profundo y verdadero»? ¿Eran las otras parejas demasiado jóvenes, o simplemente habían tenido poco tiempo para conocerse? Sin embargo, no se atrevía a plantear la cuestión de cómo había cambiado la guerra las cosas entre Liselotte y él. Ella se había quejado recientemente de haber vivido «como una monja» durante los últimos seis años. Se había dado cuenta de que casi nadie le preguntaba por su marido. De hecho, en 1944, llevar un anillo de boda en Alemania ya no era una señal clara. «Quizá», reflexionaba, «la mayoría de la gente ha tenido malas experiencias y prefiere no preguntar.» La muerte y la infidelidad hacían que las cosas fuesen complicadas.[6]

Tanto en el SD como en la Iglesia católica, los guardianes morales de Alemania, coincidían en términos generales en su misógino diagnóstico sobre el desorden sexual. El SD proponía que se retuvieran los «pagos de la ayuda familiar» a las mujeres de los soldados que no se comportasen bien, y hacía un llamamiento al honor de los soldados para que no se acostaran con las mujeres de sus camaradas. También le pedía al Ministerio de Propaganda que «deserotizase» la prensa, la radio y las películas, prohibiendo las canciones con letras «eróticas». Pero tanto los guardianes nazis como los católicos avanzaban a tientas y, realmente, no sabían cómo restablecer el buen comportamiento. Dejando a un lado sus frustraciones, en el contexto de aquel inicio de 1944, lo que esos informes estaban describiendo era una sociedad que todavía estaba intentando acostumbrarse al esfuerzo y las tensiones de la guerra total. Sus estructuras permanecían en gran medida intactas, y sus expectativas y aspiraciones para la futura posguerra seguían siendo modestas, centradas en volver a tener un hogar, una familia y una carrera en aquellos pequeños mundos locales a los cuales los hombres que estaban en el frente tendrían que volver un día.[7]

El SD también hablaba de un problema que había crecido en parte a causa del culto alemán por los «amores simbólicos», una práctica estimulada de manera oficial para que las muchachas escribiesen y enviasen

paquetes a jóvenes soldados solteros y desconocidos para ellas. «¡Querida, desconocida señorita Gisela! Estarás sorprendida de recibir correo de un soldado desconocido y te hará devanarte los sesos para averiguar cómo di con tu dirección», empezaba una carta de octubre de 1943. Heinz era un joven submarinista emplazado en la zona ártica de Noruega; Gisela, una joven de Berlín, que todavía vivía con sus padres. Durante sus cuatros años de correspondencia, parecen haberse encontrado sólo una vez, cuando Heinz finalmente consiguió un permiso en junio de 1944. Pero el resto del tiempo se esperaban con impaciencia el uno al otro, intentando organizarse para poder verse de nuevo, enviando y recibiendo fotos. Él sujetaba las suyas en su litera, su pequeño pedazo de espacio privado, «y así puedo verte siempre, cuando me levanto y por la noche cuando me voy a dormir, tengo que verte. Y así puedo pensar: "Gisel también está pensando en mí ahora"».[8]

Kurt Orgel y Liselotte Purper seguían escribiéndose cartas de amor cuyo contenido erótico se fue incrementando notoriamente a medida que crecía la frustración por su separación. Reafirmaban su compromiso el uno con el otro y se prometían esperar, manteniendo su vida «real» en pausa. Los sueños y las fantasías les sirvieron de ayuda. Kurt soñó un día que se estaba paseando de noche por la calle de Liselotte en Krumke, cuando ella y Hada aparecían en el sidecar de una motocicleta. Él las abrazaba intensamente antes de que pudiesen siquiera salir. «¡Puedes ver cuán grande es mi necesidad de amor!», le comentó. Le aseguró a Liselotte que en el sueño ella era mucho más atractiva que Hada, a la que todavía no conocía. Cuando le llegó la carta a Liselotte, estaba sentada en la terraza de su casa de campo, tomando el sol y «medio desnuda». Entre bromas, le dijo que «no hace falta llamarse Siegmund [sic] Freud» para interpretar una gran cantidad de significados en el sueño, y le describió uno suyo:

> Yo anoche soñé cosas bastante más fuertes que ir sentada en un sidecar y saludar con la mano... Rezo para ser perdonada, pero anoche otro hombre me tomó entre sus brazos y me cubrió de besos, aunque logré protegerme amablemente diciéndole que estoy casada. (¡No se me olvidó!)

A finales de ese año, después de una noche trabajando juntas en un reportaje fotográfico, Hada y Liselotte le escribieron a Kurt, fingiendo que él podía verlas a través de los ojos de las fotos en la pared: Liselotte calentaba sus largas piernas desnudas contra la estufa; Hada se desvestía para la noche, «y tú no la mirabas de la forma en que un marido debería hacerlo», escribió Liselotte. «La próxima vez, tendrás que darte la vuelta o taparte esos ojos fisgones con alguna prenda.»[9]

Otras personas estaban también experimentando con diferentes maneras de expresarse. Nacido en 1926 en Bremen, Reinhard había pasado su niñez con su padre, fallecido en 1941. Dos años después, se formó como operador de radio, y fue enviado a cubrir su servicio en la relativa tranquilidad de Hungría. Desde allí mantuvo una correspondencia regular con seis jóvenes, que aun conociendo la existencia las unas de las otras, siguieron escribiéndole cartas de amor. Le hablaban de sus «muchos admiradores», de sus decepciones y sus flirteos con otros, e imaginaban lo «atractivo» que debía de ser: «Me gustaría verte con tu uniforme», le piropeaba Eva. Ina imaginaba «guapísimo» a Reinhard con su casco de acero. Todas citaban fragmentos de canciones de películas románticas. Hannelore, que hacía prácticas para ser enfermera en Königsberg, había escuchado «Chica, ya estoy volviendo. / En cuanto venzamos al enemigo, siempre estaré contigo» en la radio y se había acordado de él. Para ellas, la guerra, incluso en 1944, parecía más una aventura que una amenaza, pues para todas había significado una mayor libertad personal. Incluso la más joven de las seis, Ina, una muchacha de dieciséis años que todavía vivía con sus padres, estaba trabajando, preparándose para ser secretaria. Todas fumaban –aunque aceptaban sumisamente su reprimenda– y tomaban sus propias decisiones. Hannelore rechazó instintivamente el acercamiento de un prisionero de guerra francés: aunque era un oficial, parecía tener en cuenta los llamamientos a defender el honor de las mujeres alemanas sin necesidad de decirlo explícitamente.

Reinhard y sus admiradoras no citaban eslóganes políticos ni se decían el uno al otro que «había que resistir», cosa que sí hacían otras parejas como los Guicking o Kurt Orgel y Liselotte Purper. Y también hablaban

menos de sus deseos de que al fin llegase la paz. Tal vez la búsqueda de intimidad fuese «apolítica» en cuanto a su indiferencia hacia los mensajes oficiales, pero indudablemente no era antibélica. Aquellos amigos por correspondencia aceptaban sus obligaciones y sus deberes morales, moldeando la imagen de sí mismos en torno a la atractiva propaganda «blanda» de la música y el cine popular, con su combinación de erotismo y gratificación aplazada hasta el final de la guerra. Habían crecido durante la contienda y la veían como el estado normal, casi natural, de las cosas: en la primavera de 1944, les permitía la libertad de ser jóvenes. Sus flirteos con la promiscuidad habrían conmocionado sin duda a sus padres, aunque aquello difícilmente llegaba a parecerse al fantasma de la disolución moral dibujado por el SD.[10]

El sábado 5 de febrero de 1944, llegó el correo a una pequeña base aérea en Aschersleben, una pequeña ciudad en la escarpada zona noroeste del Harz, y, a los ojos de Hans H., un lugar terriblemente aburrido. El joven de veintitrés años se encaramó a su litera para leer las cartas en privado. Cuando terminó, empezó de nuevo. Luego se puso su abrigo y caminó por el bosque bajo el tenue sol de invierno durante una hora, hasta que alcanzó una estación de tren en un pueblo, donde tomó un tren a otra ciudad. Evitando cuidadosamente toda posibilidad de entablar conversación, Hans consiguió permanecer en un ininterrumpido ensimismamiento, encontrando un café tranquilo en el que pudo concentrarse en las cartas de su novia. Tal y como le describió a Maria al día siguiente, pudo ver con su «ojo interno» cómo ella se levantaba antes del amanecer y viajaba a la estación de Michelbeuern, dónde trabajaba en el despacho de billetes y dónde tenía que esconder sus cartas del padre de Hans, que era precisamente el jefe de estación. «Si sólo tuviese ese ojo interno para transmitirme impresiones, entonces únicamente vería belleza todo el día», afirmaba. Este hijo de un ferroviario de un pueblo del norte de Viena tuvo la destreza de representarse a Maria usando la viveza de su imaginación, situándose en la escena cerca de ella y ayudándola a expedir sus billetes.[11]

Hans necesitó de toda su habilidad para enamorarla. Ninguno de ellos estaba seguro del otro. Como la mayor parte de las nuevas parejas,

comenzaron a poner las bases de su noviazgo creando de inmediato un depósito de recuerdos: el 16 de enero, habían pasado dos semanas desde su primer beso; para el 23 de julio, ya eran veintinueve semanas. En enero, Hans estaba seriamente preocupado por no significar tanto para Maria como ella significaba para él: aunque sus últimos besos se los había dado libremente, la primera vez, él simplemente la había agarrado y se había negado a soltarla. Ella no le había rechazado, pero por las semidisculpas que él daba ahora, parece que tampoco había respondido. Había además otro problema: mantener la relación en secreto ante su padre, que era el jefe de la muchacha. No logró sin embargo escondérselo a su madre y su hermana, y en julio, Maria sentía que los padres del joven la «miraban raro» y hacían «comentarios malintencionados».[12]

Habían pasado tan poco tiempo juntos, algunos ratos en la estación de Michelbeuern –en cuyas plantas superiores vivía la familia de Hans–, que finalmente fueron los miles de besos enviados por correo los que convirtieron su relación en real. Hans se ponía alegre con las canciones emitidas en las tardes de domingo, y esperaba que Maria pudiera haber escuchado a Zarah Leander cantando «Sé que algún día habrá un milagro». Él estaba preocupado por su reputación de seductor en el pueblo, y le aseguraba a Maria que el servicio militar le había cambiado para bien. Pero Maria, que era dos años menor, también había tenido algunos admiradores locales. Hans le confesó que la sola idea de perderla a favor de alguien que hubiese conseguido librarse del Ejército y quedarse en casa era como sufrir «un robo durante un apagón», y le juró que si alguien «va y me quita a mi chica, le mataré. Lo haré, como si fuera un ruso». Aunque sospechaba que la empleada del correo del pueblo abría y retenía por despecho las cartas que Hans le enviaba, Maria consiguió esquivar las miradas escrutadoras de la aldea austriaca. En su vejez, Maria confesó haber mantenido también correspondencia con otros nueve jóvenes en aquel mismo momento. Como con las seis admiradoras de Reinhard, esto no era algo inusual, pues nadie podía estar seguro de su futuro.[13]

Tras servir en Rusia y después en Italia, donde su Segunda División de Paracaidistas había tomado el control de Roma en septiembre de 1943, la

vida en el aeródromo de Aschersleben era aburrida, y Hans detestaba además los gustos musicales de sus camaradas. Aquellos jóvenes veteranos no se esforzaban demasiado en las tareas de limpieza, de las que tenían que responder ante unos ingenieros civiles. A finales de mayo de 1944, fueron trasladados al oeste, a otra base aérea cerca de Colonia, donde Hans pudo tomar el sol y se quedó profundamente impresionado por el estoicismo de la población. Le contó a Maria que los ataques aéreos sobre Viena, que ella había visto desde la distancia, no eran peores que los que los habitantes de Renania habían estado soportando noche y día durante los últimos tres años. Luego, una semana después de que él y sus camaradas hubiesen llegado al Rin, su división fue enviada a Francia.[14]

*

En mayo de 1944, el teniente Peter Stölten se detuvo en París, vagabundeó de los Campos Elíseos a Montmartre, disfrutó de Notre Dame y del Moulin de la Galette y devoró una langosta con vino de borgoña, seguida de auténtico café. Stölten formaba parte de la División Panzer-Lehr, que acababa de regresar al oeste tras participar en la ocupación de Hungría. Se habían necesitado setenta trenes para transportar a los hombres con todo su equipamiento. El joven berlinés, aspirante a pintor, estaba emocionado por el estilo de los parisinos y por aquel «mundo elegante» que hacía tiempo que había desaparecido de las ciudades alemanas. Apenas perturbados por el zumbido de las alarmas antiaéreas, Stölten y su amigo Hermann habían explorado la capital durante quince horas antes de caer rendidos en sus camas; mientras se quedaban dormidos, seguían repitiendo en alto el nombre de la ciudad encantada «igual que soldados en una película patriótica murmurando el nombre de sus amadas en el campo de batalla».[15]

Peter Stölten era casi dos años menor que Willy Reese, que en aquel momento también había sido enviado al frente. Su unidad dejó la aldea de Jurkovasteno, donde había pasado varios meses tranquilos, compartiendo la cama con una muchacha rusa. «Fue difícil», le escribió en una carta a su tío al día siguiente,

> por todo lo que significaba. La noche anterior, estuve con Klara en la cama y la consolé hasta que cayó en un sueño agitado, pero cuando la besé y le dije adiós ayer por la mañana, ella seguía llorando [...] El padre me deseaba suerte y la madre me bendecía. Y esa gente ¿se supone que son enemigos? Nunca.

Willy Reese tuvo que dirigirse a Vítebsk, precisamente el sector del frente que más interés tenía en evitar.[16]

Stölten y Reese habían comenzado su servicio militar al mismo tiempo, en 1941, en el frente oriental. Mensajero motorizado en una división de blindados, Stölten había tenido dos bajas por forúnculos supurantes; después, gracias a su entrenamiento, tuvo suerte y fue admitido para formarse como oficial, y lo hizo lo suficientemente bien como para ascender de suboficial a teniente rápidamente. El año 1943 estuvo aprendiendo a dominar los «Goliaths», que, desmintiendo su apodo, eran vehículos de control remoto en miniatura cargados con fuertes explosivos, que se empleaban para atacar estructuras fortificadas. Tras haber hecho prácticas con el más valioso de los tanques pesados, el Tiger, Peter Stölten consiguió entrar en una de las divisiones acorazadas más elitistas de la Wehrmacht, a pesar de su falta de experiencia en combate. La 316.ª Compañía, a la que Stölten se unió, estaba especializada en blindados, tanto Goliaths como Tigers. Desde París, Stölten y sus camaradas fueron enviados al departamento de Eure-et-Loir, en Normandía, donde la división formó parte de la reserva blindada del Grupo de Ejércitos B de Rommel. En aquel escenario de viejos molinos, palacios y árboles en plena floración, Stölten sintió una punzada de nostalgia y el viejo arrebato de colocarse frente al paisaje y sacar sus cuadernos de bocetos.[17]

El 5 de junio, el tiempo era tan horrible en el canal de la Mancha, que los alemanes cancelaron su reconocimiento aéreo y naval. Sin capacidad para prever a largo plazo el tiempo en el Atlántico, no sabían que una breve tregua estaba a punto de abrirse en mitad de la tormenta. Aprovechando ese momento, aquella misma noche, salieron del punto de reunión al sureste de la isla de Wight los enormes convoyes aliados con sus seis acorazados, veintitrés cruceros y ocho destructores. Los desembarcos dependían del

efecto sorpresa, de la velocidad y de la concentración de fuerzas: eran los factores a tener en cuenta para ganar las playas de Normandía frente a la superioridad numérica y la potencia de fuego de las 58 divisiones de la Wehrmacht.[18]

Dos días después de que comenzase la invasión, Peter Stölten se encontraba en medio de la batalla, luchando contra el 2.º Ejército británico por el control de Caen. Enfrentándose a las unidades de la 7.ª División Acorazada británica delante de Bayeux, la División Panzer-Lehr estaba expuesta a los bombardeos de los buques desde el mar, el fuego de artillería terrestre y los veloces y enormes bombarderos que daban cobertura al desembarco británico y estadounidense. El 10 de junio, Stölten escribió a su familia para decirles a sus padres que las ametralladoras aéreas habían hecho trizas sus pocas pertenencias y que, con su barba de varios días, parecía el jefe de una banda de ladrones. «La responsabilidad es enorme. Pero todos tenemos nervios de acero», escribió. A pesar de sus tres años de servicio militar, aquélla era la primera batalla a gran escala de Stölten, y ser capaz de calmar sus nervios bajo el fuego enemigo le parecía una garantía de que la línea del frente sería mantenida.[19] Hacia el oeste, la 352.ª División de Infantería se había derrumbado ante la arremetida, lo cual permitió abrir una brecha en la línea alemana, que los británicos explotaron lanzando una incursión por el flanco al otro lado de la línea y ocupando rápidamente la aldea de Villers-Bocage, antes de ser empujados de vuelta por una compañía de tanques pesados de las SS. La línea alemana se mantuvo, aunque por poco.

El 20 de junio, Stölten escribió a su casa: «Todos estamos preocupados, pero nos sentimos tranquilos de una manera que sólo se da en el frente occidental. No tengo casos de [gente que haya perdido los] nervios». En la misma carta relataba que el día anterior había participado en un fallido contraataque durante el cual su propio vehículo había caído en una zanja, con su fusil apuntando hacia abajo, mientras veía con impotencia cómo dos de sus amigos más cercanos se quemaban en su tanque. También les contó a sus padres que otro buen amigo había sido «alcanzado a mi lado» cinco días antes, en su blindado.[20]

El 26 de junio, el 7.º Cuerpo Estadounidense capturó el puerto de Cherburgo, totalmente destruido y, por el momento, inutilizable. Caen, a pesar de ser uno de los primeros objetivos de las fuerzas de desembarco, continuaba bloqueando la salida aliada de la península de Normandía. Mantener el control sobre el Canal de Caen y el río Orne, así como el nudo de carreteras, les permitió a los alemanes gozar de una buena posición defensiva, e impidió a los Aliados el acceso a las tierras más llanas y menos arboladas en las que era posible instalar aeródromos. El 2 de julio, Peter Stölten supo que su división había sido retirada de la línea del frente y enviada al oeste para apuntalar la defensa de Saint-Lô contra los estadounidenses. Quejándose por este parón en el combate, y deleitándose en su rol de aventurero, obsequió a su familia con una frase alegre y deslumbrante digna de Ernst Jünger, declarando que «una vida sin experiencias excitantes se ha convertido en insoportable para nosotros, que no somos burgueses».[21]

Expulsar a los alemanes de Caen les llevó a los británicos hasta el 18 de julio, mientras que los estadounidenses no capturarían Saint-Lô, en poder de la División Panzer-Lehr, hasta un día después. Cercados por los altos setos y arboledas de esa frondosa región, ambos bandos se veían limitados por su escasa capacidad de maniobra y su carencia de visibilidad. Peter Stölten ya no estaba, temporalmente, en la línea del frente: a principios de julio, su compañía había sido retirada para reconstruir otra unidad, el 302.º Batallón Panzer. Decidido a permanecer con sus camaradas y defenderse heroicamente hasta el final, Stölten se opuso enérgicamente e incluso saltó a una motocicleta para ir a persuadir al comandante de su regimiento de que anulase aquella orden, «la más insensata, estúpida y triste de mi vida». Fracasó. Durante su regreso, furioso, Stölten se estrelló. «[Vuestro] Hijo en el hospital de campaña, desgraciadamente no herido en la batalla, sino a resultas de un accidente», escribió triste e irónicamente a su casa desde el hospital militar de Le Mans el 8 de julio.[22]

Conmocionado por el accidente y con miedo a perder su ojo izquierdo, Stölten temía igualmente un consejo de guerra por su osadía al conducir solo una motocicleta. Pasó su primera semana en Le Mans tirado en la cama

e imaginando «todas las posibilidades, desde un batallón de castigo hasta prisión o degradación de rango». Sabía que el accidente le había salvado de una muerte casi segura. Cuando el coronel tiró los cargos contra él a la papelera, no pudo sentirse alegre. Por el contrario, le contó a Dorothee cómo él y el grupo de jóvenes oficiales que habían hecho el entrenamiento juntos habían evaluado la situación militar al principio del desembarco y cómo

> llegamos a la seria y sencilla conclusión de que ninguno de nosotros huiría de su responsabilidad y de que nuestras vidas estaban acabadas [...] Y ahora que ninguno de esos tenientes está vivo y que todos esos Tigers se han perdido, sé que sólo mi accidente [...] me salvó de lo que nos esperaba.

Aquel descanso forzoso del combate le resultaba difícil de llevar, y le confesó a Dorothee que necesitaba la camaradería, la tensión y el olvido del frente de batalla.[23]

Mientras Stölten se recuperaba, los restos de su orgullosa división fueron destruidos lentamente por la apabullante superioridad de las 140.000 tropas aliadas atacantes. El 25 de julio, 2.000 bombarderos aliados destrozaron las posiciones alemanas en la demostración más devastadora de poderío aéreo en el campo de batalla hasta esa fecha. La División Panzer-Lehr se encontraba directamente en su camino. El 5 de agosto, cuando se ordenó que sus restos regresasen a Alençon para ser reparados y que los hombres pudiesen descansar, la división había dejado virtualmente de existir: salió de Normandía con sólo veinte blindados en funcionamiento. Tras haber logrado encerrar a las fuerzas estadounidenses y británicas en la península de Cotentin, el resto del 7.º Ejército alemán se encontraba ahora prácticamente cercado en la bolsa de Falaise.

El ojo de Peter Stölten se salvó, y al fin pudo abandonar el hospital de campaña de Le Mans. Mientras convalecía en un hotel en Verdún, cayó en una depresión, inundado por un sentimiento de culpa por sus amigos y ya no tan seguro de cuáles eran las causas por las que estaba luchando. El 24 de julio, le escribió a Dorothee que el «mundo» no le parecía «interesante, sólo monótonamente triste y compuesto de una mezcla indescriptible de

apatía y tensión». Dos días después, le dijo que esperaba que le olvidase, porque «estoy avergonzado; hace una semana que no soy nada, nada más que una fuerza interior [...] Lo que puedo darte es muy insignificante».[24]

Encontró alivio no en el dibujo o la pintura que había elegido como oficio, sino escribiendo febrilmente por la noche. Pero no redactó un diario o unas memorias, sino un diálogo dramático entre tres jóvenes soldados y dos mujeres. Les dio a dos de los hombres los nombres de sus amigos muertos, Theo y Karl, y a una de las mujeres la cautivadora vitalidad de su prometida Dorothee, e hizo que sus personajes debatieran entre ellos sus dilemas. En las mejores líneas, Karl afirma que no hay ni Dios ni propósito en la guerra, ni en esos hombres que se arrastran hacia su propia muerte como moscas hacia una trampa gigante. Theo adopta en cambio la postura opuesta, de índole religiosa, insistiendo en la idea de que los hombres retroceden atónitos ante el misterio de lo divino:

> «Mis formas no son las tuyas, porque así como están de altos los cielos sobre la Tierra, están mis pensamientos sobre los tuyos.» Todo lo que pensamos y decimos lleva la impronta de las limitaciones del hombre. Pero el sobrecogimiento religioso es el primer paso más allá de la dolorosa experiencia de los límites del hombre: querer saber sobre lo infinito, y sólo ser capaz de conocer lo finito.

Para el personaje de Angelika, Stölten se obsesionó con Dorothee: «Imagínate como una flor que florece, madura, esparce su semilla, se marchita y cae otra vez a la tierra». De forma nada sorprendente, era el amor por la vida de Angelika el que lograba reconducir a los tres jóvenes, y guiaba al más tranquilo de los tres, Michael, a hacer una apasionada declaración sobre la cualidad transformadora del amor humano. Sólo el amor logra escapar de los confines mortales del cuerpo humano: «¡Amor! Es el anhelo de una unión con lo mejor y la voluntad de diluirse en la belleza. Con este sentimiento y esta voluntad queremos aprender a derrotar al mundo como Empédocles».[25]

Stölten le reconoció a Dorothee que su reto literario había consistido en darle un sentido a la guerra «concediéndole la última y más importante palabra a Hölderlin (y no a la Biblia), y garantizándome las mejores

probabilidades». Si Stölten se volvió hacia la obra de teatro *La muerte de Empédocles* del poeta como fuente de inspiración, fue el *Hiperión* del mismo Hölderlin el que le dio la clave con la que Stölten había intentado vivir en Normandía: «Has sido ahora puesto a prueba, y debes demostrar quién eres». Cuando su división ya había sido destruida y sus amigos íntimos estaban muertos, Stölten llegó a la conclusión de que los Aliados disfrutaban de una superioridad tecnológica que los alemanes no podían aspirar a derrotar: «a medida que el tiempo va pasando, es la [ventaja] material la que gana», le había escrito a Dorothee. Podía ver cómo la guerra había cambiado profundamente desde la aventura que él –y su cohorte completa de muchachos recién salidos del *Gymnasium*– había temido perderse en 1939-1940. Pero en los aspectos fundamentales, permanecía intacto. Había sido educado en los valores patrióticos de «devoción», «valor», «disposición para la acción», «sacrificio personal» y «lealtad», y éstos seguían estando vigentes.[26]

Criado en el pietismo alemán y educado en teología en Tubinga a finales de la década de 1780 y comienzos de la de 1790, Hölderlin había perdido su fe. Lo mismo les sucedió a Willy Reese y Peter Stölten, que rechazaron respectivamente a las Iglesias católica y protestante de su niñez. Esto no les convirtió en materialistas o nihilistas, a pesar de los coqueteos de Reese con Jünger. «Pero es innegable», escribió Stölten en su diálogo teatral, «que hay una cosa que no existe: el vacío.» Estos «vagabundos» tardorrománticos seguían estando interesados en su propio viaje espiritual.[27]

*

El 19 de junio, mientras Stölten seguía las batallas de Normandía desde su hospital de campaña, los partisanos soviéticos entraron en acción en Bielorrusia, poniendo más de 10.000 cargas bajo las vías del tren al oeste de Minsk. Volvieron las siguientes cuatro noches, infligiendo un daño enorme en las vías que abastecían el frente alemán, entre Vítebsk y Orsha, Polotsk y Molodechno, y todas las que iban hacia Minsk, Brest y Pinsk. Aunque las

unidades de retaguardia alemana lograron rechazar muchos de los ataques, más de mil puestos de transporte se vieron afectados, impidiendo a los alemanes movilizar refuerzos y suministros. Los ataques ralentizaron el movimiento lateral de las tropas a lo largo del frente y su retirada.

Con más de 140.000 hombres, las 150 brigadas partisanas soviéticas de Bielorrusia estaban entre las fuerzas de resistencia más poderosas en la Europa bajo ocupación alemana, y habían sobrevivido a los intentos a gran escala de sacarlos del interior de los bosques. En su lucha brutal para controlar la retaguardia, el 9.º Ejército alemán había vaciado regiones enteras, designándolas después «zonas muertas» y trasladando a la población adulta a «campos de trabajo» itinerantes. La Wehrmacht impedía que escapasen o se uniesen a los partisanos acorralando y secuestrando a los niños. A medida que la ocupación alemana se volvía cada vez más criminal –culminando en la transfusión forzosa de sangre de los niños para sus heridos–, incluso muchos colaboracionistas locales bielorrusos y unidades de policía empezaron a unirse a los partisanos. Los métodos alemanes contra la resistencia implicaban un coste militar: al tener que destinar un número considerable de tropas a la «pacificación» en la retaguardia, los sobrecargados ejércitos alemanes carecían de reservas que pudieran ser utilizadas para resistir un ataque soviético.

Durante la noche del 21 al 22 de junio, la Fuerza Aérea Roja comenzó a bombardear la retaguardia alemana con una relativa impunidad. Cuando amanecía el día del tercer aniversario de la invasión de 1941, los batallones de reconocimiento soviético comenzaron a penetrar las líneas alemanas. Los comandantes de la Wehrmacht esperaban que el Ejército Rojo volviese a iniciar su ataque allí donde más exitoso había sido en el invierno y comienzos de la primavera de 1944: o bien en el norte, donde el sitio de Leningrado había sido levantado cuando el Ejército Rojo empezó una ofensiva contra los finlandeses el 10 de junio; o bien en el sur, donde los ejércitos alemanes habían sido empujados fuera de Crimea y mucho más allá del Dniéper, por lo que ahora carecían de barreras defensivas naturales que les protegiera. Confirmando las expectativas alemanas, las concentraciones más pesadas de blindados soviéticos permanecían en el sur.

Pero el ataque principal se produjo donde los alemanes menos se lo esperaban: contra el Grupo de Ejércitos Centro, que se había defendido tan eficazmente durante el otoño de 1943.

Esta vez, los comandantes soviéticos no lanzaron oleadas humanas contra las armas alemanas, como habían hecho previamente. Habían perdido demasiados hombres y los generales soviéticos habían aprendido finalmente de los alemanes algunas lecciones tácticas clave. El camino a través de los campos minados alemanes fue abierto por blindados especialmente adaptados, con arados sujetos para detonar las minas en su recorrido. La infantería estaba protegida y apoyada por tanques, artillería autopropulsada y bombarderos, actuando todos como una unidad integral. Éstas eran las tácticas que la Wehrmacht había empleado tan exitosamente en 1941, pero ahora los soviéticos disfrutaban de una superioridad enorme en blindados y potencia de fuego. El asalto continuó durante la noche, iluminado por focos reflectores y bengalas.[28]

También a nivel estratégico se habían aprendido lecciones fundamentales. Los principales puntos de ataque habían sido cuidadosamente escogidos, y tomaron al Alto Mando Alemán completamente por sorpresa. En Babruisk, el 1.º Frente bielorruso de Rokossovski usó puentes y calzadas de madera para atacar a través de los aparentemente impenetrables pantanos de Prípiat, en un movimiento del flanco que les llevó hasta la retaguardia alemana. Mientras tanto, el 3.º Ejército soviético irrumpió a través de las líneas alemanas más al norte. Era la primera vez que el Ejército Rojo lanzaba el clásico ataque en «pinza» alemán, y el resultado fue la destrucción del 9.º Ejército alemán. Atrapados en un embolsamiento alrededor de Babruisk, fueron empujados rápidamente a luchar por las ruinas del pueblo. Cuando el pueblo cayó el 29 de junio, el periodista y escritor Vasili Grossman presenció los resultados:

> Los hombres caminan sobre cadáveres alemanes. Cadáveres, cientos y miles de ellos, pavimentan la carretera, yacen en zanjas, bajo los pinos, en medio de la verde cebada. En algunos lugares, los vehículos tienen que circular sobre los cadáveres, de tan densamente como yacen en el suelo [...] Un hervidero de muerte allí donde se llevó a cabo la venganza.

Unos 50.000 alemanes murieron, atacados por la artillería y bombardeados en un espacio reducido. Otros 20.000 fueron capturados; sólo 12.000 hombres fueron capaces de escapar hacia el oeste, abandonando prácticamente todo el armamento.[29]

En el norte, el avance del Ejército Rojo hacia Vítebsk y Orsha resultó igual de exitoso, y las fuerzas soviéticas pudieron cruzar el río Dviná el 24 de junio. Para el 27, ambas ciudades habían caído, y los comandantes soviéticos estaban en posición de poder lanzar ejércitos mecanizados de refresco hacia las enormes brechas abiertas en la línea del frente alemana. Apresurándose hacia Minsk al oeste, y tras asegurar los pasos sobre el río Svisloch, sortearon el grueso del 4.º Ejército alemán, el orgullo del Grupo de Ejércitos Centro, que fue abatido en una serie de batallas al este de la ciudad. El 4 de julio estaba atrapado en el mismo tipo de movimiento envolvente masivo que habían sufrido los ejércitos soviéticos en Bielorrusia tres años antes. Y del mismo modo que la difícil situación del Ejército Rojo había empeorado en 1941 por las repetidas órdenes de Stalin de detenerse, el 27 de junio de 1944 Hitler dio la orden de resistir, negándose a permitir la toma de Babruisk, Vítebsk, Orsha, Mogilev o Minsk hasta que fue demasiado tarde para salvar a la mayoría de las tropas. Aunque Hitler hubiese sido más flexible –y no hubiera creído que la situación era la misma a la que sus ejércitos se habían enfrentado en la retirada de Moscú en diciembre de 1941–, no es seguro que el Grupo de Ejércitos Centro se hubiera podido salvar. Entre el 22 de junio y el 4 de julio, perdió veinticinco divisiones, más de 300.000 hombres. Perdería al menos otros 100.000 soldados en las siguientes semanas, haciendo pequeña por comparación la derrota de Stalingrado, al alcanzar el número de víctimas alemanas por vez primera las 5.000 por cada día de combate. Willy Reese se encontró con la embestida en el sector de Vítebsk, y formó parte del gran número de «desaparecidos en combate»; al final, todos ellos serían contabilizados entre los 740.821 soldados alemanes muertos en el frente oriental en la segunda mitad de 1944.[30]

La falta de reservas hizo que los alemanes no pudieran impedir que los soviéticos se aprovecharan de su avance. Las fuerzas de Rokossovski se

dirigieron desde el suroeste de Minsk hasta Baránovichi, utilizando unas pocas carreteras clave a través de Bielorrusia, y también hacia el noroeste, adentrándose en los estados bálticos. El Ejército Rojo liberó Vilna el 13 de julio, amenazando con aislar al Grupo de Ejércitos Centro en la costa báltica. Ese día, Kónev lanzó su largamente esperado ataque a los dos grupos de ejércitos alemanes en el sur, empujándoles hacia el interior de Hungría y Rumanía, y desplegó el poderío completo de sus ejércitos de blindados dirigiéndolos hacia Leópolis, Lublin y el río Vístula en el oeste.

El 17 de julio, 57.000 prisioneros alemanes fueron exhibidos por las calles de Moscú; era una demostración sin precedentes de las victorias soviéticas, y una burla de la arrogancia racista de sus enemigos. Pero ese verano, muchas unidades del Ejército Rojo masacraron a los alemanes que habían apresado antes incluso de que pudieran ser registrados como prisioneros. Una joven oficial del Ejército Rojo recordaría años después cómo había visto a los hombres de su unidad matar con saña a sus prisioneros alemanes con bayonetas. «Esperé», recordaba, «esperé mucho tiempo a que sus ojos se desbordasen de dolor. Las pupilas. ¿Os sentís consternados al escuchar esto? ¿Es cruel? ¿Y si hubiesen encendido un gran fuego en medio de la aldea, ante vuestros ojos, y arrojasen a él a vuestra madre? ¿A vuestra hermana? ¿A vuestro querido maestro?»[31]

El 27 de julio, Leópolis fue finalmente liberado. Durante los siguientes tres días, el 47.º Ejército bajo las órdenes de Radzievsky avanzó rápidamente hacia Varsovia desde el sureste. En un último esfuerzo del exhausto flanco, el general envió su 8.º Ejército de Blindados de la Guardia y el 3.º Ejército de Blindados a liberar la ciudad desde el nordeste. Pero cuando los dos cuerpos alcanzaron Wolomin el 30 de julio, fueron abatidos por contraataques alemanes. Varsovia estaba todavía a quince kilómetros, pero las tropas soviéticas que había avanzado trescientos kilómetros en cinco semanas –desde las orillas del Dniéper y el Dviná hasta el Vístula– estaban exhaustas y habían rebasado sus líneas de suministro.

El 1 de agosto, los ejércitos polacos ocultos iniciaron una insurrección en Varsovia que pilló a la guarnición alemana con la guardia baja. En un ataque a plena luz del día a las 16.00 horas, los insurgentes, escasamente

armados, fracasaron no obstante al intentar capturar posiciones clave. Para hacer empeorar las cosas, pronto se demostró que el levantamiento era inoportuno desde el punto de vista militar. Durante la hora posterior al envío de la orden para el levantamiento, el general Bór-Komorowski, comandante del Ejército Nacional, supo que los tanques soviéticos que habían sido vistos en Wolomin no iban a poder liberar inmediatamente el distrito de Praga en la orilla este del Vístula. Tomar el distrito de Praga le llevaría al Ejército Rojo hasta los días 13 y 14 de septiembre. Con sus cabezas de puente sobre el Vístula en Sandomierz y Magnuszev, el Ejército Rojo podía evitar Varsovia, en lugar de llevar a cabo una costosa batalla para desalojar a los alemanes de la ciudad. No estaba claro si a los soviéticos les interesaba o no esa operación.[32]

Bór-Komorowski, actuando sin el respaldo del Gobierno polaco exiliado en Londres, también había cometido un error de cálculo político. La sublevación estaba diseñada para presentar al Ejército Nacional polaco como los liberadores armados, y no como meros espectadores pasivos de la conquista soviética. Pero los soviéticos ya habían dado pruebas de que no tolerarían ninguna fuerza independiente y no comunista al arrestar rápidamente a las unidades del Ejército Nacional que se habían encontrado patrullando en Lublin el 22 de julio. Una vez rotas todas las relaciones con el Gobierno polaco en Londres tras el desastre de Katyn, ahora no estaban dispuestos a reconocer su legitimidad, y habían instalado su propio gobierno títere, el «Comité Polaco de Liberación Nacional». No había perspectiva alguna de que estuviesen dispuestos a tolerar que hubiese representantes del gobierno exiliado con base en Londres en la misma Varsovia. Si el Ejército Rojo estaba preparado militarmente, o no, para intervenir de una manera más vigorosa en las primeras semanas del levantamiento, sigue siendo una cuestión discutible. Pero a medida que el levantamiento se prolongó y llegó hasta el mes de septiembre, no cabe duda de que podían haberlo hecho. En cambio, las fuerzas soviéticas tomaron el distrito de Praga, ocupando posiciones a lo largo de la orilla este del Vístula; allí esperaron, mientras Stalin hacía todo lo posible por bloquear

los intentos británicos y estadounidenses de lanzar ayuda a los polacos desde el aire.[N1]

Tras haber pasado la mayor parte de la guerra en la capital polaca, el capitán Wilm Hosenfeld se encontró de repente formando parte de la plana mayor de su comandante, viviendo así el servicio activo por primera vez desde septiembre de 1939. El 4 de agosto de 1944, escribió a su casa: «Hasta ahora no había sido testigo de los horrores de la guerra. Por eso las experiencias de estos días me han conmocionado». Dos días más tarde, le dijo a su familia que estaba seguro de que los polacos lucharían con determinación, señalando que «incluso el despliegue de tanques y los bombardeos pesados parecen no causar un impacto real en los rebeldes. Cuando calles enteras han ardido y la población civil huye a cualquier lugar, los rebeldes ocupan los escombros y comienzan a disparar. Disparan contra cualquiera que pase por la calle».[33]

Como oficial de inteligencia del Ejército, una de las tareas de Hosenfeld era interrogar a prisioneros polacos. Durante la primera semana, los alemanes no tomaron ninguno. El 8 de agosto, Hosenfeld anotó en su diario que los alemanes estaban sacando y asesinando a los civiles de los sótanos mientras volvían a conquistar algunas partes de la ciudad: «Ayer sólo los hombres fueron asesinados, en los días anteriores también mujeres y niños». En el distrito Wola de Varsovia, la Brigada Dirlewanger –una unidad especial compuesta por criminales alemanes profesionales, cazadores furtivos y hombres de las SS en periodo de prueba– ejecutaron a todos los civiles que pudieron encontrar, desde pacientes de hospitales hasta niños, alcanzado unas cifras de entre 30.000 y 40.000 muertes. Hosenfeld observó desde el cuartel general las «largas columnas de civiles» que eran llevadas hacia la periferia occidental de la ciudad, y registró lo que le dijo un oficial de policía alemán: «Los civiles tienen que ser eliminados. Parece ser que hay una orden de Himmler de matar a todos los hombres». El comandante de las unidades de las SS llegó a telefonear al comandante del 9.º Ejército para preguntarle: «¿Qué debería hacer con los civiles? Tengo menos municiones que prisioneros».[34]

Por primera vez, Hosenfeld comenzó a autocensurar lo que les escribía a su mujer y a sus hijas, ahorrándoles este tipo de detalles, mientras intentaba darles una visión global precisa: «De hora en hora la ciudad se hunde en los escombros, entre explosiones y bombardeos. Hay calles en las que todos los edificios han sido sistemáticamente quemados. Hay que cerrar los ojos y el corazón. La población está siendo destruida despiadadamente». Intentando establecer una escala moral comparativa, Hosenfeld señaló que «incontables ciudades alemanas también yacen en ruinas». De hecho, todo aquello le recordaba al diluvio bíblico, ocasionado por el «pecado y el orgullo humanos». Sus obligaciones y el vino tinto que ahora tomaba en cada comida –el alcohol era una novedad en su dieta– estaban resultando suficientes para aliviar el estrés de lo que estaba viviendo: «Pase lo que pase, tengo buen ánimo». Mientras tanto, la lucha había llegado a un *impasse*, ya que ningún bando era suficientemente fuerte para desplazar al otro. Mientras muchos de los oficiales a su alrededor predecían que lograrían sofocar la insurrección y después contendrían al Ejército Rojo en el Vístula, Hosenfeld seguía convencido de que los soviéticos barrerían pronto las debilitadas líneas alemanas. Le confió su valioso reloj a un compañero oficial, que volvía a casa, para que se lo hiciese llegar a su esposa.[35]

El 21 de agosto, la 302.ª División Panzer de Peter Stölten, que había sido retirada de Normandía y enviada el este, alcanzó los alrededores de Varsovia. No era un buen destino para alguien que acababa de declarar su «deseo de fundirse con la belleza». Tan pronto como llegó, le escribió a Dorothee diciéndole que «se supone que la lucha está siendo particularmente dura, difícilmente imaginable. Mañana veremos» añadió filosóficamente. Pocos días después de su llegada, Stölten fue herido de nuevo, y seis de sus hombres resultaron muertos. Uno de los pequeños Goliaths había detonado su cargamento de fuertes explosivos cerca de su propio vehículo de mando. Pocos días después, volvió a suceder lo mismo, y otros dos hombres murieron. «El enemigo nos disparó, detonando mil kilos de explosivos a sólo tres metros de mi vehículo», escribió Stölten a su casa, añadiendo:

> No me considero culpable. Pero eso no cambia la situación. Si traes la mala suerte contigo eres estigmatizado, como si fueras culpable. Es una maldición. Puedo verlo en las caras de todos. Después de la explosión, estuve tendido durante horas, ciego, entre los heridos que gemían. Ahora estoy tranquilo y seguro. Creo que la mala suerte y la responsabilidad educan a un hombre.

Stölten sintió esa repentina pérdida de confianza de manera aún más profunda mientras escribía afanosamente cartas de condolencia a las familias de los hombres muertos.[36]

La crueldad y la violencia de los combates casa por casa superaba todo lo que Peter había visto antes, le dijo a Dorothee el 26 de agosto, incluido el bombardeo de las ciudades alemanas. Se sentía capaz de escribir sobre «la guerra en Varsovia y la heroica resistencia de los polacos, sólo satíricamente, no de una manera adecuada para una mujer». No estaba bromeando. De nuevo, volvió a la escritura para dramatizar su crisis moral. Entre los combates, las pérdidas y la ansiedad de estos primeros días en Varsovia, de algún modo encontró tiempo para escribir un trabajo de dieciséis páginas que tituló «Sátira: la selva en combate». Stölten se lo envió a su padre, pidiéndole que no le mostrase el escrito a su madre, apegado al código que exigía evitarles a las mujeres los detalles que le parecían realmente perturbadores.[37]

La «Sátira» de Stölten no podía ser menos parecida al diálogo elegiaco que había escrito apenas seis semanas antes. Los protagonistas eran un grupo variopinto, que incluía desde viejos soldados de infantería alemanes –pocos de los cuales mantenían todos sus miembros intactos– y unidades de policía alemanas, ocupadas en «prender fuego otra vez a las fachadas no completamente calcinadas», hasta «cosacos y auxiliares [...] con los brazos cubiertos de brazaletes y relojes, como el cuello de una jirafa hembra». El saqueo estaba a la orden del día, con «soldados de todas las nacionalidades cargando con todos los objetos imaginables envueltos en sábanas». Había aprendido a no interferir con la Brigada Kaminski, que «viola a mujeres, les corta los pechos o tira sus cuerpos por las ventanas».

Después de Stalingrado, la unidad de auxiliares de policía de Bronislav Kaminski había sido ampliada hasta llegar a ser una «brigada» de entre

10.000 y 12.000 «voluntarios», reclutados mayoritariamente en los campos de prisioneros de guerra soviéticos y equipados con tanques y artillería requisada a los soviéticos; en junio de 1944, la unidad había sido absorbida por las Waffen-SS. Las «legiones del este» habían ido surgiendo de forma similar, a medida que los alemanes confiaban cada vez más en los combatientes extranjeros para asumir la amarga y brutal lucha contra los partisanos. La 1.ª División cosaca se formó en abril de 1943, la División estonia de las SS en mayo de 1944: hacia el final de la guerra, la mitad de las tropas de las Waffen-SS, unos 500.000 hombres, provenían de fuera del Reich. Muchas de las atrocidades cometidas en Varsovia –aunque no todas– fueron atribuidas a esas unidades indisciplinadas.[38]

Stölten se dio cuenta de que los alemanes estaban reconquistando Varsovia gracias enteramente a sus «tanques, bombarderos en picado, armas antitanque y antiaéreas disparando horizontalmente, artillería, lanzacohetes» y «sobre todo, desertores que nos revelan las entradas a los pasos subterráneos. Entonces rompemos un conducto de agua y todo se inunda». O bien los alemanes lanzaban al interior cócteles molotov «haciendo que los cuerpos salten por el aire en las explosiones». Stölten modeló su prosa sobre la macabra poesía expresionista de Gottfried Benn, pero su «Sátira» se hundió bajo el peso de su propia conmoción. Horrorizado, y profundamente avergonzado, Stölten ahora era incapaz de mantener la ligereza del tono y la distancia irónica con la que había comenzado, así que abandonó finalmente su autocensura al referirse a Varsovia y, por primera vez, escribió a su casa explicando cómo era de verdad el combate: «Ejecutamos a los [combatientes polacos] que se rinden. ¡Bandidos! Disparo en la nuca. El siguiente se tumba a su lado. ¡Disparo en la nuca!». Igual que Hosenfeld, Stölten presenció cómo los civiles capturados eran separados por sexos antes de ser obligados a marchar en filas, y dejó entrever todavía mayores atrocidades perpetradas contra ellos: «Algunos han visto también otras cosas, pero eso no es de nuestra incumbencia. ¡¡¡GRACIAS A DIOS!!!».[39]

No quería que Dorothee, su madre y su hermana viesen su sátira, pero el 28 de septiembre, después de cinco semanas de lucha entre las ruinas de la

ciudad, le confesó a su prometida:

> Uno está acostumbrado a los cadáveres masculinos, que han pertenecido desde hace tiempo al orden natural. Pero cuando todavía reconoces la belleza una vez radiante entre los restos destrozados de las mujeres, una vida completamente diferente, cariñosa, inofensiva; aún peor, cuando encuentras niños, cuya inocencia despierta en mí el amor más intenso, incluso en las horas más oscuras, sin tener en cuenta su aspecto o su idioma... Los veo, y pienso que no puedo ni debo escribir sobre esto.

Tropezándose con su absoluta ruptura con las reglas que se había autoimpuesto, criticó a aquellos «hombres que prohíben a los suyos y a las mujeres en general leer libros sobre la guerra» con el argumento de «que tú [Dorothee] también necesitas tener los ojos abiertos y conocer el peligro», sugiriendo que lo que los alemanes estaban haciendo en Varsovia, otros podrían perpetrarlo en Berlín. Mientras se enfrentaba a las nociones recibidas sobre los roles masculinos y los femeninos, Stölten se dio cuenta por primera vez de que tales normas establecidas basaban su validez en el «aura de heroísmo masculino» en la que había crecido y, en muchos sentidos, seguía creyendo.[40]

Wilm Hosenfeld también suscribía la descripción oficial de los insurgentes polacos como «bandidos» que obligaban a la población civil a protegerles. Aún con más intensidad que Stölten, afirmaba que la Wehrmacht había conservado su honor intacto en Varsovia, y que los peores actos habían sido cometidos por los «voluntarios» rusos de la Brigada Kaminski, o por las unidades de las SS y la policía. Pero, después de ver a la artillería alemana incendiar la cúpula de una gran iglesia, Hosenfeld tuvo que dar la impactante noticia de que había 1.500 personas refugiadas allí dentro. También se sentía afectado por el tratamiento brutal a las prisioneras femeninas. El 27 de agosto, tres chicas, simples estudiantes de instituto, fueron sometidas a un interrogatorio por haber distribuido panfletos y mapas. Él esperaba –según les contó por carta a su mujer y a sus hijas– poder evitar que fuesen ejecutadas. Pero no consiguió sacarles nada; concluía su carta afirmando que carecía de la «crueldad que aquí se

considera adecuada y que se utiliza habitualmente». Todas, observó, llevaban un medallón religioso o una imagen de la Virgen.[41]

Stölten disfrutó de un breve respiro cuando su comandante en jefe, diseñador de interiores en la vida civil, le dio permiso para ir a buscar un lugar donde alojarse en alguno de los mejores pisos del centro de Varsovia, que amuebló con «estatuas, sofás, tapices gobelinos, etc.». «Pronto», Stölten le contó a Dorothee, «todo esto arderá.» En su refugio temporal, intentó reproducir el piso de sus padres en el frondoso barrio de Zehlendorf, y enseguida contó que «amueblé un salón al estilo de nuestro comedor». Saqueando la colección de discos de su residencia, bailó bajo el sonido de los foxtrots, tangos, valses y polcas en su habitación, acompañado sólo por las sombras profundas que dibujaba la luz de una vela de un metro y medio de alto. También Beethoven le sirvió de ayuda: Stölten se sintió tan conmovido al escuchar la obertura *Egmont,* que le escribió a Dorothee sugiriendo que eso es lo que debería transmitir la radio, «en lugar de todos los discursos nacionalsocialistas». «Ésa es la verdadera fuente de la fortaleza.» En medio del combate, él y su superior vagaron por los apartamentos medio derruidos, oyendo el crujido de sus botas sobre los cristales, el polvo de yeso acre flotando en el aire, mientras observaban las extraordinarias obras de arte que habían permanecido extrañamente intactas. Más de una vez, los dos hombres sacaron fotos de algún niño rubio, y se encontraron diciendo al unísono: «Esperemos que esté bien». Mientras Stölten comenzaba a arrancar las láminas de algunos volúmenes de historia del arte, esperando salvar de las llamas algo de la herencia cultural de Varsovia, se convenció de que allí existía una cultura urbana que «Alemania realmente no puede igualar». Era justo lo opuesto a todo lo que se había inducido a pensar a los alemanes sobre los polacos.[42]

Después de tomar el lado oriental, la orilla del Vístula donde se sitúa Praga, el general Rokossovski envió unidades de voluntarios polacos en la noche del 14 al 15 de septiembre. Resultaron abatidos por los alemanes, y Peter Stölten tomó parte en la acción. Entretanto, los insurgentes que seguían resistiendo apenas tenían ninguna posibilidad, pues carecían de apoyo de los soviéticos, no tenían armas pesadas, disponían de muy pocos

fusiles, y su munición y su comida eran escasas. El distrito de Mokotów cayó el 27 de septiembre, y Żoliborz tres días después. El 2 de octubre, después de frenéticas negociaciones para asegurarse ciertas concesiones por parte de Alemania respecto al tratamiento que se daría tanto a sus combatientes como a los civiles, las fuerzas polacas situadas en el centro de la ciudad accedieron finalmente a capitular. Esa misma noche cesaron todos los combates.[43]

Tanto Wilm Hosenfeld como Peter Stölten presenciaron la rendición polaca. Mientras Hosenfeld contemplaba las «filas infinitas de insurgentes», se sentía asombrado por su

> porte orgulloso [...] Gente joven, sólo oficiales de mi edad, y no muchos [...] Niños de diez años llevando sus gorras militares con orgullo: habían cumplido con su deber como mensajeros y para ellos era un honor marchar hacia el cautiverio al lado de los hombres. Detrás de cada escuadrón de sesenta hombres venían las mujeres y las muchachas [...] Cantaban canciones patrióticas, y ninguno mostraba señales de las cosas tan terribles que han padecido.

Durante los 63 días que duró la insurrección, Hosenfeld se había mantenido fiel a la terminología oficial, llamando a los insurgentes «bandidos», describiendo a las jóvenes prisioneras a las que quería salvar como descarriadas, y explicando todo apoyo civil como forzado. Ahora que el mando alemán les había reconocido finalmente como una fuerza legítima a la que aplicar el estatus de prisioneros de guerra, Hosenfeld se sintió libre para expresar su absoluta admiración: «Uno puede percibir aquí el gran sentimiento nacional, y la manera tan verdadera y tan espontánea en que lo expresa este pueblo que ha soportado cinco años de sufrimientos inmerecidos».[44]

Stölten no estaba menos conmovido con la «demostración» de «orgullo nacional inquebrantable» de los polacos mientras marchaban hacia el cautiverio, sintiendo que se habían ganado completamente su honor militar –«pues, Dios es mi testigo, lucharon mejor que nosotros». Después de combatir en Varsovia durante cuarenta y dos días, Stölten sentía que estaba viviendo un acontecimiento que «ensombrece todos los efectos teatrales de una gran tragedia». Como Hosenfeld, lo que le llevó a identificarse con los

polacos fue el hecho de que manifestaban los mismos valores en los que él creía, incluso de una forma más pura y abnegada: «Nosotros», concluía, «aún no hemos asumido la resistencia y el nacionalismo, el coraje para el sacrificio y la fuerza». La constatación de que una nación derrotada era capaz de una resistencia heroica también le motivó a ver por primera vez la ocupación alemana desde el otro lado: «Yo tampoco habría querido vivir bajo administración alemana», escribió. Mientras en los campos de batalla de Normandía había sido testigo de cómo el «espíritu» alemán era derrotado por el «material» aliado, aquí, confirmó, era el «material» alemán el que había aplastado al «espíritu» polaco. Había vivido con la convicción de que la voluntad nacional y la fe inquebrantable triunfarían sobre la adversidad material y no podía aceptar esta lección obvia. «¿Hay alguna justicia en la historia?», le preguntaba a Dorothee, volviendo temporalmente a reflexionar sobre aquel misterio que había rechazado de plano unos meses antes en Le Mans: «Los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos».[45]

Mientras la unidad de Stölten era enviada a defender las aldeas de Prusia oriental, Wilm Hosenfeld volvió al centro de Varsovia, donde a su viejo regimiento se le ordenó convertir la línea del frente de la ciudad en una «fortaleza». El Ejército y las SS se ocuparon simultáneamente de cumplir las órdenes del Führer de borrar Varsovia de la faz de la tierra. La población entera fue evacuada a la fuerza. El primer trabajo de Hosenfeld fue llevar a la prensa neutral y a la alemana a visitar las ruinas. Las pequeñas cosas que se encontró le recordaron la destrucción de su propio hogar, al tropezarse entre las ruinas del teatro con montones de trajes y partituras musicales destrozadas. Le daba vueltas a la idea de la destrucción en sus cartas a Annemie y le preguntaba: «¿Es distinto en casa? ¿Qué aspecto tiene Aquisgrán ahora?».[46]

Hosenfeld tuvo problemas para encontrar edificios que sirviesen como barracones militares y oficinas para el nuevo cuartel general del regimiento. Mientras estaba viendo una casa en la avenida Niepodległości el 17 de noviembre, se encontró con la figura esquelética de un judío buscando comida en la cocina y, después de escucharle tocar a Chopin, le ayudó a

esconderse en el ático. Esa noche, mientras Hosenfeld estaba tumbado despierto en la oscuridad, imaginó sus conversaciones con sus camaradas muertos. «Es increíblemente reconfortante hablar con ellos», le contó a su mujer. «Me siento plenamente vivo y apoyado en su compañía [...] Y entonces veo a mis seres queridos en casa, a ti y a los niños. Veo a los pequeños dormidos, a los niños cansados, y a la mayor y a ti con los ojos muy abiertos observando en la noche y viniendo hacia mí.» Tuvo cuidado de no mencionar que estaba escondiendo a un judío por si acaso un censor llegaba a abrir sus cartas. Hosenfeld ya había ocultado previamente a judíos en el estadio deportivo en el que solía correr antes del levantamiento; éste del que se estaba ocupando ahora resultó ser un conocido pianista, Wladyslaw Szpilman, y durante algunas semanas, Hosenfeld le llevó comida regularmente, mientras la guarnición usaba las plantas bajas de la casa como oficinas.[N2] Entretanto, recuperó su confianza, y por primera vez desde el levantamiento empezó a sentir que los alemanes podrían contener a los soviéticos en el Vístula.[47]

*

El 25 de julio, el bombardeo de la División Panzer-Lehr de Peter Stölten cerca de Saint-Lô marcó el comienzo de la liberación estadounidense de la península de Normandía. Después de tres días de batalla, las sobrecargadas divisiones alemanas fueron incapaces de cubrir los huecos en sus líneas. Igual que había ocurrido durante el avance soviético en Bielorrusia, la Wehrmacht carecía de suficientes reservas móviles en Normandía para evitar que los estadounidenses aprovechasen todo su empuje. Avranches cayó el 30 de julio, y al día siguiente, divisiones blindadas del 3.º Ejército de Patton capturaron el puente de Pontaubault y se adentraron en Bretaña.[48]

El 7 de agosto, el 8.º Cuerpo de Ejército de Estados Unidos sitió la ciudad portuaria de Brest. Aquel puerto en el que fondeaban los submarinos U-Boot era muy importante para los alemanes. Hans H. formaba parte de las 40.000 tropas alemanas que lo defendían. El ánimo de aquel paracaidista austriaco seguía alto, tal y como le escribía a Maria, que seguía vendiendo

billetes de tren en Michelbeuern: «Ahora los Tommys están intentando matarnos con bombas y artillería. Pero no nos importa, porque estamos bien instalados bajo tierra». Habían tenido suficiente comida y bebida, aunque durante la marcha forzada a través de Bretaña Hans había perdido su mochila; con ella, todas las cartas de Maria, así como sus utensilios para el afeitado y media docena de calcetines. Estaba feliz porque en Brest había recibido otras ocho cartas de ella. En su respuesta, Hans le prometía a Maria que su amor y su buena suerte les harían superarlo todo: «No permitiré que mi valor se hunda. He tenido suerte, tú eres mi talismán. Y sé que vas a seguir dándome suerte». La carta de Hans salió de Brest en un U-Boot. Sería la última. Brest resistió durante seis semanas, y cuando al fin cayó el 19 de septiembre, casi nada seguía en pie en la ciudad.[49]

Entretanto, el 15 de agosto, el 7.º Ejército de Estados Unidos desembarcó en la costa mediterránea entre Marsella y Tolón bajo el mando del general de dos estrellas Alexander Patch. Mientras que las mejores fuerzas alemanas habían sido concentradas en el norte, en el Grupo de Ejércitos B, el suroeste de Francia estaba ocupado por las mal equipadas divisiones del Grupo de Ejércitos G de Johannes Blaskowitz. Hitler aceptó inmediatamente que Blaskowitz tendría que retirarse, si es que aún podía, hacia el este, hacia Alsacia-Lorena, o arriesgarse a ser capturado en una pinza entre los ejércitos de Patton y Patch.

Después de un día de alarmas y retrasos inexplicables, Ernst Guicking partió el 17 de agosto, conduciendo uno de los últimos camiones que transportaban el hospital de campaña n.º 1089 del 19.º Ejército. En Aviñón, el puente estaba tan gravemente dañado que, para reducir el peso, tuvo que dejar la mitad de su carga detrás y repetir luego el viaje hasta Orange. Había muchos rumores sobre paracaidistas tomando tierra, y la amenazante presencia aérea era constante. El 18 de agosto, Guicking estaba atrapado en medio de otro largo puente cuando éste fue bombardeado, y se quedó sentado en su cabina mientras veía las bombas caer en el agua. A lo largo de la carretera a Valence, la columna de vehículos que transportaba heridos alemanes tuvo que parar varias veces para responder a diversos ataques de «terroristas», como generalmente solía llamar Ernst en su diario al maquis.

Incluso ahora, en aquella huida precipitada de la arrolladora fuerza estadounidense a través del campo hostil, controlado por la Resistencia francesa, la característica confianza de Guicking no le abandonó. Tras haber visto por primera vez prisioneros estadounidenses, y aun sabiendo que estaban llegando desde Grenoble para intentar cortar la retirada alemana hacia el Ródano, Guicking permaneció optimista: ellos «sólo pueden disparar hacia el valle con artillería», escribió. «La infantería es demasiado cobarde para una batalla en campo abierto.»[50]

En el norte, el 7.º Ejército alemán estaba ahora atrapado en un embolsamiento alrededor de Falaise. Rodeadas por tres lados, disponiendo tan sólo de un estrecho corredor para escapar al este, entre Falaise y Argentan, las mejores fuerzas alemanas en el frente occidental estaban en peligro de ser completamente rodeadas. Tras reemplazar a Kluge por Walter Model –el «bombero» que acababa de reforzar en el frente oriental las nuevas líneas defensivas a lo largo del Vístula–, Hitler finalmente autorizó la retirada. La mitad de las fuerzas alemanas restantes, entre 40.000 y 50.000 hombres, atravesaron la brecha antes de que británicos y canadienses fuesen capaces de cerrarla. Tuvieron que abandonar casi todos sus vehículos blindados y su equipamiento pesado. Entre 10.000 y 15.000 soldados alemanes murieron. Fue la primera batalla de envolvimiento en la que los Aliados occidentales se veían implicados desde su llegada al continente europeo, y estaban espantados por la carnicería. Cuando el comandante supremo de la Fuerza Aliada Expedicionaria, el general Dwight D. Eisenhower, visitó a pie el campo de batalla, experimentó una sensación similar a la de Vasili Grossman en Babruisk, tomando nota de que «durante cientos de metros, era literalmente imposible caminar sin pisar nada que no fuesen muertos y carne en descomposición». Cuatros días después, el 25 de agosto, París fue liberada.[51]

En el sur, los estadounidenses trataban de cortar la retirada alemana hacia el este. El Grupo de Ejército de Blaskowitz únicamente podía confiar en una división blindada, la 11.ª Panzer, para cubrir la retirada entera del 1.º y 19.º Ejércitos desde Montélimar. Los blindados mantuvieron la carretera abierta el tiempo suficiente para que la mayoría de las tropas

alemanas pasasen. El 27 de agosto, Ernst Guicking estaba en Lyon, enviando heridos a los hospitales de campaña, evitando los tiroteos con los «terroristas» en las calles y rescatando piezas de motor de los restos ametrallados de un autobús de hospital. «A estos canallas no les importa la Cruz Roja», señaló, aunque, de hecho, las entradas de su diario muestran que ese tipo de ataques eran raros. La retirada se veía acompañada a diario por las visitas de los «Jabos», los cazabombarderos, pero la mayor parte del tiempo se limitaban a zumbar sobre sus cabezas. Guicking encontró tiempo para enviar un paquete de tabaco y dos cartas a casa, el paquete a través de la ruta fiable de un soldado que volvía de permiso, y las cartas a través del correo normal, que, al menos en los pueblos más grandes que había a lo largo de la línea de retirada, todavía funcionaba.[52]

El 3 de septiembre, Ernst Guicking cruzó el Ródano y siguió conduciendo bajo la luz de la luna a través de Dole, «infestada de terroristas». Le siguieron Besançon, Vesoul, Champagne y Épinal. En Remiremont, los rodamientos de la rueda delantera del vehículo de Guicking estaban destrozados y tuvieron que ser reconstruidos con trozos de otras partes. El 10 de septiembre, los ejércitos de Patch y Patton se unieron, pero la 11.ª División Panzer siguió defendiendo la retirada alemana. El 13 de septiembre, el pequeño convoy de Guicking alcanzó el paso de los Vosgos occidentales que marca la frontera franco-alemana, donde fueron recibidos por miembros de las Juventudes Hitlerianas que les saludaban. Guicking y sus camaradas devolvieron el saludo. «Ahora estamos en suelo alemán», anotó aquel día. «Un sentimiento terrible.» Exhaustos y deprimidos por su retirada, pero felices por haber escapado, los hombres se quedaron dormidos en sus vehículos. A pesar de todos los intentos aliados para impedírselo, la retirada de última hora del Grupo de Ejército de Blaskowitz había salido bien.[53]

En el norte, el Grupo de Ejércitos B también pudo llevar a cabo su retirada, cruzando el Sena las últimas unidades a finales de agosto. Pero no fue capaz de defender la barrera del río más tiempo de lo que habían logrado hacer franceses y británicos en junio de 1940, al intentar reagruparse en la otra orilla. Los alemanes abandonaron Bruselas el 3 de

septiembre, y la ciudad portuaria clave de Amberes al día siguiente. Ahora, mientras la Wehrmacht comenzaba a retroceder hacia la frontera alemana, el Alto Mando alemán ordenó la reactivación precipitada de las fortificaciones belgas a lo largo del canal Albert entre Amberes y Aquisgrán, y la del Muro occidental alemán desde Aquisgrán hasta Tréveris y Saarbrücken. En lugar de defender la «Fortaleza Europa» desde el canal hasta el mar Negro, los ejércitos alemanes se habían retirado más allá de la frontera del anterior armisticio de Gante-Mons-Sedán, que todavía habían podido conservar el 11 de noviembre de 1918.[54]

En las tierras fronterizas occidentales de Alemania estalló el pánico, mientras los ejércitos aliados iban barriendo todo a su paso desde Amberes. De repente, toda la frontera desde Aquisgrán hasta Tréveris se estaba convirtiendo en la primera línea de combate. A principios de septiembre, los informes sobre la opinión pública que se le remitían cada semana al ministro de Propaganda indicaron que el ánimo de la población alemana había alcanzado el nivel más bajo registrado hasta entonces. Las actitudes negativas, las «críticas ocultas» hacia los líderes y los comentarios derrotistas se estaban incrementando. De hecho, la moral estaba tan baja que Goebbels censuró las noticias de los primeros ataques con cohetes V-2 a Londres, en lugar de arriesgarse a malgastar su valor propagandístico. Pero, al mismo tiempo, los informadores del ministro de Propaganda seguían afirmando que la población no estaba dispuesta a «tirar la toalla» y arriesgarse a la esclavitud; lo que querían era saber si los podían defender. Dado que el Muro atlántico, que era mucho más fuerte, no había detenido la invasión aliada en junio, ¿para qué –se preguntaban– iba a servir ahora el Muro occidental? Para muchos, la cuestión era saber si invadirían el Reich primero los británicos y los estadounidenses o si lo harían los soviéticos.[55]

El 11 de septiembre, las primeras tropas de Estados Unidos cruzaron la frontera alemana, justo al sur de Aquisgrán. Decenas de miles de alemanes habían huido hacia el este, lejos del frente que cada vez estaba más cerca. Ese día, Hitler dio permiso para que Aquisgrán fuese evacuada, y unas 25.000 personas dejaron la ciudad en los siguientes dos días. Cualquier apariencia de que aquello era una evacuación ordenada se desvaneció

enseguida, y ya bien entrada la noche, funcionarios locales del Partido, policías, bomberos e incluso oficiales de la Gestapo estaban uniéndose al éxodo, en vez de dirigirlo. Escenas similares se desarrollaron en Luxemburgo y Tréveris. En un tour relámpago por la zona, Albert Speer descubrió que los altos cargos nazis señalaban al Ejército como responsable de la calamitosa pérdida de Francia, acusando a todos los oficiales de traición. Pero, tal y como informó a Hitler, se sintió impresionado por el contraste entre los soldados agotados, en medio del marchito campo gris, y los arrogantes funcionarios del Partido con sus inmaculados uniformes de ribetes dorados.[56]

En Aquisgrán, fue la Wehrmacht la que restauró el orden. El 12 de septiembre, la 116.ª División Panzer –la otrora orgullosa fuerza, reducida a unos escasos seiscientos hombres, doce blindados aún funcionando y una artillería casi sin munición– llegó justo a tiempo para «detener» la «evacuación salvaje». Los hombres dirigieron a las decenas de miles de civiles que aún estaban en la ciudad a los búnkeres, donde permanecieron hasta que pudieron ser evacuados adecuadamente; despejaron las calles y se prepararon para hacer frente a la 3.ª División Blindada de Estados Unidos. El 13 de septiembre, cuando tanto Tréveris como Aquisgrán estaban ya bajo el fuego de la artillería, todavía se estaban cavando trincheras a toda velocidad. Al día siguiente, Rundstedt, restablecido como comandante en jefe del frente occidental, proclamó que había que mantener el Muro occidental «hasta la última bala y la destrucción completa». El 16 de septiembre, Hitler convirtió esa orden en una directiva general para todos los ejércitos en el oeste: «Cada búnker, cada bloque de casas de cualquier pueblo alemán, cada aldea alemana, debe convertirse en una fortificación ante la cual el enemigo se desangre hasta la muerte o los ocupantes sean enterrados tras un combate cuerpo a cuerpo».[57]

N1 Siempre se ha sospechado que el hecho de que el Ejército Rojo no tomara Varsovia en aquellas fechas y se limitara a rodearla es una prueba de que Stalin no quería colaborar con el

Gobierno polaco en el exilio y prefería mantener Varsovia en una situación complicada para establecer luego su propio sistema de poder. *(N. de la T.)*

N2 La historia de Wladyslaw Szpilman y Wilm Hosenfeld fue narrada por Roman Polanski en su película *El pianista* (2002), basada en las memorias del músico. *(N. de la T.)*

SEXTA PARTE

LA DERROTA TOTAL

14
Atrincherándose

A finales de agosto y durante el mes de septiembre de 1944, los alemanes se atrincheraron, literalmente. Se ordenó a cientos de miles de civiles que se pusieran a cavar trincheras y construir fortificaciones, un esfuerzo masivo dirigido por los *gauleiters* en su papel de comisarios regionales de la Defensa del Reich. El 10 de septiembre, había 211.000 civiles trabajando sólo en el Muro occidental, mayoritariamente mujeres, jóvenes y hombres demasiado mayores para el servicio militar. Más de 137 unidades de las Juventudes Hitlerianas y el Servicio de Trabajo del Reich, que reclutaba tanto a hombres como a mujeres jóvenes, también se pusieron a trabajar. En el este, otro medio millón de alemanes y trabajadores extranjeros fueron reclutados para cavar. En septiembre, todos los teatros del Reich se cerraban para que actores, músicos y tramoyistas pudieran incorporarse a aquella tarea. Mientras Goebbels intentaba proteger a una parte de la industria del cine y Hitler creaba su propia lista de artistas excepcionales que estaban exentos del trabajo, en la ciudad adoptiva del Führer, Linz, actores y cantantes eran alistados en las SS y enviados a hacer trabajos de guardia en el cercano campo de concentración de Mauthausen.[1]

En marzo de 1944, aplicando la lección que había aprendido de la implacable defensa soviética de Stalingrado, Hitler había designado las ciudades bielorrusas de Mogilev, Babruisk y Vítebsk como «fortalezas» que «les permitirían ser rodeados, manteniendo de ese modo ocupadas al mayor número posible de fuerzas enemigas y estableciendo las condiciones para realizar contraataques con éxito». Las tres ciudades finalmente habían caído en las devastadoras derrotas del verano, pero el modelo había funcionado

mejor en el frente occidental: capturar Brest costó tantas vidas estadounidenses –y el puerto había sido arrasado de tal manera–, que las guarniciones alemanas pudieron así mantener el control de sus otros puertos atlánticos de Royan, La Rochelle, Saint-Nazaire y Lorient. Mientras la Wehrmacht retrocedía en el este hasta el Vístula, otros veinte pueblos más fueron designados ahora como «fortalezas» en las provincias alemanas orientales y en Polonia. En Silesia, Danzig-Prusia occidental y el Wartheland, gran parte del trabajo fue hecho por mano de obra polaca forzada. En Prusia oriental, había extensas fortificaciones que databan de antes de la Primera Guerra Mundial que tenían que ser reparadas y, en lo posible, vueltas a equipar. Los 200.000 alemanes que trabajaron allí, apresurándose para finalizar las tareas antes de que llegasen las lluvias otoñales, se quejaban de las coacciones que tenían que soportar. Las críticas iban dirigidas mayoritariamente hacia los oficiales locales del Partido que se paseaban por los lugares en sus uniformes inmaculados y se dedicaban a gritar las órdenes sin aventurarse a coger la pala y unirse al trabajo. La mala comida, el alojamiento en graneros sobre colchones de paja y un horario de trabajo excesivo suponían un peaje que a los civiles alemanes les hizo saborear levemente lo que ellos habían infligido a otros. Pero todas estas tareas también reforzaron el sentimiento del esfuerzo común, mientras camareros de restaurante y estudiantes, impresores y profesores universitarios recorrían ciudades como Königsberg recogiendo palas: a finales de año, su número había subido hasta el millón y medio.[2]

Los campañas de recogida de fondos para el Auxilio Invernal del pueblo alemán, los campamentos de verano y los guisos comunales habían preparado desde hacía tiempo a los alemanes para un esfuerzo así. Años de guerra habían completado el entrenamiento en el esfuerzo colectivo. Desde Lauterbach, Irene Guicking le escribió a su marido Ernst: «Me gustaría ser un buen ejemplo para el futuro. Estoy convencida de que los demás se avergüenzan de mí». El cuidado de sus dos niños pequeños le hacía preguntarse «qué debo hacer para no sentirme al margen de esta guerra total». Al menos, la retirada alemana de Francia significaba que su marido ya no se sentiría tentado por las elegantes mujeres francesas. Las colinas de

los Vosgos, en el mapa de su atlas, parecían muy cercanas y, mientras las contemplaba varias veces al día, pensaba: «Sólo un poco más hacia el este y estarás detrás de la frontera protectora. Tiene que ser una sensación extraña saber que la frontera del Reich está tan cerca».[3]

Era un momento de medidas excepcionales. A mediados de julio, Goebbels todavía se sentía frustrado por la reticencia de Hitler a imponer medidas de «guerra total» en el frente interior. Pero el 20 de julio de 1944, la actitud de Hitler cambió, después de sobrevivir por poco a un intento de asesinato. Una bomba puesta por el coronel Claus Schenk von Stauffenberg explotó en la sala de conferencias de su cuartel general en Prusia oriental, hiriendo fatalmente a tres oficiales y al taquígrafo. Como muchas de las veinticuatro personas en la sala, Hitler sufrió la ruptura del tímpano y algunas heridas a causa de la explosión; por lo demás, escapó ileso. La profunda debilidad de la conspiración residía en su falta de apoyo en los niveles más altos. Mientras que en Italia, en julio de 1943, había existido un claro consenso entre los militares de que era preciso derrocar a Mussolini, un punto de vista similar nunca cristalizó en la Wehrmacht. De hecho, aunque tantearon a muchos oficiales veteranos, la mayor parte de los conspiradores eran oficiales de rango medio.

El cerebro organizador fue Henning von Tresckow, que utilizó su puesto como jefe de operaciones en el Grupo de Ejércitos Centro en 1942-1943 para convencer a hombres como Rudolf Christoph von Gersdorff, Carl-Hans von Hardenberg, Heinrich von Lehndorff-Steinort, Fabian von Schlabrendorff, Philipp y Georg von Boeselager y Berndt von Kleist, que ocupaban allí posiciones clave. Unidos por una red de conexiones aristocráticas familiares, estos jóvenes oficiales fueron refrenados, y al mismo tiempo tolerados, por comandantes veteranos como Bock, el tío de la mujer de Tresckow, y por el sucesor de Bock como comandante del Grupo de Ejércitos Centro, el mariscal de campo Günther von Kluge, que vetó el plan inicial de asesinar a Hitler mientras visitaba el cuartel general de Smolensk en marzo de 1943. Los conspiradores no lograron, en cambio, convencer a ningún mando militar de alto rango, con la excepción de Erwin Rommel y el jefe militar en Francia, Carl-Heinrich von Stülpnagel. Esta

falta de apoyo y de comprensión era todavía más evidente en los niveles más bajos de la cadena de mando: los conspiradores estaban bien conectados, pero no eran más que una minoría aislada.[4]

Los conspiradores intentaron sortear su debilidad apropiándose de un plan de operaciones, llamado en clave «Valkiria», que había sido diseñado para reprimir desórdenes internos, tales como un intento de golpe de Estado o un levantamiento de trabajadores extranjeros, mediante la orden automática a las unidades militares bajo el mando de la reserva de rodear los edificios gubernamentales de la capital. Era un plan bastante endeble: bastó que un comandante leal, Otto-Ernst Remer, cuestionase el motivo del despliegue para que el complot fracasase. Cuando Remer fue a arrestar a Goebbels, éste le convenció para que hablase por teléfono con Hitler, cuya voz reconoció sin lugar a dudas, y el comandante aceptó inmediatamente la responsabilidad de aplastar la conspiración de la que él había sido un instrumento involuntario. A primeras horas de la noche del 20 de julio, la totalidad del complot había sido desentrañado: algunos conspiradores estaban muertos; otros, bajo arresto, y otros más, intentando frenéticamente destruir pruebas que pudiesen implicarles. Remer y sus hombres alcanzaron el cuartel general del Ejército en Bendlerstrasse a tiempo de formar parte del pelotón de fusilamiento de los primeros responsables detenidos. Stauffenberg no tenía duda alguna de que sus contemporáneos no entenderían sus acciones, y explicó que había actuado «con el conocimiento de que pasaré a la historia alemana como un traidor». Y, en efecto, no estaba equivocado.[5]

Las primeras noticias sobre el intento de golpe aparecieron a las seis y media de la tarde en un breve boletín informativo de la radio. Luego, justo después de la medianoche, se pudo oír la voz de barítono de Hitler, mesurada, incluso ligeramente jadeante. «Camaradas nacionales alemanes, no sé cuántas veces ya en mi vida se ha planeado y llevado a cabo un atentado contra mí», comenzó el Führer. «Os hablo hoy, en primer lugar, para que podáis escuchar mi voz y saber que estoy ileso y bien; segundo, porque debéis conocer un crimen sin parangón en la historia alemana.» Siguió contando cómo «una camarilla muy pequeña de ambiciosos,

irresponsables, y al mismo tiempo insensibles y criminalmente estúpidos oficiales habían organizado un complot para eliminarme y, conmigo, al mando de la Wehrmacht alemana», y luego continuó asegurándole a la nación que «estoy totalmente ileso. Ésta es para mí una confirmación de la tarea que me ha impuesto la Providencia para proseguir el camino de mi vida como he hecho hasta ahora». Hitler prometió «exterminar» a los autores. Aquel discurso de seis minutos y los de Hermann Göring y el comandante en jefe de la Marina, Karl Dönitz, que le siguieron, se emitieron varias veces al día siguiente. Y fueron como un terremoto.[6]

En Berlín-Zehlendorf, el padre de Peter Stölten expresó su asombro lacónicamente, escribiéndole a su hijo: «¿Cómo pueden poner en tanto peligro al frente?». En su diario, expresó sus pensamientos de una manera más completa: «Parece como si pensasen que la guerra está perdida y quisieran salvar lo que pueda ser salvado, o al menos lo que les parece salvable. Pero todo esto [...] en este momento sólo puede llevar a la guerra civil y la división interna, y crear un nuevo mito de la puñalada por la espalda». Aquélla era una respuesta contenida, pero él no era el único que temía la derrota o incluso la guerra civil. Según un informe del SD de Núremberg, incluso aquellos que eran críticos con los nazis estaban convencidos de que «sólo el Führer puede controlar la situación y que su muerte habría llevado al caos y la guerra civil». Este informe local añade una interesante nota de sinceridad: «Incluso los círculos que habrían visto favorablemente una dictadura militar están convencidos, por la preparación y la ejecución más que diletante del golpe, que los generales no están preparados para tomar el timón del Estado en el momento más complicado». Claramente, las habladurías acerca del cambio de régimen del verano de 1943 se habían acabado. En las calles y tiendas de Königsberg y Berlín, según se dijo, las mujeres estallaron en lágrimas de alegría por las noticias de la supervivencia de Hitler: «Gracias a Dios, el Führer está vivo» era la expresión típica de alivio.[7]

El ministro de Propaganda y el Partido se apresuraron a organizar mítines «espontáneos» y acciones de gracias por la «salvación providencial» de Hitler. Y las enormes concurrencias y las expresiones

efusivas de gratitud parecen haber sido sinceras: incluso bastiones católicos como Paderborn y Friburgo, donde al Partido siempre le había costado mucho organizar mítines públicos, registraron cifras sin precedentes. Las familias se escribían las unas a las otras expresando su alivio y su felicidad por la milagrosa salvación de Hitler: es evidente que ningún censor militar o propagandista les estaba forzando a hacerlo. Los Aliados, aplicando técnicas «científicas» para medir el éxito de su propia propaganda entre prisioneros de guerra alemanes, descubrieron –para su consternación– que la confianza en el liderazgo de Hitler había crecido desde el 57 % de mediados de julio al 68 % de principios de agosto. Pero a esas alturas, el régimen no cometió el error de confundir esa fe, y la sensación general de alivio, con confianza en la situación militar de Alemania. Tal y como comentaba el presidente del Tribunal Provincial de Núremberg, «el hecho de que el ánimo de la gente sea muy pesimista no es ninguna sorpresa, dada la situación en el frente oriental». Pero la crisis tuvo un efecto cohesionador. Todos los informes confirmaron que la gente esperaba que «ahora por fin» se superaran todos los obstáculos a la movilización para la guerra total.[8]

El Grupo de Ejércitos Centro, del cual provenían la mayoría de los conspiradores, había perdido casi la mitad de sus divisiones en las enormes batallas de envolvimiento en Bielorrusia. El régimen no tardó ahora en atribuir las derrotas a la traición de estos oficiales. De acuerdo con los informes del SD, «los camaradas nacionales» veían ahora con admiración la purga que Stalin había realizado en 1937-1938 en los cuerpos de oficiales del Ejército Rojo, y hacían comentarios tales como que «Stalin es el único de los líderes que tiene las ideas claras, el único que ha impedido que en el futuro se produzca ninguna traición exterminando a los elementos poco fiables, aunque fuesen preminentes». El siempre resuelto plebeyo Robert Ley dio enseguida eco a tales sentimientos en un artículo en el periódico del Frente Alemán del Trabajo, en el cual atacaba a los generales aristócratas conspiradores en términos que antes sólo utilizaba para arremeter contra los judíos:

> Degenerados hasta la misma médula, sangre azul de la idiotez, repulsivamente corruptos y cobardes como criaturas viles, ésta es la camarilla de nobles que los judíos envían contra el nacionalsocialismo, armados con bombas y convertidos en asesinos y criminales [...] Estas sabandijas deben ser exterminadas, destruidas de raíz.

Esta diatriba de Robert Ley fue una excepción: Goebbels dio instrucciones a la prensa para que no atacasen a la oficialidad en su conjunto. Hitler había dicho de los conspiradores que eran «una camarilla muy pequeña», y realmente era así. No habían tenido el apoyo de ningún cargo importante del Estado alemán: aunque muchos de ellos provenían del Ejército y del Ministerio de Asuntos Exteriores, los cargos más destacados de ambas instituciones permanecieron firmemente leales durante la crisis.[9]

Tras aquellas muestras de lealtad, Hitler supo que podía confiar no sólo en sus generales nazis puros y duros, como Ferdinand Schörner, el nuevo comandante del Grupo de Ejércitos Norte, sino también en figuras «apolíticas», como el veterano comandante de blindados Heinz Guderian, a quien nombró inmediatamente nuevo jefe de Estado Mayor el 21 de julio. También el viejo nacionalista y conservador Gerd von Rundstedt fue llamado de nuevo, primero para dirigir la purga en las filas de la oficialidad y, en septiembre, para tomar una vez más el mando del frente occidental, y eso a pesar de que a principios de julio había sido desestimado por decirle al Alto Mando que no iba a ser posible detener la invasión aliada. A pesar de su profunda desconfianza hacia la casta militar en general y hacia su Estado Mayor en particular, Hitler todavía sabía muy bien cómo usar la lealtad y las habilidades de aquellos hombres. Incluso hubo espacio para el general Johannes Blaskowitz, que había sido relegado de su mando en Polonia por discutir repetidamente las atrocidades llevadas a cabo por las SS. Tras el intento de asesinato de julio, Blaskowitz pidió: «Después de este crimen ruin, debemos marchar juntos incluso de una manera más estrecha». Había demostrado su capacidad durante la retirada del sur de Francia y ahora se le confió el mando del Grupo de Ejércitos H en Holanda: dado que los británicos estaban en Bélgica, era vital impedirles que eludiesen las

defensas de Renania serpenteando a través del sur de Holanda y el norte de Alemania. Blaskowitz recuperaría la confianza total de Hitler.[10]

Cuando Schörner tomó el mando de la fuerza de 500.000 hombres del Grupo de Ejércitos Norte en Estonia y Letonia, sus primeras órdenes reflejan las opiniones apocalípticas de Hitler, al insistir en la absoluta necesidad de detener la «oleada asiática» del bolchevismo. En un intento de interrumpir la retirada alemana y la deserción de numerosos auxiliares letones y de instaurar la obediencia a través del miedo, Schörner impuso un número sin precedentes de sentencias de muerte por cobardía, derrotismo y deserción. Por primera vez, los soldados alemanes no tenían que enfrentarse únicamente al pelotón de fusilamiento: Schörner comenzó a ordenar que los condenados fuesen ahorcados, llevando colgadas al cuello placas degradantes que atestiguaban sus crímenes para que todos los viesen. Una muerte «deshonrosa» que se había reservado hasta entonces para judíos y eslavos. Pero Schörner no era más que el exponente extremo de una tendencia creciente, a medida que los comandantes de la Wehrmacht luchaban para que sus ejércitos no se rompiesen. Incluso el piadoso protestante Blaskowitz recurrió a métodos draconianos para detener las deserciones en masa. También en sus filas se incrementaría el número de soldados ejecutados por deserción en los siguientes meses. El 31 de octubre, Rundstedt propuso internar a los familiares de los desertores en campos de concentración y confiscar sus propiedades, una medida que hasta entonces sólo se había empleado contra algunas de las familias de los conspiradores de julio, aunque la mayoría de las mujeres y los niños habían sido liberados en pocas semanas.[11]

Aunque este principio de responsabilidad familiar fue apoyado también por otros generales, la introducción generalizada de la norma se vio finalmente frustrada por la intervención de la institución más insospechada: el SD, que tenía la responsabilidad de mantener a las familias bajo custodia, se negó a intervenir en un sistema de represalias colectivas contra los ciudadanos alemanes. En lugar de recurrir a ese tipo de medidas en el frente interior alemán, la Gestapo y el SD seguían basando sus decisiones en base a evaluaciones individuales del «carácter». En Wurzburgo, por ejemplo, la

Gestapo se negó a actuar contra los padres de un soldado que había desertado en el frente italiano porque no encontró pruebas de que fueran «antinacionalsocialistas»; tras mantener la investigación durante nueve meses, la Gestapo finalmente cerró el caso. A pesar de los nuevos niveles de coerción que se estaban implantando, el régimen nazi todavía no estaba dispuesto a desplegar en casa las técnicas de terror masivo indiscriminado que había utilizado en la Europa ocupada.[12]

En otros aspectos, el liderazgo nazi se sintió imbuido de un sentido del deber aún más radical tras la conspiración. Los jerarcas más despiadados y eficaces formaban ahora un «cuadrunvirato» virtual. A medida que a los líderes locales se les daban más responsabilidades en la defensa de las regiones alemanas, el control de Martin Bormann sobre la maquinaria del Partido le convirtió en una pieza clave. Himmler, que había añadido ahora el mando del Ejército de la Reserva a su control del Ministerio del Interior, la policía y las SS, tenía el monopolio casi completo de los sistemas de coacción empleados dentro del Reich. Goebbels se convirtió finalmente en «plenipotenciario del Reich para la Guerra Total», un rol que había codiciado desde principios de 1942. Ahora, al menos sobre el papel, tenía la posibilidad de darle un nuevo ímpetu al ajuste de las necesidades de la economía civil y el consumo cultural a favor de la movilización total para la defensa del Reich. El cuarto miembro de este grupo interno fue Albert Speer, el ministro de Armamento, cuyas habilidades para obtener los máximos logros a partir de escasos recursos se verían puestas a prueba con más intensidad que antes. Mientras Hitler se centraba más que nunca en controlar hasta el más mínimo detalle a sus mandos militares, estos cuatro líderes fundamentales –todos ellos con tendencia a inmiscuirse en las esferas de poder de los otros– se verían obligados a dirigir el frente interior colaborando y, al mismo tiempo, compitiendo entre ellos.[13]

En agosto, el líder las Juventudes Hitlerianas, Artur Axmann, hizo un llamamiento pidiendo voluntarios para la Wehrmacht entre los muchachos nacidos en 1928. Cohortes enteras de miembros de las Juventudes Hitlerianas respondieron a esa llamada y, en seis semanas, el 70 % de los miembros de ese grupo de edad se había alistado. Quizá los padres se

sintieran horrorizados ante ese llamamiento, pero pocos intentaron impedir a los jóvenes que fuesen al Ejército. En los años iniciales de la guerra, especialmente después de las victorias en el frente occidental, las oficinas de reclutamiento militar habían sido asediadas por jóvenes desesperados por alistarse y poner su granito de arena por la patria; para muchos, este sentimiento de aventura patriótica seguía estando vivo en 1945. El 25 de septiembre se anunció la creación de una nueva milicia popular, el Volkssturm (Fuerzas de Asalto del Pueblo), cuyo nombre era una populista mezcla de la tradición romántica de la «Guerra de Liberación» de 1813 contra Napoleón y la tradicional milicia prusiana, el Landsturm. Cuando en los años veinte los estrategas militares analizaron el fracaso de Alemania al tratar de dar su «última batalla» en 1918, ya se habían producido peticiones a favor de esa «movilización total» de la población civil. Pero al contrario de lo sucedido durante el reciente llamamiento de Axmann, el reclutamiento para el Volkssturm no fue voluntario. A finales de 1944, se amenazó a los padres con sanciones legales si sus hijos no se alistaban. Aunque, en realidad, estas amenazas afectaban sólo a una pequeña minoría: en ese momento, la mayor parte de los miembros de las Juventudes Hitlerianas ya se habían presentado voluntarios. La llamada a filas se extendía al fin a todos los muchachos y hombres entre los dieciséis y sesenta años. Se encomendó a los *gauleiters* que pusiesen en marcha este reclutamiento final para formar una milicia de más de seis millones de reclutas. Su reserva potencial era incluso mayor: si todos los hombres alemanes sanos hubieran sido llamados a filas, el Volkssturm habría alcanzado los trece millones y medio, más que la propia Wehrmacht, con sus 11,2 millones de miembros, entre oficiales y soldados.[14]

La leva del Volkssturm, que pretendía compensar las pérdidas que el Ejército había sufrido aquel verano, resultó, sin embargo, ser demasiado grande para ser equipada. De hecho, en octubre de 1944, a la propia Wehrmacht le faltaban 714.000 fusiles. Con una producción mensual de 186.000 carabinas estándar de infantería, la producción alemana no podía mantener el ritmo de las ambiciones de este «levantamiento del pueblo». Hacia finales de enero de 1945, el Volkssturm sólo había conseguido

acumular unos 40.500 fusiles y 2.900 ametralladoras: un conjunto heterogéneo de armas mayoritariamente extranjeras y caducadas, a menudo con escasa munición compatible, si es que la había, y que daba a los reclutas pocas opciones de practicar con fuego real. Mientras se despilfarraba mucho tiempo en formar a los jóvenes como futuros soldados, enviándolos a campos de entrenamiento separados, a los hombres de mediana edad se les trató como si fueran carne de cañón; fueron pocos los que llegaron a recibir más de diez días de entrenamiento, como mucho catorce. La improvisación estaba a la orden del día: las baterías cuádruples de armas antiaéreas de 20 mm se reconvertían frecuentemente para que las usara la infantería, las ametralladoras de aviones se montaban sobre trípodes e incluso había pistolas de bengalas que se utilizaban para disparar granadas.[15]

El grupo de auxiliares de la artillería antiaérea ya incluía a 10.000 voluntarias de la Organización de Mujeres Nazis, que habían prestado servicio transmitiendo mensajes y trabajando en los proyectores y los sistemas de orientación por radar de las baterías pesadas. Ahora, mientras los muchachos marchaban hacia los trenes para incorporarse al Volkssturm, sus puestos en la artillería antiaérea fueron ocupados por chicas de la BDM y del Servicio Alemán del Trabajo. En comparación con la elegante vestimenta que llevaban las mujeres que ya trabajaban en las centrales telefónicas y en los equipos de mecanografía, esta nueva leva de mujeres reclutas simplemente heredó los uniformes demasiado grandes que habían dejado sus predecesores, que eran hombres. Ahora, con todas aquellas mujeres alemanas armadas con pistolas para defender sus emplazamientos de tiro, el mito de que los hombres alemanes estaban «afuera» protegiendo a las mujeres y los niños que permanecían «en casa» se desmoronó completamente. En 1941, el público alemán había visto a las «pistoleras bolcheviques» como una rareza contra natura y una perversión de la vocación de crianza de las mujeres. Al romper las mujeres alemanas esta última barrera cultural, aquella imagen ya no resultaba sorprendente.[16]

El establecimiento del Volkssturm no encajaba muy bien con las medidas nazis para proteger a los niños alemanes: ¿qué sentido tenía

haberles evacuado de las ciudades si ahora se les enviaba contra los tanques en bicicleta, con dos granadas antitanque atadas al manillar? Pero ahora que el futuro de la nación estaba en juego, el servicio y el sacrificio se convirtieron en las virtudes primordiales. El nuevo comandante en jefe del Ejército de la Reserva y del Volksstrum, Heinrich Himmler, les explicó a sus reclutadores militares por qué debían compartir su decisión «de enviar chicos de quince años al frente»: «Es mejor que una generación joven muera y que la nación sobreviva a que se salve a una generación joven y mueran los ochenta o noventa millones de la nación al completo». En su decreto de creación del Volkssturm, Hitler ya había avisado de que «el objetivo final del enemigo es exterminar al pueblo alemán»; su obsesión política de que «nunca debe haber otro noviembre de 1918» estaba siendo puesta a prueba.[17]

Igual que los chicos, las muchachas también hacían el juramento militar; después de las ceremonias en el patio de armas, el problema inmediato era encontrar uniformes y equipamiento. En Renania, al joven de quince años Hugo Stehkämper y a sus camaradas se les entregaron uniformes negros de las SS anteriores a la guerra, abrigos marrones de la Organización Todt, gorros azules de la Fuerza Aérea Auxiliar de la RAF y cascos de acero franceses. A lo largo del país, los almacenes de la Wehrmacht, la policía, los ferrocarriles, los guardias de fronteras, el servicio postal, las tropas de asalto, los conductores de camiones nacionalsocialistas, el Servicio Alemán del Trabajo, las SS, las Juventudes Hitlerianas y el Frente Alemán del Trabajo pasaron ahora a suministrar uniformes para el Volkssturm. Lo que hizo que esta misión de uniformar a los jóvenes soldados se considerase crucial fue el miedo a que los miembros del Volkssturm fuesen ejecutados como «irregulares», tal y como los alemanes habían ejecutado a los voluntarios polacos en 1939.[18]

El régimen también se dio cuenta de que la Wehrmacht podía aprender algunas cosas sobre control ideológico del Ejército Rojo, y en el otoño de 1944 implantó su propia –y más bien extraña– versión de los comisarios políticos, los oficiales nacionales del Liderazgo Nacionalsocialista. Eran voluntarios que, además de cumplir con sus deberes militares normales, a

tiempo parcial se dedicaban a instruir y a animar a los jóvenes reclutas, aunque carecían de autoridad para revocar órdenes superiores. Uno de los nuevos voluntarios fue August Töpperwien. Aunque el profesor de instituto de Solingen detestaba el aspecto anticristiano del nazismo y estaba horrorizado por los asesinatos de judíos, como muchos otros conservadores protestantes, Töpperwien todavía consideraba que el «judaísmo mundial» era el enemigo de Alemania. Ya en octubre de 1939, había escrito que Europa estaba dividida en tres bloques, «las democracias occidentales, el centro nacionalsocialista y el este bolchevique», y había llegado a la conclusión de que sólo Alemania tenía la determinación de defender la cultura europea de la «barbarie asiática», en un momento en que Alemania aún estaba aliada con la Unión Soviética. Convencido de que el «judaísmo mundial» había corrompido a las democracias occidentales, su análisis presagiaba la propaganda posterior de Goebbels, pero Töpperwien no era nazi. Sus opiniones derivaban del nacionalismo conservador, con sus propios preceptos antiliberales, antisemitas y antisocialistas. Además, Töpperwien compartía otro principio fundamental con la mayor parte de los mandos de la Wehrmacht, todos ellos veteranos de la Primera Guerra Mundial como él: el compromiso de evitar cualquier repetición de la desintegración revolucionaria de 1918. En octubre de 1944, mientras las líneas del frente alemán se estabilizaban otra vez, anotó orgulloso en su diario: «¡Gracias a Dios, el espíritu de la revuelta todavía está muy lejos!». Töpperwien había expresado periódicamente durante la guerra sus dudas sobre el liderazgo de Hitler, pero a principios de noviembre reconoció que «cuanto más claro queda que Hitler no es el Dios al que la gente rezaba, más unido me siento a él». A medida que se sentía preocupado por la lealtad de la gente a la causa alemana, se daba cuenta de que no había lugar para ningún otro líder más que Hitler: podría no ser un salvador mesiánico, pero nadie más podía ahora salvar a Alemania.[19]

Otro raro voluntario para la nueva función de propaganda dentro de la Wehrmacht fue Peter Stölten. Como él mismo le comentó con cierto sarcasmo a su madre, se había convertido en «uno de los muchachos del doctor [Goebbels]». A finales de 1944, la cifra de personas que trabajaban

en ese concepto bajo su mando había alcanzado las 47.000. La primera tarea de estos «comisarios políticos» a tiempo parcial fue la de educar a sus hombres en una «voluntad sin restricciones de destruir y odiar» al enemigo. Stölten estaba convencido de que había que detener a los soviéticos a toda costa. A pesar de su creciente convicción de que la guerra estaba perdida, se prohibió a sí mismo hacer nada que sirviese para acelerar el resultado. Admiraba a los polacos que habían participado en el levantamiento de Varsovia por su lección de heroico sacrificio. Le aseguró a su prometida Dorothee que no había perdido su «aversión innata a las consignas nazis» y no leyó «ninguno de los textos informativos» que le habían pasado, limitándose «solamente a improvisar», pero sus charlas tenían que ser lo más creíbles posibles para no parecer puros estereotipos; después de todo, procedían de un comandante de blindados con un récord impresionante en el servicio en primera línea de combate.[20]

Stölten no era el único que consideraba a los polacos un ejemplo. Incluso Heinrich Himmler, al que Hitler encargó la misión de limpiar Varsovia del mapa, miraba ahora hacia la *Untermenschen* (infrahumanidad) polaca en busca de inspiración. Ante una audiencia de líderes del Partido, militares y empresarios, afirmó:

> Nada puede ser defendido tan extraordinariamente como una gran ciudad o un campo convertidos en escombros [...] Aquí debemos defender [...] el país [...] El dicho «hasta el último cartucho» no debe ser una frase inútil, sino un hecho. Debemos convertir en nuestra sagrada obligación asegurarnos de que el triste y costoso ejemplo que Varsovia nos dio sea asumido por la Wehrmacht y el Volkssturm en cada ciudad alemana que tenga la desdicha de verse rodeada y sitiada.

La comparación no era hiperbólica. Aquel otoño, bajo la dirección de Guderian, la estrategia militar alemana en el frente oriental dejó de consistir en cavar continuamente líneas de trincheras, como había ocurrido en las posiciones recientemente abandonadas a lo largo del río Dniéper. En su lugar, los ingenieros militares empezaron a usar sus cuadrillas de trabajadores civiles forzados para convertir ciudades como Varsovia, Kaliningrado, Breslavia, Küstrin y Budapest en fortines. La idea era que se

convirtieran en «fortalezas» que sirviesen para contener a los soviéticos, de la misma manera que Moscú y Stalingrado habían parado a la Wehrmacht.[21]

*

En octubre de 1944, las nuevas líneas defensivas contuvieron y bloquearon, contra todo pronóstico, el avance hacia el Reich de soviéticos y aliados. En parte se debió al hecho de que el firme posicionamiento de la Wehrmacht en los Vosgos meridionales dificultó que las fuerzas de Patton avanzasen en el Sarre para reunirse con las tropas de Patch en Alsacia. Los ejércitos británicos y estadounidense también se enfrentaban a su propio atasco logístico: los suministros todavía estaban siendo enviados por carretera desde Normandía y Marsella. Aunque el puerto de Amberes había sido tomado el 4 de septiembre, antes de que los alemanes pudiesen volarlo, la Wehrmacht siguió controlando la entrada al puerto hasta noviembre. Mientras los aliados se concentraban en reabrir Amberes y hacer que su línea de suministros fuese más eficaz, los alemanes reforzaban el Muro del oeste y comenzaban a acumular sus divisiones en el frente occidental.[22]

En el frente oriental, a principios de octubre, el Ejército Rojo cambió repentinamente la dirección de los ataques que estaban haciendo contra el Grupo de Ejércitos Norte en los estados bálticos a través de pantanos, ríos y resistentes defensas, dirigiéndolos hacia el oeste. Las tropas soviéticas cruzaron por primera vez la frontera alemana anterior a la guerra, penetrando en el distrito de Gumbinnen en Prusia oriental y tomando el pueblo de Goldap y la aldea de Nemmersdorf. También aislaron a treinta divisiones alemanas en la península de Memel. Algunas unidades dañadas de la nueva Volkssturm de Prusia oriental consiguieron contener el avance ruso alrededor de Treuburg, Gumbinnen y a lo largo del río Angerapp hasta que otras reservas pudieron movilizarse para darles apoyo. Entonces, a mediados de octubre, la Wehrmacht contraatacó en Prusia oriental, amenazando con rodear a los soviéticos y forzarles a retroceder hasta la frontera. Con Berlín todavía a seiscientos kilómetros de distancia, la

ofensiva de aquel verano del Ejército Rojo había quedado detenida a lo largo del Vístula y en la línea de los Cárpatos.[23]

Comparado con el pánico colectivo que había atenazado a la mayoría de sus unidades en el frente occidental en septiembre, un mes más tarde la Wehrmacht se mostraba como un oponente de carácter muy distinto. Los comandantes aliados estaban impresionados por la inflexible resistencia de un enemigo al que creían a punto de derrotar. El Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada convocó una reunión de crisis en noviembre para tratar de averiguar cómo era posible que nada lograse doblegar la «voluntad de la Wehrmacht de resistir». Los expertos en guerra psicológica, responsables de elaborar informes sobre los prisioneros alemanes de guerra y elaborar perfiles de sus creencias, estaban perdidos a la hora de explicarlo. Ese mismo año, los Aliados se habían sentido igualmente desconcertados mientras se abrían camino luchando hacia el norte de la península italiana: allí también la moral de los prisioneros alemanes se había mantenido alta, exactamente al revés de lo que ellos habían predicho y, por supuesto, de lo que deseaban. En octubre de 1943, preguntados sobre si creían en la existencia de «armas nuevas», sólo el 43 % de los prisioneros había respondido afirmativamente, mientras que en febrero de 1944 la proporción había crecido hasta el 58 %. Después del impacto inicial causado por los desembarcos aliados en el sur de Italia, la moral alemana se había estabilizado. Ahora, según se informó a Eisenhower, al menos la mitad de los cautivos en el frente occidental todavía mostraban «lealtad al Führer» y hablaban confiadamente del Ejército Rojo como una fuerza del pasado que había sido derrotada.[24]

Parecía claro que lo que ya se había descubierto en Italia se estaba repitiendo ahora en el frente occidental. A finales de agosto y principios de septiembre, mientras los soldados de infantería se mostraban abatidos, entre el núcleo de los oficiales jóvenes la moral permanecía alta, sin mencionar a las formaciones de élite como los paracaidistas y las divisiones de las Waffen-SS. Pero incluso antes de que estuviera claro que la resistencia alemana en el frente se estaba intensificando, la mayoría de los prisioneros interrogados afirmaban la absoluta necesidad de combatir hasta el final por

la defensa nacional y la rectitud de su causa. La insistencia aliada en la «rendición incondicional» de Alemania y la filtración del Plan Morgenthau para privar al país de todo su potencial industrial influían sin duda en aquel deseo de resistir.[N1] Pero el factor más importante, en ese momento más que nunca, seguía siendo el miedo a ser conquistados por los rusos. El novelista exiliado Klaus Mann fue uno de los germanohablantes reclutados por el Ejército de Estados Unidos para interrogar a los prisioneros de guerra en el frente italiano. A finales de 1944, le preguntó a su editor de Nueva York: «¿Por qué no se detienen de una vez? ¿A qué están esperando, los desgraciados? Ésta es la pregunta que no sólo te hago a ti o a mí mismo, sino que siempre les planteo también a ellos». Otros expertos occidentales se mostraban igualmente perplejos. Henry Dicks, un veterano de la clínica Tavistock y el principal psiquiatra del Ejército británico, que había entrevistado a cientos de prisioneros alemanes y había escrito un análisis fundamental sobre sus opiniones, se refugió ahora en el concepto más bien vago de la «capacidad alemana para reprimir la realidad». Lo que ni Klaus Mann ni Henry Dicks consideraron fue que, en ausencia de una posibilidad de paz separada en el oeste, las tropas alemanas consideraban esencial bloquear a británicos y americanos para contener a los soviéticos en el este.[25]

A mediados de octubre de 1944, los Aliados occidentales no podían estar seguros de si la inflexible resistencia alemana era un suceso temporal o respondía a un cambio real en el equilibrio de fuerzas. Los historiadores militares saben ahora que las derrotas del verano habían destrozado a la Wehrmacht, minando su poder de combate más allá de la posibilidad de recuperación. En los tres meses que transcurrieron entre julio y finales de septiembre, los militares alemanes muertos alcanzaron un nuevo pico de 5.750 al día. El Alto Mando del Ejército era en parte consciente de lo desastroso que había sido el verano, y fue Guderian el primero que sugirió crear una Landsturm (milicia) en Prusia oriental. Incluso teniendo en cuenta las batallas encarnizadas del oeste, era en el frente oriental donde se había producido la principal sangría: 1.233.000 soldados alemanes murieron allí

en 1944, lo que suponía casi la mitad de las bajas alemanas en el este desde junio de 1941.[26]

En el interior del país, la mayor prioridad de Goebbels como plenipotenciario para la Guerra Total era «peinar» a los hombres que permaneciesen en actividades civiles para incorporarlos al servicio militar. A finales de septiembre, 500.000 hombres más habían sido llamados a filas; para finales de diciembre, el número se había duplicado. Ejerciendo sus nuevos poderes como comandante del Ejército de Reserva, Himmler ordenó que todos los hombres que se hubieran separado de sus unidades –independientemente de que perteneciesen a la Wehrmacht, la policía, las Waffen-SS, la Organización Todt o el Servicio del Trabajo del Reich– fuesen incorporados al Ejército de Reemplazo. Entretanto, los líderes nazis locales y regionales se ocupaban de acorralar a los «rezagados» y enviarlos de vuelta a sus unidades; a mediados de septiembre eran 160.000. Aunque ninguna de estas medidas podía compensar las pérdidas del verano anterior, todos esos refuerzos ayudaron. La Wehrmacht siguió siendo una fuerza de combate poderosa, unida por una disciplina cada vez más draconiana y un *esprit de corps* endurecido.[27]

El nuevo «cuadrunvirato» de Goebbels, Himmler, Speer y Bormann recibía su autoridad del propio Hitler, que permanecía en gran medida distante, interviniendo, si acaso, para suavizar el impacto de aquella movilización final de la sociedad: el Führer se preguntaba si los «nervios» de los bávaros podrían hacer frente a un nuevo recorte en su ración de cerveza; y añadió nombres al «Arca de Noé» de Goebbels, la lista de actores y músicos alemanes que estaban exentos de ser llamados a filas. Pero incluso ahora, implementar tales medidas de «guerra total» dependía de la colaboración de las masas y de la creencia popular en su legitimidad.

Aunque el régimen se había propuesto desde el principio remodelar los valores y la lealtad de los ciudadanos, no fue ni la propaganda ni la popularidad de Hitler lo que jugó el papel decisivo en este proceso. La fe en Hitler en los años treinta, e incluso en 1940, no se basaba en compartir su antisemitismo radical o su opinión de que la guerra era una necesidad espiritual para una gran nación. Más bien al contrario, el nazismo fue más

exitoso y popular cuando prometió paz, prosperidad y victorias fáciles. Fueron necesarios los bombardeos en masa de 1943 y las derrotas militares de 1944 para hacer compartir a un mayor número de alemanes la apocalíptica visión del Führer de «victoria o aniquilación». En el otoño de 1944, mientras los alemanes se daban cuenta de que tenían que asegurar su propia defensa nacional, se produjo un pico en las denuncias contra vecinos y conocidos y una pequeña oleada de nuevos miembros que se unían al Partido. A pesar de que muchos funcionarios nazis seguían siendo profundamente impopulares y de que se criticaba a los líderes cada vez más frecuentemente, sus errores al defender el frente interno parecían unir a la gente y hacerles tener más iniciativa propia. Fueron los fallos del régimen, más que sus éxitos, los que terminaron por imprimir la brutalidad moral que formaba parte de sus valores en muchas personas que no se consideraban nazis.

Mientras todo el mundo iba aceptando la implacable lógica de defender Alemania y sus fronteras, empezó a flotar en el aire un ansia homicida. El 14 de octubre de 1944, el Volkssturm de Duisburgo capturó a un trabajador ruso «sospechoso» que formaba parte de uno de los batallones de limpieza tras un ataque aéreo sobre la ciudad. Le obligaron a arrimarse contra una pared en plena calle y le dispararon, simplemente porque les habían dicho que algunos prisioneros de guerra rusos habían estado comiendo mermelada robada en el sótano de una casa en ruinas cercana. El recrudecimiento de la violencia creció en paralelo a un nuevo sentimiento de vulnerabilidad y de miedo. Mientras caminaba por los pasos subterráneos en la estación de Friedrichstrasse en Berlín, Ursula von Kardorff se sintió fascinada y asustada por el mundo políglota de trabajadores extranjeros que pudo ver en aquel «Shanghái en Berlín». Mientras hombres jóvenes, con bufandas brillantes y pelo largo, se reían y cantaban, hacían cambalaches y comerciaban unos con otros en las grandes cervecerías, ella recordaba los rumores que había escuchado sobre que aquellos extranjeros poseían almacenes de armas secretas. «Veinte millones de trabajadores extranjeros en Alemania», meditó, inflando el dato real en un 50 %. «Un ejército en sí mismo. Algunos les llaman el caballo de Troya de esta guerra.»

Ciertamente, circulaban rumores de que estaban a punto de enviar a muchos trabajadores extranjeros a los campos de concentración para evitar un levantamiento.[28]

En uno de sus viajes a la capital desde Krumke, Liselotte Purper se sintió emocionada por la atmósfera despreocupada de la ciudad: «Berlín sigue siendo Berlín», le comunicó a Kurt. Como leales seguidores del régimen, la pareja se sentía con derecho a expresar su opinión. Liselotte reconoció ante Kurt que la lógica de la afirmación de Goebbels de que «Ganaremos porque tenemos que ganar» le resultaba poco convincente, proponiendo en su lugar un mensaje más positivo: «Nuestro destino puede estar en nuestras propias manos». Kurt tampoco se había sentido impresionado por el discurso de Goebbels de noviembre; para él eran más importantes las armas que las palabras.[29]

Pero las palabras todavía importaban, y seguían manteniendo a los alemanes atados a patrones de racionalización de los que parecían incapaces de escapar. El nuevo eslogan de Goebbels era «Tiempo contra espacio», resumiendo así la promesa de que la galopante tasa de mortalidad militar y las encarnizadas batallas defensivas de 1943 y 1944 habían permitido ganar tiempo para poner en marcha «nuevas armas». El 30 de agosto, el Völkischer Beobachter publicaba un artículo sobre «El secreto de la última fase de la guerra» del veterano corresponsal de guerra Joachim Fernau. Fernau alimentaba el hambre de noticias positivas con promesas de armas de un poder inigualable. Mencionaba que Winston Churchill había dicho que «tenemos que terminar esta guerra para el otoño, más o menos». Alemania sólo tenía que resistir hasta entonces. «La victoria», confesaba Fernau como si estuviese revelando un secreto a sus lectores, «está muy cerca.» En algunos colegios, su artículo fue leído en voz alta; en Berlín, Ursula von Kardorff estaba impresionada por la emoción con que las gentes acogieron la revelación de que Alemania estaba preparándose para usar el «arma secreta». Cuando leyó el artículo en Dresde, Victor Klemperer respondió con su típica mezcla de incredulidad escéptica sobre el «hecho» y curiosidad acerca de su valor propagandístico, escribiendo en su diario secreto: «Esto sigue siendo lo que más abunda. El secreto popular [...] Da

igual: con el eslogan “tiempo contra espacio” y con las armas secretas se puede hacer que la gente siga adelante». Pero ni siquiera Klemperer sabía qué era real y qué era propaganda: «Alemania está jugando al póker. ¿Es un farol o de verdad tiene cartas?». A finales del verano y durante el otoño, otros alemanes se hicieron la misma pregunta.[30]

Entretanto, el frente interno demandaba que sus fronteras fuesen defendidas vigorosamente. Mientras la unidad de Kurt Orgel se retiraba a lo largo de la costa báltica, sus hombres ya no eran capaces ni de disparar al ganado en presencia de los granjeros letones, aunque sabían que el Ejército Rojo se beneficiaría de su compasión. La respuesta de Liselotte fue rápida y directa:

> ¡Me siento llena de rabia! Tengo que decírtelo: cierra tu blando corazón alemán con dureza frente al exterior. Nadie en el mundo entero valora o se preocupa más por los sentimientos tiernos y delicados que los alemanes. Pero piensa en las crueldades que tu patria sufriría, si... Piensa en la brutalidad con la que seremos violadas y asesinadas, piensa en la miseria terrible, la que el terror aéreo ya está trayendo a nuestro país. No, deja que el granjero lloriquee si tienes que matar a sus animales. ¿A quién le importa nuestro sufrimiento, al que tú estás contribuyendo? Sí, tú con tus sentimientos delicados genuinamente alemanes. No, hazle al enemigo todo el daño que puedas, para eso estás ahí, no para hacer su lucha contra ti más fácil.

El 24 de octubre, Kurt y el resto del 18.º Ejército se habían retirado a la península de Memel, en Lituania, en la frontera con Prusia oriental, y él sabía muy bien que no sólo los granjeros letones estaban sufriendo: ahora, cada proyectil que disparaban alcanzaba una aldea o una granja alemanas. Sentía, le escribió a Liselotte, que era lo peor de todo lo que había tenido que hacer en la guerra. A pesar de sus experiencias de los tres años anteriores, cuando su batería había ayudado a bombardear Leningrado, ésta era la primera vez que Kurt mencionaba el coste humano de la guerra.[31]

Peter Stölten se encontraba también luchando en suelo alemán. Para alcanzar las granjas de Prusia oriental donde estaba acuartelado, había tenido que adelantar a grupos de evacuados alemanes. Había conducido sobre gansos aplastados, adelantado a una muchacha con un gorro de piel, que miraba todo el tiempo a su alrededor, muy nerviosa, por si llegaban los

cazas haciendo un ataque, y a niños que conducían carros y kilométricas y lentas manadas de ganado. Stölten también sabía que las granjas quemadas que alcanzaba a ver en la distancia eran alemanas. Después de las batallas de Normandía y en medio del levantamiento de Varsovia, Stölten había intentado expresar y resolver sus propias crisis morales de forma literaria. Ahora, seleccionó algunos libros abandonados por los civiles que huían y hojeó a sus autores favoritos –Lichtenberg, Oscar Wilde, Dostoievski, Hoffmannsthal, Binding, Edgar Allan Poe y Hesse–, pero sintió que no le «hablaban». En lugar de eso, se quedó con una sensación depresiva de «pobrecito de mí». Ni siquiera Rilke y Hölderlin le conmovían ya. «Si supieras lo cansado que está todo el mundo», le dijo a Dorothee. Pero tan pronto como empezó un nuevo ataque, el cansancio de Stölten dejó paso a una renovada intensidad, y sus sentidos se acentuaron para «ver más belleza en la mañana», en los momentos entre una acción y otra; sin embargo, otra parte de él todavía miraba a su alrededor con indiferencia olímpica: «Veo muerte y destrucción, el asesinato en masa de Europa». Stölten intentaba volver a enseñarse a sí mismo la fe que había perdido en Normandía y aprender de nuevo «que el destino viene de Dios y admitir que no puedo evitarlo, y aun así amar, planificar, construir». Aceptaba su papel, pero su sentimiento de futuro descansaba en Dorothee. En uno de sus sueños, la había visto esperando para reunirse con él a la salida del metro en Berlín, con su corte de pelo recto, su abrigo blanco de lana destacando contra la entrada del túnel y resaltando el contraste entre su pelo negro, sus ojos y labios y su tez clara; «una bonita imagen», le dijo.[32]

En diciembre, Stölten pudo reunirse inesperadamente con Dorothee, gracias a un imprevisto periodo de permiso. Fue extraño estar de vuelta en su amado estudio en el ático de Zehlendorf, que sus padres habían mantenido tal y como él lo había dejado. Todavía quería pintar, aunque «el pincel se ha vuelto un extraño para mí, como un tenedor de pescado para un esquimal». Y era dolorosamente consciente también de lo poco que sus conocimientos y habilidades artísticas se habían desarrollado durante el año anterior. Parecía sentir que «mi objetivo no está en el camino que me he visto obligado a seguir durante años». Ver a Dorothee le reafirmó en la idea

de que merecía la pena vivir la vida, pero también le sumió en una nueva crisis al plantearse –por primera vez– su vuelta a la vida civil después de la guerra. ¿Cómo podía pedirle a Dorothee compartir la vida de un artista pobre en un futuro que será «oscuro y falto de esperanza y lleno de inaudita pobreza»? Por primera vez, Stölten parecía plantearse la derrota. «Después de esta guerra vendrá pronto, quizá en veinte años, otra, que ya es débilmente discernible hoy», le advirtió a Dorothee después de su vuelta al frente en su primera carta tras su partida. «En cualquier caso, la vida de esta generación parece que va a ser medida por las catástrofes.» Pero imaginarse la catástrofe por venir no significaba que estuviese preparado para capitular ya.[33]

Cuando en el otoño de 1944 comenzaron de nuevo los bombardeos sobre las ciudades, Lisa de Boor encontró su fortaleza en la cultura alemana. Cuando supo que la casa en la que había nacido Goethe había sido destruida, se dijo a sí misma que el escritor «sólo puede ser buscado y encontrado a través de lo que le dio al mundo, a través de *Fausto*, *Wilhelm Meister*, *Poesía y verdad* y *El diván de Oriente y Occidente*. A través de todo lo que no puede ser destruido por los aviadores del terror cuando uno se ha imbuido de su sustancia, y lo atesora y lo devuelve a la vida». Ansiando una derrota rápida y el final del nazismo, como hacía desde 1939, recurrió a su guía espiritual, Rudolf Steiner, que había fundado su Sociedad Antroposófica a raíz de una lectura esotérica de Goethe. A pesar de todo su internacionalismo humanitario, las citas de Steiner que encontró pertinentes tenían ahora un fuerte halo de nacionalismo alemán: «Que los alemanes siempre saquen a relucir su fuerza interior, el poder de su espíritu, cuando las tendencias del mundo exterior son más desfavorables, es el más milagroso golpe del destino». Igual que le ocurría con Hölderlin y Ernst Jünger, también aquí De Boor encontró un sentido de identidad nacional en las palabras de un escritor sin ninguna conexión con el nacionalsocialismo. El 25 de noviembre, conmemoró el Día de los Caídos escribiendo por fin un poema, en el que había estado pensando mucho tiempo, en memoria de los alemanes caídos en la guerra:

Se reúnen ahora al otro lado
los jóvenes, los amados muertos.
Se fueron en silencio, en negros barcos,
y miraban hacia aquí intensamente,
al ardiente resplandor de nuestras costas.

Sin ningún lamento, se fueron en silencio.
Pero sus brillantes pisadas permanecen
y las palabras –su legado– ondean,
hablando siempre a quienes les aman
para que cumplan su deber con los muertos.[34]

Aunque la propia Marburgo no había sido bombardeada todavía, Lisa de Boor sabía que ahora era sólo una cuestión de tiempo que la guerra la alcanzase a ella también. Volvió a leer a Tomás de Kempis y la última carta de un pintor que había desaparecido en combate en Rusia. Con su sentido práctico, se ocupó de secar la fruta y de hacer camas para el flujo constante de amigos que llegaban huyendo del oeste. Mientras esperaba noticias sobre su hija retenida por la Gestapo, conoció a una madre cuya propia hija había muerto mientras servía en una batería de artillería. Lisa se preguntó: «¿Qué planes tiene el mundo divino para el pueblo alemán que le ha preparado tan pesadas pruebas?».[35]

Cuando Irene Guicking le escribía a Ernst, su lenguaje era más llano: «Esta guerra nos está sometiendo a una dura prueba». Frustrada por su separación, encontró consuelo en la poesía: «Permite que sea puesto a prueba, y su compromiso será para siempre». Durante el día, estaba siempre ocupada con sus dos hijos pequeños, pero cuando se iba a la cama sola, tenía tiempo para pensar una y otra vez en cuánto le echaba de menos. Se animaba con recuerdos de su noviazgo, pero no podía ocultar su miedo: «Te quiero tanto. Pero entonces me invaden esos pensamientos dolorosos. Eres un hombre. Me quieres por encima de todo. Pero a la vez, ¿cómo puedes controlar los deseos que dan vueltas en tu cabeza? No me atrevo a pensar más allá. Eres un hombre, después de todo». Por el contrario, cuando le contó a Ernst que su piso en Giessen había sido bombardeado, su tono fue

bastante ligero: ella y los niños se habían mudado hacía tiempo a la relativa seguridad de la casa de sus padres en Lauterbach.[36]

El 4 y 5 de noviembre de 1944, el pueblo natal de August Töperwien, Solingen, fue bombardeado; la segunda oleada destruyó el centro del pueblo. Margarete le escribió a su marido diciendo que creía que 6.000 personas habían muerto; su casa y su mobiliario habían sobrevivido prácticamente intactos. Ella y su hijo de dieciséis años Karl Christoph habían conseguido llegar al campo de la Baja Sajonia, acarreando sus edredones, mochilas, maletas y bolsas en trenes nocturnos abarrotados y en salas de espera llenas de soldados exhaustos y de civiles. Estaba agradecida simplemente por haber dejado atrás «el infierno del oeste», y le resultaba incomprensible «cómo la gente controla aquí sus nervios [...] Todas las noches tenemos que bajar al sótano. Y sin embargo, la vida sigue».[37]

Mientras Liselotte Purper contaba las «joyas» de las ciudades alemanas destruidas por los ataques aéreos aliados –Estrasburgo, Friburgo, Viena, Múnich, Núremberg, Brunswick, Stuttgart, «por no mencionar nuestro Hamburgo»– se sentía llena de rabia e impotente ante la «conspiración criminal global» que revelaba «un odio sin fin, un deseo fanático de destruir como nunca ha habido en el mundo. ¡No saben lo que hacen! [...] Un día quizá –si cae de sus ojos el velo de su absurda rabia–, puede que observen con angustia lo que han hecho». Era un tono diferente del de su desafiante carta de septiembre, cuando declaraba que «Berlín sigue siendo Berlín». «¿Y nosotros?», preguntaba. «Nosotros estamos orgullosos pero impotentes. Si tuviéramos alas de nuevo...»[38]

La noche del 12 de septiembre, la RAF volvió a Stuttgart. En 31 minutos, lanzaron 75 minas pesadas, 4.300 potentes bombas explosivas y 180.000 bombas incendiarias sobre el antiguo centro de la ciudad, destruyendo totalmente un área de cinco kilómetros cuadrados. Fue una repetición de los ataques del 29 de julio, que habían arrancado muchos tejados y causado incendios generalizados en la ciudad. Esta vez, el aire pesado de finales del verano ayudó a que prendiese una tormenta de fuego en el empinado valle. Como en Rostock, Hamburgo y Kassel, muchos de los que intentaron huir se inmolaron en las llamas. Muchos de los refugios antiaéreos de la ciudad

también se sobrecalentaron rápidamente. Murieron alrededor de mil personas, muchas de ellas por los gases de monóxido de carbono que penetraron en los sótanos de los edificios en los que se habían refugiado.[39]

La pérdida de Francia y de Bélgica había convertido las bases alemanas avanzadas en bases aéreas aliadas. Al perder los alemanes sus baterías antiaéreas y los sistemas de alerta a lo largo de la costa del canal, la flota de bombarderos británicos y estadounidenses era ahora libre de escoger objetivos que no habían sido alcanzados antes, y podían hacerlo además sin que se produjese la menor advertencia. Desde un punto de vista estratégico, los bombardeos sobre el Ruhr, Hamburgo y Berlín desde marzo de 1943 hasta marzo de 1944 habían marcado la fase más importante de los bombardeos a lo largo de la guerra. Pero la continua mejora de los bombarderos británicos y estadounidenses les permitía ahora multiplicar por catorce la carga, y apuntar con seis veces más precisión que en 1941-1942. Más de la mitad del tonelaje de bombas caídas en Alemania fueron lanzadas durante los últimos ocho meses de la guerra.[40]

El resultado fue un número de víctimas que no tenía comparación con la fase previa de la guerra aérea. En Darmstadt, una verdadera tormenta de fuego cayó en la noche del 11 de septiembre de 1944, matando a 8.494 personas: esas muertes en una sola noche superaron a todas las víctimas de bombardeos en Essen a lo largo de toda la guerra. En Heilbronn, 5.092 personas murieron en la noche del 5 de diciembre; el 16 de diciembre, otras 4.000 perdieron la vida en Magdeburgo. Más de la mitad de las víctimas civiles alemanas de la guerra aérea murieron después de agosto de 1944: 223.406 de unos 420.000 estimados para el total de la guerra.[41]

Este número desproporcionado de civiles muertos en estos bombardeos tiene que ver con la intensidad de los bombardeos, pero también con el elemento sorpresa. Las poblaciones de las ciudades que habían sido bombardeadas más a menudo, como Essen, Düsseldorf, Colonia, Kassel, Hamburgo y Berlín, habían tenido años para aprender cuándo era peligroso estar en las calles y dónde podían refugiarse en su camino al trabajo. En Múnich, Augsburgo, Stuttgart, Viena y Salzburgo, la gente se tenía que acostumbrar ahora rápidamente, y en condiciones mucho peores. No había

ni tiempo ni materiales para construir nuevos búnkeres en aquellas ciudades que estaban siendo atacadas por primera vez. Los aliados apuntaban a zonas del Reich que hasta entonces habían servido como centros de evacuación, y los alemanes empezaron a pensar que ningún lugar era verdaderamente seguro.

Mientras la guerra aérea empeoraba, los rumores sobre las «nuevas armas» de Alemania se centraron en el área que resultaba más claramente insuficiente, los aviones de combate. «Está extendida a nivel general la idea de que a menos que consigamos acabar con el control aéreo enemigo, no va a producirse ningún cambio en la suerte de la guerra», decía un informe nacional del Ministerio de Propaganda en noviembre. Los rumores no eran infundados: en ese momento, un escuadrón de aviones de combate Me 262 estaba entrenando, e incluso combatió en algunas ocasiones entre agosto y noviembre; pero, acosados por fallos crónicos de motor, aquellos aviones no entrarían en servicio activo hasta el año siguiente. Los ingenieros utilizaron toda su habilidad para diseñar nuevos modelos de aviones de reacción, incluido el estatorreactor de Alexander Lippisch, el primer modelo que disponía de una revolucionaria ala delta. Pero Alemania estaba ahora desconectada de sus proveedores turcos y portugueses de cromo, wolframio y bauxita, por lo que la producción de aleaciones de acero y aluminio a gran escala sólo se podía hacer con las reservas existentes. A principios de septiembre, las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos llevaron a cabo tres ataques devastadores sobre plantas de aceite sintético –el salvavidas de la Luftwaffe–, preparando así el escenario para un cambio final en el control estratégico del espacio aéreo alemán. La falta de combustible aéreo restringía el tiempo de vuelo disponible, lo que significó que se enviara a nuevos pilotos, insuficientemente entrenados, a combatir contra enormes dificultades. En la segunda mitad de 1944, la Luftwaffe fue prácticamente destruida, perdiendo 20.200 aviones.[42]

En esta atmósfera febril que oscilaba a gran velocidad entre esperanza e impotencia, Goebbels lanzó una nueva ofensiva propagandística sobre el «terror bolchevique». Tenía los mismos ingredientes que la publicidad de Katyn de abril y mayo de 1943, excepto que esta vez las víctimas no eran

oficiales polacos, sino civiles alemanes. Durante la invasión soviética de Prusia oriental en octubre de 1944, dos batallones de tanques habían tomado la pequeña localidad de Nemmersdorf. Lo mantuvieron junto con su puente durante dos días, entre el 21 y el 23 de octubre, antes de retirarse a causa de los contraataques de la Wehrmacht. Muchos de los 637 habitantes se fueron, algunos de ellos desplazados por las tropas soviéticas después de ocupar la aldea. Algunos de los ocupantes y ocupados establecieron relaciones normales –la comida era aceptada con un «gracias» y se mantenían conversaciones chapurreando los dos idiomas– pero muchos alemanes fueron golpeados, robados, o asesinados y muchas mujeres fueron violadas. Cuando las tropas alemanas retomaron la aldea, los hombres del Volkssturm tuvieron que recoger los cadáveres de veintiséis civiles, que depositaron en una tumba abierta en el cementerio del pueblo. Las noticias se extendieron a toda velocidad y, al día siguiente, el médico personal de Heinrich Himmler, el profesor doctor Karl Gebhardt, llegó al pueblo acompañado por varias comisiones del Partido, las SS y la policía. El 25 de octubre, una unidad de la policía militar llegó también al lugar y llevó a cabo su propia búsqueda, aunque no encontraron más cuerpos. Sacaron de las tumbas abiertas a las trece mujeres, cinco niños y ocho hombres y los extendieron en el suelo para que fueran fotografiados, identificados y examinados por personal médico. Descubrieron que, aparte del alcalde, la mayor parte de los hombres y mujeres asesinados eran ancianos, que habían sido ejecutados con tiros en la cabeza. Aunque en principio sólo sospecharon que se hubiera producido una violación en el caso de una de las mujeres jóvenes, los fotógrafos quisieron sugerir lo contrario, e hicieron fotos de todas las mujeres –cuyos cadáveres ya habían sido movidos al menos dos veces–, con las faldas subidas y las medias bajadas. Éste era el tipo de cosas que Gebhardt, que combinaba el puesto como presidente de la Cruz Roja alemana con la dirección de experimentos con prisioneras en campos de concentración femeninos, podría perfectamente haber ordenado a los fotógrafos antes de realizar el viaje.[43]

Ésta era una masacre similar a aquellas que muchos de los investigadores alemanes presentes habían llevado a cabo en territorio

soviético. Uno de los visitantes alemanes de alto rango afirmaba en su diario haber visto a mujeres y niños clavados a puertas de graneros. Aunque la policía militar no registró ninguna evidencia de algo así, esas historias de mujeres y niños crucificados proporcionaban material para la cobertura general de los medios alemanes. Sin embargo, los periodistas que cubrían el suceso fueron tan parcos en detalles, que Goebbels les instó a maquillarlo para transmitir la «verdad poética». Por primera pero no última vez, Prusia oriental proporcionó pruebas de que la incesante mención a la amenaza soviética era verdadera. Y, como en Katyn, la prohibición habitual de enseñar imágenes de atrocidades fue levantada, de manera que tanto los periódicos como los noticieros cinematográficos exhibieron fotografías de los veintiséis cuerpos. El *Völkische Beobachter* puso a los niños muertos en su portada, mientras Nemmersdorf se convertía en sinónimo de los actos de las «hordas asiáticas» llevadas al frenesí por sus «comisarios judíos».[44]

En la propia Prusia oriental, la realidad de la incursión soviética de octubre y el exitoso contraataque alemán dejaron una profunda marca. El comandante del reconstruido Grupo de Ejércitos Centro, coronel general Reinhardt, le escribió a su mujer sobre la «rabia, el odio que nos invade desde que hemos visto los estragos que han causado los bolcheviques en la zona que hemos tomado, el sur de Gumbinnen». En otras partes del Reich, el impacto de la historia de Nemmersdorf produjo distintas reacciones. Eran tantas las personas que dudaban de si las noticias eran reales, que Goebbels admitió en su diario que «los informes de Nemmersdorf han convencido sólo a parte de la población». La gente culpaba también al Partido Nazi por no haber evacuado a los civiles de la zona a tiempo. Incluso en regiones del Reich distantes, hubo quien se preguntó por qué deberían preocuparse tanto por los rusos únicamente «porque hayan matado a un par de personas en Prusia oriental».[45]

Para la población de Stuttgart, en la frontera occidental de Alemania, el distrito de Gumbinnen era tan remoto como lo habían sido las posibilidades de viajar en el Reich anterior a la guerra, y aquí, además, la tradicional hostilidad suaba contra todo lo prusiano se había intensificado a medida que la guerra se prolongaba. Por otra parte, los habitantes de Stuttgart estaban

todavía impresionados por los bombardeos con bombas incendiarias del 12 de septiembre, y eran profundamente escépticos respecto a todos los mensajes de propaganda. Según la opinión popular recogida por un funcionario particularmente pesimista del SD, los líderes

> deberían darse cuenta de que la visión de estas víctimas hará que todo el mundo piense un poco en las atrocidades que hemos cometido nosotros en territorio enemigo, incluso en la propia Alemania. ¿No hemos asesinado a miles de judíos? ¿No nos informan los soldados una y otra vez de que en Polonia los judíos han tenido que cavar sus propias tumbas? ¿Y cómo tratamos a los judíos en el campo de concentración de Alsacia [Natzweiler]? Los judíos también son seres humanos. Haciendo esas cosas le hemos enseñado al enemigo lo que ellos pueden hacernos a nosotros si nos vencen.[46]

Esto sonaba parecido a los debates del verano y el otoño de 1943, que Goebbels y Himmler habían conseguido silenciar gracias a una mezcla de amonestaciones y castigos ejemplares. Ahora que se producía una crisis, el debate emergía de nuevo. Mientras el régimen intentaba otra vez combatir el derrotismo usando Nemmersdorf para avivar el miedo al «terror judío» aniquilador, una vez más se tropezaba con una ola de críticas a su propio papel en la escalada de aquel ciclo criminal. En esa atmósfera febril, una simple discusión sobre un asiento en un tranvía de Berlín era suficiente para llevar a ciertos pasajeros a señalar que «Tenemos que seguir siendo humanos, ya somos lo suficientemente culpables por nuestro trato a los judíos y los polacos, y nos lo van a devolver». Momentos como éste, en el que unos extraños discutían en público sobre quién tenía que ser culpado por la «guerra judía», marcaban los bajones periódicos de ánimo en Alemania. Además, a diferencia de Katyn, veintiséis cadáveres en Nemmersdorf no eran una atrocidad lo suficientemente significativa como para atraer la atención internacional.[47]

El 24 de julio de 1944, el 2.º Ejército de Blindados Soviético había liberado un campo en las afueras de Lublin, donde encontraron a 1.500 prisioneros soviéticos de guerra que los guardias de las SS habían dejado atrás en su huida. Ellos les enseñaron a sus libertadores la casa del comandante y los depósitos de materiales de construcción; los barracones

para guardias de las SS y para prisioneros; las tres cámaras de gas, el crematorio y, detrás de él, las trincheras para las ejecuciones en masa, las pilas de ropa, los montones de zapatos y los montículos de pelo humano. Majdanek había servido como campo de concentración principalmente para prisioneros de guerra polacos y soviéticos empleados en las fábricas de Lublin, pero fue también un campo de exterminio en el que unos 200.000 polacos, eslovacos, judíos, gitanos y prisioneros del Ejército Rojo habían sido asesinados. El avance soviético fue tan rápido, que las SS no habían tenido tiempo para destruir el campo. Majdanek fue el primero y –tal como demostrarían los acontecimientos– el más intacto de los campos de exterminio que fueron liberados. Los soviéticos se dieron cuenta inmediatamente de la importancia de lo que habían encontrado. Invitaron a visitarlo a periodistas extranjeros, y las fotografías y el material cinematográfico del lugar fueron transmitidos a todo el mundo. El constante lanzamiento de panfletos aliados sobre Alemania se aseguró de que, desde finales de agosto, los detalles de las cámaras de gas y los crematorios de Majdanek llegasen al Reich.[48]

Para los soldados del Ejército Rojo, Majdanek se convirtió en el símbolo de cómo los alemanes habían tratado a sus camaradas, confirmando que habían asesinado a gente de muchas nacionalidades, pero habían reservado un trato especial para los ciudadanos soviéticos. Junto a las exhortaciones escritas por Ilyá Ehrenburg y otros escritores, animando a vengarse de los alemanes por los crímenes cometidos durante la ocupación, las imágenes de Majdanek se quedaron grabadas en la imaginación de muchos. Yuri Uspensky, un joven oficial del 5.º Cuerpo Soviético de Artilleros, añadió Majdanek a los horrores que vio en las aldeas que había liberado en la región de Smolensk; mientras su unidad se abría camino combatiendo hacia las fronteras de Prusia oriental, él no olvidaría «la sangre fría alemana en Majdanek», que le parecía «cien veces peor» que las peores acciones cometidas por su propio bando, que, de hecho, también le horrorizaban.[49]

Aquel diciembre, Ursula von Kardorff se encerró en el baño del piso de un amigo para leer su ejemplar del *Journal de Génève*, que detallaba el

gaseamiento de miles de mujeres y niños en Auschwitz-Birkenau. Estaba basado en un informe detallado de dos prisioneros eslovacos que habían escapado del campo en abril de 1944. Aunque Kardorff ya sabía que el asesinato masivo de judíos era un hecho –y ella misma estaba ayudando a algunos judíos a mantenerse escondidos en Berlín–, los crudos detalles eran demasiado para ella. «¿Cómo creer una historia tan horrible?», se preguntó en su diario. «Simplemente, no puede ser verdad. Sin duda, ni siquiera los fanáticos más brutales pueden ser tan absolutamente bestiales.»[50]

Para muchos, la incredulidad era a menudo el primer paso antes de poder reconocer lo que habían hecho. En lugar de desaparecer, las noticias de los campos de exterminio en los que se asesinaba a las víctimas mediante electrocuciones masivas y gaseamientos aumentaron durante 1944, extendiéndose a lo largo de todo el Reich; aquellas prácticas incluso habían sido ya descritas por observadores aliados en los campos de prisioneros de guerra alemanes en Italia. La curiosidad condujo a la gente a abordar el tema hasta entonces tabú de qué era lo que había ocurrido realmente en esas instalaciones secretas. Se empezó a hablar de montañas de cadáveres, probablemente sin entender que las víctimas habían luchado en la oscuridad para alcanzar el oxígeno restante cerca del techo de las cámaras de gas. Aparecían detalles correctos pero mal interpretados, y esas conversaciones revelaban cómo al fin la gente estaba intentando, con dificultades –y con imaginación–, reunir los fragmentos en un relato coherente. Como billetes marcados, los relatos sobre electrocuciones masivas apuntan a cuán extensamente estaban circulando las noticias sobre los campos de exterminio, aunque aún fuesen parciales.[51]

Los alemanes seguían equiparando los bombardeos aliados con el asesinato de judíos, considerándose a sí mismos como víctimas, e interpretando que aquélla era la causa de sus problemas. Dado el clima de duras medidas policiales que se había establecido después del complot de julio, era lógico que los alemanes se autocensurasen. Ursula von Kardorff, que se compadecía de los conspiradores, temía verdaderamente ser arrestada, y era muy cuidadosa con lo que decía en público. Pero, como dejaban entrever los informes de Stuttgart y Berlín, cada vez había más

personas que hablaban abiertamente sobre la masacre de los judíos. Tanto si se sintieron impelidas a hacerlo por miedo existencial, o si simplemente estaban inmersas en un debate público desencadenado por las historias contadas en los medios de comunicación que yuxtaponían «el terror judío» y los lugares de ejecución de masas, esta respuesta social revela claramente un hecho: aquélla no era, al menos no todavía, una sociedad «atomizada», forzada sólo por el terror dictatorial a continuar la guerra. Muchos alemanes se sentían autorizados a hacer públicas sus opiniones y, cualesquiera que fuesen sus críticas del régimen, seguían pensando que su propia lealtad no estaba en cuestión.

Algunas personas incluso pensaban que el régimen podría beneficiarse de sus consejos. En noviembre y diciembre de 1944, hubo muchos ciudadanos bienintencionados que escribieron al Ministerio de Propaganda ofreciendo sugerencias, adjuntando incluso borradores para panfletos que deberían ser lanzados sobre los ejércitos aliados. «Ingleses, estadounidenses, rusos, escuchad nuestra voz», decía el texto propuesto por el director del Instituto de Ingeniería de Kaiserlautern:

> No sacrifiquéis vuestras vidas más tiempo por esos judíos que sólo os están llevando a una carnicería para luego poder disfrutar ellos gobernando el mundo entero [...] *¡Cristianos, nunca deberíais luchar por los judíos!* [...] Ayudadnos a fundar unos *Estados Unidos de Europa en los que no haya más judíos*.

El texto era lo suficientemente llamativo como para que alguien del Ministerio de Propaganda subrayase los giros lingüísticos más destacados. El texto terminaba con una adaptación del famoso eslogan de Marx: «¡Europeos de todos los países, uníos!». En lugar de utilizar las amenazas de represalias colectivas propuestas en mayo y junio de 1944, los corresponsales de Goebbels creían ahora poder persuadir a los «trabajadores y soldados» británicos y estadounidenses de que estaban siendo engañados para luchar contra su aliado natural, Alemania. Pero, como lamentaba tristemente un anciano médico de Hamburgo, se corría el riesgo de que los ingleses no captaran el mensaje: para dirigirse a ellos, era preciso que los panfletos utilizasen «un estilo propio de los que son algo lentos», e incluso

eso podría no ser suficiente, porque «Nosotros, los alemanes, estamos acostumbrados a hablar con un pueblo educado [...] Las personas de habla inglesa no pueden llegar a ese nivel».[52]

En todo el Reich, quienes vigilaban el ánimo de la población para el SD, el Ministerio de Propaganda, la Cancillería del Partido y los presidentes de los Tribunales Provinciales de más alto rango, estaban muy ocupados elaborando un mapa del equilibrio cambiante de opiniones de sus angustiados «camaradas nacionales». Algunos, como el miembro del SD de Stuttgart, eran clara y consistentemente pesimistas, y presentaban verdaderos catálogos de críticas al régimen; otros, como sus colegas de Friburgo, escribían, en cambio, en términos muy optimistas. En septiembre, la Wehrmacht convenció a Goebbels de que les permitiese poner en marcha su propia operación de propaganda para vigilar a la opinión pública y también intentar dirigirla. El hecho de que Goebbels tolerase esta incursión en sus dominios fue un reconocimiento de que, a pesar del complot de julio, la Wehrmacht todavía disfrutaba de un prestigio entre el pueblo mayor que el del Partido. Los sucesos militares seguían determinando la moral civil. En el oeste, se iba recuperando lentamente, y de una manera vacilante, desde la retirada de Francia. En lugares donde, a principios de septiembre, la gente había declarado abiertamente que todo estaba perdido, todavía tres semanas después seguían sin escuchar las noticias; simplemente, se aplicaron e «hicieron su trabajo obedientemente».

El 15 de diciembre, Irene Guicking le escribió a Ernst dándole más noticias sobre el bombardeo de Giessen. Todos los que se habían refugiado en el sótano del ayuntamiento habían muerto. Irene había oído que habían muerto 2.500 personas y que 30.000 se habían quedado sin techo por culpa el ataque. Su casa no estaba tan gravemente afectada como había temido al principio. Había caído una bomba en el patio, justo delante del edificio y, aunque la casa no estaba habitable, todo lo que había dentro estaba prácticamente intacto. Sólo el gorro de paja de Ernst, un recuerdo de antes de la guerra, había sido lanzado fuera de la casa por la explosión. Aterrizó justamente en un cráter en la calle. Mientras tanto, todo su mobiliario estaba guardado en casa de su tía. Sólo el equipamiento de la cocina, el sofá y el

aparador habían resultado demasiado pesados y permanecían en el apartamento bombardeado. Considerando lo que era buena y mala suerte, el peor inconveniente inmediato era el de tener que estar con su tía Johanna: tres días con ella parecían muy largos. Cuando se fue, el 17 de diciembre, Irene estaba contenta por otras noticias. Los periódicos reproducían un artículo aparecido en la prensa suiza sobre quinientos aviones enemigos derribados por los nuevos cazas alemanes. Su ánimo mejoró ante la perspectiva de que ahora, finalmente, iban a poder defenderse contra los ataques desde el aire.[53]

El número de ataques aéreos sobre Alemania descendió mucho, en efecto, a partir del 17 de diciembre, porque el día anterior la Wehrmacht había lanzado una gran contraofensiva en el oeste. En su arenga de la víspera de la batalla, Rundstedt exhortó: «¡Soldados del frente occidental! Vuestra gran hora ha llegado. Fuertes ejércitos atacantes están marchando hoy contra los británicos y los estadounidenses. No necesito decir nada más. Todos lo sentís: ¡es todo o nada!». Preocupado por no alimentar las expectativas del pueblo prematuramente, Goebbels contuvo a la prensa. El primer anuncio público de la ofensiva fue una breve mención en el boletín de radio de la Wehrmacht el 18 de diciembre. Los titulares de los periódicos no dieron la noticia hasta el día siguiente. Incluso el *Völkischer Beobachter* prescindió de su habitual grandilocuencia anunciando simplemente una «Ofensiva en el oeste». La gente estaba encantada y sorprendida de que la Wehrmacht fuera todavía capaz de iniciar una gran ofensiva; muchos se sintieron «liberados de un peso opresivo». Mientras el 6.º Ejército Panzer SS de Sepp Dietricht golpeaba en el norte y el 5.º Ejército Panzer de Manteuffel rompía las líneas estadounidenses y avanzaba hacia el pueblo de Bastogne en el sur, los informes del Ministerio de Propaganda del Reich describían la reacción de la gente como si hubieran recibido noticias de «lluvia después de una larga sequía». En Berlín, casi la totalidad de las raciones de aguardiente para el periodo navideño se consumieron en brindis por lo que muchos llamaban felizmente el «regalo de Navidad del Führer».[54]

Encerrado con los restos del Grupo de Ejércitos Centro en la península de Curlandia, Kurt Orgel contó que incluso los viejos y endurecidos veteranos gritaban llenos de emoción: «¡Tío, me gustaría estar allí también!». Mientras miraba al mapa para seguir el progreso de la ofensiva, Kurt se dio cuenta de que su batería había avanzado a lo largo de esa misma carretera a través de Luxemburgo durante la campaña de 1940. El 21 de diciembre escuchó que 20.000 estadounidenses habían sido capturados en el oeste. Ernst Guicking informaba de que el número de prisioneros era de 60.000. Lo que notó inmediatamente fue que la ofensiva había detenido los ataques de hostigamiento a la cabeza de puente de Alsacia que él y sus camaradas estaban defendiendo en Issenheim. Mientras se filtraban aquellos alegres informes, el Ministerio de Propaganda se dio cuenta de que las analogías que se estaban estableciendo con la rápida conquista de Francia en 1940 eran muy peligrosas. Goebbels se puso inmediatamente a la tarea de moderar las expectativas, usando agentes de paisano en las calles para preparar a la gente para un éxito más limitado. Pero las esperanzas se habían reanimado repentinamente, y tanto en Reichenberg/Liberec, Brandeburgo, Dessau como en las pesimistas Hamburgo y Stuttgart, la gente quería imaginar una rápida victoria estratégica que podría poner punto final a la guerra en el oeste. Era la misma esperanza que había quedado paralizada ante el Muro atlántico en mayo, o la de las armas milagrosas del otoño, aunque ésta fuese un poco menos confiada. Cuando resurgió de nuevo a mediados de diciembre, el cálculo estratégico seguía siendo prácticamente el mismo: si se pudiera forzar a los británicos y los estadounidenses a pedir la paz, todos los recursos de la Wehrmacht podrían concentrarse en el frente oriental.[55]

De hecho, el propio pensamiento de Hitler al lanzar esta ofensiva no estaba lejos de estas esperanzas populares. Ante las sugerencias de Goebbels y del embajador japonés de que era el momento para pedir la paz a los soviéticos, había respondido insistiendo en que había que llevar hasta el final la guerra en el este, y que la paz en el oeste sólo podría lograrse desde una posición de fuerza. El objetivo de la ofensiva de las Ardenas era dirigirse hacia el norte, a Amberes. Si se conseguía recuperar el puerto, los

británicos y los estadounidenses se verían dificultados por las complicaciones del lento transporte terrestre. Según este proyecto optimista, la fuerza alemana en el oeste podría forzar a los Aliados occidentales a negociar una paz por separado.[56]

El 23 de diciembre, tropas alemanas alcanzaron Buissonville y Celle, a menos de ocho kilómetros del Mosa. Pero nunca llegarían a cruzar el gran río. Cuando la niebla que había protegido a las divisiones blindadas alemanas de los bombardeos se despejó en Nochebuena, Amberes seguía siendo un objetivo distante. Incluso el leal Walter Model tuvo que admitir que la ofensiva había fracasado. Con 5.000 aviones británicos y estadounidenses machacando los tanques, bases aéreas, posiciones de artillería y líneas de abastecimiento alemanas, Rundstedt reconoció que ya no se podían movilizar más refuerzos para el frente. Efectivamente, la ofensiva se había acabado. El hecho de que las pérdidas aliadas de 76.890 hombres fueran ligeramente superiores a los 67.461 capturados, heridos y muertos en el bando alemán dio prueba de la eficacia que aún le quedaba al Ejército alemán como fuerza de combate. Pero ese dato no sirvió para reemplazar las pérdidas de la operación.[57]

Hitler le había dicho a Albert Speer que ahora todo dependía de la ofensiva de las Ardenas, admitiendo que «si no tiene éxito, no veo otra posibilidad de llevar la guerra a un final favorable». Speer sabía que el carbón ya no llegaba a las centrales de energía y que no se podía compensar la pérdida del hierro y el acero de Francia, Bélgica y Luxemburgo: la producción de armas alemanas había entrado ya en un declive irreversible. El ministro de Armamento dedicó sus esfuerzos cada vez con más intensidad a evitar que las líneas ferroviarias se colapsasen completamente. Deteniendo la construcción de la nueva generación de U-Boots, intentó impulsar la producción de munición y tanques. Esto resultó ser mucho peor que la gestión de la crisis del primer invierno de la guerra, cuando los suministros de carbón y acero también habían sido escasos. Alfred Jodl, actuando de forma característica como la voz de Hitler, había admitido ante los comandantes del frente occidental a principios de noviembre que la Wehrmacht carecía de «fuerzas disponibles» para el contraataque,

puntualizando simplemente que «en nuestra situación actual no podemos evitar jugárnoslo todo a una carta».[58]

Ahora que ya habían jugado esa carta, Hitler y el Alto Mando volvieron a la estrategia anterior de mantener sus líneas. Las órdenes de hacer alto, que declaraban los pueblos como «fortalezas» que debían ser defendidas hasta la última bala, empezaron a sucederse una tras otra cuando el avance británico y estadounidense se reinició en el oeste. Los soldados alemanes que volvían de permiso del frente occidental todavía hablaban con entusiasmo de alcanzar París antes de Año Nuevo; Goebbels, que ordenó a los medios de comunicación reducir las expectativas, consideraba aquello «una completa tontería». El 29 de diciembre la prensa supo que la ofensiva se había estancado.[59]

*

En Nochevieja, el gran actor Heinrich George leyó en la radio las palabras que el fundador de la teoría militar moderna, Carl von Clausewitz, había escrito en febrero de 1812:

> Creo y confieso que lo que la gente más valora es la dignidad y la libertad de su existencia; que debe defender esto hasta la última gota de sangre; que no hay mayor deber que cumplir, ni mayor ley que obedecer; que la vergonzosa mancha de someterse cobardemente nunca puede ser borrada; que la gota de veneno en la sangre de una nación se transmite a la posteridad, paralizando y erosionando la fuerza de futuras generaciones.[N2]

Clausewitz le había escrito estas líneas a su patrón y mentor, Scharnhorst, para explicarle por qué renunciaba al servicio prusiano para tomar las armas contra Napoleón en Rusia. También las había escrito pensando en una posible derrota. Lo único que le quedaba era una creencia romántica en la mayor victoria moral y la fe en el futuro de la nación. La carta, que pasó a ser conocida como la *Confesión* de Clausewitz, proseguía así: «Incluso la destrucción de la libertad después de una lucha sangrienta y honorable asegura el renacimiento del pueblo. Es la semilla de la vida, que un día traerá un nuevo y bien arraigado árbol».[60]

Cuando Heinrich George llegó en la radio a la frase final, los violines empezaron a tocar el himno nacional, discretamente al principio, aumentando el volumen después, justo antes de las doce campanadas que daban por finalizado el año. La última campanada sonó en la inolvidable campana de bronce Rin. Los decimonónicos soldados prusianos cantaron: «Oh, honorable Alemania», seguido de su precepto coral, «¡Resistid! ¡Resistid!», más adecuado que nunca.[N3] Entonces, precedido por una corta interpretación de la Marcha Badenweiler, Hitler habló cinco minutos después de la medianoche. Su mensaje de Año Nuevo fue corto. El Führer insistió en la amenaza de la «conspiración mundial del judaísmo internacional», repitiendo su profecía de que el intento de «destruir Europa y erradicar a sus pueblos» fracasará y llevará sólo «a su propia destrucción». Esto ni era noticia ni resultaba particularmente reconfortante; más bien subrayaba el miedo que muchos sentían de que no se produjese un final negociado para la guerra, o, como el propio Hitler afirmó una vez más, «un 9 de noviembre nunca se repetirá en el Reich alemán». Prometió que su suerte cambiaría, pero no ofreció detalles, no hizo promesas sobre el despliegue de nuevas fuerzas y nada tampoco sobre cómo o cuándo se detendrían los ataques aéreos aliados. Y ni siquiera mencionó la ofensiva en el oeste. Volvió a describir la guerra en los sombríos y apocalípticos términos que había empleado tan a menudo: «Una cuestión de vida y muerte, ser o no ser. La victoria será nuestra, porque tiene que serlo». El Ministerio de Propaganda dio órdenes rápidamente de que se comunicase que la ausencia evidente de información concreta que habría podido reconfortar a los alemanes debía explicarse como una precavida medida de seguridad.[61]

Mientras escuchaba la transmisión en el frente de Curlandia, Kurt Ogel no dejaba de pensar en Liselotte, como solían hacer las parejas durante las emisiones del *Wunschkonzert* de los primeros años de la guerra: «Imagino», le escribió el 1 de enero de 1945, «¡qué maravilloso sería que pudiéramos escuchar al mismo hombre simultáneamente! ¿Te sentías tú también contenta de escuchar una vez más la voz del Führer?». Lo cierto es que durante todo 1944, Hitler sólo había hablado públicamente una vez,

haciendo una rápida declaración inmediatamente después del intento de asesinato del 20 de julio. Que se situase ahora delante del micrófono les dio a muchos una especie de seguridad: se interpretó como una señal de que se había vencido en alguna batalla. De lo contrario, pensaba la gente, teniendo en cuenta su experiencia de 1943-1944, habría permanecido callado. En todo el país, los redactores de informes para los ministerios de Propaganda y de Justicia, así como para la Wehrmacht, coincidieron en esas apreciaciones. Mucha gente entró en 1945 animada y esperanzada, una vez más, pensando de nuevo que la guerra todavía podía acabar bien para Alemania.[62]

En Marburgo, Lisa y Wolf de Boor no se ponían de acuerdo en su interpretación. Para Lisa, la voz de Hitler sonaba «honda como una tumba». Se habían sentado al lado de su árbol de Navidad, mientras observaban las velas quemarse lentamente en sus portavelas y bebían un vaso de vermú, un regalo especial para los mayores de sesenta años. Sus tres hijos, todos ellos médicos, estaban desperdigados. Hans, el más joven, estaba en la costa del Báltico, formándose en Medicina con la Wehrmacht en Greifswald. El hijo mayor, Anton, ya doctor, había sido enviado a una división de blindados y estaba aislado en Curlandia. Pero quien más preocupaba a aquellos padres era su hija Monika, que había pasado los últimos doce meses encarcelada en una prisión de la Gestapo. Para alegría de su madre, Monika buscó apoyo en la religión durante su encarcelamiento, usando el tiempo en confinamiento solitario para leer y rezar. Mientras sus padres releían juntos su carta de Navidad –que disipó sus temores momentáneamente–, Lisa anotaba cuán «profundamente impresionados» estaban «por cómo está utilizando las posibilidades que le ofrece la contemplación no sólo para resistir a este tiempo, sino para convertirlo en algo positivo».[63]

En Lauterbach, Irene Guicking se levantó de su cama a las 5.30 la mañana de Año Nuevo: Ernst acababa de llegar a casa. Había seguido su consejo y le había enviado un telegrama comunicándole que habían sido «totalmente bombardeados», y el truco había funcionado. Le habían concedido diez días de permiso compasivo, y había tardado sólo una tarde y una noche en llegar a ella desde Alsacia. El frente se estaba acercando.[64]

N1 Propuesto en 1944 por el secretario del Tesoro estadounidense Henry Morgenthau Jr., este plan exigía privar a Alemania de buena parte de su territorio y cerrar toda su industria pesada. *(N. de la T.)*

N2 Carl von Clausewitz (1780-1831), general prusiano e importante teórico militar, conocido sobre todo por su obra *Vom Kriege (Sobre la guerra). (N. de la T.)*

N3 «O Deutschland hoch in Ehren», conocido himno patriótico del siglo XIX.

15

Colapso

Debilitada por sus enormes esfuerzos durante la ofensiva de las Ardenas, la Wehrmacht se vio obligada a volver a la defensa estratégica. Amortiguar las embestidas de los Aliados se convirtió una vez más en el objetivo principal, igual que en enero de 1944, pero con una diferencia clave: después de doce meses de intercambiar «espacio contra tiempo», las líneas del frente se habían desplazado desde el Dniéper y el Atlántico hasta la zona fronteriza alemana. Los alemanes todavía retenían Varsovia y el Vístula en el este y en el frente italiano podían defender una línea a lo largo del río Po. En el oeste, el avance aliado se veía bloqueado por las líneas defensivas alemanas en el Muro occidental, especialmente el poderoso triángulo formado alrededor de Tréveris por la confluencia de los ríos Sarre y Mosela. Durante el pánico de septiembre de 1944, Tréveris había parecido tan vulnerable como Aquisgrán. Durante el otoño y el invierno, sin embargo, aguantó numerosos ataques, afianzando el vértice norte del triángulo fortificado. Tras esas defensas se encontraba el Rin, el obstáculo natural final al que se enfrentaban británicos y estadounidenses. Cruzar los grandes ríos –Po, Vístula y Rin– se convirtió en la clave para derrotar y ocupar el Reich. Para los Aliados, éstas eran todavía fronteras formidables. Para los alemanes, eran las últimas líneas de su estrategia defensiva.

Aunque la producción de tanques alemana había alcanzado un nuevo pico a finales de 1944, la masiva superioridad aliada en cuanto al armamento era cada vez más obvia para todo el mundo, a medida que las flotas de bombarderos estadounidenses y británicos eclipsaban sus propios ataques aéreos masivos del año anterior, apuntando ahora tanto a la red

ferroviaria como a plantas de combustible sintético y ciudades. Estaba tremendamente claro que la posibilidad de defender Alemania hasta que fuesen capaces de obtener una ventaja tecnológica o militar era ahora mínima. Las esperanzas alemanas residían tan sólo en ganar tiempo y que, entretanto, la coalición aliada pudiera –simplemente– desintegrarse bajo sus propias tensiones internas. Este escenario optimista dependía de que la historia se repitiese: Federico II de Prusia se había salvado de una derrota en la guerra de los Siete Años cuando la zarina Isabel de Rusia murió de repente en 1762 y la inmensa coalición franco-austro-rusa se había desintegrado milagrosamente. A través de películas como el biopic de 1942 *El gran rey*, se había animado a los alemanes a que viesen al Führer como el sucesor de Federico el Grande. Era un paralelismo inspirado por el propio Hitler, que mandó enviar una copia de la película a Mussolini. Cuando el 15 de enero volvió a Berlín desde su cuartel general occidental, colocó el retrato del rey prusiano en su despacho en el profundo búnker bajo la Cancillería del Reich en el que se iba a encerrar. Anticipar el enfrentamiento del Occidente capitalista con el este comunista no era algo enteramente infundado, como décadas de Guerra Fría demostrarían más tarde. Pero en su desesperación por encontrar una salida estratégica al callejón sin salida en el que ellos mismos se habían metido, los líderes nazis olvidaron que la amenaza que había forjado esa «alianza impía» eran ellos. Cuando Roosevelt murió el 12 de abril, Hitler, que había llegado a ver al presidente estadounidense como su némesis judía, lo celebró brevemente, anticipando el momento en que los acontecimientos de 1762 volverían a repetirse.[1]

La esperanza de que Estados Unidos se uniera a Alemania para salvar a Europa del bolchevismo proporcionó una última razón para ganar tiempo y malgastar vidas. Aunque el Alto Mando de la Wehrmacht ya no sabía cuál era la magnitud de sus pérdidas, cada día de combate en 1945 costaría la vida de 10.000 soldados alemanes. Mientras el Rin se mantuvo, la Wehrmacht estaba defendiendo un territorio coherente, si bien enormemente reducido, en el cual se podía mantener viva cada semana la expectativa de que la Gran Alianza contra el Reich todavía podía romperse.

La defensa del frente occidental le fue confiada al más formidable de los ejércitos alemanes restantes, el Grupo de Ejércitos B de Walter Model.[2]

De diciembre a marzo, los británicos y estadounidenses se abrieron camino combatiendo desde el río Sarre hasta el Rin. Las fronteras de los grandes ríos del Vístula y el Rin cayeron en ofensivas casi simultáneas que se desarrollaron desde enero hasta finales de marzo de 1945. El mayor avance se produjo en el este, donde los soviéticos salvaron el Vístula y atravesaron Polonia, conquistando las provincias alemanas orientales y estableciendo cabezas de puente sobre el Óder a finales de enero. Habría que esperar hasta finales de marzo para que el resto del frente soviético fijase su posición a lo largo de esta nueva línea del frente, a apenas ochenta kilómetros de Berlín. Era posible que los ejércitos alemanes en el este todavía pudieran retroceder hasta el Elba desde el Óder, pero los ejércitos emplazados en el oeste no tenían tal opción. Más allá del Rin se extendía la llanura de Alemania del Norte que conducía hasta el Elba. A lo largo del Rin se encontraba el corazón de la industria alemana, con el propio gran río sirviendo como ruta de transporte fundamental para el carbón y otros productos. El Rin seguía siendo la frontera clave sin la cual no se podía planificar en un mapa, y mucho menos mantener, ninguna posición defensiva alemana.

Después de vivir un pequeño florecimiento durante el otoño de 1944, la solidaridad nacional se desintegró bajo la fuerza de la invasión aliada. El colapso del Reich, región por región, exacerbó de forma natural las lealtades locales y arrebató a las gentes cualquier sentido de pertenencia a una «comunidad de destino» más grande, por usar uno de los términos favoritos de Goebbels. Incluso antes de que comenzase el asalto final al Reich, las diferencias entre las regiones ya estaban creciendo: la remodelación del Gobierno después del complot de julio reforzó los poderes de los *gauleiters* a expensas del Gobierno central, una tendencia que se magnificó enormemente una vez comenzó la batalla por Alemania. De mucho mayor impacto fue la experiencia cada vez más divergente de la lucha misma. Mientras los ejércitos soviéticos, estadounidenses, británicos y franceses invadían diferentes partes del Reich, los alemanes no se

enfrentaban a los mismos enemigos en todos los sitios ni corrían los mismos riesgos. Además, la conquista de Alemania, región por región, hizo que la familia y el *Heimat* [hogar] se situasen definitivamente por encima del *Reich* y el *Volk*. Durante la guerra, los hombres habían justificado su servicio militar sobre todo en términos de un patriotismo basado en la familia y el lugar del que procedían. La evacuación masiva de las ciudades –con sus consiguientes conflictos entre ciudades y aldeas, católicos y protestantes, norte y sur y este y oeste– había subrayado hasta qué punto Alemania seguía siendo una nación de provincianos. El 8 de mayo de 1945, Alemania se había convertido en una nación de migrantes y refugiados, con millones de soldados desplazados y civiles tratando de sobrevivir lejos de su hogar, mientras que las llamadas al sacrificio personal y a la solidaridad nacional se habían agotado finalmente. El Estado alemán fue destruido no sólo por la ocupación de las cuatro fuerzas aliadas, sino por su propia desintegración en los meses finales de la guerra. La derrota no destruyó el nacionalismo alemán; muchos de sus odios excluyentes no podían ser extirpados tan fácilmente. Pero sus significados positivos, su habilidad para utilizar el esfuerzo social y motivar el sacrificio personal por una causa nacional, se derrumbaron rápidamente. Igual que los trabajadores en el Ruhr habían deseado en 1943 que otras zonas de Alemania fuesen bombardeadas, cuando la lucha atravesó el Reich en enero de 1945, todo el mundo quería escapar de la zona de guerra.

*

Desde que tomó el mando de su propia compañía, Wilm Hosenfeld se sentía rejuvenecido. Repartidos por toda Varsovia en pequeños grupos, sus hombres custodiaban siete depósitos de armas y dos estaciones de radio, y era difícil mantener a la compañía unida. A pesar de que la compañía estaba llena de «toda clase de inútiles», Hosenfeld había empezado poniendo en forma a los hombres de mediana edad con deporte y gimnasia a primera hora de la mañana. Estaba en su elemento, haciendo por fin lo que había deseado hacer durante los años de servicio en la retaguardia. Incluso rescató

el armonio de una escuela de deportes en ruinas, para acompañar sus villancicos de Navidad, y animó a los capellanes tanto católicos como protestantes a que hablasen a los hombres. Antes de hacerse cargo de la compañía, se había asegurado de que el pianista judío al que estaba escondiendo en el gélido ático sobre el cuartel general del Estado Mayor de Varsovia recibiera comida, un abrigo alemán y mantas. Ahora, en medio de la calma de principios de junio, mientras un grueso velo de nieve cubría la ciudad destruida, Hosenfeld le escribió a Annemie sobre sus miedos por ella y por los niños que habían vuelto a Thalau. El boletín de la Wehrmacht había informado de más ataques aéreos cerca de Fulda. «¿Qué es lo que queda todavía de la ciudad?», preguntó el 7 de enero, preocupado por la posibilidad de que los bombardeos golpearan también Thalau.[3]

El Alto Mando soviético había reunido cerca de 6,5 millones de tropas para su ofensiva invernal en Alemania, el doble del número desplegado por la Wehrmacht para su invasión de la Unión Soviética en junio de 1941. A lo largo del frente del Vístula, 2.250.000 soldados del Ejército Rojo se enfrentaron a 400.000 tropas alemanas. Cada kilómetro a lo largo de las cabezas de puente sobre el Vístula en Magnuszew y Pulawy fue cubierto con 250 piezas de artillería. Las divisiones de Zhukov usaron su enorme superioridad en potencia de fuego para lanzar devastadoras cortinas de fuego cada veinticinco minutos a primera hora del 14 de enero, antes de enviar a la infantería y los blindados para destruir las finas líneas defensivas del 9.º Ejército alemán a lo largo del río y eludir totalmente la «fortaleza» de Varsovia. El 16 de enero, el general Smilo von Lüttwitz ordenó al 9.º Ejército que abandonase la ciudad. Dirigiendo a su compañía hacia el oeste, Hosenfeld recorrió los treinta kilómetros hasta Blonie al día siguiente, pero al llegar se encontró con que el Ejército Rojo ya estaba allí. Después de una breve escaramuza, la mayoría de las tropas alemanas se rindieron, y Wilm Hosenfeld fue hecho prisionero. Pasaría los siguientes siete años, hasta su muerte, en cautividad con los soviéticos. El mismo día, el 1.º Ejército polaco puso fin a la ocupación alemana de Varsovia. Durante aquellos cinco años y tres meses y medio, 350.000 judíos habían sido asesinados, la mayor parte de la ciudad había sido destruida y su población

total había caído de los 1,3 millones a 153.000. Uno de los supervivientes demacrados que emergieron de las ruinas fue el pianista al que Hosenfeld había ayudado, Wladyslaw Szpilman.[4]

Más al sur, el 1.º Frente ucraniano de Kónev había lanzado su asalto sobre el Vístula dos días antes, utilizando su cabeza de puente en Sandomierz y atacando a través del denso bosque que el Alto Mando alemán creía que serviría para proteger sus posiciones elevadas en Malopolska. Avanzando hacia las líneas alemanas a intervalos en medio de su propio fuego de artillería, la infantería soviética obligó a salir a los alemanes fuera de sus búnkeres para defender las trincheras, donde se veían completamente expuestos a nuevas cortinas de fuego de la artillería soviética. Al final del primer día, las fuerzas de Kónev se habían adentrado unos veinte kilómetros a lo largo de un frente abierto de 35 kilómetros de ancho. Al final del 13 de enero, el avance soviético ya era de sesenta kilómetros de ancho y cuarenta kilómetros de profundidad. Su primer objetivo fue el «oro negro», como lo llamaba Stalin, de la Alta Silesia, su carbón y su industria del acero. Para capturar todo aquello intacto, las fuerzas de Kónev rodearon las minas y las ciudades fabriles desde el este, el norte y el sur, dejando a la Wehrmacht tan sólo una estrecha ruta de escape al oeste. Cracovia cayó el 19 de enero; los alemanes simplemente se retiraron, rindiendo sus posiciones defensivas y la capital de la Gobernación General de Hans Frank sin destruirla.

La noche anterior, mientras caía la nieve, los guardias de las SS habían hecho salir a sus prisioneros por la puerta principal del campo de concentración de Auschwitz: 14.000 fueron enviados a Gleiwitz, mientras que otros 25.000 prisioneros tuvieron que caminar 63 kilómetros hasta Loslau. Los SS tenían tanto miedo de ser capturados por el Ejército Rojo que no pararon durante las primeras dos noches, apaleando a los rezagados exhaustos y disparando a los que caían en la nieve. Al menos 450 prisioneros murieron en el camino hasta la estación de tren de Losau. Aprendieron enseguida a no esperar nada de las aldeas alemanas por las que pasaban, donde la gente se encerraba en sus casas y cerraba las puertas. Por el contrario, los aldeanos polacos ofrecían pan y leche a los prisioneros con

frecuencia; algunos incluso consiguieron escapar de las columnas, escabulléndose entre los grupos de polacos que se alineaban en las calles.[5] En la estación de Losau, se metió a cien prisioneros en cada uno de los vagones de mercancías abiertos. Cuando el tren comenzó a moverse, se apiñaron entre ellos para hacer frente al viento cortante. En la noche del 22 al 23 de enero, el primero de los ejércitos de Kónev alcanzó el río Óder y estableció una cabeza de puente en Brzeg, cortando la línea principal de ferrocarril hacia el oeste y rompiendo la última frontera natural en la ruta a Berlín; los trenes alemanes tenían que tomar ahora una línea hacia el sur, fuera ya de Silesia. Por las noches, los prisioneros de Auschwitz se congelaban y por las mañanas había que hacer recuento de los muertos. Thomas Gève, un muchacho judío alemán de quince años, había sobrevivido a la selección para las cámaras de gas gracias a la protección de los prisioneros comunistas alemanes del campo, que lo eligieron para trabajar con ellos en su brigada de construcción. Mientras los vagones de mercancías abiertos atravesaban las abarrotadas estaciones de Silesia, Gève se sintió conmocionado por algo sin precedentes: los civiles alemanes miraban a los prisioneros congelados, con sus trajes a rayas del campo de concentración, con envidia y resentimiento, pues para ellos sí que había sitio en los trenes.[6]

Más de 200.000 alemanes caminaban a lo largo de las carreteras aisladas por la nieve con la esperanza de poder coger algún tren en las pequeñas estaciones que había entre Rabitor y Liegnitz, y muchos tuvieron que esperar días hasta poder trepar a bordo de algún transporte. La enorme cantidad de personas en aquella situación superó a los voluntarios del Bienestar del Pueblo Nacionalsocialista que iban a ofrecerles comida, bebidas calientes y mantas. El 20 de enero, el *gauleiter* de la Baja Silesia, Karl Hanke, dio finalmente la orden de evacuar su capital, Breslavia, completando su transformación en «fortaleza». El niño de diez años Jürgen Illmer y su madre tuvieron la suerte de encontrar sitio en un tren que salía de Breslavia y alcanzar la relativa seguridad de Sajonia. En Leipzig, entre la caótica multitud que abarrotaba los andenes, fueron auxiliados por grupos de las Juventudes Hitlerianas y enfermeras de la Cruz Roja. Cuando

tuvieron que bajarse del tren para refugiarse de un ataque aéreo en la misma estación, Jürgen, mirando de refilón, vio un tren de mercancías abierto lleno de figuras inertes vestidas con ropa a rayas y cubiertas de nieve. Se preguntó si habrían muerto congelados. Mientras sonaba la sirena de ataque aéreo y los alemanes bajaban al refugio que había bajo el vestíbulo de la estación, la conversación se dirigió hacia los prisioneros que todos habían visto. Cuando alguien sugirió que podían ser judíos, una mujer respondió fríamente: «No eran judíos. Ya los han matado a todos en Polonia». Estaba equivocada. Uno de los prisioneros en aquel tren podría haber sido Thomas Gève. Él también tenía sus propios recuerdos de Leipzig: los prisioneros les suplicaban agua a las enfermeras de la Cruz Roja alemana, cuyo tren hospital estaba en el andén de al lado. Las enfermeras los ignoraron.[7]

El 21 de enero, el anciano prelado de Breslavia, el cardenal Bertram, partió hacia Jauernig, en Moravia-Silesia, mientras los objetos más valiosos de las iglesias de las ciudades eran enviados a Kamenz, en Sajonia. Los heridos que se recuperaban en los hospitales militares de la ciudad también fueron trasladados, junto con la oficina de impuestos, la administración municipal, la estación de radio y el correo, el telégrafo y los directivos del ferrocarril. Más de 150.000 civiles permanecieron en la ciudad. Al día siguiente, el *gauleiter* Hanke llamó «a los hombres de Breslavia a unirse al frente de defensa de nuestra Fortaleza Breslavia», prometiendo que «la Fortaleza será defendida hasta el final»: sus defensas consistían en 45.000 tropas, que incluían desde reclutas inexpertos hasta paracaidistas curtidos en batallas y veteranos de las Waffen-SS. Al oeste de la ciudad, la Wehrmacht luchó amargamente para hacer retroceder a los soviéticos al otro lado del Óder, a Steinau, durante otras dos semanas. Del 9 al 11 de febrero, cayeron Kanth, Liegnitz y Haynau y el 15 de febrero el Ejército Rojo capturó los puertos de montaña de los Sudetes, aislando a Breslavia del oeste. Al día siguiente, la ciudad fue asediada; los atacantes soviéticos ocuparon rápidamente los suburbios exteriores antes de llegar a un punto muerto: los defensores les hicieron luchar por cada edificio y cada cruce de calles. Desde el 15 de febrero, la Luftwaffe inició unos transportes aéreos que duraron 76 días y supusieron unos 2.000 vuelos, transportando 1.670

toneladas de suministros –principalmente munición– y evacuando a 6.600 heridos.[8]

Alfred Bauditz fue uno de los civiles que se quedó en Breslavia, equipado con un caballo y un carro y con la misión de despejar edificios que interferían en la línea de fuego. A finales de enero usó el carro para llevar a su mujer, su hija de catorce años Leonie y su hijo de nueve años Winfried a Malkwitz, fuera de la ciudad, donde dos de sus hermanos poseían granjas. El 9 de febrero, Malkwitz fue ocupada y todos los habitantes fueron interrogados uno a uno por un oficial soviético que hablaba un alemán fluido y que anotó sus datos personales. A pesar del miedo de los alemanes a la violación y el asesinato, el Ejército Rojo se comportó correctamente. El tormento de Leonie comenzó cuando llegó la siguiente unidad blindada. La mayor parte de los treinta soldados soviéticos eran amistosos, pero dos de ellos aterrorizaron a las mujeres. A pesar de esconderse en un granero por la noche, cortarse el pelo y vestirse de chico, Leonie fue descubierta y violada múltiples veces. Durante algún tiempo, un educado teniente soviético las protegió a ella y a su madre, pero cuando su unidad se fue, las mujeres y las muchachas fueron reclutadas para una brigada de trabajo y enviadas a trillar cereal y desgranar guisantes en diversas granjas, en una rutina aparentemente ineludible de trabajo en el campo, lavandería, labores de cocina y relaciones sexuales forzadas.[9]

*

Cuando comenzó la ofensiva soviética de invierno, Peter Stölten se encontraba en el extremo sur del frente de Prusia oriental cerca de Przasnysz, a cien kilómetros al norte de Varsovia. El 14 de enero, mientras las cosas estaban aún tranquilas en su sector, Stölten sacó tiempo para escribirle a su familia:

> Los rusos comienzan cada día un ataque en un lugar nuevo [...] Cada vez está más claro y ahora esperamos una gran acumulación en una de las cabezas de puente. Nos sentamos en nuestros vehículos calientes, bien cubiertos de ropa, e hilvanamos nuestras teorías y pasamos las horas

> que nos quedan y esperamos, porque, sí, van a venir por *nosotros* [...] Ahora hay un ruido bastante grande que viene de allí, y estamos esperando, sonrientes y completamente tranquilos.[10]

Prusia oriental sería el escenario de la batalla más amarga de la ofensiva invernal, mientras se preparaba lo que el Alto Mando soviético sabía que sería un asalto frontal sobre múltiples líneas de fortificaciones alemanas, con 1.670.000 hombres, 28.360 cañones y morteros pesados, 3.000 tanques y artillería autopropulsada y 3.000 aviones superando en número a las muy mermadas 41 divisiones del Grupo de Ejércitos Centro, que podía reunir sólo 580.000 hombres, 700 tanques y artillería autopropulsada y apenas 515 aviones. Durante la primera semana del ataque, el Ejército Rojo se abrió camino hacia el oeste de una posición fortificada a otra. Pero su progresión fue lenta y costosa.[11]

La ofensiva soviética en el norte cambió radicalmente gracias al avance de Zhukov y Kónev en el centro de Polonia. El rápido empuje al oeste hacia Cracovia y Silesia abrió el flanco sur alemán de Prusia oriental, permitiendo a los ejércitos de Rokossowski evitar las fuertes líneas de fortificaciones que miraban al este. El 20 de enero, el 5.º Ejército de Blindados de la Guardia se dirigió al norte a través de la parte central de Prusia oriental, atravesando al día siguiente la línea fortificada alemana en Olsztyn, tomando la Holanda prusiana el 23 de enero y alcanzando Tolkmicko, en la orilla de la laguna del Vístula, en la desembocadura del río.

Tras haber cortado Prusia oriental en dos, el Ejército Rojo amplió inmediatamente su corredor para rodear la parte este de la provincia y tomar su capital sitiada, Königsberg [Kaliningrado]. El comandante del reconstituido 4.º Ejército alemán, Friedrich Hossbach, respondió abandonando las muy fortificadas defensas orientales de Gizycko [Lötzen en alemán] –desobedeciendo sus órdenes directas– y retirándose hacia el oeste en una serie de marchas forzadas a través de la intensa nieve invernal. Peter Stölten y su unidad de tanques fueron enviados a reforzar una posición de infantería alemana al este de Osterode, mientras Hossbach intentaba penetrar a través de la delgada línea soviética al este de Elbląg e

impedía que el puerto fuese rodeado completamente. La batalla crítica por Prusia oriental se llevó a cabo mediante innumerables escaramuzas.

La mañana del 24 de enero, los hombres de Stölten habían sido expulsados de la pequeña localidad de Jadden y estaban preparando unas patatas. Tras recibir la orden de iniciar un contraataque, dejaron las patatas para su vuelta. Sus cuatro tanques dirigieron el asalto de la infantería alemana a través de los campos cubiertos de nieve, subiendo una pequeña colina hacia el pueblo. Una racha de nieve había cubierto una zanja y tres tanques cayeron en ella. Sólo Stölten consiguió cruzarla, ayudando a retomar Jadden. En una tregua después de la batalla, cuando todavía estaban en el centro de la pequeña aldea, un proyectil de artillería alcanzó su tanque. Stölten y el resto de su grupo no consiguieron salir del vehículo en llamas.[12]

Al día siguiente, el Ejército Rojo retomó Jadden. El 30 de enero, los supervivientes de la unidad de Stölten, junto con el resto del 4.º Ejército y algunas unidades del 2.º, fueron acorralados en una bolsa formada alrededor de los pueblos costeros de Mamonovo [Heiligenbeil, en alemán] y Branievo [Braunsberg], en la laguna del Vístula. No medía más de veinte kilómetros de anchura en su mayor extensión. Allí se atrincheraron. Cientos de miles de refugiados, acosados por ataques aéreos y urgidos por las noticias del avance soviético, se dirigieron hacia ese enclave, que los remanentes de las veintitrés divisiones alemanas defendieron obstinadamente durante los siguientes dos meses.[13]

Erich Koch, el *gauleiter* de Prusia oriental, había prohibido la evacuación civil hasta el 20 de enero, pero en ese momento ya era demasiado tarde para poner en marcha los planes. Para entonces, el avance soviético hacia Elbląg había roto las vías terrestres de la mayor parte de aquella provincia de 2,5 millones de habitantes. Ahora sólo había dos vías para salir de Prusia oriental. Los refugiados de los distritos del norte se dirigieron hacia Königsberg y, al norte, a la península de Sambia, esperando poder escapar por mar desde el puerto báltico de Pillau. Los de los distritos sureste y central lo hicieron por la laguna del Vístula, intentando cruzar el hielo hacia el largo y delgado arenal del cordón del Vístula, que separa la laguna del Vístula del mar Báltico.

Lore Ehrich salió hacia la laguna del Vístula desde Branievo el 12 de febrero con dos niños pequeños, gracias a los hombres de las SA que habían forzado a punta de pistola a algunos granjeros alemanes para que llevasen refugiados en sus carretas. La laguna del Vístula estaba dentro del alcance de la artillería y las Fuerzas Aéreas soviéticas, y por lo tanto también su grupo, como muchos otros, pretendía cruzarla aprovechando la larga noche invernal. Los ingenieros del 4.º Ejército habían abierto un camino sobre el hielo, pero después de caminar media hora, el potro que iba junto a su carreta se rompió las dos piernas y tuvo que ser abandonado. Más tarde, uno de los dos caballos de tiro se cayó en la oscuridad en un agujero en el hielo. Temblando de miedo ante la posibilidad de perder a su caballo –y con él la capacidad para tirar de sus restantes posesiones–, el campesino lo liberó cuidadosamente con un hacha. Pero ahora el hielo había comenzado a derretirse y el agua helada iba aumentando gradualmente. Bajo la luz de algunas linternas muy espaciadas entre sí, la columna, con su lento movimiento, parecía un extenso cortejo fúnebre. Mientras el frío les envolvía, metiéndose en su cuerpo poco a poco, Lore Ehrich mantenía sus pensamientos centrados en la ancha espalda del campesino que tenía ante sí. La luz de la mañana puso al descubierto los restos de camiones y coches que se habían estropeado, y a sus pasajeros caminando fatigosamente a pie por el hielo. Había soldados heridos en carros de heno, expuestos al viento y la nieve.

Después de una segunda noche en medio de la laguna congelada, los dos hijos de Lore Ehrich, exhaustos del frío, se quedaron silenciosos. Cuando alcanzaron el pequeño hotel de veraneo de Kyrica Morska [Kahlberg], en el cordón del Vístula, sufrían de diarrea crónica. Lore Ehrich hizo un desesperado recorrido por el puerto y la oficina de los líderes de distrito del Partido, que era asediada por refugiados asustados y frustrados. Atormentados por la sed y por el hambre, no se atrevían a beber agua por miedo a la fiebre tifoidea. Los refugiados siguieron luego avanzando a lo largo de la estrecha carretera pantanosa que baja desde el cordón del Vístula, mientras los carros caían en hoyos o volcaban ante ellos. La columna entera tenía que parar continuamente y esperar a que las ruedas

dañadas fuesen reparadas y las cargas vueltas a colocar. Los soldados a los que adelantaron no tenían ni siquiera pan. Aquel día consiguieron recorrer cuatro o cinco kilómetros. Su carro, con las ruedas de goma, dos caballos y un techo sólido, era uno de los más fuertes, pero el miedo del campesino por sus caballos era palpable. Cuando pasaron al lado de unas ruinas, vieron a gente mayor y a madres acurrucadas con sus niños pequeños, acostadas al lado de caballos muertos.[14]

A la derecha estaba la carretera militar y una línea de árboles de hoja perenne que les protegían del fuerte viento del Báltico. A su izquierda, el hielo brillante de la laguna del Vístula, sobre el que volaban proyectiles de artillería. En uno de los muchos y largos parones en la carretera, les adelantó una columna de miles de prisioneros del Ejército Rojo. Lore Ehrich vio a muchos de ellos encaramarse a los cadáveres de los caballos muertos para cortar tiras de carne cruda y comérselas. Estaba aterrorizada pensando que podían librarse de sus guardias y atacarles a ellos durante su travesía. La carretera les llevó finalmente hasta un enorme campo de reunión en Sztutowo [Stutthof], donde se separó del campesino. Lore comprobó que nadie estaba dispuesto a hacer cola por ella para recoger la sopa y el pan que estaban distribuyendo, pero no podía dejar solos a sus hijos enfermos. Entonces le robaron su equipaje y su bolso, con todas sus joyas, libretas de ahorro y el dinero. Contra todo pronóstico, gracias a la ayuda sucesiva de un oficial de las SS, un policía y un funcionario ferroviario, Lore Ehrich consiguió llegar a Danzig. Allí la ayudaron sus contactos. Unos conocidos que vieron sus nombres en la lista de recién llegados recogieron a Lore y a sus hijos del campo de refugiados y les cuidaron hasta que estuvieron lo suficientemente bien como para embarcarse hacia Dinamarca tres semanas después.

Hasta que el hielo empezó a derretirse a finales de febrero, más de 600.000 refugiados se aventuraron a salir de Mamonovo y Branievo hacia Danzig. Unos 10.000 o 12.000 huyeron a lo largo del cordón litoral en dirección contraria, dirigiéndose al este hasta Neutief, donde la laguna se abre al mar. Allí tuvieron que abandonar sus caballos, carros y la mayor parte de sus pertenencias y cruzar el corto paso hasta la península de

Sambia y el puerto de Pillau, donde la flota alemana siguió rescatando civiles mucho después de que el *gauleiter* Koch hubiese huido de allí en barco.[15]

El 1 de febrero, Liselotte Purper recibió un telegrama que le contaba que su marido había sido herido y se encontraba en Pillau, esperando transporte. Kurt Orgel había acogido el comienzo de la ofensiva soviética con serenidad, confundiéndola al principio con un pequeño contraataque local. Se quedó fuera de su búnker fumando en pipa mientras veía a la Fuerza Aérea soviética bombardear los cuarteles generales del regimiento, y estaba convencido de que podrían retener la cabeza de puente de Memel. La visión de un grupo de prisioneras del Ejército Rojo reavivó en él la vieja esperanza de que los soviéticos estuvieran finalmente quedándose sin reservas. Sólo tras el avance soviético hasta la costa cercana a Elbląg, Kurt Ogel reconoció que había subestimado la magnitud de la ofensiva y se preguntó si el mando también había sido cogido por sorpresa. Incluso ahora, encontró palabras para tranquilizar a Liselotte. La fallida ofensiva de las Ardenas por lo menos había protegido a Alemania de ataques simultáneos desde el este y el oeste, le dijo: «Creo que hubiera podido ser el final». Ahora, únicamente tenían que esperar hasta que llegasen las «nuevas armas», «y puedo decirte que estoy encantado con la absoluta confianza que gobierna el frente. ¡A pesar de todo!». El 24 de enero, cuando su unidad se retiraba hacia la costa de Prusia oriental con una temperatura que alcanzaba los -13 °C, Kurt fue herido en ambas nalgas y el muslo derecho.[16]

El 12 de febrero, Kurt consiguió garabatear una corta nota para Liselotte, diciéndole que, durante la última semana, había estado en un barco hospital frente a la costa de Pomerania, cerca de la isla de Rügen. Al día siguiente fue capaz de contarle más. A pesar del terrible transporte a través del Báltico, confiaba en que sus heridas se curarían en dos o tres meses, y esperaba pasar ese tiempo con ella. «Confiemos en que todo salga bien. Nuestra estrella nos ha cuidado otra vez», le aseguró. El 14 de febrero, el barco hospital llegó a Copenhague. Kurt admitió que durante el viaje sus heridas se habían infectado y que había llegado al hospital naval reducido a «piel y huesos». En Copenhague la comida «es excelente, pero no me sirve

de nada porque no tengo apetito. Normalmente tengo fiebre alta». Su mente inquieta estaba preocupada porque Liselotte no podía visitarle en Dinamarca cuando la necesitaba más que nunca: su encuentro tendría que esperar hasta que estuviese suficientemente bien como para regresar a Alemania.

En sus cartas, Liselotte le describía los problemas que se estaban produciendo entre sus vecinos sobre quién debería ceder una habitación para alojar a algunos de los refugiados que llegaban del oeste; ella se negó a desocupar la habitación de Kurt. El 22 de febrero, Liselotte recibió su carta desde Rügen y pudo notar por sus extraños garabatos cuánto esfuerzo le había costado escribirle unas pocas líneas. Comenzó su respuesta con un «¡Mi amor, mi único amor!». En Copenhague, le prometió, tendría la «calma y el orden» que necesitaba para recuperarse. Cubriendo la distancia que la separaba de él desde la tranquila propiedad rural de Osterburg, le dijo que se concentrase en comer suficiente, «para que no tenga que magullarme contra tus duros huesos la próxima vez que hagamos el amor». En ese momento tuvo que parar para ir a abrir la puerta, dejando su carta sin terminar en la mesa. Había llegado un telegrama: «El Capitán Orgel murió el 19.2.45 en Copenhague».[17]

Incluso antes de saber que Kurt había muerto, Liselotte había perdido su confianza habitual. Ella lo achacaba a una reacción tardía a los ataques aéreos sobre Berlín en noviembre de 1943. «Desde entonces», le explicaba a Kurt, «sé que todo puede tambalearse [...] ¿Es que el daño sólo afecta a los demás? ¿Por qué no debería ser alcanzada por las bombas? ¿Sólo porque no lo deseo, porque estoy llena de la mayor vitalidad? ¿Acaso los miles de personas que fueron alcanzadas no sentían también «confianza»? Citando a Goethe «cuando dijo algo así como que “sólo quien conquista el miedo a la muerte ha vencido totalmente a la vida”», intentó animarse; pero el miedo seguía estando ahí. «Contra el trueno diabólico que llega desde el cielo», confesó, «me siento desarmada. Mi confianza me ha abandonado y a menudo me siento avergonzada ante mis amigos y conocidos, que superaron terroríficos ataques uno tras otro sin alterarse ni apresurarse a escapar. Están firmemente convencidos de que saldrán ilesos.» Tanto el

persistente y solitario miedo que Liselotte observaba en sí misma como la forma natural de lidiar con ello que veía en otros eran cada vez más evidentes entre los demás berlineses, resultado de su largo aprendizaje sobre ataques aéreos.[18]

El 3 de febrero, la capital sufrió su ataque aéreo más duro de toda la guerra, que dejó unos 3.000 muertos. Más tarde, mientras Úrsula von Kardorff iba a reunirse con sus colegas de la redacción, vio aparecer a los bombardeados entre las nubes de polvo que se arremolinaban. Vislumbró las grises siluetas de sus caras y cuerpos, encorvados por el peso de sus posesiones a la luz de los incendios en Potsdamer Platz, antes de que desapareciesen de nuevo entre las nubes de polvo. Pero, aún ahora, algunos repetían el viejo eslogan: «"Resistir", la palabra más absurda de todas», decía Kardorff enfadada al final de aquel largo día. «Bueno, resistirán hasta que estén todos muertos, no hay otra salvación.» La periodista Margret Boveri no habría estado de acuerdo con ella. Con sus rasgos angulosos y su pequeña estatura, Boveri destacaba en las oficinas de la redacción por su mirada directa y por no usar maquillaje y llevar zapatos cómodos. No iba nunca a ningún lugar sin su bolsa del pan de tela, en la que llevaba sus documentos y posesiones más importantes, que incluían una bombilla intacta, toda una rareza. Como Kardorff, ella también se fue a las oficinas de la redacción en Tempelhof, que *Das Reich* compartía con el *Deutsche Allgemeine Zeitung*, decidida a colaborar en que el siguiente número del periódico apareciese a tiempo y sin errores. Tras haber elegido volver a Berlín diez meses antes, Boveri estaba dispuesta a aguantar y a disfrutar del intenso sentimiento de estar viva, observando los ataques aéreos por la noche desde su balcón.

De acuerdo con los informes militares sobre la moral civil en la capital, los berlineses estaban divididos. Se vio a dos señoras bien vestidas discutiendo en una calle en Zehlendorf sobre si habían votado o no a los nazis en 1933, como si aquello pudiera decidir su suerte en caso de derrota. Algunos berlineses estaban preparados para luchar hasta la «última gota de sangre para detener a los rusos», mientras otros esparcían rumores pesimistas acerca de que el Gobierno no había querido aceptar una oferta

británica y estadounidense para firmar la paz por separado y unirse a la batalla contra los soviéticos. Sin embargo, todo el mundo estaba dispuesto a señalar a los grupos de trabajadores extranjeros e, incluso peor, a los soldados extranjeros que holgazaneaban en público y hablaban idiomas extranjeros en alto.[19]

El 13, 14 y 15 de febrero de 1945, Dresde fue atacada. 25.000 personas murieron en ese infierno. Victor Klemperer había pasado la primera parte del 13 de febrero enviando notificaciones de deportación al privilegiado puñado de judíos en matrimonios mixtos que todavía estaban viviendo en la ciudad. Cuando sonó la alarma a gran escala, una de las mujeres condenadas a las pequeñas «casas de judíos» del centro de la ciudad exclamó amargamente, «¡Ojalá lo destrocen todo!». Luego, mientras el rugido de los aviones aumentaba y las luces se apagaban, ella y los demás vecinos se arrodillaron en el suelo de la bodega con sus cabezas bajo las sillas. Una ventana se abrió con una explosión, mostrando la ciudad en llamas y dejando pasar ráfagas de fuerte viento. Victor y Eva Klemperer vivieron por separado el segundo ataque, que incendió su casa. Él siguió el camino de otros refugiados, subiendo por los jardines públicos –prohibidos para los judíos– hacia el aire frío de la terraza de Brühl. Con una manta de lana sobre su mochila y una bolsa gris con sus valiosos manuscritos y las joyas de Eva, Klemperer pasó el resto de la noche viendo arder el centro de la ciudad. Algunos edificios brillaban con un color rojo, y otros con un blanco plateado. A cuarenta kilómetros de allí, una niña alemana se sintió hechizada por «ese espectáculo», riveteado por el «rojo sangre» del cielo, mientras «la ciudad misma parecía una gota de hierro candente. Y en medio de esa luz caían "árboles de Navidad" de todos los colores».[20]

Victor Klemperer observaba, demasiado aturdido para asimilar. Aceptó una servilleta para limpiar su cara herida de otro judío de Dresde, y escuchó a un joven holandés, agarrando el cinturón de sus pantalones, que contaba cómo había huido de la policía. En la primera luz gris del amanecer invernal, Victor y Eva se encontraron. Ella cortó su estrella judía con su navaja de bolsillo. Tras asegurarse de que la comisaría de policía y todos los archivos de la Gestapo que estaban dentro habían ardido y conscientes del

riesgo que corrían los judíos marcados con una estrella tras un ataque así, se convirtieron en una simple pareja de alemanes víctimas de los bombardeos como los demás. Lentamente se unieron a la muchedumbre que se dirigía a las orillas del Elba. Haciendo una crónica de su propio estado de shock, el inveterado escritor de diarios anotó cómo un cadáver parecía un bulto con ropa, o una mano cercenada parecía «un modelo hecho de cera como los que uno ve en los escaparates de las barberías». Más tarde, una ambulancia repartió gotas para los ojos, que le sirvieron para limpiar la suciedad de los suyos. La pareja soportó los sucesivos ataques en los sótanos parecidos a catacumbas del Albertinum, donde los médicos operaban a los heridos mientras soldados y enfermeros de las ambulancias iban y venían, trayendo a más y más gente en camillas. Finalmente llegaron paquetes de bocadillos de la Organización Nacionalsocialista para el Bienestar del Pueblo. Entonces las luces se apagaron y a la luz de las velas los hombres hicieron funcionar un generador de manivela, que proporcionó energía para la luz y los ventiladores, proyectando sombras enormes en las paredes. Al día siguiente, 15 de febrero, los Klemperer se unieron a los evacuados que eran transportados en camión a la base de la Luftwaffe en Klotzsche.

Una semana después, el 22 de febrero, Lisa de Boor y su marido tuvieron que encerrarse en el sótano de su casa en Marburgo debido a un ataque, mientras ella se preocupaba por la suerte de su hija Monika. Acababan de oír que Monika había sido trasladada desde la prisión de Cottbus hasta Leipzig como preparación para su juicio ante el Tribunal del Pueblo. Pero el caso de Monika se retrasó otra vez después de que el presidente del tribunal, Roland Freisler, muriese aplastado por una viga de acero en su propio tribunal durante el ataque sobre Berlín del 3 de febrero. Mientras tanto, en el frente del Báltico, su hijo Anton había sido herido en la pelvis, el estómago y los muslos. Después de superar dos operaciones, tenía fiebre y pus, una situación sin duda exacerbada por la pobre higiene y la falta de antibióticos. A diferencia de Kurt Orgel, él sobreviviría. El ataque aéreo sobre Marburgo alcanzó la estación y un hospital militar cercano. Muchos de los pacientes, según escuchó Lisa de Boor, murieron mientras buscaban refugio en las trincheras. Ellos acogieron a un amigo arquitecto

cuya casa se había quemado en un ataque anterior a Colonia y cuyo hijo mayor había muerto con dieciocho años. El segundo había sido dado por desaparecido en Italia y el tercero estaba ahora en la lista de desaparecidos en el frente occidental. Mientras tanto, el ruido de los disparos en el oeste se iba volviendo cada vez más perceptible.[21]

El 23 de febrero, Ernst Arnold Paulus volvió a su casa antes de lo normal desde su consulta médica en Pforzheim, esperando llegar a tiempo para despedirse de sus dos hijas en la estación. Elfriede e Irmgard habían empezado a estudiar Medicina, siguiendo sus pasos, tal y como él había deseado que hiciera su hermano Helmut. No había noticias de Helmut desde que había sido dado por desaparecido en noviembre de 1943, poco después de volver al frente oriental tras un permiso. En la campaña de movilización del otoño de 1944, Elfriede e Irmgard habían sido llamadas por la universidad para servir como enfermeras de la Cruz Roja, y ahora estaban trabajando juntas en el mismo hospital en Heilbronn. Su tren se fue antes de que su padre pudiese llegar a la estación. Fue justo antes de que empezase el ataque aéreo a las 19.50. Esa coincidencia salvó sus vidas y la de su padre. En lugar de estar en el centro de Pforzheim cuando empezó el ataque, el doctor Paulus acababa de llegar a su casa en las afueras del pueblo. El ataque, que se produjo sorprendentemente temprano, sólo duró veintidós minutos e involucró a 368 aviones. En cuanto el zumbido de los aviones se hizo más tenue, Ernst Paulus acudió a su puesto de emergencia médica en el instituto de Pforzheim. Cuando se acercaba al centro de la ciudad, tuvo que retroceder a causa de una nube de humo y cambiar de dirección. Una vez que hubo llegado al instituto, se encontró con que los pisos superiores estaban ardiendo. Impertérrito, Paulus preparó su centro de primeros auxilios en el sótano, trabajando durante toda la noche y el día siguiente mientras trataba a los heridos leves según iban llegando, hasta que un segundo médico llegó finalmente a ayudarlo.[22]

La consulta de Ernst Paulus había sido alcanzada, junto con todo lo que contenía, y su mujer contabilizó catorce médicos entre los muertos. Las bocas de incendios no funcionaban, y los bomberos tuvieron que contemplar impotentes cómo el casco antiguo, con sus calles estrechas,

talleres familiares y casas con muros de entramados de madera, era devorado por las llamas. Un área de una dimensión de tres kilómetros por 1,5 quedó destruida completamente. La tarea de retirar los escombros y sacar a los muertos llevaría muchos meses, hasta pasado el ecuador del verano. La estimación inicial de la policía situaba el número de víctimas entre 7.000 y 8.000, pero el recuento aumentó gradualmente, alcanzando los 17.600, alrededor de un 20 % de la población total: fue uno de los saldos más mortíferos en cualquier ciudad alemana.[23]

Mientras Erna Paulus y la criada se dedicaban a coser parches en las cortinas oscuras rasgadas y clavaban cartones en las enormes ventanas, su marido realizaba intervenciones de cirugía abierta en casa, con instrumental tomado prestado del puesto de emergencia del instituto. Sin vendedores ni tiendas, Pforzheim parecía una ciudad muerta. Los Paulus dependían de la comida donada por la familia, amigos y pacientes de las aldeas de los alrededores y granjeros locales que les llevaban preciados huevos y carne. A pesar de la devastadora demostración de supremacía aérea aliada, de la incertidumbre constante sobre la suerte de Helmut y de sus preocupaciones por su segundo hijo Rudolf, que ahora también estaba sirviendo en el frente, Erna y Ernst Paulus no mostraron señales de derrotismo. Erna se mantenía ocupada remendando ropa para sus hijas en Heilbronn, zurciendo las medias y calcetines de la familia y planchando mientras funcionaba la luz. A finales de marzo, todavía escuchaba los boletines militares alemanes con entusiasmo; cuando fallaba la electricidad, sólo podía escucharlos en la radio de galena de su sobrino.[24]

La hermana de Erna Paulus, Käthe Wurster, se sintió horrorizada por las noticias de Pforzheim, aunque, como ella misma dijo: «Cada tarde puntualmente desde hace semanas tenemos nuestro ataque sobre Berlín. Entre medias, de cuando en cuando, un día de ataques más fuertes. Pero Berlín es grande», explicaba desde su suburbio frondoso del suroeste: «ha habido muchos, muchos ataques que no alcanzaron Zehlendorf». Aquel mes, en el cine local, prudentemente situado en la estación de metro de Onkel Toms Hütte, el público se negó a ver el noticiero cinematográfico antes de la película principal. Según un funcionario que informaba para la

Wehrmacht: «Un grupo de asistentes obligó a realizar un cambio en el programa con un comportamiento totalmente vulgar como patear, silbar, gritar, etcétera. La gente quería ver la película principal primero. Quién está interesado todavía en el noticiario, es todo un fraude, propaganda, etcétera». Pero su protesta no era una expresión de oposición política: lo que el público no quería era que el habitual ataque aéreo nocturno interrumpiese la proyección de la película, el estreno de *La solista Anna Alt*, un romance musical clásico inspirado libremente en la tormentosa relación de Robert y Clara Schumann. Cuando las sirenas sonaron puntualmente, fue en efecto el noticiero cinematográfico el que tuvo que ser interrumpido. Otros cines se encontraron con que intentar cancelar su programación después de largas interrupciones por los ataques aéreos provocaba «escenas tumultuosas, en el curso de las cuales no escasean los términos contundentes».[25]

La demanda de entradas para el cine era más alta que nunca, a pesar de los ataques aéreos. Si acaso, los bombardeos hacían a los espectadores más vehementes a la hora de reivindicar sus derechos, especialmente ahora que los teatros llevaban cerrados desde el otoño. Pero había pocas películas para ver. Una propuesta antibritánica, *Titanic*, fue cancelada a causa de los ataques. Cuidadosamente grabada en un transatlántico en el Báltico, fue estrenada en 1943, pero sólo se proyectó en Francia, donde las representaciones de las rígidas divisiones de clase, con los pasajeros de tercera clase a los que se dejaba morir ahogados, pretendían reforzar la anglofobia. Antes de que fuese lanzada en Alemania, Goebbels decidió que las escenas de pánico en masa entre los pasajeros atrapados en las cubiertas de tercera clase del barco que se hundía podían desencadenar erróneas asociaciones en las ciudades bombardeadas. La película fue retirada de la programación.[26]

En una línea más positiva, Goebbels había encargado en respuesta a las derrotas del verano la que era con creces la más larga y lujosa película en color hasta la fecha. Ambientada durante la conquista napoleónica de Prusia, se centraba en el sitio de Kolberg de 1807, una ciudad que finalmente había sido tomada por los franceses. La película conmemoraba el nuevo espíritu de resistencia que había nacido allí y que condujo a la

«guerra de liberación» alemana de 1812-1813. En la cinta, el alcalde de Kolberg le dice al comandante prusiano, el general Von Gneisenau, que «se enterraría en las ruinas antes que rendirse», y permanece de rodillas sin levantarse hasta que el legendario general prusiano le contesta: «Eso es lo que quería escuchar de ti, Nettelbeck. Ahora podemos morir juntos». El estreno tuvo lugar simbólicamente en otra «fortaleza» costera alemana, el puerto francés de La Rochelle, el 30 de enero de 1945. Pocos alemanes vieron la película, aunque sus temas centrales de patriotismo romántico se habían vuelto omnipresentes, incluyendo los versos del poeta romántico Theodor Körner que aparecían en la película tal y como Goebbels los había citado al final de su discurso sobre la «guerra total» de dos años antes: «¡Que la nación se alce ahora, que estalle la tormenta!». Pero mientras los valientes campesinos pomeranos incendiaban sus campos en la película para someter a la estrategia de «tierra quemada» a los franceses, los cientos de miles de campesinos alemanes que huían ahora de Silesia, Prusia oriental y Pomerania tenían otras preocupaciones.[27]

Sus largos viajes a través de un reducido Reich conllevaron la desaparición de otra película antibritánica. En enero de 1945, el Ministerio de Propaganda decidió que «las escenas de refugiados bóeres», representadas en el éxito de taquilla *Ohm Krüger,* «no eran nada apropiadas para el "panorama" del momento». Sin embargo, mientras el Ministerio de Propaganda intentaba mantener las escenas imaginarias de pánico entre los civiles y de muertes colectivas fuera de las pantallas de los cines, el número de víctimas en Dresde crecía de manera exagera, permitiendo al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán abastecer de fotografías de destrucción a la prensa en la Suecia neutral, incluyendo algunas clasificadas de niños con quemaduras graves. Por primera vez, los alemanes decidieron exagerar la pérdida de vidas en vez de minimizarla. El 17 de febrero, el *Svenska Morgonbladet* le estaba contando al mundo que «se habla de 100.000 muertos en este momento»; el 25 de febrero, el *Svenska Dagbladet* informó de que, «de acuerdo con la información recogida pocos días después de la destrucción, las cifras están más cerca de los 200.000 que de los 100.000». El 4 de marzo, *Das Reich* publicó una historia escrita por su editor jefe

titulada «La muerte de Dresde: Un faro de resistencia». Los ataques aliados, afirmaba el artículo, representaban «cuatro actos de un plan de muerte y destrucción fríamente calculado», con una segunda oleada de aviones británicos apuntando deliberadamente a los centros de acogida de refugiados a orillas del Elba y causando un «baño de sangre». Las altas cifras de víctimas penetraron rápidamente en la conciencia pública alemana y fueron registradas por las familias Paulus y De Boor.[28]

Goebbels se había sacado sus estadísticas de la manga. En febrero, los militares y la policía de Dresde estaban empezando a hacerse una imagen precisa mediante el recuento de los muertos, calle por calle, edificio tras edificio. Mientras lo hacían, el comandante militar local, general Karl Mehnert, les presionaba para encontrar más cadáveres. La destrucción y la concentración de cuerpos dentro del estrecho centro de la ciudad era tan grande, que a muchos debía de parecerles que la magnitud de la destrucción era incluso mayor de lo que en realidad había sido. Una unidad especial de las SS fue enviada para supervisar la cremación de los restos de 6.865 personas, llevada a cabo por prisioneros de campos de concentración en la plaza Altmarkt. Cuando los *Sonderkommando* llevaron los métodos pioneros de Treblinka para deshacerse de los judíos gaseados a una de las ciudades barrocas más importantes del Reich, añadieron otra involuntaria imagen al archivo de los paralelismos que los alemanes establecían entre su propia condición de víctimas y lo que les habían hecho a los judíos.[29]

Pero el número de víctimas real no se correspondía con las estimaciones de Mehnert y Goebbels. El 10 de marzo, la policía había descubierto 18.375 cuerpos; cinco días después, su «informe final» confirmó ese número, prediciendo que el total se elevaría probablemente hasta los 25.000. Un nuevo informe del 22 de marzo situó el número real de muertos en 20.204, y repitió la estimación de un total máximo de 25.000. Éste sería el último informe de guerra. Para corroborar las afirmaciones exageradas que ya había hecho, el Ministerio de Propaganda simplemente añadió un cero a estos números, presentando ante el mundo un balance de muertos de 202.000 totalmente sin precedentes, que podía aumentar hasta unos probables 250.000; explicaban las grandes cifras alegando que la población

de la ciudad se había triplicado por la gran afluencia de refugiados provenientes del este. Pero en los veinte años posteriores a la guerra sólo se recuperaron 1.858 cuerpos más, confirmando la exactitud de la estimación original de la policía local. Tanto en Alemania como fuera de ella, sin embargo, las afirmaciones míticas de Goebbels disfrutarían de un largo recorrido.[30]

Ese empeño de influir sobre la opinión internacional, especialmente sobre el público de Gran Bretaña y Estados Unidos, fue notablemente exitoso. El apoyo llegó de una manera inesperada, cuando en una rueda de prensa en el cuartel general de Eisenhower se les dijo a los periodistas que Dresde había soportado «bombardeos del terror», un término que británicos y estadounidenses siempre habían rechazado en público, a pesar de que incluso Churchill lo usaba en privado. Los medios británicos respondieron a la presión para no informar sobre el patinazo, pero el asunto llegó a Estados Unidos gracias a Associated Press, desencadenando un gran debate sobre la ética de los «bombardeos de área». Le siguieron unos artículos en el *Manchester Guardian* y el 6 de marzo el diputado laborista Richard Stokes utilizó un turno de preguntas en la Cámara de los Comunes para aportar toda la información que había obtenido sobre Dresde en el registro oficial. El 28 de marzo, Churchill se plegó a la presión pública y ordenó un alto en los bombardeos sobre ciudades alemanas. El heroísmo del Mando de Bombardeos había sido alabado mientras Gran Bretaña no dispuso de otra arma efectiva contra Alemania, pero ahora había un sentimiento de inquietud por si se había cruzado una frontera ética.[31]

*

Después de tres meses de combates en las colinas de los Vosgos, los estadounidenses obligaron a los alemanes a retroceder hacia el Rin en Colmar. Ernst Guicking estaba defendiendo la orilla alsaciana occidental del Alto Rin y, durante las siguientes semanas, su mujer Irene se sentía dividida entre sus miedos por él y la ansiedad de que los Aliados pudieran conseguir cruzar el gran río. Le confesó que su mayor deseo era que él

pudiera convertirse en un topo y cavar un túnel subterráneo hasta ella, en Lauterbach: «Te lavaría en la pila, te libraría de todos los trozos de tierra y entonces, sí, entonces, cavaría otra vez para que volvieses a la tierra, o te escondería en otro lugar, hasta que no te amenazase ningún peligro más». El 4 de febrero, Ernst pudo finalmente escribir para decirle que su unidad había cruzado el Rin hacia el lado del estado de Baden en Neuenburg y que ahora se encontraban en la relativa seguridad de la Selva Negra. Todavía estaban combatiendo, pero, como afirmaba su informe privado en el lenguaje tranquilo de los boletines militares, aquello era una «retirada planeada». Según le contó a Irene: «Sí, efectivamente la cabeza de puente ha sido despejada en el mejor orden posible y con inteligente previsión. Puede que ellos estén proclamando otra victoria, pero en nuestro bando todo estaba ya planeado con mucha antelación».[32]

Quizá Irene no fuese una lectora natural de *Das Reich*, pero la joven florista se veía forzada a reflexionar sobre política a medida que el frente se acercaba. En aquellos días leyó atentamente uno de los artículos de Goebbels:

> No dudamos ni por un instante de que triunfaremos al aplastar la amenaza global del Este. Cuándo y cómo depende de los medios que pongamos en marcha. Las [hordas de las] estepas serán detenidas, y eso ocurrirá en el mismo momento en que el peligro sea máximo y esté claro para todo el mundo. Hasta entonces, mantened la cabeza fría.

El artículo solo tranquilizó a Irene a medias. No pudo evitar preguntarle a Ernst si creía que todavía había «elementos de la Wehrmacht» que estaban «tramando otro 20 de julio». «¿Prestaría Himmler la suficiente atención?», planteaba, preguntándose cómo era posible que hubiese todavía «tantos tipos sanos y jóvenes por ahí» que deberían estar en el frente. Lauterbach estaba relativamente tranquilo, con bombas ocasionales lanzadas cerca de la estación, pero la principal preocupación de Irene era conseguir suficiente madera del bosque para aguantar hasta el final del invierno.[33]

Mientras el sector del Alto Rin en el que estaba Guicking permanecía más o menos en calma, en el norte se estaban produciendo combates mucho más duros. A lo largo del Bajo Rin, fuerzas británicas y canadienses

avanzaron desde Nimega el 8 de febrero. El avance estadounidense a lo largo del río Rur, un afluente del Mosa, hacia la llanura de Colonia se vio retrasado doce días porque los ingenieros alemanes abrieron las presas, inundando el valle. Los ejércitos alemanes bajo Rundstedt lucharon ferozmente para mantener sus posiciones al oeste del Rin, y siguieron causando mayores bajas en los Aliados que las que estaban sufriendo ellos. Esa «potencia de fuego» prolongada era aún más sorprendente dado el enorme desequilibrio de fuerzas: en febrero, 462.000 tropas alemanas se estaban enfrentando a 3,5 millones de soldados aliados. Para empeorar las cosas, muchas de las divisiones alemanas tenían una alta proporción de reclutas inexpertos, que no se habían endurecido en las difíciles batallas por las que sus comandantes, Model, Blaskowitz y Hausser, eran famosos. Tampoco podían confiar al mismo nivel que sus oponentes en la artillería o los blindados. De hecho, tras haber privado al frente oriental de tanques y artillería en diciembre y enero para montar la ofensiva de las Ardenas, ahora Hitler y Keitel estaban de nuevo enviando armas pesadas al este, en un intento desesperado por cerrarle el paso al Ejército Rojo en Silesia y Hungría. El 2 de marzo, los estadounidenses alcanzaban la orilla occidental del Rin al norte de Düsseldorf, y ocupaban Krefeld. Tres días después, rompieron las débiles defensas alrededor de Colonia y tomaron la ciudad en un solo día, mientras la Wehrmacht hacía saltar apresuradamente el puente Hohenzollern en cuanto hubieron cruzado a la orilla oriental.[34]

El triángulo defensivo Sarre-Mosela había resistido todo el invierno, con su lado meridional sellado por la línea Orscholz. Después de meses de combates bajo montones de nieve, los estadounidenses rompieron finalmente este sector del Muro occidental el 22 de febrero, cuando batallones de asalto del 302.º Batallón de Infantería del Ejército de Estados Unidos cruzaron el Sarre en Taben en medio de la densa niebla, antes del amanecer. Mientras las tropas alemanas se apresuraban a responder a diversos ataques alemanes, Tréveris se quedó indefensa y, después de un sitio de cinco meses, la ciudad cayó prácticamente sin luchar el 2 de marzo. Después de haberse abierto finalmente camino, el 3.º Ejército de Estados

Unidos sacó provecho a su éxito, avanzando rápidamente a lo largo del valle del Mosela hasta el lugar donde el río se une al Rin, en Coblenza.

A finales de febrero y marzo, mientras la Wehrmacht se retiraba en el oeste, no se repitió el pánico civil masivo de principios de septiembre de 1944. Esta vez, la población local se negó a huir. Se colgaron banderas blancas de las casas para evitar la destrucción de los pueblos. En algunos lugares, la gente impidió disparar a las tropas alemanas; en una aldea, los campesinos locales se echaron con sus horcas encima de los soldados que intentaban detonar cargas explosivas. Un grupo de soldados que alcanzó las líneas alemanas después de escapar del cerco fue recibido con gritos de: «¡Estáis prolongando la guerra!». A finales de febrero, cuando la Wehrmacht volvió a tomar Geislautern, cerca de Völklingen, el comandante local de las SS descubrió que, tras la breve ocupación enemiga, los estadounidenses eran muy bien vistos porque habían tratado a los habitantes de las casas en las que estaban acuartelados con más respeto del que habían mostrado las tropas alemanas y habían compartido sus raciones, su chocolate, mermelada y cigarrillos, con la población famélica. Informó de que la buena reputación de las fuerzas de Estados Unidos les precedía por todo el territorio. Un comandante de blindados informó desde cerca de Mayen de que un grupo de civiles había intentado sabotear las medidas defensivas del mando local y había ofrecido ropa de paisano a los soldados para que se marcharan.[35]

Enseguida se hizo evidente que la situación era muy diferente a la del otoño anterior. Tal y como se informó al comandante en jefe del oeste, «entonces, los soldados que volvían en aluviones desde Francia influyeron negativamente en la población civil con su opinión pesimista de la situación», mientras que ahora «la población civil está teniendo un efecto deprimente en la moral de combate y la actitud de los soldados alemanes». El 15 de febrero, el ministro de Justicia dictó un decreto estableciendo juicios marciales sumarísimos para civiles, castigándoles con las mismas penas que a los soldados que desertaban o socavaban la moral militar. El 11 de marzo, Goebbels comprendió que la propaganda ya no podía impedir el derrumbe del estado de ánimo general, anotando en su diario que «ahora

sólo puede conseguirse algo en el oeste mediante medidas brutales». El derrotismo se extendió más allá del Rin cuando los soldados que se retiraban de la orilla occidental empezaron a contar la huida de funcionarios del Partido Nazi y el mar de banderas blancas que había recibido a los estadounidenses en Neuss y Krefeld. Describían su propia impotencia frente a la increíble potencia de fuego y control del aire de sus enemigos. En Bochum, el departamento de propaganda local del Partido admitió la inutilidad de obligar a los trabajadores a escuchar discursos de funcionarios del Partido uniformados. En su lugar, a mediados de marzo envió a treinta oradores expertos vestidos con ropa de paisano para extender la «propaganda boca a boca» en las estaciones ferroviarias, en los trenes, en los refugios antiaéreos, en cualquier lugar donde la gente se reuniese y las opiniones se intercambiasen ruidosamente. El 21 de marzo, el informe semanal al Ministerio de Propaganda sobre la orilla derecha del Rin reconocía que incluso este tipo de enfoque sutil «no iba a ayudar mucho más».[36]

Coblenza cayó el 17 de marzo. En una semana, la zona industrial del Sarre, vital desde el punto de vista económico, había sido rodeada. Mientras las fuerzas alemanas retrocedían, Goebbels escribió: «Se dice que en las grandes ciudades del Reich hay decenas de miles de soldados supuestamente rezagados pero que en realidad quieren evitar el servicio en primera línea». Los comandantes del Ejército redoblaron sus amenazas de justicia sumarísima. Algunos nazis como Ferdinand Schörner empezaron a ahorcar a soldados colgándolos de farolas con placas humillantes como: «No creí en el Führer» o «Soy un cobarde». Pero él no tenía el monopolio de esas acciones: el 5 de marzo, incluso el piadoso protestante Johannes Blaskowitz advertía a los hombres del Grupo de Ejércitos H que cualquiera que desertara de su puesto sería «condenado y ejecutado sumariamente». Y poco antes de que Hitler le retirara por tercera y última vez, Rundstedt emitió una última orden desesperada: «El enemigo debe verse obligado a luchar por cada paso que dé en tierra alemana con las mayores pérdidas humanas posibles». El 10 de marzo, Albert Kesselring reemplazó a Rundstedt como comandante en jefe en el oeste y estableció

inmediatamente una unidad motorizada especial de la policía militar para perseguir a los «rezagados». Unos pocos días antes, un nuevo «tribunal militar rápido» ejecutó a cuatro oficiales por no detonar el puente sobre el Rin en Remagen antes de que los estadounidenses pudieran cruzarlo. Un quinto oficial del grupo había sido hecho prisionero por los estadounidenses y, el 25 de marzo, Kesselring ordenó personalmente que su familia fuese encarcelada. La Gestapo local y la Oficina Central de Seguridad del Reich en Berlín seguían oponiéndose a tales medidas considerando además que, tal y como señalaba el general de las Waffen-SS Paul Hausser, retener a los parientes disponibles servía de poco cuando «la familia del soldado ya está dentro del territorio ocupado por el enemigo».[37]

Inmediatamente después de los ataques de Dresde, Hitler y Goebbels quisieron revocar la Convención de Ginebra en el oeste, y ejecutar a los prisioneros de guerra estadounidenses y británicos en represalia por los civiles alemanes muertos. Al incitar así a los Aliados a ejecutar a sus prisioneros alemanes en represalia, Hitler deseaba repetir en el oeste la mezcla de terror y terco sacrificio que había imbuido a los soldados alemanes en el frente oriental. Aquel proyecto se topó con la oposición conjunta de Jodl, Dönitz y Keitel, que, de alguna manera, lograron convencer al Führer de que abandonase la idea: podían permitir el linchamiento de los pilotos aliados, algo que era común incluso en áreas que casi no habían sido bombardeadas antes de 1944, como Austria, o presionar a las familias de los desertores alemanes, pero se oponían a poner en riesgo a los prisioneros de guerra alemanes. Semejante actitud cruzaba una línea invisible en su código ético profesional.[38]

Mientras Goebbels y el Ministerio de Propaganda intentaban seguir el ritmo de los acontecimientos militares, consiguieron reequilibrar su mensaje: los informes sobre el buen comportamiento de las tropas estadounidenses de primera línea en la frontera entre el Mosela y el Sarre fueron contrarrestados con la advertencia de que les seguirían fuerzas judías de retaguardia dispuestas a cometer atrocidades cuando «los judíos» tomaran el control, como si los ejércitos de Estados Unidos fuesen a desplegar sus propios *Einsatzgruppen* judíos. Las esperanzas alemanas se

centraban cada vez más en que la alianza enemiga pudiera romperse. Los oficiales alemanes prisioneros de los británicos se decían a sí mismos que «los británicos y los estadounidenses algún día [...] se despertarán a la situación real y se unirán a los alemanes para frenar a Rusia». El jefe del Personal de Armamento de la Wehrmacht, coronel Kurt Pollex, sabía bien lo mermado que estaba su armamento y no albergaba ilusiones sobre las «armas milagrosas»; pero también él esperaba que el conflicto entre estadounidenses y rusos pudiese concederle todavía una oportunidad a Alemania. Como él mismo dijo, aquello era como una carrera de coches que se decidía cien metros antes de la línea de meta por un pinchazo. Su endeble símil recordaba algo que el propio Goebbels había empleado en una emisión nacional el 28 de febrero, al comparar a la nación con un corredor de maratón, con 35 kilómetros a sus espaldas y sólo ocho kilómetros para terminar.[39]

Después de cortar la estrella judía de su ropa, Victor Klemperer se sentía aterrorizado con la idea de que si la Gestapo lo atrapaba, lo asesinarían. Para evitar el contacto con las organizaciones de masas del Partido, él y su mujer recurrieron a su antigua sirvienta, Agnes, que vivía en la aldea de Piskowitz en Sajonia, donde se hablaba el idioma vendo. Desde allí, Klemperer había escuchado en la radio la cadencia clara del ministro de Propaganda al hablar del corredor de maratón: «Sólo la mayor fuerza de voluntad le hace continuar, le dirige; quizá colapsará en la meta, pero ¡debe alcanzarla! [...] Nos estamos esforzando al máximo, los ataques del terror se han vuelto casi insoportables, pero debemos mantener el rumbo». Con su combinación de metáforas metafísicas sobre el sentido de la Historia y el consuelo práctico de que «Nuestros enemigos están tan cansados como nosotros», a pesar de sugerir una contraofensiva alemana masiva y de amenazar con «ponerle una soga al cuello fría y calmadamente a cualquiera que intente sabotearnos», Goebbels había dejado de afirmar que la guerra podía durar mucho más. De hecho, el siempre alerta Klemperer se sintió sorprendido por su mensaje de «desesperación absoluta». Su propia esperanza de que Eva y él viviesen para ver la liberación resucitó de nuevo.[40]

En 1943 y 1944, Goebbels le había propuesto repetidamente a Hitler que iniciase negociaciones con los soviéticos o con los británicos y los estadounidenses para asegurarse una paz por separado. Probablemente era el único líder nazi que podía arriesgarse a hacer una sugerencia así tan a menudo en sus reuniones privadas: aunque Hitler nunca había aceptado que fuese el momento adecuado, no le había prohibido el debate. Pero Goebbels ya había comprendido que el tiempo de la negociación se estaba acabando: sólo existía alguna posibilidad de persuadir a los Aliados occidentales de que era mejor negociar que seguir perdiendo hombres si los alemanes lograban mantener el Rin. Defender la Alemania situada al oeste del Rin le costó a la Wehrmacht la mitad de sus fuerzas en el frente occidental: 60.000 soldados fueron heridos o muertos, y 293.000 fueron hechos prisioneros, incluyendo 53.000 en un único envolvimiento de tropas cerca de Wesel.[41]

Lo que quedaba del «Gran Reich alemán» de Hitler estaba limitado por dos grandes ríos, el Óder y el Rin, y en ambos las cabezas de puente enemigas habían abierto ya grandes brechas. Entre medias se hallaban los 540 kilómetros de las Tierras Bajas del Norte de Alemania, interrumpidos sólo por un obstáculo natural: el río Elba. Un oficial del Alto Mando de la Wehrmacht les contó a sus captores aliados a mediados de marzo que el Alto Mando Alemán

> creía que la línea del Elba en el este y la del Rin en el oeste podían ser mantenidas durante tanto tiempo como fuese necesario. Está previsto que tarde o temprano se produzca una división entre Estados Unidos y el Reino Unido por un lado y la URSS por el otro, lo que permitiría a Alemania restablecer su posición.

Para salvaguardar el resurgimiento de la Luftwaffe y sus aviones de combate en la siguiente fase de los combates, las refinerías de petróleo y otras instalaciones clave habían sido equipadas con fuertes defensas antiaéreas. El 20 de marzo, Hitler nombró al general Gotthard Heinrici como comandante del frente del Óder, reemplazando a Himmler, a cuyo pesimismo e incompetencia militar echaba la culpa de la pérdida de Pomerania. Heinrici, que había demostrado su pericia en la defensa táctica repetidas veces, también creía que mientras las fuerzas alemanas

mantuviesen el Rin, la defensa del Óder tenía sentido desde el punto de vista estratégico.[42]

Albert Speer estaba buscando las fuerzas para avisar a Hitler de que la economía alemana se paralizaría en sólo cuatro semanas; pero también él se unió al discurso optimista y sugirió traer de vuelta rápidamente las divisiones que estaban en Italia y Noruega para defender los frentes del Rin y el Óder. Tal y como el ministro de Armamento decía en un memorándum para Hitler el 18 de marzo: «Resistir tenazmente en el frente actual por unas pocas semanas puede hacernos ganar el respeto del enemigo y, por consiguiente, quizá determine favorablemente el final de la guerra». Los dos se reunieron ese mismo día. Hitler afirmaba que la guerra debía continuar y que el Ejército debía practicar una política de «tierra quemada» sin tener en consideración las futuras necesidades alemanas: «Si la guerra se pierde, el pueblo también estará perdido». Si el pueblo alemán se mostraba demasiado débil, declaraba, entonces el «futuro pertenecerá exclusivamente a las gentes del este, que son más fuertes». Este sentimiento, expresado por primera vez en un momento de desesperación durante la retirada de Moscú en el invierno de 1941-1942, se había convertido en una de las ideas fijas de Hitler. Se lo comunicó en privado a los *gauleiter*s el 24 de febrero, y lo repetiría con las mismas palabras cuando redactase su testamento político unas semanas después. Pero Hitler y Goebbels únicamente expusieron esa idea ante el pequeño círculo de líderes a los que consideraban suficientemente responsables como para plantearse un suicidio heroico en su hora final.

Después de hablar con los *gauleiters*, Hitler estaba demasiado exhausto para pronunciar su tradicional discurso al pueblo alemán del 24 de febrero, fecha que conmemoraba la promulgación del programa del Partido. En su lugar, Hermann Esser, su viejo camarada del Partido, tuvo que leer la proclama en la radio. Estuvo llena de las reconocibles frases del Führer: «Esta aniquilación programada por los judeobolcheviques y sus proxenetas europeos y estadounidenses»; «libertad de la nación alemana»; luchar hasta «el punto de inflexión histórico». «Lo que nos quede de vida debe dedicarse a un único propósito», exigió el Führer al final: «hacer que se pague por lo

que los criminales judíos internacionales y sus secuaces le han hecho a nuestro pueblo». Incluso el jefe local del Partido en Lünenburg se vio obligado a bromear amargamente: «Ya está el Führer profetizando otra vez».[43]

Los corresponsales más leales de Goebbels seguían poniendo sus esperanzas en el lanzamiento de panfletos para persuadir a las tropas británicas y a las estadounidenses de que no debían seguir permitiendo que se las utilizara como peones del «judaísmo mundial». Sugiriendo formas de hacer llegar a los soldados enemigos el mensaje de que les estaban haciendo pagar el «sacrificio sangriento» del «bolchevismo judío» y la «plutocracia judía», todos ellos insistían en que la única esperanza para la civilización occidental residía en que Gran Bretaña y Estados Unidos forjaran una alianza con Alemania contra Stalin. Una carta al Ministerio de Propaganda terminaba con el eslogan pseudomarxista: «¡Despertad! ¡No-judíos del mundo, uníos!».[44]

Ernst Guicking le escribió a Irene sobre la inminente contraofensiva de primavera, aconsejándole que se refugiase en un búnker y se asegurase de que sus muebles estuvieran a salvo y de tener suficientes provisiones. Estaba seguro de que serían capaces de resistir el inminente asalto aliado. «Si podemos sobrevivir al verano», le escribió Ernst a Irene el 9 de marzo de 1945, «entonces habremos ganado.» Tras prometerle que Alemania todavía poseía un «arma milagrosa» que podía dar la vuelta a la situación incluso si Berlín caía, Ernst afirmaba que aquellos que dudaban de la causa alemana «ya no son parte de los nuestros». Sin cesar de hablar de sus esperanzas, Ernst e Irene empezaron a pensar en su futuro después de la guerra. En su último permiso, el pragmático Ernst se había dado cuenta de que muchos hombres jóvenes nunca retornarían a su aldea paterna de Altenburschla. Con la perspectiva de que las granjas se quedaran desocupadas, le sugirió a Irene que invirtiesen sus ahorros en una parcela de tierra. «Si ganamos la guerra», le explicaba, «tendremos lo que más necesitamos, nuestra tierra. Si perdemos, entonces todo se irá a pique.»[45]

El 22 y el 23 de marzo de 1945, la 5.ª División de Infantería de Estados Unidos bajo el mando de Patton cruzó el Rin en Nierstein y Oppenheim.

Las tropas se encontraron con poca resistencia, pero les resultó difícil aprovecharse de su éxito, pues había pocas carreteras en esa zona rural al sur del río Meno. Además de la cabeza de puente que se había levantado en Remagen el 7 de marzo, se estableció otro paso en el Medio Rin en su curso a través de un desfiladero en San Goar. El asalto principal en el norte se produjo como se esperaba en el Bajo Rin, donde los británicos cruzaron el río en Wesel y Rees a última hora del 23 de marzo. Al día siguiente, los ingenieros montaron sus puentes sobre el ancho río y sus terrenos pantanosos. Sin reservas ni apoyo aéreo y con pocos tanques o artillería, el 1.º Ejército de Paracaidistas alemán estaba mal equipado para enfrentarse a los 1.250.000 hombres de Montgomery. El general Günther Blumentritt, que estaba al mando, acordó con Blaskowitz, su superior, que no podían ni contraatacar ni seguir manteniendo una línea rota: el 1 de abril se había retirado hacia el otro lado del canal de Dortmund-Ems, dejando el camino del Ruhr abierto desde el norte.

El avance estadounidense en el sur fue incluso más rápido. Los puentes sobre el Meno en Aschaffenburgo y Fráncfort fueron tomados el 25 y el 26 de marzo, lo que permitió que las fuerzas que acababan de cruzar el Alto y el Medio Rin se unieran. Durante las dos semanas previas, Model había usado valiosa artillería y blindados intentando recuperar el control de la cabeza de puente de Remagen. Allí comenzó su avance Hodges con el 1.º Ejército de Estados Unidos el 25 de marzo. Pero, en lugar de atacar hacia el norte las poderosas defensas del Ruhr establecidas por Model, los estadounidenses intentaron un amplio envolvimiento, dirigiéndose al este. Al final del segundo día, habían irrumpido a través de las líneas alemanas y avanzaban hacia el río Lahn y las ciudades de Giessen y Marburgo.

Cuando las noticias de los primeros cruces del Rin llegaron el 25 de marzo, Joseph Goebbels sólo pudo señalar que «La situación en el oeste ha entrado en una fase extraordinariamente crítica, y ostensiblemente casi definitiva». En Münster, el periodista Paulheinz Wantzen se sintió al borde de la desesperación cuando escuchó que los estadounidenses habían tomado el puente en Remagen: «Todo el mundo esperaba que pudiéramos detener a los ingleses y a los estadounidenses; si no totalmente, al menos por un

tiempo largo que sirviera para ayudar de algún modo al frente. Ahora esas esperanzas se acabaron». Mientras llenaba páginas de su diario con recuentos de los ataques aéreos a Münster y los pueblos de los alrededores, se sentía «bastante agitado» por las noticias de los cruces aliados. Pero, de algún modo, Wantzen todavía tenía energía para hacer algún chiste político: «El Führer está embarazado. Lleva en su seno a la Pequeña Alemania». Era como si la desgracia del colapso militar fuera demasiado grande para expresarla de ninguna otra manera. En Lauterbach, Irene Guicking le contó a Ernst que ya no podía seguir creyendo en la guerra por más tiempo, a pesar de que sabía que él sí lo hacía y temía su reacción: «Los británicos y los estadounidenses se han abierto camino hasta muy dentro de Alemania. ¿Sabes que aquí todos deseamos que no haya una contraofensiva exitosa de nuestro bando? Entonces tendríamos la guerra total. No sólo desde el aire: la batalla en tierra alemana sería aún mucho peor». Lauterbach está entre Giessen y Fulda: Irene no lo sabía todavía, pero los tanques estadounidenses llegarían pronto.[46]

En la pequeña ciudad universitaria de Marburgo, el tiempo cálido animaba a Lisa y Wolf de Boor a trabajar en su huerto y empezar sus plantaciones de primavera. Pasase lo que pasase, iban a necesitar comida, especialmente porque Lisa había acogido a refugiados y amigos. Cuando los barracones de la ciudad se quedaron sin agua y electricidad, ella había preparado café para los soldados. Un amigo de la administración local la tranquilizó asegurándole que los hombres no tenían ni munición ni artillería suficientes para plantar cara. Pero la pareja se preocupaba más por su hija Monika. No había ninguna noticia: la última tarjeta que recibieron de la prisión de Cottbus había sido enviada semanas antes, el 6 de febrero, y no era tranquilizadora. Hecha un esqueleto, Monika bromeaba diciendo que se había convertido en «objeto para un estudio osteológico».

El 26 de marzo, la guarnición de Marburgo fue enviada al encuentro de los estadounidenses que avanzaban por el valle del Lahn desde Limburgo. Lisa ya había escuchado en la BBC que Churchill había cruzado el Rin con las fuerzas británicas y que un grupo de gaiteros escoceses había dado un concierto en la orilla este. Al día siguiente, se dio cuenta de que había más

anuncios clasificados en el periódico local ofreciendo clases de inglés. Sentada al sol disfrutando de los primeros brotes de la primavera, Lisa vio un «mar de vehículos, coches, bicicletas, soldados y civiles» pasando continuamente por la carretera desde Giessen. Marburgo parecía «un enjambre de abejas al que se ha provocado». Esa noche los De Boor escucharon en la BBC que los estadounidenses ya habían pasado más allá de Giessen. Desde la cama, ella y su marido escuchaban el zumbido incesante de la retirada alemana, seguros de que al día siguiente los estadounidenses les alcanzarían.[47]

En la mañana del 28 de marzo, Lisa estaba en el jardín recogiendo canónigos cuando escuchó el ruido sordo de los proyectiles. Estaba tan excitada que, en lugar de refugiarse, corrió escaleras arriba para ver los tanques estadounidenses. Sobre el mediodía, los divisó entrando finalmente en la ciudad. Con la bandera de las barras y estrellas que su hermana había traído de Estados Unidos años antes, Lisa corrió por las calles vacías hasta el Barfüssertor, junto con un trabajador polaco de un negocio de carbón que se le unió. Fueron los primeros en saludar a una gran columna de vehículos de la Cruz Roja. Mientras corrían gritando las pocas palabras en inglés que sabían, se les fueron uniendo prisioneros de guerra franceses, reclusos militares italianos y más polacos. Los estadounidenses distribuyeron montones de abrigos alemanes, mantas y ropas para los trabajadores forzosos. Al volver a casa, Lisa se encontró a una columna de infantería estadounidense con prisioneros alemanes que se había detenido delante de su domicilio, y les ofreció comida y bebida. A las 5 de la tarde, los De Boor se pasearon por la ciudad leyendo las nuevas órdenes pegadas en los muros, anunciando la prohibición de todas las organizaciones nazis, el cierre de las escuelas y la universidad, y, para su satisfacción, el permiso para celebrar servicios religiosos. Podían empezar inmediatamente a preparar una sala de reuniones para la pequeña «Comunidad cristiana» steineriana a la que pertenecían. Cuando Lisa de Boor salió al balcón al anochecer, las nubes se habían dispersado. La luna aparecía grande y rojiza mientras se elevaba sobre los bosques oscuros al este de Marburgo. «Ésta», escribió al final de aquel trascendental día, «es la luna llena de primavera a la que siguen el

Domingo de Pascua y de Resurrección. Sabemos que nos esperan tiempos duros, muy duros. Pero sin embargo, en esta noche, mi corazón se llena de alborozo.»[48]

El pueblo natal de Irene Guicking, Lauterbach, fue ocupado por los tanques de la avanzadilla del 3.º Ejército de Estados Unidos el mismo día, dejando a Ernst, a sólo noventa kilómetros al sur cerca de Bad Kissingen, al otro lado de las líneas. El 3 de abril, tomó la precaución de enviarle a Irene una carta de cumpleaños anticipada que esperaba que consiguiera cruzar «hasta la otra zona del mundo». También esperaba «que tú y el pequeño estéis bien y que tú te encuentres bien y de buen humor». Y le prometía: «Hay una cosa que sé, Irene: superaremos todo lo que venga». Al día siguiente, convencido de que o sería capturado o moriría, consiguió enviar una nota más: «Ésta será la última carta. Por favor, por favor, sé valiente. Tendrás noticias mías. Será a través de la Cruz Roja Internacional».[49]

La tremenda velocidad del avance estadounidense era asombrosa. El 29 de marzo, el 1.º y el 3.º Ejército de Estados Unidos se encontraban entre Giessen y Marburgo. Los tanques de Patton continuaban avanzando hacia el este, hacia el interior de Turingia, mientras los de Hodges giraban hacia el nordeste para unirse al 9.º Ejército de Simpson, que estaba cercando el Ruhr desde el norte. A pesar de la enconada resistencia de una unidad de las Waffen-SS con sesenta tanques cerca de Paderborn, la unión se completó rápidamente. A las 15.30 del 1 de abril, los tanques estadounidenses se encontraron en Lippstadt, cerrando el círculo. Era el Domingo de Pascua.[50]

En Brunswick, Bochum y Hannover, la gente estaba enterrando sus objetos de valor preparándose ya para la ocupación incluso antes de que los británicos y estadounidenses cruzaran el Rin. El Ministerio de Propaganda sabía que nadie creía que la guerra pudiera continuar una vez que el Ruhr estuviera en manos aliadas. No importaba cuántas industrias hubieran sido dispersadas por otras regiones: la economía de guerra alemana dependía de las minas de carbón y las plantas siderúrgicas de Alta Silesia, el Sarre, y el Ruhr. Mientras el cerco estadounidense del Ruhr se iba cerrando por el este, 400.000 tropas alemanas fueron acorraladas contra la frontera del Rin que habían intentado defender. Carecían de la artillería y los blindados

necesarios para romper el cerco, y la situación en las ciudades empezaba a ser cada vez más desesperada.[51]

Los últimos días de Gobierno nazi en esta región estratégicamente vital recordaban a la colmena desmoronándose que Lisa de Boor había visto en Marburgo. Hamm y Dortmund resistieron contra la ocupación, con unidades de las Juventudes Hitlerianas luchando hasta que fueron derrotadas y ambas ciudades quedaban virtualmente destruidas por la artillería y los bombardeos. Bochum, Mülheim y Duisburgo se rindieron, después de que los principales empresarios industriales unieran sus fuerzas con los antiguos sindicalistas y activistas laborales para presionar a los alcaldes y a los jefes militares nazis para salvaguardar lo que quedaba. En Oberhausen, tropas alemanas en retirada empezaron a saquear, bebiendo todo el alcohol que pudieron encontrar y destruyendo el equipamiento, en una caótica aplicación de las órdenes de Hitler de «tierra quemada». En todo el Ruhr, mineros, ingenieros y directivos cooperaron silenciosamente, permaneciendo a menudo bajo tierra manipulando bombas de agua para impedir que sus minas fuesen inundadas por la Wehrmacht en retirada. En la mina de Federico el Grande, ochenta hombres se presentaron con escopetas de caza y viejos rifles belgas para impedir que se cumpliera la orden del líder del Distrito de destruir la mina. Estos hombres estaban haciendo instintivamente lo mismo que los trabajadores metalúrgicos de Kiev en 1941, cuando escondieron la maquinaria para contravenir las órdenes de «tierra quemada» de Stalin. En enero de 1945, los mineros del carbón y los trabajadores siderúrgicos de la Alta Silesia fueron de los pocos que no huyeron del Ejército Rojo: habían visto cómo se «germanizaba» a sus colegas polacos en 1939-1940, y daban por supuesto que su papel vital en la producción resultaría más importante para los ocupantes que su identidad nacional. En cada una de estas condiciones de ocupación diferentes, trabajadores y directivos coincidían en considerar su experiencia como su activo más valioso, viéndola como una garantía racional frente a una fuerza militar abrumadora. Sólo se equivocaron los habitantes de la región de Kiev, que se encontraron con una implacable aplicación de la ideología racista.[52]

En 1945, había todavía 7,7 millones de trabajadores forzados en el Reich. Entre el 7 y el 10 de febrero, la Gestapo ejecutó a veinticuatro «trabajadores del este» en Duisburgo bajo la sospecha de que eran miembros de bandas, algunas de las cuales habían participado en enfrentamientos con la policía en las casi deshabitadas y bombardeadas ciudades de Colonia, Essen, Düsseldorf y el propio Duisburgo. Las bandas surgieron en medio de las condiciones creadas por la renovada ofensiva con bombarderos desde septiembre de 1944. Cuando los barracones y lugares de trabajo eran destruidos, los trabajadores alemanes y también los de Europa occidental recibían asistencia y generalmente se les realojaba. Pero muchos de los «trabajadores del este» simplemente se convertían en vagabundos o, en una minoría de casos, cometían delitos menores o trabajaban en el mercado negro. A medida que las bandas iban creciendo, se escondían en almacenes de desguace abandonados, conseguían dinero y armas militares y a veces cooperaban con bandas alemanas. Las mejor organizadas incluían a antiguos soldados del Ejército Rojo e infligieron enormes bajas en los escuadrones de la Gestapo enviados para arrestarles.

Desde el otoño de 1944, la Oficina Central de Seguridad del Reich en Berlín delegó las decisiones sobre las ejecuciones a las oficinas de la Gestapo, incrementando aún más la autonomía local. Incluso antes de que los Aliados alcanzaran la orilla oeste del Rin, la Gestapo ya había empezado a ejecutar a los trabajadores soviéticos que tenía bajo custodia. Cuando los Aliados ocuparon la orilla occidental, las ejecuciones se incrementaron. En Essen, el jefe de la Gestapo local formó el pelotón de fusilamiento para ejecutar a 35 prisioneros con oficiales que nunca habían participado en ejecuciones, asegurándose de ese modo que la responsabilidad era compartida entre todos por igual. El 20 de marzo, treinta prisioneros fueron ejecutados cerca de Wuppertal; once en Gelsenkirchen el 28 de marzo; y al día siguiente, veintinueve prisioneros fueron fusilados en el cráter dejado por una bomba en el cementerio de Waldfriedhof en Duisburgo: tan sólo se les acusaba de haber dado refugio a miembros de bandas. Algunos oficiales de la sede central de la Gestapo para el Ruhr oriental en Dortmund fueron incluso más activos, ejecutando a entre 230 y 240 prisioneros, según los

cálculos, entre febrero y abril, incluyendo a varios miembros de una compañía de teatro francesa. La gran mayoría de sus víctimas eran trabajadores civiles o prisioneros de guerra de la Unión Soviética. En Dortmund, Bochum y otros lugares, mientras los Aliados estrechaban el cerco del Ruhr, la Gestapo llevaba a cabo una última ronda frenética de ejecuciones el 7 y 8 de abril, horas antes de que todos los policías secretos recibieran la orden de salir de las localidades en que se encontraban y concentrarse en un instituto en Hemer. Allí ejecutaron a nueve prisioneros más, asignando de nuevo la labor de dispararles a varios agentes que acababan de ser transferidos a la Gestapo. Luego permanecieron en la escuela, vigilándose los unos a los otros para que nadie se fugase, mientras esperaban la llegada de los estadounidenses.[53]

Düsseldorf se extiende a ambos lados del Rin. El 3 de marzo, los estadounidenses capturaron los barrios del lado izquierdo del río, pero la Wehrmacht destruyó los puentes y se atrincheró en sus posiciones en la orilla oriental. La suerte hizo que Marianne Strauss, la joven judía que se había escondido cuando su familia era deportada de Essen, hubiera llegado en febrero a la ciudad. El pequeño grupo socialista de resistencia, el Bund, había decidido enviarla a Düsseldorf cuando los aliados se acercaron al Rin, con la esperanza de que pronto sería liberada. Marianne había acabado llamando a la puerta de un profesor al que no conocía, con una carta de presentación en sus manos. Tuvo suerte: Hanni Ganzer le ofreció su protección sin vacilar. Después de tomar la orilla occidental, las fuerzas estadounidenses atacaron con la artillería y bombardearon Düsseldorf cada día durante las siguientes seis semanas. Se cortaron uno por uno todos los servicios públicos básicos, gas, electricidad y agua. Marianne, que había perfeccionado sus habilidades para «transitar» por la calle, a pesar de carecer de documentos que corroborasen su identidad, se trasladó con Hanni al búnker. Dormían en sillas, en habitaciones de hormigón abarrotadas y claustrofóbicas, saliendo a veces sólo durante una hora al aire acre y lleno de polvo proveniente de los edificios destruidos. Aunque las autoridades centraban ahora su vigilancia en los desertores y las bandas de trabajadores extranjeros, no se habían olvidado de que también podía haber

judíos escondidos: el 15 de abril, una unidad del Ejército encontró a un hombre judío de setenta y dos años de edad. Se le ahorcó rápidamente en la plaza del mercado de Oberbilker.[54]

Tan sólo en la región de Essen había más de trescientos campos de trabajadores extranjeros, que constituían más del 70 % de la mano de obra en la industria pesada. Allí, diez días antes de que los Aliados cruzaran el Rin, seis mujeres jóvenes escaparon de los talleres de Krupp durante un ataque aéreo. Eran judías húngaras que habían sido deportadas en el verano de 1944 a Auschwitz-Birkenau; seleccionadas para llevar a cabo trabajos forzosos, junto con decenas de miles de prisioneros de otros campos, fueron enviadas al «viejo» Reich, y las pusieron a trabajar en las siderúrgicas de Krupp. Eran las primeras personas judías que llegaban a zonas de Alemania que habían sido declaradas triunfalmente «libres de judíos» en 1942 y 1943. El 15 de marzo de 1945, los que habían sobrevivido al invierno supieron que estaban a punto de deportarles de nuevo, esta vez al campo de Buchenwald. Ante la amenaza de los guardias de las SS de que no sobrevivirían a la guerra, las seis jóvenes huyeron durante un ataque aéreo mientras las calles estaban desiertas. Se escondieron en el depósito de cadáveres destrozado del cementerio judío y sobrevivieron allí durante días sin agua ni comida. Al final, una de ellas consiguió llegar al piso de Erna y Gerhard Marquardt, que les habían ofrecido a menudo comida en los talleres de Krupp. Marquardt recurrió a un conocido de las SS, que le dejó un uniforme de repuesto. Con ese atuendo, los dos hombres lograron pasar desapercibidos mientras cargaban dos sacos de pan para las seis judías que se escondían en el cementerio. Extrañamente, los Marquardt encontraron un nutrido grupo de personas dispuestas a acoger a las mujeres: un compañero de trabajo, un tendero, incluso un hombre de las SA. Cada uno de ellos tenía sin duda motivos diferentes –y probablemente confusos–, que incluían desde las simpatías antinazis y la compasión humanitaria hasta la búsqueda de una excusa útil para ocultar su pertenencia a las SS y las SA cuando llegaran los Aliados.[55]

A principios de abril, miles de prisioneros de campos de concentración fueron obligados a realizar marchas forzadas en todo el Reich.

Prácticamente no había ninguna posibilidad de seguir explotando su fuerza de trabajo: muchos prisioneros ya no eran capaces de trabajar y, en cualquier caso, las fábricas habían sido abandonadas. Himmler dudaba entre cumplir las exigencias de Hitler de que ningún prisionero vivo cayese en manos enemigas, o usarlos como rehenes para negociar en las conversaciones de paz secretas con los estadounidenses que estaba intentando poner en marcha a través de intermediarios escandinavos. Entretanto, las decisiones sobre los prisioneros de los campos recaían cada vez más sobre los guardias de las SS, a medida que se desvanecía cualquier apariencia de control centralizado en las zonas cercadas ya por los estadounidenses. El 4 y el 5 de abril, todos los prisioneros que trabajaban en la producción de cohetes V-2 de las fábricas subterráneas de Mittelbau-Dora fueron evacuados del Harz occidental. Cuando los estadounidenses llegaron el 11 de abril, encontraron a setecientos prisioneros, demasiado enfermos y exhaustos para moverse, y descubrieron los túneles que habían sido excavados en el macizo del Harz por los prisioneros para mantener la producción de cohetes a salvo de los ataques aéreos. Dos días después, unos cuarenta kilómetros al norte de Magdeburgo, un grupo heterogéneo de guardias, procedentes del personal militar, las Juventudes Hitlerianas y el Volkssturm así como del cuerpo de bomberos local, encerraron a mil prisioneros de Mittelbau-Dora en un granero en la aldea de Mieste y los quemaron vivos. El líder de distrito del Partido Nazi había decidido que era más fácil deshacerse de ellos que esperar a que se reparara la línea de tren y transportarlos a los campos de Bergen-Belsen, Sachsenhausen y Neuengamme.[56]

A medida que el territorio que quedaba del Tercer Reich se iba reduciendo, las marchas forzadas de los prisioneros se volvían más inútiles y homicidas. Muchos de los guardias eran ahora veteranos de las SA, personal de las fuerzas aéreas, miembros del Volkssturm y de las Juventudes Hitlerianas. Eran inexpertos y también estaban decididos a seguir las instrucciones al pie de la letra y no dejar escapar a sus prisioneros. Durante años, la visión de los prisioneros de los campos de concentración obligados a trabajar se había ido convirtiendo en algo cada

vez más común en los pueblos y ciudades alemanas; ahora, aquellas marchas de evacuación arrancaban el último velo del secreto sobre cómo habían sido tratados. Muchos espectadores se sentían impresionados por las siluetas demacradas y la brutalidad de sus guardias, y se escondían con silencioso horror detrás de las puertas cerradas. Pero los sentimientos de compasión y culpabilidad eran menos predominantes que el miedo. Hasta el sufrimiento de aquellos prisioneros les condenaba. Numerosos alemanes se decían a sí mismos: «¡Qué crímenes habrán cometido para ser tratados tan cruelmente!». Cuando los prisioneros de Auschwitz marchaban a través de los pueblos polacos de Silesia en enero, los lugareños se solidarizaban con ellos y a menudo les daban comida y bebida, llegando incluso a veces a esconderlos. Pero mientras las columnas exhaustas se abrían camino a través de pueblos y aldeas alemanas en la primavera de 1945, la reacción general era de repulsión y miedo. Fueron más las personas que les abuchearon, les escupieron y les tiraron piedras que las que les ofrecieron ayuda. En la noche del 8 al 9 de abril, algunos civiles ayudaron a las SS, el Volkssturm, las SA, la policía local, los soldados y miembros de las Juventudes Hitlerianas a perseguir y disparar contra más de doscientos prisioneros que habían huido al bosque cerca de Celle después de que su tren fuera bombardeado.[57]

Mientras el orden nazi se derrumbaba en el Ruhr, las víctimas de la violencia alemana seguían pareciendo «enemigos» según los patrones nazis: desertores alemanes y comunistas, prisioneros de guerra franceses, y, sobre todo, trabajadores del este. A veces, una ligera sensación de amenaza era suficiente para despertar el miedo, mientras aquellas masas de famélicos y harapientos trabajadores forzados vagaban hacia el este escapando de los bombardeos. Después de que su coche se viese detenido por una de aquellas multitudes en una carretera del Sauerland, el general de las SS Kammler, comandante de las instalaciones de cohetes V-2 cerca de Suttrop, decidió que «esa gentuza debía ser eliminada» antes de que pudiera cometer actos de terrorismo en Alemania. A finales de marzo, más de doscientos hombres, mujeres y niños fueron asesinados por su División ZV2 en tres ejecuciones masivas: lejos de suponer una amenaza terrorista, las víctimas fueron

precisamente aquellos que habían dado un paso al frente en respuesta a una petición de trabajadores voluntarios.[58]

Tal violencia se extendía más allá de las filas del Ejército, las SS, la policía y la Gestapo. Tantos hombres y mujeres alemanes jugaron papeles activos en las organizaciones de masas del Partido, que no es posible trazar una línea clara entre régimen y sociedad. Incluso después de que la Gestapo se retirara del Ruhr para concentrarse en el instituto de Hemer, su función homicida fue asumida por otros. A principios de abril de 1945, alguien vio a cuatro trabajadores del este abandonando una casa en Oberhausen durante un bombardeo. Un grupo de hombres alemanes que hacían su turno de vigilancia de ataques aéreos, salió en su búsqueda, atrapando a uno de los hombres y golpeándole hasta que confesó haber robado algunas patatas. Entonces fue golpeado de nuevo por otro grupo de jóvenes, hasta que un operador de telefonía lo llevó primero a la policía y después a una oficina de la Wehrmacht donde le prestaron una pistola. Acosado y golpeado por una multitud con palos y tablones arrancados de unas vallas de madera, llevaron al trabajador del este a un campo de deportes. Allí, en el cráter que había dejado la explosión de una bomba, el operador de telefonía le disparó en el estómago y la multitud siguió golpeándole hasta que murió.[59]

*

El 18 de abril, el hijo de August Töpperwien, Karl Christoph, cumplió diecisiete años. Por coincidencia, aquel día le llegó una carta suya a su padre en el remanso de tranquilidad checo de Petersdorf. Karl Christoph describía cómo él y sus camaradas habían sido reclutados por el Volkssturm y prestado juramentos militares, tras haberse sometido a catorce días de entrenamiento en un antiguo campo del Servicio Alemán del Trabajo. Intentaba demostrar que era fiel a los principios morales y religiosos de su padre, a pesar de que le hacían sentirse aislado entre sus camaradas. «No es fácil encontrar la paz interior, pero es para bien», escribía. «El éxito no está en nuestras manos. Pero Goethe estaba indudablemente en lo cierto: “Aquel que se esfuerza realmente, es al que podemos salvar”.» Karl Christoph se

quejaba de la falta de religiosidad y del amor de sus camaradas por el jazz –«música excitante de negros», lo llamaba–, pero se sentía obligado a defender su patriotismo:

> En lo referente a la patria, creo que el hecho de que muchos quieran evitar el frente deriva de la insolencia y la total ignorancia de lo que el frente significa. No obstante, existe un cierto patriotismo. De qué otra forma explicar si no los actos ejemplares de las cohortes de 1927 y 1928 y de otras mayores.

Admitió que «Hay algunos que combatir no les hace felices», antes de asegurarle apresuradamente a su padre: «Yo no tengo esa duda. Pero de todas formas, me costó un gran esfuerzo... ¡Por mandato divino! Qué más podríamos desear para nosotros mismos. Y nuestra Madre Patria comandada por Dios. Tuyo, Karl Christoph».[60]

Pero entretanto, August Töpperwien había dejado finalmente de confiar en el Führer y en sus profecías. El 15 de abril, cuando los estadounidenses se acercaban a Solingen, se había reconocido a sí mismo que: «¡La batalla de las armas sólo puede centrarse ahora en perder con honor!». Para el cumpleaños de Karl Christoph, le había enviado el poema de Joseph von Eichendorff «El soldado», cuyas últimas líneas prometían:

> Y cuando esté más oscuro
> y esté cansado de la tierra...
> Asaltaremos la puerta del cielo

De alguna manera, esas palabras protegían a August Töpperwien frente al hecho de que su hijo estaba a punto de enfrentarse al peligro y el terror de una batalla abrumadora e imposible de ganar.[61]

Mientras los estadounidenses se acercaban a Pforzheim a finales de marzo, Ernst Arnold y Erna Paulus seguían llorando a su hijo Helmut, desaparecido en combate desde noviembre de 1943. Erna confesó que «pensar en Helmut es aterrador»: su sacrificio ya no tenía sentido, ahora que ella y su marido se daban cuenta por fin de que la guerra estaba perdida irremediablemente. «Queremos esperar aquí con calma y ver lo que el

destino nos depara, y no perder la esperanza de que todos nos encontraremos algún día y de que nuestra bella casa permanecerá intacta», les escribió a sus dos hijas a Heilbronn, donde continuaban trabajando en el principal puesto de primeros auxilios. No tenía noticias de ellas, pero la radio informaba una y otra vez de que la ciudad estaba siendo bombardeada.[62]

Mientras la unidad del Volkssturm de Jürgen Heitman se encontraba entrenando al norte de Fulda, varios blindados estadounidenses comenzaron a disparar contra su campamento. Los setenta chicos escaparon con las armas que llevaban, llegando al día siguiente a un campamento del Servicio Alemán del Trabajo. Allí los atiborraron de comida y dulces, pero los lugareños estaban deseando que siguieran su camino, y les contaron que los tanques estadounidenses ya habían alcanzado su pueblo. La compañía de Jürgen se dividió en pequeñas unidades para abrirse camino a través de los bosques turingios sin ser vistos, y se cruzaron con una marcha forzada de prisioneros de campos de concentración. Al observar que había cuerpos en las zanjas, Jürgen llegó a la conclusión de que los SS habían disparado a los rezagados y, mientras pasaban a su lado, él mismo fue testigo de un asesinato. Recibiendo comida de unidades de la Wehrmacht con las que se cruzaban y durmiendo en granjas, en el suelo de edificios escolares y en el bosque, la pequeña unidad de Jürgen siguió adelante por el interior de Turingia durante otros diez días. Finalmente, al oír a los camiones estadounidenses circulando por una autopista cercana, se dieron cuenta de que éstos los habían dejado atrás. Mientras un veterano que portaba una Cruz de Caballero organizaba a algunos grupos para un combate final, en la mañana del 16 de abril, su líder les ordenó enterrar las armas y los uniformes en el bosque. Liberando a los chicos de su juramento de servicio, les permitió que se fueran a sus casas como pudieran.[63]

A mediados de abril, dos tercios del Grupo de Ejércitos B carecía de armas y munición, y las tropas iban desapareciendo por los bosques y las ciudades del Ruhr. El 15 de abril, en la ciudad natal de August Töpperwien, Solingen, algunos de sus habitantes empezaron a derribar las barreras contra los tanques; al día siguiente, casi todos los soldados habían conseguido ropa

de paisano. Hasta el comandante se deshizo de su uniforme y lo cambió por una gorra deportiva y un traje que no le iba muy bien, mientras abandonaba su mando. Walter Model, el comandante en jefe del Grupo de Ejércitos B, evitó rendirse a los estadounidenses ordenando a su ejército que se «disolviera» el 17 de abril, el día que Solingen cayó: 317.000 de sus hombres fueron hechos prisioneros, incluyendo treinta generales. Dividido entre el sentido común y la lealtad orgullosa, Model siguió la forma de proceder que Hitler hubiera querido que Paulus llevara a cabo en Stalingrado: se metió en el bosque y se suicidó de un tiro. Aquel mismo día, la 97.ª División de Infantería del Ejército de Estados Unidos entró en Düsseldorf. Marianne Strauss se había acostumbrado tanto a la amenaza constante de ser capturada, que tardó diez días en darse cuenta de que por fin estaba a salvo.[64]

16

El final

El 9 de abril de 1945, Goebbels describió el Reich como una estrecha banda que iba desde Noruega hasta la costa adriática del norte de Italia. A lo largo del frente del Óder, los ejércitos de Heinrici esperaban a los soviéticos para renovar su ofensiva. Atrincherados en tres profundas líneas defensivas, los alemanes desplegaron un millón de hombres junto con 1.500 blindados y vehículos armados, 10.400 ametralladoras y 3.300 aviones de combate. Era una fuerza formidable, pero se enfrentaban a ejércitos que los superaban tres veces en número, con más de 6.000 blindados, 41.000 piezas de artillería y 7.500 aviones. Cuando llegaron las noticias de que los británicos y los americanos habían cruzado el Rin y habían atrapado a los ejércitos alemanes más poderoso en el Ruhr, el valor estratégico de la defensa del Reich en el Óder se evaporó: sin un frente claro en el oeste, contener allí al Ejército Rojo ya no servía para proteger lo que quedaba del Tercer Reich. Los británicos avanzaban a través de las llanuras del norte de Alemania hacia Hamburgo y el río Elba; los americanos y los franceses a través del Ruhr, Hesse y el sur. Estos contundentes datos militares ponen de relieve las diferencias locales y regionales de la derrota alemana tal y como se desarrolló durante las tres últimas semanas de la guerra en Europa.[1]

En el oeste, las batallas se convirtieron en meras tácticas para ganar tiempo, intentos de mantener determinados enclaves mientras fuera posible o, a la inversa, de retirarse y poder luego luchar en condiciones de seguridad en otro sitio. El Grupo de Ejércitos G, bajo las órdenes de su nuevo comandante, Friedrich Schulz, intentó conservar el río Meno al sur de Aschaffenburgo, pero a pesar de su tenaz resistencia, pronto se vio

flanqueado al sudeste por el 3.º Ejército estadounidense. Entonces iniciaron una precipitada retirada hacia el sur. Heilbronn fue defendida durante una semana por unidades de la Wehrmacht y el Volkssturm, mientras que Karlsruhe cayó sin un solo disparo. A mediados de abril, los ejércitos estadounidenses ya avanzaban por el este hacia Turingia, tomando Érfurt, Weimar y Jena, y por el sur hacia Sajonia y Baviera: Halle, Chemnitz, Leipzig, Coburgo y Bayreuth también cayeron rápida y sucesivamente. El 11 de abril, las tropas estadounidenses llegaban al Elba. El 16 de abril, Núremberg era un campo de batalla. La resistencia fue organizada por el antiguo editor de *Der Stürmer* y *gauleiter* de Franconia, Karl Holtz. Durante cinco días, un grupo de «voluntarios» alemanes y rusos resistieron el bombardeo de la artillería estadounidense, incluso hasta después de que la vieja ciudad fuera sitiada y bombardeada.[2]

En esa atmósfera febril, las tropas de las SS eran las últimas en rendirse y estaban cometiendo un número creciente de atrocidades contra prisioneros y civiles alemanes. Himmler intentaba, discretamente, poner en marcha conversaciones de paz con los estadounidenses. En febrero y marzo se reunió con el vicepresidente de la Cruz Roja sueca y miembro de la familia real, el conde Folke Bernadotte, y acordó la liberación de prisioneros escandinavos en campos de concentración, incluyendo un pequeño número de judíos. El 20 de abril, Himmler estaba tan desesperado por encontrar alguna manera de llegar a Eisenhower y negociar un armisticio, que cambió las celebraciones del cumpleaños de Hitler en Berlín por una reunión con Norbert Masur, el representante sueco en el Congreso Mundial Judío, un organismo cuya influencia y poder en Estados Unidos el Reichsführer SS sobreestimaba en gran medida. También Ribbentrop estaba en plena actividad, primero proponiendo una alianza antibolchevique a las potencias occidentales a través de la embajada alemana en Estocolmo. Cuando ese intento fracasó, envió a un embajador adjunto a contactar en su lugar con los soviéticos. Al contrario que Himmler, que prosiguió con sus maquinaciones en secreto, Ribbentrop buscaba el apoyo de Hitler, y finalmente le obligaron a desistir. También Goebbels esperaba que Hitler llegara a un acuerdo de paz por separado con alguna de las partes. Desde

agosto de 1941, había mencionado esta opción de manera regular ante su Führer. Pero era lo suficientemente realista como para dejar de lado esta idea después de la caída del Rin. En público, continuaba alimentando las esperanzas alemanas de que las disputas internas entre los Aliados salvarían el Reich, pero ya no creía que los líderes nazis tuvieran el poder suficiente como para gestionar ese resultado. Siguiendo las instrucciones de Hitler, ahora volvió a centrar sus esfuerzos en adornar la inminente derrota con un heroísmo trágico que pudiera inspirar a las generaciones futuras. Por encima de todo, había que evitar a toda costa la tentación de repetir la cobarde capitulación de noviembre de 1918. Algunos de los más destacados líderes nazis como Göring, Speer y Himmler querían salvar todo lo que se pudiera de la destrucción total, pero Hitler y Goebbels no estaban solos: había muchos oficiales en la Wehrmacht que, aun no siendo nazis, estaban preparados para llevar a cabo la «batalla final» que creían que se debería haber librado en 1918.[3]

Entretanto, la guerra en el oeste estaba transformándose en una serie de operaciones gigantes de barrido de los Aliados occidentales. Pero dado que aún se mantenía el frente del Óder, los alemanes seguían esperando que los ejércitos de Heinrici detuvieran a las «hordas asiáticas» de las «estepas». Este imperativo se mantuvo incluso después de que en el oeste estuviera ya claro que el Reich no tenía defensa posible: en las semanas finales de la guerra, los soldados alemanes siguieron luchando por una gran variedad de motivos, por automatismo, porque les habían instruido para actuar así, porque todavía intentaban contener la «marea roja» o, incluso, porque deseaban que las fuerzas aliadas les hicieran prisioneros. Al este del frente del Óder, las ciudades-fortaleza sitiadas fueron cayendo una por una. En la Alta Silesia, Opole cayó el 24 de enero, mientras Ratibor resistía durante dos meses más. En Prusia occidental, Graudenz y Posen fueron capturadas en la primera semana de marzo. Danzig, donde la guerra había empezado el 1 de septiembre de 1939, fue tomada por la ofensiva soviética en la Pomerania oriental en marzo. La capital de Prusia oriental, Königsberg, se rindió finalmente después de un intenso asalto de tres días, el 9 de abril. El 5 de marzo, el general Hermann Niehoff fue enviado a la capital de la Baja

Silesia, Breslavia, para renovar el espíritu de combate de los defensores. Niehoff desplegó a miles de trabajadores forzados para convertir la calle principal, Kaiserstrasse, en una pista de aterrizaje alternativa para que la Luftwaffe pudiera continuar transportando suministros al centro de la ciudad una vez que los suburbios cayeran. Las iglesias y los grandiosos edificios de la universidad quedaron arrasados bajo los continuos ataques de la Fuerza Aérea Roja, mientras la Luftwaffe proseguía con sus peligrosos vuelos diarios a Breslavia. Las divisiones armadas alemanas en la ciudad utilizaban Goliaths, los tanques en miniatura de control remoto que habían sido desplegados en la reconquista de Varsovia; esta vez los emplearon para destruir edificios ocupados por la avanzadilla soviética. Mientras que se reservaba a las tropas alemanas menos fiables y con menos experiencia para ir cubriendo los huecos en la línea del frente, las tropas de élite de paracaidistas y de las Waffen-SS seguían lanzando contraataques que interrumpían el avance del Ejército Rojo por los suburbios del sur: se llegó a luchar por un único bloque de pisos en la esquina de Höfchenplatz con Opitstrasse durante más de ocho días.[4]

Mantener la línea del Óder no sólo era un imperativo para los nazis fanáticos: también los comandantes militares se fueron endureciendo cada vez más en el frente oriental. En Berlín se pudo oír a grupos de trabajadores en el metro comentando de manera positiva cómo tres soldados y el líder local del Partido habían sido colgados de postes de teléfono en Fürstenwalde, en el Óder, con unos carteles que proclamaban que habían desertado del frente. Hubo gente que pidió que la prensa publicara el número de desertores ejecutados. Los meses de combate en suelo alemán estaban creando divisiones entre los civiles afectados por los combates en las zonas fronterizas y los que estaban protegidos en el interior. A medida que la conquista del Reich entraba en su crítica fase final, estas divisiones se volvieron aún más agudas y violentas.[5]

En las tranquilas llanuras de los páramos de Lüneburg, donde la profesora Agnes Seidel había sido evacuada con sus estudiantes de Hamburgo desde marzo de 1944, reinaba una extraña calma. Seidel aún no veía signos tangibles del frente, aunque sabía por un informe de la

Wehrmacht que los franceses y los canadienses habían cruzado el bajo Rin y que el 1.º Ejército de Paracaidistas de Blumentritt estaba luchando en una lenta y tenaz retirada hacia el este. Su hijo Klaus, que había manejado una batería antiaérea en pleno centro de Hamburgo durante la tormenta de fuego, le había escrito por última vez desde Pomerania una escueta tarjeta postal, enviada el 1 de marzo de camino hacia el frente. El domingo 1 de abril, el día en el que el Ruhr fue rodeado, los niños celebraron como era de costumbre la búsqueda de huevos de pascua en el jardín y en el patio de la granja, pero un par de días después, el 5 de abril, empezaron a llegar los padres para llevarse a sus hijos a casa después de que las autoridades educativas de Hamburgo hubiesen cedido a su presión. Dos días después, sólo quedaban cinco niños en el pueblo. Si no hubiera sido por los dieciséis niños y niñas que llegaron con los refugiados de Prusia oriental y Pomerania, Agnes Seidel no hubiera tenido nadie a quien enseñar. El 11 de abril, 1.500 prisioneros de guerra británicos llegaron a la granja donde Agnes se alojaba. Al igual que los refugiados alemanes que ya habían estado allí, les dieron de comer –patatas y caldo con leche–, antes de que continuaran su camino. Aquella noche, Agnes se unió a la familia de granjeros que celebraba el cumpleaños de uno de los otros profesores bebiendo más de lo habitual. Como un SD señalaba en su último intento de elaborar un informe a finales de marzo, en todo el país cualquier ocasión era buena para descorchar botellas que habían sido cuidadosamente guardadas durante mucho tiempo para celebrar la «victoria final».[6]

Agnes ya había pedido cajas para empaquetar sus cosas, pero no empezó a comprender la gravedad de la situación hasta el 12 de abril, cuando los soldados de la cercana base de la Wehrmacht hicieron volar por los aires su munición y se fueron. A la granja empezaron a llegar personas cargadas de telas, cacerolas, baldes, cubos y ropa. Comprendió que estaban saqueando las tiendas y el almacén del Ejército en Melzingen. Esa noche apenas pudo dormir. Al día siguiente, se las arregló para regalarle a la policía cigarrillos a cambio de que le llevasen dos quintales de patatas hasta Hamburgo en su camión, sus provisiones para la posguerra. El 16 de abril, una de las madres de acogida del pueblo fue a quejarse de que no tenía ni

mantequilla ni carne ni apenas pan para alimentar al niño de Hamburgo que tenía en su casa. La confianza en el sistema económico que había funcionado durante los últimos dos años se estaba evaporando. Exhausta, e ignorando ya el frecuente ruido de los aviones en vuelo rasante sobre su cabeza, Agnes se tumbó a dormir la siesta. A las cuatro de la tarde la despertó un sonido diferente, el rugido de los camiones y tanques británicos formando una hilera sin fin que penetraba en el pueblo. Se sintió indignada cuando los educados oficiales británicos y un agresivo «medio negro» estadounidense fueron a la granja aquella misma tarde a arrestar a los oficiales alemanes, incluyendo a dos jóvenes SS de diecisiete años. Echó a correr detrás del coche para darles algo de comida y estrechar sus manos una vez más. Cuando los nuevos ocupantes reclamaron las mejores habitaciones de la granja, tuvo que mudarse al piso de arriba. Durante las siguientes dos semanas, se sucedieron distintos grupos de inquilinos, y los reservados ingleses fueron sustituidos por estadounidenses poco amistosos. Agnes creía que la mayoría era de origen polaco. Una noche, en casa, en medio del silencio, oyó el sonido de cantos y música de baile que llegaba del lugar donde los trabajadores polacos todavía estaban alojados.[7]

Margarete Töpperwien no estaba en Solingen cuando la ciudad cayó. Ella y su hija Bärbel habían dejado su casa y, desde el otoño anterior, habían recuperado la tranquilidad en casa de su suegra, en el distrito de Osterode, en el Harz. A principios de marzo, todavía podía escribir: «aquí vivimos tranquilamente, a pesar de los vuelos de los aviones, a pesar de los refugiados». Pero, al igual que Agnes Seidel, ella también sentía que «la riada está subiendo». Depositando su confianza en Dios para que todo fuese bien, le aseguró a su marido August que «la integridad personal es más importante que la imagen externa». En el ahora tranquilo remanso checo de Petersdorf, August se veía obligado a limitarse a mirar desde lejos, con gran ansiedad, la conquista de la Alemania occidental por parte de los estadounidenses. «¡Todos los míos en el campo de batalla y yo –un soldado– en lo que parece ser la más absoluta calma!».[8]

Después de ser evacuados de Dresde, los Klemperer habían pasado el final de febrero y marzo en Piskowitz, una localidad de habla eslava, en una

casita que pertenecía a su antigua empleada doméstica, Agnes. Poco a poco fueron ganando peso y recuperando fuerzas con la ayuda de una dieta a base de pan de excelente centeno, cantidades ilimitadas de mantequilla, requesón y miel y carne todos los días. Cuando sacaron a los refugiados del pueblo para dejar espacio a las tropas, emprendieron un viaje hasta Pirna, donde unos viejos amigos les acogieron para pasar la noche y le dieron a Victor zapatos y pantalones nuevos. Después fueron a casa de su antiguo farmacéutico y amigo Hans Scherner en Falkenstein, en el Vogtland, donde estuvieron hasta el 1 de abril, cuando su habitación fue de nuevo requisada.[9]

Hasta ese momento, los Klemperer habían utilizado sus nombres reales. Eva, con su pasaporte y su carnet de identidad «arios», había hecho de «guía turística», hablando con las autoridades locales y comprando billetes de tren, mientras que Victor escondía su «pasaporte judío» y sólo enseñaba su cartilla de racionamiento «aria», que había conseguido después del ataque aéreo por sorpresa a Dresde. Pero eran conscientes de que su apellido sonaba sospechosamente judío. Así que, antes de irse de Falkenstein, decidieron falsificar sus papeles. Irónicamente, la idea se la había dado un farmacéutico que el año anterior había confundido su apellido con el de «Kleinpeter». Eva se dio cuenta de que para falsificar los papeles sólo debía poner un punto encima de la «m» y alargar la «r». Tras alterar sus registros policiales de viaje y sus cartillas de racionamiento, el 2 de abril se pusieron de nuevo en marcha. Para todo el mundo, sólo eran otra pareja de sesenta años cansada, que había estado bajo los bombardeos de Dresde. Victor se hacía pasar por un profesor de secundaria en su verdadero lugar de nacimiento, Landsberg, en el Warthe. Como Landsberg ya había caído en manos soviéticas, no había posibilidad de desmontar su coartada. De todas formas, decidieron guardar sus pasaportes reales junto con una de las estrellas judías de Victor en el fondo de la mochila. Corrían un gran riesgo, pero querían conservarlos para cuando llegaran los Aliados, «porque quizá necesitemos estas pruebas para salvarnos, igual que ahora necesitamos la identidad aria».[10]

Mientras viajaban hacia Múnich, los «Kleinpeter» se adentraban sin saberlo en las ruinas del Tercer Reich. Una noche en una sala de espera en

Marktredwitz, «me ha causado una gran impresión», escribió Victor, «por el hacinamiento y los diferentes grupos mezclados en el suelo: soldados, civiles, hombres, mujeres, niños, mantas, maletas, bolsas, mochilas militares, piernas, cabezas, todo mezclado. Y en el centro, una pintoresca imagen, una niña y un joven soldado, durmiendo tranquilos hombro con hombro». Mientras viajaban en los lentos trenes, a veces se veían obligados a bajarse y caminar a lo largo de secciones de las vías que habían sido bombardeadas. Siempre la misma estampa, pero sus dimensiones iban aumentando a medida que llegaban a Eger, Ratisbona y Múnich. Después de años de vivir marcado y señalado, Klemperer por fin podía mezclarse con los demás como otro «camarada nacional», y participar de las conversaciones que los «alemanes de a pie» tenían entre ellos. La noche del 4 al 5 de abril, anotó la conversación que tuvo lugar al amparo de la oscuridad de un compartimento de segunda clase del tren:

> Un joven a mi lado: Mi padre seguía creyendo en la victoria, nunca me escuchó, pero ya no cree […] El bolchevismo y el judaísmo internacional han vencido […] Una joven sentada un poco más lejos: Ella todavía creía en la victoria, confiaba en el Führer, su marido estaba luchando en Breslavia y ella seguía creyendo.

El interés de Klemperer por oír las conversaciones de la gente estaba alimentado por su acuciante necesidad de saber si creían o no en la propaganda de Goebbels y averiguar cuánto estaba influyendo en sus ideas sobre la guerra. Mientras iba tomando nota de las cada vez mayores oscilaciones entre la esperanza y la desesperación, estaba cada vez más atento a las diferentes posturas, sin ser capaz de decidir si la gente a la que oía hablar deseaba abandonar o proseguir la guerra.[11]

La siguiente semana, mientras recorrían la capital bávara, los «Kleinpeter» empezaron a depender de la asistencia pública que tanto habían tratado de evitar para escapar a la burocracia nazi. Tuvieron que dormir en el enorme refugio subterráneo de la estación central que estaba a cargo del Bienestar del Pueblo Nacionalsocialista: Eva con sus gruesas gafas y su pelo corto y gris, llevaba un abrigo de piel lleno de calvas a causa de las brasas que flotaban en el aire durante el asalto a Dresde; Victor con

barba blanca de tres días, se cubría con un abrigo pesado pero viejo y raído. Mientras se acostumbraban a Múnich, en aquellos primeros días de abril de 1945, descubrieron que, bajo el aparente caos, se escondía una especie de orden social espontáneo. Se enteraron de que el Bienestar del Pueblo Nacionalsocialista repartía sopa, pan y café. Después de los intensos bombardeos, funcionaba un improvisado servicio de tranvía: «Raíles colocados en las calles, pequeñas locomotoras que producen nubes negras, trenes de mercancías sirviendo de vagones, cada uno de ellos convertido en un coche primitivo mediante cajas de madera, con todos los asientos juntos y grupos de gente colgada de los vagones». En Múnich, Eva y Victor consiguieron localizar al último eslabón de su red de amigos y conocidos anterior a la época nazi: el viejo director de la tesis doctoral de Klemperer, el profesor Karl Vossler, un católico al que le gustaba airear sus opiniones antinazis a la hora de la comida en su gran piso, pero que se negó a darle ayuda a su antiguo alumno.[12]

Aparte de los Vossler, ya no quedaba nadie en la red de los Klemperer, así que se vieron forzados a acudir a la oficina del Bienestar del Pueblo Nacionalsocialista y confiar en que nadie sintiera demasiada curiosidad sobre ellos. Era asombroso que el sistema de reasentamiento funcionase todavía en Baviera a principios de abril de 1945. También los trenes, aunque irregulares y atestados, seguían operativos, y la gente hacía espacio a regañadientes para los que subían y se contaban historias en la oscuridad. En los pueblos pequeños adonde los mandaban, la policía local y los alcaldes hacían todo lo que estaba en sus manos por ayudarlos, aunque costaba encontrar habitaciones. Pero cada vez que los «Kleinpeter» tuvieron que recurrir de nuevo, derrotados, al Bienestar del Pueblo Nacionalsocialista en Aichach, una ciudad no muy lejos de Augsburgo, encontraron ayuda; los voluntarios se esforzaron de verdad por solucionar su problema y encontrarles alojamiento en vez de limitarse a pasárselos a la siguiente persona. El 12 de abril por la tarde llegaron a l pueblo de Unterbernbach, donde el líder local de los granjeros, un hombre grande con el pelo gris llamado Flammensbeck, y su mujer «cuidaron inmediatamente de nosotros con gran bondad (como cuáqueros, dice Eva)». Eva y Victor

estaban agotados, y aquello supuso un profundo alivio: «enseguida pusieron en el suelo de la sala de estar unos colchones de paja, almohadas y mantas, como si lo hiciesen todos los días», aunque pronto los alojaron en una habitación de una buhardilla al final del pueblo.[13]

Siguieron comiendo en la mesa de los Flammensbeck, y los alimentos que les daban eran nutritivos y copiosos. Pocos días después, Victor se enteró de que Flammensbeck había sido uno de los primeros y más fervientes nazis del pueblo; ahora, uno de sus hijos había desaparecido en Rusia, uno de sus yernos había muerto en el frente y el otro, a quien habían herido cinco veces, había podido volver al pueblo con su esposa y su hijo. Un par de días después de que los «Kleinpeter» llegaran a Unterbernbach, grandes zonas del Vogtland, que ellos acababan de abandonar, fueron ocupadas por el 3.º Ejército estadounidense. Habían logrado llegar a uno de los núcleos del Tercer Reich que aún resistía.[14]

El mismo día en que Eva y Victor llegaron a Unterbernbach, el 12 de abril, se supo que el presidente Roosevelt había muerto. Goebbels se apresuró a darle la buena noticia a Hitler, señalando el milagroso paralelismo con la muerte de la zarina Isabel en 1762 y el colapso de la coalición que se enfrentaba a Federico el Grande. Con el habitual cuidado que solía poner para controlar la comunicación de las buenas noticias, el ministro de Propaganda dio instrucciones a la prensa para que manejasen la noticia de manera que no despertase «esperanzas prematuras y expectativas exageradas». Mientras tanto, en la capital, en los barrios que habían sido comunistas, empezaban a aparecer pintadas con estrellas soviéticas. La mayor parte de los berlineses expresaban abiertamente su rabia por la situación en la que se encontraba el Partido y su intromisión en los asuntos militares, pero todavía se pedía que Hitler, o incluso Goebbels, hablaran «en estas horas de máxima necesidad». Huir no parecía tener sentido: ¿adónde iban a huir? La única esperanza radicaba ya en la rapidez que los estadounidenses habían demostrado la semana anterior en su avance hacia el Elba, pues lo único que la gente esperaba ahora era que ellos llegaran a Berlín antes que los soviéticos.[15]

*

El 16 de abril, a las 3.30 de la madrugada, la artillería pesada soviética comenzó a bombardear las posiciones alemanas a lo largo de las colinas de Seelow, las bajas pero empinadas colinas en las que el 9.º Ejército alemán estaba atrincherado, por encima de la pantanosa tierra del valle del Óder. Faltos de tanques, artillería, reservas y tropas veteranas, los alemanes resistieron el masivo bombardeo inicial retrasando sus líneas y dejando que las bombas cayeran en trincheras vacías. Era una técnica que Heinrici había usado para sostener la línea del Dniéper durante siete meses, entre 1943 y 1944. Esta vez consiguió aguantar tres días. Los soviéticos penetraron por el sur arrasando el 4.ª Ejército Panzer de Ferdinand Schörner y amenazando con rodear a las tropas de Heinrici. A medida que iba siendo forzado a retroceder abandonando las colinas de Seelow, el 9.º Ejército alemán se dispersó. El 20 de abril –cumpleaños de Hitler y el día en el que se hizo creer a tantos alemanes que la Wehrmacht lanzaría una contraofensiva–, el 1.º Frente bielorruso de Zhukov se abrió paso a través del anillo de defensa exterior de la capital. Al mismo tiempo, el 1.º Frente ucraniano bajo el mando de Kónev se aproximaba a Berlín desde el sur.[16]

Mientras que cerca de 85.000 tropas alemanas trataban de defender la capital contra el millón y medio de tropas soviéticas que convergían hacia ella desde tres puntos, en Wilmersdorf, la novelista Hertha von Gebhardt y su hija Renate tomaban café en la pastelería de la esquina. El dueño se había puesto su uniforme de las SA y sus medallas, y estaba aburriendo a sus clientes con sus peroratas; entretanto la «triste multitud» de miembros del Volkssturm que se había reunido fuera llamó la atención de Gebhardt. En su bloque de pisos no había gas, y los vecinos habían instalado cocinas precarias en sus balcones; se estaban construyendo literas en el sótano para las veinte personas que vivían allí. Durante la siguiente semana, Gebhardt escribiría la crónica de la transformación de su heterogénea colección de vecinos en una «comunidad de sótano», cada vez más aislada de cualquier «comunidad nacional».[17]

El domingo 22 de abril, las tiendas abrieron de nuevo para que la gente pudiera reabastecerse entre los ataques aéreos y los bombardeos en picado. Ese día también volvió la electricidad y pudieron escuchar la *Flauta Mágica* de Mozart en la radio. Las noticias anunciaron que los combates habían alcanzado ya el suburbio de Weissensee, al norte de Berlín. El lunes llegaron rumores de que había obreros luchando contra las SS en los antiguos barrios «rojos» de la ciudad y los hombres del vecindario se turnaron para vigilar. Otros rumores que recorrían las colas que se formaban a la puerta de las tiendas hablaban de un inminente armisticio y de una nueva alianza alemana con Inglaterra y Estados Unidos contra Rusia. Hertha y Renate aprovecharon un alto entre bombardeos para tomar su sopa de fideos en el comedor, antes de irse otra vez a tomar café a la panadería local. Pronto tuvieron una nueva preocupación: los soldados estaban llegando a su vecindario, instalando fuego antiaéreo, construyendo barricadas en las calles y estableciendo un puesto de mando en la esquina de la calle. «Todo esto no va a servir de nada», comentó Gebhardt secamente. Mientras calculaba sus posibilidades de sobrevivir a esa defensa, dejó de valer la pena hacer durar la ración de carne de la semana, así que Renate y ella se comieron la mitad para cenar. La novelista de cuarenta y nueve años confiaba en que los hombres de mayor edad del Volkssturm rendirían las armas a tiempo, pero no estaba segura de que los adolescentes de entre catorce y dieciséis años lo hicieran. Los observaba mientras cargaban unos fusiles que eran casi tan grandes como ellos y arrastraban sus abrigos por el suelo. «No parece que los americanos estén llegando. Increíble», escribió en su diario, presa de la tristeza.[18]

Cuanto menos había que proteger, más draconianas eran las órdenes. Keitel, Bormann y Himmler dieron instrucciones a los militares, a los altos funcionarios del Partido y a las SS de defender cada ciudad hasta el último hombre y rechazaron todas las ofertas de rendición. Himmler ordenó a las SS que disparasen a todos los hombres «en cualquier casa en la que pueda aparecer una bandera blanca», dejando de lado su anterior reticencia a imponer represalias colectivas a los alemanes. En el oeste, mientras la Wehrmacht se retiraba primero hacia el río Meno y después hacia el

Danubio, el destino de cada ciudad y de cada pueblo dependían de un grupo de personas relevantes: el comandante militar, los líderes nazis, los funcionarios civiles y a veces la propia población local. El desenlace de la guerra se decidiría ciudad a ciudad, pueblo a pueblo. En Schwäbisch Gmünd, el líder del Partido y comandante militar mandó ejecutar a dos hombres horas antes de que los estadounidenses llegaran el 20 de abril. En el cercano Stuttgart, algunas personalidades locales lograron marginar al *gauleiter* de Wurtemberg y persuadir al alcalde de la ciudad para que negociara en secreto con los jefes de la Wehrmacht de manera que se produjera una rendición pacífica. En Bad Windsheim, en la Baja Franconia, fueron los propios ciudadanos los que tomaron la iniciativa. Entre doscientas y trescientas mujeres se manifestaron con sus hijos, hasta que el comandante local cedió y aceptó no defender la ciudad, aunque no antes de que una unidad de la Gestapo de Núremberg ejecutara a una de aquellas mujeres como cabecilla.[19]

Gran parte del terror que estalló en Suabia, Baviera y Baden durante las últimas semanas de la guerra no fue provocado por los nazis locales, sino por la repentina llegada de unidades como el 13.º Cuerpo del Ejército de las SS dirigido por Max Simon, que se había retirado hacia el Danubio y después a Múnich, y por los «consejos de guerra móviles», a cuya cabeza estaba el mayor Erwin Helms, quien patrullaba el sur en un Mercedes gris buscando desertores. En el pueblo de Zellingen, Helms hizo ahorcar en su propio peral a un granjero de sesenta años, miembro del Volkssturm, simplemente por hacer comentarios negativos sobre la necesidad de intensificar la defensa militar. En el pueblo de Brettheim, Simon ejecutó a tres habitantes, incluyendo al líder local del Partido Nazi y también alcalde. Puso carteles amenazando con represalias a las familias de cualquier persona que fuera acusada de derrotismo.[20]

En Unterbernbach, Victor Klemperer también había oído el rumor de que el contraataque alemán empezaría el 20 de abril. Al día siguiente, al comprobar que no se llevaba a cabo, un viejo integrante del Volkssturm insistió en que la estrategia militar «no se puede entender con una “regla de cálculo” y “sentido común”: eso no servía para nada; uno simplemente tenía

que “creer en el Führer y en la victoria”. Esas palabras me deprimieron», añadía Klemperer. Anotó también que ahora Alemania «consiste básicamente en poco más que la región de Berlín defendida con grandes recursos y una parte de Baviera». El 22 de abril, hasta el antiguo nazi Flammensbeck se sintió descorazonado al leer el artículo que Goebbels había escrito para el cumpleaños de Hitler. Mientras comentaban el tema alrededor de la mesa de la cocina, Klemperer se sorprendió por el cambio de postura del granjero: «armas nuevas, ofensiva, cambio de situación, se lo había creído todo, pero “ahora ya no cree en nada”. Hay que firmar la paz y el Gobierno debe irse. ¿Pensaba yo que nos iban a deportar a todos?».[21]

La administración ordinaria, entretanto, seguía funcionando. Aunque el ministro de Finanzas bávaro tuvo que recurrir a hacer una emisión de billetes, los salarios de los empleados del sector público se pagaban a tiempo, desde los de los generales del Ejército hasta los del personal de limpieza de la comisaría de policía de Múnich. El 23 de abril, el Bayer de Múnich derrotó al TSV 1860 por tres goles a dos en un derby de fútbol histórico. A pesar del régimen de terror que imperaba en Baviera, en abril de 1945 la gente seguía expresando sus opiniones a favor y en contra de la guerra. Mientras el frente se acercaba progresivamente a las ciudades y los pueblos, empezó a resultar cada vez más claro que la amenaza inminente ahora eran los propios soldados alemanes, no los estadounidenses. Cuando una parte de una división de las Juventudes Hitlerianas llegó a Unterbernbach, Klemperer no supo decir si parecían bandoleros de la guerra de los Treinta Años o miembros de la Cruzada de los Niños. El 23 de abril, Ratisbona se rindió, y los estadounidenses avanzaron por el sur del Danubio en dirección a Augsburgo. El 27, un anciano del Tirol le preguntó a Victor Klemperer «si los americanos y los rusos combatirán entre sí cuando se encuentren». Era el último legado, pensó Klemperer, de los esfuerzos de Goebbels por fomentar la creencia de que Alemania quizá sería rescatada por los estadounidenses: por el momento, nadie en Unterbernbach sabía que los rusos y los americanos se habían encontrado hacía ya dos días cerca de Torgau, en el Elba.[22]

Mientras amanecía el sexto día de la batalla de Berlín, el 25 de abril, Hertha von Gebhardt oyó que justo al sur de Wilmersdorf, la estación de Steglitz había sido tomada. Se sintió aterrada: ¿qué pasaría si alguien decidía imprudentemente defender su bloque de pisos? ¿Podía estar segura de que nadie de su comunidad lo haría? Un vecino volvió contando que había visto los cadáveres de cinco mujeres tirados en la calle, con los cuerpos llenos de metralla y las bolsas de la compra al lado. Las noticias procedentes de Steglitz eran algo mejores: habían oído que los rusos estaban siendo «muy amistosos con la población civil». En un esfuerzo por cambiar la reputación que habían adquirido en Prusia oriental y en Silesia, el Ejército Rojo estaba enviando a civiles e incluso a prisioneros de guerra alemanes a través de las líneas de combate para que asegurasen a los berlineses que serían tratados bien. Entretanto, las tiendas de Wilmersdorf seguían abiertas, vendiendo mientras podían todo lo que quedaba en sus almacenes: tras una gran escasez, de pronto la ropa interior de hombre volvía a estar disponible.

Esa noche, quince bombas cayeron en su bloque. Los ocupantes de la pequeña «casa comunal» instalada en el sótano dormían a intervalos mientras esperaban el ataque, y Gebhardt los levantó a las seis de la mañana, justo antes de que los lanzacohetes Katiusha empezasen a disparar. Convenció a sus vecinos de que se mudaran al sótano de al lado, donde estarían más seguros. Al mediodía se repartieron todo el *schnapps* y el tabaco que les quedaba y buscaron armas, uniformes, insignias nazis y mapas militares por los pisos, cualquier cosa que pudiera provocar a los rusos. La «casa comunal» también sufrió sus primeras muertes. Un hombre y una joven de diecinueve años fueron alcanzados por la metralla mientras intentaban volver desde la cola del agua que estaba en la esquina de la calle. Dos enfermeras y una dentista vinieron desde unas casas cercanas para atenderlos antes de llevarlos al hospital más cercano. La muchacha fue operada y estaba a salvo, pero el hombre se desangró hasta la muerte en el pasillo del hospital. Al final de la tarde, mientras estaban sentados en el sótano de la casa colindante, alguien le dijo a Hertha que la bomba que les

había herido también había destruido su bloque de apartamentos. Pero ya no parecía importar, o todavía no. Todo lo que pudo decir fue: «¿Y?».[23]

A las cinco de la mañana del viernes 27 de abril, Hertha von Gebhardt escuchó cerca el ruido de los tanques. Los hombres subieron las escaleras para animar con *schnapps* a los soldados del Volkssturm apostados a la entrada del edificio y tratar de convencerlos de que se fueran. Se tomaron el *schnapps*, pero tardaron en irse. Mientras que los hombres de más edad destruían sus brazaletes y sus papeles de la milicia, tiraban sus armas y su equipo y se marchaban a casa, los que estaban a lo largo del canal de Teltow se quedaron. Hacia el oeste, los batallones de las Juventudes Hitlerianas seguían defendiendo los puentes de Pichelsdorf y Charlotte sobre el Havel. En otras zonas de Berlín, habían comenzado los saqueos, y soldados, civiles y hombres del Volkssturm se empujaban a codazos para vaciar las tiendas y los almacenes antes de la llegada de los soviéticos. En las bodegas de la Kleiststrasse, el alcohol le llegaba a la gente a los tobillos, mientras vertían vino y licores en los sucios cubos que habían llevado. Al final de aquel día, Berlín estaba completamente rodeado, aislado del archipiélago de territorios que ahora constituían el «Reich».[24]

En Wilmersdorf, la calma de la tarde se rompió con los disparos de fusiles rebotando en la calle donde vivían las Gebhardt. «Ya llegaron los rusos», susurraban los vecinos en el sótano. Algunas mujeres que antes solían pelearse, ahora se besaban y se abrazaban. Hasta un vecino que nunca había hablado con Gebhardt se le acercó y le ofreció un cigarrillo, ahora que el momento que habían estado temiendo durante tanto tiempo finalmente llegaba. Todos hurgaron en sus mochilas en busca de alguna tela blanca, toallas, servilletas, pañuelos. Entonces, un soldado ruso entró en su sótano. Preguntó de forma calmada si había soldados alemanes y armas y después se fue. Mientras la lucha se trasladaba a la plaza Fehrberliner, algunas de las mujeres se aventuraron a ir a por agua a la bomba situada junto a la pastelería. Para Hertha von Gebhardt y la «casa comunal» del número 8 de Geroldstrasse, la guerra acabó ese viernes por la tarde.[25]

Cuando Adolf Hitler se suicidó el 30 de abril, en Berlín quedaba poco que defender. Mientras que marineros, miembros de las Juventudes

Hitlerianas y unidades de las SS combatían en el edificio del Reichstag y defendían el búnker del zoo, Goebbels inició las primeras negociaciones con el vencedor de Stalingrado, Vasili Chuikov, para la rendición de la capital alemana. Por un golpe del destino, aquel mismo día las tropas estadounidenses entraban en el piso privado de Hitler en la Prinzregentenplatz de Múnich; durante la semana anterior, la cabecera del *Völkischer Beobachter* todavía hablaba de la «Fortaleza bávara» y proclamaba: «Alemania se mantiene firme y leal al Führer».[26]

El 29 de abril, en su avance hacia Múnich desde el noroeste, la 45.ª División estadounidense «Thunderbird» llegó a Dachau, que era el mayor centro de entrenamiento y almacenaje de las SS y el primer campo de concentración de Himmler, el que había servido como modelo. Fuera del campo, las tropas se encontraron un tren abandonado con cuarenta vagones para ganado cargados con 2.000 prisioneros evacuados del campo de concentración de Buchenwald. Los que habían intentado abandonar los vagones habían sido asesinados a tiros por las SS; dentro de los vagones, sólo diecisiete personas mostraban algún signo de vida. Dachau se había convertido en el destino final de las «marchas de la muerte» de un campo a otro. Entre los muertos y los agonizantes, los estadounidenses encontraron 32.000 supervivientes. Horrorizados y enfurecidos por lo que habían visto al entrar en el campo, algunos soldados estadounidenses vaciaron sus cargadores sobre los guardias de las SS o les dispararon a las piernas para permitir luego que los prisioneros los rematasen.

La tarde de su liberación, algunos prisioneros le enseñaron el campo de concentración al coronel Bill Walsh. Le hicieron ver las perreras, el interior de uno de los oscuros, atestados e infestados barracones, los cadáveres dispuestos en filas junto a la enfermería y, finalmente, los miles de cuerpos apilados cuidadosamente hasta una altura de dos metros, como si fueran leña, alrededor del crematorio, cuyos hornos estaban llenos de ceniza. Los soldados estadounidenses no estaban preparados para aquello. Durante los siguientes días, mientras los residentes locales iban en bicicleta hasta el campo para hacerse con el botín de los almacenes de las SS, los soldados

estadounidenses los miraban atónitos cuando pasaban al lado del tren de mercancías con su carga de muerte sin aparentemente sentirse afectados.[27]

Berlín capituló la noche del 1 al 2 de mayo. También allí muchos vecinos pasaron su primer día de paz saqueando lo que quedaba en las tiendas y almacenes militares. Las SS habían prendido fuego a sus almacenes centrales en la cervecería Schultheiss, en el distrito de Prenzlauerberg, durante el combate, pero ahora fueron invadidos por civiles ansiosos de salvar lo que quedaba y guardar algo para la hambruna que sin duda llegaría tras la derrota. Los niños que presenciaban toda aquella confusión y la repentina violencia estaban conmocionados. Junto al depósito de agua del distrito de Prenzlauerberg, un niño de doce años observó cómo los saqueadores eran atracados por otros civiles que caían sobre ellos «como hienas». Otro niño se avergonzó cuando vio a soldados del Ejército Rojo sacando fotos de aquellas multitudinarias luchas: «Los conquistadores de Alemania no se llevaron una buena impresión», observó.[28]

Igual que había ocurrido en las otras grandes capitales de Budapest y Viena que habían caído el 13 de febrero y el 13 de abril respectivamente, en Berlín la conquista estuvo acompañada de violaciones en masa. Entre el 10 y el 20 % de las mujeres fueron víctimas. Durante la batalla de Berlín y a lo largo de las primeras semanas de mayo, las mujeres eran violadas en sótanos, en sus pisos o incluso en la calle, delante de sus vecinos, maridos, niños y extraños. También en Wilmersdorf, las violaciones empezaron la misma noche que llegaron los soldados del Ejército Rojo. Cada vez que un soldado ruso entraba en su sótano, Hertha von Gebhardt esperaba que se llevase a otra mujer, e intentaba ocultar a su hija Renate con su propio cuerpo. En Zehlendorf, una amiga de Ursula von Kardorff que se había escondido tras una pila de carbón, fue delatada por una vecina, ansiosa por proteger a su propia hija. Fue violada por veintitrés hombres. Como muchas otras víctimas, tuvo que ser trasladada al hospital para contener la hemorragia. Cuatro meses más tarde le dijo a Kardorff, «no quiero tener nada que ver con un hombre nunca más». La periodista Margret Boveri, que había disfrutado contemplando los ataques aéreos desde su balcón, sufría

ahora de tal ansiedad que empezó a tomar somníferos para poder dormir por la noche.[29]

Las semanas de miedo desaforado en Berlín quedaron grabadas a fuego en la conciencia popular. Muchas mujeres de mediana edad de las clases educadas dejaron a un lado sus reticencias y hablaban públicamente de cómo protegerse, reconociendo lo que habían tenido que sufrir. Una militante comunista, Hilde Radusch, relató que un grupo de mujeres se protegieron introduciendo en su vagina unos tapones de cobre que les había dado un fontanero. El borde de cobre cortó los penes de sus asaltantes. «Los rusos salieron aullando», recordó Radusch, con un cierto sentimiento de *Schadenfreude* (malicia), 36 años después. «Ni idea de lo que les pasó. Desde entonces, aquella casa se llamó "la casa de las mujeres locas".» Las madres les cortaban el pelo a sus hijas adolescentes y las vestían de niños para protegerlas. Cuando una doctora ayudó a esconder a varias jóvenes poniendo carteles en las puertas de su consulta en alemán y ruso advirtiendo de peligro de tifus, las noticias sobre ese refugio corrieron como la pólvora entre las mujeres que se reunían alrededor de la bomba de agua en la calle. Tales estratagemas de supervivencia se volvieron legendarias precisamente porque la impotencia y el miedo de las mujeres ante la violación eran universales.[30]

Una de las menos conocidas pero más comunes formas de seguridad fue la que proporcionaron los oficiales soviéticos empeñados en restaurar el orden. Un oficial ruso accedió a dormir en el sótano junto a Hertha y Renate von Gebhardt durante las primeras noches para protegerlas. En Schwerin, el reportero de guerra Vasili Grossman observó que «un comandante judío cuya familia ha sido asesinada por los alemanes está atrincherado en el apartamento de un miembro de la Gestapo que ha huido. La esposa y los hijos se sienten a salvo con él allí y toda la familia le ruega, llorando, que se quede cuando él quiere marcharse». Dicho comportamiento se debió en parte a la buena voluntad de aquellos hombres, pero también a las decisiones políticas de Moscú. Poco antes del ataque a través del Óder, la propaganda soviética había cambiado drásticamente: en vez de incitar a las tropas a matar alemanes, el mensaje fue que había que distinguir entre nazis

y alemanes comunes. Estaba previsto que la conquista final de Alemania fuese ordenada. Y, en comparación con el caos y las masacres que se habían producido durante el invierno en la conquista de Prusia oriental y de Silesia, lo fue. Sin embargo, todavía se tardó dos semanas en controlar a las tropas en Berlín, Viena y Budapest.[31]

Christa J. recordaba tiempo después que en el distrito de Prenzlauerberg muchas de las niñas de entre catorce y quince años de su clase fueron violadas. Incapaces de hablar sobre ello, algunas adolescentes construyeron historias en las que otras niñas y mujeres eran violadas, pero no la propia narradora. «Yo también estuve escondida en algún lugar del sótano», explicó Christa. En Viena, Hermione, que tenía catorce años, contó cómo ella y una amiga fueron descubiertas escondidas detrás de una cortina cuando un soldado ruso entró en su piso. La madre de Hermione puso a su bebé en los brazos de su hija adolescente con la esperanza de protegerla. «El soldado hizo claros gestos de que yo debía soltar al bebé», recordó Hermione más de cincuenta años después. Mientras las mujeres se resistían, el soldado, inexplicablemente, se fue. Muchas mujeres adultas eran capaces de hablar de una manera directa de su violación, pero para aquellas adolescentes siempre era mucho más difícil.[32]

Gabriele Köpp había huido de Scheindemühl, en Prusia oriental, en febrero de 1945, pero su familia había sido alcanzada por el Ejército Rojo. Aquella muchacha de quince años fue violada múltiples veces. Más tarde, mientras estaba con una prima en una granja de Pomerania, tenía que esconderse cada vez que los soldados rusos aparecían, porque la mujer del granjero intentaba protegerse enseñándoles a Gabriele. Durante los meses siguientes, se consoló redactando una larga carta para su madre. «No soy grande ni mayor. No puedo hablar de verdad de nada con nadie», escribió. «Estoy tan sola. Estoy tan asustada, y no tengo tiempo para sentirme mal. Pronto habrán pasado diez semanas [desde mi último periodo]. Seguro que tú podrías ayudarme». Nunca fue capaz de mandar aquella carta, y le costó otros cincuenta y ocho años poder hablar de lo que le había ocurrido en 1945.[33]

*

A finales de abril, Unterbernbach se había convertido en una especie de tierra de nadie; el pueblo estaba rodeado de tropas combatientes, pero no había sido tomado, y se convirtió en un punto de tránsito para algunos alemanes que intentaban volver a sus casas. El 28 de abril, las tropas alemanas abandonaron sus posiciones en los campos y en el bosque después de una pequeña escaramuza, y aunque todavía había algunos hombres de las SS en el pueblo, el alcalde mandó quitar la esvástica de la fachada del ayuntamiento. Flammensbeck intentaba desprenderse de su personalidad nazi y volver a descubrir su herencia católica. Como Victor Klemperer observó, el líder de los granjeros locales acusaba ahora a los nazis de «haber sido "demasiado radicales", de haberse desviado de su programa, de haber tratado la religión sin ninguna consideración». Para escapar a aquel ambiente cerrado, Victor y Eva solían ir al pequeño bosque que había al norte del pueblo, donde se leían en voz alta el uno al otro. Un día, aparecieron tres soldados entre los árboles preguntando si los estadounidenses habían llegado a Unterbernbach; los Klemperer les aconsejaron que consiguiesen ropa de paisano y les señalaron los lugares que debían evitar. A la pareja le sorprendió la impotencia de los jóvenes soldados: «Los tres tenían buena cara, sin duda pertenecían a buenas familias, quizá estudiantes [...] Aunque hemos esperado ardientemente la derrota y la consideramos necesaria para Alemania (y realmente para la humanidad), no obstante, sentimos pena por los chicos». Para Victor Klemperer, ellos eran una alegoría de la guerra perdida.[34]

Aislado en Flensburgo, el gran almirante Karl Dönitz se quedó profundamente sorprendido cuando se enteró de que Hitler le había escogido como heredero. Consciente de que uno de los actos finales de su Führer había sido ordenar el arresto de Göring y Himmler por tratar de negociar con los Aliados, Dönitz esperó prudentemente hasta que Bormann le confirmó por télex la tarde del 1 de mayo que el «testamento estaba en vigor» para ponerse en contacto con los británicos y los estadounidenses.

Aún existía la posibilidad de que las divisiones alemanas aisladas en Curlandia pudieran llegar a Copenhague, que seguía bajo ocupación nazi, o a los puertos alemanes del mar del Norte. Pero cuando los británicos cruzaron el Elba adentrándose en Schleswig-Holstein, cortaron la comunicación con Dinamarca y el paso a través de los estrechos del Báltico al mar del Norte. Bremen ya había sido destruido durante una semana de intensos combates, y proteger los puertos del mar del Norte ya no tenía sentido. Dönitz siguió exigiendo que Breslavia y los 40.000 civiles que estaban allí sitiados desde enero continuaran «resistiendo» a los soviéticos, pero el 3 de mayo accedió por fin a rendir Hamburgo a los británicos.

Al día siguiente, se negoció con el mariscal de campo de las fuerzas británicas, Bernard Montgomery la rendición de la Wehrmacht en el norte de Alemania, Dinamarca y los Países Bajos. Entraba en vigor el 5 de mayo, el mismo día en que el Grupo de Ejércitos G capitulaba ante los estadounidenses en el sur. Dönitz, Jodl, Keitel y Schwerin von Krosigk, los únicos líderes que aún quedaban del mando político y militar del Tercer Reich, todavía albergaban esperanzas de llegar a un armisticio por separado en el oeste y poder llevar a cabo la retirada del frente oriental, salvando a todas las divisiones posibles de rendirse ante los soviéticos. Era una maniobra compleja y peligrosa, pero durante la primera semana de mayo, alrededor de 1,8 millones de soldados alemanes consiguieron evitar al Ejército Rojo y rendirse a las potencias occidentales.[35]

En Breslavia, una delegación de sacerdotes protestantes y católicos visitó el 4 de mayo al general Niehoff y le preguntó: «¿Puede usted justificar ante Dios el seguir adelante con la defensa de Breslavia?». Niehoff tomó nota y, de forma discreta, empezó a negociar un alto el fuego, a pesar de la presión de Dönitz para que resistiese, transmitida por el nuevo comandante en jefe de la Wehrmacht, el mariscal de campo Schörner, y por el *gauleiter* Hanke, que era el nuevo líder de las SS. El 5 de mayo, en una proclama a sus tropas, Niehoff subrayó que «Hitler está muerto, Berlín ha caído. Los Aliados del este y del oeste se han estrechado las manos en el corazón de Alemania. Así pues, las condiciones para proseguir la lucha por Breslavia ya no existen. Cada nuevo sacrificio es un crimen». Con un guiño

al epitafio de Simónides para los trescientos espartanos en las Termópilas, concluyó: «Hemos cumplido con nuestro deber de acuerdo con la ley». Al día siguiente, los alemanes entregaron sus posiciones.[36]

August Töpperwien estuvo protegido mientras duró la batalla de Breslavia. Siguió dirigiendo el campo de prisioneros de guerra en Petersdorf, en la Alta Silesia, y allí, el 2 de mayo, escuchó el llamamiento de Dönitz al pueblo alemán para seguir combatiendo a los británicos y los estadounidenses mientras permaneciesen aliados con el bolchevismo. Töpperwien admitió finalmente que el «terrible error de cálculo de Hitler» –subrayado en rojo en su diario– había sido «¡¿¡declararles la guerra a los angloamericanos cuando el enemigo real es el bolchevismo!?!». En su desesperación ante la inminente derrota de Alemania, el profesor de instituto volvió a creer que «una humanidad que libra guerras así se ha vuelto impía. ¡Las barbaridades rusas en el este de Alemania, los terroríficos ataques de los angloamericanos, nuestra lucha contra los judíos (esterilización de mujeres sanas, ejecutar a todo el mundo, desde niños hasta ancianos, gasear los trenes de transporte judíos)!».[37]

Töpperwien ya había admitido en otra ocasión, en noviembre de 1943, el alcance de la exterminación de los judíos por parte de Alemania. Pero había apartado de su cabeza todo lo que sabía sobre trenes de transporte y cámaras de gas, hasta que la derrota final de Alemania le forzó a reflexionar una vez más sobre el asunto. Sin embargo, al equiparar el exterminio de los judíos con los bombardeos aliados y el terror bolchevique, condenando moralmente por «impíos» todos esos actos de extrema inmoralidad, sus palabras reconocían la culpa y, al mismo tiempo, la disipaban, relativizándola y haciéndola difusa. Su creencia *völkish* en la «misión civilizadora» de Alemania haría que no pudiese equiparar a las naciones que habían cometido esos actos. El 3 de mayo encendió la radio para escuchar el llamamiento del nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Schwerin von Krosigk, a las potencias occidentales para luchar contra el bolchevismo, y se preguntó: «¿Hubiera sido posible conseguir que Inglaterra y Estados Unidos se unieran al frente antibolchevique a pesar del liberalismo y el judaísmo mundial?». Cualquiera que fuese su sentimiento de horror moral

por el exterminio de los judíos, August Töpperwien todavía los consideraba como uno de los más poderosos adversarios de Alemania. El 6 de mayo, el mismo día en que cayó Breslavia, el capitán August Töpperwien fue hecho prisionero por los soviéticos, dejando atrás su diario en el ático de una casa donde fue descubierto por unos escolares polacos cincuenta años después.[38]

Mientras que en Unterbernbach los granjeros sacrificaban sus cerdos para que los estadounidenses no se los llevaran, la tarde del 2 de mayo, Victor Klemperer se dirigió al pueblo vecino para hacer la compra. En la plaza de la iglesia vio por primera vez a los estadounidenses, una columna de vehículos de reparación. La mayoría eran soldados negros. En una conversación con una joven alemana, se enteró de que, aparte de desvalijar las tiendas el primer día, las tropas «se habían comportado decentemente. "¿También los negros?" Ella rebosaba alegría: "Son incluso más amigables que los otros, no hay nada que temer"». Como parecía que las tiendas iban a estar cerradas durante una semana, le enseñó cómo comprar pan por la puerta trasera de la panadería.

A su vuelta a Unterbernbach, Klemperer se encontró con dos extraños sentados a la mesa de los Flammensbeck, dos hombres jóvenes, de unos veinte años, uno de ellos estudiante de Derecho. Intentaban llegar a su casa en los Sudetes y confirmaron que Hitler había muerto y que Berlín había capitulado. Como siempre, Klemperer intentó analizar sus afirmaciones:

> El estudiante declaró: «Si alguien me hubiera dicho esto, incluso hace sólo cuatro semanas, le hubiera disparado. Pero ahora ya no creo en nada…». Lo que querían era excesivo, se cometieron atrocidades, la forma en que se trató a la gente fue en Polonia y Rusia, ¡inhumana! «Pero probablemente el Führer no sabía nada» [...] Tampoco creían del todo en el «momento crucial» y en la inminente guerra entre Estados Unidos y Rusia, pero en el fondo albergaban alguna esperanza.

Para Klemperer estaba claro que estos soldados no podían imaginarse la vida después de la guerra y la inminente derrota alemana. Flammensbeck empezaba a «hablar como si el nazismo hubiera sido esencialmente una causa prusiana, militarista, anticatólica, y antibávara». Klemperer tuvo que recordarle que el movimiento se había originado en Múnich. Todavía

reticente a revelar su identidad judía en aquel pueblo que le parecía tradicionalmente antisemita y católico, les dijo de forma discreta al maestro del pueblo y a los Flammensbeck que «quizá yo podría servir de alguna ayuda [...] En algún momento, mi nombre era respetado, pero los nazis me obligaron a dejar mi puesto». Mientras tanto, el pueblo «disfruta de carnes y grasas y toda clase de comida».[39]

El 6 de mayo, el comandante en Jefe en el oeste, Kesselring, entregó el llamado «reducto alpino» de Berchtesgaden, donde los Aliados habían temido que los líderes nazis libraran su última batalla. Aquel mismo día, Dönitz mandó a Jodl a Reims a negociar con Eisenhower un armisticio general en el oeste. A diferencia de Montgomery, Eisenhower se negó en redondo a negociar cualquier cosa que se asemejara a una paz separada; exigía una capitulación completa, y amenazó con reanudar el bombardeo sobre las ciudades alemanas. A las 2.41 de la mañana del 7 de mayo, Jodl firmó. Aquel mismo día, las tropas que aún quedaban de las guarniciones alemanas en los puertos franceses de Saint-Nazaire, Lorient y La Rochelle se rindieron. Las tropas alemanas ya sólo siguieron luchando en Praga, en buena medida porque tenían la esperanza de cruzar las líneas soviéticas hasta ser capturados por los estadounidenses. Dieciséis minutos después de que el alto al fuego entrara en vigor en la medianoche del 8 al 9 de mayo, la ceremonia de rendición se repitió en el cuartel general de Zhukov en Karlshorst, a las afueras de Berlín. Esta vez se había elaborado un documento de rendición completa que firmaron los representantes de las tres brazos armados de la Wehrmacht y, aún más importante, todos los Aliados. Al día siguiente, en su horario habitual, a las ocho de la tarde, la Wehrmacht emitió su último boletín de guerra desde Flensburgo:

> Desde la medianoche, las armas están en silencio en todos los frentes. Bajo las órdenes del gran almirante [Dönitz], la Wehrmacht ha abandonado la lucha, para la que ya no había esperanza. Así el heroico esfuerzo que había durado casi seis años ha llegado a su final […]
>
> El soldado alemán, fiel a su juramento y con la mayor entrega, ha realizado tareas que nunca serán olvidadas. El frente interno le apoyó hasta el final con todo su poder, su sufrimiento y los más grandes sacrificios.

> El singular logro del frente exterior y del frente interno encontrará el reconocimiento definitivo en un futuro veredicto justo de la historia.[40]

Esta vez el frente interno había pasado la prueba: noviembre de 1918 no se había repetido. En la granja del páramo de Lüneburg, Agnes Seidel había pasado el día ordenando y reparando sus peores ropas para donarlas a una colecta obligatoria para «extranjeros, judíos y prisioneros de campos de concentración». Mientras ayudaba con la recogida, se sorprendió ante la calidad y cantidad de ropa que otros daban. No dejó ni un solo pensamiento en su diario sobre los receptores. Desde el inicio de la ocupación británica, en la granja se había vivido una especie de calma tensa entre los veintidós polacos y treinta alemanes, de los cuales veinte eran niños. Los antiguos trabajadores forzados se mostraban cada vez más reticentes a trabajar, y a finales de abril, Agnes se sintió indignada cuando tuvo que untar pan con mantequilla para ellos. Pero no había ocurrido nada grave en comparación con las historias de ataques armados y atracos que llegaban de las granjas vecinas. En todas partes, los alemanes convirtieron pronto a sus conquistadores en guardianes de su seguridad. El 8 de mayo, Agnes Seidel llevó a sus hijos de paseo por primera vez desde que había empezado la ocupación, y los soldados británicos les dieron chocolatinas y dulces. El 14 de mayo, la antigua maestra nazi tomó prestados algunos libros de texto ingleses para empezar a aprender el idioma de los enemigos de Alemania.[41]

Cuando la adolescente Leonie Bauditz, de catorce años, y su madre oyeron que todas las mujeres de su brigada de trabajo estaban a punto de ser enviadas de Silesia a Rusia, consiguieron escapar gracias a la ayuda de uno de sus guardas rusos. Volvieron a Breslavia, y caminaron por las calles destruidas por las doce semanas de combates, hasta llegar a su antiguo bloque de pisos. La casa seguía en pie, e incluso la tienda de textiles y lana que el padre de Leonie había abierto para hacer frente a los tiempos difíciles seguía intacta. A pesar de sus terribles experiencias, la adolescente pronto trabó amistad con un joven oficial soviético que quería aprender alemán. Se sentaban juntos en un banco al sol o en la escalera si llovía; pero sólo le permitían entrar en el piso si la madre de Leonie estaba presente.[42]

Los berlineses estaban sorprendidos de la rapidez con la que las autoridades soviéticas restablecieron el suministro de comida y empezaron a limpiar y despejar las calles, reparar las líneas de tranvía y de metro, y reanudar los servicios de gas, electricidad y agua. El 3 de mayo, Anneliese H. observó que los rusos ya habían empezado a distribuir «harina, patatas, pan y gulasch» a «largas colas de personas». El escritor y corresponsal de guerra Vasili Grossman vio a mujeres barriendo el pavimento en Berlín y limpiando los escombros, y observó cómo las piernas desmembradas de una niña, todavía con zapatos y calcetines, yacían en la calzada. El director de teatro Gustaf Gründgens y la intérprete musical Karla Höcker ayudaron a desmantelar las barricadas de la calle que algunos trabajadores forzosos habían levantado semanas antes. En medio del silencio y el sol de principios de mayo, Höcker observó «la estupidez de la situación: nosotros, músicos, artistas, burgueses […] estamos quitando las barricadas como inútiles obstáculos de tráfico [...] ¡y Asia triunfa!». A mediados de mayo, Hertha von Gebhardt ya no tenía miedo de ir sola por la calle durante el día, y observaba cómo las incursiones nocturnas de los rusos se habían reducido. Ahora, su bloque de apartamentos sólo era saqueado por sus propios «camaradas nacionales», mientras los alemanes se enfrentaban a una nueva oleada de crímenes perpetrados por sus propios compatriotas. Gebhardt tenía la impresión de que cada ruso que quería tener novia, ahora la había encontrado, al observar que «muchos caminan cogidos del brazo […] En general, todo el mundo está encantado. Los rusos son muy agradables», escribió con un punto de ironía y sorpresa.[43]

Su estatus de escritora le garantizaba a Gebhardt ciertos privilegios en la nueva escala de racionamiento instaurada por el mando soviético en Berlín; además, mediante su red de conocidos, encontró un piso vacío en una antigua colonia de artistas. Tras rescatar la mayor parte de sus posesiones de su viejo piso y del sótano de Geroldstrasse –sólo le habían robado el violín–, Hertha y Renate llevaron sus dos sillas de mimbre, muchas maletas, astillas y leña, manuscritos y una pequeña librería a su nuevo piso, que enseguida fue allanado y saqueado por algunos alemanes. Madre e hija aprendieron a sortear el caballo muerto en la plaza Heidelberger y los

cuerpos de soldados alemanes y rusos que seguían tirados en la calle. Observaron que había muchas tumbas improvisadas en los jardines. Las casas seguían sin electricidad, y en la bomba de agua, una nueva ordenanza permitía a judíos y extranjeros ponerse al principio de la cola. «Vox populi», escribió Gebhardt el 12 de mayo. «¡Está muy bien! ¡Pobres judíos! De repente, todo el mundo simpatiza con ellos y siempre lo ha hecho. De repente, nadie era nazi.»[44]

El 18 de mayo, los Klemperer abandonaron finalmente Unterbernbach provistos de la estrella amarilla, el auténtico documento de identidad como judío de Victor, y un papel de la administración local estadounidense que acreditaba que él era un famoso profesor perseguido. Consiguieron hacerse llevar hasta las afueras de Múnich, donde descubrieron que todo era más caótico que hacía seis semanas. En contraste con el cielo gris y tormentoso de una tarde de sábado, las ruinas blancas de la ciudad le parecieron a Victor una escena del Juicio Final. El rugido de los camiones y los *jeeps* estadounidenses «completaban la infernal imagen; son los ángeles del juicio», anotó en su diario. Sofocados por el polvo de las ruinas que agitaban los vehículos, sudando bajo el calor veraniego y agobiados por sus maletas y pesadas ropas de invierno, los Klemperer caminaron penosamente en busca de refugio, comida y permisos para poder cruzar la nueva frontera hacia la zona ocupada por los soviéticos. Esperaban poder reclamar su casa de las afueras de Dresde y el puesto de Victor. Contra todo pronóstico, tendrían éxito, pero por ahora, Victor, apenas consciente de su propio nacionalismo residual, reflexionó amargamente sobre cómo la liberación parecía una derrota: «Curioso conflicto en mi interior: me regocijo de la venganza de Dios sobre los partidarios del Tercer Reich [...] pero encuentro terrible ver a los vencedores y vengadores pasearse por la ciudad que tan infernalmente han destrozado».[45]

Epílogo: cruzando el abismo

El 9 de mayo de 1945, Alemania amaneció derrotada. El silencio era notable. Ni explosiones de metralla, ni bombas, ni apagones. No era ni la paz que tanto habían deseado, ni la tan temida aniquilación. Al joven de dieciséis años Wilhelm Körner le resultaba difícil entender por qué razón, una semana más, no había escrito nada en su diario. Cuando lo volvió a coger fue para dar rienda suelta a su angustia:

> El 9 de mayo se encuentra entre los días más negros de la historia alemana. ¡Capitulación! Nosotros, los jóvenes de hoy, habíamos desterrado esta palabra de nuestro vocabulario, y ahora tenemos que vivir cómo nuestro pueblo alemán se ve obligado a deponer las armas después de casi seis años de asedio. Nuestro pueblo ha soportado heroicamente todas las dificultades y sacrificios.

«Ahora debemos mantener vivo el espíritu que ha sido sembrado en nosotros y recordar que somos alemanes», continuó. «Si olvidamos eso, estaremos traicionando a los que cayeron por una Patria mejor.» Wilhelm, hijo de un director de escuela de Bremen que había pasado por las Juventudes Hitlerianas, la defensa antiaérea y finalmente el Volkssturm, era lo suficientemente joven como para creer que podría mantenerse aferrado al patriotismo de los tiempos de guerra más allá de la realidad de la derrota total.[1]

En su informe final sobre el estado de ánimo alemán a finales de marzo de 1945, el SD había abordado la cuestión del derrotismo, la creciente certeza de que nada podría salvar ya todos los esfuerzos hechos en la guerra. Pero lejos de la respuesta revolucionaria que los nazis siempre

habían temido, lo que se encontraron fue «una profunda decepción por la pérdida de confianza, un sentimiento de dolor, abatimiento, amargura y creciente rabia, sobre todo entre aquellos que no han conocido otra cosa en la guerra que sacrificio y trabajo». La respuesta no fue la rebelión sino la autocompasión. Lo que las gentes afirmaban era: «No nos merecíamos que nos llevasen a esta catástrofe». Eran más bien sentimientos farisaicos, pero no antinazis: gentes de todas clases «se excusan de cualquier culpa por el curso de la guerra», insistiendo en «que ellos no han sido dirigentes o responsables ni de la guerra ni de la política». De momento, la cuestión de la «culpabilidad» se cernía sobre los agentes del mayor desastre alemán. Y para aquellos que se acordaban de los artículos semanales de Goebbels en el *Das Reich* en los que una y otra vez había llamado al pueblo alemán a confiar en el liderazgo nazi en medio de todas las crisis de la guerra, estaba claro sobre quién recaía la responsabilidad de la derrota nacional.[2]

Al escuchar a finales de abril las conversaciones en las calles del suburbio de Friedrichsagen al este de Berlín, mientras proseguía la batalla por el centro de la ciudad, Liselotte Günzel estaba horrorizada ante la velocidad con la cual las personas cambiaban su lealtad política, «maldiciendo ahora a Hitler». «De un día para otro. Primero todos eran nazis y ahora todos son comunistas. Salen de la piel marrón para meterse en la roja», escribió la adolescente de diecisiete años en su diario, concluyendo que «me mantendré alejada del amor ciego por cualquier partido. Como mucho, socialdemócrata como mis padres». Mientras las noticias del suicidio de Hitler y de Goebbels se extendían, iba aumentando el sentimiento de rabia de la gente por haber sido abandonados por sus líderes; también el sentimiento de que haber vivido bajo una dictadura absolvía a los individuos de su responsabilidad personal por todo lo que había pasado.[3]

Fueron sus primeros encuentros con los vencedores los que expusieron a los alemanes a una serie de diferentes tipos de culpabilidad. A mediados de octubre de 1944, mientras aún continuaba la batalla de Aquisgrán, una unidad estadounidense de especialistas en psicología de guerra completó uno de los primeros informes elaborados en territorio alemán. Percibió «un

latente y posiblemente profundo sentimiento de culpa, debido a las brutalidades cometidas por el Ejército alemán en Europa, particularmente en el este y contra los judíos», añadiendo que «los alemanes se han resignado a la idea del castigo justo, y su única esperanza es que los estadounidenses moderen el odio de los que les van a castigar. Pero aceptan la idea del castigo».[4]

Uno de los elementos más perturbadores en los encuentros personales entre los victoriosos Aliados y los derrotados alemanes a principios del verano de 1945 fueron los intentos esporádicos de instigar un juicio moral. El escritor y editor Hermann Kasack describió uno de los encuentros que tuvo lugar en junio de 1945 en su villa de Potsdam. Un oficial soviético comenzó a hablar de su hermana:

> Con diecisiete años. Fue... torturada y violada por un soldado alemán; el soldado, dijo, era «pelirrojo y tenía ojos como de buey». Nos sentíamos angustiados mientras el oficial georgiano exclamaba con ira que sólo pensar en ello le hacía desear retorcerle el cuello a la gente. «Pero», añadió tras una pausa, «soy bueno, soy bueno.» Y aludió al hecho de que sabía comportarse, y tuvimos que admitir que sí. Pero su rabia por el sufrimiento de su desdichada hermana estaba todavía presente, como ocurría tan a menudo en aquellos días y semanas, y de hecho en todos los años de gobierno nazi, y otra vez sentimos la vergüenza de ser alemanes. Después de un tiempo que nos pareció increíblemente largo pero que en realidad apenas duró más de una hora y media, se despidió prometiendo volver al día siguiente, y se fue [...] Qué desgracia y qué humillación haber tenido que nacer alemán.

Lo singular del verano de 1945 fue la frecuente necesidad de los vencedores de iniciar algún tipo de diálogo con el enemigo conquistado, tratando de obligar a los alemanes a entender lo que habían hecho. En el sótano de Hertha von Gebhardt, un soldado soviético se pasó horas hablándoles a los vecinos cautivos, amenazando con ejecutarlos. En otro caso, una enfermera de veintinueve años recordaba cómo un oficial ruso que siempre había tratado a sus hijos de manera «amistosa y amable», entró un día en la habitación, acunando al más pequeño en sus brazos y, señalando a los otros dos, dijo: «“¡Niños bonitos! Yo también esposa e hijo, de un año. Los alemanes los mataron. ¡Así!” ¡E imitó el movimiento de rajar un estómago! “¿SS?”, pregunté. Asintió. (Era judío)».[5]

Aunque la amenaza de la violencia obligaba a los alemanes a verse como colectivamente culpables, también creaba nuevas barreras, disuadiendo a las personas de pararse a pensar sobre cuáles habían sido sus roles y responsabilidades particulares. El 12 de abril de 1945, mientras los estadounidenses y británicos estaban al otro lado del Rin y el Ejército Rojo en el Óder, Ursula von Kardorff fue bastante explícita en cuanto a su miedo y a su sentimiento de culpabilidad: «Y cuando los otros [los Aliados] lleguen con su odio sin límites y sus horribles acusaciones, nosotros tendremos que quedarnos callados, porque son ciertas». Pero para muchos alemanes aquel momento de apertura fue demasiado breve, y no duró más allá de las consecuencias inmediatas de la derrota. Cuando Hannah Arendt visitó Alemania en 1949, se sintió consternada por la falta de compromiso emocional y la desgana con la que sus antiguos compatriotas hablaban de lo que había pasado. Y cuando Ursula von Kardorff preparó su diario para ser publicado en 1962, recortó discretamente su reconocimiento de la culpa alemana.[6]

Ya en 1945 había en Alemania dos relatos bastante diferentes sobre la culpabilidad. Uno se refería a la guerra perdida y buscaba a los responsables de la «catástrofe» alemana: era el relato autocompasivo de los alemanes que creían formar parte de la «comunidad nacional», tal y como el SD había descrito en las semanas finales de la guerra. El otro giraba en torno a los crímenes de guerra alemanes e implicaba un sentimiento de juicio moral, que los alemanes esperaban que los victoriosos Aliados les inculcaran. Ya Göring había advertido en octubre de 1943:

> No dejéis que nadie se haga ilusiones y se crea que puede llegar y decir: Yo siempre fui un buen demócrata sometido a esos terribles nazis. Los judíos siempre van a ofreceros la misma respuesta, y dará lo mismo que afirméis que habéis sido los mayores admiradores de los judíos o sus más acérrimos enemigos. Os tratarán de igual manera. Su sed de venganza abarca toda la nación alemana.[7]

Este dualismo disonante del sentimiento de culpa alemán –los crímenes cometidos contra los judíos, y el crimen mayor había sido perder la guerra– se fue haciendo cada más fuerte en los años de posguerra, en lugar de

debilitarse. A pesar de la marcada diferencia ideológica de los enfoques de «reeducación» puestos en marcha por las potencias ocupantes, cuando se fundaron los tres estados sucesores del Tercer Reich en 1949 [República Federal, República Democrática y Austria], en todos ellos el sentimiento de victimismo alemán eclipsó cualquier rastro de responsabilidad compartida por el sufrimiento de las víctimas de Alemania. Las muertes masivas, la falta de vivienda, la exclusión y el hambre hicieron que, para muchos alemanes, la derrota y los primeros años de ocupación fueran mucho peores que la propia guerra. Y ya no había ninguna gran causa nacional que invocar para justificar o compensar tanto sufrimiento.

*

Mientras los Aliados establecían nuevas fronteras en la Europa de posguerra, tanto la Ucrania soviética como Polonia se extendieron hacia el oeste, siguiendo la nueva reordenación demográfica de la Europa del Este. La Unión Soviética reubicó a 810.415 polacos, muchos de los cuales provenían de los centros históricos de la Galitzia oriental, Leópolis y Rivne. Paralelamente, 482.888 ucranianos fueron trasladados hacia el este, a la ampliada Ucrania soviética. En la profundamente «mezclada» región polaco-germana de la Alta Silesia, la influencia de los nuevos colonos polacos procedentes del este fue el detonante administrativo que sirvió para expulsar a los alemanes étnicos de manera bastante ordenada. En otros sitios, la expulsión fue más severa y cargada de simbolismo. Terezin –Theresienstadt–, el gueto judío checo que había sido liberado, servía ahora para prisioneros de guerra alemanes, que le suplicaban al comandante ruso local que las tropas soviéticas no se retiraran, ya que temían que los checos los matarían a todos. De hecho, los checos obligaban a los civiles alemanes que se habían instalado en su país con la ocupación a cantar y bailar, a arrastrarse y hacer gimnasia mientras esperaban los trenes de ganado que los deportarían a Alemania. El 30 de mayo de 1945, los 30.000 alemanes residentes en Brno –o, como ellos lo llamaban, Brünn– fueron obligados a levantarse de sus camas y salir descalzos a la calle. Los golpearon mientras

caminaban hacia los campos en la frontera austriaca. Casi 1.700 murieron en lo que Alemania pronto llamó la «marcha de la muerte de Brünn». Leonie Bauditz y su familia fueron expulsados de Breslavia bajo la nieve en enero de 1946. El tren de ganado en el que tuvieron que viajar tardó cuatro días en llegar a Fráncfort del Óder. En 1947, la Alemania de las cuatro zonas de ocupación de los Aliados había tenido que absorber 10.096.000 refugiados y expulsados alemanes de Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Rumanía. Además, todavía hasta 1946 hubo más de tres millones de evacuados de guerra que siguieron viviendo en el campo, reticentes a arriesgarse a volver a las ciudades en ruinas que habían dejado atrás dos o tres años antes, especialmente cuando eso significaba cruzar las estrechamente vigiladas fronteras entre las distintas zonas ocupadas.[8]

En mayo de 1945, ocho millones de extranjeros habían sido liberados en Alemania. Durante sus primeros encuentros con las tropas aliadas, a menudo los granjeros alemanes hacían que sus trabajadores forzados actuaran como mediadores con los invasores. Pocas semanas más tarde, la población alemana tuvo que pedir protección a sus conquistadores contras las bandas errantes de trabajadores extranjeros que aparecían de forma repentina asaltando granjas por la noche, exigiendo comida, ropa y dinero o simplemente buscando venganza tras años de abusos. Su número fue decreciendo de forma continua a medida que los Aliados implementaban políticas para repatriar a todas las «personas desplazadas». A principios de 1947, aún había casi un millón de extranjeros en Alemania. La mayoría de los que quedaban estaban en la Alemania occidental, 575.000 en la zona estadounidense y 275.000 en la británica. Esas cifras se vieron incrementadas por los judíos que escapaban hacia el oeste de los pogromos que se sucedían en la Polonia de posguerra: los peores excesos se produjeron en Cracovia y Kielce, donde 42 judíos de una comunidad de doscientos fueron asesinados a principios de julio de 1946. En octubre de 1946, más de 160.000 judíos habían llegado a la Alemania occidental. Aunque la política general era la de repatriar desde Alemania a todos los ciudadanos de la Europa del Este, el Gobierno militar estadounidense permitió a este grupo en particular migrar hacia el oeste. La zona

estadounidense se caracterizó también por establecer campos de desplazados sólo para judíos. Por el contrario, en las zonas francesa y británica, los campos se dividían por nacionalidades, una política que resultó tóxica, ya que los judíos se vieron obligados a vivir al lado de ex colaboradores nazis que tenían sus propias razones para resistirse a la «repatriación».[9]

Pero incluso en la zona estadounidense, los desplazados judíos no lo tuvieron fácil. A medida que los judíos se iban convirtiendo en una parte importante de los desplazados que aún quedaban, la imagen del judío como el arquetipo del estafador volvió a aparecer con fuerza. El 29 de marzo de 1946, 180 policías alemanes acompañados por perros arrasaron un campo de judíos en la Reinsburg Strasse en Stuttgart buscando productos del mercado negro. Aunque sólo encontraron un par de huevos, provocaron una gran pelea con los desplazados judíos. Un superviviente de un campo de concentración que acababa de reunirse con su esposa y sus dos hijos resultó muerto. El Gobierno militar estadounidense respondió prohibiendo inmediatamente la entrada de la policía alemana en los campos de judíos.[10]

Con el colapso del Tercer Reich, el mercado negro despegó de tal manera que eclipsó el más bien modesto tamaño que había tenido durante la guerra. La economía alemana estaba sumida en el caos, y la industria pesada sufría un parón. En Berlín, surgieron centros de mercado negro en la Alexanderplatz y el Tiergarten. Agujas de coser, clavos y tornillos estaban entre los bienes más preciados. Al igual que en la Polonia ocupada durante la guerra, ahora en Alemania las fábricas empezaron a pagar a sus empleados una parte de su sueldo en especie para que así pudieran entrar en el trueque. Los juegos de niños se actualizaron rápidamente, transformando el «policías y ladrones» en «ladrones de carbón y maquinistas», mientras multitudes de niños sisaban carbón de los apartaderos del ferrocarril. Los Aliados occidentales debatieron sobre si ruralizar todo el país siguiendo las líneas del Plan Morgenthau para prevenir cualquier futura amenaza alemana, o si reiniciar la producción industrial en el Ruhr. En su zona, la Unión Soviética desmantelaba plantas industriales y las enviaba a su país en concepto de indemnizaciones de guerra. Como la economía monetaria se

venía abajo, las compañías realizaron acuerdos de intercambio entre ellas, haciendo aún más difícil la posibilidad de restaurar un mercado integrado. El suministro de alimentos también era crítico. Alemania había perdido algunas de sus regiones agrícolas más productivas a favor de Polonia en la reorganización de fronteras que hicieron los Aliados en la Conferencia de Potsdam de 1945. Durante los tres primeros años de posguerra, mientras el transporte, los alimentos, el combustible para la calefacción y la ropa se veían afectados por crisis tras crisis, los alemanes experimentaron niveles de hambre que fueron mucho peores que todo lo que habían sufrido durante la guerra, en gran parte porque las requisas nazis de alimentos habían desplazado la escasez a otros europeos.[11]

El sermón del cardenal Fringe en Colonia el día de Año Nuevo de 1946 autorizaba a robar los productos básicos para sobrevivir, y el cardenal fue honrado por ese gesto con una nueva palabra utilizada en el lenguaje local para referirse al robo: *fringsen.* Ningún grupo era responsable del mercado negro: sus causas estaban en las condiciones impuestas por la derrota y la ocupación. La policía alemana y los políticos locales echaban la culpa de las mafias y la violencia que acosaron Alemania entre 1945 y 1947 a las personas desplazadas, como si ellas tuvieran el suficiente poder económico o institucional para gestionar el mercado negro por su cuenta. Las cifras de condenados por delitos de ese tipo, en cambio, desmentían esas afirmaciones, incluso en los tribunales del sistema de la Alemania occidental, que no habían sido reformados, y cuyos jueces no eran precisamente proclives a pensar bien de los extranjeros empobrecidos y oprimidos.[12]

En aquella situación casi sin ley que prevalecía en las cuatro zonas de ocupación aliada, dos delitos llamaron la atención del fiscal jefe de Friburgo, el profesor Karl Bader, como emblemáticos de aquel tiempo: el robo y la bigamia. En el verano de 1945, había casi 8,5 millones de hombres alemanes encerrados en campos de prisioneros de guerra, y eso provocaba enormes disparidades de género. En Sachsen-Anhalt, había tres veces más mujeres que hombres de entre veinte y treinta años, y el doble de entre treinta y cuarenta. La bigamia era más común entre los hombres que

habían sido desplazados por la guerra y separados de sus familias originales. A veces simplemente querían legitimar a los hijos que habían nacido durante la guerra. En otros casos, la gente recurrió a la bigamia para ocultar sus identidades pasadas. Provisto de papeles falsos, el antiguo alcalde nazi de una ciudad de Sajonia certificó su propia muerte y después, con su nueva identidad, se volvió a casar con su «viuda», sin miedo ya a ser detenido por sus actividades nazis. Incluso consiguió un trabajo en la zona británica, ocupándose del comercio entre zonas, donde le fue bien gracias a los sobornos y al mercado negro.[13]

En una sociedad desesperada por buscar anclajes morales y respetabilidad, la aparición de falsos médicos y pastores de la Iglesia era particularmente preocupante. Antiguos enfermeros de la Wehrmacht se hacían pasar por médicos, cirujanos y ginecólogos, logrando así el acceso a drogas como la morfina para satisfacer sus propias necesidades o para venderlas en el mercado negro. Un antiguo mecánico consiguió convencer al obispo de Mecklenburg de su formación clerical, y trabajó como pastor en una parroquia cercana a Schwerin hasta finales de 1945. Alemania se hallaba inundada de adivinos. En julio de 1947 se afirmaba lo siguiente:

> En Berlín hay un adivino por cada mil personas. El 90 % de sus clientes son mujeres que desean saber algo sobre el incierto destino de sus parientes. Un adivino de Neukölln gana 5.000 marcos al día y ha tenido que emplear a cuatro ayudantes para poder manejar las colas que se forman a diario delante de su casa.

Acosado por personas en busca de consejo, un pastor de la Misión Interior Protestante dijo en Berlín en 1946: «Antes, esas personas tenían una meta, o por lo menos planes y deseos. Ahora no los tienen. No pueden adaptarse, ya no quieren nada, ya no desean nada, simplemente ya no saben nada».[14]

En Pforzheim no había noticias de Helmut Paulus desde el 1 de noviembre de 1943. Su oficial al mando escribió dos veces a Erna y Ernst Arnold Paulus para decirles que su hijo mayor había desaparecido en combate. Acababa de volver de un permiso cuando cayó en una emboscada; dos partidas de búsqueda no lograron encontrar alguna pista suya, pero

existía la posibilidad de que hubiera sido hecho prisionero. En mayo de 1945, las dos hermanas de Helmut, Elfriede e Irmgard, llegaron juntas a casa, exhaustas después de atender a los heridos en Heilbronn durante los doce días de batalla en la ciudad. Su hermano menor Rudolf había conseguido abandonar su unidad en Leipheim, en el Danubio, y regresar a casa gracias a la ropa de paisano que le dio un granjero. Únicamente faltaban noticias de Helmut. Sus padres escribieron a la Cruz Roja soviética, al obispo Dibelius de Berlín y a los antiguos camaradas, pero todo fue en vano. Finalmente, en septiembre de 1976, el Servicio de Búsqueda de la Cruz Roja alemana confirmó que Helmut había muerto en noviembre de 1943.[15]

En Görmar, en Turingia, Hildegart Probst reconoció el 1 de julio de 1945: «Ya no quiero escribir más, porque cada día espero ardientemente tu vuelta. Todos los días hay soldados que vuelven a casa». Pero aún no estaba dispuesta a dar por concluido el diario que había empezado cuando su marido Fritz fue dado por desaparecido en acción después de Stalingrado. Su hijo Karl-Heinz también se hallaba desaparecido: él finalmente volvió; su padre no.[16]

Las familias colgaban fotos en los tablones de anuncios de las estaciones de tren con la esperanza de que algún camarada que regresase pudiera darles noticias de sus seres queridos. Los clérigos publicaban oraciones por los desaparecidos en sus hojas parroquiales, y en septiembre de 1947, la Misión Interior Protestante les dedicó una semana de rezos. Los servicios comenzaban con la lectura del pasaje de Jeremías 29, 14. Su último verso decía:

> «Vosotros me encontraréis», anunció el Señor, «y yo restauraré vuestras fortunas y os reuniré desde todas las naciones y todos los lugares adonde os he conducido», anunció el Señor. «Y yo os devolveré al lugar desde el cual os mandé al exilio.»[17]

Algunos sacerdotes y pastores dieron permiso para poner lápidas sobre tumbas vacías por los hombres que no habían vuelto, incluyendo a aquellos que figuraban sólo como desaparecidos. Mientras esperaba la vuelta de su

hijo en Hildesheim, el 2 de septiembre de 1947, la señora R. le escribió a un sacerdote católico hablándole de sus conversaciones con hombres que habían regresado a casa. Estaba segura de que las condiciones de cautiverio en la URSS eran «mucho peores» que las que había en los «campos de concentración alemanes». Mientras que «esas personas inocentes que sólo habían cumplido con su deber en el frente» tuvieron que sufrir durante mucho tiempo, «a las personas de los campos de concentración las anestesiaron inmediatamente en las cámaras de gas», aunque, añadía, «fue terrible y no estuvo bien tratar a la gente así».[18]

La mayor parte de los 17,3 millones de soldados de la Wehrmacht habían prestado servicio en el frente oriental, pero sólo 3.060.000 fueron apresados por los soviéticos. Muchos de ellos habían conseguido cruzar los frentes y rendirse a las potencias occidentales en las últimas semanas de la guerra: 3,1 millones fueron hechos prisioneros por los estadounidenses, 3.640.000 millones por los británicos y 940.000 por los franceses. En Estados Unidos y en Gran Bretaña a los prisioneros se les utilizó como mano de obra agrícola; en Francia y en la Unión Soviética reconstruyeron las infraestructuras destruidas. A pesar de que su trabajo violaba la Convención de Ginebra, los vencedores siguieron utilizando a aquellos hombres durante varios años después de que la guerra terminara. Sin embargo, a finales de 1948 la mayoría de los prisioneros de guerra había regresado a Alemania tanto desde el cautiverio occidental como desde el soviético.[19]

En diciembre de 1949, el doctor August Töpperwien fue liberado de un campo de prisioneros de Polonia y volvió a Solingen. Su casa había sido bombardeada, pero Margarete y sus dos hijos habían sobrevivido a la guerra. Töpperwien se reincorporó al personal de su antigua escuela en el puesto de *Studienrat,* profesor de enseñanza media, el mismo que había ocupado durante catorce años antes de incorporarse a la Wehrmacht.[20]

Los prisioneros de guerra que regresaban se convirtieron pronto en un motivo de preocupación médica y psiquiátrica; los psiquiatras alemanes empezaron a utilizar el término «distrofia» para describir su situación. La malnutrición y la infinitud del paisaje ruso les había producido apatía,

depresión y una pérdida total de inhibiciones morales. Aparentemente, hasta «la naturaleza y las expresiones faciales de los prisioneros alemanes se habían vuelto rusas» y «habían perdido gran parte de su auténtica humanidad». Los mismos psicólogos que poco antes habían enaltecido la superioridad de las virtudes varoniles alemanas sobre la barbarie soviética, ahora temían que el instinto sexual hubiera muerto entre los alemanes que habían sido apresados en el este. Pero una cosa era diagnosticar a las víctimas militares alemanas y otra muy distinta escucharlas. Los informes médicos de los antiguos soldados revelan la extrema angustia y el sentimiento de culpa que seguían padeciendo, normalmente respecto a los camaradas que habían muerto. Según su médico, Helmut G. arrastraba «un gran sentimiento de culpa». Se había incorporado a filas justo al final de la guerra, y en mayo de 1945, a él y a sus hombres se les ordenó que se replegasen hacia el Elba para rendirse ante los estadounidenses en vez de hacerlo ante los soviéticos. Aquel joven oficial de diecinueve años sentía que les había fallado a los hombres que estaban bajo su mando, una mezcla de muchachos muy jóvenes y soldados de mediana o tardía edad, pues sólo había podido salvar a aquellos que podían aguantar las marchas forzadas. Sentía que había roto la primera regla de la «camaradería».[21]

Rudolf B. buscó ayuda psiquiátrica en 1949. Se había alistado como soldado profesional y le habían herido en el brazo a principios de 1943. En su cama de hospital, seguía soñando con los acontecimientos que le habían llevado a estar herido, y en sueños gritaba órdenes militares. Algunas de sus obsesivas preocupaciones salieron a la superficie en el fragmentado y enmarañado relato que le hizo al psiquiatra, ante el cual admitió: «Tengo que pensar que ya ha acabado. ¿Me lo he imaginado todo? ¿Por qué todos esos sacrificios y pérdidas? Todo por nada. Traición, sabotaje. No puedo…». Un segundo después, Rudolf alzó la voz, enfadado: «Es que es así. Todo por nada, sí, sí. ¿Estoy loco o me estoy volviendo loco? [...] (¿Han cambiado las personas?) Personas, las personas no valen nada. Y le voy a decir una cosa, doctor, era así, teníamos el arma secreta». Al final, empezó a pasar de los eslóganes de Goebbels a los diez mandamientos, «sí, sí, no matarás», antes de quedarse en silencio. Todo aquello en lo que había creído

–el valor del verdadero sacrificio, la traición de la conspiración de los oficiales, la camaradería y la posesión por parte de Alemania de «armas secretas», la garantía de la «victoria final» que justificaría todas las muertes y toda la crueldad–, todo aquello seguía estando vivo para él cuatro años después del final de la guerra. A diferencia de la sociedad alemana, Rudolf B. no podía dejar de repetir las ideas y creencias que le habían sostenido desde 1939.[22]

Wilm Hosenfeld había sido capturado el 17 de enero de 1945. En mayo fue enviado a un campo para oficiales en Minsk, donde fue interrogado tres veces por el NKVD durante los siguientes meses. Su rango de oficial de inteligencia en el Alto Mando de la guarnición de Varsovia sugería que había estado implicado en la realización de operaciones de inteligencia antisoviéticas; no creían que sólo se había dedicado a organizar eventos deportivos y programas educativos. Retenido durante seis meses en régimen de aislamiento, su salud empeoró rápidamente. Cuando al fin se unió a los otros 2.000 prisioneros del campo a finales de 1945, pudo escribir de forma regular a su familia. Su salud mejoró y fue trasladado a un nuevo campo en Babruisk.

Annemie recurrió a aquellos a los que su esposo había ayudado y protegido, localizando a un antiguo prisionero comunista de un campo de concentración, Karl Hörle, que había servido bajo el mando de su esposo desde diciembre de 1943 y podía confirmar las ideas políticas antinazis de Hosenfeld, a pesar de su pertenencia al Partido. En octubre de 1947, Hörle recurrió a su posición como presidente local de la «Unión de Víctimas de la Persecución Nazi» para ejercer presión sobre los nuevos gobernantes de Alemania oriental para que intercedieran ante los soviéticos. Costó algo más establecer contacto con aquellos a los que Hosenfeld había ayudado en Polonia. En noviembre de 1950, Leon Warm-Warczyński, un judío al que él había escondido en el estadio de Varsovia, quiso aprovechar una visita a la Alemania occidental para darle las gracias a su rescatador. Se quedó estupefacto cuando se enteró de que Hosenfeld todavía estaba preso, y le escribió a Wladyslaw Szpilman, que se había establecido de nuevo como compositor y pianista en la Varsovia de la posguerra. Szpilman se enfrentó

en persona con el muy temido jefe de la policía secreta polaca, Jakub Berman, pero lo único que le dijeron fue que «no se pude hacer nada, porque lo tienen los camaradas soviéticos».[23]

Los soviéticos trataban a los oficiales de inteligencia de la Wehrmacht, como Hosenfeld, de la misma manera que a los miembros de la Gestapo y el SD. El 27 de mayo de 1950, el tribunal militar llevó a cabo una revisión administrativa del caso de Hosenfeld sin celebrar una vista y le sentenció a veinticinco años en un campo de trabajo, fundamentalmente por su participación en interrogatorios a prisioneros durante el levantamiento de Varsovia. Hosenfeld había sufrido un gran derrame cerebral en julio de 1947 y, aunque había recibido el tratamiento médico adecuado y pudo recuperarse, desde entonces su presión arterial era inestable, tenía episodios de mareo, dolores de cabeza y volvió a tener una serie de derrames más pequeños. En agosto de 1950 le enviaron a cumplir su condena en Stalingrado, donde 2.000 prisioneros alemanes vivían en cabañas de piedra y en búnkeres excavados en la tierra mientras trabajaban en la reconstrucción de la ciudad y en la construcción del canal Volga-Don. En junio de 1952, Hosenfeld ya casi no podía escribir, sólo su nombre y tenía que dictar el resto de sus cartas. Su último mensaje a su mujer concluía de una manera tranquilizadora: «No te preocupes por mí, estoy bien dentro de las circunstancias. Te mando todo mi amor, ¡todo lo mejor! Tu Wilm». Hosenfeld murió de una disección aórtica el 13 de agosto de 1952.[24]

El 26 de octubre de 1950, cuando el nuevo Parlamento de Alemania occidental celebró un día de conmemoración por los prisioneros de guerra alemanes en la Unión Soviética, el canciller Konrad Adenauer preguntó en su discurso oficial: «¿Alguna vez en la historia se ha sentenciado tan fríamente a millones de personas a la miseria y la desgracia?». No se estaba refiriendo al asesinato de judíos, sino al destino de los prisioneros alemanes en la Unión Soviética, aunque para entonces sólo quedaban 30.000 prisioneros en manos soviéticas. La mayor parte de los tres millones que habían sido capturados por el Ejército Rojo durante la guerra ya habían vuelto a Alemania y a Austria. Unos 750.000 habían muerto por enfermedades y extenuación: esto ocurrió en particular entre los 100.000

prisioneros a los que llevaron a Stalingrado, de los cuales sólo sobrevivieron 5.000. Cuando algunas zonas de la Unión Soviética fueron azotadas por la hambruna entre 1946 y 1947, los prisioneros alemanes tuvieron que soportar las mismas duras condiciones que el resto de la población: pero no hubo represalias por la política de inanición deliberada que la Wehrmacht aplicó a los 3,9 millones de prisioneros soviéticos capturados en 1941 y que había acabado con la vida de 2,8 millones de ellos a principios de 1942. A finales de 1953, otros 20.000 alemanes habían sido liberados, dejando sólo a 10.000 en la Unión Soviética. Pero mientras esas cifras se reducían, la agitación pública en la recientemente fundada República Federal por la liberación de los que aún quedaban en cautiverio soviético crecía. Se producían minutos de silencio que rompían el bullicio del tráfico y la vida urbana. Se celebraban vigilias y marchas, y había rezos especiales en las iglesias por los prisioneros de guerra y los desaparecidos.[25]

Parte del problema fue que durante la fase final de la guerra, la Wehrmacht había perdido la cuenta de sus bajas: en el verano de 1944, informaban de 500.000 muertes de militares, muy por debajo de la realidad. La pérdida de grupos enteros del Ejército durante la retirada veraniega había significado dejar atrás a los heridos y los muertos. En diciembre, el cómputo interno de la Wehrmacht era de un millón. Los primeros cuatro meses de 1945 fueron todavía peores. La Wehrmacht informó de que 200.000 hombres habían muerto, cuando en realidad eran 1,2 millones: en cada uno de esos meses, murieron de media entre 300.000 y 400.000 soldados alemanes, muchos más que el pico de 180.000 pérdidas antes de junio de 1943 en Stalingrado. El resultado fue que la Wehrmacht pensó que había perdido tres millones de hombres, cuando en realidad habían sido 4,8 millones de soldados y 300.000 miembros de las Waffen-SS. Debido a que muchas de estas muertes se produjeron en la fase final de la guerra –especialmente en la lucha por las antiguas provincias del este– y también gracias a que el correo militar había seguido funcionando hasta finales de 1944, parientes y expertos pensaban que había muchos más prisioneros bajo custodia soviética de los que en realidad había. Cuando la Unión Soviética

anunció en la conferencia de Moscú de 1947 que ya sólo tenía 890.532 prisioneros de guerra alemanes, fue un shock. En Alemania, se había asumido que todavía quedaban 2,5 millones de prisioneros de guerra en campos soviéticos. La opinión de los expertos alimentaba estas ideas: en ese mismo año de 1947, un estadístico hessiano publicó una estimación de que otros 700.000 prisioneros de guerra adicionales debían de estar en la Unión Soviética, y esa estadística se utilizó para confirmar la estimación más baja de pérdidas alemanas declaradas por la Wehrmacht en la historia de Alemania occidental.[26]

El mismo error estadístico llevó a una estimación exagerada de los números de civiles que habían muerto durante la huida y la expulsión de las provincias del este: basándose en datos demográficos, la Oficina Federal de Estadística estimó en 1958 que dos millones de alemanes habían muerto, 500.000 de los cuales eran soldados. Fue en 1999 cuando quedó claro que 1,4 millones de soldados de los territorios y provincias del este habían muerto, reduciendo así el número probable de muertes civiles a 600.000. Un proceso similar de revisión a la baja del número de muertes causadas por los bombardeos aliados tuvo que esperar hasta la década de 1990, lo que llevó a un reputado historiador alemán a concluir que los bombardeos habían provocado entre 370.000 y 390.000 muertes de alemanes y entre 40.000 y 50.000 de trabajadores forzados extranjeros y prisioneros de guerra. Igual que ocurrió con las muertes militares, la mayoría de estos civiles habían perdido la vida en la fase final de la guerra.[27]

En la atmósfera de la Guerra Fría de los años cincuenta, se extendió la idea de que había campos soviéticos secretos en los que se asesinaba a los prisioneros alemanes o se les obligaba a trabajar hasta la muerte. Los rostros demacrados, los ojos hundidos y las cabezas afeitadas en los carteles de películas como *Taiga* y *El médico de Stalingrado,* ambas estrenadas en 1958, o la de 1961 *El diablo tocaba la balalaika*, no representaban a víctimas de los nazis sino a prisioneros de guerra alemanes. Como si quisieran desplazar a los campos de exterminio reales de Alemania, que los estadounidenses habían hecho visitar a algunos residentes locales, se organizaron exposiciones itinerantes en las que los alemanes podían

contemplar las alambradas de púas y ver maquetas de los campos de prisioneros soviéticos. Ahora eran hombres y mujeres alemanes a quienes mandaban ir a la izquierda o a la derecha, eran cadáveres alemanes los que se apilaban en las improvisadas morgues y eran sus dientes de oro los que se extraían antes de que los cuerpos fueran enterrados en fosas comunes en los campos de concentración soviéticos. Mientras que en la década de 1950 los relatos del sufrimiento de los prisioneros de guerra y de los desterrados alemanes, cuidadosamente compilados y publicados en una edición en varios volúmenes por el Gobierno de Alemania occidental, fueron ampliamente publicitados, pocos alemanes querían debatir sobre el genocidio de los judíos, cuyos detalles habían sido tomados en préstamo para construir la narración que ahora estaban haciendo sobre sus propios sufrimientos.[28]

*

El 20 de noviembre de 1945, cuando empezó en Núremberg el juicio a los principales criminales de guerra, tuvo un eco internacional sin precedentes. Aquel día, una madre con tres hijos pequeños le escribió a su marido, un oficial alemán en un campo estadounidense de prisioneros de guerra:

> *Ninguna* nación –no importa cuán libre de culpa se sienta (lo cual en cualquier caso nunca sucede, pues la culpa *siempre* está en ambos lados)– puede condenar a otra nación *en su totalidad* y acabar con sus libertades sólo por el derecho que concede la victoria. ¡Ay de los vencidos! Ni antes ni después me siento en absoluto culpable de la guerra y de todos los horrores en los campos de concentración o de los vergonzosos actos cometidos en nuestro nombre. Tú, mamá, mis hermanos y muchos, muchos de nosotros no somos en absoluto culpables. ¡Por eso rechazo categóricamente la culpabilidad colectiva!

Lo único que lamentaba era no haber podido caminar por las calles de su ciudad natal con su marido después de que lo hubieran ascendido a general. Ahora, como madre evacuada dependiente de los servicios sociales, sentía que nada podía compensarla del estatus que había perdido. Y, sobre

todo, creía que «una nación sin militares está desarmada, y eso es lo mismo que no tener honor».[29]

La agitación pública contra los juicios de Núremberg comenzó en las zonas de ocupación occidental cuando aparecieron los primeros signos de conflicto entre el lado británico y estadounidense con el soviético, como Goebbels había predicho lleno de confianza. En el oeste, fueron las iglesias alemanas las que la encauzaron. Tras la prohibición del Partido Nazi y de sus organizaciones de masas por parte de los Aliados, habían llegado a gozar de una influencia pública sin parangón. Dos semanas después del discurso de Churchill sobre el «Telón de Acero» en marzo de 1946, los obispos católicos del oeste empezaron a usar su libertad para atacar los preceptos que sustentaban la política de desnazificación y ocupación de los Aliados. El cardenal Frings publicó una carta pastoral en la que afirmaba: «Atribuir la culpa colectiva a un pueblo entero y tratarlo de manera acorde es usurpar los poderes de Dios». Paulheinz Wantzen, el periodista de Münster y autor de un diario, dejó constancia del goteo constante de noticias de muertes de funcionarios nazis en «campos de concentración» aliados, donde habían sido «tratados igual que los antiguos prisioneros de los campos». Informó de que «entre la gente, la simpatía por los "acusados" de Núremberg crece por horas». En aquel ambiente de permanente impotencia, se veía a la Iglesia como una defensora de los derechos alemanes. El 4 de julio de 1946, el cardenal Frings escribió directamente al tribunal de Núremberg, trivializando su labor y desafiando el concepto de que «alguien deba ser considerado merecedor de castigo basándose meramente en su pertenencia a las SA o a otras organizaciones nacionalsocialistas». También a nivel local, clérigos prominentes como el vicario general de Colonia argumentaban que «las reglas de comportamiento varonil de las SA eran enteramente compatibles con la filosofía cristiana y habían sido aprobadas por los obispos».[30]

En una fecha tan temprana como junio de 1945, el obispo Galen de Münster había mostrado públicamente su respeto por el ejemplo patriótico que habían dado los soldados alemanes. «Queremos agradecérselo profundamente también a nuestros soldados cristianos», declaró, «aquellos

que de buena fe han arriesgado sus vidas por la nación y la Patria y quienes incluso en medio del caos de la guerra mantuvieron sus corazones y sus manos limpias de odio, saqueos y actos injustos de violencia». Los Aliados pretendían desmantelar no sólo los emblemas explícitamente nazis del Tercer Reich, sino también la cultura de homenaje al sacrificio de la muerte que los sustentaba. La inscripción «Alemania debe vivir, aunque nosotros debamos morir» desapareció del cementerio militar de Langemarck junto con los elaborados monumentos que los nazis habían erigido por los muertos de la Primera Guerra Mundial. Pero el simbolismo del sacrificio no podía ser erradicado tan fácilmente. En octubre de 1945, Galen recordaba a las congregaciones católicas que «las muertes de los soldados son comparables en términos de honor y valentía a las de los mártires». En febrero de 1946, el papa Pío XII ascendió a Galen, Frings de Colonia y Konrad von Preysing de Berlín al Colegio Cardenalicio, mejorando así su estatus nacional e internacional. Al mes siguiente, Galen, gravemente enfermo, fue recibido en Münster con arcos de flores y guirnaldas, algo que el antiguo periodista Paulheinz Wantzen no había vuelto a ver desde las visitas del Führer. Una vez más, el enfermo cardenal dio un sermón sobre los sacrificios que habían hecho los soldados alemanes. La derrota de Alemania quizá hubiera sido el resultado de la «podredumbre interior» del nacionalsocialismo, declaró, pero el honor de sus soldados había permanecido intacto: «Sin embargo, lo que nuestros soldados hicieron en leal cumplimiento de su deber será recordado eternamente a lo largo del tiempo como heroísmo, lealtad y adhesión a una conciencia que nosotros siempre honraremos y recordaremos».[31]

En septiembre de 1946, el cardenal Frings se convirtió en el primer alemán que habló ante el público en el Londres de la posguerra, cuando se le permitió predicar desde el púlpito de la catedral de Westminster. Frings aprovechó esa oportunidad para afirmar: «Nosotros, los católicos alemanes, no fuimos nacionalsocialistas, pero amamos nuestra patria. La amamos aún más ahora, en su profunda necesidad, y luchamos por sus derechos inalienables». Un par de semanas después, una delegación ecuménica del clero británico, que incluía al obispo protestante Bell, de Chichester, y al

obispo católico de Nottingham, realizó una visita a Renania y a Westfalia. Sostuvieron que los Aliados debían apoyar los esfuerzos de las iglesias por reconstruir Alemania, avalando su afirmación de que se habían «resistido a la falta de humanidad [del régimen nazi]». Mientras tanto, líderes católicos y protestantes, especialmente hombres como Martin Niemöller, que habían sido hechos prisioneros por los nazis, se convertían en apreciados intercesores a favor de los criminales de guerra convictos.[32]

Como referente de los teólogos protestantes, Paul Althaus también se sintió obligado a ofrecer su liderazgo intelectual y publicó un breve artículo sobre el tema de la «culpabilidad». En sus primeros sermones de posguerra, no había tardado en culpar a los «líderes» nazis de los «terribles errores» y «serias injusticias», igual que habían hecho otros, pero ahora buscaba razones por las cuales esos mismos líderes no debían ser juzgados en Núremberg. Althaus se centró no en los crímenes de guerra y sus consecuencias, sino en la naturaleza humana de la cual ellos eran una mera manifestación, afirmando que «todo lo malo que ocurre en mi nación, sí, en la humanidad, proviene de las mismas raíces, el alma humana, que es la misma en todos los lugares y todos los tiempos». Tras hacer que los actos específicos se desvaneciesen en ese sentido abstracto, universal y atemporal de la maldad humana, era fácil para él concluir que sólo el propio Dios podía juzgar la maldad de esos actos, pues «esta culpa compartida, en su profundidad y amplitud, supera el entendimiento y la justicia de un tribunal humano. No son los jueces humanos quienes pueden ni deben hablar de ello».[33]

Como protagonista del protestantismo nacionalista, Althaus había advertido a sus compatriotas alemanes después de la Primera Guerra Mundial que 1918 significaba más que una derrota: Dios los había juzgado y los había encontrado en falta. Mientras que el Dios que él había evocado después de la anterior guerra era la deidad justiciera del Antiguo Testamento, después de 1945, Althaus empezó a enfatizar la «voluntad misericordiosa» de Dios. En 1946 escribió:

> La única expiación posible es que nosotros, la cristiandad de Alemania, nos pongamos antes de nada humildemente bajo la cruz de Cristo, que representa a todo nuestro pueblo, con nuestras necesidades y con la vergüenza de las cosas terribles que han pasado: «Cristo, tú, cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros y levanta la maldición y la proscripción de nuestra tierra».[34]

Es posible que el redescubrimiento de Althaus de la misericordia fuese totalmente sincero: su hija discapacitada había tenido la suerte de escapar a las selecciones de pacientes psiquiátricos para los asesinatos médicos. Aun así, durante el resto de 1945, el teólogo recordó a su congregación el «sacrificio de la sangre» de «los millones de soldados alemanes muertos», aunque sin mencionar a los millones de civiles y soldados a los que los alemanes habían asesinado. Cuando daba sermones sobre los «seis millones del este», se refería a los refugiados alemanes, aunque el número que había escogido se refería al de judíos asesinados. Cuando hablaba de los «verdugos» polacos que habían disparado a dieciocho alemanes en 1939 en Thorn, no hacía referencia a los millones de polacos muertos a manos de los invasores alemanes. Y cuando se refería a la «culpa» de los bombardeos americanos y británicos, no decía nada sobre cómo los alemanes habían llevado a cabo la guerra. Los estadounidenses le confiaron a Althaus la presidencia del Tribunal de Desnazificación de Erlangen, y aunque le suspendieron de su cargo por falta de actividad, éste le fue devuelto en 1948. Durante este tiempo tumultuoso, ninguno de sus colegas le denunció como uno de los principales autores del «párrafo ario» que excluía a los judíos conversos de la Iglesia protestante. Nadie señaló tampoco que su «teología del orden» y su «teología de la creación» habían dado legitimidad intelectual al nazismo y al antisemitismo. En vez de eso, Althaus siguió siendo una pieza fundamental del protestantismo alemán mucho tiempo después de su retiro académico en 1956.[35]

Cuando Martin Niemöller preguntó ante un grupo de estudiantes de Erlangen en enero de 1946 por qué ningún clérigo alemán había predicado sobre «el terrible sufrimiento que nosotros, los alemanes, causamos a otros pueblos, sobre lo que pasó en Polonia, sobre la despoblación de Rusia y

sobre los 5,6 millones de judíos muertos», le hicieron callar a gritos. Niemöller siguió siendo una figura radical y sincera. Dentro de la Iglesia de la Confesión, se había convertido en el crítico más activo de las políticas religiosas nazis; había sido arrestado en julio de 1937 y llevado a Dachau. Niemöller seguía siendo al mismo tiempo un nacionalista alemán, que se había ofrecido voluntario para servir de nuevo en la Marina alemana al estallar la Segunda Guerra Mundial. Tras su liberación en 1945, Niemöller admitió en una rueda de prensa en Nápoles que «nunca había discutido con Hitler por sus ideas políticas, sino por las religiosas». En octubre de 1945, sin embargo, persuadió a los otros diez miembros del Consejo de la Iglesia Evangélica de Alemania para que firmaran la Declaración de Culpa de Stuttgart, que admitía que:

> A través de nosotros, el mal infinito fue llevado a muchos otros pueblos y países. Lo que hemos afirmado a menudo en nuestras comunidades, lo expresamos ahora en nombre de toda la Iglesia: luchamos durante muchos años en el nombre de Jesucristo contra esa mentalidad que encontró su peor expresión en el régimen de violencia del nacionalsocialismo; pero nos acusamos de no haber defendido nuestras creencias con más coraje, de no haber rezado con más fe, de no haber creído con más alegría y no haber amado más ardientemente.

Aquél fue un documento polémico, arrancado de sus firmantes por la insistencia de los representantes protestantes de los Países Bajos, Suiza, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos que afirmaron en el sínodo que sólo se podían restablecer los lazos con la Iglesia protestante alemana si sus correligionarios aceptaban su responsabilidad moral. Más allá de la confesión general, el documento evitaba cualquier referencia a la guerra, pero aun así, fue demasiado lejos para la mayoría de los protestantes alemanes, que lo vieron como una concesión humillante a los Aliados comparable a la cláusula del Tratado de Versalles de 1919 sobre la culpa alemana. Hasta 1950, el sínodo de obispos no reconoció que «a través de actos de omisión y silencio», los protestantes alemanes «han sido culpables ante los ojos de Dios misericordioso de la injusticia perpetrada contra los judíos por miembros de nuestra nación». Se tardaría décadas en encontrar una confesión más cándida y autocrítica.[36]

Aunque tras la derrota la izquierda política se encontró con un gran apoyo popular tanto en las zonas de ocupación oriental como en la occidental, incluso en sus antiguos territorios del Ruhr, Sajonia y Berlín volvió a levantarse sobre unas bases culturales muy diferentes de aquellas que existían antes de 1933. La nueva generación que se unió a los socialdemócratas, los comunistas y los sindicatos era muy diferente a los líderes que habían vuelto del exilio o del cautiverio. Estas personas habían pasado por las Juventudes Hitlerianas, el BDM y el Servicio de Trabajo del Reich, ocupándose de las baterías antiaéreas, o habían prestado servicio en la Wehrmacht. No se podía reconstruir la vieja vida asociacionista de la izquierda; ni tampoco sus viejos valores morales.[37]

En abril de 1945, después de que el Ejército estadounidense ocupara Düsseldorf, Marianne Strauss salió al fin de su escondite. Inmediatamente se lanzó a la actividad política, pasando sus tardes y fines de semana en reuniones, deseosa de aprovechar el momento y participar en la transformación de la sociedad alemana que ella y otros miembros de la pequeña organización socialista que la había escondido desde agosto de 1943 habían estado esperando. Marianne se unió al refundado Partido Comunista y se convirtió en activista de sus Juventudes Alemanas Libres. En abril de 1946, empezó a escribir a tiempo completo sobre arte para el periódico comunista *Freiheit* y también trabajó para el servicio alemán de la BBC en la zona británica. Pero en una carta a una de sus primas británicas reconocía: «debo admitir que las esperanzas que habíamos puesto en la capacidad de Alemania para desarrollarse y cambiar eran ilusas. A veces siento que los alemanes no han aprendido nada». Un año después, Marianne, que en mayo de 1945 se había identificado automáticamente a sí misma como alemana en vez de presentarse a los Aliados como judía, ya no estaba segura de ser una de ellos y empezó a pensar en dejar Alemania.[38]

Las creencias de la guerra no habían desaparecido al mismo tiempo que lo hacía el poder nazi. En junio de 1945, un cura católico de Münster les contó a unos investigadores aliados que en su área aún estaba muy extendida la idea de que sus bombardeos durante la guerra representaban «la venganza del judaísmo mundial». En agosto, la inteligencia

estadounidense en Alemania informaba de que sólo se odiaba más a los rusos que a los americanos. Los alemanes estaban dispuestos a aceptar que Gran Bretaña y Francia habían sido forzadas a entrar en la guerra, pero no podían entender la intervención estadounidense. Nadie parecía recordar que fue Hitler el que declaró la guerra a Estados Unidos. Los encuestadores descubrieron que la «guerra judía» seguía siendo la explicación fundamental para las acciones estadounidenses contra Alemania, y la derrota alemana sólo parecía confirmar «el poder del judaísmo mundial». Casi nadie pensaba que el pueblo alemán en su totalidad fuera responsable del sufrimiento de los judíos, aunque el 64 % estaba de acuerdo en que la persecución de judíos había sido decisiva para la derrota alemana. Aun así, una gran minoría de los encuestados –el 37 %– seguían ratificando su idea de que «la exterminación de judíos, polacos y otros no arios» había sido necesaria para «la seguridad de los alemanes» y estaban dispuestos a afirmarlo incluso en plena ocupación aliada. Estaba claro que la mayoría de los alemanes todavía creía que habían librado una guerra legítima de defensa nacional.[39]

Esto no era en absoluto lo que las fuerzas aliadas habían intentado. Los estadounidenses habían puesto en marcha ambiciosas políticas de reeducación y desnazificación en 1945 y 1946, obligando a los alemanes a visitar los campos de concentración liberados o, a veces, a ver filmaciones de Buchenwald y Dachau antes de recibir sus cartillas de racionamiento. Muchos giraban la cara, reticentes o incapaces de mirar. Otros empezaron a menospreciar las películas y fotografías tachándolas de propaganda escenificada por los Aliados. Hasta la palabra «reeducación», con sus connotaciones de delincuentes juveniles enviados al reformatorio o «asociales» encerrados en campos de concentración, sonaba ofensiva a los oídos alemanes. Los estadounidenses se dieron cuenta de que sus esfuerzos no darían fruto. Entre noviembre de 1945 y diciembre de 1946 realizaron once encuestas, y llegaron a la conclusión de que un 47 % de los alemanes sostenía que el nacionalsocialismo había sido «una buena idea mal llevada a cabo»; en agosto de 1947, ese porcentaje había subido hasta un 55 %. El nivel de apoyo entre los menores de treinta años, quienes tenían estudios

secundarios, los protestantes y los que vivían en Berlín occidental y Hesse era aún mayor, llegando a un 60-68 %, y eso a pesar de que en esa época defender públicamente el nacionalsocialismo podía significar potencialmente la pena de muerte.[40]

*

En la zona de ocupación soviética, se perseguía un rumbo ideológico y político diferente, mientras líderes comunistas como Wilhelm Pieck y Walter Ulbricht volvían del exilio soviético decididos a transformar el país y prevenir el resurgimiento del fascismo creando un nuevo culto y sentando normas basadas en el heroico ejemplo de los combatientes comunistas contra el fascismo. En abril de 1945, Pieck afirmó la «profunda implicación» del pueblo alemán en los crímenes nazis, y la idea de que los propios alemanes habían generado el sufrimiento que estaban padeciendo quedaba clara en *Dresden,* un breve documental hecho en 1946 sobre el bombardeo de la ciudad. Había esperanzas de que el pueblo alemán abrazara el heroico ejemplo de los «luchadores antifascistas de la resistencia», y se puso un énfasis particular en la educación y la propaganda entre los prisioneros de guerra alemanes en territorio ocupado por la Unión Soviética. Sin embargo, en su intento de establecer un dominio efectivo sobre las zonas de ocupación soviéticas, Pieck comenzó a dar la bienvenida a los prisioneros de guerra que regresaban en vez de continuar culpándolos, y a confinar explícitamente la culpa en un pequeño círculo, la «camarilla de Hitler». Pronto, en 1946, llegó incluso a equiparar el sufrimiento inocente de «millones de alemanes» que «fueron conducidos a la muerte en los campos de batalla y en el frente interior por el Gobierno de Hitler» con los «millones que fueron asesinados y torturados hasta la muerte por un terror inhumano en los campos de concentración», aunque no especificó de qué nacionalidad o etnia.[41]

Aquí, el desplazamiento de la «culpa colectiva» se llevó a cabo de una manera mucho más suave que en el oeste. Desde 1947, se alentó que los alemanes orientales conmemoraran a sus muertos de la guerra en el

Domingo del Recuerdo como «víctimas del fascismo», personas que habían sido explotadas y enviadas a la muerte por la «camarilla de Hitler». La Alemania socialista nació de la heroica «resistencia antifascista». En aquel pretencioso lenguaje de sacrificio, renacimiento, optimismo y esfuerzo colectivo, muchas de las frases tenían un tono similar a los llamamientos nazis a la «comunidad nacional», aunque las metas comunistas de reconstrucción pacífica eran más emocionales y realizables. Hasta tal punto era así, que tanto los verdaderos veteranos de la «resistencia antifascista» como los judíos alemanes comunistas que habían luchado en las brigadas internacionales en España fueron recibidos con suspicacia cuando decidieron volver a Alemania del Este desde su exilio en Gran Bretaña.[42]

Austria siguió una ruta aún más corta para transformar a sus ciudadanos de perpetradores en víctimas. Siguiendo lo estipulado en la Declaración de los Aliados firmada en Moscú en 1943, el 27 de abril de 1945 se declaró la independencia de Austria del Reich, afirmando al mismo tiempo que la *Anschluss* de marzo de 1938 había convertido a Austria en la «primera víctima» de la agresión nacionalsocialista. Diez años después, se firmó un Tratado de Estado en el que los Aliados reconocían oficialmente a la Segunda República no alineada en ninguno de los bloques, consagrando en su primer artículo este mito. Cuando Austria inauguró una exposición permanente en el campo de concentración de Auschwitz en 1978, se representó a sí misma como una pura víctima de los nazis.[43]

La creación formal de dos estados alemanes en 1949 fue rápidamente eclipsada por el estallido de la guerra de Corea en junio de 1950. Ahora, la Unión Soviética y Estados Unidos urgían a sus respectivos «clientes» alemanes a rearmarse. Los pronunciamientos oficiales en Alemania del Este cambiaron drásticamente. En febrero de 1949, el periódico oficial del Partido Socialista Unificado de Alemania, *Neues Deutschland,* dedicó la mitad de su suplemento dominical a conmemorar la destrucción de Dresde cuatro años antes. Hubo fotografías, que pronto se volverían icónicas, de las pilas de cadáveres amontonados en la plaza del Altmarkt para ser quemados, informes de testigos y un artículo del alcalde de la ciudad. Por primera vez, la culpa de la destrucción sin sentido e innecesaria se atribuía a

los británicos y los estadounidenses. Ese reportaje estableció el tono de la nueva confrontación de la Guerra Fría. Volvió a hablarse de los «ataques terroristas angloestadounidenses», omitiendo tan sólo el epíteto de «judíos» de la frase original de Goebbels. En 1964, se inauguró un nuevo monumento conmemorativo en el cementerio de Heide, donde estaban enterrados los restos de los que habían muerto en los ataques aéreos a Dresde. Un círculo formado por catorce estelas daba forma visual a la equivalencia establecida por Pieck entre las víctimas de la persecución nazi y los muertos alemanes durante la guerra: siete columnas llevaban los nombres de los campos de concentración, y las otras siete, los nombres de ciudades bombardeadas de todo el mundo. En el círculo de estelas, Dresde y Auschwitz quedaban frente a frente.[44]

En la parte occidental, el canciller Adenauer respondió a la presión de los estadounidenses para que se rearmasen afirmando en 1951 en el Parlamento federal que «no ha habido ninguna brecha en el honor de la antigua Wehrmacht alemana». Los miembros del Parlamento acogieron con alivio aquella oportunidad de proclamar que «la era de la culpa colectiva ha llegado a su fin». Mientras la nueva democracia comenzaba a cortejar a los cuerpos de suboficiales y de altos mandos que necesitaba para formar sus fuerzas armadas, el culto al «sacrificio», el «deber» y el «honor» resurgió. Mientras tanto, también se dio la bienvenida al Estado de Alemania occidental a viejas élites profesionales. Entre 1951 y 1953, el Parlamento federal garantizó los derechos laborales y las pensiones de los ex funcionarios públicos y del personal militar, incluyendo a aquellos que habían sido transferidos a la Gestapo o a las Waffen-SS. Ingeborg T. no había tenido el placer de caminar con su marido por las calles de Soest en los pocos meses en los que fue general de la Wehrmacht en 1945, pero aquello le aseguró la pensión de su rango. Las viejas redes demostraron ser fuertes dentro de las élites profesionales. Enseguida, el 43 % de los miembros del cuerpo diplomático de Alemania Occidental eran antiguos hombres de las SS, mientras que otro 17 % habían prestado servicio en el SD o en la Gestapo. En Baviera, donde los esfuerzos estadounidenses de desnazificación habían sido más intensos que en cualquier otra zona

occidental, el 77 % de los funcionarios del Ministerio de Finanzas y el 94 % de los jueces y fiscales del Estado eran antiguos nazis. La República Federal tuvo que hacerse cargo de los decretos aliados que reconocían la persecución contra prisioneros políticos y judíos, y sus tribunales y su administración cumplieron, de manera reticente, con las reclamaciones de los supervivientes: Marianne Strauss comenzó su demanda legal en septiembre de 1945 y, a medida que se iban sucediendo nuevas leyes y decretos, tuvo que proseguir hasta los años setenta. Sin embargo, los Aliados no establecieron ningún principio respecto a los gitanos, los testigos de Jehová o las personas homosexuales, y durante décadas, los tribunales de Alemania occidental se resistieron a reconocer sus reclamaciones mientras los mismos funcionarios y jueces que les habían perseguido por «asociales» o «pacifistas» durante el Tercer Reich seguían siendo responsables de sus causas hasta que, finalmente, comenzaron a jubilarse a finales de 1950 y a principios de 1960. Entre las reclamaciones de los antiguos prisioneros políticos, hubo un especial encono en rechazar rotundamente las de los comunistas, sobre la base de que apoyaban un régimen «totalitario». La Guerra Fría también alteró el estatus de quienes reclamaban en Alemania del Este: Joseph, el marido de Frieda Rimpl –un testigo de Jehová–, había sido ejecutado en diciembre de 1939 por negarse a servir en la Wehrmacht. A ella le habían reconocido su condición de «víctima de la persecución nacionalsocialista» y la Oficina de la Seguridad Social de Sajonia le pagaba una pensión de viudedad; en noviembre de 1950, recibió una carta informándole de que ya no la «reconocían como tal» y de que los pagos se habían terminado.[45]

A pesar de las ácidas polémicas de la Guerra Fría, era difícil persuadir a los jóvenes de ambos estados para que se alistaran, especialmente ante la perspectiva de una futura guerra entre alemanes. En Alemania del Este, los 950.000 miembros del movimiento juvenil comunista respondieron al llamamiento de unirse al nuevo Ejército Nacional del Pueblo renunciando en masa: no estaban dispuestos a traicionar sus ideales de «pacifismo democrático». En la Alemania occidental, aunque la mayoría de los ciudadanos seguían considerando el servicio militar en la Wehrmacht en

términos positivos, el rearme y la reintroducción del reclutamiento obligatorio en 1956 se encontraron con la oposición por parte de una coalición de socialdemócratas, cristianos pacifistas y conservadores. Algunos, como Gustav Heinemann, que dimitió en señal de protesta del Gobierno de Adenauer, y Martin Niemöller, querían que Alemania se mantuviera desarmada y neutral con la esperanza de que esto acabaría llevando a la reunificación nacional. La coalición también se opuso en los siguientes dos años a la presencia de un arsenal nuclear estadounidense en suelo alemán.[46]

Ahora, en vez de contribuir a un nuevo militarismo, el culto a los «caídos» llegó a estar impregnado de un *pathos* que, aunque era nacionalista por cultivar la idea del victimismo alemán, había sido despojado de toda belicosidad. En febrero de 1943, Goebbels le había confiado al propagandista del 6.º Ejército, Heinz Schröter, la compilación de una adecuada selección de cartas de los soldados alemanes que habían luchado en Stalingrado. Aunque pretendía crear una «épica heroica de Stalingrado» para rivalizar con la leyenda de los nibelungos, Goebbels paralizó repentinamente el proyecto cuando se dio cuenta de que el pueblo alemán estaba respondiendo negativamente a ese intento de «mitificar» la derrota. En 1950, Schröter publicó por su cuenta aquella selección bajo el título *Últimas cartas desde Stalingrado*. El libro fue editado por una pequeña editorial de Alemania occidental, pero cuando fue reeditado por el Círculo de Lectores de Bertelsmann en 1954, llegó a un público enorme. Eran 39 cartas, justo las que Schröter le había propuesto originalmente a Goebbels. Algunas mostraban signos de haber sido reelaboradas: el tono de los autores era demasiado uniforme, las inexactitudes demasiado llamativas, o los episodios cursis demasiado predominantes. No obstante, la recopilación pronto fue aceptada como *la* auténtica voz de aquellos desdichados guerreros, sus cartas admiradas por su tono elegiaco y trágicamente heroico, perfectamente adecuado para ser leído en voz alta en las conmemoraciones. Aunque nunca llegaron a servir al propósito que Goebbels había pretendido.[47]

No había ningún «síndrome de Stalingrado», ningún deseo real de vengar la derrota. En su lugar, las cartas se convirtieron en parte de una cultura de reconciliación, fueron traducidas a numerosas lenguas y volvieron a cruzar el Telón de Acero para aparecer en recopilaciones en la Unión Soviética y en Alemania del Este; incluso se convirtieron en lecturas obligatorias en las escuelas japonesas. El mismo año en el que apareció el volumen de Schröter, el veterano de guerra Heinrich Böll publicó un breve relato sobre un soldado gravemente herido que va a ser operado en un improvisado hospital en el cual el hombre moribundo se va dando cuenta gradualmente de que aquélla era su antigua escuela. Finalmente llega a reconocer su propia mano en la frase incompleta de la pizarra de la clase: «Viajero, si vas a Espa…», la versión de Schiller del epitafio de Simónides para los trescientos espartanos, el mismo verso que Göring había evocado recordando a los soldados de Stalingrado y que, en aquel momento, había conmovido a Böll. Al demoler el mito en su propia base, el joven escritor estaba acusando a la educación secundaria humanística de no haberse preocupado por el patriotismo de los jóvenes; era la misma acusación que Erich Maria Remarque o Wilfred Owen habían hecho en la guerra anterior. La palabra *«Opfer»* nunca perdió su doble connotación de «sacrificio» activo y «víctima» pasiva. Pero incluso si la referencia a «los caídos» todavía contenía un eco de sacrificio activo y patriótico, la conmemoración de la guerra giraba cada vez más en torno a la concepción de los soldados como víctimas involuntarias, pasivas e inocentes. Había en ese proceso algo sin duda inevitable: la derrota había destrozado todas las esperanzas de los tiempos de guerra, dejando sólo sufrimiento, la sombra del fútil heroísmo, más poderosa que cualquier discurso de posguerra de un general afirmando que la guerra en el este hubiera podido ganarse. Tras las profecías apocalípticas, los alemanes se encontraron no en medio del «abismo desconocido» de Hölderlin, sino, de alguna manera, al otro lado.[48]

*

Al final de la guerra, Liselotte Purper todavía era joven, una viuda de treinta y tres años. Después de que el Ejército Rojo ocupara el estado de Krumke en mayo de 1945, mantuvo un perfil bajo para evitar ser reconocida como fotógrafa de la propaganda nazi y trabajó como auxiliar dental. En 1946 se mudó a Berlín occidental y empezó a trabajar de nuevo como fotógrafa, usando por primera vez en su carrera su apellido de casada, Orgel. Entre sus temas favoritos en los primeros años de la posguerra, estaban los hombres de un centro de rehabilitación de Berlín, el Hogar Oskar Helene. Uno de los hombres a los que fotografió había perdido su antebrazo derecho y estaba aprendiendo a usar una lima para dedicarse a la metalistería. Ya se habían mostrado antes las horribles heridas de guerra, cuando Ernst Friedrich publicó en 1924 un folleto antibelicista, *Guerra contra la guerra,* cuyo énfasis en la terrible destrucción de la vida le convirtió en objeto de un odio especial por parte de los nazis. Ahora, Liselotte Orgel utilizó la misma técnica que había usado durante la guerra de enfocar desde abajo para acentuar la sensación de fuerza y concentración de los soldados, logrando así transmitir un mensaje alentador: el sencillo trabajo manual podía reconstruir no sólo el destrozado paisaje alemán sino también los destrozados cuerpos alemanes.[49]

Ernst Guicking siguió teniendo suerte. Después de sólo un par de semanas de reclusión como prisionero de guerra, volvió, encontrando a Irene y a sus dos hijos en la casa de sus padres de Lauterbach. La experiencia como florista de ella y la de él en la granja, les sirvieron durante los años de posguerra: empezaron a cultivar flores y hortalizas en una parcela de tierra al lado de su casa. En 1949, Irene vio al fin cumplido su sueño de antes de la guerra y abrió una modesta floristería. Cuando se le preguntó en 2003 si ella y Ernst les habían hablado alguna vez a sus hijos sobre la guerra, Irene respondió: «Yo creo que no, yo creo que no, no. No lo recuerdo, no. Entonces sólo estábamos ocupados desde la mañana a la noche en el huerto y la tienda». No habló de las cartas que ella y Ernst se habían escrito a principios de 1942 sobre la deportación de los judíos y lo que les estaba ocurriendo en el este, o de su ansiedad por que Alemania resistiera a principios de 1945. De lo que Irene quería hablar era de amor, y

ésta era la razón principal por la que quería ver su correspondencia de la guerra archivada y publicada.[50]

Mientras que familias como los Guicking regresaban a aquellas vidas privadas que habían tenido que interrumpir durante los años de la guerra, estaban cumpliendo una de las promesas que se habían hecho los unos a los otros en aquellos momentos. En su versión de los años cincuenta de la familia nuclear patriarcal, a los alemanes occidentales les gustaba sentirse recompensados por haber tenido que aplazar su vida personal durante tanto tiempo. Muy a menudo, una vez que habían asegurado los cimientos económicos de sus idílicas familias, los padres no sabían qué decir a sus hijos. Quizá ya no creyesen que lo que habían hecho estaba justificado, pero en muchas familias se levantaron barreras de silencio entre las generaciones. Mientras la nueva generación empezaba a preguntar por qué los alemanes habían desatado tales calamidades sobre el mundo, la anterior seguía centrada en las calamidades que ellos mismos habían vivido.

Notas

ABREVIATURAS

AEK	Historisches Archiv des Erzbistums Köln
BA	Bundesarchiv, Berlín
BA-MA	Bundesarchiv-Militärarchiv, Friburgo
DAZ	*Deutsche Allgemeine Zeitung,* Berlín, 1861-1945
DHM	Deutsches Historisches Museum, Berlín
DLA	Dokumentation lebensgeschichtliche Aufzeichungen, Universidad de Viena, Departamento de Historia Económica y Social
DRZW	Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg,* 1-10, Stuttgart/Múnich, 1979-2008
DTA	Deutsches Tagebucharchiv, Emmendingen
FZ	*Frankfurter Zeitung,* Fráncfort, 1856-1943
Goebbels, *Tgb*	*Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* ed. Elke Fröhlich y el Institut für Zeitgeschichte, Múnich, 1987-2008
IfZ-Archiv	Archiv, Institut für Zeitgeschichte, Múnich
IMT	*Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal, Nuremberg, 14 de noviembre de 1945-1 de octubre de 1946,* 1-42, Núremberg, 1947-1949
JZD	Jehovas Zeugen in Deutschland, Schreibabteilung-Archiv, 65617 Selters-Taunus
KA	Kempowski-Archiv, antes en Nartum, ahora en Akademie der Künste, Berlín
LNRW.ARH	Landesarchiv Nordrhein-Westfalen, Abteilung Rheinland
LNRW.AW	Landesarchiv Nordrhein-Westfalen, Abteilung Westfalen
LWV	Landeswohlfahrtsverbandarchiv-Hessen, Kassel
MadR	Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich, 1938-1945: Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS,* 1-17, Herrsching, 1984
MfK-FA	Museum Für Kommunikation Berlin, Feldpost-Archiv

RA	Wilhelm Roessler-Archiv, Institut für Geschichte und Biographie, Aussenstelle der Fernuniversität Hagen, Lüdenscheid
RSHA	Reichssicherheitshauptamt (Oficina Central de Seguridad del Reich)
Sopade	Klaus Behnken (ed.), *Deutschlandberichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands (Sopade) 1934-1940*, Fráncfort, 1980
UV, SF/NL	Sammlung Frauennachlässe, Universidad de Viena, Departamento de Historia
VB	*Völkischer Beobachter,* 1920-1945
VfZ	*Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte,* Múnich, 1953-
YIVO	YIVO Institute for Jewish Research, Nueva York

INTRODUCCIÓN

1. Reconsiderando la fase final de la guerra: Kershaw, *The End*; Geyer, «Endkampf 1918 and 1945», en Lüdtke y Weisbrod (eds.), *No Man's Land of Violence,* 35-67; Bessel, «The shock of violence» en *ibid*., *No Man's Land of Violence*, 69-99, y Bessel, *Germany in 1945.*

2. Sobre bombardeos, Groehler, *Bombenkrieg gegen Deutschland*; Friedrich, *Der Brand*; sobre violación, Sander y Johr (eds.), *BeFreier un Befreite*; Beevor, *Berlín*, Jacobs, *Freiwild*; vivencias bélicas de las mujeres, Dörr. «Wer die Zeit miterlebt hat…», 1-3; vuelo, sugeridos por Grass, *Im Krebsgang*; e.g. Schön, *Pommern auf der Flucht 1945*; entrevistas a niños alemanes, Lorenz, *Kriegskinder*, Bode, *Die vergessene Generation*; Schulz y otros, *Schöne ohne Väter*; para discusiones críticas, Kettenacker (ed.), *Ein Volk von Opfern?*; Wierling, «Kriegskinder», en Seergers y Reulecke (eds.), *Die «Generation der Kriegskinder»*, 142-155; Stargardt, *Witnesses of War*: introducción; Niven (ed.), *Germans as Victims*; Fritzsche, «Volkstümliche Erinnerung», en Jarausch y Sabrow (eds.), *Verletzes Gedächtnis*, 75-97.

3. Joel, *The Dresden Firebombing*; Niven, *Germans as victims*, introducción; sobre los años cincuenta, Moeller, *War Stories*; Schissler (ed.), *The Miracle Years*; Gassert y Steinweis (eds.), *Coping with the Nazi Past*; Exhibición y debate de la Wehrmacht en 1995, Heer y Naumann (eds.), *Vernichtungskrieg*; Hartmann *et al., Verbrechen der Wehrmacht*; el estudio histórico comenzó con Streit, *Keine Kameraden* (1978); y continuó hasta Romer, *Der Kommissarbefehl* (2008).

4. Hauschild-Thiessen (ed.), *Die Hamburger Katastrophe von Sommer 1943*, 203: Lothar de la Camp, carta circular, 28 de julio de 1943; Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, 3693, SD Auβenstelle Schweinfurt, O.D. [1944] y 3661, NSDAP Kreisschulungsamt Rothenburg/ T 22 oct, 1943; Stargardt, «Speaking in public about the murder of Jews»; en Wiese y Betts (eds.), *Years of Persecution*, 133-155.

5. Kershaw, «German Popular opinión», Paucker (ed.), *Die Juden im nationalsozialistishen Deutschland,* 365-386; Bankier, *The Germans and the Final Solution;* Himmler, *Die Geheimreden*, 171: discurso en Posen, 6 de octubre de 1943.

6. Orlowoski y Schneider (eds.), *«Erschieβen will ich nicht!»*, 247: 18 de noviembre de 1943.

7. *Ibid.*, 338: 17 de marzo de 1945.

8. *MadR*, 5571, 5578-5579 y 5583: 5 y 9 de agosto de 1943; Stargardt, «Beyond "Consent" or "Terror"», 190-204.

9. Kershaw, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich;* Kersaw, *Hitler,* I-II; Wilheilm II, «An das deutsche Volk», 6 de agosto de 1914, en *Der Krieg in amtlichen depeschen 1914/1915*, 17-18; Verhey, *The Spirit of 1914*; Reimann, *Der grosse Krieg der Sprachen.*

10. Contribuciones más importantes a su interpretación en conjunto: Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*; Martin Broszat, «Einleitung», en Broszat, Henke y Woller (eds.), *Von Stalingrad zur Währungsreform*; Joachim Szodrzynski, «Die "Heimatfront"», en Forschungsstelle für Zeitgeschichte en Hamburg (ed.), *Hamburg im «Dritten Reich»*, 633-685; más recientemente, Schneider, *In der Kriegsgesellschaft*, 802-834. Sobre pena capital, Evans, *Rituals of Retribution*, 689-696.

11. Kater, *The Nazi Party;* Benz (ed.), *Wie wurde man Parteigenosse?;* Nolzen, «Die NSDAP», 99-111.

12. Peukert, *Inside Nazi Germany;* Gellately, *Backing Hitler;* Wachsmann, *Hitler's Prisons;* Caplan y Wachsmann (eds.), *Concentration Camps;* Evans, *The Third Reich in Power, 1933-1939*, capítulo 1.

13. Oswald, *Fussball-Volksgemeinschaft*, 282-285; Havemann, *Fussball unterm Hakenkreuz.*

14. *Sopade* 3, 836: 3 julio de 1936; Schneider, *Unterm Hakenkreuz.*

15. Sontheimer, *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik;* Wildt, «Volksgemeinschaft», en Steber y Gotto (eds.), *Visions of Community in Nazi Germany*, 43-59; Schiller, *Gelehrte Gegenwelten*; Eckel, *Hans Rothfels*.

16. Ericksen, *Theologians under Hitler*; Hetzer, «*Deutsche Stunde*»; Stayer, *Martin Luther*; Schüssler, *Paul Tillich*.

17. Strobl, *The Swastika and the Stage*, 58-64, 104, 134-137.

18. *Ibid.,* 187.

19. Martina Steber y Bernhard Gotto, «Introduction», y Lutz Raphael, «Pluralities of National Socialist ideology», ambos en Steber y Gotto (eds.), *Visions of Community in Nazi Germany*, 1-25 y 73-86; Noakes, *Nazism*, 4, *The German Home Front*, 355-359.

20. Bentley, *Martin Niemöller*; Gailus, «Keine gute Performance», en Gailus y Nolzen (eds.), *Zerstrittene* «*Volksgemeinschaft*», 96-121.

21. Althaus, *Die deutsche Stunde der Kirche*, 3.ª ed., 5; Gailus, *Protestantismus und Nationalsozialismus*, 637-666.

22. Brodie, «For Christ and Germany», D. Phil., Oxford, 2013.

23. Conflicto, ver Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent*, 185-223; Stephenson, *Hitler's Home Front*, 229-264; cooperación antagónica, Süss, «Antagonistische Kooperationen», en Hummel y Kösters (eds.), *Kirchen im Krieg,* 317-342; Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront*; Brodie, «For Christ and Germany», capítulo 3.

24. Stargardt, «The Troubled Patriot», 326-342.

25. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Hildegard P., 6 de octubre de 1939; ver también Latzel, *Deutsche Soldaten*; Goltz, *Hindenburg*.

26. Latzel, *Deutsche Soldaten*, 323 y 331-332; Irrgang, *Leutnant der Wehrmacht*, 235-236: Peter Stölten a Dorothee Ehrensberger, 21/22 de diciembre de 1944.

1. *UNA GUERRA MAL RECIBIDA*

1. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst,* Ernst a Irene, 25 de agosto de 1939: todas las referencias a sus cartas están dadas sólo por fecha, porque su correspondencia completa está almacenada en un CD-ROM que acompaña a la selección publicada.

2. Breloer (ed.), *Mein Tagebuch*, 32: Gerhard M., 26 de agosto de 1939; Hosenfeld, «*Ich versuche jeden zu retten*», ed. Vogel, 242-243: 27 y 30 de agosto de 1939.

3. Breloer (ed.), *Mein Tagebuch*, 32-33: Gerhard M., 27 de agosto de 1939.

4. Klepper, *Unter dem Schatten deiner Flügel*, 797 y 792-794: 1 de septiembre, 26 y 27 de agosto de 1939; Wecht, *Jochen Klepper*, 52 y 222-225.

5. Kershaw, *Hitler*, 2, 200-203; Chu, *The German Minority in Interwar Poland*.

6. Blaazer, «Finance and the End of Appeasement», 25-39.

7. Kershaw, *El «mito de Hitler»*, 139-140; Kershaw, *Hitler*, 2, 173.

8. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Irene a Ernst, 3 de septiembre de 1939.

9. *Sopade*, 6, 561, 818 y 693: mayo y julio de 1939.

10. Baumgart, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Werhmacht am 22. August 1939»; «Hossbach Niederschrift»; Bussmann, «Zur Entstehung und Überlieferung der Hossbach Niederschrift», 373-384.

11. Schmidt, *Statist auf diplomatischer Bühne*, 469; Kershaw, *Hitler*, 2, 220-221 y 208.

12. Klepper, *Unter dem Schatten deiner Flügel*, 796: 1 de septiembre de 1939; Domarus (ed.), *Hitler,* 1307-1318; Kershaw, *Hitler*, 2, 222.

13. Pospieszalski, «Nazi attacks on German property», 98-137; Runzheimer, «Der Überfall auf den Sender Gleiwitz», 408-426; Sywottek, *Mobilmachung für den totalen Krieg*, 219-232.

14. Hosenfeld, *«Ich versuche jeden zu retten»*, 245-246: a Helmut, 1 de septiembre de 1939.

15. *Ibid*., 245-246: a Helmut, 1 de septiembre de 1939, 245; Verhey, *The Spirit of 1914*; *Stenographische Berichte des Reichstages*, 13. Periodo de Legislatura, 306/ 2. Sesión 1914, 1-12: Wilhelm II al Reichstag, 4 de agosto de 1914.

16. Klepper, *Unter dem Schatten deiner Flügel*, 792-793 y 798: 26 y 27 de agosto y 3 de septiembre de 1939; Klepper, *Der Vater*; Klepper, *Kyrie*; Endlich y otros (eds.), *Christenkreuz und Hakenkreuz*.

17. Klepper, *Unter dem Schatten deiner Flügel*, 794 y 797: 27 de agosto y 1 de septiembre de 1939; Shirer, *Berlin Diary,* 154: 31 de agosto de 1939; *DAZ*, 1 de septiembre de 1939; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 84-87.

18. MfK-FA, 3.2002.0279, Liselotte Purper a Kurt Orgel, 4 de septiembre de 1939.

19. Klepper, *Unter dem Schatten deiner Flügel*, 797: 2 de septiembre de 1939; Klemperer, *I Shall Bear Witness,* 1, 374 y 377: 3, 10 y 13 de septiembre de 1939.

20. Breloer, *Mein Tagebuch*, 33: Gerhard M., 3 de septiembre de 1939.

21. *Ibid.,* 33-35: Gerhard M., 4-5 de septiembre de 1939.

22. Orłowski y Schneider (eds.), «*Erschiessen will ich nicht!*», Introducción y 37-38: 3-5 de septiembre de 1939; Ericksen, *Theologians under Hitler*; Forstman, *Christian Faith in Dark Times*.

23. Evangelisches Zentralarchiv Berlin, 2877, Doc. 1, *Gesetzblatt der Deutschen Evangelischen Kirche*, 6 de septiembre de 1939; sobre Meiser en 1934, Kershaw, *Popular Opinion and Political*

Dissent, 156-184.

24. En 1914, ver Fuchs, *«Vom Segen des Krieges»*; Brodie, «For Christ and Germany», 37-51; Löffler (ed.), *Galen: Akten, Briefe und Predigten*, 2, 747; *MadR*, 467-468 y 555-556: 17 de noviembre y 11 de diciembre de 1939.

25. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Ernst Guicking a Irene Reitz, 5 de septiembre de 1939; Irene a Ernst, 3 de septiembre de 1939.

26. Kershaw, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, 142.

27. *Ibid.,* 123-124; Hitler, «Rede vor der deutschen Presse», *VfZ*, 2 (1958), 181-191; Domarus (ed.), *Hitler*, 1217; Kershaw, *Hitler*, 2, 197.

28. Breloer (ed.), *Mein Tagebuch*, 35-36: Gerhard M., 7 de septiembre de 1939.

29. *Ibid.,* 36-38: Gerhard M., 10 de septiembre de 1939.

30. *Ibid.,* 38-40: 11 de septiembre de 1939; para encontrarlos: <http://www.lexikon-der-wehrmacht.de/Gliederungen/Infanterieregimenter/IR26-R.htm>.

31. Rohde, «Hitlers erster "Blitzkrieg"», *DRZW*, 2, 79-126.

32. Hosenfeld, *«Ich versuche jeden zu retten»*, 247-248: 14 de septiembre de 1939.

33. *Ibid.,* 250: 16 de septiembre de 1939.

34. Baumgart, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939»; *Akten zur deutschen Auswärtigen Politik 1918-1945,* Serie D, 7, Baden-Baden y Gotinga, 1956, n.º 193.

35. Böhler, *Auftakt zum Vernichtungskrieg*, 56-57 y 60-61; Toppe, *Militär und Kriegsvölkerrecht*, 417.

36. Ver Strachan, «Clausewitz and the dialectics of war», en Strachan y Herberg-Rothe (eds.), *Clausewitz in the Twenty-First Century*, 14-44; *DAZ*, 8 de septiembre de 1939; *FZ*, 7 de septiembre de 1939; Shirer, *Berlin Diary,* 166: 9 de septiembre de 1939; Böhler, *Auftakt zum Vernichtungskrieg*, 147-153; Datner, «Crimes committed by the Wehrmacht»; Umbreit, *Deutsche Militärverwaltungen*, 197-199; Rossino, *Hitler Strikes Poland*, 174-175 y 263.

37. Hosenfeld, *«Ich versuche jeden zu retten»*, 247-248 y 256: 14 y 30 de septiembre de 1939; Bergen, «Instrumentalization of "Volksdeutschen"».

38. Jarausch y Arnold (eds.), *«Das stille Sterben...»*, 100-101: a la familia, 16 de septiembre de 1939; Krzoska, «Der "Bromberger Blutsonntag" 1939»; Jatrzebski, *Der Bromberger Blutsonntag*.

39. Krausnick y Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges*, 36; Mallmann y otros, *Einsatzgruppen in Polen*; Rossino, *Hitler Strikes Poland*.

40. Smith, *The Butcher's Tale*, 214-215.

41. Jansen y Weckbecker, *Der «Volksdeutsche Selbstschutz»*, 116-117 y 135-138; Lukas, *Did the Children Cry?*, 17.

42. Wachsmann y Caplan (eds.), *Concentration Camps in Nazi Germany*; Riess, «Zentrale und dezentrale Radikalisierung», en Mallmann y Musial (eds.), *Genesis den Genozids*, 127-144.

43. Longerich, *Politik der Vernichtung*, 245-247; Jansen y Weckbecker, *Der «Volksdeutsche Selbstschutz»*, 127-129 y 212 y ss.; Wildt, *Generation des Unbedingten*, 419-485.

44. Jansen y Weckbecker, *Der «Volksdeutsche Selbstschutz»*, 83-93.

45. Jansen y Weckbecker, *Der «Volksdeutsche Selbstschutz»*, 83-93.

46. *Ibid.,* 83-85: Oberstabsarzt Dr Wilhelm Möller a Hitler, 9 de octubre de 1939; Engel, *Heeresadjutant bei Hitler*, 68: 18 de noviembre de 1939, también en Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, 41; Blaskowitz, notas para discurso a los comandantes de la Wehrmacht el 15 de febrero

de 1940, en Jacobsen y Jochmann (eds.), *Ausgewählte Dokumente zur Geschichte des Nationalsozialismus*, II; Clark, «Johannes Blaskowitz», en Smelser y Syring (eds.), *Die Militärelite des dritten Reiches*, 28-50; Giziowski, *Enigma of General Blaskowitz*; Hürter, *Hitlers Heerführer*, 184 y ss.; fuerzas de ocupación, ver Madajczyk, *Okkupationspolitik Nazideutschlands in Polen*, 239-240.

47. Hlond (ed.), *The Persecution of the Catholic Church in German-occupied Poland*; Blet, *Pius X II and the Second World War,* 89-90; Brodie, «For Christ and Germany», 47-51; *MadR*, 555-556: 11 de diciembre de 1939; Körner, «Katholische Kirche und polnische Zwangsarbeiter», 131-132.

48. Hosenfeld, «*Ich versuche jeden zu retten*», 286: 10 de noviembre de 1939.

49. *Ibid*.

50. Böll, *Briefe aus dem Krieg*, 1, 78-79, y 62: a padres y hermanas, 16 de julio y 2 de mayo de 1940; Defalque y Wright, «Methamphetamine for Hitler's Germany».

51. *VB*, 13 y 18 de agosto de 1939; sobre la Wehrmacht Untersuchungsstelle, ver la próxima investigación doctoral de Oxford de Jacques Schuhmacher, «Nazi Germany and the Morality of War»; de Zayas, *Die Wehrmacht-Untersuchungsstelle* es una selección completamente acrítica y tendenciosa de esta fuente.

52. Bergen, «Instrumentalization of "Volksdeutschen" in German propaganda in 1939».

53. Auswärtiges Amt (ed.), *Dokumente polnischer Grausamkeit*, Berlín, 1939 y (2.ª ed.) 1940, 7; *VB*, 11 y 16-15 de febrero de 1940; *MadR*, 5145: 19 de abril de 1943; Schuhmacher, «Nazi Germany», capítulo 1.

54. *Der Feldzug in Polen*, 1940; *Feuertaufe – Der Film vom Einsatz unserer Luftwaffe in Polen*, 1940; *Feinde*, Viktor Tourjansky, 1940; *Heimkehr*, Gustav Ucicky, 1941; Kundrus, «Totale Unterhaltung?», 125; Trimmel, *Heimkehr*; Fox, *Film Propaganda in Britain and Nazi Germany*.

55. Evangelisches Zentralarchiv Berlín, 2877, *Gesetzblatt der Deutschen Evangelischen Kirche*, Berlín, 28 de septiembre y 9 de noviembre de 1939.

56. *Sopade* 1939, 6, 980.

57. Shirer, *Berlin Diary,* 185-186: 6 de octubre de 1939; Kershaw, *Hitler*, 2, 238-239; 265-266; Domarus (ed.), *Hitler*, 1377-1394.

58. Shirer, *Berlin Diary,* 185-186: 6 de octubre de 1939.

59. *MadR*, 339-340 y 347-348: 11 y 13 de octubre de 1939; Shirer, *Berlin Diary,* 189: 15 de octubre de 1939.

60. *MadR*, 382: 23 de octubre de 1939.

61. Hartmann, *Halder*, 162; Martin, *Friedensinitiativen und Machtpolitik im Zweiten Weltkrieg*, 82 y ss.

62. Strobl, *The Swastika and the Stage*, 170-198; Goebbels, emisión de radio, 1 de abril de 1933, en Hippel (ed.), *Freiheit, Gleichheit, Brüderlichkeit?*, 344-345. El reparto incluía a Bernhard Minetti (Robespierre), Gustav Knuth (Danton), Gründgens (St Just), Marianne Hoppe (Lucile Duplessis), Kitty Stengel (Julie Danton) y Maria Koppenhöfer (Marion); los decorados eran de Traugott Müller. Críticas: Hermann Pirich, *Der Angriff*, 11 de diciembre de 1939; Bruno Werner, *DAZ*, 9 de diciembre de 1939; Franz Köppen, *Berliner Börsenzeitung*, 11 de diciembre de 1939; también Strobl, *The Swastika and the Stage*, 192.

63. Georg Büchner, *Dantons Tod*, Act III, esc. ix: Danton; Act IV, esc. ix: Lucile Duplessis.

64. Strobl, *The Swastika and the Stage*, 192.

2. *CERRANDO FILAS*

1. Orłowski y Schneider (eds.), «*Erschiessen will ich nicht!*», 38-39: 5 de septiembre de 1939; Lange y Burkard (eds.), *«Abends wenn wir essen fehlt uns immereiner»*, 22-23; cartas, 13 y 22 de septiembre de 1939.

2. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Bernhard Guicking a Ernst, 12 de septiembre y 18 de diciembre de 1939; Brodie, «For Christ and Germany», 272: Obispo de Fulda, 12 de octubre de 1939; *MadR*, 438-441: 8 de noviembre de 1939.

3. Wildt, «*Volksgemeinschaft*», y Herbert, «Echoes of the *Volksgemeinschaft*», ambos en Steber y Gotto (eds.), *Visions of Community in Nazi Germany*, 43-69.

4. Winter y Robert (eds.), *Capital Cities at War,* 487-523; Offer, *The First World War*; Cox, «Hunger Games», *Economic History Review*, septiembre de 2014: doi: 10.1111/ehr.12070 Collingham, *The Taste of War,* 18-32.

5. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Irene a Ernst, 5 y 28 de septiembre de 1939.

6. Werner, *«Bleib übrig»*, 51-54; Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Irene Reitz a Ernst Guicking, 24 de septiembre de 1939.

7. *MadR*, 377-379: 20 de octubre de 1939; Berth, *Biografien und Netzwerke im Kaffeehandel*.

8. Tooze, *The Wages of Destruction*, 353-354; Corni y Gies, *Brot – Butter –Kanonen*, 556-557; Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Irene a Ernst Guicking, 31 de octubre de 1939.

9. *MadR*, 353-354, 370, 378-379, y 436: 13, 18 y 20 de octubre de 1939 y 8 de noviembre de 1939; Keil, *Erlebnisse eines Sozialdemokraten*, 2, 558.

10. Werner, «Bleib übrig», 129; *Sopade*, 1939, 6, 978; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 110-121; *MadR*, 580-581: 15 de diciembre de 1939.

11. *Sopade*, 1939, 6, 979-980: Grohé fue *gauleiter* de Colonia y Aquisgrán desde 1931 hasta 1945. *MadR*, 421: 6 de noviembre de 1939.

12. Strauss, «Jewish emigration from Germany», 317-318 y 326-327; Kaplan, *Between Dignity and Despair*, 118, 132 y 150-155; Rosenstrauch (ed.), *Aus Nachbarn wurden Juden*, 118; Klepper, *Unter dem Schatten deiner Flügel*, 794-795: 28 de agosto de 1939; Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, 88-94.

13. Corni y Gies, *Brot – Butter – Kanonen*, 555-557; Werner, «*Bleib übrig*», 134, 126-127 y 198-199; *MadR*, 2, 354 y 424: 13 de octubre y 6 de noviembre de 1939; Kundrus, *Kriegerfrauen*, 279-281 sobre *Familienunterhalt*, y la determinación del ministro del Interior de que las ayudas del Estado no sustituyeran a las ganacias privadas.

14. Werner, «*Bleib übrig*», 128-136.

15. *Ibid.,* 127-128.

16. *MadR*, 363 y 384: 16 y 23 de octubre de 1939; Mason, *Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft*, 980-1234; Mason, *Social Policy in the Third Reich*, ed. Caplan, 345-346.

17. Werner, *«Bleib übrig»*, 53-54; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 120; Shirer, *Berlin Diary,* 219: 9 y 11 de enero de 1940; al mismo tiempo, retransmitió que la crisis estaba remitiendo: Shirer, *This is Berlin*, 182-183.

18. Werner, *«Bleib übrig»*, 54-55 y 129: Hess prohibió esta práctica, 17 de febrero de 1940.

19. Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 121; *MadR*, 357: 16 de octubre de 1939; *Sopade*, 1939, 6, 983: informe del suroeste de Alemania.

20. *MadR*, 416: 3 de noviembre de 1939.

21. Bock, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus*; Weindling, *Health, Race and German Politics*; Usbourne, *The Politics of the Body in Weimar Germany*; Kühl, *The Nazi Connection*. Para un contexto comparativo, ver Mahood, *Policing Gender, Class and Family*; Abrams, *Orphan Country*, Fishman, *The Battle for Children*; Mennel, *Thorns and Thistles*; Ceretti, *Come pensa il Tribunale per i minorenni*; Wachsmann, *Hitler's Prisons*, 364-369. Sobre los hogares Barnardo y la migración a Australia y Canadá, ver Coldrey, *Child Migration*; Dunae, «Gender, generations and social class», en Lawrence y Starkey (eds.), *Child Welfare and Social Action*; sobre políticas racistas en Australia y Estados Unidos, ver Haskins y Jacobs, «Stolen generations and vanishing Indians», en Marten (ed.), *Children and War*, 227-241; Haebich, «Between knowing and not knowing», 70-90.

22. 112 Ver Stargardt, *Witnesses of War*, capítulo 2; Dickinson, *The Politics of German Child Welfare*, 213-214; Hansen, *Wohlfahrtspolititk im NS-Staat*, 245.

23. Ayass, *Das Arbeitshaus Breitenau*, 162-169.

24. LWV 2/8253 Ronald H., Weimar Amtsgericht, 10 de marzo de 1942.

25. LWV 2/8868, Anni N., 8-9, Kriminalpolizeibericht, 31 de julio de 1940; Jugendamt Apolda, 13 de octubre de 1941.

26. LWV 2/8868, Anni N., 30: Director Breitenau a Jugendamt Apolda, 24 de febrero de 1942; LWV 2/9565, Liselotte W., Hausstrafen, 3; LWV 2/9009, Waltraud P., m. 12 de septiembre de 1942: 57-58; LWV 2/8029, Ruth F., m. 23 de octubre de 1942; LWV 2/9163, Maria S., m. 7 de noviembre de 1943: 30 y 32; Liselotte S. en LWV Bücherei 1988/323, Ulla Fricke y Petra Zimmermann, «Weibliche Fürsorgeerziehung während des Faschismus – am Beispiel Breitenau», MS, 86-87.

27. LWV 2/9189, Lieselotte S., 16-19: carta a su madre, 14 de enero de 1940.

28. Winkler, «Frauenarbeit versus Frauenideologie», 99-126; Westenrieder, *Deutsche Frauen und Mädchen!*; Bajohr, *Die Hälfte der Fabrik*; Sachse, *Siemens, der Nationalsozialismus und die moderne Familie*; Dörr, «*Wer die Zeit nicht miterlebt hat*», 9-37 y 81-99; Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent*, 297-302; Noakes (ed.), *Nazism*, 4, 313-325 y 335-338.

29. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz P. a la familia: 13 de septiembre de 1939.

30. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz P. a la familia: 30 de noviembre de 1939.

31. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz P. a la familia: 29 de septiembre de 1939.

32. Ross, *Media and the Making of Modern Germany*, 355-356; *MadR*, 334: 9 de octubre de 1939.

33. Kris y Speier (eds.), *German Radio Propaganda*, 203-204 y 328: 4 de febrero de 1940.

34. Ross, *Media and the Making of Modern Germany*, 331-337; Goebbels, *Goebbels Reden*, ed. Heiber, 94-95: 25 de marzo de 1933.

35. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Irene a Ernst Guicking, 13 de octubre de 1939.

36. Goedecke y Krug, *Wir beginnen das Wunschkonzert*, 36 y 39; Bathrick, «Making a national family with the radio». Ver también Noakes, *Nazism*, 4, 502-503, 551-552 y 558-565.

37. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Irene a Ernst, 15 de octubre de 1939.

38. *Ibid*., Irene a Ernst, 29 de octubre de 1939; Paula Reitz a Irene, 27 de noviembre de 1939 y a Ernst Guicking, 27 de noviembre de 1939; Ernst a Hermann Reitz, 29 de noviembre de 1939; Hermann y Paula Reitz a Ernst Guicking, 6 de diciembre de 1939; Ernst a Irene, 29 de noviembre de 1939.

39. *Ibid*., Anna Guicking a Irene Reitz, 10 de diciembre de 1939.

40. Goedecke y Krug, *Wir beginnen das Wunschkonzert*, 43-45 y 128; Kundrus, «Totale Unterhaltung?», 134.

41. Koch, *Das Wunschkonzert im NS-Rundfunk*, 221; Kundrus, «Totale Unterhaltung?», 138; SD informe, abril de 1940, citado en Diller, *Rundfunkpolitik im Dritten Reich*, 343.

42. Ver el excelente análisis en Bathrick, «Making a national family with the radio».

43. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz P. a la familia: 6 de octubre de 1939.

44. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz P. a la familia: 7 de octubre de 1939; en general, Latzel, *Deutsche Soldaten*.

3. *MEDIDAS EXTREMAS*

1. JZD, Karl Kühnel a la familia, 23 de octubre de 1939, y a la Wehrmeldeamt en Freiberg, 1 de enero de 1937; también Herrberger (ed.), *Denn es steht geschrieben*, 300.

2. JZD, Josef Rimpl, Rupert Sauseng y Karl Endstrasser a las familias, 14 de diciembre de 1939; Herrberger (ed.), *Denn es steht geschrieben*, 296-302.

3. Garbe, *Between Resistance and Martyrdom*, 410-412; *VB*, 16 de septiembre de 1939.

4. Gerwarth, *Hitler's Hangman;* Godau-Schüttke, *Ich habe nur dem Recht gedient*, 188-189; Welch, «"Harsh but just"?», 378; para la Primera Guerra Mundial, ver Ziemann, *Gewalt im Ersten Weltkrieg*.

5. Garbe, *Between Resistance and Martyrdom*, 349-361 y 379-382; Kalmbach, *Wehrmachtjustiz*; Messerschmidt, *Wehrmachtjustiz 1933-1945*; Klausch, «"Erziehungsmänner" y "Wehrunwürdige"», en Haase y Paul (eds.), *Die anderen Soldaten*, 66-82; Ausländer, «"Zwölf Jahre Zuchthaus!"», en *ibid.,* 50-65.

6. JZD, Bernhard Grimm a padres y hermanos, 20-21 de agosto de 1942; ejecutado el 21 de agosto de 1942; Herrberger (ed.), *Denn es steht geschrieben*, 265-272; Garbe, *Between Resistance and Martyrdom*, 378-379.

7. Lichti, *Houses on the Sand?*, 1-3, 46-47, 65; Röhm, *Sterben für den Frieden*; Brantzen, *Pater Franz Reinisch*; Maislinger, «Der Fall Franz Jägerstätter», Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, *Jahrbuch*, 1991. Stöhr fue ejecutado el 21 de junio de 1940; Reinisch el 22 de agosto de 1942; Jägerstätter el 9 de agosto de 1943; Jentsch, *Christliche Stimmen zu Wehrdienstfrage,* 17-84.

8. Garbe, *Between Resistance and Martyrdom,* 370; 229-230.

9. *Ibid.,* 361-362: Fromm, 17 de octubre de 1939; Keitel, 1 de diciembre de 1939; BA-MA, RH, 53-6/76, Bl. 168.

10. Riedesser y Verderber, «*Maschinengewehre hinter der Front*», 104-105; Kalinowsky, «Problems of war neuroses in the light of experiences in other countries», *American Journal of Psychiatry*, 107/5 (1950), 340-346, citado en Shephard, *War of Nerves*, 303.

11. Forsbach, *Die medizinische Fakultät der Universität Bonn im «Dritten Reich»*, 213-216; Emmerich, «Die Wittenauer Heilstätten», en Arbeitsgruppe zur Erforschung der Geschichte der Karl-BonhoefferNervenklinik (ed.), *Totgeschwiegen 1933-1945*, 82; Richarz, *Heilen, Pflegen, Töten*, 134-135.

12. Riedesser y Verderber, «*Maschinengewehre hinter der Front*», 112, 116-121 y 126-129.

13. Althaus, «Pazifismus und Christentum», 456; Ericksen, *Theologians under Hitler*; Hetzer, *«Deutsche Stunde»*; Forstman, *Christian Faith in Dark Times*.

14. Orłowski y Schneider (eds.), *«Erschiessen will ich nicht!»*, 16-26, 38 y 52: 5 de septiembre y 22 de noviembre de 1939.

15. Sontheimer, *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik*; Hetzer, *«Deutsche Stunde»*, 171-204; Stayer, *Martin Luther*, 86-90.

16. Fieberg y otros (eds.), *Im Namen des deutschen Volkes*, 149-150; Evans, *Rituals of Retribution*, 690; Peukert, *Inside Nazi Germany*; Gellately, *Backing Hitler*; Wachsmann, *Hitler's Prisons*.

17. Gellately, *Backing Hitler,* 78-79; Evans, *Rituals of Retribution*, 696-700; Wachsmann, «"Annihilation through labor"».

18. Johnson, *Nazi Terror*, 310; Stephenson, *Hitler's Home Front*; 206; Wöhlert, *Der politische Witz in der NS-Zeit*; Kershaw y Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism*.

19. Shirer, *Berlin Diary,* 209: 21 de diciembre de 1939; *MadR*, 366, 358 y 421-422: 18 y 16 de octubre y 6 de noviembre de 1939; Kundrus, «Totale Unterhaltung?», 144-147; Latour, «Goebbels», «Ausserordentliche Rundfunkmassnahmen»; Michael Hensle, *Rundfunkverbrechen*; Mechler, *Kriegsalltag an der «Heimatfront»*.

20. Reissner en Krüger, «Die Bombenangriffe auf das Ruhrgebiet», en Borsdorf y Jamin (eds.), *Kriegserfahrungen in einer Industrieregion*, 92; RAF en Weinberg, *A World at Arms*, 68-69; Overy, *Why the Allies Won,* 107-108; Strobl, *The Germanic Isle*; Kris y Speier (eds.), *German Radio Propaganda*, 243: Ley, 24 de marzo de 1940, «der Lügen-Lord»; Löns song: *MadR*, 384: 23 de octubre de 1939.

21. Johnson, *Nazi Terror*, 329-332; Maas, *Freizeitgestaltung*, 240.

22. Evans, *Rituals of Retribution*, 690; Wrobel (ed.), *Strafjustiz im totalen Krieg*, 1, 46-49; Gruchmann, *Justiz im Dritten Reich*, 910-911; Dörner, *Erziehung durch Strafe*, 199-215 y 257-264; Wagner, *Volksgemeinschaft ohne Verbrecher*, 311.

23. Wachsmann, *Hitler's Prisons*, 364-369, 204-206, 223-226 y 276-283; Orth, *Das System der nationalsozialistischen Konzentrationslager,* 97-106.

24. Faulstich, «Die Zahl der "Euthanasie"-Opfer», en Frewer y Eickhoff (eds.), *«Euthanasie» und aktuelle Sterbehilfe-Debatte*, 223-227.

25. Schmidt, «Reassessing the beginning of the "Euthanasia" programme», 543-550; Burleigh, *Death and Deliverance*, 93-101; Sander, *Verwaltung des Krankenmordes*, 532-533; Mausbach y Bromberger, «Kinder als Opfer der NS-Medizin», en Vanja y Vogt (eds.), *Euthanasie in Hadamar*, 145-156; Richarz, *Heilen, Pflegen, Töten*, 177-189; Berger y Oelschläger, «"Ich habe eines natürlichen Todes sterben lassen"», en Schrapper y Sengling (eds.), *Die Idee der Bildbarkeit*, 310-331 [269-336]; Sick, *«Euthanasie» im Nationalsozialismus*, 57-59; Roer y Henkel (eds.), *Psychiatrie im Faschismus*, 216-218; Benzenhöfer, *«Kinderfachabteilungen» und «NS-Kindereuthanasie»*.

26. Forsbach, *Die medizinische Fakultät*, 493-517.

27. Riedesser y Verderber, *«Maschinengewehre hinter der Front»*, 109 y 113-114; Klee (ed.), *Dokumente zur «Euthanasie»*, 70-71; Klee, *Was sie taten– Was sie wurden*; Burleigh, *Death and Deliverance*, 130-132; en Weimar, Weindling, *Health, Race, and German Politics,* 381-383, 444 y 578; Usbourne, *The Politics of the Body in Weimar Germany*, 134-139; Harvey, *Youth and the Welfare State in Weimar Germany*, 253-254.

28. Burleigh, *Death and Deliverance*, 11-53; la muerte en la Primera Guerra Mundial: Faulstich, *Von der Irrenfürsorge zur «Euthanasie»*, 77.

29. Sick, *«Euthanasie» im Nationalsozialismus*, 73; Schmidt, *Selektion in der Heilanstalt*, 118-119.

30. Nowak, «Euthanasie» *und Sterilisierung im «Dritten Reich*», 138-148.

31. Burleigh, *Death and Deliverance*, 166-171; Süss, *Der «Volkskörper» im Krieg*; Aly, *Die Belasteten*, 78-81.

32. Hetzer, «Deutsche Stunde», 189-191 y 232.

33. Nowak, «Euthanasie» *und Sterilisierung im «Dritten Reich»*, 138-148; Scholz y Singer, «Die Kinder in Hadamar», en Roer y Henkel (eds.), *Psychiatrie im Faschismus*, 228-229; Otto, «Die Heilerziehungs- und Pflegeanstalt Scheuern», en Böhme y Lohalm (eds.), *Wege in den Tod*, 320-333; Sandner, *Verwaltung des Krankenmordes*, 458-459; Kaminski, *Zwangssterilisation und «Euthanasie» im Rheinland*, 420-422; Winter, «*Verlegt nach Hadamar*», 116; Burleigh, *Death and Deliverance*, 163-164.

34. Gruchmann (ed.), *Autobiographie eines Attentäters*; Kershaw, *Hitler*, 2, 271-273; *MadR*, 441: 10 de noviembre de 1939.

35. Lauber, *Judenpogrom: «Reichskristallnacht»*, 123-124; Friedländer, *El Tercer Reich y los judíos*, 1, *Los años de la persecución*, 275-276; Wildt, «Gewalt gegen Juden in Deutschland».

36. Kaplan, *Between Dignity and Despair*, 150-155; Gève, *Youth in Chains*, 21.

4. *EL ESTALLIDO*

1. Wantzen, *Das Leben im Krieg*, 73.

2. *Ibid.,* 71-75: 10 de mayo de 1940.

3. Shirer, *Berlin Diary,* 263-264: 10-11 de mayo de 1940; *MadR*, 1128: 14 de mayo de 1940; Hoch, «Der Luftangriff auf Freiburg am 10. Mai 1940».

4. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a sus padres, 11 de mayo de 1940; Erna a Helmut Paulus: 12 de mayo de 1940.

5. Hosenfeld, *«Ich versuche jeden zu retten»*, 344-345: 10 de mayo de 1940.

6. *MadR*, 1127: 14 de mayo de 1940.

7. *Die Wehrmachtberichte 1939-1945*, 1, 144-145.

8. Frieser, *The Blitzkrieg Legend*, 241-243.

9. Jackson, *The Fall of France*, 25-39; Frieser, *The Blitzkrieg Legend*, 245-246.

10. Hartmann, *Halder*, 172-174 y 191-196.

11. Frieser, *The Blitzkrieg Legend*, 154-161; Jackson, *Air War over France*.

12. Frieser, *The Blitzkrieg Legend*, 258; Jackson, *Fall of France*, 42-47.

13. *MadR*, 1139, 1127 y 1151: 16, 14 y 20 de mayo de 1940.

14. Frieser, *The Blitzkrieg Legend*, 179-239.

15. Hooton, *Luftwaffe at War*, 2, 67; Frieser, *The Blitzkrieg Legend*, 252-290; Pieper (ed.), *Nazis on Speed*.

16. *MadR*, 1153-1154, 1162-1166: 20 y 23 de mayo de 1940.

17. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Ernst a Irene Guicking, el 28 de mayo, 9, 2, 7, 15, 21, 24 y el 15 de junio de 1940.

18. MfK-FA, 3.2002.0211, Hans Albring a Eugen Altrogge, 21-22 de marzo, [s.f.] mayo de 1940; MfK-FA, 3.2002.210, Eugen Altrogge a Hans Albring, 21 de abril de 1940; Robert Grosche, el vicario general de Colonia, también era admirador de Newman: Grosche, carta 10 de julio de 1941, en AEK, Nachlass Grosche, 285, 36.

19. MfK-FA, 3.2002.210, Eugen Altrogge a Hans Albring, 16, 23 y 1 de mayo de 1940; Kreuzer, *Verdi and the Germans*.

20. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Hildegard P., 3 de junio, 17 de julio de 1940; también 15, 19, 22, 26, 28 de mayo, 19 y 24 de junio de 1940.

21. Hoffmann, «Der Mythos der perfekten Propaganda», en Daniel (ed.), *Augenzeugen*, 169-192; Kundrus, «Totale Unterhaltung?», 102-103; Kris y Speier (eds.), *German Radio Propaganda*, 151-152: 19 de junio de 1940; *MadR*, 1166-1168 y 1221-1223: 23 de mayo y 6 de junio de 1940; Ross, *Media and the Making of Modern Germany*, 343.

22. Gardner, *The Evacuation from Dunkirk*; Franks, *The Air Battle of Dunkirk*.

23. MfK-FA, 3.2002.0211, Hans Albring a Eugen Altrogge, Whitsun [12] de mayo y 2 de junio de 1940.

24. *MadR*, 1266-1267: 17 de junio de 1940; Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Irene a Ernst Guicking, 23 de junio de 1940.

25. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Hildegard P., 3 de junio, 17 de julio de 1940; también 15, 19, 22, 26, 28 de mayo, 19 y 24 de junio de 1940.

26. *«Ich versuche jeden zu retten»*, 51-54; 357-360: cartas a esposa e hijo, 11, 14 y 16 de junio de 1940.

27. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a sus padres, 17 de junio de 1940; objetivo de práctica, Helmut Paulus a sus padres, 16 de abril de 1940; KA, 3931/2, Dierk S., «Auszüge», 5-6 y 12-15: 1 de julio, 25-26 de septiembre, 29 de noviembre y 21 de diciembre de 1940; Kershaw, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, 156.

28. *MadR*, 1167 y 1283: 23 de mayo y 20 de junio de 1940; Kris y Speier (eds.), *German Radio Propaganda*, 234; *Die Deutsche Wochenschau*, n.º 511, 20 de junio de 1940.

29. *MadR*, 1221-1222: 6 de junio de 1940; MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Hildegard P., 22 de mayo de 1940; Scheck, *Hitler's African Victims*; para el cartel, Theweleit, *Male Fantasies*, 1, 94.

30. Shirer, *Berlin Diary,* 328-336: 21-23 de junio de 1940; *Die Deutsche Wochenschau*, n.º 512, 27 de junio de 1940; *MadR*, 1306-1307: 27 de junio de 1940.

31. *MadR*, 1284: 20 de junio de 1940, y también 829-830, y 4, 978-979, 1179-1180 y 1221-1223: 1 de marzo, 10 de abril, 27 de mayo y 6 de junio de 1940; asistencia al cine, ver Welch, *Propaganda and the German Cinema*, 196; Carter, *Dietrich's Ghosts*, capítulo 7; Regierungspräsident de Swabia, 9 de julio de 1940 e informes sobre *Wochenschau*, citados en Kershaw, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, 155 y 158-159.

32. Orłowski y Schneider (eds.), *«Erschiessen will ich nicht!»*, 73 y 70: 21 de junio y 15 de mayo de 1940; Evangelisches Zentralarchiv Berlin, 1/2877: Ansprache von Landesbischof D Meiser bei der 49 Tagung des bayer-ischen Pfarrervereins, 26 de junio de 1940.

33. Gildea, *Marianne in Chains*, 72, citando *Sturmmarsch zur Loire: Ein Infanteriekorps stürmt, siegt und verfolgt. Erinnerungsbuch des XXXVIII. Armeekorps vom Feldzug über Somme, Seine und*

Loire, Berlín, 1941, 142; Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Ernst a Irene Guicking, 30 de junio de 1940.

34. La cifra oficial de Alemania de muertes militares en la Primera Guerra Mundial ascendía a 1.885.245, con unos 170.000 soldados adicionales desaparecidos, presumiblemente muertos: *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich 1924-1925*, 44, Berlín, 1925, 25. En 1944, la Wehrmacht calculó que 15.500 de sus soldados murieron en la campaña polaca e incrementó su estimación de aquellos muertos en Francia de 26.500 a 46.000: Overmans, *Deutsche militärische Verluste im zweiten Weltkrieg*, 304.

35. Shirer, *Berlin Diary,* 354-355: 18 de julio de 1940; Richie, *Faust's Metropolis*, 492-493.

36. Kris y Speier (eds.), *German Radio Propaganda*, 388; Shirer, *Diario de Berlín*, 360: 22 de julio de 1940; Hitler, *Reden und Proklamationen*, 1540-1559: 19 de julio de 1940.

37. *MadR*, 1412 y 1402: 25 y 22 de julio de 1940; Kershaw, *Hitler*, 2, 298; Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Irene a Ernst, 23 de junio de 1940; Hosenfeld, *«Ich versuche jeden zu retten»*, 362 y 260: 26 y 16 de junio de 1940.

38. Churchill, BBC, 14 de julio de 1940: <http://www.winstonchurchill.org/learn/speeches/speeches-of-winston-churchill/126-war-of-the-unknown-warriors>; Thomas, «After Mers-el-Kébir», 112/447, 643-670; Osborn, *Operation Pike,* 198-199.

39. Overy, *Bombing War*, 60-66 y 237; Shirer, *Berlin Diary,* 263-264: 10-11 de mayo de 1940; Hoch, «Der Luftangriff auf Freiburg am 10. Mai 1940»; Hahnke, *Luftkrieg und Zivilbevölkerung*, 187-190; Werner Jochmann (ed.), *Monologe im Führer-Hauptquartier*, 394: 6 de septiembre de 1942; Auswärtiges Amt, *8. Weissbuch. Dokumente über die Alleinschuld Englands am Bombenkrieg gegen die Zivilbevölkerung*, Berlín, 1943.

40. *MadR*, 1309, 1424 y 1441: 27 de junio, 29 de julio y 5 de agosto de 1940; Overy, *Bombing War*, 84; Shirer, *Berlin Diary,* 364: 4 de agosto de 1940.

41. *MadR*, 1307, 1293, 1362-1363 y 1412 y 1402: 27 y 24 de junio, 11, 25 y 22 de julio de 1940; Kershaw, *Hitler*, 2, 298; Goebbels, *Tgb*, I/8, 202: 3 de julio de 1940.

42. Hubatsch (ed.), *Hitlers Weisungen*, 46-49 y 71-76; Förster, «Hitler turns East», en Wegner (ed.), *From Peace to War*, 117-124; Shirer, *Berlin Diary,* 366: 11 de agosto de 1940.

43. Overy, *Bombing War*, 81-83; Göring, *VB*, 4 de agosto de 1940; Shirer, *Berlin Diary,* 365: 5 de agosto de 1940.

44. *MadR*, 1525: 2 de septiembre de 1940. Sobre Göring, Fleming, *August 1939*, 171; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 172 y 366-367; Klemperer, *LTI: la lengua del Tercer Reich*, 128 y 278.

45. Hitler, *Reden und Proklamationen,* 1574-1583: 4 de septiembre de 1940; Shirer, *Berlin Diary,* 388-389: 5 de septiembre de 1940.

46. Shirer, *Berlin Diary,* 385-386: 31 de agosto de 1940.

47. Kris y Speier (eds.), *German Radio Propaganda*, 399; Shirer, *Diario de Berlín*, 391-392: 7-8 de septiembre de 1940; Overy, *Bombing War*, 86-88.

48. Shirer, *Berlin Diary,* 394 y 391: 11 y 7 de septiembre de 1940.

49. Groehler, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, 238-254; Blank, «Kriegsalltag und Luftkrieg an der "Heimatfront"», 401-406; Krüger, «Die Bombenangriffe auf das Ruhrgebiet», en Borsdorf y Jamin (eds.), Überleben im Krieg, 93.

50. Wantzen, *Das Leben im Krieg*, 163: 10 de julio de 1940.

51. Kock, *«Der Führer sorgt für unsere Kinder...»*, 71-81.

52. *Ibid.,* 120-122.

53. Actitudes parentales y rumores, *MadR*, 1648: 7 de octubre de 1940; cifras de niños evacuados, Kock, «Der Führer sorgt für unsere Kinder...», 136-138.

54. Rüther (ed.), *KLV*, Colonia, 2000, sólo fuente electrónica: Anneliese Mayer, cartas a casa, 28 y 30 de enero de 1941; Gisela Eckmann (Henn), Bericht.

55. Sollbach, *Heimat Ade!*, 14.

56. *Ibid.,* 136-137: Rudolf Lenz: 19 de febrero de 1997.

57. KA 2073, Ilse-W. Pfofe, KLV-Tagebuch, 27.4.-18.11.1941, MS, 7 de mayo, 3 y 13 de junio, 29 de julio, 18 y 25 de agosto, y 19 de octubre de 1941.

58. KA 2073, Ilse-W. Pfofe, KLV-Tagebuch, 1, 3, 4, 5, 11, 25 y 28 de mayo, 2, 16, 22 y 29 de junio, 6 y 20 de julio, 8 y 14 de agosto de 1941.

59. Kris y Speier (eds.), *German Radio Propaganda*, 400.

60. *Ibid.,* 64-65, 394 y 398-401: 7-12 de septiembre de 1940.

61. *MadR*, 1526 y 1530: 2 de septiembre de 1940.

62. Kris y Speier (eds.), *German Radio Propaganda*, 393: 15 de agosto de 1940; *MadR*, 1527 y 1583: 2 y 19 de septiembre de 1940.

63. *MadR*, 1646-1647: 7 de octubre de 1940; también, 1608, 1619, 1633: 19 de septiembre-3 de octubre de 1940. «Die lügen und wir lügen auch.»

64. Strobl, *The Germanic Isle*, 141-160 y 175-189; *Die verlorene Insel: Das Gesicht des heutigen England*, Berlín, 1941; *Sopade* 1939, 6, 843: 6 de julio de 1939; *MadR*, 1526 y 1530: 2 de septiembre de 1940.

65. Wantzen, *Das Leben im Krieg*, 164: 10 de julio de 1940; Strobl, *The Germanic Isle*, 188-193; Strobl, *The Swastika and the Stage*, 153 y 192; Jochmann (ed.), *Monologe im Führer-Hauptquartier*, 45: 22-23 de julio de 1941.

66. *Ohm Krüger*, 1941, dirigido por Hans Steinhoff, Karl Anton y Herbert Maisch, con Emil Jannings.

67. Hitler citado en Halder, *Kriegstagebuch*, 98-100: 14 de septiembre de 1940; Maier, «Luftschlacht um England», en Maier y otros (eds.), *Das deutsche Reich und der zweite Weltkrieg*, 2, 390-391; Kris y Speier (eds.), *German Radio Propaganda*, 66-67 y 401-402; Overy, *The Bombing War*, 98; *MadR*, 1595: 23 de septiembre de 1940.

68. Goebbels, *Tgb*, I/8, 410: 24 de noviembre de 1940; *MadR*, 1834 y 1916: 5 de diciembre de 1940 y 20 de enero de 1941.

69. Overy, *Bombing War*, 98, 108 y 113-115; Kris y Speier (eds.), *German Radio Propaganda*, 398: fig. XXIX «Frequency of stereotypes during the Battle of Britain».

70. Wantzen, *Das Leben im Krieg*, 256 y 164-165; Eggert, *Der Krieg frisst eine Schule*, 92-93; Reissner, en Krüger, «Die Bombenangriffe auf das Ruhrgebiet», 92-93; Gève, *Youth in Chains*, 17; Middlebrook y Everitt, *Bomber Command War Diaries*, 31-38 y 56-130; estadísticas de Groehler, «Bomber über Berlin», 113; Overy, *Bombing War*, 113.

71. DHM, Do2 96/1861, «Tagebuch von Liselotte Purper aus dem Zeitraum September 1940 bis Januar 1943»: 17 de octubre de 1940 y 25 de julio de 1941; Reissner, en Krüger, «Die Bombenangriffe auf das Ruhrgebiet», 92; Wantzen, *Das Leben im Krieg*, 321-322: 29 de diciembre de 1940; números que caen, Kock, *«Der Führer sorgt für unsere Kinder...»*, 137.

5. *GANADORES Y PERDEDORES*

1. Jureit, «Zwischen Ehe und Männerbund», 61-73: Robert a Mia, 13 de agosto, 5 de octubre y 7 de septiembre de 1940.

2. Jureit, «Zwischen Ehe und Männerbund», 66: Robert a Mia, 2 de septiembre de 1940.

3. Jureit, «Zwischen Ehe und Männerbund», 66: Mia a Robert, 1 de octubre de 1940.

4. Ute Dettmar, «Der Kampf gegen "Schmutz und Schund"», en Neuhaus (ed.), *Die Kinder- und Jugendliteratur in der Zeit der Weimarer Republik*, 565-586; Adam, *Lesen unter Hitler*; Herzog, *Sex after Fascism*.

5. Ver Marszolek, «"Ich möchte Dich zu gern mal in Uniform sehen"», 41-59; aquí 51; Latzel, *Deutsche Soldaten*, 332 y 337-338.

6. Jureit, «Zwischen Ehe und Männerbund», 68-69.

7. Latzel descubrió que ninguno de sus corresponsales en las guerras mundiales discutía sobre esto: Latzel, *Deutsche Soldaten*, 339; Meinen, *Wehrmacht und Prostitution im besetzten Frankreich*; Gildea, *Marianne in Chains*, 49, 77; Virgili, *Naître ennemi*, 40, 55 y 59.

8. Gildea, *Marianne in Chains*, 76, 49 y 60.

9. *Ibid.,* 73; también Morin, *Les Allemands en Touraine*, 196; similarmente en el relato de Simone de Beauvoir de los alemanes llegando a París: Virgili, *Naître ennemi*, 18, 60-63; de Beauvoir, *La Force de l'âge*, 457.

10. Gildea, *Marianne in Chains*, 88; Virgili, *Naître ennemi*, 57-59.

11. Lulu Anne Hansen, «"Youth off the rails"» en Herzog (ed.), *Brutality and Desire*, 158 y 145-146: Børge Hebo, informe de 2 de agosto de 1940; Hartmann, *The Girls They Left Behind*, 61: descubrió que el 51 % dijo que prefería a los alemanes en vez de a los daneses, con el 19,1 % citando los modales corteses de los alemanes; el 5-6 % pensaba que los alemanes eran mejores amantes. Para un análisis crítico de sus resultados, ver Warring, *Tyskerpiger*, 31 y ss. y 131.

12. Hansen, «"Youth off the rails"», 150-157.

13. Maren Röger, *Kriegsbeziehungen: Intimität, Gewalt und Prostitution im besetzten Polen 1939 bis 1945*, Fráncfort, 2015, especialmente cap. 2.

14. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Ernst a Irene Guicking, 2, 7 y 13 de agosto, 3 y 7 de septiembre de 1940.

15. KA 3931/2, Dierk S., «Auszüge aus dem Tagebuch», 5-6: 21 de julio y 28 de septiembre de 1940; Dennler, *Die böhmische Passion*, 31; Aly, *Hitlers Volksstaat*, 117-118.

16. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Ernst a Irene Guicking, 11 y 24 de noviembre, 6 y 17 de diciembre de 1940.

17. Tooze, *Wages of Destruction*, 353-356.

18. Michel, *Paris allemand*, 298; Aly, *Hitlers Volksstaat*, 114-132.

19. Aly, *Hitlers Volksstaat*, 115, 131-132: informe de las aduanas postales de Núremberg, 3 de septiembre de 1943.

20. *Ibid.,* 114, 118-119 y 128; Böll, *Briefe aus dem Krieg*, 1, 90, 101, 108, 111: 5 y 21 de agosto, 4 y 7 de septiembre de 1940.

21. MfK-FA, 3.2002.0211, Hans Albring a Eugen Altrogge, s.f. [julio de 1940]; Gordon, «Ist Gott Französisch?», 287-298; Torrie, «Our rear area probably lived too well», 309-330.

22. MfK-FA, 3.2002.0211, Hans Albring a Eugen Altrogge, 16 de agosto de 1940 y s.f. [agosto de] 1940.

23. MfK-FA, 3.2002.210, Eugen Altrogge a Hans Albring, 12 de agosto de 1940; J.W. von Goethe, *Von deutscher Baukunst*, Darmstadt, 1989 [1772]; Jantzen, «Das Strassburger Münster», en Busse, *Das Elsass*, 271; Beutler, *Von deutscher Baukunst*; Williams, «Remaking the Franco-German borderlands».

24. DHM, Do2 96/1861, «Tagebuch von Liselotte Purper», 17-19 de septiembre de 1940; también 8, 14 y 16 de mayo de 1940.

25. *Ibid.,* 2 de octubre de 1940; Madajczyk, *Die Okkupationspolitik Nazideutschlands*, 261-262; Aly, «Final Solution», 45-47; Adelson y Lapides (eds.), *Łódź Ghetto*, 30-41.

26. Harvey, «Seeing the world», en Swett y otros (eds.), *Pleasure and Power in Nazi Germany*, 177-204; Hugo Jaeger vendió su colección a *Life magazine*, que las ha puesto online: <http://life.time.com/history/world-war-ii-color-photos-from-nazi-occupied-poland-1939-1940/#1>.

27. Epstein, *Model Nazi*; Madajczyk, *Die Okkupationspolitik Nazideutschlands*, 407-408 y Tabla 15. Otros 367.592 polacos más fueron desahuciados –mayormente de áreas rurales en Polonia central cerca de la nueva frontera soviética con el Gobierno General, para hacer espacio para campos de entrenamiento militar y campos de las SS; y citando a Tadeusz Norwid, *Kraj bez Quislinga*, Roma, 1945, 30-32. Ver también Oskar Rosenfeld en Adelson y Lapides (eds.), *Łódź Ghetto,* 27; Hrabar y otros, *Kinder im Krieg – Krieg gegen Kinder,* 82-83; Pohl, *Von der «Judenpolitik» zum Judenmord*, 52.

28. DHM, Do2 96/1861, «Tagebuch von Liselotte Purper», 2 de octubre de 1940.

29. *Ibid.,* 1 de noviembre-6 de diciembre de 1940; Harvey, «Ich war überall», en Steinbacher (ed.), *Volksgenossinnen*, 138-153.

30. DHM, Do2 96/1861, «Tagebuch von Liselotte Purper», 2 de octubre de 1940. Ver Harvey, *Women and the Nazi East*, 155-156.

31. Epstein, *Model Nazi*; Wolf, *Ideologie und Herrschaftsrationalität*; Wolf, «Exporting *Volksgemeinschaft*», en Steber y Gotto (eds.), *Visions of Community in Nazi Germany*, 129-145.

32. Hohenstein, *Wartheländisches Tagebuch*, 293: 10 de julio de 1942; Harten, *De-Kulturation und Germanisierung*, 192-196.

33. Madajczyk, *Die Okkupationspolitik Nazideutschlands*, 245-249; Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, 61-64 y 86-96.

34. Hämmerle y otros (eds.), *Gender and the First World War*, 1-15; Daniel, *The War from Within*; Nienhaus, «Hitlers willige Komplizinnen», en Grüttner y otros (eds.), *Geschichte und Emanzipation*, 517-539; Maubach, «Expansion weiblicher Hilfe», en Steinbacher (ed.), *Volksgenossinnen;* Maubach, *Die Stellung halten*.

35. Theweleit, *Male Fantasies*, 1, 70-79; Citado en Rothmaler, «Fall 29», en Justizbehörde Hamburg (ed.), *«Von Gewohnheitsverbrechern»*, 372. Przyrembel, «Rassenschande».

36. Citado en Hansch-Singh, *Rassismus und Fremdarbeitereinsatz*, 138; Kundrus y Szobar, «Forbidden company».

37. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, 132; Gellately, *Backing Hitler,* 172-173 y 176.

38. Lüdtke, «Denunziation – Politik aus Liebe?», en Hohkamp y Ulbrich (eds.), *Der Staatsbürger als Spitzel,* 397-407; Przyrembel, *«Rassenschande»*, 65-84; Gellately, *Backing Hitler,* 134-140 y 155-166; Gordon, *Hitler, Germans and the «Jewish Question»*, 241.

39. Virgili, *Naître ennemi*, 88-89.

40. Gellately, *The Gestapo and German Society*, 243; Gellately, *Backing Hitler,* 169-170 y 179-180; Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, 129.

41. Gellately, *The Gestapo and German Society*, 242; van Dülmen, *Theatre of Horror;* Evans, *Rituals of Retribution*, capítulo 2.

42. Gellately, *Backing Hitler,* 179: SD Bayreuth, 17 de agosto de 1942; Fenwick, «Religion in the Wake of "Total War"».

43. Kundrus y Stobar, «Forbidden company», 210; también citado en Hochhuth, *Eine Liebe in Deutschland*, 63; Gellately, *The Gestapo and German Society*, 238-239.

44. Gellately, *Backing Hitler,* 180 y 160: Düsseldorf, octubre de 1942; Schweinfurt, agosto de 1941.

45. Nowak, *«Euthanasie» und Sterilisierung im «Dritten Reich»*, 158-163; Löffler (ed.), *Galen*: *Akten, Briefe und Predigten*, 874-883; Brodie, «For Christ and Germany», 103; citando LNRW.AW, *NSDAP Kreis- und Ortsgruppenleitungen*, 125, 11 de septiembre de 1941; LNRW.ARH, *RW 35/08*, 17.

46. Sick, *«Euthanasie» im Nationalsozialismus*, 73; Gerhard Schmidt, *Selektion in der Heilanstalt*, 118-119; Sandner, *Verwaltung des Krankenmordes*, 457, 488-505, 595-596 y 642-643; Burleigh, *Death and Deliverance*, 163-164.

47. Noakes, *Nazism*, 3, 431; Trevor-Roper (ed.), *Hitler's Table Talk*, 555: 4 de julio de 1942; Goebbels, *Tgb*, II/2, xxx, 27 y 29 de septiembre, 5 de noviembre y 14 de diciembre de 1941.

48. Nowak, *«Euthanasie» und Sterilisierung im «Dritten Reich»*, 168-170; Adolph, *Kardinal Preysing und zwei Diktaturen*, 168-170: Preysing, 2 de noviembre de 1941.

49. Burleigh, *Death and Deliverance*, 183-219; Brodie, «For Christ and Germany», 103-108; Joachim Kuropka (ed.), *Meldungen aus Münster*, 539.

50. *MadR*, 3175-3178: 15 de enero de 1942; Rost, *Sterilisation und Euthanasie*, 208-213; Nowak, «Widerstand, Zustimmung, Hinnahme», en Frei (ed.), *Medizin und Gesundheitspolitik in der NS-Zeit*, 235-251.

51. Schmuhl, *Rassenhygiene, Nationalsozialismus, Euthanasie*, 210 y 437; Nowak, *«Euthanasie» und Sterilisierung im «Dritten Reich»*, 138-148, 152-157, 164 y 171.

52. Mertens, *Himmlers Klostersturm*, 21 y 388; Süss, *Der Volkskörper im Krieg,* 127-151; Griech-Polelle, *Bishop von Galen*, 78-79; Stephenson, *Hitler's Home Front*, 236 y 257; Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent*, 332-333.

53. Zahn, *German Catholics and Hitler's Wars*, 83-87; Nowak, *«Euthanasie» und Sterilisierung im «Dritten Reich»*, 173.

54. Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent*, 341-355.

55. *Ibid.,* 349-357.

56. Brodie, «For Christ and Germany», 108-117, citando LNRW.AW *Politische Polizei im III. Reich, 408*, informe de las SD, 20 de agosto de 1941; Hosenfeld, *«Ich versuche jeden zu retten»*, 530-531: 17-19 de septiembre de 1941; MfK-FA, 3.2002.0211, Hans Albring a Eugen Altrogge, 14 de septiembre de 1941.

57. Kuropka (ed.), *Meldungen aus Münster*, 545; Brodie, «For Christ and Germany», 114-121, citando LNRW.AW, «NSDAP Kreis- und Ortsgrupp-enleitungen, 125», 15 de agosto y 14 de noviembre de 1941; LNRW.AW, «Gauleitung Westfalen-Nord, Hauptleitung», 11 de noviembre de 1941; Winter, *«Verlegt nach Hadamar»*, 159; Redemann (ed.), *Zwischen Front und Heimat*, 295.

58. Kershaw, *Hitler*, 2, 428; Nowak, *«Euthanasie» und Sterilisierung im «Dritten Reich»*, 173-174; Süss, *Volkskörper im Krieg*, 311-314.

59. Faulstich, «Die Zahl der "Euthanasie"-Opfer»; Burleigh, *Death and Deliverance*, 242; Sandner, *Verwaltung des Krankenmordes*, 607-625; Winter, *«Verlegt nach Hadamar»*, 118-154; Roer y Henkel (eds.), *Psychiatrie im Faschismus*, 58-120.

60. Sick, *«Euthanasie» im Nationalsozialismus*, 73; Schmidt, *Selektion in der Heilanstalt*; 118-119; Sandner, *Verwaltung des Krankenmordes*, 457, 488-505, 595-596 y 642-643.

61. Schmidt von Blittersdorf y otros, «Die Geschichte der Anstalt Hadamar», en Roer y Henkel (eds.), *Psychiatrie im Faschismus*, 58-120, aquí 112.

62. Lutz, «Eine "reichlich einsichtslose Tochter"»; en George y otros (eds.), *Hadamar*, 293-304; caso de Maria M., LWV-Archiv, Kassel, K12/ 2581.

63. Lutz, «Eine "reichlich einsichtslose Tochter"»; para otros casos de niños, ver Stargardt, *Witnesses of War,* capítulo 3.

6. *LA CRUZADA ALEMANA*

1. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a sus padres, 27 de junio de 1942; y diario, 24 de junio de 1941.

2. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus, diario, 24 de junio de 1941; *DRZW*, 4 (1983), 470-476; Graser, *Zwischen Kattegat und Kaukasus*; sobre camaradería y «grupos primarios», ver Shils y Janowitz, «Cohesion and disintegration», 12/2, 280-315; Kühne, *Kameradschaft*.

3. Overy, *The Bombing War*, 70, 110-111; Domarus (ed.), *Hitler*, 1726-1732; Kershaw, *Hitler*, 2, 386-387; Wette, «Die propagandistische Begleitmusik», en Ueberschär y Wette (eds.), *Der deutsche Überfall auf die Sowjetunion*, 111-129.

4. Klemperer, *Shall Bear Witness,* 1, 475-476: 22 de junio de 1941.

5. MfK-FA, 3.2002.7209, Erna e Irmgard a Helmut Paulus, 21 y 29 de junio, 30 de julio y 9 de agosto de 1941.

6. *310 MadR*, 2426-2428: 23 de junio de 1941; Wantzen, *Das Leben im Krieg*, 407: 22-23 de junio de 1941.

7. Wantzen, *Das Leben im Krieg*, 400-405: 20-21 de junio de 1941; Goebbels, *Tgb*, I/9, 336-337 y 387: 12 y 19 de junio de 1941; Kershaw, *Hitler*, 2, 386.

8. Para una encuesta, ver Ueberschär y Bezymenskij (eds.), *Der deutsche Angriff auf die Sowjetunion 1941*.

9. Wilhelm Düwell, *Vorwärts*, 28 de agosto de 1914; citado en Goltz, *Hindenburg*, 16; Stargardt, *The German Idea of Militarism*.

10. Brodie, «For Christ and Germany», 113 y 123-124; Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent*, 356; aunque el SD estaba profundamente implicado en el conflicto, ver también sus evaluaciones: *MadR*, 2517-2519, y 2822-2824: 14 de julio y 29 de septiembre de 1941; Löffler (ed.), *Galen: Akten, Briefe und Predigten*, 2, 850-851, 863, 883 y 901-902: 13 y 20 de julio, 3 de agosto y 14 de septiembre de 1941.

11. *MadR*, 2472-2474, 2507 y 2704: 3, 7 y 14 de julio de 1941. «Wilden», «Untermenschen», «Zuchthäusler».

12. Krausnick y otros (eds.), *Anatomy of the SS State*, 512-513; Schuhmacher, «Nazi Germany y the morality of war», citando BA-MA, RW 2/148, 335-381.

13. MfK-FA, 3.2008.2195, Manfred von Plotho a su esposa: 30 de junio de 1941.

14. Schuhmacher, «Nazi Germany y the morality of war»; *VB*, 5 y 8 de julio de 1941; *DAZ*, 5 de julio de 1941; *Westdeutscher Beobachter*, 7 y 14 de julio de 1941.

15. Raschhofer, *Der Fall Oberländer*, 66; *Deutsche Wochenschau* no. 567 (16 de julio de 1941); *MadR*, 7, 2564: 24 de julio de 1941.

16. MfK-FA, 3.2002.0211, Albring a Altrogge, 8 de julio de 1941.

17. *Ibid.,* Albring a Altrogge, 5, 8, 12 de julio y 4 de agosto de 1941; Bistumsarchiv Münster, Abt. 101 Sekretariat des Generalvikars, A 101-1, 92-93, carta pastoral diocesana, 15 de octubre de 1941.

18. MfK-FA, 3.2002.0211, Albring a Altrogge, 30-31 de agosto de 1941.

19. BA-MA, MSg 2/13904: Friedrich Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch des Hauptmanns der Reserve Friedrich Farnbacher, Panzer-Artillerie-Regiment 103 (seit 12. Jan. 1945 Kommandeur II./Pz. Art. Rgt. 103), für die Zeit vom 22. Juni 1941 bis 8. Mai 1945»: 20 de julio de 1941, 470.

20. Römer, *Der Kommissarbefehl*; Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch», 20 de julio de 1941, 471-476.

21. *Ibid*.; BA-MA, MSg 2/13904, Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch», 20 de julio de 1941, 471-476.

22. BA-MA, MSg 2/13904, Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch», 2 de julio y 13 de agosto de 1941, 349-350 y 681; Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 259.

23. MfK-FA, 3.2002.0211, Albring a Altrogge, 28 de octubre de 1941.

24. Sobre la escasez de capellanes militares para proporcionar ayuda espiritual, Bergen (ed.), *The Sword of the Lord*; Böll, *Brief an einen jungen Katholiken*; MfK-FA, 3.2002.0211, Albring a Altrogge, 1 de enero y 21 de marzo de 1942.

25. Ebert (ed.), *Im Funkwagen der Wehrmacht*, 20-22, 136.

26. Eiber (ed.), «". . . Ein bisschen die Wahrheit": Briefe eines Bremer Kaufmanns»: Nr 9 HG a Hannah, 7 de septiembre de 1941, 4-5 de julio y 7 de agosto de 1941; Schneider, «Auswärts eingesetzt».

27. Eiber (ed.), «". . . Ein bisschen die Wahrheit"», 79-81: 8 de octubre de 1941.

28. *Ibid.,* 76, 7 de septiembre de 1941, n.º 9; *Deutsche Wochenschau*, n.º 567 (16 de julio de 1941); *MadR*, 7, 2564: 24 de julio de 1941.

29. Eiber (ed.), «"... Ein bisschen die Wahrheit"», 74, 81-83: 22 de agosto, 25 de octubre y 18 de noviembre de 1941.

30. La colección de cartas más famosa usada para demostrar la aprobación del asesinato de judíos por parte de los soldados alemanes es Manoschek (ed.), *«Es gibt nur eines für das Judentum: Vernichtung»*, que contiene 103 cartas antisemitas, de las cuales un 20 % mencionaban el asesinato de judíos; citado ampliamente en Friedländer, *The Years of Extermination*. Fueron sacadas de la colección de la Bibliothek für Zeitgeschichte en Stuttgart, que contenía 50.000 cartas de soldados en aquel momento. Uno de los mayores problemas al trabajar con esta colección es que las cartas no están organizadas por corresponsales sino por fecha, y sólo de una de las partes: por lo tanto, el desarrollo de las relaciones a través de esa correspondencia no puede ser evaluado: Humburg, «Feldpostbriefe aus dem Zweiten Weltkrieg»; Latzel, *Deutsche Soldaten*, 201-204; también Müller, *Deutsche Soldaten und ihre Feinde*, 194-229; MfK-FA, 3.2002.7209, Paulus a sus padres, 4 de septiembre de 1942 y 28 de junio de 1941.

31. Latzel, «Tourismus und Gewalt», en Heer y Neumann (eds.), *Vernichtungskrieg*, 447-459; Haydn, *Meter, immer nur Meter!*, 123-125: 19 de diciembre de 1942; Hilberg, *Sonderzüge nach Auschwitz*, 188; Diewerge (ed.), *Feldpostbriefe aus dem Osten*, 38, citado en Weinberg, *A World at Arms,* 473.

32. Hürter, *Ein deutscher General*, 62: carta, 21 de junio de 1941.

33. Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 271-278.

34. Jefim Gechtman, «Riga», en Grossman y Ehrenburg (eds.), *Das Schwarzbuch*, 684; Mühlhäuser, *Eroberungen*, 74-86.

35. Longerich, *Holocaust*, 179-205; Wildt, *Generation des Unbedingten*, 578-591; Dieckman, «The war and the killing of the Lithuanian Jews», en Herbert, *National Socialist Extermination Policies*, 242-246; Klee y otros (eds.), *«The Good Old Days»*, 27-37 y 46-58.

36. Longerich, *Holocaust*, 206-239; Klee y otros (eds.), «The Good Old Days», 54-57.

37. Chiari, *Alltag hinter der Front*; Dean, *Collaboration in the Holocaust*, 2000; sobre antecedentes de la Primera Guerra Mundial, ver Kramer y Horne, *German Atrocities, 1914*; Hartmann, *Halder*, 160-172.

38. Klee y otros (eds.), «The Good Old Days», 138-154.

39. Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, 3, 495.

40. Hürter, *Hitlers Heerführer*, 579, y Pohl, *Die Herrschaft der Wehrmacht*, 261; Ueberschär y Wette, *Unternehmen Barbarossa*, 339 y ss.; Guderian dio la orden al segundo Ejército Panzer, el 6 de noviembre de 1941, y pasaron otros cinco o siete días hasta que llegó a sus divisiones, Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 10 y 316.

41. Glantz, *Barbarossa Derailed*; Glantz, *When Titans Clashed*, 293.

42. Reinhardt, *Moscow,* 41-42.

43. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, 255: 22 de agosto de 1941; Hartmann, *Halder*, 281-284; Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 285; Hürter, *Hitlers Heerführer*, 302-310; Wallach, *The Dogma of the Battle of Annihilation*, 1986, 265-281.

44. Hammer y Nieden (eds.), *«Sehr selten habe ich geweint»*, 242-244: Robert R., diario, 21 de agosto de 1941.

45. Hammer y Nieden (eds.), *«Sehr selten habe ich geweint»*, 242-244: Robert R., diario, 21 de agosto de 1941.

46. *Ibid.,* 246-247: Robert R., diario, 28 de agosto de 1941.

47. *Ibid.,* 244-245: Robert R. a Maria, 23 de agosto de 1941.

48. Ebert (ed.), *Im Funkwagen der Wehrmacht*, 159-160: Wilhelm a Erika Moldenhauer, 14 de septiembre de 1941.

49. *Ibid.,* 161-162: Wilhelm a Erika Moldenhauer, 17 de septiembre de 1941.

50. Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg,* 289-291.

51. *Ibid.,* 289-291: IfZ-Archiv, MA 1589: 4. Pz. Div., Stab, Gefechtsbericht für den 22.9.1941; Kühne, *Kameradschaft*, 147; BA-MA, MSg 2/13904, Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch», 22 de septiembre de 1941.

52. Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 297-299: Reinert, diario 19 y 21 de septiembre de 1941; cifras en *DRZW*, 4 (1983), 751; Ebert (ed.), *Im Funkwagen der Wehrmacht*, 163-165: Wilhelm a Erika Moldenhauer, 19 y 20 de septiembre de 1941.

53. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Hildegard P., 25 de septiembre, 5 y 8 de octubre de 1941, Feldpostbrief-Archiv, Museum für Komunikation, Berlín, Sig. 3.2002.0306.

54. Arnold, «Die Eroberung und Behandlung der Stadt Kiew»; Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 299-301: diario de Reinert, 24 y 26 de septiembre de 1941; Bibliothek für Zeitgeschichte, Sammlung Sterz, 04650, L. B., 29 de septiembre de 1941.

55. Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 299: Bibliothek für Zeitgeschichte, Sammlung Sterz, 04650, L. B., 28 de septiembre de 1941; Klee y otros (eds.), *«The Good Old Days»*, 63-68; Instituto de Hamburgo de Investigación Social, Johannes Hähle, Propagandakompanie (PK) 637, 6th Army: <http://www.deathcamps.org/occupation/byalbum/list01.htm>.

56. Berkhoff, *Harvest of Despair*, 147, 153, 155-156.

57. *Ibid.,* 173 y 169-172.

58. Gerlach, *Krieg, Ernährung, Völkermord*; *Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal, Nuremberg, 14 November 1945-1 October 1946*, Núremberg, 1947-1999, v. 31, 84: 2718-PS, y v. 36, 135-157.

59. Hubatsch (ed.), *Hitlers Weisungen*, 148; Ueberschär y Wette, «Unternehmen Barbarossa», 333; Halder, *Kriegstagebuch*, 3, 53: 8 de julio de 1941; Reinhardt, *Moscow*, 96.

60. Ziegelmayer en Aly, *Hitlers Volksstaat*, 198; Ziegelmayer, *Rohstoff-Fragen der deutschen Volksnährung*; Ganzenmüller, *Das belagerte Leningrad 1941-1944,* 42-52, citando KTB der Oberquartiermeisterabteilung der 18 Armee, 11, 14 y 18 de septiembre de 1941; Wagner a casa: 9 de septiembre de 1941; Goebbels, *Tgb*, II/1, 359 y 392: 5 y 10 de septiembre de 1941; Ganzenmüller, *Das belagerte Leningrad*, 20-53 y 73-76.

61. Ganzenmüller, *Das belagerte Leningrad*, 53-64; Jones, *Leningrad*, 42-43 y 127; Biernacki y otros, *Generalny plan wschodni*, 82-110: resumen RSHA (27 de abril de 1942); Hans-Joachim Riecke, «Aufgaben der Landwirtschaft im Osten», en *Probleme des Ostraumes. Sonderveröffentlichung der Bücherei des Ostraumes*, Berlín, 1942; Herbert Backe, *Um die Nahrungsfreiheit Europas: Weltwirtschaft oder Grossraum*, Leipzig, 1943.

62. Ganzenmüller, *Das belagerte Leningrad*, 69-73; Jones, *Leningrad*, 131 y 129; Kershaw, *War without Garlands*; Lubbeck, *At Leningrad's Gates*.

63. Reinhardt, *Moscow*, 182-185 y 95-96.

64. Ebert (ed.), *Im Funkwagen der Wehrmacht*, 167: Wilhelm a Erika Moldenhauer, 3 de octubre de 1941; Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 307-308.

65. Stahel, *Operation Typhoon*, 100-102.

66. Streit, *Keine Kameraden*; Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 516-634.

67. Jarausch y Arnold (eds.), «Das stille Sterben...», 343 y 329: 25 de noviembre y 25 de octubre de 1941.

68. *Ibid.,* 336 y 325-326: 7 de noviembre y 12 de octubre de 1941.

69. *Ibid.,* Arnold, introducción, 86, 335, 346 y 345: 6, 7, 28 y 25 de noviembre de 1941.

70. *Ibid.,* 339: 14 de noviembre de 1941.

71. Guderian, *Erinnerungen eines Soldaten*, 231; Seitz, *Verlorene Jahre*, 104.

72. Grossman, *A Writer at War*; Wagner (ed.), *Soviet Air Force in World War II*, 68 y ss.; Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 313.

73. Reinhardt, *Moscow*, 367-370; Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 255-256.

74. Reinhardt, *Moscow*, 148-149 y 92-94.

75. Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 313; Neumann, *Die 4. Panzerdivision,* 299 y 314; Schüler, *Logistik im Russlandfeldzug*.

76. Humburg, «Siegeshoffnungen und “Herbstkrise” im Jahre 1941», citando a Bumke, 28 de septiembre de 1941; BA-MA, RH 20-22/1091-1095, Tätigkeitsberichte der Feldpostprüfstelle beim AOK2 1 de agosto-1 de diciembre de 1941; la moral sólo decayó en noviembre: BA-MA, RH 20-22/1095, Tätigkeitsbericht der Feldpostprüfstelle beim AOK2 für den Monat November 1941.

77. MfK-FA, 3.2002.7209, Dr. Ernst Arnold a Helmut Paulus, 5 de noviembre de 1941 y Helmut Paulus a sus padres, 11 de noviembre, 23 y 31 de octubre de 1941.

78. DTA, 148, Albert Joos, «Kriegstagebuch, 28.8.1939-1.3.1945», Vorwort y 28 de agosto, 1 y 18 de septiembre, 24 de octubre y 26 de noviembre de 1939 y 15 de octubre de 1941.

79. DTA, 148, Joos, «Kriegstagebuch», 3, 4, 5, 6, 7-12, 13, 15, 16, 20, 21 y 23 de diciembre de 1941.

80. Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 312-314 y 347.

81. BA-MA, MSg 2/13904, Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch», 1, 20, 21 y 23 de noviembre de 1941; Kühne, *Kameradschaft*, 166-169.

82. Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 317 y 733: requisitos para dirigirse a oficiales, 17 de noviembre de 1941.

83. Hammer y Nieden (eds.), *«Sehr selten habe ich geweint»*, 255-257: Robert R., diario, 27 de octubre de 1941.

84. BA-MA, MSg 2/13904, Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch», 17 de noviembre de 1941. Hartmann; *Wehrmacht im Ostkrieg*, 10 y 2-3.

85. Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 733: BA-MA, MSg 2/13904, Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch», 9, 13, 24, 25 y 30 de noviembre de 1941; Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 317-319.

86. BA-MA, MSg 2/13904, Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch», 27 de octubre de 1941; Kühne, *Kameradschaft*, 151-152; Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 351; Seitz, *Verlorene Jahre*, 105; Guderian, *Erinnerungen*, 231.

87. Hitler, *Reden und Proklamationen,* 1771-1781: 8 de noviembre de 1941.

88. Goebbels, «Die Juden sind schuld!», *Das Reich*, 16 de noviembre de 1941.

89. Hammer y Nieden (eds.), *«Sehr selten habe ich geweint»*, 258-264: Robert R., diario, 28 y 9-11 de noviembre de 1941.

90. *Ibid.,* 260: Robert R., carta a Maria, 18 de noviembre de 1941.

91. *Ibid.,* 265, 267: Robert R., carta a Maria, 30 de noviembre de 1941.

92. Reinhardt, *Moscow*, 224-226; Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 350-352; Lüttwitz a su esposa, 1 de diciembre de 1941; Guderian, *Erinnerungen*, 233 y ss. y 257; también Overy, *Russia's War,* 124.

7. *LA PRIMERA DERROTA*

1. Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 353-354.

2. *Ibid.,* 361-363: Reinert, Tagebuch, 9 de diciembre de 1941.

3. Reinhardt citado, *Moscow*, 288-289.

4. Reinhardt, *Moscow*, 293: Kriegstagebuch, Panzer-Gruppe 3, 14 de diciembre de 1941.

5. BA-MA, MSg 2/13904, Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch», 20 de diciembre de 1941; Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 354-357.

6. Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 363-366: 296.ª División de Infantería, diario, 21 de diciembre de 1941; Reinert, 20 y 22 de diciembre de 1941.

7. Reinhardt, *Moscow*, 310: Heeresgruppe Mitte, Kriegstagebuch, 19 de diciembre de 1941.

8. Reinhardt, *Moscow,* 291-295, 320-324 y 349.

9. *Ibid.,* 297-298; Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 370-371.

10. Reinhardt, *Moscow*, 298; Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 370-371 y 374-379.

11. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, 128-129: Heinrici, 16 de diciembre de 1941; BA-MA, MSg 2/13904, Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch», 6 de diciembre de 1941.

12. Jarausch y Arnold (eds.), *«Das stille Sterben...»*, 359-367: 1, 4, 5, 8, 10 y 11 de enero de 1942.

13. *Ibid.,* 366-367: 13 de enero de 1942; índices de mortalidad, ver Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 820ff.; Streit, *Keine Kameraden*.

14. Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 765 n.º 2: 17 de diciembre de 1941.

15. Rass, «Menschenmaterial», 88-134 y 378-380; BA-MA, MSg 2/13904, Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch», 7, 9 y 30 de diciembre de 1941 y 5 de enero de 1942; Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 357-358.

16. Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 356-357 y 382: BA-MA, MSg 2/13904, Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch», 21 de diciembre de 1941; Seitz, *Verlorene Jahre*, 116; Reese, *Mir selber seltsam fremd*, 57-66 y 92-93.

17. DTA, 148, Joos, «Kriegstagebuch», 3, 4, 5, 6, 7-12, 13, 15, 16, 20, 21 y 23 de diciembre de 1941 y 1 de enero de 1942.

18. DTA, 148, Joos, «Kriegstagebuch», 4, 6, 12, 20, 22, 24 y 26 de enero, 5, 10-11, 14-18 y 22 de febrero, 5, 6 y 11 de marzo de 1942.

19. MfK-FA, 3.2002.0211, Albring a Altrogge, 1, 21 de marzo y 13 de abril de 1942.

20. Koch, *Fahnenfluchten*, 325-351.

21. *Ibid.,* 325 y 351.

22. Rass, *«Menschenmaterial»*, 169-204.

23. Koch, *Fahnenfluchten*, 191, n.º 49.

24. *Ibid.,* 198; y el rechazo de Rombach por su familia, 131-134; Ziemann, «Fluchten aus dem Konsens zum Durchhalten», en Müller y Volkmann (eds.), *Hitlers Wehrmacht*, 589-613; Motadel, *Islam y Nazi Germany's War*, 310-311.

25. BA-MA, MSg 2/13904, Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch», 26 y 27 de diciembre de 1941; Seitz, *Verlorene Jahre*, 115; Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, 356 y 421; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 272-273, y Reinhardt, *Moscow*, 365-366, citando el informe de Oehmichen; BA-MA, MSg 2/13904, Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch», 27 de diciembre de 1941.

26. MfK-FA, 3.2002.7209, Paulus a sus padres, 27 de octubre, 13 de diciembre de 1941 y 7 de marzo de 1942; BA-MA, MSg 2/13904, Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch», 14 de agosto, 22 de septiembre, 3 de octubre, 10 y 21 de diciembre de 1941, 15 de enero y 7 de febrero de 1942; Kühne, *Kameradschaft*, 149-151.

27. MfK-FA, 3.2002.7209, Ernst a Helmut Paulus, 3 y 8 de marzo y 7 de enero de 1942; Helmut Paulus a sus padres, 17 de marzo de 1942.

28. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a sus padres, 27 de octubre y 13 de diciembre de 1941, 7 de marzo y 15 de septiembre de 1942.

29. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a sus padres, 12 de marzo de 1942.

30. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a sus padres, 12 de marzo de 1942.

31. MfK-FA, 3.2002.7209, Erna a Helmut Paulus, 23 de octubre de 1941; Helmut a sus padres, 11 de noviembre de 1941.

32. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut a sus padres, 11 de noviembre de 1941.

33. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a sus padres, 25 de diciembre de 1941; Helmut Paulus, Tagebuch, 2 de enero de 1942.

34. MfK-FA, 3.2002.7209, Elfriede y Erna a Helmut Paulus, 27-28 de diciembre de 1941; Helmut Paulus a sus padres, 1.ª carta de 12 de marzo de 1942; Erna a Helmut Paulus, 15 de marzo de 1942; Ernst a Helmut Paulus, 22 de marzo de 1942.

35. MfK-FA, 3.2002.7209, Erna a Helmut Paulus, 8 y 1 de febrero de 1942; Erna a Helmut Paulus, 25 de enero de 1942.

36. Rohland, *Bewegte Zeiten*, 77-78; Goebbels, *Tgb*, II/1, 260-263: 19 de agosto de 1941; Kershaw, *Hitler*, 2, 440-441; Tooze, *Wages of Destruction*, 507-508.

37. Hitler, *Reden und Proklamationen*, 1793-1811: 11 de diciembre de 1941; Goebbels, *Tgb*, II/2, 498 y ss.: 13 de diciembre de 1941; Frank, *Das Diensttagebuch*, 457-458: 16 de diciembre de 1941.

38. Ribbentrop, *Zwischen Moskau und London*, ed. von Ribbentrop, 261; Tooze, *The Wages of Destruction*, 349-353; 508-509.

39. Goebbels, *Tgb*, II/3, 154-155: 20 de enero de 1942.

40. *MadR*, 3193-3196: 22 de enero de 1942; 2704 y 2489: 14 de julio y 29 de agosto de 1941; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 267 y 272.

41. Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich*, 149; Goebbels, *Tgb*, II/2, 483: 12 de diciembre de 1941; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 273: «Mitteilungen für die Truppe», 11 de marzo de 1942.

42. Hitler, «Rede vor der deutschen Presse», *VfZ*, 2 (1958), 181-191.

43. Domarus (ed.), *Hitler*, 1826-1834.

44. Reimann, *Der grosse Krieg der Sprachen*, 39-44; Lipp, *Meinungslenkung im Krieg*; MfK-FA, 3.2002.7209, Erna a Helmut Paulus, 3 de febrero de 1942.

45. Goebbels, *Tgb*, II/2, 554: 21 de diciembre de 1941; Hitler, *Reden und Proklamationen*, 1813-1815; Szarota, *Warschau unter dem Hakenkreuz*, 147-148.

46. Bramsted, *Goebbels and National Socialist Propaganda*, 250; Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich*, 276; MfK-FA, 3.2002.7209, Erna a Helmut Paulus, 24 de diciembre de 1941 y 9, 18 y 19 de enero de 1942; MfK-FA 3.2002.0279, Liselotte Purper a Kurt Orgel, 11 de enero de 1942.

47. MfK-FA 3.2002.0279, Liselotte Purper a Kurt Orgel, 21 de enero de 1942.

48. Ebert (ed.), *Im Funkwagen der Wehrmacht*, 197-198: Wilhelm a Erika Moldenhauer, 11 de febrero de 1942; MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a sus padres, 12 de febrero de 1942.

49. Reinhardt, *Moscow*, 128: Hitler a Ciano, 25 de octubre de 1941; Hillgruber (ed.), *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler*, 47: a Antonescu, 11 de febrero de 1942.

50. Hillgruber (ed.), *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler*, 1, 657; Jochmann (ed.), *Monologe in Führer-Hauptquartier*, 239: 27 de enero de 1942; *Ibid.,* 260: 27 de enero de 1942.

51. Hirtenwort zum Sonntag dem 15. März 1942, *Kirchliches Amtsblatt für die Diözese Münster*, 12 de marzo de 1942.

52. Hitler, *Reden und Proklamationen*, 1848-1851; *MadR*, 3486-3488: 19 de marzo de 1942; Kershaw, *Hitler*, 2, 505-506.

53. Hitler, *Reden und Proklamationen*, 1848-1851; *MadR*, 3486-3488: 19 de marzo de 1942; Kershaw, *Hitler*, 2, 505-506.

8. *EL SECRETO COMPARTIDO*

1. Browning, *Origins of the Final Solution*; Roseman, *The Villa, the Lake, the Meeting.*

2. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a sus padres, 11 de julio de 1941, 15 de abril, 8 de mayo y 4 de junio de 1942; Erna a Helmut Paulus, 23 y 30 de octubre y 30 de noviembre de 1941; Irmgard a Helmut Paulus, 24 de marzo de 1942, y Ernst Arnold a Helmut Paulus, 11 de julio de 1942; Reifahrth y Schmidt-Linsenhoff, «Die Kamera der Täter», en Heer y Naumann (eds.), *Vernichtungskrieg*, 475-503; Knoch, *Die Tat as Bild*, 50-122.

3. Jarausch y Arnold (eds.), *«Das stille Sterben...»*, 339: 14 de noviembre de 1941; MfK-FA, 3.2002.0211, Albring a Altrogge, 21 de marzo de 1942; Eiber, «. . . Ein biss-chen die Wahrheit», HG a Hannah, 7 de agosto de 1941; Schneider, «Auswärts eingesetzt»; Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Ernst a Irene Guicking, 3 y 22 de febrero de 1942.

4. Pohl, *Nationalsozialistische Judenverfolgung in Ostgalizien, 194*1-1*944,* 138-175. Sandkühler, *«Endlösung» in Galizien*, 148-165; Longerich, *Holocaust*, 286; Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, 3388: SD Aussenstelle Minden, 12 de diciembre de 1941. (El set completo de informes está en CD-ROM así que las referencias están hechas por documento, no por número de página.)

5. Bankier, *The Germans and the Final Solution,* 131; Adler, *Theresienstadt*, 720-722: n.º 46b: Heydrich, 10 de octubre de 1941.

6. Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten,* 3388: SD Auβenstelle Mindeb, 12 de diciembre de 1941.

7. Bankier, *The Germans and the Final Solution,* 128.

8. Sauer, *Grundlehre des Völkerrechts,* 407.

9. Donecke y Stoler, *Debating Franklin D. Roosevelt's Foreign Policies,* 130-136; Longerich, «*Davon haben wir nicht gewuβt!»*, 1679; Benz, «Judenvernichtung aus Notwehr?», 618: Goebbels, *Tgb,* II/1, 116-117: 24 de julio de 1941.

10. Biblioteca Wiener, Londres: eslogan semanal del Partido Nazi, 7 de septiembre de 1941; Kershaw, *Hitler*, 2, fig. 45.

11. Longerich, *Holocaust*, 266-267.

12. Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, 3387: SD Aussenstelle Minden, 6 de diciembre de 1941.

13. Adler, *Verwaltete Mensch*, 354-437; Longerich, *The Holocaust*, 287; Friedländer, *The Years of Extermination,* 306-307.

14. Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, 3475: Landrat Bad Neustadt/Saale, 23 de abril de 1942; Schultheis, *Juden in Mainfranken*, 467; Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich,* 253-257; Wildt, *Volksgemeinschaft*; Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!»*, 219.

15. Roseman, *The Past in Hiding*, 152-155.

16. Roseman, *The Villa, the Lake, the Meeting,* 113: Heydrich en la Conferencia de Wannsee, 20 de enero de 1942; Longerich, *Holocaust*, 321.

17. Roseman, *The Past in Hiding*, 195-230.

18. Bajohr, *«Aryanisation» in Hamburg*, 277-282 y 279-280; Becker, *Gewalt und Gedächtnis*, 77-140; Seydelmann, *Gefährdete Balance*, 105-106; Sielemann (ed.), *Hamburger jüdische Opfer des Nationalsozialismus*, xviii: Karl Kaufmann a Hermann Göring, 4 de septiembre de 1942; National Archives Washington, Misc. German Record Collection, T84/7; Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!»*, 199.

19. Klemperer, *I Shall Bear Witness,* 524-525: 15 de septiembre de 1941; Goeschel, *Suicide in the Third Reich*, 106-110; Kwiet, «The ultimate refuge», 173-198; Baumann, «Suizid im «Dritten Reich», en Rürup (ed.), *Geschichte und Emanzipation*, 500; Speer, *Spandau*, 287; Bankier, *The Germans and the Final Solution,* 125-127; también Goebbels, *Tgb*., II/2, 194-195: 28 de octubre de 1941; Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!»*, 181-185.

20. Goebbels, «Die Juden sind schuld!», *Das Reich*, 16 de noviembre de 1941, en Martens, *Zum Beispiel Das Reich*, 61-64.

21. Wilhelm, *Rassenpolitik und Kriegsführung*, 131-132: Rosenberg, 18 de noviembre de 1941; Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!»*, 201; Domarus (ed.), *Hitler*, 1821, 1828-1829, 1844, 1920, 1937: 30 de enero, 24 de febrero, 30 de septiembre y 8 de noviembre de 1942; Kershaw, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich,* 243; *Münchener Neuesten Nachrichten*, 16 de marzo de 1942.

22. Vertrauliche Informationen der Parteikanzlei, 9 de octubre de 1942, impreso en Huber y Müller (eds.), *Das Dritte Reich*, 2, 110.

23. Longerich, *Holocaust*, 320-369; Friedländer, *The Years of Extermination,* 359-360; Paulsson, *Secret City*, 73-78.

24. Numbers, Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, 3, 629; ver Latzel, *Deutsche Soldaten*, 203-205; Friedrich, «Die Wohnungsschlüssel sind beim Hausverwalter abzugeben», en Wollenberg (ed.), *«Niemand war dabei und keiner hat's gewusst»*, 188-203, y Lichtenstein, «Pünktlich an der Rampe», *Ibid.,* 204-223.

25. Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!»*, 211-217 y 202-203: Goebbels, *Tgb*, II/5, 505, 15 de septiembre de 1942.

26. Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!»*, 205-206.

27. Noelle-Neumann, «The spiral of silence: A theory of public opinion»; también Becker, *Elisabeth Noelle-Neumann*.

28. Dürkefälden, *«Schreiben wie es wirklich war!»*, 107 y ss.: febrero de 1942; también 109, 114, 115, 117, 125, 126 y 129; Kershaw, «German popular opinion», en Paucker (ed.), *Die Juden im nationalsozialistischen Deutschland*, [365-386] 379; Bankier, *The Germans and the Final Solution,* 108; Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich,* 265.

29. Friedländer, *The Years of Extermination,* 303, citando a Löffler (ed.), *Galen: Akten, Briefe und Predigten*, 2, 910-911.

30. Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!»*, 227; también Friedländer, *The Years of Extermination,* 303 y 515-516; Phayer, *The Catholic Church and the Holocaust*, 70-71.

31. Nowak, *«Euthanasie» und Sterilisierung im «Dritten Reich»*, 151; Brodie, «For Christ and Germany», 140-144 y 162: citando LNRW.ARH, RW 58, 3741, 120.

32. Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, 3508: SD-Aussenstelle Detmold, 31 de julio de 1942; Stephenson, *Hitler's Home Front*, 145-148; Wantzen, *Das Leben im Krieg*, 30 de julio de 1942; LNRW.ARH, RW34/03, 17: SD rept, Colonia, 7 de julio de 1943.

33. Bankier, *The Germans and the Final Solution,* cubierto por la BBC, 113.

34. Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!*», 256-261 y 267: Goebbels, *Tgb*, II/7, 651 y 675, y II/8, 42: 27 y 31 de marzo y 3 de abril de 1943; Rubinstein, *The Myth of Rescue*, 131.

35. Arad, *Bełżec, Sobibor, Treblinka*; Friedländer, *Kurt Gerstein*, 100-129; Pfannestiel en Klee y otros (eds.), *«The Good Old Days»*, 238-244.

36. Friedländer, *Kurt Gerstein*, 100-129.

37. Friedländer, *Years of Extermination*, 539-540.

38. Wilhelm Cornides, diario, 31 de agosto de 1942, en «Observations about the "Resettlement of Jews" in the General Government», en Hilberg (ed.), *Documents of Destruction*, 208 y ss.; Friedländer, *The Years of Extermination,* 399-400.

39. Bankier, *The Germans and the Final Solution,* 110.

40. Bankier, *The Germans and the Final Solution,* 110.

41. Hosenfeld, *«Ich versuche jeden zu retten»*, 628, 630-631, 640-641, 650, 653-655, 658: diario y cartas a su familia, 25 y 29 de julio, 13 de agosto, 1 y 26 de septiembre de 1942.

42. Wagner, «Gerüchte, Wissen, Verdrängung», en Frei y otros (eds.), *Ausbeutung, Vernichtung, Öffentlichkeit*, 231-248; Steinbacher, «*Musterstadt» Auschwitz*, 246-252 y 318-320; Bankier, *The Germans and the Final Solution,* 111-114: Ludwig Haydn, 1942; Salazar Soriano, junio de 1942; Fermin Lopez Robertz, marzo de 1943; Hahn, *Bis alles in Scherben fällt*, 338: 30 de noviembre de 1941; Andreas-Friedrich, *Der Schattenmann*, 96: 22 de diciembre de 1942; 111 y 125-128: 10 de agosto de 1943 y 4 de febrero de 1944.

43. Bankier, *The Germans and the Final Solution,* 109; Herbert, *Best*, 313; Niewyk (ed.), *Fresh Wounds*, 176; Liselotte G. en Hammer y Nieden, *«Sehr selten habe ich geweint»*, 278-279: 31 de agosto de 1943.

44. Yakov Grojanowski, testimonio sobre el campo Chełmno, 6-19 de enero de 1942, en Gilbert, *The Holocaust*, 252-279; Katsh, *Diary of Chaim A. Kaplan*, 360, 369-372 y 379: 25 de junio, 10-12 y 22 de julio de 1942; Hilberg y otros (eds.), *Warsaw Diary of Adam Czerniakow*, «Introducción», 62; Adelson, *The Diary of Dawid Sie-rakowiak*, 142, 161-162 y 258: 19 de octubre de 1941, 1-2 de mayo de 1942 y 15 de marzo de 1943; Corni, *Hitler's Ghettos*, 179-182; sobre ignorancia y conocimiento en los guetos durante marzo-agosto de 1942, ver Arad, *Bełżec, Sobibor, Treblinka*, 241-244.

45. Haydn, *Meter immer nur Meter*, 6, 9-11, 53, 123-124 y 129-131: 29 de junio, 31 de julio, 19 y 24 de diciembre de 1942.

46. Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!»*, 259; Hassell, *The von Hassell Diaries*, 272: 15 de mayo de 1943; Andreas-Friedrich, *Der Schattenmann*, 125-126: 4 de febrero de 1944; Scholl, *Die weisse Rose*, 91-93: segundo manifiesto: 300.000 judíos asesinados; Haydn, *Meter immer nur Meter*, 51: 30 de julio de 1942; Aly, «Die Deportation der Juden von Rhodos nach Auschwitz», 79-88.

47. *Stuttgart NS-Kurier*, 4 de octubre de 1941; Bankier, *The Germans and the Final Solution,* 130; Haag, *Das Glück zu leben*, 164: 5 de octubre de 1942; Wantzen, *Das Leben im Krieg*, 610: 5 de noviembre de 1941.

48. Orłowski y Schneider, *«Erschiessen will ich nicht!»*, 247: 18 de noviembre de 1943.

49. Orłowski y Schneider, *«Erschiessen will ich nicht!»*, 247: 18 de noviembre de 1943.

50. Stargardt, «Speaking in public about the murder of the Jews», en Wiese y Betts (eds.), *Years of Persecution, Years of Extermination*, 133-155.

51. Heiber, *Reichsführer!,* 169; sobre la información de Wise, Feingold, *Politics of Rescue*, 170; Himmler, *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42*, ed. Witte, 619 n.º 43; Friedländer, *The Years of Extermination,* 462-463; Hilberg, *The Destruction of the European Jews,* 623-624; Neander, «Seife aus Judenfett», en *Fabula: Zeitschrift für Erzählforschung*, 46 (2005), 241-256; Harig, *Weh dem, der aus der Reihe tanzt*, 203.

52. Bankier, *The Germans and the Final Solution,* 122-123; más sobre su historia, Kaplan, *Between Dignity and Despair*, 223-228.

53. Klee, *Die SA Jesu Christi,* 148; Goebbels, *Tgb*, II/2, 362-363: 25 de noviembre de 1941; Wurm en Gerlach, *And the Witnesses Were Silent*, 204; Hermle, «Die Bischöfe und die Schicksale "nichtarischer" Christen», en Gailus y Lehmann (eds.), *Nationalprotestantische Mentalitäten*, 263-306; Gailus y Nolzen (eds.), *Zerstrittene «Volksgemeinschaft»*.

54. Gutteridge, *Open thy Mouth for the Dumb!,* 231-232; Gerlach, *And the Witnesses Were Silent*, 194: carta abierta de la Cancillería eclesiástica a todas las iglesias provinciales, 23 de diciembre de 1941; Düringer y Kaiser (eds.), *Kirchliches Leben im Zweiten Weltkrieg*, 82-83; Bergen, *Twisted Cross*.

55. Klepper, *Unter dem Schatten deiner Flügel*, 1008-1009: 25 de diciembre de 1941; también Wecht, *Jochen Klepper*, 292-320.

56. Klepper, *Unter dem Schatten deiner Flügel*, 1041, 1043, 1127-1132: 10 y 15 de marzo y 5-8 de diciembre de 1942; Klepper (ed.), *In Tormentis Pinxit*.

57. Klepper, *Unter dem Schatten deiner Flügel*, 1132-1133: 9-10 de diciembre de 1942.

58. Gruner, *Widerstand in der Rosenstrasse*; Stoltzfuss, *Resistance of the Heart*.

59. Kaplan, *Between Dignity and Despair*, 217-220.

60. *Ibid.,* 203 y 228; Kwiet y Eschwege, *Selbstverwaltung und Widerstand,* 150; Beck, *An Underground Life*.

61. Roseman, *The Past in Hiding*, 306-392; Roseman, «Gerettete Geschichte», 100-121.

62. Hosenfeld, *«Ich versuche jeden zu retten»*, 630-631, 640-641, 650, 653-655, 658: diario y cartas a la familia, 25 y 29 de julio, 13 de agosto, 1 y 26 de septiembre de 1942.

63. Hosenfeld, *«Ich versuche jeden zu retten»*, 657-658: diario, 26 de septiembre de 1942; Paulsson, *Secret City*, 79, y más detalles en «Hiding in Warsaw», Tesis de DPhil., Oxford, 1998, 278; SS-Untersturmbannführer Gerhard Stabenow, nacido el 26 de enero de 1906 en Halle, tenía un doctorado en Derecho y todavía pudo ser entrevistado con vida en 1950: *Der Spiegel*, 31 de agosto de 1950, 35/1950. Escribió dos libros cortos: *Das Ostreparationen: Ein Inaugural-Dissertation*, n.p., 1930; *Die Olympiaberichterstattung in der Deutschen Presse unter besonderer Berücksichtigung der Provinzpresse und die Entwicklung der Sportberichterstattung in der Provinzpresse 1936 bis 1940*, Mitteldt, National-Verlag, 1941.

64. Hosenfeld, *«Ich versuche jeden zu retten»*, 659, 637, 641-643 y 660: diario, 1 de octubre y 7 y 18 de agosto de 1942; carta a Helmut, 5 de octubre de 1942.

65. *Ibid.,* 250: 16 de septiembre de 1939, y 81-83.

66. Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen*, 44: 20 de noviembre de 1942: este incidente puede ser una adición de la posguerra; no se encuentra nada en su diario de bolsillo original.

67. *Ibid.,* 52, n.º 3 y 59: 31 de diciembre de 1942 y 12 de enero de 1943, dramatizó este tema durante mucho tiempo.

68. On *Sonderaktion* 1005, ver Arad, *Bełżec, Sobibor, Treblinka*, 170-178, 370-376; Hilberg, *The Destruction of the European Jews,* 3, 976-977; Kulka y Jäckel, *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, #3652, SD Aussenstelle Bad Neustadt, 15 de octubre de 1943.

9. *REGISTRANDO EUROPA*

1. Tooze, *Wages of Destruction*, 639-640; también Overy, *Why the Allies Won,*1-24.

2. Kershaw, *Hitler*, 2, 442-446.

3. Wegner, «Hitlers Strategie zwischen Pearl Harbor und Stalingrad».

4. Tooze, *Wages of Destruction,* 513-515; Mazower, *Hitler's Empire,* 259-272.

5. Tooze, *Wages of Destruction,* 380-393, 402-415.

6. Gildea y otros (eds.), *Surviving Hitler and Mussolini*, 46-47.

7. Gillingham, *Industry and Politics in the Third Reich;* Gildea y otros (eds.), *Surviving Hitler y Mussolini,* 50.

8. Tooze, *Wages of Destruction,* 513-551.

9. Gerlach, *Krieg, Ernährung, Völkermord;* Kay, *Exploitation, Resettlement, Mass Murder.*

10. *IMT*, 39, doc. 170-USSR, 384-412; Gerlach, *Krieg, Ernährung, Völkermord*, 175; Tooze, *Wages of Destruction*, 546-547; Gerlach y Tooze consideraron esta intervención como un anuncio de la política por venir y argumentaron que las necesidades alimentarias alemanas se convirtieron en uno de los mayores desencadenantes del Holocausto. Contra esta interpretación está el hecho de que la deportación en masa de judíos europeos a campos de exterminio había empezado semanas antes de esta reunión: para una crítica, ver Stone, *Histories of the Holocaust*, 140-142.

11. Berkhoff, *Harvest of Despair*, 122; Brandt, *Management of Agriculture*, 610 y 614.

12. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, 167-204; Gildea y otros (eds.), *Surviving Hitler and Mussolini*, 62-70.

13. Berkhoff, *Harvest of Despair*, 259-264; Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, 192-198; Tooze, *Wages of Destruction*, 517-518.

14. Davies y Wheatcroft, *The Years of Hunger*; Davies y otros, *The Years of Progress*.

15. Berkhoff, *Harvest of Despair*, 135.

16. *Ibid.,* 134 y 280-312; Chiari, *Alltag hinter der Front*; Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 11; Mazower, *Hitler's Empire,* 282-284.

17. Chiari, *Alltag hinter der Front*, 36-48 y 268; Berkhoff, *Harvest of Despair*.

18. Gildea, *Marianne in Chains*, 126.

19. *Ibid.,* 111, 126-132.

20. *Ibid.,* 83-85; Schwartz, «The politics of food and gender in occupied Paris», 35-45.

21. Gildea, *Marianne in Chains*, 116-118, 148-149; 27; Reg Langlois (Jersey) y Daphne Breton (Guernsey): <bbc.co.uk/ww2peopleswar>, archivo de historias, A3403946 y A4014091.

22. Nissen, «Danish food production in the German war economy», en Trentmann y Just (eds.), *Food and Conflict in Europe in the Age of the Two World Wars*; Brandt, *Management of Agriculture*, 300-311; Collingham, *The Taste of War*, 174-176.

23. Aly, *Hitlers Volksstaat*, 123, citando a VR der RKK, 1 de julio de 1942, BA R 29/3, Nl. 223f; Bohn, *Reichskommissariat Norwegen*; Voglis, «Surviving hunger», en Gildea y otros (eds.), *Surviving Hitler and Mussolini*, 21-22, y Gildea, Luyten y Fürst, «To work or not to work?», en *ibid.,* 50.

24. Voglis, «Surviving hunger», en Gildea y otros (eds.), *Surviving Hitler and Mussolini*, 23-24, 29-30; Mazower, *Inside Hitler's Greece*, 23-52; Hionidou, *Famine and Death in Occupied Greece*; Mazower, *Hitler's Empire,* 280.

25. Friedländer, *The Years of Extermination,* 414-416; Kaspi, *Les Juifs pendant l'occupation*, 222-227.

26. Bobet, *Le vélo à l'heure allemande*, 105-135.

27. Klarsfeld, *Vichy – Auschwitz*; Friedländer, *The Years of Extermination,* 123-124, 178-179, 410-411 y 545-547; Longerich, *Holocaust*, 397-399; Gildea y otros (eds.), *Surviving Hitler and Mussolini*, 45 y 64-69.

28. Cointet, *L'Eglise sous Vichy*, 291.

29. Madajczyk, *Die Okkupationspolitik Nazideutschlands*, 427 y anexo 29A, 317-320; Berkhoff, *Harvest of Despair*, 183, 184.

30. *MadR*, 3613 y 3639: 13 y 20 de abril de 1942; Boelcke, *Wollt ihr den totalen Krieg?*, 295: 1 de abril de 1942; MfK-FA, 3.2002.7209, Ernst Arnold a Helmut Paulus: 6 y 7 de abril de 1942; Erna a Helmut Paulus: 12 de abril de 1942.

31. Corni y Gies, *Brot – Butter – Kanonen*, 562-563, y Werner, *Bleib übrig!*, 194-196; denuncias, *MadR*, 3613: 13 de abril de 1942.

32. Werner, *Bleib übrig*, 196; Stephenson, *Hitler's Home Front*, 184.

33. Werner, *Bleib übrig*, 204: 22 de agosto de 1942.

34. *Ibid.,* 202-203 y 303-311.

35. Dörr, «*Wer die Zeit nicht miterlebt hat...*», 2, 24-26; Franz Ruhm, *Kochen im Krieg. Eine Sammlung einfacher und dennoch schmackhafter Gerichte für den Mittags- und Abendtisch*, Viena, 1940.

36. *MadR* 38/9-22, 3882, 3917-3920, 3923-3924 y 4006: 4 y 29 de junio, 8, 9 y 27 de julio de 1942; Dörr, «*Wer die Zeit nicht miterlebt hat...*», 2, 13; MfK-FA, 3.2002.7209, Ernst Arnold a Helmut Paulus: 9 de junio de 1942; Erna a Helmut Paulus: 17 de julio de 1942; DLA, Helga F., «Bericht eines zehnjährigen Kindes zur Zeit des 2. Weltkrieges», 2 y 9; DLA, Friedl H., 10.

37. Dörr, «*Wer die Zeit nicht miterlebt hat...*», 2, 18, 20; Zierenberg, *Stadt der Schieber*, 116-118.

38. Zierenberg, *Stadt der Schieber*, 135-151.

39. *Ibid.,* 86-90.

40. Harris, *Selling Sex in the Reich*, 98-113.

41. Stephenson, *Hitler's Home Front*, 204.

42. *Ibid.,* 206, 210-211.

43. *Ibid.,* 213-215: 24 de noviembre de 1942.

44. *Ibid.,* 211.

45. Bauer, *Nationalsozialistische Agrarpolitik und bäuerliches Verhalten im Zweiten Weltkrieg*, 93-96; Stephenson, *Hitler's Home Front*, 202.

46. Szarota, *Warschau unter dem Hakenkreuz*, 123-125; Aly, *Hitlers Volkstaat*, 123.

47. Mellin en Bauer, *Alltag im 2. Weltkrieg*, 14; Michel, *Paris allemand*, 298; Aly, *Hitlers Volksstaat*, 114-124; Drolshagen, *Der freundliche Feind*.

48. Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 679-683; Hilberg, *Die Vernichtung der europäis-chen Juden*, 378, n.º 324; Chiari, *Alltag hinter der Front*, 245 y 257-263; Hohenstein, *Warthеländisches Tagebuch aus den Jahren 1941/42*, 251; Gross, «A tangled web», en Deák y otros (eds.), *The Politics of Retribution in Europe*, 88-91; Aly, *Hitlers Volksstaat*, 134-138.

49. Aly, *Hitlers Volksstaat*, 138; Wantzen, *Das Leben im Krieg*, 324: 2 de enero de 1941.

50. Domarus (ed.), *Hitler*, 187-188: 23 y 30 de mayo de 1942; Goebbels, *Tgb*, II/4, 354-364: 24 de mayo de 1942.

51. Madajczyk, «Introduction to General Plan East», 391-442; Rössler y Schleiermacher (eds.), *Der Generalplan Ost*; Aly y Heim, *Architects of Annihilation*; Harvey, *Women and the Nazi East*, 241-244 y 255.

52. Lower, *Hitler's Furies*, 131-133.

53. Hans Grimm, *Volk ohne Raum*, Múnich, 1926: vendió 220.000 copias en 1933 y 330.000 más durante 1933-1944: Schneider, «Bestseller im Dritten Reich», 85; Lilienthal, *Der «Lebensborn e.V.»*, 219-221.

54. *MadR*, 5639-5643: 17 de agosto de 1943; Kundrus, «Forbidden Company».

55. *MadR*, 3323-3330: 16 de febrero de 1942; Spoerer, *Zwangsarbeit unter dem Hakenkreuz*; Plato y otros (eds.), *Hitlers Sklaven*.

56. Virgili, *Naître ennemi*, 52-53.

57. *Ibid.,* 84-87; Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, 129-130; Boll, «. . . das gesunde Volksempfinden auf das Gröbste verletzt», 661; Gellately, *Backing Hitler,* 169-170.

58. Aly, *Hitlers Volksstaat*, 120; Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, 127.

59. Waite, «Teenage sexuality in Nazi Germany», 456.

60. Knoll *at al.,* «Zwangsarbeit bei der Lapp-Finze AG», en Karner y otros (eds.), *NS-Zwangsarbeit in der Rüstungsindustrie*, 111-114: citando entrevista hecha en 2001 y 2002.

61. *Ibid.,* 45, 126-156.

62. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, 228; análisis diferente de la misma tendencia, *MadR*, 4305-4306: 8 de octubre de 1942.

63. Abelshauser, «Rüstungsschmiede der Nation?», en Gall (ed.), *Krupp im 20. Jahrhundert*, 412.

64. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, 175.

65. Kaienburg, *Die Wirtschaft der SS*, 114-138 y 434-435; Schulte, *Zwangsarbeit und Vernichtung*; Wagner, *IG Auschwitz*; Tooze, *Wages of Destruction*, 519-523.

66. Tooze, *Wages of Destruction*, 530-533.

67. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, 172; *MadR*, 3715-3717: 7 de mayo de 1942.

68. Goebbels, «Offene Aussprache», *Das Reich*, 29 de marzo de 1942; Gruchmann, «Korruption im Dritten Reich», 578; Corni y Gies, *Brot – Butter – Kanonen*, 558-560: edictos de 21 de marzo de 1942 y 10 de mayo de 1943; *MadR*, 3688: 30 de abril de 1942; Sefton Delmer, *Black Boomerang*; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 281; Bormann, 5 de junio de 1942, en Partei-Kanzlei (ed.), *Verfügungen, Anordnungen, Bekanntgaben*, 640.

69. Gruchmann, «Korruption im Dritten Reich».

70. *Ibid*.; Goebbels, *Tgb*, II/8, 326: 19 de mayo de 1943.

71. Boelcke, *Wollt Ihr den totalen Krieg*, 377: 4-5 de octubre de 1942; Goebbels, *Tgb*, II/6, 72, 127: 4 y 15 de octubre de 1942; Göring, 4 de octubre de 1942, en Longerich, *«Davon habe wir nichts gewusst!»*, 203-204; Aly, *Hitlers Volksstaat*, 202.

72. *MadR*, 4291-4292 y 4309-4311: 8 y 12 de octubre de 1942.

10. *ESCRIBIR A LOS MUERTOS*

1. Wegner, «Hitlers Strategie zwischen Pearl Harbor und Stalingrad».

2. Kershaw, *Hitler*, 2, 514-517; Domarus (ed.), *Hitler*, 1887-1888: 23 de mayo de 1942; Goebbels, *Tgb*, II/4, 362-364: 24 de mayo de 1942.

3. Wegner, «Hitlers "zweiter Feldzug"»; Pahl, *Fremde Heere Ost*.

4. MfK-FA, 3.2002.201, Wilhelm Abel, cartas a casa: 21, 24, 28 de abril, 5 y 31 de mayo de 1942.

5. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a sus padres, 1 de julio y 29 de junio de 1942; Irmgard y Erna a Helmut Paulus, 1 de julio de 1942.

6. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a su familia, 6 de julio de 1942; Elfriede a Helmut Paulus, 6 de julio de 1942.

7. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus, 14 de julio de 1942; Grossjohann, *Five Years, Four Fronts*, 50-54.

8. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus, s.f. [21-22 de julio de 1942].

9. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus, 20, 26 y 27 de julio de 1942.

10. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus, 27, 29 y 31 de julio de 1942.

11. Dallin, *German Rule in Russia*, 534-538; Neulen, *An deutscher Seite*.

12. Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 1082-1085; Quinkert, *Propaganda und Terror in Weissrussland*.

13. Hoffmann, *Die Ostlegionen 1941-1943*; Müller, *An der Seite der Wehrmacht*; Lepre, *Himmler's Bosnian Division*.

14. Motadel, *Islam and Nazi Germany's War*, 150-166 y 225-226; Kunz, *Die Krim unter deutscher Herrschaft*.

15. Motadel, *Islam and Nazi Germany's War*, 302-303.

16. Hoffmann, *Die Ostlegionen*, 111-112; Motadel, *Islam and Nazi Germany's War*, 306; 52-72 y 88-89; Ernst Kaltenbrunner a Heinrich Himmler, 6 de diciembre de 1943: BA, NS 19/3544.

17. Rutz, *Signal*; Boltanski y Jussen (eds.), *Signal*; Riding, *And the Show Went On; Rembrandt,* 1942, Ufa/dir. Hans Steinhoff; Kedward, *Resistance in Vichy France*; Jackson, *France: The Dark Years*; Hirschfeld (ed.), *Nazi Rule and Dutch Collaboration*; Mazower, *Hitler's Empire,* 455-460.

18. Kunz, *Die Krim unter deutscher Herrschaft*, 187-194; Mühlen, *Zwischen Hakenkreuz und Sowjetstern*, 49-51; Motadel, *Islam and Nazi Germany's War*, 171-172.

19. Motadel, *Islam and Nazi Germany's War*, 308; MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Hildegard P., 30 de junio de 1942; similar, 12 de abril de 1942.

20. MfK-FA, 3.2002.210, Altrogge a Albring, 28 de octubre de 1942; MfK-FA, 3.2002.0211, Albring a Altrogge, 25 de mayo de 1942.

21. MfK-FA, 3.2002.0211, Albring a Altrogge, 15, 25 de mayo y 17 de junio de 1942; MfK-FA, 3.2002.210, Altrogge a Albring, 18 de septiembre de 1941, 29 de septiembre de 1942; MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a sus padres, 4 de septiembre de 1942; Jünger, *Gärten und Strassen*.

22. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Hildegard P., 5 de enero de 1942.

23. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Karl-Heinz P., 16 de febrero de 1940; 11 de febrero de 1942.

24. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Hildegard P., 18 de febrero, 15 de mayo y 15 de febrero de 1942.

25. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a sus padres, 23, 18, 20, 26 de julio de 1942; Elfriede, 13 de julio de 1942; Erna a Helmut Paulus, 5, 22 y 12 de julio de 1942.

26. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a sus padres, 17 de marzo y 27 de junio de 1942; Ernst Arnold Paulus, 16 de junio, 3 y 11 de julio de 1942; urge a Helmut a estudiar Medicina: 7 de enero, 9 de junio de 1942; Elfriede decide hacerlo: 21 de enero de 1942; Erna sobre Medicina, 15 de junio de 1942.

27. MfK-FA, 3.2002.210, Altrogge, 4 y 31 de agosto, 5 de diciembre y 14 de octubre de 1942.

28. Wegner, «Hitlers "zweiter Feldzug"».

29. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a sus padres, 20 de agosto de 1942.

30. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a sus padres, 23 y 30 de agosto de 1942; a Aunt Käthe Wurster, 28 de agosto de 1942.

31. MfK-FA, 3.2002.7209, sus padres a Helmut Paulus, 11, 15, 16, 20 y 24 de septiembre de 1942.

32. MfK-FA, 3.2002.7209, Helmut Paulus a Aunt Käthe Wurster, 28 de agosto de 1942; a sus padres, 23 de agosto, 2, 11 y 23 de septiembre de 1942.

33. MfK-FA, 3.2002.210, Altrogge a Albring, 4 y 31 de agosto de 1942.

34. MfK-FA, 3.2002.201, Abel a su hogar, 11 de enero y 17 de junio de 1942; MfK-FA, 3.2002.0211, Albring a Altrogge, 29 de abril de 1942.

35. Hammer y Nieden, *«Sehr selten habe ich geweint»*, 267; MfK-FA, 3.2002.201, Abel a su hogar, 8 de enero de 1942; BA-MA, MSg 2/13904, Farnbacher, «Persönliches Kriegstagebuch», 1, 20 y 23 de noviembre de 1941; Kühne, *Kameradschaft*, 166-169.

36. MfK-FA, 3.2002.0211, Albring a Altrogge, 1 de septiembre de 1942.

37. Hayward, «Too little too late»; Wegner, «Hitlers "zweiter Feldzug"».

38. Beevor, *Stalingrad*.

39. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Hildegard P., 30 de agosto de 1942.

40. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Hildegard P., 13 y 26 de agosto de 1942.

41. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Hildegard P., 30 de agosto de 1942.

42. «Es geht alles vorüber, es geht alles vorbei»: Lale Andersen, llevado a cabo por Bruno Seidler-Winkler, Electrola 1942. Fuente: <http://www.youtube.com/watch?v=fy6BQgERi6E>.

43. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Hildegard P., 3 de septiembre de 1942.

44. Domarus (ed.), *Hitler*, 1913-1924: 30 de septiembre de 1942; Kershaw, *Hitler*, 2, 536-541.

45. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Hildegard P., 15 de noviembre de 1942.

46. Ebert (ed.), *Im Funkwagen der Wehrmacht*, 269: Wilhelm a Erika Moldenhauer, 20 de noviembre de 1942; Beevor, *Stalingrad*, 239-265.

47. Wegner, «Hitlers "zweiter Feldzug"»; Kershaw, *Hitler*, 2, 543-545; Overy, *Goering*, 218-219.

48. DHM, Do2 96/1861, «Tagebuch von Liselotte Purper», 12-13 de enero de 1943.

49. Ebert (ed.), *Im Funkwagen der Wehrmacht*, Moldenhauer, 269-273: 20 de noviembre-16 de diciembre de 1943.

50. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Hildegard P., 17 y 22 de diciembre de 1943.

51. Glantz, *When Titans Clashed,* 140; Beevor, *Stalingrad*, 291-310.

52. Kundrus, «Totale Unterhaltung?», 138.

53. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Hildegard P., 25 de diciembre de 1943; Ebert (ed.), *Im Funkwagen der Wehrmacht*, 277 y 280; 30 de diciembre de 1942 y 4 de enero de 1943.

54. Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen*, 64: 6 de febrero de 1943.

55. MfK-FA, 3.2002.210, Altrogge a Albring, 29 de diciembre de 1942; W. Ernst a Gertrud y Hans Salmen, s.f. y 12 de mayo de 1943; M. Altrogge a Delmer, 30 de septiembre de 1949.

56. Ebert (ed.), *Feldpostbriefe aus Stalingrad*, 341-342; Goebbels, «Totaler Krieg», *Das Reich*, 17 de enero de 1943; Wette, «Massensterben als "Heldenepos"», en Wette y Ueberschär (eds.), *Stalingrad*, 43-60.

57. Deutsches Rundfunkarchiv, Frankfurt a.M., Nr. 52/8920: Göring, 30 de enero de 1943, también Göring, «Stalingrad-Thermopylä: Aus dem Appell des Reichsmarschalls an die Wehrmacht am 30. Januar 1943», en Vacano (ed.), *Sparta*, 2.ª ed., 1942 *(sic),* 120; citado en Ebert (ed.), *Feldpostbriefe aus Stalingrad*, 345; Domarus (ed.), *Hitler*, 1974-1976.

58. Deutsches Rundfunkarchiv, Frankfurt a.M., Nr. 52/8920: Göring, 30 de enero de 1943; Rebenich, «From Thermopylae to Stalingrad», en Powell y Hodkinson (eds.), *Sparta beyond the Mirage*, 323-349; también, Gehrke, «Die Thermopylenrede Hermann Görings zur Kapitulation Stalingrads», en Martin (ed.), *Der Zweite Weltkrieg*, 13-29.

El epitafio de Simónides ha sido traducido en muchas versiones y usado en muchas y diferentes tradiciones de muerte patriótica:

> Ὦ ξεῖν', ἀγγέλλειν Λακεδαιμονίοις ὅτι τῇδε
> κείμεθα, τοῖς κείνων ῥήμασι πειθόμενοι.

La traducción alemana estándar era la de Schiller: Friedrich Schiller, «Der Spaziergang», 1795:

> Wanderer, kommst du nach Sparta, verkündige dorten, du habest uns hier liegen gesehn, wie das Gesetz es befahl.

59. Behrenbeck, *Der Kult um die toten Helden*; Obergefreiter F.B., 24 de enero de 1943, en Buchbender y Sterz, *Das andere Gesicht des Krieges*, Nr 304, 151.

60. Buchbender y Sterz, *Das andere Gesicht des Krieges*, 105; Brajović-Djuro, *Yugoslavia in the Second World War*, 109-114; Schubert, *Heinrich Böll: Schriftsteller*, 599: Heinrich Böll a Annemarie Böll, 29 de enero de 1943.

61. Irrgang, *Leutnant der Wehrmacht*, 153: Peter Stölten a sus padres, 5 de marzo de 1943.

62. Kershaw, *Hitler*, 2, 548-550; Diedrich, *Paulus*.

63. Kris y Speier (eds.), *German Radio Propaganda*, 341; Ebert (ed.), *Feldpostbriefe aus Stalingrad*, 346-348; *VB*, 3 de febrero de 1943.

64. Löffler (ed.), *Galen: Akten, Briefe und Predigten*, 2, 970; Brodie, «For Christ and Germany», 157-163.

65. Nadler, *Eine Stadt im Schatten Streichers*, 73-76; *MadR*, 4720, 4750-4751 y 4760-4761: 28 de enero, 4 y 8 de febrero de 1943; Goebbels, *Tgb*, II/7, 266: 5 f 1943; Domarus (ed.), *Hitler*, 1999-2001: 21 de marzo de 1943; Kershaw, *Hitler*, 2, 551-556; Ebert (ed.), *Feldpostbriefe aus Stalingrad*, 349.

66. Boelcke, *Wollt Ihr den totalen Krieg*, 417-418: 6 de enero de 1943.

67. Noakes (ed.), *Nazism*, 4, 490-494, basado en una transcripición original de la radio; Bramsted, *Goebbels and National Socialist Propaganda*.

68. Goebbels, *Tgb*, II/7, 378-380, 440, 444-445, 450-459, 554-557: 20 y 28 de febrero, 1, 2, 12 y 16 de marzo de 1943; *MadR*, 4832-4833, 4843-4845, 4902-4903: 22 y 25 de febrero, 8 de marzo de 1943; Overy, *Goering*, 216-223; Kershaw, *Hitler*, 2, 561-564.

69. Blank, «Kriegsalltag und Luftkrieg an der "Heimatfront"», 391; Kris y Speier (eds.), *German Radio Propaganda*, 208: 9 de abril de 1943.

70. Kundrus, «Totale Unterhaltung?»; Carter, *Dietrich's Ghosts*, 196-197; *MadR*, 4870: 1 de marzo de 1943; *Zwei glückliche Menschen*, 1942, Viena, con Magda Schneider y Wolf Albach-Retty; *Hab mich lieb!,* 1942, Ufa/Harald Braun, música de Franz Grothe, con Marika Rökk y Viktor Staal; *Die grosse Nummer*, 1942, Karl Anton/Tobis, Berlín, con Rudolf Prack y Leny Marenbach; *Die grosse Liebe*, 1942, dir. Rolf Hansen; Leiser, *Nazi Cinema*, 61.

71. Baird, «Myth of Stalingrad»; Goebbels, «Vom Reden und vom Schweigen», *Das Reich*, 20 de junio de 1943; programa del 19 de junio de 1943: Kris y Speier (eds.), *German Radio Propaganda*, 45; reimpreso en Joseph Goebbels, *Der steile Aufstieg. Reden und Aufstätze aus den Jahren 1942/1943*, Múnich, 1944, 331-338.

72. Wantzen, *Das Leben im Krieg*, 1176: 15 de septiembre de 1943.

73. *MadR*, 4751, 4760-4762, 4784: 4, 8 y 11 de febrero de 1943; Baird, «The Myth of Stalingrad», 201-202: Coblenza al Ministerio de Propaganda, 11 de febrero de 1943; Bormann a todo *Reichsleiter*, *gauleiter* y *Kreisleiter*, 28 de mayo de 1943.

74. MfK-FA, 3.2002.0306, Fritz a Hildegard P., 25 de diciembre de 1942; Hildegard P., diario, 1 de abril, 3 y 29 de mayo de 1943; Ebert, *Stalingrad*, 56 y ss.

75. Biess, *Homecomings*, 19-28; BA-MA, RH 15/310 11 y BA-MA RH 15/310 114, Franz von Papen a Frau Pöpsel, 20 de agosto de 1943.

76. Studnitz, *While Berlin Burns*, 7-8: 2 de febrero de 1943; BA-MA, RH 15/340, 6: «Bericht über die Stimmung bei den Angehörigen der Stalingrad-Kämpfer», 8 de diciembre de 1943; Serrano, *German Propaganda in Military Decline*, 29; Gellately, *Backing Hitler,* 185-186; Biess, *Homecomings*, 26; Stephenson, *Hitler's Home Front*, 187-189.

77. Ambos casos en Biess, *Homecomings*, 26-27; BA-MA, RH 15/340, 6: «Bericht über die Stimmung bei den Angehörigen der Stalingrad-Kämpfer», 8 de diciembre de 1943.

78. Biess, *Homecomings*, 28; Haller, *Lieutenant General Karl Strecker*, 105; BA-MA, RH 15/310, 150: Oberkommando der Wehrmacht a Abwicklungsstab der 6. Armee und H.Gr.-Afrika, 8 de julio de 1944; Boddenberg, *Die Kriegsgefangenenpost deutscher Soldaten in sowjetischem Gewahrsam*, 44.

79. DTA, Luise Stieber, diario, 10 de febrero de 1944.

80. Jarausch y Geyer, *Shattered Past*, 216; Biess, *Homecomings*, 22 y 30-31 para una visión matizada; DTA, Stieber, diario, 2 y 22 de febrero de 1944; ver también MfK-FA, 3.2002.0369, Auguste Rath, 1 y 10 de febrero y 10 de abril de 1943.

81. MfK-FA, 3.2002.0306, Hildegard P., diario, de 1 abril, 3, 14, 17 y 20 de mayo, 8 de septiembre, 31 de diciembre de 1943.

82. MfK-FA, 3.2002.0306, Hildegard P., diario, 13 de junio, 17 y 19 de agosto de 1943.

1. Ver Noakes (ed.), *Nazism*, 4, *The German Home Front*, 409-412; Klönne, *Gegen den Strom*, 143-144; KA1997, Werner K., «20 Monate Luftwaffenhelfer: Tagebücher 5. Januar 1944-20. August 1945», 1-20; Trapp, *Kölner Schulen in der NS-Zeit*, 138-139: basado en el testimonio de 1985 en Matzerath (ed.), *«... Vergessen kann man die Zeit nicht…»*, 247 y 249: testimonio de «Z27».

2. KA 4709/2, Klaus S., n. 1926, «Gomorrha. Bericht über die Luftangriffe auf Hamburg Juli/August 1943», MS. Hamburgo, 1993, basado en su diario y cartas a su madre; Rüther, *Köln im Zweiten Weltkrieg*, 260-261: Hans a Rudolf Haas y Rudolf a Hans Haas, 9 y 23 de febrero de 1943.

3. Hans Joachim M., nacido en 1930, citado en Arbeitsgruppe Pädagogisches Museum (ed.), *Heil Hitler, Herr Lehrer*, 180; Koch en Krüger, «Die Bombenangriffe auf das Ruhrgebiet», en Borsdorf y Jamin (eds.), Überleben im Krieg, 95; Groehler, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, 93-103; Blank, «Kriegsalltag und Luftkrieg», 366 y 421; Reissner en Gepp (ed.), *Essen im Luftkrieg*, 36; Blank, *Ruhrschlacht*.

4. Groehler, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, 93-103; Süss, *Death from the Skies*, 300-303.

5. Estimaciones de capacidad del búnker, Groehler, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, 238-254; Müller, *Der Bombenkrieg 1939-1945*, 135; Friedrich Panse, *Angst und Schreck*, Stuttgart, 1952, 39, citado en Krüger, «Die Bombenangriffe auf das Ruhrgebiet», 96; ver capítulo 2 sobre Panse; Gröschner (ed.), *Ich schlug meiner Mutter die Brennenden Funken ab*, 35; RA, Berufschule M2/6, 1, dieciséis años, ensayo, 21 de enero de 1956; RA Burg-Gymnasium Essen, UII/519, dieciocho años, 24 de febrero de 1956, 1.

6. Reissner en Gepp (ed.), *Essen im Luftkrieg*, 36; Blank, *Ruhrschlacht*.

7. Rüther, *Köln im Zweiten Weltkrieg*, 167-168, 256-257 y 276: Weiss, 3 de marzo de 1943; Anna Schmitz, 28 de febrero de 1943; Heinz Pettenberg, 28 de febrero de 1943; Rosalie Schüttler, 26 de mayo de 1943.

8. *Ibid.,* 277: Rosalie Schüttler, 26 de mayo de 1943; Weiss, 26 de mayo de 1943.

9. Institut für Geschichte und Biographie, Aussenstelle der Fernuniversität Hagen, Lüdenscheid, Lothar C., diario, 30 de mayo y 3 de junio de 1943; Friedrich, *Der Brand*, 13-20.

10. *MadR*, 5356: 17 de junio de 1943; Rüther, Köln im Zweiten Weltkrieg, 277: Rosalie Schüttler, 31 de mayo de 1943.

11. Rüther, *Köln im Zweiten Weltkrieg*, 277-279: Weiss, 10 y 15 de junio de 1943; Schüttler, 9 de junio de 1943; Annemarie Hastenplug, 18 de junio de 1943; *MadR*, 5216: 6 de mayo de 1943.

12. Goebbels, *Tgb*, II/8, 117-118, 279-280 y 379-380: 17 de abril, 12 y 28 de mayo de 1943; Boberach, introducción, *MadR*, 36 y 5217: 6 de mayo de 1943; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 361-363.

13. Rüther, *Köln im Zweiten Weltkrieg*, 256: Weiss, 3 de marzo de 1943.

14. Blank, «Kriegsalltag und Luftkrieg», 391-394 y 434; *DAZ*, 6 de junio de 1943; *VB*, 6 de junio de 1943: Heiber (ed.), *Goebbels Reden 1932-1945*, 225-228.

15. *MadR*, 5426 y 5432; Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, #3614, RHSA, Amt III (SD), Bericht Berlin, 2 de julio de 1943.

16. Brodie, «For Christ and Germany», 165-166 y 188-189; citando a Frings: AEK, DA Lenné 164, «Hirtenwort zum Herz-Jesu-Zeit»: AEK, CR II 25.18, 1, 227; Löffler (ed.), *Galen: Akten, Briefe*

und Predigten, 2, 983-985.

17. Brodie, «For Christ and Germany», 22-25, 151-155, 168, 172 y 184: citando LNRW.ARH, RW 35/09, 49 y 44 y 184-185.

18. *Ibid.,* 179-180 y 183-186: citando a LNRW.ARH, RW 35/09, 28.

19. *Ibid.,* 173-174; Sister M. Irmtrudis Fiederling, «Adolf Kolping and the Kolping Society of the United States», MA Dissertation, Catholic University of America, Washington, DC, 30 de julio de 1941; Gailus, *Protestantismus und Nationalsozialismus*; Gailus y Nolzen (eds.), *Zerstrittene «Volksgemeinschaft».*

20. Brodie, «For Christ and Germany», 178-185: citando a LNRW.ARH, RW 35/09, 128, 147 y 182-184; *MadR*, 5886: 18 de octubre de 1943.

21. Rüther, *Köln im Zweiten Weltkrieg*, 279: Weiss, 18-22 de junio de 1943; rumores posteriores, *MadR*, 5833: 4 de octubre de 1943.

22. Rüther, *Köln im Zweiten Weltkrieg*, 282-283: Chronik der Volksschule Immendorf.

23. *Ibid.,* 283-289: Anneliese Hastenplug, 29 y 30 de junio de 1943, y informe de Weiss a Berna, 30 de junio y 5 de julio de 1943.

24. *Ibid.,* 290: Anna Schmitz, 5 de julio de 1943; Anneliese Hastenplug, 6 de julio de 1943.

25. *Ibid.,* 284 y 305-308.

26. *Ibid.,* 294; Behrenbeck, *Kult um die toten Helden*, 469.

27. Rüther, *Köln im Zweiten Weltkrieg*, 292 y 294; *MadR*, 5515-5518: 22 de julio de 1943; BA, R22/3374, 102 y ss., Lagebericht des Oberlandesgerichtspräsident, 30 de julio de 1943.

28. *MadR*, 5515-5518: 22 de julio de 1943; Rüther, Köln im Zweiten Weltkrieg, 291-293 y 842-855: 22 y 25 de julio de 1943; LNRW.ARH, RW35/09, 187: 10 de julio de 1943.

29. Rüther, *Köln im Zweiten Weltkrieg*, 294: 12 de julio de 1943.

30. *Ibid.,* 290-291 y 697-708: carta de Christa Lehmacher a su hermano: 18-19 de julio de 1943.

31. Blank, «Kriegsalltag und Luftkrieg», 435: 22 de junio de 1943, *gauleiter* de Westfalia del Norte, Alfred Meyer, en el cementerio de Marl para los muertos en un ataque estadounidense en los talleres de Buna; *MadR*, 5428: 2 de julio de 1943; Goebbels en Thiessen, *Eingebrannt ins Gedächtnis*, 45; Boog, *DRZW*, 7, 383 y ss.

32. Sobre Churchill, Hastings, *Bomber Command*, 46-47; Overy, *Bombing War*, 257-259; *MadR*, 5446: 8 de julio de 1943.

33. *MadR*, 5515: 22 de julio de 1943; Blank, «Kriegsalltag und Luftkrieg», 380-381: Willi Römer, diario: 6 de julio de 1943.

34. BA-MA, Tätigkeitsbericht der Feldpostprüfstelle beim Oberkommando der 1. Panzerarmee für Juni 1943, Uffz. FPNr. 31682. Tessin, *Verbände und Truppen*, Bd. 2: *Die Landstreitkräfte*, 1-5, 9.

35. Goebbels, *Tgb*, II/8, 337: 21 de mayo de 1943; *MadR*, 5277, 5285 y 5290: 23 y 30 de mayo de 1943; Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, #3595, NSDAP Parteikanzlei II B 4, Bericht, Múnich, 23-29 de mayo de 1943; publicó «final toll» en *Hagener Zeitung*, 1 de junio de 1943, citado en Blank, «Kriegsalltag und Luftkrieg», 367.

36. Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, #3595, NSDAP Parteikanzlei II B 4, Bericht, Múnich, 23-29 de mayo de 1943.

37. Noakes (ed.), *Nazism*, 4, 491, basado en la transcripción original de la radio; oyentes judíos en Friedländer, *The Years of Extermination,* 473-474.

38. Fox, «Der Fall Katyn und die Propaganda des NS-Regimes», 462-499.

39. Goebbels, *Tgb*, II/8, 2, 104: 14 de abril de 1943; *Im Wald von Katyn: Dokumentarische Bildstreifen* (1943): <https://archive.org/details/1943-Im-Wald-von-Katyn>.

40. *VB*, 15 de abril de 1943; Baird, *The Mythical World of Nazi War Propaganda*, 198; Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!»*, 267-281; Fox, «Jewish victims of the Katyn massacre», 49-55; Goebbels en *Das Reich*, 9 de mayo de 1943.

41. Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!»*, 278-280; Sennholz, *Johann von Leers*; Klemperer, *To the Bitter End*, 223: 29 de mayo de 1943.

42. Goebbels, *Tgb*, II/8, 287-290: 13 de mayo de 1943, y *VB*, 6 de junio de 1943: discurso de 5 de junio de 1943; citado en Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!»*, 274 y 281.

43. Declaración oficial del Gobierno polaco, el 17 de abril de 1943: <http://web.archive.org/web/20080616072503>; <http://www.electronicmuseum.ca/PolandWW2/katyn_memorial_wall/kmw_statement.html>; <Carlton, *Churchill and the Soviet Union*, 105>; y Benjamin B. Fischer, «The Katyn controversy: Stalin's killing field», *Studies in Intelligence*, Winter 1999-2000: publicado el 14 de abril de 2007 en la web CIA: <https://www.cia.gov/library/center-for-the-study-of-intelligence/csi-publications/csi-studies/studies/winter99-00/art6.html>; Goebbels, *Tgb*, II/8, 331-332, 341, 377-378, 416 y 484-485: 20, 22, 28 de mayo, 4 y 17 de junio de 1943; Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!»*, 276.

44. *MadR*, 1073-1074 y 5145: 29 de abril de 1940 y 19 de abril de 1943; para objeciones católicas y protestantes a la crueldad, ver Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, #3604, NSDAP Parteikanzlei II B 4, Report, 6-12 de junio de 1943, Múnich; #3571, SD Aussenstelle Bad Brückenau III A 4, 22 de abril de 1943; #3567, 3568, 3570, 3574, 3589.

45. KA 4709/2, Klaus S., n. 1926, «Gomorrha. Bericht über die Luftangriffe auf Hamburg Juli/August 1943», MS. Hamburgo, 1993, basado en su diario y cartas a su madre: 25 de julio de 1943. Para estadísticas y antecedentes, ver Groehler, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, 106-121; también Middlebrook, *Battle of Hamburg*; Friedrich, *Der Brand*, 192-195.

46. KA 2020, cartas de sus padres a Ingeborg Schmidt, nacida Hey, 26-27 de julio de 1943; Groehler, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, 106-121; Lowe, *Inferno*, 185-232.

47. KA 4709/2, Klaus S. a madre, 1 de agosto de 1943.

48. KA 4709/2, Klaus S. a madre, 30, 28 de julio, 10 de agosto, 31 de julio y 1 de agosto de 1943.

49. Szodrzynski, «Die "Heimatfront"», en Forschungsstelle für Zeitgeschichte in Hamburg (ed.), *Hamburg im «Dritten Reich»*, 656; Thiessen, *Eingebrannt ins Gedächtnis*, 46-51 y 38-39; Johe, «Strategisches Kalkül und Wirklichkeit», en Müller y Dilks (eds.), *Grossbritannien und der deutsche Widerstand 1933-1944*, 222.

50. Brunswig, *Feuersturm über Hamburg*, 286-288; Blank, «Kriegsalltag und Luftkrieg», 383-386; Kramer, *Volksgenossinnen*; Büttner, «"Gomorrha"», en Forschungsstelle für Zeitgeschichte en Hamburg (ed.), *Hamburg im «Dritten Reich»*, 627-628.

51. Pavel Vasilievich Pavlenko, en Diercks (ed.), *Verschleppt nach Deutschland!*, 97; Brunswig, *Feuersturm über Hamburg*, 275; presidente de la policía de Hamburgo, en Noakes, *Nazism*, 4, 554-557; Schröder, *Die gestohlenen Jahre*, 756-769; Gräff, *Tod im Luftangriff*, 111 y 116.

52. Thiessen, *Eingebrannt ins Gedächtnis*, 36-38 y 73.

53. Brunswig, *Feuersturm über Hamburg*, 295; Dröge, *Der zerredete Widerstand*, 130; KA 4709/2, Klaus S. a su madre, 10 de agosto de 1943.

54. Büttner, «"Gomorrha"», 627; Szodrzynski, «Die "Heimatfront"», 647-658; Wolff-Mönckeberg, *Briefe, die sie nicht erreichten*, 160 y ss.; Thiessen, *Eingebrannt ins Gedächtnis*, 46-51.

55. Bajohr, «Hamburg - der Zerfall der "Volksgemeinschaft"», en Herbert y Schildt (eds.), *Kriegsende in Europa*, 323-325; Büttner, «Gomorrha», 629-630.

56. Seydelmann, *Gefährdete Balance*, 105-106; Bajohr, *«Aryanisation» in Hamburg*, 277-282 y 284 n.º 34: informe sobre la ejecución de la oficina del Oeste, 8 de agosto de 1944; Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, #3624, Oberlandesgericht Bamberg, Report, 2 de agosto de 1943; #3680, Stimmungs- und Gerüchteerfassung, Bericht, Frankfurt/M, 11 de diciembre de 1943; *MadR*, 5815, 5821: 27 de septiembre de 1943.

57. Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, #3644, SD Aussenstelle Kitzingen, Report, 13 de septiembre de 1943; #3646, SD Abschnitt Linz III A 4, 24 de septiembre de 1943; #3648, SD Hauptaussenstelle Würzburg III A 4, 7 de septiembre de 1943.

58. *MadR*, 5569-5570 y 5619-5621: 5 y 16 de agosto de 1943: 5 de agosto de 1943; Nossack, 7-8 de agosto de 1943, en Szodrzynski, «Die "Heimatfront"», 655; Thiessen, *Eingebrannt ins Gedächtnis*, 45, n.º 59; Allied leaflets, Kirchner, *Flugblattpropaganda im 2. Weltkrieg: Europa*, 5, 184, 196-199, 210-217, 233-236 y 273-281: «julio de 1943» o «Hamburgo» usados como amenaza de completa destrucción a otros; Goebbels, *Tgb*, II/10, 360, 26 de noviembre de 1943.

59. Szodrzynski, «Die "Heimatfront"», 656; Thiessen, *Eingebrannt ins Gedächtnis*, 46-51; *MadR*, 5560-5569, 5573-5574 y 5620-5621: 2, 5 y 16 de agosto de 1943.

60. *MadR*, 5560-5569, 5573-5574 y 5620-5621: 2, 5 y 16 de agosto de 1943.

61. Overy, *Bombing War*, 120; Goebbels, *Tgb*, II/9, 226: 6 de agosto de 1943.

62. Lothar de la Camp, carta circular, 15 de agosto de 1943, en Hauschild-Thiessen (ed.), *Die Hamburger Katastrophe*, 230.

63. Ver Bankier, *The Germans and the Final Solution,* 148; Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, #3592, Regierungspräsident Schwaben, Bericht für Mai 1943 («Monatsbericht (Lagebericht)»), Augsburg, 10 de junio de 1943; #3571, SD Aussenstelle Bad Brückenau, 22 de abril de 1943; #3647, SD Aussenstelle Schweinfurt, 6 de septiembre de 1943; #3661, NSDAP Kreisschulungsamt Rothenburg/T., 22 de octubre de 1943; #3693, SD Aussenstelle Schweinfurt, [1944]; #3573, SD Aussenstelle Schweinfurt, 16 de abril de 1943; #3648, SD Hauptaussenstelle Würzburg, 7 de septiembre de 1943; #3708, SD Aussenstelle Bad Brückenau, [2?] de abril de 1944; #3628, SD Aussenstelle Würzburg, 3 de agosto de 1943; #3718, SD Aussenstelle Lohr III, 15 de mayo de 1944. Para una interpretación diferente, lea estas fuentes como expresión de indeferencia moral, ver Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent*, 369; y Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!»*, 284-287.

64. Wildt, «Gewalt gegen Juden in Deutschland 1933 bis 1939», 59-80; Wildt, *Volksgemeinschaft als Selbstermächtigung*; Blank, «Kriegsalltag und Luftkrieg», 404; Brodie, «For Christ and Germany», 189; *MadR*, 5449; LNRW.ARH, RW 35/09, 191: Aquisgrán, 26 de julio de 1943; Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, #3722, SD-Aussenstelle [Bad Brückenau] III A 4, [?] de junio de 1944.

65. Blank, «Kriegsalltag und Luftkrieg», 368-369; *MadR*, 4983: 22 de marzo de 1943; Beck, *Under the Bombs*, 59; Goebbels, *Tgb*, II/7, 491 y 570, II/8, 358: 7 y 18 de marzo y 25 de mayo de 1943.

66. Goebbels, *Tgb*, II/7, 454, 2 de marzo de 1943; Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!*, 263-267.

67. Bankier, «German public awareness of the final solution», en Cesarani (ed.), *The Final Solution*, 222; Steinert, *Hitlers Krieg*, 143-144; 288, 305; Kershaw, *Popular Opinion and Political*

Dissent, 369; Trommler, «Deutschlands Sieg oder Untergang», en Koebner y otros (eds.), *Deutschland nach Hitler*, 214-228.

68. *MadR*, Boberach, «Einleitung», 36.

69. Hermann Hirsch en *Stuttgarter NS-Kurier*, 2 de septiembre de 1943; *Der Führer*, 3 de septiembre de 1943; también Klaus Schickert, «Kriegsschauplatz Israel» la revista de las juventudes hitlerianas *Wille und Macht* de septiembre/octubre de 1943. Joseph Goebbels, «30 Kriegsartikel für das deutsche Volk», *Das Reich*, 26 de septiembre de 1943, Art. 8; reimpreso en Goebbels, *Der steile Aufstieg*, 464-473.

70. Kris y Speier (eds.), *German Radio Propaganda*, 210: 6 de octubre de 1943; Marxen, *Das Volk und sein Gerichtshof*, 36 y 42-43; Schlüter, *Die Urteilspraxis des Volksgerichtshofs*, 175-182; Dörner, «*Heimtücke*», 33, 144-145 y 233-240; Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent*, 367; Himmler, *Die Geheimreden*, 170-172: discurso a *Reichsleiters* y *gauleiters*, Posen, 6 de octubre de 1943.

71. Schmitz y Haunfelder (eds.), *Humanität und Diplomatie*, 208.

72. Schreiber, *Die italienischen Militärinternierten im deutschen Machtbereich 1943-1945*; reacciones al armisticio estadounidense en Alemania entre trabajadores alemanes y extranjeros, ver *MadR*, 5745-5746 y 5764-5769: 13 de septiembre de 1943.

12. *«RESISTIENDO»*

1. Para éste y los sucesivos, Thiessen, *Eingebrandt ins Gedächtnis,* 61-66.

2. Blank, «Kriegsalltag und Luftkrieg», 383-384; Thiessen, *Eingebrandt ins Gedächtnis*, 67-69.

3. Black, *Death in Berlin*, 112-122.

4. *MadR*, 4875: 1 de marzo de 1943; Black, *Death in Berlin*, 102-103.

5. Dörr, *«Wer die Zeit nicht miterlebt hat...»*, 2, 219-221: entrevista con Gertrud L. (n. 1910), «Gedächtnisgottesdienst von Karl K.» (sin fecha).

6. *MadR*, 4875: 1 de marzo de 1943; Black, *Death in Berlin*, 102-106; Brodie, «For Christ and Germany», 196-207 y 223-241 sobre el fallo del resurgimiento religioso en la Renania Católica.

7. Thiessen, *Eingebrandt ins Gedächtnis*, 85 y 77-78; Büttner, «“Gomorrha”», 32; Zacharias-Langhans, *Hoffen auf den kommenden Christus*, 38-40.

8. Goebbels, *Tgb*, II/11, 527, y II/12, 355: 22 de marzo y 25 de mayo de 1944; Brodie, «For Christ and Germany», 223; citando LNRW.ARH, RW 34/03, 23.

9. Brodie, «For Christ and Germany», 183-184 y 221.

10. Goebbels, *Tgb*, II/10, 360: 26 de noviembre de 1943; Groehler, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, 183; Vassiltchikov, *Berlin Diaries, 1940-1945*, 105-109: 23 de noviembre de 1943; Kirchner, *Flugblattpropaganda im 2. Weltkrieg*, 196-199, 210-217, 233-236 y 273-281.

11. Handelsanstalt Berlin-Wedding, citado en Arbeitsgruppe Pädagogisches Museum (ed.), *Heil Hitler, Herr Lehrer*, 206-207.

12. MfK-FA, 3.2002.0279, Liselotte Purper a Kurt Orgel y Kurt Orgel a Liselotte Purper, 23 de noviembre de 1943.

13. MfK-FA, 3.2002.0279, Liselotte Purper a Kurt Orgel, 25 de noviembre de 1943 y 11 de marzo de 1944.

14. MfK-FA, 3.2002.0279, Kurt Orgel a Liselotte Purper, 10 de diciembre de 1943.

15. Groehler, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, 183; Middlebrook, *The Berlin Raids*; Moorhouse, *Berlin at War*, 321-325.

16. Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen*, 129-134: 25-27 de noviembre de 1943. En su trabajo como periodista, editando el folletín de la *DAZ*, ver Frei y Schmitz, *Journalismus im Dritten Reich*, 150-154. Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen*, 155-159: 1 de febrero de 1944.

17. *Ibid.,* 160-162 y 181: 3 y 10 de febrero y 20 de abril de 1944.

18. MfK-FA, 3.2002.0279, Liselotte Purper, 4 y 16 de diciembre de 1943; Kurt Orgel, 4 de diciembre de 1944.

19. MfK-FA, 3.2002.0279, Liselotte a Kurt Orgel, 14 y 24 de marzo de 1944.

20. *Ibid*.

21. Groehler, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, 190-195; Webster y Frankland, *The Strategic Air Offensive against Germany*, 2, 198-211, y 3, 9-41; Middlebrook y Everitt (eds.), *The Bomber Command War Diaries*, diciembre de 1943-enero de 1944.

22. MfK-FA, 3.2002.0279, Liselotte Purper a Kurt Orgel, 25 de febrero de 1944.

23. Overy, *Why the Allies Won,* 90-97 y 129; Müller, *Der Bombenkrieg*, 140-145; Hastings, *Bomber Command*, 308 y 348.

24. Overy, *Bombing War*, 338-355; Webster y Frankland, *The Strategic Air Offensive against Germany*, 2, 190 y 196: Harris a Churchill, 3 de noviembre de 1943; Hastings, *Bomber Command*, 258-261; Overy, *Bombing War*, 338-341.

25. Overy, *Bombing War*, 357-377; Hastings, *Bomber Command*, 341-348 y 356; Webster y Frankland, *The Strategic Air Offensive against Germany*, 2, 193.

26. Görtemaker, *Ein deutsches Leben*, 199-203; Goebbels, «Das Leben geht weiter», *Das Reich*, 16 de abril de 1944; Rudolf Sparing, «Ich lebe in Berlin. Ein Bericht», *Das Reich*, 30 de julio de 1944; Frei y Schmitz, *Journalismus im Dritten Reich*, 110.

27. Baldoli, «Spring 1943», *History Workshop Journal*, 72 (2011), 181-189; también Baldoli y Fincardi, «Italian society under Anglo-American bombs», *Historical Journal* 52: 4 (2009); Baldoli y otros (eds.), *Bombing, States and Peoples in Western Europe 1940-1945*; Baldoli y Knapp, *Forgotten Blitzes*; Gribaudi, *Guerra totale.*

28. Kramer, «Mobilisierung für die "Heimatfront"», en Steinbacher (ed.), *Volksgenossinnen*, 69-92; Maubach, «Expansion weiblicher Hilfe», en Steinbacher (ed.), *Volksgenossinnen*, 93-111; para una versión más pesimista, Stephenson, *Hitler's Home Front*, 225. Fue la primera mujer auxiliar en Núremberg a la que se le concedió la medalla.

29. Lacey, *Feminine Frequencies*, 205-206; Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront*.

30. Süss, *Death from the Skies*, 362-367.

31. Kock, *«Der Führer sorgt für unsere Kinder...»*, 213-225 y 253-255; Süss, *Der «Völkskörper» im Krieg*, 279; Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront*, 259-280; Krause, *Flucht vor dem Bombenkrieg*, 103-104.

32. Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront*, 283-286; Krause, *Flucht vor dem Bombenkrieg*, 182; para estimaciones anteriores de cinco millones de evacuados, Bundesministerium für Vertriebene, Flüchtlinge und Kriegsgeschädigte (ed.), *Dokumente deutscher Kriegsschäden: Evakuierte, Kriegssachgeschädigte, Währungsgeschädigte*, Bonn, 1958, 1, 103-105; *United States Strategic Bombing Survey: The Effects of Strategic Bombing on German Morale*, 1, Washington DC, 1947, 10.

33. *MadR*, 5643-5646: 19 de agosto de 1943; Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront*, 282; incidente de junio de 1943.

34. *United States Strategic Bombing Survey*, 2, 72; Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront*, 282-284; *MadR*, 5828: 30 de septiembre de 1943; Kock, *«Der Führer sorgt für unsere Kinder...»*, 213-225 y 253-255; Brodie, «For Christ and Germany», 244-247: informe de Albert Lenné, 28 de julio de 1943; Sollbach, *Heimat Ade!,* 30.

35. KA 2808/1, Renate S., n. 1931, «Ein Schloss voll kleiner Mädchen: Erinnerungen an die Kinderlandverschickung 1943-1945», MS, 2-16.

36. KA 1997, Werner K., 26 y 29 de noviembre de 1943.

37. Klee, *Im «Luftschutzkeller des Reiches*», 117-121; Mertens, «NS-Kirchenpolitik im Krieg», en Hummel y Kösters (eds.), *Kirchen im Krieg*, 245-246; Sollbach, *Heimat Ade!*, 52, n.º 180.

38. Erwin Ebeling, Inge Reininghaus y Gisela Schwartz (nacida Vedder), testimonio en Sollbach, *Heimat Ade!*, 13, 41, 135, 144-145 y 154-159; *MadR*, 5643-5646: 19 de agosto de 1943.

39. Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront*, 290; Sollbach, *Heimat Ade!,* 52, n.º 180, citando un informe del director de una escuela de Hagen, 16 de septiembre de 1943, StadtA HA, 11319.

40. Sollbach, *Heimat Ade!*, 13 y 135 para el reporte de Inge Reininghaus, 2 de abril de 1997; Kundrus, *Kriegerfrauen,* 261 y 271; Stephenson «"Emancipation" and its problems», 358-360; Szepansky (ed.), *Blitzmädel, Heldenmutter, Kriegerwitwe*; visita de la Iglesia católica de Colonia a Niederdonau (verano de 1944) y a Buchen (junio de 1945), en Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront*, 291 y 293-295; *MadR*, 5475-5481 y 5907-5914: 15 de julio de 1943 y 21 de octubre de 1943.

41. Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront*, 290-291, informe de una visita a mujeres y niños de Renania, en Württemburg Oberland, 29 de octubre de 1943 y Baden, informe del 4 de agosto de 1945 «Schwierigkeiten, Bitterkeiten, Lieblosigkeiten und Verständnislosigkeiten auf beiden Seiten auszuräumen.» Seelsorgehelferin, Odenwald, informe de febrero de 1944. Brodie, «For Christ and Germany», 244-276.

42. Hanna R. en Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront*, 303-304; Brodie, «For Christ and Germany», 244-276.

43. *MadR*, 5720-5724: 6 de septiembre de 1943; Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront*, 287-289; Stephenson, «"Emancipation" and its problems», 358-360.

44. Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront*, 288-289; Krause, *Flucht vor dem Bombenkrieg*, 128-130; Kreidler, *Die Eisenbahnen im Machtbereich der Achsenmächte*, 191-213.

45. Krause, *Flucht vor dem Bombenkrieg*, 117; *Stuttgarter NS-Kurier*, 22 de agosto de 1944; Krause, *Flucht vor dem Bombenkrieg*, 118-121.

46. Kundrus, *Kriegerfrauen*, 245-321.

47. Kock, *«Der Führer sorgt für unsere Kinder...»*, 218-219, 223-225, 242-244 y 255; Sollbach, *Heimat Ade!,* 11-12; *MadR*, 5827: 30 de septiembre de 1943; Christa G. Nauen, en Gröschner (ed.), *Ich schlug meiner Mutter die brennenden Funken ab*, 353-354; números de regresados, Goebbels, *Tgb*, II/10, 506-519: 20 de diciembre de 1943.

48. *MadR*, 6029-6031: 18 de noviembre de 1943; Sollbach, *Heimat Ade!,* 29.

49. Krause, *Flucht vor dem Bombenkrieg*, 125-156; Klee, *Im «Luftschutzkeller des Reiches»*, 304; Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront*, 279 y 283.

50. Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront*, 273; Werner, *«Bleib übrig»*, 126-127, 198-199 y 268-274; Torrie, *«For their own Good»*, 94-127.

51. Krause, *Flucht vor dem Bombenkrieg*, 128-129: BA, R 22/2328, «Bericht des Gauleiters Josef Grohé über die Luftangriffe der letzten Wochen»; Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront*, 273.

52. Kreidler, *Die Eisenbahnen im Machtbereich der Achsenmächte*, 316; Krause, *Flucht vor dem Bombenkrieg*, 132-134, 177-178.

53. «Aktuelle Fragen des Filmtheaterbesuchs», *Film-Kurier*, 25 de julio de 1944, citado en Ross, *Media and the Making of Modern Germany*, 371.

54. Trümpi, *Politisierte Orchester*, 255-259. <http://www.wienerphilharmonikerat/new-years-concert/history>: comisión histórica especial de Fritz Trümpi, Oliver Rathkolb y Bernadette Mayrhofer nombrados en 2013 por la Filarmónica de Viena para investigar la historia de la orquesta bajo el Tercer Reich.

55. De Boor, *Tagebuchblätter*, 179: 28 de abril de 1944; Ross, *Media and the Making of Modern Germany*, 371-372; *MadR*, 5726-5727: 9 de septiembre de 1943; Kundrus, «Totale Unterhaltung?», 106-107.

56. *MadR*, 4766-4767: 8 de febrero de 1943; Strobl, *The Swastika and the Stage*, 212-215.

57. Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen*, 183: 29 de abril de 1944; Strobl, *The Swastika and the Stage*, 195-196.

58. Strobl, *The Swastika and the Stage*, 188-190; Kundrus, «Totale Unterhaltung?», 147; Daiber, *Schaufenster der Diktatur*, 243.

59. Strobl, *The Swastika and the Stage*, 189-190.

60. Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich,* 13-14.

61. Rilke, *Duineser Elegien*; Hoeniger, «Symbolism and pattern in Rilke's Duino Elegies», 271-283; Koch, «Rilke und Hölderlin», 91-102; Zeller y Brüggemann (eds.), *Klassiker in finsteren Zeiten*, 2, 92-93: Georg Seidler había reordenado el texto para su representación, esbozando las dos versiones posteriores y fragmentadas.

62. Friedrich Hölderlin, 1798, adaptado por Johannes Brahms (1833-1897), «Hyperions Schicksalslied», op. 54 (1868), publicada en 1871; Trans. Emily Ezust como «Hyperion's song of Fate» © 1995, (re)publicada en esta web con su permiso: <http://www.recmusic.org/lieder/get_text.html?TextId=8134>; Brahms, «Hyperions Schicksalslied», op. 54; Zeller y Brüggemann (eds.), *Klassiker in finsteren Zeiten*, 2, Marbach, 1983, 99: Günther Dahms a Wolfgang Hermann, 10 de junio de 1943.

63. De Boor, *Tagebuchblätter*, 144: a mediados de junio de 1943; Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen*, 186-187: 10 de mayo de 1944; Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich,* 297.

64. Hija en prisión, De Boor, *Tagebuchblätter*, 164-166, 167, 170-173, 178-181, 151, 161, 160, 154, 158, 170, 189, 175, 159, 163, 175, 145, 192 y 167: 22 de diciembre de 1943-principios de enero de 1944; 16-18 de enero, 20 de febrero, 25-29 de febrero, 26-28 de abril y 7-8 de mayo de 1944; 9-11 de agosto, 13 de diciembre, 21 de noviembre, finales de octubre de 1943, 15-16 de febrero, 20 de febrero y 14-19 de julio de 1944; 2 de abril de 1944 y 1 de noviembre de 1943; 18 de diciembre de 1943 y 19 de marzo de 1944; 22 de junio de 1943 y 7 de agosto de 1944 (deportaciones de judíos); 8-15 de enero de 1944 (Jünger); Hoffmann, *Stauffenberg*, esp. capítulos 2 y 8; Jens (ed.), *Hans Scholl, Sophie Scholl*, 251-253: Sophie Scholl a Fritz Hartnagel, 28 de octubre de 1942.

65. Jünger, *Der Kampf als inneres Erlebnis*, edición revisada, 1933, 11 y 8; ver también Weisbrod, «Military violence and male fundamentalism», 69-94.

66. Reese, *Mir selber seltsam fremd*, 103.

67. *Ibid.,* 135-136.

68. *Ibid.,* 129-132.

69. *Ibid.,* 147, 148-149; también 232-233.

70. Weisbrod, «Military violence and male fundamentalism», 77; Stern, *Ernst Jünger*, 26; Reese, *Mir selber seltsam fremd*, 221 y 242-243; para una traducción diferente, ver Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich,*275.

71. Reese, *Mir selber seltsam fremd*, 209-210, 245, 217 y 247; Weisbrod, «Military violence and male fundamentalism», 84.

72. Ver Klemperer, *To the Bitter End*, 289 y 291: 12 y 19 de marzo de 1944, y su *The Language of the Third Reich*, 172-181; Stern, «Antagonistic memories», en Passerini (ed.), *Memory and Totalitarianism*, 26; Schottländer, *Trotz allem ein Deutscher*, 48 y ss.

73. Kulka y Jäckel, *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, #3582, NSDAP Ortsgruppe Nürnberg-Maxfeld, 9 de abril de 1943; #3719, SD Aussenstelle Würzburg III C 4, 8 de mayo de 1944; BA, R55, 571/46: Kurt L., 18 de mayo de 1944; R55, 571/145: 4 de junio de 1944, Irma J.; BA, R55, 571/123-126, Georg R., 1 de junio de 1944; BA, R55, 571/240: K. von N; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 260-261.

13. *TIEMPO PRESTADO*

1. Reese, *Mir selber seltsam fremd*, ed. Schmitz, 7, 9, 196, 211, 197.

2. Weinberg, *A World at Arms,* 667-668; Erickson, *The Road to Berlin*, 2, 225.

3. *MadR*, 6523: 11 de mayo de 1944; Danimann, *Flüsterwitze und Spottgedichte unterm Hakenkreuz*, 84-86.

4. *MadR*, 6419-6422, 6511, 6521-6525, 6535-6537, 6551-6553, 6563-6564, 6571-6572: 16 de marzo, 4, 11, 18 y 25 de mayo, 1 y 8 de junio de 1944; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 447-452.

5. *MadR*, 6481-6488: 13 de abril de 1944.

6. MfK-FA, 3.2002.0279, Kurt a Liselotte, 26 de noviembre de 1944; Liselotte a Kurt, 11 de noviembre de 1944; MfK-FA, 3.2002.0279, Liselotte Purper a Kurt Orgel, 31 de marzo de 1944.

7. Kramer, *Volksgenossinnen an der Heimatfront*, 291, citando los informes de las iglesias de Colonia y Friburgo sobre evacuados; *MadR*, 6025-6026 y 6481-6488: 18 de noviembre de 1943 y 13 de abril de 1944.

8. Hammer y Nieden, «Sehr selten habe ich geweint», 202-222: Heinz B. a Gisela, 27 de octubre de 1943. Hammer y Nieden, «Sehr selten habe ich geweint», 205-206: Heinz B. a Gisela, 4 de enero de 1944.

9. MfK-FA, 3.2002.0279, Kurt Orgel a Liselotte Purper, 1 de mayo de 1944.

10. Inge Marszolek, «Ich möchte Dich zu gern mal in Uniform sehen», 56-58.

11. UV, SF/NL 75 II, Hans H. a Maria Kundera, 6 de febrero y 16 de enero de 1944.

12. UV, SF/NL 75 II, Maria Kundera a Hans H., 31 de julio de 1944.

13. *Ibid*, Hans H. a Maria Kundera, 13 de abril de 1944; Maria a Hans, 6 de agosto de 1944; Heribert Artinger, «Auswertung der Feldpostbriefe des Jahres 1944 von Hans H. an Maria Kundera sowie von Maria Kundera an Hans H.», Universidad de Viena, Geschichte, 2009, 9-10 y 18-19.

14. UV, SF/NL 75 II, Hans H. a Maria Kundera, 16 de enero, 23 de julio y 28 de marzo de 1944; Hans H. a Maria Kundera, 7 y 28 de marzo, 13 y 19 de abril, 31 de enero, 19 de marzo, 30 y 31 de mayo, 1, 2, 4, 5 y 7 de junio de 1944.

15. Irrgang, *Leutnant der Wehrmacht*, 173: carta a su familia, s.f.; Gordon, «Ist Gott Französisch?»; Torrie, «Our rear area probably lived too well».

16. Reese, *Mir selber seltsam fremd*, 230.

17. Irrgang, *Leutnant der Wehrmacht*, 173: Stölten a sus padres, 17, 1944.

18. Weinberg, *A World at Arms,* 676-689; Beevor, *El día D: la batalla de Normandía*.

19. Hastings, *Overlord;* Forty, *Villers-Bocage*.

20. Irrgang, *Leutnant der Wehrmacht,* 178, n.º 54: Wilhelm Stölten to Victor Meyer-Eckhardt, 9 de julio de 1944.

21. *Ibid.,* carta a su familia, 2 de julio de 1944; Weinberg, *A World at Arms,* 682-695.

22. *Ibid.,* 179-180: a sus padres, 8 de julio de 1944.

23. *Ibid.,* 180: a Dorothee Ehrensberger, 12 de agosto de 1944.

24. *Ibid.,* 180-183: a Dorothee Ehrensberger, s.f. (principios de mediados de agosto de 1944), 24 y 26 de julio de 1944.

25. *Ibid.,* 182-192.

26. Hölderlin, *Hyperion*, 185; Irrgang, *Leutnant der Wehrmacht*, 218: a Dorothee Ehrensberger, 12 de agosto de 1944; Latzel, *Deutsche Soldaten*; Baird, *To Die for Germany*; Behrenbeck, *Der Kult um die toten Helden*.

27. Irrgang, *Leutnant der Wehrmacht*, 189.

28. Glantz y House, *When Titans Clashed*, 201-210; Grenkevich, *The Soviet Partisan Movement*, 257-262; Gerlach, *Kalkulierte Morde*, 1010-1035 y 1085-1089; Frieser, «Zusammenbruch im Osten»; Weinberg, *A World at Arms,* 703-709.

29. Beevor y Vinogradova (eds.), *A Writer at War*, 273.

30. Reese, *Mir selber seltsam fremd*, 249; pérdidas, Kunz, *Wehrmacht und Niederlage*, 152-153; Overmans, *Deutsche militärische Verluste*, 277-279.

31. Mujer soldado entrevistada por Svetlana Aleksiévich, «Der Mensch zählt mehr als der Krieg», 45.

32. Borodziej, *The Warsaw Uprising*; Davies, *Rising '44*.

33. Hosenfeld, «Ich versuche jeden zu retten», 822-824: cartas a su esposa e hijos, 4 y 6 de agosto de 1944.

34. Borodziej, *The Warsaw Uprising of 1944*, 79-82; Hosenfeld, «Ich versuche jeden zu retten», 824: diario, 8 de agosto de 1944.

35. Hosenfeld, «Ich versuche jeden zu retten», 824-827: Hosenfeld cartas y diario, 8-9 de agosto de 1944.

36. Irrgang, *Leutnant der Wehrmacht*, 192, n.º 109 y n.º 204: Peter a Dorothee Ehrensberger, s.f. (a finales de julio de 1944), 15 y 21 de agosto de 1944; «Gespräch», Le Mans, julio de 1944; *ibid.,* 205: Stölten a sus padres, 7 de septiembre de 1944.

37. *Ibid.,* 211-212: Stölten a su padre, 30 de agosto de 1944.

38. Borodziej, *The Warsaw Uprising of 1944*, 78-80 y 97-98; Bishop, *SS: Hitler's Foreign Divisions*.

39. Irrgang, *Leutnant der Wehrmacht*, 210-214.

40. *Ibid.,* 210: Stölten a Dorothee Ehrensberger, 28-29 de septiembre de 1944.

41. Hosenfeld, «Ich versuche jeden zu retten», 824-834: Hosenfeld cartas y diario, 8-12 y 23 de agosto de 1944.

42. Irrgang, *Leutnant der Wehrmacht*, 207-209: Stölten a Dorothee Ehrensberger, 16 de septiembre y 30 de agosto de 1944; Satire, 2-3, y a su familia 1 de septiembre.

43. Borodziej, *The Warsaw Uprising of 1944*, 107-128; Davies, *Rising '44*, 400 y 427.

44. Hosenfeld, «Ich versuche jeden zu retten», 856-857: 5 de octubre de 1944.

45. Irrgang, *Leutnant der Wehrmacht*, 216-221 y 230: Peter Stölten a Dorothee Ehrensberger, 5 y 6 de octubre y 12 de agosto de 1944; 18 de octubre de 1944.

46. Hosenfeld, «Ich versuche jeden zu retten», 862-863: 22 de octubre de 1944.

47. *Ibid.,* 849 y 856-873: 20 de septiembre, 5 de octubre-17 de noviembre de 1944; Szpilman, *El pianista de Varsovia*, 177-182.

48. Weinberg, *A World at Arms,* 690-693; Beevor, *D-Day*.

49. UV, SF/NL 75 II, Hans H. a Maria Kundera, 16 de agosto de 1944; Kuby, *Nur noch rauchende Trümmer*.

50. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Guicking, extractos del diario, 15-24 de agosto de 1944.

51. Eisenhower, *Cruzada en Europa*, 279; Weinberg, *A World at Arms,* 694-695.

52. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Ernst Guicking, extractos del diario, 26 de agosto-2 de septiembre de 1944.

53. *Ibid.,* Ernst Guicking, extracto del diario, 13 de septiembre de 1944.

54. Schumann y otros, *Deutschland im Zweiten Weltkrieg*, 6, 105-112.

55. Kershaw, *The End*, 61-62 y 72-73: BA, R55/601, 104, informe semanal de propaganda: 4 de septiembre de 1944.

56. *Ibid.,* 62-74; *MadR*, 6697-6698: 10 de agosto de 1944; BA, R55/623, 56-59: Wochenübersicht über Zuschriften zum totalen Kriegseinsatz, 28 de agosto de 1944.

57. Kershaw, *The End*, 69-70.

14. *ATRINCHERÁNDOSE*

1. Kershaw, *The End*, 88-90; Schumann y otros, *Deutschland im Zweiten Weltkrieg*, 6, 236; Nolzen, «Die NSDAP, der Krieg und die deutsche Gesellschaft», *DRZW*, 9/1 (2004), 182; Strobl, *The Swastika and the Stage*, 220-225.

2. Hubatsch (ed.), *Hitlers Weisungen*, 243-250: 8 de marzo de 1944.

3. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Irene a Ernst Guicking, 1 y 7 de septiembre de 1944.

4. Hoffmann, *The History of the German Resistance, 1933-1945*; Moorhouse, *Killing Hitler*; Ueberschär (ed.), *Der 20. Juli 1944*.

5. Kramarz, *Claus Graf Stauffenberg*, 201; Hoffmann, *Stauffenberg*, 243; Kershaw, *Hitler*, 2, 655-684.

6. Hitler, *Reden und Proklamationen*, 2127-2129: 21 de julio de 1944; *Manchester Guardian*, 21 de julio de 1944.

7. Irrgang, *Leutnant der Wehrmacht*, 82: Wilhelm a Peter Stölten y Wilhelm Stölten, diario: 21 de julio de 1944; Oberlandesgericht-Präsident Nürnberg, 1 de agosto de 1944, en Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 477; informe del SD, 21 de julio de 1944: *Spiegelbild einer Verschwörung*, 1-11: 21-24 de julio de 1944.

8. Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 476-482; Kershaw, *The End*, 29-34; Breloer (ed.), *Mein Tagebuch*, 334; Feldpostprüfstelle of Panzer AOK. 3, 2 de septiembre de 1944, en Buchbender y Sterz (eds.), *Das andere Gesicht des Krieges*, 20-23; BA, R55/601, 54-63 y 69-70, informes semanales del Ministerio de Propaganda, 24 de julio y 7 de agosto de 1944; Gurfein y Janowitz, «Trends in Wehrmacht morale», 81.

9. Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 482-483; Kershaw, *Hitler*, 2, 687-688; Ley, *Der Angriff*, 23 de julio de 1944; Smelser, *Robert Ley*, 291; Oven, *Finale Furioso*, 505; Messerschmidt, «Die Wehrmacht», en Volkmann (ed.), *Ende des Dritten Reiches - Ende des Zweiten Weltkrieges*, 240-241; Conze y otros, *Das Amt und die Vergangenheit*, 305-309.

10. Kershaw, *The End*, 33-34 y 44-51; Clark, «Johannes Blaskowitz», en Smelser y Syring (eds.), *Die Militärelite des Dritten Reiches*, 28-49.

11. Lumans, *Latvia in World War II*, 252-258; Loeffel, «Soldiers y terror», 514-530; Loeffel, *Family Punishment in Nazi Germany*.

12. Loeffel, «Soldiers and terror»; *IFZ*-Archiv Múnich, NOKW-535.

13. Kershaw, *The End*, 20-26 y 35-43.

14. Kunz, *Wehrmacht und Niederlage*, 156-189; reclutamiento femenino: Absolon, *Die Wehrmacht im Dritten Reich*, 6, 28; Morgan, *Weiblicher Arbeitsdienst*, 423; Nolzen, «Die NSDAP, der Krieg und die deutsche Gesellschaft»; Kershaw, *The End*, 20-26 y 35-44; debate de los años veinte, Mulligan, *The Creation of the Modern German Army*.

15. Yelton, *Hitler's Volkssturm*, 120-121, 105-118.

16. Maubach, «Expansion weiblicher Hilfe», en Steinbacher (ed.), *Volksgenossinnen*, 93-111; Müller, *Der Bombenkrieg*, 140.

17. BA, NS 19/4015: Himmler a camaradas de distritos y escuelas militares, 21 de septiembre de 1944, en Kunz, *Wehrmacht und Niederlage*, 167; Geyer, «Endkampf 1918 and 1945», en Lüdtke y Weisbrod (eds.), *No Man's Land of Violence*, 35-67.

18. Stehkämper en Steinhoff y otros, *Voices from the Third Reich*, 362; BA, R55/601, 160: informe de propaganda, 9 de octubre de 1944; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 506; Klönne, *Gegen den Strom*, 143-144; Beevor, *Berlin: The Downfall,* 181; también KA 1997, Werner K., «20 Monate Luftwaffenhelfer», 144-145 y 150: 21 y 30 de enero de 1945; transición similar en KA 920, Walter S., «Mein Tagebuch», 15 de septiembre y 3 de noviembre de 1944.

19. Orłowski y Schneider (eds.), *«Erschiessen will ich nicht!»*, 50, 318 y 321: 26 de octubre de 1939, 6 de octubre y 6 de noviembre de 1944.

20. Irrgang, *Leutnant der Wehrmacht*, 233: Peter a Margarethe Stölten, 19 de noviembre, y a Dorothee Ehrensberger, 24 de noviembre de 1944.

21. BA, NS 19/4017, Heinrich Himmler, 3 de noviembre de 1944, citado en Kunz, *Wehrmacht und Niederlage*, 143; Lakowski, «Der Zusammenbruch der deutschen Verteidigung zwischen Ostsee

und Karpaten», 496-501; Noble, *Nazi Rule and the Soviet Offensive in Eastern Germany*, 152.

22. Weinberg, *A World at Arms,* 690-702; 760-763.

23. Yelton, *Hitler's Volkssturm*, 120-121; Müller, *Der letzte deutsche Krieg*, 285.

24. Zagovec, «Gespräche mit der "Volksgemeinschaft"», 334-337.

25. *Ibid.,* 347-349, y 289, citando a Mann, *Der Wendepunkt*, 649; Kershaw, *The End*, 70-71; sobre Dicks, ver Pick, *The Pursuit of the Nazi Mind*, 2012.

26. Overmans, *Deutsche militärische Verluste*, 238-243 y 277-283.

27. Kershaw, *The End*, 76-88.

28. Veredicto, Tribunal Provincial de Duisburgo, 14 de junio de 1950 en *Justiz und NS-Verbrechen*, 6, n.º 219; citado en Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, 362; Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen*, 264-265: 30 de noviembre de 1944.

29. MfK-FA, 3.2002.0279, Liselotte Purper, «Berlin bleibt Berlin», 26 de septiembre de 1944; MfK-FA, 3.2002.0279, Liselotte a Kurt, 23 de mayo de 1944.

30. Joachim Fernau, «Das Geheimnis der letzten Kriegsphase», *VB*, 30 de agosto de 1944; Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen*, 233: 5 de septiembre de 1944; Klemperer, *To the Bitter End*, 2, 337: 1 de septiembre de 1944.

31. MfK-FA, 3.2002.0279, Kurt Orgel a Liselotte Purper, 30 de julio y 30 de septiembre de 1944; Liselotte Purper a Kurt Orgel, 14 de octubre de 1944.

32. Irrgang, *Leutnant der Wehrmacht*, 228-231: Peter Stölten a Dorothee Ehrensberger y a sus padres, 18, 20-23 y 25 de octubre, 11 de noviembre y 16 de septiembre de 1944.

33. *Ibid.,* 235-236: Stölten, 19 de diciembre de 1944; 1 de enero de 1945; a Dorothee, 21-22 de diciembre de 1944; a Udo, 1 de enero de 1945.

34. Boor, *Tagebuchblätter*, 204-205, 202, y 208: 1 de noviembre, 29 y 14 de octubre, 25 de noviembre de 1944.

35. Boor, *Tagebuchblätter*, 209 y 217: 25 de noviembre y 28 de diciembre de 1944.

36. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Irene a Ernst Guicking, 1 de agosto de 1944; 7, 8 y 13 de diciembre de 1944.

37. Orłowski y Schneider (eds.), «Erschiessen will ich nicht!», 327: 12 de diciembre de 1944, citando una carta de Gretel del 21 de noviembre de 1944; 328: 25 de diciembre de 1944.

38. MfK-FA, 3.2002.0279, Liselotte Purper a Kurt Orgel, 8 de diciembre de 1944.

39. Friedrich, *Der Brand*, 334-340.

40. Groehler, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, 378-381.

41. *Ibid.,* 316-320, para estimaciones de muertes por bombardeo, que están basadas en una revisión al alza de las cifras dadas inmediatamente por la policía en proporción a los casos de prueba. Todas las estadísticas en estas áreas son tentativas y todavía son objeto de controversia política.

42. Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 524 y 526: informe de Propaganda, 21 de noviembre de 1944; Oberlandesgerichts-Präsident Düsseldorf, 29 de noviembre de 1944; Darmstadt, 1 de diciembre de 1944; informe de Propaganda, 5 de diciembre de 1944; Dabrowski, *Lippisch P13a and Experimental DM-1*; Birkenfeld, *Der synthetische Treibstoff*; Boog, «Strategische Luftkrieg in Europa und Reichsluftverteidigung»; Boog, *Die deutsche Luftwaffenführung 1935-1945*, 30.

43. Fisch, *Nemmersdorf, Oktober 1944*; Fisch, «Nemmersdorf 1944», en Ueberschär (ed.), *Orte des Grauens*, 155-167; Fisch, «Nemmersdorf 1944», 105-114.

44. Werner Kreipe, diario, 23 de octubre de 1944, citado en Jung, *Die Ardennenoffensive 1944/45*, 227; *VB*, 1 de noviembre de 1944; *Die Deutsche Wochenschau*, Nr. 739, 2 de noviembre de

1944; Fisch, *Nemmersdorf*; Zeidler, *Kriegsende im Osten*, 150.

45. Kershaw, *The End*, 119, citando el diario de Reinhard, 26 de octubre de 1944; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 523.

46. Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten*, 546: SD Stuttgart, 6 de noviembre de 1944; Noakes (ed.), *Nazism*, 4, 652.

47. Semmler, *Goebbels*, 163-164, diario, 2 de noviembre de 1944; Noakes (ed.), *Nazism*, 4, 496, 640 y 652, citando a Stuttgart SD, 6 de noviembre de 1944; Wette y otros (eds.), *Das letzte halbe Jahr*, 164: *Sondereinsatz Berlin*, 20-26 de noviembre de 1944.

48. Erickson, *Road to Berlin*, 238-239; Wiśniewska y Rajca, *Majdanek*; Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, 3, 599-600; Bankier, *The Germans and the Final Solution,* 114.

49. Zeidler, *Kriegsende im Osten*, 139-140: Yuri Uspensky, 24 de enero de 1945.

50. Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen*, 272: 27 de diciembre de 1944; informe de Vrba y Wetzler en Dawidowicz, *A Holocaust Reader*, 110-119.

51. Bankier, «German public awareness of the final solution», en Cesarani (ed.), *The Final Solution*, 114, 215-227.

52. BA, R55/578, Bl 210, Hans Humel a Goebbels, 25 de octubre de 1944; BA, R 55/ 577, 3 de diciembre de 1944: Parteigenosse, Dr A. D. B., Hamburgo. Ejemplos similares: BA, R55/577, 35-38, Friedrich Schauer, Rechtsanwalt am Landgericht, Freiburg im Breisgau, a Goebbels, 10 de noviembre y 15 de diciembre de 1944; BA, R55/577, 89, Anónimo, 24 de noviembre de 1944 (también subrayado en el Ministerio de Propaganda).

53. Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 511-527; Kunz, *Wehrmacht und Niederlage*, 250-253, para informes sobre la moral militar; Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Irene a Ernst Guicking, 15 y 17 de diciembre de 1944; Ernst a Irene, 29 de diciembre de 1944.

54. Kershaw, *The End*, 159; Goebbels, *Tgb*, II/14, 429, 433, 438-439, 445 y 450: 17-20 de diciembre de 1944; Oven, *Finale Furioso*, 526-529: 17 y 20 de diciembre de 1944; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 527-531 y 575; Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands*, 316-317.

55. MfK-FA, 3.2002.0279, Kurt Orgel a Liselotte Purper: 18 de diciembre de 1944; Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Ernst a Irene Guicking, 21 de diciembre de 1944; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 529-530.

56. Kershaw, *Hitler*, 2, 741-743; Weinberg, *A World at Arms,* 765-771.

57. Schumann y otros, *Deutschland im Zweiten Weltkrieg*, 6, 133 y 137; Kunz, *Wehrmacht und Niederlage*, 71; Speer, *Erinnerungen*, 425; Kershaw, *The End*, 160.

58. Kershaw, *The End*, 128-139 y 155-161; Speer, *Erinnerungen*, 423; Schumann y otros, *Deutschland im Zweiten Weltkrieg*, 6, 125.

59. Kershaw, *The End*, 159-160; Goebbels, *Tgb*, II/14, 486: 29 de diciembre de 1944; Wette y otros (eds.), *Das letzte halbe Jahr*, 183-184: 18-24 de diciembre de 1944; Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands*, 316-317.

60. Clausewitz, *Historical and Political Writings*, 290; lectura de 1944, Baldwin, «Clausewitz in Nazi Germany», 10.

61. Hitler, *Reden und Proklamationen*, 2180-2184: 31 de diciembre de 1944; Kershaw, *Hitler*, 2, 746; Oven, *Finale Furioso*, 537-538; Reisert, «O Deutschland hoch in Ehren», canción escrita por Ludwig Bauer (1859).

62. MfK-FA, 3.2002.0279, Kurt Orgel a Liselotte Purper, 1 de enero de 1945; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 532-533.

63. Boor, *Tagebuchblätter*, 218.

64. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Ernst a Irene Guicking, 22 de diciembre de 1944; diario, 26 y 31 de diciembre de 1945.

15. *COLAPSO*

1. Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands*; Zimmermann, «Die Eroberung und Besetzung des deutschen Reiches», *DRZW*, 10/1 (2008), 277-435; Boog, «Die Strategische Bomberoffensive der Alliierten»; Kunz, *Wehrmacht und Niederlage*; Kershaw, *Hitler*, 2, 768, 776 y 791-792; Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler,* 87-89.

2. Overmans, *Deutsche militärische Verluste*, 238-243 y 279.

3. Hosenfeld, *«Ich versuche jeden zu retten»*, 885-888: 26, 27 y 30 de diciembre de 1944 y 7 de enero de 1945.

4. Descripciones militares de campaña: Lakowski, «Der Zusammenbruch der deutschen Verteidigung»; Erickson, *The Road to Berlin*, 450, 457-458, 462, 471-472; Glantz y House, *When Titans Clashed*, 241-247; Beevor, *Berlin*, 11-23; Hosenfeld, *«Ich versuche jeden zu retten»*, 108-111; 887-888: 7 y 12 de enero de 1945; Szpilman, *El pianista de Varsovia*, 183-187.

5. Strzelecki, *Endphase des KL Auschwitz*, 141-218.

6. Gève, *Youth in Chains*, 190-191.

7. KA 359, Jürgen Illmer, b. 1935, memorias; Gève, *Youth in Chains*, 190-191; Strzelecki, *Endphase des KL Auschwitz*, 144-147 y 169-170.

8. Davies y Moorehouse, *Microcosm*, 15-29; *Schlesische Tageszeitung*, 22 de enero de 1945.

9. Leonie Biallas en Jacobs, *Freiwild*, 15-35; Biallas, «*Komm, Frau, raboti*».

10. Irrgang, *Leutnant der Wehrmacht*, 235-237; a Dorothee, 23 de diciembre de 1944.

11. Glantz y House, *When Titans Clashed*, 247-248; Beevor, *Berlin*, 24-26; Erickson, *The Road to Berlin*, 463-470.

12. Irrgang, *Leutnant der Wehrmacht*, 238-241.

13. Lakowski, «Der Zusammenbruch der deutschen Verteidigung», 538-542.

14. Schieder (ed.), *The Expulsion of the German Population*, 135-143: doc. 23, Lore Ehrich: 1946-1947.

15. Erickson, *The Road to Berlin*, 463-470; Schieder (ed.), *The Expulsion of the German Population*, 33.

16. MfK-FA, 3.2002.0279, Kurt Orgel a Liselotte Purper, 21 y 22 de enero de 1945.

17. MfK-FA, 3.2002.0279, Kurt Orgel a Liselotte Purper, 12, 13 y 14 de febrero de 1945; Liselotte Purper a Kurt Orgel, 22 de febrero de 1945.

18. MfK-FA, 3.2002.0279, Liselotte Purper a Kurt Orgel, 13 y 28 de noviembre de 1944.

19. Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen*, 287: 3 de febrero de 1945; Görtemaker, *Ein deutsches Leben*, 201-210; *MadR*, 6740: finales de marzo de 1945; Werner, «Bleib übrig», 341; Wette y otros (eds.), *Das letzte halbe Jahr*, 236, 254, 259, 264-265.

20. Taylor, *Dresden*; Bergander, *Dresden im Luftkrieg*, 148-195, 208-209, 247-274 y 290-292; Müller y otros (eds.), *Die Zerstörung Dresdens am 13./15. Februar 1945*; Klemperer, *To the Bitter End*, 387-396: 13-24 de febrero de 1945; RA, Anónimo, Burg Gymnasium UII/522, 2.

21. Boor, *Tagebuchblätter*, 228-230 y 235: 17-25 de febrero, 2 y 11 de marzo de 1945; comunicación de la Associated Press desde Estocolmo, reimpreso como «Berlin, Nerves Racked By Air Raids, Fears Russian Army Most», *Oakland Tribune*, 23 de febrero de 1945.

22. MfK-FA, 3.2002.7209, Erna Paulus a su hermana Martha Roether, 24/25 y 26 de febrero de 1945; Friedrich, *Der Brand*, 109-116.

23. Taylor, *Dresden*, 427-428.

24. MfK-FA, 3.2002.7209, Erna Paulus a sus hijas, 27 de marzo de 1945.

25. MfK-FA, 3.2002.7209, Katharina Wuster a Erna Paulus, 15 de marzo de 1945; Wette, *Das letzte halbe Jahr*, 332, 142; también 172 y 209.

26. *Titanic*, dir. Werner Klingler y Herbert Selpin, 1943; Strobl, *The Germanic Isle*, 150-152.

27. *Kolberg*, dir. Veit Harlan, 1945; Welch, *Propaganda and the German Cinema*, 221-237; Noakes (ed.), *Nazism*, 4, 494.

28. *Ohm Krüger*, Hinkel for RMVP, 29 de enero de 1945, citado en Drewniak, *Der deutsche Film*, 340; «Der Tod von Dresden: Ein Leuchtzeichen des Widerstands», *Das Reich*, 4 de marzo de 1945; Taylor, *Dresden*, 412-426; Boor, *Tagebuchblätter*, 237: 19-21 de marzo de 1945; MfK-FA, 3.2002.7209, Käthe Wurster a Martha Roether y Erna Paulus, 15 de marzo de 1945.

29. Evans, *Telling Lies about Hitler*, 170-187.

30. Bergander, *Dresden im Luftkrieg*, 224-226; Evans, *Telling Lies about Hitler*, capítulo 5; Taylor, *Dresden*, 412-426 y 478-486.

31. Taylor, *Dresden*, 412-419 y 429-431.

32. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Irene a Ernst Guicking: 20 de enero, 10 y 12 de febrero de 1945; Ernst a Irene, 19 de febrero de 1945.

33. *Ibid.,* Irene a Ernst Guicking: 12 de febrero de 1945; Goebbels, «Ein Volk in Verteidigungsstellung (In der härtesten Probe)», *Das Reich*, 11 de febrero de 1945.

34. Para éste y los sucesivos ver Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands*; Zimmermann, «Die Eroberung und Besetzung des deutschen Reiches»; MacDonald, *United States Army in World War II*, 116-132.

35. Noakes, *Nazism*, 4, 654; Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands*, 172 y 841.

36. Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 558-560 y 564-566; Gellately, *Backing Hitler,* 230; Kershaw, *Hitler*, 2, 778; Goebbels, *Tgb*, II/15, 471: 11 de marzo de 1945.

37. Goebbels, *Tgb*, II/15, 405: 3 de marzo de 1945; Kershaw, *The End*, 262-264; Loeffel, «Soldiers and terror», 526: IfZ-Archiv, NOKW-535; Henke, *Die amerika-nische Besetzung Deutschlands*, 844-846.

38. Grimm, «Lynchmorde an alliierten Fliegern», en Süss (ed.), *Deutschland im Luftkrieg*, 71-84; Mallmann, «Volksjustiz gegen anglo-amerikanische Mörder», en Gottwaldt y otros (eds.), *NS-Gewaltherrschaft*, 202-213; Strobl, *Bomben auf Oberdonau*, 231-311.

39. Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 541-543 y 558-560; Zagovec, «Gespräche mit der "Volksgemeinschaft"», 319-320, citando a *DAZ*, 12 de enero de 1945; Gellately, *Backing Hitler,* 230; Kershaw, *The End*, 268-272.

40. Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 557; Klemperer, *To the Bitter End*, 407-408: 1 de marzo de 1945; Goebbels, «Deutschlands Kraft im Daseinskampf - Der Lagebericht von Dr

Goebbels», *Hamburger Zeitung*, 1 de marzo de 1945.

41. Goebbels, *Tgb*, II/15, 422: 5 de marzo de 1945; Kershaw, *The End*, 254-255; Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands*, 343-364 y 377-390.

42. Kershaw, *The End*, 268-269.

43. *Ibid.,* 288-291; Kershaw, *Hitler*, 2, 781; Domarus (ed.), *Hitler*, 2203-2206: 24 de febrero de 1945; *MadR*, 6733-6734: 28 de marzo de 1945.

44. BA, R55, 577, 221-237: cartas de Christian Meyer, A. Müller, Dr Franz Orthner y otros: 23-28 de enero de 1945.

45. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Ernst a Irene Guicking, 24 de febrero y 9 de marzo, 18 y 21 de febrero 1945.

46. Goebbels, *Tgb*, II/15, 25 de marzo de 1945; Wantzen, *Das Leben im Krieg*, 1378 y 1403: 9 y 24 de marzo de 1945; Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Irene a Ernst Guicking, 24 de marzo de 1945.

47. De Boor, *Tagebuchblätter*, 237 y 239-240: 22 y 27 de marzo de 1945.

48. *Ibid.,* 241: 28 de marzo de 1945.

49. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst*: Ernst a Irene Guicking, 3 y 4 de abril de 1945.

50. Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands*, 399-400; Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 436-443.

51. Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 564-566: informe del Ministerio de Propaganda, 21 de marzo de 1945.

52. Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 567, y Werner, *Bleib übrig*, 356-358.

53. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, 369-372.

54. Roseman, *The Past in Hiding*, 384-389.

55. Herbert, «Von Auschwitz nach Essen».

56. Blatman, *The Death Marches*; Neander, *Das Konzentrationslager «Mittelbau»*, 466-477.

57. Blatman, *The Death Marches*; Strzelecki, *Endphase des KL Auschwitz*; Strebel, *Celle abril 1945 Revisited*.

58. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, 373-376.

59. *Ibid.,* 363; *Justiz und NS-Verbrechen*, 7, n.º 235.

60. Orłowski y Schneider (eds.), «Erschiessen will ich nicht!», 347-348: 18 de abril de 1945.

61. *Ibid.,* 334 y 344-347: 18 de febrero, 5, 10 y 15 de abril de 1945.

62. MfK-FA, 3.2002.7209, Erna Paulus a Elfriede e Irmgard, 27 de marzo de 1945, y a Martha Roether, mayo de 1945.

63. KA 53, Jürgen H. en julio de 1929, 29 marzo-19 de mayo de 1945.

64. Roseman, *The Past in Hiding,* 391-393.

16. *FINAL*

1. Goebbels, *Tgb*, II/15, 692: 9 de abril de 1945; Erickson, *The Road to Berlin*, 563-577; Lakowski, «Der Zusammenbruch der deutschen Verteidigung», 608-633; Glantz y House, *When Titans Clashed*, 256-263; Beevor, *Berlin*, 206.

2. Fritzsch, *Nürnberg im Krieg*; Karl Kunze, *Kriegsende in Franken und der Kampf um Nürnberg im abril 1945*.

3. Longerich, *Heinrich Himmler. Biographie*, 742-748; Padfield, *Himmler*, 565-656 y 578-589; Fleischhauer, *Die Chance des Sonderfriedens*, 58-61 y 268-275; Kershaw, *The End*, 281-289 y 336-337; Geyer, «Endkampf 1918 and 1945», en Lüdtke y Weisbrod (eds.), *No Man's Land of Violence*, 35-67; Bessel,«The shock of violence in 1945», en Lüdtke y Weisbrod (eds.), *No Man's Land of Violence*, 69-99.

4. Gleiss, *Breslaviaer Apokalypse 1945*, 3, 651 y 910; 4, 651 y 1113-1114; Davies y Moorehouse, *Microcosm*, 26-29.

5. Wette y otros (eds.), *Das letzte halbe Jahr*, 259 y 271-279; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 552, citando un informe del Ministerio de Propaganda, 21 de febrero de 1945; Messerschmidt y Wüllner, *Die Wehrmachtjustiz im Dienste des Nationalsozialismus*, 86.

6. KA 4709/1 y 2: KA 4709/1, Agnes S., diario, «Lüneburger Heide 1945», 7-9 de febrero y 27 de marzo-8 de abril de 1945; Klaus a Agnes S., 1 de marzo de 1945; *MadR*, 6737: finales de marzo de 1945.

7. KA 4709/1, Agnes S., diario, «Lüneburger Heide 1945», 16-30 de abril de 1945.

8. Orłowski y Schneider (eds.), *«Erschiessen will ich nicht!»*: 10 y 12 de abril.

9. Klemperer, *To the Bitter End*, 396-421: 15 de febrero-1 de abril de 1945.

10. *Ibid.,* 421-422: 2 de abril de 1945.

11. *Ibid.,* 425: 4-5 de abril de 1945.

12. *Ibid.,* 426-431: 15 de abril de 1945.

13. *Ibid.,* 532-538: 15 de abril de 1945.

14. *Ibid.,* 538-541: 20-21 de abril de 1945; Krone, «Plauen 1945 bis 1949», 16.

15. Kershaw, *Hitler*, 2, 791-792; Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler,* 87-89; Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, 570-571 y 578; Wette y otros (eds.), *Das letzte halbe Jahr*, 334-338: «Sondereinsatz Berlin» informe, 10 de abril de 1945.

16. Lakowski, «Der Zusammenbruch der deutschen Verteidigung», 633-649; Glantz y House, *When Titans Clashed*, 263-266; Beevor, *Berlin*, 216-259.

17. KA 3697, Hertha von Gebhardt, diario, 20 de abril de 1945.

18. *Ibid.,* 23-24 de abril de 1945.

19. Kershaw, *The End*, 325-326; Troll, «Aktionen zur Kriegsbeendigung im Frühjahr 1945», en Broszat y otros (eds.), *Bayern in der NS-Zeit*, 4, Múnich, 1981, 650-654; Förschler, *Stuttgart 1945*, 8-19; Stephenson, *Hitler's Home Front*, 323-335.

20. Loeffel, «Soldiers and terror», 528-529; Noakes, *Nazism*, 4, 657-658.

21. Klemperer, *To the Bitter End*, 442-443: 21-22 de abril de 1945.

22. Kershaw, *The End*, 3-5 y 342; Klemperer, *To the Bitter End*, 442-444 y 447: 21-23 y 27 de abril de 1945.

23. KA 3697, Gebhardt, diario, 25-26 de abril de 1945; Beevor, *Berlin*, 283-284.

24. KA 3697, Gebhardt, diario, 27 de abril de 1945; Yelton, *Hitler's Volkssturm*, 126-127; saqueos, Kuby, *The Russians and Berlin, 1945*, 223.

25. KA 3697, Gebhardt, diario, 27 de abril de 1945; Le Tissier, *Battle of Berlin 1945*, 170-171 y 196.

26. *VB*, Múnich ed., 20, 24 y 25 de abril de 1945; Bessel, *Germany 1945,* 120; Troll, «Aktionen zur Kriegsbeendigung im Frühjahr 1945», 660-671; Henke, *Die amerikanische Besetzung*

Deutschlands, 854-861; Kershaw, *The End*, 343-345.

27. Marcuse, *Legacies of Dachau*, 50-52; Bessel, *Germany 1945,* 161-165.

28. Gröschner, *Ich schlug meiner Mutter die Brennenden Funken ab*, 242-246: R., 6. Klasse Volksschule; Wolfgang S., 6. Klasse; Walter B., 8. Klasse.

29. Naimark, *The Russians in Germany*, 69-140; Petö, «Memory and the narrative of rape in Budapest and Vienna in 1945», en Bessel y Schumann (eds.), *Life after Death*, 129-148; Bandhauer-Schöffmann y Hornung, «Vom "Dritten Reich" zur Zweiten Republik», en Good y otros (eds.), *Frauen in Österreich*, 232-233; Sander y Johr (eds.), *BeFreier und Befreite*, 48-51; Mark, «Remembering rape», 133-161; Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen*, 312-314: 23 de septiembre de 1945; Boveri, *Tage des Überlebens*, 119: 6 de mayo de 1945.

30. Sander y Johr (eds.), *BeFreier und Befreite*, 25-27; Anónimo, *Eine Frau in Berlin. Tagebuchaufzeichnungen*, 113 y 220.

31. KA 3697, Hertha von Gebhardt, diario, 27 y 28 de abril de 1945; Hoffmann, «Besiegte, Besatzer, Beobachter», en Fulda y otros (eds.), *Demokratie im Schatten der Gewalt*, 44; Naimark, *The Russians in Germany*, 69-140; Petö, «Memory and the narrative of rape in Budapest and Vienna in 1945», 129-148.

32. Gröschner, *Ich schlug meiner Mutter die Brennenden Funken ab*, 355: entrevista con Christa J., n. 1931, Göhrener Str 3; RA, Luisenschule Essen, Anónimo, UI/ no no., 3-4; DLA, Hermine D., n. 28 de agosto de 1931 Hundsheim, nr Krems, «Auch deine Oma war ein Kind», MS, s.f., 42.

33. Köpp, *Warum war ich bloss ein Mädchen?,* 137-138.

34. Klemperer, *To the Bitter End*, 448-449 y 452: 28-29 de abril y 3 de mayo de 1945.

35. Bessel, *Germany 1945,* 127-131.

36. Gleiss, *Breslaviaer Apokalypse*, 5, 233.

37. Orłowski y Schneider (eds.), *«Erschiessen will ich nicht!»*, 351-352: 2 de mayo de 1945.

38. *Ibid.,* 351-353: 2-6 de mayo de 1945; 338: 17 de marzo de 1945; Stargardt, «Rumors of revenge in the Second World War», en Davis y otros (eds.), *Alltag, Erfahrung, Eigensinn*, 373-388.

39. Klemperer, *To the Bitter End*, 450-454: 2-4 de mayo de 1945.

40. *Die Wehrmachtberichte 1939-1945*, 3, 569; citado en Bessel, *Germany 1945,* 133.

41. KA 4709/1, Agnes S., diario, «Lüneburger Heide 1945», 9-10 de mayo de 1945.

42. Jacobs, *Freiwild*, 35-38.

43. Anneliese H. en Kuby, *The Russians and Berlin, 1945,* 226; Hoffmann, «Besiegte, Besatzer, Beobachter», 32-33 y 44-45, citando los diarios no publicados de Höcker y Grossman; KA 3697, Hertha von Gebhardt, diario, 15 de mayo de 1945.

44. KA 3697, Hertha von Gebhardt, diario, 30 de abril-9 de junio de 1945.

45. Klemperer, *To the Bitter End*, 467; 459-468: 15-21 de mayo de 1945.

EPÍLOGO: CRUZANDO EL ABISMO

1. KA 2035, Wilhelm K., n. 1929, diario del 23 de marzo de 1942-29 de mayo de 1947: 16 de mayo de 1945.

2. *MadR*, 6738: finales de marzo de 1945.

3. Hammer y Nieden, «Sehr selten habe ich geweint», 333: Liselotte G., diario, 29 de abril de 1945.

4. Bankier, «German public awareness of the final solution», en Cesarani (ed.), *The Final Solution*, 216, citando al Ejército estadounidense, valoración de la guerra psicológica, 13 de octubre de 1944, National Archives, Washington DC, RG 226 Entrada 16, Archivo 118485.

5. Hoffmann, «Besiegte, Besatzer, Beobachter», 36-37, citando a Kasack, *Dreizehn Wochen*, 225; e Irmela D., «Tagebuch aus der Russenzeit» (Berliner Geschichtswerkstatt).

6. Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen*, 306: 12 de abril de 1945; Hoffmann, «Besiegte, Besatzer, Beobachter», 25.

7. Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!»*, 204: Göring, 4 de octubre de 1943.

8. Service, *Germans to Poles*; Naimark, *The Russians in Germany*; Douglas, *Orderly and Humane*; Leonie Biallas en Jacobs, *Freiwild*, 45-47.

9. Bundesministerium für Vertriebene, *Dokumentation der Vertreibung*, 1, 199-200 y 205-206; y Moeller, *War Stories*, 81; KA 3666/1, Gisela G., diario, 26 de abril, 12, 26 y 27 de mayo y 6-27 de junio de 1945; Evans, *Rituals of Retribution*, 750-755; Jacobmeyer, *Vom Zwangsarbeiter zum heimatlosen Ausländer*, 212-214, 217, 211 y 224-231; Gross, *Fear*; Königseder y Wetzel, *Lebensmut im Wartesaal*, 25, 42 y 47-53; Shephard, *The Long Road Home*.

10. YIVO Archivos, Leo W. Schwartz Papers, 87, «Displaced Persons, 1945-1946: Office of the Chief Historian European Command», 61-62; Königseder y Wetzel, *Lebensmut im Wartesaal*, 138; Jacobmeyer, *Vom Zwangsarbeiter zum heimatlosen Ausländer*, 193-194.

11. Meyer y Schulze, «Als wir wieder zusammen waren, ging der Krieg im Kleinen weiter», en Niethammer y Plato (eds.), *Wir kriegen jetzt andere Zeiten*, [305-326], 315-319; DLA, Annelies Gorizhan, n. 25 de mayo de 1931, «Vater, Mutter und ich», MS, 71; KA 4622, Laudan, «Gefährdete Spiele», 34; Bessel, *Germany 1945,* capítulos 8 y 9.

12. Schmitz y Haunfelder (eds.), *Humanität und Diplomatie*, 182; Roseman, *Recasting the Ruhr, 1945-1958*; Herbert, *Hitler's Foreign Workers,* 378-380; Herbert, «Apartheid nebenan», en Niethammer (ed.), *Die Jahre weiss man nicht, wo man die heute hinsetzen soll*, 258-262.

13. Bessel, *Germany 1945,* 273-275; Bader, *Soziologie der deutschen Nachkriegskriminalität*, 59-60.

14. Gregor, «Is he still alive, or long since dead?», *German History*, 21/ 2 (2003), 183; Black, *Death in Berlin*, 163-164.

15. MfK-FA, 3.2002.7209, Lt Heinz Wagener a Erna Paulus, 29 de junio de 1944, y a Ernst Arnold Paulus, 16 de diciembre de 1943; Erna Paulus a Maria Roeterh, mayo de 1945; Ernst Arnold Paulus a la Abteilung für Kriegsgefangene bei Amt der Etappe der Besaztungstruppe in Deutschland, Berlin Karlshort, 26 de enero de 1946, a la Gesellschaft vom Russischen Roten Kreuz und Halbmond, Moskau, s.f.; cartas de Hans Casper, 8 y 30 de noviembre, 6 de diciembre de 1948 y 16 de enero de 1949; del obispo Dibelius, 12 de noviembre de 1952; desde Suchdienst des Deutschen Roten Kreuzes, 3 de septiembre de 1976.

16. MfK-FA, 3.2002.0306, Hildegard P., diario, 1 de julio y 1 de agosto de 1945.

17. Gregor, «Is he still alive, or long since dead?», 190 y 186-191; también Lehmann, *Gefangenschaft und Heimkehr*, 115-117; Moeller, *War Stories*, capítulo 4; Kaminsky (ed.), *Heimkehr 1948*.

18. Biess, «Survivors of totalitarianism», en Schissler (ed.), *The Miracle Years*, 57-82, y 63 de la carta de Frau R.

19. Overmans, *Deutsche militärische Verluste*, 286, tabla 65.

20. Orłowski y Schneider (eds.), «Erschiessen will ich nicht!», 360-361.

21. «Survivors of totalitarianism», 59-61; Herzog, «Desperately seeking normality», en Bessel y Schumann (eds.), *Life after Death*, 177-178; Goltermann, *Die Gesellschaft der Überlebenden*, 90-91.

22. Goltermann, *Die Gesellschaft der Überlebenden*, 55-57.

23. Vogel, «Wilm Hosenfeld», en Hosenfeld, «Ich versuche jeden zu retten», 84-85, 118-120 y 143-144.

24. Vogel, «Wilm Hosenfeld», en Hosenfeld, «Ich versuche jeden zu retten», 111-146.

25. Moeller, *War Stories*, 44; Hilger, *Deutsche Kriegsgefangene in der Sojetunion*, 137; Overmans, *Deutsche militärische Verluste*, 288-289; Streit, *Keine Kameraden*; Biess, *Homecomings*, 2-5.

26. Overmans, *Deutsche militärische Verluste*, 238-243, 279-283 y 300-301; «Kriegsgefangene und Wehrmachtvermisste aus Hessen. Vorläufige Ergebnis der amtlichen Registrierung vom 20.-30. Juni 1947», en *Staat und Wirtschaft in Hessen. Statistische Mitteilungen*, 2 (1947), 4, 110-112; Müller-Hillebrand, *Das Heer: Zweifrontenkrieg*, 3, 263; Smith, *Die «vermisste Million»*, 62 y ss.; Böhme, *Gesucht wird*..., 115 y 234-237.

27. Statistisches Bundesamt, *Die deutschen Vertreibungsverluste*, 15, 34 y 46; Overmans, *Deutsche militärische Verluste*, 298-299; Groehler, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, 316-320: Groehler asumió que las estimaciones de la policía informaban a la baja de las muertes por los bombardeos de Dresde y otros, en torno a un 40-50 % menos, que quizá no fueran correctos y tuvo que extrapolar sus estadísticas de marzo a abril por los fallos de los informes de la policía.

28. Moeller, *War Stories,* capítulo 3, esp. 72-81 y 155-165; Beer, «Im Spannungsfeld von Politik und Zeitgeschichte», *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, 49 (1998), 345-389; Knoch, *Die Tat als Bild*, 314-323; Biess, «Survivors of totalitarianism».

29. Hammer y Nieden, «Sehr selten habe ich geweint», 166-167, carta de una mujer de oficial de treinta años, Ingeborg T.: 20 de noviembre de 1945.

30. Stasiewski y Volk (eds.), *Akten deutschen Bischöfe*, 6, 506; Brodie, «For Christ and Germany», 322-325: Frings, carta pastoral, 15 de marzo de 1946, y al Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra en Núremberg, el 4 de julio de 1945; Wantzen, *Das Leben im Krieg*, 1639: 16 de marzo de 1946; KA 37, Hildegard Wagener-Villa, 15 de octubre de 1946; KA, 1946 (Z 80 86), 70; AEK, Gen. II 23.23a, 6, 5.

31. Löffler (ed.), *Galen: Akten, Briefe und Predigten*, 2, 1152, 1231 y 1326; Mosse, *Fallen Soldiers*, 212.

32. *The task of the churches in Germany: Being a report from a delegation of British Churchmen after a visit to the British Zone October 16th-30th, 1946, Presented to the Control Office for Germany and Austria*, Londres, 1947, 3; Frings, *Für die Menschen bestellt*, 50; Brodie, «For Christ and Germany», 325-326; Brown-Fleming, *The Holocaust and the Catholic Conscience*, 91 y 124; Frings, Catedral de Westminster, 29 de septiembre de 1946.

33. Hetzer, «Deutsche Stunde», 225-234; Althaus, «Schuld», *Prisma*, 1/2 (1946), 7-8.

34. Althaus, *Gesetz und Evangelium*, 56-57.

35. Lau (ed.), *Luther-Jahrbuch*, Jg. 25 (1958), *Festgabe für Paul Althaus*; Hetzer, «Deutsche Stunde», 17-19 y 220-244; Vollnhals, *Evangelische Kirche und Entnazifizierung 1945-1949*; Ericksen, *Theologians under Hitler*; Hamm, «Schuld und Verstrickung der Kirche», en Stegemann (ed.), *Kirche und Nationalsozialismus*, 13-49; Beyschlag, «In Sachen Althaus/ Elert».

36. Hetzer, *«Deutsche Stunde»*, 224-227 y 27; Bentley, *Martin Niemöller*, 177; Hockenos, *A Church Divided*, 75-90; Lehmann, «Religious socialism, peace, and pacifism», en Chickering y Förster (eds.), *The Shadows of Total War*, 85-96; Huber, «Die Kirche vor der "Judenfrage"», en Rentdorff y Stegemann (eds.), *Auschwitz – Krise der christlichen Theologie*, 60-81; Fenwick, «Religion in the wake of «total war», tesis de DPhil., Universidad de Oxford, 2011.

37. Niethammer (ed.), *«Die Jahre weiss man nicht, wo man die heute hinsetzen soll»*; Niethammer, *«Hinterher merkt man, dass es richtig war, dass es schief-gegangen ist»*; Niethammer (ed.), «*Wir kriegen jetzt andere Zeiten*».

38. Roseman, *The Past in Hiding*, 393-420.

39. Süss, *Death from the Skies*, 292-293; Klessmann, *Die doppelte Staatsgründung*, 372-374: doc. 25, «Bericht des amerikanischen Geheimdienstes über die Einstellung der deutschen Bevölkerung in der US-Zone», 12 de agosto de 1945; Merritt y Merritt (eds.), *Public Opinion in Semisovereign Germany*, 9; ver también Stern, *Whitewashing of the Yellow Badge*, 352, 367 y 382; Goschler (ed.), *Wiedergutmachung*, 257-285; Hockerts, «Integration der Gesellschaft»; Hughes, *Shouldering the Burdens of Defeat*.

40. Merritt y Merritt (eds.), *Public Opinion in Occupied Germany,* 32-33.

41. Ebert, *Feldpostbriefe aus Stalingrad*, 351-355; Margalit, «Dresden and Hamburg», en Helmut Schmitz (ed.), *A Nation of Victims?*, 125-140; Margalit, *Guilt, Suffering and Memory*; 152; *Dresden*, dir. Richard Groschopp/DEFA, septiembre de 1946; Biess, *Homecomings*, 49 y 61-62.

42. Black, *Death in Berlin*, 162 y 167; McLellan, *Antifascism and Memory in East Germany*.

43. Neugebauer, *Opfer oder Täter*.

44. Biess, *Homecomings*, 49 y 61-62; Margalit, «Dresden and Hamburg».

45. Frei, *Adenauer's Germany and the Nazi Past*, 48; Frei (ed.), *Karrieren im Zwielicht*; Roseman, *The Past in Hiding*, 466-472; Margalit, *Germany and its Gypsies*; Knesebeck, *The Roma Struggle for Compensation in Post-war Germany*; JZD, Josef Rimpl: Sozialversichungsanstalt Chemnitz a Frieda Rimpl, 19 de agosto y 9 de noviembre de 1950.

46. McDougal, *Youth Politics in East Germany*, 3-33; Geyer, «Cold war angst», en Schissler (ed.), *The Miracle Years*, 376-408; Nehring, *The Politics of Security*, 37-77.

47. Ebert (ed.), *Feldpostbriefe aus Stalingrad*, 349 y 362-368; Moeller, «The politics of the past in the 1950s», en Niven Frei (ed.), *Germans as Victims*, 38.

48. Böll, «Wanderer kommst Du nach Spa...», en Böll, *Werke,* 194-202; Reid, «Heinrich Böll, "Wanderer, kommst du nach Spa..."», en Werner Bellmann (ed.), *Klassische deutsche Kurzgeschichten. Interpretationen*, Stuttgart, 2004, 96-106.

49. DHM, Liselotte Purper: Kriegsversehrter, sog. Ohnhänder, bei Rehabilitationsmassnahmen im Oskar-Helene-Heim, Berlín, 1946; Friedrich, *Krieg dem Kriege*, 187.

50. Kleindienst (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst...*: Siemsen, «Biographie», «Feldpostbriefe Ernst und Irene Guicking»; Janet Heidschmidt, «Das Zeitzeugeninterview als Erweiterung der Quelle Feldpostbrief am Beispiel des Briefwechsels zwischen Ernst und Irene Guicking 1937 bis 1945», 66 y 98.

Bibliografía

FUENTES PRIMARIAS

ALTHAUS, Paul, «Pazifismus und Christentum: Eine kritische Studie», en *Neue Kirchliche Zeitschrift*, 30 (1919), pp. 429-478

—, *Die deutsche Stunde der Kirche*, 3.ª ed., Gotinga, 1934

—, *Gesetz und Evangelium: Predigten über die zehn Gebote*, Gütersloh, 1947

ANDREAS FRIEDRICH, Ruth, *Der Schattenmann: Tagebuchaufzeichnungen 1938-1945,* Fráncfort, 1983

ANÓNIMO, *Eine Frau in Berlin: Tagebuchaufzeichnungen*, Ginebra y Fráncfort, 1959 [Traducción española: *Una mujer en Berlín: anotaciones de diario escritas entre el 20 de abril y el 22 de junio de 1945*, Anagrama, Barcelona, 2013]

BEHNKEN, Klaus, *Deutschlandberichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands (Sopade) 1934-1940*, Fráncfort, 1980

BEUTLER, Ernst, *Von deutscher Baukunst: Goethes Hymnus auf Erwin von Steinbach, seine Entstehung und Wirkung*, Múnich, 1943

BOBERACH, Heinz (ed.), *Berichte des SD und der Gestapo über Kirchen und Kirchenvolk in Deutschland 1934-1944*, Mainz, 1971

—, *Meldungen aus dem Reich: Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes des SS 1938-1945*, pp. 1-17, Berlín, 1984

BOCK, Fedor von, *Zwischen Pflicht und Verweigerung: Das Kriegstagebuch*, Múnich, 1995

BOELCKE, Willi A. (ed.), *Wollt ihr den totalen Krieg? Die geheimen Goebbels Konferenzen*, *1939-1943*, Stuttgart, 1969

BÖLL, Heinrich, *Briefe aus dem Krieg*, 1, Múnich, 2003

BOOR, Lisa de, *Tagebuchblätter aus den Jahren 1938-1945*, Múnich, 1963

BOVERI, Margret, *Tage des Überlebens: Berlin 1945*, Múnich, 1968

BRELOER, Heinrich (ed.), *Mein Tagebuch: Geschichten vom Überleben 1939-1947*, Colonia, 1984

BUSSE, Hermann, *Das Elsass: Jahresband Oberrheinische Heimat*, Friburgo, 1940

CLAUSEWITZ, Carl von, *Historical and Political Writings*, Peter Paret y Daniel Moran (eds.), Princeton, NJ, 1992

Die verlorene Insel: das Gesicht des heutigen England, Berlín, 1941

DÜRKEFÄLDEN, Karl, *«Schreiben wie es wirklich war!' Aufzeichnungen Karl Dürkefäldens aus den Jahren 1933-1945*, Herbert y Sibylle Obenaus (eds.), Hannover, 1985

EBERT, Jens (ed.), *Feldpostbriefe aus Stalingrad, November 1942 bis Januar 1943*, Gotinga, 2003
—, *Im Funkwagen der Wehrmacht durch Europa: Balkan, Ukraine, Stalingrad: Feldpostbriefe des Gefreiten Wilhelm Moldenhauer 1940-1943*, Berlín, 2008
EIBER, Ludwig (ed.), «... Ein bisschen die Wahrheit»: Briefe eines Bremer Kaufmanns von seinem Einsatz beim Polizeibataillon 105 in der Sowjetunion 1941», *1999: Zeitschrift für Sozialgeschichte des 20. und 21. Jahrhunderte*, I/91, pp. 58-83
FRANK, Hans, *Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouvernors in Polen 1939-1945*, Stuttgart, 1975
GELFAND, Wladimir, *Deutschland-Tagebuch, 1945-1946: Aufzeichnungen eines Rotarmisten*, Berlín, 2005
GOEBBELS, Joseph, *Goebbels Reden 1932-1945*, Helmut Heiber (ed.), Bindlach, 1991
—, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, Elke Fröhlich/Institut für Zeitgeschichte, Munich (eds.), Múnich, 1987-2008 [Traducción española: *Diario*, Plaza & Janés, Barcelona, 1979]
GOEDECKE, Heinz y Wilhelm Krug, *Wir beginnen das Wunschkonzert*, Berlín, 1940
HAHN, Lili, *Bis alles in Scherben fällt: Tagebuchblätter 1933-45,* Hamburgo, 2007
HAMMER, Ingrid y Susanne zur Nieden (eds.), *«Sehr selten habe ich geweint': Briefe und Tagebücher aus dem Zweiten Weltkrieg von Menschen aus Berlin*, Zúrich, 1992
HASSELL, Ulrich von, *The von Hassell Diaries*, Nueva York/Londres, 1947
HAYDN, Ludwig, *Meter, immer nur Meter! Das Tagebuch eines Daheimgebliebenen*, Viena, 1946
HILBERG, Raul, Stanislaw Staron y Josef Kermisz (eds.), *The Warsaw Diary of Adam Czerniakow*, Chicago, 1999
HIMMLER, Heinrich, *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42*, Peter Witte (ed.), Hamburgo, 1999
—, *Die Geheimreden 1933 bis 1945 und andere Ansprachen*, Bradley F. Smith y Agnes F. Peterson (eds.), Fráncfort, 1974
HITLER, Adolf, *Reden und Proklamationen, 1932-1945*, 1-2, Max Domarus (ed.), Neustadt an der Aisch, 1962-1963
—, «Rede vor der deutschen Presse», Wilhelm Treue (ed.), *VfZ*, 2, 1958, pp. 181-191
HLOND, Cardinal (ed.), *The Persecution of the Catholic Church in German-occupied Poland*, Londres, 1941
HOHENSTEIN, Alexander, *Wartheländisches Tagebuch aus den Jahren 1941/42*, Stuttgart, 1961
HÖLDERLIN, Friedrich, *Hyperion oder Der Eremit in Griechenland*, Fráncfort, 1979 [Traducción española: *Hiperión o el eremita en Grecia*, Gredos, Barcelona, 2003]
HOSENFELD, Wilm, *«Ich versuche jeden zu retten': Das Leben eines deutschen Offiziers in Briefen und Tagebüchern*, Thomas Vogel (ed.), Múnich, 2004
HUBATSCH, Walter (ed.), *Hitlers Weisungen für die Kriegführung 1939-1945: Dokumente des Oberkommandos der Wehrmacht*, Múnich, 1965
HÜRTER, Johannes (ed.), *Ein deutscher General an der Ostfront: Die Briefe und Tagebücher des Gotthard Heinrici 1941/42*, Érfurt, 2001
IRRGANG, Astrid, *Leutnant der Wehrmacht: Peter Stölten in seinen Feldpostbriefen: Vom richtigen Leben im Falschen,* Rombach, 2007
JARAUSCH, Konrad H. y Klaus Arnold (eds.), *«Das stille Sterben...» Feldpostbriefe von Konrad Jarausch aus Polen und Russland 1939-1942*, Paderborn, 2008

JOCHMANN, Werner (ed.), *Monologe im Führer–Hauptquartier 1941-1944: Die Aufzeichnungen Heinrich Heims*, Múnich, 2000

JÜNGER, Ernst, *Gärten und Strassen*, Berlín, 1942

KASACK, Hermann, *Dreizehn Wochen: Tage- und Nachtblätter: Aufzeichnungen aus dem Jahr 1945 über das Kriegsende in Potsdam*, Berlín, 1996

KATSH, Abraham, *The Diary of Chaim A. Kaplan*, Nueva York, 1965

KLEINDIENST, Jürgen (ed.), *Sei tausendmal gegrüsst: Briefwechsel Irene und Ernst Guicking 1937-1945*, Berlín, 2001

KLEMPERER, Victor, *I Shall Bear Witness: The Diaries Of Victor Klemperer 1933-41*, Londres, 1999 [Traducción española: *Quiero dar testimonio hasta el final. Los años de la persecución: Diarios 1933-1941*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003]

—, *To the Bitter End: The Diaries of Victor Klemperer*, 2, *1942-45*, Londres, 1999 [Traducción española: *Quiero dar testimonio hasta el final. Los años del exterminio: Diarios 1942-1945*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003]

KLEPPER, Jochen, *Der Vater: Der Roman des Soldatenkönigs*, Stuttgart, 1937

—, *Kyrie: Geistliche Lieder*, Berlín, 1939

—, *Unter dem Schatten deiner Flügel: Aus den Tagebüchern der Jahre 1932-1942*, Stuttgart, 1955

— (ed.), *In Tormentis Pinxit: Briefe und Bilder des Soldatenkönigs*, Stuttgart, 1938

KLUKOWSKI, Zygmunt, *Diary from the Years of Occupation, 1939-44*, Andrew Klukowski y Helen Klukowski May (eds.), Urbana, Il., 1993

KUBY, Erich, *Nur noch rauchende Trümmer: Das Ende der Festung Brest: Tagebuch des Soldaten Erich Kuby*, Hamburgo, 1959

KUROPKA, Joachim (ed.), *Meldungen aus Münster 1924-1944: Geheime und vertrauliche Berichte von Polizei, Gestapo, NSDAP und ihren Gliederungen, staatlicher Verwaltung, Gerichtsbarkeit und Wehrmacht über die politische und gesellschaftliche Situation in Münster*, Ratisbona, 1992

MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES ALEMÁN, *8. Weissbuch: Dokumente über die Alleinschuld Englands am Bombenkrieg gegen die Zivilbevölkerung*, Berlín, 1943

LÖFFLER, Peter (ed.), *Bischof Clemens August Graf von Galen: Akten, Briefe und Predigten 1933-1946*, 1-2, Mainz, 1988

NADLER, Fritz, *Eine Stadt im Schatten Streichers: Bisher unveröffentlichte Tagebuchblätter, Dokumente und Bilder vom Kriegsjahr 1943*, Núremberg, 1969

ORŁOWSKI, Hubert y Thomas F. Schneider (eds.), *«Erschiessen will ich nicht!' Als Offizier und Christ im Totalen Krieg: Das Kriegstagebuch des Dr August Töpperwien, 3. September 1939 bis 6. Mai 1945*, Düsseldorf, 2006

REDEMANN, Karl (ed.), *Zwischen Front und Heimat: Der Briefwechsel des münster-ischen Ehepaares Agnes und Albert Neuhaus 1940-1944*, Münster, 1996

REESE, Willy Peter, *Mir selber seltsam fremd: Russland 1941-44*, Stefan Schmitz (ed.), Berlín, 2004 [Traducción española: *Un extraño para mí mismo: diarios de un soldado alemán: Rusia, 1941-1944*, Debate, Barcelona, 2005]

RIBBENTROP, Joachim von, *Zwischen Moskau und London: Erinnerungen und letzte Aufzeichnungen*, Annelies von Ribbentrop (ed.), Leoni am Starnberger See, 1954 [Traducción española: *Entre Londres y Moscú,* Destino, Barcelona, 1955]

RILKE, Rainer Maria, *Duineser Elegien*, Leipzig, 1923 [Traducción española: *Elegías de Duino*, Sexto Piso, Madrid, 2015]

SCHIEDER, Theodor (ed.), *The Expulsion of the German Population from the Territories East of the Oder-Neisse Line*, Bonn, 1956

SHIRER, William, *Berlin Diary: The Journal of a Foreign Correspondent*, Londres, 1941 [Traducción española: *Diario de Berlín*, Debate, Barcelona, 2008]

STASIEWSKI, Bernhard y Ludwig Volk (eds.), *Akten deutschen Bischöfe über die Lage der Kirche 1933-1945*, 6, Mainz, 1985

Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich 1924-5, 44, Berlín, 1925

STUDNITZ, Hans-Georg von, *While Berlin Burns: The Diary of Hans-Georg von Studnitz 1943-45*, Londres, 1963

WANTZEN, Paulheinz, *Das Leben im Krieg 1939-1946: Ein Tagebuch: Aufgezeichnet in der damaligen Gegenwart*, Bad Homburg, 2000

Die Wehrmachtberichte 1939-1945, 1-3, Múnich, 1985

WOLFF-MÖNCKEBERG, Mathilde, *Briefe, die sie nicht erreichten: Briefe einer Mutter an ihre fernen Kinder in den Jahren 1940-1946*, Hamburgo, 1980

WROBEL, Hans (ed.), *Strafjustiz im totalen Krieg: Aus den Akten des Sondergerichts Bremen 1940 bis 1945*, 1, Bremen, 1991

ZACHARIAS-LANGHANS, Heinrich, *Hoffen auf den kommenden Christus: 20 Predigten 1927-1965*, Heinrich Laible (ed.), Hamburgo, 1983

FUENTES SECUNDARIAS

ABELSHAUSER, Werner, «Rüstungsschmiede der Nation? Der Kruppkonzern im Dritten Reich und in der Nachkriegszeit 1933 bis 1951», en Lothar Gall (ed.), *Krupp im 20. Jahrhundert: Die Geschichte des Unternehmens vom Ersten Weltkrieg bis zur Gründung der Stiftung*, Berlín, 2002, pp. 267-472

ABRAMS, Lynn, *The Orphan Country*, Edimburgo, 1998

ABSOLON, Rudolf, *Die Wehrmacht im Dritten Reich: Auf bau, Gliederung, Recht, Verwaltung*, Boppard, 1995

ADAM, Christian, *Lesen unter Hitler: Autoren, Bestseller, Leser im Dritten Reich*, Berlín, 2010

ADLER, Hans Günther, *Theresienstadt, 1941-1945: Das Antlitz einer Zwangsgemeinschaft*, Tubinga, 1960

ADOLPH, Walter, *Kardinal Preysing und zwei Diktaturen: Sein Widerstand gegen die totalitäre Macht*, Berlín, 1971

ALEXIJEWITSCH, Swetlana, «Der Mensch zählt mehr als der Krieg», Deutsch-Russisches Museum Berlin-Karlshorst (ed.), *Mascha + Nina + Katjuscha: Frauen in der Roten Armee, 1941-1945*, Berlín, 2003

ALY, Götz, *«Final Solution»: Nazi Population Policy and the Murder of the European Jews*, Londres, 1999

—, «Die Deportation der Juden von Rhodos nach Auschwitz», *Mittelweg 36*, 12 (2003), pp. 79-78

—, *Hitlers Volksstaat: Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus*, Fráncfort, 2005

—, *Die Belasteten: «Euthanasie» 1939-1945: Eine Gesellschaftsgeschichte,* Fráncfort, 2013

— y Susanne Heim, *Architects of Annihilation: Auschwitz and the Logic of Destruction*, Londres, 2002

ARAD, Yitzhak, *Belzec, Sobibor, Treblinka: The Operation Reinhard Death Camps*, Bloomington, 1987

ARBEITSGRUPPE PÄDAGOGISCHES MUSEUM (ed.), *Heil Hitler, Herr Lehrer: Volksschule 1933-1945: Das Beispiel Berlin*, Hamburgo, 1983

ARBEITSGRUPPE ZUR ERFORSCHUNG DER GESCHICHTE DER KARLBONHOEFFER-NERVENKLINIK (ed.), *Totgeschwiegen 1933-1945: Zur Geschichte der Wittenauer Heilstätten, seit 1957 Karl-BonhoefferNervenklinik*, Berlín, 1989

ARNOLD, Klaus Jochen, «Die Eroberung und Behandlung der Stadt Kiew durch die Wehrmacht im September 1941», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 58/1, 59 (1999), pp. 23-63

ARNOLD, Jörg, «"Once upon a time there was a lovely town...": The Allied air war, urban reconstruction and nostalgia in Kassel (1943-2000)», *German History*, 29/3 (2011), pp. 445-469

—, Dietmar Süss y Malte Thiessen (eds.), *Luftkrieg: Erinnerungen in Deutschland und Europa*, Gotinga, 2009

AUSLÄNDER, Fietje, «"Zwölf Jahre Zuchthaus! Abzusitzen nach Kriegsende!". Zur Topographie des Strafgefangenenwesens der Deutschen Wehrmacht», en Norbert Haase y Gerhard Paul (eds.), *Die anderen Soldaten: Wehrkraftzersetzung, Gehorsamsverweigerung und Fahnenflucht im Zweiten Weltkrieg*, Fráncfort, 1995, pp. 50-65

AYASS, Wolfgang, *Das Arbeitshaus Breitenau: Bettler, Landstreicher, Prostituierte, Zuhälter und Fürsorgeempfänger in der Korrektions- und Landarmenanstalt Breitenau (1874-1949)*, Kassel, 1992

BADER, Karl S., *Soziologie der deutschen Nachkriegskriminalität*, Tubinga, 1949

BAIRD, Jay W., «The Myth of Stalingrad», *Journal of Contemporary History*, 4 (1969), pp. 187-204

—, *To Die for Germany: Heroes in the Nazi Pantheon*, Bloomington, 1992

BAJOHR, Frank, *«Aryanisation» in Hamburg: The Economic Exclusion of the Jews and the Confiscation of their Property in Nazi Germany*, Oxford, 2002

— y Dieter Pohl, *Der Holocaust als offenes Geheimnis: Die Deutschen, die NS-Führung und die Alliierten*, Múnich, 2006

— y Michael Wildt (eds.), *Volksgemeinschaft: Neue Forschungen zur Gesellschaft des Nationalsozialismus*, Fráncfort, 2009

BAJOHR, Stefan, *Die Hälfte der Fabrik: Geschichte der Frauenarbeit in Deutschland 1914 bis 1945*, Marburgo, 1979

BALDOLI, Claudia, «Spring 1943: The FIAT strikes and the collapse of the Italian home front», *History Workshop Journal*, 72 (2011), pp. 181-189

— y Marco Fincardi, «Italian society under Anglo-American bombs: Propaganda, experience y Legend, 1940-1945», *Historical Journal* 52: 4 (2009), 1017-1038

—y Andrew Knapp, *Forgotten Blitzes: France and Italy under Allied Bombs, 1940-1945*, Londres, 2011

—, Andrew Knapp y Richard Overy (eds.), *Bombing, States and Peoples in Western Europe 1940-1945*, Londres, 2011

BALDWIN, P. M., «Clausewitz in Nazi Germany», *Journal of Contemporary History*, 16 (1981), pp. 5-26

BANDHAUER-SCHÖFFMANN, Irene y Ela Hornung, «Vom «Dritten Reich» zur Zweiten Republik: Frauen im Wien der Nachkriegszeit», en David F. Good, Margarete Grandner and Mary Jo Maynes (eds.), *Frauen in Österreich: Beiträge zu ihrer Situation im 19. und 20. Jahrhundert*, Viena, 1994, pp. 225-246

BANKIER, David, *The Germans and the Final Solution: Public Opinion under Nazism*, Oxford, 1992 [Traducción española: *La Europa nazi y la solución final*, Losada, Madrid, 2005]

—, «German Public Awareness of the Final Solution», en David Cesarani (ed.), *The Final Solution: Origins and Implementation*, Londres, 1994, pp. 215-227

BARTOV, Omer, *The Eastern Front, 1941-45: German Troops and the Barbarisation of Warfare*, Basingstoke, 1985

—, *Hitler's Army: Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*, Oxford, 1991

BATHRICK, David, «Making a national family with the radio: The Nazi *Wunschkonzert»*, *Modernism/Modernity*, 4/1 (1997), pp. 115-127

BAUER, Maja, *Alltag im 2. Weltkrieg*, Berlín, 1980

BAUER, Theresia, *Nationalsozialistische Agrarpolitik und bäuerliches Verhalten im Zweiten Weltkrieg: Eine Regionalstudie zur ländlichen Gesellschaft in Bayern*, Fráncfort, 1996

BAUMANN, Ursula, «Suizid im «Dritten Reich» – Facetten eines Themas», en Michael Grüttner, Rüdiger Hachtmann y Heinz-Gerhard Haupt (eds.), *Geschichte und Emanzipation: Festschrift für Reinhard Rürup*, Fráncfort, 1999, pp. 482-516

BAUMGART, Winfried, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939 », *VfZ*, 16 (1968), pp. 120-149

BEAUVOIR, Simone de, *La Force de l'âge*, París, 1960 [Traducción española: *La plenitud de la vida*, Edhasa, Barcelona, 1989]

BECK, Gad, *An Underground Life: Memoirs of a Gay Jew in Nazi Berlin*, Milwaukee, 2000

BECKER, Franziska, *Gewalt und Gedächtnis: Erinnerungen an die nationalsozialis-tische Verfolgung einer jüdischen Landgemeinde*, Gotinga, 1994

BECKER, Jörg, *Elisabeth Noelle-Neumann: Demoskopin zwischen NS-Ideologie und Konservatismus*, Paderborn, 2013

BEER, Matthias, «Im Spannungsfeld von Politik und Zeitgeschichte: Das Grossforschungsprojekt "Dokumentation der Vertreibung der Deutschen aus Ost-Mitteleuropa"», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 49 (1998), pp. 345-389

BEEVOR, Antony, *Stalingrad*, Londres, 1998 [Traducción española: *Stalingrado*, Crítica, Barcelona, 2003]

—, *Berlin: The Downfall 1945*, Londres, 2002 [Traducción española: *Berlín: la caída 1945*, Crítica, Barcelona, 2003]

—, *D-Day, The Battle for Normandy*, Londres, 2009 [Traducción española: *El día D,* Crítica, Barcelona, 2010]

— y Luba Vinogradova (eds.), *A Writer at War: Vasili Grossman with the Red Army*, Pimlico, 2006 [Traducción española: *Un escritor en guerra: Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*, Crítica, Barcelona 2006]

BEHRENBECK, Sabine, *Der Kult um die toten Helden: Nationalsozialistische Mythen, Riten und Symbole 1923 bis 1945*, Vierow bei Greifswald, 1996

BELLMANN, Werner (ed.), *Klassische deutsche Kurzgeschichten: Interpretationen*, Stuttgart, 2004

BENTLEY, James, *Martin Niemöller, 1892-1984*, Oxford, 1984

BENZ, Wolfgang, «Judenvernichtung aus Notwehr? Die Legenden um Theodore N. Kaufman», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 29/4 (1981), pp. 615-630
— (ed.), *Wie wurde man Parteigenosse? Die NSDAP und ihre Mitglieder*, Fráncfort, 2009
BENZENHÖFER, Udo, *«Kinderfachabteilungen» und «NS-Kindereuthanasie»*, Wetzlar, 2000
BERGANDER, Götz, *Dresden im Luftkrieg: Vorgeschichte – Zerstörung – Folgen*, Colonia, 1977
BERGEN, Doris L., *Twisted Cross: The German Christian Movement in the Third Reich*, Chapel Hill, 1996
—, «Instrumentalization of "Volksdeutschen" in German propaganda in 1939: Replacing/erasing Poles, Jews and other victims», *German Studies Review*, 31/2 (2008), pp. 447-470
— (ed.), *The Sword of the Lord: Military Chaplains from the First to the Twenty-first Century*, Notre Dame, 2004
BERGER, Andrea y Thomas Oelschläger, «"Ich habe eines natürlichen Todes sterben lassen": Das Krankenhaus im Kalmenhof und die Praxis der national-sozialistischen Vernichtungsprogramme», en Christian Schrapper y Dieter Sengling (eds.), *Die Idee der Bildbarkeit: 100 Jahre sozialpädagogische Praxis in der Heilerziehungsanstalt Kalmenhof*, Weinheim, 1988, pp. 269-336
BERKHOFF, Karel, *Harvest of Despair: Life and Death in Ukraine under Nazi Rule*, Cambridge, Mass., 2004
BERTH, Christiane, *Biografien und Netzwerke im Kaffeehandel zwischen Deutschland und Zentralamerika 1920-1959*, Hamburgo, 2014
BESSEL, Richard, «The Shock of Violence in 1945 and its Aftermath in Germany», en Alf Lüdtke y Bernd Weisbrod (eds.), *No Man's Land of Violence*, pp. 69-99
—, *Germany 1945*, Londres / Nueva York, 2009 [Traducción española: *Alemania 1945: de la Guerra a la paz*, Ediciones B, Barcelona, 2009]
— y Claudia B. Haake (eds.), *Removing Peoples: Forced Removal in the Modern World*, Oxford, 2009
— y Dirk Schumann (eds.), *Life after Death: Approaches to a Cultural and Social History of Europe during the 1940s and 1950s*, Cambridge, 2003
BETTS, Paul y Greg Eghigian (eds.), *Pain and Prosperity: Reconsidering Twentieth-Century German History*, Stanford, Cal., 2003
BEYSCHLAG, Karlmann, «In Sachen Althaus/Elert: Einspruch gegen Berndt Hamm», en *Homiletisch-liturgisches Korrespondenzblatt*, 8 (1990/91), pp. 153-172
BIALLAS, Leonie, «*Komm, Frau, raboti»: Ich war Kriegsbeute*, Hürth, 2004
BIERNACKI, Stanisław, Czesław Madajczyk y Blanka Meissner, *Generalny plan wschodni: zbiór dokumentów*, Varsovia, 1990
BIESS, Frank, «Survivors of Totalitarianism: Returning POWs and the Reconstruction of Masculine Citizenship in West Germany, 1945-1955», en Hanna Schissler (ed.), *The Miracle Years: A Cultural History of West Germany, 1949-1968*, Princeton, NJ, 2001, pp. 57-82
—, *Homecomings: Returning POWs and the Legacies of Defeat in Postwar Germany*, Princeton, 2006
BIRKENFELD, Wolfgang, *Der synthetische Treibstoff 1933-1945: Ein Beitrag zur nationalsozialistischen Wirtschafts- und Rüstungspolitik*, Gotinga, 1964
BLAAZER, David, «Finance and the end of appeasement: The Bank of England, the National Government and the Czech gold», *Journal of Contemporary History*, 40/1 (2005), pp. 22-56

BLACK, Monica, *Death in Berlin: From Weimar to Divided Germany*, Cambridge, 2010
BLANK, Ralf, «Kriegsalltag und Luftkrieg an der “Heimatfront”», *DRZW*, 9/1 (2004), pp. 357-461
—, *Ruhrschlacht: Das Ruhrgebiet im Kriegsjahr 1943*, Essen, 2013
BLET, Pierre, *Pius XII and the Second World War: According to the Archives of the Vatican*, Nueva York, 1999 [Traducción española: *Pío XII y la Segunda Guerra Mundial*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 2004]
BOBET, Jean, *Le vélo à l'heure allemande*, París, 2007
BOCK, Gisela, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus: Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik*, Opladen, 1986
BODDENBERG, Werner, *Die Kriegsgefangenenpost deutscher Soldaten in sowjetischem Gewahrsam und die Post von ihren Angehörigen während des II. Weltkrieges*, Berlín, 1985
BODE, Sabine, *Die vergessene Generation: Die Kriegskinder brechen ihr Schweigen*, Stuttgart, 2004
BÖHLER, Jochen, *Auftakt zum Vernichtungskrieg: Die Wehrmacht in Polen 1939*, Fráncfort del Meno, 2006
BÖHME, Klaus y Uwe Lohalm (eds.), *Wege in den Tod: Hamburgs Anstalt Langenborn und die Euthanasie in der Zeit des Nationalsozialismus*, Hamburgo, 1993
BÖHME, Kurt W., *Gesucht wird... Das dramatische Geschichte des Suchdienstes*, Múnich, 1965
BOHN, Robert, *Reichskommissariat Norwegen: “Nationalsozialistische Neuordnung” und Kriegswirtschaft*, Múnich, 2000
BOLL, Bernd, «“... das gesunde Volksempfinden auf das Gröbste verletzt”: Die Offenburger Strafjustiz und der «verbotene Umgang mit Kriegs-gefangenen» während des 2. Weltkriegs», *Die Ortenau*, 71 (1991), pp. 645-678
BÖLL, Heinrich, *Brief an einen jungen Katholiken*, Colonia / Berlín, 1961
—, «Wanderer kommst Du nach Spa...», en Heinrich Böll, *Werke: Romane und Erzählungen*, 1, *1947-1951*, Colonia, 1977, pp. 194-202
BOLTANSKI, Christian y Bernhard Jussen (eds.), *Signal*, Gotinga, 2004
BOOG, Horst, *Die deutsche Luftwaffenführung 1935-1945*, Stuttgart, 1982
—, «Strategischer Luftkrieg in Europa und Reichsluftverteidigung 1943-1944», *DRZW*, 7 (2001), pp. 3-418
—, «Die strategische Bomberoffensive der Alliierten gegen Deutschland und die Reichsluftverteidigung in der Schlussphase des Krieges», *DRZW*, 10/1 (2008), pp. 777-885
BORODZIEJ, Włodzimierz, *The Warsaw Uprising of 1944*, Madison, Wis., 2006
BRAJOVIC'-DJURO, Petar, *Yugoslavia in the Second World War*, Belgrade, 1977
BRAMSTED, Ernest K., *Goebbels and National Socialist Propaganda, 1925-1945*, East Lansing, 1965
BRANDT, Karl, *Management of Agriculture and Food in the German-Occupied and Other Areas of Fortress Europe: A Study in Military Government*, Stanford, Cal., 1953
BRANTZEN, Klaus, *Pater Franz Reinisch – sein Lebensbild: Ein Mann steht zu seinem Gewissen*, Neuwied, 1993
BRODIE, Thomas, «For Christ and Germany: German Catholicism and the Second World War», Tesis de DPhil., Oxford, 2013
BROSZAT, Martin, *Nationalsozialistische Polenpolitik 1939-1945*, Stuttgart, 1961
—, «Resistenz und Widerstand: Eine Zwischenbilanz des Forschungsprojekts», en Martin Broszat, Elke Fröhlich y Atina Grossmann (eds.), *Bayern in der NS-Zeit*, 4, Múnich, 1981, pp. 691-709

—, Klaus-Dietmar Henke y Hans Woller (eds.), *Von Stalingrad zur Währungsreform: Zur Sozialgeschichte des Umbruchs in Deutschland*, Múnich, 1988

— *et al.* (eds.), *Bayern in der NS-Zeit*, 1-6, Múnich, 1977-1983

BROWN-FLEMING, Suzanne, *The Holocaust and the Catholic Conscience: Cardinal Aloisius Muench and the Guilt Question in Germany*, Notre Dame, Ind., 2006

BROWNING, Christopher, *The Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942*, Londres, 2005

BRUNSWIG, Hans, *Feuersturm über Hamburg: Die Luftangriffe über Hamburg im 2. Weltkrieg und ihre Folgen*, Stuttgart, 2003

BUCHBENDER, Ortwin y Reinhold Sterz (eds.), *Das andere Gesicht des Krieges: Deutsche Feldpostbriefe 1939-1945*, Múnich, 1983

BUNDESMINISTERIUM FÜR VERTRIEBENE, Flüchtlinge und Kriegsgeschädigte (ed.), *Dokumente deutscher Kriegsschäden: Evakuierte, Kriegssachgeschädigte, Währungsgeschädigte: Die geschichtliche und rechtliche Entwicklung*, 1-5, Bonn, 1958-1964

—, Flüchtlinge und Kriegsgeschädigte (ed.), *Die Vertreibung der deutschen Bevölkerung aus den Gebieten östlich der Oder-Neisse*, 1-3, (reprinted) Augsburgo, 1993

BURLEIGH, Michael, *Death and Deliverance: «Euthanasia» in Germany, 1900-1945*, Cambridge, 1994

BUSSMANN, Walter, «Zur Entstehung und Überlieferung der Hossbach Niederschrift», *VfZ*, 16 (1968), pp. 373-384

BÜTTNER, Ursula, «“Gomorrha” und die Folgen des Bombenkriegs», en Forschungsstelle für Zeitgeschichte in Hamburg (ed.), *Hamburg im «Dritten Reich»*, Gotinga, 2005, 612-632

CARLTON, David, *Churchill and the Soviet Union,* Manchester, 2000

CARTER, Erica, *Dietrich's Ghosts: The Sublime and the Beautiful in Third Reich Film*, Londres, 2004

CERETTI, Adolfo, *Come pensa il tribunale per i minorenni: una ricerca sul giudicato penale a Milano dal 1934 al 1990*, Milán, 1996

CESARANI, David (ed.), *The Final Solution: Origins and Implementation*, Londres, 1994

CESARANI, David, *Eichmann: His Life, Crimes and Legacy*, Londres, 2004

CHIARI, Bernhard, *Alltag hinter der Front: Besatzung, Kollaboration und Widerstand in Weissrussland 1941-1944*, Düsseldorf, 1998

CHICKERING, Roger y Stig Förster (eds.), *The Shadows of Total War: Europe, East Asia, and the United States, 1919-1939*, Nueva York, 2003

CHU, Winson, *The German Minority in Interwar Poland*, Cambridge, 2012

CLARK, Christopher, «Johannes Blaskowitz: Der christliche General», en Ronald Smelser y Enrico Syring (eds.), *Die Militärelite des dritten Reiches*, Berlín, 1995, pp. 28-50

—, *The Politics of Conversion: Missionary Protestantism and the Jews in Prussia 1728-1941*, Oxford, 1995

COINTET, Michèle, *L'Eglise sous Vichy, 1940-1945*, París, 1998

COLDREY, Barry, *Child Migration under the Auspices of Dr Barnardo's Homes, the Fairbridge Society and the Lady Northcote Trust*, Thornbury, 1999

COLLINGHAM, Lizzie, *The Taste of War: World War Two and the Battle for Food*, Londres, 2011

CONFINO, Alon, *Foundational Pasts: The Holocaust as Historical Understanding*, Cambridge, 2012

—, Paul Betts y Dirk Schumann (eds.), *Between Mass Death and Individual Loss: The Place of the Dead in Twentieth-century Germany*, Nueva York, 2008

CONZE, Eckart, Norbert Frei, Peter Hayes y Moshe Zimmermann, *Das Amt und die Vergangenheit: Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik*, Múnich, 2010

CORNI, Gustavo y Horst Gies, *Brot – Butter – Kanonen: Die Ernährungswirtschaft in Deutschland under der Diktatur Hitlers*, Berlín, 1997

COX, Mary, «Hunger games: Or how the Allied blockade in the First World War deprived German children of nutrition, and Allied food aid subse-quently saved them», *Economic History Review*, septiembre de 2014: doi: 10.1111/ ehr.12070

DAIBER, Hans, *Schaufenster der Diktatur: Theater im Machtbereich*, Stuttgart, 1995

DALLIN, Alexander, *German Rule in Russia, 1941-1945: A Study of Occupation Policies*, 2.ª rev. ed., Boulder, Col., 1981

DANIEL, Ute, *The War from Within: German Working-class Women in the First World War*, Oxford, 1997

— (ed.), *Augenzeugen: Kriegsberichterstattung vom 18. bis zum 21. Jahrhundert*, Gotinga, 2006

DANIMANN, Franz, *Flüsterwitze und Spottgedichte unterm Hakenkreuz*, Viena, 1983

DATNER, Szymon, «Crimes committed by the Wehrmacht during the September Campaign and the period of military government (1 Sept. 1939-25 Oct. 1939)», *Polish Western Affairs*, 3 (1962), pp. 294-328

DAVIES, Norman, *Rising '44: «The Battle for Warsaw»*, Londres, 2004 [Traducción española: *Varsovia, 1944. La heroica lucha de una ciudad atrapada*, Planeta, Barcelona, 2005]

— y Roger Moorhouse, *Microcosm: Portrait of a Central European City*, Londres, 2002

DAVIES, R. W. y Steve Wheatcroft, *The Years of Hunger: Soviet Agriculture, 1931-1933*, Basingstoke, 2004

—, Oleg Khlevnyuk y Steve Wheatcroft, *The Years of Progress: The Soviet Economy, 1934-1936*, Basingstoke, 2014

DEÁK, István, Jan Gross y Tony Judt (eds.), *The Politics of Retribution in Europe: World War II and its Aftermath*, Princeton, NJ, 2000

DEAN, Martin, *Collaboration in the Holocaust: Crimes of the Local Police in Belorussia and Ukraine, 1941-44*, Basingstoke y Londres, 2000

DEFALQUE, R. J. y A. J. Wright, «Methamphetamine for Hitler's Germany, 1937 to 1945», *Bulletin of Anesthesia History*, 29/2 (Abril 2011), pp. 21-24

DENNLER, Wilhelm, *Die böhmische Passion,* Freiburg im Breisgau, 1953 Dettmar, Ute, «Der Kampf gegen "Schmutz und Schund"», en Joachim Hopster (ed.), *Die Kinder- und Jugendliteratur in der Zeit der Weimarer Republik*, Fráncfort, 2012, pp. 565-586

DICKINSON, Edward, *The Politics of German Child Welfare from the Empire to the Federal Republic*, Cambridge, Mass., 1996

DIECKMAN, Christoph, «The War and the Killing of the Lithuanian Jews», en Ulrich Herbert (ed.), *National Socialist Extermination Policies*, Nueva York / Oxford, 2000, pp. 240-275

DIEDRICH, Torsten, *Paulus: Das Trauma von Stalingrad: Eine Biographie*, Paderborn, 2008

DIERCKS, Herbert (ed.), *Verschleppt nach Deutschland! Jugendliche Häftlinge des KZ Neuengamme aus der Sowjetunion erinnern sich*, Bremen, 2000

DILLER, Ansgar, *Rundfunkpolitik im Dritten Reich*, Múnich, 1980

DOENECKE, Justus y Mark Stoler, *Debating Franklin D. Roosevelt's Foreign Policies, 1933-1945*, Oxford, 2005

DÖRNER, Bernward, *«Heimtücke»: Das Gesetz als Waffe: Kontrolle, Abschreckung und Verfolgung in Deutschland 1933-1945*, Paderborn, 1985

DÖRR, Margarete, *«Wer die Zeit nicht miterlebt hat…»: Frauenerfahrungen im Zweiten Weltkrieg und in den Jahren danach*, 1-3, Fráncfort, 1998

DOUGLAS, Ray, *Orderly and Humane: The Expulsion of the Germans after the Second World War*, New Haven, 2012

DOV KULKA, Otto y Eberhard Jäckel (eds.), *Die Juden in den geheimen NS-Stimmungsberichten 1933-1945*, Düsseldorf, 2004

DREWNIAK, Bogusław, *Der deutsche Film 1938-1945*, Düsseldorf, 1987

DRÖGE, Franz, *Der zerredete Widerstand: Soziologie und Publizistik des Gerüchts im 2. Weltkrieg*, Düsseldorf, 1970

DROLSHAGEN, Ebba, *Der freundliche Feind: Wehrmachtssoldaten im besetzten Europa*, Múnich, 2009

DUNAE, Patrick, «Gender, Generations and Social Class: The Fairbridge Society and British Child Migration to Canada, 1930-1960», en Jon Lawrence y Pat Starkey (eds.), *Child Welfare and Social Action: International Perspectives*, Liverpool, 2001, pp. 82-100

DÜLMEN, Richard van, *Theatre of Horror: Crime and Punishment in early modern Germany*, Oxford, 1990

DÜRINGER, Hermann y Jochen-Christoph Kaiser (eds.), *Kirchliches Leben im Zweiten Weltkrieg*, Fráncfort, 2005

EBERT, Jens, *Stalingrad: Eine deutsche Legende*, Reinbek, 1992

ECKEL, Jan, *Hans Rothfels*, Gotinga, 2005

EMMERICH, Norbert, «Die Wittenauer Heilstätten 1933-1945», en Arbeitsgruppe zur Erforschung der Geschichte der Karl-BonhoefferNervenklinik (ed.), *Totgeschwiegen 1933-1945: Zur Geschichte der Wittenauer Heilstätten, seit 1957 Karl-Bonhoeffer-Nervenklinik*, Berlín, 1989, pp. 185-189

ENDLICH, Stefanie, Monica Geyler-von Bernus y Beate Rossié (eds.), *Christenkreuz und Hakenkreuz: Kirchenbau und sakrale Kunst im Nationalsozialismus*, Berlín, 2008

ENGEL, Gerhard, *Heeresadjutant bei Hitler 1938-1943*, Stuttgart, 1974

EPSTEIN, Catherine, *Model Nazi: Arthur Greiser and the Occupation of Western Poland*, Oxford, 2010

ERICKSEN, Robert, *Theologians under Hitler: Gerhard Kittel, Paul Althaus, and Emanuel Hirsch*, New Haven, 1985

ERICKSON, John, *The Road to Berlin: Stalin's War with Germany*, 2, Londres, 1983

ERICSSON, Kjersti y Eva Simonsen (eds.), *Children of World War II*, Oxford, 2005

EVANS, Jennifer V., *Life among the Ruins: Cityscape and Sexuality in Cold War Berlin*, Basingstoke, 2011

EVANS, Richard J., *Rituals of Retribution: Capital Punishment in Germany, 1600-1987*, Oxford, 1996

—, *Telling Lies about Hitler: The Holocaust, History and the David Irving Trial*, Londres, 2002

—, *The Coming of the Third Reich*, Londres, 2003 [Traducción española: *La llegada del Tercer Reich,* Península, Barcelona, 2005]

—, *The Third Reich in Power, 1933-1939*, Londres, 2005 [Traducción española: *El Tercer Reich en el poder 1933-1939,* Península, Barcelona, 2007]

—, *The Third Reich at War, 1939-1945*, Londres, 2008 [Traducción española: *El Tercer Reich en guerra, 1939-1945,* Península, Barcelona, 2011]

FAULSTICH, Heinz, «Die Zahl der “Euthanasie”-Opfer», en Andreas Frewer y Clemens Eickhoff (eds.), *«Euthanasie» und aktuelle Sterbehilfe-Debatte*, Fráncfort, 2000, pp. 218-232

—, *Von der Irrenfürsorge zur «Euthanasie»: Geschichte der badischen Psychiatrie bis 1945*, Friburgo, 1993

FEINGOLD, Henry L., *The Politics of Rescue: The Roosevelt Administration and the Holocaust, 1938-1945*, New Brunswick, NJ, 1970

FENWICK, Luke, «Religion in the Wake of “Total War”: Protestant and Catholic Communities in Thuringia and Saxony-Anhalt, 1945-9», Tesis de DPhil., Oxford, 2011

FIEBERG, Gerhard, Ralph Angermund y Gertrud Sahler (eds.), *Im Namen des deutschen Volkes: Justiz und Nationalsozialismus*, Colonia, 1989

FISCH, Bernhard, *Nemmersdorf, Oktober 1944: Was in Ostpreussen tatsächlich geschah*, Berlín, 1997

—, «Nemmersdorf 1944», en Gerd R. Ueberschär (ed.), *Orte des Grauens: Verbrechen im Zweiten Weltkrieg*, Darmstadt, 2003, 155-167

—, «Nemmersdorf 1944 – ein bisher unbekanntes zeitnahes Zeugnis», *Zeitschrift für Ostmitteleuropa-Forschung*, 56/1 (2007), pp. 105-114

FISHMAN, Sarah, *The Battle for Children: World War II Youth Crime, and Juvenile Justice in Twentieth-century France*, Cambridge, Mass., 2002

FLEISCHHAUER, Ingeborg, *Die Chance des Sonderfriedens: Deutsch-sowje-tische Geheimgespräche 1941-1945*, Berlín, 1986

FLEMING, Nicholas, *August 1939: The Last Days of Peace*, Londres, 1979

FORSBACH, Ralf, *Die medizinische Fakultät der Universität Bonn im «Dritten Reich»*, Múnich, 2006

FÖRSCHLER, Andreas, *Stuttgart 1945: Kriegsende und Neubeginn*, Gudensberg-Gleichen, 2004

FORSCHUNGSSTELLE FÜR ZEITGESCHICHTE EN HAMBURG (ed.), *Hamburg im «Dritten Reich»*, Gotinga, 2005

FÖRSTER, Jürgen, «Hitler turns East: German War Policy in 1940 and 1941», en Bernd Wegner (ed.), *From Peace to War: Germany, Soviet Russia and the World, 1939-1941*, Oxford, 1997, pp. 115-133

FORSTMAN, Jack, *Christian Faith in Dark Times: Theological Conflicts in the Shadow of Hitler*, Louisville, 1992

FORTY, George, *Villers-Bocage*, Stroud, 2004

FOX, Frank, «Jewish victims of the Katyn Massacre», *East European Jewish Affairs,* 23: 1 (1993), pp. 49-55

FOX, Jo, *Film Propaganda in Britain and Nazi Germany: World War II Cinema*, Oxford, 2007

FRANKS, Norman, *The Air Battle of Dunkirk*, Londres, 1983

FREI, Norbert (ed.), *Medizin und Gesundheitspolitik in der NS-Zeit*, Múnich, 1991

—, *National Socialist Rule in Germany: The Führer State, 1933-1945*, Oxford, 1993

—, *Adenauer's Germany and the Nazi Past: The Politics of Amnesty and Integration*, Nueva York, 2002

— (ed.), *Karrieren im Zwielicht: Hitlers Eliten nach 1945*, Fráncfort, 2001

— y Johannes Schmitz (eds.), *Journalismus im Dritten Reich*, Múnich, 1989

—, Sybille Steinbacher y Bernd Wagner (eds.), *Ausbeutung, Vernichtung, Öffentlichkeit*, Múnich, 2000

FREWER, Andreas y Clemens Eickhoff (eds.), *«Euthanasie» und aktuelle Sterbehilfe-Debatte*, Fráncfort, 2000

FRIEDLÄNDER, Saul, *Kurt Gerstein: The Ambiguity of Good*, Nueva York, 1969

—, *Nazi Germany and the Jews,* 1, *The Years of Persecution, 1933-39*, Londres, 1997 [Traducción española: *El Tercer Reich y los judíos. Los años de la persecución (1933-1939),* Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2009, edición rústica en 2016]

—, *The Years of Extermination: Nazi Germany and the Jews, 1939-1945*, 2, Londres, 2007 [Traducción española: *El Tercer Reich y los judíos. Los años del exterminio (1939-1945),* Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2009, edición rústica en 2016]

FRIEDRICH, Ernst, *Krieg dem Kriege*, Múnich, 2004

FRIEDRICH, Jörg, «"Die Wohnungsschlüssel sind beim Hausverwalter abzugeben": Die Ausschlachtung der jüdischen Hinterlassenschaft», en Jörg Wollenberg (ed.), *«Niemand war dabei und keiner hat's gewusst»: Die deutsche* Öffentlichkeit und die Judenverfolgung 1933-1945, Múnich, 1989, pp. 188-203

—, *Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945*, Múnich, 2002 [Traducción española: *El incendio: Alemania bajo el bombardeo*, Taursus, Madrid, 2003]

FRIESER, Karl-Heinz, «Zusammenbruch im Osten», *DRZW*, 8 (2007), pp. 493-678

—, *The Blitzkrieg Legend: The 1940 Campaign in the West*, Annapolis, 2005

FRINGS, Josef Kardinal, *Für die Menschen bestellt,* Colonia, 1973

FRITZSCH, Robert, *Nürnberg im Krieg*, Düsseldorf, 1984

FRITZSCHE, Peter, «Volkstümliche Erinnerung und deutsche Identität nach dem Zweiten Weltkrieg», en Konrad Jarausch y Martin Sabrow (eds.), *Verletztes Gedächtnis: Erinnerungskultur und Zeitgeschichte im Konflikt*, Fráncfort, 2002, pp. 75-97

—, *Life and Death in the Third Reich*, Cambridge, Mass., 2008 [Traducción española: *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Crítica, Barcelona, 2009]

FUCHS, Stephan, *«Vom Segen des Krieges»: Katholische Gebildete im ersten Weltkrieg: Eine Studie zur Kriegsdeutung im akademischen Katholizismus*, Stuttgart, 2004

GAILUS, Manfred, «Keine gute Performance», en Manfred Gailus y Armin Nolzen (eds.), *Zerstrittene «Volksgemeinschaft»: Glaube, Konfession und Religion im Nationalsozialismus,* Gotinga, 2011, pp. 96-121

—, *Protestantismus und Nationalsozialismus: Studien zur national-sozialistischen Durchdringung des protestantischen Sozialmilieus in Berlin,* Colonia, 2001

— y Hartmut Lehmann (eds.), *Nationalprotestantische Mentalitäten*, Gotinga, 2005

— y Armin Nolzen (eds.), *Zerstrittene «Volksgemeinschaft»: Glaube, Konfession und Religion im Nationalsozialismus,* Gotinga, 2011

GALL, Lothar (ed.), *Krupp im 20. Jahrhundert: Die Geschichte des Unternehmens vom Ersten Weltkrieg bis zur Gründung der Stiftung*, Berlín, 2002

GANZENMÜLLER, Jörg, *Das belagerte Leningrad 1941-1944: Die Stadt in den Strategien von Angreifern und Verteidigern*, Paderborn, 2006

GARBE, Detlef, *Between Resistance and Martyrdom: Jehovah's Witnesses in the Third Reich*, Madison, Wis., 2008

GARDNER, W. J. R., *The Evacuation from Dunkirk: «Operation Dynamo», 26 May-4 June 1940*, Londres, 1949

GASSERT, Philipp y Alan E. Steinweis (eds.), *Coping with the Nazi Past: West German Debates on Nazism and Generational Conflict, 1955-1975*, Nueva York, 2006

GEHRKE, Hans-Joachim, «Die Thermopylenrede Hermann Görings zur Kapitulation Stalingrads: Antike Geschichtsbilder im Wandel von Heroenkult zum Europadiskurs», en Bernd Martin (ed.), *Der Zweite Weltkrieg in historischen Reflexionen*, Friburgo, 2006, pp. 13-29

GELLATELY, Robert, *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy, 1933-1945*, Oxford, 1990 [Traducción española: *La Gestapo y la sociedad alemana: la política racial nazi (1933-1945)*, Paidós, Barcelona, 2003]

—, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, Oxford, 2001 [Traducción española: *Backing Hitler,* Planeta deAgostini, Barcelona, 2006]

GEPP, Thomas (ed.), *Essen im Luftkrieg*, Essen, 2000

GERLACH, Christian, *Krieg, Ernährung, Völkermord: Forschungen zur deutschen Vernichtungspolitik im zweiten Weltkrieg*, Hamburgo, 1998

—, *Kalkulierte Morde: Die deutsche Wirtschafts- und Vernichtungs-politik in Weissrussland 1941 bis 1944*, Hamburgo, 1999

GERLACH, Wolfgang, *And the Witnesses were Silent: The Confessing Church and the Persecution of the Jews*, Lincoln, Nebr., 2000

GERWARTH, Robert, *Hitler's Hangman. The Life of Heydrich,* New Haven, 2011 [Traducción española: *Heydrich. El verdugo de Hitler*, La esfera de los libros, Madrid, 2013]

GÈVE, Thomas, *Youth in Chains*, Jerusalén, 1981

GEYER, Michael, «Cold War Angst: The Case of West German Opposition to Rearmament and Nuclear Weapons», en Hanna Schissler (ed.), *The Miracle Years: A Cultural History of West Germany, 1949-1968*, Princeton, 2001, pp. 376-408

—, «Endkampf 1918 and 1945: German Nationalism, Annihilation and Self-destruction», en Alf Lüdtke y Bernd Weisbrod (eds.), *No Man's Land of Violence: Extreme Wars in the 20th Century*, Gotinga, 2006, pp. 35-67

GILBERT, Martin, *The Holocaust: The Jewish Tragedy*, Londres, 1986

GILDEA, Robert, *Marianne in Chains: Daily Life in the Heart of France during the German Occupation*, Londres, 2002

—, Oliver Wieviorka y Anette Warring (eds.), *Surviving Hitler and Mussolini: Daily Life in Occupied Europe*, Oxford, 2006

GILLINGHAM, J. R., *Industry and Politics in the Third Reich: Ruhr Coal, Hitler and Europe*, Londres, 1985

GIZIOWSKI, Richard J., *The Enigma of General Blaskowitz*, Londres, 1997

GLANTZ, David, *Barbarossa Derailed: The Battle for Smolensk, 10 July-10 September 1941*, Solihull, 2010

—, *When Titans Clashed: How the Red Army Stopped Hitler*, Lawrence, Kan., 1995

GLEISS, Horst, *Breslauer Apokalypse 1945*, 3, Wedel, 1986

GODAU-SCHÜTTKE, Klaus-Detlev, *Ich habe nur dem Recht gedient: Die «Renazifizierung» der schleswig-holsteinischen Justiz nach 1945*, Baden Baden, 1993

GOESCHEL, Christian, *Suicide in Nazi Germany*, Oxford, 2009

GOLTERMANN, Svenja, *Die Gesellschaft der Überlebenden: Deutsche Kriegsheimkehrer und ihre Gewalterfahrungen im Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 2009

GOLTZ, Anna von der, *Hindenburg: Power, Myth, and the Rise of the Nazis*, Oxford, 2009

GORDON, Bertram, «Ist Gott französisch? Germans, tourism and occupied France 1940-1944», *Modern and Contemporary France*, 4/3 (1996), pp. 287-298

GORDON, Sarah, *Hitler, Germans and the «Jewish Question»*, Princeton, 1984

GÖRTEMAKER, Heike, *Ein deutsches Leben: Die Geschichte der Margret Boveri 1900-1975*, Múnich, 2005

GOSCHLER, Constantin (ed.), *Wiedergutmachung: Westdeutschland und die Verfolgten des Nationalsozialismus (1950-1954)*, Múnich, 1992

GOTTWALDT, Alfred, Norbert Kampe y Peter Klein (eds.), *NS-Gewaltherrschaft: Beiträge zur historischen Forschung und juristischen Aufarbeitung*, Berlín, 2005

GRASER, Gerhard, *Zwischen Kattegat und Kaukasus: Weg und Kämpfe der 198. Infanterie-Division 1939-1945*, Tubinga, 1961

GRASS, Günter, *Im Krebsgang*, Gotinga, 2002

GREGOR, Neil, «"Is he still alive, or long since dead?": Loss, absence and remem-brance in Nuremberg, 1945-1956», *German History*, 21/2 (2003), pp. 183-202

GRENKEVICH, Leonid D., *The Soviet Partisan Movement, 1941-1944: A Critical Historiographical Analysis*, Londres, 1999

GRIBAUDI, Gabriella, *Guerra totale: Tra bombe alleate e violenze naziste: Napoli e il fronte meridionale 1940-1944*, Turín, 2005

GRIECH-POLELLE, Beth A., *Bishop von Galen: German Catholicism and National Socialism*, Nueva York, 2002

GRIMM, Barbara, «Lynchmorde an alliierten Fliegern im Zweiten Weltkrieg», en Dietmar Süss (ed.), *Deutschland im Luftkrieg: Geschichte und Erinnerung*, Múnich, 2007, pp. 71-84

GROEHLER, Olaf, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, Berlín, 1990

GRÖSCHNER, Annett (ed.), «*Ich schlug meiner Mutter die brennenden Funken ab»: Berliner Schulaufsätze aus dem Jahr 1946*, Berlín, 1996

GROSS, Jan, «A Tangled Web: Confronting Stereotypes concerning Relations between Poles, Germans, Jews, and Communists», en István Deák, Jan Gross, y Tony Judt (eds.), *The Politics of Retribution in Europe: World War II and its Aftermath*, Princeton, NJ, 2000, pp. 74-129

—, *Fear: Anti-Semitism in Poland after Auschwitz: An Essay in Historical Interpretation*, Princeton, NJ, 2006

GROSSJOHANN, Georg, *Five Years, Four Fronts: A German Officer's World War II Combat Memoir*, Nueva York, 2005

GROSSMAN, Vasili, *A Writer at War: Vasili Grossman with the Red Army, 1941-1945*, Antony Beevor y Luba Vinogradova (eds.), Londres, 2005

—, e Ilyá Ehrenburg (eds.), *Das Schwarzbuch: Der Genozid an den sowjetischen Juden,* Reinbek de Hamburgo, 1994 [Traducción española: *El libro negro*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2012]

GRUCHMANN, Lothar (ed.), *Autobiographie eines Attentäters: Aussage zum Sprengstoffsanschlag im Bürgerbräukeller, München am 8. November 1939*, Stuttgart, 1970

—, *Justiz im Dritten Reich: Anpassung und Unterwerfung in der Ära Gürtner*, Múnich, 1990

—, «Korruption im Dritten Reich: Zur "Lebensmittelver-sorgung der NS-Führerschaft"», *VfZ*, 42 (1994), pp. 571-593

GRUNER, Wolf, *Widerstand in der Rosenstrasse: Die Fabrik-Aktion und die Verfolgung der «Mischehen» 1943*, Fráncfort, 2005

GRÜTTNER, Michael, Rüdiger Hachtmann y Heinz-Gerhardt Haupt (eds.), *Geschichte und Emanzipation: Festschrift für Reinhard Rürup*, Fráncfort/ Nueva York, 1999

GUDERIAN, Heinz, *Erinnerungen eines Soldaten*, Heidelberg, 1951

GURFEIN, M. J. y Morris Janowitz, «Trends in Wehrmacht morale», *Public Opinion Quarterly*, Spring 1946, pp. 78-84

GUTTERIDGE, Richard, *Open Thy Mouth for the Dumb! The German Evangelical Church and the Jews, 1879-1950*, Oxford, 1976

HAAG, Anna, *Das Glück zu leben*, Stuttgart, 1967

HAASE, Norbert y Gerhard Paul (eds.), *Die anderen Soldaten: Wehrkraft-zersetzung, Gehorsamsverweigerung und Fahnenflucht im Zweiten Weltkrieg*, Fráncfort, 1995

HAEBICH, Anna, «Between knowing and not knowing: Public knowledge of the stolen generations», *Aboriginal History*, 25 (2001), pp. 70-90

HAHNKE, Heinz, *Luftkrieg und Zivilbevölkerung*, Fráncfort, 1991

HALLER, Uli, *Lieutenant General Karl Strecker: The Life and Thought of a German Military Man*, Westport, Conn., 1994

HAMM, Berndt, «Schuld und Verstrickung der Kirche», en Wolfgang Stegemann (ed.), *Kirche und Nationalsozialismus*, Stuttgart, 1992, pp. 13-49

HÄMMERLE, Christa, Oswald Überegger y Birgitta Bader Zaar (eds.), *Gender and the First World War*, Basingstoke, 2014

HANSCH-SINGH, Annegret, *Rassismus und Fremdarbeitereinsatz im Zweiten Weltkrieg*, Berlín, 1991

HANSEN, Eckhard, *Wohlfahrtspolititk im NS-Staat: Motivationen, Konflikte und Machtstrukturen im «Sozialismus der Tat» des Dritten Reiches*, Augsburgo, 1991

HANSEN, Lulu Anne, «"Youth off the Rails": Teenage Girls and German Soldiers– A Case Study in Occupied Denmark, 1940-1945», en Dagmar Herzog (ed.), *Brutality and Desire: War and Sexuality in Europe's Twentieth Century*, Basingstoke, 2009, pp. 135-167

HARIG, Ludwig, *Weh dem, der aus der Reihe tanzt*, Fráncfort, 1993

HARRIS, Victoria, *Selling Sex in the Reich: Prostitutes in German Society, 1914-1945*, Oxford, 2010

HARTEN, Hans-Christian, *De-Kulturation und Germanisierung: Die nationalsozialis-tische Rassen- und Erziehungspolitik in Polen 1939-1945*, Fráncfort, 1996

HARTMANN, Christian, *Halder: Generalstabschef Hitlers 1938-1942*, Paderborn, 1991

—, *Wehrmacht im Ostkrieg: Front und militärisches Hinterland 1941-42*, Múnich, 2009

— y Johannes Hürter, *Die letzten 100 Tage des Zweiten Weltkrieges*, Múnich, 2005

—, Johannes Hürter y Ulrike Jureit (eds.), *Verbrechen der Wehrmacht: Bilanz einer Debatte*, Múnich, 2005

HARTMANN, Grethe, *The Girls they Left Behind*, Copenhague, 1946

HARVEY, Elizabeth, *Youth and the Welfare State in Weimar Germany*, Oxford, 1993

—, *Women and the Nazi East: Agents and Witnesses of Germanization*, New Haven y Londres, 2003

—, «"Ich war überall": Die NS-Propagandaphotographin Liselotte Purper», en Sybille Steinbacher (ed.), *Volksgenossinnen: Frauen in der NS-Volksgemeinschaft*, Constance, 2007, pp. 138-153

—, «Seeing the World: Photography, Photojournalism and Visual Pleasure in the Third Reich», en Pamela Swett, Corey Ross y Fabrice d'Almeida (eds.), *Pleasure and Power in Nazi Germany*, Basingstoke, 2011, pp. 177-204

HASKINS, Victoria y Margaret Jacobs, «Stolen Generations and Vanishing Indians: The Removal of Indigenous Children as a Weapon of War in the United States and Australia, 1870-1940», en James Alan Marten (ed.), *Children and War: A Historical Anthology*, Nueva York y Londres, 2002, pp. 227-241

HASTINGS, Max, *Bomber Command*, Basingstoke, 2010

—, *Overlord: D-Day and the Battle for Normandy 1944*, Londres, 1984
HAUSCHILD-THIESSEN, Renate (ed.), *Die Hamburger Katastrophe vom Sommer 1943 in Augenzeugenberichten*, Hamburgo, 1993
HAVEMANN, Nils, *Fussball unterm Hakenkreuz: Der DFB zwischen Sport, Politik und Kommerz*, Bonn, 2005
HAYWARD, Joel, «Too little too late: An analysis of Hitler's failure in 1942 to damage Soviet oil production», *Journal of Strategic Studies*, 18/4 (1995), pp. 769-794
HEER, Hannes y Klaus Naumann (eds.), *Vernichtungskrieg: Verbrechen der Wehrmacht 1941-1944*, Hamburgo, 1995
HEIDSCHMIDT, Janet, «Das Zeitzeugeninterview als Erweiterung der Quelle Feldpostbrief am Beispiel des Briefwechsels zwischen Ernst und Irene Guicking 1937 bis 1945», Diplomarbeit, Fachhochschule Potsdam, 2003
HEINEMAN, Elizabeth, *What Difference Does a Husband Make? Women and Marital Status in Nazi and Postwar Germany*, Berkeley, 1999
HENKE, Klaus-Dieter, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands*, Múnich, 1995
HENSLE, Michael, *Rundfunkverbrechen: Das Hören von «Feindsendern» im Nationalsozialismus*, Berlín, 2003
HERBERT, Ulrich, «Apartheid nebenan», en Lutz Niethammer (ed.), *«Die Jahre weiss man nicht, wo man die heute hinsetzen soll»: Faschismuserfahrungen im Ruhrgebiet*, Berlín, 1983, pp. 233-266
—, *Best: Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernuft, 1903-1989*, Bonn, 1996
—, *Hitler's Foreign Workers: Enforced Foreign Labor in Germany under the Third Reich*, Cambridge, 1997
—, «Echoes of the *Volksgemeinschaft*», en Martina Steber y Bernhard Gotto (eds.), *Visions of Community in Nazi Germany: Social Engineering and Private Lives*, Oxford, 2014, pp. 60-72
— (ed.), *National Socialist Extermination Policies*, Nueva York / Oxford, 2000
HERMLE, Siegfried, «Die Bischöfe und die Schicksale "nichtarischer" Christen», en Manfred Gailus y Hartmut Lehmann (eds.), *Nationalprotestantische Mentalitäten*, Gotinga, 2005, pp. 263-306
HERRBERGER, Marcus (ed.), *Denn es steht geschrieben: «Du sollst nicht töten!» Die Verfolgung religiöser Kriegsdienstverweigerer unter dem NS-Regime mit besonderer Berücksichtigung der Zeugen Jehovas (1939-1945)*, Viena, 2005
HERZOG, Dagmar, «Desperately Seeking Normality: Sex and Marriage in the Wake of the War», en Richard Bessel y Dirk Schumann (eds.), *Life after Death: Approaches to a Cultural and Social History of Europe during the 1940s and 1950s*, Cambridge, 2003, pp. 161-192
—, *Sex after Fascism: Memory and Morality in Twentieth-century Germany*, Princeton, 2005
— (ed.), *Brutality and Desire: War and Sexuality in Europe's Twentieth Century*, Basingstoke, 2009
HETZER, Tanja, *«Deutsche Stunde»: Volksgemeinschaft und Antisemitismus in der politischen Theologie bei Paul Althaus*, Múnich, 2009
HILBERG, Raul, *Die Vernichtung der europäischen Juden: Die Gesamtgeschichte des Holocaust*, Berlín, 1982
— (ed.), *Documents of Destruction: Germany and Jewry, 1933-1945*, Chicago, 1971
—, *Sonderzüge nach Auschwitz*, Mainz, 1981
—, *The Destruction of European Jews*, Londres, 1961 [Traducción española: *La destrucción de los judíos europeos,* Akal, Madrid, 2005]

HILGER, Andreas, *Deutsche Kriegsgefangene in der Sowjetunion: Kriegsgefangenen-politik, Lageralltag und Erinnerung*, Essen, 2000

HILLGRUBER, Andreas, *Hitler, König Carol und Marschall Antonescu: Die deutsch-rumänischen Beziehungen 1938-1944*, Wiesbaden, 1953

—, *Hitlers Strategie: Politik und Kriegsführung 1940-1941*, Fráncfort, 1965

— (ed.), *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler: Vertrauliche Aufzeichnungen über Unterredungen mit Vertretern des Auslandes*, 1-2, Fráncfort, 1967/1970 [Traducción española: *Estadistas y diplomáticos con Hitler*, Caralt, Barcelona, 1969]

—, *Zweierlei Untergang: Die Zerschlagung des Deutschen Reiches und das Ende des europäischen Judentums*, Berlín, 1986

HIONIDOU, Violetta, *Famine and Death in Occupied Greece, 1941-1944*, Cambridge, 2006

HIPPEL, Wolfgang von (ed.), *Freiheit, Gleichheit, Brüderlichkeit? Die französische Revolution im deutschen Urteil von 1789 bis 1945*, Múnich, 1989

HIRSCHFELD, Gerhard (ed.), *Nazi Rule and Dutch Collaboration*, Oxford, 1988 Hoch, Anton, «Der Luftangriff auf Freiburg am 10. Mai 1940», *VfZ*, 4 (1956), pp. 115-144

HOCHHUTH, Rolf, *Eine Liebe in Deutschland*, Reinbek, 1978 [Traducción española: *Un amor en Alemania*, Salvat, Barcelona, 1987]

HOCKENOS, Matthew, *A Church Divided: German Protestants Confront the Nazi Past*, Bloomington, Ind., 2004

HOCKERTS, Hans Günther, «Integration der Gesellschaft: Gründungskrise und Sozialpolitik in der frühen Bundesrepublik», *Zeitschrift für Sozialreform*, 32 (1986), pp. 25-41

HOENIGER, David, «Symbolism and Pattern in Rilke's Duino Elegies», *German Life and Letters*, 3/4 (July 1950), pp. 271-283

HOFFMANN, Joachim, *Die Ostlegionen 1941-1943: Turkotataren, Kaukasier und Wolgafinnen im deutschen Heer*, Friburgo, 1976

HOFFMANN, Kay, «Der Mythos der perfekten Propaganda: Zur Kriegsberichtserstattung der Wochenschau im Zweiten Weltkrieg», en Ute Daniel (ed.), *Augenzeugen: Kriegsberichterstattung vom 18. bis zum 21. Jahrhundert*, Gotinga, 2006, pp. 169-192

HOFFMANN, Peter, *The History of the German Resistance, 1933-1945*, Montreal, 1996

—, *Stauffenberg: A Family History, 1905-1944*, McGill, 2003

HOFFMANN, Stefan-Ludwig, «Besiegte, Besatzer, Beobachter: Das Kriegsende im Tagebuch», en Daniel Fulda, Dagmar Herzog, Stefan-Ludwig Hoffmann y Till van Rahden (eds.), *Demokratie im Schatten der Gewalt: Geschichten des Privaten im deutschen Nachkrieg*, Gotinga, 2010, pp. 25-55

HOHKAMP, Michaela y Claudia Ulbrich (eds.), *Der Staatsbürger als Spitzel: Denunziation während des 18. und 19. Jahrhunderts aus europäischer Perspektive*, Leipzig, 2001

HOOTON, E. R., *Luftwaffe at War*, Hersham, 2007

HOPSTER, Joachim (ed.), *Die Kinder- und Jugendliteratur in der Zeit der Weimarer Republik*, Fráncfort, 2012

HRABAR, Roman, Zofia Tokarz y Jacek Wilczur, *Kinder im Krieg – Krieg gegen Kinder: Die Geschichte der polnischen Kinder 1939-1945*, Hamburgo, 1981

HUBER, Heinz y Artur Müller (eds.), *Das Dritte Reich: Seine Geschichte in Texten, Bildern und Dokumenten*, Múnich, 1964

HUBER, Wolfgang, «Die Kirche vor der “Judenfrage”», en Rolf Rentdorff y Ekkehard Stegemann (eds.), *Auschwitz – Krise der christlichen Theologie*, Múnich, 1980, pp. 60-81

HUGHES, Michael, *Shouldering the Burdens of Defeat: West Germany and the Reconstruction of Social Justice*, Chapel Hill, NC, 1999

HUMBURG, Martin, «Feldpostbriefe aus dem Zweiten Weltkrieg: Zur möglichen Bedeutung im aktuellen Meinungsstreit unter besonderer Berücksichtigung des Themas “Antisemitismus”», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 58 (1999), pp. 321-343

—, «Siegeshoffnungen und “Herbstkrise” im Jahre 1941: Anmerkungen zu Feldpostbriefen aus der Sowjetunion», *Werkstattgeschichte,* 8 (1999), pp. 25-40

HUMMEL, Karl-Joseph y Christoph Kösters (eds.), *Kirchen im Krieg: Europa 1939-1945*, Paderborn, 2007

HÜRTER, Johannes, *Hitlers Heerführer: Die deutschen Oberbefehlshaber im Krieg gegen die Sowjetunion, 1941/42*, Múnich, 2006

JACKSON, Julian, *France: The Dark Years, 1940-1944*, Oxford, 2001

—, *The Fall of France: The Nazi Invasion of 1940*, Oxford, 2004

JACOBMEYER, Wolfgang, *Vom Zwangsarbeiter zum heimatlosen Ausländer: Die Displaced Persons in Westdeutschland 1945-1951*, Gotinga, 1985

JACOBS, Ingeborg, *Freiwild: Das Schicksal deutscher Frauen 1945*, Berlín, 2009

JACOBSEN, Hans-Adolf y Werner Jochmann (eds.), *Ausgewählte Dokumente zur Geschichte des Nationalsozialismus 1933 bis 1945*, 2, Bielefeld, 1961

JANSEN, Christian y Arno Weckbecker, *Der «Volksdeutsche Selbstschutz» in Polen 1939/40*, Múnich, 1992

JARAUSCH, Konrad y Martin Sabrow (eds.), *Verletztes Gedächtnis: Erinnerungs-kultur und Zeitgeschichte im Konflikt*, Fráncfort, 2002

— y Michael Geyer, *Shattered Past: Reconstructing German Histories*, Princeton, 2003

JATRZĘBSKI, Włodzimierz, *Der Bromberger Blutsonntag: Legende und Wirklichkeit*, Poznań, 1990

JENTSCH, Werner, *Christliche Stimmen zur Wehrdienstfrage*, Kassel, 1952

JOEL, Tony, *The Dresden Firebombing: Memory and the Politics of Commemorating Destruction*, Londres, 2013

JOHE, Werner, «Strategisches Kalkül und Wirklichkeit: Das “Unternehmen Gomorrha”: Die Grossangriffe der RAF gegen Hamburg im Sommer 1943», en Klaus-Jürgen Müller y David Dilks (eds.), *Grossbritannien und der deutsche Widerstand 1933-1944*, Paderborn, 1994, pp. 217-227

JOHNSON, Eric, *The Nazi Terror: Gestapo, Jews and Ordinary Germans*, Londres, 1999 [Traducción española: *El terror nazi: la Gestapo, los judíos y el pueblo alemán*, Paidós, Barcelona, 2002]

JONES, Michael, *Leningrad: State of Siege*, Londres, 2008

JUNG, Hermann, *Die Ardennenoffensive 1944/45*, Gotinga, 1971

JUREIT, Ulrike, «Zwischen Ehe und Männerbund: Emotionale und sexuelle Beziehungsmuster im Zweiten Weltkrieg», *Werkstattgeschichte*, 22, pp. 61-73

Justiz und NS-Verbrechen: Sammlung deutscher Strafurteile wegen nationalsozialistischer Tötungsverbrechen 1945-1966, Ámsterdam, 1968-1981

JUSTIZBEHÖRDE Hamburg y Helge Grabitz (ed.), *«Von Gewohnheitsverbrechern, Volksschädlingen und Asozialen»: Hamburger Justizurteile im Nationalsozialismus*, Hamburgo, 1995

KAIENBURG, Hermann, *Die Wirtschaft der SS*, Berlín, 2003

KALMBACH, Peter, *Wehrmachtjustiz*, Berlín, 2012

KAMINSKI, Uwe, *Zwangssterilisation und «Euthanasie» im Rheinland: Evangelische Erziehungsanstalten sowie Heil- und Pflegeanstalten 1933-1945*, Colonia, 1995

KAMINSKY, Annette (ed.), *Heimkehr 1948: Geschichte und Schicksale deutscher Kriegsgefangener*, Múnich, 1998

KAPLAN, Marion, *Between Dignity and Despair: Jewish Life in Nazi Germay*, Oxford, 1998

KARDORFF, Ursula von, *Berliner Aufzeichnungen 1942 bis 1945*, Peter Hartl (ed.), Múnich, 1994

KASPI, André, *Les Juifs pendant l'occupation*, París, 1991

KATER, Michael, *The Nazi Party: A Social Profile of Members and Leaders, 1919-1945*, Cambridge, Mass., 1983

KAY, Alex J., *Exploitation, Resettlement, Mass Murder: Political and Economic Planning for German Occupation Policy in the Soviet Union, 1940-1941*, Nueva York /Oxford, 2006

KEDWARD, H. R., *Resistance in Vichy France*, Oxford, 1978

KEIL, Wilhelm, *Erlebnisse eines Sozialdemokraten*, 1-2, Stuttgart, 1947

KERSHAW, Ian, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria, 1933-1945*, Oxford, 1983

—, «German Popular Opinion and the «Jewish Question»: Some Further Reflections», en Arnold Paucker (ed.), *Die Juden im nationalsozial-istischen Deutschland*, Tubinga, 1986, pp. 365-386

—, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1989 [Traducción española: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003]

—, *Hitler*, 1-2, Londres, 1998/2000 [Traducción española: *Hitler*, Península, Barcelona, 2010].

—, *The End: Hitler's Germany, 1944-45*, Londres, 2011 [Traducción española: *El final: Alemania 1944-1945,* Península, Barcelona, 2013]

— y Moshe Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism: Dictatorships in Comparison*, Cambridge, 1997

KERSHAW, Robert, *War without Garlands: Operation Barbarossa, 1941/42*, Shepperton, 2000

KETTENACKER, Lothar (ed.), *Ein Volk von Opfern? Die neue Debatte um den Bombenkrieg 1940-45*, Berlín, 2003

KIRCHNER, Klaus, *Flugblattpropaganda im 2. Weltkrieg,* Múnich, 1972

KLARSFELD, Serge, *Vichy – Auschwitz: Die "Endlösung der Judenfrage" in Frankreich*, Darmstadt, 2007

KLAUSCH, Hans-Peter, «"Erziehungsmänner" und "Wehrunwürdige": Die Sonder-und Bewährungseinheiten der Wehrmacht», en Norbert Haase y Gerhard Paul (eds.), *Die anderen Soldaten: Wehrkraftzersetzung, Gehorsamsverweigerung und Fahnenflucht im Zweiten Weltkrieg*, Fráncfort, 1995, pp. 66-82

KLEE, Ernst, *Was sie taten – was sie wurden: Ärzte, Juristen und andere Beteiligte am Kranken- oder Judenmord*, Fráncfort, 1986

—, *Die SA Jesu Christi: Die Kirchen im Banne Hitlers*, Fráncfort, 1989

—, Willi Dressen y Volker Riess (eds.), *«The Good Old Days»: The Holocaust as Seen by its Perpetrators and Bystanders*, Old Saybrook, 1991

— (ed.), *Dokumente zur "Euthanasie"*, Fráncfort, 1985

KLEE, Katja, *Im «Luftschutzkeller des Reiches»: Evakuierte in Bayern 1939-1953: Politik, soziale Lage, Erfahrungen*, Múnich, 1999

KLEMPERER, Victor, *The Language of the Third Reich: LTI – Lingua Tertii Imperii: A Philologist's Notebook*, Londres, 2000 [Traducción española: *LTI, la lengua del Tercer Reich,* Minúscula,

Barcelona, 2001]
KLÖNNE, Arno, *Gegen den Strom: Bericht über den Jugendwiderstand im Dritten Reich*, Fráncfort, 1958
KNESEBECK, Julia von dem, *The Roma Struggle for Compensation in Post-war Germany*, Hatfield, 2011
KNOCH, Habbo, *Die Tat as Bild: Fotografien des Holocaust in der deutschen Erinnerungskultur*, Hamburgo, 2001
KNOLL, Harald, Peter Ruggenthaler y Barbara Stelzl-Marx, «Zwangsarbeit bei der Lapp-Finze AG», en Stefan Karner, Peter Ruggenthaler y Barbara Stelzl-Marx (eds.), *NS-Zwangsarbeit in der Rüstungsindustrie: Die Lapp-Finze AG in Karlsdorf bei Graz 1939 bis 1945*, Graz, 2004, pp. 103-178
KOCH, Hans-Jörg, *Das Wunschkonzert im NS–Rundfunk*, Colonia, 2003
KOCH, Magnus, *Fahnenfluchten: Deserteure der Wehrmacht im Zweiten Weltkrieg– Lebenswege und Entscheidungen*, Paderborn, 2008
KOCH, Manfred, «Rilke und Hölderlin – Hermeneutik des Leids», *Blätter der Rilke-Gesellschaft*, 22 (1999), pp. 91-102
KOCK, Gerhard, *«Der Führer sorgt für unsere Kinder...» Die Kinderlandverschickung im Zweiten Weltkrieg*, Paderborn, 1997
KOLLMEIER, Kathrin, *Ordnung und Ausgrenzung: Die Disziplinarpolitik der Hitler-Jugend*, Gotinga, 2007
KÖNIGSEDER, Angelika y Juliane Wetzel, *Lebensmut im Wartesaal: Die jüdischen DPs (Displaced Persons) im Nachkriegsdeutschland*, Fráncfort, 1994
KÖRNER, Hans-Michael, «Katholische Kirche und polnische Zwangsarbeiter 1939-1945», *Historisches Jahrbuch*, 1 (1992), pp. 128-142
KRAMARZ, Joachim, *Claus Graf Stauffenberg, 15. November 1907-20. Juli 1944: Das Leben eines Offiziers*, Fráncfort, 1965
KRAMER, Alan y John Horne, *German Atrocities, 1914: A History of Denial*, New Haven, 2001
KRAMER, Nicole, «Mobilisierung für die "Heimatfront": Frauen im zivilen Luftschutz», en Sybille Steinbacher (ed.), *Volksgenossinnen: Frauen in der NS-Volksgemeinschaft*, Gotinga, 2007, pp. 69-92
—, *Volksgenossinnen an der Heimatfront: Mobilisierung, Verhalten, Erinnerung*, Gotinga, 2011
KRAUSE, Michael, *Flucht vor dem Bombenkrieg: «Umquartierungen» im Zweiten Weltkrieg und die Wiedereingliederung der Evakuierten in Deutschland 1943-1963*, Düsseldorf, 1997
KRAUSNICK, Helmut, Hans Buchheim, Martin Broszat y Hans-Adolf Jacobsen (eds.), *Anatomy of the SS State*, Londres, 1968
KRAUSNICK, Helmut y Hans-Heinrich Wilhelm, *Die Truppe des Weltan-schauungskrieges: Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und des SD 1938-1942*, Stuttgart, 1981
KREIDLER, Eugen, *Die Eisenbahnen im Machtbereich der Achsenmächte während des Zweiten Weltkrieges: Einsatz und Leistung für die Wehrmacht und Kriegswirtschaft*, Gotinga, 1975
«Kriegsgefangene und Wehrmachtsvermisste aus Hessen: Vorläufiges Ergebnis der amtlichen Registrierung vom 20-30. Juni 1947», en *Staat und Wirtschaft in Hessen: Statistische Mitteilungen*, 2 (1947), 4, pp. 110-112
KRIS, Ernst y Hans Speier (eds.), *German Radio Propaganda: Report on Home Broadcasts during the War*, Londres / Nueva York, 1944

KRONE, Andreas, «Plauen 1945 bis 1949 – vom Dritten Reich zum Sozialismus», PhD diss., Technische Universität Chemnitz, 2001

KRÜGER, Norbert, «Die Bombenangriffe auf das Ruhrgebiet», en Ulrich Borsdorf y Mathilde Jamin (eds.), Überleben im Krieg: Kriegserfahrungen in einer *Industrieregion 1939-45*, Reinbek, 1989, pp. 88-100

KRZOSKA, Markus, «Der "Bromberger Blutsonntag" 1939: Kontroversen und Forschungsergebnisse», *VfZ*, 60/2 (2012), pp. 237-248

KUBY, Erich, *The Russians and Berlin, 1945,* Londres, 1968

KÜHL, Stefan*, The Nazi Connection: Eugenics, American Racism and German National Socialism*, Nueva York, 1994

KÜHNE, Thomas, *Kameradschaft: Die Soldaten des nationalsozialistischen Krieges und das 20. Jahrhundert*, Gotinga, 2006

KUNDRUS, Birthe, y Patricia Szobar, «Forbidden company: Romantic relationships between Germans and foreigners, 1939 to 1945», *Journal of the History of Sexuality*, 11/1-2 (Jan/April 2002), pp. 201-222

—, «Totale Unterhaltung? Die kulturelle Kriegführung 1939 bis 1945 en Film, Rundfunk und Theater», *DRZW*, 9/2 (2005), pp. 93-158

—, *Kriegerfrauen: Familienpolitik und Geschlechterverhältnisse im Ersten und Zweiten Weltkrieg*, Hamburgo, 1995

KUNZ, Andreas, *Wehrmacht und Niederlage: Die bewaffnete Macht in der Endphase der nationalsozialistischen Herrschaft, 1944 bis 1945*, Múnich, 2005

KUNZ, Norbert, *Die Krim unter deutscher Herrschaft*, Darmstadt, 2005

KUNZE, Karl, *Kriegsende in Franken und der Kampf um Nürnberg im April 1945*, Núremberg, 1995

KWIET, Konrad, «The ultimate refuge: Suicide in the Jewish community under the Nazis», *Leo Baeck Institute Year Book*, XXIX, 1984, pp. 173-198

KWIET, Konrad y Helmut Eschwege, *Selbstverwaltung und Widerstand: Deutsche Juden im Kampf um Existenz und Menschenwürde 1939-1945*, Hamburgo, 1984

LACEY, Kate, *Feminine Frequencies: Gender, German Radio, and the Public Sphere, 1923-1945*, Ann Arbor, 1996

LAGROU, Pieter, *The Legacy of Nazi Occupation in Western Europe: Patriotic Memory and National Recovery*, Cambridge, 1999

—, «The Nationalization of Victimhood: Selective Violence and National Grief in Western Europe, 1940-1960», en Richard Bessel y Dirk Schumann (eds.), *Life after Death: Approaches to a Cultural and Social History of Europe during the 1940s and 1950s*, Cambridge, 2003, pp. 243-258

LAKOWSKI, Richard, «Der Zusammenbruch der deutschen Verteidigung zwischen Ostsee und Karpaten», *DRZW*, 10/1 (2004), pp. 461-679

LANDESWOHLFAHRTSVERBAND Hessen y Bettina Winter (eds.), *«Verlegt nach Hadamar»: Die Geschichte einer NS-«Euthanasie»-Anstalt*, Kassel, 1994

LANGE, Herta y Benedikt Burkard (eds.), *«Abends wenn wir essen fehlt uns immer einer»: Kinder schreiben an die Väter 1939-1945*, Hamburgo, 2000

LATOUR, Conrad, «Goebbels» «Ausserordentliche Rundfunkmassnahmen» 1939-42», *VfZ*, 11/4 (1963), pp. 418-455

LATZEL, Klaus, «Tourismus und Gewalt: Kriegswahrnehmung in Feldpost briefen», en Hannes Heer y Klaus Neumann (eds.), *Vernichtungskrieg: Verbrechen der Wehrmacht 1941-1944*, Hamburgo, 1995, pp. 447-459

—, *Deutsche Soldaten – nationalsozialistischer Krieg? Kriegserlebnis, Kriegserfahrung 1939-1945*, Paderborn, 2000

LAUBER, Heinz, *Judenpogrom: «Reichskristallnacht» November 1938 in Grossdeutsch-land*, Gerlingen, 1981

LAWRENCE, Jon y Pat Starkey (eds.), *Child Welfare and Social Action: International Perspectives*, Liverpool, 2001

LEE SMITH, Arthur, *Die «vermisste Million»: Zum Schicksal deutscher Kriegsgefangener nach dem zweiten Weltkrieg*, Múnich, 1992

LEHMANN, Hartmut, «Religious Socialism, Peace, y Pacifism: The Case of Paul Tillich», en Roger Chickering y Stig Förster (eds.), *The Shadows of Total War: Europe, East Asia, and the United States, 1919-1939*, Nueva York, 2003, pp. 85-89

LEPRE, George, *Himmler's Bosnian Divison: The Waffen-SS Handshar Division 1943-1944*, Atglen, Pa., 1997

LICHTENSTEIN, Heiner, «Pünktlich an der Rampe: Der Horizont des deutschen Eisenbahners», en Jörg Wollenberg (ed.), *«Niemand war dabei und keiner hat's gewusst»: Die deutsche Öffentlichkeit und die Judenverfolgung 1933-1945*, Múnich, 1989, pp. 204-244

LICHTI, James Irvin, *Houses on the Sand? Pacifist Denominations in Nazi Germany*, Nueva York, 2008

LILIENTHAL, Georg, *Der «Lebensborn e.V.»: Ein Instrument nationalsozialistischer Rassenpolitik*, Fráncfort, 1993

LIPP, Anne, *Meinungslenkung im Krieg: Kriegserfahrung deutscher Soldaten und ihre Deutung 1914-1918*, Gotinga, 2003

LOEFFEL, Robert, «Soldiers and terror: Re-evaluating the complicity of the Wehrmacht in Nazi Germany», *German History* 27/4 (2009), pp. 514-530

—, *Family Punishment in Nazi Germany: Sippenhaft, Terror and Myth,* Basingstoke, 2012

LÖFFLER, Klara, *Aufgehoben: Soldatenbriefe aus dem zweiten Weltkrieg: Eine Studie zur subjektiven Wirklichkeit des Krieges*, Bamberg, 1992

LONGERICH, Peter, *Politik der Vernichtung: Eine Gesamtdarstellung der national-sozialistischen Judenverfolgung*, Múnich, 1998

—, «*Davon haben wir nichts gewusst!»: Die Deutschen und die Judenverfolgung 1933-1945*, Berlín, 2006

—, *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford, 2010

LORENZ, Hilke, *Kriegskinder: Das Schicksal einer Generation Kinder*, Múnich, 2003

LOWE, Keith, *Inferno: The Devastation of Hamburg, 1943*, Londres, 2007

LOWER, Wendy, *Hitler's Furies: German Women in the Nazi Killing Fields*, Londres, 2013

LUBBECK, Wilhelm, *At Leningrad's Gates: The Combat Memoirs of a Soldier with Army Group North*, Filadelfia, 2006

LÜDTKE, Alf, «Denuziation – Politik aus Liebe?», en Michaela Hohkamp y Claudia Ulbrich (eds.), *Der Staatsbürger als Spitzel: Denunziation während des 18. und 19. Jahrhunderts aus europäischer Perspektive*, Leipzig, 2001, pp. 397-407

—y Bernd Weisbrod (eds.), *No Man's Land of Violence: Extreme Wars in the 20th Century*, Gotinga, 2006

LUKAS, Richard C., *Did the Children Cry? Hitler's War against Jewish and Polish Children, 1939-1945*, Nueva York, 1994

LUMANS, Valdis, *Latvia in World War II*, Nueva York, 2006

Luther-Jahrbuch: Organ der internationalen Lutherforschung: Festgabe für Paul Althaus, 25 (1958), Franz Lau (ed.) for the Luther-Gesellschaft, Gotinga

LUTZ, Petr, «Eine "reichlich einsichtslose Tochter": Die Angehörigen einer in Hadamar ermorderten Patientin», en Uta George et al. (eds.), *Hadamar: Heilstätte, Tötungsanstalt, Therapiezentrum*, Marburg, 2006, pp. 293-304

MAAS, Michael, *Freizeitgestaltung und kulturelles Leben in Nürnberg 1930-1945: Eine Studie zu Alltag und Herrschaftsausübung im Nationalsozialismus*, Núremberg, 1994

MACDONALD, Charles B., *United States Army in World War II: European Theater of Operations: The Last Offensive*, Washington, DC, 1973

MCDOUGALL, Alan, *Youth Politics in East Germany: The Free German Youth Movement, 1946-1968*, Oxford, 2004

MCLELLAN, Josie, *Antifascism and Memory in East Germany: Remembering the International Brigades, 1945-1989*, Oxford, 2004

MADAJCZYK, Czesław, «Introduction to General Plan East», *Polish Western Affairs*, 3/2 (1962), pp. 391-442

—, *Die Okkupationspolitik Nazideutschlands in Polen 1939-1945*, Colonia, 1988

MAHOOD, Linda, *Policing Gender, Class and Family: Britain, 1850-1940*, Londres, 1995

MAISLINGER, Andreas, «Der Fall Franz Jägerstätter», Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, *Jahrbuch*, 1991, pp. 20-31

MALLMANN, Klaus-Michael, «"Volksjustiz gegen anglo-amerikanische Mörder": Die Massaker an westalliierten Fliegern und Fallschirmspringern 1944/45», en Alfred Gottwaldt, Norbert Kampe y Peter Klein (eds.), *NS-Gewaltherrschaft: Beiträge zur historischen Forschung und juristischen Aufarbeitung*, Berlín, 2005, pp. 202-213

MALLMANN, Klaus-Michael, Jochen Böhler y Jürgen Matthäus (eds.), *Einsatzgruppen in Polen*, Darmstadt, 2008

—, y Bogdan Musial (eds.), *Genesis des Genozids – Polen 1939-1941*, Darmstadt, 2004

MANN, Klaus, *Der Wendepunkt: Ein Lebensbericht*, Hamburgo, 2001

MANOSCHEK, Walter (ed.), *«Es gibt nur eines für das Judentum: Vernichtung»: Das Judenbild in deutschen Soldatenbriefen 1939-1944*, Hamburgo, 1995

MARCUSE, Harold, *Legacies of Dachau: The Uses and Abuses of a Concentration Camp, 1933-2001*, Cambridge, 2001

MARGALIT, Gilad, *Germany and its Gypsies: A Post-Auschwitz Ordeal*, Madison, Wis., 2002

—, «Dresden and Hamburg: Official Memory and Commemoration of the Victims of Allied Air Raids in the Two Germanies», en Helmut Schmitz (ed.), *A Nation of Victims? Representations of German Wartime Suffering from 1945 to the Present*, Ámsterdam, 2007, pp. 125-140

—, *Guilt, Suffering and Memory: Germany Remembers its Dead of World War II*, Bloomington, Ind., 2010

MARK, James, «Remembering rape: Divided social memory and the Red Army in Hungary 1944-1945», *Past and Present*, 188 (2005), pp. 133-161

MARSZOLEK, Inge, «“Ich möchte Dich zu gern mal in Uniform sehen”: Geschlechterkonstruktionen in Feldpostbriefen», *Werkstatt-Geschichte*, 22 (1999), pp. 41-59

MARTEN, James Alan (ed.), *Children and War*: *A Historical Anthology*, Nueva York y Londres, 2002

MARTENS, Erika, *Zum Beispiel Das Reich: Zur Phänomenologie der Presse im totali-tären Regime*, Colonia, 1972

MARTIN, Bernd, *Friedensinitiativen und Machtpolitik im Zweiten Weltkrieg 1939-1943*, Düsseldorf, 1974

— (ed.), *Der Zweite Weltkrieg in historischen Reflexionen*, Friburgo, 2006

MARXEN, Klaus, *Das Volk und sein Gerichtshof*, Fráncfort, 1994

MASON, Tim, *Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft: Dokumente und Materialien zur deutschen Arbeiterpolitik 1936-1939*, Opladen, 1975

—, *Social Policy in the Third Reich*, Jane Caplan (ed.), Oxford, 1993

MATZERATH, Horst (ed.), *«. . . Vergessen kann man die Zeit nicht, das ist nicht möglich...» Kölner erinnern sich an die Jahre 1929-1945*, Colonia, 1985

MAUBACH, Franka, «Expansion weiblicher Hilfe: Zur Erfahrungsgeschichte von Frauen im Kriegsdienst», en Sybille Steinbacher (ed.), *Volksgenossinnen: Frauen in der NS Volksgemeinschaft*, Gotinga, 2007, pp. 93-111

—, *Die Stellung halten: Kriegserfahrungen und Lebensgeschichten von Wehrmachthelferinnen*, Gotinga, 2009

MAUSBACH, Hans y Barbara Bromberger, «Kinder als Opfer der NS-Medizin, unter besonderer Berücksichtigung der Kinderfachabteilungen in der Psychiatrie», en Christina Vanja y Martin Vogt (eds.), *Euthanasie in Hadamar: Die nationalsozialistische Vernichtungspolitik in hessischen Anstalten*, Kassel, 1991, pp. 145-156

MAZOWER, Mark, *Inside Hitler's Greece: The Experience of Occupation, 1941-44*, New Haven, 1993

—, *Salonica, City of Ghosts: Christians, Muslims and Jews, 1430-1950*, Londres, 2005

—, *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe*, Londres, 2008 [Traducción española: *El imperio de Hitler,* Crítica, Barcelona, 2008]

MECHLER, Wolf-Dieter, *Kriegsalltag an der «Heimatfront»: Das Sondergericht Hannover im Einsatz gegen «Rundfunkverbrecher», «Schwarzschlachter», «Volksschädlinge» und andere «Straftäter» 1939 bis 1945*, Hannover, 1997

MEINEN, Insa, *Wehrmacht und Prostitution im besetzten Frankreich*, Bremen, 2002

MENNEL, Robert, *Thorns and Thistles: Juvenile Delinquents in the United States, 1825-1940,* Hannover, NH, 1973

MERRITT, Anna y Richard Merritt (eds.), *Public Opinion in Occupied Germany: The OMGUS Surveys, 1945-1949*, Urbana, Ill., 1970

—, *Public Opinion in Semisovereign Germany: The HICOG Surveys, 1949-1955*, Urbana, Ill., 1980

MERTENS, Annette, *Himmlers Klostersturm: Der Angriff auf katholische Einrichtungen im Zweiten Weltkrieg und die Wiedergutmachung nach 1945*, Paderborn, 2006

MERTENS, Annette, «NS-Kirchenpolitik im Krieg: Der Klostersturm und die Fremdnutzung katholischer Einrichtungen», en Karl-Joseph Hummel y Christoph Kösters (eds.), *Kirchen im Krieg: Europa 1939-1945*, Paderborn, 2007, pp. 245-264

MESSERSCHMIDT, Manfred, «Die Wehrmacht: Vom Realitätsverlust zum Selbstbetrug», en Hans-Erich Volkmann (ed.), *Ende des Dritten Reiches – Ende des Zweiten Weltkrieges*, Múnich, 1995, pp. 223-257

—, *Wehrmachtjustiz 1933-1945*, Paderborn, 2005

— y Fritz Wüllner, *Die Wehrmachtjustiz im Dienste des Nationalsozialismus – Zerstörung einer Legende*, Baden-Baden, 1987

MEYER, Sibylle y Eva Schulze, «"Als wir wieder zusammen waren, ging der Krieg im Kleinen weiter": Frauen, Männer und Familien im Berlin der vierziger Jahre», en Lutz Niethammer y Alexander von Plato (eds.), *«Wir kriegen jetzt andere Zeiten»: Auf der Suche nach der Erfahrung des Volkes in nachfaschistischen Ländern*, Bonn, 1985, pp. 305-326

MICHEL, Henri, *Paris allemand*, París, 1981

MIDDLEBROOK, Martin, *The Battle of Hamburg: Allied Bomber Forces against a German City in 1943*, Londres, 1980

—, *The Berlin Raids: RAF Bomber Command Winter, 1943-44*, Londres, 1988

MOELLER, Robert, *War Stories: The Search for a Usable Past in the Federal Republic of Germany,* Berkeley, 2001

—, «The Politics of the Past in the 1950s: Rhetorics of Vicitimisation in East and West Germany», en Bill Niven (ed.), *Germans as Victims: Remembering the Past in Contemporary Germany*, Basingstoke, 2006, pp. 26-42

MOORHOUSE, Roger, *Killing Hitle*r, Londres, 2006 [Traducción española: *Matar a Hitler: conspiraciones y atentados contra el Führer*, Debate, Barcelona, 2008]

—, *Berlin at War: Life and Death in Hitler's Capital, 1939-45*, Londres, 2010

MORGAN, Dagmar, *Weiblicher Arbeitsdienst in Deutschland*, Mainz, 1978

MOTADEL, David, *Islam and Nazi Germany's War*, Cambridge, Mass., 2014

MÜHLEN, Patrick, *Zwischen Hakenkreuz und Sowjetstern: Der Nationalismus der sowjetischen Orientvölker im Zweiten Weltkrieg*, Düsseldorf, 1971

MÜHLHÄUSER, Regina, *Eroberungen: Sexuelle Gewalttaten und intime Beziehungen deutscher Soldaten in der Sowjetunion 1941,* Hamburgo, 2010

MÜLLER, Klaus-Jürgen y David Dilks (eds.), *Grossbritannien und der deutsche Widerstand 1933-1944*, Paderborn, 1994

MÜLLER, Rolf-Dieter, *Der letzte deutsche Krieg*, Stuttgart, 2005

—, *An der Seite der Wehrmacht: Hitlers ausländische Helfer beim «Kreuzzug gegen den Bolschewismus» 1941-1945*, Berlín, 2007

—, Nicole Schonherr y Thomas Widera (eds.), *Die Zerstörung Dresdens am 13./15. Februar 1945: Gutachten und Ergebnisse der Dresdner Historikerkommission zur Ermittlung der Opferzahlen*, Dresde, 2010

— y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Hitlers Wehrmacht: Mythos und Realität*, Múnich, 1999

MÜLLER-HILLEBRAND, Burkhart, *Das Heer: Zweifrontenkrieg*, 1-3, Darmstadt, 1969

MULLIGAN, William, *The Creation of the Modern German Army: General Walther Reinhardt and the Weimar Republic, 1914-1930*, Nueva York, 2004

NAIMARK, Norman, *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*, Cambridge, Mass., 1995

NEANDER, Joachim, «Seife aus Judenfett: Zur Wirkungsgeschichte einer zeit-genössischen Sage», *Fabula: Zeitschrift für Erzählforschung*, 46 (2005), pp. 241-256

NEHRING, Holger, *The Politics of Security: British and West German Protest Movements and the Early Cold War 1945-1970*, Oxford, 2013

NEUGEBAUER, Wolfgang, *Opfer oder Täter*, Viena, 1994

NEULEN, Hans Werner, *An deutscher Seite: Internationale Freiwillige von Wehrmacht und Waffen-SS*, Múnich, 1992

NEUMANN, Joachim, *Die 4. Panzerdivision 1938-1943: Bericht und Betrachtung zu zwei Blitzfeldzügen und zwei Jahren Krieg in Russland*, Bonn, 1989

NIENHAUS, Ursula, «Hitlers willige Komplizinnen: Weibliche Polizei im Nationalsozialismus 1937 bis 1945», en Michael Grüttner, Rüdiger Hachtmann y Heinz-Gerhardt Haupt (eds.), *Geschichte und Emanzipation: Festschrift für Reinhard Rürup*, Fráncfort/ Nueva York, 1999, pp. 517-539

NIETHAMMER, Lutz, *«Hinterher merkt man, dass es richtig war, dass es schief-gegangen ist»: Nachkriegserfahrungen im Ruhrgebiet*, Berlín, 1983

— (ed.), *«Die Jahre weiss man nicht, wo man die heute hinsetzen soll»: Faschismuserfahrungen im Ruhrgebiet*, Berlín, 1983

— (ed.), *«Wir kriegen jetzt andere Zeiten»: Auf der Suche nach der Erfahrung des Volkes in nachfaschistischen Ländern*, Berlín, 1985

NIEWYK, Donald (ed.), *Fresh Wounds: Early Narratives of Holocaust Survival*, Chapel Hill, 1998

NISSEN, Morgens, «Danish Food Production in the German War Economy», en Frank Trentmann y Flemming Just (eds.), *Food and Conflict in Europe in the Age of the Two World Wars*, Basingstoke, 2006, pp. 172-192

NIVEN, Bill (ed.), *Germans as Victims: Remembering the Past in Contemporary Germany*, Basingstoke, 2013, 2006

NOAKES, Jeremy (ed.), *Nazism: A Documentary Reader*, 1-4, Exeter, 1998

—Geoffrey Pridham (eds.), *Nazism: A Documentary Reader*, 1-3, Exeter, 1983-1997

NOBLE, Alastair, *Nazi Rule and the Soviet Offensive in Eastern Germany, 1944-1945: The Darkest Hour*, Portland, Oreg., 2009

NOELLE-NEUMANN, Elisabeth, «The spiral of silence: A theory of public opinion», *Journal of Communication*, 24/2 (1974), pp. 43-51

NOLTE, Ernst, *Der europäische Bürgerkrieg 1917-1945: Nationalsozialismus und Bolschewismus*, Berlín, 1987

NOLZEN, Armin, «Die NSDAP, der Krieg und die deutsche Gesellschaft», *DRZW*, 9/1 (2004), pp. 99-193

NOWAK, Kurt, *«Euthanasie» und Sterilisierung im «Dritten Reich»*, Gotinga, 1984

—, «Widerstand, Zustimmung, Hinnahme: Das Verhalten der Bevölkerung zur "Euthanasie"», en Norbert Frei (ed.), *Medizin und Gesundheitspolitik in der NS-Zeit*, Múnich, 1991, pp. 235-251

OFFER, Avner, *The First World War: An Agrarian Interpretation*, Oxford, 1989 Orth, Karin, *Das System der nationalsozialistischen Konzentrationslager: Eine politische Organisationsgeschichte*, Hamburgo, 1999

OSBORN, Patrick, *Operation Pike: Britain versus the Soviet Union, 1939-1941*, Westport, Conn., 2000

OSWALD, Rudolf, *«Fussball-Volksgemeinschaft»: Ideologie, Politik und Fanatismus im deutschen Fussball 1919-1964*, Fráncfort, 2008

OTTO, Renate, «Die Heilerziehungs- und Pflegeanstalt Scheuern», en Klaus Böhme y Uwe Lohalm (eds.), *Wege in den Tod: Hamburgs Anstalt Langenborn und die Euthanasie in der Zeit des Nationalsozialismus*, Hamburgo, 1993, pp. 320-333

OVEN, Wilfred von, *Finale Furioso: Mit Goebbels bis zum Ende*, Tubinga, 1974

OVERMANS, Rüdiger, *Deutsche militärische Verluste im zweiten Weltkrieg*, Múnich, 1999

OVERY, Richard, *Goering: The «Iron Man»*, Londres, 1984
—, *Why the Allies Won*, Londres, 1995
—, *Russia's War*, Londres, 1998
—, *The Bombing War: Europe 1939-45*, Londres, 2013
PADFIELD, Peter, *Himmler: Reichsführer SS*, Londres, 1990
PAHL, Magnus, *Fremde Heere Ost: Hitlers militärische Feindauf klärung*, Múnich, 2012
PAUCKER, Arnold (ed.), *Die Juden im nationalsozialistischen Deutschland*, Tubinga, 1986
PAULSSON, Gunnar S., *Secret City: The Hidden Jews of Warsaw, 1940-1945*, New Haven y Londres, 2002
PETER, Karl Heinrich (ed.), *Spiegelbild einer Verschwörung: Die Kaltenbrunner-Berichte an Bormann und Hitler über das Attentat vom 20. Juli 1944: Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt*, Stuttgart, 1961
PETÖ, Andrea, «Memory and the Narrative of Rape in Budapest and Vienna in 1945», en Richard Bessel y Dirk Schumann (eds.), *Life after Death: Approaches to a Cultural and Social History of Europe during the 1940s and 1950s*, Cambridge, 2003, pp. 129-148
PEUKERT, Detlev, *Inside Nazi Germany: Conformity, Opposition and Racism in Everyday Life*, Harmondsworth, 1982
PHAYER, Michael*, The Catholic Church and the Holocaust, 1930-1965*, Bloomington, Ind., 2000
PICK, Daniel*, The Pursuit of the Nazi Mind: Hitler, Hess and the Analysts*, Oxford, 2012
PLATO, Alexander von, Almut Leh y Christoph Thonfeld (eds.), *Hitlers Sklaven: Lebensgeschichtliche Analysen zur Zwangsarbeit im internationalen Vergleich*, Viena / Colonia, 2008
POHL, Dieter, *Von der «Judenpolitik» zum Judenmord: Der Distrikt Lublin des Generalgouvernements 1939-1944*, Fráncfort, 1993
—, *Nationalsozialistische Judenverfolgung in Ostgalizien 1941-1944: Organisation und Durchführung eines staatlichen Massenverbrechens,* Múnich, 1996
—, *Die Herrschaft der Wehrmacht: Deutsche Militärbesatzung und einheimische Bevölkerung in der Sowjetunion 1941-1944*, Múnich, 2008
POSPIESZALSKI, Karol Marian, «Nazi attacks on German property: The Reichsführer's plan of summer 1939, *Polish Western Affairs*, 24/1 (1983), pp. 98-137
POWELL, Anton y Stephen Hodkinson (eds.), *Sparta beyond the Mirage*, Londres, 2002
PRZYREMBEL, Alexandra, *«Rassenschande»: Reinheitsmythos und Vernichtungs-legitimation im Nationalsozialismus*, Gotinga, 2003
QUINKERT, Babette, *Propaganda und Terror in Weissrussland 1941-1944: Die deutsche «geistige» Kriegführung gegen Zivilbevölkerung und Partisanen*, Paderborn, 2009
RASCHHOFER, Hermann, *Der Fall Oberländer: Eine vergleichende Rechtsanalyse der Verfahren in Pankow und Bonn*, Tubinga, 1962
REBENICH, Stefan, «From Thermopylae to Stalingrad: The Myth of Sparta in German Historiography», en Anton Powell y Stephen Hodkinson (eds.), *Sparta beyond the Mirage*, Londres, 2002, pp. 323-349
REID, J. H., «Heinrich Böll, "Wanderer, kommst du nach Spa..."», en Werner Bellmann (ed.), *Klassische deutsche Kurzgeschichten: Interpretationen*, Stuttgart, 2004, pp. 96-106
REIFAHRTH, Dieter y Viktoria Schmidt-Linsenhoff, «Die Kamera der Täter», en Hannes Heer and Klaus Naumann (eds.), *Vernichtungskrieg: Verbrechen der Wehrmacht 1941-1944*, Hamburgo,

1995, pp. 475-503
REIMANN, Aribert, *Der grosse Krieg der Sprachen: Untersuchungen zur historischen Semantik in Deutschland und England zur Zeit des Ersten Weltkrieges*, Essen, 2000
REINHARDT, Klaus, *Moscow – the Turning Point: The Failure of Hitler's Strategy in the Winter of 1941-42*, Oxford, 1992
REISERT, Karl, *O Deutschland hoch in Ehren – das deutsche Trutzlied: Sein Dichter und Komponist, seine Entstehung und Überlieferung*, Wurzburgo, 1917
RENTDORFF, Rolf y Ekkehard Stegemann (eds.), *Auschwitz – Krise der christli-chen Theologie*, Múnich, 1980
RICHARZ, Bernhard*, Heilen, Pflegen, Töten: Zur Alltagsgeschichte einer Heil- und Pflegeanstalt bis zum Ende des Nationalsozialismus*, Gotinga, 1987
RICHIE, Alexandra, *Faust's Metropolis: A History of Berlin*, Nueva York, 1998
RIDING, Alan, *And the Show Went On: Cultural Life in Nazi-occupied Paris,* Londres, 2011 [Traducción española: *Y siguió la fiesta: la vida cultural en el París ocupado por los nazis,* Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011]
RIEDESSER, Peter y Axel Verderber, *«Maschinengewehre hinter der Front»: Zur Geschichte der deutschen Militärpsychologie*, Fráncfort, 1996
RIESS, Volker, «Zentrale und dezentrale Radikalisierung: Die Tötungen "unwerten Lebens" in den annektierten west- und nordpolnischen Gebieten 1939-1941», en Klaus-Michael Mallmann y Bogdan Musial (eds.), *Genesis den Genozids – Polen 1939-1941*, Darmstadt, 2004, pp. 127-144
ROER, Dorothee y Dieter Henkel (eds.), *Psychiatrie im Faschismus: Die Anstalt Hadamar 1933-1945*, Bonn, 1986
ROHDE, Horst, «Hitlers erster "Blitzkrieg" und seine Auswirkungen auf Nordosteuropa», *DRZW*, 2 (1979), pp. 79-159
ROHLAND, Walter, *Bewegte Zeiten: Erinnerungen eines Eisenhüttenmannes*, Stuttgart, 1978
RÖHM, Eberhard, *Sterben für den Frieden: Spurensicherung: Hermann Stöhr (1898-1940) und die ökumenische Friedensbewegung*, Stuttgart, 1980
RÖMER, Felix, *Der Kommissarbefehl: Wehrmacht und NS-Verbrechen an der Ostfront 1941/42*, Paderborn, 2008
ROSEMAN, Mark, *Recasting the Ruhr, 1945-1958: Manpower, Economic Recovery and Labour Relations*, Nueva York, 1992
—, *The Past in Hiding*, Londres, 2000
—, *The Villa, the Lake, the Meeting: Wannsee and the Final Solution*, Londres, 2003 [Traducción española: *La villa, el lago, la reunión: la conferencia de Wannsee y la Solución Final*, RBA, Barcelona, 2004]
—, «Gerettete Geschichte: *Der Bund, Gemeinschaft für sozialis-tisches Leben im Dritten Reich*», *Mittelweg* 36, 16/1 (2007), pp. 100-121
ROSENSTRAUCH, Hazel (ed.), *Aus Nachbarn wurden Juden: Ausgrenzung und Selbstbehauptung 1933-1942*, Berlín, 1988
ROSS, Corey, *Media and the Making of Modern Germany: Mass Communications, Society and Politics from the Empire to the Third Reich*, Oxford, 2008
ROSSINO, Alexander, *Hitler Strikes Poland: Blitzkrieg, Ideology and Atrocity*, Lawrence, Kans., 2003
RÖSSLER, Mechtild y Sabine Schleiermacher (eds.), *Der Generalplan Ost: Hauptlinien der nationalsozialistischen Planungs- und Vernichtungspolitik*, Berlín, 1993

ROST, Karl Ludwig, *Sterilisation und Euthanasie im Film des «Dritten Reiches»: Nationalsozialistische Propaganda in ihrer Beziehung zu rassenhygienischen Massnahmen des NS-Staates*, Husum, 1987

RUBINSTEIN, William D., *The Myth of Rescue*, Londres, 1997

RUNZHEIMER, Jürgen, «Der Überfall auf den Sender Gleiwitz im Jahre 1939», *VfZ*, 10 (1964), pp. 408-426

RÜTHER, Martin (ed.), *KLV: erweiterte Kinderlandverschickung 1940-1945*, Colonia, 2000 [sólo en versión digital]

—, *Köln im Zweiten Weltkrieg: Alltag und Erfahrungen zwischen 1939 und 1945*, Colonia, 2005

RUTZ, Rainer, *Signal: Eine deutsche Auslandsillustrierte als Propagandainstrument im Zweiten Weltkrieg*, Essen, 2007

SACHSE, Carola, *Siemens, der Nationalsozialismus und die moderne Familie: Eine Untersuchung zur sozialen Rationalisierung in Deutschland im 20. Jahrhundert*, Hamburgo, 1990

SANDER, Elke y Barbara Johr (eds.), *BeFreier und Befreite: Krieg, Vergewaltigungen, Kinder*, Múnich, 1992

SANDNER, Peter, *Verwaltung des Krankenmordes: Der Bezirksverband Nassau im Nationalsozialismus*, Giessen, 2003

SANDKÜHLER, Thomas, *«Endlösung» in Galizien: Der Judenmord in Ostpolen und die Rettungsinitiativen von Berthold Beitz 1941-1944*, Bonn, 1996

SAUER, Ernst, *Grundlehre des Völkerrechts*, Colonia, 1955

SCHECK, Rafael, *Hitler's African Victims: The German Army Massacres of Black French Soldiers in 1940*, Cambridge, 2006

SCHILLER, Kay, *Gelehrte Gegenwelten: Über humanistische Leitbilder im 20. Jahrhundert*, Fráncfort, 2000

SCHISSLER, Hanna (ed.), *The Miracle Years: A Cultural History of West Germany, 1949-1968*, Princeton, NJ, 2001

SCHLÜTER, Holger, *Die Urteilspraxis des Volksgerichtshofs*, Berlín, 1995

SCHMIDT, Gerhard, *Selektion in der Heilanstalt 1939-1945*, Fráncfort, 1983

SCHMIDT, Paul, *Statist auf diplomatischer Bühne*, Bonn, 1953

SCHMIDT, Ulf, «Reassessing the beginning of the "Euthanasia" programme», *German History*, 17/4 (1999), pp. 543-550

SCHMITZ, Helmut (ed.), *A Nation of Victims? Representations of German Wartime Suffering from 1945 to the Present*, Ámsterdam, 2007

SCHMITZ, Markus y Bernd Haunfelder (eds.), *Humanität und Diplomatie: Die Schweiz in Köln 1940-1949*, Münster, 2001

SCHMUHL, Hans-Walter, *Rassenhygiene, Nationalsozialismus, Euthanasie: Von der Verhütung zur Vernichtung «lebensunwerten Lebens» 1890-1945*, Gotinga, 1987

SCHNEIDER, Karl, *Zwischen allen Stühlen: Der Bremer Kaufmann Hans Hespe im Reserve-Polizeibataillon 105*, Bremen, 2007

—, «*Auswärts eingesetzt»: Bremer Polizeibataillone und der Holocaust*, Essen, 2011

SCHNEIDER, Michael, *Unterm Hakenkreuz: Arbeiter und Arbeiterbewegung 1933 bis 1939*, Bonn, 1999

SCHNEIDER, Tobias, «Bestseller im Dritten Reich», *VfZ*, 52/1 (2004), pp. 77-98

SCHOLL, Inge, *Die weisse Rose*, Fráncfort, 1952

SCHOLZ, Susanne y Reinhard Singer, «Die Kinder in Hadamar», en Dorothee Roer y Dieter Henkel (eds.), *Psychiatrie im Faschismus: Die Anstalt Hadamar 1933-1945*, Bonn, 1986, pp. 214-236

SCHÖN, Hein, *Pommern auf der Flucht 1945: Rettung über die Ostsee aus den Pommernhäfen Rügenwalde, Stolpmünde, Kolberg, Stettin, Swinemünde, Greifswald, Stralsund und Sassnitz,* Berlín, 2013

SCHOTTLÄNDER, Rudolf, *Trotz allem ein Deutscher*, Friburgo, 1986

SCHRAPPER, Christian y Dieter Sengling (eds.), *Die Idee der Bildbarkeit: 100 Jahre sozialpädagogische Praxis in der Heilerziehungsanstalt Kalmenhof*, Weinheim, 1988

SCHREIBER, Gerhard, *Die italienischen Militärinternierten im deutschen Machtbereich 1943-1945: Verraten – verachtet – vergessen*, Múnich, 1990

SCHRÖDER, Hans Joachim, *Die gestohlenen Jahre: Erzählgeschichten und Geschichtserzählung im Interview: Der Zweite Weltkrieg aus der Sicht ehemaliger Mannschaftssoldaten*, Tubinga, 1992

SCHUBERT, Jochen, *Heinrich Böll: Schriftsteller*, Duisburgo, 2007

SCHUHMACHER, Jacques, «Nazi Germany and the Morality of War», Tesis de DPhil., Oxford, 2015 (en preparación)

SCHÜLER, Klaus, *Logistik im Russlandfeldzug: Die Rolle der Eisenbahn bei Planung, Vorbereitung und Durchführung des deutschen Angriffes auf die Sowjetunion bis zur Krise vor Moskau im Winter 1941-42*, Fráncfort, 1987

SCHULTE, Jan, *Zwangsarbeit und Vernichtung: Das Wirtschaftsimperium der SS*, Paderborn, 2001

SCHULTHEIS, Herbert, *Juden in Mainfranken 1933-1945*, Bad Neustadt, 1980

SCHULZ, Hermann, Hartmut Radebold y Jürgen Reulecke, *Söhne ohne Väter: Erfahrungen der Kriegsgeneration*, Berlín, 2004

SCHÜSSLER, Werner, *Paul Tillich*, Münster, 1997

SCHWARTZ, Paula, «The politics of food and gender in occupied París», *Modern and Contemporary France*, 7/1 (1999), pp. 35-45

SCHUMANN, Wolfgang y Olaf Groehler con la ayuda de Wolfgang Bleyer (eds.), *Deutschland im Zweiten Weltkrieg*, 6, *Die Zerschlagung des Hitlerfaschismus und die Befreiung des deutschen Volkes (Juni 1944 bis zum 8. Mai 1945),* Berlín, 1985

SEFTON DELMER, Denis, *Black Boomerang: An Autobiography*, 2, Londres, 1962

SEITZ, Hanns, *Verlorene Jahre*, Lübeck, 1974

SERVICE, Hugo, *Germans to Poles: Communism, Nationalism and Ethnic Cleansing after the Second World War*, Cambridge, 2013

SEYDELMANN, Gertrud, *Gefährdete Balance: Ein Leben in Hamburg 1936-1945*, Hamburgo, 1996

SHEPHARD, Ben, *War of Nerves: Soldiers and Psychiatrists, 1914-1994*, Londres, 2000

—, *The Long Road Home: The Aftermath of the Second World War*, Londres, 2010

SHILS, Edward y Morris Janowitz, «Cohesion and disintegration in the Wehrmacht in World War II», *Public Opinion Quarterly*, 12/2 (1948), pp. 280-315

SHIRER, William, *This is Berlin: A Narrative History*, Londres, 1999

SICK, Dorothea, *«Euthanasie» im Nationalsozialismus am Beispiel des Kalmenhofs in Idstein im Taunus*, Fráncfort, 1983

SIELEMANN, Jürgen (ed.), *Hamburger jüdische Opfer des Nationalsozialismus*, Hamburgo, 1995

SMELSER, Ronald, *Robert Ley: Hitler's Labor Front Leader*, Oxford/NY, 1988

SMITH SERRANO, Andrew, *German Propaganda in Military Decline 1943-1945*, Edimburgo, 1999

SOLLBACH, Gerhard, *Heimat Ade! Kinderlandverschickung in Hagen 1941-1945*, Hagen, 1998

SONTHEIMER, Kurt, *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik: Die politischen Ideen des deutschen Nationalismus zwischen 1918 und 1933*, Múnich, 1994

SPEER, Albert, *Spandau: The Secret Diaries*, Nueva York, 1976

SPOERER, Mark, *Zwangsarbeit unter dem Hakenkreuz: Ausländische Zivilarbeiter, Kriegsgefangene und Häftlinge im Deutschen Reich und im besetzten Europa 1938-1945*, Stuttgart/Múnich, 2001

STAHEL, David, *Operation Typhoon: Hitler's March on Moscow, October 1941*, Cambridge, 2013

STARGARDT, Nicholas, *The German Idea of Militarism: Radical and Socialist Critics, 1866-1914*, Cambridge, 1994

—, *Witnesses of War: Children's Lives under the Nazis*, Londres, 2005

—, «Speaking in Public about the Murder of the Jews: What Did the Holocaust Mean to the Germans?», en Christian Wiese y Paul Betts (eds.), *Years of Persecution, Years of Extermination: Saul Friedländer and the Future of Holocaust Studies*, Londres, 2010, pp. 133-155

—, «The troubled patriot: German *Innerlichkeit* in World War II», *German History*, 28/3 (2010), pp. 326-342

—, «Beyond "consent" or "terror": Wartime crises in Nazi Germany,» *History Workshop Journal*, 72 (2011), pp. 190-204

STATISTISCHES BUNDESAMT, *Die deutschen Vertreibungsverluste*, Wiesbaden, 1958

STAYER, James M., *Martin Luther, German Saviour: German Evangelical Theological Factions and the Interpretation of Luther, 1917-1933*, Montreal, 2000

STEBER, Martina, *Ethnische Gewissheiten: Die Ordnung des Regionalen im bayer-ischen Schwaben vom Kaiserreich bis zum NS-Regime*, Gotinga, 2010

— y Bernhard Gotto (eds.), *Visions of Community in Nazi Germany: Social Engineering and Private Lives*, Oxford, 2014

STEGEMANN, Wolfgang (ed.), *Kirche und Nationalsozialismus*, Stuttgart, 1992

STEINBACHER, Sibylle, *«Musterstadt» Auschwitz: Germanisierungspolitik und Judenmord in Ostoberschlesien*, Múnich, 2000

— (ed.), *Volksgenossinnen: Frauen in der NS-Volksgemeinschaft*, Gotinga, 2007

STEINERT, Marlis, *Hitlers Krieg und die Deutschen: Stimmung und Haltung der deutschen Bevölkerung im Zweiten Weltkrieg*, Düsseldorf, 1970

STEINHOFF, Johannes, Peter Pechel y Dennis Showalter, *Voices from the Third Reich: An Oral History*, Londres, 1991

STELZL-MARX, Barbara, *Zwischen Fiktion und Zeitzeugenschaft: Amerikanische und sowjetische Kriegsgefangene im Stalag XVIIB Krems-Gneixendorf*, Tubinga, 2003

— (ed.), *Unter den Verschollenen: Erinnerungen von Dmitrij Čirov an das Kriegsgefangenenlager Krems-Gneixendorf 1941 bis 1945*, Waidhofen/ Thaya, 2003

STEPHENSON, Jill, «"Emancipation" and its problems: War and society in Württemberg, 1939-45», *European History Quarterly*, 17 (1987), pp. 345-365

—, *Hitler's Home Front: Württemberg under the Nazis*, Londres, 2006

STERN, Frank, «Antagonistic Memories», en Luisa Passerini (ed.), *Memory and Totalitarianism: International Yearbook of Oral History*, Oxford, 1992, pp. 21-43

—, *The Whitewashing of the Yellow Badge: Antisemitism and Philosemitism in Postwar Germany*, Oxford, 1992

STOLTZFUSS, Nathan, *Resistance of the Heart: Intermarriage and the Rosenstrasse Protest in Nazi Germany*, Nueva York, 1996

STONE, Dan, *Histories of the Holocaust*, Oxford, 2010

STRACHAN, Hew, «Clausewitz and the Dialectics of War», in Hew Strachan y Andreas Herberg-Rothe (eds.), *Clausewitz in the Twenty-first Century*, Oxford, 2007, pp. 14-44

— y Andreas Herberg-Rothe (eds.), *Clausewitz in the Twenty-first Century*, Oxford, 2007

STRAUSS, Herbert, «Jewish emigration from Germany, Part I», *Leo Baeck Institute Year Book*, 25 (1980), pp. 313-361

STREBEL, Berhard, *Celle April 1945 Revisited*, Bielefeld, 2008

STREIT, Christian, *Keine Kameraden: Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen 1941-1945*, Stuttgart, 1978

STROBL, Gerwin, *The Germanic Isle: Nazi Perceptions of Britain,* Cambridge, 2000 Strobl, Gerwin, *The Swastika and the Stage: German Theatre and Society, 1933-1945*, Cambridge, 2007

—, *Bomben auf Oberdonau: Luftkrieg und Lynchmorde an alliierten Fliegern im «Heimatgau des Führers»*, Linz, 2014

STRZELECKI, Andrzej, *Endphase des KL Auschwitz: Evakuierung, Liquidierung und Befreiung des Lagers*, Oświęcim-Brzezinka, 1995

SÜSS, Dietmar (ed.), *Deutschland im Luftkrieg: Geschichte und Erinnerung*, Múnich, 2007

—, *Death from the Skies: How the British and Germans Survived Bombing in World War II*, Oxford, 2014

SÜSS, Winfried, *Der «Volkskörper» im Krieg: Gesundheitspolitik, Gesundheitsver hältnisse und Krankenmord im nationalsozialistischen Deutschland 1939-1945*, Múnich, 2003

—, «Antagonistische Kooperationen: Katholische Kirche und nationalsozialistische Gesundheitspolitik», en Karl-Josef Hummel y Christoph Kösters (eds.), *Kirchen im Krieg 1939-1945*, Paderborn, 2007, pp. 317-341

SYWOTTEK, Jutta, *Mobilmachung für den totalen Krieg: Die propagandistische Vorbereitung der deutschen Bevölkerung auf den Zweiten Weltkrieg*, Opladen, 1976

SZAROTA, Tomasz, *Warschau unter dem Hakenkreuz: Leben und Alltag im besetzten Warschau, 1.10.1939 bis 31.7.1944*, Paderborn, 1985

SZEPANSKY, Gerda (ed.), *Blitzmädel, Heldenmutter, Kriegerwitwe: Frauenleben im Zweiten Weltkrieg*, Fráncfort, 1986

SZODRZYNSKI, Joachim, «Die "Heimatfront" zwischen Stalingrad und Kriegsende», en Forschungsstelle für Zeitgeschichte in Hamburg (ed.), *Hamburg im «Dritten Reich»*, Gotinga, 2005, pp. 633-685

The Task of the Churches in Germany: Being a Report from a Delegation of British Churchmen after a Visit to the British Zone October 16th-30th, 1946, Presented to the Control Office for Germany and Austria, Londres, 1947

TAYLOR, Frederick, *Dresden: Tuesday, 13 February 1945*, Londres, 2004

TESSIN, Georg, *Verbände und Truppen der deutschen Wehrmacht und Waffen-SS im Zweiten Weltkrieg 1939-1945*, 2, *Die Landstreitkräfte*, Osnabrück, 1973

THALMANN, Rita, *Jochen Klepper: Ein Leben zwischen Idyllen und Katastrophen,* Gütersloh, 1997

THEWELEIT, Klaus, *Male Fantasies*, 1-2, Cambridge, 1987/1989

THIESSEN, Malte, *Eingebrannt ins Gedächtnis: Hamburgs Gedenken an Luftkrieg und Kriegsende 1943 bis 2005*, Múnich, 2007

THOMAS, Martin, «After Mers-el-Kébir: The armed neutrality of the Vichy French Navy, 1940-43», *English Historical Review*, 112/447 (1997), pp. 643-670

TOOZE, Adam, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006

TOPPE, Andreas, *Militär und Kriegsvölkerrecht: Rechtsnorm, Fachdiskurs und Kriegspraxis in Deutschland 1899-1940*, Múnich, 2008

TORRIE, Julia, *«For Their Own Good»: Civilian Evacuations in Germany and France, 1939-1945*, Nueva York /Oxford, 2010

—, «"Our rear area probably lived too well": Turismo y la ocupación alemana de Francia, 1940-1944», *Journal of Tourism History*, 3/3 (Nov. 2011), pp. 309-330

TRAPP, Joachim, *Kölner Schulen in der NS-Zeit*, Colonia, 1994

TREVOR-ROPER, Hugh (ed.), *Hitler's Table Talk, 1941-1944*, Londres, 1953

—, Hugh, *The Last Days of Hitler*, Londres, 1995

TRIMMEL, Gerald, *Heimkehr: Strategien eines nationalsozialistischen Films,* Viena, 1998

TROLL, Hildebrand, «Aktionen zur Kriegsbeendigung im Frühjahr 1945», en Martin Broszat, Elke Fröhlich y Anton Grossmann (eds.), *Bayern in der NS-Zeit*, 4, Múnich, 1981, pp. 645-690

TRÜMPI, Fritz, *Politisierte Orchester: Die Wiener Philharmoniker und das Berliner Philharmonische Orchester im Nationalsozialismus*, Viena, 2011

UEBERSCHÄR, Gerd R. (ed.), *Der 20. Juli 1944: Bewertung und Rezeption des deutschen Widerstandes gegen das NS-Regime*, Colonia, 1994

—, *Orte des Grauens: Verbrechen im Zweiten Weltkrieg*, Darmstadt, 2003

— y Lev A. Bezymenskij (eds.), *Der deutsche Angriff auf die Sowjetunion 1941: Die Kontroverse um die Präventivkriegsthese*, Darmstadt, 1998

— y Wolfram Wette (eds.), *Der deutsche Überfall auf die Sowjetunion: «Unternehmen Barbarossa» 1941*, Fráncfort, 1991

UMBREIT, Hans, *Deutsche Militärverwaltung 1938/39: Die militärische Besetzung der Tschechoslowakei und Polens*, Stuttgart, 1977

United States Strategic Bombing Survey, 1, *The Effects of Strategic Bombing on German Morale*, Washington DC, 1947

USBOURNE, Cornelie, *The Politics of the Body in Weimar Germany*, Nueva York, 1992

VAIZEY, Hester, *Surviving Hitler's War: Family Life in Germany, 1939-48*, Basingstoke, 2010

VANJA, Christina y Martin Vogt (eds.), *Euthanasie in Hadamar: Die national-sozialistische Vernichtungspolitik in hessischen Anstalten*, Kassel, 1991

VERHEY, Jeffrey, *The Spirit of 1914: Militarism, Myth, and Mobilization in Germany*, Cambridge, 2000

VIRGILI, Fabrice, *Shorn Women: Gender and Punishment in Liberation France*, Oxford, 2002

—, *Naître ennemi: Les enfants de couples franco-allemands nés pendant la Seconde Guerre mondiale*, París, 2009

VOGEL, Detlef y Wolfram Wette (eds.), *Andere Helme – andere Menschen? Heimaterfahrung und Frontalltag im Zweiten Weltkrieg: Ein internationaler Vergleich*, Essen, 1995

VOLKMANN, Hans-Erich (ed.), *Ende des Dritten Reiches – Ende des Zweiten Weltkrieges*, Múnich, 1995

VOLLNHALS, Clemens, *Evangelische Kirche und Entnazifizierung 1945-1949*, Múnich, 1989

WACHSMANN, Nikolaus, «"Annihilation through Labor": The killing of state prisoners in the Third Reich», *Journal of Modern History*, 71 (1999), pp. 624-659

—, *Hitler's Prisons: Legal Terror in Nazi Germany*, New Haven, 2004

— y Jane Caplan (eds.), *Concentration Camps in Nazi Germany: The New Histories*, Londres, 2010

WAGNER, Bernd, «Gerüchte, Wissen, Verdrängung: Die IG Auschwitz und das Vernichtungslager Birkenau», en Norbert Frei, Sybille Steinbacher y Bernd Wagner (eds.), *Ausbeutung, Vernichtung, Öffentlichkeit*, Múnich, 2000, pp. 231-248

WAGNER, Bernd, *IG Auschwitz: Zwangsarbeit und Vernichtung von Häftlingen des Lagers Monowitz 1941-1945*, Múnich, 2000

WAGNER, Patrick, *Volksgemeinschaft ohne Verbrecher: Konzeption und Praxis der Kriminalpolizei in der Zeit der Weimarer Republik und des Nationalsozialismus*, Hamburgo, 1996

WAGNER, Ray (ed.), *The Soviet Air Force in World War II*, Newton Abbot, 1974

WAITE, Robert G., «Teenage sexuality in Nazi Germany», *Journal of the History of Sexuality*, 8/3 (enero de. 1998), pp. 434-476

WALLACH, Jehuda, *The Dogma of the Battle of Annihilation: The Theories of Clausewitz and Schlieffen and their Impact on the German Conduct of Two World Wars*, Westport, Conn., 1986

WALSER SMITH, Helmut, *The Butcher's Tale: Murder and Anti-Semitism in a German Town*, Nueva York, 2002

WARRING, Anette, *Tyskerpiger: Under besoettelse og retsopgør*, Copenhague, 1994

WECHT, Martin, *Jochen Klepper: Ein Christlicher Schriftsteller im jüdischen Schicksal*, Düsseldorf, 1998

WEGNER, Bernd, «Hitlers «zweiter Feldzug»», *DRZW*, 6 (1990), pp. 761-815

—, «Hitlers Strategie zwischen Pearl Harbor und Stalingrad», *DRZW*, 6 (1990), 97-126

— (ed.), *From Peace to War: Germany, Soviet Russia and the World, 1939*-1941, Oxford, 1997

WEINBERG, Gerhard L., *A World at Arms: A Global History of World War II*, Cambridge, 1994 [Traducción española: *Un mundo en armas*, Grijalbo, Barcelona, 2000]

WEINDLING, Paul, *Health, Race, and German Politics between National Unification and Nazism, 1870-1945*, Cambridge, 1989

WELCH, David, *Propaganda and the German Cinema, 1933-1945*, Oxford, 1983

WELCH, Steven R., «"Harsh but just"? German military justice in the Second World War: A comparative study of the court-martialling of German and US deserters», *German History*, 17/3 (1999), pp. 369-389

WERNER, Wolfgang Franz, *«Bleib übrig»: Deutsche Arbeiter in der nationalsozialistischen Kriegswirtschaft*, Düsseldorf, 1983

WESTENRIEDER, Norbert, *Deutsche Frauen und Mädchen! Vom Alltagsleben 1933-1945*, Düsseldorf, 1984

WETTE, Wolfram, «Die propagandistische Begleitmusik zum deutschen Überfall auf die Sowjetunion am 22. Juni 1941», en Gerd R. Ueberschär y Wolfram Wette (eds.), *Der deutsche Überfall auf die Sowjetunion: «Unternehmen Barbarossa» 1941*, Fráncfort, 1991, pp. 45-66

—, «Massensterben als «Heldenepos»: Stalingrad in der NS-Propaganda», en Wolfram Wette y Gerd R. Ueberschär (eds.), *Stalingrad: Mythos und Wirklichkeit einer Schlacht*, Fráncfort, 1992, pp. 43-60

—, Ricarda Bremer y Detlef Vogel (eds.), *Das letzte halbe Jahr: Stimmungsberichte der Wehrmachtpropaganda 1944/45*, Essen, 2001

WIERLING, Dorothee, «"Kriegskinder": Westdeutsch, bürgerlich, männlich?», en Lu Seegers y Jürgen Reulecke (eds.), *Die «Generation der Kriegskinder»: Historische Hintergründe und Deutungen*, Giessen, 2009, pp. 141-155

WIESE, Christian y Paul Betts (eds.), *Years of Persecution, Years of Extermination: Saul Friedländer and the Future of Holocaust Studies*, Londres, 2010

WILDT, Michael, «Gewalt gegen Juden in Deutschland 1933 bis 1939», *Werkstatt Geschichte*, 18 (1997), pp. 59-80

—, *Generation des Unbedingten: Das Führerkorps des Reich-sicherheitshauptamtes*, Hamburgo, 2002

—, *Volksgemeinschaft als Selbstermächtigung: Gewalt gegen Juden in der deutschen Provinz 1919-1939*, Hamburgo, 2007

—, «Volksgemeinschaft: A Modern Perspective on National Socialist Society», en Martina Steber y Bernhard Gotto (eds.), *Visions of Community in Nazi Germany: Social Engineering and Private Lives*, Oxford, 2014, pp. 43-59

WILHELM, Hans-Heinrich, *Rassenpolitik und Kriegsführung*, Passau, 1991

WILLIAMS, Thomas, «Remaking the Franco-German Borderlands: Historical claims and commemorative practices in the Upper Rhine, 1940-49». Tesis de DPhil., Oxford, 2010

WINKLER, Dörte, «Frauenarbeit versus Frauenideologie: Probleme der weib-lichen Erwerbstätigkeit in Deutschland 1930-1945», *Archiv für Sozialgeschichte* 17 (1977), pp. 99-126

WINTER Jay y Jean-Louis Robert (eds.), *Capital Cities at War: Paris, London, Berlin 1914-1919*, Cambridge, 1997

WIŚNIEWSKA, Anna y Czesław Rajca, *Majdanek: The Concentration Camp of Lublin*, Lublin, 1997

WÖHLERT, Meike, *Der politische Witz in der NS-Zeit am Beispiel ausgesuchter SD-Berichte und Gestapo-Akten*, Fráncfort, 1997

WOHLFUSS, Joshua, *Memorial Book of Rawa Ruska*, Tel Aviv, 1973

WOLF, Gerhard, *Ideologie und Herrschaftsrationalität: Nationalsozialistische Germanisierungspolitik in Polen*, Hamburgo, 2012

—, «Exporting *Volksgemeinschaft*: The *Deutsche Volksliste* in Annexed Upper Silesia», en Martina Steber y Bernhard Gotto (eds.), *Visions of Community in Nazi Germany: Social Engineering and Private Lives*, Oxford, 2014, pp. 129-145

WOLTERS, Rita, *Verrat für die Volksgemeinschaft: Denunziantinnen im Dritten Reich*, Pfaffenweiler, 1996

YELTON, David K., *Hitler's Volkssturm: The Nazi Militia and the Fall of Germany, 1944-1945*, Lawrence, Kan., 2002

ZAGOVEC, Rafael A., «Gespräche mit der "Volksgemeinschaft": Die deutsche Kriegsgesellschaft im Spiegel westallierter Frontverhöre», *DRZW*, 9/2 (2005), pp. 289-381

ZAHN, Gordon, *German Catholics and Hitler's Wars: A Study in Social Control*, Londres / Nueva York, 1963

ZAYAS, Alfred Maurice de, *Die Wehrmacht-Untersuchungsstelle: Unveröffentliche Akten über alliierte Völkerrechtsverletzungen im Zweiten Weltkrieg*, Berlín, 1979

ZEIDLER, Manfred, *Kriegsende im Osten: Die Rote Armee und die Besetzung Deutschlands östlich von Oder und Neisse 1944/45*, Múnich, 1996

ZELLER, Bernhard y Friedrich Brüggemann (eds.), *Klassiker in finsteren Zeiten 1933-1945: Eine Ausstellung des Deutschen Literaturarchivs im Schiller-Nationalmuseum, Marbach am Neckar*, 2, Marbach, 1983

ZIEMANN, Benjamin, «Fluchten aus dem Konsens zum Durchhalten: Ergebnisse, Probleme und Perspektiven der Erforschung soldatischer Verweigerungsformen in der Wehrmacht 1939-1945»,

en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Hitlers Wehrmacht: Mythos und Realität*, Múnich, 1999, pp. 589-613
—, *Gewalt im Ersten Weltkrieg: Töten – überleben – verweigern*, Essen, 2013
ZIERENBERG, Malte, *Stadt der Schieber: Der Berliner Schwarzmarkt 1939-1950*, Gotinga, 2008
ZIMMERMANN, John, «Die Eroberung und Besetzung des deutschen Reiches», *DRZW*, 10/1 (2008), pp. 277-435

DRAMATIS PERSONAE



1. En vísperas de la guerra: Irene Reitz y Ernst Guicking.

POLONIA, SEPTIEMBRE DE 1939



4. El punto de vista polaco: la niña de diez años Kazimiera Mika encuentra a su hermana mayor muerta, abatida por un avión alemán mientras desenterraban patatas en Varsovia.



5. El punto de vista alemán: desde la carlinga de un bombardero Heinkel He III P.

A FAVOR Y EN CONTRA



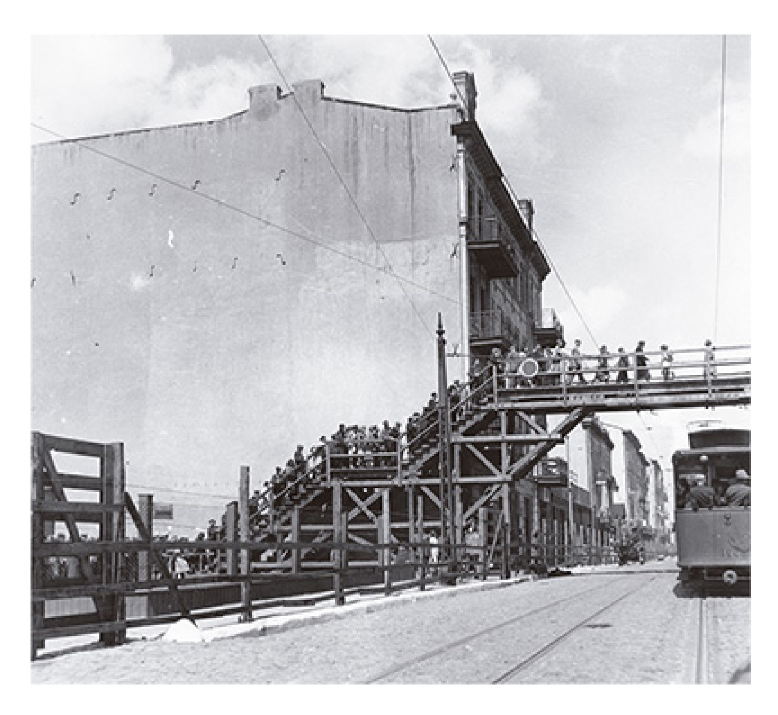
6. La boda de Frieda y Josef Rimpl: él fue ejecutado tras declararse objetor de conciencia en diciembre de 1939.

7. Ernst Guicking leyendo *Das Reich* en Francia.





8. Simulacro de defensa contra los ataques aéreos en Berlín, 1939.



10. Un grupo de judíos cruzando de un lado a otro del gueto de Łódź.



11. Repatriación: alemanes étnicos de Rumanía subiendo a bordo de un vapor en el Danubio.

INTIMIDADES



12. Un café de Cracovia.



13. Un café de París.

INTIMIDADES



14. Soldados alemanes visitando una sinagoga convertida en prostíbulo en Brest, Francia.

ENTRE CAMARADAS



16. Fritz Probst (en el extremo derecho), Navidades de 1939.



17. Kurt Orgel (segundo por la derecha), enero de 1945.

LA CRUZADA ALEMANA, 1941-1942

18. Prisioneras del Ejército Rojo, agosto de 1941: muchas de ellas fueron ejecutadas.





19. Prisioneros del Ejército Rojo en Mauthausen en 1941...

20. ... y en 1944.

PUNTO DE VISTA ALEMÁN



21. Fritz Probst, ingeniero: puente destruido sobre el Dniéper en Kiev, 1941.

PUNTO DE VISTA ALEMÁN



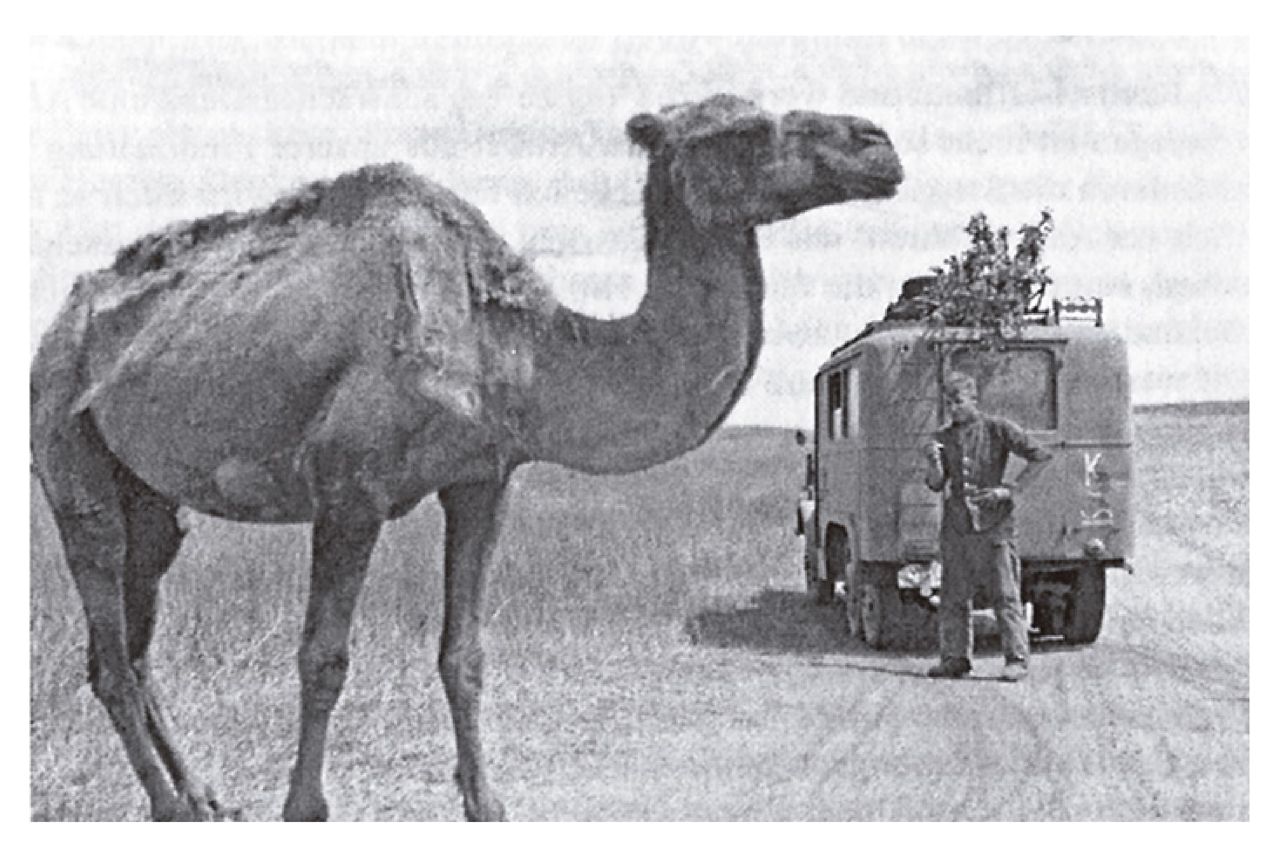
23. Liselotte Purper, fotógrafa de prensa: alemanes paseando entre las ruinas de Kiev, 1942.

24. «Turistas» en las ejecuciones: soldados en Oriol, invierno de 1941-1942.

PUNTO DE VISTA ALEMÁN



25. Ernst Guicking: retirada del invierno de 1941-1942: soldados soviéticos muertos y un caballo.



26. Wilhelm Moldenhauer: avance durante el verano de 1942.

DEPORTACIÓN DE JUDÍOS DESDE ALEMANIA



27. Deportación de los judíos de Kitzingen, 24 de marzo de 1942.

PUESTA EN ESCENA DEL TRANSPORTE AÉREO DE HERIDOS DE STALINGRADO, ENERO DE 1943



30. Liselotte Purper: preparando su fotografía en la base aérea de Leópolis.

SUBIENDO LA MORAL



32. Liselotte Purper: personal antiaéreo de descanso interpretando un dúo en el búnker de la estación Anhalter, Berlín.

33. Cola para las entradas del cine, Berlín.



34. Zarah Leander cantando «El mundo no se va a acabar por esto» en *El gran amor*, 1942.



35. Boda de guerra: Liselotte Purper y Kurt Orgel, septiembre de 1943.

BOMBARDEOS



36. Recuperando objetos en una casa destruida en Colonia, 1943.



39. Evacuación: despedidas en la estación de tren de Hagen, julio de 1943.



41. Conmemoración en memoria de las víctimas del incendio de Hamburgo, 21 de noviembre de 1943.

42. Personal femenino antiaéreo reparando un reflector.



43. Huida de Prusia oriental a través del Frische Nehrung, enero/febrero de 1945.



44. Las marchas de la muerte a Dachau: prisioneros de un campo de concentración en un tren, abril de 1945.

DERROTA Y LIBERACIÓN



45. Rendición de soldados adolescentes en Veckerhagen.

46. Eva y Victor Klemperer en el exterior de su casa en Dölzschen en Sajonia, h. 1940.



47. El teniente del Ejército Rojo Vladímir Gelfand y su novia berlinesa.



48. Berlineses bañándose cerca de las ruinas del búnker del Zoo, 1945.



49. Un mercado negro en Berlín.



50. Carteles de niños desaparecidos.



51. Sótano de Hamburgo que servía de vivienda para dos familias, julio de 1947.



52. Liselotte Purper: rehabilitación de un amputado de guerra.